

La historia de La Diana I 



FLORENCIA BONELLI

Aquí hay dragones



Mariyana Huseinovic es una soldado de élite cuyo nombre de guerra es La Diana. Avezada en el uso de distintos tipos de armas y experta en las artes marciales, ella se define como una máquina para matar. Sin embargo, esconde un secreto que la vuelve vulnerable y débil, tanto como lo era a los veinte años cuando, al estallar la guerra en Bosnia, su tierra natal, se convirtió en víctima de los serbios nacionalistas y esclava en un campo de concentración.

Pero La Diana ha decidido emprender su venganza y destrozará a los dragones que la convirtieron en esa mujer fría, llena de odio y dolor. Solo que el destino le tiene preparada una sorpresa y sus planes bien trazados tomarán otro camino. ¿Quizás el de la redención?

Absorbente, ambiciosa y muy documentada, *Aquí hay dragones* es la esperadísima novela de Florencia Bonelli sobre uno de los personajes más queridos de la saga *Caballo de fuego*. Una novela repleta de acción y aventuras que reserva un espacio privilegiado para el amor. Una lectura que no se puede abandonar hasta la última página.



Florencia Bonelli

Aquí hay dragones

La historia de La Diana 1

ePub r1.0

Karras 23.01.2019

Título original: *Aquí hay dragones*
Florencia Bonelli, 2018

Editor digital: Karras
ePub base r2.0



Índice de contenido

Fonética del serbocroata

Escuadras de L'Agence

Heridas de guerra

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Agradecimientos

Sobre la autora

*A las mujeres bosnias. A las mujeres serbias.
También a las croatas. A las kosovares.
A las afganas. A las iraquíes. A las palestinas. A las israelíes.
A las árabes. A las indias.
A las chinas. A las japonesas. A las vietnamitas.
A las argentinas. A las mexicanas.
A las alemanas. A las sudafricanas. A las congoleñas.
A las sudanesas... A las de todas
las banderas. A las de piel blanca. A las de piel oscura. A las de ojos rasgados. A las de ojos
redondos. A las altas. A las bajas.
A las corpulentas. A las delgadas. A las judías.
A las cristianas. A las islámicas. A las hinduistas. A las budistas. A todas y a cada una de mis
congéneres que a lo largo de la historia han sufrido la violencia en sus cuerpos,
sus corazones y sus mentes. Y a las que siguen sufriendola.
Con profundo respeto, humildad y admiración.
De la especie humana, somos las criaturas más fuertes.*

*A San Miguel Arcángel, por estar junto a mí
aunque yo sea insignificante.*

*Para Tomás, porque habría sido un héroe
de brillante armadura.*

*Hacia un corazón roto
ningún corazón puede ir
sin la alta prerrogativa
de haber sufrido igualmente.*

Emily Dickinson,
poetisa norteamericana
(1830-1886)

FONÉTICA DEL SERBOCROATA

C, como en la palabra italiana *pizza*, un sonido similar a ts, «pitsa».

Č, como en *chancho*.

Ć, como en *chancho* aunque más suavizada, más siseada.

Đ ó đ, como el sonido de la jota en el nombre inglés *John*.

G, como en *gato*.

H, como en la palabra inglesa *home*, un sonido similar a la jota castellana.

J, como en *ira* (el sonido es el mismo de la *i* latina).

Lj, como *li* en *liso*.

Nj, como el sonido de la ñ.

Š, como en la palabra inglesa *show*.

Ž, como en la palabra inglesa *show* aunque más suavizada, más siseada.

ESCUADRAS DE L'AGENCE

Comandante en jefe: teniente general Alberto de Souza, portugués, nombre de guerra «Tango».

Escuadra Uno, «La Uno»

Hela Hansen, noruega, nombre de guerra «Odín».

Assam Al-Abdel, argelino, nombre de guerra «Ralph».

Daen van Groen, holandés, nombre de guerra «Foxtrot».

Johnny Milford, norteamericano, nombre de guerra «Peter Pan».

Labalaba Sekonia, fiyiano, nombre de guerra «Casablanca».

Murad Sadozai, paquistaní, nombre de guerra «Faquir».

Peter Hersey, inglés, nombre de guerra «Chapel».

Richard Beauchamp, inglés, nombre de guerra «Rocky».

Escuadra Dos, «La Dos»

Nanuk Christiansen, groenlandés, nombre de guerra «Arrow».

Atsa Adakai, norteamericano, nombre de guerra «Diné».

Guior Blum, israelí, nombre de guerra «Mustang».

Manoj Rana, nepalí, nombre de guerra «Zorro».

Mariyana Huseinovic, bosnia, nombre de guerra «La Diana».

Piersanti Righi, italiano, nombre de guerra «Charlie».

Siboniso Kamongo, sudafricano, nombre de guerra «Sibi».

Thomas Mayo, inglés, nombre de guerra «Octopus».

HERIDAS DE GUERRA

En la guerra, la primera víctima es la verdad.

Esquilo de Eleusis, dramaturgo griego
(525 a. C. - 456 a. C.)

En las cercanías de Međugorje, Bosnia y Herzegovina, 6 de febrero de 1996.

Habían partido de Sarajevo a las cinco de la mañana en un autobús provisto por una organización no gubernamental noruega que se ocuparía de reubicar a los niños huérfanos en hogares de la Europa occidental. Eran casi las ocho y media y se aproximaban a la ciudad de Međugorje, cercana al límite con Croacia. Se rumoreaba que en Međugorje desde hacía años se aparecía la Virgen María, la madre de Jesús, el dios de los croatas católicos y de los serbios ortodoxos. Compartían la divinidad y se odiaban igualmente. De todos modos, tamaña deferencia, la de que una señora tan bien emparentada se presentase en suelo bosnio, no había bastado para impedir una de las peores guerras del siglo xx. Por el contrario, la cuestión religiosa se había posicionado en el epicentro de la contienda. Ella, como buena yugoslava, fiel al régimen comunista del gran Tito, no practicaba religión alguna. Y después de esos años de guerra le quedaban pocas ganas de abrazar una creencia.

Miró por la ventanilla. La ruta se abría camino en el típico paisaje balcánico invernal, de montañas boscosas y valles cubiertos de nieve. Podía contar con los dedos de una mano los automóviles y los camiones con los que se habían cruzado en ese paraje solitario. Trató de animarse pensando en el próximo destino, la ciudad croata de Split, a orillas del mar Adriático, donde pasarían unos días, gentileza de la misma ONG noruega.

Ella no conocía el mar. Había transcurrido sus casi veinte años en el orfanato de Sarajevo, primero como huérfana, luego como asistente de Olga Oltrović, la directora, y nunca había abandonado la capital bosnia. De más estaba decir que, desde el 92, no habría podido aunque lo hubiese deseado; los serbios la habían sitiado con una eficacia indiscutible y, desde las montañas que la circundaban como un anillo de roca, disparaban a todo aquel que lo intentase; en realidad, disparaban sobre cualquiera, intentase escapar o no; lo asesinaban aunque se limitase a recorrer las calles de la ciudad. Recorrer las calles era un decir; no se recorría la Sarajevo sitiada

sino que se corría agachado, haciendo zigzag y rogando que las balas de los francotiradores serbios, que zumbaban sobre las cabezas, no los alcanzasen.

Decidió caminar por el pasillo del vehículo para estirar las piernas. Avanzaba hacia la parte delantera y observaba a los niños. Detuvo la mirada en Olga, una especie de madre para ella; se la veía extenuada. En esos casi cuatro años, había envejecido diez. No se teñía desde el 92, y el cabello encanecido se le había vuelto ralo y fino a causa de la mala alimentación. Con un poco de suerte, el sol invernal y el aire del mar les devolverían una pátina de lozanía a sus expresiones, a las de ellas y a las de los niños, si bien no conseguirían borrar las muecas desesperanzadas que cuatro años de encierro y penurias les habían impreso a sus rostros, aun a los de los más pequeños.

Aseguraban que la guerra había terminado; que la firma de los Acuerdos de Dayton, que se habían ratificado en París casi dos meses antes, ponía fin a las hostilidades. «Hostilidades», se mofó. Estaba claro que quienes empleaban la palabra no habían sufrido las dichas hostilidades. Crueldades, aberraciones, brutalidades, atrocidades, sevicia, esos vocablos habrían descripto con mayor precisión lo padecido durante los más de mil cuatrocientos días de asedio a la ciudad de Sarajevo, el más prolongado de la historia moderna, más aún que el de Leningrado durante la Segunda Guerra Mundial.

¿En verdad había terminado la pesadilla?

Regresó a su asiento en la parte trasera y tomó en brazos a la niña que iba sentada junto a ella, con delicadeza para no despertarla.

—Iva —la llamó Olga, empleando el diminutivo de Ivanka, nombre que la mujer le había dado casi veinte años atrás—. ¿Cómo está la pequeña?

Ivanka la observó. Le calculaba alrededor de un año. Los mofletes colorados no se debían a un aspecto saludable, sino a la fiebre que la acometía desde el día anterior. Le tocó la frente con los labios, y la asustó el calor que emanaba su piel.

Había llegado al orfanato pocas semanas atrás con otros niños, después de haber transcurrido meses pasando de institución en institución. Recordaba el impacto que había significado verla por primera vez. Sus bulecitos negros rebotaban al paso de la enfermera de la organización humanitaria Manos Que Curan, que la cargaba en brazos. No lloraba, no reía; se limitaba a estudiar el entorno con solemne disposición, como si nacer en plena guerra le hubiese moldeado un carácter estoico, desconfiado. Vestía ropas bastante nuevas y de excelente calidad, y no tan sucias como las de los otros recién llegados. Relevó a la enfermera del peso de la criatura y la estudió de cerca. La niña alzó la mano para tocarla, y fue en ese momento cuando le descubrió en la muñeca una cinta de gro rosa pálido con el nombre bordado en punto cruz azul. Larysa se llamaba. La orfandad de la pobre criatura, cuya historia desconocía, encarnaba una de las heridas más dolorosas de esa guerra inexplicable. ¿Cuál sería su destino? ¿Cuál sería el destino de los miles de huérfanos, víctimas inocentes de la más insensata y cruel de las contiendas?

—Sigue afiebrada.

—Dale más líquido, y en... —Olga consultó el reloj del autobús; el de ella lo había canjeado por comida años atrás—. En veinte minutos le toca el febrífugo. No la tengas pegada al cuerpo, Iva; le pasas tu calor y empeoras la situación. Desabrigala un poco.

—Sí, Olga.

—¡Directora! —exclamó el conductor y disminuyó la velocidad—. ¡Mire!

Olga Oltrović se puso de pie y tambaleó hacia la parte delantera. Se inclinó para observar a través del parabrisas. Ivanka estiraba el cuello, incapaz de advertir qué había llamado la atención del hombre. Olga regresó con cara de preocupación.

—*Četniks* —anunció.

—¿Estás segura?

—Tienen el escudo en la boina. Y están armados. Han cruzado un camión en la ruta. Estamos obligados a parar.

—No nos harán nada, ¿verdad? La guerra ha terminado.

—La guerra no ha terminado, Iva. Y creo que nunca terminará —expresó la directora, e Ivanka se limitó a asentir; era de la misma opinión.

* * *

Sentado en la parte delantera de un Mercedes-Benz clase S negro, un hombre observaba a través de binoculares de visión nocturna la ruta que se desplegaba desolada y silenciosa. Su figura parecía ocupar el habitáculo por completo; los hombros le sobresalían fuera del respaldo y la cabeza rapada casi rozaba el techo. Apartó el adminículo y consultó la hora en un Rolex Day-Date de oro amarillo que despejó al sacudir el puño de la chaqueta de cuero. Siete y media de la mañana. Apenas si clareaba en el este.

Volvió el rostro hacia el joven ubicado en el asiento del conductor y, al hacerlo, los débiles rayos del sol revelaron la cicatriz brutal que le nacía en el pómulo izquierdo, descendía por la mejilla, bordeaba la mandíbula y se perdía bajo la bufanda. A juzgar por su tonalidad entre rojiza y morada y por su espesor, se trataba de una herida infligida poco tiempo atrás. Y mal cosida. El hecho de que la línea continuase por el cuello permitía concluir que la vida del hombre había estado en riesgo, con tantas venas importantes en esa zona.

—Ya deberían estar aquí —dijo, mientras consultaba la hora de nuevo, y aunque no había elevado la voz, emergió grave y tronante, autoritaria e inflexible. La oscuridad en el acento iba en concordancia con el aspecto implacable del rostro y con la corpulencia.

—Hay mucha nieve en el camino, *vojvoda* —respondió el muchacho, y empleó un término antiguo, que significa duque en serbocroata y con el que se distinguía a

los señores del Medioevo en los Balcanes.

—¿Están seguros de que siguen al autobús correcto?

—Sí, *vojvoda*. Partió esta madrugada del orfanato Mariscal Tito. Goran Vasilić nos aseguró que estaba allí. Y Flavio Gabrielli lo confirmó.

—Vasilić —masculló en un susurro despectivo—. Ese policía de Sarajevo solo está trayéndome problemas últimamente. De Gabrielli no me fío.

—Yo tampoco, *vojvoda*, pero se ha ocupado bien del negocio mientras tú te recuperabas, lo mismo su socio Lang. Se han comportado bien —remarcó—. En cuanto a Vasilić, te teme demasiado para darte información falsa. Además, Debeli también lo confirmó. En este momento, él y sus hombres siguen al autobús a distancia prudente. E hicieron guardia frente al orfanato desde que Vasilić nos aseguró que estaba allí. Más de una semana estuvieron nuestros hombres vigilando las salidas, la principal y la trasera.

—¿Y? ¿Lograron verla?

—No, *vojvoda*.

—Entonces, ¿cómo saben que lo que dice Vasilić es cierto?

—Por averiguaciones muy confiables.

—Al menos, ¿la vieron subir al autobús?

—Preguntaré a Debeli. Con suerte, su radio ya estará dentro de la zona de alcance.

El muchacho tomó el *walkie-talkie* que descansaba sobre el tablero y oprimió el interruptor. Acercó el aparato a la boca y habló.

—Volante Dos, aquí Volante Uno. Cambio.

—Aquí Volante Dos, ¿qué sucede?

—¿Vieron al objetivo subir al autobús esta madrugada? Cambio.

—No. Era de noche y no había una puta luz en la calle. Pero dos de mis hombres en Sarajevo me confirmaron que el lugar quedó desierto. *Todos* subieron al vehículo. Va delante de nosotros. Lo seguimos de cerca. Cambio.

—Entendido. Cambio y fuera.

La espera prosiguió en silencio. El muchacho sirvió café humeante y se lo pasó al hombre, que lo bebió con fruncidas que le remarcaron la cicatriz. Media hora más tarde, la radio regresó a la vida con una llamada de Volante Dos.

—Volante Tres, aquí Volante Dos. Cambio.

—Aquí Volante Tres.

—Prepara el camión.

—Entendido. Cambio y fuera.

Los ocupantes del Mercedes-Benz oyeron el rugido del motor y vieron la nube de gases que exhaló el caño de escape del camión estacionado a pocos metros. El vehículo abandonó la banquina y se detuvo en medio de la ruta cubierta de nieve. Su posición dificultaba la visión del *vojvoda*, por lo que se cubrió la cabeza rapada con un gorro de lana negro y descendió del automóvil. El frío matinal le golpeó la cara y

le contrajo la cicatriz causándole una molestia que se obligó a desestimar. Caminó unos pasos y se ubicó de pie junto a la trompa del camión para seguir vigilando la ruta con los binoculares. Descollaba con su altura de dos metros, y la vestimenta negra contrastaba con la blancura del paisaje.

Minutos después, la silueta de un autobús se perfiló en la lejanía, y un poco más tarde los alcanzó el sonido del motor y el de los neumáticos con cadenas que mordían la nieve. Esperó con simulada parsimonia cuando en realidad le resultaba difícil controlar la ansiedad. El joven se ubicó a su lado mientras hablaba por radio con Debeli, al que llamaban Volante Dos.

—*Vojvoda*, es tiempo —informó al acabar la comunicación.

—Da la orden.

—Volante Tres, alístense.

Dos hombres saltaron fuera del habitáculo del camión. También iban de negro, con recios borceguíes, y en sus boinas de felpa estilo militar se apreciaba un escudo blanco que constaba de una calavera con dos fémures cruzados debajo, circundada por la leyenda en cirílico «*Por el rey y la patria, libertad o muerte*». Los chasquidos que produjeron los cargadores al calzar en los fusiles Kaláshnikov se propagaron como un anuncio infausto en el aire gélido. El autobús, que había comenzado a bajar la velocidad varios metros atrás, se detuvo ante los dos hombres armados. No lo apuntaban y mantenían sus armas con los cañones al suelo.

—¡Abra! —El chófer cumplió la orden—. ¡Fuera! ¡Salga fuera!

Una mujer canosa, con expresión aterrada, se asomó por la puerta. A punto de preguntar por qué los detenían, se echó hacia atrás al ver que el conductor caía con un hueco humeante en la frente. El eco del disparo se confundió con los gritos que explotaron dentro del autobús.

El muchacho y el *vojvoda* sortearon el cadáver y subieron al vehículo de un salto. La mujer fijó la vista en el primero y, mientras retrocedía, tartamudeaba las preguntas.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren? ¿Qué hacen aquí?

El joven se cruzó el índice sobre los labios en el gesto de pedir silencio.

—¿Por qué nos han detenido?

—Aquí las preguntas las haremos nosotros —indicó—. Hágase a un lado. —La empujó, y la mujer acabó encima de una de las niñas para dar paso al gigante con la cicatriz en la cara, cuya actitud seria y sigilosa asustaba; no había pronunciado palabra y se dedicaba a avanzar por el pasillo mientras echaba vistazos a diestro y siniestro. Olga le distinguió, prendida en la solapa de la chaqueta, la *kokarda četnik*, un distintivo forjado en plata de la época de la Segunda Guerra Mundial, en la cual destacaba el águila bicéfala, símbolo de la monarquía serbia.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó el joven.

—Olga Oltrović. Soy la directora de un orfanato de Sarajevo. Estoy transportando a mis niños...

—Estos niños ya no son su problema.

—¡Claro que lo son! Son mi responsabilidad. Tengo...

—Deme la lista con los nombres de todos los niños.

—Tengo la autorización del Ministerio de...

El muchacho extrajo una pistola y la apuntó.

—¡Hágalo! —rugió cuando la mujer persistió en una mueca confusa.

—Guarda la pistola. —La voz del gigante inundó el espacio, y aun los niños se mostraron afectados. El joven calzó el arma de nuevo bajo la chaqueta—. Entréguele lo que le pide. Ahora —añadió el hombre con la vista fija en Olga, que se apresuró a asentir.

La sacó de un bolso. La delgada carpeta con papeles temblaba en la mano de la directora en tanto la extendía hacia el muchacho que, según sus cálculos, no llegaba ni a los treinta, y sin embargo poseía ese gesto y esa mirada carentes de humanidad que habían desarrollado los serbios durante la guerra. Solo a la voz del gigante había recobrado un atisbo de sumisión. En cuanto al gigante, estimó que rondaría los cuarenta, aunque era difícil calcular la edad de un hombre cuyo rostro desfigurado y cuya mirada fría parecían haber vivido centurias, como si proviniese de los tiempos de los caballeros cruzados o de los guerreros vikingos. Esos ojos de un azul hielo habían visto más de lo que un alma estaba preparada para soportar en una vida.

—Baje —le ordenó el más joven.

Olga echó un vistazo a los soldados con boinas negras y fusiles AK-47 que la aguardaban fuera del autobús.

—No —suplicó—. Mis niños...

—¡Descienda!

Ivanka se atrevió a erguirse en el asiento para observar a Olga en el momento en que bajaba del vehículo. No tardó en escuchar el estruendo sordo del disparo que le anunció la muerte de la mujer a la que había querido como a una madre. Una nueva oleada de gritos e histeria se apoderó de los huérfanos. Ella, en cambio, permanecía maniatada por una incredulidad que le imposibilitaba actuar, razonar, gritar o llorar. No se atrevía a moverse, ni siquiera para echar un vistazo por la ventanilla al cuerpo de Olga sobre la nieve, ni siquiera para defender a los huérfanos que lo eran todo para ella. Volvió a cerrarse sobre el cuerpecito afiebrado de Larysa y a desear que la situación regresase a la normalidad, como cuando era niña y cubrirse la cabeza con la manta resultaba un arma eficaz para alejar a los monstruos que la visitaban en sueños.

El gigante avanzaba a paso lento. Los niños estaban aterrorizados; casi todos lloraban, y cuando los más pequeños se deslizaban bajo los asientos, el hombre los aferraba por las ropas, los arrancaba con suavidad del escondite y les estudiaba el rostro. Volvía a depositarlos sin un gesto, sin una palabra.

Sujetó a Ivanka por el cabello y la obligó a incorporarse. La muchacha alzó la vista y se sobresaltó al encontrarse con los ojos más hermosos de los que tenía

memoria, de un azul intenso, con algo de turquesa, y una negrura en las pestañas pobladas que exacerbaba la belleza del cuadro. Igualmente resultaban duros y fríos.

—Déjame ver. ¿Qué tienes ahí?

Ivanka acomodó el torso para ocultar a la niña cuanto fuese posible.

—Es una huérfana —barbotó—, una pobre niña. No es nadie.

—Dámela.

—Por favor, se lo suplico, está enferma y...

Ivanka calló cuando el gesto del hombre se endureció y los labios finos se le convirtieron en una línea tensa. Levantó a Larysa y se la entregó como en sacrificio. El gigante la acomodó con maniobras prácticas y con cuidado y la estudió. La pequeña, obnubilada por la fiebre, se mantenía callada y con los ojitos entrecerrados. Ivanka lo estudió a él, incapaz de apartar la vista pese a que le inspiraba el pánico más acendrado que conocía, y eso era mucho decir de alguien que había vivido cuatro años en la Sarajevo sitiada. La sorprendió que rebuscase entre las prendas de la niña, y lo vio esbozar una sonrisa al dar con la cinta de gro atada a la muñeca. Permaneció con la vista fija en la pulsera, no en la actitud de quien está analizando el hallazgo, sino en la de quien se ha perdido en los pensamientos.

La diminuta sonrisa desapareció. El gigante se volvió y le entregó la niña al muchacho, que la recibió en silencio y la acomodó con bastante destreza sobre su pecho. El hombre se quitó la chaqueta y la usó para cubrir a la pequeña.

—Llévala al auto.

—Sí, *vojvoda*.

—¡No! —Ivanka se propulsó fuera del asiento y se abalanzó sobre el joven que se alejaba con la niña. Una fuerza la detuvo en seco y la devolvió con brusquedad a su sitio.

Sin la chaqueta de cuero, con un suéter negro de lana fina ajustado al cuerpo como si le fuese chico, el hombre resultaba más ominoso. La miraba de un modo extraño, como si ella fuese una criatura de otra especie que le despertaba curiosidad.

—Tienes agallas, te lo concedo —dijo al cabo, sereno y dueño de sí.

Igualmente, no se dejaría engañar por su actitud moderada. Sabía que le tocaba el turno, así como les había tocado al conductor y a la directora. No le temía a la muerte después de haber coqueteado con ella durante tanto tiempo. Reflexionó en lo irónico de haber sobrevivido a la guerra para desaparecer cuando se suponía que Bosnia estaba en paz. En verdad, no le importaba. Sin Olga ni el orfanato, ¿qué sería de ella? La única voz débil que la instaba a vivir provenía del amor que sentía por los niños que permanecían en sus asientos y que afrontaban la situación con entereza admirable.

—Tú no eres una huérfana —afirmó el gigante.

—Lo soy —tartamudeó, incapaz de articular correctamente; los labios le temblaban como si padeciese un frío intenso.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve.

—¿Qué haces todavía en el orfanato con diecinueve años?

—Soy... Era —se corrigió— la asistente de la directora.

—¿Cómo te llamas?

—Ivanka Broz.

—¿Broz? ¿Como Josip Broz?

—Sí.

—¿Eres su parienta?

—Nos ponían el apellido del mariscal Tito cuando desconocían nuestros orígenes.

—¿Por qué tenías tú a la niña?

—Está muy apegada a mí, y como no se sentía bien...

—¿Qué tiene?

—No lo sabemos. Fiebre alta. Quizás se...

—Baja del autobús —la interrumpió.

Pues bien, de ese modo terminaba su corta existencia. No había sido esplendorosa ni llena de episodios interesantes, pero la habían amado y ella había amado a su vez, y eso le bastó para ponerse de pie y caminar por el pasillo. Con la vista fija al frente, nublada a causa de las lágrimas, iba pasando las manos por las cabecitas de los huérfanos que la llamaban, aterrorizados; algunos intentaban sujetarla. El gigante, detrás de ella, los apartaba sin pronunciar palabra.

Descendió. Fue un impacto descubrir los cuerpos de Olga y del chófer sobre la nieve teñida de sangre. De modo instintivo, dio un paso atrás y su espalda chocó con un bloque duro. El hombre la obligó a volverse y la miró fijamente para decirle:

—Sube al auto. —Lo señaló con un ademán de cabeza.

Se dirigió hacia el Mercedes-Benz negro sin percatarse de que no se había puesto el abrigo, que la temperatura era de varios grados bajo cero y que dos hombres armados la escoltaban. Le abrieron la puerta trasera, y subió. Allí estaba Larysa, dormida bajo la chaqueta de cuero. Recogió a la niña en brazos y le besó la frente. Lloró hasta que el sacudón del automóvil al ponerse en marcha la rescató del estupor. Alzó la cabeza y se limpió las lágrimas con la manga de la camisa.

El muchacho conducía y el hombre de la cicatriz ocupaba el asiento del acompañante. Se asomó por la luneta y vio que los seguían el autobús, el camión y otro automóvil. Sobre la ruta quedaban los cuerpos de Olga y del chófer.

Bajó la vista y se encontró con los ojos azules de Larysa, que la observaban, confiados. La guerra no había terminado para ella ni para los otros niños del orfanato Mariscal Tito.

CAPÍTULO I

*En esas largas noches de insomnio,
en el terror negro que no era al enemigo sino a algo dentro de mí,
nací como lo que soy,
inseguro de todo en mí y de todo lo que es humano.*

Meša Selimović, escritor bosnio
(1910-1982)

Londres, 6 de noviembre de 2000.

Mariyana Huseinovic, nombre de guerra La Diana, entró en la antesala de la oficina del general danés Anders Raemmers, cabeza de L'Agence, uno de los grupos militares más secretos del mundo que formaba parte de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, conocida como OTAN.

Marcada por un brutal entrenamiento, La Diana analizó el entorno apenas cruzó el umbral. Resultaba obvio que el general no había llegado. Danika e Inger, las secretarias, estaban demasiado tranquilas cuando lo normal era verlas estresadas, yendo y viniendo, luchando con la fotocopidora o las impresoras, hablando por teléfono con un auricular en cada oreja. Incluso Inger, la más antipática, coqueteaba con el chico del sector de Tecnología y Armamento que se ocupaba de «limpiar» el despacho de Raemmers de posibles micrófonos y cámaras ocultas. Otro dato que confirmaba la ausencia de Raemmers era la veintena de periódicos que seguía prolijamente apilada cuando para esa hora de la mañana el general los había hojeado todos.

—Acaba de llamar —le informó Danika sin saludarla—. Dijo que está llegando. Pidió que lo esperases. Tiene que hablar contigo.

La Diana asintió y se guardó de formular preguntas; sabía que no habría obtenido respuestas, sin mencionar que se lo habría considerado indiscreto. En L'Agence, el principio cardinal que se aprendía rápidamente rezaba que cada uno se ocupaba de sus asuntos y que solo se precisaba saber lo que los superiores juzgaban conveniente informar.

—¿Puedo? —preguntó La Diana, y señaló los periódicos.

Danika le entregó el primero de la pila, que resultó ser *The London Times*, y La Diana se sentó en uno de los sillones. Muchos artículos referían a los inminentes comicios en Estados Unidos, en los que George W. Bush y Al Gore se disputarían la

presidencia al día siguiente. Otro hablaba de la separación de dos pequeñas siamesas; una moriría inevitablemente. El periódico también se ocupaba de las tormentas en la Europa oriental que se habían cobrado veinte víctimas. Siguió leyendo hasta que le llamó la atención un artículo acerca de la compra de un banco, el FBF Bank, con sede en Friburgo y cuyo precio se había acordado en trescientos cuarenta y cinco millones de marcos alemanes, más de ciento cincuenta millones de dólares estadounidenses. Venía siguiendo la noticia desde hacía semanas debido a la nacionalidad del comprador, el magnate serbio Aleksandar Ilić, dueño de un imperio del cual, algunos aseguraban, no se conocían los límites. A sus tantas empresas, entre las que destacaban una farmacéutica y una biotecnológica, ahora se le sumaba un banco, que si bien pequeño, La Diana no tenía duda de que el zar de los negocios, como lo apodaban, lo haría medrar hasta conducirlo a los niveles de las más reputadas entidades financieras del mundo.

Fijó la vista en la fotografía en blanco y negro de Aleksandar Ilić, quien, apoyado en un bastón, impecable en un traje oscuro y escoltado por dos guardaespaldas, sonreía a las cámaras y saludaba con la mano como si fuese una estrella de Hollywood. Era famoso por su carisma y su sonrisa fácil, por sus donaciones y trabajos de beneficencia, en especial para la construcción de la Republika Srpska, la entidad serbia nacida durante la guerra y refrendada en los Acuerdos de Dayton. El sector musulmán y croata se llamaba Federación de Bosnia-Herzegovina, y juntas conformaban la nación que el mundo conocía como Bosnia y Herzegovina.

La sonrisa de Ilić no la engañaba. Se preguntó cuánto de su fortuna destinaría a financiar las huidas y los escondites de las decenas de criminales de guerra serbios y serbobosnios que seguían en libertad después de haber violado todos los derechos humanos habidos y por haber. Raemmers le había asegurado que el Tribunal Penal Internacional para la ex Yugoslavia lo había investigado concienzudamente y no había hallado nada, ni siquiera un indicio, que lo inculcase. «Entonces no lo investigaron tan concienzudamente, general», había sido su respuesta, porque estaba segura de que Ilić no era trigo limpio.

Olvidó al magnate serbio con ciudadanía inglesa cuando dos palabras de otro titular captaron su atención: *huérfanos* y *Sarajevo*. Leyó el título completo. *¿Adónde fueron a parar los niños huérfanos de Sarajevo?* El columnista era un tal Albert Coleman, y junto al nombre se detallaba la casilla de correo electrónico. Decidida a no leer el artículo para evitarse un mal rato, la curiosidad y un sentimiento más oscuro del que no deseaba conocer la profundidad ni las motivaciones la impulsaron a devorar los párrafos.

¿ADÓNDE FUERON A PARAR LOS NIÑOS HUÉRFANOS DE SARAJEVO?
por Albert Coleman

La pregunta hace temblar: ¿dónde están los niños evacuados de Bosnia durante la guerra? Cientos de niños bosnios han desaparecido. Fueron transportados por organizaciones no gubernamentales

Europeas fuera del territorio azotado por la cruel guerra de principios de los noventa, y no se ha vuelto a saber de ellos.

No todos eran huérfanos. Muchos fueron entregados por sus padres a las ONG para que los sacaran de un país que solo les ofrecía un destino nefasto. Desde hace años, sus familiares, aquellos que sobrevivieron, o amigos de sus familias están suplicando que se averigüe qué suerte corrieron. Pero gritan en el desierto, como el caso de Alma y Hamid, cuyo hijo Azem salió de Sarajevo en un convoy que lo conduciría a Alemania, donde sería protegido hasta que sus padres pudiesen unirse a él. «Nos dijeron que solo a los niños se les permitía abandonar Sarajevo, que los četniks —Alma se refiere despectivamente a los serbios, apelativo que acuñaron durante la Segunda Guerra Mundial— respetarían los autobuses con niños, pero no fue así. La Cruz Roja averiguó que el convoy en el que viajaba nuestro hijo cayó en manos de los četniks antes de que pudiese llegar a Croacia. Secuestraron a siete pequeños por tener nombres musulmanes, entre ellos a mi Azem. La Cruz Roja ha rastreado a mi hijo hasta Belgrado, donde fue internado en un hospital, no sabemos por qué. Luego fue llevado a Montenegro. Allí se pierde el rastro. Creemos que le pasó lo peor, y ya hace tantos años. Temo que no volveré a verlo».

Otro caso que conmociona al mundo es el de Gordana, una niña de Srebrenica, quien terminó en manos de proxenetas en Milán y que hace poco consiguió escapar y pedir refugio a una ONG que se ocupa de combatir el tráfico sexual. «Salimos de Bosnia en avión y aterrizamos en Milán», nos cuenta Gordana. «A mí me entregaron a una pareja que me adoptaría, ya que yo había perdido a mis padres y a mis hermanos. Pero la pareja no era un verdadero matrimonio sino unos proxenetas que me obligaron a prostituirme desde los catorce años, cuando yo ni siquiera sabía bien lo que era el sexo». Lamentablemente Gordana es VIH positivo como consecuencia de este comercio aberrante.

Consultada la vocera de la ONG Defensores de los Derechos Humanos, Dorianne Jorowsky, asegura que se está trabajando con los servicios de inteligencia para averiguar sobre estos niños. «Hemos localizado a varios que fueron comprados por matrimonios ricos de la Europa occidental. Como eran niños blancos, muchos de ellos rubios y de ojos celestes, se cotizaban en miles de dólares. Este es el mejor escenario pues si bien fueron arrebatados a sus padres, han vivido en hogares y, esperamos, han sido amados y protegidos. Ahora la justicia intervendrá». Al preguntarle quiénes los vendían, Jorowsky contestó que no podía precisar nombres en esta etapa de la investigación, que era parte del secreto de sumario.

En cuanto al resto del cual nada se sabe, ¿cuáles son las sospechas? «Seré sincera», confiesa Jorowsky, «no tenemos mucha fe de hallarlos con vida. Creemos que han pasado a formar parte del circuito de tráfico de órganos, en el cual se mueven ingentes cantidades de dinero, o bien del tráfico sexual, otro negocio que se está convirtiendo en uno de los más redituables junto con el de la droga».

Las autoridades bosnias admiten que muchas veces confiaron en organizaciones con antecedentes poco claros, como la que habían fundado en aquella época el milanés Flavio Gabrielli, de dudosa reputación aun antes del inicio de la guerra, y su amigo el austríaco Klaus Lang, al que se sabe desde hace tiempo relacionado con el tráfico de armas y estupefacientes. Se dice que Lang puso a disposición de Gabrielli su línea aérea comercial FlyFree Airways para transportar a centenares de niños. En su defensa, Gabrielli y Lang aseguran haber entregado los niños a las autoridades en los aeropuertos de destino.

Los carabinieri han intentado apresar a Gabrielli pero se ha fugado, y son sus abogados, de un estudio muy prestigioso de Londres, los que hablan por él. Lo mismo han tratado de hacer las autoridades austriacas con Lang. Interpol y Europol van tras sus huellas.

El último autobús desaparecido en suelo bosnio partió desde Sarajevo la madrugada del 6 de febrero de 1996, a menos de dos meses de terminada la guerra. Los niños que viajaban a la ciudad de Split en Croacia pertenecían al orfanato Mariscal Tito. El vehículo con los huérfanos se desvaneció y en su lugar quedaron dos cadáveres, el del chófer y el de la directora del hospicio, Olga Oltrović, hallados al borde de la ruta, a pocos kilómetros de la localidad de Međugorje, asesinados con armas de fuego. No hay testigos. Han pasado más de cuatro años desde este hecho atroz, y nada se sabe de los asesinos. Ni, por cierto, de los niños secuestrados.

En los últimos días, investigadores de Interpol han deslizado la posibilidad de que se les hubiese pagado a los padres miles de marcos alemanes (moneda de uso corriente en la ex Yugoslavia durante la guerra) para que estos aceptaran enviar a sus hijos en los convoyes. Esta información, de verificarse, echaría más oscuridad sobre una noticia de por sí escalofriante.

Acabó la lectura con las axilas sudadas y las mandíbulas contraídas. Así la encontró el general Raemmers, que, luego de destinarle un vistazo, masculló órdenes a las secretarias sin detenerse en el avance hacia el despacho. Lo seguía Hela Hansen, una noruega a quien de espaldas se la confundía con un hombre; usaba el cabello de un rubio blanquecino al ras y sus hombros eran los de un *quarterback*. Hela Hansen y ella eran las únicas mujeres de L'Agence que «bajaban al terreno», eufemismo que se empleaba para significar que eran las únicas mujeres soldado de la institución. Las demás congéneres se desempeñaban como secretarias o bien trabajaban en otros sectores, como el de Informática.

El general se detuvo antes de ingresar en el despacho y susurró algo a Hela de lo cual La Diana solo captó «prepara la MSM». Desde su ingreso en L'Agence en febrero del año anterior había aprendido que la jerga militar se componía especialmente de siglas, en su mayoría de origen inglés, como esa, MSM, que significaba *mission strategy meeting*, una reunión con los diferentes equipos de la organización para trazar la estrategia de un operativo.

Hela contestó en su inglés perfecto y abandonó la antesala sin saludar a nadie; era tan fría como las tierras de las cuales provenía, característica que a La Diana no solo no la fastidiaba sino que le convenía. Padeciendo afenfosfobia o, como otros la llamaban, hafefobia, una condición por la cual no toleraba el contacto físico humano, se sentía cómoda entre personas distantes como Hela.

—Diana —llamó Raemmers, y la joven devolvió el periódico a la pila antes de dirigirse al despacho del jefe—. Cierra la puerta y siéntate.

Sabía que el general había viajado la semana anterior a Bruselas, sede de los cuarteles generales de la OTAN, para asistir a la reunión de los miércoles con el Consejo del Atlántico Norte, la máxima autoridad de la alianza. Acababa de regresar a Londres. Se lo veía tenso, demacrado. Las penalidades sufridas en el último año comenzaban a pasarle factura. La pérdida de su única nieta, Birgitta, a causa de una sobredosis de heroína; la muerte en un accidente aéreo de Yura Christiansen y Miki, la hija y la nieta de su mejor amigo; y meses más tarde, el ictus de su esposa Charlotte que la había confinado a una silla de ruedas, se sumaban a las presiones y a los problemas de L'Agence y de la OTAN. El general era uno de los hombres más sólidos y estables que conocía, pero todo tenía un límite.

—Te mandé llamar para anunciarte que te unirás a La Uno —Raemmers aludía a una de las dos escuadras de L'Agence— para ir tras un criminal de guerra. También participarán tres hombres de Eurocorps. ¿Quieres un café?

La Diana dijo que no. Raemmers se puso de pie y se sirvió uno. Regresó al escritorio y sorbió un trago. Las preguntas flotaban en el aire, pero La Diana no las formularía en tanto el general no la autorizase a hablar.

Conocía bien Eurocorps, un ejército exclusivamente europeo creado bajo la órbita de la Unión Europea y de la OTAN, por el cual el general Raemmers mostraba una indiscutible preferencia. Eran frecuentes las misiones conjuntas, como también los

entrenamientos y los cursos dictados por el personal de L'Agence a los menos capacitados de Eurocorps, lo que a veces suscitaba roces entre Raemmers y su segundo en el mando, el teniente general portugués Alberto de Souza, un cuarentón simpático y bonachón con el cual Raemmers trabajaba desde hacía años y con quien, se rumoreaba, estaba de acuerdo en todo excepto en una cuestión: la preponderancia militar y política de la OTAN en el siglo XXI.

Se decía que en las reuniones del Consejo del Atlántico Norte, a las cuales se lo invitaba a participar con frecuencia, el general danés postulaba dismantelar la organización que había servido para combatir la Guerra Fría y, en su lugar, crear una institución exclusivamente europea. De Souza, por el contrario, se declaraba fanático de la alianza del Atlántico Norte y proponía redoblar el presupuesto, el armamento y el personal.

—Se trata de un criminal de las guerras yugoslavas—prosiguió Raemmers, y fijó la vista en La Diana, que instintivamente se aferró a los costados de la butaca—. Acabo de recibir la información. Llamé a Hela y le pedí que fuese a buscarme al aeropuerto para ponerla al tanto y ganar tiempo. Contamos con unos días. Nuestros informantes sostienen que podría estar planeando cambiar de escondite. Su nombre es Ante Dabić.

El general arrastró una fotografía a través del escritorio. El efecto de la imagen resultó devastador. Las uñas de La Diana se enterraron en la tapicería, y se resignó a experimentar el golpe en el pecho, el que ella asociaba a los recuerdos. El golpe llegó, y le cortó el respiro. Nadie, sin embargo, habría afirmado que la declaración del militar la había perturbado. Después de veinte meses en L'Agence, sometida a pruebas y entrenamientos severísimos, se había convertido en lo que tanto había deseado: una máquina.

«¿Qué esperas al pasar a formar parte de mi SF?», le había preguntado Raemmers en febrero del año anterior al proponerle que se uniese a la institución. Gracias a Elish Al-Saud, su gran amigo y exsoldado de L'Agence, sabía que la sigla SF correspondía a la expresión *special force*, como se conoce a los grupos de élite.

Le había respondido de inmediato, sin dudar ni quitar los ojos de los celestes y penetrantes del militar: «Quiero convertirme en una máquina para matar». «Si estás dispuesta a someterte a la instrucción que aquí podemos brindarte, te convertirás en eso y en más», había prometido el general, y había cumplido.

Después de casi un año transcurrido en los campos de adiestramiento más avanzados y exigentes del mundo, percibía que así como los músculos se le habían endurecido y contorneado y su cuerpo trabajaba con la eficiencia de un mecanismo bien aceitado, su espíritu y su mente habían adquirido una fortaleza que la desembarazaba del último vestigio de vulnerabilidad. La habían preparado para enfrentar cualquier situación. Se le habían afilado los sentidos, y sus reflejos saltaban a la menor provocación. Sabía de armas, bombas y estrategias de guerra. Era experta en destreza de campo y técnicas de supervivencia. Sabía de camuflaje, navegación en

agua y en tierra, selección del mejor sitio para disparar atendiendo a cuestiones como la luz, el viento, la humedad y la distancia, como también la determinación de la dirección y del alcance del fuego enemigo. Le habían enseñado tácticas de escape y evasión, y cómo seguir a un objetivo sin ser advertida. Las destrezas en artes marciales que había comenzado a desarrollar con su maestro japonés Takumi Kaito se habían convertido en uno de los talentos que le otorgaban fama en L'Agence. Y así como practicaba ninjutsu y krav magá, también cultivaba disciplinas que la ayudaban a serenar el espíritu, como tai chi chuan, con ejercicios que la sumían en estados de meditación en los cuales las pulsaciones descendían a treinta latidos por minuto; jamás habría alcanzado ese nivel cardíaco sin el estado físico que poseía; no era para menos con la disciplina de entrenamiento diario que seguía al pie de la letra.

Durante el año posterior a la muerte de su amado Sergei Markov se había propuesto transformarse en una máquina para matar y lo había logrado. Y todo por un único objetivo: dar caza y asesinar a los que las habían destrozado, a ella y a su hermana menor Leila, en el campo de concentración de Rogatica, una ciudad al este de Bosnia y Herzegovina. Aniquilaría a todos y a cada uno de ellos, pero en especial a él, a Vuk.

Y ahora, frente a la fotografía de Ante Dabić, uno de los hombres de confianza de Vuk, el pánico conocido ocho años atrás reaparecía como si el proceso de metamorfosis sufrido en los últimos meses jamás hubiese tenido lugar. ¡Malditos fueran los serbios! ¡Y maldito su poder sobre ella! De la metamorfosis que la había transformado en una guerrera, como guerrera y cazadora era la diosa romana que le había inspirado el nombre, lo que más atesoraba no era tanto el hecho de poseer la habilidad para quitar la vida solo con las manos, sino que la hubiese despojado de su esencia de mujer. Había aprendido a los golpes que nacer con una vagina se interpretaba como símbolo de debilidad, expuesto a la lascivia y a los caprichos de los hombres. Había decidido que al igual que su guía, la diosa Diana, sería casta, cruel, vengativa y severa. Atrás había quedado el tiempo en el que, inspirada por la bondad de su amiga Matilde Martínez, jugó a la santa e intentó perdonar a las bestias que las habían atormentado y vejado. La Medalla Milagrosa a la que se había aferrado para cumplir ese noble pero estúpido objetivo había acabado en las cloacas de Ramala. En ese momento empuñaba un arma, como su diosa lo hacía con el arco y la flecha.

—Ante Dabić, ¿te resulta familiar?

—Sí, general, aunque yo lo conocía por su sobrenombre, Zver.

—Deletréalo —ordenó el general, que se dispuso a tomar nota.

—Zulu, Víctor, Eco, Romeo. Zver. Significa bestia en serbocroata. No nos revelaban sus apellidos, incluso nos ocultaban sus nombres de pila. —Tras un respiro, agregó—: Zver era uno de los hombres de confianza del comandante Vuk, de quien le he hablado.

Raemmers se quitó los lentes y le destinó una de sus miradas penetrantes, que ella sostuvo con determinación. No la incomodó. La presencia de Raemmers le causaba la misma familiaridad que la de Eliah Al-Saud o la de Takumi *sensei*; al igual que a ellos, lo consideraba uno de sus maestros. Con Raemmers, sin embargo, se había forjado un vínculo más profundo. De hecho, solo al general le había hablado de Vuk. Pronunciar su nombre después de tantos años de haber luchado por enterrarlo en el olvido había significado una gran conquista. Bastaba el sonido que formaba esa sílaba, Vuk, para provocarle un tremor en el alma. La fotografía de Ante Dabić también la había hecho temblar, pero se acostumbraría, como se había acostumbrado a todo en sus veintinueve años. El general Raemmers no la vería vacilar, o le prohibiría formar parte de la misión.

—¿Te sientes lista, Diana? Me has pedido participar en estas cacerías de criminales de guerra tantas veces. Pero sabes lo que opina el equipo psiquiátrico sobre esto: que no estás preparada.

—Lo estoy, general.

Odiaba a los psiquiatras y a los psicólogos, quienes con sus sonrisas condescendientes pretendían hacerle creer que sabían cómo funcionaba la mente cuando en realidad daban bastonazos de ciego. Afirmaban conocer el arte de sanar las heridas del alma, que eran incurables. Hasta ahora, lo único útil que habían hecho era ponerle un nombre a su trastorno, es más, dos nombres: afenfosfobia y hafefobia, uno más ridículo y feo que el otro.

Hacía más de un año que no concurría al consultorio del doctor Brieger, el psiquiatra que había ayudado a su hermana Leila. ¿Para qué seguir destinando tiempo y una pequeña fortuna si no estaba dispuesta a abrirle el corazón ni sus recuerdos? Si bien a Brieger le había referido ciertos episodios vividos en Rogatica y experimentado alivio al hacerlo, le había ocultado las peores vejaciones; esas eran impronunciables. Al hombre tampoco se le podía pedir que hiciese milagros si ella no estaba dispuesta a sacar fuera todo el pus.

Por obligación, asistía semanalmente a la sesión con el psicólogo de L'Agence, el doctor Carter, un presuntuoso convencido de que la ayudaba con sus técnicas de mierda. Ella, para evitar problemas, le hacía creer que sí, que la ayudaba, cuando lo único que tenía en la cabeza, lo único que le confería la energía para levantarse a la mañana, era la idea de aniquilar al enemigo.

El doctor Carter tenía una pregunta obligada, que formulaba en cada sesión con una expresión entre compasiva y profesional que La Diana le habría borrado con una patada de taijutsu: «¿Quieres hablar de tu tiempo en Rogatica?». Como ella se limitaba a negar con la cabeza sin mirarlo, tal vez por eso el informe psicológico la declaraba no apta para convertirse en cazadora de criminales de guerra, por sus inexistentes ganas de repasar el tormento que, de oírlo, el buen doctorcito se habría hecho encima y vomitado.

—En las últimas dos misiones —expresó Raemmers— demostraste tu valía como soldado y compañero. De Souza quedó muy complacido con tu *performance*. Pero en este trabajo se juegan cuestiones personales.

—Estoy lista, general. ¿Cómo dieron con Zver? —preguntó, y se enorgulleció de la seguridad de su voz al pronunciar el nombre tan detestado.

—Gracias al trabajo que hicieron tú y tu hermano el año pasado en Belgrado con la banda de Ratko Banovic, la Interpol detuvo en Buenos Aires a unos narcotraficantes serbios. Uno de ellos aceptó convertirse en informante a cambio de protección y reducción de la pena. Ayer nos proveyó el nombre de su jefe: Ante Dabić, que en el rubro de las armas es socio de Banovic.

—Así que Zver ahora es narcotraficante. ¿Dónde se esconde?

—Ahora lo sabrás en la MSM que Hela está preparando.

—General, como le comenté tiempo atrás, estuve analizando las listas de criminales de guerra publicadas por el Tribunal para la ex Yugoslavia y no encontré a ninguno con el nombre de pila Dragoslav.

—Ese era el nombre del tal Vuk, ¿verdad?

—Así es. Vuk, que significa lobo en serbocroata, era su nombre de guerra. De hecho, el grupo paramilitar que comandaba era conocido como *Vukovi Ratnici*, Guerreros del Lobo —tradujo.

—Y en los tres años que estuviste en el campo de Rogatica ¿nunca supiste cuál era su apellido? —la interrogó el general danés sin ocultar una nota de incredulidad.

—Como le dije, se cuidaban de revelar esa información. Los soldados lo llamaban exclusivamente Vuk o comandante.

—¿Cómo te enteraste de su nombre de pila, entonces?

—Él me lo dijo —admitió con acento impostado; quería que le surgiera con un tono impasible, pese a que la memoria de aquella noche estaba conmocionándola.

El general asintió con aire severo, como si intuyese la oscuridad que se cernía sobre la breve e inocente respuesta. Eligió ese momento para abrir la bolsita de cuero donde guardaba la pipa y demás aparejos para fumar. La Diana sospechó que estaba brindándole una pausa para reponerse. Lo vio llenar la cazoleta en silencio con un tabaco holandés cuyo aroma a ella le gustaba. La serenaba el modo en que Raemmers fumaba; los ritos de vaciamiento, llenado y limpieza la apaciguaban tanto como media hora de meditación. En las dos ocasiones en que habían ido a cazar a los bosques montenegrinos, a la hora del fogón, ella esperaba con ansiedad que el general encendiese la pipa. Hasta que se dio cuenta de que le recordaba a su abuelo Liam.

—Estuve haciendo averiguaciones acerca del tal Vuk —le confesó Raemmers—. Usé el nombre de pila que conocemos y la descripción que me diste.

La Diana se incorporó en la butaca, incapaz de ocultar el interés que el comentario le despertó; había creído que el general ni siquiera la oía mientras ella le hablaba de Vuk y le exponía su interés por cazar criminales de las guerras yugoslavas.

—¿Qué pudo averiguar, general?

—Nada. No figura en ninguna lista, ni en las publicadas por el tribunal de La Haya ni en otras más secretas. Podría haber muerto.

—No —fue la categórica respuesta de La Diana—, está vivo.

—¿Cómo puedes expresarlo con tanta certeza después de todos estos años?

La verdad era que no contaba con certeza alguna; es más, bien sabía ella que podía estar muerto. No obstante, el instinto le señalaba que allí fuera seguía respirando y haciendo maldades.

—No lo sé a ciencia cierta, general —admitió—. Es un presentimiento muy fuerte que tengo —declaró sin visos de vergüenza pues había sido el propio Raemmers el que le había enseñado a confiar en el instinto.

—Si es cierto que aún vive, entonces está siendo protegido, como lo están Karadžić y Mladić. —Raemmers se refería a los jefes serbobosnios, el primero político, el segundo militar, responsables de los genocidios en Bosnia entre el 92 y el 95, en especial el de Srebrenica, ciudad natal de La Diana. Aunque había pronunciado mal sus nombres, La Diana no lo corrigió.

—General, es verdad que Radovan Karadžić y Ratko Mladić están siendo protegidos por Serbia y de seguro se esconden en Belgrado, pero al menos figuran en las listas publicadas por el Tribunal para la ex Yugoslavia. Vuk ni siquiera figura como criminal de guerra, y le aseguro que tendría que encabezar la lista.

—Eso quiere decir que su poder es aún mayor que el de esas dos alimañas de Kara... ¿Cómo pronuncias sus nombres?

—Ka-rad-shích. M-lá-dich. ¿Usted piensa que Vuk tiene más poder que Karadžić y Mladić?

—Era un comandante paramilitar, Diana —le recordó el general—. En el conflicto de los Balcanes, los señores de la guerra tenían más poder que las milicias regulares, si es que podemos llamar milicias regulares a las del general Mladić, que violaron todas las convenciones de Ginebra como si jamás las hubiesen estudiado en la academia. Volviendo a los señores que comandaban los grupos paramilitares, se sabe que se hicieron riquísimos con el tráfico de armas, de combustible y de alimentos. Igualmente, no creo que sea solo el dinero el que lo ha vuelto invisible.

—¿Alguna teoría, general?

Sonó el teléfono, y La Diana se puso de pie dispuesta a abandonar el despacho para brindarle intimidad al jefe.

—Es Danika —informó Raemmers—. Quédate. Todavía no hemos terminado.

Igualmente se alejó hacia el sector donde había un espacio con sillones, un sofá, mesa de centro y un mueble con una máquina de café *espresso*, variadas bebidas espirituosas y bocadillos dulces y salados que Danika e Inger reponían cada mañana. Los observó con indiferencia. A la afenfosfobia se le sumaba otra condición, la de la hiporexia, la falta de apetito. Se obligaba a comer para mantener la masa muscular y la energía. Perdida estaba la dicha que en el pasado le había producido un buen plato

de comida, de esos sabrosos que le daban renombre a la cantina familiar no solo en Srebrenica sino en toda la región del río Drina. Cuando iba a París, Leila le preparaba los platos típicos de los Balcanes en la esperanza de devolverle el gozo con cada bocado. Pese a que no le había mencionado a su hermana menor la inapetencia que padecía desde hacía años, Leila, la pequeña e ingenua Leila, lo sabía, como lo sabía todo, como conocía cada recuerdo, cada memoria. Por eso no soportaba mirarla a los ojos, y con qué insistencia Leila buscaba los de ella.

Apartó la vista del espectáculo gastronómico que componían los sándwiches, los *petit fours* y los bombones, y la fijó en la pared tapizada de televisores, todos encendidos y enmudecidos en distintos canales de interés, como CNN, Bloomberg, Al Jazeera y BBC News. Esa pared no la atraía como la que la enfrentaba, cubierta por la gigantografía de un mapa de principios del siglo XVI, el primero que contenía a las Américas, la del Sur, muy mal definida, y la del Norte, apenas un grupo de islas. Raemmers le había explicado que se trataba de la copia del globo terráqueo conocido como Hunt-Lenox; Hunt había sido un especialista en arte que halló la pequeña esfera de cobre en París, y Lenox, el magnate norteamericano del siglo XIX que le dio el dinero para comprarla. Sin embargo, no era la historia del mapa lo que llamó su atención la primera vez que apreció la pieza cartográfica sino una inscripción en latín ubicada en lo que hoy es Indonesia, y que, en medio de criaturas fantásticas, rezaba: *Hic sunt dracones*.

—Aquí hay dragones —le había traducido el general Raemmers—. *Hic sunt dracones* o *hic sunt leones* —le había explicado a continuación— eran leyendas que se usaban en la cartografía antigua para advertir a los marineros y a los viajeros de los peligros en ciertas zonas.

La Diana apoyó el dedo sobre el vidrio que recubría el mapa, justo sobre la frase que la había conmovido al punto de someterse a la tortura de tatuársela en el cuerpo, ella, a quien le repulsaba la cercanía de otro ser humano. En esa oportunidad, meses atrás, Matilde Martínez, que era médica, le había suministrado un calmante, la había acompañado al estudio de tatuajes en París y no le había soltado la mano mientras la artista dibujaba sobre la piel bajo la nuca y entre los omóplatos. Por qué Matilde y un puñado más podían tocarla y el resto de la humanidad debía mantenerse a distancia constituía otro de los misterios que la habitaban.

Deslizó el dedo por el vidrio y lo detuvo en el sector de la gigantografía donde se hallaban los Balcanes.

—*Hic sunt dracones* —murmuró, porque el instinto le señalaba que el monstruo en cuyo nombre de pila, Dragoslav, acechaba la palabra dragón, la bestia que la había quebrado y convertido en ese ser inanimado, se escondía aún en la tierra que ella había llamado patria tanto tiempo atrás. La vida le brindaba la posibilidad de atrapar a Ante Dabić, quien podría conducirla a Vuk, objetivo final de su venganza. Estaba acercándose, lo presentía.

El general cortó la llamada, y La Diana regresó al escritorio. Enseguida advirtió que la mueca preocupada de Raemmers se había acentuado. Se atrevió a preguntar:

—¿Algún problema, general?

—Anoche me llamó Alberto para avisarme que habían internado de urgencia a Inés en el Hospital Saint Thomas. Se descompensó de nuevo. Le pedí a Danika que llamase para preguntar cómo seguía. Estaba pasándome el reporte.

—¿Y? ¿Cómo está?

—Diagnóstico reservado —expresó Raemmers con una mueca de agobio.

En L'Agence no era un secreto que la pequeña y única hija del teniente general De Souza padecía una afección hereditaria de la sangre llamada beta talasemia mayor. La transfundían periódicamente, vivía medicada y, a sus seis años, no llevaba una vida normal. Sufría episodios febriles recurrentes y siempre corría el riesgo de deshidratarse debido a las frecuentes diarreas. Su crecimiento y maduración presentaban un claro retraso. La Diana nunca la había visto, pero Nanuk le había comentado que era menuda, de una palidez enfermiza y con los dientes frontales prominentes, característica de los niños con talasemia mayor.

Alberto de Souza adoraba a Inés y sufría a causa del padecimiento de su única hija, por lo que resultaba doblemente loable verlo esmerarse en el trabajo, siempre de buen humor, cordial y bien predispuesto con sus soldados. Como jefe de los dos grupos tácticos, era muy querido entre su gente; Eliah Al-Saud lo recordaba con afecto. La Diana lo apreciaba y lo admiraba pues era un excelente militar.

—Lo siento.

—Yo también. Alberto y Severina —Raemmers hablaba de la mujer de De Souza — no merecen este martirio.

La Diana conocía la admiración y el afecto que los dos militares, el danés y el portugués, se profesaban. Sin embargo, en los últimos tiempos, con la cuestión del rol de la OTAN, se había enterado de desavenencias entre ellos. Como juzgó a Raemmers de un humor especial, se animó a comentar:

—General, Nanuk dice que usted es de los que sostienen que la OTAN debería desaparecer.

—¿Ah, sí? —expresó con marcado sarcasmo—. ¿Has hablado con ese ingrato últimamente?

—No. Desde que dejó L'Agence no he vuelto a saber de él. No contesta el celular y en su departamento no hay nadie. La muerte de su hermana Yura y de su sobrina Miki en el accidente aéreo lo devastó. Fue la gota que colmó el vaso después de lo de... Birgitta —agregó con miedo pues Raemmers jamás abordaba el tema de su nieta fallecida casi un año atrás debido a una sobredosis de heroína.

—Lo sé —suspiró el general—. Nanuk estaba enamorado de mi Birgitta, y se culpa por no haberla rescatado de las garras de esa maldita droga. Pero ¿qué podía hacer? Si todos los tratamientos... —Se interrumpió—. Regresemos a tu consulta —dijo en cambio, y carraspeó y se irguió en la butaca; había vuelto a colocarse la

máscara de jefe de L'Agence—. La OTAN, Diana, ha cumplido su objetivo, y su permanencia en la escena política mundial solo causa desconfianza.

—¿Desconfianza? ¿A qué se refiere?

—A que muchos creen que, pasada la Guerra Fría, para justificar la existencia de la alianza, se crearán situaciones bélicas con el fin de evidenciar la necesidad de su intervención por razones *humanitarias* —remarcó la última palabra con ironía—. Como la de los Balcanes —añadió tras una pausa, y la miró con intención.

Le dio miedo que Raemmers, un general respetado y de peso político, se refiriese a una institución tan poderosa como la OTAN en esos términos.

—¿De veras? ¿Esa sería la explicación de una guerra inexplicable?

—Los Balcanes siempre han sido un bocado apetitoso y codiciado. Es la puerta, el pasaje entre Europa y Asia. Sí, creo que las guerras yugoslavas se planificaron para que hoy la OTAN se erija como la gran soberana, con las bases militares más grandes del mundo en la región y un despliegue de miles de soldados de *paz* —y volvió a emplear la ironía para subrayar la última palabra.

—¿Qué sería de L'Agence si la OTAN dejase de existir?

—Desaparecería —contestó el danés—. El accesorio sigue al principal. Y tú y tus compañeros quedarían desempleados. ¡Ánimo, Diana! Eso no ocurrirá. Mi voz y la de unos pocos no harán mella en el coloso del Atlántico Norte.

A La Diana, las cuestiones políticas no podían importarle menos. Ella, a L'Agence, la usaba, como L'Agence la usaba a ella. Necesitaba de su estructura y en especial de sus sistemas de información para llevar a cabo la cacería por la cual vivía. Y así como a ella le interesaba que la institución continuase, no le resultaba difícil imaginar las intrigas gigantescas que se tejían en torno a la permanencia de una organización militar millonaria. Temió por Raemmers, pues por más que él sostuviese que nadie lo escucharía, a ella no la engañaba con su falsa modestia. El general Anders Raemmers era una personalidad reputada e influyente, con más de treinta años en la organización. De hecho, cuando Javier Solana había cesado en sus funciones en octubre del año anterior, el nombre de Raemmers se bisbiseaba en los pasillos de la sede en Bruselas como el favorito para ocupar el cargo de secretario general. La muerte por sobredosis de Birgitta y el posterior derrame cerebral de Charlotte, su esposa, lo obligaron a desistir de las aspiraciones a ocupar el sitio que le habría conferido la autoridad para llevar a cabo el plan de desmantelamiento que hasta el momento había callado y que, después de los trágicos eventos de su vida, comenzó a expresar a viva voz a sus colegas, entre los que había encontrado pocas simpatías y mucha oposición, como la de su amigo y segundo en el mando Alberto de Souza. Si Raemmers se decidía a sobrepasar los límites de la OTAN y hacer pública su postura en la prensa y en la ONU, se armaría un escándalo que despertaría la furia de los poderosos de la Alianza del Atlántico Norte. Despertaría a los dragones de los que hablaba el mapa de Hunt-Lenox.

Sin pensarlo, murmuró:

—*Hic sunt dracones.*

Raemmers soltó una carcajada, que la sobresaltó por lo inesperada e inusual, sobre todo en ese último tiempo.

—Sí, querida Diana, aquí hay dragones. Dragones en traje y corbata, sin armas de fuego ni cuchillos ni granadas como los que tú y tus compañeros llevan en cada misión, pero mucho más peligrosos que el mejor soldado de élite, te lo aseguro.

—No los despierte, general —se atrevió a recomendar, y no le importó si lo irrespetaba; de pronto temió por el futuro del hombre al que, muy a su pesar, había aprendido a querer y a admirar.

—Me temo que ya lo hice. —El general consultó la hora y declaró—: Vamos. Hela está esperándonos en la sala de estrategias para empezar la MSM.

Siguió al general con desánimo; se recriminaba no haber aprovechado la disposición abierta del militar para preguntarle por Nanuk Christiansen. No se había animado. Nadie le quitaba de la cabeza que Raemmers sabía más de lo que revelaba acerca del mejor soldado de L'Agence, el hijo de su amigo de la infancia. Se reprochaba sucumbir a la soledad y a la tristeza, pero lo cierto era que la agobiaban desde la desaparición de Nanuk.

Después del asesinato de Sergei Markov, su novio, su gran amor, había jurado cerrarse a los sentimientos. Encariñarse con las personas, aun con los animales, la exponía a un sufrimiento potencial cuya mera idea la asustaba. Habría sido igual no proponérselo en vistas de los resultados, pues, de un modo u otro, sus siete compañeros de escuadra, aun los ocho de la otra, se habían ganado un lugar en su corazón. Era casi imposible no quererlos conviviendo la mayor parte del día y compartiendo el peligro en cada misión. La confianza era infinita; dependían el uno del otro.

Markov, se recordó, había dependido de ella. La angustia que le provocaba la imagen de su cuerpo sin vida, cubierto de sangre, la obligó a alterar el paso, que se volvió más lento, más pesado. Inspiró profundo para controlar el ataque de pánico. Lo había defraudado, y su defección le había costado la vida. La muerte de Markov se había convertido en una de las cargas más abrumadoras que arrastraba, quizá tanto como la otra con que el destino la había desafiado: los años en Rogatica.

—¿Qué leías en el periódico?

La pregunta de Raemmers la tomó por sorpresa. Lo observó responder al saludo de venia que le dirigió Atsa Adakai, uno de sus compañeros; a ella, Atsa le guiñó un ojo.

—¿Cómo dijo, general? —Apuró el tranco para alcanzarlo.

—Cuando entré en mi despacho leías algo en el periódico, algo que te afectaba. —El danés la escudriñó por el rabillo del ojo sin disminuir las zancadas que lo conducían a la sala de estrategias.

¿*Adónde fueron a parar los niños huérfanos de Sarajevo?*, eso leía. No obstante, respondió:

—Un artículo sobre Aleksandar Ilić. Acaba de hacerse con un banco de Friburgo —agregó con acento desaprobatario.

—Diana, no todos los serbios son criminales.

—Tal vez —dijo sin convicción—. Ilić está comprando empresas como si fuesen hogazas de pan, sobre todo semilleras. ¿Por qué? ¿Con qué fin?

—Semilleras, sí —ratificó el general—, y ahora se le dio por adquirir una empresa militar privada.

—¿Cómo? ¿Una empresa de mercenarios?

—A nuestro amigo Eliah Al-Saud no le gustaría que llamasen empresa de mercenarios a la Mercure. Le tiene mucho cariño a su criatura.

No prestó atención a la broma y siguió cavilando acerca de la noticia que el general acababa de proveerle. Leía los diarios concienzudamente y no recordaba haber visto siquiera una conjetura al respecto, ni de los periodistas de investigación mejor informados.

—¿Cómo lo sabe, general?

—Ah, tu viejo general, querida Diana, todavía posee uno que otro contacto importante. Y ya sé qué vas a preguntarme, a qué empresa Ilić le puso el ojo. Eso no lo sé.

* * *

L'Agence se encontraba en las entrañas de una vieja usina eléctrica en un barrio de la periferia londinense. Se trataba de un edificio abandonado y lúgubre, con dos chimeneas de unos cien metros de altura que se erigían como gigantes estoicos y de las que hacía casi cuarenta años no manaban gases. Se accedía después de sortear sistemas de seguridad de última generación y de viajar en un ascensor de alta velocidad varias decenas de metros hacia el centro de la Tierra.

A La Diana, ese recinto estéril con aroma a ozono, cubierto de paneles de aluminio, al que no alcanzaban los rayos del sol —les suministraban vitamina D de modo artificial— y que muchos habrían juzgado una tumba, le resultaba más familiar que el acogedor departamento que alquilaba en South Kensington y al cual volvía pocas veces por semana. En general, pasaba el tiempo comprometida en una misión, o en un campo de entrenamiento en algún punto del globo, o allí mismo, en la sede de la institución, donde poseía un cuarto con baño privado, prerrogativa de los miembros de la SF, la *special force*. El resto de los empleados —secretarias, informáticos, ingenieros, criptólogos, químicos y médicos— debían abandonar las instalaciones al cumplir el horario de su jornada, a menos que un trabajo los retuviese más tiempo, para lo cual se les habilitaba un permiso especial.

Del total de cincuenta y tres empleados, dieciséis eran soldados de élite, la verdadera alma de L'Agence. Esos profesionales de la guerra se dividían a su vez en

dos escuadras de ocho, aunque desde la dimisión de Nanuk Christiansen, uno de los comandos poseía siete integrantes. El jefe de ambas escuadras era De Souza.

Nanuk Christiansen había sido la cabeza de la escuadra dos, o simplemente La Dos, hasta su renuncia tres meses atrás. Lo reemplazaba Siboniso Kamongo, nombre de guerra Sibi, un negro sudafricano de cuarenta y cinco años, el más viejo de las dos cuadrillas —por eso Piersanti Righi, el bromista del grupo, lo llamaba *nonno*— y exsoldado de la polémica tropa paramilitar Koevoet, que en los ochenta se había dedicado a cazar insurgentes que luchaban por la independencia de Namibia.

Raemmers y ella entraron en la sala de estrategias, una habitación con muros de vidrio que a simple vista, con su mesa larga de caoba rodeada por butacas de cuero, lucía inofensiva y común. Un momento más tarde, cuando se despertaba la tecnología que la equipaba, se transformaba en el recinto de una película de ciencia ficción, con mapas electrónicos que se abrían en el vacío, imágenes tridimensionales y sistemas de información con datos secretos que pocos servicios de inteligencia poseían.

La escuadra de Hela Hansen, también conocida como «La Uno», estaba al completo. Varias nacionalidades se reunían en esa mesa, como también distintas fisonomías y colores de piel que a La Diana le resultaban tan familiares como los rasgos de sus hermanos Leila y Sándor.

Se dirigieron frases masculladas y guiños de ojo a modo de saludo. Labalaba Sekonia, originario de Fiyi y experto en supervivencia en climas tropicales, alto y delgado y de piel oscura, le lanzó un beso después de asegurarse de que el general Raemmers no lo veía.

—Bienvenida a La Uno, diosa de la caza —la saludó en inglés, idioma oficial de L'Agence.

La Diana le devolvió una sonrisa apretada y se ubicó en el sitio que usualmente ocupaba cuando se reunía con su grupo. El general se sentó a la cabecera. Hela se mantuvo de pie. Apuntó a los muros con un control remoto, y los vidrios se volvieron opacos, como si se hubiesen esmerilado por arte de magia. La intensidad de las luces disminuyó, lo que incrementó el brillo y los colores de las imágenes holográficas suspendidas sobre la mesa; se trataba de un mapa de Europa oriental y de la misma fotografía de Ante Dabić que Raemmers le había enseñado en su despacho, salvo que al pie contaba con una leyenda: 1957, Banja Luka, Republika Srpska.

—Antes de comenzar con el *briefing* —dijo Hela, y se refería a la primera parte de la reunión en la que se presentaban los hechos y los datos—, quiero informarles que La Diana colaborará con nosotros en esta misión. Su conocimiento del serbocroata es clave. Diana, hace un momento le avisé a Sibi y me concedió su autorización.

—Gracias, Hela.

—Objetivo de la misión: Ante Dabík —expuso la jefa de La Uno, y señaló la fotografía con un puntero láser.

—Ante Dábich —la corrigió La Diana, y la noruega lo repitió correctamente.

—Criminal de guerra durante el conflicto de Bosnia a principios de los noventa. Nacido en el 57 en Banja Luka, en la actual Republika... —Miró a La Diana—. ¿Cómo se pronuncia?

—Serps-ka. Significa República Serbia.

—Gracias. La Diana acaba de informarnos que su nombre de guerra es — consultó un trozo de papel que le había alcanzado el general Raemmers— Zver, bestia en serbocroata.

Hela prosiguió con la exposición. Dabić formaba parte de una extensa red de triple tráfico: armas, drogas y seres humanos. Las armas las compraban por poco dinero a militares corruptos de la disuelta Unión Soviética y de países de América del Sur. Los seres humanos, en su mayoría mujeres y niños, se adquirían o se secuestraban en las regiones más pobres del mundo, en especial India y en las naciones de la ex Unión Soviética. La cocaína provenía de Colombia y de Bolivia. En cuanto a la heroína, se hacían de la morfina base en Líbano y en Siria y la procesaban en laboratorios propios. Habían determinado las coordenadas del escondite de Dabić siguiendo la huella del químico que dirigía uno de los centros de refinamiento.

—Dabić es peligroso y posee un pequeño ejército armado hasta los dientes.

—¿Con qué clase de armamento nos encontraremos? —quiso saber Johnny Milford, un ex SEAL, la fuerza de élite de la Marina norteamericana.

—Lo tradicional —contestó Hela—, fusiles AK-47, lanzacohetes y morteros, pero también nos encontraremos con cosas pesadas. Los satélites han avistado en el techo del laboratorio dos cañones de artillería antiaérea.

Una fotografía tomada desde las alturas apareció junto a la de Dabić. Johnny soltó un silbido entre apreciativo y de asombro y se acomodó la gorra de béisbol con la que siempre se lo veía cuando no llevaba el casco.

—¿Y dónde hallaremos toda esta maravilla? —preguntó Assam Al-Abdel, el argelino que había hecho sus primeras armas en la Legión Extranjera.

—Aquí —respondió Hela, y señaló el mapa—. En las afueras de la ciudad de Tiráspol, en Moldavia. Tiráspol es la capital de la autoproclamada República de Transnistria —encerró en un círculo la región a la izquierda del río Dniéster.

En este punto, Raemmers se puso de pie y tomó la palabra.

—Transnistria se independizó de Moldavia en el 90, pero hasta el momento ninguna nación la ha reconocido oficialmente. Está administrada por delincuentes y mafiosos de la región, que por supuesto reciben una tajada de Dabić a modo de pago por permanecer en Tiráspol, protegido y encubierto. La corrupción en Transnistria es rampante, y los derechos humanos, inexistentes. Si llegasen a caer en manos de las milicias locales, no hace falta que les diga que las convenciones de Ginebra no cuentan. Es prácticamente imposible ingresar debido a los puestos de control en la frontera. No permiten el paso a nadie, excepto a sus connacionales. La frontera está bien vigilada, por lo que con Hela hemos juzgado que el mejor medio de penetración es el aéreo. La geografía plana y sin bosques jugará a nuestro favor.

—¿No hay radares? —quiso saber Peter Hersey, un inglés exmiembro del SAS.

—Nada de radares —contestó Hela—. Aunque la zona no esté radarizada, igualmente saltaremos a alta cuota para evitar el riesgo en que nos pondría el ruido de los paracaídas al abrirse a baja altitud. Sabemos que la región está poblada por campesinos. Podrían alertar a las milicias.

Debido a que la falta de oxígeno y el frío extremo a esas alturas los obligaba a emplear un equipamiento especial que los entorpecía apenas tocaban el área de aterrizaje, solían contar con la presencia de un grupo aliado local que los esperaba en tierra para cuidarles las espaldas en tanto se deshacían de las máscaras y esterilizaban el terreno, es decir, lo limpiaban de cualquier indicio que los delatase. Por eso, Murad Sadozai, un guerrero de Baluchistán al que llamaban Faquir por su capacidad para sobrevivir en las montañas heladas y sin agua, formuló la pregunta obligada en estos casos:

—¿Habrá un comité de recepción?

—No —contestó Hela—. Esta será la LZ —añadió, y cuando apuntó al mapa todos sabían que estaba indicándoles la *landing zone*, o zona de aterrizaje.

Les dictó las coordenadas, que los ocho soldados grabaron en sus brújulas electrónicas. La reunión se extendió hasta cerca del mediodía, y en esas horas cubrieron los aspectos más generales y también los particulares, como qué cantidad de agua debían transportar en su equipo y si llevaban barras energéticas o *noodles*; todo dependería de la posibilidad de encender un pequeño fuego para calentar agua.

Aun después de tanto tiempo le despuntaba una sonrisa melancólica al recordar lo primero que Nanuk Christiansen le había enseñado acerca de un soldado de élite. «Diana, sobre todo, somos mulas de carga», le había asegurado, y no exageraba. Existían misiones en las que transportaban cuarenta kilos de equipamiento a sus espaldas, con los cuales caminaban kilómetros y kilómetros en las peores condiciones climáticas. El estado físico nunca parecía bastar para superar pruebas tan rigurosas.

El ataque al laboratorio se efectuaría en cuatro días, y La Diana y sus compañeros sabían que, desde ese momento, cambiarían los hábitos de higiene. Los aromas generados por el jabón, el champú, el dentífrico o el *after-shave* en una zona deshabitada y virgen se convertirían en letreros con luces de neón para perros y buenos baquianos. Se bañarían con jabón neutro, los varones dejarían de afeitarse y se higienizarían los dientes con una solución de bicarbonato de sodio; en cuanto a sus ropas, las lavarían con polvos especiales y las pasarían por secadoras de aire caliente.

—¿Qué les diremos a los de Eurocorps acerca de nosotros? —se interesó Richard Beauchamp, otro inglés del SAS.

—Lo de siempre —contestó Raemmers—, que son tropas regulares de la OTAN.

—Yo soy la primera en el mando —les recordó innecesariamente Hela—. Mi segundo será Daen.

La Diana insultó para sus adentros. De los quince compañeros, Daen van Groen era el que menos le gustaba, y ni siquiera su atractivo indiscutible suavizaba la ojeriza

que le inspiraba. De nacionalidad holandesa, había formado parte de la tropa de cascos azules de la ONU encargada de proteger la «zona segura» de Srebrenica y Žepa durante la Guerra de Bosnia a principios de los noventa. Las dos ciudades finalmente habían caído bajo el poder serbio, y las matanzas más horrorosas desde la Segunda Guerra Mundial se habían desatado como consecuencia de que los supuestos defensores no habían disparado una vez contra el ejército de Mladić. Van Groen tampoco se mostraba amistoso desde que se había enterado de que era una musulmana de Srebrenica, pues había perdido a su mejor amigo a causa de una granada lanzada por un miliciano bosniaco, como se llamaba a los bosnios que profesaban el islam. Así estaban las cosas entre ellos; los dos se toleraban e intentaban llevar la fiesta en paz. Rara vez se dirigían la palabra, y cuando lo hacían, se trataba de cuestiones relacionadas con el trabajo. Habían sellado un pacto tácito por el cual el tema del genocidio de Srebrenica, donde habían perdido la vida el padre y la madre de La Diana, no se abordaba.

—El segundo objetivo —continuó Hela— será la destrucción del laboratorio principal de Dabić, con todo lo que haya dentro. Para esto usaremos minas Claymore.

—¿Por qué volarla? —preguntó Peter Hersey—. Estaríamos destruyendo la evidencia.

—El laboratorio está en territorio de Transnistria —intervino Raemmers—. Si queda en pie, las autoridades del lugar lo usarán ellas mismas para refinar la heroína. No, debe ser demolido.

—De acuerdo con las imágenes satelitales —retomó Hela, y de inmediato una típica fotografía aérea se desplegó en el espacio—, este es el laboratorio. —Accionó un botón en la computadora y siete pequeños círculos rojos se dibujaron sobre la imagen—. Estos son los siete ingresos a las instalaciones. Nosotros usaremos cinco. Teniendo en cuenta las dimensiones del edificio, el sector de Ingeniería acaba de informarme que con la implantación de seis Claymore en el sótano será suficiente. Daen se ocupará de colocar las minas. —A nadie sorprendió el encargo, pues el holandés era el mejor artificiero de L'Agence; la indicación que siguió asombró a todos—. Diana, tú lo asistirás.

—Sí, Hela —contestó, e intercambió una mirada con Raemmers, al que descubrió observándola como si la evaluase. ¿Habría sido el general el que había dispuesto que cooperase con el excasco azul? ¿Quería probarla? ¿Quería confirmar si en verdad había superado el trauma de la guerra emparejándola con el que ella reputaba como uno de los culpables de la muerte de casi diez mil personas?

* * *

Abandonó la sala de estrategias y bajó al gimnasio, un recinto en el doceavo subsuelo, de más de cien metros cuadrados. Se hallaba prácticamente desierto, y solo

tres de sus compañeros de La Dos se afanaban en las máquinas: Sibi, el indio navajo Atsa Adakai, militarmente conocido como Diné, y Manoj Rana, un nepalí cuyo nombre de guerra era Zorro. Se notaba la ausencia de los otros tres, en especial la de Piersanti Righi, a quien en las misiones llamaban Charlie y que siempre conseguía hacerla reír; era muy ocurrente. Thomas Mayo, un ex SAS, conocido como Octopus —en una pelea cuerpo a cuerpo parecía tener ocho brazos— y el israelí Guior Blum se hallaban en una misión en el norte de África, más precisamente en Tombuctú, una ciudad de Mali, donde se habían detectado células terroristas.

Manoj detuvo su práctica de sentadilla invertida y la saludó desde lejos con una sonrisa en la que los dientes blanquísimos contrastaron con su piel cetrina. Provenía de una familia nepalí de tradición gurkha. Su bisabuelo había participado en la Gran Guerra, su abuelo en la Segunda Guerra Mundial, y su padre, en la recuperación de las Malvinas. El anecdotario de Zorro parecía infinito, y La Diana se habría pasado horas escuchándolo. Era un hombre especial, con creencias y una cultura tan diferentes a las occidentales que La Diana se preguntaba cómo podían habitar el mismo planeta. Sin embargo, la amistad entre ellos había florecido hasta alcanzar un momento cumbre tiempo atrás, la madrugada en que La Diana le salvó la vida en Yemen al caer en una emboscada. Semanas más tarde, Zorro se presentó en ese mismo gimnasio mientras ella practicaba krav magá con Octopus. A continuación de una reverencia, le ofreció una caja de madera, de tamaño similar a una de zapatos. Los compañeros, los de ambas escuadras, abandonaron las prácticas y ejercicios y se agruparon en torno a ellos. La Diana abrió la caja y se encontró con dos cuchillos cruzados sobre una cubierta de pana verde inglés. No necesitó que le explicase que se trataba del arma mítica de los gurkhas, el *kukri*, un cuchillo de unos cuarenta y cinco centímetros de largo, con la hoja curva y el mango de nogal. La sola visión resultaba amenazadora. En la caja también había dos correas y dos fundas de madera para guardarlos y evitar ser víctima del filo del arma, por el cual es famosa. Como Zorro le explicó después, el *kukri* no se utiliza para clavar sino para cortar, y validó su declaración narrándole historias de su bisabuelo en las trincheras inglesas cuando salía de cacería y volvía con partes de soldados alemanes.

La Diana rara vez se separaba de sus *kukris* y adaptaba las correas para llevarlos a los costados de las piernas, como lo marcaba la tradición gurkha, o cruzados en la espalda, cuestión de que, con elevar el brazo izquierdo hacia la derecha y el derecho hacia la izquierda, se hacía en un santiamén de un par de cuchillos que le habrían seccionado la cabeza a un adulto. Practicaba casi a diario con Manoj las técnicas de manejo de un arma tan peculiar. Resultaba una paradoja que le diese más seguridad sentir el peso de los cuchillos que el de su pistola Browning HP 35. De noche dormía con uno bajo el colchón y otro bajo la cama.

Amaba a sus compañeros aunque se cuidase de demostrarlo ocultándose tras una fachada dura y distante. Sin embargo, el que ella había considerado su puntal, el que se había convertido en su roca y mejor amigo era Nanuk Christiansen, mitad

esquimal, mitad danés, de una belleza exótica a la cual costaba habituarse; sin remedio, la mirada tendía a buscar su rostro de una tonalidad olivácea muy clara y de ojos rasgados y oscuros. Nanuk era una de las personas a la que La Diana más quería. Y la había defraudado.

Lo vio por primera vez en febrero del 99, en Belgrado, mientras ella y Sándor prestaban colaboración con L'Agence en el tentativo de dar con Matilde Martínez, secuestrada por terroristas palestinos. Nanuk permanecía la mayor parte del tiempo en el departamento ubicado en el centro de la capital serbia donde habían instalado el equipamiento para realizar las escuchas telefónicas y ambientales de Ratko Banovic y su banda de traficantes. En esos días de largas esperas, Nanuk había logrado sacarla del aturdimiento en el que la había hundido la reciente muerte de su novio Sergei Markov, y lo había conseguido gracias a los relatos acerca de la etnia inuit, es decir la de los esquimales, si bien esa palabra, esquimal, que significa algo así como «devorador de carne cruda», debía evitarse; se la consideraba despectiva. A La Diana, a quien los esquimales le resultaban tan familiares como los extraterrestres, las historias del pueblo inuit y las descripciones de sus costumbres y tradiciones la cautivaron al punto de olvidar por unas horas que Markov estaba muerto y Matilde secuestrada, y todo por su culpa.

Meses después, Nanuk la sorprendió presentándose en el Hospital Lariboisière, donde se recuperaba del disparo que se había ligado por salvar a Matilde en un atentado. Nanuk fue al hospital los tres días que permaneció en París, y de nuevo volvió a distraerla con leyendas de los inuit y relatos de una niñez vivida en Nuuk, capital de Groenlandia, con sus padres, su hermana mayor Yura y una parentela tan numerosa que siempre perdía la cuenta si se decidía a inventariarlos. Había sido un niño inmensamente feliz, le confió.

—Mi madre era inuk —le había contado en la habitación del Lariboisière.

—¿Inuk?

—Es el singular de inuit. Ella era de pura sangre inuit. Mi padre, en cambio, era de pura sangre danesa, de Copenhague. Se conocieron en Nuuk, cuando mi padre, que era biólogo y oceanógrafo, viajó a Groenlandia con su equipo para fundar un centro de investigación a nombre del gobierno danés. Mi padre era mucho mayor que mi madre, era un soltero empedernido, dedicado a sus investigaciones y a su laboratorio. Pero conoció a mi madre y fue amor a primera vista, al menos eso aseguraba él. Se casaron pocos meses más tarde. Mi padre se instaló en Nuuk y no volvió a Dinamarca.

Le había referido también que su padre, Lars Christiansen, había sido el mejor amigo del general Raemmers. Se habían criado juntos, como hermanos, y el general y su esposa Charlotte habían viajado a menudo a Groenlandia para participar de los festejos familiares y para vacacionar. Nanuk no se lo había confiado, pero La Diana suponía que en uno de esos viajes el general había llevado a Birgitta, su nieta, hija de su única hija, de la cual Nanuk se había enamorado; o tal vez la conoció años más

tarde, cuando Nanuk y Yura se establecieron en Copenhague. La entristecía pensar que nunca conocería la historia.

Nanuk sí le contó que sus padres habían muerto al precipitarse la avioneta en la cual viajaban y que Lars Christiansen utilizaba en sus recorridos por Groenlandia con fines científicos. Yura contaba con diecisiete años; él tenía quince. El general Raemmers viajó para asistir al funeral de Lars y de su esposa Miki, y para llevarse a Copenhague a los hijos, de acuerdo con lo establecido en el testamento. Enseguida, Yura se mudó a Odense y comenzó a estudiar biología molecular en la Universidad del Sur de Dinamarca, en tanto Nanuk, terminado el colegio, expresó su deseo de convertirse en soldado.

—Unos años en el ejército —le había confiado Nanuk— bastaron para aburrirme a muerte. Fue entonces que el general me ofreció formar parte de L'Agence.

Existía una cualidad en Nanuk que lo volvía único, el modo en que entendía la vida y la mirada con que analizaba al mundo. Nada parecía asustarlo; nada lo angustiaba; era un fatalista, y ese aspecto, que a un tiempo lo volvía duro, también lo dotaba de ternura, porque se avistaba la inocencia de un niño en ese comportamiento, en la manera casi inocente de apreciar el sentido de las cosas. Por esa razón, por haber conservado la magia de los niños, Nanuk la atraía irremediablemente, y apenas ingresada en L'Agence se le pegó como tiempo atrás lo había hecho con Eliah Al-Saud.

—Eres un soberbio —lo provocó un día—. Te crees superior por ser mitad inuk.

—En mi corazón soy ciento por ciento inuk.

—¡Has visto! Eres un soberbio.

—Diana, mi pueblo ha sabido lidiar por miles de años con el clima ártico, el más crudo y hostil del planeta. Otra raza perecería en nuestras tierras en cuarenta y ocho horas. ¿Cómo no sentirme orgulloso de mi gente?

En momentos como ese La Diana maldecía de padecer afenfosfobia, pues cuando Nanuk le cerraba la boca con respuestas tan sabias y le sonreía y la miraba con afecto, ella habría deseado abrazarlo. Pese al fuerte vínculo que se había forjado entre ellos, profesional y también personal, Nanuk había elegido desaparecer de su vida sin decir una palabra. Comprendía que las pérdidas sufridas —primero Birgitta, y después Yura y su sobrina Miki— lo habían destruido. Pero ¿por qué no confiar en ella? ¿Por qué no refugiarse en ella? Después de todo, si con algo sabía lidiar era con la muerte.

* * *

Cruzó el gimnasio y saludó con un gesto a Sibi, Diné y Zorro. Nadie esperaba que se acercara y ofreciese un apretón de manos o dos besos en las mejillas. Sabían que no podían tocarla, a menos que el modo de contacto fuese a golpes; ese lo aceptaba con gusto.

Entró en el vestuario y, mientras se cambiaba, sonó su celular, todo un desafío de la tecnología si se tenía en cuenta que estaban varios metros bajo tierra y que no debería haber habido campo. Pero así era en L'Agence, las cosas parecían funcionar en otra dimensión.

Del móvil que seguía sonando en el bolsillo trasero de sus *jeans*, solo cinco personas conocían el número: sus hermanos —Leila y Sándor—, el matrimonio Al-Saud —Eliah y Matilde— y Nanuk Christiansen. Deseó que fuese él. Era Matilde Martínez.

—Matilde.

—*Bonjour* —la saludó en francés, el idioma con el que se habían conocido y que elegían para hablar—. ¿Interrumpo algo?

—Nada. Estaba cambiándome para ir al gimnasio. ¿Todo bien en París?

—Sí. Y tú, ¿cómo has estado?

—Bien —dijo, más por costumbre que como resultado de una contestación meditada y sincera.

—¿Has vuelto a verlo? No quise preguntártelo el sábado frente a Eliah.

La Diana suspiró. Solo a su amiga le había contado que en dos ocasiones se había despertado en medio de la noche en su departamento de South Kensington para encontrarse con Sergei Markov sentado a los pies de la cama. Adormilada, apenas lo distinguía, solo el contorno de los hombros y el pelo alborotado, pero más que estar segura, *sentía* que era él. La visión la había despabilado con la eficacia de un sopapo. En ambas ocasiones, acabó sentada, con el corazón en la garganta.

«Estoy feliz de que no estés aquí», le había susurrado Markov. Volver a oír su amada voz, su francés endurecido por el acento ruso, la precipitó de cabeza en un torbellino de emociones a las que temía más que a un arma apuntada contra la sien. La imagen se tornó difusa y su respiración, afanosa. Le temblaba la mano mientras tanteaba para dar con el interruptor de la lámpara. Al efecto de la luz, la figura se desvaneció como el vapor en el aire. Se quedó sentada, la vista fija en el punto en el que había divisado a Sergei. Estaba volviéndose loca, no cabía duda, porque solo la locura podía hacer que algo tan absurdo pareciese tan real. No volvió a dormirse, y esperó a que amaneciera para llamar a Matilde y contarle.

La segunda vez había ocurrido de manera similar, él a los pies de la cama y esa críptica frase, «Estoy feliz de que no estés aquí», a la que no le encontraba sentido. ¿Dónde era «aquí»? ¿El cielo, el infierno, el limbo? ¿Por qué estaba feliz? ¿Por haberse deshecho de ella? ¿Por qué le sonreía con afecto si estaba feliz de no estar con ella? ¿O estaba feliz porque ella seguía con vida? «Preferiría estar muerta, Sergei», le habría confiado.

—No —contestó tras una pausa que Matilde respetó en silencio—. No ha vuelto a aparecerse.

—¿Desearías volver a verlo?

—No. Bueno... No lo sé. Me asusta a muerte, me deja mal, me destroza, pero ver de nuevo su cara y sentirlo cerca...

—Sí, comprendo. Pero mejor es dejarlo ir. Hablé con N'Yanda sobre esto sin mencionarle que eras tú la amiga que veía a su novio muerto.

N'Yanda, una congoleña que trabajaba para la familia Al-Saud, vidente y hechicera, la inquietaba. Solía mirarla fijamente, y ella no sabía si intentaba descubrir los secretos de su alma o decirle algo. Por las dudas, la evitaba.

—Es bruja, Matilde. Sabía que le hablabas de mí. ¿Qué dijo?

—Que cuando los muertos se presentan a los vivos es porque quedó algo sin resolver. Y que para que el muerto descanse en paz la cuestión debe resolverse.

—Lo único que quedó sin resolver entre Markov y yo es que lo abandoné ese día en casa de Sabir Al-Muzara, y él murió por mi culpa. No hay forma de solucionarlo, por lo que, me temo, me atormentará la vida entera, y él jamás podrá descansar en paz.

Matilde rio por lo bajo, y aunque La Diana había hablado muy en serio, que su amiga lo tomase a la ligera la tranquilizó.

—Al menos ya sabes que yo no volveré del más allá para atormentarte. Después de todo, me salvaste la vida el día de la presentación de *Las aventuras de Jérôme*.

—Es un gran alivio saberlo. ¿Cómo están las embarazadas de la familia? —preguntó de prisa para evitar seguir con el tema del fantasma de Markov.

Se refería a Leila y a su cuñada, la esposa de Sándor, Yasmín Al-Saud, hermana de Eliah. La hija mayor de Leila, Daisy, acababa de cumplir un año, y su cuñado Peter Ramsay ya la había preñado de nuevo; para ser uno cercano a los sesenta, poseía la energía de un adolescente. En cuanto a Yasmín, esperaba el primero, y su hermano Sándor iba por todas partes con una sonrisa bobalicona y cara de beatitud como si traer un hijo a ese mundo podrido y macabro no fuese un gran acto de egoísmo.

—Las dos con náuseas matinales, pero bien. Te llamo para invitarte al festejo del cumpleaños de Jérôme. Lo celebraremos en la hacienda de Ruán. —Hizo una pausa, durante la cual La Diana no emitió sonido—. Quiero que vengas, Diana. Hace tiempo que no te reúnes con nosotros, con tu familia —añadió.

—Matilde, estuvimos juntas el sábado —le recordó.

—¿Qué hay del resto? Te echan de menos.

—Estoy muy ocupada.

—Yo también.

Soltó una risita exasperada, sin alegría. Matilde tenía razón; con tres hijos pequeños y a punto de inaugurar una clínica, el tiempo no le sobraba; aun así, encontraba el modo y el momento para hacerle saber a la familia, concepto en el que incluía a los amigos, que los amaba. ¿Cómo le habría gustado ser como ella! A menudo la asaltaba una gran incógnita: si hubiese poseído el carácter de Matilde, ¿habría superado las vejaciones sufridas en Rogatica? ¿Se habría perdonado la muerte

de Markov? Resultaba insensato cuestionárselo. Ella era ella, y tenía que aprender a lidiar con eso.

—¿Cuándo lo festejan? —se resignó a preguntar.

—El mismo día de su cumpleaños, el domingo 10 de diciembre. Hoy es 6 de noviembre. Como verás, estoy avisándote con tiempo para dejarte sin excusas que te permitan rechazar la invitación.

—Ahí estaré —prometió, y elevó los ojos al cielo al visualizar las escenas familiares que se vería obligada a soportar.

—Gracias —contestó Matilde con sentimiento—. Te quiero, Diana.

—Y yo a ti.

—Ah, lo olvidaba. Te envié un regalo de cumpleaños por *courrier*. Lo recibirás hoy, estimo.

Su cumpleaños había sido pocos días atrás, el 2 de noviembre. Como ella se negaba a pasarlo en París aduciendo compromisos de trabajo, sus amigos Eliah y Matilde habían viajado el sábado a Londres para verla. Y le habían hecho un regalo magnífico que costaba varios miles de dólares: un reloj Breitling Emergency, un modelo igual al de Eliah y que para un militar podía significar la diferencia entre vivir o morir.

—¿Un regalo? ¿Otro más?

—No es nada especial, pero sí importante. Al menos, yo lo considero importante. Es un diario, de esos que teníamos cuando éramos niñas, con candado y lapicera. Lo vi y pensé en ti, tú misma verás por qué. Lo compré para que escribas tus memorias. —El mutismo se prolongó un momento—. Por lo poco que me contaste de tu experiencia durante la guerra, puedo deducir que fue más que traumática.

La Diana se empecinó en el silencio. En tanto, meditaba: «Si Matilde supiese que lo poco que le referí no empieza a describir el infierno que vivimos Leila y yo, creería que estoy exagerando. Ni siquiera fui sincera cuando le dije que nos tomaron prisioneras en el 94 cuando en realidad fue en el 92. ¿Por qué le mentí?», se preguntó cuando sabía bien el motivo. «Porque no quería que supiese que estuvimos tres años en manos de las bestias serbias. ¡Tres años!».

—Si, como me dijiste —retomó Matilde—, jamás has hablado ni hablarás con nadie en profundidad de lo vivido en el campo de concentración serbio, entonces escríbelo. Tener todo eso adentro, solo para ti, te hará daño. Y no voy a permitírtelo, que te hagas daño —explicó—. Te amamos, Diana, y queremos verte feliz.

Se mordió el labio para frenar el temblequeo del mentón y apretó el aparato en el puño. Bajó los párpados calientes, y una lágrima le rodó por la mejilla. Quería rebelarse ante la propuesta de su amiga, quería insultarla y mandarla al demonio por inmiscuirse, solo que resultaba imposible hacerlo con Matilde.

—Sé que sigues en la línea y que no puedes hablar. Lo comprendo. Solo piensa en lo que te he dicho, no desestimes la idea sin siquiera probar. Te quiero, amiga mía.

La línea quedó en silencio. La Diana siguió con el celular pegado al oído durante unos segundos en los que aún apretaba los ojos y se mordía el labio. Quince minutos más tarde se presentó en el *dojo* y descargó en la bolsa de arena tantas patadas como fueron necesarias para restablecer una semblanza de equilibrio. Sus tres compañeros le lanzaban vistazos de reojo sin hacer comentarios. El nepalí Manoj enseguida aceptó cuando le pidió practicar las técnicas que le había enseñado con los *kukris*, y por último le dio una paliza a Diné, el indio navajo, que la desafió a una lucha de krav magá.

Después de un baño, se encontraron en el comedor de L'Agence para un almuerzo tardío; lo preferían de ese modo, cuando los «civiles», como llamaban al personal técnico y de logística, ya habían comido. Ocuparon los cuatro —La Diana, Diné, Zorro y Sibi— una mesa, y mientras engullían la sopa, la interrogaban acerca de la misión que emprendería con La Uno. Así como estaba prohibido siquiera revelar que trabajaban para la agencia, y como primera medida al ingresar firmaban un NDA, *non disclosure agreement*, con los miembros de la escuadra podían hablar libremente.

—Lograste lo que tanto deseabas —comentó Diné—, que te asignaran a la cacería de esos hijos de puta.

La Diana se limitó a asentir sin mirarlo, mientras se llenaba la boca con el segundo plato, fideos a la boloñesa. Aunque les habría confiado la vida a esos hombres, jamás les mencionaría los horrores padecidos durante la guerra. Ellos solo sabían, y con eso les bastaba, que había sido una joven de veinte años, originaria de Srebrenica, cuando el maldito conflicto estalló en suelo bosnio. En L'Agence, muy pocos conocían la verdad, que había vivido durante tres años en un centro de detención en Rogatica, eufemismo que empleaban los serbios para definir lo que no era otra cosa que un campo de concentración.

* * *

Esa noche regresó a su departamento en el número 21 de Stanhope Gardens, en el barrio de South Kensington. Abrió el buzón y, entre sobres de cuentas y publicidad, divisó un pequeño envoltorio: el regalo de Matilde. Lo extrajo luego de superar el primer instinto que le susurraba que lo dejase allí, abandonado para siempre. Entró en su casa con ánimo triste, apaleada por la extenuación y el miedo al fantasma de Markov.

¿Qué habría dicho el doctor Carter de haberse enterado de las apariciones? Casi le dio por reír al imaginar su expresión, esa en la que caía cuando algo lo conmocionaba y él aparentaba que no se le movía un pelo. Esa tarde, después de una segunda reunión táctica con La Uno, Raemmers la había obligado a asistir a una sesión extraordinaria con el buen doctor Carter en vistas de la naturaleza de la misión. Había sido un acierto mencionarle lo del diario de Matilde; lo había distraído de los temas

más escabrosos que perseguía con la obstinación de un perro de caza. La había alentado a seguir el consejo de su amiga.

Se dio un baño, pese a que lo había hecho después del entrenamiento. Esa era otra de las secuelas que la guerra le había marcado a fuego, su obsesión por sentirse limpia. Con el pelo aún mojado y en bata, se preparó un jugo de zanahoria y naranja, llenó un cuenco con frutos secos y se sentó a la pequeña mesa del salón para revisar la correspondencia. Abrió por último el diario de Matilde. Era de tamaño medio, de color azul pavo real, con un San Miguel Arcángel en la tapa. La elección había sido deliberada.

Abrió el candado y, en la primera página, se topó con la letra redonda y femenina de Matilde, que en absoluto lucía como la caligrafía de un médico. «Para que escribas acerca de tus pesadillas, pero también de tus sueños. Los dos son parte de la vida, pero los segundos son más poderosos. Te quiero. Tu amiga Mat. 2 de noviembre de 2000».

Sacó la lapicera sujeta al costado del diario y apoyó la punta en la segunda hoja. Escribió la palabra que le vino a la mente. Y lo hizo en su lengua madre, el serbocroata.

* * *

Culpa. Este peso al que definen como culpa es mi fiel compañero desde hace tantos años que me pregunto si alguna vez fui esa chica sonriente y jovial de un pequeño y pintoresco pueblo de montaña. Siento culpa por la muerte de Sergei; culpa por el secuestro de Matilde, pero la culpa que no me deja vivir nació tiempo atrás, en abril de 1992, cuando convencí a mi hermana Leila de que me acompañase a la casa de nuestra abuela materna en Rogatica. Había enviudado dos meses antes y no estaba bien de salud. Branka Torlak, su vecina, nos había llamado por teléfono esa mañana muy temprano para decirnos que guardaba cama. «Katarina me ha prohibido que los llame», nos advirtió la Torlak, «no quiere preocuparlos ni importunarlos, pero creo que deberían venir». Esa llamada fue la chispa que desató un fuego infernal que casi nos devoró a mi hermana y a mí. Tal vez, si Branka no hubiese desoído la orden de la abuela Kata, nosotras no habríamos vivido lo que nos marcó para siempre. O sí, no lo sé.

Estaba fuera de discusión que mis padres viajasen; eran esclavos del pequeño restaurante ubicado en la planta baja de nuestra casa, que sustentaba a la familia y en el cual trabajábamos los cinco. Pero me alentaron a que yo lo hiciera con la condición de que alguien me acompañase. Como Leila todavía asistía al colegio, primero intenté convencer a Fatima, mi amiga de la infancia.

Amaba a Fatima, y no recordábamos el día en que nos habíamos conocido pues éramos dos bebés, lo mismo Sándor y Josip, el hermano menor de Fatima. Rara vez

nos separábamos; o Fatima estaba en casa o yo en la de ella. Ahora caigo en la cuenta de lo diferentes que éramos desde todo punto de vista. Ella era tímida y miedosa; yo, sonriente y vivaz; Fatima era retacona y rellena; yo, alta y espigada. Ella, rubia; yo tenía el cabello negrísimo. Sus ojos me parecían bellos, enormes y verdes. Los míos eran celestes, como los de mi abuelo materno, el escocés Liam Duncan. Las dos poseíamos esa palidez en la piel típica de las mujeres de nuestra tierra, pues por mucho que las raíces de Fatima fuesen serbias y las mías musulmanas, compartíamos el mismo gen eslavo. Lo demás se debía a una cuestión histórica y de elecciones religiosas.

Éramos diferentes, pero nosotras no nos percatábamos de las desigualdades; íbamos por la vida sintiéndonos felices en compañía de la otra. Por eso me sorprendió que me dijese que no, que no me acompañaría; ella no trabajaba, y solo se ocupaba de ayudar a la madre en las cuestiones domésticas. La noté rara, incómoda. En honor a la verdad, venía percibiendo sutiles cambios desde hacía un tiempo, y, en mi inocencia, no me daba cuenta de que estaban atados a otros que acontecían en el ámbito político de mi adorada Yugoslavia desde 1989, aunque el proceso que desembocó en una de las peores guerras del siglo xx había comenzado unos años antes, en el 80, más precisamente el 4 de mayo, con la muerte de nuestro líder Josip Broz, a quien el mundo conocía como Tito.

Yo no tenía siquiera nueve años cuando Tito falleció a los ochenta y ocho, pero sentí su muerte en el corazón. Nos habíamos criado acostumbrados a convivir con su figura gallarda y su mirada seria pero benévola, la que nos dirigía desde su retrato, el que se encontraba sin falta en cada casa y en cada negocio de Srebrenica, en realidad, de toda Yugoslavia. Festejábamos con bombos y platillos el día de su cumpleaños, que no era el de su nacimiento sino el 25 de mayo de 1944, fecha de la milagrosa fuga que lo salvó de caer en manos de sus archienemigos los nazis.

Sí, amábamos a Tito. Él era el fundador de la nueva Yugoslavia, una patria fuerte y próspera que, habiendo nacido detrás de la cortina de hierro, no semejaba a las demás naciones comunistas. Los yugoslavos vivíamos una realidad que no parecía la de una sociedad de izquierda. Teníamos bastante libertad en materia cultural; escuchábamos música extranjera y podíamos viajar. Se publicaba una enorme variedad de libros de escritores del mundo occidental, e incluso se los invitaba a dictar cursos y seminarios. Por supuesto, en aquella época nada se sabía de las persecuciones políticas ni de la prisión en la isla de Goli Otok en el Adriático. Vivíamos una fantasía en la cual éramos todos lo mismo, sin distinciones entre croatas, eslovenos, bosnios, serbios, montenegrinos y macedonios. Simplemente, yugoslavos. Y era Tito quien, con su poder y carisma, nos mantenía unidos, como un gran patriarca que mantiene unida a la progenie.

Su muerte marcó el principio del resquebrajamiento del dique de contención, y si bien cada 4 de mayo el país literalmente se detenía y hacíamos un minuto de silencio, comenzaban a oírse algunos murmullos de descontento y a cambiar algunas

costumbres. Por ejemplo, los musulmanes se decían «buenos días» en árabe y los serbios se saludaban con tres besos, porque tres son las personas de la Santísima Trinidad; también lo hacían alzando la mano derecha y enseñando tres dedos, el pulgar, el índice y el medio, que también evocaba a la sagrada tríada de su recuperada religión, la cristiana ortodoxa. Se volvió una manía festejar las slavas, y para los musulmanes, respetar el Ramadán. Dejamos de llamarnos «camarada» para pasar al uso del señora, señorita o señor. Aparecieron símbolos que jamás había visto pues estaban proscritos, pero que los ancianos recordaban de la época monárquica y de la Segunda Guerra Mundial: el águila bicéfala, íconos del rey Lazar y el rey Dušan, banderas con la cruz ortodoxa y las cuatro «S» cirílicas de Samo sloga Srbina spasava (Sólo la unión salva a los serbios). Atiborraban la programación de la tele y de los cines con viejos filmes de la Segunda Guerra Mundial en los que se denostaba a los ustachás, el régimen croata pronazi, y a los musulmanes, también aliados de la Alemania de Hitler, lo mismo que en la época de Tito nos habían hecho ver decenas de veces La Batalla del Neretva. Por su parte, los croatas, que vitoreaban al líder nacionalista Franjo Tuđman, entonaban Deutschland über alles (Alemania por encima de todo) y desempolvaban viejas banderas ustachás con el cuadriculado rojo y blanco.

Los cambios pasaban frente a mí, bajo mis narices, y yo nada veía, nada notaba. Seguía creyendo en la hermandad de mis connacionales y en la felicidad que siempre habíamos compartido. Aunque pequeño —no más de nueve mil habitantes—, el pueblo de Srebrenica era de ensueño, ubicado en un valle boscoso entre las montañas, con sus casas blancas de techos rojos; bien podría haber salido de una postal suiza, ni qué decir cuando en invierno quedaba cubierto por la nieve. Todos nos conocíamos, un poco más, un poco menos, y la solidaridad siempre nos había caracterizado. Para muestra valía el Hospital General Doctor Asim Čemerlić, orgullo de la región, que había sido bautizado en honor al médico bosniaco, esto es, bosnio musulmán, que durante la Segunda Guerra Mundial había protegido a los serbios de los partisanos y de los nazis. De hecho, el segundo nombre de mi padre era Asim en honor al famoso héroe local, gran amigo de mi abuelo paterno; el primero, Ratko, nombre serbio si los hay, lo habría avergonzado por estos días ya que es el del carnicero que aniquiló a casi diez mil hombres y jóvenes musulmanes a mediados de julio de 1995, el general Ratko Mladić.

En la región del valle del Drina, Srebrenica descollaba como una perla. Rica en minerales, eran famosas sus minas y aguas termales. Y los que no se dedicaban a la minería trabajaban en la fábrica de frenos para automóviles, en la de muebles, en la textil, en el taller donde se cortaban piedras o en el hotel-spa de Crni Guber, muy estimado en verano por los turistas. En la calle principal, Maršala Tita, había un negocio al lado del otro, entre los cuales se destacaba el U Partizanski, el restaurante de los Huseinovic, de mi familia, llamado como el famoso film de la época gloriosa de Tito y donde se comían los mejores ćevapi de toda Yugoslavia, y no

exagero. La ferretería del lado pertenecía a los Cavic, la familia de Fatima, por lo que el contacto entre los Huseinovic y los Cavic era fluido e íntimo.

Pese a la estirpe musulmana de mi apellido, jamás había concurrido a la mezquita del pueblo porque, al igual que la mayoría de los yugoslavos, ni mi familia ni yo practicábamos ninguna religión. La religión era cosa de los ancianos, melancólicos de la época monárquica, y con ellos se hacía la vista gorda. En la Yugoslavia de Tito, si se quería medrar, sobre todo en el gobierno, se consideraba una máxima indiscutible no mostrar inclinación por ninguna creencia. Había acompañado a Fatima algunas veces a la iglesia ortodoxa, no porque mi amiga fuese cristiana, sino porque su abuela materna era una ferviente creyente de Cristo y de toda esa parafernalia. Las veces que habíamos concurrido, después de un rato, nos había vencido el sueño. Me despertaba de un sacudón la voz profunda y cavernosa del pope, que, con sus ropajes exagerados y su barba larga y rala, se ponía a cantar melodías de velorio. Fatima ni siquiera con eso abría los ojos.

Cuestión que la religión nos era tan ajena como los problemas de los nativos de Nueva Zelanda. Por eso me dejó muda la ocasión en el 90 cuando Fatima me invitó a su slava, una celebración religiosa que correspondía a la más rancia tradición serbia y ortodoxa: el festejo del santo patrono de la familia. Ese día, la casa en cuestión abría sus puertas y recibía a los amigos y a los parientes con ingentes cantidades de comida, bebida, baile, música y recitaciones. Por supuesto, los Huseinovic estábamos invitados, y en la cocina de nuestro restaurante se habían elaborado muchos de los platos tradicionales que adornaban la mesa de los Cavic.

En esa primera slava vi gestos que no conocía, como el saludo de tres besos o con los tres dedos; escuché hablar del conflicto en la provincia serbia de Kosovo, que los «malditos» musulmanes albaneses pretendían dominar; y no comprendí el sentido de las estrofas que varios hombres entonaron de una canción llamada Un poema para la insurrección de los serbios. Después supe que se trataba de un himno patriótico escrito en honor del rey Karađorđe Petrović, o Jorge el Negro Petrović, fundador de la dinastía que había reinado en Serbia y luego en el Reino de Yugoslavia hasta el comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

¡Levántate, Serbia! ¡Levántate, emperatriz!
Y permite a tus hijos que vean tu rostro.
Haz que den vuelta sus corazones y ojos hacia ti.
Y permíteles oír tu dulce voz.
¡Levántate, Serbia!
Te dormiste hace mucho tiempo.
Y has yacido en la oscuridad.
Ahora despierta.
¡Y levanta a los serbios!

No la he olvidado, y mi memoria no proviene de las slavas de los Cavic, donde la repetían con mayor fervor y mayor agresividad a medida que la šljivovica, el famoso licor de ciruela de los Balcanes, fluía como un río, sino porque a Vuk le gustaba humillarme obligándome a recitársela. Escribir es, sin duda, más fácil que hablar pues jamás habría sido capaz de pronunciar estos versos de nuevo, ni siquiera susurrarlos; escribirlos, en cambio, no ha representado una dificultad.

Siguiendo con las slavas, allí escuché por primera vez la palabra «turco» empleada para referirse a los bosníacos, es decir, a los bosnios que teníamos raíces musulmanas. También comenzó la costumbre de llamarnos balije, una expresión que era claramente un insulto, pues hablaba de alguien sucio y delincuente.

En la primera slava, la del 90, a Fatima la noté extraña, más propensa a pasar el rato con sus primas de Višegrad que conmigo. Se lo comenté a mi madre, y ella, que no veía mal en nadie, me hizo comprender que, al ser la anfitriona de la fiesta, tenía que repartir su tiempo con todos los invitados, en especial con aquellos que habían viajado desde lejos para celebrar con los Cavic. Me convenció de que así era, y añadió que después, cuando los parientes regresasen a sus casas y la slava quedase atrás, nuestra amistad tornaría a sus hábitos normales.

Fatima y yo jamás hablábamos de política, no porque nos hubiésemos impuesto evitar el tema sino porque no formaba parte de nuestra realidad. Nos interesaba la música —éramos fanáticas de las bandas Zabranjeno Pušenje y The Police—, nos gustaba ver revistas y sacar modelos de ropa, que luego Desanka, la madre de Fatima, nos confeccionaba; era muy hábil con la aguja. Yo le pintaba las uñas de los pies y de las manos, y ella me las pintaba a mí. Yo le probaba peinados y le cortaba el pelo, y ella hacía otro tanto con el mío. Me decía: «Te envidio el cabello, Maša. Es tan abundante, pesado y lacio. Yo detesto el mío, parece una esponja de lana de acero». Me hacía reír porque era muy certera y divertida con las descripciones y las comparaciones. Cuestión que en verdad su cabello rubio tenía un aspecto pajizo e hirsuto, y le formaba como un casquito sobre la cabeza que a duras penas le llegaba a los hombros; enseguida me pedía que se lo cortase.

Esa era nuestra vida, la de dos adolescentes normales, felices. Solo yo sabía que a Fatima le gustaba un chico de Bratunac, un pueblo a diez kilómetros al norte de Srebrenica, que trabajaba en la fábrica de muebles y que iba a menudo a la ferretería de los Cavic por herramientas y materiales. Y solo Fatima conocía mi gran secreto, que me gustaba Mirko Torlak, el hermano de Branka, vecinos de mi abuela Katarina. Mirko y yo nos conocíamos desde pequeños, éramos de la misma edad y siempre habíamos congeniado. Branka, varios años mayor que Mirko, era más una madre que una hermana, porque la de ellos había muerto en el 81 de cáncer; en cuanto al padre, los había abandonado poco después del nacimiento de Mirko.

Cuando cumplí quince años, Mirko y Branka viajaron con mis abuelos desde Rogatica para asistir al festejo. Ese 2 de noviembre de 1986, al descubrir a Mirko en traje y corbata, el jopo rubio y rebelde oscurecido y aplastado con fijador, y envuelto

en un vaho de perfume de pino que, supe, era el de mi abuelo Liam, me enamoré de él. Bailamos casi toda la noche; a él también le encantaban Zabranjeno Pušenje y The Police, pero aseguraba que Queen era mejor. Le gustaba hablar de música y de su gran pasión, los automóviles, y de su escuela y de sus compañeros de Rogatica, y del equipo de básquet profesional que lo había convocado —al igual que a un gran porcentaje de eslavos, era altísimo—; también hablaba del viaje que algún día emprendería como mochilero por Europa. Hablaba sin problemas. Hasta que se hacía un silencio y nos mirábamos; entonces se le ponían hasta las orejas coloradas, y yo presentía que nada diría de sus sentimientos, que intuía tan fuertes como los míos. A mí, que me habían enseñado que una dama jamás revelaba a un hombre lo que pensaba y sentía, me estaba costando obedecer el mandato.

Ni el muchacho de Fatima ni Mirko se nos declararon, y en el año de nuestro vigésimo cumpleaños estábamos solteras. A veces tenía la impresión de que Fatima me envidiaba. En una ocasión, cuando expresé a viva voz que lamentaba no haber recibido aún mi primer beso, ella, con rabia mal disimulada, me recriminó: «No sé de qué te quejas, Maša, si tienes a la mitad de los hombres del valle del Drina a tus pies. Ya podrías estar casada. Solo que te has empecinado con ese bobalicón de Mirko, que no te da ni la hora».

Era cierto, Mirko se había olvidado de mí. La distancia y el tiempo nos habían separado. Además era un exitoso jugador de básquet y había cumplido su sueño de viajar por Europa. Trabajaba para un hombre importante de Belgrado y ganaba mucho dinero. Debía de tener novias y amigas hasta decir basta. ¿Por qué iba a acordarse de una chica simple de provincia?

La vida cambiaba, Fatima cambiaba, Mirko cambiaba. Mi patria cambiaba, aunque yo me negase a verlo. Se hablaba de que el ejército, principalmente en manos de oficiales serbios, se desplegaba en el territorio bosnio para evitar que nuestra república declarase la independencia. «¡Qué desatino!», exclamaba Ratko Huseinovic, mi padre, el musulmán con nombre serbio, toda una rareza. «¿Por qué Bosnia querría separarse de Yugoslavia?», se preguntaba. Al igual que a él, a mí también me afectaba una ceguera absoluta.

Empezó el 92, bisiesto, de malos augurios afirman los esotéricos, y habría que darles la razón. Lo que comenzó en ese terrible año nos cambió la vida a los bosnios, musulmanes, croatas y serbios por igual. Entre el 29 de febrero, justo el día que marcaba el bisiesto, y el 1.º de marzo se celebraría una votación en la que el pueblo decidiría si seguiría formando parte de la coalición que Tito había mantenido unida durante tantas décadas o si comenzaría su aventura como país independiente. Los serbios y los serbobosnios se oponían a la separación, y amenazaban con iniciar una guerra en la que harían desaparecer a Bosnia para crear la Gran Serbia.

En mi familia votamos por el No. Ganó el Sí. La mayoría de los bosnios prefería seguir los ejemplos de Eslovenia y de Croacia e independizarse de Yugoslavia.

Obedeciendo la voluntad del pueblo, el 6 de marzo de 1992, nuestro presidente, Alija Izetbegović, declaró a Bosnia y Herzegovina un Estado independiente y soberano.

Aunque se vivían momentos de tensión, yo creía que se solucionarían políticamente; era impensable que los hermanos yugoslavos fuésemos a pelear por esto. Claro que los serbios y los croatas hacía meses que se masacraban para obtener el control de ciertas zonas que los primeros declaraban parte de la Gran Serbia, y los segundos, parte de Croacia. Igualmente, la guerra no nos rozaría. El presidente Izetbegović nos guiaría hasta la salida por la vía diplomática. No lo intimidarían las amenazas de ese fantoche de Radovan Karadžić, jefe político de los serbobosnios, que se había atrincherado en Pale, una ciudad a quince kilómetros al sureste de Sarajevo, y a la cual había declarado la capital provisoria de la República Serbia de Bosnia.

En ese clima convulsionado, recibimos la llamada de Branka Torlak, en la que nos previno de la mala salud de la madre de mi madre. La negativa de acompañarme por parte de Fatima me asombró primero, me hirió después. Ella amaba a la abuela Kata, al menos eso había declarado en incontables ocasiones. Las excusas que interponía carecían de sustento; se me estaba riendo en la cara; me estaba tomando por idiota. ¿Por qué no me decía simplemente: «No tengo ganas de ir, Maša»? ¿O se trataba de otra cosa? ¿No quería que sus parientes y amigos serbios la viesen con una «turca», con una «balije»? ¿No existía confianza suficiente, acaso? Su hermano Josip se mostró más sincero y fue a buscarme ese mismo día al restaurante y, mientras yo servía las mesas, él me seguía para convencerme de que no viajase a Rogatica, era peligroso, la guerra estallaría de un momento a otro; el ejército ya se había apoderado de Bijeljina y no se detendría en esa ciudad. Yo le sonreía y le porfiaba que nada por el estilo ocurriría. Después de todo, el ejército era el ejército yugoslavo, el ejército del pueblo, y había sido el propio Izetbegović el que lo había convocado para terminar con los desmanes que los serbios perpetraban en Bijeljina. «¡El ejército no es yugoslavo, Maša! El ejército es serbio», declaró Josip. Al final, lo despedí con un beso en la mejilla y me metí en la cocina donde me esperaba una pila de platos para lavar.

A Leila, que preparaba el hojaldre para la baklava, le dije: «Tú me acompañarás». «Tengo que ir al colegio», interpuso. «Puedes tomarte unos días», le aseguré. «No tienes una falta y eres la mejor alumna». «No quiero faltar», persistió con la terquedad mansa que la caracteriza. «Oh, está bien», simulé ofenderme. «Le pediré a Sanny que me acompañe». «Sanny no puede», me informó Leila. «Mañana tiene que ir a buscar la provisión de harina a Tuzla». «Pues tendrá que ir otro día», manifesté, muy suelta de cuerpo. Leila, sin quitar la vista de la masa, expresó: «Es importante que nos aprovisionemos si es que empezará la guerra».

Solía sorprenderme con declaraciones como esa. Yo no estaba enterada del encargo de Sanny, ni pensaba en aprovisionamientos ni en guerras. Leila, pese a ser la menor —yo soy del 71; ella, del 75—, no se perdía de nada; siempre sabía todo.

Aun hoy me mira y me habla con esos ojos a los que tanto evito. Me dicen: «Sé qué es lo que te atormenta, querida Maša. Solo yo lo sé».

Decidí que si Sanny tenía que ir a Tuzla por la harina, entonces viajaría sola. Mis padres se amiguarían con la idea; después de todo, tenía veinte años. Lo dije en voz alta a sabiendas de que manipulaba la voluntad de Leila. La conocía como a la palma de mi mano; ella no permitiría que preocupase a mis padres ni que los hiciese enojar proponiéndoles una solución que juzgarían descabellada. ¿Una joven viajando sola? ¿Es que el mundo se había puesto patas arriba? «No molestes a papá y a mamá con eso. Yo te acompañaré», se resignó, y cuando nuestros padres se inquietaron por la cuestión de la inasistencia al colegio, Leila susurró que unas faltas no importaban.

El sábado 4 de abril, lo recuerdo como si fuese hoy, a eso de las seis de la mañana, abordamos el colectivo que nos conduciría a Rogatica, una localidad a unos cien kilómetros al suroeste de Srebrenica, distancia que recorrimos en poco más de dos horas y media. Íbamos calladas. Yo miraba por la ventanilla y pensaba en la abuela Kata y también en Mirko. Leila tejía a dos agujas; siempre ha sido muy hábil con las manualidades; también lo es en la cocina, donde superaba incluso a mi madre.

Llegamos a la estación de Rogatica. Nos embargó la nostalgia al descender del colectivo y no encontrar al abuelo Liam ni a la abuela Kata, que siempre iban a buscarnos y nos llevaban a desayunar a un bar cerca de su casa. Se me hizo un nudo en la garganta y se me llenaron los ojos de lágrimas. Parecían haber transcurrido años desde el funeral del abuelo Liam, cuando habían pasado solo dos meses. En ocasiones, al sonido del teléfono, corría a atender con la esperanza de que fuese él; a medio camino, me acordaba de que Liam Duncan, mi adorado abuelo, ya no existía, y una tristeza brutal me dejaba quieta, el teléfono sonando como loco.

Leila me apretó la mano, muy compuesta, y me dijo: «Vamos». Recorrimos a pie las cuadras hasta el edificio que conocíamos de memoria. Las mañanas primaverales todavía eran frías, y la nieve no acababa de derretirse en las montañas. Recuerdo que, mientras avanzaba, entorpecida por el bolso, me arrepentí de haberme puesto falda y cancanes de lycra en lugar de pantalón y medias de lana, como había hecho Leila, que siempre tomaba decisiones sensatas. Me arrebujé en el abrigo y seguí caminando, entumecida. Leila no se quejaba y mantenía el paso.

Entramos en el edificio con las llaves que nos había dado nuestra madre. Se trataba de una construcción antigua, de antes de la Segunda Guerra Mundial, sin ascensor, por lo que subimos los tres pisos por la escalera. Ya desde la planta baja escuchábamos los ladridos de Luks, el ovejero alemán de mi abuelo. Llegamos a la puerta del departamento jadeando. Luks había alcanzado un paroxismo de gañidos y ladridos alternados con olfateadas por debajo de la puerta. Nos miramos con Leila y sonreímos. Amábamos a Luks, y habíamos amado a su padre y a su abuelo —al bisabuelo lo conocíamos por foto—, los cuatro del mismo nombre y, según afirmaba

Liam Duncan, descendientes del mítico Luks, el perro del mariscal Tito, un héroe partisano más, venerado por su dueño y por la tropa. Caí en la cuenta de que, con la muerte de mi abuelo, se acabarían los Luks porque ¿quién se ocuparía de que se reprodujese?

Tocamos el timbre y, sin aguardar a que nos abriese, ingresamos por nuestros medios. «¡Abuela, somos Maša y Leila!», anuncié, en tanto luchábamos con Luks, que ladraba y saltaba para lamernos las caras mientras nosotras intentábamos depositar los bolsos en la sala. Marchamos al dormitorio con el ovejero por detrás, que hacía ruido al golpear la pared con la cola.

Nuestra abuela apenas si tenía aliento para saludarnos. Echada en la cama, intentó alzar la mano y estiró los labios resquebrajados en una sonrisa. Nos precipitamos sobre ella. Le toqué la frente; volaba de fiebre. Me volví hacia Leila. «Busca el número del doctor Pasik en la agenda que está junto al teléfono y llámalo». Leila, sin pronunciar palabra, regresó a la sala. Me incliné sobre mi abuela y la abracé. «No te preocupes, Maša, amor mío. No estoy triste. Quiero irme para reencontrarme con tu abuelo». Me eché a llorar y, entre hipos y sollozos, le dije: «Lo siento, abuela, pero aún no puedes irte. No estoy preparada para perderte a ti también. No me hagas esto, por favor». Asintió y volvió a sonreír con debilidad.

La obligué a tomar agua a cucharadas. En aquella época, era muy ignorante de las cuestiones relacionadas con las enfermedades y sus cuidados, pero al menos recordaba que mi madre, cuando nos engripábamos, insistía hasta el cansancio con lo del «líquido». Leila le preparó una compota de manzana con canela, y la abuela comió unos bocados. A Luks le cocinó un guiso de arroz sin carne; la que encontró en la heladera estaba en mal estado. Pobre Luks, se devoró el arroz al cual Leila decidió agregarle huevos y queso para hacerlo más sustancioso; estaba famélico. Lo vimos tomar agua del inodoro, y nos dimos cuenta de que su escudilla estaba seca. ¿Acaso Branka Torlak no se había ocupado de mi abuela ni del perro?

Dos horas después, se presentó Pasik, que no necesitó demasiado tiempo para dar un diagnóstico: neumonía. «¿Es grave?», pregunté. «Sí, es preciso internarla». Me quedé helada. Había creído que hallaría a mi abuela con un estado gripal; la cuidaría siguiendo sus propias indicaciones y, en una semana, la vería abandonar la cama. En ese punto, la convencería de ir a vivir con nosotros a Srebrenica. Lo de «es preciso internarla» ponía las cosas en una perspectiva completamente distinta. Y aterradora.

«No hay tiempo que perder», añadió el médico. Tenía confianza en él; lo conocía desde siempre, y había sido muy amigo de mi abuelo Liam. «Pediré una ambulancia», ofreció el hombre, y yo me limité a asentir. Al darme vuelta, descubrí a Leila que llenaba un viejo bolso de cuero con mudas y efectos personales de la abuela. «Leilita, pásame la titovka de tu abuelo, por favor. Quiero llevarla». Leila buscó la famosa gorra donde sabíamos que el abuelo Liam la guardaba y se la entregó. Mi abuela inhaló su aroma con los ojos cerrados y la dejó sobre su pecho.

La subieron a la ambulancia con la gorra entre las manos. El doctor Pasik nos llevó en su automóvil hasta el hospital.

Entramos. Los paramédicos empujaban la camilla a las corridas. Una enfermera se acercó, quitó la titovka y la depositó en la cabecera. La recuperé y le hice ver a mi abuela que estaba en mi poder; no quería que se angustiase por la suerte que correría el famoso sombrero, símbolo de los partisanos de Tito. Mi abuela me sonrió antes de que se la llevasen a terapia intensiva. Me quedé mirando las puertas vaivén tras las cuales habían desaparecido la camilla con mi abuela y el doctor Pasik. Bajé la vista y observé la gorra de felpa verde militar, con la estrella roja en la parte frontal. Me embargó un orgullo repentino al caer en la cuenta de que por mis venas corría la sangre de un héroe, uno de los escoceses que había formado parte del pelotón a cargo del brigadier Fitzroy Maclean, un aristócrata de las Highlands a quien Winston Churchill envió a Yugoslavia con el encargo de apoyar a la fuerza que emergía como la mejor defensa contra los nazis en los Balcanes: los partisanos al mando de un tal Tito.

CAPÍTULO II

*Animus in consulendo liber
(Espíritu libre para decidir).*

Lema de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN)

La sobresaltó el timbre del portero eléctrico y soltó la lapicera. Se asombró: había escrito más de diez carillas. También notó que se sentía relajada, no en un sentido muscular —estaba medio entumecida— sino en la ligereza que percibía en su estado de ánimo.

El timbre volvió a propagarse en el silencio del departamento. No estaba acostumbrada a recibir visitas. De seguro se trataría de un borracho jugando bromas pesadas. Encendió la cámara del portero eléctrico y distinguió las facciones del general Raemmers bajo un sombrero anticuado. Jamás la había visitado en su domicilio. Accionó la chicharra y se cercioró de que ingresase. Lo esperó en el umbral del vestíbulo. Las puertas del ascensor se abrieron y el general descendió. Bajo el sombrero, se lo notaba demacrado, con expresión amargada. A punto de invitarlo a pasar, cerró la boca ante el gesto de silencio que hizo el hombre. Lo vio acercarse. En un acto instintivo se echó hacia atrás cuando el danés se inclinó demasiado cerca de su rostro, tanto que le percibió el aroma ya rancio del perfume que tan bien conocía. El general retiró apenas el ala del sombrero para contemplarla directo a los ojos. La Diana asintió, como dándole permiso para aproximarse. Raemmers le susurró:

—No me nombres, no digas nada. Ve a cambiarte. Saldremos un momento. Te espero en la esquina de Queen's Gate, en un Audi A8 azul oscuro. Allí la cámara de seguridad no funciona.

El general subió de nuevo al ascensor y se marchó. La Diana permaneció bajo el dintel, las pulsaciones a tope y la mente hecha un lío. Dudó por un momento. En ese oficio, le habían enseñado que desconfiar constituía uno de los principios fundamentales de la supervivencia. ¿Debía obedecerlo? La curiosidad se impuso; quería saber de qué se trataba esa puesta en escena.

Se vistió con un pantalón y un buzo de gimnasia lo suficientemente sueltos para ocultar los *kukris* en su espalda, la HP 35 en la pistolera axilar y la Beretta 950 BS, regalo de Eliah Al-Saud, en el portalligas. Con ese peso sobre el cuerpo se sentía invencible. Escondió en la taza derecha del corpiño el Breitling Emergency. No

necesitaba saber la hora; el reloj le interesaba porque contaba con una baliza de emergencia la cual, una vez activada, enviaba un SOS y las coordenadas de su ubicación que ponía en marcha un sistema de rescate que la habría salvado en caso de que la secuestrasen. Confiaba en el general Raemmers, pero ¿quién, en el mundo en el que L'Agence se movía, se encontraba en posición de asegurarle que su jefe no estaba actuando bajo amenaza?

Salió a la noche. Aunque corría un aire frío, comenzó a transpirar bajo las prendas. Alzó la vista y advirtió la silueta de la cámara de seguridad; Londres estaba repleta de esos artilugios, y nada escapaba al ojo de las autoridades. Desde allí resultaba imposible afirmar si estaba funcionando. ¿Cómo lo habría sabido el general?

La puerta del copiloto del Audi A8 se abrió antes de que atinase a golpear el vidrio polarizado. Se deslizó sobre la tapicería de cuero y cerró. El general estaba solo, al volante.

—Mañana, a eso de las siete —dijo Raemmers, sin preámbulos—, tu cuñado vendrá a tu departamento para revisarlo.

—¿Peter? ¿Peter Ramsay?

—Sí, Peter.

—¿Sospecha que en mi departamento hay micrófonos?

—Tal vez.

—¿Por qué Peter? ¿Por qué no alguno de los muchachos del sector de Tecnología y Armamento de L'Agence?

—En este momento, Diana, confío en poca gente y solo en aquellos que están fuera de L'Agence y de la OTAN.

—Yo formo parte de la L'Agence.

—En ti puedo confiar.

—General, ¿qué está pasando?

—En unas horas parto para Sarajevo.

Aunque todo lo relacionado con su patria la conmovía, no se inmutó. Por otra parte, estaba acostumbrada a que el general viajase a los Balcanes; lo hacía a menudo y no era de extrañar. Como consecuencia de los Acuerdos de Dayton, varias fuerzas de la OTAN se habían desplegado en la región, y el flujo de hombres, armas y provisiones aumentaba. De hecho, uno de su escuadra, Piersanti Righi, se hallaba en Bosnia entrenando a un grupo de Eurocorps que colaboraría en la lucha antiterrorista. Ahora que lo pensaba, ¿por qué no habían enviado a Guior Blum a Bosnia? Se suponía que nadie sabía de terrorismo como él. Piersanti era más hábil en otros campos, como los seguimientos, las escuchas y la búsqueda de información. Se había criado en uno de los barrios periféricos de Milán, plagado de malvivientes, sobre todo de albaneses, rumanos y nigerianos; era un duro, pero su fuerte no lo constituía el terrorismo.

El celular de Raemmers sonó y rompió el mutismo que invadió el habitáculo tras el extraño y críptico diálogo.

—Raemmers —contestó el danés, y se quedó en silencio atento a la voz que le hablaba velozmente del otro lado de la línea—. Dios bendito —masculló, y bajó los párpados—. En un rato estaré allí. Avísale a Alberto que me espere en el hospital.

—¿Murió la hija de De Souza? —preguntó una vez que el general acabó la llamada.

—No, Inés está estabilizada, por fortuna. Se trata de la mujer de Alberto, Severina. La asesinaron.

—¡Qué!

—Dos asaltantes, en la puerta del Hospital Saint Thomas. Intentaron arrancarle la cartera. Se resistió. Le dispararon. Murió en la vereda —dijo, y se cubrió la frente con la mano en un gesto de agobio.

—La zona cercana a la estación Waterloo es muy insegura —manifestó, y enseguida lo juzgó un comentario estúpido—. ¿Qué puedo hacer, general?

—Nada. Ahora necesito concentrarme en lo que vine a decirte. Solo te pido que me prestes atención. Diana —prosiguió el general, y le entregó una tarjeta que extrajo de la billetera—, memoriza esta información.

Confundida pero habituada a cumplir órdenes sin discutir, leyó: *Bellavista Manor. Retirement and Nursing Home. Dr. Tara Duffy. General Practitioner.* Se trataba de la tarjeta de una doctora, médica clínica de un geriátrico, el Bellavista Manor. Al pie, detallaba un domicilio en Bromley, una localidad del Gran Londres. Memorizó los datos y le devolvió la tarjeta a Raemmers.

—En Bellavista Manor está internada mi mujer —declaró el general, mientras le prendía fuego al pedazo de papel en el cenicero—. Sí, sé que estás preguntándote si no he perdido la cordura.

—No, eso no, general. Lo noto nervioso desde hace un tiempo, pero en dominio de sus facultades. No voy a negarle, sin embargo, que estoy un poco confundida. ¿Por qué quemar la tarjeta?

—Por seguridad. Nadie excepto tú, Nanuk y... —Se detuvo y dudó antes de retomar—. Bueno, ahora solo tú y Nanuk saben que Charlotte vive en esa casa de retiro. Quiero pedirte un favor, Diana. —Tras una pausa deliberada, agregó—: Un favor personal.

—Lo que sea.

—Si algo llegase a pasarme...

—¿Si algo llegase a pasarle? General, ¿de qué está hablando?

—Si llegase a morir en un accidente o de simple muerte natural o si llegase a desaparecer, quiero que te ocupes de Charlotte, mi esposa. —Le entregó una fotografía—. Quiero que la saques de Bellavista y la lleves a un lugar seguro. De inmediato. ¿Has entendido?

—Sí, sí —balbuceó, y se quedó mirando la imagen de una mujer que debía de haber sido hermosa pero a quien la vida y las pérdidas la habían confinado a una silla de ruedas. De cabello rubio entrecano y una palidez enfermiza, observaba a la cámara con ojos carentes de vitalidad e inteligencia—. Debo sacarla de Bellavista —repitió de modo mecánico—. Pero ¿cómo? ¿Adónde la llevaré?

—En el Bellavista tienen tus datos. Tú y yo somos los únicos autorizados para sacar a Charlotte de allí. Conserva en un sitio seguro la fotografía para que, llegado el caso, puedas ratificar que estás frente a mi mujer. Toma. —Le extendió otro trozo de papel—. Memoriza también este número. Pertenece a una cuenta en el banco UBS, radicada en la sucursal de Paradeplatz en Zúrich. Pedirás por el oficial de cuenta Mark Elger. Las preguntas de seguridad son el primer nombre de tu padre, Ratko, y la calle donde se encontraba el restaurante de tu familia en Srebrenica, Maršala Tita. —La Diana lo contemplaba sin pestañear; la cuestión adquiría ribetes alocados—. En esa cuenta —prosiguió Raemmers— hay un saldo de dos millones de francos suizos, suficiente para que Charlotte viva bien cuidada y sin pasar necesidad por el resto de sus días. Diana, ¿alguna pregunta hasta aquí? —inquirió de prisa, sin mirarla, atento a quemar también el papel con el número de la cuenta.

—General, ¿qué está pasando? —insistió.

—No puedo revelarte mucho, no en esta instancia en la que todavía la cuestión es confusa. Creo que en el seno de la OTAN se están cometiendo actos de corrupción gravísimos que involucran a funcionarios de los niveles más altos. Por eso viajo a Sarajevo, porque los delitos estarían cometiéndose en el territorio de Bosnia, aunque podrían extenderse a otros países de los Balcanes. Si pudiese confirmar esto, si esto llegase a hacerse público...

—Podría ser el fin de la OTAN —completó La Diana—, tal como usted desea.

—Tanto como eso, no. La OTAN es un coloso que requerirá de varios golpes para ser derribado. Este podría ser uno de ellos. Uno muy certero, pero solo uno. Diana —dijo de pronto, sin darle tiempo a digerir lo que acababa de soltarle—, ¿alguna vez te preguntaste por qué un comando de L'Agence irrumpió en el campo de detención de Rogatica para rescatarlas a ti y a Leila?

—¿Cómo? Pues... ¿Para rescatarnos a Leila y a mí? Seguro que no éramos nosotras el objetivo de la misión sino desbaratar ese sitio de horror y muerte.

En realidad, varias veces se lo había preguntado, incluso le había planteado sus sospechas a Elijah Al-Saud, que le había respondido con evasivas.

—Sí que lo eran, Leila y tú. Una intervención como esa casi al final de la guerra habría resultado impensable sin el consentimiento de personas de mucho mucho poder.

—General...

—Tu abuelo materno, Liam Duncan, ¿nunca te habló de su familia en Escocia?

—¿Mi abuelo? General —La Diana habló con fastidio y se acomodó en el asiento; los *kukris* le presionaron la espalda—. Hable claro. Estoy cansándome de

tanto acertijo y de repetir palabras como una idiota.

—Diana, los Duncan son un viejísimo clan escocés, con antepasados que se remontan más allá de Guillermo El Conquistador. Después de la batalla de Culloden en 1746, donde el poderío inglés aplastó a los últimos clanes rebeldes, los Duncan trabajaron duro pero sobre todo astutamente para restaurar su fortuna. Uno en especial, hábil con las finanzas y tras un conveniente matrimonio, afianzó las bases que los convertiría en pares del reino. Tu bisabuelo era un barón, miembro del Parlamento británico. El hermano mayor de tu abuelo, Callum Duncan, que heredó el título, fue un héroe de la Segunda Guerra Mundial. Trabajó como espía en la Alemania nazi.

—Mi abuelo también fue un héroe de la Segunda Guerra Mundial —replicó, picada por el orgullo, molesta.

—Sí, pero tu abuelo se unió a Fitzroy Maclean para colaborar con los partisanos de Tito. Para colaborar con los comunistas —añadió—. Tu abuelo era un comunista confeso, Diana, y eso para tu bisabuelo y tu tío abuelo fue una traición. Lo expulsaron del seno familiar. Tu tío abuelo Callum regresó de la guerra como un héroe al que no se reconoció públicamente pues su trabajo había sido secreto y así tenía que continuar. Durante la Guerra Fría, Callum Duncan fue escalando posiciones dentro del servicio de inteligencia británico, y se llegó a decir que su poder superaba al de la reina. Hoy se ha retirado y vive en el viejo castillo familiar en las Highlands, pero te aseguro que continúa manejando las cuestiones tras bambalinas. En el 95, después de mucho investigar, cuando supo que tu hermana Leila y tú se encontraban cautivas en un centro de detención serbio, movió cielo y tierra, usó su poder, pidió favores, se cobró viejas facturas, hizo de todo para conseguir que las rescatásemos. Y eso fue lo que hicimos.

La Diana apretaba la mandíbula en un intento por controlar la emoción. Sentía los ojos calientes y acuosos, y la figura de Raemmers se desdibujaba frente a ella. Preguntó con voz afectada:

—¿Por qué no se presentó ante nosotros después de tomarse tantas molestias?

—No lo sé. Supongo que vio que Eliah Al-Saud se mostraba dispuesto a hacerse cargo de ustedes y prefirió mantenerse en la sombra. No puedes culparlo, ha sido su modo de vida por más de sesenta años. Se pierden los pelos, no las mañas. Apostaría mi cabeza a que hizo investigar concienzudamente a Eliah, a su familia y a su entorno. Ustedes no habrían permanecido con él si no hubiese salido airoso del examen.

—¿Por qué me cuenta esto ahora, general?

—Porque si algo llegase a sucederme, quiero que recurras a él.

—General, en el remoto caso de que a usted le sucediese algo, tengo a mi familia y a mis amigos. Recurriré a ellos.

—Lo sé. Pero pocos tienen el poder de Callum Duncan, créeme.

—Además, ¿por qué tengo que recurrir a nadie si algo le sucediese?

—Porque quiero que protejas a Charlotte y porque también quiero que continúes con la investigación que estoy llevando adelante.

—Eliah podría ayudarme —farfulló deprisa, nerviosa, sin comprender del todo lo que Raemmers estaba diciéndole—. Él cuenta con las conexiones y el poder...

—El poder de Eliah Al-Saud es *nada* en comparación con el de tu tío abuelo. Además, tu vínculo con Al-Saud es conocido en L'Agence. Estarías en evidencia, incluso podrías comprometer a Eliah. Es mejor que te muevas en la sombra. No, recurrirás a Duncan.

La Diana se apretó las sienes y bajó los párpados. Le dolía la cabeza.

—Diana —escuchó la voz cansada del general—, sé que estoy abrumándote...

—Abrumándome, general, ni siquiera comienza a describir lo que estoy sintiendo.

—Lamento ponerte en esta posición. Pero...

—General —dijo con acento conciliador—, no se disculpe. Usted puede pedirme lo que desee y yo estaré gustosa de colaborar. Pero me temo que esto es demasiado para mí, sin mencionar que ni siquiera sé de qué se trata. Igualmente, sea lo que sea, huele a demasiado.

—Se trata de tráfico humano, Diana.

—¿Cómo?

—Tráfico de mujeres y de niños en especial, pero de hombres también. —Como La Diana lo miraba con expresión desorientada, explicó—: Es una práctica tan antigua como la humanidad misma, pero en los últimos años ha comenzado a escalar, y está alcanzando magnitudes alarmantes. A sus víctimas, las venden para distintos fines, sobre todo sexuales. Las venden para obligarlas a ejercer la prostitución. Son ni más ni menos que esclavos modernos.

—¿Y la OTAN está metida en esto?

—No como institución, pero sospecho que muchos de los oficiales destinados en los Balcanes están involucrados con mafias locales para facilitarles el tráfico. Es un hecho aberrante, como podrás imaginar.

No necesitaba imaginárselo. Había experimentado en carne propia lo que esos pobres diablos debían de estar padeciendo.

—Aún no puedo determinar con precisión a qué punto llega la corrupción en el seno de la OTAN —continuó Raemmers—. Podrían estar involucradas fuerzas de la ONU también. No me extrañaría. Este viaje a Sarajevo me permitirá aclarar varias cuestiones. Tengo un contacto fiable allá.

—¿Personal de L'Agence está involucrado?

—No lo sé.

La Diana y Raemmers se contemplaron con deliberada intensidad.

—¿En qué piensas, Diana?

—En Vuk, en que él podría ser uno de los traficantes. General, por favor, dígame la verdad. ¿Qué piensa de Vuk? ¿Por qué se ha vuelto invisible?

Raemmers inspiró profundamente y soltó el aire en un gesto de cansancio, hartazgo tal vez.

—Esta es una teoría, Diana, y no cuento con evidencia para ratificarla, pero tantos años en este oficio me permiten ver cosas donde los demás mortales no ven nada. Creo que si el tal Vuk está vivo como tú afirmas y no aparece en las listas de criminales de guerra, ni en las públicas ni en las secretas, es porque lo protegen desde muy arriba.

—¿Milošević? —insinuó.

—No ese payaso, no. Milošević está acabado. Más arriba. Me refiero a los países poderosos de Occidente, a los que sostienen y mueven los hilos de este circo que es la política mundial. Hablo sobre todo de Estados Unidos.

—¿Cómo se relaciona uno como Vuk con los norteamericanos?

—Verás, así como durante la Guerra Fría, en la agenda de Estados Unidos era clave detener el avance comunista, ahora se reputa prioritario aniquilar al terrorismo musulmán. Personajes como Vuk son muy útiles para estos fines, para evitar que se asienten campos de adiestramiento en los Balcanes. Hay un grupo de *muyahidines* que nació en los ochenta, durante la guerra en Afganistán, que ha crecido de modo alarmante en los últimos tiempos.

—Al Qaeda —conjeturó La Diana.

—Exacto. Al Qaeda y su líder, ese fanático del islam, Osama bin Laden, están ganando terreno. Sabemos que preparan algo grande. Octopus y Mustang —se refería a Thomas Mayo y a Guior Blum— viajaron a Mali para encontrarse con un contacto que podría darnos una pista.

—¿Qué relación hay entre Al Qaeda y los tipos como Vuk?

—Iré al punto —prometió el danés—. Los servicios secretos aseguran que Bin Laden ha visitado los Balcanes en tres ocasiones entre el 94 y el 96. Sabemos también que el terrorista egipcio y mentor de Bin Laden, Aymán Al-Zawahiri, opera campos de entrenamiento en Albania, Kosovo, Macedonia, Bulgaria, Turquía y Bosnia. Muchos de los que entrenan en los campos son chechenos, enemigos ancestrales de los rusos. Los rusos, a su vez, son aliados de los serbios. Bin Laden ordenó a varios terroristas que se unieran al Ejército de Liberación de Kosovo, que, como sabes, está en guerra con Serbia por el control de esa región. La SFOR —el general hablaba del ejército de la OTAN en los Balcanes— bien podría valerse de tipos como Vuk para controlar al terrorismo musulmán. Los habilitaría a llevar adelante sus actividades delictivas, se las facilitaría incluso, con la condición de que él y su grupo se ocupasen de mantener Bosnia libre de terroristas. ¿Y quién mejor para esa misión que alguien que se especializó en limpieza étnica?

—Y así como Estados Unidos se alió en los ochenta con Bin Laden para combatir al comunismo ruso en Afganistán y terminaron siendo enemigos mortales —expresó La Diana—, ahora se unirá a uno de la calaña de Vuk, o a varios, para combatir al terrorismo y terminarán mal, *muy mal*. Es un presagio que no temo hacer.

—Terminarán mal, Diana, sin duda. Pero por el momento los mafiosos serbios y serbobosnios son útiles, y eso es lo que importa. Los tipos como Vuk conocen las regiones donde operan como las palmas de sus manos; tienen una red de contactos políticos y policiales que a nosotros nos llevaría una década construir; conocen a la gente, sus costumbres, dialectos, miedos, tradiciones y supersticiones. Son piezas muy útiles en el ajedrez de la política internacional. Es de este modo que nuestros agentes, ya sean oficiales o soldados, entran en contacto con carroñas como esa.

—Y acaban implicados en el tráfico de personas —completó La Diana, incapaz de disimular la rabia.

—No solo en el de personas; en cualquier tráfico que devengue una ganancia importante. Hay mucho dinero en juego, Diana. Y la tentación es grande. Una vez metidos hasta el cuello en esas actividades delictivas, quedan sometidos a la voluntad y a los caprichos de estos mafiosos. Si me permites la grosería, los tienen agarrados de las pelotas.

La Diana bajó la vista en la actitud de quien reflexiona. Al levantarla, el general le descubrió una mueca entre azorada y asustada.

—Entonces, si es cierto que usan a tipos como Vuk, la respuesta a la pregunta que le hice momentos atrás, si la OTAN estaba metida en el tráfico, como institución me refiero, debería ser sí.

Raemmers volvió a inspirar profundo antes de contestar:

—No metida para obtener ganancias. Pero sí al tanto. Digamos que, si se confirma lo que pienso, la OTAN y probablemente también la ONU hacen la vista gorda, dejan pasar, simulan no ver el elefante en la sala porque eso les conviene. Y si alguien insiste en marcar la atrocidad que está cometiéndose, pues ese alguien guardará silencio a como dé lugar. La prioridad es mantener limpios los Balcanes de terroristas islámicos. Están dispuestos a sacrificar cualquier cosa.

Se produjo un silencio tras esa frase ominosa. Raemmers soltó un suspiro y se refregó la frente y los ojos. Consultó la hora.

—Tengo que irme. Alberto me espera en el hospital Saint Thomas. Solo pensar que Severina ha muerto... —masculló con talante abatido—. Diana, ahora vuelve a tu casa. No olvides la visita de Peter de mañana. Sigue al pie de la letra lo que tu cuñado te indique. Por la tarde inicias la misión con La Uno.

—Sí. Nos reuniremos con los Eurocorps en el aeropuerto de Estrasburgo. De allí viajaremos a Bucarest, donde pasaremos unos días en una casa-refugio para prepararnos.

—No tendrán problemas en Bucarest. El gobierno rumano está haciendo mérito para ingresar en la OTAN y en la Unión Europea. Diana —dijo de pronto—, te pido disculpas por esta visita inoportuna y por haberte echado este problema encima, pero no quería iniciar mi viaje sin encargarte la protección de Charlotte en caso de que algo me sucediese. —Se contemplaron en silencio, y La Diana creyó distinguir un

atisbo de miedo en los ojos del hombre—. Cuando regrese de Sarajevo y tú de la misión, hablaremos con más calma y te pondré al tanto de todo.

—Como usted disponga, general. Le deseo buena fortuna en su viaje y... Cuídese, por favor.

Una sonrisa cansada estiró apenas los labios del hombre.

—Lo haré. Ah, Diana, lo olvidaba. Toma. —Le extendió otra tarjeta—. Hace años, Callum Duncan me confió esto y me indicó que se los entregase, a ti y a tus hermanos, cuando lo juzgase prudente. Ha llegado el momento.

La Diana asintió y guardó la tarjeta. Abrió la puerta y, a punto de descender, se detuvo.

—General, ¿por qué yo? ¿Por qué confía en mí para esto?

—Diana, siento un afecto profundo por mis soldados, como si fuesen mis hijos. A muchos de ellos los conozco desde hace años, los he formado, les he enseñado todo lo que saben. Los quiero, sí, pero a ti además te admiro y respeto. Y te aseguro que admiro y respeto a poca gente. No creas que, porque no hablo de ello, desconozco los detalles de lo que sucedía en los campos de concentración serbios. Solo una criatura excepcional habría transitado por ese infierno y emergido incólume.

—Salí viva a duras penas, general —dijo con voz emocionada—, y las heridas son tantas.

—Sanarán, querida muchacha. A su tiempo, sanarán. —Raemmers expandió los labios en la primera sonrisa plena que La Diana le veía—. Carajo —masculló, entre risas sofocadas—, tenía que ser una mujer la que se demostrase la criatura más fuerte y poderosa.

—Excepcional y generoso es el hombre que lo reconoce.

—Gracias, Diana. Antes de despedirme quería contarte algo sobre el serbio que te obsesiona, Aleksandar Ilić. Al igual que tú, sospecho que no es trigo limpio, pero por ahora es intocable.

—¿Quién ha decidido que es intocable?

El general rio con ironía.

—Esa entidad sin nombre ni nacionalidad que sobrevuela al mundo desde tiempos inmemoriales, los verdaderos dueños del circo, esos que no se dejan ver y que tienen un perfil tan bajo como enorme es su poder. Tal vez Ilić ya forme parte del selecto grupo, no lo sé. Pero lo que te mencioné hoy en L'Agence, que se rumorea que comprará una compañía de mercenarios, ya es un hecho y pocos lo conocen. Meses atrás compró la norteamericana Baywatcher, pero la cuestión se mantiene en secreto. Sería una pésima publicidad para uno que se autoproclama benefactor de la humanidad si se descubriese que es el flamante propietario de una compañía de matones a sueldo.

—No había sentido nombrar antes a la Baywatcher —admitió.

—Al igual que a la Mercure y a la Spider International —informó Raemmers—, a la Baywatcher se la considera una de las más poderosas del mercado. En su cartera de

clientes ostenta varios contratos con el gobierno de Estados Unidos por millones de dólares.

—¿Para qué necesita un hombre como Ilić una empresa militar?

—En otra oportunidad te lo explicaré —prometió el general.

—Ahora Ilić es de temer —pensó en voz alta.

—Siempre lo fue —expresó el general.

* * *

No concilió el sueño. A eso de las seis, decidió abandonar la cama y darse un baño. Se vistió con ropas cómodas y se ató el pelo en una cola de caballo. Preparó café, un Juan Valdéz que Piersanti Righi le había traído de Colombia; bastó el aroma para restaurarle el humor.

A las siete en punto, la pantalla de su celular se encendió para anunciar el ingreso de un mensaje. «He llegado», decía. Verificó a través de la cámara del portero eléctrico que se tratase de Peter Ramsay. Accionó la chicharra, y un minuto después su cuñado bajó del ascensor con un maletín de aluminio. Se miraron. El hombre se cruzó el índice derecho sobre los labios y La Diana asintió.

Era extraño ver a Ramsay en ese espacio. Su familia nunca la había visitado en Londres; en honor a la verdad, nunca los había invitado.

Ramsay verificó que las cortinas de la sala y del dormitorio estuviesen cerradas antes de abrir el maletín, extraer unos adminículos y ponerse manos a la obra. Individualizó cuatro micrófonos. Los dejó donde los halló. La Diana le dirigió una mueca que comunicaba su desconcierto. Él escribió en un papel: «Sal dentro de quince minutos y búscame en el Starbucks de Gloucester Road». Quemó el papel en la piletta de la cocina y se marchó.

La Diana se calzó las Nike y se colocó una vincha de toalla en la frente. Salió de su departamento quince minutos después y echó a trotar hacia Gloucester Road a un ritmo ligero, como si no existiese nada que la preocupase. Unos minutos más tarde entró en el local de Starbucks, pequeño y abarrotado de gente, ideal para el encuentro furtivo con su cuñado. Se compró un jugo de naranja y buscó con la mirada un sitio donde tomarlo. Se ubicó en un sofá, junto a un cincuentón, de cabello prolijo y entrecano y traje gris oscuro, que leía *The Guardian*.

—¿Por qué no quitaste los micrófonos?

—Porque no fue lo que me pidió el general. Me indicó que dejara todo como lo encontrase. Evidentemente no quiere que quienes instalaron los micrófonos sepan que los descubrimos.

—¿Quién querría escuchar mis conversaciones? No soy nadie.

—Nadie no, Diana. Formas parte de un grupo secreto de élite. Para muchos, eso es mucho. —Aprovechó que daba vuelta la página para estudiarla de soslayo—. Es

común en estas instituciones que se vigile a los agentes —intentó tranquilizarla—. Se aseguran de que no estés vendiendo información al enemigo. ¿Acaso cada cuatro meses no los someten al polígrafo?

—Sí —contestó con aire ausente—. ¿Qué fue lo que Raemmers te dijo cuando te pidió que revisaras mi departamento?

—Solo eso, me pidió que revisase tu casa, pero que no la limpiase. Tenía previsto un viaje a Londres; lo adelanté para complacer al general.

—Pero ¿no se te ocurrió preguntarle por qué sospechaba que hubiesen instalado micrófonos en mi casa?

—Diana, en este oficio las preguntas están de más. El general es un amigo, un gran amigo. Si él me pide algo, cumplo con su pedido sin preguntar. Si él quiere contarme, lo más probable es que yo no quiera oírlo. Ahora bien, tratándose de mi querida cuñada, sí, te confieso que me habría gustado averiguar un poco más, pero el general se mostró tan hermético como de costumbre y no me dio pie a nada. ¿Tienes alguna teoría?

—No, ninguna. Lo que me preocupa es que el general no haya sabido de los micrófonos. Como mi superior, ¿no debería haber sido él quien ordenase colocarlos si, como dices, es práctica común para cerciorarse de mi fidelidad?

—A veces no son nuestros superiores directos los que se ocupan de esos controles. No te amargues, Diana, y más bien agradece que no hayan instalado cámaras. Este es un oficio de mierda, la desconfianza forma parte de nuestra cultura, los topos abundan. Si Raemmers quería saber es porque no le gusta que las cosas escapen a su gobierno, no porque piense que corres peligro. Vamos, no te desanimes —dijo sin apartar la vista del periódico.

—Cambiaré las cerraduras.

Peter rio por lo bajo.

—Diana, estamos hablando de personas capaces de abrir la bóveda del Banco de Inglaterra sin activar las alarmas. ¿Piensas que una cerradura nueva los detendrá? Acepta los gajes de este oficio y vive en paz.

—¿Cómo está Leila? —preguntó; el cinismo de Ramsay comenzaba a fastidiarla.

—Deliciosa y perfecta como siempre. Espero que pronto acaben las náuseas matinales. No soporto verla sufrir.

«¿Por qué no lo pensaste antes de dejarla embarazada de nuevo?», le habría reprochado.

—¿Y por Daisy no preguntas? ¿De tu sobrina no quieres saber?

Daisy era una de las criaturas más adorables que conocía, y estaba segura de que si en la guerra no se hubiesen perdido las fotografías familiares habría podido demostrar lo que sabía: era igual a Leila de pequeña, con sus bucles apretados y rubios, sus ojos oscuros, la nariz diminuta y la boquita pequeña de labios rellenos. Poseía el mismo corte facial de la madre, regular y ovalado. Las pocas veces que La Diana la había visto, la criatura la había precipitado a la misma experiencia: por un

lapso fugaz, había anhelado abrazarla y besarla, mantenerla pegada a ella y no soltarla; un instante después, la había dominado una repulsión incontrolable, esa que ella asociaba a la afenfosfobia y que en presencia de la niña se quintuplicaba; entonces, huía para no verla.

—Leila te ha enviado unas fotos.

Ramsay las deslizó por la tapicería del sillón y La Diana guardó el sobre en el bolsillo del buzo.

—Tengo que irme —murmuró.

Se puso de pie y abandonó el local. Trotó de regreso a su casa. Simulaba oír música con los auriculares y, a juzgar por la expresión, se habría dicho que pensaba en el próximo par de zapatos que compraría. Entró en su departamento, y la máscara cayó repentinamente. Corrió al pequeño cuarto donde tenía instalada la computadora. Quizá no fuese sensato conectarse a Internet. Lo hizo igualmente, dispuesta a ingresar en la cuenta de correo electrónico de Yahoo que Nanuk y ella compartían, porque así había sido la confianza entre ellos, infinita. La creación de la cuenta se le había ocurrido al propio Nanuk, con un ingenioso sistema que los mantenía a buen resguardo de los *hackers*, pues intercambiaban mensajes que jamás enviaban y que leían desde la carpeta «Borrador». Tecleó el nombre del usuario, Zeus&Leto, los padres de Artemisa, o Diana para los romanos; luego ingresó la clave —el nombre de la madre de Nanuk, Miki, y el de la de ella, Eszter— y accedió a la casilla. No había nada. Escribió: «Te necesito» sin ninguna esperanza de obtener respuesta.

* * *

Se habían instalado en una casa al sur de Bucarest, en la zona industrial. El primer trayecto del viaje, de Londres a Estrasburgo, había resultado penoso, con los ánimos por el piso a causa de la muerte de Severina de Souza.

Antes de partir, La Diana se había cruzado con Raemmers en L'Agence y le había preguntado por los asaltantes de la mujer.

—Ni rastro de ellos.

—¿Cómo es posible, general? Con todas las cámaras que hay en Londres.

—Llevaban cascos puestos. —Antes de reanudar el paso, el hombre le susurró—: He postergado mi viaje a Sarajevo.

Y ese fue el único indicio de que la insólita conversación en el Audi A8 había tenido lugar. Aunque habría querido preguntarle por los micrófonos en su departamento, eligió callar.

En la base de Eurocorps en Estrasburgo se les unieron los tres soldados que completarían el grupo. Pese al frío y a la lluvia, La Diana tuvo un momento de alegría al encontrarse en la pista con su compañero Piersanti Righi, que agitó la mano y le

destinó su sonrisa de modelo de pasarela. «Es un Adonis», pensó, contagiada por el entusiasmo imperturbable de su amigo.

—¡Acabo de regresar de tu tierra, Diana *carissima*! —Se refugiaron bajo el hangar—. Mira lo que te he traído. —Colocó el macuto en el suelo y extrajo la típica botella redonda de *šljivovica*, la *rakija* o licor más popular de los Balcanes, producto de la fermentación de la ciruela; de hecho, un racimo de ciruelas negras adornaba la etiqueta que a La Diana le resultaba tan familiar como su casa. Pobre Piersanti, él no podía saber cuánto despreciaba la visión de la botella y del líquido ambarino que quemaba todo a su paso.

—Sabes que no bebo.

—Estoy empeñado en hacerte cambiar de parecer.

—Te deseo suerte en esa misión. La necesitarás. Igualmente, gracias. —Aceptó la botella y la guardó en la mochila.

Conversaron unos minutos. Piersanti le habló de su experiencia en la base aérea norteamericana a la que habían bautizado Camp Comanche, construida al oeste de Tuzla, una ciudad cercana a Srebrenica que La Diana conocía bien. Ella, a su vez, le contó acerca de la misión que estaban a punto de emprender. Antes de despedirse, lo puso al tanto de la mala noticia: la mujer de De Souza había muerto en un asalto. La sonrisa desapareció del rostro del italiano.

—Quería que lo supieras para que fueses preparándote. El ambiente que encontrarás en L'Agence es...

—*Di merda* —completó Righi.

—Sí, de mierda.

—Gracias por haberme prevenido. Pobre Alberto. Debe de estar destruido.

—No lo he visto, hace dos días que no va a L'Agence, pero sí, debe de estar deshecho. Su hija Inés, internada y su esposa, en la morgue.

—Qué destino *del cazzo* —masculló Piersanti.

En Bucarest los aguardaban en una pista privada a las afueras de la capital, y se desplazaron en dos furgonetas hasta la casa-refugio ubicada en un descampado de la zona industrial. La Diana paseaba la mirada por los rostros compungidos de sus compañeros y se preguntaba si alguno de ellos, o si alguno de los de su escuadra, La Dos, estaría involucrado en el tráfico humano. El holandés Daen van Groen, sentado frente a ella, la observaba fijamente, aunque sin hostilidad. Le sostuvo la mirada, y ganó la contienda, pues fue el excasco azul el que apartó la vista.

En la casa, Hela y ella compartieron el único dormitorio en *suite*; los hombres se repartieron en las demás habitaciones. Se pasaron tres días preparando a los soldados de Eurocorps, lo que les sirvió para revisar el plan una y otra vez. El valor de un soldado de élite no residía en organizar un plan con todas las circunstancias bajo control, sino en que, frente a un hecho fortuito, poseía el dominio para contrarrestar el pánico, resolver el percance y ajustarse a la nueva realidad. Lograr ese dominio de la situación requería meses de entrenamiento que a un alto porcentaje quebraba física y

emocionalmente, pues el estado físico era importante, pero el mental constituía la pieza clave.

* * *

Aprovechando que Hela estaba en la sala limpiando su fusil, La Diana se encerró en la habitación y abrió las dos puertas del placard, cada una con un espejo de cuerpo entero en su cara interior. Se sentó en medio, se quitó la remera y fijó la vista en los dos tatuajes, la frase que la alertaba de los peligros, *Hic sunt dracones*, y la imagen del arcángel San Miguel, que le ocupaba el brazo derecho y parte del omóplato. Sobre todo, cuando se disponía a prepararse para una misión, como en ese momento, le gustaba estudiar al arcángel que sometía al dragón con una lanza en la mano derecha y un escudo calzado en el antebrazo izquierdo; la ayudaba a meditar y a serenarse.

Más allá del significado, el diseño era de gran belleza, no solo por la perfección de los rasgos del ángel y los detalles en la figura del dragón, sino por el colorido; la artista había realizado un trabajo magnífico. Las alas del soldado celestial eran de un azul brillante, con algunas plumas turquesa, y ambas tonalidades contrastaban con el plateado del escudo y el dorado del reptil que agonizaba con la boca abierta.

Aún recordaba el día a finales del año anterior en que había visto la figura por primera vez. Estaba en casa de los Al-Saud en París. Festejaban el noveno cumpleaños de Jérôme, el hijo mayor de Matilde y Eliah. Como siempre, la íntima amiga de Matilde, Juana Folicuré, se encontraba entre los invitados pese a vivir en Jerusalén. Le gustaba Juana; a excepción de Piersanti Righi, no conocía a otra persona más ocurrente y divertida.

Juana transitaba por un período esotérico, ella misma lo declaraba, y, en esa nueva fase, aprender a tirar las cartas del tarot se reputaba de imperativo. Acababa de comprar un mazo de los ángeles, y estaba empeñada en leer el destino de los invitados. Llegó su turno; la joven se le plantó enfrente y, con aire pícaro, le indicó: «Dianita, extrae una carta», y el azar quiso que fuese la de San Miguel Arcángel que alanceaba al dragón. Ese día aprendió que la palabra que para ella siempre había sido *zmaj*, en francés se decía *dragon*. Dragoslav. Un escalofrío la recorrió al descubrir que la raíz del nombre aborrecido era latina y representaba al temido y mítico reptil.

—¿Qué simboliza el dragón? —se había interesado su cuñada Yasmín, también cautivada por la belleza del diseño.

Juana había explicado:

—Es la representación de Lucifer, el ángel caído. ¿Ves la frase escrita sobre el escudo? *Quis ut Deus?* Significa «¿Quién es como Dios?». Algunas interpretaciones aseguran que es una burla de San Miguel a Lucifer, que proclamaba ser como Dios.

La explicación la golpeó quizá más que el simbolismo del dragón. Se puso de pie intempestivamente, lo que sobresaltó a Juana y a Yasmín, y caminó deprisa hacia el baño, y mientras se alejaba, se esforzaba en vano por acallar la voz que regresaba del pasado y le gritaba: «¡Yo soy como Dios aquí! ¡Yo soy como Dios para ti!».

Pocos días más tarde, el general Raemmers recibió la lámina del globo Hunt-Lenox y decidió colgarla en su despacho. Resultaba casi inverosímil que sus ojos, en medio de tanta imprecisión y confusión como la que reinaba en la gigantografía, hubiesen caído de inmediato en la frase *Hic sunt dracones*. Le vino a la mente la carta del tarot, y todo cobró sentido. Esa noche llamó a Matilde y le dijo: «Necesito pedirte un favor». «El que sea», había sido la contestación. «Quiero hacerme dos tatuajes». Sabía que estaba desconcertándola. Sobrevino un silencio que duró pocos segundos. «Será mejor buscar una diseñadora», resolvió Matilde. «Tiene que ser una mujer. Eso te ayudará. Y ese día te daré un calmante suave». Viajó a París una semana más tarde después de que su amiga le asegurase que tenía todo dispuesto, la carta del ángel incluida. Y se sometió a la tortura de ser tocada, y mientras lo hacía, se daba valor observando la ilustración de San Miguel Arcángel, que la artista había depositado a un costado.

Al cabo de unas semanas, fue a visitar a Takumi *sensei* a la hacienda de Ruán. Como de costumbre, transcurrieron la mayor parte de la jornada en el gimnasio. La Diana se quitó el buzo y quedó en top, ajustado y diminuto. La prenda dejó los tatuajes al descubierto. Takumi se acercó para estudiarlos y lo hizo como hacía todo, en silencio y con mansedumbre.

—Hermosos —expresó, y La Diana asintió con orgullo pues rara vez el japonés emitía juicios de valor; cuando lo hacía, nadie dudaba de la sinceridad del comentario.

—Gracias, *sensei*. ¿Sabes lo que significa la frase? Está en latín.

—Aquí hay dragones —contestó el maestro, en tanto retiraba del soporte dos catanas de madera.

—¿Un japonés que sabe latín?

—Me obligaron a estudiarlo desde muy niño. Mi padre afirmaba que el estudio de su estructura gramatical agilizaba la mente, ayudaba a razonar.

Después de la práctica, mientras se tomaban un descanso sentados en la posición de yoga, La Diana le preguntó:

—*Sensei*, ¿crees en el poder de los nombres?

—*Nomen omen*, aseguraban los antiguos. El nombre es un presagio —tradujo—. Los druidas, por ejemplo, estaban seguros de que conocer el nombre de una cosa significaba tener poder sobre ella. Ese conocimiento les permitía incidir en la cosa, modificarla, poseerla, dominarla. De allí que ciertos nombres fuesen sagrados y se ocultasen. Sí, creo en el poder de los nombres —concluyó—. En el nombre de una persona se esconde su destino.

—Yo llevo el nombre de una diosa guerrera.

—Tu nombre no es Diana —le recordó el japonés.

Al regresar a Londres, fue a Waterstones y compró un libro, *Los nombres y sus significados*. Buscó el que se pareciera al de ella y encontró Marianne, la contracción entre María, la elegida y amada de Dios, y Ana, la compasiva. Por tanto, Mariyana significaba la elegida y amada de Dios y la compasiva. ¿Elegida para qué? ¿Compasiva con quién?

Movió el hombro derecho hacia arriba y hacia atrás, lo que provocó que el músculo se contornease en una onda que se propagó por la lanza y pareció enterrarse aún más en el pecho del dragón. De allí tomaba la energía y el coraje para encarar un trabajo, en especial uno como el que emprenderían en pocas horas, el primero que la enfrentaría a un criminal de las guerras yugoslavas, nada menos que a Zver. La recorrió una estremecedora sensación de ansia al caer en la cuenta de que con las decenas de acusados de abusos durante el conflicto en los Balcanes, justo el primero fuese uno tan íntimamente relacionado con su pasado. Se trataba de un augurio, no cabía duda; no podía interpretarlo de otro modo. ¿Se había vuelto supersticiosa? ¿Dónde había quedado el racionalismo práctico que la doctrina comunista le había enseñado? ¿Desde cuándo creía en fantasmas y en la energía de los arcángeles? No pretendía responder a esos cuestionamientos, y como si se burlase de su parte racional, se colgó el talismán que Nanuk le había traído de su último viaje a Groenlandia, poco tiempo antes de desaparecer. «Lo ha tallado mi abuelo especialmente para ti», le había asegurado mientras se lo extendía para que ella admirase la delicada pieza. «Es un narval, hecho del propio cuerno del narval, que no es un cuerno, sino un diente». Se había quedado prendada del dije, de la exquisitez de la talla. Nanuk le explicó que el narval era preciado entre su gente, no solo desde un punto de vista económico —se aprovechaba hasta el último gramo del cetáceo— sino porque resultaba mágico en la cultura animista del pueblo inuit. El cuerno-diente, presente solo en los machos, no se utilizaba para la lucha ni para horadar el hielo ni para cortejar a las hembras, sino como sensor. «Es un radar», le había explicado para luego, serio, añadir: «Quiero que lo lleves siempre contigo. Él te alertará del peligro. Prométemelo, que siempre lo llevarás contigo», y ella se lo había prometido, asombrada de que un hombre moderno, racional y culto fuese al mismo tiempo supersticioso. Ella se lo había señalado, medio en broma, y él le había respondido: «Diana, ¿acaso no te das cuenta de que todo lo que nos rodea es mágico? Mi hermana Yura es bióloga molecular, una científica, y asegura que todo es pura magia. Siempre dice que la ciencia explica el cómo pero jamás encuentra respuesta al por qué». Así era Nanuk, sabio, sólido, sereno. Se había convertido en su roca, en su maestro, para dejarla sola y abandonada.

Empezó a vestirse, otro rito del soldado. Sobre una remera y una calza, las dos a prueba de llamas, iba el traje negro para misiones nocturnas, fabricado también en un material ignífugo, reforzado en la zona de las rodillas y de los codos con un fieltro que les permitía arrastrarse sobre superficies calientes o irregulares, lo mismo que los

guantes. Les tocó el turno a los borceguíes, y sonrió al evocar lo que Nanuk le había dicho en la ocasión en que la ayudó a vestirse para su primera misión de combate. «Diana, si crees que el arma más importante de un SF es el fusil o el cuchillo, te equivocas; son sus botas». Como soldados especializados en operaciones tras las líneas enemigas, generalmente recorrían kilómetros para acceder al objetivo, y lo hacían por caminos aislados y hostiles, que los habrían vencido antes que el enemigo si no hubiesen contado con el calzado adecuado. Se ajustó los cordones que le llegaban a la mitad de la pantorrilla y se incorporó para colocarse una pieza fundamental: el chaleco antibalas de Kevlar con una placa de cerámica, que lo volvía un poco más pesado, pero resistente a calibres superiores.

Se ató el pelo en una cola de caballo a la altura de la nuca antes de iniciar el segundo rito, el del armamento: el fusil M4, limpio y listo para disparar; la pistola HP 35, con sus trece proyectiles nueve milímetros en el cargador que ella había aprendido a vaciar en tres segundos; sus *kukris* en la espalda y su cuchillo Ka-Bar al costado de la pierna derecha; la Beretta 950 BS se hallaba bajo el traje, sujeta al muslo, sobre la calza. Por último, se colgó en el cinto dos granadas lacrimógenas y tres aturdidoras, las cuales, al detonar, provocaban un fragor y una luminosidad insoportables.

Solo le quedaba camuflarse el rostro con pintura negra; lo haría pocos minutos antes de abandonar la casa-refugio. Aferró el casco y salió del dormitorio en el momento en que Hela entraba para prepararse. Se dirigió a la sala. Sus compañeros afilaban cuchillos y chequeaban las armas. Fue al comedor y se sirvió un poco de guiso de arroz y carne, una comida calórica y rica en hidratos de carbono y proteínas que ella misma había preparado para el equipo. Encendió el televisor y buscó un canal de noticias; se decidió por Euronews.

Unos minutos después, Daen van Groen se sentó junto a ella para comer helado y ver el noticiero. La Diana se tensó enseguida y comenzó a masticar más lentamente. La perturbaba Van Groen. Esos días en la casa-refugio habían conversado a menudo, siempre de la cuestión de las minas Claymore que colocarían antes de abandonar el laboratorio.

Se olvidó del holandés cuando el reporte financiero de Euronews informó que esa mañana en Wall Street, tras haber saltado a la luz que el organismo estadounidense FDA, Food and Drug Administration, acababa de negarle la licencia para la comercialización del trigo transgénico, el precio de las acciones de Herkul High Biotechnology Inc., empresa de propiedad del magnate Aleksandar Ilić, sufría caídas estrepitosas de hasta el dieciocho por ciento. Otras compañías del megagrupo Ilić, la farmacéutica Ouroboros Global y Cyklon Chemical Inc., seguían la suerte de la «hermana» con bajas de hasta el siete por ciento.

El corresponsal en Nueva York entrevistaba a un agente de bolsa especializado en compra y venta de granos con obligaciones a futuro.

—Después de haber sido el niño mimado de la FDA —declaró el hombre trajeado de Wall Street—, este ha sido un durísimo golpe para el *holding* Ilić, y encuentra al grupo en una posición difícil de escasa liquidez pues se han erogado multimillonarias cifras para la adquisición de las semilleras más importantes del mundo, sin mencionar los millones de dólares invertidos en investigación para el desarrollo del trigo transgénico. Si bien estas adquisiciones de semilleras se hicieron para facilitar la comercialización de la soja, el maíz y la colza genéticamente modificados que Herkul vende desde hace cinco años, se realizaron con miras al trigo Bt o transgénico, que ahora ya no podrá ofrecer en el mercado. Es un momento complicado para la Herkul y la Cyklon, sin duda.

La imagen cambió para pasar a la oficina del jefe de Prensa de EcoRevolution, la organización no gubernamental famosa a nivel mundial por su lucha para proteger el medio ambiente.

—Si, como se nos ha dicho —discurrió el corresponsal de Euronews—, Herkul Biotech y Cyklon han sido las niñas mimadas de la FDA, preferencia que siempre se juzgó controversial, ¿a qué se adjudica el rechazo de esta patente clave para producir el trigo Bt?

—El gobierno de Clinton —respondió el activista— se la habría otorgado de buena gana. Pero justamente dada la controversia suscitada por las patentes para fabricar la soja, el maíz y la colza transgénicos, que se hizo famosa en el mundo gracias a nuestras denuncias y reclamos, es que se vio obligado a dar marcha atrás. El presidente Clinton ha estado muy atento a las encuestas en este año electoral. La autorización para vender semillas modificadas ha causado una repulsión general entre los productores, en especial de nuestro país, de Canadá y de otros graneros del mundo, como India. Los productores lucharon para defender la pureza del trigo que cultivan y venden.

—¿Por qué los productores rechazarían una semilla que, a juzgar por la publicidad, resiste los ataques de insectos y malezas?

—El consumidor mira con desconfianza los productos genéticamente modificados porque no hay un dictamen definitivo a nivel científico que establezca si dañan al ser humano o no, y es muy difícil venderlos, en especial en Europa.

—Pero sabemos de productores que lamentan que se haya denegado la patente para el trigo Bt. Hay productores que desean cultivarlo. ¿No podrían coexistir en paz ambos tipos de semillas?

—Imposible —fue la categórica respuesta del activista—. Al sembrar trigo transgénico, las semillas viajarán por acción del viento a los campos de trigo sin modificar o trigo biológico y los infestará, y ya no se podrá distinguir entre unas y otras. Los productores de trigo quieren evitar la misma pesadilla que están viviendo sus colegas sembradores de soja, maíz, colza y otras semillas modificadas.

—¿A qué se refiere con pesadilla?

—En primer lugar, los productores quieren evitar que la semilla de trigo sin modificar desaparezca como consecuencia de la invasión en sus campos de las transgénicas. Y en segundo lugar, quieren protegerse de Herkul Biotech, que al encontrar en sus sembradíos plantas nacidas de semillas transgénicas, les exigirán los *royalties* por haber cultivado su producto, cuando, en realidad, no cultivaron nada; simplemente la semilla transgénica invadió sus campos. En el caso del maíz y de la colza, algunos productores hasta insinúan que las semillas no llegaron hasta allí por la acción del viento sino por una maniobra deliberada de Herkul.

—Maldito hijo de puta —masculló La Diana.

Van Groen intentó hablar, pero ella le chistó para que callase. Lo que acababa de aparecer en la pantalla le resultaba más interesante que lo anterior. Se trataba del propio Aleksandar Ilić disertando el día anterior en el Foro para la Alimentación y la Agricultura reunido en el Hotel Boscolo Exedra en Roma.

—Los transgénicos son el futuro de la humanidad —declaraba desde el atril en un inglés perfecto el elegante y esbelto anciano—. La producción actual de alimentos no es suficiente para todos, y por esta simple razón se producen hambrunas cuyas imágenes son desgarradoras. Nosotros, desde nuestro programa Feeding the World y desde el Ilić Humanitarian Fund, estamos trabajando con pequeños y medianos agricultores de casi todo el globo para que siembren semillas que les permitan afrontar los desafíos que el cambio climático nos impone, como sequías en algunos puntos del planeta, inundaciones en otros, insectos y malezas cada vez más resistentes.

Se cortó la imagen para reaparecer a la salida del hotel en Roma. El vallado y la presencia de los *carabinieri* no resultaban suficientes para contener al gentío que intentaba abalanzarse sobre la figura de Aleksandar Ilić, quien, pese a la hostilidad, conservaba el garbo y la sonrisa mientras bajaba las escalinatas del hotel ayudado por el bastón y tres guardaespaldas. El anciano trastabilló al recibir un tomatazo en la cara, y el camarógrafo acercó la lente para captar el momento en que uno de sus guardaespaldas le pasaba un pañuelo para que se limpiase.

La Diana se puso de pie y se detuvo frente al televisor. No se dio cuenta de que Van Groen la imitaba y se colocaba junto a ella. Nada existía salvo la imagen en la pantalla de un Nanuk Christiansen trajeado de negro, con los Ray Ban Aviator que siempre usaba y el cabello más corto, casi al ras, que entregaba el pañuelo a Ilić. Otro guardaespaldas corría hacia el lujoso Maybach gris que acababa de detenerse a los pies de la escalinata y abría la puerta trasera. Nanuk y su compañero, en tanto, protegían con sus cuerpos al magnate y lo arrastraban hacia el vehículo. La cámara siguió el escape del Maybach, y cuando este desapareció de la vista, se volvió hacia la multitud enardecida.

—Era Arrow, ¿verdad? —escuchó la voz teñida de perplejidad de Van Groen, que lo había llamado por su nombre en clave.

—Sí —farfulló, contenta de que el holandés también lo hubiese visto; en caso contrario, habría dudado de su juicio.

—¿Sabías que estaba trabajando como guardaespaldas?

No prestó atención a la pregunta. Se concentró en los manifestantes. Algunos regresaban después de haber perseguido al Maybach por la Piazza della Repubblica; otros permanecían frente al hotel y agitaban carteles, vociferaban cánticos y hacían sonar cornetas y tambores. La Diana se inclinó para leer las leyendas, la mayoría en inglés, algunas en italiano. «Feeding the World?», rezaba uno, que se completaba con: «KILLING the World!» —¿Alimentando al mundo? ¡MATANDO al mundo!—. Se atacaba a la biotecnológica Herkul y también a la química Cyklon, que producía los insecticidas y los herbicidas «inocuos». Había quienes sostenían carteles que arremetían contra la farmacéutica Ouroboros y la llamaban «asesina» y «productora de enfermedades». Uno en especial le llamó la atención pues se trataba de una ilustración realizada con gran maestría, que impresionaba: se había modificado el símbolo de la farmacéutica, la serpiente que se come la cola, por otro, una serpiente que se devoraba al planeta Tierra, y en lugar de la leyenda «Feeding the World» decía en la característica tipografía «Eating the World», «Comiéndose al Mundo».

No tuvo tiempo de reponerse de la sorpresa. Los convocaron en la sala. Van Groen apagó el televisor. Hela, a quien desde ese momento llamarían por su nombre de guerra, Odín, repasó los hitos principales de la misión. Se camuflaron los rostros, empuñaron los fusiles, se pusieron los cascos y salieron al atardecer de un viernes 10 de noviembre frío y oscuro. Los aguardaba un vuelo de no más de tres cuartos de hora antes de lanzarse al vacío en las afueras de la ciudad moldava de Tiráspol.

* * *

Cada miembro de la escuadra ocupaba su posición en torno al perímetro del laboratorio. Habían sorteado el cerco de alambre de tres metros de altura, el cual, si bien poseía carteles que advertían «alto voltaje», se había demostrado inofensivo. Según los informes, la valla eléctrica descargaba unos ocho mil voltios las veinticuatro horas del día. A La Diana la inquietó que el dato provisto por el sector de inteligencia no se corroborase en la realidad; y se lo comentó a Daen van Groen, que se deslizaba junto a ella hacia el edificio.

—No me gusta nada esto —susurró—. Está demasiado silencioso y oscuro. Las fotos del satélite mostraban un área tan iluminada como Las Vegas, incluso con cielo-reflectores móviles.

—Tienes razón. Odín, aquí Foxtrot. Cambio —masculló Van Groen en el micrófono colocado próximo a la boca.

—Foxtrot, aquí Odín. Te escucho. Cambio.

—Demasiado fácil. Muy tranquilo.

—*Roger that* —contestó la comandante para significar que había comprendido—. Seguimos como previsto, pero es posible que estén esperándonos.

Hela se ocupó de que cada soldado le confirmase que había oído la advertencia, incluidos los dos marcadores, algo así como francotiradores que trabajaban camuflados bajo un traje *ghillie* y a cientos de metros del objetivo para apoyar al equipo.

El resto de la escuadra de diez soldados —siete de L'Agence y tres de Eurocorps — avanzaba en las sombras nocturnas hacia el laboratorio, una construcción simple, blanca, sin alturas, con pocas ventanas enrejadas y techo plano en el que se perfilaba la artillería antiaérea de la que los habían prevenido. El edificio semejaba un cubo plantado en medio del terreno.

Se habían dividido en cinco grupos de dos, y sus siluetas se adivinaban en el fulgor que lanzaban las linternas fijas en sus cascos. Invadirían la construcción entrando por cinco de los siete ingresos. Lo harían luego de que Hela desactivase la alarma. La Diana y Van Groen ingresarían por una puerta lateral que se hallaba junto a un tanque de gasolina, lo cual les impediría utilizar el explosivo silencioso para destruir la cerradura. De acuerdo con el plano del edificio, esa puerta los conduciría al sótano donde colocarían las minas para devastar los cimientos.

—La alarma no está conectada —informó Hela.

—Odín, aquí Casablanca —dijo el fijiano Labalaba Sekonia—. Es evidente que están esperando visitas. Alguien nos delató. Cambio.

—Aquí Odín. Cambien al canal VHF 15 —ordenó Hela en código, pues sospechaba que los narcotraficantes conocían en qué banda de radio operaban.

—Odín, aquí Foxtrot —llamó Van Groen una vez que sintonizó la radio en el canal de emergencia—. Esta misión está comprometida. Propongo abortar. Cambio.

—*Roger that* —acordó Johnny Milford, el ex SEAL estadounidense—. Estos *motherfuckers* están invitándonos a entrar. Abortemos.

—Negativo, Peter Pan. Proseguiremos. Diana, avísame cuando hayas franqueado el ingreso. Cambio.

La Diana se quitó los guantes para operar con las ganzúas. El trabajo con tres horquillas insumió un minuto y medio.

—Odín, aquí Diana. Listos para el ingreso. Cambio.

A la orden de la comandante, se calzaron las máscaras antigás e ingresaron con sus fusiles en alto y los índices apoyados en el gatillo. Como habían previsto, los aguardaban dentro. Los recibieron con una lluvia de proyectiles. La Diana y Van Groen corrieron a refugiarse detrás de unos tanques de doscientos litros. Los marcadores apostados en el exterior les advirtieron de una camioneta que intentaba fugarse. Hela ordenó a los tiradores que le bajasen los neumáticos, orden que cumplieron enseguida. Se inició un fuego cruzado entre los marcadores de L'Agence y los ocupantes de la camioneta, que resultó blindada.

—Odín, aquí Chapel. Los ocupantes de la camioneta podrían estar intentando regresar al edificio. Visibilidad reducida a causa del lanzamiento de granadas de humo por parte del enemigo. Las puertas más cercanas son la siete y la dos.

—La siete es la nuestra —masculló Van Groen, mientras recargaba su fusil M4.

El fuego que arreció confirmó la suposición del inglés Peter Hersey: los narcotraficantes en el interior cubrían a los que regresaban después del intento fallido de fuga. La Diana vio rodar hacia ellos una granada lacrimógena y, cubierta por Van Groen, salió de la protección de los tanques y la alejó de un puntapié hacia la puerta; no les habría afectado las vías respiratorias gracias a las máscaras; sí les habría dificultado la visión. Al volverse, avistó una figura enorme y oscura que se descolgaba de una viga en el techo y caía detrás de Van Groen, a escasos metros.

—¡Foxtrot, a tus seis! ¡A tus seis!

El holandés se giró y disparó. El atacante hizo fuego antes de caer con un quejido. La Diana corrió y lo remató con un tiro en la frente. La luminosidad de su linterna bañó el rostro del cadáver. No era Zver. Experimentó satisfacción. Lo quería vivo.

Regresó junto a su compañero. Un charco de sangre demasiado grande se acumulaba bajo la pierna derecha.

—Odín, aquí Diana. Foxtrot está herido. Cambio.

—¿Cuál es la situación?

La Diana empuñó su Ka-Bar y realizó un tajo en la pernera de Van Groen. Descubrió lo que temía: la bala había perforado la arteria; resultaba claro por la profusión de la hemorragia, el color rojo vivo de la sangre y la manera en que brotaba con cada pulsación.

—Perforación de femoral derecha. Hay que evacuarlo. Enseguida. Cambio.

Sin detenerse a pensar en que lo tocaba, La Diana arrastró a su compañero y lo obligó a elevar la pierna herida y apoyarla contra un muro.

—Foxtrot, tienes que respirar lentamente —le indicaba entre disparo y disparo—, tienes que bajar las pulsaciones.

En tanto, oía por la radio que Hela ordenaba al dúo más cercano, el que conformaban el argelino Assam Al-Abdel, nombre de guerra Ralph, y uno de los efectivos de Eurocorps, que acudiese a asistirle. Los narcotraficantes, los que acababan de ingresar por la puerta siete y los del interior, no le daban tregua; las ráfagas de proyectiles le impedían asomarse y responder a la agresión. Hizo palanca con el cañón del fusil entre dos tanques vacíos y abrió un resquicio que le permitió disparar sin necesidad de incorporarse. No bastaba; el ángulo era limitado. Si el apoyo se demoraba, caería en manos del enemigo. El holandés la miraba con ojos aterrados. La maniobra de elevarle la pierna no estaba dando resultado: la sangre brotaba igualmente y la palidez del rostro se volvía espectral.

Analizó las adyacencias; había una puerta de hierro a pocos pasos; estaba entreabierta. Arrojó dos granadas aturdidoras y una lacrimógena, y aprovechó la explosión y la confusión para sujetar a Van Groen de las axilas y, al amparo de los

tanques, arrastrarlo hacia donde condujese la abertura. El holandés la ayudaba a cargar con su peso clavando el talón de la bota izquierda y propulsándose hacia atrás.

—Deja de hacer eso —le ordenó—. Aumentas las pulsaciones y la sangre brota como de una fuente.

Traspusieron la puerta, y La Diana la cerró sin tiempo para verificar que estuviesen solos. Se trataba de un cuarto ciego, ni siquiera había un tragaluz en las paredes de cemento desnudo. Una vez que se deshizo de la máscara, la asaltó un olor rancio, a moho. Avistó una vara de hierro de un metro y medio aproximadamente y la utilizó para trabar la puerta; la colocó bajo el picaporte y la encastró en una irregularidad del suelo. Menos de treinta segundos más tarde, los narcotraficantes intentaron franquearla, sin éxito.

La Diana se exigió abstraerse de los embates contra la puerta y de concentrarse en las comunicaciones de sus compañeros, que libraban una batalla feroz con el enemigo. En tanto, se ocupaba de colocar la pierna de Van Groen hacia arriba y contra el muro y se hacía del botiquín del holandés, el que todos tenían en una riñonera adosada al cinto, del lado izquierdo. Extrajo un vendaje y una banda elástica. A punto de colocar la gasa sobre la herida, se detuvo y vivió un instante de desconcierto al darse cuenta de lo que había hecho, de lo que haría: tocar a Van Groen. Entonces notó que no le temblaba la mano ni se le agitaba la respiración. Siguió adelante; no era momento de reflexiones. Sin embargo, mientras apretaba la venda contra la herida y la ajustaba con la banda, se convenció de que se debía a que era ella quien controlaba la situación; no era Van Groen quien la tocaba sino ella a él. Con la pierna del holandés en alto y usando el muro como resistencia, empujó para detener el flujo sanguíneo. Van Groen soltó un grito.

Los embates contra la puerta de hierro no cesaban, y la barra se sacudía en su precaria posición. No disponían de mucho tiempo. Los narcotraficantes acabarían usando un lanzacohetes RPG-7 para abrirse paso.

—Odín, aquí Diana. Caeremos en cualquier momento. Cambio.

—Diana, el apoyo está llegando.

Se le estaban durmiendo los brazos en esa posición y le dolían las rodillas. Habría sido más cómodo con la pierna de Van Groen estirada en el suelo, pero no se atrevía a bajársela; había perdido demasiada sangre; poco más habría sido letal. Empleó el vendaje de su propio botiquín cuando el del holandés se hubo ensopado. Se puso de pie y apretó con todas sus fuerzas contra la pared. Van Groen se convulsionó a causa del dolor y perdió la conciencia. La tortura del excasco azul no resultó en vano; minutos después La Diana percibió que la sangre no le mojaba la mano y comenzaba a coagular.

—Diana —oyó susurrar a Van Groen.

Volvió apenas la cabeza para mirarlo; tenía mal aspecto, una palidez anormal, los labios grisáceos y la frente sudorosa.

—Creo que voy a morir.

—No vas a morir. Cállate y ahorra la fuerza.

—Diana, de noche... —El holandés tragó con dificultad antes de hablar de nuevo—. De noche, cuando cierro los ojos, veo la misma imagen.

—¿Qué imagen?

—La del bebé.

Giró el cuello y lo observó. ¿Estaría delirando?

—¿Qué bebé?

—El bebé de una madre bosníaca, una que se refugiaba en la base de Potočari.

No deliraba; estaba confesándose. Ella sabía de qué hablaba: la base de la ONU en Potočari, la ciudad a cinco kilómetros de Srebrenica, en cuya vieja fábrica de baterías se había instalado el cuartel general del batallón holandés de los cascos azules que protegía la «zona segura», solo que lo de segura había sido puro cuento.

—Te he dicho que cierres la boca y ahorres el aliento.

—Necesito contártelo. Voy a morir y no quiero morir con este peso. Nunca se lo he dicho a nadie. Y creo que tú, en especial tú, tienes que saberlo.

—Si estás tan decidido a contármelo, deberás beber un poco de agua con minerales, de lo contrario te deshidratarás.

Giró y presionó el vendaje con el trasero. Así, con las manos libres, rasgó un sobre con polvo electrolítico y lo vació en la cantimplora de Van Groen; la cerró, batió el contenido y se lo pasó. El soldado, sin voluntad para alzar el brazo, la contempló con desesperanza. Se acuclilló junto a él a riesgo de que la herida, sin la presión necesaria, comenzase a sangrar de nuevo.

—Bebe. —Lo ayudó a incorporarse apenas unos centímetros—. Sorbos pequeños. Así, muy bien. Otro más.

Van Groen apartó la boca.

—Diana, aquello fue un infierno. Los meses que pasamos en Srebrenica... No hay cómo describir tanto horror.

—No hables, te agitas —le indicó mientras regresaba a su lugar y volvía a comprimir la herida.

—Déjame hablar. Lo necesito. Ese maldito día, 11 de julio del 95, cuando el carnicero Mladić entró en Srebrenica, la gente huyó y buscó refugio en nuestra base. —La Diana, que conocía el relato de memoria, le permitió proseguir—. Nos invadieron cuarenta mil personas, o más. No teníamos cómo alimentarlas, cómo proveer medidas sanitarias. El caos era absoluto, y nosotros éramos poco más de cien, con escaso armamento, con órdenes imprecisas y sin apoyo alguno de la ONU ni de la OTAN. Después llegaron los serbios. Entraron en la base con esa pedantería tan de ellos y ese desdén por la vida del otro. Y bajo nuestras propias narices violaron a las mujeres y a las niñas y mataron a los hombres, y nosotros dábamos vuelta la cara porque sabíamos que si interveníamos nos asesinarían. ¡Habría sido mejor intervenir y morir aquel día! Porque no he vuelto a tener paz desde entonces.

—Está bien, lo comprendo, pero ahora calla y cálmate. Han dejado de sacudir la puerta. ¿Escuchas los disparos? Creo que nuestro apoyo ha llegado.

—Tengo que contarte lo del bebé. Había tantos niños, Diana. Había una madre con un bebé, no sé si era niño o niña. Solo sé que lloraba y lloraba. Me acerqué para preguntarle qué le sucedía, pero no entendí lo que me dijo. Hacía tanto calor. Le traje agua fresca y me alejé. El bebé seguía llorando. De seguro estaba enfermo. Los chillidos se hicieron insoportables, y un soldado serbio comenzó a increparla. La mujer lloraba y sacudía al bebé para calmarlo. Más lo sacudía, más lloraba. El soldado aferró a la madre por el brazo y la arrastró dentro de la fábrica. Los seguí, temiendo lo peor. El cambio de luz me encegueció durante unos segundos, y cuando enfoqué otra vez, vi que esa bestia le arrebató al niño y...

—¿Qué? Dime.

—Lo degollaba.

Como le sucedía desde la guerra, cuando algo la trastornaba se volvía de piedra, y ni una de sus facciones la delataba; por dentro, un huracán de emociones rugía y la devastaba.

—¡Lo degolló, Diana! Delante de mis ojos. ¡Le abrió el pequeño cuello de lado a lado! Y lo arrojó al suelo. La madre se abalanzó sobre la criatura. Intentaba salvarlo cubriéndole la herida con la mano. Era evidente que actuaba por instinto, dominada por el *shock*. El soldado serbio escupió junto al bebé y se marchó. Pasó a mi lado y me miró a los ojos, y yo bajé la vista. ¡Bajé la vista!

—Diana, aquí Ralph. ¿Dónde están? Hemos despejado la zona y no los vemos. Cambio.

—Aquí Diana. Detrás de una puerta de hierro, a unos cinco metros de los tanques. ¿Los ves? Cambio.

—Afirmativo. Vamos por ustedes.

La Diana despegó lentamente las manos del vendaje y corrió a retirar la vara de hierro. Sonrió bajo la máscara de gas al descubrir el rostro familiar de Assam Al-Abdel y el del soldado de Eurocorps, que, a una orden, siguió ejerciendo presión en el vendaje del holandés. Al-Abdel se ocupó de hacerle beber un poco más de agua con electrolitos. Ella, en tanto, había extendido el plano del edificio e identificaba el camino hacia el sótano.

—Iré a colocar las Claymore —informó a Van Groen—. Odín, aquí Diana. Solicito habilitación para proceder con la tarea. Cambio.

—Espera el arribo de Faquir. Luego tienes la habilitación para proceder. Cambio.

Se cargó al hombro el macuto del holandés y partió con su compañero Murad Sadozai, al que llamaban Faquir, y otro soldado de Eurocorps, quienes la escoltarían por los oscuros pasajes subterráneos. En tanto se aproximaban al corazón de los cimientos, un aroma desagradable, a orín y a materia orgánica en descomposición, los obligó a colocarse las máscaras antigás de nuevo.

—¿Qué mierda es ese olor nauseabundo? —se preguntó Sadozai.

La Diana prosiguió el avance en silencio. Ella conocía esa hediondez, era el olor que asociaba a Rogatica. Cuando se aproximó a la puerta que la conduciría al sótano, no le extrañó oír voces.

—Faquir, ahí abajo hay gente.

—¿Qué? —se desconcertó Murad Sadozai, y enseguida se comunicó por radio—: Odín, aquí Faquir. En el sótano hay gente. Cambio.

—¿Gente? ¿A qué te refieres con gente? ¿Empleados del laboratorio?

—Lo dudo. Más bien parecen prisioneros.

—Aguarden para la irrupción. Envío refuerzos de inmediato. Cambio.

Llegó la propia Hela con otro de los Eurocorps. No usaron explosivo para franquear la entrada sino que La Diana lo hizo con las ganzúas. La puerta se abrió y el hedor la hizo retroceder. Se cubrió de nuevo con la máscara antes de entrar. Faquir y su compañero permanecieron como vigías.

—¿Qué mierda...? —masculló Hela ante el espectáculo de una docena de mujeres, niñas y niños, que se encogían contra un muro, se cubrían las cabezas y lloraban.

La Diana iluminaba sectores del sótano. Paredes mohosas, colchones inmundos, almohadas manchadas, ropa sucia, ratas comiendo las sobras. El cuadro resultaba aún más sórdido que el recuerdo de Rogatica, y eso le pareció demasiado. Las palabras del general Raemmers cayeron sobre su memoria con la precisión de un disparo: «Se trata de tráfico humano, Diana».

—Bajen las armas —ordenó, sin consideración a la autoridad de Hela—. Estas personas son víctimas del tráfico humano.

—Bajen las armas —ratificó la noruega—. Casablanca, Peter Pan, aquí Odín. Los necesito en la puerta siete. Cambio.

—Aquí Peter Pan —contestó Johnny Milford—. Entendido, Odín. Cambio.

Hela se aproximó a las víctimas con las manos en alto, mientras en inglés les aseguraba que eran amigos, que los sacarían de allí. Los evacuaron. Algunos, débiles a causa de la insuficiente nutrición y de los evidentes maltratos, necesitaron que Hela y el soldado de Eurocorps los trasladasen en brazos.

La Diana no quería mirar; no quería encontrarse en los ojos de esos pobres desgraciados. Se dedicó a colocar las minas en los sitios que los ingenieros de L'Agence habían señalado en el plano. Conectó el cable para accionar el detonador y revisó el trabajo antes de dar por concluida la instalación de los explosivos.

—Odín, aquí Diana —la llamó un rato después—. ¿Todo despejado? Cambio.

—Hemos revisado el resto del sótano. Todo despejado —ratificó Hela—. Habilitada para proceder. Cambio.

Corrió con el rollo de cable en la mano que giraba a gran velocidad. Faquir y el Eurocorps la cubrían en su avance hacia la superficie. Salieron al aire frío de la noche y se desplazaron hacia el sector donde se hallaba el resto del equipo. La Diana vivió un momento de euforia al descubrir la hilera de hombres de rodillas del otro lado del

alambrado, las manos esposadas en la espalda. Los habían vencido. Contra todo pronóstico, con la misión comprometida y el enemigo al tanto de la operación, los habían vencido.

Iluminó los rostros de los traficantes y fue contándolos; eran trece; ella había liquidado a uno, y vaya a saber cuántos más habían perecido. Por un instante temió que Zver no se hallase entre los prisioneros. Hasta que lo vio, era el último de la fila, y la visión de ese rostro temido y despreciado la vació de emociones, la dejó entumecida. No había cambiado, esos más de cinco años no habían transcurrido para él. Zver alzó la vista y la miró sin reconocerla; imposible con el casco puesto y el rostro camuflado.

—Diana —habló Hela, y la sacudió del trance—, ¿estás lista?

Asintió. Caminó hacia donde habían recostado a Van Groen, que le hizo unas preguntas susurradas para asegurarse de que hubiese completado bien la tarea. Escucharon el rotor del Chinook que se aproximaba al sitio acordado para la evacuación y después, nada. El estallido de las minas devoró los sonidos de la noche.

* * *

Agentes de la Interpol en Bucarest los aguardaban en la pista de aterrizaje para hacerse cargo de las víctimas del tráfico de personas y de los narcotraficantes, los trece con pedido de captura internacional. Los conducirían al General Inspectorate, el cuartel general de la policía rumana, a todos excepto a uno, a Ante Dabić. El serbio era «invitado especial» del grupo de élite que lo había arrestado y que se ocuparía de su traslado a La Haya. En tanto, lo mantendrían en el sótano de la casa-refugio, preparado y equipado con una tecnología que discrepaba con la simpleza exterior del chalet.

Tres horas más tarde de finalizada la misión, La Diana lo observaba a través del vidrio de la cámara Gesell. Y recordaba. Esposado de pies y manos, el hombre sacudía la rodilla derecha y estudiaba el entorno escueto. Bebía con dificultad del vaso de papel en el que le habían servido agua, y de seguro estaba deseando que fuese *šljivovica*, o algún otro tipo de *rakija*; se acordó de que le gustaba el *viljamovka*, el licor de peras Williams.

La Diana se puso de pie de manera intempestiva.

—¿Adónde vas? —le preguntó Labalaba Sekonia, sentado junto a ella.

—Voy a interrogarlo. Soy la única que puede hacerlo dado que hablo su lengua.

—Hela ordenó que la esperásemos.

—Hela pasará la noche con Foxtrot en el hospital de Bucarest. Cuando regrese, habremos perdido la oportunidad. Ahora está nervioso y confundido.

Fue a su habitación y se hizo de la botella de *šljivovica* que Piersanti le había traído de Bosnia. Regresó al sótano y entró en la cámara Gesell. Avanzó hacia la

mesa, la mirada inamovible en su enemigo; quería analizar cada reacción, cada gesto, cada mueca. Se había preparado para el encuentro y se sentía segura.

Zver la observaba, no directo a los ojos sino que la estudiaba con esa mezcla de desprecio y lujuria con la que evaluaba a las mujeres. Apoyó con estrépito la botella sobre la mesa para atraer la atención del hombre; quería apartarla de sus pechos, que se remarcaban bajo la musculosa blanca y un poco escotada. Zver alzó la vista y le sonrió con sarcasmo. Que La Diana se dirigiese en un perfecto serbocroata para ordenarle que la mirase a los ojos le borró la mueca burlona. Que lo llamase por el sobrenombre agregó un profundo ceño a su expresión desorientada.

—Zver —dijo—, ¿me reconoces?

El instante, ese precioso intervalo fugaz en el cual el serbio pasó de la abierta confusión al entendimiento, significó un triunfo para La Diana, un impulso, casi una descarga eléctrica que la colmó de euforia y la ayudó a sentirse dueña de la situación.

—Sí —afirmó con una sonrisa—, me reconoces.

—¿Maša?

No respondió. Se sentó del otro lado de la mesa. Aferró la botella e hizo girar la tapa, que crujió al abrirse por primera vez.

—Sé que prefieres la *viljamovka*, pero no estás en posición de hacerte el quisquilloso.

Vertió una medida generosa en el vaso de papel y enseguida el aroma familiar del licor la retrotrajo a otro sitio, a otro tiempo. Lo arrastró hacia las manos esposadas del detenido. Lo observó beber con fruición.

—¿Qué haces aquí, Maša? ¿Acaso eres un soldado? ¡Esta sí que es buena!

—¿Quién es tu informante? ¿Quién te previno del operativo?

—Me habría gustado que fueses tú.

—¿Quién te provee las víctimas para el tráfico de personas?

—¡Vamos, Maša! ¿No perderemos el tiempo con un interrogatorio?

—¿Quiénes son los clientes a quienes les vendes esas mujeres y niños?

—Creí que habías entrado para evocar los buenos viejos tiempos y tomar unos tragos conmigo. ¿Cómo está mi pequeña Leila? ¿Aún sigue tan bonita como cinco años atrás? Es un bocadito difícil de olvidar. —Sacó la lengua y la agitó como una serpiente.

La Diana se puso de pie y la silla cayó detrás de ella. Saltó sobre la mesa, aterrizó con la gracia de un felino delante de Zver y desenvainó los *kukris* calzados en su espalda. Le propinó un empujón con la punta del pie para derribarlo con silla y todo, y cuando lo tuvo en el suelo, saltó sobre él. Se le sentó a horcajadas sobre el pecho, le cruzó los cuchillos en la garganta y le encajó bajo la nuez de Adán el ángulo que formaban los filos. Los movió apenas, y el serbio profirió un quejido. Dos hilos de sangre rodaron y mancharon el piso de linóleo gris.

—¿Vas a degollar a un hombre maniatado que no puede defenderse?

—¿Tú me hablas de principios, de nobleza? ¿Tú, inmunda criatura que violentabas y torturabas a seres indefensos e inocentes? Cualquiera muerte que decidiese darte no haría justicia. Cualquiera tortura que decidiese aplicarte no bastaría para compensar el dolor que infligiste a tus víctimas. Dime, Zver, ¿dónde se esconde la alimaña de Vuk?

—Interesante —dijo el serbio—, él también está buscándote a ti. Desesperadamente.

Quedó aturdida ante la declaración, los ojos fijos en la mueca triunfal de su enemigo, y no se dio cuenta de que Labalaba Sekonia y Murad Sadozai se precipitaban dentro de la celda y la sacaban a la rastra.

* * *

Esperamos con Leila en la recepción del hospital. Buscamos un teléfono público para llamar a casa. Mi madre se largó a llorar. Era hija única y muy apegada a sus padres; aún no se resignaba a la pérdida del abuelo Liam, por lo que la noticia de la neumonía de su madre la trastornó. Decía que viajaría a Rogatica, lo repetía una y otra vez pese a saber que era imposible; ella y Leila constituían el alma de la cocina del U Partizanski; si las dos faltaban, el restaurante permanecería cerrado, y todos sabíamos que no podíamos permitirnos ese lujo ni siquiera por un día. Al final mi padre tomó el auricular y me indicó que los llamase apenas el doctor Pasik hubiese dado el parte médico, lo cual sucedió un rato más tarde, que nos pareció una eternidad.

Confirmado: neumonía. El médico nos habló con franqueza; el cuadro era grave. Busqué la mano de Leila para reunir valor. Me miró con sus ojos oscuros y bondadosos y me dijo: «No te preocupes. No morirá». «¿Cómo lo sabes?», le pregunté. «Porque escuché cuando se lo pedías, que no te dejara. Y la abuela siempre te da el gusto. Eres su favorita». Me quedé mirándola. En ocasiones, Leila me desconcertaba y me hacía sentir una niña cuando en realidad yo le llevaba cuatro años. Hoy sigue siendo igual. Sé que me lee la mente cuando me mira. Me avergüenza admitir que en los años posteriores a Rogatica, durante el período en el cual mi hermana hizo una regresión a la infancia y dejó de hablar, una parte oscura dentro de mí deseó que nunca regresara del sitio que había construido para protegerse del recuerdo de lo que acabábamos de vivir. En ese refugio, Leila había escondido sus memorias, pero también las mías. Ella custodiaba la llave del arcón en el que ocultábamos el dolor, la cobardía y el miedo acumulados durante nuestro tiempo en la prisión, y yo deseé que nunca volviese a sacarla a la luz. Pero después apareció Matilde Martínez, con su cara de ángel, y nos puso a todos patas arriba, a Eliah Al-Saud, a Leila y a mí. La magia de Matilde tocó a mi hermana y la despertó del sueño al que se había entregado como mecanismo de defensa, y Leila abrió los

ojos y me miró y, al hacerlo, me dijo tantas cosas, y yo aparté la vista porque no estaba preparada para enfrentar el monstruo que habita en mí y que Leila estaba señalando, ese que me había conducido a hacer cosas terribles; aún no lo estoy, y creo que nunca lo estaré. Pues que se sepa: yo también tengo mi propio dragón, una bestia hostil, con garras afiladas, colmillos enormes y un fuego que destruye todo a su paso; una criatura a la que no domino, a la que temo y que es capaz de cualquier cosa. Hic sunt dracones, digo cuando reúno el valor para fijar la vista en el espejo. La aparto enseguida.

El doctor Pasik dijo que no tenía sentido que nos quedásemos a esperar hasta las cinco de la tarde, momento en que se admitirían las visitas en la Unidad de Cuidados Intensivos. Nos llevó de regreso a la casa de mi abuela y prometió buscarnos por la tarde. Subimos las escaleras arrastrando los pies. Luks nos recibió con algarabía y nos hizo sonreír.

Leila llamó a nuestros padres y les explicó la situación, y mientras hablaba, pasó el dedo por el mueble. «Limpiemos», propuso luego de colgar. Nos cambiamos y, antes de empezar, pusimos música en el viejo tocadiscos, la ópera Carmen, la favorita de mi abuelo. Nos repartimos las tareas; a mí me tocó el dormitorio y la cocina.

Vacíé la heladera, tiré la mitad de las cosas y, mientras la limpiaba, escuché que alguien abría la puerta del departamento. Me asomé al vestíbulo y descubrí el rostro cargado de maquillaje de Branka Torlak. No me sorprendí; sabía que los Torlak tenían una copia de las llaves.

Al verme, Branka se detuvo de golpe. «¡Maša, qué sorpresa!». «Hola», dije con ganas de hacerle tragar la esponja con detergente. «Escuché la música y pensé que Kata se sentía mejor». Sí, claro, mejor. Habíamos hallado a mi abuela en estado de abandono y al borde de la muerte, y yo culpaba a Branka. Como para los Torlak lo de Duncan era un segundo hogar, avanzó por el pasillo con aires de dueña, pero le crucé el cuerpo y le impedí seguir avanzando. Me miró, desorientada. «Estamos en plena limpieza». «No importa, solo quiero saludar a Kata». «No está». Frunció el entrecejo. «¿Dónde está?». «Internada. En terapia intensiva». «¡Qué!». «Así es. Ahora te acompaño hasta la puerta. Tengo que seguir limpiando. Encontramos la casa muy sucia». Me topé con su resistencia. «¿Por qué no me dejas entrar, Maša? ¿Por qué estás enojada?». ¿Encima tenía el coraje de preguntar? Siempre había sabido que Branka era un coco vacío, pero como mis abuelos la conocían desde pequeña y la querían, yo la soportaba, aunque, debo confesar, le tenía celos.

Le dije de todo: que si mi abuela moría sería por su culpa; que la había abandonado; que ni siquiera le había dado agua al perro. Se defendía aduciendo que ella trabajaba todo el día, que la había asistido tanto como le había sido posible, que ella no tenía la culpa si Kata era terca y le había ordenado que no nos llamase. «¡Al final los llamé!», se justificó. Branka era un poco más alta que yo —un metro setenta y cinco, tal vez— y de buena contextura; en ese momento, sin embargo, no habría

temido aferrarla de los cabellos y sacarla a la rastra. Cuando mi dragón despierta, es capaz de cualquier acción. Leila intervino a tiempo y con su voz suave consiguió lo que mis gritos y amenazas no lograban: que Branka se fuese. ¡Y se fue llorando, la muy cretina! Lágrimas de cocodrilo.

Me quedé resollando en el vestíbulo, la esponja hecha un bollo en el puño. Leila me instó a seguir con la limpieza. La heladera brilló al cabo de media hora en la que usé sus paredes y estantes para consumir la rabia. Maldita fuese Branka Torlak y su cara de furcia pintarrajeada. No era bonita, sus facciones carecían de delicadeza y tenía los ojos medio achinados demasiado cerca del tabique nasal, pero en conjunto era llamativa, y su cuerpo curvilíneo enloquecía a los hombres, cualidad que ella sabía explotar con ropa ajustada y colorida. Se teñía el cabello de rubio, y yo odiaba verle el crecimiento negro de las raíces.

Nos bañamos antes de volver al hospital. Como había prometido, el doctor Pasik nos condujo en su automóvil y, apenas llegamos, nos presentó al jefe de la Unidad de Cuidados Intensivos, que nos pintó un panorama negro: la señora Duncan estaba delicada y las próximas cuarenta y ocho horas serían decisivas. «En ese lapso», explicó, «sabremos si el antibiótico ha comenzado a hacer efecto». Nos permitió entrar a visitarla con la condición de no agitarla.

Fue reconfortante descubrir en la expresión de mi amada abuela la alegría que le causó vernos. Para evitar discursos emocionales, nos pusimos a contarle acerca de la limpieza que habíamos hecho y de la decisión que habíamos tomado: lavaríamos las cortinas y enceraríamos el parqué. Ella solo nos pidió que bañásemos a Luks. «Huele mal», aclaró.

Regresamos al departamento en colectivo y, apenas entramos, llamamos a Srebrenica. Durante el trayecto habíamos decidido que era preferible no contar una verdad suavizada, por lo que repetimos las palabras del médico una por una. Para aligerar los ánimos, se me ocurrió bromear: «Ma, no te preocupes. Leila asegura que la abuela se pondrá bien porque yo se lo he pedido. Según tu hija menor, la abuela Kata no me niega nada porque soy su favorita. Está celosa». «Si tu hermana Leila lo afirma», pareció conformarse la pobre Eszter, «así será. Y no seas tonta, Maša; tu hermana no sabe lo que son los celos». Tenía razón.

Por la noche, estábamos exhaustas. Creo que no terminé de apoyar la cabeza en la almohada que me quedé dormida. No he vuelto a conciliar el sueño como en aquella época. Al día siguiente, domingo 5 de abril, nos levantamos tarde y renovadas y nos alistamos para la primera visita, la de las once de la mañana. Estábamos decididas a concurrir todos los días al hospital, a las once y a las cinco de la tarde, seguras de que nuestra presencia ayudaría al restablecimiento de la abuela Kata.

Esa tarde de domingo volvimos alrededor de las siete, contentas pues las enfermeras nos habían asegurado que la señora Katarina estaba respondiendo favorablemente al tratamiento. Nos encontramos con una nota sobre la mesa de la

cocina; era de Branka y nos invitaba a cenar. Yo tenía tantas ganas de verla como de ponerme a leer *El derviche y la muerte*, de Meša Selimović. El pensamiento me hizo sonreír porque me acordé de cuando la profesora de Literatura del último año nos ordenó leerlo, y Fatima y yo nos repartimos los capítulos porque leerlo por completo nos pareció una tarea de imposible consecución. Entonces, mi sonrisa volvió a desaparecer al evocar lo extraña que estaba Fatima últimamente; y me di cuenta de que ni siquiera se había molestado en llamar para saber cómo estaba la abuela Kata. «Estoy segura de que sabe todo porque le pregunta a mamá», la justificó Leila.

Fuimos a lo de Branka en el piso de abajo, y apenas abrió la puerta me abrazó y me pidió disculpas. Reconoció que yo tenía razón. «Debería haber llamado a Eszter apenas vi que Kata empezaba a estar mal, pero ella me pidió que no los llamase, que tus padres están llenos de trabajo, que esto, que lo otro». «Está bien, Branka», dije para mostrar una señal conciliadora. «Sé bien cuán terca puede ser mi abuela».

Comimos börek, que no estaba rico pero cuya elaboración demostraba la buena voluntad de la Torlak. La masa fila era un mazacote al cual le faltaba cocción, y al relleno de carne molida, queso y cebollas caramelizadas le sobraba sal. Leila, que prepara el mejor börek que yo he probado, lo comía y lo ensalzaba como si fuese un manjar.

«¿Se enteraron de lo que sucedió hoy en Sarajevo?», preguntó Branka, y ante nuestras negativas nos relató los acontecimientos que yo oí como si me hablasen de los problemas de la Cochinchina, incapaz de valorar la trágica importancia para la historia de mi país. A todo esto, ¿cuál era mi país? En mi documento decía que yo era yugoslava. Pero Yugoslavia poco a poco se desmembraba y dejaba de existir.

Cuestión que ese día, domingo 5 de abril de 1992, cientos de miles de manifestantes habían invadido las calles de Sarajevo, la Jerusalén de Occidente, como la llamaban dado el carácter cosmopolita de su población, cristianos, musulmanes y judíos conviviendo en santa paz, solo que esa santa paz estaba a punto de romperse. La muchedumbre ganó las calles para expresar pacíficamente su repudio a la guerra y a la división del país en dos entidades, una serbia y otra croata-bosníaca.

Branka encendió el televisor y vimos las imágenes de la multitud aproximándose al mítico cubo amarillo que era el hotel Holiday Inn en el barrio de Marijin Dvor, donde se encontraba Radovan Karadžić, cabeza del Partido Democrático Serbio. Querían pedirle que desistiera de sus ideas secesionistas. La respuesta fue clara: una balacera desde las ventanas del hotel. Al final del día, el saldo eran dos muchachas muertas y varios heridos.

Se podría decir que ese fue el comienzo de la guerra en Bosnia. El ejército serbio se instaló en las laderas de las montañas que circundan la capital y comenzó un asedio infame que duró casi cuatro años y que es el más prolongado de la historia moderna. Ocho años antes esas montañas habían acogido a los deportistas del mundo para participar en los Juegos Olímpicos de Invierno durante los cuales

Sarajevo había brillado como el oro. Ese 5 de abril una sombra se cernía sobre la capital y sumía a sus habitantes en una oscuridad macabra.

La Torlak vaticinó: «Esto se solucionará en pocos días» y propuso cambiar de tema. Leila, para apoyar la moción de la anfitriona, le hizo la pregunta que yo no me atrevía a formular: «¿Cómo está Mirko?». Branka se puso a levantar la mesa mientras nos contaba que estaba bien, que trabajaba para su novio, que era el dueño del club de básquet donde Mirko jugaba. «¡No sabía que estabas de novia!», exclamé. Branka tenía más de treinta y siempre habíamos creído que prefería la vida de soltera con un amante nuevo cada semana que la de casada. «Es muy reciente», desestimó en un inusual comportamiento tímido, y se marchó a la cocina. Al regresar, nos invitó elegantemente a que nos fuésemos porque al día siguiente tenía que madrugar. Trabajaba como celadora en la escuela secundaria de Rogatica.

Caímos en una rutina conformada por una sucesión de visitas al hospital, llamadas telefónicas a Srebrenica, paseos con Luks y limpieza de la casa. Todos los días, poníamos los discos del que había sido nuestro programa radial favorito, Cik Cak, el más famoso de Bosnia y protagonizado por Momo, un bosníaco, y Uzeir, un serbio, cuya amistad representaba la esencia multiétnica de mi pueblo. Con mi familia no nos habíamos perdido un programa. Escucharlo en Rogatica, la ciudad de Mirko, me recordaba a los veraneos que yo pasaba en la casa de mis abuelos y lo escuchábamos juntos. Nos desternillábamos de risa, y después andábamos repitiendo como tontos las bromas y las expresiones de los cómicos. Pero la amistad de Momo y Uzeir iba perdiéndose en la realidad de disparos, obuses y metralla que golpeaba a Sarajevo y a otras ciudades. Poco a poco iba cayendo en la cuenta de que esa sombra, que se extendía por todo el país, se devoraría la luz y nuestras almas.

Al cabo de diez días, cuando a la abuela le dieron el alta en la Unidad de Cuidados Intensivos y la trasladaron a una habitación del ala común, Leila expresó sus ganas de volver a Srebrenica; no quería seguir faltando a clase. Llamamos a casa para pedir que Sanny viniese a buscarla, y la respuesta nos dejó estupefactas y me hizo comprender lo que había intuido, que las cosas en Srebrenica estaban mal. Desde hacía días lo notaba en la voz de mi madre, y cuando le preguntaba qué sucedía, ella esgrimía que la preocupaba la salud de la abuela Kata. Lo cierto era que, desde hacía tiempo, los bosníacos habían comenzado a abandonar el valle del Drina pues, dada su ubicación en el confín con Serbia, la volvía una zona codiciada. Mladić, el general del ejército serbobosnio, ya había declarado que la conquistaría para anexarla a la Gran Serbia. Si bien los musulmanes éramos mayoría en la región, los serbios tenían planes de expulsarnos y apoderarse de nuestras tierras. Mi padres no querían abandonar Srebrenica porque temían perderlo todo, la casa y el restaurante.

Por eso, cuando telefoneamos para que fuesen a buscar a Leila y mi padre nos dijo: «No, ustedes dos permanecerán ahí», me quedé sin palabras. «Están más seguras en lo de la abuela Kata que aquí», esgrimió. «Cuando todo pase, que será

pronto, iremos a buscarlas». «¿Y qué hay con Leila? No puede seguir perdiendo días de clase», argumenté. «Maša, hija», habló mi padre con condescendencia, «estamos en guerra. La escuela está cerrada».

Devolví el auricular al teléfono y me quedé mirando a la nada. De pronto, la realidad se me había caído encima como un mueble pesado y por fin me daba cuenta de que la cosa era grave.

* * *

—¿Qué haces?

La Diana detuvo la escritura y alzó la vista. Daen van Groen la observaba con ojos entrecerrados desde la cama del hospital.

—Hago guardia, ¿no lo ves? Relevé a Odín —informó con el talante duro que empleaba con el excasco azul.

No le comentó porque no era asunto de él que, después de casi degollar a Zver y de ser sacada a la rastra de la cámara Gesell, se había dado un baño no solo para borrar el contacto de sus compañeros sino porque el encuentro con el traficante serbio le había removido las memorias de ese tiempo en el que la mugre nunca desaparecía.

Uno de los Eurocorps la había conducido al Hospital Central Militar, a las afueras de Bucarest, donde se hallaba Van Groen. Pretendía reemplazar a su jefa en la custodia del herido porque la apabullaba la idea de meterse en la cama y pasar una noche en vela con sus recuerdos; la aterraba pasar una noche bajo el mismo techo que uno de los dragones del pasado.

Hela había aceptado la propuesta de buena gana y se había marchado sin que ella se atreviese a informarle acerca de su comportamiento poco profesional con el detenido. Labalaba Sekonia y Murad Sadozai se ocuparían de ponerla al tanto, y si no lo hacían Hela vería las grabaciones de la cámara Gesell y lo descubriría sola; o quizás el propio prisionero se quejaría. Tal vez esa absurda decisión, la de hablar con Zver, le costaría el puesto en L'Agence. De todos modos, no era eso lo que la tenía enferma de preocupación sino enterarse de que Vuk la buscaba, y *desesperadamente*; esa palabra había empleado Zver. Existía la posibilidad de que se tratase de una mentira, pero en el fondo intuía que el serbio decía la verdad. Una vez, años atrás, Vuk le había jurado: «*Donde sea que vayas, Maša, te encontraré*».

En el hospital, relevó a Hela y se ubicó en el interior del cubículo de la Unidad de Cuidados Intensivos donde Van Groen se reponía de la cirugía en la cual le habían extraído la bala y suturado la femoral.

—Escribías —señaló Van Groen, con la voz cascada y adormilada—. No estabas muy atenta a la guardia. ¿Qué escribías?

—El reporte —mintió—. Raemmers lo querrá mañana mismo, lo conozco.

—Me salvaste la vida —expresó el excasco azul, y La Diana se quedó mirándolo.

Era atractivo, no había duda al respecto, con su rostro de mandíbula recia, cabello oscurísimo al ras y ojos azules; a ella, sin embargo, le resultaba indiferente, como le sucedía con los del sexo opuesto. Solo uno había despertado un rastro de humanidad en ella, pero estaba muerto.

—Cumplí con mi deber —dijo mientras cerraba el diario y lo devolvía a la mochila.

—Te empeñaste en salvarme. El cirujano dijo que si no me hubiese asistido alguien que sabía lo que estaba haciendo, habría muerto desangrado en pocos minutos. Te debo la vida —insistió—. Sé lo que piensas, que me salvaste la vida, pero que yo no moví un dedo para salvar a tus connacionales. Sé que fui un cobarde, Diana, y es un pensamiento que me pesa en el alma y que siempre me pesará. Lo llevaré a la tumba conmigo. Pero es que aquello fue tan endemoniadamente complejo e injusto para todos.

—Sé que ustedes, los cascos azules, fueron víctimas también. No te atormentes —le pidió cuando se sintió invadida por una oleada de compasión—. Aquello fue un asunto mal manejado, *muy* mal manejado.

—Sé que no debo tocarte, que no lo toleras —manifestó el holandés—, pero no puedes imaginar las ganas que tengo de darte la mano.

—La intención es lo que vale —apuntó con ánimo bromista.

—Sé que no la quieres, Diana, pero igualmente te ofrezco mi amistad.

CAPÍTULO III

*Si puedo evitar que un corazón sufra
no viviré en vano.
Si puedo aliviar el sufrimiento en una vida,
o calmar un dolor,
o ayudar al desvanecido petirrojo
a regresar a su nido
no viviré en vano.*

Emily Dickinson, poetisa norteamericana
(1830-1886)

Tras descender del avión en el aeropuerto London City, La Diana se sorprendió al divisar a Eliah Al-Saud en la pista. Le vinieron a la mente Leila y Sanny, y las piernas se le aflojaron. Suplicó a un dios en el que no creía que no se los quitase. Si algo la mantenía con vida además de la sed de venganza, eran sus hermanos.

A medida que se aproximaba y Eliah se retiraba los lentes y le mostraba una expresión desolada, recurrió a morderse la carne del cachete para frenar el temblor. Se plantó frente a él y, casi sin aliento, preguntó:

—¿Leila? ¿Sanny?

—Ellos están bien. Se trata del general.

—Oh, no —alcanzó a sollozar antes de que una pelota se le alojase en la garganta y la enmudeciera.

Al-Saud la abrazó y ella se quedó quieta, las manos ocupadas con el equipaje.

—Lo siento, cariño. El general se suicidó. Lo encontraron esta mañana en su departamento de Belgravia.

La Diana dejó caer los bolsos y se aferró a su amigo. Apretó los dientes para sofocar los alaridos que le retumbaban en la cabeza. A través del velo de lágrimas, advertía que sus compañeros pasaban junto a ellos y los observaban con expresiones azoradas; jamás la habían visto tocar a nadie como no fuese en una práctica de artes marciales. Dio vuelta la cara cuando avistó a Zver, que avanzaba esposado y guiado por dos hombres, no sabía si de la Scotland Yard o de los servicios secretos, y que lo mantendrían encarcelado hasta su traslado a La Haya.

—¿Qué sucede? —preguntó Hela Hansen y, al reconocer a Eliah Al-Saud, sonrió—. ¡Caballo de Fuego, qué sorpresa!

Al-Saud y Hela se abrazaron. La noruega y otros más, como Siboniso Kamongo, Thomas Mayo y Piersanti Righi, eran de la época en que Eliah Al-Saud formaba parte

del cuerpo de élite.

—¿Qué haces aquí?

—Llegué anoche para asistir esta mañana al funeral de la esposa de Alberto de Souza, y Alberto mismo me despertó para darme una noticia de mierda. Sibi me dijo que llegarían a esta hora y vine para ponerlos sobre aviso.

—¿Y qué noticia de mierda es esta vez? —dijo Hela—. Solo tenemos de esas últimamente.

—Se trata del general Raemmers. Ha muerto.

—Estás bromeando, ¿verdad?

La Diana volvió a asombrarse cuando los ojos de un celeste pálido de Hela se inyectaron y se colmaron de lágrimas.

—Suicidio —informó Al-Saud—. Estiman que fue anoche.

—Ayer se cumplía un año de la muerte de Birgitta —apuntó Hela—. Raemmers no lo demostraba, pero estaba hecho trizas.

—¿Quieres que te lleve a alguna parte? —ofreció Al-Saud a la noruega—. Tengo un auto aquí fuera.

—Gracias, pero no. Volveremos a la base en una camioneta que nos está aguardando. ¿Diana? —La contempló con ojos que habían perdido todo rastro de tristeza; eran fríos y duros de nuevo—. ¿Vienes con nosotros?

—Iré con Eliah —informó, y Hela Hansen asintió, aún enojada por su comportamiento impropio con el prisionero Ante Dabić.

Según la noruega, cualquier abogado lo emplearía en el tribunal de La Haya y obtendría grandes beneficios para un gusano que solo merecía la cadena perpetua.

—Haremos el *debriefing* a las mil seiscientas —le recordó la mujer en la jerga militar para referirse a las cuatro de la tarde—, y De Souza querrá verte después.

—Lo sé, Hela.

Al-Saud se hizo cargo del equipaje y la condujo al BMW que había alquilado. La Diana se acomodó en el asiento del copiloto, se ajustó el cinturón de seguridad y se quedó callada, la vista fija en un punto indefinido. Unos minutos más tarde, cuando consiguió restablecer una semblanza de armonía, susurró:

—¿Cómo fue?

—Un tiro en la sien. Lo encontró la empleada doméstica esta mañana. Llamó a Alberto, como sabía que tenía que hacer. Nada de policía.

—Hablaré ahora —manifestó La Diana— porque mi departamento está infestado de micrófonos y allí solo me limitaré a armar un bolso con ropa limpia.

—¿Cómo que tu departamento está infestado de micrófonos?

—Días atrás, el general le pidió a Peter que revisase mi departamento. Sospechaba que habían instalado micrófonos, y así era. Cuatro. Por orden del general, Peter los dejó donde los encontró. Por eso quiero hablar ahora, en este auto que sé que está limpio. Eliah, el general no se suicidó. Lo asesinaron.

—¿Por qué supones eso? Oíste lo que dijo Hela; ayer se cumplió un año de la muerte de su única nieta.

—Sé muy bien que ayer se cumplió un año, pero te aseguro que el general no tenía planeado suicidarse. No te propondré esperar el informe del forense porque, sea cual sea el resultado, quienes mandaron asesinarlo lo alterarán y será inútil. Pero el general estaba metido en una investigación muy seria de tráfico humano en el que, parece ser, estaban involucrados funcionarios de la OTAN.

Al-Saud apartó la atención de la calle para lanzarle un vistazo asombrado. No era común sorprenderlo, por lo que La Diana sintió miedo de lo que ella misma acababa de manifestar, tal vez demasiado segura de sí.

—El lunes pasado, exactamente una semana atrás, me pidió que me reuniese con él en su automóvil, a una cuadra de casa. Desde hacía tiempo lo notaba raro, nervioso. Yo lo adjudicaba, lo mismo que Hela, a la muerte de Birgitta y también al ictus de su esposa Charlotte. Pero esa noche me confesó que tenía una pista muy certera para descubrir quiénes de la OTAN participan en una red de tráfico humano en los Balcanes. De hecho, al día siguiente tenía planeado viajar a Sarajevo, solo que lo pospuso por la muerte de Severina de Souza.

—¿Por qué te lo contó a ti?

—Eso mismo le pregunté yo. Me dijo que, si él moría a causa de un accidente o si desaparecía, quería que me hiciese cargo de la seguridad de su mujer y también de lo que había iniciado, que solo en mí confiaba.

—*Merde* —masculló Eliah.

—¿Qué sucede?

—El general te dejó una herencia de mierda, Diana. No me gusta ni siquiera un poco. Red de tráfico humano. No sé mucho del tema pero me huele a mafias rusas, albanesas y esas cosas que no le desearía ni a mi peor enemigo. No quiero que te metas en eso.

—No tengo en qué meterme, Eliah. El general no me dejó nada concreto, no tuvo tiempo. Lo liquidaron antes. —Y no mencionó que si hubiese sabido cómo seguir la investigación de Raemmers lo habría hecho. Los rostros de las mujeres y de los niños hallados en el sótano del laboratorio en Tiráspol bastaban para impulsarla a luchar contra esos mercaderes de la muerte.

—Préstame tu teléfono, por favor. No me atrevo a utilizar el mío para las llamadas que tengo que hacer. —Eliah metió la mano bajo el sobretodo y extrajo un celular de última generación—. ¿Es una línea segura? —preguntó La Diana.

—Sí. ¿A quién llamarás?

—A la casa de reposo donde se encuentra la mujer del general.

Habló con la doctora Tara Duffy y acordó que visitaría a la señora Charlotte Raemmers en un par de horas. Para la otra llamada, rebuscó en su billetera hasta encontrar la tarjeta que el general le había entregado. La estudió por primera vez: era sobria; en la parte superior tenía un escudo en el que predominaban el color rojo y

una cruz en el centro; dos dragones dorados servían de tenantes. Aunque con letras pequeñas, en la divisa se leía claramente *In hoc signo vinces*. Bajo la ilustración heráldica se hallaba el nombre de su tío abuelo, Callum Duncan, y en el ángulo inferior derecho había dos números telefónicos; marcó el primero.

Respondió un hombre en un inglés tan cerrado que le costó entenderlo. Cuando al final comprendió que le preguntaba quién deseaba hablar con el barón de Glendale, pronunció su verdadero nombre después de años.

—Mariyana Huseinovic, nieta de Liam Duncan.

Sobrevino un silencio, y La Diana creyó que la llamada se había cortado.

—Enseguida la comunico —dijo el hombre, y apenas unos segundos más tarde, La Diana escuchó un inglés culto y una voz que le rememoraron la mejor época de su vida.

—Aquí Glendale. ¿Quién habla?

Era como volver a oír a su adorado abuelo, la misma cadencia, el mismo acento, la misma entonación.

—Soy nieta de su hermano Liam. El general Raemmers me dio su teléfono.

—¿Mariyana?

—Ahora me llamo Diana.

—Sí, sí, lo sé —se apresuró a contestar el hombre; se lo percibía alegremente nervioso—. ¿De qué teléfono hablas? No es el tuyo.

¡Ah, pero qué informado estaba el barón de Glendale! Y se suponía que la línea de Eliah era segura. ¿Qué clase de tecnología poseía el anciano?

—Es de un amigo. Eliah Al-Saud —añadió.

—¿Qué necesitas?

—El general me dijo que si algún día me encontraba en un aprieto, que lo contactase, que usted podría ayudarme.

—Sí, así es. ¿Qué necesitas?

—Un favor muy grande.

—El que quieras.

* * *

Fueron al hotel Dorchester y, luego de subir al quinto piso donde se hallaba la *suite* de Al-Saud, bajaron por la escalera de servicio y se escabulleron a través del estacionamiento subterráneo, donde Eliah entregó cincuenta libras al valet para que le prestase una de las camionetas del hotel con los vidrios polarizados.

En tanto se dirigían a la localidad de Bromley, Al-Saud, con el sistema de manos libres, se comunicaba primero con las secretarias de la Mercure para cancelar algunos compromisos y después con su esposa Matilde. El matrimonio hablaba en castellano, por lo que ella no comprendió nada.

En el Bellavista Manor, una casa señorial en medio de un parque bien cuidado, los recibió la doctora Duffy, que luego de controlar el pasaporte francés de La Diana, le preguntó por el motivo de la visita.

—El general Raemmers ha muerto ayer por la noche. He venido a llevarme a su esposa.

La médica empezó a poner peros a la idea de que la señora Charlotte abandonase un sitio al que se había habituado y en el que estaba asistida por personal altamente calificado.

—No me haga perder tiempo —dijo La Diana— y lléveme con la señora Raemmers. Tengo que comunicarle la muerte de su esposo.

De mala gana, la doctora les indicó el camino hasta la habitación, un espacio amplio, en tonalidades claras, decorado con muebles de lujo, con dos contraventanas que daban al parque y una pequeña cocina bien equipada.

De pie frente a la mujer en silla de ruedas, que la miraba sin verla, La Diana evocó la fotografía que el general le había entregado y confirmó que se trataba de su esposa. Cumplida la medida de seguridad, cayó en la cuenta de la tarea que le esperaba. Se acuclilló delante de la silla. La miró a los ojos, y trató de imaginarlos vivaces y alegres. Nanuk amaba a esa mujer como a una madre, eso le había confiado en una ocasión.

—Charlotte, soy Diana Huseinovic, amiga del general Raemmers. No traigo buenas noticias, Charlotte. —Hizo una pausa esperando una señal de la enferma que no llegó—. Anoche el general Raemmers falleció en su departamento de Belgravia. Estaba solo.

La Diana descubrió lágrimas en los ojos de la mujer.

—¿Qué... su-ce-dió? —la oyó balbucear.

—Suicidio.

Charlotte cerró los ojos y asintió. Las lágrimas le bañaron las mejillas pálidas y arrugadas.

—Birgitta —farfulló con acento quebrado.

—Sí, Birgitta —repitió La Diana—. Antes de morir, el general me pidió que si algo le sucedía me hiciese cargo de usted. He venido a llevármela. —Y como había esperado resistencia, se sorprendió cuando la mujer afirmó con un movimiento lento de cabeza.

La doctora Duffy, probablemente para retener a una paciente que valía miles de libras por mes, expuso su discrepancia y enumeró las posibles tragedias que les caerían encima si se atrevían a contrariar su sugerencia.

—Nos iremos —la interrumpió La Diana.

—Entonces tendrá que firmar que se lleva a Charlotte sin mi aprobación. Yo no estoy de acuerdo con esto y cualquier cosa que le...

—Está bien, firmaré lo que sea. Elish, ¿podrías acompañar a la doctora y leer los documentos que me hará firmar?

—Por supuesto.

—Voy a buscar la ropa de la señora que está en la lavandería —propuso la enfermera, y marchó tras Al-Saud y la doctora Duffy.

La Diana se disponía a armar el equipaje cuando vio a Charlotte maniobrar con los comandos de la silla de ruedas y dirigirse al baño, una habitación espaciosa con sanitarios y bañera adaptados para un incapacitado motriz. La mujer se detuvo frente al lavatorio.

—¿Quiere que saque algo de allí? —preguntó La Diana, y señaló el botiquín.

—No. En el pie —pronunció con dificultad y apuntó al pie del lavatorio—. Ahí, detrás.

La Diana se acuclilló junto a la columna de cerámica que sostenía el lavatorio y estudió la estructura; era hueca. Tanteó con la mano en el interior y extrajo una bolsa hermética en la que había una carpeta delgada y dos casetes de video. «Esta es mi herencia de mierda», se dijo, y volvió la vista hacia Charlotte, y por primera vez descubrió una chispa vivaz en los ojos celestes.

—Anders. Para ti.

—¿El general le dijo que me los entregase?

—*Ja*.

* * *

Trasladar a una paralítica y acomodarla en la butaca del Gulfstream V no se demostró tarea fácil. En tanto Al-Saud y el capitán Paloméro arreglaban el plan de vuelo y solicitaban autorización para despegar, la azafata preparó un té para Charlotte, y La Diana la ayudó a sorberlo a cucharaditas. En la última diluyó el sedante que le había dado la doctora Duffy y que la mujer tomó con docilidad; cinco minutos más tarde, dormía.

La Diana aprovechó para dar una hojeada a lo que Raemmers había escondido en el baño del Bellavista. Abrió la carpeta, una muy común, de cartulina verde, y halló la fotografía de un hombre blanco. Le estudió el rostro cubierto por una barba espesa, larga y negrísima que parecía dominar la imagen y, sin embargo, una cosa destacaba: la boca grande y de labios muy gruesos. Aunque los ojos parecían oscuros, resultaba imposible determinar el color exacto. ¿Qué edad tendría? Le calculó alrededor de cuarenta; tal vez era más joven y la barba lo avejentaba. A juzgar por la pose, no sabía que estaban fotografiándolo; apoyado contra la columna de un farol en la esquina céntrica de alguna ciudad, miraba hacia el costado en la actitud de quien espera, como si su cita fuese a aparecer por esa dirección. Mostraba una expresión severa, aunque no se lo notaba nervioso, por el contrario. Era alto; se deducía por la referencia que ofrecían dos transeúntes que le llegaban al hombro, sin mencionar que, al estar apoyado en el poste, no se desplegaba en toda su talla. Vestía un sobretodo de

pana azul y había calzado las manos en los bolsillos de los *jeans*. En el reverso de la fotografía había un nombre escrito con la letra del general; «Lazar Kovać», decía. Esas dos palabras la impactaron tanto como el rostro atractivo y peculiar. Sin duda, pertenecía a la etnia de los serbios. Lazar era uno de sus nombres más populares.

—Abróchate el cinturón —le indicó Eliah mientras se ubicaba junto a ella—. Estamos por despegar. ¿Quién es? —se interesó al descubrir la fotografía.

—Mi herencia de mierda —contestó La Diana, y le explicó lo ocurrido después de que él y la doctora Duffy abandonaron la habitación de Charlotte.

Analizaron el resto de los papeles, unos correos electrónicos intercambiados entre el general —La Diana suponía que se trataba de él pues firmaba R— y una tal Carrie Stewart. El primer mensaje de la mujer había sido enviado desde un dominio que le sonó familiar: Baywatcher.co.uk. Después había cambiado a una dirección de Hotmail. ¿Dónde había escuchado ese nombre últimamente, Baywatcher? La cuenta del general, si es que pertenecía a él, era una combinación extrañísima de letras y números —aaAbBccC123— seguida por un dominio común y popular, Yahoo.com.

Leyeron los mensajes de los cuales emergía con claridad que ambos se cuidaban de mencionar asuntos sensibles. En el último, enviado desde la dirección de Hotmail, diez días atrás, el 3 de noviembre, Carrie confesaba que tenía miedo y que se marcharía por un tiempo a casa de su amigo, «quien es el que realmente puede ayudarlo en esta cuestión. Tiene en su poder un video con evidencia incontestable. Permítame hablar con él y convencerlo. Si acepta, organizaré un encuentro».

—¿Qué es Baywatcher? —se preguntó La Diana—. Me suena.

—Nuestra peor pesadilla —admitió Al-Saud—. Una empresa militar privada estadounidense con oficinas en Inglaterra —explicó, y señaló el dominio «co.uk».

—Ahora lo recuerdo. En mi última conversación con el general, él me contó que Aleksandar Ilić la compró meses atrás. El asunto aún no ha trascendido.

—¿Ilić, el magnate de la farmacéutica Ouroboros? —La Diana asintió—. ¿Y esto? —Eliah extrajo dos fotocopias de artículos periodísticos, uno publicado por *The Telegraph* y el otro por *The London Times*. El primero, de abril de ese año, hablaba sobre «El escándalo de la papa transgénica», y citaba a Yura Christiansen, la científica autora del *best-seller* *¿Te sirvo un poco de veneno?*, que había dado la voz de alerta durante una entrevista para la BBC acerca de las consecuencias negativas del consumo de ese vegetal modificado genéticamente y el de cualquier otro. El segundo recorte, de fines de mayo, se refería a la expulsión de Yura del Instituto Peter Gray, definido por el periodista como «el centro de investigación más prestigioso de Europa, considerado uno de los mejores del mundo en materia de biología molecular». Según el director del instituto, el doctor Solomon, Yura y su equipo habían cometido un grave error al inseminar las papas con una bacteria equivocada; de allí la cadena de errores que los habían conducido a deducciones equivocadas.

—¿Cómo se relacionan estos artículos periodísticos acerca de Yura Christiansen con los mensajes de Carrie Stewart?

—No se relacionan —opinó Al-Saud—. Esto no tiene sentido. El general mezcló las cosas.

—Mezcló las cosas —repitió La Diana— o no tuvo tiempo de prepararlas correctamente de modo que yo las comprendiese.

—Diana, ¿qué piensas hacer? La verdad es que no tienes nada, solo una foto, unos correos sin mayor información y estos recortes periodísticos. Estás igual que al principio.

—Aún queda ver los videos.

—Diana, no importa lo que encontremos en esos videos. No quiero que te metas en este asunto. El general tenía con qué enfrentar a esas bestias; tú no.

Observó la fotografía del barbudo, de Lazar Kovać. Lo más probable era que el serbio formase parte de la organización que reducía a mujeres y a niños a un estado animal. Vuk debía de ser parte de esa red. Ahora lo comprendía cabalmente. Si Zver, su mejor amigo y más fiel lacayo, estaba implicado, Vuk también; debía de ser la cabeza, como siempre. Desde su encuentro con Zver en la cámara Gesell no se había atrevido a meditar el alcance de la afirmación. «Él también está buscándote a ti. Desesperadamente». Agradeció que las leyes dispusiesen la incomunicación absoluta en el caso de los criminales de guerra, pues si Zver entraba en contacto con el exterior, le haría saber a su amigo que ella formaba parte del grupo que lo había arrestado. Y si L'Agence o la OTAN estaban infiltradas o corrompidas, como había sospechado Raemmers, Vuk podría conseguir su legajo y saber todo acerca de ella.

«Vuk está vivo», pensó, y la recorrió un escalofrío. Siempre lo había sospechado. Estaba vivo, estaba escondido, tal vez protegido por pesos pesados de la política internacional, y la buscaba a ella. Tuvo miedo. En un acto mecánico, llevó la mano izquierda hacia el hombro derecho y tocó el tatuaje de San Miguel.

—Diana, ¿estás oyéndome?

—No, discúlpame.

—Vas a olvidar este asunto, ¿me entiendes? El general no estaba en su sano juicio cuando te pidió que te hicieras cargo de esto. Es demasiado para ti. Es demasiado para cualquiera.

—Eliah, te quiero y lo sabes, y te respeto y te admiro, y te considero uno de mis mentores, pero no voy a soltar este asunto solo porque tú me lo pides. No voy a abandonar la investigación aunque solo cuente con esta información insignificante.

—No sabes en lo que te metes.

—Oh, por el contrario, Eliah, lo sé muy bien, tal vez mejor que nadie. ¿U olvidas que lo que viví no es muy distinto de lo que viven esas mujeres a las que raptan y obligan a prostituirse? Me robaron la dignidad, la identidad y el alma. No puedo quedarme de brazos cruzados.

Eliah Al-Saud chasqueó la lengua y la abrazó. La Diana apretó las mandíbulas para contener el llanto y se refugió en el enfado.

—¡No me tengas lástima! No lo soporto.

—No te tengo lástima, cariño. Te admiro, no sabes cuánto. Si yo hubiese padecido la mitad que tú y que Leila, estaría muerto. Las mujeres... Pues ustedes son tanto más fuertes y sabias que nosotros. No comprendo por qué no se han hecho con el poder del mundo.

—Porque no nos interesan esas estupideces. Nosotras nos concentramos en las cuestiones importantes de la vida. —Al-Saud carcajeó con melancolía—. Eliah, *tengo* que seguir adelante con lo que comenzó el general. No solo se lo debo a él, que depositó su confianza en mí, sino que si puedo ayudar a mujeres y a niñas que están padeciendo un infierno similar al que padecimos las bosníacas durante la guerra, entonces no habré vivido en vano. No lo comprendes porque tú tienes una vida plena con Matilde y tus hijos, pero yo, que jamás tendré nada de eso, quiero sentir que he venido a este mundo para hacer algo útil. Me lo debo a mí misma.

—Diana...

—No me niegues tu apoyo, Eliah, por favor. No te pido que me ayudes, sé que no tienes tiempo para nada, solo te pido que me des tu aprobación. Sabes que la necesito.

—La tienes. Solo temo por tu seguridad. Conoces como nadie a las bestias con las que deberás lidiar. El general tenía la fuerza para enfrentarlas; tú no —volvió a remarcar.

—A mí la fuerza me la da la sed de venganza. Además el general me preparó bien. Me he convertido en una máquina para matar.

—No podrás apoyarte en L'Agence. Por lo que me cuentas, el general sospechaba que está corrompida.

—Así es, lo sospechaba. Por eso me habló de Callum Duncan.

En la pista del aeropuerto de Edimburgo los aguardaba un helicóptero Agusta, junto al cual se hallaban una enfermera y dos enfermeros con una camilla. El profesionalismo de esos tres se demostró en la rapidez con que Charlotte acabó dentro de la cabina.

—En verdad este Callum Duncan es un hombre de recursos —se admiró Al-Saud, y trepó al helicóptero, pues había decidido que no dejaría sola a La Diana, al menos hasta comprobar que estuviese en buenas manos.

El helicóptero recorrió los ciento sesenta kilómetros hasta la propiedad del barón de Glendale en poco menos de una hora, y aterrizó en un parque a unos cien metros de una imponente construcción de ladrillo, la cual, pese a la oscuridad, se apreciaba en todo su esplendor gracias a los reflectores ubicados en puntos estratégicos. Resultaba casi inverosímil estar frente a un castillo medieval con altos muros almenados y torres con techos cónicos tocados por banderines. Aun Eliah Al-Saud, miembro de una de las familias más ricas del mundo y habituado a las mansiones y a los palacios, se quedó perplejo.

Los enfermeros acondicionaron a Charlotte con una manta térmica antes de bajarla del helicóptero; el viento era gélido. La desplazaron tan rápido como el césped bien cortado se los permitió. La Diana y Eliah caminaban a su lado. Cuando

faltaba poco para llegar a la explanada del castillo, se abrieron las dos hojas de roble de la puerta ubicada en la base de la torre del homenaje y dieron paso a un hombre de mediana edad, impecable en un chaqué negro. Los saludó y se presentó; dijo llamarse Edward y ser el mayordomo al servicio de «His Lordship».

Entraron en un vestíbulo bien calefaccionado y acogedor, cuyas paredes revestidas por paneles de madera estaban cubiertas con retratos al óleo. La Diana, que observaba una pintura con niños, se giró súbitamente cuando escuchó una voz que le daba la bienvenida. Se trataba de un anciano de cabello encanecido, alto, bien conservado y vestido con un saco azul, camisa blanca y pantalón gris, tan parecido a Liam Duncan que la ansiedad de La Diana se transformó en alegría. Le calculó poco más de ocho décadas.

Apareció otro de unos treinta, treinta y cinco años, con el cabello cortado al ras en la nuca y en las sienes, y con rizos alborotados en la coronilla. Lo que llamó la atención de La Diana no fue lo estrafalario del corte ni las orejas tachonadas de aros y pendientes, sino la tonalidad del cabello de un rojo tan intenso como oscuro. El asombro se completó cuando se dio cuenta de que el muchacho llevaba puesto el clásico kilt escocés.

—¿Nunca habías visto a un hombre con faldas? —comentó risueño en un inglés endurecido por el acento gaélico, y se aproximó con la mano extendida—. Bruce McLeod —dijo, y Al-Saud se apresuró a aferrar la mano que La Diana observaba como si se tratase de una tarántula.

—Elijah Al-Saud, encantado. Ella es Diana Huseinovic.

—Diana —intervino el anciano Callum, y se acercó con una sonrisa.

El barón de Glendale, evidentemente, estaba al tanto de su fobia pues no la tocó; se limitó a darle de nuevo la bienvenida después de tomarse unos segundos para observarla con ojos ávidos.

—Eres más bella de lo que revelaban las fotografías que me envió Raemmers. Mucho gusto, Al-Saud —dijo y le ofreció la mano—. Gracias por haber escoltado hasta aquí a mi sobrina.

—La Diana es parte de mi familia. Haría cualquier cosa por ella.

—Lo sé.

—Soberbia propiedad —admitió Elijah—. Me ha impactado.

—Bah, solo un castillo viejo lleno de corrientes y fantasmas. Les presento a mi sobrino Bruce McLeod, hijo del hermano de mi difunta esposa —aclaró.

—Gracias por haber enviado el helicóptero y los enfermeros —expresó La Diana, todavía incómoda—. Ha sido muy gentil de su parte. Le di tan poco tiempo para organizar todo...

—Diana —dijo McLeod—, aprenderás que si a Callum le propones un desafío, cuanto más complejo sea, con mayor entusiasmo lo resolverá.

El tal Bruce McLeod era simpático, bienintencionado, tal vez un poco pagado de sí. Y atrevido; usaba su nombre de pila sin haber pedido permiso. Se preguntó qué

fórmula debía emplear para dirigirse a un hombre que poseía un título de barón.

—¿Cómo debo llamarlo? —terminó por preguntar—. No sé nada de las cuestiones protocolares de la aristocracia.

McLeod soltó una carcajada, y Callum sonrió con ternura.

—Callum sería perfecto, aunque admito que me gustaría que me llamasen tío.

Entraron en un *hall* formidable por sus dimensiones y techo elevado. Los enfermeros aguardaban indicaciones junto a la camilla. La Diana se aproximó y sonrió a una Charlotte que demostraba signos de cansancio y estrés.

—Callum, te presento a la señora del general Raemmers. Charlotte, él es mi tío abuelo, Callum Duncan.

El anciano aferró la mano que yacía como muerta al costado de la camilla. La Diana experimentó una gratitud infinita hacia él por la naturalidad con que dio la bienvenida a la mujer y por el modo en que resolvió una situación embarazosa, forzada, pero sobre todo extraña.

—Charlotte, se alojará en casa de mi tío abuelo hasta que pueda encontrar otro sitio definitivo que le guste.

—Señora Raemmers, mi humilde morada es suya por el tiempo que desee. Será un honor contarla como mi huésped.

—Gra-cias —farfulló la mujer.

Sonó el celular de La Diana, el que empleaba para L'Agence, y se disculpó antes de alejarse para responder. Consultó la pantalla: era De Souza. Tarde o temprano tendría que enfrentar su enojo. Hela ya le habría contado acerca de su «charla» con el detenido.

—Teniente general —lo saludó, mientras observaba a los enfermeros que se alejaban con la camilla escoltados por Edward, el mayordomo.

—¿Dónde mierda estás, Diana? Faltaste al *debriefing*.

La agresividad del militar portugués la tomó por sorpresa. Ese no era el estilo de De Souza cuando estaba enojado. «Es comprensible», se dijo; después de todo acababa de perder a la mujer, y su hija seguía internada; eso le había comentado Eliah al preguntarle cómo habían marchado las cosas en el funeral de Severina.

—Ocupándome de un asunto familiar urgente. ¿Qué necesita, señor?

—¿Dónde está Charlotte Raemmers? —La pregunta la descolocó y no respondió—. Acabo de estar en Bellavista Manor. Fui para avisarle de la muerte de Anders, y la doctora Duffy me dijo que te la había llevado.

—Cumpló órdenes del general, señor. Raemmers me pidió que lo hiciera. Me permitieron sacar a la señora Charlotte de Bellavista Manor porque tengo un permiso firmado por el general.

—Sí, lo sé. La doctora Duffy me lo mostró. ¿Por qué te pidió Anders que sacases a Charlotte de allí?

—Me indicó que si algo llegaba a sucederle tenía que llevarla a un sitio seguro.

—¿Un sitio seguro? ¿Acaso Charlotte corre peligro?

—No lo sé, señor. Solo cumplo órdenes.

—Veo que Anders confiaba en ti más de lo que yo suponía.

—No tanto, señor, de lo contrario me habría explicado por qué temía por la seguridad de su esposa.

—Ya. ¿Dónde la tienes?

—La traje a Francia —mintió movida por el instinto—. Ella está bien pese a la noticia de la muerte del general; creo que no la sorprendió. —Tras una pausa, dijo—: Aprovecho para darle mis condolencias por lo ocurrido a su esposa. Lo siento mucho, señor.

—Gracias, Diana.

—¿Han sabido algo de los asaltantes?

—Antes de ayer encontraron los cadáveres de dos tipos armados. Un ajuste de cuentas entre bandas, aparentemente. En la vivienda de uno de ellos hallaron algunas de las pertenencias que estaban en la cartera de mi mujer.

—Entonces, señor, eran ellos. Y están muertos.

—Sí, eran ellos. La confirmación la tuve hace un par de horas cuando recibí el informe de balística. Las armas que tenían encima coinciden con las que dispararon a mi pobre Severina.

—¿Y su hija, señor? ¿Cómo está Inés?

—Mejor. Gracias por preguntar. Aún sigue internada, pero ya la estabilizaron.

—Me alegro mucho, señor.

—Óyeme, Diana, tómate unos días para resolver el asunto de Charlotte. —En el acento benévolo de De Souza, La Diana reconoció a su querido comandante—. Después te necesito de nuevo en L'Agence. Tú y yo tenemos que hablar.

—Señor, si es por el asunto...

—Ahora no, Diana. Estoy cansado y de mal humor.

—Como ordene. —Antes de cortar se atrevió a preguntar—: Señor, ¿están seguros de que el general cometió suicidio?

—Falta la prueba de parafina, pero sí, Diana, mi querido amigo Anders acabó con su vida. No había cerraduras forzadas ni nada fuera de sitio. Estaba solo cuando se pegó un tiro. La muerte de Birgitta lo había devastado.

—¿Quién era? —se interesó Eliah al ver que finalizaba la llamada.

—De Souza. Ya sabe que sacamos a la mujer de Raemmers de Bellavista Manor. Me preguntó dónde la había llevado y le mentí, le dije que a Francia. No sé por qué lo hice.

—De Souza es de fiar —opinó Al-Saud—, pero si L'Agence está infiltrada como el general sospechaba, Alberto, sin darse cuenta, podría revelar información sensible. Y es obvio que el general quería a su mujer a buen resguardo. Sus enemigos podrían presuponer que sabe cosas que su esposo le contaba.

—¿Quién se hará cargo de L'Agence ahora que Raemmers ha muerto?

—El que sigue en la línea de mando es De Souza —razonó Al-Saud.

—¿Crees que debería contarle lo que sé acerca de la red de tráfico?

—¿Y qué sabes? —la presionó Eliah—. No sabes nada. En tu lugar, yo no lo mencionaría, ni a De Souza ni a nadie de L'Agence. Me limitaría a ver, oír y callar.

* * *

Esa noche, después de cenar, La Diana sintió el cansancio como un golpe que la debilitó, y tras el último bocado de postre se excusó con su tío y se marchó a descansar a la habitación que le habían asignado en el primer piso. Antes visitó a Charlotte en la recámara de la planta baja donde la habían instalado. Le abrió la enfermera que se quedaría para asistirle durante la noche; era solícita, callada y profesional, y La Diana se dio cuenta de que la esposa de Raemmers se encontraba a gusto con la mujer.

—Charlotte, ¿está cómoda? —le preguntó en francés.

—*Oui*.

—Me confiará cualquier cosa que la perturbe o la moleste, ¿verdad?

—*Oui*.

—Charlotte, quiero que se quede tranquila. El señor Duncan es mi tío abuelo, y el general confiaba en él.

—Anders —susurró Charlotte, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

La Diana odió su fobia, odió su incapacidad para vencer el pánico que le impedía abrazar a la mujer que acababa de perder al amor de su vida y que se había comportado estoicamente, pese a la parálisis y a la vulnerabilidad.

—Charlotte, quiero confiarle algo. No creo que el general se haya suicidado. Jamás la habría abandonado. Creo que lo asesinaron.

—*Je le sais*.

«Lo sé», había susurrado. ¿Cuántos secretos de su esposo custodiaría? ¿Recordaría las confesiones del general o el ictus se las habría borrado como le había borrado la voluntad para caminar y hablar fluidamente?

No tenía fuerza para bañarse; apenas si se lavó los dientes y se deslizó bajo las sábanas. Se durmió enseguida. Despertó con un sobresalto en medio de la noche y necesitó unos segundos para orientarse. Enseguida supo que si desviaba la vista hacia la izquierda lo vería sentado a los pies de la cama. Se quedó petrificada mientras escuchaba el sonido de su propia respiración. Hasta que cobró valor para mirar. Movié la cabeza sin despegarla de la almohada, lo suficiente para captarlo por el raballo del ojo. Y ahí estaba Sergei Markov, o su fantasma. Brillaba con luz propia y le sonreía con afecto.

—Estoy feliz de que no estés aquí.

—Sergei —se atrevió a llamarlo por primera vez—, tengo miedo.

La sonrisa de Markov se transformó en bruma, y todo él fue desvaneciéndose en la oscuridad de la noche. Le sobrevino una somnolencia a la cual intentó combatir, sin éxito. Se quedó profundamente dormida. Al despertar a las siete de la mañana, sonreía. Había soñado con Markov; él la estrechaba entre sus brazos y le susurraba al oído: «¿A qué le temes, mi diosa, si tu ángel guerrero está contigo?».

* * *

Después del desayuno, La Diana, Eliah Al-Saud y el barón de Glendale se reunieron en la biblioteca para discutir los pasos a seguir.

—El general me dejó dinero suficiente para mantener a Charlotte. Callum, por favor, dame un número de cuenta al cual pueda transferir la suma necesaria para costear los gastos. Para empezar, quisiera pagar el helicóptero y los tres enfermeros.

—El helicóptero es de mi propiedad y está a tu servicio. Además de los enfermeros, estoy tratando de conseguir a la mejor fisioterapeuta de Escocia. Dicen que hace magia con las manos. Devolverá vida a las piernas y a los brazos de Charlotte. Estoy planeando llevarla a un neurólogo, un caro amigo, en quien confío como en nadie. Él nos dirá qué se puede hacer para mejorar su condición y su calidad de vida.

—Dudo de que mucho, de lo contrario el general ya lo habría hecho.

—Veremos. Ahora dime, ¿por qué Raemmers te pidió que sacases a su mujer de Londres?

La Diana decidió lanzarse al vacío y, movida por la confianza que le inspiraba su tío abuelo, le contó en detalle lo sucedido desde la noche en que Raemmers y ella conversaron en el Audi A8 hasta el hallazgo en el baño del Bellavista.

—No queda duda de que lo asesinaron —concluyó el hombre.

—Anoche hablé con De Souza, el segundo en el mando de L'Agence. Dice que no se forzó ninguna cerradura, que todo estaba en orden, que el general se encontraba solo la noche del domingo cuando se suicidó.

—Si no había cerraduras forzadas es porque Raemmers conocía a su asesino y le permitió ingresar. ¿Qué había en el pie del lavatorio?

La Diana le mostró la carpeta y los dos videos. Analizaron los breves *e-mails* intercambiados entre el general y la tal Carrie Stewart, observaron en silencio la foto del barbudo y se dispusieron a ver los videos. El primero contenía la entrevista que la BBC le había hecho a la doctora Yura Christiansen durante un programa especial sobre alimentación a base de transgénicos.

—Conocí a Yura en oportunidad de su viaje a Londres para esa entrevista —señaló La Diana—. Salimos los tres a cenar, Yura, su hermano Nanuk y yo. Pensé que se trataba de una acción para publicitar su libro.

—¿Te sirvo un poco de veneno? —evocó Glendale—, así se titula. Un *best-seller*. Después llegó el programa de la BBC y fue un gran escándalo. Aun los de la Royal Society la defenestraron. Sé que se inició una campaña de desprestigio que le costó a Christiansen y a su equipo el puesto en el Instituto Peter Gray.

—¿Por qué? —se pasmó La Diana—. Solo trataba de advertir a la población de los riesgos de ingerir alimentos genéticamente modificados.

—Ah, querida, los intereses económicos en torno a las patentes y los *royalties* que devengan los transgénicos son enormes, no puedes imaginar cuánto. La Herkul Biotech y la Cyklon Chemical son las que se llevan la tajada más grande del mercado.

—Maldito Aleksandar Ilić —masculló La Diana.

—Ah, veo que conoces al padre de la criatura —comentó Callum Duncan.

—Es serbio.

—De todos modos —intervino Eliah—, ¿qué relación hay entre el posible tráfico de personas en los Balcanes con la bióloga Christiansen?

—Ninguna —admitió el barón de Glendale—. Es evidente —prosiguió— que estamos frente a dos cuestiones separadas, pero también es evidente que Raemmers quería que Diana se ocupase de las dos. Veamos el segundo video. Quizás eche más luz.

El segundo video los desconcertó. Contenía las imágenes de un circuito cerrado de televisión.

—Es el aeropuerto de Edimburgo —lo reconoció de inmediato Callum. Se calzó los lentes y se inclinó sobre la pantalla—. Raemmers debió de pedir las grabaciones para analizar los movimientos de alguna persona. ¿De qué fecha es? —preguntó, y él mismo se respondió al hallarla al pie de la filmación—. 13 de junio de 2000.

—El día del accidente aéreo en el que murieron Yura y su hijita Miki —comentó La Diana.

—*Merde* —masculló Eliah—. Esto se vuelve endiabladamente enredado.

Callum Duncan congeló la imagen.

—La calidad de la filmación es muy pobre —dijo con aire resignado, y se quitó los lentes—. Diana, si me permites, me gustaría ayudarte en esta investigación. Tengo los medios para hacerlo. Y sospecho que tú estás dispuesta a ir hasta el fondo de todo esto.

—Sí, lo estoy.

—Bien. Me gustaría incluir en el equipo a mi sobrino Bruce. Así como lo ves, tan despreocupado y bromista, posee una mente refinadísima, es brillante, el mejor *hacker* que conozco, y créeme, conozco a varios. Es un genio de la tecnología. Bruce podría mejorar la calidad de este video, ampliar las imágenes y volverlas más nítidas. Posee el *software* para realizar un buen trabajo. Él podría ayudarnos a entender muchas de las cosas que hoy son las piezas de un *puzzle* que carece de sentido. Puedes confiar en mi sobrino tanto como en mí.

—Está bien —aceptó, y echó un vistazo a Eliah-Saud, que lucía poco convencido.

Duncan envió un mensaje por el celular a su sobrino, que entró al cabo de cinco minutos. La Diana le estudió las piernas largas y algo arqueadas, propias de un jinete, y enfundadas en unos *jeans* gastados; y también le admiró los hombros bien plantados bajo un pulóver de cuello alto. Lo admitía, era un ejemplar estupendo, con su pelo rojo, su cara pecosa y todo.

—¿Y la falda? —bromeó.

—Ayer la llevaba puesta porque había ido a una boda. Es mi traje de gala.

—¿Una boda, un lunes?

—La verdad es que comenzó el sábado por la noche.

—Y como te has apenas levantado —terció el barón de Glendale—, imagino que estás fresco y listo para darnos una mano.

—A sus órdenes, *Your Lordship*.

Al cabo de diez minutos, el retozón Bruce se había convertido en un profesional serio y empeñado.

* * *

A primeras horas de la tarde, uno de los enfermeros acondicionó a Charlotte en la silla de ruedas y la sacó a pasear por el parque del castillo. Caminaban por un sendero de lajas que los guiaría hasta un laberinto de ligustros. La Diana y Eliah los seguían unos pasos atrás; iban callados, absortos en sus pensamientos.

—Anoche le pedí a Peter que investigase al barón de Glendale —expresó Al-Saud—. No fue necesario. Lo conoce bien de su época en la unidad de rastreo de la SIS. Asegura que es uno de los tipos más poderosos de los servicios secretos de Gran Bretaña, temido y respetado por la CIA y el Mossad. Viene acumulando información desde la Segunda Guerra Mundial. Conoce los secretos mejor custodiados, que harían temblar a más de uno. Nadie podrá ayudarte como lo hará él, si es que sigues con la idea de embarcarte en esta gesta de locos. ¿Qué hay de tu plan de dar caza a los criminales de las guerras yugoslavas?

—Sigue en pie. Además, desmembrar una banda que trafica con seres humanos me resulta tan estimulador como cazar a esos hijos de puta. Al final, son todos de la misma baja estofa. Y si oficiales de la OTAN y de la ONU, que se supone que están en misión de paz y humanitaria en los Balcanes, aprovechan su posición para llenarse los bolsillos con el sufrimiento de esos pobres diablos... —Se golpeó la mano izquierda con el puño derecho—. Entonces nada me dará más satisfacción que destruirlos.

—Diana, partiré mañana. A primera hora. Tengo que regresar a París. No puedo seguir posponiendo mis asuntos.

—Lo entiendo —murmuró, de pronto desanimada.

Sonó el celular de Eliah. Se trataba de Piersanti Righi, viejo amigo de la época de Al-Saud como soldado de élite de L'Agence.

—Charlie —dijo, y lo llamó por su nombre de guerra.

La conversación prosiguió en italiano. Eliah cortó al cabo de unos minutos.

—Traduce —pidió La Diana.

—Me llamó porque le pedí que lo hiciera cuando se enterase del resultado de la prueba de parafina. —Bajó el tono para que Charlotte no los oyese—. Dio positivo. Había pólvora en los dedos de la mano derecha del general. Se disparó él mismo con la pistola SIG Sauer que la OTAN le regaló cuando cumplió veinte años de servicio.

—La prueba de parafina no me dice nada —afirmó La Diana—. Raemmers iba al menos una vez por semana al polígono de tiro de L'Agence. Es lógico que tuviese pólvora en los dedos.

—La pólvora en los dedos del general era la misma que la de sus cartuchos.

—Insisto —se encaprichó La Diana—, no me dice nada.

—Diana, los nitratos que deja la pólvora luego del disparo se contaminan y desaparecen poco tiempo después si la persona, por ejemplo, se lava las manos o toca otras cosas. Si el general tenía pólvora en los dedos era porque acababa de realizar el disparo, no porque lo había hecho días antes en el polígono de L'Agence. Incluso si lo hubiese hecho ese domingo, al llegar a su casa probablemente la huella que deja la pólvora se habría esfumado. —Al-Saud pasó la mano por los hombros de La Diana, que se resistió un momento antes de ceder—. Cariño, tal vez tengamos que aceptar que el general se pegó un tiro para acabar con la tristeza. Los dos admiramos a Raemmers y sabemos que era un tipo excepcional, pero era un ser humano después de todo. Charlie dice que el informe del forense afirma que tenía una considerable cantidad de alcohol en sangre.

—He visto al general tomar varios vasos de vodka y permanecer tan lúcido como tú y yo en este momento. Lo del alcohol no es un justificativo. En absoluto —añadió.

—Charlie preguntó por ti. Creo que le gustas.

—A Charlie le gusta todo lo que tenga vagina en la especie humana.

—Lo conozco bien, Diana, y sí, es mujeriego, pero también exigente. —La Diana soltó un bufido y guardó silencio—. Siempre le gustaste, desde que vio tu foto en la MSM para la irrupción en Rogatica en el 95.

—¿Charlie era parte del grupo de asalto? —se asombró, un poco por la noticia, otro poco por el hecho de que Al-Saud se mostrase dispuesto a revelarles datos de aquel trabajo.

—Sí. Me acuerdo de que hizo una de sus típicas bromas acerca de tu belleza, pero era evidente que estaba afectado.

—No lo sabía.

—Él, Octopus, Sibi y Odín formaban parte del grupo, pero ellos se quedaron en el centro de detención para controlar el desmantelamiento y el retiro de evidencia por parte de los agentes de la ONU, por eso no los viste. Recién le dije que no sabía

dónde te encontrabas. Solo le mencioné que estabas ocupándote de un asunto familiar.

—¿No confías en él?

—Sí, pero, al igual que Alberto de Souza, forma parte de la OTAN, y el general había perdido la confianza en la organización.

—Y por eso lo mataron —se empecinó La Diana.

CAPÍTULO IV

La maquinaria molecular del ser vivo es de una complejidad que apenas empezamos a entrever.

Profesor Arnaud Apoteker, doctor en Biología. Francés

Creyó que se sentiría sola después de la partida de Al-Saud; no fue así. Se sumergió en la investigación con Bruce McLeod. El pelirrojo vivía desde los quince años en el castillo de Glendale, desde que había perdido a sus padres, primero a la madre en un accidente automovilístico; al padre tres meses después de un cáncer de páncreas fulminante. De su vida en Glendale, lo único que lamentaba era que sus tíos Callum y Lorna no hubiesen tenido hijos pues el castillo le había resultado demasiado grande y solitario durante los veraneos de la adolescencia.

—¿Nunca te casaste? —se interesó La Diana, mientras hacían una pausa en la investigación.

—Sí, pero nos divorciamos dos años después. Detestaba vivir en Glendale, y yo no estaba dispuesto a mudarme a Edimburgo. Demasiado ruidosa para mi gusto. Soy un hombre de la campiña. Pero algún día tendré que dejarlo.

—¿Por qué lo dejarás si lo amas tanto?

—¡Cómo, Diana! ¿Tú lo preguntas? Este castillo pertenecerá a tu hermano, que es el heredero del título y de todas las propiedades de la baronía de Glendale.

Lo contempló, estupefacta. Jamás había reparado en esa posibilidad. ¿Sanny, un noble escocés? ¿Sanny, dueño de un castillo? El actual barón de Glendale irrumpió en la habitación donde transcurrían la mayor parte del tiempo, la que Bruce había acondicionado para convertirla en su centro operativo, con computadoras y artilugios tecnológicos que le permitían hacer magia.

—Acabo de recibir el informe que estaba esperando —anunció el barón, y avanzó con una vitalidad que le quitaba dos décadas—. Un contacto en la AAIB...

—¿Qué es eso? —preguntó La Diana.

—Disculpa, querida. Vivimos en el siglo de las siglas, ya nadie usa palabras completas. Es la Air Accidents Investigation Brunch, el organismo oficial británico que investiga los accidentes aéreos. Si bien el avión que partió desde Edimburgo con destino a Milán cayó al sur de Bélgica, los belgas pidieron colaboración a sus colegas ingleses porque se dieron cuenta de las similitudes con el accidente de Lockerbie.

La Diana sabía de qué le hablaba, del desastre aéreo ocurrido en el 88, y lo recordaba porque su abuelo Liam lo había seguido con atención a través de los noticieros. El avión de Pan Am se había precipitado sobre una pequeña población escocesa, Lockerbie, y él, que rara vez hablaba de su patria, le contó que tenía un amigo en esa ciudad, incluso hizo algo que jamás hacía: llamó a Escocia, al amigo, para saber si estaba bien.

—Mi contacto en la AAIB asegura que es muy probable que se trate de otro ataque terrorista. Es evidente que había una bomba en la bodega del avión.

—Nada de falla humana o desperfecto mecánico, entonces —recapituló McLeod.

—Todo indica que fue sabotaje —confirmó Callum Duncan.

—Pero nadie lo ha reivindicado —señaló La Diana—. ¿De qué vale un atentado terrorista si el grupo que lo llevó a cabo no se hace de la gloria? Lo mismo ocurrió en Lockerbie —rememoró—. Se descubrió que fue Muammar Qaddafi como resultado de la investigación y no porque él se jactase de haber golpeado a Occidente. ¿De qué vale hacer algo así?

—¿Qué piensas, entonces? —la alentó a conjeturar Callum Duncan.

—Que tanto en Lockerbie como en el vuelo que cayó sobre Bélgica se trató de ocultar algo con la explosión de la nave.

—Diana, si podemos descubrir qué esconden estas filmaciones del circuito cerrado —manifestó Glendale— quizá podamos confirmar tu teoría. ¿Han averiguado algo más en este sentido?

—He terminado de digitalizar la cinta y de mejorar la calidad. Íbamos a comenzar con el análisis.

El barón de Glendale se calzó los lentes y se sentó junto a ellos y frente a las pantallas de varias computadoras. A La Diana le tocaba identificar a Yura Christiansen en la marea de gente del aeropuerto.

—¡Ahí está! Es esa. —Señaló a una mujer, y Bruce congeló la imagen—. Le reconozco el corte de pelo. Su hermano bromeaba diciendo que se parecía a Cleopatra. Y esa debe de ser Miki, su hijita de cinco años.

Repasaron una y otra vez las escenas, desde la que captaba el ingreso de Yura y de Miki en el *hall* central del aeropuerto hasta la imagen que revelaba el abordaje del avión. Después le seguían otras que estaban de más; no guardaban relación con el viaje de Yura a Milán.

—¿Sabes por qué viajaba a Milán? —se interesó McLeod.

—Algo me comentó Nanuk. Iba a testificar en un juicio, pero no recuerdo bien. —Se quedó pensando, la vista perdida—. Algo de un desastre químico ocurrido en un pueblo de Lombardía.

—¿El pueblo era Barlassina? —aventuró Callum Duncan.

—¡Sí, Barlassina!

McLeod tecleaba el nombre que su tío deletreaba. Aparecieron varios artículos periodísticos del 97 que referían a una planta industrial ubicada en las afueras de

Barlassina, en la región de la Lombardía, la cual, a causa de una falla humana, había dejado escapar una nube de TCDD, una de las dioxinas cloradas creadas por el hombre más peligrosas que existen, empleada principalmente en la fabricación de herbicidas.

—Impresit —leyó Bruce—, ese es el nombre de la planta industrial.

—Ponte a investigar quiénes son sus dueños y qué fabrican —solicitó el barón a su sobrino—. Trata de averiguar quiénes eran las partes involucradas en el juicio en el que iba a testificar Yura.

La Diana volvió a repasar las escenas en el aeropuerto. Por más que McLeod hubiese mejorado la calidad de las imágenes, no dejaban de ser filmaciones de un circuito cerrado carentes de definición y nitidez. No sabía qué observar, qué detalles analizar. El ejercicio le parecía carente de lógica y finalidad. ¿Por qué el general había hecho compilar las escenas?

Entonces lo notó. Se trató de una fugaz percepción de la cual dudó, y necesitó retroceder la filmación para confirmarla.

—Bruce —pidió—, ¿puedes agrandar esta zona? —Señaló con la punta de un lápiz la parte baja de la pantalla, donde aparecían los pies de la hermana de Nanuk. McLeod trabajó durante un par de minutos hasta lograr la ampliación con el menor sacrificio de nitidez.

—¡Lo tengo! —exclamó La Diana—. Miren aquí, los zapatos de Yura. Cuando entra en el aeropuerto, sus zapatos tienen una trabilla en la parte de atrás. —Señaló una hebilla y lo que parecían dos botones dorados apenas visibles en la parte posterior del calzado, a la altura del talón—. Verán que aquí no está. —Avanzó velozmente y se detuvo cuando la madre y la hija estaban por ingresar en la manga que las conduciría al avión—. Los zapatos parecen los mismos, pero no lo son. Les falta la trabilla en la parte de atrás, sin mencionar que los de Yura tenían un poco más de taco.

—*What the hell!* —se desconcertó Bruce—. O bien Yura se cambió los zapatos antes de abordar o la mujer que subió al avión no es Yura. Muy parecida, pero no es ella.

—Bravo, Diana —la elogió su tío abuelo—. Tienes pasta para esto.

—Ahora que lo observo desde esta nueva perspectiva, me doy cuenta de que hasta el modo de caminar difiere. Lo mismo el de Miki, que no es Miki evidentemente. En la niña es más notorio. Miren.

—¿Por qué haría Yura una cosa así? —se preguntó McLeod.

—Para pasar por muerta —declaró Callum Duncan con gesto sombrío—. Solo que dudo de que se trate de una iniciativa suya. No poseía los medios para orquestar algo ni remotamente parecido. Aquí hablamos de profesionales. Ahora bien, si Yura y su hija no subieron al avión, ¿dónde están?

—¿Y quiénes eran las que subieron? —se preguntó La Diana—. Cómplices, eso es claro.

—Cómplices desechables —concluyó Glendale—. No sabían que iban a una muerte segura. Quienes sean los que planearon esto deben de estar protegiendo algo o a alguien tan extremadamente importante que no reparan en víctimas ni en gastos.

Examinaron una a una las imágenes y prestaron atención a detalles que antes habían pasado por alto, pero no encontraron nada, no había rastro de las verdaderas Yura y Miki. Se habían esfumado en algún punto del aeropuerto entre el *check-in* y el abordaje del avión.

* * *

Antes de bajar a cenar, La Diana empleó una de las computadoras seguras de Bruce y, desde su correo electrónico personal, envió un mensaje a Carrie Stewart a la casilla de Hotmail. Le había costado escribirlo; no sabía qué decirle, qué preguntar, qué revelar, porque nada sabía acerca del tema que la había llevado a contactar a Raemmers, esa cuestión que la misma Carrie decía temer. Al final, optó por frases simples y sinceras: «Soy amiga del general Raemmers. El general falleció el domingo pasado. Necesito hablar con usted». Firmó simplemente Diana.

Después ingresó en la casilla de correo que compartía con Nanuk. Confirmó lo que sospechaba: su amigo no había respondido el último mensaje. Enojada, tecléo uno nuevo. «Tal vez te interese saber que Raemmers murió el domingo por la noche. Suicidio. Llámame». Se debatió entre añadir lo que había descubierto acerca de Yura o callarlo. Se decidió por la prudencia y guardó silencio. Hasta el momento había considerado seguro el sistema de mensajes grabados en la carpeta «Borrador». Después de haber pasado tantas horas con un *hacker*, se daba cuenta de que nada estaba a salvo en la Red.

—¿Puedes averiguar si alguien ingresa en esta cuenta de correo electrónico además de mí?

—Puedo establecer qué día, a qué hora y desde qué dirección IP se accedió —le explicó McLeod—. Tú deberás determinar cuáles ingresos son tuyos y cuáles de terceros. ¿Sospechas que fue hackeada?

—Se trata solo de una medida de seguridad. Creo que estoy volviéndome paranoica. Y si te diese el nombre de un amigo, ¿podrías ver si aparece algo acerca de él en la Red?

—¿De quién se trata?

—De Nanuk Christiansen, el hermano de Yura. Desapareció semanas después de la muerte de la hermana y de la sobrina. Creímos que necesitaba estar solo, regresar a su tierra...

—¿De dónde es?

—De Groenlandia. De Nuuk, la capital.

—No sabía que vivía gente allí.

—Principalmente viven los inuit. Mi amigo es mitad inuit. Esquimal —aclaró ante la mueca desorientada de McLeod.

—Me resisto a pensar en el frío que hace en esas latitudes.

—No creo que puedas imaginarlo hasta que no lo padeces. Nanuk me enseñó a sobrevivir en el clima más hostil del mundo, el ártico. Todo lo que sé acerca de cómo combatir el frío se lo debo a él.

Y no lo mencionó, pero también lo que sabía acerca de técnicas de supervivencia y de caza se lo debía a Nanuk. Ocultó la sonrisa que le despuntó al evocar que, poco después de su ingreso en L'Agence, Nanuk le había dicho que si quería cazar criminales de guerra primero tendría que aprender a cazar animales, que eran más inteligentes e ingeniosos que los seres humanos. Por eso la había hecho parte del grupo de caza que componían el general Raemmers, Siboniso Kamongo, Piersanti Righi, Thomas Mayo y Hela Hansen, los soldados más antiguos de la organización. Habían ido en dos ocasiones a los bosques de Montenegro. Y ella se había convertido en una alumna aplicada.

—Repíteme el nombre del hermano de Yura —solicitó McLeod—. Lo buscaré más tarde.

Se lo deletreó.

—Días atrás lo vi por televisión —declaró La Diana.

—¿A quién?

—A Nanuk. Trabaja como guardaespaldas de un magnate serbio, Aleksandar Ilić. Lo menciono porque podría servirte.

—Es la punta por donde comenzaré a desmadejar el ovillo. Y ahora bajemos. Callum detesta la impuntualidad.

* * *

Durante la cena hablaron de literatura inglesa, de teatro y de las hazañas de los primeros barones de Glendale, pues con el servicio doméstico que entraba y que salía resultaba imposible abordar los temas en danza. Charlotte comía sentada en su silla de ruedas a la derecha del anfitrión y asistida por la enfermera, que cortaba bocados de cordero y se los daba en la boca. A La Diana la alegró ver que, si bien no participaba de la conversación, seguía con ojos vivaces a los interlocutores y sonreía con las chanzas de Bruce. Se la veía más relajada. Esa tarde, la había sacado a pasear hasta el laberinto y le había preguntado cómo se había hecho de los videos. La mujer le explicó que su esposo los había llevado a Bellavista Manor el sábado, el día antes del supuesto suicidio, junto con la carpeta, y que le había indicado dónde los escondería. «Solo puedes entregárselos a Diana si algún día viniese a buscarte», había sido la extraña orden del general, y Charlotte, habituada al secretismo de su esposo, había consentido y callado.

Apenas terminaron el postre, la enfermera condujo a Charlotte a la recámara. El barón de Glendale indicó que les llevasen el café y el madeira a la biblioteca, y allí se instalaron, junto a la chimenea de dimensiones inverosímiles y cuyo fuego rugía tras un chispero de bronce.

—Charlotte me dijo esta tarde que el general llevó los videos y la carpeta a la casa de reposo el 11 de noviembre, el día antes de su muerte, y que los escondió donde los encontré. Le dijo también que solo a mí podía entregármelos. No ceso de preguntarme por qué me dejó tan poca evidencia. Además, ¿cómo obtuvo los videos? ¿Por qué? Estoy tan confundida.

—Ante la confusión —declaró Callum Duncan— solo queda recapitular y poner en orden los elementos. Por lo tanto, recapitulemos. Qué tenemos hasta ahora.

Del caso de Yura Christiansen sabían casi con certeza que la mujer y la niña que habían abordado el avión no eran la científica ni su hija Miki. Urgía averiguar de qué modo habían abandonado el aeropuerto y qué papel interpretaba Yura en el juicio relacionado con el escape de la sustancia tóxica. Del resto de la información hallada en el baño de Bellavista Manor quedaban los mensajes de Carrie Stewart y la foto de Lazar Kovać.

—Antes de cenar, le envié un mensaje a Carrie Stewart. Si, como le confiesa al general, tiene miedo, dudo de que me conteste.

—Trataré de averiguar quién es y dónde vive —propuso Bruce.

—Haz otro tanto con Lazar Kovać —indicó Glendale—. Por mi parte, llamé a un contacto en el Ministerio de Transporte y me conseguirá las imágenes de todas las cámaras del aeropuerto de Edimburgo del 13 de junio, pero también de dos días antes y de dos días después. Será un trabajo arduo, pero no veo otra manera de determinar qué sucedió con ellas. Además, Diana —prosiguió el barón—, te he conseguido una entrevista con la mano derecha de Yura en el Instituto Peter Gray, el doctor Harry Paddington. Por supuesto, perdió el trabajo junto con Yura y el resto del equipo. Vive en Aberdeen. Te espera mañana al mediodía en su casa. Te llevará Seamus. —La Diana sabía que se refería al piloto del Agusta—. En una hora estarás allí.

—Gracias, Callum.

Bruce se despidió; adujo que era hora de ponerse a trabajar. Quedaron solos, y La Diana aprovechó para sacar de nuevo el tema del dinero y del pago de los gastos que ocasionaba Charlotte.

—Entiendo tu premura, y me agrada que tengas esa educación. Habla bien de mi hermano. Pero yo le debo mucho al general. Él fue el único que accedió a invadir el centro de prisioneros de Rogatica para sacarlas de ese infierno a ti y a tu hermana. Arriesgó mucho por mí. Se lo debo —reiteró.

La Diana asintió. Simulaba compostura cuando en realidad su ánimo caía en picado. Detestaba la sola mención de ese nombre, Rogatica.

—Estarás haciéndote muchas preguntas, querida mía. ¿No es verdad?

—Sí —admitió mientras luchaba contra el miedo y la vergüenza que le provocaba referirse al tema con un tío abuelo al que apenas conocía.

—Siempre me mantenía informado acerca de mi hermano y de su familia. En un par de ocasiones intenté un acercamiento, pero Liam, que era un gran hombre, tenía un defecto: era rencoroso. Y no nos perdonó jamás, ni a nuestro padre ni a mí. Con la edad llegué a entender que todo había sido en vano: las peleas, las discusiones, los enojos, los resentimientos. Él se proclamaba comunista y nos acusaba de explotadores oligarcas. Nosotros lo combatíamos por ateo y marxista. La política... Qué cosa tan sucia y sin sentido.

—Mi abuelo rara vez hablaba de Escocia. Nunca los mencionó, ni a ti ni a su padre. Sabíamos que tenía un hermano porque mi madre nos lo había dicho; nos contó también que estaban distanciados y que a mi abuelo no le gustaba hablar del tema. Por esa razón jamás le preguntábamos. Yo amaba profundamente a mi abuelo, pero sí, reconozco que era terco y que, cuando algo se le cruzaba, no tenía miramientos ni había forma de penetrar en su armadura. Pero estabas diciéndome que siempre te mantuviste al tanto de nosotros.

—Sí, un agente... un espía —aclaró— de la embajada en Sarajevo me informaba.

—¡Un espía! La simple familia Huseinovic, del pequeño pueblo de Srebrenica, espía por un agente del MI6.

—Para mí no era la *simple* familia Huseinovic. Era *mi* familia. Sándor es *mi* heredero. Ustedes son mi sangre. Y tardé mucho, *demasiado* —remarcó con angustia— en averiguar cuál había sido el destino de ustedes cinco durante la guerra. Bosnia se había convertido en un caos tan rampante que ni los espías del MI6 me suministraban información certera. Las hice buscar en cuanto centro de detención habían establecido los serbios, pero ustedes no figuraban en ninguno y sabía que no estaban en Srebrenica. Hasta que un agente se enteró, gracias a una empleada de Manos Que Curan, de que las tenían en una escuela de Rogatica, pero que, por alguna razón, no las habían registrado al ingresar, lo cual había hecho difícilísimo hallarlas.

La Diana, aterida por el pánico en el que la sumían los recuerdos, guardó silencio. Aunque temía seguir escuchando el resto de la historia, una parte de ella quería saber.

—Nadie se prestaba siquiera a oír hablar de una operación de rescate. El acuerdo de paz propulsado por Clinton estaba a la firma, y una maniobra equivocada podía mandar todo al garete. Con personajes tan volátiles como Karadžić y Mladić, había que andarse con cuidado. A sugerencia de unos amigos en común, contacté el general Raemmers, a quien conocía de la época de la Guerra Fría, y él me recibió en su casa de Londres. En esa ocasión me presentó a Charlotte, pero no creo que ella se acuerde. Yo sí recuerdo el impacto que me provocó, tan hermosa, tan elegante, tan gentil. Ella y el general parecían formar una sola criatura. Él necesitaba mirarla para que ella supiese qué hacer, y viceversa. Cuando te dedicas tanto tiempo a un oficio como el mío aprendes a descubrir esas sutilezas. Cuestión que aceptó organizar una misión de altísimo riesgo. Claro, yo contaba con las cartas credenciales que me franqueaban

casi todas las puertas en el mundo de la política y de los servicios secretos, y el general lo sabía. Igualmente, aceptó un trabajo que podría haber rechazado simplemente porque era un asunto personal. Me prometió que enviaría a sus mejores hombres.

—Elijah Al-Saud era el jefe de la escuadra.

—Lo sé. No se lo mencioné porque está obligado a callar.

—Él nos salvó.

—Demasiado tarde. Por mi culpa, por mi incompetencia.

—¿Y mi familia? ¿Supiste de ellos?

—Hablé en una oportunidad con tu madre y con tu padre por teléfono, mucho antes de saber dónde las tenían a Leila y a ti.

—¿De veras? —se ilusionó La Diana.

—Sí. Fue un infierno lograr esa comunicación. Conseguí que fuesen a tomarla al hospital. Intenté convencerlos de que me permitiesen sacarlos de allí. No sería fácil, lo sabía, la controversial zona segura de Srebrenica era un caldero a punto de estallar, pero yo contaba con los medios. Tu padre se opuso a abandonar la casa y la cantina, su único patrimonio, y yo lo comprendí. Tu madre, por su lado, se negó a abandonar a su esposo. Les pedí que me permitiesen salvar a Sándor, pero me dijeron que no, que no podían vivir sin él. Que ya habían perdido a sus dos hijas, que no soportarían separarse de él también.

La Diana rompió a llorar. Había luchado, oh, sí que había luchado, y reprimido, y aguantado, nadie podía echarle en cara que no hubiese sacado a relucir su costado más duro, pero en los últimos días la presión se había acumulado hasta alcanzar niveles insoportables. Callum Duncan, al hablarle de sus padres, del amor que se tenían y del que profesaban a sus hijos, y de las angustias que habían soportado, agregó la gota que provocó el derrame.

El hombre no la tocó, y en ella nació un profundo sentido de la gratitud por eso, por no olvidarse de su trauma aun en esas circunstancias. Se limitó a ofrecerle un pañuelo cuando empezó a limpiarse la nariz con la manga de la remera.

—Gracias —dijo con voz gangosa.

—De nada.

—¿Por qué no te comunicaste con nosotros después del rescate? Hace pocos días me enteré de tu existencia, y mis hermanos todavía no saben nada.

—Temí que me rechazaran —admitió—. No sabía qué les había dicho Liam acerca de mí. Las cosas entre él y yo terminaron mal. Cuando decidió unirse al escuadrón de Fitzroy Maclean para luchar con los partisanos, yo ya estaba en el continente, haciendo mi trabajo de espionaje. Supe después por Judd, nuestro viejo mayordomo, el padre de Edward, que mi padre le dijo que no se atreviese a regresar a casa si se unía a esos rufianes comunistas de los Balcanes. Yo lo busqué y lo hallé en Trieste, listo para embarcarse hacia Croacia de manera clandestina. Discutimos, como

siempre, y nos dijimos cosas muy duras que nos hirieron profundamente. Esas cicatrices nunca sanaron. Y yo temía que ustedes hubiesen aprendido a odiarme.

—Como te comentaba, el abuelo Liam nunca hablaba de Escocia ni de su familia, al menos no con mis hermanos o conmigo. Nos hablaba en inglés, por nuestro bien, decía, porque esos piratas ingleses conquistaron el mundo, y el inglés se convirtió en la lengua franca. «Algún día les puede servir», siempre lo repetía.

—Muy de Liam ese comentario —afirmó Callum—. Quizás a ustedes no les dijo nada, pero a tu madre sí. Cuando hablé con ella, se mostró educada, pero fría y distante.

—Es una pena que haya existido ese rencor entre mi abuelo y tú —declaró La Diana—. Me habría gustado conocerte cuando la vida era hermosa y en lo único que pensábamos era en divertirnos y en ser felices. Después vino la guerra y destrozó todo.

—Tus hermanos y tú han sobrevivido a uno de los conflictos más devastadores del siglo xx. Es un honor tener sobrinos como ustedes, pero en especial como tú, Diana. Tu fortaleza física y espiritual me hace sentir pequeño y humilde. Me inclino ante tu grandeza. Eres la más digna de la estirpe de los Glendale.

—Mi hermana Leila lo es, no yo.

* * *

Después de las revelaciones de Callum Duncan, se le había esfumado el cansancio. Pasó a visitar a Charlotte y la encontró en la cama; la enfermera le leía una novela de Sidney Sheldon.

—¿Qué se-rá ddde mí? —le preguntó en francés.

—Charlotte, el general me pidió que me ocupase de usted y eso haré con gran placer. No quiero que se inquiete ni se intranquilece. Callum está contento de tenerla en el castillo Glendale. Dice que se lo debe al general.

—¿Dinero?

—Su esposo previó todo. Me dejó una cuenta en Suiza con dinero suficiente para que usted viva cómoda para siempre. Quiero que se quede tranquila e intente ponerse mejor. Mi tío abuelo contrató a una fisioterapeuta que, según él, es fabulosa. Pasado mañana vendrá a verla. Y también quiere llevarla a un neurólogo. ¿Se lo permitirá? El general confiaba en Callum Duncan, y yo estoy empezando a darme cuenta de por qué. ¿Se lo permitirá? —insistió.

—*Ja.*

Salió del dormitorio de Charlotte y se dirigió al estudio de Bruce McLeod, que tectleaba sin despegar la vista de la pantalla. Se ubicó a su lado y usó una computadora para consultar la casilla de correo sin esperanza. Se llevó una sorpresa: Carrie Stewart había contestado. «El general me habló de usted. Deme un teléfono.

La llamaré mañana». Bruce le dictó el número de una de las líneas seguras del castillo y La Diana le pidió a Carrie que la llamase antes del mediodía.

—Carrie Denisse Stewart —informó McLeod—. Estaba investigando acerca de ella cuando entraste. Treinta y un años, originaria del condado de Kent, donde trabajaba para la policía. Tres años atrás renunció para entrar a formar parte de la IPTF en Bosnia y Herzegovina. Figuraba en la nómina de empleados de la ONU hasta que le rescindieron el contrato hace poco, en octubre de este año.

—¿Qué es IPTF?

—Es la policía internacional de las Naciones Unidas en Bosnia, que opera bajo la órbita de la OTAN. Se ocupa de entrenar a las policías locales de las dos entidades que componen Bosnia, es decir la Republika Srpska y la Federación de Bosnia-Herzegovina. También monitorean los procesos policiales para evitar que se violen los derechos humanos. Carrie estuvo asignada a los cuarteles de la IPTF en las ciudades de Sarajevo, de Tuzla y por último de Zenica.

—Dices que Carrie figura en la nómina de empleados de la ONU, pero su primer mensaje tiene como dominio a Baywatcher.co.uk.

—Según me dijo Callum, es común que la ONU, incluso los ejércitos regulares de los países, se sirvan de empresas militares privadas para contratar personal y otros servicios. La Baywatcher ganó la licitación para la misión de paz en Bosnia. A los fines administrativos y burocráticos, Carrie trabajaba para la Baywatcher, pero su jefe en la IPTF era un empleado de la ONU.

—¿Pudiste averiguar por qué le cancelaron el contrato?

—No. Iba a *hackear* su correo electrónico para ver qué puedo descubrir. Con suerte, te lo dirá ella misma mañana.

Carrie Stewart la llamó a las diez y cuarto del día siguiente. Su voz sonaba nerviosa.

—¿De qué ciudad era originaria tu madre? —la sorprendió con la pregunta, y enseguida se dio cuenta de que se trataba de un interrogatorio de seguridad.

—Rogática.

—¿Cuál era el nombre de pila de tu abuelo materno?

—Liam.

—¿Cuál es tu nombre de pila verdadero?

—Mariyana.

—Disculpa, tenía que hacerte estas preguntas. El general me ordenó que lo hiciera si te ponías en contacto.

—¿Por qué el general y tú intercambiaron esos mensajes?

—No por teléfono. No hablaré por teléfono —reiteró, agitada.

—Es una línea segura —la tranquilizó La Diana.

—Nada es seguro. Si quieres verme, estoy en Ámsterdam. Mañana a la una de la tarde, en el Hard Rock Café. Llevaré una gorra de lana azul con pompón de piel de conejo blanca. Estaré en la barra.

El doctor Harry Paddington la recibió en su casa de Aberdeen y la ubicó en la sala, frente a la ventana desde la cual se apreciaba el río Don. Le sirvió un té y galletas *digestives* bañadas en chocolate amargo. El hombre, un cincuentón alto, delgado, medio encorvado y con anteojos de gran aumento, le contaba acerca de su pasión por la pesca.

—Pero usted no ha venido a hablar conmigo de pesca. Me llamó un amigo y me pidió que la recibiese. ¿Es usted periodista?

—No. Soy amiga del hermano de Yura Christiansen.

—Ah, Nanuk. Fue a visitarnos un par de veces al Peter Gray. Le gustaba que lo paseáramos por el animalario y le mostrásemos las especies con las que estábamos trabajando. ¿Y por qué una amiga de Nanuk viene a visitarme?

—Doctor, quien me consiguió esta entrevista me aseguró que usted es fiel a la memoria de la doctora Christiansen y que trabajó con ella durante años, que eran grandes amigos. Por lo tanto, se me indicó que podía confiar. Sin embargo, creo que lo mejor sería que supiese lo menos posible, por su seguridad —agregó.

—Usted tampoco cree que lo del avión haya sido un accidente, ¿verdad?

—No sé qué pensar. Por eso he venido hasta aquí, para tratar de comprender. ¿Usted lo duda? Que haya sido un accidente —explicó La Diana.

—Sí —fue la categórica respuesta—, lo dudo. Los noticieros no han vuelto a hablar del tema y nadie dice qué han descubierto los técnicos encargados de investigar las causas del siniestro, pero desde ahora le digo que, sea cual sea el resultado de la investigación, ese avión fue derribado por organizaciones muy poderosas.

—¿Por qué supone eso?

—Yura sabía demasiado y había decidido enfrentar al establishment.

—¿No habría sido más fácil simular un accidente automovilístico? Derribar un avión lleno de pasajeros no es una operación fácil ni al alcance de todos.

—Estos del establishment tienen métodos complicados que yo no llego a comprender.

—¿Quiénes son los del establishment?

—Los que tienen la sartén del mundo por el mango, los poderosos, los inconmensurablemente ricos, los capaces de iniciar guerras y terminirlas como nosotros haremos con nuestros tés. Los científicos dependemos de ellos, ¿sabe? Sin el dinero de esa casta no podemos avanzar en nuestros experimentos. Y sin experimentos, no hay mejoría para la salud ni para la calidad de vida. Pero a veces lo que descubrimos no les conviene a nuestros *sponsors*. Entonces debemos callar o sufrir las consecuencias.

—Yura y su equipo sufrieron las consecuencias —dedujo La Diana, y Paddington asintió mientras sorbía un trago de té—. ¿Qué fue lo que hizo Yura que molestó tanto a los peces gordos?

—Dijo la verdad, que estamos jugando a ser Dios. Tocar la genética de los seres vivos, modificarla sin siquiera haber empezado a comprender las relaciones y las funciones que se dan en el mapa genético de cada vegetal y de cada animal es una maniobra que, tarde o temprano, se nos volverá en contra. No pasará demasiado tiempo y comenzaremos a ver las consecuencias.

—¿Como por ejemplo?

—Enfermedades, malformaciones, infertilidad. En la naturaleza, se perderá la biodiversidad, y eso será catastrófico. Millones de años de evolución, un equilibrio conseguido a fuerza de adaptaciones y transformaciones, el hombre pretende alterarlo para su beneficio económico en un abrir y cerrar de ojos. —Paddington chasqueó la lengua—. Esto terminará mal, muy mal.

—¿Yura investigaba los alimentos genéticamente modificados?

—Eso entre tantas otras cosas. Su investigación acerca de los OGM... Disculpe, me refiero a los organismos genéticamente modificados —aclaró—. Esa investigación cobró fama gracias al libro de Yura y a la entrevista para la BBC, que terminó por crucificarla, cuando dijo que la papa transgénica era tóxica para el ser humano. Pero Yura estaba realizando otros trabajos que también la ponían en riesgo.

—¿Puede hablarme de esos trabajos?

—Bajo su responsabilidad —advirtió el científico—. Si esta información le costó la vida a Yura...

—Pero usted y el resto del equipo están vivos —señaló La Diana.

—Sí. Lo de Yura nos sirvió como escarmiento. Estamos acobardados y vencidos. Yo doy clases en la Universidad de Aberdeen, y mis colegas realizan tareas inocuas similares. Como investigadores, estamos acabados.

—Acepto la responsabilidad.

—Yura no solo atacaba el uso de semillas transgénicas sino que había comenzado a atacar el supuesto herbicida *inocuo* que la Herkul vende con dichas semillas, todo en un gran y conveniente paquete.

—¿Herkul Biotech, la empresa de Aleksandar Ilić?

—Sí, esa misma. Ilić es uno de los patrocinadores más importantes del Peter Gray. No le gustó ni medio que Yura hablase mal del producto estrella que estaba a punto de lanzar al mercado, la papa transgénica. Tampoco le hacía gracia que pusiese en duda la conveniencia del uso de semillas transgénicas. Pero menos le gustó que le tocase al rey de los herbicidas, el más vendido del mercado y producido por otra de sus multinacionales, Cyklon Chemical. Ese herbicida estrella, que se aplica en más del setenta por ciento de los terrenos cultivables del mundo y que no afecta a las plantas transgénicas, se llama Glicocol, y está hecho a base de glifosato. Este compuesto químico ha sido declarado inocuo. La Food and Drug Administration le

dio el visto bueno, y los organismos de otros países la imitaron. Solo que el Glicocol no es lo inocuo que nos hacen creer. Yura viajó a la Argentina, uno de los países pioneros en el cultivo de la soja transgénica y en la aplicación de este herbicida, y realizó estudios en las zonas rurales junto con un científico local. Los resultados que obtuvieron fueron alarmantes: altos porcentajes de cáncer en la población, enfermedades respiratorias, de piel, demasiados abortos, demasiada infertilidad, niños con malformaciones; por ejemplo, niñas que menstrúan desde los tres años y varones que nacen sin testículos.

—¿Cómo fue entonces que la FDA aprobó la fórmula del Glicocol?

—Pues porque el glifosato, el principio activo fundamental del producto, no es el problema. Las pruebas se realizaron con glifosato puro y por eso se concluyó que no era dañino. El problema son los coadyuvantes del producto, los que permiten que el glifosato penetre en las hojas de la maleza. Esos coadyuvantes, a los que se califica de sustancias inertes y de las que no se habla porque forman parte del famoso secreto comercial, por ejemplo el polioxietileno, son terriblemente dañinos para la salud del hombre y de los animales.

—¿Y Yura denunció esto?

—Sí, en su libro y en las entrevistas. Así era ella, una kamikaze, nada le importaba excepto resguardar la salud humana y la naturaleza. Sepa, señorita, que Yura Christiansen era considerada en el exclusivo, pequeño y retorcido mundo de la ciencia, como el cerebro más brillante y prometedor. Nadie dudaba de que sería el próximo premio Nobel. Era mucho más joven que yo, y sin embargo me sentía un novato junto a ella. La admirábamos y la adorábamos porque su integridad y buen corazón no tenían límite.

El hombre se emocionó y apartó la cara para secarse los ojos con una servilleta. La Diana aprovechó y vertió más té.

—Gracias —masculló Paddington y sorbió.

—¿Qué otros trabajos *peligrosos* estaba llevando adelante Yura?

—¿Ha oído hablar de las superbacterias? —La Diana dijo que no—. Son bacterias que, con el correr de los años, han conseguido desarrollar una resistencia a los antibióticos conocidos por el hombre. La medicina ha abusado de los antibióticos, y los ha recetado hasta el hartazgo, muchas veces alentados por las farmacéuticas que querían incrementar la facturación. Otro tanto sucede en los criaderos de animales para consumo humano, especialmente los de vacas, pollos y cerdos. A estos pobres animales se los cría en condiciones indescriptibles y se los cocina a antibióticos para mantenerlos libres de las enfermedades que los mismos productores les causan al hacerlos crecer en ambientes insalubres y también al suministrarles productos genéticamente modificados, por ejemplo la hormona de crecimiento bovino, que se usa para conseguir más leche.

—¿Hormona de crecimiento bovino?

—Es un desarrollo de la Herkul Biotech. Se vende bajo el nombre comercial de LacPlus. Fue el primer producto genéticamente modificado de la Herkul. Sirve para cumplir un solo objetivo: aumentar la cantidad de leche que producen las vacas, por lo tanto fue creado *exclusivamente* para conseguir un mayor beneficio económico. Pero el animal se enferma a causa de esta hormona y desarrolla mastitis dolorosas y supurantes. Sufre lo indecible, y hay que inyectarle cantidades aberrantes de antibiótico para controlar la infección, antibiótico que termina en la leche que bebemos. De ese modo, el cuerpo humano recibe, sin darse cuenta, cantidades ingentes de antibióticos que van ayudando a que las bacterias que nos rodean y que nos habitan se vuelvan inmunes.

—No tenía idea de esto que está contándome —admitió La Diana.

—El noventa por ciento de la población desconoce esta realidad porque empresas como Herkul y Cyklon se ocupan de que no se sepa. En este momento, hablar mal de Herkul Biotech o de los transgénicos es tabú en la comunidad científica; estamos amordazados por el miedo. Dudo de que encuentre a otro como yo, dispuesto a expresarse tan abiertamente.

—¿Y los gobiernos no hacen nada? ¿Y los organismos de control?

Paddington sonrió con benevolencia, y La Diana se dio cuenta de que había formulado una pregunta idiota.

—Hay tanto dinero involucrado, señorita, que comunes mortales como nosotros ni siquiera sabríamos leer los números que se manejan. Pero sí puedo decirle que hay malestar y preocupación en la comunidad científica y en la misma OMS, la Organización Mundial de la Salud, por lo de las superbacterias. ¿Se imagina un mundo sin antibióticos o con antibióticos inservibles para combatir las bacterias? Volveríamos a la época anterior al descubrimiento de la penicilina, en la que se podía morir a causa de un simple raspón infectado.

—¿Y Yura trabajaba en esto de las superbacterias?

—Yura, en realidad, trabajaba en un proyecto más ambicioso: un superhombre.

—Oh. ¿Superhombre? Suena a ciencia ficción.

—Ciencia, ciencia ficción, no son muy diferentes. Lo que siglos atrás parecía ciencia ficción, hoy es la realidad. Lo que hoy es ciencia ficción, en unos años podría convertirse en una verdad. Y el cerebro de Yura habría sido capaz de conseguirlo. Ciertamente, con años y mucho trabajo de investigación, pero lo habría logrado. Un hombre inmune a las enfermedades, un hombre con mayor resistencia física, que fuese fértil a una avanzada edad, que envejeciera lenta, casi imperceptiblemente.

—¿Qué había logrado hasta el momento?

—Todo estaba en la fase experimental. Trabajábamos con ratas a las que les inyectábamos un componente que les modificaba un gen, solo uno, el que produce la enzima PEPCCK-C... Disculpe —dijo—, a veces olvido que esto es chino básico para quienes no han estudiado biología molecular. Cuestión que esta enzima que interviene en el metabolismo de la glucosa, al ser modificada genéticamente produce

poco ácido láctico, que es el responsable del cansancio y del dolor muscular. Inyectándoles este compuesto a los embriones de rata, obtuvimos una camada de ratas de mayor tamaño que sus padres, capaces de correr durante horas y horas sin dar señal de agotamiento y que vivían casi el doble que las del grupo control.

—¿Grupo control?

—Una camada de ratas nacidas de los mismos padres, bajo las mismas condiciones pero sin el cambio genético. El grupo control es parte del protocolo de toda investigación. Para fines comparativos —explicó—. Cuestión que las hembras genéticamente modificadas eran fértiles a los dos años y medio (sería como los ochenta para los humanos).

—¡Qué maravilla! —se asombró La Diana.

—Pero estas superratas tenían un problema: eran muy agresivas, y no lográbamos hallar el origen de la mutación en el comportamiento. Ya ve, señorita, se toca una cosa por acá y no se sabe qué consecuencias se tendrán más allá. Como decía Yura, no contamos con el mapa completo ni conocemos todas las reglas del juego.

—Pero entonces Yura modificaba genéticamente a seres vivos, aprobaba la manipulación genética.

—Oh, ya lo creo que sí. Ella sostenía que se lograría la cura de gran parte de las enfermedades autoinmunes y del cáncer a través de la genética, pero, como le digo, era consciente de que estaba todo en pañales. Ella decía que éramos los hombres de las cavernas en materia genética y que todavía no conocíamos ni un octavo del funcionamiento del mapa genético, por lo que se debía actuar con prudencia. Pero sí, creía que en el estudio de los genes y de las moléculas estaba el secreto de todo. Lo minúsculo, lo insignificante, decía Yura, encierra el misterio del universo gigantesco.

—Después de que Yura y su equipo fueron expulsados de Peter Gray, ¿en qué quedó la investigación de las superratas?

—En nada, supongo. Sin Yura, ¿quién está a la altura para seguirlo? Nadie, al menos por el momento. Pero sin duda aparecerá un nuevo cerebro y lo retomará. Solo espero que no ceda a las presiones.

—¿A las del *sponsor*?

—Sí, a las de nuestro patrocinador más importante, que quería que se comenzase a probar en seres humanos, a lo que Yura se opuso terminantemente. Tuvo una discusión fuertísima con el director del instituto el día en que se lo ordenó.

—El patrocinador importante es siempre Aleksandar Ilić, ¿verdad?

—Su fundación, en realidad.

—Doctor Paddington, ya le he robado demasiado tiempo. Solo dos preguntas más y lo dejaré tranquilo.

—Ha sido catártico hablar de esto. Siempre callo por miedo.

—Lo comprendo. ¿Qué puede decirme del viaje de Yura a Milán?

—No mucho. Ya nos habían expulsado del Peter Gray. Yo había vuelto a Aberdeen y ella se había quedado en Edimburgo. Pero me llamó días antes para

decirme que iría a atestiguar a favor de un pobre muchacho, un ingeniero químico que trabajaba en una fábrica al norte de Italia y que, a causa de una fuga de TCDD, había quedado desfigurado por el cloracné. La empresa no admitía la existencia de una relación entre la enfermedad de la piel y la fuga de TCDD y por supuesto se negaba a pagarle una indemnización. Por eso su hermana, que es abogada, inició una demanda. Conocía a Yura porque había leído su libro y la convocó como perito de parte para que se expidiese acerca de las consecuencias de haber estado expuesto a un clorado tan tóxico como el TCDD. Nunca pudo hacerlo, pobre Yura.

—¿Sabe quién era esta abogada?

—Si mencionó su nombre, no lo recuerdo. Lo siento.

—La última pregunta está referida al padre de Miki. ¿Lo conoce?

—Sí —masculló, y apartó la vista—, claro que lo conozco. Trabajábamos juntos en el Peter Gray. Allí se conocieron Yura y Bertrand Caviel, ese es su nombre. Pero Bertrand no estaba enamorado de Yura sino de su genialidad y de su cerebro. Y cuando se dio cuenta de que no podría dominarla, la odió. La hostilizaba, la humillaba. En una palabra, la envidiaba. Se divorciaron y poco después él se marchó del Peter Gray tentado por Ouroboros, la farmacéutica de...

—De Aleksandar Ilić —completó La Diana—. Ese hombre está en todas partes.

—El mundo de la ciencia es pequeño, señorita. Y los que tienen el dinero para costear el lujo de la investigación se cuentan con los dedos de una mano.

—¿Volvió a ver a...? ¿Cómo dijo que se llama el esposo de Yura?

—Bertrand Caviel, francés, de la ciudad de Montpellier. No he vuelto a saber de él. Traté de contactarlo cuando murieron Yura y Miki, quería darle mis condolencias, pero no lo encontré. Su teléfono, el único que tengo en mi agenda, está fuera de servicio, y los mensajes que le envié a su casilla de correo me volvieron rechazados.

* * *

Por la noche, de regreso en Glendale, se encontró con que los avances y las novedades eran escasos. Habían recibido las cintas con las grabaciones de todas las cámaras del aeropuerto de Edimburgo, y McLeod estaba analizándolas, sin resultados hasta el momento. Por su parte, ella les habló del diálogo con el doctor Paddington, y aunque los hombres quedaron impresionados con la información, admitieron que no echaba luz acerca del destino de Yura y Miki.

—La única certeza con la que contamos —manifestó Callum— es que la doctora Christiansen se había ganado enemigos de mucho peso. Su muerte o desaparición no me sorprende. Solo pienso en la pérdida que es para la humanidad. Un cerebro tan brillante unido a un espíritu tan íntegro no es fácil de encontrar. Bruce, ¿has podido saber algo de la compañía italiana que sufrió la fuga tóxica?

—Estaba en ello cuando llegaron las cintas —se justificó—. Hasta ahora solo descubrí que se trata de una pequeña fábrica de sustancias químicas subsidiaria de una tal... —Consultó en el lío de papeles que rodeaba el teclado—. Aquí está. Impresit es subsidiaria de la suiza Gigaurdet. ¿Les suena?

—No —contestaron a coro.

—Diana —la llamó Bruce cuando estaba a punto de marcharse—, averigüé lo que me pediste acerca de esa casilla de correo, la que compartías con Nanuk. Aquí tienes las ocasiones en que se *loguearon* en los últimos tres meses. —Le pasó un listado—. Las líneas marcadas con un rotulador fluorescente corresponden a tu conexión en Londres. El resto son ingresos realizados desde distintos IP y distintas conexiones. Ahí tienes todo.

—Gracias —dijo, emocionada, pues si ella solo había usado la computadora que tenía en su departamento en Stanhope Gardens, que se hubiesen hecho intentos desde otras conexiones significaba que se trataba de Nanuk. ¿Por qué no le respondía? ¿Por qué tanto misterio?

El misterio de Nanuk se profundizó cuando, después de cenar, recibió una llamada de Al-Saud.

—Nanuk le pidió a Lefortovo que le hiciera un pasaporte falso.

Al-Saud hablaba de uno de los socios minoritarios de su empresa militar privada, un ruso, exagente del KGB, considerado el mejor falsificador del mundo.

—¿Cómo lo sabes?

—Ayer fui a verlo y, en un descuido de Lefortovo, vi una foto carnet de Nanuk en su taller.

—¿Estás seguro de que era una foto de Nanuk?

—Sabes que lo conozco, Diana. Es cierto que yo estaba de salida en L'Agence cuando él ingresó, pero compartimos tiempo juntos.

—¿Le preguntaste a Lefortovo cuándo le pidió Nanuk el pasaporte y para qué?

—Diana, ¿acaso no lo conoces? Lefortovo es un profesional. No revelará a nadie los nombres ni los asuntos de sus clientes. Si el KGB no lo logró al cortarle dos dedos del pie, menos lo conseguiré yo.

—Podría llamarlo e intentarlo —dijo, y comprendió el motivo de la risita burlona de Al-Saud.

—Dudo de que te diga nada. ¿Recuerdas el estado al que lo redujiste la última vez?

—Trató de tocarme —se justificó.

—Y tú le quebraste el tabique nasal y le rompiste un diente. No, Diana, olvídate de Lefortovo. Solo quería que supieras que Nanuk está nadando en aguas profundas.

—Gracias —contestó, y aferró el narval del que ya no se separaba.

Meditó que ella también estaba nadando en aguas profundas, aunque más semejaban a arenas movedizas, pues por mucho que se empeñase en averiguar, se hundía en una marea de confusión y de preguntas sin respuesta.

Temprano por la mañana, después del desayuno, se encerró en el despacho con su tío Callum antes de partir hacia Ámsterdam. El anciano le informó que el día anterior Charlotte le había confiado las llaves del departamento del general en Belgravia.

—Ayer mismo envié a Londres a una persona de mi mayor confianza. No esperé a que regresaras de Aberdeen para consultarte porque juzgué que en estas cuestiones el tiempo nos juega en contra.

—Hiciste bien, Callum.

—Mi agente llamó anoche a última hora. Asegura que el departamento está vacío.

—¿Cómo? Fue la escena de un suicidio.

—Nada, Diana.

—Contaba con hacerme de la computadora del general —se lamentó.

—Pues ni los calcetines quedaron.

—¿De quién es obra todo esto?

—De alguien que poseía acceso ilimitado a su casa. Mi agente asegura que la cerradura no ha sido forzada. Interrogó al encargado del edificio, que, después de dejarse seducir por unos cuantos billetes, le dijo que una empresa de mudanzas llegó con las llaves tres días después del suicidio, se ocupó de embalar todo y se lo llevó.

—¿El nombre de la empresa de mudanzas?

—Bogher & Tanzer —leyó el anciano de una libreta que, La Diana ya había notado, portaba consigo donde fuese—. Cuando se levante —prosiguió Glendale—, le pediré a Bruce que la investigue. Con suerte, podrán decirnos quién los contrató. No se lo mencionaré a Charlotte por ahora. Han sido días difíciles para ella. Es una mujer sensata y fuerte y nos muestra su mejor cara; igualmente debe de estar sufriendo.

—El general me comentó en una ocasión que tenía una caja de seguridad escondida bajo el piso del vestidor, en la parte destinada al calzado. La había hecho instalar él, por lo que el dueño del departamento no tenía idea de su existencia.

—Llamaré a mi agente y le diré que vuelva a investigar. Tenemos a varios buenos cerrajeros a nuestro servicio. Antes de que termine el día —pronosticó— sabremos si la caja fue también víctima del saqueo.

—¿Quién haría algo así, desvalijar el departamento del general?

—Alguien que quiere borrar la evidencia del asesinato y de lo que Raemmers sabía sobre este asunto del tráfico humano, y vaya a saber qué otras cosas. El general era un hombre bien informado, por eso perduraba en su puesto pese a que en los últimos tiempos se había vuelto muy temerario en sus declaraciones acerca del rol de la OTAN. Vacando el departamento y con Charlotte en las condiciones en que se encuentra, nadie estará en posición de afirmar a ciencia cierta si hubo cosas del

general que desaparecieron después de su muerte. Es una jugada inteligente por parte de los asesinos.

Bruce entró en el comedor, en bata, los párpados hinchados de sueño y un revoltijo rojo en la coronilla. Era raro verlo despierto tan temprano, pues, como prefería trabajar de noche, se acostaba al amanecer.

—Anoche —dijo mientras se sentaba frente a La Diana— hice un descubrimiento del que te quiero hablar antes de que te vayas a *Ámsterdam*. A eso de las doce de la noche logré ingresar en la cuenta de correo electrónico que, suponemos, era de Raemmers y que creó exclusivamente para conectarse con Carrie. Solo había mensajes *para* ella y *de* ella. Cuando intenté ingresar de nuevo en la cuenta dos horas más tarde, me encontré con la sorpresa de que había desaparecido. No hay rastros en la Red. Excelente trabajo de un profesional.

—No me gusta nada esto —apuntó Glendale—. Quien hizo desaparecer la cuenta ya sabe de la existencia de Carrie Stewart. La muchacha podría estar en peligro, y tú también, Diana, que hoy te reunirás con ella.

* * *

Al entrar en el Hard Rock Café de *Ámsterdam*, a orillas de un canal, comprendió por qué Carrie Stewart lo había elegido. Atiborrado de oficinistas y de turistas a la hora del almuerzo y con la música a todo volumen, el sitio era ideal para pasar inadvertidas, sin mencionar que cualquier intento de escuchar su conversación a través de micrófonos ambientales habría resultado inútil. La individualizó en la barra con su gorrito azul y pompón blanco y la llamó por el nombre. La chica se sobresaltó y se giró con expresión tensa. Se bajó del asiento con movimientos estudiados y medidos, como si fuese una anciana y le doliese el cuerpo rollizo.

—Soy Diana, la amiga del general Raemmers.

—Ven —indicó Carrie, con mirada huidiza y nerviosa—. He reservado una mesa. Las condujeron a un sitio en medio del caos y les entregaron los menús.

—No comeré nada —indicó, y devolvió la carta; Carrie la imitó—. Tráigame un café y una botella de agua mineral. —Carrie pidió un té, y la camarera se marchó—. Gracias por contestar a mi mensaje y por aceptar verme. ¿Cómo conociste al general Raemmers?

—Iba a preguntarte lo mismo —expresó Carrie, y guardó silencio.

—Trabajaba con él —concedió La Diana—. Además de mi jefe, era un querido amigo. Me dejó tu nombre para que te contactase y siguiese con la investigación en caso de que algo le sucediera.

—¿Qué investigación?

La Diana alzó una ceja y sonrió con suspicacia.

—La investigación que hizo que tú y él se conocieran.

—En tu mensaje me dijiste que falleció el domingo, pero no cómo.

—Suicidio.

—¡Sí, claro! —bufó la chica, y La Diana se quedó mirándole la cara redonda, de cachetes nutridos y labios pequeños—. Lo suicidaron. Estaba a punto de llegar al corazón de un mecanismo perverso y redituable, y lo hicieron desaparecer de la faz de la Tierra. No me extraña que lo hayan hecho pasar por un suicidio. Esos tienen recursos para todo.

—¿Esos? ¿Quiénes?

La chica la contempló con desconfianza, y La Diana comenzó a perder la paciencia.

—Carrie, como acabo de decirte, el general me pidió que, si llegaba a pasarle algo, continuase con su investigación. No sé por dónde empezar, él ni siquiera fue muy claro. Solo me dejó unos mensajes que intercambié contigo y esta foto, nada más. —La sacó del interior de la chaqueta y la colocó sobre la mesa—. Si tú no me das una mano, todo quedará en la nada y el general habrá muerto en vano. ¿Conoces a este hombre? —dijo, y colocó el índice sobre la cara barbuda—. Se llama Lazar Kovać.

—No, jamás lo he visto. ¿Lazar Kovać has dicho? Parece serbio. Será uno de los cabecillas.

—¿Cabecillas de qué?

—Tengo miedo —confesó la chica—. Antes de despedirme, me advirtieron que dejase de hacer lío o lo pagaría caro. He corrido un gran riesgo al venir a verte hoy. Quizás estén vigilándome.

—¿Quiénes te amenazaron?

—Los de la Baywatcher, la empresa que me contrató para trabajar en Bosnia.

La joven guardó silencio en tanto la camarera les servía.

—Mencionas a esta empresa Baywatcher como tu empleadora —señaló La Diana cuando volvieron a quedar a solas—. ¿Y qué hay de la IPTF?

—En realidad mis compañeros y yo trabajábamos para la IPTF, pero la ONU se sirve de la Baywatcher para contratar a los policías y a los agentes, y es la Baywatcher la que nos paga el sueldo y controla los aspectos formales y administrativos de nuestro trabajo.

—OK. Vamos por partes —propuso La Diana— y cuéntame desde el principio.

Carrie Stewart había conocido a Raemmers el 21 de abril de ese año en una fiesta organizada por la embajada británica en Sarajevo para celebrar el cumpleaños de la reina y a la cual se invitó a todo el personal británico que formaba parte de la policía internacional, más conocida como IPTF, y del ejército de paz, llamado SFOR por Stabilisation Force, ambos creados en los Acuerdos de Dayton y que funcionaban bajo la esfera de la ONU y de la OTAN. Su amigo —Carrie seguía llamándolo así, ni siquiera revelaba el nombre de pila— era empleado de la SFOR, y también estaba presente la noche de la celebración en la embajada. Fue él quien le señaló al general

Raemmers entre los invitados. Le dijo: «Ese es un hombre cabal e íntegro. Al menos eso asegura un compañero que trabajaba en los cuarteles generales de la OTAN en Bruselas. A él deberíamos contarle lo que hemos descubierto». Esa noche, Carrie y su amigo cobraron coraje y abordaron a Raemmers, que pese a ser un militar de alto rango y de gran prestigio se avino a escuchar a esos don nadie. Carrie le explicó que en ese momento estaba destinada a la policía de Zenica, una localidad a unos cincuenta y cinco kilómetros al noroeste de Sarajevo, pero que el fenómeno del cual le hablaría lo había visto también en otras jurisdicciones, la propia Sarajevo y Tuzla, por ejemplo. Se trataba de bares y *cabarets* donde los hombres de la ONU y de la OTAN iban para acostarse con prostitutas, solo que esos hombres sabían que las muchachas no eran profesionales sino jóvenes secuestradas y obligadas a prostituirse. Las había de varias nacionalidades, especialmente de países de la antigua Unión Soviética, como Ucrania y Moldavia. En el 99, Carrie había ingresado en el departamento de la IPTF que se ocupaba de los derechos humanos, y desde allí había atacado con determinación ese comercio infame, sin mayores resultados porque cada redada que organizaba para rescatar a las jóvenes, algunas tan solo niñas, fracasaba debido a que los dueños de los bares y *cabarets* se enteraban de antemano gracias a un alcahute en el seno de la IPTF o de la SFOR. En los pocos casos en los que había conseguido liberar a las muchachas, la Justicia bosnia las consideraba prostitutas y no víctimas de secuestro y violación. Acababan en prisión pues en Bosnia la venta de sexo es ilegal. Los dueños de los bares, juzgados como proxenetas cuando en realidad eran secuestradores y violadores, salían en libertad pagando una multa. Resultaba claro que los jueces formaban parte de la nómina de gente que trabajaba para las mafias locales.

—Las aberraciones que he visto... —se entristeció Carrie—. Cosas tan brutales e inhumanas que me gustaría borrar de mi memoria. Las tienen hacinadas en los sótanos de esos bares, en condiciones que ni un animal soportaría, sin higiene, sin comida, encadenadas. Las obligan a trabajar sin descanso. Si se quejan, las castigan violándolas o torturándolas. Las mantienen drogadas para volverlas dependientes. Es tan cruel. Quise hacer algo por ellas pero un pequeño grupo en la IPTF y yo éramos los únicos interesados en salvarlas, un grupo sin poder. ¿Sabes lo que me dijo una vez mi primer jefe en la IPTF? Que nuestros soldados necesitaban desfogarse de algún modo, que no fuese aguafiestas. Por supuesto, la policía local está al servicio de los mafiosos. Muchas veces, estos policías se cobran teniendo sexo con las chicas.

El día de la fiesta en la embajada, el general Raemmers la había escuchado con respeto y en silencio. Por su parte, el amigo de Carrie, un ingeniero mecánico que se ocupaba de la reparación de los vehículos de la SFOR, le comentó que entre sus colegas y compañeros se murmuraba acerca de la posibilidad de comprar muchachas vírgenes por pocos marcos alemanes para tenerlas como esclavas sexuales y empleadas domésticas en las casas que alquilaban.

—Meses más tarde —prosiguió Carrie—, mi amigo supo de la existencia de un video en el que unos tipos de la OTAN practicaban sexo con dos chicas, que obviamente no participaban voluntariamente en la orgía. Un mafioso, dueño de las jóvenes, les había tendido una trampa al filmarlos. Mi amigo se propuso conseguir una copia para entregársela al general.

—¿La consiguió? —se interesó La Diana.

—Sí, el general le dio el dinero y él la consiguió. La trajo cuando lo despidieron de la SFOR hace dos semanas.

—¿Por qué lo despidieron?

—En realidad, no le renovaron el contrato. Creemos que es porque descubrieron que él y yo estamos juntos. Allá en Bosnia yo estaba marcada y se me tenía por buscapleitos y por alcahueta. A mí me despidieron el 10 de octubre. Fuimos discretos para que él no corriese riesgos, pero estos cuentan con recursos que ni siquiera llego a imaginar y descubrieron nuestra relación.

—Además del video —se interesó La Diana—, ¿qué otras pruebas conseguiste reunir?

—Cuando me despidieron de la Baywatcher me robé varios de los legajos que yo misma había armado cada vez que iniciaba una investigación en algún bar o *cabaret* y que no tuve tiempo de enviarle a la fiscal. Me los llevé porque sabía que en el instante en que pusiese pie fuera de la IPTF esos legajos desaparecerían. Ahí hay nombres, fotos, historias, fechas, evidencia.

—¿Los tienes aquí, en Ámsterdam?

—Sí, en casa de mi amigo.

—Carrie, necesitaré el video y esos legajos.

—Pero ¿qué poder tienes tú? El general me habló de ti, pero ¿de qué modo podrías hacer uso de la evidencia que yo poseo?

—Por contactos del general, estoy trabajando con los servicios de inteligencia británicos. Ahí radica mi poder. Carrie —dijo, tras un silencio—, llevaré esto adelante y tengo cómo hacerlo, pero necesito de tu ayuda.

—OK.

—Entonces, dime, ¿qué hizo el general después de enterarse de esto el día de la fiesta en la embajada?

—Lo primero fue pedir la cabeza de mi jefe e hizo nombrar a uno de su confianza, con el cual trabajé muy bien. Conseguimos repatriar a varias de las muchachas. El general usó también sus influencias para que una fiscal, una mujer muy competente de Sarajevo, se hiciera de los casos y así evitar que acabasen como de costumbre en manos de fiscales corruptos, con la víctima en la cárcel y el victimario suelto.

—¿Cómo se llama la fiscal?

—Bosa Dretar —respondió, y La Diana tomó nota—. Igualmente, Bosa y yo sabíamos que esos proxenetas no eran la cabeza al mando de la red de tráfico. Aún no

hemos visto la cara de los verdaderos jefes de este horror. Manejan el comercio tras bambalinas. El objetivo de Bosa y del general era descubrir los nombres de esos malnacidos y de sus colaboradores en las fuerzas internacionales, o sea en la SFOR y en la IPTF. Él insistía en que esos peces gordos de la mafia estaban protegidos por peces gordos de las fuerzas internacionales. De otro modo, él ya los habría descubierto. Creo que tratar de averiguar esto le costó la vida.

—¿Por qué te despidieron si estabas protegida por tu jefe? Me refiero al que había hecho nombrar al general Raemmers. ¿Cómo se llama tu jefe?

—Deberías preguntar cómo *se llamaba* mi jefe. Richard Tomkins, ese era su nombre. Él y su ayudante murieron en un *accidente* —subrayó la palabra con sarcasmo—. Fue en una curva del monte Igman, cuando viajaba desde Sarajevo para participar en una de las redadas que habíamos organizado en una localidad rural. Debido al trabajo que estábamos realizando, esos malditos hijos de puta habían comenzado a desplazarse a zonas menos pobladas. En general, ya no tenían a las chicas expuestas en bares o *cabarets*, sino en casas de campo o departamentos. Era muy difícil descubrir dónde las escondían, pero al final lo descubríamos gracias a una fuente de información muy buena que Richard había conseguido y que le revelaba los lugares y los nombres.

—¿Sabes quién era esa fuente de información?

—Richard nunca me lo reveló. Lo más probable es que se tratase de uno de la red de tráfico, pues estaba enterado de cuestiones muy importantes. Lo cierto es que mi jefe murió en ese supuesto accidente. Entonces me di cuenta de que la fuerza contra la que combatía era muy superior a mí, aun superior al poder del general, y empecé a temer por mi vida. Cuando la Baywatcher me despidió en octubre decidí atacarlos desde otro sitio. Y me robé los legajos.

—Los necesito —insistió La Diana—. El video también.

—Déjame hablar con mi amigo. Sin consultarlo no haré nada. Hoy acepté encontrarme contigo porque quería conocerte, verificar si podía confiar en ti. Tengo mucho miedo. Es probable que los de la Baywatcher hayan descubierto que faltan los legajos. No dudarán un instante: sabrán que he sido yo. Y vendrán tras de mí porque también sabrán que estoy dispuesta a llevar adelante esta lucha. No puedo abandonar a esas desgraciadas. Las torturas a las que las sometían... —dijo, y le falló la voz.

La Diana sorbió el café para darle tiempo a que se repusiese. Luego le preguntó:

—Afirmas que los empleados de la ONU y de la OTAN que usan los servicios de las chicas saben que no son profesionales sino víctimas de secuestros.

—Así es. No digo que todos participen del tráfico y saquen una ventaja económica. Estoy segura de que, en realidad, los involucrados en el delito son una minoría. Pero sí afirmo que todos saben que esas pobres chicas no están ahí por voluntad propia, y eso ya constituye un delito, el de encubrimiento y complicidad, sin mencionar que en Bosnia pagar para obtener sexo, aunque estemos hablando de prostitutas profesionales, es ilegal.

—¿Has visto personal de la ONU y de la OTAN en esos *cabarets*?

—Sí, con mis propios ojos. Ni siquiera necesitas entrar en esos lupanares para saber que están ahí. Puedes ver los automóviles aparcados fuera con la sigla UN estampada en las puertas. Ni siquiera se preocupan por estacionarlos donde nadie los vea. Igualmente empecé a sospechar que miembros de las fuerzas de paz eran parte de la clientela durante una de las primeras redadas cuando encontré dólares y libras en la caja fuerte del dueño del local. En Bosnia es fácil encontrar marcos alemanes, que es la moneda de referencia de ellos ya que el dinar y el marco bosnioherzegovino no valen nada, pero dólares y libras, ah, no, eso sí tenía que venir de las fuerzas internacionales. La confirmación llegó en una oportunidad en que conduje a un grupo de chicas rescatadas de un burdel a los cuarteles de la IPTF en Tuzla, y una de ellas me llevó al baño y me susurró que dos de mis compañeros eran sus clientes, uno especialmente violento.

Acordaron volver a verse en ese mismo restaurante y a la misma hora al día siguiente. La Diana le entregó a Carrie la tarjeta del hotel en el cual se alojaba, uno a pocas cuadras de allí.

—Llámame por cualquier cosa. Mi habitación es la dos, cero, dos. No importa la hora que sea. Llámame.

Fue pan comido seguir a Carrie Stewart hasta su casa sin que sospechase que lo hacía, pese a que se la notaba nerviosa y atenta; observaba el entorno permanentemente y, mientras caminaba, se volvía para mirar. La Diana se compadeció de ella, del terror en el que vivía y, sobre todo, de las imágenes que le habían quedado impresas en la retina.

* * *

Al día siguiente, a eso de las dos menos cuarto, como Carrie no aparecía en el Hard Rock Café, La Diana se puso en marcha. Veinte minutos más tarde, llegó al edificio en el cual la había visto ingresar el día anterior. Una pequeña multitud se agolpaba en la puerta, y al ver el cordón de cinta amarilla y negra para mantener al gentío a raya, supo que Carrie y su amigo no habían tenido un buen final. Eligió a una mujer mayor y le preguntó en inglés qué sucedía.

—Crimen pasional, eso dicen. Mató a su novia de un disparo y después se suicidó.

Las puertas se abrieron y aparecieron los de la división científica enfundados en sus monos blancos con capucha. Empujaban las camillas que transportaban los cuerpos en sacos negros. La Diana se preguntó si ella había conducido a esos dos pobres diablos a la tumba o si el que había hecho desaparecer la cuenta de correo electrónico de Raemmers había descubierto dónde se escondía la única persona que figuraba en la casilla, Carrie Stewart. Pensó en quedarse en Ámsterdam para entrar en

el departamento esa noche y buscar los legajos y el video. Meditó que sería en vano y demasiado imprudente. Quien hubiese planeado los asesinatos de la chica inglesa y de su amigo no habría dejado rincón sin revisar para obtener el material. Además, podían haber dado con la tarjeta del hotel que le había entregado a Carrie el día anterior e ir a averiguar quién se alojaba allí.

Regresó al hotel, y usó el teléfono público de la recepción para llamar a Seamus y pedirle que alistase el Agusta; en una hora estaría en el aeropuerto de Schiphol. Solicitó en la conserjería que le preparasen el *check-out* de la dos, cero, dos. El empleado la sorprendió al entregarle un pequeño paquete, del tamaño de la caja de un anillo o de un par de pendientes, envuelto en papel madera, ajustado con una cuerda delgada de bramante; no tenía inscripciones ni sellos.

—¿Quién lo trajo?

—Una joven.

—¿Bajita y regordeta?

—No, más bien alta y delgada. Aunque no me pregunte cómo era porque tenía la capucha del abrigo sobre la cabeza de esa manera tan fastidiosa en que la llevan los jóvenes hoy en día aunque no haga frío. Resultaba difícil verle los rasgos.

—¿Le entregó la caja y simplemente se marchó?

—En realidad, preguntó por usted. Le dije que había salido. Le ofrecí que dejase un mensaje y me dijo que no. Se sentó allí a esperar. —El hombre señaló un sillón del *lobby*—. Se la veía nerviosa. Sacudía las piernas y miraba con ansiedad hacia la puerta. La esperó cuarenta y cinco minutos al cabo de los cuales se levantó, me entregó la caja, me pidió que se la diese y se fue.

—¿No le preguntó el nombre?

—No me dio tiempo.

Agradeció y se retiró a su habitación. Había una tercera persona involucrada en el misterio de Carrie Stewart. Estudió la cajita antes de decidirse a levantar la tapa. Solo contenía una llave. Guardó todo en una bolsa de plástico con la esperanza de que Callum Duncan hiciese analizar las huellas digitales.

CAPÍTULO V

*Nos dicen que los conflictos tribales estallan
(o se encienden) inexplicablemente.
Solía aceptar esto sin pensarlo mucho, pero ahora cuando me
entero de que un conflicto tribal está estallando intento
descubrir en beneficio de quién se dejó caer el fósforo.*

Conor Cruise O'Brien, político y escritor irlandés
(1917-2008)

En el castillo de Glendale la esperaban algunas novedades. Una tal Inger Stadler había contratado a Bogher & Tanzer, la empresa de mudanzas que se había ocupado de vaciar el departamento de Raemmers. La otra noticia era que en la caja de seguridad solo habían hallado un reloj Patek Philippe y joyas, que Callum ya le había entregado a Charlotte.

—Inger Stadler —informó La Diana a Duncan y a McLeod— es una de las secretarías del general. De extrema confianza. Trabajaban juntos desde hacía años. El general confiaba en ella.

La Diana no perdió tiempo y llamó a Inger desde el celular asignado por L'Agence aunque ya fuesen pasadas las seis de la tarde.

—Diana —contestó la mujer con su habitual tono monocorde y poco amistoso.

—¿Ordenaste que se vaciara el departamento del general?

—¿Cómo lo sabes?

—Estoy averiguando en nombre de la señora Raemmers.

—Nos comentó el general De Souza que estás haciéndote cargo de ella.

—¿General De Souza?

—Lo promovieron hace dos días. Ahora es el jefe de L'Agence.

La noticia no la sorprendió.

—¿Por qué dispusiste que se vaciara el departamento?

—Porque era alquilado y lo pagaba L'Agence. Había que liberarlo.

—¿Dónde pusiste los muebles y las cosas de Raemmers?

—Danika y yo supervisamos la mudanza. Todo se ordenó en cajas con inventarios, que se almacenaron bajo llave en una empresa guardamuebles, de las más confiables de Londres.

—Necesito la computadora del general.

—¿La computadora del general? Ahora la usa el general De Souza.

—No esa, Inger. La que estaba en su casa.

—En casa del general no había *ninguna* computadora.

—¿Ni siquiera una portátil?

—La única computadora portátil del general de cuya existencia estoy en conocimiento se encontraba en el despacho. En su casa no había nada —insistió.

No tenía sentido discutir. Le creía; sabía que la mujer decía la verdad. Probablemente la computadora personal de Raemmers había desaparecido el día del asesinato.

Si bien McLeod se había dedicado principalmente a mejorar la calidad de las imágenes del aeropuerto de Edimburgo, había tenido tiempo de investigar a Lazar Kovać, el barbudo de la fotografía. Su nombre figuraba entre los fundadores de una escolita de fútbol en Sarajevo llamada Klub Bubamara.

—Mariquita —tradujo La Diana.

—¿Cómo has dicho? —preguntó Callum Duncan.

—*Bubamara* significa mariquita o vaquita de San Antonio en serbocroata.

—La vaquita de San Antonio es símbolo de buena fortuna —comentó el noble escocés— y de mejoría en el clima. Son muy apreciadas en las zonas rurales porque las mantienen libres de plagas.

—Justamente es el símbolo del Klub Bubamara —aportó Bruce—. Hay un texto muy corto en inglés en el que dice que se trata de una escolita de fútbol.

—¿Una escolita de fútbol? —se desorientó La Diana—. Debe de haber un error. ¿Ninguna foto de las autoridades?

—Ninguna —confirmó McLeod—. La página es muy pobre y está mal diseñada, sin nada de tecnología. Los Balcanes acaban de abrirse al mundo de Internet. Imagínense que hace pocos meses se le asignó a Bosnia el dominio de nivel superior. Es b y a. Ba.

—¿Y qué más dice la página del Klub Bubamara?

—Hay un párrafo pero en serbocroata —se justificó McLeod, e hizo rodar su butaca para dar sitio a La Diana, que se sentó frente a la computadora.

Leyó rápidamente antes de resumir:

—Habla de la creación de una escuela de fútbol en la que participan niños de todas las etnias y religiones como ejemplo de hermandad y amistad. Detalla el domicilio, que es también el de un gimnasio. Allí entrenan los niños. ¿Hay fotografías del gimnasio?

—Las pocas fotografías que publican —contestó McLeod— son de niños jugando al fútbol. Los adultos que aparecen ni por lejos semejan al Lazar de nuestra foto.

—Oh, Dios bendito —susurró La Diana—. Usan la escolita para hacerse de niños para la red de tráfico sexual.

—Es lo que sospechamos con Callum —admitió McLeod.

—Al menos —intervino Glendale— sabemos dónde ir a buscar a Lazar Kovać.

—Siempre y cuando —intervino Bruce— sea el mismo Lazar Kovać de la fotografía que dejó el general.

—Eso solo podremos confirmarlo en el terreno —manifestó La Diana—, viéndolo en persona.

—Lazar sí. Es el nombre serbio masculino por antonomasia. Kovać, no. Es la primera vez que lo escucho. Pero sí, podría tratarse de dos Lazar Kovać distintos. De este segundo Lazar Kovać ¿hay fotografías?

—Ninguna. De nuevo, la página de la escuela es incompleta y pobre. Incluso tiene íconos que dicen «under construction». Traté de buscar su nombre en la nómina de profesores del Ministerio de Educación, pero, como sospechaba, el gobierno no tiene nada digitalizado. Por supuesto, tampoco lo está el Registro Civil.

A Callum Duncan no se le borraba el ceño desde que se había enterado de que Carrie Stewart y su amigo habían muerto. Abandonó el estudio de Bruce McLeod en silencio y con actitud meditabunda. La Diana lo observó marcharse.

—Está preocupado por ti. Sospechábamos que nos enfrentábamos a un grupo que no se detiene ante nada. La muerte de la Stewart y de su amigo solo reafirma la conjetura. Ven, quiero mostrarte algo que descubrí viendo las imágenes del aeropuerto de Edimburgo del día anterior al vuelo de Yura. Mira y dime qué ves de insólito. —Accionó la grabación y transcurrieron un par de minutos antes de que La Diana notase algo extraño.

—La mujer que entró en el baño con un bolso salió *sin* el bolso.

—Exacto —confirmó Bruce—. Revisé la grabación hasta diez horas más tarde, y la mujer no volvió por el bolso ni nadie salió con él para llevarlo al sector de objetos perdidos. ¿Y si en ese bolso, que quedó escondido en el baño, había ropa para cambiar las de Yura y Miki? Oye mi teoría. Las llevaron, a ella y a Miki, al baño y las obligaron a cambiarse de ropa, quizás hasta les pusieron pelucas, mientras las sustitutas se vestían con las prendas de Yura y de Miki, pero no les cambiaron los zapatos tal vez porque calzaban distinto número, por eso el detalle de la hebilla en el talón que tú descubriste. Después, las sacaron del aeropuerto al mismo tiempo que las sustitutas se embarcaban hacia su muerte.

—¿No hay cámaras en el baño? —se interesó La Diana.

—No. Estaba por avanzar hasta el día del vuelo de Yura cuando llegaste. ¿Seguimos?

Se trataba de una tarea tediosa y desalentadora. Un rato más tarde, La Diana se percató de algo.

—¡Mira! Esa es Yura.

—Sin Miki —apuntó McLeod con acento sombrío—. ¿Y ese hombre que la sigue de cerca?

Se trataba de un hombre calvo, corpulento y más bien alto, que iba con lentes oscuros y el cuello del sobretodo subido, lo cual le ocultaba en parte las facciones. Caminaba detrás de Yura, pero no podía afirmarse que fuesen juntos. La mujer entró

en el baño y el hombre se quedó fuera. Al rato, salieron una mujer y una niña. ¿Cuándo habían ingresado esas dos?

—Mira —indicó La Diana—, la mujer lleva el mismo bolso que la otra dejó en el baño el día anterior. Lo reconozco por este círculo en la base. Y observa a la mujer, lleva el cabello igual que Yura, con ese corte *carré* tan peculiar. En lo que va de la filmación no hemos visto entrar a nadie con ese corte como no sea Yura. ¿Es la misma mujer que dejó el bolso el día anterior solo que con un corte de pelo distinto?

McLeod encendió otra pantalla y compararon las imágenes.

—Es difícil decir —se resignó el pelirrojo—. He mejorado la imagen, pero tampoco puedo hacer magia con una filmación de tan mala calidad, sin mencionar que, si es la misma mujer, está cambiada con la peluca o el nuevo corte. En cuanto a la niña, no es Miki. Pero tengo un *software* que puede ayudarnos.

La filmación siguió avanzando en tanto McLeod tecleaba en una de sus computadoras. La mujer dejó el bolso a un costado de la puerta del baño y se alejó con la niña. Un momento después, el hombre corpulento se inclinó y lo levantó. La Diana detuvo la imagen.

—Bruce, mira. ¿Ves eso? —Indicó la nuca del sujeto que, al agacharse para recoger el bolso, había quedado expuesta—. ¿Qué es? Parece un tatuaje —se respondió a sí misma—. ¿Podrías ampliar la imagen en este sector?

—Sí, puedo, pero sacrificaré la nitidez. —McLeod lo hizo—. Es un tatuaje —confirmó—. Si tan solo pudiésemos definir qué es.

Se abrió la puerta del estudio y entró Callum Duncan con paso decidido.

—Claus Buunk —anunció.

—¿De qué hablas, Callum?

—Claus Buunk era el amigo de Carrie Stewart. Acabo de hablar con un periodista de la *NRC Handelsblad*, el periódico más importante de Holanda. El tipo se encarga de la crónica policial. Dice que el hombre que asesinó a su novia en la madrugada de hoy y después se voló la cabeza se llamaba Claus Buunk.

—¿Alguna información adicional? —preguntó McLeod, y Glendale extrajo su libreta de donde leyó:

—Claus Buunk, treinta y siete años, ingeniero mecánico, huérfano de padre y de madre. Solo tenía una hermana menor, Alexandra. Están tratando de contactarla para una entrevista pero no está en su domicilio, y su empleador, el dueño de un bar, dice que desde hace dos días no se presenta a trabajar.

—Diana, ¿será la misma chica que te dejó la llave en el hotel? —conjeturó McLeod.

—Pensé lo mismo —manifestó Duncan.

—Imposible saberlo. No se anunció con el conserje.

—¿Cámaras en el *lobby* del hotel? —sugirió Bruce.

—No, al menos no a simple vista. Era un hotel de tres estrellas —justificó—. Tal vez podríamos saber algo si hiciésemos analizar las huellas digitales de la caja y de la

llave.

—Acabo de hablar con un contacto en la Europol —anunció Glendale—. El lunes le haré llegar a la sede de La Haya la cajita y la llave para que las haga analizar. Me prometió ser expeditivo.

Sonó el celular de La Diana, el que usaba para comunicarse con los de L'Agence. Era De Souza.

—General —dijo.

—Ah, veo que ya te has enterado.

—Felicitaciones.

—Es un logro en mi vida profesional que llega en el peor momento de mi vida personal. Acabo de perder a mi esposa y a mi mejor amigo en el arco de pocos días.

—Sé lo que es perder a un ser querido, general. Pero si de algo sirve, me gustaría contarle que el tiempo y mantenerse ocupado ayuda.

—Gracias, Diana. ¿Qué haces en Escocia?

La pregunta la descolocó.

—¿Cómo lo sabe?

—No sería un buen comandante de mi tropa si no supiese dónde están mis soldados. Por otro lado, ser la sobrina nieta de uno como Callum Duncan no es una información que se pueda soslayar, no en un mundo como el nuestro.

—Acabo de enterarme del parentesco. Vine a conocerlo.

—¿Cómo supiste que era tu tío abuelo?

—Callum Duncan se contactó conmigo —mintió con culpa, pero incapaz de frenarse.

Al escuchar su nombre, el barón de Glendale apartó la vista de la imagen que McLeod le mostraba en la computadora y la contempló con seriedad.

—¿Charlotte está contigo? —se interesó el militar portugués.

—En Francia —insistió con el engaño—, en casa de unos amigos. Está bien, dentro de lo que cabe.

—Llamaba para avisarte que el funeral de Anders será en dos días, el lunes 20 a las mil treinta —anunció en la jerga militar para indicar las diez y media de la mañana—. Lo enterraremos en el cementerio de Highgate, junto a su nieta. Me gustaría que Charlotte asistiese.

—No creo que sea prudente volver a moverla, general. Para alguien en su condición, el solo hecho de abandonar la silla de ruedas para pasar a la cama es complicado.

—Entiendo. ¿Le avisarás, entonces? ¿Le dirás del funeral y que lo enterraremos junto a Birgitta? Quiero que sepa que pienso en ella y en mi amigo.

—Por supuesto, general. ¿Cómo está su hija? —preguntó para cambiar de tema y evitar que le pidiese el teléfono de la casa donde se hospedaba la mujer de Raemmers.

—Inés está bien, gracias a Dios. En casa, al cuidado de una enfermera.

—¿Ya sabe lo de la madre?

—No, y no me atrevo a decírselo. Le mentí, le dije que había ido a visitar a sus abuelos a Portugal.

—Entiendo.

—No sé qué hacer —admitió, y a La Diana esa muestra de debilidad no la asombró; a diferencia de Raemmers, De Souza siempre había revelado un sustrato compasivo y humano, y lo hacía de manera natural.

—Consulte con un psicólogo infantil, general.

—Es lo mismo que me ha sugerido mi hermana. ¿Cuándo te reincorporarás?

—El lunes mismo, después del funeral.

Cortaron segundos más tarde, y Callum Duncan interrogó a La Diana sin necesidad de palabras.

—Sabe que estoy aquí, con usted.

—Te ubicó a través del celular —indicó McLeod, y señaló el aparato que La Diana aún sostenía en la mano—. Con la tecnología adecuada, ese adminículo delata tu ubicación geográfica en un radio de un centenar de metros. Y no valdría de mucho que lo apagasen porque con la tecnología que, creo, cuentan tus jefes, igualmente te rastrearían. Lo mejor es hacerlo desaparecer.

—Debo mantener un canal de comunicación abierto las veinticuatro horas del día, los trescientos sesenta y cinco días del año. Es parte del protocolo.

—¿Por qué le mentiste acerca de Charlotte? ¿No confías en tu jefecito?

—Confío en él, Bruce, pero si, como Raemmers sospechaba, hay traidores en la OTAN, puede venderme sin darse cuenta.

—De Souza será cauto —intervino Callum Duncan—. Sabe más de lo que dice. Probablemente Raemmers le haya confiado algunas de sus dudas.

La Diana se percató de un detalle que se le había escapado hasta ese momento, y el corazón le dio un salto.

—De Souza sabía que Charlotte estaba en Bellavista Manor.

—¿Cómo, querida?

—De Souza sabía que Charlotte estaba en Bellavista Manor —repitió pausadamente—. La noche en que el general me confió la cuestión del tráfico humano, me dijo que solo Nanuk y yo sabíamos dónde estaba su esposa, en Bellavista Manor. Días atrás, cuando De Souza me llamó para decirme que había ido a la casa de reposo para comunicarle a Charlotte lo de la muerte del general, no me acordé de que supuestamente él no estaba al tanto de dónde se encontraba.

—Entiendo —masculló el barón escocés.

—Tal vez Raemmers —sugirió McLeod— se olvidó de que su amigo lo sabía o no lo tuvo en cuenta porque era parte de su entorno más íntimo. Era lógico que lo supiese, se caía de maduro, y él estimó que tú lo darías por sentado. Dices que hacía años que trabajaban juntos; tenían una relación personal además de laboral.

—Puede ser que el general lo haya olvidado, solo que él no se olvidaba de nada.

—Estaría bajo mucho estrés —insinuó McLeod.

—Sí, lo estaba.

—El estrés —declaró Callum Duncan— nos juega feos bromas. Lo sé por experiencia.

* * *

Fue a buscar a Charlotte a su recámara para llevarla al comedor. En el camino, le preguntó en francés:

—Charlotte, ¿quién iba a verla al Bellavista Manor? Además del general, claro está.

—Nanuk. No últimamente —añadió.

—¿Y Alberto de Souza?

—No. Severina.

Si la mujer de De Souza la visitaba, era lógico que el portugués estuviese al tanto, lo que a su vez también cuadraba pues la amistad entre él y Raemmers daba lugar a ese tipo de confianzas. La Diana sintió un gran alivio. El general se había olvidado de contar a los De Souza entre los que conocían Bellavista Manor.

—Fue dos veces, creo —dijo Charlotte—. Muy mal.

—¿Severina de Souza estaba muy mal?

—*Oui*.

—No quiero parecerle indiscreta, Charlotte, pero ¿sabe por qué Severina de Souza estaba mal? ¿Por la salud de Inés, su hija?

—No me acuerdo —admitió tras un intento por conjurar los recuerdos.

Después de cenar, durante la sobremesa, La Diana anunció que el domingo partiría a Londres.

—Charlotte —dijo, y le sonrió—, el lunes a las diez y media será el entierro del general. Hace un rato me llamó De Souza para avisarme. Quiere que usted asista, pero yo le expliqué que es complicado movilizarla. Creo que si el general me pidió que la sacase de Bellavista Manor era porque temía por su seguridad. Si volvemos...

—Si quieres ir, Charlotte —intervino Glendale—, puedo disponer de guardaespaldas que no permitirán que nadie se te acerque.

—Gracias, Callum. No. Me quedaré. Ya despedí a Anders en mi corazón.

El silencio reinó en la mesa. Los comensales, aun la enfermera que asistía a Charlotte, se habían quedado perplejos; era la primera frase larga, bien hilvanada y sin necesidad de tomar grandes porciones de aire que la mujer de Raemmers pronunciaba.

—De Souza insistió en que le dijese que enterrarán al general en Highgate, junto a Birgitta.

El nombre de la nieta se propagó en el mutismo, y La Diana, que no quitaba la vista de la mujer, vio cómo se le arrasaban los ojos celestes. Callum Duncan se quitó la servilleta de la falda, la depositó junto al plato y se levantó.

—Permítame —le indicó a la enfermera, y él mismo empujó la silla de ruedas fuera del comedor.

* * *

Estaba exhausta. Ese sábado 18 de noviembre había comenzado en Ámsterdam con buenas probabilidades de hacerse de un video y varios legajos que echarían luz sobre tanta confusión y terminaba en Escocia sin nada. No, sin nada no, con las muertes de Carrie Stewart y de Claus Buunk en la conciencia, pues temía que así como el general De Souza la había localizado a través del celular de L'Agence, ¿por qué no los corruptos de la OTAN? Ella los había conducido hasta Carrie y Claus.

Era perentorio considerar detenidamente el asunto de los legajos que Carrie se había robado de los archivos de la IPTF. Si los de la Baywatcher habían notado la falta, habrían deducido que la empleada díscola los había tomado. Luego de asesinar a Carrie y a su novio, si no los habían hallado en su departamento de Ámsterdam, entonces presumirían que se los había entregado. Se pondrían en marcha para aniquilarla. Se acordó también de que la dirección de correo electrónico de Raemmers, esa extraña sucesión de números y letras —aaAbBccC123—, había desaparecido. Si quien la había borrado del espacio cibernético había leído el nombre de Carrie Stewart, el único que figuraba en la casilla, entonces conocía la existencia de la muchacha. Y si el profesional que había entrado en el correo electrónico del general luego había *hackeado* el de Carrie, entonces había leído el único mensaje que ellas intercambiaron y, por ende, habría comenzado a sospechar que Raemmers la había puesto al tanto de la situación en los Balcanes. ¿Acaso no habían instalado cuatro micrófonos en su departamento de Stanhope Gardens esperando oír las confesiones que Raemmers le hiciese? Probablemente no sabrían a ciencia cierta qué le había revelado, pero si era o eran los profesionales que ella suponía, no dejarían un cabo suelto. Entonces, ¿por qué no liquidarla en Ámsterdam?

Cuestión que Carrie y Claus estaban muertos, sea como fuese que sus asesinos hubiesen llegado hasta ellos. Sostuvo el celular de L'Agence en la mano y lo contempló como si se tratase de un gusano repugnante. ¿Estaría desvariando? Ella no conocía al tal Claus Buunk; quizás era un violento psicópata que en verdad había asesinado a Carrie. ¿Y qué había de la llave que la muchacha sin rostro ni nombre le había dejado en el hotel?

Carrie y Claus habían muerto porque sabían demasiado, esa era una de las pocas certezas con que contaba en esa maraña de datos inconexos y sospechas, y no dudaría de ello. ¿Y qué pito tocaban Yura y Miki? Las habían sustituido por dos pobres

desgraciadas que habían acabado destrozadas en el aire. Pero ¿por qué? ¿Dónde estaban? ¿Nanuk lo sabía? ¿Qué hacía Nanuk con Aleksandar Ilić en Roma? Desde su regreso de Rumania, con la sucesión de hechos como disparos de metralleta, no se había tomado un instante para meditar acerca del increíble descubrimiento: su amigo trabajaba como guardaespaldas de uno de los hombres más ricos del mundo. Al menos ahora sabía que, si bien no contestaba los mensajes que le escribía en la carpeta «Borrador», los leía.

Se sentó en el borde de la cama y se apretó las sienes. Le habría gustado dormir profundamente y despertar diez años más tarde. Le habría gustado olvidarse de todo. Se cuadró y realizó unos ejercicios de elongación y respiratorios en tanto se reprochaba el instante de debilidad. Se instó a no flaquear ni a sentir lástima de sí misma. Ella estaba en ese castillo de ensueño, protegida, bien alimentada y cuidada; allá fuera, en cambio, miles de mujeres y niños sufrían padecimientos inconfesables que no era necesario que se los describiesen. Nadie merecía un destino tan nefando. A diferencia de la mayoría de los pobres desgraciados que caían en manos de traficantes, ella había salido viva del infierno de Rogatica, con cicatrices, sí, pero con una fortaleza en el cuerpo y en el espíritu que la capacitaba para luchar con la determinación de diez hombres. Se sentía en deuda. ¿Con quién, si ella no creía en Dios? En realidad, creía porque le resultaba difícil negar la inteligencia que se adivinaba tras el diseño del mundo y del hombre. Sí, creía en Dios, pero estaba enojadísima con Él. Por lo tanto, ¿a quién le debía qué? A nadie le debía nada, resolvió. La necesidad de luchar por esos infelices nacía de algo a lo cual se había cerrado tiempo atrás pese a que Leila se lo había mostrado una y otra vez: compasión. Después de todo, ¿no era el significado de Ana, la última parte de su nombre?

Sonrió y agitó la cabeza al escuchar el timbre del celular y descubrir de quién se trataba.

—Leila —dijo a modo de saludo.

—¿Dónde estás?

—En Escocia.

A la respuesta le sucedieron unos instantes de silencio.

—¿Viste las fotos de Daisy que te envié con Peter?

—No tuve tiempo.

—Me gustaría que las vieses. Está más parecida a ti ahora.

—Sí, por el cabello rubio y los ojos oscuros —apuntó con ironía.

—No, en eso se parece a mí. Me recuerda a ti por lo alegre y vivaz. Es muy parlanchina, como lo eras tú.

—Leila, no me daré cuenta de lo parlanchina que es a través de las fotos.

—Sí, podrás verlo porque en todas sale sonriendo o hablando o agitando las manos. Es una niña tan feliz.

—Como lo éramos nosotros —señaló, y odió el peso que se le formó en la garganta.

—Soy feliz, Maša. Sanny también.

«Y eso es todo lo que cuenta para mí», habría expresado si hubiese reunido el valor. Era capaz de enfrentar a un enemigo armado, pero no a Leila. A Leila le temía como a nadie. Abrir la caja de Pandora que su hermana le ofrecía significaría el acabose; ningún poder la rescataría del abismo que se escindiría a sus pies y en el que habitaban los dragones más terribles.

—¿Qué necesitas? —preguntó con dureza—. Estaba por irme a la cama. Estoy deshecha.

—¿Cuándo vendrás a París?

—Matilde me invitó al cumpleaños de Jérô. Si puedo, iré.

—Nosotros también iremos. Podríamos ir juntos los cuatro.

La Diana alejó el celular de la oreja cuando escuchó la vocecita y los gritos alegres de Daisy; la fastidiaban. Solo pensar en encerrarse en el habitáculo del automóvil de su cuñado y enfrentar el viaje hasta Ruán con Daisy junto a ella le alteraba el ritmo cardíaco.

—Te agradezco, pero iré por mi lado.

—Está bien —susurró Leila, y La Diana se detestó por herirla—. Te dejo ahora. Tengo que llevar a Daisy a la cama.

—OK —dijo, e intentó suavizar la voz—. Nos vemos.

* * *

¿Por qué se desató la guerra en los Balcanes? ¿Por qué se volvieron personas comunes y corrientes unas contra otras con una ferocidad inaudita? ¿Qué fue lo que nos pasó? La religión, eso nos pasó. O eso nos dicen, porque incluso esa explicación no me satisface. Como sea, la religión era la excusa para proceder a la limpieza étnica, como está de moda llamarla, cuando no fue otra cosa que un simple y llano genocidio. Tres religiones que durante los cuarenta años de reinado de Tito no habían contado en absoluto ni habían formado parte de nuestras vidas, de repente se transformaron en el centro de la existencia misma del pueblo yugoslavo.

Pero ¿por qué abrazamos tres religiones un grupo de gente que pertenecía a la misma raza —la eslava—, que ocupaba el mismo territorio, hablaba la misma lengua y tenía las mismas costumbres? Aquellos que siglos atrás se habían rendido ante el poderío del Sacro Imperio Romano se convirtieron en católicos; fueron en especial los grupos asentados en Croacia. Los que sucumbieron al soberano del Imperio Bizantino, también llamado Imperio Romano de Oriente, abrazaron el cristianismo ortodoxo, y en su mayoría fueron los serbios. Siglos más tarde, cuando el Imperio Turco Otomano conquistó los Balcanes, los bogomiles, miembros de una secta maniquea con raíces en Bulgaria, abrazaron la fe del invasor en contra de la

cristiana, que los consideraba herejes y los perseguía; habitaban en su mayoría en la actual Bosnia.

Dejando de lado por un momento las cuestiones religiosas, ¿por qué nos atacamos con tanta ferocidad? ¿Por qué no resolvimos las diferencias de modo civilizado? Todavía me lo pregunto. Ensayo respuestas, todas carecen de lógica o de sentido común pues fue una guerra de locos. El general Raemmers sugirió que tal vez se trató de una puesta en escena para justificar ante la comunidad internacional la existencia de la OTAN. Con el final de la Guerra Fría y la disolución de la Unión Soviética, la opinión pública empezó a exigir las reducciones de los presupuestos en gasto militar. Se comenzó también a cuestionar el rol de la Alianza del Atlántico Norte, el gigante que había mantenido a raya a Rusia y que le había ganado la contienda al comunismo. Sí, tal vez las guerras yugoslavas se prolongaron innecesariamente para cumplir con ese objetivo, pero ¿qué las había iniciado? ¿Quién había arrojado el fósforo sobre la hierba seca? Los nombres eran muchos y los repetían en la radio y en la televisión con perversa constancia: Slobodan Milošević, Radovan Karadžić, Ratko Mladić, Franjo Tuđman, Momčilo Krajišnik; políticos ultranacionalistas que hablaban y hablaban; ninguno escuchaba. Comunicaban mensajes de odio racial, desconfianza y conflictos armados. ¿No habíamos aprendido nada de la Segunda Guerra Mundial?

Más allá de todo, Leila y yo seguíamos con nuestras vidas en Rogatica. Llamábamos a diario a mis padres hasta que el 18 de abril nadie contestó en casa ni en U Partizanski. Desesperada, telefoneé a lo de Cavic y me atendió Fatima. «¡Maša!», exclamó, y en su acento preocupado me pareció redescubrir a la amiga de la infancia. «Esto es un caos», me confesó para después explicarme que el ejército serbobosnio al mando de Mladić se había apoderado de Bratunac y que, desde allí, había lanzado un ultimátum: los musulmanes de Srebrenica entregaban sus armas o enfrentarían un ataque sin tregua. «Tus padres y Sanny escaparon al bosque con los demás». Si Fatima me hubiese dicho que le habían crecido alas y que se disponía a volar no me habría sorprendido tanto. ¿Mis padres y mi hermano habían abandonado todo y huido? ¿Al bosque? «Fatima, hablé con ellos ayer», objeté «y no me dijeron nada». «No querían preocuparlas. Además, Ratko insistía en que no abandonaría el U Partizanski, pero mi padre lo convenció esta madrugada de que se fuese y le prometió que cuidaríamos la casa y el restaurante. Los Tigres de Arkan están en la colina». Esa fue la primera vez que escuché el nombre del temible grupo paramilitar a manos de un conocido delincuente serbio, Željko Ražnatović, a quien llamaban Arkan. Un hombre cruel, sin moral ni compasión, temido en Europa por sus atracos a bancos y asesinatos. Murió en enero de este año en Belgrado, en un ajuste de cuentas entre mafiosos. El tribunal para la ex Yugoslavia jamás logró apresarle ni juzgarlo; espero que arda en el infierno, si tal cosa existe.

Leila me oyó con serena atención. Nos abrazamos y lloramos. Luks gañía a nuestro lado y nos empujaba con la cabeza. Leila cortó el abrazo y se pasó las manos

por los ojos empapados. «Basta», dijo. «Vamos a prepararnos o llegaremos tarde al hospital». Como cada día, tomamos el colectivo. Íbamos ensimismadas. Yo contemplaba la calle y lo hacía con una mirada distinta. Empecé a darme cuenta de que los automóviles iban cargados hasta el techo con valijas y pequeños muebles; huían, era evidente. También observé que los almacenes y los supermercados estaban abarrotados de gente; se hacían de provisiones, también era evidente. Me puse de pie. «Esta no es nuestra parada», me señaló Leila. «Lo sé, pero hoy no iré al hospital. Ve tú. Yo iré al supermercado antes de que no quede nada. Si estamos en guerra, entonces se acabarán los alimentos. Al menos eso pasó en la Segunda Guerra Mundial. El abuelo siempre nos lo contaba, ¿recuerdas?». Leila asintió.

Entré en cada tienda, proveeduría, supermercado y almacén que encontré. Me hice de lo poco que quedaba, aun de productos que jamás habíamos consumido, por ejemplo margarina; la manteca había desaparecido. Los dinares se esfumaban; los precios habían aumentado desde la última compra. La gente se agolpaba, se empujaba, discutía, peleaba por una hogaza de pan. El mundo se volvía loco ante mí, y yo me sentía sola y vulnerable. Agobiada por el peso de las bolsas, entré en el edificio de mi abuela y me apoyé contra la columna del vestíbulo para recobrar el aliento; todavía me quedaba subir los tres pisos por la escalera, y mientras me preguntaba cómo lo haría entró él, Vuk.

Era el hombre más alto y corpulento que había visto en mi vida, y eso que estaba habituada a los hombres altos. Pero este era algo fuera de lo común, como un muro humano. Completamente pelado, se notaba que no se debía a una condición natural, sino a una elección, pues en el cuero cabelludo ya se sugería el crecimiento de un cabello oscuro y uniforme. Aun yo, que no entendía nada de ropa, advertí que vestía prendas costosas y bien cortadas: un saco azul oscuro, camisa blanca que revelaba un pecho velludo y pantalón en el mismo azul del saco, que se le ajustaba a las piernas largas y fornidas; los zapatos clásicos de cuero negro brillaban a la luz de la recepción. Le distinguí un reloj de pulsera de oro que, ahora sé, era un Rolex. En la Yugoslavia socialista no era habitual cruzarse con gente que exudase riqueza de un modo tan rampante; tal vez fuese común en Eslovenia y en Croacia, las repúblicas ricas de mi país, o en Belgrado, la capital, pero no en Bosnia y Herzegovina, con una economía predominantemente rural.

Fui incapaz de disimular el sobresalto que me causaron sus ojos azules clavados en mí. La sensación fue insólita, y no he vuelto a experimentarla: su mirada me atrajo y, al mismo tiempo, me inspiró terror. Me atraían su fortaleza física y su rostro de una belleza brusca, como tallada en la piedra. Me atraía pese a intuir que nada bueno escondía esa mirada fría. Luché por aferrarme al pánico. Podía comprender a los insectos que se acercan al fuego aun sabiendo que morirán quemados. Vuk era el fuego o, mejor dicho, el dragón que me devoraría si la imprudencia me llevaba a aproximarme demasiado.

Me sonrió con ironía y suficiencia, pero también con un atisbo de comprensión. Su gesto hablaba por sí solo. «No te preocupes», parecía decirme. «Sé lo que causo a las de tu sexo. No pueden evitar sentirse atraídas por mí». Soy más orgullosa de lo que me gusta admitir, por lo que no me sentó bien la mueca burlona. Aferré las tantas bolsas con víveres y me dispuse a enfrentar las escaleras. Un muchacho alto, aunque no tanto como el pelado, entró en ese momento y le tendió unas llaves. Usaba el cabello rubio al rape, en el corte típico de los militares, y vestía un uniforme confeccionado con tela para camuflaje en tonalidades verdes y marrones; había introducido las botamangas dentro de los borceguíes, y en la charretera de la casaca llevaba, embutida, una boina negra.

«Lo estacioné en la otra cuadra...», empezó a decir y se interrumpió. No me había reconocido, pero me observaba porque mi cara le resultaba familiar. «Hola, Mirko», lo saludé. «¿Maša?», preguntó, y una sonrisa tímida le despuntó en los labios; se ruborizó, lo que arrancó una risotada al gigante. «Sí, soy yo». «¿Qué haces aquí?», me interrogó. «La abuela Kata está enferma. Leila y yo viajamos para cuidarla, pero fue necesario internarla. Tenía neumonía. Estaba muy mal». «No lo sabía», admitió. «Branka no me dijo nada». Me desembarazó de las bolsas y me señaló la escalera con el mentón.

A punto de emprender la subida, nos detuvimos a la voz del gigante pelado. «Mirko, ¿no vas a presentarnos?». Una corriente eléctrica me surcó la espina dorsal, la reacción de mi cuerpo ante el acento humano más grave y profundo que había oído. Todo en ese hombre parecía único y extravagante. Mirko obedeció y nos presentó, y lo hizo balbuceando y dando explicaciones innecesarias; que yo era la nieta de la vecina de la que le había hablado, Katarina Duncan; que mi abuelo había sido partisano, amigo del mariscal Tito; que nos conocíamos desde la infancia; que esto, que aquello, pero no le daba mi nombre ni mi apellido. «Mariyana Huseinovic», contesté a la pregunta directa del gigante, y Mirko bajó los párpados lentamente como resignándose a la debacle que sobrevendría. «Turca», escupió el gigante con su voz de bajo, empleando el término que los serbios usaban para llamar a las bosníacas. «Yugoslava», retruqué, y él, con otra de sus sonrisas pedantes, me recordó: «Bosnia decidió separarse de la madre patria Yugoslavia». «Una decisión con la que no estuve ni estoy de acuerdo», aduje, y el gigante me destinó un vistazo carente de sarcasmo, más bien intrigado.

Subimos en silencio, afectados por el intercambio. El gigante se había hecho con mi nombre, pero yo con el de él, no. Proseguí el ascenso sin atreverme a preguntarle y sintiéndome conspicua por el hecho de que él caminase detrás de mí. No necesitaba voltearme para saber que tenía sus ojos clavados en mi trasero; lamenté haberme puesto esos jeans ajustados.

En los segundos posteriores al corto diálogo había caído en la cuenta de una circunstancia a la que en el pasado no le habría prestado atención y que en adelante sería clave: él era serbio y yo, musulmana; ya no éramos compatriotas sino

enemigos declarados en una guerra que obligaba a mis padres y a mi hermano a abandonar nuestra casa y refugiarse en el bosque. ¿Cuándo ocurriría lo mismo en Rogatica? Me propuse mantener un perfil bajo y, al igual que con los perros, no hacer contacto visual con esos ojos de hielo azul.

Branka debió de haber estado esperando tras la puerta. Abrió antes de que el gigante llamase. Se le colgó al cuello y lo besuqueó por todas partes, fastidiándolo y avergonzando a su hermano, que bajó la vista y continuó hacia el tercer piso. Incapaz de evitarlo, giré para dar un último vistazo al gigante y noté que, al elevar los brazos para deshacerse de las atenciones de la Torlak, dejaba al descubierto una pistola calzada bajo el cinto del pantalón.

Mirko entró en la casa de mis abuelos como lo había hecho cientos de veces, y sin embargo en esa ocasión era diferente. Mirko no era el mismo. Nos sentíamos incómodos e intimidados. Llevó las bolsas a la cocina y las depositó en el suelo, junto a la despensa. «¿Quieres tomar algo?», le pregunté, y me dijo que no. Le indiqué que se sentase; yo me ocuparía de guardar los víveres en la heladera.

«No quería que el comandante Vuk supiese que eres musulmana», me confió. Conque comandante Vuk, pensé. «Veo que ya no juegas al básquet», expresé como si él no hubiese pronunciado palabra, y le señalé la chaqueta de camuflaje. «No son tiempos para jugar a nada», contestó. «¿Eres militar ahora?». «No del ejército regular», explicó. «Soy parte de la milicia del comandante Vuk. Soy uno de los Vukovi Ratnici», declaró con orgullo. Mi querido amigo Mirko, serbobosnio por parte de padre y de madre, se había convertido en un guerrero del lobo que se ocuparía de aniquilar a los de mi etnia, si es que la religión puede definir a una raza.

«¿Qué hacen los Guerreros del Lobo?», lo interrogué con simulada inocencia, mientras seguía almacenando los productos. «Lo mismo que los Tigres de Arkan o las Águilas Blancas», contestó mi primer amor. «Conservamos para la Gran Serbia las ciudades que el ejército ha conquistado». Asentí sin hablar, sin mirarlo, ocupada en acomodar los paquetes de harina; dentro de mí, el alma me temblaba de miedo y dolor. Temía preguntarle qué sería de Srebrenica, qué destino le esperaba a Rogatica.

Mirko se puso de pie. Simulé no advertir que se acercaba y se detenía detrás de mí. «Maša, mírame». Me di vuelta y le destiné una sonrisa falsa, y me acordé con melancolía de la época en que me aumentaban las pulsaciones solo porque ese chico entraba en mi campo visual. «Es peligroso que tú y Leila permanezcan aquí». «Acabo de decirte que la abuela Kata está enferma. No la dejaremos. Además, ¿adónde iríamos? No podemos regresar a Srebrenica». «Lo sé», suspiró. «Nuestras fuerzas se apoderaron de la ciudad ayer. Eso ha sido una masacre», admitió.

Me dejé caer en la silla, olvidada la falsa actitud de chica despreocupada y hueca. ¿Quiénes de mis amigos musulmanes y vecinos habrían perecido? Me conmoví al darme cuenta de que si Boris Cavic, el padre de Fatima, no hubiese

convencido al mío de que huyese, quizás habría muerto. ¿Alguien me despierta de esta pesadilla, por favor?

«¿Por qué está pasando todo esto, Mirko? No entiendo nada», admití. Se sentó a mi lado antes de responder. «Maša, los musulmanes quieren expulsarnos a los serbobosnios y convertir al país en una Yamahiriya». «¿Una qué?». «Como a Libia, una Yamahiriya, un Estado islámico regido por la sharia, la ley del Corán». «Estás desvariando, ¿no? Nadie practica el islam en Bosnia. Jamás he puesto pie en una mezquita». «Tú no has puesto pie en una mezquita, pero cientos de miles de bosníacos sí, ¿o para qué crees que las construyen a lo largo y ancho de Bosnia? ¿Para que junten polvo?». «Las mezquitas se construyeron antes de la Segunda Guerra Mundial, Mirko. Algunas son del siglo xv. No se han construido en los últimos cuarenta años». «Eso es lo que tú crees», insistió. «Pero siempre hemos vivido en paz», le recordé. «Una paz ficticia», me contradijo. «Ahora que se independizaron de Yugoslavia, los balije quieren hacernos desaparecer para quedarse con todo el territorio, con nuestras propiedades, con nuestra historia». «Nadie quiere quedarse con nada, Mirko». Emitió una carcajada vacía. «¡Qué inocente eres, Maša! En este momento, mientras tú y yo conversamos aquí, están ingresando ilegalmente en el país los muyahidines, los guerreros musulmanes», me aclaró. «Te aseguro que no vienen a Bosnia atraídos por sus aguas termales».

Nos interrumpió Leila, que llegaba del hospital y que, luego de saludar a Mirko, me dio la primera buena noticia en mucho tiempo: la abuela regresaría a casa al día siguiente.

* * *

El domingo temprano por la mañana se sorprendió al encontrarse en el comedor con Bruce McLeod. Para hablar, esperaron a que los empleados sirvieran el desayuno y se retirasen a una orden del barón de Glendale.

—He pasado de largo —manifestó el escocés—, no he dormido en toda la noche. Quería revisar las imágenes del aeropuerto y mostrártelas antes de que viajases a Londres. Pero primero necesito una dosis de cafeína concentrada.

—Diana —dijo Callum Duncan—, ayer hablé con uno de mis contactos en Sarajevo. Le pedí que investigase a la fiscal de la que te habló Carrie Stewart, la tal... —Consultó la libreta que descansaba junto al plato con *porridge* y en la cual La Diana le había escrito el nombre en cuestión—. Bosi... ¿Cómo se pronuncia, querida?

—Bosiljka Dretar. La j se pronuncia como la i latina.

—¿No dijiste que se llamaba Bosa? —recordó McLeod.

—Bosa es el diminutivo de Bosiljka.

—Como sea —prosiguió el barón—, apenas tenga información sobre Bosa Dretar te la comunicaré.

—Gracias, Callum. Te daré el número de mi celular que solo mis hermanos, Nanuk y los Al-Saud conocen.

—Pensaba darte un *burner* —intervino McLeod—, un teléfono con tarjeta prepagada para evitar los rastreos. Pero solo úsalo dentro de Gran Bretaña —advirtió—. En cada país que vayas debes hacerte de un teléfono prepagado adquirido dentro del territorio.

—¿Por qué?

—Porque los teléfonos extranjeros saltan a la vista en las redes domésticas y por esta razón son fácilmente rastreados por los servicios de inteligencia locales. Además te enseñaré cómo anular la posibilidad de que te rastreen a través de la señal de tu aparato.

Después del desayuno, se reunieron en el estudio de McLeod, donde el escocés extrajo un rollo de papel de aluminio de un cajón. La Diana le entregó el celular de L'Agence, que Bruce envolvió con cuatro capas de papel bien apretado.

—Con esto anulas las señales salientes y entrantes y evitas el rastreo. Tienen que ser cuatro capas de aluminio o más, no menos. Ajústalas bien en torno al aparato, y no dejes resquicios sin cubrir —subrayó—. Dame tu otro teléfono, el que usas con tus íntimos.

—¿Por qué? Nadie conoce la existencia de ese teléfono salvo las personas que te mencioné.

—¿Estás ciento por ciento segura? —inquirió McLeod, y alzó una ceja en un gesto suspicaz.

—No —admitió, en tanto reflexionaba que en ocasiones lo había dejado en el dormitorio de L'Agence donde transcurría varias noches a la semana—. Es un engorro —se quejó mientras le extendía el aparato—. Cada vez que suena el celular tengo que desenvolver el aluminio. ¿Y si le quitase las baterías y la tarjeta SIM? —propuso.

—Los teléfonos de alta gama como el que te da L'Agence poseen baterías de *back-up*, las cuales no ves y de las cuales no sabes que existen. Por más que le quitases la batería principal, esa batería escondida seguiría emitiendo la señal. Lo mejor es esto —dijo, y levantó el rollo de papel de aluminio—, aunque sea tedioso. Existen unos estuches especiales, muy cómodos, cuyo interior está forrado por varias capas de aluminio. Trataré de conseguirte dos. Toma, este es el *burner* y aquí escribí el número. —McLeod entregó dos papeles, uno a La Diana y otro a Callum Duncan, que luego de memorizar el número arrojaron los papeles a un cesto, al que Bruce prendió fuego.

—Desde ahora en adelante, solo nos comunicaremos a través del *burner* y solo en caso de urgencia —decretó Glendale—. ¿Estamos de acuerdo?

Los jóvenes contestaron que sí.

—Los de L'Agence —meditó La Diana— sospecharán que algo extraño está sucediendo al notar que se ha cortado la señal.

—Déjalos que se devanen los sesos ensayando conjeturas —propuso McLeod—. Pensarán que el *software* ha sufrido una falla, o que se te ha caído y dañado, o tal vez mojado. Seguramente intentarán cambiarte el teléfono con la excusa de darte un modelo más avanzado. Una última cosa. —El escocés le extendió un pequeño dispositivo que colgaba de una cadena, como si se tratase de un llavero; era ovalado, negro y tenía un led rojo—. Este llavero, que luce tan inofensivo, te proveerá de un escudo electrónico. Se lo llama contramedida electrónica.

—Sé de qué hablas —aseguró La Diana.

—Perfecto. Entonces sabrás que cada vez que tengas que decir algo importante, sea en tu casa o en la calle, accionarás este botón y la luz roja se encenderá, lo que indicará que el aparato estará produciendo una frecuencia que perturbará cualquier onda o señal lanzada por un aparato espía. Toma —dijo, y se lo entregó—. Nunca salgas sin él. Pensándolo mejor, creo que sería más conveniente que lo mantuvieses encendido todo el tiempo. Ahora, si me permiten, quiero mostrarles las secuencias de las escenas en el aeropuerto.

Organizadas del modo en que McLeod lo había hecho, resultaba claro cómo se habían desarrollado los acontecimientos. El día anterior al secuestro, una mujer había escondido una bolsa, que posiblemente contenía ropa, en uno de los baños del aeropuerto, en el *land-side*, es decir, en el sector anterior al de Migraciones y Aduana. Esa ropa sería la que vestiría Yura una vez que le transfiriese las de ella a la impostora. Y así había acontecido: una mujer y una niña habían ingresado en el baño el día del accidente aéreo; quince minutos más tarde, aún no salían. En el minuto veintidós, había entrado Yura, sin Miki, pero con algo que habían pasado por alto en la primera visualización: la científica llevaba una bolsa de supermercado colgada en el antebrazo. El hombre pelado había permanecido fuera. Al cabo, la puerta se abrió y dio paso a una mujer y a una niña que no solo lucían las mismas ropas de Yura y Miki sino que tenían sus mismos cortes de cabello y color. La mujer, como si fuese lo más normal, había depositado junto a la puerta el bolso escondido el día anterior, manifiestamente vacío, y se había marchado. El pelado lo había recogido. Minutos más tarde, salió otra mujer con cabellera castaña y larga y se marchó con el hombre por detrás.

—Esa es Yura —afirmó La Diana—. Sus rasgos son inconfundibles, pese a la mala calidad del video.

—Corrí un programa que permite determinar el porcentaje de probabilidad de que dos imágenes correspondan a la misma persona. El *software* toma ciertos puntos, características y medidas faciales y fija el porcentaje. Lo usan en el MI6 para comparar viejas fotos de terroristas con imágenes del presente. En el caso de Yura y de esta mujer con pelo castaño y largo, el porcentaje asciende al noventa y ocho por ciento, lo cual es como decir cien por ciento.

—Lo sabía —masculló La Diana—, es ella. ¿Qué llevaba Yura en la bolsa al ingresar en el baño? ¿La ropa de Miki?

—Probablemente —acordó Callum Duncan.

—También comparé las facciones de la mujer que ingresa en el baño el día anterior —retomó Bruce—, la que entra con el bolso —acotó—, con las de esta otra, que primero entra con la niña y luego sale vestida como Yura y deja el bolso junto a la puerta.

—¿Y? —se impacientó La Diana.

—Corresponden a la misma persona. Son la misma mujer.

—Solo que ahora usa el cabello como el de Yura —acotó Callum Duncan.

—Y esto es lo que debió de descubrir el general al ver estas grabaciones —comentó La Diana—. ¿Cómo se le ocurrió mirarlas? ¿Qué lo llevó a hacerlo? Nunca lo sabremos —se respondió a sí misma—. Lo importante es que ahora tenemos la confirmación de que Yura está viva y de que fue secuestrada.

—De que fue secuestrada, sí —acordó Callum Duncan—, de que está viva, no. Esto ocurrió el 13 de junio. Estamos a 19 de noviembre. Ha pasado mucho tiempo y nada se ha sabido de ella.

—Lo que no conseguí descubrir es dónde las abordaron los secuestradores —se lamentó McLeod—. Estoy seguro de que estudiaron bien los puntos ciegos del circuito cerrado y allí le quitaron a Miki.

—¿Qué hay de ella, de Miki? —preguntó Glendale, y miró a su sobrino.

—Me costó atar ese cabo. Al final, la encontré. Se la ve fugazmente. Dos tipos la sacan por una salida del aeropuerto que solo utiliza el personal habilitado. Es imposible verles los rostros.

—Es obvio que la extorsionaron con la niña —dedujo el anciano—. La amenazaron con matar a Miki si no se prestaba a su juego. ¿Qué sabemos del juicio por lo de la fuga de ese gas tóxico en Lombardía?

—No tuve tiempo de investigar —admitió Bruce McLeod.

—Has hecho demasiado —apuntó La Diana—. Sin ti habría sido imposible llegar a este resultado. Te estoy muy agradecida, Bruce.

—Gracias, Diana —dijo el escocés, y apartó la vista para ocultar una sonrisa ufana.

—Deja lo del juicio de mi parte —manifestó Glendale—. Todavía tengo contactos importantes en Italia. Me cobraré viejos favores y sabremos qué fue de esa cuestión.

—Con la evidencia que demuestra que Yura fue secuestrada —dijo La Diana—, ¿no deberíamos ir a la policía?

Callum Duncan soltó una risotada.

—Discúlpame, querida, es que soy un viejo zorro del espionaje, y en mi mundo la policía no cuenta; es más, la evitamos tanto como podemos. Lo más probable es que, luego de que la AAIB entregue el informe, la Scotland Yard inicie una investigación.

De todos modos, si, como creo, hay tanto poder tras este asunto, terminarán culpando a algún extremista de Oriente, como hicieron con Qaddafi en el accidente de Lockerbie, y la causa se archivará.

—No fue Qaddafi, entonces —dedujo La Diana.

—No. Aceptó inculparse a cambio de unos cuantos millones de dólares y debió soportar que Reagan mandase bombardear su palacio, acción de la cual fue oportunamente avisado por los saudíes para que él y su familia no sufriesen daños.

—¿Por qué derribaron el avión de Pan Am, entonces?

—En él viajaba un agente de la CIA con información sensible de un caso de venta ilegal de armas por parte de Estados Unidos a Irán para hacerse del dinero suficiente para financiar a grupos guerrilleros nicaragüenses conocidos como Contras. Irán, como sabes, es el archienemigo de Estados Unidos. Una venta de armas al archienemigo no es algo que la opinión pública habría recibido de buen grado. El agente había decidido entregar los documentos a una comisión del Senado. Habría sido el fin de la administración Reagan. Por supuesto, el hombre no tuvo oportunidad de entregar nada a nadie.

—Igualmente —insistió La Diana—, aquí no solo se trata de la voladura del avión sino del secuestro de dos de sus pasajeras. Querían que el mundo creyese muerta a Yura. Esto hay que investigarlo. Yura y Miki podrían estar vivas.

—Y lo investigaremos —aseguró Callum Duncan—. Confío más en mis métodos que en los de la policía. Pero si tú quieres, puedo hacerle llegar este material a un amigo de la Scotland Yard. Confío en su juicio. ¿En qué piensas? —se interesó el anciano.

—Pienso en lo escandaloso del hecho. Volar un avión, nada menos que un avión, para fingir la muerte de Yura.

—Es lógico —opinó Duncan—. Con la voladura de un avión es imposible reconocer los cadáveres simplemente porque no los hay. Quedan partes, y a veces ni eso. Si la persona figuraba en la lista de pasajeros que habían abordado el avión, se lo toma como suficiente para darla por muerta. No se necesita otra evidencia. En cambio, si simulas la muerte en un accidente donde la víctima queda desfigurada, se busca comprobar su identidad empleando radiografías dentales o el ADN. La cosa se complica.

—Igualmente, hay algo que no tiene sentido —insistió La Diana—. ¿Por qué fingir su muerte? Si Yura estaba molestando a alguien, ¿por qué no eliminarla y listo? ¿Por qué tomarse el trabajo de sustituirla por una impostora?

—Yura Christiansen y su mente brillante —expresó Glendale— son demasiado valiosas para el mundo. Eliminar un talento como el de ella habría sido un despilfarro imperdonable. La humanidad no puede permitírselo.

* * *

Antes de partir, La Diana fue a despedirse de Charlotte, que comenzó a lagrimear. El impulso por abrazarla murió súbitamente cuando se acordó de la sensación de ahogo que seguiría. En ningún lugar la mujer de Raemmers estaría mejor atendida ni cuidada. La fisioterapeuta la había visitado dos veces, y Callum la llevaría al neurólogo en Edimburgo la semana siguiente. El razonamiento no bastaba; sentía que la abandonaba.

La enfermera le hizo señas de que se marchase, de que ella se ocuparía. Caminó a paso rápido por los corredores del castillo que había conocido seis días atrás y que ya le resultaban familiares. Cruzó el parque hacia la explanada en la cual Seamus la aguardaba en el Agusta. Callum y McLeod hablaban con el piloto, y le salieron al encuentro cuando la vieron avanzar hacia ellos.

—Charlotte se quedó llorando —se lamentó.

—Es lógico —replicó el anciano—. Demasiado entera se ha mostrado durante estos días. Es digna de admiración. Después de todo, sufrió una pérdida terrible, y en su estado de indefensión las emociones se exageran. Ve tranquila, Diana. Nosotros la mantendremos entretenida.

—¡Señor! —lo llamó Seamus, y Glendale se alejó en dirección al helicóptero.

La Diana y Bruce McLeod se miraron y sonrieron.

—Gracias por todo, Bruce.

—Ha sido entretenido. Pero todavía nos queda mucho trabajo por hacer. Tú ve con cuidado. Los que liquidaron a tu general Raemmers no se detendrán ante nada. Aunque se lo pensarán dos veces cuando descubran los *kukris* que llevas cruzados en la espalda —bromeó, y La Diana sonrió al evocar la mueca de sorpresa de McLeod cuando, al preguntarle qué le abultaba el abrigo, ella había desenvainado histriónicamente los cuchillos.

—Estaré atenta. Sé que abuso de tu generosidad, pero si pudieses ver qué encuentras en la Red acerca de Nanuk Christiansen, el hermano de Yura, te estaré muy agradecida. Como es el guardaespaldas de Aleksandar Ilić, podrías buscar en las nóminas de empleados de sus compañías —sugirió.

—Él es importante para ti, ¿verdad?

—Sí, muy importante.

—¿Él y tú son pareja?

—No, es uno de mis mejores amigos.

—¿Existe tal cosa, la amistad entre el hombre y la mujer?

—Es lo único que puede existir entre un hombre y yo, Bruce.

—¿Eres lesbiana? —se asombró.

—No, simplemente soy incapaz de amar.

* * *

Esa noche, en el departamento de Stanhope Gardens, después de una ducha, se preparó una sopa instantánea y, mientras la dejaba enfriar, se dispuso a limpiar las pistolas, la Browning HP 35, el arma reglamentaria de L'Agence, y la Beretta 950 BS, regalo de Al-Saud. Se trataba de un hábito que la serenaba. Le gustaba desplegar los aparejos, los solventes y los aceites lubricantes. Le gustaba desarmarlas pieza por pieza y quitar los residuos y sedimentos que se acumulaban a causa de la pólvora. Le gustaba por último pasar la franela por el cañón y sacarle lustre. Las armas la hacían sentir segura. Se ocupó también de los *kukris*, del modo en que Manoj Rana le había enseñado. Les pasó un trapo de seda, los afiló con el afilador de diamante empleando movimientos precisos y constantes y aceitó las hojas antes de devolverlos a sus vainas de madera.

Se fue a dormir distendida. Se despertó a las tres y media con un sobresalto. Sergei Markov estaba sentado a los pies de la cama. Superado el instante de aprehensión, se quedó inmóvil, observándolo. Él miraba hacia la ventana a nada en particular, y su tranquilidad infundía paz. Se quedó dormida en algún momento, y soñó con él, que volvían a estar juntos. Se despertó riendo de una broma de Sergei, y se deprimió al darse cuenta de que se había tratado de una ilusión.

Se metió en la ducha dispuesta a lavarse los últimos vestigios de un sueño que jamás se haría realidad. Se preparó para una larga jornada en la cual enfrentaría el funeral de Raemmers y la conversación con Alberto de Souza; de esta última, no sabía qué esperar.

Se distrajo fácilmente con lo que ocupaba sus pensamientos desde hacía una semana: el legado del general. Eran tantas las conjeturas, los nombres, los hechos, las posibilidades, que se planteó la necesidad de echar mano del sistema de los investigadores de la policía, que pegan fotografías, artículos y lo que sea en una gran pizarra de modo de contar con la escena completa ante ellos y establecer las conexiones. Tenía la impresión de que si no se servía de esa técnica acabaría ahogada por tanta información.

Se vistió de negro con un traje de falda tubo y una chaqueta entallada en la cintura y se abrigó con un sobretodo de cachemira azul. Decidió usar un collar de perlas y los aros colgantes Swarovski, regalo de Sergei Markov. Esos aros y la *ushanka*, el típico gorro ruso de piel con orejeras que había pertenecido a su antiguo amor, eran sus posesiones más preciadas.

Piersanti Righi la llamó al celular de L'Agence y debió repetir la llamada pues la primera se perdió mientras La Diana quitaba las hojas de aluminio. Le ofreció pasar a buscarla y llevarla al cementerio, y ella aceptó. En el BMW de Righi también estaban Thomas Mayo, más conocido como Octopus, y el navajo Atsa «Diné» Adakai. Apenas vio a sus compañeros se sintió mejor.

—¿Qué saben de Foxtrot? —preguntó, interesada en la suerte del holandés Daen van Groen.

—Sigue internado en el hospital militar de Bucarest —informó Diné—. Se recupera muy bien, pero todavía no le quitan el drenaje.

—Peter Pan y Chapel se quedaron con él —comentó Octopus, y hablaba de Johnny Milford y de Peter Hersey—. Ayer hablé con Chapel y me contó que los médicos le dijeron que no le quedarán secuelas en la pierna. Era lo que tenía preocupado a Foxtrot.

—Dicen que le salvaste la vida —expresó Piersanti Righi, y la miró por el espejo retrovisor.

—Ustedes habrían hecho lo mismo —replicó sin demostrar emoción alguna—. Es parte del trabajo.

Se había reunido un grupo nutrido en torno a la fosa donde Raemmers descansaría para siempre. La Diana titubeó un momento al bajar del automóvil. Acababa de caer en la cuenta de lo que verdaderamente significaba despedir al general. Desde el anuncio de su muerte se había mantenido ocupada y distraída y no se había permitido reflexionar acerca de lo que sería la vida sin él. La realidad de que no volvería a verlo la golpeó con dureza.

—¿Estás bien? —le susurró Righi demasiado cerca del oído.

—Sí, estoy bien —contestó, y se alejó tan rápido como sus *stiletos* se lo permitieron.

Excepto los tres que habían quedado en Bucarest, se encontraban todos los empleados de L'Agence, los de las escuadras y los de los sectores técnicos y de soporte. También habían asistido militares de gala, con las guerreras tachonadas de medallas y de condecoraciones. Mantenían la vista en el suelo y las gorras de plato bajo el brazo en señal de respeto. Lucían solemnes, y La Diana se preguntó cuál de esos pomposos funcionarios de la OTAN habría mandado asesinar al general. «Tal vez ninguno», se dijo. «Tal vez todos ellos», barajó.

Tras el servicio del pastor anglicano, De Souza leyó un discurso sentido que emocionó aun a los recios militares galardonados. La Diana sacó un pañuelo de papel tisú de la cartera y se secó los ojos con disimulo. Observó el cajón mientras bajaba lentamente en la misma fosa en la que yacía Birgitta. «Adiós, general», pensó. «Adiós, querido amigo. Descansa en paz, yo me haré cargo de todo».

De camino hacia L'Agence, reinaba el silencio en el habitáculo del BMW, y se respiraba un ambiente apesadumbrado.

—Me cuesta creer que no volveré a verlo —confesó Diné, y fue la única frase pronunciada durante el viaje.

No se cambió para enfrentar a De Souza. Entró en la antesala del despacho con su sobretodo de cachemira y sus *stiletos* y le pidió a Danika que la anunciase.

—Acabamos de llegar del funeral —explicó Inger innecesariamente, más hostil que de costumbre—. Espera un momento hasta que nos organicemos. De todos modos, el general De Souza está hablando por teléfono.

—Oye, Diana —Danika se acercó con gesto afable—, ¿cuándo quieres que te enviemos el cuadro a tu casa?

—¿Qué cuadro?

—¡Ni siquiera estaba enterada! —se quejó Inger, y siguió clasificando la correspondencia.

—La semana antes de morir, el general nos dijo que, cuando él ya no estuviese entre nosotros, la gigantografía que tiene en su despacho, ese mapa viejo...

—Ya lo había decidido —lloriqueó Inger—, ya sabía que se quitaría la vida.

Danika elevó los ojos al cielo sin que su compañera advirtiese el gesto.

—¿Te refieres al Hunt-Lenox? —preguntó La Diana.

—Sí, ese mismo. Pues es tuyo. El general quería que tú lo conservaras.

Emocionada, asintió como si se tratase del anuncio más lógico y natural.

—¿Cuándo te lo enviamos?

—Te lo diré después de mi reunión con el jefe.

Aguardó quince minutos sentada en la antesala. De Souza, más que hablar por teléfono, vociferaba, y sus gritos trasponían la gruesa puerta del despacho.

—*Are you kidding me?* ¡No tolero excusas! ¡Quiero que la encuentren! ¡Ahora! ¡No pudo haber desaparecido así como así!

Inger y Danika cada tanto detenían las manos y se quedaban quietas para aguzar el oído. De Souza salió para pedirles algo y, al ver a La Diana, frunció el entrecejo.

—Pasa —dijo, con acento hosco.

Cerró detrás de ella y le indicó que se sentase, no en el escritorio, sino en los sillones, frente al muro repleto de televisores, todos encendidos y enmudecidos, excepto uno. El mapa de Hunt-Lenox se hallaba a sus espaldas. La Diana meditó que ese cambio, el de ubicarla en el sector destinado a las visitas, no auguraba nada bueno.

—Fue un hermoso discurso, general.

—Gracias. Toma —le extendió una hoja—, imprimí uno para Charlotte. Quiero que lo lea. Me habría gustado que hoy estuviese allí, con nosotros.

—Entiendo. Se lo daré —aseguró, y dobló la hoja y la guardó en la cartera.

—¿Cómo está ella?

—Bien, aunque es difícil saber. Es muy reservada. No expresa sus sentimientos abiertamente.

—Sí, lo sé. Muy nórdica. ¿Ha dicho algo?

—¿Algo, general? ¿Como qué?

—No sé —se apresuró a contestar mientras servía dos cafés—. Algo.

—Habla poco —le recordó La Diana—. Le cuesta articular. Pero no, no ha dicho nada —mintió.

A punto de revelarle lo que Raemmers le había dejado al morir, observó el entorno y se cuestionó la prudencia de hablar en un espacio que podía estar plagado de micrófonos. Decidida a escribirle que quería encontrarlo fuera de L'Agence,

cambió de parecer al ver que De Souza sacaba del interior del saco un habano y un encendedor muy elegante laqueado en azul en el que se distinguía claramente el nombre Baywatcher en letras doradas.

—¿Te molesta si fumo?

Negó con la cabeza. El general se sentó a su lado y recogió un control remoto de la mesa de centro. Apuntó al televisor apagado y lo encendió. La Diana supo enseguida lo que le esperaba: la visión de la escena en la cámara Gesell con Zver, o Ante Dabić. La vieron en silencio; no fue preciso que La Diana tradujese pues el diálogo aparecía subtulado en inglés. De Souza pausó la imagen cuando La Diana le cruzaba los *kukris* sobre la nuez de Adán y le infligía un corte superficial.

—Felicitaciones por tu estado físico y por ese despliegue digno de un acróbata —manifestó el portugués en un tono jocosos e irónico que empleaba a menudo—. Creo que podrías trabajar en el Cirque du Soleil.

—¿Necesito pedir trabajo en el Cirque du Soleil, general?

—No todavía, pero, como imaginarás, tendré que suspenderte.

—Lo entiendo.

—Sesenta días de suspensión sin goce de sueldo. La falta fue grave, Diana, y te habría valido la expulsión. Violaste una orden de tu superior al interrogar sola al prisionero y encima lo agrediste. ¿Sabes lo que eso podría significar? Que si su abogado invocase esta falta contra los derechos humanos, y lo hará, no tengas duda, la corte de La Haya se vería obligada a suspender el juicio y a liberarlo.

—No creo que sea necesario preocuparse por eso, general —dijo La Diana, con la vista al frente.

—¿De qué hablas, muchacha?

Señaló uno de los televisores, el de Euronews. La fotografía de Ante Dabić ocupaba la pantalla por completo; en la base, un cartel rezaba: «Espectacular huida de un criminal de guerra». De Souza alzó el volumen.

—La huida —explicaba la voz en *off*— se produjo a primeras horas de esta mañana en las inmediaciones del aeropuerto Róterdam-La Haya cuando un grupo comando asaltó el convoy que transportaba al presidio de Scheveningen a Ante Dabić, acusado de graves delitos durante la Guerra de Bosnia acontecida entre 1992 y 1995 y que se cobró más de cien mil vidas.

—*Caralho!* —insultó De Souza, y se puso de pie luego de enmudecer el televisor.

Caminó rápidamente hasta su escritorio e hizo dos llamadas. Regresó al sillón y se dejó caer con aire exhausto.

—¿Quiénes se ocupaban del traslado? —preguntó La Diana.

—La KMar —contestó, y se refería a los Mariscales Reales, un grupo de gendarmería holandeses que desempeñaba tareas de policía militar.

La Diana rio por lo bajo, una risa insincera y sarcástica.

—Los serbios son el karma de los pobres holandeses. Primero los hacen quedar como idiotas en Srebrenica asesinando a casi diez mil hombres bajo sus narices, y

ahora se les escapa uno de los criminales de guerra más buscados en su propio territorio. Si fuese supersticiosa, diría que alguien les echó una maldición.

—Será un golpe durísimo para el primer ministro Kok —admitió De Souza—. Holanda fue de los países en el seno de la OTAN que más presionó para que se diera caza a los criminales de las guerras yugoslavas. Quieren de algún modo lavar la mancha que les quedó después de lo de Srebrenica.

—Dudo de que puedan borrar esa mancha, general.

—Será difícil —concedió el portugués, y cambió la expresión antes de señalar—. Pero todavía tienen la posibilidad de atraparlo. Acabo de hablar con el jefe de la KMar y me informó que están haciendo un operativo cerrojo en La Haya. No llegará muy lejos.

—Mañana estará en Serbia, general, se lo aseguro. Y es todo lo que Zver necesita. Una vez allí, se volverá invisible, como tantos otros.

—Volviendo al tema que nos compete, Diana, como te decía, una falta como la tuya meritaba la expulsión. Pero eres demasiado valiosa para L'Agence, por lo que te suspenderé por sesenta días, al cabo de los cuales tendrás que presentarte ante el comité disciplinario, que evaluará tu situación y decidirá tu suerte.

—Sí, general —respondió, todo rastro de ironía esfumado.

—Entrégale tu arma reglamentaria a Sibi. Y antes de irte quiero que visites al doctor Carter en su consultorio. Está esperándote. Diana —la detuvo—, ¿quién es Lobo?

—¿Lobo?

—Le preguntaste a Dabić dónde estaba Lobo. ¿Quién es?

—Ah, Vuk —comprendió, y recordó que en el subtítulo habían traducido el nombre—. Era el jefe de las milicias que ocuparon Rogatica.

—¿Cuál es su apellido?

—No lo sé. Ni siquiera sé su nombre de pila —mintió—. Vuk es su nombre de guerra.

Al salir del despacho, La Diana experimentó una ligereza de ánimo que se contradecía con lo que acababa de vivir, ver y evocar. La habían suspendido del trabajo que amaba, la alejarían de los amigos y su vida quedaría paralizada durante sesenta días para luego someter su suerte a un comité que la diseccionaría como a un insecto; todo esto sin mencionar que acababa de enterarse de que Zver estaba suelto. ¿Cuánto transcurriría antes de que Vuk supiese de ella? No mucho. Así y todo, no experimentaba angustia ni sensación de pérdida ni miedo. Tenía un objetivo que cumplir, y se proponía llevarlo adelante.

—Envíenme el mapa de Hunt-Lenox a casa por la tarde —les indicó a las secretarias, y se marchó sin despedirse.

No tenía ganas de verle la cara al doctor Carter ni de soportar su pedantería mal disimulada; se jactaría de haber acertado con el diagnóstico: no estaba lista para ocuparse de los criminales de guerra de los Balcanes. Desechó la idea de incumplir la

orden de De Souza y de marcharse sin presentarse ante el psicólogo; tenía que hacer buena letra. Soportó con la mejor cara los cuarenta y cinco minutos de perorata de Carter, que, al igual que el general, la obligó a ver la filmación.

—Pierdes el control cuando Dabić menciona a tu hermana. ¿Por qué?

—Doctor Carter —dijo, con la paciencia en un hilo—, ¿usted es hermano mayor?

—No. Soy el tercero de cuatro.

—Me lo imaginaba. Si fuese hermano mayor no me habría hecho esa pregunta porque sabría la fiereza con que los hermanos mayores protegemos a los más chicos.

—¿Qué relación había entre Leila y Zver?

—Leila era su esclava sexual. —Se puso de pie, y el psicólogo alzó la vista para mirarla desplegarse en su altura exacerbada por los tacos—. Ahora me despido. Nos veremos dentro de dos meses. Doctor Carter, le deseo un período interesante.

Sibi era el único informado acerca de la suspensión, y se lo tomó con la calma y la sabiduría con que afrontaba la vida. La Diana le entregó la Browning y le dijo que se despediría antes de marcharse; primero tenía que recoger unas cosas de su habitación y de la taquilla. Sabía que contaba con pocos minutos antes de que los de Seguridad la invalidasen en el sistema. Se dirigió hacia el sector donde se encontraba el departamento de Information Technology, conocido como IT. Se franqueó el paso por los varios ingresos apoyando el mentón en un soporte hasta que el lector ocular le reconociese el iris. Al ingresar en la zona donde se hallaba el corazón tecnológico de L'Agence, enseguida percibió el cambio en la calidad del aire, más ligero, más fresco, más seco. Había millones de dólares en aparatos, computadoras y servers que precisaban de una determinada calidad de atmósfera para operar correctamente y que un sistema equilibraba y controlaba las veinticuatro horas del día.

Buscó a Janice, un geniecillo de la informática que le debía un favor y que ella pensaba cobrarle. Tiempo atrás, la había encontrado llorando en el baño. La chica se desahogó apenas La Diana mostró interés en conocer la razón. Su exnovio, a quien había dejado porque la golpeaba, la acosaba, la amenazaba y la hostilizaba. A medida que Janice le iba refiriendo el suplicio al que su ex la sometía, La Diana percibía cómo el dragón que la habitaba comenzaba a desplegar las alas y a soltar rugidos con llamas. Le pidió la dirección del malnacido y, cuando su compañera le preguntó qué pensaba hacer, le respondió que nada. Esa noche, sin embargo, se sirvió de sus ganzúas para entrar en el departamento ubicado en la zona de Fulham, no muy alejado de Stanhope Gardens. Lo aguardó sentada en la sala. Se había vestido con su traje de neopreno negro y, apenas escuchó el tintineo de las llaves, se calzó un pasamontañas que Nanuk le había prestado.

El hombre, un inglés de pura cepa, rubio y de ojos claros, que hedía a cerveza y a tabaco, encendió la luz y profirió un grito al encontrarse con ese ser oscuro apoltronado en la sala. La Diana sonrió al evocar lo que siguió; se había divertido, como el gato con el ratón. El bastardo había intentado llamar a la policía con el celular, que estalló en el aire cuando La Diana, sin abandonar el sillón, desplegó su

porra telescópica, tan delgada como un palillo chino para el cabello, y la convirtió en un látigo que se lo arrebató de la mano. Se puso de pie y, mientras avanzaba hacia el infame golpeador, iba desplegando los *kukris* que Manoj Rana le había regalado dos semanas atrás. Tenía que hacer un esfuerzo para no romper en carcajadas; la cara del tipo era sublime; le habría gustado fotografiarla para después mostrársela a Janice. El ex de la joven acabó contra la pared, los *kukris* cruzados en el gaznate, tal como haría después con ese otro pedazo de mierda de Zver, solo que el serbio no había pestañeado y la había mirado directo a los ojos; el inglés lloraba y suplicaba. «Si vuelves siquiera a acercarte a Janice, regresaré y te rebanaré la verga. ¿Has entendido?». El hombre balbuceó que sí.

Diez días más tarde, de regreso de una misión en Sudán, se encontró con Janice en el baño nuevamente. «¿Qué le hiciste a mi ex? No he vuelto a saber de él. Ni siquiera me molesta enviándome mensajes al celular». «Nada», contestó La Diana, y le guiñó un ojo. Janice le devolvió una sonrisa y le susurró: «Gracias».

Al verla, Janice le sonrió como aquella vez y La Diana se aproximó, segura de que obtendría lo que necesitaba.

—No tengo mucho tiempo —confesó—. Me han suspendido y en breve invalidarán mi clave de acceso.

—¿Qué necesitas? —preguntó Janice, expeditiva y eficiente.

—¿Estuviste de guardia el domingo 12 de noviembre?

—Sí —contestó tras un momento de reflexión.

—¿Sabes si Raemmers estuvo aquí ese día?

—Déjame pensar... Pero ¿ese no fue el día en que...?

—Sí, el día en que se suicidó. Quiero saber si estuvo aquí.

—Sí, estuvo.

La adrenalina comenzó a invadir el cuerpo de La Diana.

—¿Sabes si fue al polígono a practicar tiro?

—No lo sé, pero puedo consultar los archivos que contienen las filmaciones de las cámaras de seguridad. —La Diana aceptó, y la informática se puso manos a la obra—. Qué extraño —masculló.

—¿Qué pasa?

—Los archivos correspondientes al domingo 12 de noviembre solo contienen imágenes hasta las mil quinientas treinta y tres horas —informó en el argot al que la habían acostumbrado sus jefes militares—. Hay un corte y después solo se ve una lluvia de neutrones. Mira.

—¿Puedes decirme si antes de las mil quinientas treinta y tres se lo ve llegar a L'Agence?

—Consultaré las cámaras del ingreso. —Tecléo con una rapidez asombrosa antes de confirmar—: Sí, el general entró a las mil doscientas catorce.

La Diana se quedó mirando la imagen congelada en la pantalla, la del Audi A8 del general. Janice le siguió los pasos a Raemmers a través de las distintas cámaras,

desde que él y su chófer bajaron del vehículo en la zona del garaje hasta que se cortó la transmisión en el instante en que el danés salía de su despacho.

—¿Puedes averiguar qué sucedió con el circuito cerrado? ¿Por qué se cortó?

—Lo intentaré —prometió.

La Diana le puso delante de los ojos un papel con el teléfono del *burner* que le había dado Bruce McLeod.

—Memorízalo —le ordenó, y le concedió unos segundos—. Cuando sepas algo, llámame *solo* a este número y hazlo desde un teléfono público. ¿He sido clara?

—Sí, muy clara —respondió, y, adoctrinada en la filosofía de la discreción y del secreto, no pidió explicaciones ni formuló preguntas.

La Diana regresó a la zona de los dormitorios y se dispuso a vaciar el suyo. En un acto de rebeldía, estuvo a punto de dejar abandonado en su taquilla el celular de L'Agence, con las cuatro hojas de papel de aluminio y todo. Al final, la sensatez se impuso y se retiró de la institución con el aparato en el macuto.

CAPÍTULO VI

*Antes el mar se volverá agua dulce
que serbios y turcos vivirán en paz.
Libramos una batalla sin final.*

Extracto de *La corona de la montaña*,
de Pedro II, príncipe y obispo montenegrino
(1813-1851)

Al llegar a su departamento en Stanhope Gardens, La Diana sufrió un anticlímax. Frenar de repente el vértigo de las últimas semanas significó un impacto que la descolocó. Se quitó el traje sastre y los *stiletos* y se vistió con ropas cómodas. Se dejó los aros Swarovski; le gustaba sentir su roce contra la piel del cuello.

Necesitaba meditar y ordenar el caos de información y de sucesos, y nada mejor que limpiar para predisponer la mente. Hora y media más tarde, mientras cepillaba la bañera, sonó el timbre del ingreso al edificio. Eran dos empleados del sector de Mantenimiento de L'Agence; le traían el cuadro de Hunt-Lenox, y no solo lo subieron por la escalera sino que, por orden del general De Souza, lo colgaron donde ella les indicó, en una pared de la sala.

La Diana se detuvo frente al cuadro que parecía devorarse el pequeño recinto y que, decididamente, no pertenecía a ese sitio despojado e impersonal. Pero el general había deseado que ella lo conservase, y ella lo conservaría. ¿Y si habían ocultado una cámara? Lo revisó; no descubrió nada. Le pediría a Peter Ramsay que le echase una mirada durante su próximo viaje a Londres.

Se calzó los *kukris* a la espalda y la Beretta en la pistolera axilar y se echó encima un abrigo ligero y oscuro para camuflar la silueta de los cuchillos. Caminó hacia Gloucester Road y buscó una papelería. Se hizo de pegamento, cinta adhesiva, varias láminas de afiche, unos cuantos metros de protector plástico y rotuladores. Regresó entusiasmada a su departamento. Protegió con el plástico el cuadro antes de forrarlo con las hojas de papel afiche blanco. Se detuvo un instante para admirar la obra, y sonrió con malicia al pensar que, si habían instalado una cámara, en ese momento solo transmitiría una confusa mancha color grisáceo.

Puso música clásica, el *Concierto para piano número 1* de Tchaikovski, y como la nostalgia rusa la embargaba, eligió el cedé de su pianista favorito, Evgeny Kissin. Los que la controlaban a través de los micrófonos no podrían quejarse; oirían música de la más alta calidad. Se dispuso a trabajar con el concierto de fondo. Hacia la parte

izquierda escribió en letras grandes y de imprenta «Yura Christiansen». En el sector derecho, con igual tipografía y en inglés, «Tráfico humano»; en el medio, simplemente «Raemmers». De cada nombre comenzaron a partir flechas que acababan en alguna anotación.

En el caso de Yura, escribió la fecha de su supuesta muerte y la palabra «impostoras». Añadió Impresit, el nombre de la compañía italiana que había sufrido la fuga de TCDD, la dioxina clorada altamente tóxica. También destacó dentro de un círculo el experimento de la superrata, que la había impresionado, y de este surgía a su vez el nombre del doctor Harry Paddington. Abajo, apuntó el de su hermano Nanuk y el de su esposo Bertrand Caviel; de este nacía a su vez una flecha que conducía a la palabra Ouroboros Global, la compañía farmacéutica de Aleksandar Ilić, cuyo nombre también acabó en el afiche unido con un vector al de Nanuk.

En el caso de la leyenda «Tráfico humano», conocía dos nombres: Carrie Stewart y Lazar Kovać. También escribió «Claus Buunk, amigo de Carrie» y «chica del hotel» para darles entidad; sobre todo le interesaba esta última, la joven alta y delgada que había dejado la llave en la conserjería; encerró ambas referencias entre signos de interrogación. Se acordó del jefe de Carrie, Richard Tomkins, y de la fiscal Bosa Dretar, y los escribió. En el caso de Raemmers, anotó: «¿Suicidio?».

Así pasó los siguientes dos días, encerrada en su departamento, aislada del mundo. Comía cuando se debilitaba y se bañaba cada vez que necesitaba aclarar las ideas. Pensaba a menudo en el hecho de que el general hubiese ido a L'Agence el domingo de su muerte. Que el circuito cerrado de cámaras se hubiese estropeado poco después de su llegada reforzaba la hipótesis del asesinato. Cada tanto, mientras hacía una pausa, se acordaba de que Zver estaba de nuevo libre. Por supuesto, no lo habían atrapado, y con el pasar de los días la noticia iba perdiendo furor, en especial debido al escándalo suscitado por el recuento de los votos en la elección para la presidencia de Estados Unidos.

El tercer día, el jueves 23 de noviembre por la mañana, de pie frente al esquema, se detuvo a analizar la telaraña en la que se había convertido y a calcular a cuánta gente se había eliminado para mantener oculto lo del tráfico de personas. Hasta el momento eran cinco; las listó en un aparte del afiche: el jefe honesto de Carrie, Richard Tomkins y su colaborador, muertos en un presunto accidente en una curva del monte Igman, en Sarajevo; Raemmers, supuesto suicidio; Carrie Stewart y Claus Buunk, envueltos en un crimen pasional. Dirigió la mirada hacia el sector izquierdo del diagrama, a la palabra «impostoras», y destinó un pensamiento a las dos pobres desgraciadas, la mujer y la niña, que habían explotado sobre una localidad al sur de Bélgica para simular la muerte de Yura y Miki. Pero eso era harina de otro costal; no se relacionaba con lo del tráfico.

Se sobresaltó al sonido del *burner*. En ese período de aislamiento ninguno de sus teléfonos había sonado. Era Janice.

—Te hablo desde un teléfono público.

—¿Sucede algo malo? —preguntó La Diana al escucharla ansiosa, y corroboró que la luz roja de la contramedida electrónica, la que le había dado Bruce McLeod y que siempre llevaba en el bolsillo del pantalón, estuviese encendida.

—Se trata de Kaiser —Janice hablaba de su jefe, el responsable del sector informático de L'Agence—. No le gustó en absoluto que anduviese preguntando por qué las cámaras del circuito cerrado se habían estropeado el domingo 12 de noviembre y por qué no las habían reparado de inmediato.

—¿Qué pudiste averiguar?

—Casi nada. El ingeniero de Mantenimiento sostiene que hubo un cortocircuito en el panel de control, pero que no saben a qué adjudicarlo. Es muy inusual; insistió en eso, en que era inusual. También le pareció inusual que yo, una simple informática, estuviese interesada en saber acerca del desperfecto. Me preguntó a qué se debía mi interés y le dije que me ocupaba del archivo de las grabaciones, y que me había dado cuenta de que las del 12 de noviembre estaban incompletas. Al otro día, mi jefe me llamó a su despacho y me preguntó por qué andaba husmeando. Le repetí lo mismo, que faltaba una parte del día 12 de noviembre, y me ordenó que dejase de perder el tiempo y que me pusiese a trabajar en algo útil. No quiero meterme en líos, Diana. Estoy feliz de poder ayudarte pero...

—No te preocupes, Janice. Me has ayudado, no sabes cuánto.

* * *

Al día siguiente, mientras desayunaba, La Diana recibió un mensaje en el celular que solo sus hermanos y amigos conocían. Era de Al-Saud: «Estoy en Londres. ¿Almorzamos juntos?». Enseguida le contestó que sí y acordaron verse en un restaurante de tapas en el Soho.

A La Diana siempre le levantaba el ánimo ver a su gente. Ese mediodía, la sorprendió la oleada de felicidad que le sobrevino cuando avistó a Eliah Al-Saud que le hacía señas desde una mesa. Lucía estupendo en su traje azul a medida, el cabello negrísimo echado hacia atrás con gel y los ojos verdes que le descollaban en la piel cetrina. Sonrió al comprobar el alboroto que generaba entre las mujeres de las mesas vecinas. Lo abrazó.

—¡Ey! Qué efusiva.

—Es para darles celos a tus admiradoras —dijo sin apartarse de él—. No es verdad —admitió—. Es que me alegra verte. Han sido días difíciles.

—Que la diosa Diana admita que hay problemas en el Olimpo es toda una rareza —se burló Eliah—. Ya me contarás, pero primero pidamos. Aquí se come de maravilla.

Eligieron el menú, y cuando el camarero se retiró, Al-Saud la miró a los ojos y le preguntó:

—¿Alguna novedad de la herencia de Raemmers?

—Tengo tanto para contarte. Empiezo por el último acontecimiento. Me suspendieron de L'Agence.

Al-Saud profirió una risotada que hizo sonreír a La Diana. Era refrescante comprobar la poca importancia que su amigo le adjudicaba a la cuestión.

—¿Por qué ríes?

—Porque ahora que dejaste L'Agence podrás volver a la Mercure.

—Te recuerdo que *tú* me despediste.

—Sí, lo recuerdo, pero ahora que te has convertido en una de los mejores soldados de élite de la institución, te quiero en mis huestes.

—Eres interesado y codicioso. No entiendo cómo pudiste ganarte el corazón de una como Matilde.

—Ah —suspiró Al-Saud con una expresión beatífica—, misterios de la vida. ¿Puedes decirme qué fue lo que hiciste para que el bueno de De Souza te suspendiera?

—Gracias a él no me despidieron. En dos meses tendré que enfrentarme al comité disciplinario. Violé una orden y agredí a un prisionero.

—¿Tal vez oí hablar de él? —se preguntó Al-Saud en voz baja y con gesto conspirativo—. Es el criminal de guerra que se les escapó a los inútiles de los holandeses el lunes en La Haya, ¿verdad? —La Diana lo miró a los ojos y nada dijo—. Lo imaginé —expresó Al-Saud con acento sombrío—. Peter me contó que Leila se puso muy mal cuando lo vio por televisión. Se encerró una hora en su cuarto y ni los pedidos de Daisy la hicieron salir.

—Dios bendito... —susurró La Diana, y se odió por no haber pensado en Leila, por no haberla llamado.

—¿Lo conocían? Me refiero... Tú y Leila sabían...

—Él era el segundo en el mando en Rogatica.

—Ah, comprendo.

El camarero se presentó con la comida, y mientras disponía los platos La Diana y Eliah guardaron silencio.

—¿Qué haces en Londres? —se apresuró a preguntar; no quería volver sobre el tema de Zver.

—Tengo una reunión con Nigel por la tarde. —Al-Saud hablaba de Nigel Taylor, dueño de la otra gran empresa militar privada, la Spider International—. La OTAN amplió mi contrato para trabajar con las fuerzas internacionales en Kosovo.

—¿Con la KFOR?

—Así es. Como no tengo gente para cubrirlo, vine a proponerle una *joint-venture*.

—¿Cómo está Matilde?

—Bien. Ocupada. Organizando el cumpleaños de Jérôme en Ruán y a cargo de la remodelación de la casa que compramos para la clínica.

—¿Cuándo se inaugura?

—A principios de enero.

—Falta poco.

—Quería cumplirle ese deseo —admitió Al-Saud—. Es importante para ella.

La Diana le contó acerca de los últimos descubrimientos y le enumeró las tantas zonas grises y dudas.

—Es un rompecabezas —concedió Al-Saud—. Lo de la hermana de Nanuk me deja perplejo. ¿Has pensado en contárselo a Alberto de Souza? Él podría colaborar.

—Iba a contárselo —admitió La Diana—. El lunes, después del entierro del general, pensé en hacerlo, pero...

—¿Qué?

—Me eché atrás cuando le vi el encendedor. Era muy fino y decía Baywatcher. — Al-Saud la miró en abierta confusión—. Es la empresa que contrató a Carrie Stewart para trabajar en Bosnia y que la despidió porque estaba metiéndose con el tema del tráfico humano. Y ahora Carrie y su amigo están muertos.

—¿Y crees que porque Alberto tiene un encendedor que le regaló la Baywatcher está metido en todo esto? Diana, De Souza, como uno de los jefes militares que componen la cúpula de la OTAN, vive asistiendo a ferias de armas, de aviones, de tecnología, lo mismo que yo, que Nigel y que cientos de otros empresarios y militares. Cada vez que vuelvo de esas ferias acarreo bolsas y bolsas con *brochures* y regalos empresariales.

—Era de oro y laca azul. Era muy costoso.

—¡Porque quieren ganarse su beneplácito! La OTAN es uno de los clientes más codiciados del mercado. Con la caída de la URSS, la OTAN se ha convertido en el ejército y en la fuerza aérea de una decena de pequeños países que no tienen estructura militar porque dependían del Ejército Rojo. Ahora que este desapareció, se vuelven hacia la OTAN para que los proteja, y la OTAN se vuelve hacia nosotros para que la proveamos de hombres y armas, tal como estoy haciendo yo en Kosovo. Con los millones y millones de dólares que hay en danza, un encendedor de oro no es nada.

—Igualmente —se empecinó La Diana—, preferí no hablar. Si Raemmers no le dijo nada...

—Tal vez el general *sí* le dijo, solo que a ti no te lo refirió. Pero sigue tu instinto —le aconsejó Al-Saud—. Aprovecho para comentarte algo. ¿Sabes con quién acabo de reunirme? Con Dorianne Jorowsky.

—¿Quién es Dorianne Jorowsky?

—Era la vocera de Defensores de los Derechos Humanos. Hace poco se hizo con la presidencia de la ONG.

¿Dónde había escuchado ese nombre no hacía tanto? Lo recordó: en el artículo que había leído en *The London Times* a principios de noviembre acerca de la desaparición de los huérfanos de Sarajevo.

—Dorianne me convocó hoy —prosiguió Al-Saud— y me dijo que antes de morir el general Raemmers la llamó. —La Diana alzó la vista del plato, y Eliah asintió—. Nuestro querido general la llamó el miércoles antes de morir para comentarle, *off the record*, que se estaban cometiendo gravísimos actos contra los derechos humanos en los Balcanes, en especial en Bosnia y Herzegovina, que implicaban operaciones de tráfico humano y sexual y en las que podían estar involucradas no solo autoridades bosnias sino de la ONU y de la OTAN. Iban a reunirse, pero el general decidió suicidarse el domingo. Entonces, la Jorowsky nos contrató para lo que suele contratarnos, para que enviemos gente al terreno y, muy discretamente, recojamos información, datos y evidencia para empezar una campaña. Pensé en enviar a Zlatan. —La Diana sabía de quién le hablaba, de Zlatan Tarkovich, un soldado croata con el que había trabajado en el Congo—. Pero tu noticia de la suspensión acaba de cambiar los planes. Zlatan habla el serbocroata, pero entiendo que en Bosnia enseguida se darían cuenta de que es croata.

—Sí —confirmó La Diana—. La lengua es el serbocroata, o así nos lo hicieron creer en la época de Tito, cuando todo era hermandad y unidad, pero lo cierto es que cada país tiene una versión o un dialecto propio. Entre croatas, serbios y bosnios nos comprendemos fácilmente, pero sí, hay diferencias, no solo en el acento sino en la gramática.

—Pues bien, como la misión será específicamente en Bosnia, creo que lo mejor sería enviarte a ti ahora que estás sin trabajo. No te vendrán mal unos miles de dólares —añadió con un guiño de ojo.

—¿Tendría que empezar ya?

—No es necesario. Tienes tiempo para organizarte. Hoy es 24 de noviembre. Digamos... en unas dos semanas. —Consultó el calendario en su celular—. El lunes 11 de diciembre, así podrás participar del cumpleaños de Jérô. No quiero que le falles a Matilde.

El teléfono de L'Agence vibró en el bolsillo de La Diana. Al-Saud frunció el entrecejo al ver el aparato envuelto en aluminio. No hizo comentarios mientras La Diana lo desenvolvía, tampoco mientras leía el mensaje.

—¿Qué sucede? —preguntó al verla palidecer.

La Diana alzó el aparato y le colocó la pantalla de modo que leyese. «Tu cabeza tiene precio. Escapa. No confíes en nadie», rezaba el mensaje. Al-Saud alzó la vista y la miró con dureza.

—Basta, Diana. Te vienes conmigo. Te esconderás en Ruán, que es una fortaleza.

—No —se opuso—. Me voy a Escocia.

—Pero si, como afirmas, L'Agence ha sido infiltrada por elementos corruptos —trató de razonar Al-Saud— es peligroso que vayas a lo de tu tío. Los que te buscan saben que podrían encontrarte allí. Tú misma me dijiste que ese teléfono está siendo monitoreado.

—Ya no desde que Bruce me explicó el truco del aluminio —dijo, y volvió a cubrirlo con las hojas plateadas—. Pero sí, saben que encontrarme allí es una posibilidad —confirmó.

* * *

Por la tarde, después de la reunión con Nigel Taylor, Al-Saud la condujo hasta el aeropuerto London City. Consultaba el espejo retrovisor constantemente; se lo veía tenso y preocupado. En la pista, ya la aguardaba el Agusta de Callum Duncan.

—Cuídate —le pidió Al-Saud—. Y mantente en contacto.

—OK.

Se permitió el sentimiento de alegría y de alivio que experimentó al entrar en el castillo de Glendale y encontrarse con los rostros de Callum, Bruce y Charlotte, cuyo mejoramiento le arrancó una exclamación. En esos días se le habían coloreado las mejillas y los ojos le brillaban.

Durante la cena, hablaron de pintores del siglo de oro neerlandés, y se sorprendieron cuando Charlotte les contó que tenía un doctorado en Arte y que su pasión era pintar. La Diana, al comentar cómo había mejorado el habla de la mujer, dio pie para que Callum les refiriese acerca de la visita al neurólogo. La comida transcurrió en un ánimo distendido.

Acompañó a Charlotte hasta su dormitorio y se sentó a conversar mientras la enfermera disponía la cama y los elementos para la higiene. Le relató acerca del funeral, quiénes habían asistido y el emotivo mensaje que había leído el general De Souza. Le entregó la copia del discurso y se retiró para que la mujer lo leyese y se conmoviese en soledad.

Entró en el estudio de Bruce McLeod, y los encontró a los dos inclinados sobre su afiche, el que había arrastrado desde Londres.

—No aporta nada —admitió, mientras cerraba tras de sí—. Pero no podía dejarlo y me dio pena quemarlo.

—Es una excelente idea —la congratuló Glendale—. Has dispuesto la información caótica de un modo que ahora es fácil verla y analizarla.

La Diana avanzó y los contempló con fijeza.

—Hoy a las dos y veinte de la tarde recibí este mensaje. —Le pasó el celular de L'Agence a Bruce McLeod, que le quitó el envoltorio de aluminio antes de leer en voz alta—: Tu cabeza tiene precio. Escapa. No confíes en nadie.

—*Jesus Christ!* —masculló Callum Duncan.

—Tu teléfono no reconoce el número —comentó McLeod—. Me pondré ahora mismo a rastrear quién envió el mensaje.

—Si tu tecnología no es suficiente para descubrirlo, Bruce —intervino Glendale—, le pediré a alguien del MI6 que lo haga.

—No será necesario —prometió el pelirrojo con expresión seria.

Lo supieron un rato más tarde; el mensaje se había enviado desde Bucarest; el número correspondía a una mujer domiciliada en una localidad de las afueras de la capital rumana. Al profundizar la investigación, resultó que se trataba de una enfermera del Hospital Central Militar.

—Esto no tiene ni pies ni cabeza —expresó McLeod.

—Lo tiene —replicó La Diana, y sin mencionar la operación en Tiráspol, les explicó que tres compañeros de L'Agence estaban en ese hospital—. No puedo revelar sus nombres pues estoy obligada por un NDA —añadió.

Daen van Groen, que convalecía; Johnny Milford y Peter Hersey, que se habían quedado en Bucarest para cuidarlo, ¿quién de ellos le había advertido del peligro?

—El que te haya hecho la advertencia —manifestó Glendale— está metido en esto del tráfico. De los tres, ¿alguno te parece menos digno de confianza?

La Diana agitó la cabeza, en parte para negar, en parte porque no toleraba la idea de que personas a quienes les habría confiado la vida se hubiesen ensuciado con algo tan vil, aun el excasco azul, con toda la bronca que le tenía.

—Los tres son excelentes soldados. Me resulta impensable que...

—El dinero cambia a la gente —le recordó Bruce McLeod.

El viejo Callum adujo cansancio y se retiró a dormir. La Diana, que también comenzaba a sentir el peso de la jornada, decidió quedarse un momento.

—¿Has averiguado algo acerca de Nanuk?

—He trabajado poco y nada en tu investigación —admitió McLeod—. Lo siento. Tenía que entregar un trabajo, y mi cliente me perseguía con el aliento en el cuello.

—¿Un trabajo?

McLeod sonrió con picardía.

—¿Te sorprende? ¿Pensaste que me dedicaba a ser el *hacker* exclusivo del viejo Callum? Bueno, en parte sí, aunque mi pasión es el diseño de videojuegos. Da mucho dinero, pero sobre todo me divierte. Como sea, nuestro querido tío se mantuvo atareado en estos días en que tú no estabas y sé que ha obtenido algunos datos interesantes. Entre la investigación y ocuparse de Charlotte, nunca lo había visto tan entusiasmado.

—¿Sabes qué averiguó?

—Sé que estuvo con el tema de la fuga de gases tóxicos en Lombardía. Él te informará mañana.

* * *

La Diana se encerró en la habitación, la misma que había ocupado durante su primera estadía, y se quedó de pie, la vista perdida en la nada. Una sensación de vacío le había robado la fuerza y el fervor con los que había llegado a Glendale. Sin

desmerecer los avances que hubiese realizado su tío abuelo, sospechaba que estaban más o menos en el mismo punto de diez días atrás, con un reguero de muertos, un montón de dudas, pocas respuestas y una advertencia. Si quería que la verdad saliese a la luz tendría que cambiar el rumbo de la investigación. La única oportunidad sería con la que contaba para desmadejar el nudo de mentiras y de corrupción se hallaba en Bosnia, su patria, y en poder del tal Lazar Kovać, probablemente uno de los jefes de la red de tráfico, tal vez el dueño de algún *cabaret*, bar o burdel. La sola idea de regresar a esa tierra de recuerdos y de dragones le aumentó las pulsaciones.

Sin meditarlo, sin consultar la hora, llamó a Leila.

—¿Mariyana?

—¿Dormías?

—No, pero estoy en la cama. Espera.

La Diana aguardó con el aliento contenido, recordando a la Leila de dos años atrás, muda y añorada, y le costó reconciliar esa imagen con la voz adulta que le hablaba.

—Salí porque Peter ya duerme. ¿Cómo estás?

—Supiste lo de Zver —afirmó.

Pasado un silencio, Leila susurró sí, y lo hizo en serbocroata.

—Lo atraparán, ya lo verás —dijo deprisa, y se sintió una idiota; ella, que se jactaba de prescindir de las frases comunes y sin asidero, echaba mano de una en la circunstancia más delicada.

—Sé que te preocupas por mí, Maša, y sé que te sientes culpable de que hayamos acabado en la escuela de Rogatica.

—Yo...

—Déjame terminar, por favor —la interrumpió con una firmeza infrecuente—. Ni tú ni yo tuvimos culpa del horror por el que pasamos. Sobrevivimos, eso es lo que importa. Tenemos una segunda oportunidad para ser felices. Quiero que seas feliz y que dejes el pasado atrás.

—No puedo, Leila. Tú, en medio de esa mierda por la que atravesamos, mantuviste tu dignidad y tu moral. Yo, en cambio...

—Tú en cambio sobreviviste lo mejor que pudiste a una situación que habría desquiciado a cualquiera. Te admiro, Maša. Yo, en tu lugar...

—¡Tú demostraste lo que habrías hecho en mi lugar! ¡Eres tanto mejor que yo! ¡Oh, cómo fui capaz de...! —La interrumpió un acceso de llanto súbito y devastador.

Leila se puso a cantar. Al principio La Diana, ensordecida por sus propios sollozos, no la escuchó, pero luego una nota se abrió paso, la alcanzó con claridad y la acalló como si le hubiese tapado la boca. Bajó los párpados y le permitió a la melodiosa voz de su hermana —siempre había tenido buena voz, desde pequeña— que la serenase con esa vieja *sevdalinka*, típica canción del folclore bosnio, triste y emotiva, que Eszter, su madre, les cantaba antes de que se fuesen a dormir. Esa en particular se llamaba *Vjerna Ljuba* —Amor Fiel—, y contaba la historia de un héroe,

un capitán que luchaba para liberar a Bosnia del poder otomano. El sobrenombre del héroe era *Zmaj*, dragón. La canción acabó pocos minutos después.

—Maša, eres una de las mejores personas que conozco.

—No lo soy —susurró, extenuada—. Fui una...

—Shhh... Basta ya. Eres la mejor hermana y te amo.

—No puedo olvidar.

—Sé a quién no puedes olvidar. Lo sé todo. No hace falta que digas nada. Y nadie dijo que tenías que olvidar. Yo no he olvidado nada de nada.

—¿Recordabas durante el tiempo en que enmudeciste?

—No recuerdo nada de ese período en el que me escondí en una niña —confesó Leila—. Es como si un día me hubiese despertado de un sueño profundo. Cuando desperté, las imágenes, los olores, los sonidos, todo volvió a mi memoria, pero hubo una cosa que recordé enseguida: que si estoy viva es gracias a ti, y por eso te estoy infinitamente agradecida.

La Diana se cubrió la boca y apretó los ojos, excedida de emoción.

—¿Sabes, Maša? —prosiguió Leila, inconsciente del efecto de su declaración—. Si te pones a pensar, la vida carece de sentido. Nacemos para morir. Es algo estúpido. Pero ya que estamos aquí, en este sinsentido ¿por qué no pasarlo lo mejor posible? En la absurdidad que es la vida, a nuestra familia le tocó lidiar con un horror inaudito. Nuestros padres no lo superaron; nosotros tres, sí. Ahora nos toca ser felices y vivir en paz, por ellos, por la abuela Kata, que así lo habrían querido, pero también por nosotros mismos. Y te aseguro que cuando le permites a la felicidad entrar en tu corazón te olvidas de que todo carece de sentido, y de pronto te gustaría que la vida, ese sinsentido estúpido, fuese infinita. Es cuestión de permitirnos soltar el pasado y abrazar el presente.

* * *

Recuerdo la fecha en que mi abuela volvió a su casa: domingo 19 de abril de 1992, y la recuerdo porque era el cumpleaños número cincuenta y cuatro de mi padre. Fuimos con Leila y Branka a buscarla. A mí me molestaba que la vecina se nos hubiese acoplado. La notaba más banal y estúpida que de costumbre. Supuse que el día anterior el novio debía de haberla hecho feliz porque se la veía rozagante y sonreía por una mosca que volaba. Mirko no había regresado a su departamento, tal vez para no importunar a los amantes, o quizá porque se encontró a gusto con nosotras después de tanto tiempo. Se quedó de una pieza al ver lo crecida que estaba Leila, y pasamos un rato largo evocando viejas y felices épocas. Lo invitamos a cenar, y se relamió los dedos con el sarma que preparamos. Me habría gustado recordarle que se trataba de una comida de origen árabe, «orientalista», como se calificaba con desprecio a lo que proviniese del mundo musulmán.

A eso de las diez de la noche, cuando Mirko reía de cualquier cosa después de haberle robado varios vasos a la botella de šljivovica del abuelo Liam, llamaron a la puerta. Supuse que se trataba de Branka que venía a buscarlo. Abrí sin preguntar. Delante de mí se alzaba un muro que ocupaba el marco por completo; era Vuk. La sonrisa se me congeló y me quedé mirándolo como una idiota, incapaz de romper la atracción y el miedo. «Voy a buscarlo», farfullé con voz rara, e hice el intento de volver al comedor para llamar a Mirko. «No», ordenó, y me aferró la muñeca para detenerme. «Quiero hablar contigo», expresó sin aflojar la mano con la que me atraía hacia él. Yo, de un modo inconsciente, plantaba los talones en el suelo y me resistía. Por supuesto, solo necesitó jalar un poco para que acabase prisionera entre sus brazos. «Por favor», le supliqué, «suélteme, déjeme ir». Ningún hombre me había abrazado antes; la situación me desconcertaba; sobre todo, me aterraba. Sus ojos fríos recorrían mi cara como si buscasen algo; la sonrisa irónica no lo abandonaba; se creía el dueño del mundo. «¿Por qué debería soltarte?», se burló, y me miró fijamente. «Me gusta tenerte así, pegada a mí. Allí abajo, apenas te vi, supuse que me gustaría, solo que no imaginé cuánto», admitió, y cerró un poco más el abrazo. «¿De qué quería hablarme?», pregunté para engatusarlo, mientras alejaba la cara cuanto podía. «Nadie te hará daño», declaró, y no solo lo que dijo sino la seriedad con que lo afirmó hizo que detuviese mis intentos por liberarme y le sostuviese la mirada. «Desde ahora estás bajo mi protección. Mañana salgo de viaje, pero no temas. Dejaré instrucciones para que nadie las moleste, ni a ti ni a tu hermana ni a tu abuela. Espero que sepas apreciarlo», manifestó, y yo asentí con la boca entreabierta y sin pestañear. Detrás de esa última frase en apariencia inocente se escondía una amenaza.

«¡Maša! ¿Dónde te has metido?». Mirko apareció en el vestíbulo y se quedó mirándonos. Me sacudí con fiereza y Vuk me soltó. Caminé deprisa hacia mi amigo, que parecía haber recobrado la sobriedad de repente. «Te busca», dije, y pasé a su lado. «Vamos, Mirko, es tarde», oí que Vuk decía, y me detuve en medio de la sala, sin saber qué hacer, qué pensar. Leila me contempló desde la silla. Se puso lentamente de pie y caminó hacia mí. «¿Qué sucede?». Sacudí la cabeza. Mirko regresó al comedor con el gesto sombrío y nos despidió con un beso en la mejilla. Lo acompañó Leila hasta la puerta; yo no quería volver a exponerme a la energía radiactiva del gigante serbio.

Le conté a Leila acerca del encuentro con el jefe de Mirko mientras lavábamos los platos y poníamos orden. Me oyó con la atención serena de costumbre. Al cabo, cuando se hizo un silencio, propuso: «Vamos a dormir. Se ha hecho tarde».

Nos costó levantarnos temprano a la mañana siguiente; lo hicimos alentadas por la idea de tener de nuevo a la abuela con nosotras. Nos arreglamos y salimos. Branka nos sorprendió en la recepción; venía de misa. «¡Misa!», exclamé sin pensar. ¿Branka, religiosa? Resultaba inverosímil. Cuestión que, al contarle que íbamos a buscar a la abuela, decidió acompañarnos. Le habría dicho que no, pero Leila me

miró con un advertimiento, y callé. Al final, su presencia sirvió de algo porque regresamos en taxi —no queríamos que la abuela se agitase subiendo y bajando del colectivo— y Branka ofreció pagarlo. Confieso que no tuvo que insistir; mis dinares comenzaban a escasear, y sospechaba que la pensión de la abuela no sería abultada.

Le dimos la bienvenida con un almuerzo al cual nos vimos obligadas a invitar a Branka. Comimos las sobras del sarma y gibanica, una tarta de queso y masa filo que se reservaba para las celebraciones y que Leila había preparado el día anterior. La gibanica, en especial la de Leila, era la comida favorita de mi abuela. También había somun, un pan típico de los Balcanes, al que untamos con pašteta, un paté que se elabora con varios tipos de carnes; el nuestro era de atún; y por supuesto pusimos una jarrita con kajmak la crema ácida con la que acompañábamos las comidas. La abuela saboreó un poco de todo, pero lo que se dice comer, no comió. No tenía apetito; le echó la culpa a los medicamentos. Yo, en tanto, observaba los manjares y me preguntaba cuándo y cómo repondríamos los ingredientes.

En tanto Leila y Branka levantaban la mesa y se ocupaban de los platos, acompañé a la abuela a su dormitorio y la ayudé a acostarse. El médico había subrayado la necesidad de reposo, de vida tranquila y sin sobresaltos. «Ven, Maša mía», me indicó que me sentase en la cama. Me puse nerviosa. Estaba segura de que querría hablar con su hija para avisarle que estaba bien y con su amado yerno para felicitarlo por el cumpleaños. No me equivocaba. Me pidió que le marcara el número. En aquella época era mala para simular y mentir; después me convertí en una experta, pero en ese momento aún conservaba un alma cándida, que detestaba la mentira. Empecé a balbucear como una idiota. Parecía que lo hacía a propósito para que la abuela sospechase que algo iba mal. Por supuesto, terminé largándole todo y llorando hecha un ovillo en la cama. Tenía miedo, tanto miedo, y recién en esa instancia me atreví a admitirlo. Mi pobre abuela convaleciente me apretujaba contra su pecho y me acariciaba el largo cabello negro, herencia de mi padre, porque el de ella, ahora completamente blanco, había sido rubio, y el del abuelo Liam, castaño rojizo.

Nos quedamos dormidas las dos. Leila nos despertó unas horas más tarde para que la abuela tomase el medicamento. Le traía un té y un bollo dulce, que la obligó a comer para que el comprimido no cayese en el estómago vacío. Las horas de sueño nos habían hecho bien a las dos. Yo me sentía más animada, y mi abuela no tenía tan marcadas las ojeras. Leila se acostó del otro lado, y nos pusimos a charlar. Le pedí a la abuela Kata que nos relatase mi historia favorita, cómo había conocido a mi abuelo durante la Segunda Guerra Mundial. Sabía que le encantaba recordar esas épocas. Y empezó como siempre empezaba, contando que ella, gracias a sus padres comunistas y modernos, era la única muchacha de Rogatica que había asistido a la Universidad de Sarajevo para estudiar Literatura Inglesa. Al declararse la guerra, ella y sus dos hermanos, Petar y Boris, no dudaron en enlistarse entre los partisanos de Tito para frenar el avance de los demonios nazis. «Tenían que verme disparar el

fusil», se jactó. «Petar y Boris envidiaban mi puntería, pero entre los demás soldados se jactaban de su hermanita y me usaban para ganar apuestas», evocaba y reía. Gracias a una de esas apuestas había conocido al soldado escocés de los ojos celestes, miembro del escuadrón que Churchill le había enviado a Tito para que colaborase en la lucha contra los nazis y sus secuaces, los ustachás (los croatas aliados de Hitler) y los četniks (los serbios monárquicos que luchaban a favor del Eje). Mi abuela nunca se olvidaba de aclarar que el propio Fitzroy Maclean, el aristócrata escocés a cargo de la escuadra, había comparecido ese día para conocer a la rubia de ojos negros que disparaba mejor que cualquier partisano. Hace poco, Peter Ramsay me contó que se dice que Maclean inspiró a Ian Fleming para la creación de James Bond. Me habría gustado que la abuela Kata lo supiese, aunque primero habría tenido que explicarle quién era el agente 007.

Me sonrío al imaginar a la Katarina de aquella época, alta y delgada, con su cabellera rubia larga y abundante, participando en apuestas que los salvaban muchas veces de irse a dormir con los estómagos vacíos, porque, y en esto mi abuela era insistente, la guerra significa sobre todo hambre. Así la vio mi abuelo por primera vez, apuntando a una lata ubicada a cincuenta metros, enfundada en pantalones y ajena a las indicaciones de Petar y Boris. Le vio el rostro cuando la muchacha, cansada de tanto consejo vano, alzó la vista de la mira y se giró para acallar a los hermanos, que sellaron la boca enseguida. «Tu abuelo se quedó tonto ante tanta belleza eslava», decía siempre con una vanidad que no sentía. Y nosotras nos reíamos y le gastábamos bromas. En vida del abuelo Liam, él jamás la había contradicho en ese punto del relato; al contrario, torcía los ojos hasta dejarlos bizcos y agitaba las manos para simular cuán tonto había quedado.

Lo gracioso vino después, cuando mi abuelo, sorprendido porque, contra toda creencia, la muchacha había hecho saltar la lata, le dijo a su comandante en inglés: «Tiene el trasero mejor que la puntería, y eso es mucho decir». Katarina, con el fusil cruzado en el pecho, se acercó a esos dos escoceses que la observaban aproximarse sin saber qué pensar, le apoyó el índice en el pecho al abuelo Liam y, sonriendo, le retrucó, también en inglés: «Y tú tienes la lengua más sucia que tus botas llenas de mierda de caballo». Maclean profirió una carcajada, no solo por lo ocurrente que había resultado la partisana sino por la cara de desconcierto de su amigo Liam Duncan.

Después vino la Batalla del Neretva, que se cobró tantas vidas partisanas, incluidas las de mis tíos abuelos Petar y Boris. Antes de la batalla, que más que una batalla fue una campaña que duró alrededor de tres meses, mi abuela había pasado a engrosar el escuadrón de Maclean. Dicen que el propio escocés solicitó el cambio a Tito «por razones del idioma», ya que Katarina Zekić era de los pocos yugoslavos que hablaba fluidamente el inglés y le servía para las comunicaciones por radio. Mi abuelo jamás se alejaba de su lado y la protegía sin descanso. Realizaron codo a

codo la infernal marcha hasta el río Neretva y en más de una ocasión escaparon a la muerte por muy poco.

«Quizá», nos dijo la abuela Kata, «la guerra no fue el mejor momento para conocernos. Estábamos hambrientos, sucios, cansados, olíamos mal. No obstante me doy cuenta de que sin tu abuelo no habría salido viva de ese infierno, no solo porque él era mi escudo sino porque su amor me daba una esperanza, me daba una razón para vivir. Porque quería amarlo en tiempos de paz es que luché con uñas y dientes. Por eso estoy viva, porque lo amaba. Aún lo amo. Y siempre lo voy a amar», añadió en un hilo de voz, y se echó a llorar quedamente. Ahora comprendo que no sollozaba solo por el amor perdido sino porque sabía que habían regresado los tiempos de guerra y que la violencia volvería a desatarse en su amado país, ya no para expulsar al enemigo invasor, sino para matarnos entre nosotros sin razón aparente.

Pero en los ámbitos políticos, sobre todo en la Belgrado del presidente Slobodan Milošević, se creía que había razones y de sobra. El nacionalismo serbio se alzaba como la bandera que guiaría al pueblo en la lucha contra los que en el pasado los habían humillado y masacrado. De pronto, todos los croatas eran nazistas ustachás, y todos los musulmanes, turcos opresores y terroristas. Por esos días en los que la propaganda pro Serbia era digna de la de Goebbels para el Tercer Reich, se decían tantas estupideces e insensateces que, en perspectiva, me dan ganas de reír pues los mensajes rayaban en lo infantil. Se trataba de deshumanizarnos, a los bosníacos, de convertirnos en bestias indignas de compasión. Era furor entre los serbios el libro Nož (cuchillo, daga), del escritor y político Vuk Drašković, que contaba la historia de un niño serbio, uno de los tantos huérfanos de la Segunda Guerra Mundial, criado por musulmanes ustachás, los asesinos de sus verdaderos padres. Otro libro que se puso de moda fue uno del siglo XIX, La corona de la montaña, de Petar Petrović-Njegoš, en el que se ensalzaba el coraje de los montenegrinos para combatir al opresor turco. En los programas radiales y televisivos, en especial en los de la nueva estación operada desde Pale, se repetían sus versos que hablaban de odio, guerra y aniquilación.

Si en aquellos días de mayo de 1992 hubiese podido abstraerme del entorno, habría admirado la eficacia con la que la maquinaria propagandística lograba convertir vecinos comunes y tranquilos en bestias salvajes con sed de sangre. Mi abuela no quería que saliésemos a la calle, pero teníamos que hacerlo si pretendíamos llevarnos algo a la boca. Ella, por mucho que se esmerase, aún estaba débil y se cansaba al mínimo esfuerzo. Subir y bajar tres pisos y recorrer los negocios y mercados para conseguir pan, carne y algo de verdura era simplemente impensable. «Si les preguntan», nos había ordenado, «dicen que se apellidan Zekić, como yo. Es un apellido serbio por donde se lo mire». Con Leila, caminábamos a paso apretado, tomadas del brazo y mirándonos las puntas de los zapatos. Nos embargaba la impotencia al ver cómo maltrataban a las mujeres musulmanas por el

simple hecho de que iban con las cabezas cubiertas. Las insultaban, les gritaban turcas y balije, las golpeaban y les robaban las provisiones.

El 10 de mayo por la mañana sonó el teléfono en casa de mi abuela. Como era domingo y no teníamos que salir a rastrear comida —los negocios estaban cerrados—, Leila y yo remoloneábamos en la cama. Nos levantamos de un salto al oír el grito de mi abuela. Sujetaba el auricular con ambas manos y lanzaba besos a quien estuviese del otro lado de la línea. Era, por supuesto, su adorada y única hija Eszter. Leila condujo a la abuela al sillón y la obligó a beber un poco de agua, mientras yo seguí la conversación con mi madre.

Naser Orić, un joven de veinticinco años de Bratunac, que en los ochenta se había enrolado en la policía militar, había expulsado a los serbios de Srebrenica y se había convertido en el líder dispuesto a defender el territorio del avance četnik. Años después, cuando volví a ver a Sanny, me contó, indignado, que Orić hacía incursiones por las localidades serbias vecinas y que no se limitaba a robarles comida, combustible y animales sino que cometía masacres de una crueldad inaudita. También me contó que vendía los productos que obtenía de la ayuda humanitaria a precios altísimos, y que se hizo rico gracias al mercado negro.

Como fuese, el domingo en que mi madre nos llamó para decirnos que estaban vivos, Naser Orić semejaba a un dios. De todos modos, la situación era desesperada. Srebrenica había quedado aislada dentro de una región dominada por los serbios, que ya habían boicoteado la planta potabilizadora y la usina eléctrica para dejar sin agua y sin luz a los habitantes del díscolo pueblo. El combustible para los grupos electrógenos se cobraba a precio de oro, y se racionaba pues era escasísimo y la prioridad la tenía el hospital que, como todo hospital de guerra, estaba superado, desbordado, descontrolado. A las enfermedades y accidentes normales, se sumaban los heridos a causa de las minas o de los bombardeos de los serbios, quienes, apostados en las colinas que rodean el valle, disparaban contra los civiles de manera similar a lo que acontecía en Sarajevo.

Para colmo de males, Srebrenica se había convertido en el refugio de miles y miles de bosníacos que escapaban de sus lugares de origen, por lo que una ciudad de nueve mil habitantes acabó con sesenta mil. La gente vivía en la calle en condiciones de miseria y dependía de la caridad de los vecinos y de los paquetes que lanzaban las organizaciones no gubernamentales como Manos que Curan y la ONU desde aviones, pues por tierra habría sido imposible; los serbios, dueños de la red de caminos, no les habrían franqueado el paso. Por esa misma razón, pensar en un regreso al hogar era una utopía.

Ese domingo, hablé dos horas con mis padres sin pensar en el costo de la llamada. Necesitaba oír sus voces, saber que estaban vivos y bien. Me hablaron de sus peripecias al escapar, de sus días en el bosque comiendo lo poco que habían llevado y luego cazando conejos y pescando en el río. Habían acabado refugiándose en el granero de los Andrić, una familia serbobosnia de Glogova, ciudad a veinte

kilómetros al norte de Srebrenica. Los Andrić no solo les habían provisto un reparo sino que les habían dado agua, comida y abrigo. Por eso a Sanny lo mortificaba pensar que Naser Orić hubiese atacado a esa pobre gente campesina.

La mayor tristeza de mi padre la constituía el estado deplorable en que había hallado U Partizanski y nuestra casa. Pese a la promesa de custodia de los Cavic, los četniks se habían apoderado de la propiedad y habían saqueado, roto y ensuciado tanto como les había sido posible; debíamos sentirnos afortunados por el hecho de que no le hubiesen prendido fuego como a tantas casas y negocios. Bosnia y Herzegovina se había vuelto loca, y la comunidad internacional se limitaba a contemplar la masacre que los serbios habían planeado meticulosamente desde Belgrado y que ejecutaban con rapidez, eficacia y precisión. Cuando nos dimos cuenta, ya controlaban el sesenta por ciento del territorio, al que a fines del 92 rebautizaron con el nombre de Republika Srpska y cuya sede se hallaba en Pale, desde donde el psicópata Radovan Karadžić lanzaba órdenes entre partidos de póquer y ventas de artículos de contrabando; él también se hizo rico con el mercado negro.

En los noticieros del mundo se la llamaba «guerra civil». En una guerra hay dos bandos armados; aquí solo había uno, el serbobosnio, bien equipado con la artillería del ejército yugoslavo. Del otro lado de la supuesta contienda se hallaban las víctimas.

Hablábamos a diario con mis padres hasta que su teléfono se descompuso. A fines de mayo intentamos llamar y nos daba permanentemente ocupado. El de los Cavic tampoco funcionaba. Insistíamos todos los días en la esperanza vana de que los hubiesen reparado. Pero ¿quién lo habría hecho? El país se había sumido en una anarquía absoluta, y ni siquiera el servicio postal funcionaba.

La batalla por Rogatica comenzó el 22 de mayo, si es que podía llamarse batalla a bombardear desde las montañas una ciudad que no tenía cómo defenderse. La estrategia trazada por Ratko Mladić era la siguiente: secretamente, se le comunicaba a la población serbia el día y la hora del ataque para que abandonase la ciudad en cuestión o se protegiese en los sótanos. El ejército yugoslavo la bombardeaba para luego desfilarse con sus tanques y milicias por las calles vacías. A continuación se la declaraba parte del territorio de la República Serbia de Bosnia (meses más tarde rebautizada Republika Srpska). Al día siguiente, llegaban los paramilitares y hacían el trabajo sucio: las limpiaban de la escoria musulmana y de ustachás. Querían una nación serbia dentro de Bosnia pero sin bosníacos ni croatas.

En Rogatica, el plan se cumplió al pie de la letra. Primero arrojaron artillería sobre los sectores poblados por musulmanes y no se detuvieron hasta que el minarete de la mezquita cayó a tierra. Como mi abuela no quería refugiarse en el sótano con los vecinos —prefería no recordarles que sus dos nietas balijas vivían con ella, ¡como si no lo hubiesen sabido!— decidió que nos guareceríamos bajo la cama matrimonial. Nunca voy a olvidar los silbidos de los misiles. Nos aferrábamos las

manos y apretábamos los ojos hasta oír la explosión. «Si los escuchas zumban sobre ti», nos explicó la abuela Kata, «es porque no caerán sobre ti. Cuando te golpean, tú no los oyes porque el obús viaja más rápido que el sonido».

Después avanzaron con sus tanques por las calles en un despliegue de jactancia insoportable, como si hubiese sido loable obtener una victoria con tanta facilidad. Ese viernes 22 de mayo se declaró a Rogatica un enclave serbio más. Los bosníacos que quedamos con vida ya no pudimos abandonar la ciudad pues se erigieron puestos de control en las salidas.

Un terror indescriptible se apoderó de mí. Vivíamos en un edificio ocupado por serbios que nos conocían desde pequeñas y que sabían que nuestro padre era musulmán. Dependeríamos de la buena voluntad de los vecinos, de que no nos entregasen ni denunciasen y de que nos protegiesen llegado el caso. En un tiempo turbulento y desquiciado como ese, era lo mismo que jugar a la ruleta rusa con más de una bala en el tambor. A veces me acordaba de la promesa de Vuk, de que ningún mal caería sobre nosotras, y la juzgaba como lo que era: la bravuconada de un pedante.

El 25 de mayo los paramilitares se pasearon por las calles y, a través de altoparlantes, les ordenaron a los musulmanes que entregasen sus armas y que concurriesen al gimnasio de la escuela secundaria. El mismo mensaje se repetía desde la sede de la radio de Rogatica. Aquellos que no obedecieron fueron arrancados de sus hogares. Leila, mi abuela y yo, ovilladas en el balcón, veíamos entre los barrotes de la baranda escenas que parecían extractadas de las películas de la Segunda Guerra Mundial, esas que nos ponen los pelos de punta cuando los oficiales de las SS sacan de noche a las familias judías para transportarlas a los campos de concentración. Y justamente eso sucedió a nuestros vecinos bosníacos y a los pocos croatas que vivían en Rogatica, los condujeron a los «centros de detención».

Pero antes, las mujeres y los niños fueron separados de los hombres. A un grupo se lo encerró en el garaje y en el priorato de una iglesia ortodoxa, donde las mujeres fueron violadas. Sí, encerradas y ultrajadas bajo la cruz de un dios que, según entiendo, promulgaba el amor al prójimo; pues nadie entendió su filosofía. Otro grupo de mujeres y niños acabó ocupando las aulas de la escuela secundaria. Allí también se procedió a violentar a las mujeres y a las niñas y a torturarlas. Los serbios entraban en los salones de clase por la madrugada, elegían a las víctimas y las devolvían por la mañana golpeadas, llorosas, en estado de shock. Lo hacían con impunidad, desparpajo y confianza, como si el mismo Dios les hubiese dicho que contaban con la habilitación para hacerlo, que estaba bien, que Él lo aprobaba. Bueno, algo así había sucedido pues desde Pale era lo que más o menos anunciaban Karadžić y su cohorte de psicópatas. Para ellos, no éramos sino seres inferiores y despreciables a los cuales era legítimo torturar y aniquilar. Pero más allá de eso, ¿por qué lo hacían? ¿Por qué tanto salvajismo para con sus connacionales?

El 6 de junio se repitió el proceso de búsqueda de balijes, y creo que después las únicas bosníacas libres que quedaron en Rogatica fuimos Leila y yo. La situación era tan precaria que me impedía dormir, comer, respirar normalmente, eso sin mencionar la congoja que me causaba no recibir noticias de Srebrenica.

Volví a ver a Vuk a fines de julio, casi dos meses más tarde de la caída de la ciudad en manos serbias. Sabíamos por Branka que «su novio» —según ella, un importante comandante del ejército, muy respetado por el general Mladić— había sido convocado a la República Serbia de Krajina (la versión de la Republika Srpska pero en territorio croata) para acabar con unos ustachás que cometían actos de terrorismo en Knin, la capital. Yo secretamente deseaba que nunca volviese de la Krajina.

Era una noche calurosa y había sacado a pasear a Luks porque necesitaba salir del departamento en el que me sofocaba. De regreso, me los topé a él y a Branka en las escaleras. Yo subía, ellos bajaban. Nuestros ojos se cruzaron, y a mí el pánico me dejó sin respiro. Pero también sentí un alivio profundo, alivio de que lo único que me inspirase fuese miedo; ya nada quedaba de la atracción. Ese hombre, uno más de los que tanto daño habían hecho a los musulmanes, podía tenerme en su puño, pero no podría jugar con mi mente como lo había hecho la vez anterior.

Me miró de arriba abajo y notó que había adelgazado pues comentó: «Has perdido peso. ¿No te llegaron las cajas?». «¡Y a ti qué te importa, Vuk!», se quejó Branka, y le zarandeo el brazo. «Cállate», le ordenó sin alzar la voz y sin dignarse a mirarla, sus ojos fijos en mí. Luks, tan debilitado y flaco como yo, gañó a mi lado y se agitó. «Buenas noches», mascullé, y me deslicé de costado por el resquicio que la figura de Vuk dejaba entre la pared y él. Los latidos me explotaban en los oídos; así y todo escuché los reclamos de Branka. «¿Qué te importa esa balije? ¿Por qué la mirabas de ese modo? ¿Qué...?». «No le diste las cajas, ¿verdad, Branka?», le preguntó con acento medido, aunque con un sustrato siniestro. ¿De qué cajas hablaba?

Teníamos que huir, no podíamos quedarnos en ese edificio que se convertiría en una trampa mortal. Pero ¿dónde ir si la ciudad estaba bajo asedio y los caminos de más del sesenta por ciento del país pertenecían a los četniks? Aunque no quería preocupar a mi abuela, le conté acerca del encuentro en la escalera. Decidió llamar al único amigo en quien confiaba; los demás, de un día para el otro se habían vuelto nacionalistas y detractores de los malditos musulmanes que pretendían fundar un estado islámico en la Europa oriental.

Antes del amanecer, partimos hacia la casa del dentista Zoran Gravić, que nos recibió con actitud amorosa y nos ubicó en la habitación que había pertenecido a su hijo antes de que se casase y se fuese a Alemania. Era viudo, por lo que vivía solo con su gato Rufus, que enseguida hizo migas con el bueno de Luks. Poco nos duró la sensación de seguridad. Al mediodía, tocaron el timbre. Zoran nos hizo señas para que nos escondiésemos en el dormitorio. Mi abuela echó llave, y yo pegué la oreja a

la puerta. Era un hombre, en realidad un muchacho. Conocía esa voz, la de Mirko. Zoran negaba, Mirko insistía, hasta que otra voz, esa siniestra que me paralizaba, los acalló a los dos. «¿Dónde está?», preguntó a continuación, y Zoran, como si fuese un robot, lo escoltó hasta la habitación. No tenía sentido esperar a que echase la puerta abajo, lo que habría hecho con poco esfuerzo. Abrí. Lo tenía a dos pasos. Alcé la vista con ganas de taparme los ojos antes de que dieran con los de él. Eso había funcionado de niña, cuando tenía miedo de noche; ahora era una mujer y debía enfrentar al destino, el que me ponía delante a ese paramilitar en uniforme de tela camuflada y borceguíes.

«Maša». Dijo mi nombre por primera vez con un gesto risueño que escondía una advertencia. La confianza que se había tomado al pronunciarlo hablaba del poder inconmensurable que, él sabía, ejercía sobre nosotras. «¿Qué haces? ¿Te escondes de mí?». «No», balbuceé. «Visitamos a un amigo de mi abuela». Apartó la mirada y estudió el interior del dormitorio por sobre mi cabeza. «Una visita larga a juzgar por las maletas que veo allí». De nuevo la sonrisa lobuna que le daba sentido a su nombre le distorsionó las duras facciones. «Vamos», ordenó. «Recojan sus cosas. Las llevaré de regreso a casa. No tiene sentido esconderse aquí. Donde sea que vayas, Maša, te encontraré». Di media vuelta y me topé con las miradas temerosas y confundidas de Leila y de la abuela Kata.

Embargado de vergüenza, Mirko nos ayudó con las valijas. Vuk, ese descarado, le ofreció el brazo a la abuela Kata, que lo aceptó con mano temblorosa. «El perro se queda», ordenó, y le sonrió a mi abuela, quien, a punto de protestar, bajó la vista y asintió. Verla tan vencida, a ella, una heroína partisana, me rompió el corazón. Leila y yo nos abrazamos a Luks y lo besamos. «Usted», volvió a hablar el comandante de los Guerreros del Lobo para dirigirse al pobre Zoran, «encierre al animal para que no las siga».

Nos despedimos de Zoran con la mirada, sin articular palabra. Temí por él; se consideraba un gran acto de traición que un serbio protegiese a un musulmán. Le habría rogado a Vuk: «Por favor, no le haga daño», pero callé. ¿Qué implicancias tendría pedirle un favor al hombre más poderoso de Rogatica? Busqué la mano de Leila de manera instintiva y la apreté; ella entrelazó sus dedos con los míos y de ese modo salimos a la calle. Mirko, que cargaba las maletas más pesadas, caminaba a nuestro lado. «Ayúdanos», susurré con pasión. «No puedo», admitió. «Está obsesionado contigo. Puso un guardia frente al edificio, así fue cómo supimos dónde estaban. Si llego a alejarte de él, me matará».

Con digna galantería, Vuk ayudó a mi abuela a subir a un automóvil negro, grande y ostentoso. La tapicería era de cuero en una tonalidad beige, y el habitáculo olía bien, un aroma cítrico y fresco. Nada de ese lujo me alcanzaba. Yo respiraba y me movía entumecida por el pánico, atrapada en la pesadilla inverosímil que se desplegaba frente a mí. Me negaba a aceptar la realidad. Me apretaba las manos y me mordía el labio para no emitir el bramido de miedo e indignación que explotaba

en mi mente y me ensordecía. ¡Qué injusto era todo! ¡Qué injusto era estar separada de mis padres! ¡Qué injusto era que, por mi estirpe musulmana, se me considerase mercancía de descarte! ¡Qué injusto era tener que esconderme como si fuese una criminal! «¡Soy un ser humano común y corriente!», habría gritado.

Mirko ocupó el asiento del conductor y Vuk, el del copiloto. Yo me ubiqué detrás de él. Como llevaba el apoyacabeza elevado para ajustarlo a su altura, le entreví un tatuaje negro en la nuca, uno macabro con una calavera y dos fémures cruzados, símbolo de los piratas; por encima y por debajo, en alfabeto cirílico, había una frase: «Por el rey y la patria, libertad o muerte». Ese símbolo estampado para siempre en la piel del hombre que se había convertido en nuestro carcelero resumía el futuro de muerte, odio e intransigencia que nos aguardaba.

CAPÍTULO VII

Nuestros peores enemigos, los que debemos combatir en primer lugar, viven en nosotros mismos.

Miguel de Cervantes Saavedra, escritor español
(1547-1616)

Después de haberse desahogado al teléfono con Leila y de haber escrito las memorias de la guerra, que también constituían un desahogo, La Diana durmió profundamente cuatro horas seguidas, lo cual le sucedía con poca frecuencia. Por la mañana, mientras Bruce McLeod se ocupaba de rastrear en la Red a Alexandra Buunk, la hermana del amigo de Carrie Stewart, La Diana y Callum Duncan se encerraron en el despacho para hablar.

—Impresit, la compañía que sufrió el escape de gas tóxico en Lombardía, es subsidiaria, como nos informó Bruce, de una empresa suiza... —Glendale consultó su libreta—. Gigaurdet. Lo que me llevó más tiempo descubrir porque fue hecho con ese propósito, es decir que no se descubriese fácilmente, es que Gigaurdet es a su vez subsidiaria de Ouroboros Global, el laboratorio de...

—¡Aleksandar Ilić! —lo interrumpió La Diana—. Sé que puede parecer que mi juicio está sesgado por el hecho de que es serbio, pero intuyo que ese tipo no es trigo limpio.

—No sé si es trigo limpio o sucio, lo que puedo decirte es que está en aprietos financieros. Hace poco le negaron una patente, no recuerdo bien...

—La patente para comercializar el trigo transgénico —completó La Diana—. Las acciones de todas sus empresas sufrieron fuertes caídas.

—Para uno como Ilić, no habría sido tan fuerte el golpe si en los últimos dos años no se lo hubiese pasado comprando las semilleras más importantes del mundo. Cargill, Sakata, Dreyfus... Elige la que quieras, son todas de Herkul Biotech. Y no le costaron poco, te lo aseguro. La iliquidez debe de ser uno de sus grandes problemas.

—¿Es posible hacerse de tantas compañías, en especial estas que son estratégicas? Estamos hablando de las empresas que producen el alimento para la humanidad. ¿No hay leyes *anti-trust*?

—Creo que los mayores costos en los que incurre este tipo de empresas tan controversiales como Cyklon Chemical y Herkul Biotech están fijados por los honorarios de los abogados. Los mejores bufetes de Nueva York y de Londres, repletos de tiburones que se comen la ley a bocados, les permiten a tipos como Ilić

llevar adelante sus planes. Lo de la patente del trigo transgénico fue un golpe durísimo para el conglomerado Ilić, no solo desde un punto de vista tecnológico y comercial sino político. Parecía que tenía a la Food and Drug Administration en el bolsillo, pero los grupos ecologistas y otras ONG han hecho un buen trabajo, y la opinión pública está comenzando a inquietarse con esto de los transgénicos. Pues bien —retomó el barón escocés—, en este escenario de aprietos financieros y reveses políticos, la eventualidad de tener que afrontar millones y millones de dólares en indemnizaciones a causa de la pérdida de gas sufrida en Lombardía se presentaba como un panorama inaceptable. Si el juez hubiese fallado a favor del ingeniero afectado de cloracné, toda la población de Barlassina habría tomado su ejemplo y demandado a Impresit.

—Gracias a lo que me contó el doctor Paddington —aportó La Diana— sabemos que la relación entre Yura e Ilić es de larga data y que viene de la época en la que ella trabajaba en el Instituto Peter Gray y la fundación de Ilić financiaba algunas de sus investigaciones. Pero lo del juicio es el primer hecho con un móvil plausible para hacerla desaparecer.

—Según la sentencia del juez, el gas no tiene nada que ver con el cloracné del ingeniero. —La Diana rio con sarcasmo—. Su hermana apeló la sentencia. El caso está ahora en la Cámara de Casación.

—¿Crees que el testimonio de Yura habría inclinado la balanza a favor del ingeniero?

—No lo sé —admitió Glendale—. Solo sé que, cuando se disponía a abordar un avión para hacerlo, la secuestraron y simularon su muerte.

Sonó el celular de L'Agence. Era Piersanti Righi. Su voz sonaba preocupada.

—¿Qué sucede? —se inquietó La Diana.

—Acaba de llamarme el encargado de tu edificio. Dice que tu vecina encontró la puerta abierta de tu departamento, se asustó y llamó a la policía. Entraron a robar, según me dijo el hombre. Está todo revuelto. Lo siento.

La Diana percibió un malestar en el estómago, no tanto por el robo en sí; lo único que le importaba se lo había llevado consigo: la *ushanka* y los aros Swarovski. Al acordarse del cuadro de Hunt-Lenox, se dijo que resultaba improbable que lo hubiesen robado. Lo único de valor lo constituía la computadora. En realidad, la preocupaban las implicancias del hecho. ¿Habrían ido a buscarla los malditos que le habían puesto precio a su cabeza y, al no encontrarla, habían figoneado entre sus cosas para dar con una pista de su paradero? El enredo en que estaba convirtiéndose su vida sobrepasaba cualquier ficción.

—¿Por qué te llamó Madhur a ti? —La Diana se refería al encargado de origen indio.

—Porque cuando firmaste el contrato de alquiler diste mi teléfono fijo porque tú no tenías uno, ¿lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo.

—¿Qué harás? Tienes que venir.

—No puedo ahora.

—¡Diana! La cerradura de tu departamento está destrozada y...

—¿Puedes hacerte cargo? Te deberé una muy grande.

—Sí, puedo, pero... ¿Dónde estás? —preguntó el italiano con impaciencia.

—En Escocia.

—¿Qué haces en Escocia?

—Es una larga historia. Algún día te la contaré.

—¿Como también me contarás que te suspendieron? —La Diana espiró con hartazgo—. ¿Por qué no nos lo dijiste? Lo supimos por Sibi.

—No habría soportado la despedida, ¿OK? No soy buena para esas cosas.

—Te habría dado un fuerte abrazo —bromeó Piersanti, y La Diana sonrió pese a todo.

—Y habrías acabado con las bolas de corbata.

—Lo sé, *cara mia*. No te preocupes, me haré cargo de la cerradura y te daré las llaves nuevas cuando volvamos a vernos.

—Gracias.

Callum Duncan oyó el relato de La Diana con un profundo ceño.

—La computadora era lo único valioso. Igualmente, no tiene nada que me comprometa, ni siquiera el historial de mis búsquedas en Internet; me ocupo de borrarlo antes de desconectarme.

—Es evidente —opinó el escocés— que no se trató de un robo común. Tiene que ver con ese mensaje que recibiste ayer o con la investigación que estás realizando por cuenta de Raemmers. O todo está relacionado con todo. Es un endemoniado galimatías.

—Siento que la situación se me está escapando de las manos —admitió La Diana.

—Y para ti el control lo es todo, ¿verdad?

—Una vez mi vida estuvo en manos de otros y se convirtió en un infierno. No ocurrirá de nuevo.

—Hagamos un estado de situación de lo que tenemos hasta el momento.

Sirviéndose del afiche que La Diana había elaborado y que Callum desplegó sobre el gran escritorio, repasaron lo poco que sabían con certeza acerca de los dos temas en danza: el secuestro de Yura y el tráfico humano. No era mucho; los signos de interrogación seguían descollando en el diagrama. Glendale señaló que esperaba de un momento a otro el reporte de su contacto en la Europol sobre las huellas digitales en la llave.

Edward, el mayordomo, llamó a la puerta del despacho y entró con un sobre de cartón al cual lo cruzaba en diagonal la leyenda «TOP SECRET».

—Lo que esperaba, *Your Lordship*.

—Gracias, Edward. Dile a Bruce que venga.

Callum Duncan abrió el sobre con un utensilio en forma de daga, que La Diana estudió mientras el hombre leía el documento. El escudo de los Glendale estaba tallado en el mango en el que se leía con claridad el lema: *In hoc signo vinces*.

—Con este signo vencerás —tradujo Glendale, y señaló la cruz—. Eso significa el lema de nuestra familia, algo que tu abuelo, un ateo confeso, despreciaba. Pero dejemos las cuestiones heráldicas para momentos menos complicados.

—¿Es el reporte de las huellas digitales? —se interesó La Diana.

—No. Aquí —dijo, y sacudió las hojas en el aire— tengo el informe que solicité días atrás y que me envía nuestro agente en Sarajevo. Le pedí que investigase a la fiscal Bosa Dretar y que me pintase un panorama de las mafias locales y de su posible implicancia en el tráfico sexual. En resumidas cuentas me dice que la Dretar, una mujer de treinta y nueve años, de padres croatas, nacida en Sarajevo, es una de las pocas funcionarias de la Justicia que no es corrupta. Ser mujer en una sociedad machista y, para peor, ser honesta, no le facilita la tarea, pero está empeñada en llevarla adelante. Trabaja codo a codo con el... —se calzó los lentes de nuevo y leyó — Oficina de Derechos Humanos de la Internacional Police Task Force para poner fin a los abusos de los policías y otros funcionarios judiciales.

—¿Menciona el tráfico humano?

—Dice que está comprometida con la causa, sí, sobre todo con la de los niños sarajevitas huérfanos que desaparecieron durante y poco después de la guerra. Agrega además que la Dretar fue invitada por la ONU y disertará... Oye bien, Diana, quizás esto te alegre. Disertará entre el 12 y el 15 de diciembre próximos en Palermo, Sicilia, en la Convención sobre Tráfico Humano. Ya ves, querida, el tema está sobre el tapete.

—En esas convenciones que organiza la ONU —opinó La Diana— se habla mucho, se escriben resoluciones pomposas y no se logra nada.

—Tal vez tengas razón —admitió Glendale—. Sigamos —propuso—. En cuanto a las mafias locales, son los restos de los escuadrones paramilitares que actuaron durante la guerra y que se hicieron ricos robando a sus víctimas y con el mercado negro. Uno de los más poderosos es el traficante de armas y droga llamado... Ratko Banovic.

La Diana no mencionó que lo conocía; era información reservada de L'Agence.

—El informe aclara que este Banovic no es más que una fachada, un títere. El verdadero señor de las mafias en Bosnia es un hombre al que están investigando, elusivo, huidizo y cuya identidad no han obtenido aún.

«Vuk», se dijo La Diana. A su tío le comentó:

—Será porque *no quieren* obtenerla. —Glendale alzó la vista y se quitó lentamente los anteojos—. Raemmers —se explicó La Diana— sostenía que las fuerzas internacionales soportan a estos mafiosos serbios en Bosnia porque sirven para mantenerla limpia de terroristas musulmanes.

—Muy probable —admitió Callum Duncan—. Aquí agrega que, después de la eliminación de Arkan en enero de este año, el poder mafioso en los Balcanes... Fíjate que ya no habla de Bosnia sino de la región y los que escriben estos informes son *muy* puntillosos. Pues bien, el poder mafioso quedó concentrado en este señor invisible. Lo creen el autor intelectual del asesinato de Arkan.

Glendale dirigió la vista hacia la puerta que se abría. Bruce entró con papeles en la mano; en realidad, eran dos fotografías de gran tamaño. Las colocó sobre el afiche y bajo la lámpara del escritorio.

—¿Algo sobre Alexandra Buunk? —se interesó Glendale.

—Nada —admitió el pelirrojo—, pero estuve trabajando de nuevo con las imágenes del aeropuerto y me gustaría que vieses algo.

La Diana se inclinó para observar las ampliaciones y enseguida se dio cuenta de que se trataba del tatuaje en la nuca del hombre que escoltaba a Yura Christiansen hasta el baño del aeropuerto.

—Es la mejor calidad que he podido obtener. Es mala, lo sé, pero creo que esto aquí...

—Es una calavera —completó La Diana—. Estos son dos fémures. Y aquí, en cirílico, dice: «Por el rey y la patria, libertad o muerte».

—Veo que lo conoces bien.

—Era el símbolo de la bandera de los *četniks* —aclaró Callum Duncan—, los guerreros serbios que defendían a la dinastía de los Karađorđević durante la Segunda Guerra Mundial. ¿Acaso a Yura la secuestró un grupo serbio?

Destapó el rotulador rojo y dibujó una flecha desde Yura al final de la cual escribió: «¿Serbios?». A continuación declaró:

—Todo apunta a los Balcanes. Diana, es hora de que vayas a Bosnia. Allí está la verdad que Raemmers buscaba.

«Allí hay dragones», se recordó con miedo aunque también con cierto sentido de la fatalidad que le impidió desmoronarse. Después de todo, siempre había sabido que tendría que volver.

—Hoy mismo contactaré a las personas adecuadas para garantizar tu ingreso en el país.

—No es necesario, Callum. Elish tiene fuerzas destinadas en Kosovo. Él me hará entrar sin ser detectada.

—Entonces —dijo Glendale—, yo me ocuparé de lo que necesitarás en Sarajevo. Cuenta con ello.

—Antes de viajar a Bosnia necesito regresar a Francia.

—El lunes Seamus te llevará a París —manifestó Callum Duncan.

—En realidad, Elish y yo nos encontraremos en su hacienda en Ruán.

—Perfecto —contestó el anciano escocés—, se lo indicaré a Seamus. Por mi lado empezaré a disponer los arreglos ahora mismo.

* * *

Necesitaba despejarse, por lo que, después del almuerzo, aceptó la invitación de Bruce para cabalgar. «A Eliah le gustaría ver este sitio», pensó al ingresar en las caballerizas de su tío abuelo. Si bien no tan grandes como las de la hacienda de Ruán donde Al-Saud criaba frisonas, en las instalaciones de Glendale se olía tradición y amor por los equinos. Le ensillaron un alazán de nombre Poeta. Bruce colocó la montura sobre su caballo, un purasangre negro de una belleza arrebatadora que hacía honor a su nombre, Bonnie, bonito en gaélico.

Se adentraron en la arboleda del parque a paso tranquilo. Habían prometido no hablar de la investigación lo que durase el paseo. McLeod le contaba acerca del último videojuego que había diseñado, y la hacía reír lo ridículo de la cuestión.

—Los adolescentes lo encuentran muy entretenido —se defendió Bruce— y unos cuantos adultos también. Pagan bastante por ellos.

—Sobre gustos no... —La Diana enmudeció abruptamente y detuvo a Poeta.

McLeod la imitó y guardó silencio en tanto ella giraba sobre la montura y escudriñaba entre los árboles. Había cometido un error al alejarse de la propiedad y penetrar en el bosque. Se había expuesto inútilmente, como una novata. Estaba segura de que había escuchado un sonido ajeno al lugar.

—Volvamos —ordenó, y tiró las riendas hacia la derecha para que el alazán diese la vuelta.

—¡Ey! —exclamó McLeod al avistar a dos hombres delante de ellos; uno los apuntaba con una pistola—. ¡Esto es propiedad privada! ¡Abandónenla inmediatamente!

La Diana, en silencio, los miraba a los ojos y estudiaba las posibilidades. El más joven era alto y de buena contextura; el más viejo, el que sostenía la pistola, se destacaba por un abultado vientre y una figura retacona. No dudaba de que eran tan letales como lucían y de que probablemente contaban con refuerzos. La descolocó que el panzón la llamase por su nombre. Mariyana, dijo, y a ella se le volvió de hielo el cuerpo. Supo lo que le comunicaría, el final del mensaje que Zver había comenzado a entregarle en la cámara Gesell.

—Vuk quiere verte. Te llevaremos con él.

—¿Qué? ¿Qué ha dicho? —se inquietó McLeod, pues el hombre había hablado en serbocroata.

—Desmonten muy lentamente —les advirtió el más joven.

La Diana tradujo y añadió en un susurro:

—Bruce, haz todo lo que yo diga, sin dudar —remarcó, y sintió pena por el pelirrojo, que le devolvió una mirada cargada de desolación. En su mundo de

computadoras y videojuegos, las pistolas y los criminales formaban parte de la ficción.

Avanzaron con las manos en alto y se detuvieron cuando se lo ordenaron. A una indicación del panzón, el más joven se aproximó a La Diana y se acuclilló delante de ella para comenzar el cacheo por las piernas.

Con el hombre que la registraba a sus pies, La Diana desenvainó los *kukris* y, acicateada por el asco que le provocaba el contacto, le descargó el talón de los mangos en la base de la nuca, en dos puntos estratégicos que le causaron un desvanecimiento. Y antes de que el panzón comprendiese lo que estaba ocurriendo, le lanzó una patada voladora y lo desarmó. El delincuente acabó con un dolor punzante en la muñeca y los filos de dos cuchillos calzados en el gaznate.

—¡Recoge la pistola, Bruce!

Lo vio dudar, solo un instante. El escocés se arrojó sobre el arma, que se había hundido entre los hierbajos. La recuperó y se la calzó en el cinto del pantalón.

—Cachéalo —ordenó, y señaló al que estaba aún tendido; al otro le habló en su lengua madre—: Dile a Vuk que nos veremos en el infierno o en el tribunal de La Haya.

Le propinó un rodillazo en los testículos y el panzón se desmoronó delante de ella. Aprovechó para guardar los *kukris* y recuperar la Beretta de la pistolera axilar. El otro, que comenzaba a recobrar la conciencia, acabó con el cañón del arma en la sien.

—Colócate junto a tu compañero —indicó con el mentón al hombre que se sujetaba la entrepierna y se lamentaba.

—Suelte el arma —escuchó La Diana a sus espaldas; el refuerzo del que había sospechado acababa de llegar.

Calculó que eran dos; los delataba el hecho de que, por haber corrido, respirasen fatigosamente; ella oía *dos* respiraciones fatigosas, una medio anginosa. Por la nitidez del sonido, dedujo que los tenía cerca, a menos de dos metros. Se giró lentamente y confirmó lo que había supuesto: eran dos tipos, y eran jóvenes y fuertes.

—¡Corre, Bruce! ¡Corre! —le ordenó, al tiempo que sorprendía a los asaltantes lanzándoles una patada a la altura del rostro.

McLeod, en lugar de huir, se lanzó sobre el que acababa de recuperarse del desvanecimiento y le descargó varios puñetazos cuando le adivinó la intención de atacar a La Diana. En tanto, esta soltó un gemido y dejó caer la Beretta cuando el que momentos antes se sobaba los testículos le propinó un gancho a la altura del riñón derecho. Se recuperó enseguida y comenzó a respirar de modo tal de evitar el cansancio y suprimir el dolor en la base de la espalda que amenazaba con doblarla.

Se dirimía con los tres, que le presentaron sus cuchillos, unos Bowie de aspecto aterrador. Desenvainó de nuevo los *kukris* y los empleó aplicando técnicas de ninjutsu, tal como Takumi *sensei* le había enseñado a esgrimir las catanas. Uno, el panzón, acabó con un corte profundo en el brazo, el otro, con un tajo en el vientre, y el tercero prefirió huir antes de ganarse una marca. Los otros no dudaron en seguirlo.

Dejaron al cuarto compañero atrás todavía medio inconsciente a causa de los trompazos de Bruce.

—¡Vamos! —exclamó La Diana mientras recogía la Beretta—. ¡A los caballos! ¡Huyamos de aquí! ¡Podrían traer más refuerzos!

Corrieron hacia Poeta y Bonnie, que, pese al jaleo, no habían desertado. La Diana saltó sobre la montura sin demasiada gracia. Galoparon a toda velocidad.

* * *

La Diana se dio un baño y permaneció bajo la ducha hasta percibir que los músculos de la espalda se le distendían. Bajó con el pelo húmedo y recogido en un rodete. El mayordomo le indicó que los señores la aguardaban en el despacho. Llamó y abrió sin esperar la venia. Callum Duncan se apretaba la barbilla y seguía con atención el relato de su sobrino.

—¡Aquí llega la heroína del momento! —bromeó el pelirrojo, y La Diana le dirigió una sonrisa apretada—. Tendrías que haberla visto, Callum. Era un espectáculo repartiendo trompadas, puntapiés y fintas con esos cuchillos que siempre lleva encima.

La Diana y Glendale intercambiaron una mirada preocupada.

—¿Cómo sabían que estabas aquí? —preguntó el anciano.

—Ya no tengo dudas: hay un topo en L'Agence. Bruce, ¿tienes la pistola? La que quitamos al asaltante —aclaró.

El joven escocés la recogió con un pañuelo y se la entregó. La Diana la recibió y usó el mismo pañuelo para evitar estamparle las huellas digitales. Se trataba de un arma espléndida, una Heckler & Koch P7M8 para munición de nueve milímetros; la conocía bien pues era la favorita de Nanuk. Un chasquido resonó en la habitación al liberar el cargador. La sorpresa llegó al comprobar que estaba vacío, ni un proyectil en su interior.

—¿Se habrán olvidado de insertar las balas? —se cuestionó McLeod.

—Si eres profesional como estimo que lo son esos cuatro, *jamás* te olvidas de aprontar el cargador. Es parte de la naturaleza de un soldado, como respirar y pestañear, y esos cuatro, en cierto modo, son soldados. Y buenos. Sabían pelear, lo hacían con técnica, aun el panzón. Si no cargaron el arma fue a propósito.

—No querían lastimarte —conjeturó Callum Duncan—. La pistola era a los fines disuasorios, para que los acompañases. La pregunta es: ¿tiene esto que ver con lo del tráfico humano? ¿Con lo de Yura?

—Es algo personal —admitió La Diana—. No tiene que ver con la investigación que me dejó Raemmers. Si no les molesta, prefiero no hablar de ello.

—Claro, claro —se apresuró a contestar Glendale.

Se sentía devastada. Le resultaba inverosímil lo que acababa de vivir; temía analizar las implicancias. El dragón sobrevolaba y la acechaba de nuevo. Sabía cómo había dado con ella, lo había previsto al enterarse de la fuga de Zver, que de seguro había corrido a su amigo para contarle lo que sabía, que Mariyana Huseinovic formaba parte del grupo de soldados de élite que lo había apresado. Y el topo en L'Agence le había indicado dónde encontrarla. Ahora se explicaba la irrupción en su departamento de Stanhope Gardens. Sin embargo, razonó, había más de un topo, el que la había entregado a sus enemigos y el que le había advertido que su cabeza tenía precio. ¿O se trataba del mismo que jugaba a dos puntas, por un lado satisfacía a los traficantes y por el otro la protegía?

Cansada, deprimida y de malhumor, usó una de las computadoras de Bruce para enviar un ultimátum a Nanuk. «¿Por qué me sacaste de tu vida? Lo que sea que estés enfrentando, quiero ayudarte. Si no contestas este mensaje, será el último que te haya escrito y te pediré que me olvides. Ya no volverás a saber de mí y daré de baja la cuenta». A la mañana siguiente se encontró con la primera respuesta en meses. En la carpeta «Borrador», Nanuk le había escrito: «No me abandones. Necesito saber que estás ahí. Pero ahora tengo que enfrentar esto solo».

* * *

Al día siguiente del ataque, después del almuerzo, la enfermera abrigó a Charlotte y La Diana la condujo hasta el ingreso del laberinto; cuatro guardias las escoltaban. Callum Duncan había convertido el castillo en una fortaleza en el lapso de pocas horas, y en esa capacidad de convocar gente especializada, armada y entrenada, La Diana vislumbró de nuevo la influencia incalculable del barón de Glendale. Dos Range Rover recorrían el perímetro de la propiedad, mientras una decena de profesionales se había sumado a los de rigor para encaramarse en las torres del castillo o deambular por el parque con fusiles FN FAL. En la elección del arma La Diana reconocía a viejos soldados del SAS, que, después de años de haber empleado el famoso fusil, le habían tomado cariño. En uno de sus entrenamientos en Pontrilas, un teniente le había explicado: «Es pesado y un poco largo, pero cuando una munición del FAL golpea al enemigo y lo derriba, tú sabes que ya no se levantará. Y eso es algo que no imaginas cuánto me complace».

La Diana se sentó sobre la piedra fría del banco que había a la entrada del laberinto y por un momento se quedó en silencio admirando el azul de las gencianas y meditando que los ojos de Vuk, si bien azules, no habían poseído la calidez de esa tonalidad; los recordaba fríos y crueles.

—¿Qué sucede? —preguntó Charlotte—. Has temblado.

—Hace un poco de frío —mintió—. Charlotte, hay algo que quiero decirle. Mañana saldré de viaje y no sé cuándo regresaré. Debo ocuparme de un asunto

importante.

—¿Anders?

—Sí, se trata de lo que me encargó el general.

La mujer asintió, y volvieron a guardar silencio. Al cabo, La Diana sacó el tema del regalo con el que Callum Duncan la había sorprendido esa mañana, un equipo completo para pintar, con caballete, varios tamaños de lienzos, una docena de pinceles, óleos de variados colores, acuarelas, solventes, paletas; las cajas y las bolsas no acababan de vaciarse. A la mención del obsequio, los ojos de Charlotte se reavivaron.

—Mañana comenzaré a pintar un paisaje —anunció en su nuevo y pausado discurso adquirido en pocas sesiones con una fonoaudióloga recomendada por el neurólogo; el avance resultaba asombroso—. Me gustaría contárselo a Severina.

—¿Severina? —repitió La Diana, mientras concluía que Raemmers no le había comunicado a Charlotte la muerte de su amiga. Se restregó las manos de pronto heladas y húmedas.

—Ella y yo íbamos juntas a clase de pintura en Londres. Me gustaría llamarla.

—Verá, Charlotte... Severina... No tengo buenas noticias.

—Ha muerto, ¿verdad? —El fatalismo con que lo expresó sorprendió a La Diana, que se limitó a asentir—. ¿Cómo? —preguntó con voz forzada.

—Unos ladrones le dispararon cuando intentó resistirse a que le quitasen la cartera.

Charlotte bajó la vista, y La Diana vio cómo sobre sus manos arrugadas y venosas caía una lágrima, y luego otra y otra más. Como solía ocurrirle en circunstancias similares, detestó la cadena a la que la ataba la afenfosfobia.

—Lo siento, Charlotte.

—¿Cuándo? —preguntó después de limpiarse con el pañuelo de tisú que le dio la enfermera.

La Diana hizo memoria antes de responder que había ocurrido el 6 de noviembre, por la noche.

—Haber superado un cáncer —comentó Charlotte— para morir así.

—No sabía que la esposa del general De Souza hubiese tenido cáncer.

—Se lo detectaron después del nacimiento de Inesita. A causa de una mala praxis en el tratamiento con quimioterapia y rayos quedó estéril. Le secaron los ovarios. Por eso no pudo tener más hijos. Pobre Severina.

* * *

La mañana del lunes 27 de noviembre, antes de partir, La Diana se reunió en el despacho con Callum Duncan y Bruce McLeod.

—Tu contacto en Sarajevo —le informó el noble escocés— te estará esperando en el bar Viennese del Hotel Europe el viernes 15 de diciembre a las once de la mañana. Estimo que dos semanas serán suficientes para que Al-Saud organice tu ingreso en la región. El nombre del agente es Freddie Prescott y esta es su fotografía. —A continuación, le extendió un trozo de papel—. Lee la contraseña y memorízala. —La Diana lo hizo, tras lo cual Callum Duncan le prendió fuego.

—Recuerda comprar un *burner* después de haber entrado en el país —le señaló McLeod—. Y aunque es seguro, igualmente mantenlo en la funda que te di ayer. Es tan eficaz como el aluminio, solo que más práctica.

—Apenas tengas el nuevo número telefónico —le indicó Duncan—, llámanos. Quiero estar comunicado contigo las veinticuatro horas del día.

Sonó el teléfono del despacho y Glendale se apresuró a responder.

—Era mi contacto en la Europol —anunció al finalizar la llamada—. Las huellas digitales de la llave concuerdan con las de Alexandra Buunk. Había otra, aunque parcial, que podría pertenecer a su hermano Claus, pero el laboratorio no pudo confirmarlo. Igualmente, es irrelevante. Lo que nos importaba saber ya lo sabemos: la chica que fue a buscarte ese día al hotel en Ámsterdam era Alexandra Buunk. Los legajos que robó Carrie Stewart y el video están en el sitio que abre esa llave, no tengo duda al respecto.

—Pero ¿qué abre? —se cuestionó McLeod.

—Mi contacto está en eso. Acaba de decirme que empezará por investigar en los bancos de Ámsterdam; cree que podría pertenecer a una caja de seguridad.

—Y si descubre los legajos y el video, ¿qué hará? —se preocupó La Diana.

—No hará nada sin consultarme —la tranquilizó Glendale—. Me debe un gran favor —acotó el anciano—. Le avisé que le enviaríamos la Heckler & Koch con la que los atacaron el sábado. Le dije que necesitaba con urgencia saber a quién pertenecen las huellas digitales.

—Además de las de Bruce —dijo La Diana—, dudo de que halle otra cosa; el tipo llevaba guantes.

—Nunca se sabe —manifestó Callum Duncan—. En el laboratorio analizan hasta el cargador. Podríamos encontrar algo. Si supiésemos el nombre de al menos uno de los que te atacaron estaríamos en posición de determinar a qué banda o mafia de los Balcanes pertenece. Dices que es un asunto personal pero quizás esté relacionado con lo del tráfico humano —sugirió, y La Diana se mantuvo callada—. Por ahora solo conoces un nombre, Lazar Kovać, y ni siquiera sabemos si es el que trabaja en Bubamara.

—O si da clases en ese colegio secundario —apuntó McLeod.

—No se olviden de Bosa Dretar —señaló La Diana—. A ella recurriré también.

Se dio cuenta de que le costaba dejar el castillo de Glendale y separarse de sus nuevos amigos. Como caía aguanieve y hacía frío, solo Bruce McLeod la acompañaría hasta el helicóptero. Charlotte y Callum Duncan la despedirían en el

vestíbulo. La Diana, que comenzaba a conocer las actitudes y los gestos del barón de Glendale, descubrió en la mirada profunda que le destinó algo más que inquietud; había admiración.

—Cuídate —le pidió el anciano.

McLeod la escoltó hasta el Augusta y la protegió con un paraguas.

—Anoche estuve buscando en la Red a tu amigo Nanuk —le informó—. No encontré nada, ni siquiera después de *hackear* el sistema del ejército danés. Su nombre no figura en ninguna parte.

—No es extraño —comentó La Diana—. Cuando entras a trabajar en L'Agence, te vuelves invisible.

—Intenté ingresar en los sistemas de la Baywatcher, por eso que tú dijiste de que la compró el dueño de la Herkul Biotech. Pensé que, siendo Nanuk su guardaespaldas, podría figurar en la nómina de empleados.

—Bien pensado, Bruce.

—Pero son sistemas casi impenetrables. No imposibles de *hackear* —agregó con una sonrisa fanfarrona—, sobre todo para uno como yo, pero llevará tiempo.

—De igual modo —apuntó La Diana—, sé que Nanuk cambió su identidad. No creo que figure con su nombre y apellido en el listado de empleados de la Baywatcher.

—Veremos qué encontramos una vez que haya sorteado sus protecciones. Te lo comunicaré apenas lo sepa.

—Gracias por todo, Bruce. Tengo que irme —anunció y trepó al helicóptero—. Adiós —dijo antes de que Seamus cerrase la portezuela de la cabina.

—¡Cuídate! —le pidió McLeod por sobre el estrépito de los rotores.

CAPÍTULO VIII

*Los bosníacos son material genético estropeado que se
convirtió al islamismo. Y esos genes cobraron fuerza
generación tras generación... Me gustaría que
limpiásemos la Bosnia oriental,
pero no me refiero a una limpieza étnica.
La comunidad internacional ha comenzado a utilizar
ese término para definir un fenómeno natural y, peor aún,
lo ha calificado como crimen de guerra.*

Biljana Plavšić, bióloga y política serbia
(1930)

El Augusta aterrizó cuatro horas más tarde en el aeropuerto de Ruán, a cincuenta kilómetros de la hacienda de Al-Saud. La temperatura rondaba los cinco grados y, aunque el cielo estaba encapotado, no llovía. Se enfundó en la campera, se encasquetó la *ushanka* y se despidió de Seamus, que reaprovisionaría el helicóptero y regresaría a Glendale. Caminó hacia la Range Rover negra estacionada a un costado de la pista y junto a la cual la esperaban Takumi Kaito y su esposa, la rolliza Laurette, que sonreía, se restregaba las manos y alternaba el peso sobre un pie y el otro.

—*Sensei* —dijo a modo de saludo, y se inclinó.

—Diana, bienvenida —contestó el maestro japonés.

—Déjame verte, querida. Quítate la gorra. Déjame verte. Estás preciosa, como siempre, aunque más delgada. Y demacrada —agregó con un ceño—. ¿No has comido bien? ¡Claro que no! Vives sola y te lo pasas viajando. ¿Cómo se supone que comerás bien?

—Hola, Laurette. Es un gusto verte.

—Es un engorro esto de no poder tocarte, querida.

—Siempre me lo recuerdas, Laurette.

—Es que tengo tantas ganas de abrazarte.

—La intención es lo que cuenta.

—Te hemos echado de menos, tu *sensei* y yo.

—Y yo a ustedes.

Durante el viaje hasta la hacienda, Laurette monopolizó la conversación, y en los tres cuartos de hora que tardaron en llegar le contó con pelos y señales acerca de su nueva actividad: la horticultura. Había realizado un curso en Ruán, y la huerta iba viento en popa.

Era sanadora la compañía de los Kaito, por eso siempre que podía escapaba a Ruán. Faltaban varios días para su reunión con Elish y los aprovecharía para restablecer el equilibrio perdido desde el anuncio de la muerte del general. Solo su *sensei* conseguía devolverle la serenidad. Se sumergiría en la rutina del matrimonio y de la hacienda, y transcurriría la mayor parte del tiempo con Takumi, fuese en el *dojo* practicando las disciplinas de artes marciales o acompañándolo en su meditación.

Con el correr de los días, la sorprendió lo agradable que resultaba ayudar a Laurette en la huerta. Una mañana, sin quererlo y con su parrafada atolondrada, la mujer la devolvió a la realidad de sus problemas al aclararle que comería verduras sin agregado de fertilizantes ni plaguicidas.

—Takumi dice que igualmente él no confía en mis verduras. Sostiene que están toqueteadas genéticamente pues las semillas son de esa compañía tan de moda ahora.

—¿Herkul Biotech?

—Esa misma. Tu *sensei* leyó un libro. El título era algo con veneno.

—¿Te sirvo un poco de veneno? —ofreció La Diana.

—Sí, ese —confirmó la mujer—. Tu *sensei* dice que allí leyó que Herkul es dueña del noventa por ciento de las semillas del mundo. —Laurette dejó de quitar las hojas secas de las tomatas y se giró para mirarla—. Digo yo, si eres dueño del noventa por ciento de las semillas del mundo, eres dueño del mundo, ¿no lo crees así? Los que hemos padecido una guerra y sabemos lo que es el hambre, la *verdadera* hambre, podemos afirmar que la comida es más poderosa que el dinero, que el petróleo, que todo. Solo el agua se le equipara. Discúlpame, querida Diana. A veces olvido que tú y mis adorados Sanny y Leilita también sufrieron una guerra. Y pasaron hambre.

—Sobre todo Sanny —comentó La Diana con acento tranquilo—. Mis padres y él, que quedaron en Srebrenica, padecieron mucha hambre. Los serbios impedían que los camiones con alimentos entrasen en la ciudad, y miles murieron de inanición.

Sin detener la actividad frenética de sus manos regordetas, Laurette suspiró.

—Lo sé. Sé lo que es morir de hambre. A nosotros los nazis nos mataban de ese modo, de hambre, malditas sean sus almas —masculló y acuchilló la tierra con la pala—. Solo tenía siete años cuando empezó la guerra, querida Diana, pero cómo me acuerdo del hambre. Ni siquiera los bombardeos me marcaron tanto. ¿Y dices que tú y Leilita no pasaron tanta hambre?

—No tanta, no.

—Bien, bien —farfulló la mujer luego de esperar que la muchacha se explicase, lo que no sucedió.

En realidad, La Diana no pensaba en la guerra sino en lo que había expresado Laurette antes, que quien se hiciese de las semillas del mundo tendría a la humanidad en un puño.

* * *

El automóvil negro frenó delante del edificio de mi abuela. Branka fumaba con actitud nerviosa en la vereda. Se detuvo de golpe al vernos llegar, arrojó el cigarrillo y se acercó deprisa. Abrió la puerta del copiloto, y Vuk descendió al mismo tiempo que lo hacía Mirko. Nosotras, como ratones asustados, permanecemos en la parte trasera, quietas, con los respiros contenidos, sujetándonos de las manos para infundirnos valor. Vuk abrió del lado de mi abuela y la ayudó a bajar con la misma galantería con que la había ayudado a subir. Intenté abrir mi puerta; no cedió. Busqué entre los tantos botones que la poblaban, sin éxito; ese automóvil era muy distinto al Dacia 1300 de mi padre.

Descendió luego Leila, y cuando me disponía a hacerlo tras ella, Vuk levantó la mano y me lo impidió. «No, tú no», dijo, y me cerró la puerta en la cara. Escuché el lamento de mi abuela y la queja de Branka, y me percaté de que algo grave sucedería. «¡No me la quite!», suplicaba la abuela Kata. «¡No me quite a mi Maša!». «¡No te la llevarás, malnacido!», le reprochó nuestra vecina. «¡Sé muy bien para qué la quieres! ¡Eres un...!». Se interrumpió ante la mirada siniestra con que la traspasó Vuk. Yo observaba con expresión estólida como si delante de mí se desarrollase el acto de una obra teatral.

Reaccioné al llanto de mi abuela, que se cubría la cara y descansaba entre los brazos de Leila. Probé de nuevo descender por la otra puerta y no se abrió por mucho que levanté y bajé el seguro. Me deslicé entre los asientos delanteros y probé la puerta del acompañante. Abrió. Me disponía a saltar fuera cuando Vuk se subió al automóvil, me sujetó por el brazo y arrancó. El envión cerró la puerta, y el chirrido de los neumáticos me perforó los oídos. «¡Deténgase! ¡Déjeme bajar!», le suplicaba. De manera instintiva, casi animal, me refugié en la parte trasera. Observé por la luneta la escena que se empequeñecía poco a poco, los rostros de Leila y de la abuela Kata deformados por la angustia y el llanto, el acongojado de Mirko y el iracundo de Branka, que corrió tras el automóvil hasta que se le salió una chancleta y se detuvo. Sus insultos me persiguieron aunque ya no los oyese.

Me arrebujé en el asiento, me hice tan pequeña como me sentía. ¡Qué indefensa estaba! ¡Con qué pocas armas contaba para protegerme! Sin embargo, no pensaba en mí ni en el destino que me acechaba sino en mi abuela, en que estaría enferma de preocupación. Temí que recayese; no sobreviviría a otra neumonía. La idea de perderla me resultó intolerable, con ella se iría mi último baluarte, y ahí sí, Leila y yo quedaríamos solas. Tenía veinte años y me sentía de cinco, como cuando me daba miedo la oscuridad del corredor y mi padre me acompañaba hasta el dormitorio. «¿Lo ves, Maša?», me explicaba con paciencia. «Nada malo se esconde en la oscuridad de tu casa. Aquí estás segura, hijita». Yo asentía aunque no estuviese de acuerdo; avanzaba por el corredor sin caer presa del miedo porque mi mano en la de él se había convertido en la protección que necesitaba. «¡Papá!», clamé sin palabras en el asiento trasero, y me mordí el labio para no romper en alaridos.

El automóvil se detuvo frente a la escuela secundaria Veljko Vlahović, la única de Rogatica, donde Branka se desempeñaba como celadora. Vuk descendió y abrió la puerta trasera. Escapé hacia el otro extremo. Sin palabras, metió el torso en el habitáculo, me aferró por el brazo y me arrastró hacia él. Resulta difícil describir el pánico que me causó tomar conciencia de la nueva dimensión de mi propio cuerpo. Yo, que siempre había sido más alta que mis compañeras de escuela, me sentía segura conmigo misma. Vuk destruyó esa percepción solo por ejercer sobre mí una ínfima parte de su vigor. Me rodeó con el brazo izquierdo, me calzó en su cintura y me impulsó dentro de la escuela como si transportase un paquete de carne. Mis súplicas no le hacían mella, mis intentos por plantar los pies eran, más que vanos, patéticos. Él avanzaba, decidido, y me acarreaba sin mayor gasto de energía.

Los soldados, todos en el mismo uniforme camuflado del jefe, se cuadraban a su paso. Fumaban con los fusiles cruzados al pecho y reían de mis tentativas de escape. «¡Comandante!», lo llamaban. «¡Enséñale a esta turca lo que es estar con un hombre de verdad!». «¡Hazla aullar de placer, comandante!». «¡Después pásanosla, comandante Vuk!». Se respiraba un aire de decadencia y sordidez que me paralizó de miedo no tanto por la maldad que transmitía sino por lo desconocido pues, aunque suene infantil y cándido, no sabía que existía; es decir, lo había visto en películas y leído en novelas, pero una cosa es la ficción y otra la realidad. En mi mundo de hija amada, hermana respetada y nieta consentida, la parte más oscura del ser humano no me había alcanzado. Enfrentarme a ella, primero me tomó por sorpresa; luego, me paralizó de terror.

Vencida, me dejé transportar por los pasillos y los patios vacíos de alumnos y de docentes. Un olor nauseabundo se insinuaba en mi ofuscación y comencé a notar las pilas de basura. Vuk se detuvo delante de una puerta cerrada, custodiada por un guardia que no llevaba el uniforme de los soldados sino uno azul, tocado por un quepis del mismo color. Grande fue mi asombro cuando lo reconocí: era Kosta, exalumno de Literatura de la abuela Kata y el encargado del supermercado donde hacíamos la mayor parte de las compras, un muchacho de unos veintidós años, poco más alto que yo y que usaba bigote para disimular los rasgos aniñados. Siempre me miraba y me sonreía con timidez. Me había caído bien en la oportunidad en que aceptó cambiarnos un pote de crema en mal estado. Se había mostrado solícito y nos había pedido disculpas varias veces. Él también se sorprendió al verme; sus ojos se agrandaron lentamente. «¿Qué miras?», lo increpó Vuk. «¡Abre!».

La puerta dio paso a una fetidez que me hizo dar vuelta la cara y hundirla en la chaqueta de Vuk, que tenía aroma a cigarrillo y al desodorante del automóvil. «¡Pon atención, Maša!», ordenó, y me sujetó por la barbilla para obligarme a alzar la cara. Sus dedos clavados en mi mandíbula me arrancaron lágrimas de dolor que pronto se transformaron en lágrimas de pena y pánico al darme cuenta de la escena que se desplegaba frente a mí. Se trataba de una de las aulas, lo deduje por los pupitres apilados a un costado, ocupada por una cincuentena de mujeres y niños sentados o

acostados en colchones sucios. En un rincón había un anafe que funcionaba a kerosene y que colaboraba para viciar el aire de por sí irrespirable. Un bebé lloraba, y la madre lo mecía de manera automática mientras me observaba. Todos habían fijado sus miradas en mí, miradas vacías, inanimadas.

Vuk me habló en susurros. «¿Quieres terminar con ellas, Maša?». Sacudí la cabeza para negar mientras estudiaba el entorno con vistazos rápidos y nerviosos que iban descubriéndome la inmundicia y la indignidad en las que mantenían a esas pobres mujeres y a esos pobres niños por el solo hecho de ser musulmanes. ¿Hasta dónde podía llegar la insensatez humana?

Salimos. Caminaba a trompicones con el brazo de Vuk en torno a mí. No pensaba qué suerte me tocaría, no me preguntaba adónde me conducía; mis pensamientos se habían anclado en la escena infernal que mi captor acababa de mostrarme, la más eficaz amenaza. Subimos al primer piso, avanzamos por un largo corredor por el cual los soldados y los guardias deambulaban y se cuadraban frente al paso del temible comandante. Vuk sacó una llave del bolsillo del pantalón camuflado y abrió la hoja derecha de una puerta doble. Me empujó dentro y cerró tras él. Era una estancia amplia, bien iluminada gracias a las dos ventanas, con un escritorio desordenado y bibliotecas abarrotadas de libros; muchos se habían caído y regaban el suelo de granito. Había dos puertas más; estaban cerradas. Con tristeza, avisté el cuadro de Tito, que yacía en el suelo.

Vuk me cruzó la cara de un cachetazo de revés, que me habría arrojado al suelo si él no me hubiese sujetado por la muñeca. El asombro me protegió del dolor. Me quedé mirándolo como una estúpida, con la boca abierta. Me habló con un odio que me cortó la respiración porque a nadie se lo había inspirado en mis veinte años. «Turca ingrata», me insultó con los dientes apretados. «Turca malparida. Turca inmunda. ¿Acaso no te prometí que te protegería?». Como yo seguía contemplándolo con la boca abierta, incapaz de articular, me sacudió y me increpó. «¡Responde, balije! ¡Responde!». «Sí», contesté con voz rara, y tragué para humectar la garganta. «¿Creíste que no te encontraría? Siempre te encontraré, Maša», me prometió de nuevo. «No intentes escapar porque la próxima vez no seré tan benévolo. ¿Has comprendido?». Asentí varias veces, y en el movimiento percibí una punzada en la zona del rostro donde me había golpeado. «¿Por qué huías? ¡Responde!». «Porque le tengo miedo», admití sin pensar, y mi contestación le provocó una sonrisa cargada de sarcasmo; para mí, una mueca macabra. «Haces bien en temerme. Ahora dependes de mí, Maša», añadió en una voz susurrada que me asustó más que los gritos. «Ahora soy lo único que tienes», insistió. Cerró los ojos para pasarme la nariz por el rostro, y me arrancó un gemido cuando apretó el lugar donde había aterrizado la cachetada. «¿Sabes quién soy yo? Yo soy Dios para ti», expresó, y a continuación cubrió mis labios con los suyos. Aparté la cara, asqueada, incrédula de lo que acababa de ocurrir: me habían besado por primera vez. ¡Qué inocente era! ¡Qué infantil! Me lamentaba de que ese monstruo me hubiese robado el primer beso,

el que yo, en mis delirios románticos, tenía reservado para un príncipe azul, en cambio de preocuparme por la durísima realidad: la vida como la había conocido hasta ese momento terminaba para dar comienzo a una nueva, cruel, despiadada y letal, sí, letal porque asesinó a Mariyana Huseinovic para crear a este nuevo ser en el que me he convertido, inerte, inanimado, lleno de cicatrices y traumas.

A veces me pregunto cómo habríamos sobrellevado el tormento Leila y yo si nuestros padres no nos hubiesen educado de ese modo tan recoleto y cuidado, *pacato* más bien. ¿Habríamos enfrentado el suplicio mejor armadas? ¿Habría ayudado si no hubiésemos sido vírgenes y tan ignorantes de las cuestiones del sexo? Imagino que no. Nuestras compañeras de suplicio eran madres y esposas y padecieron tanto como mi hermana y como yo. De igual modo, experimentar la primera vez sometida a la violencia y al odio y no al amor y a la paciencia produce marcas irreparables y profundas, que nunca desaparecen ni dejan de hacer daño.

Vuk siguió besándome mientras me arrastraba a una de las puertas cerradas. Me aferraba la mandíbula para evitar que apartase el rostro. La puerta se abrió a mis espaldas y trastabillamos dentro. Al ver una cama por el rabillo del ojo, me desesperé y comencé a asestarle puñetes en los hombros, en la cabeza; era como hacerlo contra una pared. Hasta que se hartó y me sujetó las muñecas por detrás. La facilidad con la que me sojuzgaba drenaba mi determinación por luchar.

Reboté sobre una cama de sábanas revueltas y sucias. Al verlo quitarse la chaqueta del uniforme solté un alarido y corrí hacia la ventana. La abrí dispuesta a arrojarme al vacío con tal de escapar de lo que me resultaba peor que la muerte: una violación. Lo que más recuerdo de ese instante es la sensación de irrealidad. Sí, es cierto, me defendía, buscaba huir, aun tirarme por la ventana, pero en todo momento me decía: «Esto no está sucediéndome. No va a sucederme. No va a forzarme. No me va a violar».

Vuk me aferró por detrás y me arrancó de la ventana cuando tenía una rodilla en el alféizar. Me transportó de nuevo hasta la cama y me arrojó con desprecio. Me ovillé cuando vi que su mano se elevaba para golpearme otra vez. El golpe no llegó, y así me quedé, hecha un ovillo, en tanto lo oía desvestirse. El sonido provocado por el roce de las prendas me causaba asco. No me atrevía a moverme; pegaba las rodillas al torso, hundía la cara entre ellas y apretaba los párpados en un acto ridículo de preservación. Solté patadas al percibir que intentaba quitarme los zapatos. «Quédate quieta», me ordenó con un tono condescendiente que me causó más aversión que sus maltratos. Siguió desnudándose. Yo había abandonado mi postura de capullo y luchaba abiertamente. Repetía la palabra «no» sin cesar y le lanzaba manotazos que él recibía con risas; la situación lo divertía, maldita criatura repugnante. En tanto, sin darme cuenta, iba debilitándome —quizás era eso lo que lo divertía—. Respiraba por la boca y mal, todo lo que no debe hacerse. Por fin, cuando me quitó la última prenda, cayó sobre mí y me sujetó los brazos por encima de la cabeza; a duras penas me quedaba energía para inspirar. Su peso era

abrumador, me quitaba el aliento, me impedía hablar, ni qué decir gritar o moverme. Alejé la cara pues me di cuenta de que él quería que lo mirase. Me buscó para besarme, y yo sacudí la cabeza, mi única parte libre. Me daba asco el contacto de su piel, de sus labios en mi cara, de su lengua en mi boca.

Seguí sacudiendo la cabeza y repitiendo «no» mientras me embargaba la peor sensación de indefensión que he experimentado, la que llegó cuando él comenzó a separarme las piernas con una rodilla para ganar acceso a mi interior. Saber que nada podría hacer para impedirselo creo que fue lo que terminó por aniquilar a Mariyana y moldeó esta mujer que soy, la cual oculta un miedo inefable. En ese momento, Vuk era Dios.

Quise suplicarle que, por favor, no me vejase, pero, privada del aliento, las palabras murieron en mi garganta, lo mismo que el grito que me desgarró el pecho cuando se introdujo dentro de mí. «¿Eres virgen?», me preguntó con un ceño, y fue una de las pocas veces en que lo vi genuinamente desconcertado. Lo superó de inmediato y me dirigió una sonrisa ufana. «He sido el primero. Nunca me olvidarás», sentenció.

La repugnancia me ahogaba tanto como mis pulmones comprimidos. No quería mirarlo mientras se refregaba y se agitaba sobre mí, no lo habría tolerado, en especial porque intuía que le habría gustado descubrir en mis ojos el padecimiento físico que estaba infligiéndome; era atroz, como ningún otro que hubiese padecido, y el impedimento de gritar lo multiplicaba, se irradiaba desde mi vagina hacia cada terminación nerviosa de mi cuerpo.

Vuk era un hombre de oscuridades tan profundas que resultaba imposible acertar dónde acababa la fosa en la cual se había perdido su alma y habitaba el dragón que lo dominaba. Creo que esa fosa no tenía fin y que su alma había sido devorada por la bestia, allí donde el mal nunca tocaba fondo. Disfrutaba causando dolor e inspirando miedo. Y era esa misma oscuridad inconmensurable la que a veces elegía mostrar un signo de compasión, casi una burla, como si dijese: «Puedo ser bueno si quiero; solo que no me divierte». Sin embargo, esos gestos jamás estuvieron dirigidos a mí. Por alguna razón, yo despertaba la parte más feroz del dragón.

Acabé por desvanecerme a causa de la falta de aire. Recobré el conocimiento cuando él ya no estaba sobre mí, sino a mi lado. Jadeaba y se apretaba los ojos con el índice y el pulgar y sumía los labios entre los dientes como si fuese víctima de un gran dolor o de una gran pena. Me quedé mirándolo de costado, incrédula de lo que me había hecho. No me atrevía a moverme, ni siquiera quería mover los ojos por temor a verle la desnudez. Alcé la vista al cielorraso y distinguí las grietas y las telarañas, y al mismo tiempo identificaba los latidos y los dolores que poblaban cada centímetro cuadrado de mi piel. La sangre escurría entre mis piernas y yo la dejaba seguir su curso hacia las sábanas malolientes.

Vuk se levantó y caminó completamente desnudo hacia la puerta. Frenó bajo el dintel y me advirtió: «Intenta escapar por la ventana e iré a casa de tu abuela y las

liquidaré a las dos, a la vieja y a tu hermana». Salió y echó llave. Entonces, rompí a llorar. Más bien se trataba de lágrimas que caían por mis sienes al igual que mi sangre virginal se deslizaba por mis muslos. Había sido violada. ¿Era eso posible? A mí, la hija cuidada, protegida y consentida de Ratko Huseinovic, ¿me habían violado a mí? Me coloqué en posición fetal lentamente, frenando cuando el dolor entre las piernas se volvía intolerable, pero continuando pues la necesidad de encogerme era arrolladora. «¡Mamá!», la llamé en un hilo de voz. «¡Mamá!», repetía. Saberme amada por esa mujer se convirtió en la luz que me guio y que me permitió sobrevivir el peor momento de mi vida.

Me desperté desorientada. El latido entre las piernas me recordó dónde estaba y qué había sucedido. Moví la cabeza con miedo para estudiar el entorno; estaba sola y alguien me había cubierto con una sábana. La aparté con asco al descubrirle manchones, pero al advertir mi desnudez volví a taparme. Me toqué el rostro; se me había hinchado, y después descubriría que tenía un moretón. Me dolían la garganta y el pecho. La sed se tornaba insoportable con el paso de los segundos.

Vuk estaba en la habitación de al lado. Hablaba con alguien, más bien discutía; estaba enojado porque no se había hecho algo como él lo había ordenado. Su interlocutor se justificaba y comenzaba a elevar la voz. ¿Quién sería el que se atrevía a desafiar al gigante Vuk? Me sobresalté al oír un golpe seco, y enseguida me di cuenta de que se trataba de un puñete descargado probablemente sobre el escritorio. Debía de haberlo propinado Vuk para poner fin a la discusión. Transcurrido un silencio, el otro dijo: «Los muchachos se preguntan cuándo les permitirás tener a la turca que trajiste hoy. Quedaron impresionados. Y calientes. Dicen que es muy hermosa. ¿Puedo verla?». Oí pasos que se aproximaban y me tensé. Se frenaron de golpe a la voz de Vuk: «Zver, abre esa puerta y será lo último que hagas». Los pasos se alejaron rápidamente, y a continuación me llegó el sonido de la otra puerta que se cerraba de un golpe. La habitación se sumió en un mutismo apenas alterado por los sonidos tenues del exterior. ¿Qué hora sería? Por el calor, calculé las tres, cuatro de la tarde.

Mi ropa estaba desparramada en el suelo inmundo. La observaba con desinterés desde el borde de la cama. Me instaba a levantarme y a vestirme y no reunía la voluntad para ponerme en movimiento. Quería morir, y solo la pena que mi muerte le habría causado a mi familia me alejaba de ese pensamiento.

Vuk se aproximaba. Me incorporé en la cama y me cubrí con la sábana hasta el cuello. Los latidos se me intensificaron, y con ellos, los dolores que me surcaban. El sonido de la llave al girar en la cerradura me crispó, y se me erizó la piel. La respiración se me tornó rápida y superficial. Apreté la sábana contra mi pecho, un escudo inservible al que igualmente me sujetaba. Vuk abrió la puerta y la cerró enseguida. Me observó desde allí con una mirada grave y los labios en una posición neutra, sin sonrisa macabra, tampoco con gesto de enfado. Llevaba puesta una bata de raso negro que le cubría hasta las rodillas y unas pantuflas, también negras.

Avanzó, y yo retrocedí en un acto tan maquinal como inútil. Ajustaba la sábana a mi cuerpo desnudo, hundía la espalda en el respaldo de la cama y encogía las piernas. Incapaz de controlarme, me eché a llorar. Lo veía aproximarse, tan serio y reconcentrado, su mirada fija en la mía, y me preguntaba qué torturas me tendría reservadas. ¿La muerte, quizá?

Se detuvo junto a la cama y alzó la mano. Lancé un grito e intenté escabullirme. Me aferró por el brazo y me arrastró hacia él. Se inclinó para susurrarme al oído: «Tranquila. No voy a lastimarte». Me pasó el dorso de los dedos por la hinchazón en la mejilla, y su contacto sutil me provocó asco. «Por favor, no», supliqué con los ojos cerrados. El colchón cedió, y supe que se había sentado en el borde de la cama. Sin palabras, lo cual lo volvía más siniestro, me obligó a alzar la cabeza y me despojó de mi escudo. Mis pechos quedaron expuestos ante sus ojos cargados de codicia y lujuria. Intenté cubrirlos, pero él me lo impidió sujetándome por las muñecas. «Tienes las mejores tetas que he visto», comentó, y sus palabras me revolviéron el estómago. Me sentí sucia, asqueada, ultrajada, y cuando me soltó para contener mis senos, intenté escapar. Acabé atrapada entre sus brazos, y descargó la rabia y la frustración en la forma de un beso despiadado. Su lengua invadía el interior de mi boca, mientras me manoseaba los pechos y me causaba un dolor intolerable. Luchaba en vano, sabía que no lograría nada, pero me resultaba inaceptable sufrir el asalto y permanecer sumisa.

«¡Comandante Vuk!», lo llamaron desde la otra habitación. «¡Comandante, tiene una llamada urgente!», insistió la voz juvenil. «Jebati!», insultó, y me dejó ir. «¡Cúbrete!», me ordenó de mal modo. Salió de la habitación hecho un demonio, y el soldado, que apenas avisté cuando abrió la puerta, retrocedió al verlo aparecer. Regresó minutos después con un vaso de agua. Extendí la mano, y él lo alejó con una sonrisa despiadada que estaba volviéndose familiar. «¿Tienes sed?», preguntó. No le contesté; no sabía qué decirle; si respondía que sí, estaba segura de que arrojaría el agua por la ventana; si le decía que no, haría otro tanto. Se sentó en el borde de la cama. La bata negra se entreabrió, y aparté la vista al descubrirlo excitado. Enrojecí, y él soltó una carcajada. Me aferró por la nuca y me obligó a inclinarme hasta colocar mi rostro a centímetros de esa cosa repugnante que se erigía casi paralela a su vientre. «Aun tu respiro que me golpea la verga me pone duro», admitió, y el comentario me causó una arcada. Ejercí presión hacia arriba, para que me soltase, lo cual hizo.

«¿Quieres?», me preguntó y me mostró el vaso. Asentí apenas. «Dame un beso y te lo daré». Lo odié con una intensidad desconocida. Comenzó a derramar el agua. Exclamé «¡No!», e hice lo que me pedía, lo besé en la mejilla. Me señaló la boca, y lo besé rápidamente allí. Negó con la cabeza y frunció la nariz en una mueca de desaprobación. «Intenta algo mejor, Maša, o te quedarás sin agua». Jugaba y se divertía mortificándome. La sed estaba volviéndome loca, por lo que lo sujeté por las orejas y le planté un beso duro en el que le comuniqué el desprecio que me inspiraba.

Con la mano libre, me sujetó por el cabello y me apretó contra su boca como si su intención fuese devorarme, y cuando se abrió paso entre mis dientes y me invadió con la lengua lo hizo de una manera brutal. Lo empujé y le arrebaté el vaso que bebí en pocos tragos.

«Más», supliqué entre jadeos, y él levantó una ceja en un gesto burlón. «Deberás ganártelo», dijo, y comenzó a acariciarse el pene, a retirar el prepucio y a mostrarme el glande hinchado y rojo. Sollocé sin control y me alejé mientras sacudía la cabeza. Abandoné la cama con la sábana en torno a mí y me escabullí hacia la puerta; estaba con llave. «Ven aquí, Maša», me ordenó con fingida paciencia y una sonrisa. «No me obligues a levantarme para ir a buscarte». Lloraba en silencio mientras me acercaba. Me temblaban las manos, también las piernas, como si hubiese hecho ejercicio después de un largo tiempo de inactividad. Me despojó de la sábana cuando me tuvo al alcance. Me obligó a arrodillarme entre sus piernas. Sabía lo que pretendía; era una novata en las cuestiones del sexo, pero conocía esa práctica. Ahora sé que se llama felación, pero en aquel momento para mí era el «chupa-chupa», como lo habíamos bautizado con Fatima después de que su prima Desanka de Višegrad le hubiese confesado que le chupaba el pene al novio. Desafortunadamente, Desa no había sido explícita con los detalles, por lo que a Fatima y a mí solo nos quedaba imaginar los secretos de la técnica.

«¿Lo has hecho antes?», exigió saber Vuk, mientras me recorría el tabique nasal con el índice, hacia arriba y hacia abajo, una y otra vez. «Me gustan estas pecas que tienes aquí. Son de niña», comentó, y volvió a preguntar con acento menos paciente: «¿Sabes chuparla?». Negué con la cabeza y los ojos cerrados. Una angustia alojada en el pecho me impedía articular; la causaba la repugnancia que me producía la situación, desde mi posición de rodillas delante de él y su excitación tan evidente hasta el sometimiento al que me reducía. Era un muñeco para él, una criatura sin alma ni sentimientos con la cual divertirse y saciar sus instintos bajos y perversos.

Me impartió algunas indicaciones y me advirtió que si lo lastimaba me rompería el cuello. Esa nueva violación fue una tortura. Me dolían las mandíbulas y sentía los labios duros y fríos. Vuk me sujetaba la cabeza y se mecía dentro de mi boca. Me provocaba arcadas cada vez que se impulsaba hasta mi garganta. Supe que se aproximaba la eyaculación por el modo en que sus dedos se tornaron rígidos y me apretaron el cuero cabelludo. Temblaba y gemía, y yo mantenía los ojos cerrados; buscaba escapar a la visión de esa bestia en el orgasmo; instintivamente sabía que no debía guardar esa imagen en mi memoria o me acecharía la vida entera. Intenté apartarme cuando la cosa fue inminente. Él, furibundo, apretó el puño en mi cabello para mantenerme pegada a él y me arrancó lágrimas de dolor. «¡Trágalo!», me ordenó, y enseguida el primer chorro de semen me golpeó la garganta. La cerré por instinto. Me ahogaba, y me sobrevino un pánico incontrolable cuando sentí que el líquido me inundaba la nariz; el dolor era intolerable. Acabé tendida en el suelo, tosiendo, escupiendo y haciendo arcadas, y limpiándome con el antebrazo el semen

que me chorreaba por la nariz. Luchaba por respirar cuando él me tomó por el cabello y me obligó a mirarlo. «La próxima vez que te diga que lo tragues, lo tragas, turca idiota». Me soltó con brusquedad, y golpeé el costado de la cabeza contra el suelo de granito. Oí que se alejaba hacia la puerta, y el chasquido de la llave que giraba y me encerraba volvió a crisparme.

Quedé deshecha, ahogada en la vergüenza. Levanté el brazo y tanteé hasta dar con la sábana. La tiré hacia mí y la usé para limpiarme la cara, aun dentro de la boca, y para cubrirme. Ahora sí quería morir, y ni siquiera la idea del sufrimiento de mi familia me importó. Es más, no quería volver a verlos; no habría soportado encontrarme con sus ojos después de la vejación que acababa de sufrir; me habría sentido indigna, sucia, una paria.

No sé cuánto estuve tirada en el suelo. Me balanceaba entre una duermevela inquieta y sobresaltos causados por las pesadillas o la voz de Vuk que daba órdenes en la habitación contigua; estaba enojado. Entró una mujer; traía varias cosas que no me interesó mirar. Me quedé quieta, sin voluntad para moverme. Habría permanecido allí hasta que la muerte me llevase. ¡Qué bendición habría sido!

«El aire está viciado en esta habitación», fueron las primeras palabras de la mujer, y abrió la ventana. Me ayudó a incorporarme para beber un vaso con agua. Estaba helada, y la tragué con ansiedad. Las buenas maneras y la consideración con que me asistía para que me pusiese de pie me hicieron llorar; en realidad, se trataba de un lamento quejumbroso. Las rodillas me temblaban, por lo que me apoyé en mi bienhechora y le permití que me higienizase con la esponja embebida en agua tibia y un simple jabón de Marsella, el mismo con el que mi madre lavaba la ropa interior. Su aroma familiar y la delicadeza con que la esponja me repasaba el cuerpo consiguieron serenarme.

La mujer me pidió que separase las piernas, y abrí los ojos repentinamente. Negué apenas con un movimiento de cabeza y las mantuve apretadas. «Permíteme que te limpie ahí. Lo haré con cuidado. No sabes a cuántas he limpiado desde que llegamos aquí», suspiró. «¿A usted también la forzó?». «¿Quién?», se asombró, y alzó las cejas, lo que me permitió descubrir el bonito color verde claro de sus ojos. «¿El comandante Vuk?», quiso cerciorarse. Asentí. «No, a mí no me buscan para eso. Soy demasiado vieja. Es la primera vez que me alegro de ser vieja. Los četniks se pasean por las aulas de madrugada, eligen a las más jóvenes y las devuelven por la mañana. Pero no el comandante Vuk. Él se trae a esa serbia, la tal Branka, que nos mira como si fuésemos basura. Tú eres a la primera de las nuestras que violenta. Porque eres musulmana, ¿verdad?». Asentí de nuevo; ya no tenía ganas de explicar que era simplemente yugoslava. Separé las piernas. La mujer alzó la vista y me contempló con tristeza. «Eras señorita», declaró. «Ese malparido te desvirgó». La esponja había adoptado una tonalidad marrón debido a la sangre. «Maldito četnik. Malditos sean todos ellos. Y encima debes estar agradecida de que solo te haya dado un bofetón», dijo, y me pasó los dedos por el golpe en el rostro. «A las otras las viven

quemando con cigarrillos o haciéndoles cortes con los cuchillos que siempre llevan a la vista. Les encanta torturarnos». «¿Por qué nos tratan tan mal?», pregunté. «Porque hay mucho odio entre ellos y nosotros. Y la cosa viene desde hace tiempo. Tito quiso convencernos de que con el lema “Hermandad y unidad” se solucionaba todo. Yo también quise creerlo, como muchos otros. Pero los četniks... Ah, los četniks no olvidan, y convierten a simples asesinos y criminales en héroes que pelean por la madre patria, por Serbia». «¿Por qué hay odio entre los serbios y los musulmanes? Yo creí que éramos iguales. Que éramos amigos», insistí; la cuestión no tenía sentido. «Nos odian por habernos transformado al islam cuando los turcos otomanos se hicieron con los Balcanes», explicó. «¿Pero eso sucedió hace seiscientos años!», me rebelé en voz baja. «¿Quién se acuerda? Yo ni siquiera practico la religión. Jamás entré en una mezquita. ¿Qué culpa tengo?». La mujer suspiró y no contestó; en verdad, la respuesta no existía. «¿Y porque somos musulmanas nos violentan?», pregunté un momento después, mientras alzaba los brazos para que la mujer me secase. «Es parte de la limpieza étnica», precisó. «Quieren plantar la simiente serbia en cada seno joven musulmán». Empalidecí, lo supe por la sensación helada que me cubrió el rostro y por el gesto preocupado con el que la mujer me observó. La simiente de Vuk prendiendo en mi seno se habría convertido en la peor pesadilla, más de lo que habría podido tolerar.

Me obligó a sentarme en la cama y a colocar la cabeza entre las piernas. Me repuse enseguida. «¿Cómo te llamas?», quise saber. «Suada», me respondió, y me preguntó mi nombre. «Gracias, Suada. Me siento un poco mejor». Se llevó la palangana y los elementos con que me había higienizado, y yo aproveché para vestirme. La puerta se abrió al rato, y me sobresalté al creer que se trataba de Vuk. Era Suada de nuevo. Traía comida. Apoyó la bandeja sobre la cama y admiré el plato de begova čorba, o sopa del bey, un típico plato bosnio preparado con pollo, quingombó y un poco de harina para espesar; se trataba de una comida rica y nutritiva. Advertí que Suada contemplaba la sopa con fijeza. «No tengo mucha hambre», mentí. «Comámosla juntas», propuse. «El comandante se enojará si me ve comiendo lo que preparan para él», adujo. «Come», insistí, y le acerqué la cuchara a los labios. No tuve necesidad de repetir el ofrecimiento; la mujer cerró los ojos para disfrutar del cocido. Le faltaba sal, pero en ese momento me supo a mieles. La acabamos pronto y Suada ensopó un trozo de pan para no dejar rastro de la begova čorba. «Hacía dos meses que no comía algo tan succulento», admitió, «desde que me encerraron aquí. Nos matan de hambre, y de lo poco que nos arrojan, damos la mayor parte a los niños. Debes de ser especial para él», comentó, y agitó el pulgar hacia la puerta. «Lo digo por esta concesión», y señaló el plato vacío. «Soy una turca idiota. No soy especial para él sino una criatura inferior a la cual se está permitido torturar y vejar. Lo dejó bien claro». «Eres tan hermosa», declaró la mujer luego de estudiarme el rostro durante unos segundos. «Una maldición en este momento», expresé, y envolví el resto del pan y la pera en la servilleta de papel.

«Esto escóndelo y llévaselo a los niños. No es nada, lo sé, pero servirá al menos para uno». «Se lo daré al pequeño Ferid», decidió Suada. «Está muy enfermo». «¿Qué tiene?», me interesé, y no obtuve respuesta. Vuk entró en ese momento y, con un ademán, le indicó a Suada que desapareciera. La mujer recogió la bandeja y se marchó sin alzar la vista.

Me puse de pie lentamente y retrocedí en tanto Vuk caminaba hacia mí. Se había bañado y cambiado. Vestía con simpleza, un par de jeans y una remera blanca; calzaba unas chancletas.

Al dar con la pared, me deslicé hacia el costado, en dirección a la ventana. Se trataba de una estrategia estúpida, lo sé, pero no sabía qué hacer. Lo que sí sabía era que no me quedaría quieta a esperar a que él volviese a tomarme sin plantar aunque fuese una lucha simbólica. «¿Qué quiere?», me atreví a increparlo. «¿Por qué te has vestido?», preguntó en cambio, y saltó sobre mí cuando intenté huir. Me aplastó contra la pared. Le planté las manos en el pecho y empujé. Sonrió cerca de mis labios antes de besarme con brutalidad. Le clavé las uñas en la cabeza pelada y solo conseguí enojarlo. Me aferró las muñecas con una mano y me elevó los brazos sobre la cabeza. Nos miramos, él con el odio que los de mi raza le inspiraban; yo, con desconcierto. «¿Por qué?», pregunté. «Porque puedo», me contestó, «y porque desde que te vi por primera vez decidí que serías mía, solo que nunca imaginé la sorpresa que me tenías preparada. No solo eres mía sino que he sido el único».

«Está loco», me dije, y lo contemplé con algo en la mirada que lo hizo enfurecer; lo miraba con horror, pues así me sentía, horrorizada por su declaración. Metió la mano bajo mi falda, me quitó la bombacha y me violó insertándome dos dedos. «¡No!», supliqué. «¡El dolor es insoportable!», confesé. «No, por favor», rogué, vencida. «Me duele mucho. Estoy muy sensible ahí. Por favor». Los ruegos caían en saco roto. Sus dedos entraban y salían y se movían dentro de mí. Aprisionó uno de mis pezones entre los dientes y lo mordió. Solté un alarido, y otro y otro más hasta que la garganta me supo a ese regusto ferroso que evidenciaba la presencia de sangre. Vuk liberó su erección y me penetró sin concesiones a mi situación de recién desvirgada. El padecimiento fue peor que la primera vez, y me cortó la respiración. Se sacudió con frenesí antes de acabar, lo que hizo soltando un rugido como no había proferido en las dos veces anteriores. Se apartó de mí, y yo me desplomé como una muñeca de trapo. Escuché el sonido del cierre del pantalón, y mantuve los ojos cerrados y la cara pegada a las rodillas.

«Prepárate», ordenó. «Te llevaré a casa de tu abuela». «No», pensé. «No quiero que mi abuela me vea de este modo, sucia y quebrada». Intentaba detener los sollozos y los espasmos que no me permitían respirar normalmente. Más intentaba acabar con el llanto, más aumentaba. Me arrastré hasta la bombacha y la hice un bollo en el puño; no intentaría ponérmela; solo imaginar los movimientos que debería realizar para cubrirme me producía espasmos de dolor.

Me levantaron unas manos decididas, y no conté con la voluntad para apartarlas. Nada me importaba, solo el dolor entre las piernas; toda mi atención se concentraba en esa punción y en la sangre que me bañaba los muslos. «Maša, Dios mío, Maša». Era Mirko. «¿Qué te ha hecho?». Lo habría abofeteado, mordido, pateado, escupido si mi estado no hubiese sido calamitoso. No tuve opción y me apoyé en él para avanzar. Caminar era un suplicio. Arrastraba los pies para mover la entrepierna lo menos posible.

Salimos a la habitación contigua. Alcé la vista y mis ojos se encontraron con los de Vuk, que abandonó el escritorio y caminó a grandes zancadas hacia mí. «No la toques», ordenó a Mirko, y me arrancó de sus brazos. «No puede caminar por sí sola», se justificó mi amigo de la infancia. «¡Está sangrando!», se espantó al descubrir los hilos de sangre que me bajaban por la pantorrilla. Vuk rio con pedantería. «La he desvirgado», anunció, y yo, siempre con la vista al suelo, apreté los párpados y me mordí el labio para no bramar de angustia, vergüenza e ira. «¡Eres una bestia!», se ofuscó Mirko. «¡Te dije que ella no era como las mujerzuelas a las que estás acostumbrado!». «¿Como tu hermana?», lo provocó con voz risueña, a lo que Mirko no respondió. «¡Te advertí que era una chica de su casa, muy protegida y...!». «¡Y ahora es mía, Mirko! Si vuelves a cuestionarme, te romperé la cara a golpes. ¿Has entendido? Ahora vete, la llevaré yo». Mirko no habló y desconozco si efectuó algún gesto pues yo persistí en mi actitud amorrada y nada vi.

Siguió que Vuk me cargó en brazos y me condujo fuera de la escuela en andas. Hacía calor, su piel estaba sudada. Me recostó en el asiento posterior del automóvil negro. Alcé los párpados; anochecía. ¿Cuánto había durado el suplicio? No tardamos en llegar al edificio de la abuela Kata. Recuerdo que deseé que un rayo me partiese. Vuk me ayudó a bajar y otra vez me llevó en andas hasta el tercer piso, así, como si yo no pesase nada. En el segundo, Branka salió al rellano y nos siguió por la escalera profiriendo gritos y escupiendo amenazas, hasta que Vuk se detuvo, giró el rostro y le dijo: «O te callas o te mato». Los insultos cesaron y, segundos después, escuché un portazo.

Vuk tocó el timbre, y mi abuela abrió enseguida. «¡Maša!», exclamó la pobre. «¡Maša mía! ¡Qué le ha hecho, bestia salvaje! ¡Qué le ha hecho a mi niña!». Leila guiaba el camino de Vuk hacia el dormitorio, donde me depositó en la cama. Me acomodé de costado y me ovillé. Vuk me acarició la cabeza, y solo tuve fuerza para moverla de modo que notase cuánto me repulsaba su contacto.

La abuela Kata lo atacó a puñetes. «¡Maldito! ¡Maldito seas para toda la eternidad! ¡Maldita sea también tu descendencia!», exclamó mi abuela, y fue esa última condena la que desagradó a Vuk y le hizo cambiar la sonrisa por un ceño. La aferró por las delgadas muñecas y la sacudió para hacerla callar. «Oiga bien, señora. Hasta aquí la he respetado por ser una de los nuestros. Pero sepa que no toleraré sus insultos ni cuestionamientos. Mariyana es mía desde ahora y hasta que me canse de ella. Y bien haría en aceptarme pues sus nietas turcas solo tienen una

posibilidad de sobrevivir a esta guerra: contar con mi protección. Yo soy el único que puede mantenerlas a salvo».

* * *

Fueron días de reflexión. Tenía mucho en qué pensar, mucho que preparar. El viaje a Bosnia requería una detallada planificación, y necesitaba definir cuestiones clave, cómo abordar a Lazar Kovać, por ejemplo, y otras más tácticas: las armas que llevaría y la manera en que penetraría el territorio bosnio sin hacerse notar. Al-Saud le había prometido que la incluiría en la lista de soldados destinados a Kosovo.

Ocho días más tarde de la llegada a Ruán, sonó su celular, el *burner* que había comprado para estar en contacto con su tío abuelo y con Bruce McLeod.

—El teléfono de L'Agence —comentó el pelirrojo— no deja de sonar. Tus compañeros y tu jefe deben de estar preocupados por ti.

La Diana había decidido dejar en Glendale sus dos celulares, el que le habían provisto en L'Agence y el destinado a sus amigos y hermanos. El ataque sufrido a manos de los hombres de Vuk en el bosque había cambiado las cosas, y ya no le importaba cumplir con el protocolo que le exigía mantener una línea abierta para la institución; con ese teléfono la ubicaban fácilmente, y ella pretendía volverse invisible. Eliah Al-Saud también la había llamado para avisarle que sus compañeros de La Dos y el general De Souza la buscaban con tenacidad. Les había dicho lo que La Diana le había indicado: necesitaba poner distancia y darse un tiempo para meditar acerca del futuro. No obstante, y a juzgar por lo que le comentaba McLeod, que el teléfono sonaba y sonaba, sus amigos y su jefe no se daban por aludidos.

—Lo sé, Bruce. Llamaron a Eliah para preguntarle por mí. Quédate tranquilo, ese tema está bajo control. Más bien dime, ¿qué se supo de las huellas digitales en la pistola que le sacamos al asaltante del bosque?

—El amigo de la Europol contactó esta mañana a Callum. También por eso estoy llamándote. Había huellas en el cargador. Pertenecen a... —Hubo un ruido de papeles—. Bosko Gligorov.

—Se pronuncia Boshko —lo corrigió La Diana—. De seguro tiene el anticircunflejo en la s.

—Tiene una especie de v corta pequeña sobre la s, sí.

—Indica que el sonido es similar a la sh en inglés. Y si no me equivoco, porque en mi país es difícil acertar, Gligorov es un apellido macedonio.

—Exactamente, aquí dice que nació en 1956 en Skopie, capital de Macedonia. De pequeño se mudó con sus padres a Belgrado, donde en la adolescencia se mezcló con bandas juveniles que despachaban droga. Su carrera criminal fue en franco ascenso, y terminó trabajando para las mafias serbias más poderosas. Lo interesante del caso es

que, según los informes de la Interpol y de la Europol, murió durante la guerra. O sea, querida Diana, que lo que vimos tú y yo fue un fantasma.

—¿Se sabe de qué grupo paramilitar formaba parte?

—No lo aclara.

—¿No menciona al comandante Vuk o a un tal Dragoslav?

—No. Habla de que trabajaba para un tal Ratko Banovic.

—Traficante de armas —acotó La Diana.

—Y también menciona a un austríaco, Klaus Lang, y a un italiano, Flavio Gabrielli. ¿Los conoces?

La Diana apretó los ojos en un intento por recordar. ¿Dónde había escuchado esos nombres?

—Sí —dijo al cabo—, hace poco leí un artículo en *The London Times*. Hablaba de la desaparición de decenas de huérfanos de Sarajevo, y mencionaba a esos dos, Lang y Gabrielli. Están sospechados de formar parte de la red que hizo desaparecer a los niños. Ellos aluden que nada tienen que ver, que sacaron a los huérfanos de Bosnia durante la guerra para ponerlos a salvo. Y ahora tú me dices que están asociados con este tal Gligorov.

—Debeli para los amigos —la interrumpió McLeod.

—Tiene sentido —comentó La Diana—. Debeli significa gordo en mi lengua.

—Era solo un poco panzón —ironizó Bruce—. Igualmente, la cuestión alteró el avispero en la Europol, y Callum llamará también a sus contactos en la Interpol para ponerlos en conocimiento de este hallazgo. El contacto de Callum en la Europol le aseguró que empezarán a investigar cómo fue que este muerto se presentó vivo y coleando en Glendale diez días atrás. Apenas sepamos algo, te lo comunicaré. Aquí está Callum. Quiere hablar contigo.

—¿Cómo está Charlotte? —le preguntó a su tío abuelo después del saludo.

—En este momento pinta en mi despacho. Ella está bien, querida. Quítate esa preocupación de la cabeza. Nosotros nos ocuparemos de que a Charlotte nada le falte. Hace progresos diariamente. Pero quería hablar contigo de otra cosa. Quería decirte que estoy intentando conseguirte una entrevista con la fiscal Bosa Dretar. Estará fuera de Bosnia entre el 12 y el 16 de diciembre por ese asunto de la convención en Palermo. Trataré de fijar la cita para después.

—Estoy planeando con Eliah el viaje que emprenderé el lunes que viene, el 11 de diciembre, de modo de estar en Sarajevo el 15 para mi encuentro con Prescott. Te llamaré cuando tenga el plan bien armado.

Se despidió de Callum Duncan y se abrigó para salir al frío de la Normandía otoñal. Había decidido viajar a Ruán para llamar desde un teléfono público a Piersanti Righi de modo que cesasen de buscarla. Condujo una de las Range Rover de la hacienda y estacionó junto a una cabina que Eliah Al-Saud utilizaba con frecuencia para realizar llamadas sin dejar rastro; eso sí, la conversación no podía extenderse más de cuarenta segundos.

—¡Diana! —la reconoció Righi apenas dijo «hola», y se escuchó un jaleo y un ruido de agua, como si lo hubiese sorprendido en la bañera o en una piscina—. ¡Qué alegría escucharte!

—Llamaba para hacerte saber que estoy bien. Sé que tú y el general han estado llamándome.

—¿Dónde estás? Dímelo, me he tomado unos días libres y quiero verte. Quiero estar contigo —agregó.

A La Diana la asombró no tanto lo que había dicho sino el modo en que lo había expresado, carente del acento bromista de costumbre.

—Gracias, Charlie, pero necesito estar sola. Tengo que pensar en muchas cosas...

—No estarás pensando abandonar L'Agence, ¿verdad?

—Me suspendieron. En todo caso es L'Agence la que quiere abandonarme.

—No digas estupideces. L'Agence no te expulsará. ¿Crees que De Souza lo permitiría? Eres una de las mejores con que cuenta. Veámonos. Temo que si te dejo sola se te llenará la cabeza de ideas locas y querrás desertar a tus amigos.

—Créeme, es lo último que quiero hacer. Pero hay un asunto personal del cual tengo que ocuparme y necesito hacerlo sola.

—¿Implica riesgo? ¿Riesgo para tu persona?

—Tal vez.

—Entonces déjame ir contigo. Soy más viejo que tú y mejor soldado. Puedo serte de utilidad.

La Diana rio entre dientes.

—Gracias, Charlie, pero no.

Escuchó un suspiro que anunciaba la rendición.

—Al menos, ¿me llamarás cada tanto para hacerme saber que estás bien?

—Haré lo posible.

—Otro que quiere hablar desesperadamente contigo es Foxtrot.

La Diana elevó los ojos al cielo en una mueca de hartazgo al oír el nombre de guerra del holandés Daen van Groen.

—Adiós, Charlie —dijo.

—¡Llámame! —exclamó Righi—. ¡No lo olvides!

Consultó el Breitling Emergency apenas cortó la llamada. Cincuenta y cuatro segundos. Demasiado, meditó.

* * *

Matilde, Eliah y sus hijos llegaron a la hacienda el viernes a última hora de la tarde. Como de costumbre, cada vez que la familia se desplazaba, dos camionetas la escoltaban, una en la vanguardia, otra en la retaguardia. Al-Saud descendió de la

cuatro por cuatro Mercedes Benz que era una fortaleza en movimiento, y lo hizo con el gesto serio, la mirada atenta y los reflejos alerta.

Matilde la avistó enseguida. Caminaron la una en dirección de la otra y se encontraron en un abrazo.

—No sabes lo feliz que me hace verte —expresó Matilde.

—A mí también —admitió La Diana.

Regresaron a la camioneta. Laurette exclamaba y se afanaba por sacar a los niños de sus sillitas en una batalla con N'Yanda, la empleada congoleña, que no admitiría que le usurpase el puesto. Verabey, su hija, se ocupaba de las maletas. Eliah saludaba a Takumi Kaito. La Diana buscó con la mirada a Jérôme, y lo descubrió contemplando con ansiedad a Matilde. Alzó la mano y lo saludó, y el niño la imitó con una sonrisa tímida. Se aproximó y descubrió que cargaba el estuche del violín.

—Hola, campeón —lo saludó empleando el apelativo con que lo llamaba Eliah.

—Hola, Diana.

La fastidiaban los niños, todos excepto Jérôme, en quien reconocía a un sobreviviente como ella; lo respetaba. Amina, a la que se le había explicado que no debía tocarla, corrió en su dirección con la intención de arrojarse sobre ella. Jérôme se interpuso y le habló en castellano, la lengua que se había impuesto entre los tres niños debido al origen argentino de Matilde. La pequeña, de casi cinco años, se quedó mirándola con las cejas muy juntas en una mueca desconcertada. La Diana, como cada vez que un niño entraba en su espacio personal, se tensó; eran impredecibles y eso la inquietaba. Admitía lo bonita que era, con sus ojos oscuros y enormes, su carita de muñeca y el cabello negro y ondulado; sin embargo, no le provocaba ternura ni deseos de tocarla, más bien lo contrario.

—Falta poco para mi cumple —anunció la pequeña en perfecto francés—. ¿Cuántos días faltan, Jérôme?

—Siete —contestó el niño con paciencia.

—Papá y mamá me harán una fiesta en McDonald's.

—Pero la fiesta será cuando papá vuelva de viaje, ¿lo recuerdas? —la previno Jérôme, y la miró con fijeza hasta que la niña asintió.

—Y el día de mi cumpleaños, ¿qué haremos?

—Todos irán a saludarte a casa —contestó el niño.

—¿Y papi me llamará por teléfono?

—Te dijo que sí, que usaría el teléfono satelital desde alta mar.

La niña se quedó en silencio durante unos segundos, la vista clavada en la de su hermano, hasta que pareció resolver lo que fuese que estuviese perturbándola y se volvió hacia La Diana para comentarle:

—Papá me prometió que me va a regalar la casita de Barbie. Y mamá me compró un vestido de princesa. ¿Te gustan mis zapatos nuevos? Mamá me los compró para la fiesta de Jérôme, pero yo quise ponérmelos hoy. Y ella me dejó, pero no tengo que estropearlos. —Alzó un pie, luego el otro para estudiar el estado de los zapatitos—.

El tío Eze me dijo que me va a regalar las joyas de Barbie, y la tía Yasmín me va a pintar las uñas, y la tía Juana me prometió ayer por teléfono que me va a peinar y que me va a poner una corona de flores. Le pedí que me pintase los labios, y dijo que sí, pero después mamá dijo que no, y aunque el tío Eze trató de convencerla, dijo no de nuevo. ¿Vas a venir a mi fiesta en McDonald's?

—Si estoy en París, sí.

Amina acentuó el ceño para observarla, y así se mantuvo durante algunos segundos en el comportamiento de quien pretende desvelar un misterio. Sin pronunciar palabra, giró y corrió hacia Eliah, que la alzó con actitud ausente, enfrascado como estaba en la conversación con su *sensei*.

—Gracias —susurró La Diana, y el niño asintió.

Le estudió los ojos negros de un diseño peculiar pues al tiempo que eran grandes se rasgaban y elevaban hacia el final; en su opinión, en la extraña combinación radicaba la belleza exótica de ese rostro de piel oscura.

—Creo que la ofendí. A Amina —se explicó.

—¿Por qué no te gusta que te toquen? —se interesó Jérôme, y lo hizo con una sinceridad y una inocencia que no la incomodaron—. Mamá y papá pueden tocarte.

—Ellos sí, mis hermanos también, pero nadie más.

—¿Por qué? —insistió Jérôme.

—La verdad es que no lo sé. Solo sé que cuando otras personas me tocan me falta el aire, siento que me ahogo, me quema la piel. Quiero gritar y la voz no me sale.

—Qué feo.

—Sí, muy feo.

Matilde se aproximó con Kolia calzado en la cintura. El niño, que en poco más de dos meses cumpliría tres años, se quitó el chupete de la boca y la contempló con la seriedad que lo caracterizaba; en tanto, enrulaba un mechón de la madre con su manita regordeta. Caminaron hacia la casa.

—Jérôme te miraba con insistencia momentos atrás —susurró La Diana.

—Está ansioso por lo de la fiesta del domingo. Yuriko le dijo que vendría, pero él no confía en que lo hará.

La Diana no necesitó preguntar quién era Yuriko; se trataba de una japonesa, hija de un diplomático agregado de la embajada en Francia, que asistía a la misma escuela de Jérôme. En opinión de Matilde, la niña constituía la razón por la cual Jérôme tocaba el violín; había elegido ese instrumento para estar cerca de ella.

—¿Por qué no confía?

—Es la gran secuela que le dejó el Congo, la sensación de que los que ama desaparecen o lo abandonan. Teme que lo dejemos solo en el mundo.

—En especial teme perderte a ti —señaló La Diana, y Matilde asintió y a continuación expresó:

—Estamos trabajando en ello. Hemos dado con una psicóloga infantil que ha comprendido de inmediato la situación. Jérôme la quiere mucho. Vamos los tres, Eliah,

Jérô y yo, una vez por semana. Y cada quince días, va toda la familia. Así lo dispuso la psicóloga dado el vínculo tan estrecho que Jérô estableció con sus hermanos. Dice que ayudará a sanar la fobia al abandono más rápidamente.

Cenaron en la casa principal el *boeuf bourguignon* que Laurette había preparado para agasajar a Al-Saud; era uno de sus platos favoritos. La Diana observaba la reunión familiar, de la cual N'Yanda y Verabey formaban parte, y percibía que la ansiedad que la acompañaba desde hacía semanas se disolvía. Se sabía amada por esa gente y contaba con su incondicionalidad. De igual modo, experimentaba lo que había comenzado a llamar el síndrome del patito triste. Ella era un patito melancólico en medio de espléndidos cisnes felices.

Ayudó a recoger los platos y deliberadamente se quedó sola en la cocina con N'Yanda, que la ignoraba mientras arrojaba los restos de comida a la basura. Vencida ante la indiferencia de la mujer y a punto de regresar al comedor, se detuvo cuando la africana declaró:

—Es usted a la que se le aparece el novio muerto.

La Diana se limitó a asentir, sometida por la voz de mando de la mujer. Imponente, alta como la mayoría de los de la etnia tutsi y con la cabeza envuelta en un turbante multicolor, poseía unos ojos de un verde esmeralda que hechizaban.

—Quítese uno de esos pendientes y pásemelo.

La Diana desprendió la gota de cristal azul de Swarovski del lóbulo izquierdo y la arrastró por la isla de mármol, mientras se preguntaba si alguien le habría contado a N'Yanda que los pendientes habían sido un regalo de Sergei Markov. La mujer lo apretó en el puño y cerró los ojos. No se dio cuenta de que contenía el aliento en tanto aguardaba el veredicto de la congoleña, como si de sus palabras dependiese el futuro.

—Él la ama muchísimo —manifestó al cabo, y a La Diana se le llenaron los ojos de lágrimas—. Él no descansará en paz hasta tanto usted no alcance la paz. *Su paz es la paz de él* —sentenció.

—No puedo —confesó con la voz estrangulada—. No sé... —La emoción la desposeyó del habla.

—En su tierra se dejó el corazón —prosiguió la mujer, siempre con los ojos cerrados—. Allí perdió una parte y se vino incompleta para acá, por eso no tiene paz. Tiene que volver a la tierra del dragón; él la está esperando. —Al oír esas palabras trágicas, La Diana se cubrió la boca para ahogar un alarido; las piernas se le aflojaron—. Tiene que volver allí y reencontrarse con la parte de sí misma que le arrebataron.

N'Yanda alzó los párpados, apoyó el pendiente sobre el mármol y retomó el trabajo como si nada hubiese sucedido.

—Tengo miedo —susurró luego de una pausa silenciosa—. Tengo miedo de volver.

—Lo sé, pero ¿a qué le teme si el ángel guerrero está con usted?

La congoleña pasó a su lado, y La Diana permaneció petrificada. Le había repetido las exactas palabras que Markov le había susurrado en sueños. Como solía

hacer para darse valor, se apretó la carne donde San Miguel Arcángel, que sometía al demonio-dragón, había quedado impreso para siempre. Murmuró las palabras talladas sobre el escudo del ángel.

—*Quis ut Deus?* Nadie —se respondió—. Nadie es como Dios.

Se despertó sin sobresaltos por la madrugada y divisó la silueta de Markov a los pies de la cama. El ruso giró la cabeza para mirarla y le sonrió antes de decirle:

—Estoy feliz de que no estés aquí.

* * *

A la mañana siguiente, llegaron los restantes Al-Saud, incluidos la señora Francesca y el príncipe Kamal, y también Leila y Sándor con sus familias. La casa principal se llenó de niños y de ruido, y La Diana, luego de saludar, escapó al refugio que constituía la casa de los Kaito, que se hallaba inusualmente silenciosa debido a que Laurette no se despegaba de los recién llegados.

Allí fueron a verla Leila y Sanny, y La Diana agradeció que Daisy se hubiese quedado con el padre. Se abrazaron los tres juntos, y La Diana apretó la garganta para no llorar. Takumi les preparó café y se sentaron en la cocina a conversar.

—¿Han oído acerca del criminal de guerra serbio que escapó en La Haya? —preguntó Sándor. Leila y La Diana intercambiaron una mirada y asintieron—. Esos inútiles de los holandeses lo dejaron escapar. ¡Qué imbéciles!

—El problema más importante —habló Takumi— no es atrapar a los criminales de guerra sino que la comunidad internacional declare que la masacre ocurrida en Bosnia entre el 92 y el 95 fue un genocidio de bosnios musulmanes a manos serbias y no una guerra civil.

Los hermanos Huseinovic lo contemplaron con aire estupefacto; resultaba inusual que su *sensei* realizase declaraciones de esa índole.

—¿Por qué es tan importante, *sensei*? —se interesó Sándor.

—Hasta ahora se ha hablado de que lo sucedido en Bosnia a principios de los noventa fue una guerra civil —manifestó el japonés—. En una guerra civil hay dos bandos, los dos armados y con derecho a pelear, dentro de ciertas normas que establecen las convenciones de Ginebra. Pues eso no ocurrió en Bosnia y Herzegovina. Lo que tuvo lugar allí no fue una guerra civil, tampoco una limpieza étnica. Fue un genocidio. En tanto la comunidad internacional no reconozca esa situación no habrá paz pues no habrá revisión de los hechos, no habrá establecimiento de culpas, no habrá resarcimiento ni justicia ni reconciliación. Lo del tribunal de La Haya es un circo que no aplacará el clamor de los bosníacos.

—¿Qué es genocidio, *sensei*? —quiso saber Leila.

—Buena pregunta —concedió el maestro—. En el 48, apenas acabada la Segunda Guerra Mundial, los países se reunieron para sancionar un acuerdo que pusiera

nombre a lo que Churchill había definido como el crimen sin nombre y para fijar las reglas que evitaran que se repitiese una tragedia como la que había sufrido el pueblo judío a manos de los nazis. Lo llamaron genocidio y lo definieron como la intención de un grupo de destruir a otro por razones de raza, religión o nación. Y lo más interesante es que genocidio no es *solo* asesinar a otro por estas razones sino obligarlo a abandonar su lugar de origen o impedir los nacimientos. Otro aspecto interesante es que la convención no fijó qué cantidad de personas deben masacrarse para considerarlo un genocidio. En resumidas cuentas, lo ocurrido en Bosnia, como también lo ocurrido en Ruanda en el 94, encaja perfectamente en la definición que la mayoría de los países del mundo acordó como genocidio.

—¿Por qué la comunidad internacional se niega a definir como genocidio lo que sufrimos los bosníacos? —preguntó La Diana.

—Porque ese mismo documento, el que define qué es genocidio, establece que, en caso de verificarse que está teniendo lugar un genocidio, la comunidad internacional está obligada a intervenir para impedirlo. Es obvio que, en muchos casos, prefieren llamar «guerra civil» o «actos de genocidio» a lo que es un genocidio irrefutable para no tener que ensuciarse las manos en cuestiones que suelen terminar bastante mal. Y ahora que ha pasado la guerra, tampoco reconocerán que fue un genocidio pues tendrían que hacerse cargo de las muertes que su inacción ocasionó. La cuestión podría tener un efecto de consecuencias inimaginables.

Llamaron a la puerta. Era uno de los veterinarios que precisaba hablar con el administrador. Takumi los dejó solos, y los hermanos Huseinovic se contemplaron con esa complicidad que los unía desde la guerra.

—Tengo que referirles algo —anunció La Diana—. Algo acerca del abuelo Liam.

Les contó sobre Callum Duncan, barón de Glendale. Leila y Sanny la oían con expresiones azoradas. Les mostró la fotografía que Bruce McLeod les había tomado en el parque, con el castillo de fondo.

—Es parecidísimo al abuelo —admitió Leila.

—¿Y esta? —se interesó Sanny.

—La esposa de Raemmers. El general, antes de morir, me pidió que me hiciese cargo de ella. Charlotte se llama. Ahora vive en Glendale.

—¿Por qué te pidió algo tan extraño? —la cuestionó Sándor.

—Porque su única hija y su única nieta están muertas. No tenía a nadie excepto a mí.

—¿Qué hay de Nanuk? Según me dijiste, él era como un hijo para el general.

—Nanuk está ocupado con un tema importante ahora —contestó deprisa—. Sanny, lo que no te he dicho aún es que tú eres el heredero de nuestro tío abuelo Callum. Tú serás el próximo barón de Glendale, y el castillo —dijo, y lo señaló en la fotografía— y todo lo que posee será tuyo.

—¡Qué! —se maravilló el muchacho, mientras Leila carcajeaba como hacía tiempo La Diana no la oía—. ¡Espera que se lo cuente a Yasmín! Convertiré a mi

mujer en una baronesa.

—Ella ya es una princesa —le recordó Leila—. No creo que la conmuevas con un título muy por debajo.

—¡Una princesa sin castillo! —bromeó Sándor—. Y su pobre guardaespaldas bosnio le dará el castillo que merece.

Salió a las corridas con la fotografía en la mano, y sus hermanas lo siguieron con miradas sonrientes. Leila y La Diana se contemplaron en el silencio en que se sumió la cocina.

—¿Cómo has estado? —quiso saber la mayor.

—Lo de Zver removi6 un poco las cosas —admitió Leila, y entrelazaron los dedos sobre el mármol de la isla—. Le conté todo a Peter, Maša.

La Diana sufrió un estremecimiento y apretó las manos de su hermana.

—¿Lo mío también?

—No, de ti le referí lo indispensable. Y él jamás preguntó.

—¿Te sentiste mejor al hacerlo?

—Sí. Fue liberador hablar y llorar; recordar y llorar. Él... —Se le estranguló la voz—. Peter es lo mejor que me ha pasado en la vida, Maša. Me escuchó sin interrumpirme, me dejó hablar, y llorar, y estar callada cuando quería dejar de hablar. Me respetó en todo momento, y me sentí liviana cuando acabé de contarle lo que había padecido a manos de Zver y de los otros.

—Empecé a escribir mis memorias de la guerra —confesó La Diana—. Matilde me regaló un diario para mi cumpleaños y me dijo que lo empleara para eso, para escribir lo que había vivido en Rogatica.

—¡Qué excelente idea la de Mat! ¿Cómo no se nos ocurrió antes?

—Es liberador en cierto modo.

—Maša, lo que Peter me dijo cuando acabé de contarle lo vivido en Rogatica me hizo mucho bien. Él me dijo: «Lo que esas bestias te hicieron habla de ellos, no de ti. Tú entraste de un modo en Rogatica, siendo una jovencita buena y dulce, y saliste de ese infierno de igual modo, siendo una jovencita buena y dulce. Ellos, en cambio, salieron con las manos llenas de sangre. Y eso se termina pagando. Siempre».

—Lo que dijo Peter es cierto, Leila. Tú mantuviste tu esencia de buena persona. Yo, en cambio...

—¡Tú también! —se enojó la menor de los Huseinovic—. ¡Por amor de Dios, Maša! ¿Es que no te das cuenta de que te tocó la parte más dura, de que la parte más difícil la sobrellevaste tú? ¿Crees que no sé cuántas concesiones hiciste para mantenerme cerca de ti, para protegerme?

La Diana se cubrió el rostro y, entre sollozos, exclamó:

—¡No sirvió de nada, de nada! ¡Te violaron! ¡Y eras una niña!

Leila le aferró las muñecas y la obligó a quitarse las manos de la cara.

—Maša, mírame, por favor. —La Diana alzó los ojos inyectados y la contempló con miedo—. Sí, me violaron, y sí, era muy joven, pero no era una niña. Gracias a ti

y a los sacrificios que hiciste por mí estoy viva y ahora puedo experimentar una felicidad plena junto a mi marido y a mis hijos. —Apoyó la mano sobre el vientre apenas abultado—. Esa es una verdad tan cierta como que me llamo Leila y tú, Mariyana. Acéptala. Acepta mi gratitud infinita.

—Tú te salvaste sola.

—¡No lo habría logrado sin ti! —se empecinó Leila—. Sabes que él te lo concedía todo...

—Él —la interrumpió La Diana— jamás te habría hecho daño, no como una concesión a mí sino por... —Se mordió el labio; le resultaba intolerable acabar la frase.

—Pero eso fue mucho tiempo después —apuntó Leila.

—Yo quería evitar que te vejasen. Podía soportar que lo hicieran conmigo pero no contigo. ¡Y lo hicieron! Malditos sean. ¿Y si no hubieses superado el mutismo y la regresión a la infancia?

—Tú bien sabes qué fue lo que me causó el *shock* que me indujo a querer desaparecer dentro de mí misma. No fueron las violaciones, Maša. Tú sabes qué fue.

—Sí —suspiró con la cabeza caída—. Hemos visto cosas que el mundo desconoce y que horrorizarían a la humanidad si solo les contásemos la mitad.

Se sintió tentada de hablarle de Vuk, que estaba buscándola; Leila era la única que habría comprendido cabalmente lo que significaba. Enseguida renunció al impulso egoísta; le arrebataría la serenidad, y Leila, en su estado, necesitaba paz.

Oyeron la voz de Eliah Al-Saud que se aproximaba con Takumi Kaito. Se apresuraron a secarse los ojos con las servilletas y a poner buena cara. Los hombres entraron, y Eliah buscó a La Diana con la mirada.

—Quiero hablar contigo —dijo, y la muchacha se puso de pie.

Marcharon los cuatro a la casa principal después de que Takumi Kaito anunciara que era la hora de la clase de shorinji kempo de Jérôme. Apenas entraron, La Diana notó que el bullicio había aumentado y que la energía se había vuelto vibrante. Sonrió al darse cuenta del origen: Juana Folicuré y su esposo, Shiloah Moses, acababan de llegar. Juana hablaba histriónicamente, al tiempo que besaba y abrazaba a cuanto ser viviente se le pusiese delante, aun a la estoica N'Yanda. De rodillas, apoyó la oreja en la panza de Yasmín y habló con el bebé. Le dijo que si era niña la llamarían Juana, y si era varón, Juan, lo cual hizo reír a todos. Era tan espontánea y natural en su alegría que La Diana sonreía de modo inconsciente. Shiloah Moses la seguía con una expresión en la cual resultaba fácil adivinar el orgullo y el amor que esa joven mujer le inspiraba, y La Diana se preguntó qué sentiría Juana al saberse venerada por ese hombre bueno e inteligente.

—¡Dianita! —exclamó al divisarla, y se detuvo frente a ella para lanzarle besos—. ¡Estás hecha una diosa! Después te tiro las cartas —propuso, y le guiñó un ojo.

Se encerraron en el estudio con Al-Saud. Enseguida avistó el mapa de los Balcanes extendido sobre el escritorio.

—En tres semanas, a lo sumo un mes —anunció Eliah—, Nigel y yo habremos firmado la adenda del contrato con la OTAN. Nos instalaremos en Camp Comanche, una base norteamericana cerca de Tuzla. Desde allí me será más fácil transportarte adonde sea que desees ir. Ahora es más complicado. ¿Por qué no esperas hasta ese momento? Lo del trabajo que te ofrecí para Defensores de los Derechos Humanos no es urgente. Ayer hablé con Dorianne Jorowsky y le expliqué la situación.

—No puedo esperar, Eliah. El 20 de enero tengo que estar de regreso en Londres para enfrentar al comité disciplinario de L'Agence. Debo ocuparme de este asunto cuanto antes.

—De acuerdo —claudicó Al-Saud—. Como irás armada hasta los dientes, es imposible que ingreses en el país por las vías oficiales. Por eso he planeado lo que te explicaré a continuación. —Hizo una pausa en la que se tocó la barbilla y fijó la mirada en el mapa—. El contrato firmado con la OTAN —explicó— nos prohíbe salir de los límites de Kosovo. —Hizo un círculo con el índice que demarcaba el confín con Montenegro—. Si llegasen a interceptarnos fuera del área asignada, sea por tierra o por aire, significaría la rescisión del contrato, y no puedo correr ese riesgo. Nosotros ahora estamos estacionados en la base norteamericana de Camp Bondsteel —dijo, y señaló un punto al sureste de Kosovo—. Bondsteel está a cuarenta y tres kilómetros al sur de Pristina, la capital. Tú llegarás a Camp Bondsteel con un nuevo retén de mis hombres. Zlatan Tarkovich te llevará hasta la frontera montenegrina a través del sector correspondiente a los italianos y, desde allí, cruzarás por un paso en la montaña que utilizan los pastores. Un pastor estará esperándote para conducirte hasta Bandžov, el pueblo más cercano. Zlatan hará las presentaciones con el pastor; él lo conoce.

—¿Cuánto tendré que pagarle?

—Eso está arreglado. Zlatan le pagará a su regreso, luego de que tú le confirmes que te condujo a destino.

—¿Cómo lo haré? Me refiero, confirmarle a Zlatan que estoy bien. No podré comprar un *burner* hasta llegar a Sarajevo. Dudo de que en esos pueblitos de montaña pueda conseguir uno.

—Te daremos una radio. Sí, lo sé —admitió Al-Saud ante el gesto de La Diana—, es riesgoso. Pero si nos comunicamos en *burst mode* la probabilidad de triangulación baja considerablemente. —Al-Saud se refería al modo de comunicación llamado «de ráfaga» en el que se intercambiaban mensajes sin palabras, para lo cual se codificaba previamente el texto y se lo transmitía a alta velocidad por períodos muy cortos de tiempo.

—¿Zlatan me proveerá la codificación del mensaje?

—Te proveeré una radio Raytheon con decodificador DCS incluido. También llevarás un TACBE para llamadas de emergencia en caso de que la radio se rompa o se pierda. Pero tú sabes, el TACBE funciona como un faro, por lo que cualquiera que esté en el espectro radioeléctrico oírás tu pedido de auxilio y conocerá tu ubicación,

por lo tanto úsalo en un caso desesperado. Toda la zona está muy controlada por la OTAN —advirtió.

—También llevaré mi Breitling Emergency —apuntó La Diana, y sacudió la muñeca hasta que el reloj apareció bajo el suéter.

—Matilde tenía razón: te queda enorme, desproporcionado en relación con la muñeca.

—No lo aprecio por cuestiones estéticas.

—Ya —acordó Al-Saud—. La radio también la utilizarás para avisarnos cuando hayas terminado la misión y debemos recogerte en el límite con Montenegro. Cuando lo alertes, Zlatan reactivará el mismo plan que seguimos para tu ingreso en Bosnia.

—OK.

—Te decía —retomó Eliah— que el pastor te conducirá por un cruce en las montañas. Cubrirán unos treinta kilómetros a pie. El terreno es escarpado y difícil, sin mencionar que hará un frío de los mil demonios. No entres en el pueblo; es demasiado pequeño y llamarías la atención. El pastor te guiará hasta las afueras donde hay una estación de servicio. Allí estarán esperándote. —Apretó una tecla de la computadora y la pantalla cobró vida para revelar la imagen de un hombre joven, de tez morena, cabello negro y ojos pequeños y oscuros; no tendría más de treinta años.

—¿Quién es?

—Baruh Pinto. Es un hombre de confianza de Ariel Bergman.

—¿Uno de sus *sayanim* del Mossad?

—Exacto.

—Lamento que hayas tenido que involucrar a Bergman.

—Le salvé el culo a su país arriesgando mi vida y la de mi mujer. Creo que es lo menos que puede hacer. Aunque debo admitir que siempre se muestra solícito en darme una mano. No te preocupes por eso —desestimó—. Esta es la frecuencia radial de Pinto —dijo, y le entregó un trozo de papel con un número—. Memorízalo. No es necesario que te diga que solo tienes que llamarlo en caso de que se hayan desenchado o de extrema urgencia. Pinto te llevará hasta el límite con Bosnia. Ingresarán por el parque nacional Sutjeska, por un cruce fuera del circuito oficial. Desde allí, estarás sola para llegar a Sarajevo.

—¿Cuántos kilómetros son? —quiso saber La Diana.

—Desde Tjentište, que es la ciudad más importante cercana al parque, son cien kilómetros hacia el norte. No tendrás problema para conseguir un transporte. Es una zona bastante turística, con el monumento por la batalla de Sutjeska y el parque mismo como polos de atracción. Se trata de un lugar cosmopolita, por eso lo elegí; no llamarás la atención. ¿Sabes dónde te alojarás en Sarajevo? —preguntó, al tiempo que desplegaba un mapa Michelin de la capital bosnia.

—Como no quiero registrarme en ningún hotel, ni siquiera usando mi pasaporte falso, Callum me pondrá en contacto con uno de la embajada del Reino Unido. Es de su máxima confianza. Él me dará alojamiento, pero no tengo idea dónde.

Al-Saud cerró el mapa de la capital bosnia y se lo entregó.

—Llévalo, te será útil. —Se refregó la cara y se dejó caer en la butaca—. No me cierra este asunto, Diana. No entiendo bien qué pretendes lograr con este viaje. ¿Vas a enfrentar tú sola a la mafia del tráfico de personas?

—La única pista con la que cuento es Lazar Kovać. Tengo que ir a verlo.

—¡Pero ni siquiera sabes quién es! —se ofuscó Al-Saud—. De acuerdo con lo que Bruce consiguió averiguar, podría ser un profesor de secundario o uno de fútbol. —Se aplastó el cabello con las manos—. ¡Es evidente que no es ninguno de esos dos! ¿Y qué hay de la hermana de Nanuk? ¿Qué pito toca en todo esto?

—No lo sé. No creo que lo de Yura esté relacionado con lo de la trata de personas, pero, como te conté, el que la secuestró en el aeropuerto tenía un tatuaje *četnik* en la nuca. Era serbio, estoy segura.

—¿Y no pudieron saber adónde se la llevó después de sacarla de Edimburgo?

—Ni siquiera sabemos si la sacó de Edimburgo. Es como si se hubiesen desvanecido en el aire. Con lo de Yura, debo admitir, llegamos a un callejón sin salida.

—Solo alguien muy poderoso cuenta con el recurso de hacer desvanecer en el aire a una persona. Esto es descabellado —masculló para sí—. Tendría que acompañarte.

—Ven conmigo, nada me haría más feliz.

—No puedo. El martes parto desde Livorno hacia Brunéi. —Ante la mueca inquisitiva de La Diana, Al-Saud se explicó—. El sultán nos contrató para que nos ocupásemos de la seguridad de uno de sus yates. Lo usará para transportar ochenta millones de dólares en diamantes y lingotes de oro. La condición del sultán para firmar con la *Mercure* fue que yo personalmente me hiciese cargo del procedimiento durante todo el trayecto del viaje. Paga muy bien. No podía negarme.

—Lo entiendo. ¿Cuánto demorará el viaje?

—Sin contratiempos y viajando a un promedio de quince nudos, llegaremos al puerto de Muara en poco más de veinte días. Calculo que para fines de diciembre estaré allí. No quiero que te arriesgues en vano conmigo prácticamente incomunicado en medio del océano Índico, Diana.

—Estaré bien, no quiero que te preocupes. No haré nada riesgoso. Solo iré a averiguar. Tal vez regrese con las manos tan vacías como las tengo ahora, pero existe una pequeña posibilidad de obtener información valiosa. Es importante para mí. Ya te expliqué por qué.

Al-Saud asintió con aspecto vencido.

—¿Has vuelto a recibir mensajes como el de aquel día? Que tu cabeza tiene precio —añadió en un modo exasperado e histriónico tan ajeno a él que la hizo reír—. Sí, ríe, ríe. Tu cabeza tiene precio, y yo en el Sultanato de Brunéi. Otra cosa: te cambiarás el nombre de guerra. Incluso en las comunicaciones codificadas, no quiero que uses la palabra Diana. Si es cierto que la OTAN, y quizá L'Agence, ha sido

infiltrada, sabrán que Diana eres tú. Elige otro nombre y comunícamelo. Yo se lo pasaré a Zlatan y tú, a Callum Duncan.

* * *

El domingo 10 de diciembre se levantó temprano y salió a correr por la propiedad. Después de una ducha, se dirigió a la casa principal para unirse a los festejos por el cumpleaños de Jérôme, que lucía radiante con Yuriko a su lado.

Por la tarde, después de apagar las velitas, Juana se le acercó con el mazo del tarot de Marsella, y Matilde se les unió.

—Dianita, no te me escabulles esta vez —declaró—. Es tu turno de conocer el destino que te espera.

En tanto Juana mezclaba las cartas, Matilde le preguntó:

—Juani, ¿qué averiguaron acerca de lo de la manipulación genética en embriones?

La sonrisa se borró de la cara de Juana. La Diana supuso que la pregunta tenía que ver con la condición que afectaba a la familia de Shiloah Moses, la porfiria, una enfermedad devastadora que corría en su sangre. Él no la había heredado, pero Gérard, su hermano, sí. Shiloah prefería no engendrar hijos a verlos padecer el mismo suplicio. Se habían conformado con la idea de no ser padres.

—Es ilegal en Israel —contestó Juana—. En Francia también, lo mismo en Inglaterra y en Estados Unidos.

—Un genetista israelí —se dirigió Matilde a La Diana— les contó que podían engendrar un hijo sano si, antes de insertar el embrión en el útero de Juana, se corrigiesen los genes causantes de la porfiria.

—No sabía que podía hacerse algo así —admitió La Diana.

—Se están realizando las primeras experimentaciones —intervino Juana—, es todo muy nuevo, pero lo más importante es que no es legal. Y Shiloah, como miembro del Parlamento israelí, no puede hacer nada fuera de la ley. Pero basta de malas noticias en el cumple de mi sobrino. A ver, Dianita, corta el mazo y haz una pregunta. Cualquier cosa que quieras saber. Pero fórmulala desde el lado positivo. Por ejemplo, no preguntes: ¿Me voy a enfermar? Pregunta: ¿Seguiré sana?

Cortó el mazo y dijo:

—¿Me irá bien en el viaje que emprenderé en unos días?

Juana extrajo tres cartas. Dio vuelta la primera y la colocó frente a ella. Era El Diablo.

—*Le Diable* —susurró Juana con aire preocupado.

—¿Aparecerá un diablo en mi vida? —quiso saber La Diana, y no había rastro de broma ni de ironía en su voz.

—Esta carta habla de ti —explicó Juana—, no de alguien del exterior. Habla de tu demonio interior, de la oscuridad y del miedo que te niegas a enfrentar. —Juana dio vuelta la segunda carta y la colocó a la derecha de la del Diablo—. El Loco —anunció—. Interesante. Veamos que nos depara la tercera y última carta, que es la respuesta a tu pregunta. —La colocó a la izquierda, y La Diana captó el instante en que la muchacha se tensó y torció la boca—. La Torre.

—¿Es una carta mala?

—Nada es bueno ni malo, Dianita. Analicemos lo que el tarot nos dice —propuso—. El Diablo nos recuerda que somos materia, y que mientras seamos seres encarnados estaremos sujetos a necesidades físicas que no podremos evitar, como el sexo o el dinero. El hecho de que haya aparecido El Diablo en la primera posición, es decir, la que te define como sujeto, nos dice que hay un conflicto interior entre materia y espíritu muy fuerte al que tienes que enfrentar y solucionar.

—¿De qué modo?

—Animándote a liberarte. El Diablo representa lo que más temes. El Diablo viene a mostrarte la parte que tienes negada y oculta en un viejo arcón cerrado con llave. El Diablo viene a decirte: «Vamos, Diana, ánimo a liberar la energía que tienes encerrada en el arcón. Eres un ser humano después de todo, no te niegues ese placer». Es evidente que la presencia de esta carta habla de que estás lista para iniciar el proceso.

—No, no lo estoy.

—Eso dicen las cartas —se empecinó Juana—, y ellas no mienten. Por supuesto, esta carta también revela que estás muy asustada, pero escúchame bien: debes convencerte de que ha llegado el momento de enfrentar lo que te tiene atada a las viejas estructuras, al deber, a la culpa, a los dogmas, pero sobre todo al castigo. Estás autorizada a liberar el cúmulo infinito de energía que te volverá plena. «¡Ya no estás castigada!», te dice El Diablo, y añade: «Permítete gozar de los placeres de la vida». Y el hecho de que haya aparecido El Loco en este sitio, que representa al ambiente que te rodea, confirma lo que dije antes. El Loco es el que rompe con las estructuras a las que nos aferramos para sentirnos seguros. El Loco pone todo patas arriba. Nada queda del mismo modo luego de que él toca nuestra vida. Él se burla de ti, de tu creencia de que tienes todo bajo control. El Loco te dice que no se puede controlar cada aspecto de la vida y te pide que te abras a la sorpresa. Esta carta, como te decía, representa el ambiente en el que te moverás, por lo tanto predice que estarás rodeada de gente que propiciará tu lado creativo, libre, innovador y un poco alocado. Aparecerá alguien que te dará vuelta como a una media y cambiará tu modo de pensar. —Juana sorbió un poco de champán e inspiró largamente. Apoyó el índice en la última carta, La Torre—. Y esta es la respuesta a tu pregunta: La Torre, que está en clara consonancia con lo que El Diablo y El Loco intentan comunicarte. Hablemos un poco de esta carta, La Torre, a la que se le teme, debo admitir, pero que yo la veo como la posibilidad de construir sobre lo destruido.

—¿La Torre es la destrucción? —se interesó Matilde.

—La destrucción de viejas estructuras que nos mantienen prisioneros —contestó Juana—. Las personas nos aferramos a esas estructuras aunque sean nocivas porque le tenemos pánico al cambio. La Torre en esta posición de la tirada, que representa tu mundo interior, revela que estás pasando por un momento de caos y de confusión que podría acabar en una nueva vida, plena y llena de luz, si no te resistieses a aceptar que el viejo modo de vivir ha caducado. La Torre, en la cual has vivido encarcelada, está derrumbándose. Es hora de saltar hacia el infinito. De igual modo, si te quedases en La Torre perecerías. Perdido por perdido, mejor ámate y salta. Por lo tanto, y haciendo una lectura integral de las tres cartas, diría que en tu viaje vivirás de todo menos lo que has planeado, será un camino hacia la sorpresa, y te servirá para destruir las cadenas y liberarte del terror que te tiene esclavizada. Será un viaje en el que, si te animas a abrazar tu parte mundana sin culpa y con gozo, volverás convertida en una nueva Diana.

Esa noche, cuando Al-Saud despidió al último de los invitados, La Diana lo interceptó en la explanada de la casa principal y le susurró:

—Mi nombre de guerra será *La Tour*.

La Torre le había dicho.

CAPÍTULO IX

¡Oh vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza!

*Divina Comedia, Infierno, Canto III, sentencia 9,
de Dante Alighieri, poeta italiano
(1265-1321)*

Había entrado en el territorio bosnio el jueves 14 de diciembre, había pasado la noche en la ciudad de Tjentište y arribado a Sarajevo el viernes 15 después de una larga y fatigosa travesía que había resultado de acuerdo con los planes trazados por Al-Saud aquella tarde en la hacienda de Ruán.

Apenas llegada a la capital de su país, concurrió al entresuelo del café Vienés en el Hotel Europe, el más lujoso de la ciudad. Eran las once de la mañana, y el lugar estaba prácticamente desierto. Se aproximó a la mesa ocupada por un cincuentón de aspecto inofensivo a quien reconoció como Freddie Prescott. Igualmente tomó las medidas del caso y lo saludó con la contraseña.

—Me dijeron que aquí se come la mejor torta Sacher de Sarajevo —susurró La Diana.

—Sí, es la mejor, pero yo prefiero el *lemon-pie* —contestó el agente—. Toma asiento, Diana. ¿Y tu equipaje? —se interesó, y ella le señaló el macuto negro que descansaba a sus pies—. ¿Pertenece a otra especie? —preguntó el hombre con una sonrisa—. Mi exmujer no viajaba con menos de dos valijas aunque se tratase de un fin de semana en Bristol.

La Diana no le explicaría que ella no era una mujer sino un soldado de élite, y como tal había sido entrenada para acarrear un equipaje en el que se contaban elementos tan extraños como anzuelos, una porra telescópica y tabletas para esterilizar el agua, sin mencionar las pistolas y las granadas. Como vestimenta, llevaba solo medias, camisetas, bombachas y un corpiño extra. Tendrían que bastar por lo que durase el viaje las calzas negras de neopreno y el buzo del mismo material y color que vestía bajo la campera blanca Napapijri, especialmente diseñada para el frío ártico y el antártico, similar a los anorak de los esquimales, largo hasta las rodillas y con un ajuste en la cintura.

Se acercó el camarero e hicieron el pedido. Cuando lo vio desaparecer en la escalera, Prescott habló otra vez.

—La mujer que tú sabes —dijo para referirse a la fiscal Bosa Dretar— recién podrá verte el miércoles. Lo siento.

—Está bien —contestó—. Gracias.

—Aquí tienes la dirección de su oficina y el teléfono de la secretaria. Te espera a las tres de la tarde.

—Muy bien. Leí el informe que usted hizo acerca de las mafias locales. ¿Ha podido averiguar algo más en estos días?

—No mucho. Como escribí en el reporte, antes de la muerte en enero de este año de Željko Ražnatović —el hombre aludía a Arkan—, sabíamos que las actividades delictivas estaban polarizadas en dos grandes señores del crimen: Ražnatović, a quien siempre le ha gustado la publicidad y mostrarse; de hecho estaba casado con la cantante más famosa de Serbia, una mujer...

—¿Y el otro? —lo interrumpió La Diana, para nada interesada en la esposa de Arkan.

—El otro es un enigma. Huidizo como un pez. Protege su identidad a toda costa. Después de la muerte de Ražnatović, creemos que la torta quedó en manos de él, y dudamos de que surja alguien con poder para hacerle frente.

—¿No es extraño que ustedes desconozcan su identidad?

—No lo creas. Estos mafiosos son habilísimos al momento de protegerse. Solo hemos conseguido averiguar que lo llaman *vojvoda*.

—Duque —tradujo La Diana.

—Sí, duque —confirmó Prescott—. Era un título medieval que se concedía a los señores feudales en los Balcanes —completó el agente—, sobre todo a aquellos con poderío militar. Y este *vojvoda* del presente se ha hecho con un poder del que, estimo, no conocemos los límites.

—¿Ni siquiera una sospecha? —presionó La Diana.

—Suponemos que era jefe de alguna milicia paramilitar que actuó durante la guerra en el Podrinje —Prescott aludía a la región de Bosnia ubicada al sur del río Drina—. Quizá, si atrapásemos a Ratko Banovic, él podría decirnos de quién se trata. Pero se nos ha dicho que es intocable.

—Aunque lo atrapasen —opinó La Diana—, no hablaría. Banovic preferirá las torturas de ustedes a las que le infligiría el tal *vojvoda* si supiese que ha hablado. ¿Qué hay de Ante Dabić?

—¿El criminal de guerra que se les escapó a los holandeses el otro día? —La Diana asintió—. Admito que no se están haciendo muchos esfuerzos para ubicarlo en Serbia ni en la Republika Srpska. —El hombre se inclinó para susurrar—: Algunos dicen que el alto mando que ordenó su captura cometió un error, que Ante Dabić era intocable. Por eso lo dejaron escapar.

La Diana se quedó mirándolo con una expresión estática. El alto mando al que refería el agente inglés era, sin duda, Raemmers.

—Ante Dabić figura en el listado de criminales de guerra del tribunal de La Haya —le recordó.

—Sí —concedió Prescott—, pero solo para aplacar el reclamo de las víctimas. Era intocable, lo sé de buena fuente.

—¿Por qué *intocable*?

El inglés se encogió de hombros, y La Diana cambió abruptamente el tema al inquirir:

—¿Conoce a alguien dentro de la IPTF con quien pueda hablar?

—Sí, pero no servirá de nada. Desde la muerte de Richard Tomkins —el agente hablaba del jefe de Carrie Stewart— el puesto quedó interinamente en manos de un monigote que no mueve un dedo sin el aval de las autoridades de la Baywatcher.

Prescott bajó la vista y jugó con un sobrecito de azúcar mientras el mozo les servía. De nuevo solos, levantó la mirada, y La Diana supo que le diría algo importante.

—Nuestro amigo en común me ha pedido que te asista en todo cuanto necesites, y lo haré. Pero considero que la mejor asistencia que puedo brindarte es aconsejarte que no continúes con esta investigación. Ni siquiera nosotros nos atrevemos a lidiar con esta gente.

—Mejor dicho —lo interrumpió La Diana—, ustedes no *quieren* lidiar con esa basura.

—Puede ser —admitió Prescott—. Aquí ocurre algo similar a lo que sucedió en Irak. Estados Unidos y su coalición ganaron la guerra del 91, nadie lo niega. Pero la Casa Blanca se abstuvo de voltear a Saddam. ¿Sabes por qué? Porque Bush padre sabía que, sin la mano férrea de Saddam, el país caería en la guerra civil en cuestión de días. Demasiadas etnias, demasiados grupos religiosos, demasiados odios ancestrales. Solo uno como Saddam puede manejar tantas corrientes, y puede hacerlo porque le temen. Pues aquí, en Bosnia, ocurre algo similar. De algún modo, estos grupos delictivos mantienen un equilibrio que de romperse desembocaría en otra guerra. Los Acuerdos de Dayton no solucionaron los problemas de base. Y Bosnia es un polvorín que, tarde o temprano, volverá a estallar.

—Le agradezco el consejo, pero estoy dispuesta a seguir adelante.

—Entonces, cuídate —dijo el agente inglés.

Después del desayuno, caminaron dos cuadras hasta el ingreso a un edificio sobre la orilla del río Miljacka, que cruzaba por el corazón de Sarajevo. El inglés le entregó las llaves de un departamento en el segundo piso y de una camioneta Nissan Patrol que, le explicó, se hallaba en el estacionamiento subterráneo del Hotel Europe.

—Podrás conseguir un celular prepago en la otra cuadra —dijo Prescott, y señaló hacia el histórico Puente Latino, donde el extremista serbio Gavrilo Princip había asesinado al archiduque Francisco Fernando y a su esposa en 1914, lo que había desencadenado la Primera Guerra Mundial—. Sabes mi teléfono —le recordó el inglés—. Llámame si estás en aprietos.

Se despidieron de la misma manera lacónica en la que se habían presentado. La Diana anhelaba darse un baño y dormir unas horas antes de comenzar con lo que fuese que le depararía esa visita a la capital de su país. El departamento era pequeño —dos habitaciones, una sala discreta, un balcón sobre el Miljacka, cocina diminuta y baño no mucho más grande—; estaba bien calefaccionado; bastaría.

Dejó a mano la Browning HP 35 que le había prestado Eliah Al-Saud y se metió en la ducha, donde se quedó media hora bajo el chorro de agua caliente. El frío le había entumecido los músculos, y le costó aflojarse. Durmió un par de horas, y se despertó con un sobresalto y taquicardia.

Se vistió, se cubrió la cabeza con la *ushanka* de Markov, se abrigó con la campera y estrenó los guantes que podían convertirse en mitones, los que le había regalado el general en su último cumpleaños, con manoplas de plomo bien disimuladas entre la cabritilla y el forro de piel de cordero. Del macuto, extrajo una mochila negra pequeña y la llenó con elementos indispensables. Salió a la calle dispuesta a hacerse de un *burner*, pero como desconfiaba aun de su sombra, no se dirigió al negocio que le había señalado el agente inglés sino que lo compró en uno sobre la calle más comercial del centro de Sarajevo, Ferhadija.

Avanzó por la margen del Miljacka, y mientras le corrían gotas de sudor entre los senos, el aire helado que soplaba desde el río parecía cortarle la piel de la cara. De camino hacia el centro histórico de la vieja capital, reflexionaba acerca de los tres inviernos que los sarajevitas habían soportado durante el asedio, sin luz ni gas ni agua. Al principio no se preguntó por unos manchones rojos que, de tanto en tanto, encontraba en las veredas o en el pavimento de las calles. Unas cuadras después se dio cuenta de que estaban por todas partes y que, de algún modo, marcaban un patrón.

Había visitado Sarajevo varias veces; la primera, con su familia en el 84, en ocasión de los Juegos Olímpicos de Invierno. Luego vinieron los viajes con Vuk durante el sitio, por lo que no pasaban más allá del barrio de Grbavica o el de Lukavica, los frentes serbios más violentos. La última vez había sido en el 98, cuando viajó desde Belgrado con Nanuk en la operación de infiltración en la red del traficante Ratko Banovic.

Nadie la seguía, estaba segura. Recorrió el viejo bazar de Sarajevo, llamado Bašćaršija, y se detuvo frente a la mezquita más grande de los Balcanes, la Gazi Husrev-beg, y admiró la torre del reloj. Se emocionó al divisar el legendario bar Miris Dunja, donde su familia y ella habían tomado el típico café bosnio durante la visita en el 84. Se acomodó en una de las mesas que acababa de liberarse en el bar pequeño y lleno de gente. Pidió el *bosanska kafa*, el café de Bosnia, y se lo sirvieron igual que dieciséis años atrás, en una bandeja redonda y pequeña de cobre. El aroma penetrante del brebaje la hizo sentir bien.

—¿Qué son esas manchas rojas que he visto en las calles y en las veredas? — preguntó al camarero.

—Son las rosas de Sarajevo —contestó el muchacho—. Indican el sitio donde los misiles de los *četniks* mataron a alguien. Después de la guerra, rellenaron los cráteres con resina roja.

El camarero se alejó, y La Diana se quedó meditando sobre lo que acababa de decirle. Por más que la ciudad luchase por salir adelante, las cicatrices del conflicto se adivinaban fácilmente, en la cara sin ánimo de la gente y en las rosas de Sarajevo. Bebió el café y le supo delicioso, y para ella, que había dado por perdida la pasión por los sabores, ese simple logro fue una sorpresa agradable.

Aprovechó para llamar a Callum Duncan, y aunque el murmullo incesante habría dificultado las escuchas con micrófonos ambientales, igualmente verificó que la contramedida electrónica estuviese encendida.

—¡Qué suerte que llamas! —exclamó el viejo Glendale, y La Diana se dio cuenta de que evitaba nombrarla, ni siquiera por su nuevo nombre de guerra, *La Tour*.

—Estoy bien, ya instalada —se apresuró a aclarar.

—Bien, bien.

—Gracias por todo. Su contacto fue muy solícito.

—Bien, bien —repitió.

—¿Alguna noticia de la llave o de la muchacha que me la dio?

—Nuestro amigo en común —dijo, y La Diana sabía que se refería a Bruce McLeod— viajó a la ciudad donde te la facilitaron. Si te la dieron allí suponemos que allí está lo que sea que abre.

Cortaron la llamada para no extenderla inútilmente después de que La Diana le dictase el número del nuevo celular.

Regresó al Hotel Europe y bajó al subsuelo. Individualizó la Nissan Patrol negra de la cual Prescott le había facilitado las llaves y se quedó mirándola en tanto se cuestionaba la sensatez de subirse a un automóvil que podía tener micrófonos y cámaras ocultas. Abrió la puerta del conductor; estaba impecable y olía a pino silvestre. Decidió usarla por ese día hasta decidir qué hacer. A punto de extraer de su mochila el GPS que le había dado Zlatan Tarkovich, se decidió por el mapa Michelin de Sarajevo que le había regalado Al-Saud. Buscó la calle del Klub Bubamara en el barrio de Skenderija, definió el recorrido y arrancó el vehículo.

Tardó veinte minutos en llegar, más a causa del tráfico que de la distancia, pues Skenderija no se hallaba lejos del centro de la ciudad. Estacionó a una cuadra del gimnasio y caminó estudiando los alrededores, un barrio residencial con edificios bajos y calles arboladas. Desde la vereda de enfrente avistó el cartel del Bubamara con la vaquita de San Antonio. Cruzó, ansiosa por comprobar si Lazar Kovać estaba dentro. La acción que estaba emprendiendo le parecía la más concreta desde que había decidido continuar con la investigación de Raemmers.

Junto al gimnasio, detrás de un alambre tejido, se abría un campo de juego al aire libre. Con la caída del sol, habían encendido los reflectores. Se aproximó al alambre y avistó una treintena de niños de entre cinco y ocho años pateando por turnos al arco.

De los adultos que los entrenaban, ninguno semejaba al hombre de la fotografía; de hecho, ninguno tenía barba. Se estremeció al cavilar que, quizás, estaba frente a una mafia de reclutamiento de niños para el tráfico sexual.

Entró en el gimnasio, uno más bien modesto, sin grandes máquinas ni aparatos, pero con bastantes clientes, todos hombres. En medio, se destacaba un cuadrilátero de boxeo. Se dirigió a la recepción, un escritorio de fórmica apostado en una esquina. La muchacha sentada del otro lado se limaba las uñas y mascaba chicle. Le preguntó por la escuelita de fútbol, y la recepcionista, sin pronunciar palabra, le extendió un folleto.

—¿Podría hablar con los profesores? —pidió de buen modo.

—Están en el campo de deportes, aquí al lado —explicó, y apuntó con la lima hacia la derecha.

Se abstuvo de preguntar abiertamente por Kovać para evitar alertarlo; si se dedicaba al tráfico, debía de ser cauto como una serpiente. Se despidió y salió a la calle. Volvió a observar a los niños que entrenaban en el campo de deportes. Los veía inocentes y felices pateando la pelota, inconscientes del monstruo que tal vez los acechaba.

De nuevo en la camioneta, ubicó en el mapa la dirección de la escuela secundaria en el barrio de Marijin Dvor, pegado al de Skenderija, del otro lado del Miljacka. Llegó sin dificultad. Estaba cerrada. Se acercó para familiarizarse con el sitio. Un cartel deslucido anunciaba el nombre de la escuela, Treća Gimnazija. Ahuecó las manos en torno a los ojos para observar a través del vidrio de la puerta principal; el interior se sumía en el silencio y en la oscuridad.

De regreso, pasó por un supermercado, compró provisiones, pagó con marcos alemanes y prosiguió hacia el departamento deprimida y cansada.

* * *

Vuk abandonó la casa, y mi abuela corrió a mi lado. Se sentó en la cabecera y me cubrió con el cuerpo. Me besaba y me pedía perdón llorando; no sé por qué me pedía perdón. Al final, Leila volvió al dormitorio y anunció que tenía listo el baño. Yo no se lo había pedido; ella, simplemente, había intuido cuánto necesitaba limpiarme el asco que me cubría. Las dos me ayudaron a desplazarme y a desvestirme. Quedé desnuda frente a ellas y no tuve vergüenza. Fue un suplicio alzar las piernas para entrar dentro de la bañera. El contacto del agua tibia con mis partes íntimas me provocó un escozor que me erizó hasta el cuero cabelludo.

Pegué las rodillas al pecho y escondí la cara. Cerraba los ojos, y las imágenes me asaltaban como sopapos. Apretaba los párpados y me mordía los labios para borrarlas, en vano. Temblaba. No sabía quién, si mi abuela o Leila, me pasaban la

esponja por la espalda y por los brazos. Me concentré en esa caricia tan confortante como ajenas y profanadoras habían sido las manos de Vuk.

Reuní coraje y alcé la vista. Leila me observaba desde el inodoro, al que le había bajado la tapa para usar de asiento. La abuela Kata se había ubicado sobre una toalla en el piso y era la que me lavaba. Me golpeó la tristeza de sus ojos negros.

«Abuela», sollocé. «Abusó de mí». «Lo sé», dijo, y la serenidad de su voz me infundió una extraña combinación de fuerza y paz. «Lo único que importa ahora, adorada Maša, es que estás viva y que estás con nosotras». Sobrevino un silencio en el que me relajé y me dejé lavar por las manos de esa mujer a la que amaba profundamente. Mientras me secaba, la abuela Kata detuvo las pasadas y me miró a los ojos para expresar: «Esto que te ha sucedido es una desgracia, no voy a negarlo. Sentirse vulnerable en las garras de un ser despreciable es, sin duda, aterrador. Pero quiero que me prometas que esto no definirá tu vida ni tu forma de ser. Te arrebató la virginidad, ejerció violencia sobre tu cuerpo y se impuso por la fuerza, pero no le permitas que te robe el alma, y cuando hablo del alma me refiero a la chispa mágica que nos convierte en las criaturas conscientes y sabias que somos. Él no tiene acceso a esa parte de ti, Maša, ni nunca la tendrá porque esa parte es solo tuya y se la darás algún día a quien se gane tu corazón. No le permitas a esa bestia que robe tu chispa mágica ni que te quiebre ni que te convierta en un ser triste. Él no tiene tanto poder. Prométemelo». «Él tiene poder, abuela», sollocé. «Sí, tiene poder temporal, pero él sabe mejor que nadie que con su poder no podrá alcanzar tu esencia. Intentará hacerlo porque está obsesionado contigo. Es lo que más desea, apoderarse de tu luz mágica, porque como todo ser de las tinieblas ansía alimentarse de la luz de un ser estupendo como tú. Eso le concedo, que haya sabido ver el ser estupendo que eres, pero como él está perdido en la oscuridad, no sabe aproximarse sino a través de la violencia y de la tiranía. No le temas. En el fondo, él está destrozado a causa de la falta de amor y de piedad. Debes tenerle lástima, no miedo». Nos miramos fijamente. Mi abuela me envolvió el rostro con las manos y me sonrió. «Prométemelo, amada Maša. Prométeme que ese monstruo no te convertirá en un ser oscuro como él». «Te lo prometo, abuela».

Tomé el comprimido que me dio luego de un té y galletas marineras, lo único que teníamos. Debió de ser un somnífero pues caí en un sueño sin sueños, negro y estático. Me desperté ligeramente mareada. Al abrir los ojos, lo primero que hice fue tener miedo, miedo de él, de que regresase, y claro que regresaría. Leila me ayudó a vestirme y me peinó. Nuestras miradas se rozaban en el espejo, y me agradó que la de ella no mostrase compasión ni lástima; me habría sentido sucia e inferior.

Ese día nos aguardaban tres sorpresas. A eso de las nueve de la mañana, uno de los soldados de Vuk se presentó con una caja llena de víveres y una nota. «Maša», rezaba, «debo ausentarme de Rogatica. Mientras yo no esté, tu abuela, tu hermana y tú tienen prohibido salir del departamento. Lo que necesiten se lo pedirán al hombre que estará de guardia delante de la puerta. Aquí te mando una caja con provisiones,

la que se suponía que recibirías durante este tiempo. Hagan buen uso. Vuk». La abuela Kata aseguraba que ese hombre no tenía poder, pero qué bien lo disimulaba. Se erigía como un coloso de Rodas frente a la nada que éramos, tres mujeres indefensas. «Yo soy Dios», había repetido durante mi corto cautiverio. No lo era, pero cuánto se le parecía.

Después de vaciar la caja con provisiones en la que encontramos hasta manteca, oímos un alboroto en la puerta, gritos del guardia y ladridos de perro, los que reconocimos de inmediato; eran de Luks. Abrimos, y nuestro pastor alemán aprovechó la distracción del soldado para escabullirse dentro. Mi abuela cerró la puerta antes de que el muchacho de uniforme se quejase, y ahí fue cuando me sorprendí por partida doble: el guardia era Kosta, el encargado del supermercado, y tenía llave. Irrumpió dentro con una cachiporra en la mano. Las tres creamos una barrera en el corredor. Luks ladraba como loco detrás de nosotras e intentaba abrirse camino para atacar al que estaba violando su territorio. «¡Vete, Kosta!», le ordenó mi abuela. «Este perro es nuestro. ¡Vete!». Al final, el chico farfulló una disculpa y regresó a su puesto de guardia en el vestíbulo.

«¿Cómo es que tiene nuestra llave?», pregunté. «Ayer vino un soldado y nos la pidió», explicó mi abuela, en tanto Leila, de rodillas, hacía arrumacos a un Luks fuera de sí. «Se las llevó y las devolvió al rato. Es evidente que fue a hacer una copia. O varias», agregó. «¿Cómo habrá hecho Luks para regresar?», se preguntó Leila entre lengüetazo y lengüetazo. «Yo, en cambio», expresó la abuela Kata, «me pregunto por la suerte del pobre Zoran. No vaticino nada bueno».

La tristeza que nos causó la presunción de que algo malo le había ocurrido al bueno de Zoran Gravić, el único serbobosnio dispuesto a ayudarnos, nos sumió en un mutismo deprimido. Mi abuela alzó el auricular del teléfono para llamarlo, pero la línea seguía muerta.

Por la tarde tuvimos la mayor de las sorpresas: recibimos carta de nuestra madre. Nos la entregó una enfermera de Manos que Curan que había trabajado unas semanas en el Hospital General Doctor Asim Čemerlić y que conocía a nuestra madre. Coralie Picard —así se llamaba— nos explicó que Eszter Huseinovic se había empleado para cocinar y limpiar en la casa que los médicos y las enfermeras de la famosa ONG ocupaban en la ciudad sitiada de Srebrenica. Coralie había comentado que su próximo destino sería Rogatica, y mi madre le había suplicado que nos llevase una carta. Kosta le permitió entrar a regañadientes una vez que la muchacha le presentó las credenciales. Aunque los serbios se movían con la actitud de quien se ha convertido en el dueño del mundo, se comportaban con cierta prudencia frente a los organismos no gubernamentales; de lo contrario se arriesgaban a que los denunciasen por crímenes de guerra.

La mujer, que pese a ser francesa hablaba un fluido inglés, nos pintó un panorama, más que desalentador, catastrófico, peor del que habíamos imaginado. Si bien Naser Orić y sus milicias, de las cuales nuestro padre y Sanny formaban parte,

habían reconquistado la ciudad, los serbios la tenían sitiada del mismo modo que a Sarajevo, y desde los montes Kvarac y Javor disparaban sus proyectiles con morteros y obuses; ya habían liquidado a cientos, para lo cual no precisaban demasiada puntería pues, estando la ciudad abarrotada a causa de los refugiados, donde fuese que cayera el misil, de seguro golpeaba a varios. La comida prácticamente no existía, y vivían de los palés que los aviones de las Naciones Unidas les lanzaban con paracaídas. Acceder con ayuda humanitaria por tierra era imposible pues los serbios controlaban las rutas y los ingresos de la ciudad. Por supuesto, los palés no bastaban para cubrir las necesidades de una población quintuplicada, y Coralie nos reveló que entre los más vulnerables —ancianos y niños— ya se contaban muertos por inanición.

«Lo que está sucediendo en Srebrenica», declaró la enfermera en susurros, «es un genocidio. Pero nadie lo ve. O mejor dicho, lo ven pues es demasiado obvio, pero eligen dar vuelta la cara». «Aquí también está teniendo lugar un genocidio», expresó la abuela Kata. «Por favor, usted y sus compañeros de Manos que Curan tienen que ir a la escuela secundaria de Rogatica, la única del pueblo, la Veljko Vlahović», y sabiendo lo difícil que es para los extranjeros comprender nuestra fonética, se lo escribió, y agregó el nombre de la calle.

Coralie se marchó, y tras ella dejó una tristeza atónita. En mi mente se repetía la misma e incansable pregunta: «¿Por qué? ¿Por qué?». Si habíamos vivido tantos años en paz, ¿qué había sucedido para que los serbios se volvieran contra nosotros con tanta sevicia? Y si insistía con la pregunta era porque no aceptaba las respuestas que me ofrecían desde el inicio de esa macabra insensatez.

Solo la perspectiva de la lectura de la carta de nuestra madre nos devolvió la esperanza. Jamás imaginé que ver de nuevo su caligrafía me emocionaría hasta las lágrimas. Enseguida pensé: «¿Qué diría mamá si supiese que he sido violada, ella, que con tanto esmero nos cuidó para que nadie creyese que Leila y yo éramos chicas fáciles?».

Leila leyó en voz alta. «Srebrenica, 28 de julio de 1992». Era viernes 31; al menos, tres días atrás mi madre estaba con vida.

»Querida mamá. Adoradas hijas. Espero que esta carta llegue a sus manos porque sé que están preocupadas por nosotros y quiero que sepan que estamos bien; los tres gozamos de buena salud. De todos modos, la situación en el pueblo es dramática y no sé cuánto tiempo pasará antes de que caigamos de nuevo en manos de los četniks. Lo más grave es la falta de comida y de agua potable. Cada día llega más gente que huye de ciudades ocupadas. Entran subrepticamente de noche, pero su padre y yo creemos que los četniks hacen la vista gorda y les permiten ingresar como una estrategia para concentrarnos a todos aquí de modo que la tarea de matarnos sea más fácil. Una especie de prisión a cielo abierto.

»Pensamos en ustedes cada minuto del día. Las noticias que llegan de Rogatica no son buenas. Dicen que la ciudad cayó en manos de los četniks, como casi todo el

Podrinje, y nos angustiamos pensando en la suerte que han corrido. Trato de imaginarlas bien a las tres, juntas y con salud; de otro modo, enloquecería.

»Por supuesto, cerramos el U Partizanski. Tuve la suerte, gracias a que sé hablar en inglés, de que me contratasen para limpiar y cocinar en la casa de los médicos de Manos que Curan, una ONG que está ayudando mucho en el hospital. Pero ellos tampoco pueden hacer magia. Cuando los četniks les permiten ingresar en Srebrenica, les quitan los medicamentos y las provisiones, que significan la diferencia entre la vida y la muerte para muchos de los heridos, pues no solo nos matan de hambre o con agua envenenada, sino con misiles y balas. Hay también accidentes con minas antipersona, por lo que cruzar el límite de la ciudad no solo es peligroso debido a la presencia del ejército serbio sino por esas malditas bombas enterradas. Pero tenemos que hacerlo porque en ocasiones los palés caen fuera del perímetro.

»El ejército norteamericano lanza con paracaídas palés con comida “Ready to eat”. Lamentablemente, algunos, en el corazón de la noche, han muerto aplastados por los palés. También mueren peleando por apoderarse de su contenido. Del envío no queda nada. Del palé mismo usamos la madera para encender el fuego y cocinar, al igual que el plástico con el que envuelven las provisiones, pese al humo nauseabundo y tóxico que suelta. La tela de avión de los paracaídas la aprovechamos para confeccionar camisas y pantalones. Entre los víveres nos llegan cosas raras, como un líquido rojo extremadamente picante llamado Tabasco, el cual nos sirve para salar y dar gusto a la comida. Nos mandan grageas de chocolate de todos colores llamadas M&M con las que azucaramos el café. El pan como lo conocemos no existe; preparamos un paupérrimo sustituto, duro y con dejo amargo, hecho de mazorca, amentos de avellano, brotes de haya y aserrín. Pero no importa lo que comamos; por muy feo que esto sea, lo más feo de todo sigue siendo que sus sillas están vacías.

»Me pregunto cómo haremos para pasar el invierno. Naser ha prometido que la ONU enviará tropas para protegernos, que pronto recibiremos combustible y comida, pero por ahora nada se ha cumplido. Con su padre creemos que el presidente Izetbegović explota y publicita la situación desesperada de nuestra ciudad para provocar la lástima de la comunidad internacional y, por ende, obtener ayuda. Pero él no mueve un dedo por aliviar el sufrimiento de su pueblo. Todos los políticos son iguales, mentirosos y delincuentes.

»Madre, hijas mías, ya me despido; tengo que ir a trabajar a lo de Manos Que Curan y entregar esta carta a Coralie. Cuídense, se los suplico. Las pensamos con inmenso amor cada momento del día, su padre, Sanny y yo. Las amamos, hijitas adoradas. Tengo fe en que pronto volveremos a vernos. Su madre».

Leila acabó la lectura entre hipos y espasmos. Yo lloraba desde hacía rato, por lo que volví a leer la carta más tarde, una vez que me hube calmado. La abuela se

encerró en su dormitorio y no salió en un buen rato. Con Leila nos turnábamos para espiarla; temíamos por su salud.

Me puse a escribir una contestación en la esperanza de que Coralie pudiera llevársela; había prometido visitarnos de nuevo. Nos había dicho que tal vez regresase a Srebrenica o a Bratunac.

Esa noche, mientras engullíamos un manjar de huevos revueltos con un queso Vlašić exquisito, detuve el tenedor a mitad de camino y me quedé mirando la comida en el plato. «Come, Maša», me instó la abuela Kata, «que los huevos revueltos una vez fríos son intragables». La miré con expresión desolada, y ella me contempló con las cejas muy juntas. «Abuela, aceptar esta caja, ¿no es como recibir un pago por... por... lo que me hizo?». «¿Como si fueses una prostituta?», expresó Katarina Duncan sin pelos en la lengua, y yo asentí. «¿Te sientes una prostituta, Maša?». Susurré que no. «Entonces, come, tesoro, y no sientas culpa. Tenemos que mantenernos fuertes para atravesar lo que sea que el destino nos tiene preparado, y no lo lograremos pasando hambre. Si se quiere salir incólume de la guerra hay que transitarla con honor, pero también con ingenio y astucia». «Me gustaría poder enviar la mitad de todo esto a papá y a mamá», expresé al vicio. «Come», volvió a apremiarme la abuela Kata, «y no sientas culpa».

Pasamos dos días encerradas en el departamento durante los cuales nos entretuvimos con juegos de mesa, tejidos, costuras y fabricación de jabón de acuerdo con la receta que mi abuela conservaba de los tiempos de la Segunda Guerra Mundial. Habríamos podido pedirle al guardia que nos consiguiese una pastilla, aunque fuese de Marsella, pero una cosa era aceptar la caja y otra, andar pidiendo. Necesitábamos grasa y un álcali; para el primer ingrediente usamos la del tocino y la del corte vacuno que habían venido con las provisiones; para el álcali, quemamos la madera de una caja donde mi abuelo guardaba clavos, tornillos y tuercas, y utilizamos las cenizas. Nos entretuvimos con estos menesteres, y me daba cuenta de que mi abuela y Leila se las ingeniaban para mantenerme distraída, y yo compensaba sus esfuerzos con sonrisas pese a que por dentro me hallaba perdida en un páramo de tristeza y dolor, vergüenza y deseos de venganza. Mi cuerpo iba sanando; la hinchazón de la cara menguaba y las heridas en la entrepierna molestaban menos; sin embargo, y en contra de lo que la abuela Kata me había hecho prometer, me temía que mi luz interior estaba parpadeando con riesgo de extinguirse.

La mañana del tercer día, desayunábamos en la cocina cuando se armó una discusión frente a la puerta de nuestro departamento. Aferré por el collar a Luks, que ladraba como un desquiciado, y abrimos. Kosta, que cubría el turno de la mañana, discutía con un retén de cinco soldados. El que claramente llevaba la voz cantante lo increpaba y le ordenaba que se hiciese a un lado. «El comandante Vuk», alegaba Kosta, y le cruzaba el AK-47, «ordenó que nadie entrase ni saliese de esta casa. No les permitiré pasar». «El comandante Vuk», lo imitó el jefe del retén, «se ha

marchado a Belgrado para no volver». Esa noticia me alteró sobremanera, y no sabía si saltar de alegría o echarme a llorar; él, después de todo, había prometido protegernos, y yo habría hecho cualquier cosa por mantener con vida a mi abuela y a mi hermana.

«¡Hazte a un lado!», insistió el hombre de unos cuarenta años y con un uniforme distinto del de los Guerreros del Lobo; estos eran los Tigres de Arkan. «Tu jefe ya está acabado. Se creyó que podría quedarse con el valle del Drina. ¡Pues se equivocó! ¡Es Arkan el jefe de todo ahora!». Le dio un empujón sorpresivo y Kosta perdió el equilibrio y cayó a nuestros pies. En la confusión, avisté a Branka en el rellano de la escalera en una actitud furtiva que hablaba por sí sola: ella nos había entregado a los enemigos de Vuk. La pregunta que siguió confirmó mis sospechas.

«¿Cuál es la puta del comandante Vuk?», quiso saber el jefe del retén. Yo caminé hacia atrás, tirando de Luks que mostraba los dientes a los invasores con los pelos del lomo como púas. «¿Qué significa este atropello?», se plantó la abuela Kata delante de los hombres, en medio del corredor de la entrada. «Somos personas decentes y serbias». «No es lo que nos han referido, señora», la contradijo el jefe, y se quitó la boina en un acto de fingido respeto. «Usted es serbia, pero sus nietas son balijas. Tendrán que acompañarnos, las tres», ordenó. «¡No iremos a ninguna parte!», porfió mi abuela.

Sin mediar advertencia, el soldado sacó una pistola y mató a Luks con un tiro en la cabeza. Entre gritos y llanto, nos arrojamos junto al cuerpo sin vida de nuestro adorado pastor alemán. «Me molestaban los ladridos», adujo el soldado, y a continuación ordenó a sus hombres: «Sáquenlas de aquí». Mi abuela abrazaba el cuerpo inerte del perro y lloraba. Nos sacaron a la rastra, y de nuevo alcancé a vislumbrar la sombra cautelosa de Branka Torlak. Los deseos de arrancarle los ojos y la nariz a dentelladas me dotaron de la fuerza para presentar resistencia, y me sacudí y repartí cachetazos y puntapiés hasta que dos de los paramilitares me sujetaron de las extremidades y me doblegaron. Así me bajaron por las escaleras; Leila y la abuela caminaban por detrás con los gestos desencajados por la pena y con actitud vencida.

Llegamos a la planta baja, y los soldados me depositaron en el piso; uno me colocó el borceguí sobre el pecho para mantenerme reducida. El jefe extrajo un papel del interior de su chaqueta y, de un sacudón, lo desplegó frente a mi abuela. «Debe firmar esto», le indicó. «Yo no firmo nada», se empacó la abuela Kata. «Debe firmar», insistió el paramilitar. «Todos los balijos lo han firmado». «Yo soy serbia», rebatió. «Pero mantuvo ocultas a dos turcas en su casa. Es una serbia traidora, lo cual es casi peor que ser balije». «¡Yo no he traicionado a nadie! ¡Son ustedes los que han traicionado a la humanidad y a ustedes mismos convirtiéndose en brutos ignorantes y sin virtud!», se enfureció Katarina Duncan. «Debe firmar», repitió el soldado, y me di cuenta de que perdía la paciencia. «Con este documento», le informó, «usted cede la propiedad de su inmueble a la República Serbia de Bosnia,

que desde ahora hará con él lo que juzgue conveniente». Nos quedamos heladas. ¿Esa bestia estaba comunicándole a mi abuela que le confiscaría el hogar donde había pasado los últimos cincuenta años?

«¡Jamás firmaré documento semejante! Mi esposo y yo compramos este departamento con el fruto de nuestro trabajo. ¡Jamás! ¿Me oye bien? ¡Jamás firmaré!». El hombre hizo un gesto con las cejas que me aterró no porque hubiese manifestado enojo sino desapego. Con horror y el peso del borceguí que me mantenía quieta, lo vi extraer la pistola y hacer lo mismo que con Luks, pegarle un tiro en la frente a mi amada abuela, que se desmoronó sin vida en el suelo de granito.

Nunca supe qué sucedió; un instante me hallaba con el borceguí del soldado en el pecho y al siguiente el soldado yacía de traste y yo, sobre el cuerpo de uno de los seres que más había amado, que aún amo. La sacudía y le suplicaba que me respondiese, que despertase, que no nos abandonase. Advertí otras manos que tocaban el rostro ceniciento de Katarina Duncan; las de Leila. Alcé el rostro y la vi de rodillas junto a mí, y por más que Leila movía los labios y lloraba, no oía su voz ni su llanto.

Nos arrancaron de nuestra abuela y, aunque luchamos, acabamos en la parte trasera de un utilitario envueltas por un aroma punzante a goma quemada, gasoil y aceite para motor. Nos abrazamos y nos hicimos tan pequeñas como nos fue posible. Lloramos lo que duró el corto viaje. Ahora me doy cuenta de que sí, llorábamos, pero aún no habíamos comprendido la tragedia de la cual éramos parte.

Nos llevaron a la escuela secundaria Veljko Vlahović y nos arrojaron a una de las cinco aulas malolientes que empleaban para las prisioneras musulmanas. Ciegas de dolor y todavía dominadas por el shock, nos arrinconamos en una esquina y nos abrazamos para darnos fuerza. ¿Qué sería de nosotras sin la abuela Kata? Mi llanto se profundizó al imaginarla sola, tirada en la recepción del edificio, rodeada de su propia sangre, enfriándose, sin que nadie le rindiese el homenaje debido a esa heroína que había luchado contra la tiranía de Hitler.

¿Cuánto tiempo pasamos Leila y yo aferradas en esa esquina, llorando a la abuela Kata en el hombro de la otra? No lo sé; diez minutos o cinco horas, la verdad es que no lo sé. Hasta que unas manos suaves nos separaron y nos ofrecieron un vaso con agua. Levanté la cabeza que parecía de plomo y, pese a que veía como tras un velo, reconocí a Suada. «Asesinó a mi abuela», farfullé, como si la mujer pudiese comprender. Suada asintió con el gesto de quien lo ha visto todo, y su serenidad me calmó. «Ahora tendrán que ser fuertes», nos exhortó. «Así lo habría deseado su abuela, que en paz descanse».

* * *

El lunes 18 de diciembre se despertó a las seis de la mañana después de pocas horas de sueño. La dominaba un abatimiento contra el cual luchó para levantarse de la cama. Seguía deprimida. El fin de semana lo había pasado merodeando el gimnasio sin ningún resultado. La idea de regresar a Londres habiendo sido incapaz de desentrañar el misterio que le había dejado Raemmers le resultaba intolerable. Se hallaba en un punto muerto en la investigación por el secuestro de Yura Christiansen y de Miki. En lo del tráfico humano, si no encontraba a Lazar Kovać, acabaría igual.

A las siete y media estacionó la Nissan frente a la escuela secundaria en Marijin Dvor. Estaba oscuro todavía, y le costaba individualizar a su objetivo en la multitud de adolescentes. Se quedó tres cuartos de hora más tras el ingreso del último alumno, pero nada sucedió. Puso primera de mal humor y se dirigió al gimnasio. Abrían a las nueve, y cuando entró diez minutos después de la apertura se encontró con que había mucho movimiento. Tomó un periódico del escritorio de la recepcionista, a la cual no veía por ninguna parte, y se ubicó en la mesa más alejada de un pequeño bar que en su primera visita no había notado.

El camarero le sirvió un café y dos *tulumbas*, típicas masas fritas de la cocina bosnia ovoides, acanaladas y bañadas en almíbar. Tomó una y le estudió el dorado parejo y brillante, mientras recordaba las que preparaba su madre, por las que la gente viajaba kilómetros. Le dio un mordisco con los ojos cerrados. El almíbar le inundó la boca y le causó un gran placer. Ese simple hecho, el de volver a disfrutar de un dulce, le mejoró el humor. Después de dar cuenta de las dos *tulumbas* y del café aromático y espeso, se sintió dispuesta a enfrentar la jornada.

Las máquinas estaban todas ocupadas, ninguna por alguien remotamente parecido a Lazar Kovać. En el *ring* seguían conteniendo los dos hombres que ella había visto al entrar. Aunque se protegían con cascos de boxeo muy cerrados, se notaba que el más alto era más joven; de igual modo, el otro peleaba con gran destreza y agilidad. Se quedó mirándolos, olvidada de su cometido, cautivada por la técnica que tan bien aplicaban. El boxeo no era su fuerte, pero había apasionado al abuelo Liam. Sonrió al recordarlo frente al televisor, hechizado por las imágenes de una pelea, hasta que, de modo maquinal, abandonaba el sofá y se ponía a lanzar golpes a la nada con la vista fija en la pantalla; cada tanto vociferaba en su lengua madre una orden a su luchador favorito. Había sido motivo de risas y burlas en la familia la pasión de Liam Duncan por el pugilismo.

La pelea finalizó, y los contendientes chocaron los guantes en el típico saludo ritual. Se los quitaron mientras reían y comentaban. Hicieron otro tanto con los cascos de protección. La Diana no se esperaba que el más joven fuese Lazar Kovać. Se irguió en la silla al mismo tiempo que el corazón se le alzaba en el pecho. Lo había encontrado. La emoción no le impidió recordar que debía ocultarse hasta determinar si estaba frente a un amigo o al enemigo. Volvió a hundirse en las sombras de la esquina, y lo observó atentamente.

Confirmó lo que había deducido al estudiar la fotografía: era alto, alrededor del metro noventa. Aunque la remera y los pantalones le iban holgados, se notaba que poseía una constitución privilegiada. Vivía rodeada de hombres en excelente estado físico, y sabía cuando tenía uno enfrente. Carente de hipertrofia muscular, poseía una estructura delgada y flexible, de piernas largas y tórax amplio, bien desarrollado. La barba espesa le cubría el cuello y se le confundía con la remera negra. Se dio cuenta de algo que no habría podido notar en la fotografía: tenía el pelo larguísimo a juzgar por lo abultado del rodete ubicado, no en la nuca, no en la coronilla, sino en un punto intermedio. Los ojos de un color ámbar oscuro, como el del *brandy*, chispeaban cada vez que sonreía, una sonrisa franca, de boca grande y labios gruesísimos, de dientes sin falla, la sonrisa más hermosa que había visto; le causaba una conmoción cada vez que el hombre la desplegaba, lo cual ocurría cada pocos segundos. Se removió en la silla; sorbió un trago de agua.

Alzó la mirada y descubrió que Kovać se desplazaba hacia el lado del *ring* que enfrentaba al bar. El hombre recuperó la toalla colgada en las cuerdas y miró en dirección a ella. Aguzó la vista, y las cejas negras se le unieron en el entrecejo. La belleza del gesto le cortó el respiro, y quizá por eso, porque la belleza de un hombre estaba turbándola como jamás hombre alguno la había turbado, fue que atinó a hundirse más en las sombras, aun arrastró los pies que acabaron ocultos bajo la silla. Kovać se secaba el rostro y el cuello sin desviar la mirada de esa figura elusiva que estaba allí, sumida en la penumbra del bar, y que no conseguía distinguir.

—¡Ey, muchacho! —dijo su contrincante, y Lazar Kovać le dio la espalda para responder al llamado.

La Diana soltó unos marcos sobre la mesa y se escabulló hacia la zona de los vestuarios. Se encerró dentro de un cubículo en el baño de mujeres y salió cuando las pulsaciones tornaron a un ritmo apaciguado. Se miró en el espejo y se dio cuenta de que tenía las mejillas arrebatadas. Se mojó las manos con agua fría y las aplicó sobre el rostro. ¿Qué le había sucedido allí fuera? ¿De qué se había tratado eso? En lugar de concentrarse en su objetivo, se había visto devorada por su presencia; en lugar de ocultarse tras el periódico, lo había contemplado como si de una aparición se tratase. Nunca en sus veintinueve años había sufrido un desbarajuste semejante, ni siquiera con Sergei Markov. La experiencia la aterraba por lo ajena, pero sobre todo porque no la controlaba.

La mortificó admitir que existió un instante en que deseó que la viese. Piersanti Righi, quien le había enseñado las técnicas de seguimiento, se habría avergonzado de ella. Solo pocos minutos, y su objetivo ya la había descubierto. Bueno, no tanto como descubrirla, pero había notado su presencia e intentado individualizarla; había fracasado épicamente.

¿Por qué había deseado que la viese? La necesidad de que sus ojos se fijasen en ella había resultado abrumadora. La respuesta que asomaba la disgustó, o más bien la

aterró, e intentó borrarla. Un momento más tarde, se encontraba lista para regresar. Temía que él se hubiese marchado.

No, allí estaba, seguía en el *ring*, solo que ahora vestía un traje negro de karate y una decena de niños de no más de cinco años formaba frente a él. Se deslizó subrepticamente hasta la misma mesa y se atrincheró tras el periódico para escudriñarlo. Solo le bastó ver dos ejercicios para saber que estaba enseñándoles taekwondo, la disciplina favorita de Nanuk.

Fijó la atención en los niños, que seguían sus movimientos con torpeza pero con decisión. Ninguno apartaba la vista de él, y lo contemplaban con gestos atentos y embelesados. ¡Qué vulnerables eran esos pequeños! Si Lazar Kovać traficaba niños, qué fácil debía de resultarle. Se encontraba en una posición privilegiada. Ella conocía el vínculo que se generaba entre un maestro de artes marciales y su pupilo. La confianza y la entrega eran absolutas.

El camarero se aproximó y le preguntó si deseaba tomar algo más. Le sonreía y la contemplaba con insistencia, y La Diana se percató de que era un adolescente, no tendría más de dieciséis o diecisiete años.

—Otro café y un agua mineral —pidió.

Poco después, varios adultos comenzaron a rodear el cuadrilátero, en especial mujeres, de seguro los padres que venían a buscar a sus hijos. Kovać dio por terminada la clase, y los discípulos se inclinaron ante él. Sobre todo las madres, lo saludaron con calidez, incluso algunas con cierto descaro. Kovać, por su lado, acariciaba las cabezas de los niños y no prestaba atención a los avances de las mujeres. Les sonreía y los contemplaba con dulzura. Estaba frente a un actor de gran talento o a un buen hombre.

Aprovechó el tumulto para abandonar el gimnasio. No seguiría exponiéndose en el bar. El tiempo que hiciese falta, lo aguardaría fuera. Se apostó enfrente para vigilar la puerta principal, mientras se reprochaba no haber aceptado la ayuda de Righi; mientras ella estaba allí, él se habría ocupado de la parte trasera que daba a un callejón.

Vio pasar dos veces el mismo automóvil azul frente al gimnasio. Destacaba por tratarse de uno de alta gama, un BMW, difícil de hallar en la Sarajevo de la posguerra, que todavía mostraba las cicatrices en las fachadas de la mayoría de las propiedades como picaduras de viruela infligidas por los obuses y los morteros serbios. El BMW azul disminuía ostensiblemente la velocidad frente al gimnasio. Tenía los cristales polarizados, y resultaba imposible determinar quién o quiénes iban dentro. Memorizó la matrícula.

Lazar Kovać salió del gimnasio a las once. Se había duchado, y llevaba el cabello húmedo peinado hacia atrás y en un rodete. Vestía unos *jeans* desgastados, zapatillas que alguna vez habían sido blancas y se abrigaba con un sobretodo azul, el mismo de la fotografía. Le sentaba muy bien, y resultaba claro que no era la única que lo pensaba pues las mujeres se daban vuelta para mirarlo. Kovać avanzaba a largas

trancadas sin prestarles atención; no se trataba de un desprecio deliberado sino la consecuencia de un profundo ensimismamiento.

Una cuadra antes, La Diana se dio cuenta de que se aproximaban a la escuela secundaria. Aguardó a que Kovać ingresase en el edificio para confirmar que se trataba de la misma persona: el Lazar Kovać del Klub Bubamara era también el profesor del Treća Gimnazija. ¿De allí obtendría a las muchachas jóvenes? La incertidumbre se le estaba volviendo insoportable, aunque si era sincera, se le estaba haciendo intolerable considerar la posibilidad de que Kovać fuese un traficante. Quizá no un traficante, se corrigió; tal vez un engranaje del mecanismo, una pieza clave, la que servía para individualizar a la víctima, el entregador.

El hombre empujó las puertas vidriadas del Treća Gimnazija y desapareció de su vista. Se dispuso a esperarlo fuera, pero como hacía frío y había comenzado a caer aguanieve, se desplazó hasta un bar en la otra esquina. La posición era poco ventajosa pues estaba casi a una cuadra de la escuela. Al entrar, divisó una mesa junto a la gran vidriera desde donde se avistaba el ingreso, con el único inconveniente de que quedaba con la espalda expuesta. Cada tanto, se volvía, nerviosa, y estudiaba el entorno. El bar, casi vacío, lucía un decorado que hablaba a las claras de su vinculación con la música. Además de un escenario con micrófonos y parlantes voluminosos, había fotografías colgadas de artistas como los de su grupo favorito de la adolescencia, Zabranjeno Pušenje; también las había de músicos internacionales, como una de Bono y Pavarotti en el Estadio Koševo tomada en el 97 mientras cantaban la famosa *Miss Sarajevo*, a poco menos de dos años de terminada la guerra. Amaba esa canción, era un himno y se sabía de memoria la letra que hablaba de los bosnios, del sufrimiento, del horror de tanta insensatez. Que dos artistas de la talla de Bono y de Pavarotti la hubiesen compuesto para un pueblo tan insignificante como el de Bosnia y Herzegovina la enorgullecía.

Avistó de nuevo al BMW azul de momentos atrás. Avanzaba a poca velocidad. No cabía duda: estaba allí por Lazar Kovać. ¿Socios? ¿Estarían esperando que les señalase a la próxima víctima? El vehículo se detuvo frente a la entrada de la escuela. Cinco minutos más tarde, a la una y media exacta, se abrieron las dos hojas de la puerta principal, y una multitud adolescente salió en estampida. La Diana se puso de pie. Pese a la distancia, lo individualizó enseguida y de nuevo lo vio repartir esa sonrisa perfecta a diestro y siniestro, que se congeló al divisar el BMW. Se repuso enseguida y siguió caminando. Un grupo de alumnos, probablemente del último año, lo seguía, le hablaba al unísono; él les respondía, seguía sonriendo, y generaba un aura que aun a ella la alcanzaba y le aceleraba las pulsaciones.

El nutrido grupo cruzó la calle. Se encaminaba hacia el bar. Se puso nerviosa. Se acomodó en la mesa y desplegó un periódico que halló sobre una silla. El lugar se llenó de golpe de gente, de risas y de voces. Eran clientes habituales, resultaba claro por la confianza con que las tres mujeres tras la barra saludaron al profesor y a los alumnos. Kovać ocupó una mesa junto con dos chicos y una chica. Los demás, desde

sus ubicaciones, se dirigían a él en voz alta para hacerle preguntas o comentarios que arrancaban sonrisas y monosílabos al profesor estrella; era, sin duda, el centro de interés tanto de los alumnos como de las empleadas del local.

A La Diana la fastidió el coqueteo atrevido de la camarera cuando se acercó para recitarle el menú del día. No pudo escuchar qué pidió; lo supo al ver el plato humeante de *bosanski lonac*, un guiso apreciado en los meses fríos preparado con carne de vaca y de cordero, repollo, papas, tomates, zanahorias, perejil y granos de pimienta. Llamó a la camarera y le pidió lo mismo. Quería saborear lo que él comía con modos refinados aunque naturales y que desentonaban con la voracidad con la que engullían aun las muchachas.

El cocido no estaba sabroso; ella lo habría preparado mejor, ni qué decir Leila, experta en los distintos guisados balcánicos. Dejó la mitad; Kovać, en cambio, devolvió el cuenco vacío, lo que propició más comentarios risueños y meneos por parte de la camarera. Le siguió el postre, un budín de vainillas y pasas, que devoró con el típico café bosnio. «Es goloso», se dijo al estudiarle la mueca de placer en la que caía sin darse cuenta cada vez que se llevaba un trozo de budín a la boca.

Empezó uno de los alumnos y lo siguieron a coro los demás. Le pedían a Kovać que tocara. «¡Profe! ¡Profe!», lo incitaban, una y otra vez. La camarera coqueta se presentó con el estuche de un violonchelo y se lo plantó junto a la silla. Kovać se limpió la boca con elegancia y se puso de pie, y el lugar estalló en aplausos.

La energía resultaba poderosa e incontenible, y a La Diana se le erizó la piel. Una emoción inefable le trepaba por el pecho, por el cuello, por la boca, hasta alcanzarle los ojos y anegárselos en tanto él avanzaba hacia el estrado con aire aristocrático y humilde a un tiempo, y ella se preguntaba cómo lo lograba, qué clase de sabiduría lo guiaba para saber alzarse como un dios en medio de tanto ser inferior cuando en realidad con su sonrisa y sus gestos les comunicaba que se sentía parte de ellos, que ellos eran parte de él, que los amaba. En ella vibraba una mezcla de euforia, expectación y deseo. Sí, deseo de tocarlo al igual que hacían los alumnos en tanto Kovać sorteaba las mesas.

Lo vio extraer el violonchelo y acomodarse en la silla que la camarera había subido al pequeño escenario. Lo observó templar las cuerdas, el oído pegado al diapasón y los dedos en las clavijas. Para ella, la música se hallaba en una dimensión mágica a la que no accedía por completo sino como una simple mortal a la que se le permitía disfrutar de algunos destellos; para ella, la música componía un idioma complejo y divino que pocos comprendían; para entenderlo se precisaba un don que el cosmos entregaba a determinadas criaturas. Los músicos siempre le habían inspirado una gran admiración porque con su arte contaban con el poder de invadir el espíritu de los demás y apoderarse de él, y en esa tarde fría y gris en la capital de su amado y detestado país, frente a un hombre que podía ser demonio o santo, ella se daba cuenta de que le estaban robando el alma, el corazón y la paz.

Lazar Kovać rasgó los primeros acordes, y el bar estalló en gritos y bravos. La Diana no sabía a qué correspondían hasta que se dio cuenta: Kovać había comenzado a tocar *Miss Sarajevo*. La emoción se le alojó en el pecho, y el corazón le palpitó con fuerza. Tras las notas iniciales, llegó la voz de bajo de Kovać, tan distinta de la de Bono. Era profunda y oscura, potente. Le causó un impacto físico, un golpe en el plexo solar como el que le había provocado la onda expansiva de una granada que en una oportunidad había explotado demasiado cerca de ella.

De modo inconsciente, movía los labios siguiendo la letra hasta que los detuvo porque le temblaban. Y cuando llegó la parte de Pavarotti, los versos en italiano que Eliah Al-Saud le había traducido adquirieron una significación que la petrificaron.

*Dices que el río
encuentra el camino hacia el mar.
Y como el río
llegarás a mí
más allá de las fronteras y de las tierras sedientas.
Dices que como el río
el amor llegará.
El amor.
Y ya no sé rezar.
Y en el amor ya no sé si tener fe.
Y en aquel amor ya no sé si esperar.*

¿Ella, un río de amargura, dolor y miedo, había hallado la expansión del mar? Era cierto, no sabía rezar, la esperanza era una mentira, la fe la había perdido hacía tiempo. ¿Había llegado hasta allí, cruzando fronteras y tierras desoladas, para desembocar en un mar abierto y generoso? ¿Ella merecía ser amada después de todo? ¿Ella podía entregarse?

La canción acabó, y los aplausos y vivas no tenían fin. El auditorio comenzó a chistar pidiendo silencio al ver que Kovać se aprestaba a tocar otra canción. Eligió una más ligera y movida, *To the moon and back*, de Savage Garden, y tres jovencitas subieron al estrado y se pusieron a bailar. El profesor les sonreía y aceleraba las notas para demostrar su beneplácito. Un minuto después, todos las imitaban, aun las empleadas del bar; todos, a excepción de La Diana, que sacudía los pies y las piernas al ritmo de la música y apretaba las manos a los costados de la silla.

Un espacio se abrió entre los alumnos danzantes, y La Diana volvió a ver a Lazar Kovać, que agitaba el arco sobre las cuerdas y cantaba con esa voz grave que le recordaba a la de uno de sus cantantes favoritos, Brad Roberts, el vocalista de Crash Test Dummies.

Sucedió algo extraño: él giró la cabeza hacia la izquierda y la miró. No se trató de un ademán casual sino de uno deliberado, como si hubiese estado esperando que se

abriese esa hendidura para encontrarla con la mirada. Y ella no atinó siquiera a pensar que su cobertura había volado por el aire como la de una novata. Se la sostuvo no porque en esa instancia hubiese reunido valor sino porque no podía hacer otra cosa; la mirada la había desarmado con su dulzura, con la sonrisa que se adivinaba en el brillo de sus ojos caramelo, con la bondad que transmitían. Y no meditó en las consecuencias cuando se emocionó al soñar que cantaba para ella, que todo el tiempo había cantado para ella, que todo el tiempo había sabido que ella estaba allí.

La mirada del profesor Kovać se tornó insistente, y algunos alumnos echaron un vistazo en su dirección. De haber sido la nada, pasó a sentirse el todo. Había sido río y ahora era mar.

* * *

No hubo tercera canción. El profesor Kovać anunció que debían regresar a la escuela. Los alumnos bufaron y pusieron cara de disgusto. Formaron una fila al costado de la barra y, a medida que pagaban la cuenta, iban saliendo. Kovać guardaba el violonchelo en el estuche, y La Diana lo observaba abiertamente. Esperaba a que él se volviese hacia ella para ponerse de pie y abordarlo. ¿De qué valía no enfrentarlo si él ya sabía que estaba ahí?

Kovać, sin embargo, no volvió a mirarla y, después de pagar, siguió a sus alumnos. Inició un trote ligero para cruzar la calle, y La Diana hizo algo que nunca hacía: le admiró el cuerpo como una mujer admira a un hombre. Se quedó quieta en la silla, la vista perdida, el corazón aún desbocado. Y volvió a preguntarse: ¿de qué se había tratado todo eso? ¿Qué le había sucedido? Mejor dicho, ¿qué estaba sucediéndole? Porque habría sido de necios negarlo: algo se había alzado en ella, algo desconocido había despertado, algo estaba haciéndola sentir diferente. Recordó la mirada que él le destinó y pensó: «Me siento viva».

CAPÍTULO X

*Considerad vuestra simiente:
Hechos no fuisteis para vivir como brutos,
Sino para perseguir virtud y conocimiento.*

*Divina Comedia, Infierno, Canto XXVI, sentencia 18
de Dante Alighieri, poeta italiano
(1265-1321)*

Decidió esperar en el bar, allí, pegada a la vidriera, la vista fija en la salida del Treća Gimnazija. El aguanieve, poco a poco, adquiría espesor y se transformaba en copos que parecían plumas. Bebió chocolate caliente. Las mujeres le lanzaban vistazos desde la barra, y la camarera, la que le había coqueteado a Kovać, se mostraba abiertamente hostil. La Diana no les prestaba atención, concentrada como estaba en la vigilancia de la puerta de la escuela y atrapada en una pregunta sin respuesta: ¿Quién era Lazar Kovać? ¿Profesor de taekwondo? ¿De fútbol? ¿De música? ¿Traficante de personas?

A eso de las cuatro, las puertas de la escuela volvieron a abrirse y de nuevo los alumnos invadieron la vereda. Lazar Kovać salió casi al final en compañía de una mujer, tal vez una profesora; era rubia y parecía joven, aunque desde esa distancia no podía determinar si era atractiva. Hablaba ella, y sonreía, y gesticulaba; Kovać la oía y cada tanto pronunciaba pocas palabras.

Se despidió de la mujer y emprendió la marcha en dirección al bar, solo que por la vereda de enfrente. Dobló a la derecha en la primera esquina. La Diana depositó varios billetes sobre la mesa, se calzó la *ushanka* y los mitones y salió sin saludar. Caminó detrás de él por un bulevar amplio, prolijo y muy transitado, una de las arterias de la ciudad llamada Zmaja od Bosne, Dragón de Bosnia. Ella, digna hija de la Yugoslavia atea de Tito, jamás habría reparado en la ironía del nombre. En esa instancia, después de haber sepultado a la ingenua Mariyana y haber dado vida a la suspicaz Diana, se permitía creer que el cosmos le enviaba un mensaje. ¿Estaría frente a un dragón oculto tras una sonrisa espléndida?

En esa primera parte del bulevar solo había un amplio terreno circundado por un muro de piedra de poco más de un metro de alto coronado por un remate de ladrillos. En el centro del jardín cuidado y verde que poco a poco se cubría de blanco se erigía un templo ortodoxo de estilo románico. Según el mapa Michelin, era la Iglesia de la Santa Transfiguración. Se detuvo de golpe al ver que Kovać abría una cancela de

rejas e ingresaba en la propiedad. El hombre no enfiló hacia la entrada principal del templo sino que cruzó el jardín y se perdió por el costado.

Aguardó un minuto y entró en el predio. Siguió la huella de Kovać que acababa frente a un portal casi en el ábside de la iglesia. Probó el picaporte, pero estaba con llave. Regresó a la parte delantera y advirtió que un flujo de personas, en su mayoría ancianas con las cabezas cubiertas, ingresaba en la iglesia. Debía de ser la hora de la misa. Esperó allí, bajo el dintel de la entrada principal. La gente pasaba a su lado y le echaba vistazos poco amigables. Consultó el reloj. Faltaba un minuto para las cuatro y media. Advirtió que la fachada de piedra caliza estaba dañada por los proyectiles, aunque no tanto como el ícono con la imagen de Cristo en el frontispicio. No debía sorprenderse; después de todo, el bulevar Zmaja ob Bosne había sido el principal «pasaje del francotirador», como se denominaba durante la guerra a ciertas calles especialmente atacadas por los tiradores serbios.

Se apoyó en la columna del ingreso que le ofrecía un lugar ideal para esconderse cuando Kovać volviera a pasar. No podía evitar la curiosidad que le causaba el hecho de que hubiese entrado en una iglesia ortodoxa. ¿Sería amigo del pope? ¿Se trataría de un hombre religioso?

Las voces de un coro entonaron una melodía que la retrotrajo a la infancia, a la época en que ella y Fatima acompañaban a su abuela a misa, y se volvió para observar el interior de la iglesia donde comenzaba el servicio. Lo hizo en el momento en que Lazar Kovać ingresaba por una puerta lateral ataviado con los pomposos ropajes de sacerdote y la cabeza coronada por el gorro blanco cilíndrico cubierto por una tela larga, también blanca, que le caía sobre la espalda como el velo de una novia. Lo seguía un diácono vestido de manera similar aunque más simple.

Se quedó perpleja. El hecho de que fuese sacerdote de la Iglesia Ortodoxa no lo eximía de ser mafioso. Ella detestaba a los popes después de haber visto a varios bendecir a los *četniks* que se disponían a matar bosníacos. Era sabido que el patriarca Pavle de Belgrado había apoyado la limpieza étnica y al régimen de Milošević. Esos no tenían moral. La emoción que había experimentado en el gimnasio y que había alcanzado un ápice en el bar se derrumbó y dio paso a un aluvión de desengaño y rabia.

Caminó dentro de la iglesia y se ubicó en el último banco, vacío por completo. No apartó los ojos de él, de cada uno de sus movimientos, palabras y gestos, los pocos que podía distinguir pues se lo pasaba de espaldas a la feligresía. Una metamorfosis se había operado en Kovać, y no se refería al hecho de que se hubiese cubierto con esos ridículos y ostentosos paramentos sino a su actitud, a la energía que trasuntaba, al tono en el que hablaba. Reflexionó que era consecuencia de la solemnidad que exigía la ceremonia. Enseguida descartó la inferencia. Se trataba de la predisposición de él, y meditó que así como se había sentido a gusto entre los niños en el gimnasio y entre los adolescentes en el bar, en ese sitio se lo notaba incómodo. ¿O era lo que ella quería creer?

Kovać entonó una canción lenta y lúgubre, típica de las liturgias ortodoxas, y más allá de que su voz de bajo era excepcional, le faltaba la pasión con que había cantado en el bar. Después de un rato de observación, juzgó ridícula la escena, o más bien juzgó ridículo que un hombre sano, fuerte y magnífico se hallase atrapado en la severidad de ese rito y de esa religión plagada de dogmas y mandatos. Para ella, el arquetipo del pope lo constituía un viejo con cara de amargado, mal aliento, olor a cebolla y una barba larga, rala y blanca. Kovać, aun con la barba, tenía pinta de modelo de revista. ¿Qué temor escondería tras las túnicas doradas? ¿Sería genuina su vocación? ¿Estaría casado? A diferencia de los sacerdotes católicos, los ortodoxos podían tener esposa siempre y cuando hubiesen contraído nupcias antes de la ordenación. Si se consagraban siendo solteros, así debían permanecer, al menos eso le había dicho Fatima.

Kovać finalizó la misa al cabo de una hora y media y caminó hacia la salida con el diácono y la feligresía por detrás. Saludó a los devotos en el atrio. La Diana lo observaba desde su ubicación en el último banco mientras las señoras le sonreían y le entregaban bolsas, probablemente con comida, de las que se ocupaba el joven diácono. Le resultó extraño el despliegue pues no recordaba que el pope de Srebrenica hubiese abandonado el templo luego de la ceremonia.

Se despidió del último feligrés y regresó al interior. La Diana simuló rezar de rodillas. Alzó apenas las pestañas y vio pasar al diácono con las bolsas. Escuchó un roce de ropajes y se volvió hacia la derecha. Lazar Kovać estaba sentado junto a ella y le sonreía.

—¿Por qué está siguiéndome? —La Diana se quedó mirándolo—. Azem no se equivocaba. Es usted en verdad hermosa.

—¿Azem? —repitió como tonta.

—El joven que atiende el bar del gimnasio. Dice que la vio merodear todo el fin de semana. ¿Sabe? Lo ha impresionado con su belleza. ¿Él la manda? ¿Es este otro de sus trucos?

—¿Está preguntándome si me manda Azem?

—No, no Azem.

—¿Hay algún sitio donde podamos hablar en privado? —se impacientó La Diana.

Kovać la contempló con una seriedad que le resultó tan atractiva como su expresión alegre. Asintió y se puso de pie para cederle el paso por el estrecho resquicio entre los dos bancos. Se rozarían, y La Diana temía hacer el ridículo con uno de sus ataques de pánico. Se escabulló por el lado opuesto y se detuvo al llegar al pasillo central. Él, con la mano aún extendida para indicarle el camino, la observó con ojos aguzados antes de ponerse en marcha. Avanzaban hacia el altar, los largos bancos entre ellos lo mismo que la energía cargada de suspicacia. ¿A quién se había referido Kovać cuando hablaba de «él»? ¿Acaso de Raemmers? Palpó con disimulo la HP 35; tal vez la cosa no terminase bien.

Ingresaron en una pequeña sala en la que todavía se suspendía el aroma del incienso empleado en la misa. Kovać sin decir palabra le indicó un asiento. La Diana lo ocupó.

—Espere, por favor —indicó el sacerdote—. Enseguida regreso.

Miró por una ventana que daba al cuidado jardín y luego la hora en su Breitling Emergency. Las seis y treinta y cinco de la tarde. Afuera helaba y ya era noche cerrada. Diez minutos más tarde, Kovać reapareció vestido con una camisa celeste con cuello romano y alzacuello, *jeans* azules y mocasines a los cuales les hacía falta una lustrada; tal vez reemplazarlos por unos nuevos. Ocupó una silla frente a ella y la miró a los ojos antes de decir:

—Imagino que usted sabe quién soy. Ahora me gustaría saber quién es usted.

En esa instancia, menos aturdida por la sorpresa, La Diana captó el acento belgradense, y notó además que hablaba muy bien, con una gramática perfecta. Era un tipo culto y educado, algo que había concluido al verle los modales en la mesa; ahora lo confirmaba con su discurso.

—Me llamo... Inela —mintió, porque le vino a la mente la chica que había ganado el concurso Miss Sarajevo del 93, el que había inspirado la canción a Bono y a Pavarotti.

—¿Inela qué?

—Por ahora Inela.

—Muy bien —dijo, y extendió la mano a través del espacio que los separaba—. Encantado, Inela.

Observó la mano como si se tratase de una alimaña repugnante, pese a que le pareció hermosa, y se acordó de esos dedos largos, de uñas cortas y limpias que acariciaban las cuerdas del violonchelo. No obstante, fue incapaz de superar el pánico. Como le sucedía en situaciones como esa, se quedó con la mente hecha un caos, imposibilitada de hablar. Siempre había alguien que la rescataba de la circunstancia penosa —Nanuk, el general, Matilde, Eliah—; en ese momento estaba sola.

—¿Tanto le repugno que no quiere darme la mano?

—No es eso —farfulló, y se sintió como una adolescente enferma de timidez.

—¿Padece afenfosfobia?

Alzó la vista súbitamente y debió de haberle impreso una gran cuota de desesperación a su rostro pues el de él se relajó y perdió severidad y también algo de la desconfianza que le mantenía unidas las cejas.

—Es eso, ¿verdad?

Asintió.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó en un tono de voz sin fuerza.

—Soy psicólogo. Es una condición frecuente entre las bosníacas que pasaron por la guerra —explicó, y esa simple respuesta, dicha de aquel modo tranquilo, sin dramatismo ni alarmismo, la aquietó como una hora de meditación. Comenzaba a

sentir en su piel la magia de ese hombre, de la que había obtenido una degustación en el gimnasio y en el bar.

—¿Por qué está siguiéndome? —volvió a inquirir Kovać con menos rigor.

—Soy amiga del general Raemmers —dijo, dominada por la confianza que de pronto había nacido en ella.

A juzgar por la reacción de Kovać, el nombre significaba mucho para él. Lo vio retrepar en la silla y tomar una inspiración profunda.

—Teníamos una cita semanas atrás. No se presentó.

—El general murió el domingo 12 de noviembre.

Extrajo de la mochila dos recortes de periódico, uno de *The London Times* y otro de *The Guardian*. El hombre debía de saber inglés pues los leyó rápidamente sin pedir asistencia.

—¿Suicidio?

—Eso dicen.

—Pero usted no lo cree —afirmó Kovać, y La Diana guardó silencio—. Yo no lo creo —declaró—. El general no se habría suicidado, no con su esposa inválida y... — Se interrumpió.

«Pues bien, sabe de Charlotte», pensó La Diana y lo consideró un buen indicio. ¿O se trataría de un mafioso con buenas fuentes de información?

—Antes de morir, el general me pidió que, si algo le sucedía, me hiciese cargo de una investigación que estaba realizando.

—Usted no es Inela. Usted es Diana Huseinovic. El general me habló de Diana, la única en la que podía confiar, dijo. —Se puso de pie—. Espere aquí.

Regresó con una carpeta delgada. Aferró la silla por el respaldo y la colocó a su lado. La Diana se retrajo mientras él abría la carpeta y examinaba el contenido sin percatarse de su incomodidad. Eligió unas hojas y se las pasó.

—No confío en la electrónica, por esa razón imprimo cada *e-mail* que recibo o envío. Estos son los que intercambiamos con el general.

Lo primero que analizó fueron las direcciones, la de Lazar Kovać, muy previsible, tan solo su nombre y apellido, y la del general: ddDeeEfff456. Seguía el mismo patrón que la empleada para contactar a Carrie Stewart y tenía el mismo dominio, Yahoo.com. Leyó los mensajes; en el último concertaban una cita en un bar del centro de Sarajevo. De los textos se desprendía que se habían encontrado en otras ocasiones.

—Conocía al general —afirmó La Diana.

—Sí, nos vimos tres veces, aquí, en Sarajevo. Ahora comprendo por qué su rostro me resultaba familiar hoy en el bar. En nuestro último encuentro, en octubre, el general me mostró su fotografía. Ahora la reconozco. Usted es Diana Huseinovic — insistió.

—Sí, soy Diana.

—Habla perfectamente el bosnio.

—Soy bosnia.

—Sí, claro —dijo el sacerdote—, su apellido es bosnio.

La Diana enseguida formuló una pregunta para evitar profundizar en el tema de su nacionalidad.

—¿Cómo conoció al general?

—Teníamos un amigo en común. También ha muerto. Trabajaba para el IPTF.

—¿Richard Tomkins?

—Sí, él. Dicen que murió en un accidente. No lo creo, como no creo que el general se haya suicidado.

—¿Conocía a Carrie Stewart?

—De nombre. Trabajaba para Richard Tomkins.

—Muerta también. Semanas atrás.

Kovać bajó el rostro en señal de desánimo.

—¿Cómo? —quiso saber sin alzar la vista.

—Crimen pasional. Su novio la mató y luego se suicidó. El novio de Carrie también estaba involucrado en esta cuestión. Era ingeniero mecánico y trabajaba para la SFOR. Carrie aseguraba que había conseguido un video comprometedor, por lo cual lo del crimen pasional queda fuera de discusión.

—Sí, claro —masculló—. Y el video ¿qué contenía?

—Nunca pudimos verlo. Los mataron antes de que nos hiciésemos con él.

Volvió a mirarla directo a los ojos. La impresionaba el efecto que tenía la cercanía de Kovać sobre su cuerpo, no en un sentido negativo, aunque sí desconcertante. Su cuerpo, inerte y desapasionado, estaba respondiendo de una manera animal, y esa pérdida de control la inquietaba. Si bien un momento antes se había retraído en la silla, en ese instante se inclinaba sutilmente para olfatearlo. Ni siquiera con Markov había actuado de ese modo. Al principio, el soldado ruso le había inspirado indiferencia. Tiempo después, curiosa por el hecho de que hubiese pertenecido a la Spetsnaz GRU, una de las mejores unidades de élite del mundo, le había prestado atención.

—¿Y cómo llegó a conocer a Tomkins?

—Él mismo se puso en contacto con nosotros. Verá, apenas terminada la guerra, unas amigas y yo fundamos una ONG para luchar contra la pedofilia. Duga Sarajevo se llama. La llevamos adelante a pulmón, con nuestros dineros y escasas donaciones. El general donó una gran suma; Richard también. Cuando Richard nos contactó fue para pedirnos ayuda. Sabía de nuestro trabajo con niños abusados y nos preguntó si estábamos dispuestos a dar refugio y asistencia médica y psicológica a niñas convertidas en esclavas sexuales, pero también a mujeres. Según nos dijo en aquella oportunidad, no podía confiar en las autoridades locales. Así comenzamos a trabajar juntos. Richard me presentó al general, de quien era muy amigo, y el general me habló de su investigación. Y usted, Diana, ¿cómo conoció al general?

—Soy soldado de la OTAN. El general era mi superior.

Apareció un sacerdote viejo, el arquetipo que había evocado durante la misa, y puso mala cara al descubrirla tan próxima al sacerdote. Se dirigió a Kovać en una lengua inentendible y con acento duro. El más joven le respondió en el mismo idioma con paciencia y una sonrisa. El anciano se marchó, y Kovać se puso de pie. La Diana temió que la despidiese. En honor a la verdad, no quería separarse de él, no porque aún quedasen cuestiones por dilucidar sino porque... No sabía por qué. O mejor dicho, lo sabía, solo que no estaba dispuesta a aceptarlo porque contravenía los principios que la habían regido en los últimos años y dentro de los cuales se sentía a salvo.

—Venga, la invito a cenar. Seguiremos hablando en el bar.

El alivio que la inundó habría debido fastidiarla; cuestión que tuvo que luchar para ocultar la sonrisa. Kovać se abrigó con el sobretodo azul y se cubrió la cabeza con una gorra de lana negra, que se abultaba a la altura del rodete y en la que destacaba el escudo del equipo de fútbol belgradense Partizan. Abandonaron el templo por la puerta lateral, por la que él había ingresado unas dos horas antes. Avanzaron contra el aire gélido del jardín cubierto de nieve. Marchaban en silencio, La Diana muy consciente de esa presencia alta y delgada que caminaba junto a ella con la vista al suelo y la expresión reconcentrada. ¿En qué estaría pensando? ¿Se sentiría atraído por ella? En la iglesia había asegurado que la encontraba hermosa, y lo había dicho de un modo que no la había incomodado, como solía sucederle cuando otros hombres le declaraban su admiración. Se descorazonó al reflexionar que no la había incomodado porque la afirmación de Lazar Kovać no implicaba un arma de seducción; él había expresado lo que consideraba un hecho.

Más allá de esas disquisiciones, sin duda Kovać era peculiar por la simple razón de que estaba haciéndola sentir diferente a cuanto había experimentado en sus veintinueve años. ¿Qué cualidad lo distinguía para volverlo tan especial? ¿Se trataría de la condición de sacerdote, que lo volvía prohibido e inalcanzable, la que le permitía sentirse libre y a gusto con él? No, se contestó, y razonó que con Sanny, Elish o Takumi se sentía libre y a gusto. Con Lazar Kovać sentía completamente distinto, nada siquiera semejante a lo que le inspiraban su hermano, su mejor amigo o su *sensei*. Pero ¿qué? Atracción, acabó por aceptar, y lo vivió como una derrota. Atracción de la más simple y carnal índole. Ella, la diosa Diana, severa, cruel, vengativa, pero sobre todo casta, se rebeló ante la admisión.

¿Por qué los hombres espléndidos, simpáticos y dispuestos a cortejarla no le despertaban la más ínfima reacción, y ese hombre apenas conocido, para peor sacerdote, la atraía como ni siquiera Markov lo había hecho? ¿Qué misterio ocultaba tras la barba espesa y esos ojos dulces que la subyugaban y la compelían a dejar caer los escudos que con tanta meticulosidad había erigido en torno a ella? ¿Qué habría sucedido si él la hubiese tocado? Tembló ante la idea de que su contacto le provocase un ataque de pánico, y eso era inusual también, porque no estaba preocupándose por padecer el ataque sino porque temía ofenderlo, lastimarlo. Se lo había tomado

bastante bien cuando no aceptó darle la mano. Por primera vez se topaba con alguien que conocía su fobia y la trataba con naturalidad. «Soy psicólogo», le había explicado. ¿Cuántos oficios poseía ese hombre?

Hecha un lío de titubeos y preguntas, se sentó, a una indicación de Kovać, a la mesa que él había ocupado al mediodía.

—¿En qué idioma le habló ese sacerdote?

—En griego. El griego y el ruso son los idiomas oficiales de la Iglesia Ortodoxa.

—Espero no haberle causado problemas. El sacerdote no lucía muy contento.

—Para el pobre padre Boro lidiar con uno como yo no es fácil.

—¿Uno como usted? ¿A qué se refiere?

—No soy, digamos, un sacerdote ortodoxo convencional. Nunca visto el *ranson* ni me pongo el *kamelaukion* —dijo, y se tocó la cabeza—. Tengo tantas actividades fuera de la iglesia que me llevan a descuidar mis deberes. En este momento estoy cometiendo una grave falta a las reglas monacales al no estar cenando en el refectorio con mis hermanos. Estas cosas, para uno como el padre Boro, aferrado a la tradición, son intolerables. Amenaza todos los días con hablar con el patriarca Pavle para pedirle que me transfiera a alguna de las iglesias en la diáspora de los serbios.

—¿Qué haría? —preguntó La Diana—. Me refiero, ¿qué haría si le ordenasen abandonar Sarajevo?

—Abandonaría la Iglesia —manifestó.

—¡Laza! —La camarera eligió ese momento para interrumpir y, al emplear el diminutivo, marcó la estrecha relación que los unía—. ¡Qué alegría verte hoy de nuevo! —exclamó, mientras depositaba una canasta con *somun*, un pan chato con el que se comía el *ćevapi*, y un cuenco con *ajvar*, una pasta hecha con pimientos rojos, berenjenas y pimienta.

—Hola, Admira —la saludó, y a La Diana no le pasó inadvertido que se trataba de un nombre de la etnia musulmana—. Te presento a Diana.

Por fortuna, el desdén de la camarera la llevó a saludarla entre dientes, sin ofrecimiento de mano. De igual manera, le habría gustado ver cómo la ayudaba Kovać a salir del atolladero; aunque, siendo tan peculiar, lo más probable habría sido que se quedase mirándola para ver de qué modo lo resolvía ella. En esos pocos minutos comenzaba a vislumbrar que con él nada resultaba como lo esperado.

Ordenaron el plato de la noche, *ćevapi*, la comida típica por antonomasia de Sarajevo, y esperaron a que Admira se retirase para proseguir con la conversación. La Diana, sumamente interesada en la respuesta de Kovać, retomó el hilo e intentó no evidenciar su interés.

—Me decía que abandonaría la Iglesia si lo enviasen fuera de Sarajevo.

Lazar Kovać untó un pedazo de *somun* con *ajvar* y la sorprendió entregándoselo.

—Pruebe. Es bueno.

—Gracias. Es bueno, sí —ratificó, mientras anhelaba que continuase con el tema del fin de su sacerdocio.

Lo observaba descaradamente untar un segundo trozo de *somun*. No perdía detalle del movimiento de los dedos largos, tampoco de cómo fruncía apenas los labios de un grosor que las mujeres de seguro le envidiaban; con todo, su diseño era netamente masculino. Se fijó en las pestañas negras y espesas, que le descansaban sobre la piel blanca, y se dio cuenta de que tenían ese rizado natural que en gran parte era el responsable de la belleza de los ojos. Como la barba resultaba tan predominante, la nariz, pequeña y delgada, pasaba inadvertida. Se preguntó cómo sería el corte de la cara bajo el vello tan tupido, en el que se le habían quedado atrapadas unas migas del *somun* que él limpió con la servilleta empleando esos modos refinados.

—Abandonaría la Iglesia —repitió, y alzó la vista para mirarla a los ojos—. De hecho, desde hace años estoy viviendo una crisis de fe que me tiene al borde de dejar los hábitos.

—Lo siento —dijo, aunque no lo sentía ni un poco; al contrario, una euforia la invadía, y tras una breve reflexión se dio cuenta de que nacía no solo del hecho de que él dudase de su vocación sino de que, pese a que recién la conocía, le hubiese confesado una cuestión tan íntima. ¿Se trataría de un hombre de una franqueza brutal o también él estaría percibiendo esa extrañeza en su compañía, esa comodidad sin explicación, esa ligereza sin precedentes siendo que ella era una extraña?

—No lo lamente. Al principio lo viví como algo perturbador; ahora casi me resulta liberador. Entré a formar parte de la Iglesia como consecuencia de un juicio de valor equivocado. Pero la guerra... —Bajó la vista y la fijó en un pliegue de la servilleta de papel, al cual doblaba y desdoblaba—. La guerra nos cambió a todos.

La Diana guardó silencio; por un lado le habría gustado abordar el tema con alguien que le infundía confianza y paz; por el otro, se avergonzaba de la suerte que había corrido.

—La Iglesia Ortodoxa interpretó un papel detestable durante la guerra —manifestó Kovać luego de una pausa en la que La Diana vio cómo se le iba tensando la boca. Se echó hacia atrás cuando la asaltó un loco impulso: estirar la mano a través del espacio de la mesa y acariciársela.

—Cuando Arkan declaró que había contado con el apoyo político y económico de la Iglesia, esperé en vano que el patriarca Pavle lo negase —prosiguió—. Nunca lo hizo. —Alzó la vista para cambiar abruptamente de cuestión—. Así que usted es bosnia. ¿De dónde? Su acento parece del este.

El corazón de La Diana le saltó en el pecho. Por primera vez, agradeció la intervención de la camarera, que les traía las botellas de agua. Lazar Kovać vertió un poco en su vaso, y La Diana bebió para aligerar la garganta. Admirada se retiró. Sus miradas se encontraron, y el sacerdote le sonrió.

—Resulta difícil imaginarla soldado.

—¿Por qué? ¿Porque soy mujer?

—Sí —admitió, y rio por lo bajo—. Me creo un hombre con ideas de vanguardia, y a la primera oportunidad que tengo para demostrarlo fracaso.

—No sea tan duro con usted mismo. Han sido siglos y siglos de una cultura patriarcal. No será fácil vencer tanto prejuicio. Además, estoy probándolo en sus ideas de vanguardia con una situación extrema. ¡Una mujer soldado!

Lazar Kovać lanzó una risotada que atrajo la atención de las patronas y de los otros clientes.

—Quizá si fuese más fornida y no tan hermosa sería más fácil imaginarla como un militar.

Estaba poniéndose colorada; no le sucedía desde hacía años. Resultaba embarazoso, aunque tan vivificante. Sorbió otro trago de agua.

—Conque el general le encargó que se ocupase de la investigación. ¿Él le habló de mí?

—No. Había una fotografía suya entre las pocas cosas que me dejó.

—No sabía que el general tuviese una foto mía. ¿La tiene con usted?

La Diana la sacó de la mochila y la arrastró sobre el mantel. Kovać estiró el brazo para alcanzarla y le tocó los dedos. Los retiró enseguida y los ocultó bajo el mantel para sobárselos.

—Lo siento —expresó él con gesto afligido—. No fue mi intención.

—Está bien, no fue nada —lo tranquilizó porque en verdad no la había perturbado; su reacción se había debido más a la costumbre que a la repulsión. A decir verdad, estaba estupefacta porque no la había alterado; por el contrario, el roce, aunque fugaz, le había resultado agradable.

—¿Reconoce el momento en que se la tomaron?

—Sí, fue mientras lo esperaba para nuestro primer encuentro. Estaba en la puerta de un bar en el Bašćaršija aguardándolo. Y dice que estaba entre las cosas que el general le dejó —la instó a proseguir mientras estudiaba el reverso de la fotografía.

La Diana temió que no quisiese devolvérsela. Ella no tenía intención de separarse del retrato.

—Así es. Creo que si bien él sospechaba que su vida corría peligro, pensó que contaba con más tiempo. Me dejó poco material y desordenado. Le confieso que hasta hoy no podía saber si usted era parte de la red de tráfico o un colaborador del general.

—Y ahora ¿sabe quién soy? —se interesó, y le devolvió la fotografía.

La Diana la tomó, bajó las pestañas y sonrió.

—Sé que enseña taekwondo y que sabe boxear muy bien —lo oyó carcajear por lo bajo—. Sé también que da clase en el Treća Gimnazija, pero no sé de qué. ¿Música, tal vez?

—Filosofía.

—Filosofía —repitió—. Sé además que sus alumnos lo veneran y sospecho que no es solo porque toca muy bien el violonchelo sino porque los respeta y los trata

como a pares. —Se atrevió a mirarlo de nuevo—. Sé que tiene una de las mejores voces que he oído y que canta magníficamente.

—Es imposible crecer dentro de la Iglesia Ortodoxa sin saber cantar.

—Por último, sé que es un cura ortodoxo, y acabo de enterarme de que es un cura ortodoxo en medio de una crisis vocacional.

Kovać rio de nuevo, una risa franca y expansiva, y La Diana advirtió por el rabillo del ojo las caras sorprendidas de las camareras. ¿Tan extraño les resultaba verlo reír? Admirada se presentó con la cena y, mientras apoyaba los platos con *ćevapi* y la jarra con la crema ácida a la que llaman *kajmak*, alternaba vistazos malhumorados entre ella y el sacerdote. Sin prestarle atención, Kovać abrió una hogaza de *somun* y lo rellenoó con el *ćevapi*, los bastoncitos asados de carne molida, para comerlo a la manera de los sarajevitas. Lo bañó con la crema ácida y se lo depositó en el plato. La Diana esperó a que Kovać preparase el suyo, y se miraron y sonrieron con complicidad mientras daban el primer mordisco. La Diana dejó caer los párpados y saboreó la combinación del pan sin levadura, la acidez de la crema y el sabor de la carne especiada. Y de nuevo sintió alegría por el simple hecho de comer con ganas.

—Qué delicia —pensó en voz alta.

—Sí, una delicia —replicó Kovać con la vista fija en los labios de ella.

—Había perdido el gusto por la comida —admitió en un impulso.

—¿Por qué?

Se daba cuenta de que rodaba cuesta abajo y de que no contaba con la fuerza para detener la caída libre. Mostrar su alma destrozada la aterraba y sin embargo estaba resultando difícil no desnudarse frente a ese hombre.

—En realidad, había perdido el gusto por la vida.

—¿Por qué? —insistió él con la misma serenidad con que le habría preguntado por qué prefiere lo dulce a lo salado.

—La guerra —se atrevió a pronunciar.

—Ya. La guerra. Nos perturbó a todos, a algunos más que a otros, pero nadie salió ileso de semejante desatino. ¿De dónde es usted, Diana?

—Srebrenica —contestó, y lo estudió para apreciar una reacción que no tuvo lugar; él siguió masticando su *ćevapi* y mirándola a los ojos—. Pero estaba en Rogatica cuando empezó la guerra. Y ahí quedamos atrapadas, mi hermana Leila y yo.

—¿Fue muy duro?

—Tanto —alcanzó a pronunciar antes de que se le cortase la voz.

Kovać le sirvió agua, y La Diana sujetó el vaso con una mano temblorosa. Lo más increíble del intercambio era que no se avergonzaba de la muestra de debilidad. Comieron en silencio. Kovać tomó de nuevo la palabra.

—¿Qué sabe de la investigación que estaba realizando el general?

—Poco y nada. Llegué a Sarajevo con la esperanza de que usted, en caso de que fuese un colaborador del general, me pusiese al corriente. Como le comentaba, el general sabía que sus enemigos se aproximaban, pero creo que confiaba en poder vencerlos. Lamentablemente no me brindó información antes de morir, y lo que me dejó en herencia no es de gran ayuda. ¿De qué modo usted colaboraba en su investigación?

—La verdad es que desde la muerte de Richard Tomkins la cosa está muy frenada y los avances son nulos. Estábamos esperando que el general consiguiese nombrar a alguien de su confianza en el puesto de Tomkins, algo que parecía inminente, pero ahora que él ya no está ese cargo pasará a manos de algún inepto, o de un corrupto, en el peor de los casos.

—El general tenía previsto viajar a Sarajevo a principios de noviembre.

—Sí —confirmó Kovać—, para reunirse conmigo.

—¿Por qué? —Kovać se quedó mirándola—. ¿No confía en mí?

—No se trata de eso. Estoy preguntándome si es sensato que usted se meta en algo tan complejo y peligroso como esto. Ya se ha cobrado demasiadas vidas. Y tengo la impresión de que el general la dejó sola con este peso y sin las armas para pelear. Él contaba con la autoridad dentro de la OTAN para hacer saltar a los corruptos que están llenándose los bolsillos con este comercio infame. ¿Pero usted? Me ha dicho que es simplemente un soldado.

—Lo soy. Y mi interés no es *solo* descubrir quiénes dentro de la OTAN trafican o ayudan a traficar con seres humanos sino ayudar a las víctimas salvándolas de sus captores.

—¿Por qué?

—Porque le daría sentido a mi vida —respondió sin detenerse a meditar.

—Lo entiendo —dijo Kovać, y La Diana supo que no se trataba de una respuesta ofrecida porque sí, como una fórmula empleada para salvar el silencio; él *realmente* la entendía—. El general Raemmers y yo —retomó— habíamos quedado en encontrarnos el 8 de noviembre. Como le comentaba, con la muerte de Tomkins las investigaciones se habían estancado. No conocíamos al informante de Richard, el que le suministraba los datos que nos permitían hacer las redadas y rescatar a las víctimas. Pero el 6 de noviembre un hombre me abordó en el vestuario del gimnasio y me dijo que era el soplón del capitán Tomkins. Pedía dinero a cambio de seguir trabajando con nosotros.

—¿Tomkins le había hablado de usted?

—No me lo dijo. Cuando le pregunté cómo sabía de mí, se limitó a sonreír. No me fiaba del tipo. Igualmente, ese mismo día llamé al general y él me dijo que viajaría enseguida, que el 8 nos veríamos en el bar de costumbre, ese del Bašćaršija que le comentaba. El informante había prometido traer evidencia de que había sido el alcahuete de Tomkins. Pero yo quería que el general estuviese conmigo cuando lo entrevistásemos. No soy ducho en estas cosas. Raemmers me llamó el 7 para

avisarme que pospondría el viaje. Aseguró que nos veríamos el lunes 13 por la tarde. Acomodé la cita con el informante para ese día. Solo que el general no se presentó. Le envié varios mensajes, pero nunca respondió. No supe cuál había sido su suerte hasta hoy.

—¿Y el informante? ¿Se reunió con usted?

—Sí, pero como yo no tenía el dinero no soltó prenda. Sin embargo, a juzgar por las pruebas que me presentó ese día dice la verdad, él es quien le pasaba datos a Richard Tomkins. Pero nosotros no contamos con dinero, por lo tanto la cosa murió ahí.

—Habla de «nosotros». ¿A quién se refiere?

—A las amigas con las que fundé Duga Sarajevo.

—¿La ONG contra la pedofilia?

—Sí, solo que ahora nos hemos extendido también al tráfico de personas, en el que la pedofilia tiene un rol importante.

—¿Por qué fundaron una ONG para la lucha contra la pedofilia?

—Porque cuando era un niño fui abusado sexualmente por mi tutor durante cuatro años.

La Diana, que estaba por llevarse el vaso a la boca, lo devolvió a la mesa en un acto mecánico. Frente a ella se desplegó la imagen de un Lazar pequeño, hermoso y perfecto, a manos de un depredador pervertido, y no controló a tiempo la emoción; los ojos se le colmaron de lágrimas y los labios le temblaron.

—Lo siento —dijo en un susurro distorsionado—. Disculpe —murmuró, y se secó las lágrimas con la servilleta—. No quiero que piense que siento lástima. Yo detesto que sientan lástima de mí.

—No me molesta, al contrario. Y no es lástima, es compasión, y eso habla de que es una buena persona. ¿Sabe cuál es la etimología de la palabra compasión? —La Diana negó con una corta sacudida de cabeza—. Viene del griego y significa *sufrir juntos*. El otro, el que me ama, sufre conmigo a causa de mi dolor. Mi dolor es también su dolor. ¿Por qué detesta que sientan lástima de usted? —preguntó enseguida, sin pausar.

Le tomó unos segundos sincerarse consigo misma antes de responder:

—Porque me coloca en un lugar en el que se me juzga de distinta, la pobrecita que sufrió lo que nadie más sufrió. Me hace sentir fuera, marginada, especial en el peor de los sentidos. Me hace sentir sucia, marcada.

—Muy normal —expresó Kovać—, muy humano. Yo solía sentirme así todo el tiempo.

—¿De veras? ¿Cómo lo ha superado?

—Comprendí que el desecho no era yo, sino mi atacante. Yo era inocente, yo estaba limpio, yo era más bien un héroe por haber sobrevivido a una experiencia tan traumática. Dejé de culparme. El culpable es el que inflige daño por placer, no la víctima. También comprendí que la compasión de mis amigos habla del amor que

sienten por mí. Debo aceptarla porque yo sentiría del mismo modo si algo malo, Dios no lo permita, les ocurriese a ellos.

—Pero —masculló y se mordió el labio; estaba muy afectada—. Pero... ¿nunca se cuestiona por qué tuvo que ocurrirle a usted?

—Todo el tiempo —volvió a contestar—. Y me he enojado con Dios por eso.

—¿Y?

—Todavía estoy dándole vueltas a esa incógnita.

La hizo reír entre lágrimas, y la sonrisa que él le devolvió le robó el aliento. La sonrisa de Lazar Kovać, además de la belleza estética indiscutible, poseía otra cualidad, algo inasible y fugaz que ella habría deseado perpetuar, como un perfume exquisito que llegaba, la cautivaba y se esfumaba.

—Volviendo al tema del informante —dijo Kovać—, no he vuelto a contactarlo porque es en vano. Sin dinero, no hay información.

—¿Cómo trabaja Duga Sarajevo? ¿Qué labor realizan?

—Tenemos tres sectores, por llamarlos de algún modo: el legal, del cual se ocupa una de mis amigas, Bosa, que es abogada; el psicológico, del que me ocupó yo, y uno tecnológico, que está en manos de mi otra amiga, Gordana, un genio con las computadoras; es ingeniera en Sistemas —aclaró, y La Diana sintió celos del orgullo con el que se refirió a ella—. Gordana se ocupa de monitorear la Red para encontrar sitios de pornografía infantil. También controla los *chats* para descubrir pedófilos que fingen querer entablar amistad con niños y adolescentes. Es un trabajo arduo y se podría decir que es la punta del ovillo por donde comenzamos a investigar.

—¿Los ayuda la policía?

—No. La policía es corrupta en su mayoría y no se puede confiar en ella. Trabajamos directamente con la Justicia, que está muy corrompida también. Desde hace dos años, Bosa es fiscal, y canalizamos las denuncias a través de su fiscalía. Hemos tenido suerte en ese sentido, que Bosa fuese fiscal.

—Usted habla de Bosiljka Dretar, ¿verdad?

—Sí, de ella —contestó Kovać, visiblemente asombrado—. ¿La conoce?

—No, pero el miércoles me recibirá en su oficina.

—Acaba de regresar de Italia.

—Lo sé, estuvo en Palermo, en la convención por el tráfico humano.

—Un circo, en opinión de Bosa. Puras bellas palabras y nada más.

—Lo imaginaba.

—¿Cómo supo de Bosa? —se interesó Kovać—. ¿Por el general Raemmers?

—No. Carrie Stewart la mencionó, y un amigo muy bien conectado me consiguió una entrevista.

—Bosa trabajaba codo a codo con Richard Tomkins y su equipo. Se entristecerá al saber que Carrie Stewart ha muerto.

—Carrie aseguró no conocerlo a usted.

—De hecho, el equipo de Richard Tomkins trataba con Bosa y eventualmente con Gordana. Richard evitaba mi nombre cuanto era posible por mi condición, sobre todo en documentos oficiales. La Iglesia no está de acuerdo con mi actividad. Pero Bosa y Gordana conocían a Carrie. Será un duro golpe para ellas —insistió—. Tantas muertes.

—Demasiadas —masculló La Diana—. Dígame, ¿cómo se ocupan del tráfico de personas?

—Como le comentaba, somos más bien nuevos en este campo. Fundamos Duga Sarajevo en el 96. Obtuvimos personería jurídica y reconocimiento de otras ONG mundiales. Empezamos este año con lo del tráfico de personas cuando Richard nos contactó. Lo que hacemos es proteger a las víctimas en refugios secretos y asistirles. Llegan destruidas física y emocionalmente. Un médico amigo trabaja *ad honorem* para Duga y se ocupa de su salud y yo, de la parte psicológica. Pero estamos muy mal de fondos. Tal vez tengamos que cerrar un refugio, y no sé dónde las pondremos porque en el otro no caben.

—¿Cuántos refugios tienen?

—Dos pequeños departamentos. En uno viven cuatro chicas, en el otro tres... No —se corrigió—, también viven cuatro; días atrás se incorporó una nueva. Y así ya están bastante hacinadas.

—¿De dónde sacan los fondos para pagar los gastos? —se interesó La Diana—. ¿Los ayuda el gobierno?

Kovać soltó una carcajada en el momento en que Admira se aproximaba a la mesa para retirar los platos.

—¡Qué risueño has estado esta noche, Laza!

—Es muy buena la compañía —declaró, con el eco de la risa en la voz y los ojos clavados en los de La Diana.

—¿Comerás postre? La *baklava* está realmente buena.

—*Baklava* —repitió Kovać—, mi debilidad.

—Por eso la preparamos, Laza, porque sabemos que es tu debilidad. ¿Usted también quiere *baklava*? —se dirigió a La Diana sin sonrisa y sin mirarla, mientras levantaba los platos.

—Sí, gracias. —La muchacha se alejó, y La Diana hizo una mueca de fingida compunción—. Creo que no le caigo bien.

—Para ella, usted es una forastera. La gente no se fía del desconocido, del otro que no pertenece al grupo. Es un problema que la humanidad no se decide a resolver.

—Es usted goloso —manifestó La Diana, porque no le interesaba seguir hablando de Admira—. Hoy, mientras comía el budín, lo observaba disfrutar.

Lazar Kovać sonrió y bajó la vista en un gesto avergonzado que la hizo pensar en el niño desesperado y triste que debió de haber sido. Se le formó un nudo en la garganta, y de nuevo la dominó el anhelo de estirar la mano y acariciarlo, y al imaginarse tocándole los labios gruesos, el anhelo que había surgido como un

impulso compasivo se transformó en otra cosa, en un deseo que se le alojó en el ombligo y se le expandió hacia la entrepierna. ¿Cómo sería hundir los dedos en esa barba tan compacta y alcanzarle la piel del rostro?

Admira les sirvió la *baklava* y también dos cafés y aguardó junto a la mesa hasta obtener la aprobación de Kovać, quien, después del primer bocado, levantó el pulgar derecho a las chicas de la barra que esperaban con gestos de expectación su veredicto. Reflexionó que tanta atención dirigida a ella la habría sofocado, y lo admiró por soportar con paciencia y buena cara. Sin duda, tenía un carácter dulce y se dejaba amar. A ella, cuánto le costaba. Prefería refugiarse en su torre, mantenerse lejos del contacto humano, guardar distancia de quienes contaban con la capacidad para lastimarla. Y al pensar en la torre, se acordó de la tirada del tarot y de lo que Juana le había dicho. «El Loco pone todo patas arriba... Nada queda del mismo modo luego de que él toca nuestra vida». ¿Era Lazar Kovać El Loco? Se lo veía muy centrado. Pero sí que estaba poniendo las cosas patas arriba.

—Para responder a su pregunta anterior —retomó Kovać—, el gobierno no nos da un centavo.

—Puedo conseguir el dinero para pagar al informante —expresó sin meditar, y después se dijo que lo había hecho para ganarse su aprobación, su sonrisa, para seguir conectada a él.

—¿De veras?

—Sí. Necesitaré un número de cuenta para realizar la transferencia. Podríamos tener el dinero el miércoles, el jueves a más tardar. ¿De cuánto hablamos?

—El informante solicitó veinte mil marcos alemanes, una fortuna para nosotros.

Poco menos de diez mil dólares, calculó La Diana.

—¿Qué ha prometido darle a cambio de ese dinero?

—Asegura saber el nombre del jefe de la organización.

—¿Tal vez sea Ratko Banovic?

—No. Sabemos que él es una de las cabezas visibles, un testaferro, pero no es el verdadero dueño del negocio. El que ha creado esta red tan eficiente de tráfico humano maneja a varios jefes regionales. Banovic es solo uno de ellos. Pero el jefe de los jefes no muestra la cara, nunca.

—Se sospecha que quien asesinó a Arkan —comentó La Diana— se hizo con todo el poder mafioso de los Balcanes.

—Es muy probable. Pues bien, el informante asegura saber el nombre de este jefe misterioso. Temo que se trate de un personaje público —conjeturó—, un político tal vez, o algún empresario. Todo puede ser en esta bendita tierra.

—O un criminal de guerra —añadió La Diana.

—O un criminal de guerra —refrendó Kovać—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por el dinero que nos dará.

—Estoy muy interesada en ayudarlos, señor Kovać, no solo para cumplir con la promesa que le hice al general sino porque esto es importante para mí.

—Lo sé. —Kovać consultó la hora, y La Diana lo imitó; eran casi las once de la noche—. Qué rápido pasa el tiempo en buena compañía —comentó el sacerdote, y La Diana se permitió gozar de la satisfacción que le causó el halago—. Muy a mi pesar, tengo que irme. Mañana me toca la primera misa, la de las seis y media.

La idea de que volviese a disfrazarse con esos ropajes ridículos y a cantar sin alegría le borró la sonrisa que el halago le había provocado. Lo vio sacar la billetera y alzó la mano.

—No —se impuso—, pagaré yo.

—No sería caballeroso de mi parte —adujo Kovać, y sonrió, inconsciente de la tristeza que le había causado por el simple hecho de mencionar la primera misa.

—¿No dijo ser un hombre con ideas de vanguardia? Demuéstrelo permitiéndole a una mujer pagar la cuenta.

—Está bien. Gracias.

La Diana le pagó a Admira y le dejó una propina generosa con el objeto de congraciarse con ella. Anotó el número de la cuenta bancaria de Duga Sarajevo y le pidió que intercambiasen los números telefónicos.

—Pero no lo grabe en su celular. No es seguro. ¿Podrá acordárselo de memoria? Yo haré lo mismo con el suyo.

—Lo haré con una condición. —La Diana alzó las cejas en una expresión interrogativa—. Que dejemos de tratarnos de usted. Somos demasiado jóvenes para tanto formalismo. Al menos, usted es demasiado joven.

—¿Le gustaría saber mi edad?

—Sí, pero se me enseñó que jamás debo preguntarle eso a una dama.

—Pero usted es un vanguardista que no presta atención a esas estupideces. Tengo veintinueve. ¿Y usted? ¿Y tú? —se corrigió.

—Exactamente diez años más, treinta y nueve, aunque imagino que la barba me hace más viejo.

—Te queda muy bien.

—Gracias —contestó, y lo imitó al verlo ponerse de pie.

No le quitaba los ojos de encima mientras se ponían los abrigos porque tenía la impresión de que su cumplido lo había afectado y quería confirmarlo. Se despidieron de las mujeres y marcharon hacia el exterior. Kovać abrió la puerta y le cedió el paso, y La Diana, sin siquiera meditarlo, se deslizó por el resquicio que, en otro momento, le habría causado vértigo. Reparó en el descuido recién al salir a la calle y experimentó un gozo profundo pues siempre la obsesionaba que nada la tocara. El sentimiento le resultaba embriagador.

—¿Te llamo un taxi? —ofreció Kovać, y La Diana pensó que él empleaba de manera más suelta el tuteo; a ella le costaba, quizá por su condición de sacerdote.

—Sí, por favor. Déjeme mi camioneta cerca del gimnasio.

Se desplazaron en dirección a la iglesia. La Diana se arrebujo en la campera y calculó que la temperatura era de algunos grados bajo cero. La asaltó una imagen absurda, la de ella cobijada en el abrazo cálido de ese hombre diez años mayor. No le molestaba la diferencia de edad, al contrario. Lo que sí la perturbaba eran esos deseos insensatos de ser abrazada cuando ella bien sabía que era imposible.

—¿Por qué se dejan la barba? Los sacerdotes ortodoxos, me refiero.

—La barba y el cabello largo —agregó—. Hay muchas teorías, y se arma siempre un gran jaleo por algo tan nimio. Las razones más plausibles son dos. La primera es que Cristo usaba barba y cabello largo. La segunda sostiene que el uso de la barba y del cabello largos demuestra un desprecio por la vanidad y los dictados de la moda. Nosotros, los sacerdotes, estamos por encima de esas cuestiones mundanas y no nos preocupamos por nuestro aspecto. Los más tradicionalistas jamás se recortan la barba ni las puntas del cabello.

—Usted... Tú claramente no eres un tradicionalista. Tu barba está muy prolija. ¿Qué tan largo es tu pelo?

—Mitad de la espalda, más o menos como el tuyo.

Entraron en el sector de la iglesia destinado al monasterio, y Kovać la dejó sola en el locutorio. Se evadió a los interiores para llamar al taxi. Cuando regresó, se produjo un momento de silencio incómodo. La ansiedad de él la ponía nerviosa. ¿Qué le sucedía?

—¿Te gustaría almorzar con Goga y conmigo mañana?

—¿Te refieres a Gordana, la genio de las computadoras?

—Sí, a ella. Será en su casa, que es también la sede de Duga.

—Me encantaría. ¿Quieres que venga a buscarte?

—Estaré en el gimnasio hasta las doce y media. ¿Podrías buscarme a esa hora?

—Por supuesto. —Se sonrieron, de nuevo incómodos—. Lazar —dijo, y la sonrisa de él se acentuó; era la primera vez que lo llamaba por su nombre—, creo que están siguiéndote. Hoy vi dos veces un BMW azul, primero merodeando frente al gimnasio y luego frente a la escuela.

—Lo vi yo también. Hace días que lo veo rondar —añadió.

—Me descubriste a mí y ahora me dices que también te percataste del BMW. Para ser sacerdote, tienes alma de espía.

—Fue Azem quien te descubrió a ti el fin de semana. Supongo que hubiese sido difícil no verte. Pero a tu afirmación, que tengo alma de espía, te digo que no se lleva la vida que yo he llevado sin desarrollar ciertas habilidades. Estar pendiente de mi entorno es una de ellas. Es una segunda naturaleza para mí. Y la vida de Azem fue bastante similar a la mía, por eso él también está atento a los que lo rodean.

—Comprendo —dijo, curiosa pero prudente—. Hoy, cuando me confrontaste en la iglesia, me preguntaste si me enviaba «él». —La expresión de Kovać se ensombreció de pronto—. ¿Te referías al general Raemmers?

—No a él, no.

La Diana lamentó que el taxi tocara la bocina. Quería profundizar la cuestión; no obstante, presentía que Kovać no se habría mostrado dispuesto.

* * *

Regresó al departamento de buen ánimo. Había pasado una de las veladas más entretenidas y desconcertantes de su vida. Aprovechó la diferencia horaria y llamó a Callum Duncan para referirle la gran novedad, que había hecho contacto con el objetivo. Le refirió también lo del soplón que, por dinero, estaba dispuesto a revelar la identidad de la cabeza de la organización.

—¿Cuánto pide? —preguntó Glendale.

—El tipo quiere diez mil dólares. Yo pensaba poner siete mil que tengo ahorrados...

—Nada de tocar tus ahorros. Yo soy viejo y con tanto dinero que no me alcanzarán los años para gastarlo.

—Entonces, quiero pedirte otro favor. ¿Podrías enviar un poco más de los diez mil? Es para la ONG de Kovać, para Duga Sarajevo.

—¿Duga Sarajevo?

—Significa Arco Iris Sarajevo. Están realmente mal de fondos y el gobierno no les da un centavo, la ONU tampoco. Quizá se vean obligados a cerrar uno de los refugios y a hacinar a las víctimas del tráfico en un pequeño departamento. Les pediré un recibo para que puedas deducirlo de los impuestos.

El barón de Glendale rio entre dientes.

—Gracias por cuidar mis intereses, querida sobrina. Tal vez deberías tratar tú con mi contador. Al pobre lo tengo siempre a maltraer. Sí, enviaré un poco más para desahogar la situación de esa ONG. Estás muy interesada en ayudarlos, ¿verdad?

—Sí, creo que hacen un trabajo extraordinario y a pulmón.

—Veo que el objetivo —comentó, evitando dar nombres— ha dejado una gran impresión en ti. Confío en tu juicio, por lo tanto imagino que es un hombre cabal.

—Estimo que sí —expresó con repentina timidez.

—Pásame los datos de la cuenta bancaria. Mañana mismo dispondré la transferencia. Lo más probable es que el dinero llegue entre el miércoles y el jueves.

—Gracias, Callum. Muchas gracias.

Como Bruce McLeod estaba de regreso de su viaje a Ámsterdam, habló también con él. Ni rastro de Alexandra Buunk, tampoco de la puerta que abría la llave misteriosa. El día antes de regresar a Glendale había contratado a un investigador privado para que prosiguiese con la búsqueda de la muchacha.

—Necesito que ingreses en esta cuenta de correo electrónico y me digas qué hay en ella —solicitó La Diana—. ¿Tienes para tomar nota? —El *hacker* aseguró que sí y La Diana deletreó la dirección.

—Es similar a la que tu jefe usaba con Carrie —se dio cuenta McLeod—. ¿A quién pertenece?

—Es la cuenta que el general empleaba para comunicarse con el objetivo. Me gustaría ver qué hay además de los mensajes que Raemmers intercambiaba con él.

—OK —acordó el escocés—. Llámame en una hora si es que todavía estás despierta. Ah, me olvidaba. Estuve intentando ingresar en los sistemas de la Baywatcher, pero hasta el momento ha resultado imposible. Están muy bien custodiados.

—Gracias por intentar.

—¿Crees que colgué la toalla? Pues entonces no me conoces. Dije que *hasta el momento* ha resultado imposible. Eso no quiere decir que, con más tiempo, no lo consiga. No existe el sistema que no sea capaz de quebrar. Ni la mujer —añadió con acento bromista, y La Diana agitó la cabeza y sonrió.

—Te llamo más tarde, Casanova.

Cortó la llamada y, después de una ducha rápida, se puso a escribir.

* * *

Suada nos trajo un caldo, aunque más bien parecía agua turbia. Intenté beber un poco para complacer a la buena mujer y me resultó imposible; tenía la garganta cerrada. Es más, al tragar esa única cucharada, sufrí una náusea. Leila tampoco fue capaz de comer. Aunque el calor era bochornoso, yo temblaba como si hiciese varios grados bajo cero. Sentada en el suelo, recogía las piernas contra el pecho y apoyaba la cara en las rodillas y lloraba. Leila me abrazaba y lloraba también. Si cerraba los ojos, lo único que veía era el cadáver de mi abuela, abandonado en la recepción del edificio. Pensaba en mis padres, en cómo les comunicaría su muerte. Después, alzaba la vista y observaba el entorno sórdido y maloliente, y me decía que nunca volvería a verlos. ¿Qué sería de nosotras? ¿Qué haríamos ahora solas, en ese sitio donde la muerte y el horror sobrevolaban como buitres?

Tenía fiebre y me sentía mal. Suada me trajo una aspirina. «Te la ha conseguido Kosta, el guardia. Está muy afligido por ustedes», añadió. Me obligó a tomarla con un vaso con agua, y me impuse no vomitarla. Debí de quedarme dormida en los brazos de Leila. Desperté de un sobresalto y, luego de comprender dónde me hallaba, percibí el entumecimiento en los músculos tras haber yacido en el suelo. Leila se había dormido contra la pared, conmigo en el regazo. Se le notaban los surcos secos que le habían impreso las lágrimas. Me mordí el labio para no llorar a gritos, ahogada de culpa y de miedo. Leila estaba allí porque yo había insistido en que me acompañase a Rogatica; incluso la había manipulado conociendo sus debilidades. Si no lo hubiese hecho, me mortifiqué, habría estado a salvo en Srebrenica con nuestros padres. En cambio, se encontraba en el aula de una escuela convertida en centro de

detención, hacinada con otras pobres desgraciadas. ¿Por qué estábamos presas? ¿Qué delito habíamos cometido? ¿Cuál sería nuestra suerte?

Saltaba de esos cuestionamientos a la imagen de mi abuela. Me negaba a aceptar que ya no volvería a verla. Después de tanto luchar para que se sobrepusiera a la neumonía, ese hijo de puta la había liquidado como quien mata a una mosca. Me mordí el puño para no despertar a Leila hasta que el llanto se volvió incontenible y solté un sollozo que no inmutó a nadie excepto a mi pobre hermana que despertó de golpe. Nos abrazamos. Yo le repetía con voz entrecortada: «¡Perdóname, perdóname!», y ella se limitaba a apretarme y a suplicarme que me calmase.

¿Qué había sucedido para que nuestras vidas se hubiesen trastornado de esa manera tan brutal, tan absurda? ¿Por qué mujeres pacíficas como nosotras éramos sometidas a semejante vejación? ¿Con qué fin?

La pesadilla, sin embargo, no comenzó hasta que se hizo noche cerrada. Aturdida por la fiebre y el barullo en mi cabeza, no me percaté de que las mujeres jóvenes se mostraban inquietas y se arrebujaban en un rincón del aula, el más alejado al ingreso. Escuchaba las risotadas de los soldados que provenían del patio sin prestar atención. Hasta que se abrió la puerta que golpeó contra el muro, y las mujeres comenzaron a gritar y a llorar. Entonces caí en la cuenta de lo que ocurriría y me abalancé sobre Leila y la envolví con mis brazos. Creo que en ese instante una parte de mí murió para siempre. Ese portazo anunció el comienzo de una metamorfosis que me convertiría en un ser con el alma tullida, averiada para siempre.

Tres soldados se aproximaron a nosotras dos. Apestanaban a rakija, a sudor y a tabaco, una combinación que jamás olvidaré. Apreté aún más los brazos en torno a Leila, mientras soltaba puntapiés para alejarlos. «¡No! ¡No!», vociferaba una y otra vez hasta que se me cerró la garganta y se me cortó la voz. Seguí moviendo los labios sin emitir sonido. Los soldados me redujeron fácilmente y nos arrastraron fuera. Éramos cuatro las elegidas esa noche. Las otras dos lloraban con actitud sumisa, como si se hubiesen resignado a ese destino; llevaban más tiempo soportando el tormento.

Intentaba suplicar que no le hicieran daño a mi hermana, solo tenía dieciséis años, pero de mi boca no salía ningún sonido. La desesperación me ahogaba. Nos condujeron al patio de la escuela. Debido al calor, dormían en colchones inmundos al raso. Un poco más alejados, había fogones donde asaban carne, y el olor de la grasa que chorreaba sobre los rescoldos me produjo arcadas. Nos arrojaron a las cuatro sobre los colchones. A mí, tuvieron que someterme pues me levanté para correr hacia Leila. Me dieron un bofetón que me tiró al suelo y me sujetaron por los tobillos para arrastrarme de nuevo hasta el colchón. De nada me percataba, solo Leila me importaba. Mis ojos la buscaban, incansables, en medio del caos de soldados y guardias que se acercaban para mirar el espectáculo. Los ojos de Leila me buscaban a mí.

De vuelta en el colchón, descubrí que yacía a unos metros a mi derecha. No me importaba lo que hicieran conmigo, solo me importaba la suerte de mi hermana menor. La vi pelear con el četnik que le quitaba el pantalón y que ella luchaba por subir de nuevo. La redujeron entre dos y uno se le echó encima, y mientras ella gritaba y peleaba, yo gritaba y peleaba con el que caía sobre mí con la única intención de llegar a ella. Tenía que hacerlo, tenía que salvarla de lo que Vuk me había hecho a mí. ¡Qué impotencia! Supe que esa bestia la había desvirgado cuando Leila profirió un alarido atroz que me rasgó el alma. Con ese grito, morí un poco más.

En un acto animal, mordí la mandíbula del que estaba violentándome para sacármelo de encima. Solo conseguí que me diera dos trompazos. Me desmayé. Al recuperar la conciencia, tenía a otro sobre mí. Moví la cabeza, y el esfuerzo me retumbó en la cara, en la zona donde el soldado me había golpeado. No reparé en el dolor ni en la sangre que se me escurría entre los labios, y seguí estirando el cuello, desesperada por ubicar a mi hermana. Unos guardias, que se dedicaban a observar cómo nos ultrajaban, se hicieron a un lado y entonces la vi luchando con su violador. «¡LEILA!», exclamé con una voz recuperada en la impotencia. Detuvo la lucha y me miró. Nos miramos. Estiré el brazo hacia ella; Leila estiró el suyo hacia mí. Y así permanecemos, nuestras miradas unidas en el espacio como si se tratase de nuestros dedos entrelazados.

Los soldados iban cayendo, borrachos y agotados. Uno a uno, sin siquiera quitarse los borceguíes, se estiraban sobre los colchones y se quedaban dormidos o se metían en las tiendas. Los guardias, entre los que se encontraba Kosta, nos recogieron para devolvernos al aula. Yo me quité de encima las manos del antiguo encargado del supermercado y corrí junto a mi hermana. Empujé al hombre que la sujetaba y la abracé. Temblaba y flexionaba las rodillas a causa del dolor. La ayudé a desplazarse dando pasos cortos, casi arrastraba los pies.

En el aula, recostada sobre una colchoneta que le cedió una de las mujeres, con la cabeza sobre mis piernas, Leila lloraba mientras Suada le pasaba la esponja con agua tibia como había hecho conmigo cuatro días atrás. Yo la mecía y la acariciaba. Comencé a susurrar la melodía de una sevdalinka que mi madre nos cantaba de noche cuando éramos niñas, la misma que Leila me cantó por teléfono hace unos días mientras yo lloraba atormentada por la culpa. Vjerna Ljuba, se llama, y a nosotras nos encantaba escucharla. «¡Canta Vjerna Ljuba, mamá!», le pedíamos. El susurro fue adquiriendo cuerpo, la voz se me fue afianzando, y mi canto inundó el espacio. Repetí las estrofas hasta que Leila fue calmándose; su respiración se aquietó y su cuerpo cesó de temblar. Finalmente, se durmió en mi regazo.

Fuimos violadas por los mismos cinco cobardes las dos noches que siguieron. Nos insultaban, se burlaban de nosotras. Ninguno mostraba compasión. Éramos menos que animales, menos que basura, éramos las turcas sucias y traidoras, las turcas putas, las balijes. El que había asesinado a mi abuela me atormentaba

también durante el día; abría la puerta del aula y exclamaba: «¿Qué deseas para esta noche, Mariyana, que te violemos o prefieres mirar cómo lo hacemos con tu hermana Leila?». «¡Mariyana, turca inútil, esta noche quiero que me la chupes!». «¡Mariyana, esta noche te haré un hijo de pura sangre serbia!». «¡Ey, Mariyana! Esta noche te correrás para mí, ya verás». ¡Mariyana! ¡Mariyana! Empecé a detestar el sonido de mi propio nombre y a la persona que lo portaba, esa muchacha débil que no había sido capaz de salvar a su abuela de la muerte ni a su hermana del ultraje.

Elegían a otras prisioneras también; las iban alternando y las sacaban de las distintas aulas, pero las hermanas Huseinovic jamás faltaban a la orgía. Lo peor sucedió la tercera noche, cuando violaron a una niña de doce años y a su madre; eran nuevas, las habían encerrado esa mañana. La mujer, Leila y yo luchamos con denuedo para impedir que forzaran a una criatura que ni siquiera comprendía qué estaba a punto de sucederle. Kosta y otro guardia intentaron disuadirlos también, sin éxito; acabaron con los cañones de dos pistolas en las frentes y se retiraron dejando a la pequeña a merced de las bestias. Apreté los párpados e intenté ahogar con mis propios gritos los alaridos azorados de la niña y el llanto de la madre.

Esas bestias eran incansables, implacables, crueles. Se alentaban entre ellos, se potenciaban, actuaban en manada. Eran tan cobardes y borregos que por sí solos no se habrían atrevido a violentar a mujeres que, hasta pocas semanas atrás, habían sido sus vecinas, amigas, connacionales.

Aún hoy siento el semen mezclado con sangre que corre por la cara interna de mis piernas. Aún hoy recuerdo los ojos de mi hermana clavados en los míos, suplicándome, hundiéndome en el desconsuelo, la desazón. Lo único que sabía con certeza era que quería quitarme esa inmundicia de encima y el hedor de los soldados. No lo habría conseguido así me hubiese sumergido una semana en la bañera con sales aromáticas. Por supuesto, con la escasa agua que nos permitían utilizar, la suciedad permanecía conmigo, y el asco de mí misma aumentaba.

Durante el día, Leila y yo nos manteníamos apartadas, siempre juntas, calladas, sin vida. Con cada asalto, nos seccionaban un trozo de alma y nos sumían en un pozo oscuro en el que reinaba la desesperanza. La pregunta que me atormentaba era: ¿por cuánto tiempo soportaremos este calvario?

Suada y otras mujeres mayores se ocupaban de nosotras. Nos lavaban, nos curaban, nos acompañaban al baño, lo cual nos autorizaban una vez por día; el resto de las necesidades debíamos hacerlas en el aula, en orinales, tras una sábana colgada en un intento por brindar un poco de intimidad; igualmente era humillante, sin mencionar el olor nauseabundo e insalubre que inundaba el recinto y al que comenzaba a acostumbrarme.

Kosta nos hacía llegar comida y aspirinas, pues yo seguía con fiebre. Era Suada, que se movía con más libertad dentro de la escuela, la que hacía de nexo. Yo aceptaba la comida más por Leila que por mí y tomaba las aspirinas, pero habría

escupido a Kosta si me lo hubiese cruzado. Él, en su rol de guardia y espectador de la masacre, era tan culpable como las bestias que nos vejaban cada noche. Por serbobosnios como él, que no alzaban la voz para denunciar el genocidio, los otros avanzaban como si fuesen dueños del mundo. En opinión de Suada, Kosta era un buen muchacho al que no le quedaba otra opción que enrolarse en esa guerra o terminar víctima de sus connacionales. «Kosta está tratando de comunicarse con el comandante Vuk», me susurró la mujer el segundo día de cautiverio. «Quiere que se entere de lo que están haciéndoles, a ti y a tu hermana». Al día siguiente, después de dos noches de violencia, me comentó: «Solo esos cinco bastardos las violan a ustedes dos. Los demás no se atreven pues le temen a la ira del comandante Vuk». «Dicen que Vuk no volverá», repliqué con la apatía que me volvía pesada y torpe durante el día. «Arkan es el jefe del valle del Drina ahora», aduje. «Pues no son las voces que corren ahí fuera», objetó Suada.

Jamás había experimentado una tristeza tan honda; siempre había sido feliz. Ese sentimiento tan agobiador me resultaba desconocido. Ya ni siquiera me quedaba la ira. Esos malnacidos también me habían despojado de ese derecho, el de la rabia. Miraba en torno y buscaba la forma de acabar con mi vida. No lo habría hecho por una razón: Leila. Pero no tengo la menor duda de que me habría suicidado de haberme encontrado sola en ese sitio.

Al atardecer del cuarto día me desperté sobresaltada por un bullicio. Me dolía la cabeza, seguía con fiebre, tenía náuseas y me latían las partes del cuerpo con magullones causados por la violencia de los soldados. El corte en el labio había vuelto a abrirse y me ardía; la hinchazón en el pómulo izquierdo se me había extendido hasta obligarme a entrecerrar el ojo. Incluso temía que se me hubiesen roto algunas costillas; la noche anterior, un soldado se había ensañado propinándome patadas con el borceguí después de que le arañé la cara.

Solo quería dormir y olvidar. Por lo que cuando Suada me sacudió el hombro y me urgió a levantarme, le pedí que me dejase en paz. «¡El comandante Vuk está aquí!», me susurró al oído, y yo abrí el único ojo desde mi posición sobre unas mantas en el suelo. «¿No oyes el jaleo? Ha llegado hecho una furia. Prepárate. Estoy segura de que querrá verte». Cerré mi ojo bueno y simulé seguir durmiendo. Tenía tantas ganas de ver a Vuk como de que llegase la noche. Él no era distinto de los animales que nos habían forzado.

Un par de horas más tarde, Mirko vino a buscarnos. Empalideció al descubrirnos en ese estado. A Leila también la habían golpeado pues no nos resignábamos a nuestra suerte y cada noche presentábamos pelea hasta que nos doblegaban; es más, no nos obligaban a practicarles felaciones porque temían que les arrancásemos los penes con los dientes, lo cual habría hecho sin pensármelo dos veces. Pese a todo, llegaba el momento en que nos vencían y solo nos quedaba fijar los ojos de la una en los de la otra y darnos fuerza.

«Dios bendito, Maša», masculló Mirko. «Hoy correrá sangre aquí», vaticinó. «Espero que corra la de tu maldita hermana», deseé, y Mirko se echó hacia atrás, tomado por sorpresa. «¡Todo esto es culpa de esa furcia!», continué, envalentonada por la ira que regresaba. «¡Asesinaron a la abuela Kata por su culpa! ¡Ella nos entregó y ese maldito serbio le metió un tiro en la frente! ¡A mi pobre abuela!». «¡Qué dices!», se horrorizó. Sabía que estaba asestándole un duro golpe; Katarina y Liam Duncan habían sido como abuelos para esos dos malnacidos, la peste se los lleve si es que aún están vivos.

Nos acompañó hasta el piso de arriba, a la habitación donde Vuk me había violado, que a juzgar por los anaqueles llenos de libros había sido la modesta biblioteca de la escuela. Nos costaba caminar, ni qué decir subir las escaleras. El dolor en el costado me dificultaba la respiración; cada tanto me detenía y, aferrada a la baranda, me sujetaba las costillas. «No me toques», le advertí entre dientes a Mirko cuando intentó sostenerme.

Ya desde lejos se oían súplicas, gritos y golpes. Entramos. Vuk alzó la vista y la fijó en mi cara magullada. Yo, en cambio, observé a los cinco soldados de rodillas frente a mí, formados en una fila, con las manos atadas a la espalda. Eran los que nos habían arrancado de nuestra casa, asesinado a nuestra abuela y violado una y otra vez durante tres noches. Presentaban cortes y golpes en los rostros y temblaban.

Vuk caminó hacia mí y me obligó a mirarlo al sujetarme por el mentón. Aparté la cara; no toleraba siquiera ese roce. Alcé la vista. Él me estudiaba el pómulo hinchado, el corte en el labio, el ojo entrecerrado y los tantos moretones que me desfiguraban. Su ceño se acentuó, lo mismo la línea de sus labios apretados. El señor del Drina admitía los moretones en mi cara propinados por él pero no por otros. Miró fugazmente a Leila y se volvió hacia los soldados.

«¡Creían que el bueno para nada de Arkan me había vencido!», vociferó, y los tipos comenzaron a sollozar. Era reconfortante verlos temblar, suplicar, sufrir. «Malditos serbios del demonio», pensaba. «Malditos sean todos», repetía para impedir que la rabia se me extinguiese. «¿Acaso no saben quién es el señor de esta guerra?», los increpaba Vuk con esa soberbia tan característica de él. «¡Yo lo soy! Pagarán cara esta traición», prometió. «¡Piedad, Vuk!», rogó el que había asesinado a mi abuela. «Branka Torlak nos dijo que esas dos balijas», sollozó, y nos señaló con el mentón, «se escondían en casa de la abuela. No nos dijo que estaban bajo tu protección». Vuk se abalanzó sobre el tipo y le propinó un puñete. La sangre voló por el aire, lo mismo que algunos dientes. «Branka Torlak tendrá su merecido», prometió Vuk, «pero tú sabías, porque te lo advirtieron cuando las trajiste aquí, que esas dos eran intocables». Lo sujetó por el pelo y le echó la cabeza hacia atrás. Se inclinó para hablarle cerca de la cara. «¡Dime! ¿Lo sabías o no lo sabías? Ten cuidado con tu respuesta». «Sí, sí, lo sabía», claudicó entre escupidas de sangre y saliva.

Vuk le soltó el cabello. El tipo se tambaleó sobre las rodillas, pero no cayó. El comandante de los Guerreros del Lobo se volvió hacia mí y le descubrí la expresión

congestionada, y también le noté bolsas oscuras en torno a los ojos y una gran ansiedad en la mirada. «¿Estos son todos los que las atacaron?», me preguntó. Asentí apenas; estaba muy mareada, la habitación giraba en torno a mí y una náusea que había comenzado sutilmente ganaba preeminencia. Me apoyé en Leila, que me rodeó la cintura con el brazo. Empalidecía, y la cara, las manos y los pies se me tornaban fríos.

Los cinco violadores lanzaron súplicas a coro al ver que Vuk extraía la pistola y le calzaba el cargador. Los mató uno por uno, a todos del mismo modo, con un tiro en la frente, tal como habían hecho con mi abuela. Leila y yo nos sobresaltábamos con cada balazo. Al asesino de la abuela Kata lo dejó para el final, y antes de liquidarlo se volvió hacia mí y me miró con intención; parecía querer decirme: «Sé lo que este hijo de puta te ha quitado», como si él, maldito Vuk, no me hubiese destrozado también. Con el último disparo, el asesino de la abuela Kata se desmoronó junto a sus compañeros, y a mí me sobrecogió un descubrimiento: en tanto Leila observaba con horror los cadáveres de nuestros victimarios, yo lo hacía con desapego, como si fuese cosa de todos los días estar rodeada de muertos. No sentía emoción alguna, ni siquiera gozo por el hecho de que esas bestias hubiesen pagado por sus delitos. «¿De qué me sirve?», reflexioné. La abuela Kata seguía tan muerta como antes de que Vuk les vaciara el cargador en las cabezas. «Al menos», me animé, «no seguirán violentando a otras mujeres y niñas inocentes», y este pensamiento me reconfortó, y despuntó una chispa de alegría al verlos sin vida a mis pies.

Con los cuerpos aún regados, Vuk hizo entrar a Branka Torlak. La arrastraba uno no tan alto como el comandante aunque sí muy fornido, con músculos como los que se obtienen tras horas en un gimnasio y con la ayuda de esteroides; los mostraba con orgullo al vestir una musculosa blanca ajustada. Usaba el cabello castaño al ras y la cara redonda libre de barba. Tenía ojos oscuros y de mirada inteligente y penetrante. «Zver», lo llamó Vuk, y la brutalidad del nombre me dio miedo. «Ponla de rodillas frente a mí», le ordenó.

Branka Torlak ya había recibido su porción de cachetazos y golpes; tenía un ojo hinchado y le sangraba la boca. Igualmente, aún contaba con bríos para gritar y patear. Yo no sentía nada de compasión. Mi odio y desprecio eran tan negros y abismales que no me daba cuenta de que corría el riesgo de que me tragasen, de que me convirtiesen en parte de la oscuridad, la misma que asistía a todos esos dragones, los que yacían muertos y el que los había liquidado.

La posición de Mirko era incómoda. De la tensión de sus facciones se infería que se hallaba dividido entre dos lealtades. Amaba a su hermana y también a su comandante, al que conocía desde hacía años, el que le había permitido cumplir su sueño de jugar al básquet y de viajar por Europa, el que lo había arrancado de un destino mediocre y de pobreza y le había concedido la oportunidad de ser alguien. La confianza entre Mirko y su mentor era infinita, y yo estaba segura de que mi amigo

de la infancia lo había erigido en el rol de padre, esa figura elusiva que lo había defraudado apenas nacido y que él tanto había añorado poseer. En ese instante, Mirko asistía a una pelea feroz entre sus padres.

Vuk la sujetó por la mandíbula con la mano izquierda y le arrancó un gemido al apretársela. Se inclinó para insultarla cerca de la cara. «Perra del demonio, maldita puta vieja». Lo de «vieja» debió de herir a Branka, pues soltó un sollozo. «Vuk, por favor», intervino Mirko. «¡No te metas en esto si no quieres acabar como ella!», le advirtió. «¿Qué haré contigo, Branka?», se preguntó, y la soltó bruscamente. Se alejó hacia el escritorio, donde apoyó el trasero en el filo y se la quedó mirando. «Tal vez debería echarte a mis soldados para que se divirtiesen contigo. De esa manera tú probarías un poco de la suerte que tuvieron las hermanas Huseinovic por tu culpa. ¿Qué dices?». Branka alzó la cabeza y lo contempló con odio. «¡Maldito seas, Vuk! ¿Crees que iba a quedarme de brazos cruzados mientras te veía reemplazarme por una turca? ¿Crees que no me doy cuenta de que esa balije te trae de las narices, te tiene agarrado de las pelotas, a ti, un serbio de pura sangre?».

Pese a sentirme mal, a que ya no enfocaba bien y a que me temblaban los músculos, percibí el cambio en el aire ante semejante declaración. Que se acusase al comandante supremo del valle del Drina de ser un maricón sometido a la voluntad de una mujer, y para peor de una turca, se habría juzgado en el mejor de los casos de una gran insensatez; en esas circunstancias, era un acto suicida.

Vuk se movió con rapidez fulminante y descargó una bofetada de revés sobre el rostro de Branka, que la tiró al piso. Mirko corrió junto a su hermana y la ayudó a incorporarse. Le colocó un pañuelo sobre el corte del labio. Vuk le permitió hacer. Es más, no prestaba atención a los hermanos Torlak sino que me miraba a mí con fijeza. Obnubilada por la fiebre, su figura de titán se desdibujaba frente a mí. Solo un pensamiento afloraba con claridad: mi abuela había sido asesinada y mi hermana violentada y todo a causa de los celos de una mujer hueca.

Entonces me percaté de un detalle que despertó la ira en mí: Branka Torlak estaba maquillada. Por supuesto, el llanto y los golpes le habían convertido la expresión en una máscara grotesca de rímel corrido y pintura de labios esparcida por el mentón y las mejillas. No era ese el punto sino que, habiendo causado la muerte de mi abuela y la vejación de Leila, hubiese hallado la voluntad para maquillarse, para sentarse frente al espejo y embellecer su rostro. ¿Con qué ánimo? ¿Acaso el remordimiento no tendría que haberle quitado las ganas de vivir? No solo que no se las había quitado sino que ella conservaba sus viejas costumbres, como la de ponerse hermosa para coquetear con los hombres.

De pronto se me clarificó la vista, desapareció el latido en las costillas, las náuseas cesaron. Me lancé sobre ella, a quien Mirko había acomodado en una silla donde seguía curándole el corte y le susurraba en voz baja. Los tomé por sorpresa a los dos. La aferré por el cabello y la sacudí mientras la insultaba y la culpaba de nuestras desgracias. La abofeteaba, la pateaba, la escupía. Vagamente llegaban a mí

las voces alteradas y los intentos por apartarme. También escuchaba risotadas, las de Vuk, que fue quien finalmente me separó de la Torlak. Me sujetó por detrás y me despegó del suelo para arrancarme de su cabeza. Mechones rubios quedaron entre mis dedos. La mujer lanzaba gritos histéricos y se sujetaba las sienes. Yo la contemplaba con un odio que me sofocaba. Deseaba exterminarla.

«¡Cómo me calientas!», susurró Vuk en mi oído. «Eres feroz, como a mí me gustan. ¿Quieres asesinarla? ¿Quieres tener ese privilegio?», me incitó. «Te lo concedo, Maša mía. Será fácil, un disparo y la que causó la muerte de tu abuela y que tú y tu hermana pasasen por este infierno no volverá a ver la luz del día». ¡Qué tentadora resultaba la idea! Quería imprimirle en la frente el mismo hueco que le habían hecho a mi abuela.

Vuk, siempre detrás de mí, me obligó a extender los brazos. Colocó el arma entre mis manos, y el metal frío me causó un estremecimiento. Era pesada, y sin la ayuda de él no la habría sostenido pues la debilidad había regresado, y de nuevo me temblaban las piernas y me costaba enfocar.

«Aprieta el gatillo, Maša», me animaba, y yo me dejaba seducir por su voz. «Haz justicia», me alentaba. Mirko se colocó frente a nosotros y alzó la mano suplicando clemencia. Zver lo quitó del medio y lo mantuvo apartado. Por el rabillo del ojo captaba con qué denuedo luchaba mi amigo para sacarse de encima las manos que le impedían salvar a la hermana. No me importaba; su dolor me tenía sin cuidado.

Entonces llegó la voz de Leila. Ahora que lo pienso, resulta increíble que con la respiración agitada que me ensordecía, la atención ofuscada, los vozarrones de Vuk y de Zver y los gritos de los hermanos Torlak, la haya escuchado. «¡No, Maša!», me exhortó. «¡No lo hagas! ¡Nosotras no somos como ellos!». Aflojé la presión en torno a la pistola y también la de los brazos. Recuerdo que Vuk dijo: «¡Qué desilusión!» antes de que todo se volviese negro.

* * *

Cerró el cuaderno y necesitó unos minutos para calmar la emoción que había significado evocar la tarde en que su hermana la había salvado de convertirse en una asesina. A lo largo de esos años en Rogatica, Leila había sido su faro, la vela que la sacaba de la tormenta, su lazarillo. Sin ella, la oscuridad la habría devorado y transformado en una criatura similar a Vuk.

Si no hubiese sido tan tarde, la habría llamado con cualquier excusa solo para oír su voz. En cambio, marcó el teléfono del castillo de Glendale; la atendió Bruce, el único despierto a esas horas.

—La casilla no existe —le comunicó enseguida—. Al igual que la que el general empleaba para comunicarse con Carrie, esta también fue borrada sin dejar rastros.

—La habrá borrado el general —conjeturó La Diana, pues la implicancia de que lo hubiese hecho el enemigo la apabullaba.

—Cuando borras una casilla, dejas un rastro, algo que solo los que tienen acceso a las bases pueden ver. Yo podría ver ese rastro. Que no exista habla del trabajo deliberado de un profesional, y de uno meticulado. El general no era un experto en informática, ¿verdad?

—No lo era, no —confirmó La Diana.

—Entonces no habría sabido cómo hacerlo.

—Quienes borraron la casilla ya saben de la existencia del objetivo —infirió.

—Me temo que sí —pronunció McLeod con un inusual acento preocupado, y La Diana recordó el BMW azul.

CAPÍTULO XI

*La vida es peligrosa, no por las personas que hacen el mal
sino por las que se sientan a ver lo que pasa.*

Albert Einstein, científico alemán
(1879-1955)

A la mañana siguiente, se levantó temprano y fue a comprar ropa a la calle Ferhadija. No quería encontrarse con Kovać vistiendo las mismas calza y chaqueta negras. Se decidió por unos *jeans* azules, varias camisas y remeras oscuras que camuflasen los *kukris* y una casaca gris corta y al cuerpo que ocultaría la pistolera axilar. A punto de comprar maquillaje, se acobardó. ¿Qué estaba haciendo? ¿Le coquetearía a un sacerdote? La condición de religioso célibe de Kovać no la perturbaba tanto como su propia limitación. ¿Se sometería de nuevo al martirio de tocar y ser tocada? La sola idea la cubrió de un sudor frío, y sin embargo, ¡qué fuertes habían sido las ganas de tocarlo la noche anterior! Todavía la asombraba el impulso que la había dominado.

Tal vez la magia compartida durante la cena se desvanecería a la luz del día. Lo más probable era que el intercambio se redujese a hablar de la única cuestión que los unía: el tráfico de personas. El pensamiento la desilusionó; su parte racional le susurró que se trataba de lo mejor. La pesadilla de que invadiesen su espacio personal y la tocasen la aterraba.

No compró maquillaje. Sin embargo, cuando vio el escaparate con perfumes, se tentó. Descartó *Fleurs d'Orlane* porque le traía reminiscencias de Markov. Se aproximó al sector de Givenchy y se probó *Organza* en la muñeca; Juana Folicuré lo nombraba a menudo. La exquisitez de la fragancia la impulsó a cerrar los ojos en un acto inconsciente para aguzar el sentido del olfato. Quería que Kovać le oliese esa mezcla de flores y maderas en el cuello. Lo compró.

Regresó al departamento. Se enfundó en los *jeans* y se puso una camisa azul noche con un cinto color suela. Se calzó los borcegués negros. Se perfumó sin exagerar, se cepilló el largo cabello negro y salió. Eran las once y cinco, todavía temprano. Igualmente, se puso en marcha incitada por las ansias de verlo. Llegó al gimnasio poco después. Permaneció unos minutos en la Nissan haciendo ejercicios respiratorios para calmarse. Temía enrojecer cuando sus miradas se encontrasen, o

que la garganta se le cerrara, o que se le secase la boca y fuese incapaz de articular. Le temía al ridículo.

A punto de descender, soltó la manija de la puerta al advertir por el espejo retrovisor un automóvil que se aproximaba y que disminuía notablemente la velocidad frente al Klub Bubamara. No era el BMW azul del día anterior sino un Škoda Octavia blanco. Superado el ingreso al gimnasio, el automóvil aceleró y dobló a la derecha en la siguiente esquina. Volvió a aparecer en el espejo retrovisor un par de minutos después; resultaba obvio que había dado la vuelta a la manzana. Pasó de nuevo junto a la camioneta, y La Diana memorizó la matrícula. En esa ocasión, el Škoda se detuvo frente al ingreso del Bubamara. Se abrió la puerta del acompañante, pero nadie descendió. Segundos más tarde, un hombre de espaldas cargadas y un metro ochenta de estatura, la cara cubierta entre el abrigo y la gorra de lana, salió del gimnasio a paso rápido y subió al vehículo, que arrancó antes de que cerrase la puerta. La Diana se quedó observando la cola del automóvil que se alejaba calle arriba. Cinco minutos después, cuando se convenció de que no volvería, descendió.

Entró en el gimnasio y lo divisó en el *ring* con un grupo de niños de unos ocho años. Lazar Kovać miró hacia la entrada y, al avistarla, le dirigió una sonrisa tan plena, tan expansiva y generosa que se le cortó el aliento. Sus labios temblaron al devolvérsela, y cuando desvió la vista, avergonzada como una quinceañera, se topó con el ceño de la secretaria, la que el viernes mascaba chicle y se limaba las uñas; en ese momento, alternaba miradas severas entre ella y Kovać. La Diana suspiró, decepcionada de no ser la única cautivada por el excéntrico pope.

Se ubicó en una mesa del bar, la más cercana al *ring*, y enseguida el camarero, el tal Azem, se aproximó con una sonrisa que le destacó los ojos verdes. La Diana corroboró el cálculo del día anterior; no contaba con más de diecisiete años. Era muy bonito, delicado, con facciones casi femeninas, sobre todo los labios y lo marcado de los pómulos.

—Hola. Tú debes de ser Diana.

—Sí. Y tú, Azem.

—Así es. Laza ha estado esperándote. Se lo ha pasado mirando hacia la entrada.

«Eso sí que es mandar de cabeza a un amigo», pensó con sarcasmo para no ilusionarse. «¿De qué te sirve sentirte halagada si no serías capaz de soportar su mano sobre la tuya?», se cuestionó.

—Disculpa, Azem. ¿Qué decías?

—Si quieres café y de esas *tulumbas* que te serví ayer.

—Sí, por favor. Son muy buenas.

Volvió la vista hacia el cuadrilátero, y de nuevo sus miradas se encontraron. Resultaba obvio que había seguido el diálogo con Azem. Una niña vestida con un *dobok* blanco y peinada con dos trenzas largas y rubias se le colgaba de los antebrazos y saltaba para atraer su atención. Él se mecía al ritmo de los saltitos de la pequeña y seguía mirándola a ella con intensidad deliberada. ¿Qué pretendía

comunicarle? Era de locos que se contemplasen de esa manera tan íntima, con la facilidad y la confianza que se ganan tras un tiempo de relación. ¿Sería un sacerdote mujeriego? ¿Actuaría de ese modo tan descarado con frecuencia? Evocó a las madres del día anterior y el comportamiento atrevido con que algunas intentaban seducirlo; la consoló la indiferencia que él les había destinado.

Al final Kovać acabó bajando la vista para atender el reclamo de la alumna. Lo envidió por no aborrecer el contacto. A ella le resultaba especialmente intolerable el de los niños. Pensó en Daisy, y le sobrevino una tristeza profunda, que debió de reflejarse en su rostro pues cuando Kovać volvió a mirarla unió las cejas.

—Aquí tienes —dijo Azem, y depositó la bandejita con el café y las masas.

—*Hvala* —agradeció.

La clase acabó a las once y media, y el pulso de La Diana se aceleró cuando Kovać, aún enfundado en el *dobok* negro, descendió del *ring* y se aproximó a su mesa. Tenía los pies descalzos, y el descubrimiento le ocasionó una reacción desmesurada. No se cuestionó que tan simple imagen, que veía a menudo en el gimnasio de L'Agence, le alterase el ritmo de las pulsaciones, pues era inexplicable como todo lo que le provocaba ese hombre al que tan solo había conocido el día anterior. Apoyó la taza en el plato; le temblaba la mano.

—Buen día, Diana —la saludó.

—Buen día.

—Algo te preocupó. Recién —se explicó—. Lo vi desde el *ring* —dijo—. Tu cara cambió. De pronto lucías angustiada.

—Pensaba en Daisy, mi sobrina de un año —contestó sin meditar en lo que estaba a punto de desvelarle—. Nunca he sido capaz de tocarla —siguió barbotando como si no controlase lo que su boca expulsaba.

—Ya lo lograrás —aseguró Kovać en una frase trillada y sin fundamento; no obstante, que la expresase él le confería valor, el de una verdad indiscutible.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó con acento afligido.

—Porque eres demasiado inteligente para cederle el control de tu vida a una fobia. Azem —lo llamó sin pausar ni dejar de mirarla—, lleva una silla al campo de juego para Diana. En unos minutos llegarán los niños de Bubamara. ¿Crees que te hará frío? —se preocupó de repente.

—No. Me encantará verte practicar con tus alumnos.

Absorbida como estaba por la presencia de Kovać, no se percató del hombre sesentón, alto y de barba gris bien recortada que se aproximaba. Lo reconoció cuando lo descubrió junto al sacerdote; se trataba del contrincante con quien Kovać había estado practicando boxeo el día anterior.

—Tú debes de ser Diana —dijo a modo de saludo, sin extender la mano.

—Sí, soy Diana. Buenos días.

—Diana, te presento a mi amigo y dueño de este gimnasio, Branislav Mesić.

—Llámame Brano y tutéame, por favor. No me hagas sentir viejo.

—OK, Brano —contestó La Diana.

Lazar Kovać se excusó y se alejó en dirección de los vestuarios. Brano apartó una silla y la ocupó.

—¿Así que irán a almorzar a lo de Goga? —La Diana asintió—. Le caerás bien, y ella a ti. Es de las pocas mujeres de Sarajevo que no suspira por mi muchacho. Se quieren profundamente, sí, pero como hermanos.

Sintió curiosidad por eso de «mi muchacho» expresado en un tono paternal y con afecto evidente.

—Es un sacerdote —adujo para seguir la charla.

—Eso no detiene a las mujeres. Jovanka, mi hija —sin volverse, señaló con el pulgar por sobre el hombro a la secretaria que mascaba y se limaba—, está loquita por él desde que era una niña. Tiene novio, pero estoy seguro de que lo mandaría a paseo si mi muchacho le hiciese caso. En cambio Laza... —agitó la cabeza en señal de disconformidad o aflicción—. Él solo piensa en sus alumnos y en su iglesia.

—¿Hace mucho que lo conoce? Perdón —se corrigió ante la mueca de Brano—. ¿Hace mucho que lo *conoces*?

—Laza tenía dieciocho años. Ahora tiene treinta y nueve, por lo que... —se rascó el mentón—. Hace veintiún años que lo conozco. Habría acabado preso o asesinado o muerto por sobredosis si mi hermano no lo hubiese rescatado y traído a vivir aquí.

La curiosidad estaba alcanzando niveles que las buenas maneras no lograban contrarrestar.

—¿Por qué habría acabado tan mal?

—Vivía en la calle desde los quince. Él y su hermano del alma, Momo, los dos vivían en la calle. Eran salvajes. Muy pícaros y rápidos, eso sí; de otro modo no habrían sobrevivido esos tres años.

La Diana se preguntó por qué le refería cuestiones tan delicadas e íntimas y, sin hallar una respuesta coherente, siguió aprovechándose de la naturaleza confiada del hombre.

—¿Cómo los conoció tu hermano?

—Mi hermano Ivo es sacerdote, y en su iglesia había organizado un comedor y un refugio para los mendigos, los que estaban en situación de calle, como se dice ahora. Bueno, más situación de calle que la de Laza y Momo no había, por lo que cada dos por tres comían y dormían en el refugio de mi hermano, en especial durante el invierno. Mi hermano, acostumbrado a lidiar con gente de ese tipo, enseguida reparó en que esos dos, sobre todo Laza, eran distintos. Laza era educado, sorprendentemente culto, hasta resultó que sabía tocar el violonchelo y hablar en inglés y en francés. Me convenció para que los tomase como empleados en el gimnasio y que les permitiese dormir aquí. Ivo siempre consigue lo que se propone, ya lo verás, Diana, cuando lo conozcas.

¿Lo conocería? Ella no había llegado a Sarajevo para encontrarse con los amigos de Kovać. Su misión era clara y precisa, y socializar no formaba parte del plan. Y sin

embargo, la atraía la idea de entrar en el mundo de ese hombre por el cual estaba sintiendo cosas que la asustaban, le aceleraban el pulso y le devolvían la esencia de mujer, la que ella había trabajado duro para sojuzgar y que Lazar Kovać despertaba solo con clavarle la mirada. ¿Cómo lo conseguía? ¿Por qué?

—Fue muy generoso de tu parte —comentó La Diana—. Después de todo, eran dos desconocidos.

Descubrió a Kovać apostado bajo el dintel de una puerta lateral que conducía al campo de juego contiguo, ese que se veía desde la calle a través del alambre tejido. Se había cambiado, y vestía un clásico conjunto de gimnasia azul con tres líneas blancas a los costados; llevaba una pelota de fútbol calzada bajo el brazo y un silbato al cuello. Los contempló con insistencia hasta que cruzó el umbral y desapareció al cerciorarse de que lo habían visto.

—Ven —la invitó Brano—, salgamos. Laza quiere que estés allí. Sí, fue generoso de mi parte —retomó el hombre con risa en la voz mientras atravesaban el gimnasio y salían por la puerta lateral—. Y como dices tú, eran dos desconocidos, dos muchachitos de la calle que se regían por la ley del talión y la del más fuerte. Pero enseguida me demostraron que estaban hechos de buena pasta y se ganaron mi corazón. Se convirtieron en mis hijos, *nuestros* hijos, debería decir; míos y de mi mujer, y también de Ivo. Cuestión que les enseñé todo lo que sé, boxeo y artes marciales, e Ivo los persiguió para que terminasen el secundario, lo cual los dos hicieron. Momo no quiso ir a la universidad y siguió ayudándome en el gimnasio. Pero nuestro Laza obtuvo su título de psicólogo con las mejores notas.

La Diana se daba cuenta de que la sensación que le cosquilleaba en el pecho la provocaba el orgullo que sentía por Kovać, como si él le perteneciese, como si estuviesen inequívocamente unidos, y sus éxitos fuesen también de ella. A esa altura, había renunciado a sofocar los pensamientos y las emociones ridículas que venía experimentando desde el día anterior. Se dijo que se permitiría sentir; se daría el lujo de que el corazón le latiese por el simple hecho de tenerlo cerca; sería indulgente con ella misma y se consentiría esos momentos en que se sentía más viva que nunca, pues cuando terminase la misión y regresase a Londres, también regresaría la sensatez, y su cerebro volvería a funcionar correctamente, y los colores se desvanecerían, y el gris teñiría sus días de nuevo.

Brano le señaló la silla junto al campo de juego, y La Diana se sentó. Se trataba de una mañana fría aunque de cielo diáfano. Un grupo de niños de entre doce y trece años trotaba en torno a la cancha y marcaba un sendero sobre la nieve. Kovać encabezaba la línea. Cuando pasó a su lado, le guiñó un ojo, y ella, obnubilada por la emoción, le admiró el trasero, que se le marcaba bajo el pantalón de gimnasia azul. Respingado, de glúteos firmes, le inspiró un deseo loco: tocarlo. Jamás le había sucedido con Markov.

—Fue su hermano, entonces —dedujo La Diana—, el que le contagió el amor por el sacerdocio.

—¡Qué va! Ivo enfureció cuando Laza empezó a decir que quería profesar. «Tú amas a Cristo tanto como yo amo nadar desnudo en el Miljacka en el mes de enero», le reprochó en una ocasión en la que discutieron fuertemente. «Lo haces por las razones erradas», le advirtió, y mi hermano rara vez se equivoca.

Algo similar le había confesado Kovać la noche pasada, que había entrado a formar parte de la Iglesia como consecuencia de un juicio de valor equivocado. «¿Qué razones erradas?», le habría preguntado a Brano si no hubiese considerado que se habría sobrepasado. El hombre, no obstante, parecía dispuesto a contarle todo.

—Para nuestro Laza, la religión se convirtió en una excusa, un escape. Un refugio —añadió tras una pausa, y suspiró—. Aunque dudo de que siga por mucho tiempo como sacerdote. Menos que menos... —Le sonrió—. Anoche, apenas tomaste tu taxi, me llamó. Estuvo hablándome de ti hasta la una y media de la mañana, hasta que mi mujer levantó el otro teléfono y le ordenó que se fuese a dormir.

—Le tocaba la misa de las seis y media —simuló preocuparse La Diana, y tenía la impresión de que estaba fracasando en ocultar el regocijo causado por el comentario.

—No hubiese dormido de todos modos, él mismo me lo dijo. —Perdió la mirada en el campo de juego—. Estaba exultante, su voz sonaba distinta. —Se volvió rápidamente hacia ella—. Diana, no creas que hablo tan abiertamente de mi muchacho con cualquiera. Solo quería que supieses lo especial que él es, no solo para nosotros, que somos su familia, sino para todo el que lo conoce. Es un hombre excepcional. Y creo que tú eres especial para él.

—Nos conocimos solo ayer —admitió, con el corazón que le batía fuerte.

—¿Hay alguna ley que fija el tiempo que se necesita para reconocer que alguien es especial?

La Diana enrojeció y bajó la mirada.

—Es cierto —admitió por fin—, no se necesita demasiado tiempo para apreciar qué persona tan espléndida es Lazar Kovać.

—¡Ja! —exclamó el hombre—. Espléndida persona, no podrías haber elegido una palabra más acertada. Sí, mi muchacho es espléndido. Valoro tu percepción. ¿Aceptarías cenar con nosotros mañana por la noche? Mi mujer está deseosa por conocerte.

—Será un honor.

* * *

A las doce y diez, otro profesor se hizo cargo de la clase de fútbol y Kovać marchó a los vestuarios. Apareció veinte minutos más tarde, con el cabello húmedo y suelto. La Diana se quedó mirándolo en tanto él, de espaldas, le daba indicaciones a uno de los empleados del gimnasio. Era más largo que el suyo, negro como el carbón y con

ondas que apenas se insinuaban. Y de nuevo tuvo esa loca idea, la de entretejer sus dedos en los mechones.

Kovać se volvió hacia ella, y La Diana no se molestó en apartar la vista. Se contemplaron con seriedad a través del espacio ruidoso y lleno de gente. «Es tan hermoso», pensó, y le admiró la elegancia natural en tanto se aproximaba, los ojos inmutables en los suyos. Bajo el sobretodo azul se adivinaba un pulóver de color marfil cuello alto sobre el que descansaba la barba. Los *jeans* gastados le destacaban las piernas largas y el andar sereno.

Se detuvo delante de ella, muy próximo, y La Diana echó la cabeza hacia atrás para encontrarle la mirada. La alcanzó su olor a limpio, a jabón, a fresco. Él guardaba silencio en tanto le estudiaba el rostro con ojos que la recorrían, ávidos, con cierto descaro, pero sin hipocresía. ¿Cómo era posible que se contemplasen de ese modo sin experimentar pudor ni vergüenza? Sus miradas expresaban palabras prohibidas.

—Tu perfume está volviéndome loco.

—Lo compré esta mañana —le confió con esa inclinación a abrirse a él como si le hubiesen inyectado pentotal.

—¿Lo compraste por mí?

La Diana percibió el calor que le cubría las mejillas y bajó las pestañas cuando él sonrió. Se sentía una inexperta, pero no la fastidiaba.

—¡Laza! —exclamó Azem, y Kovać se giró para atender el llamado.

El muchacho quería que lo llevaran a lo de Goga.

—¿Por qué me lo pides si sabes que tienes que ir al colegio? Ya deberías estar saliendo.

—Era solo un tentativo —se justificó el joven—. Creí que te atraparía con la guardia baja —añadió y sonrió en dirección a La Diana.

Kovać lo miró fijamente y arqueó una ceja. Azem los acompañó hasta la Nissan Patrol y soltó un silbido, extasiado con la cuatro por cuatro.

—¿Cuándo me enseñarás a conducir, Laza?

—Ya te lo dije, cuando termines el secundario.

—Cuando termine el secundario iré a sacar la licencia. Mientras tanto, podríamos ir practicando.

—¿En qué auto? Brano no quiere prestarte el suyo.

—Podrías pedirle al padre Boro su Renault Mégane. Es un desperdicio que uno como él tenga una máquina semejante.

—El padre Boro a duras penas me soporta, Azem. ¿Cómo crees que reaccionaría si le pidiese prestado el auto para enseñarte a conducir?

Se despidieron poco después. La Diana puso en marcha la camioneta.

—¿Te molesta si antes de ir a lo de Goga pasamos por dos sitios? —inquirió Kovać.

—En absoluto.

Fueron primero al bar a buscar el violonchelo; Kovać estaba dándole clases a la hija de Goga, Zaína. La Diana permaneció en la camioneta y, desde allí, lo vio interactuar con las mujeres, a las que se les iluminaron los rostros cuando él entró en el local. Después se dirigieron a la oficina central del correo; Kovać necesitaba despachar con urgencia una carta. La Diana encontró estacionamiento a dos cuadras y lo acompañó hasta el enorme y emblemático edificio de la época en que Bosnia había pertenecido al Imperio Austro-húngaro. Se aproximaron a una ventanilla libre, y el sacerdote se mostró muy interesado en enviar la carta a través del sistema más rápido y seguro. La Diana no alcanzó a ver a quién iba dirigida; solo identificó adónde: Belgrado, la capital de Serbia. Se enamoró de la caligrafía en cursiva, de trazos estilizados, largos y claros.

Abandonaron el edificio y caminaron en silencio las dos cuadras hasta la Nissan. Lo miraba de soslayo y lo notaba caviloso. No se atrevía a invadir su abstracción, pero le habría gustado saber en qué pensaba. ¿Se encontraría ella en el centro de sus soliloquios? Desestimó la idea por presuntuosa. Claro que no, Kovać debía de tener cuestiones más importantes con que lidiar. Le admiró el perfil, la nariz delgada, recta y pequeña. Si bien estaba habituada a los hombres altos, se sentía pequeña junto a él, y eso le proporcionaba una agradable sensación de seguridad.

—Si quieres —le ofreció, mientras arrancaba la Nissan—, puedes usar esta camioneta para darle lecciones a Azem.

—Gracias, pero tengo que ser firme con él. Primero terminará los estudios; después aprenderá a conducir.

—Lo quieres mucho, ¿verdad?

—Sí.

—¿Es hijo de Brano?

—Hijo adoptivo desde hace dos años —aclaró—. No conocemos a sus padres biológicos. Nos ha sido imposible ubicarlos.

—Oh.

—Suponemos que se fueron de Bosnia después de la guerra.

Creyó que no le hablaría al respecto, por lo que se sorprendió cuando, tras un silencio, él manifestó:

—Azem fue víctima de una red de pedofilia durante muchos años. Seis, para ser más exacto. Desde los nueve hasta los quince, que fue cuando la Interpol lo rescató en Milán gracias al trabajo de Duga Sarajevo.

—¿Cómo cayó en manos de la red?

—Durante la guerra —contestó, y La Diana se arrepintió de haberle preguntado; su curiosidad estaba causándole tristeza; se adivinaba fácilmente en el gesto severo de labios apretados.

—Te pido disculpas por mi intrusión. No he debido preguntar.

Kovać giró la cara de pronto, alarmado.

—Diana, tú puedes preguntarme lo que desees —declaró, y la asombró su vehemencia; le había dado la impresión de ser siempre calmo y medido.

—Pero no quiero causarte dolor con mi interés por saber.

—No es tu interés el que me hace daño, por el contrario, tu interés me reconforta. Dobra aquí —le indicó, y La Diana condujo en silencio durante algunas cuadras.

—Para mí es muy difícil hablar del pasado.

—Lo sé —dijo Kovać.

—¿Qué sabes? —preguntó de buen modo.

—Que guardas un dolor inmenso en tu corazón.

—¿Cómo lo sabes?

—Sé reconocer a los de mi especie.

—¿Es muy grande tu dolor? —se atrevió a inquirir.

—Hoy no parece tan grande. Hoy me siento feliz.

Fue incapaz de reprimir la sonrisa que le desveló los dientes. Solo atinó a mantener la vista hacia delante. Durante unos minutos, Kovać se limitó a indicarle por dónde ir.

—Los padres de Azem —retomó— pagaron a una ONG para que lo sacara de Sarajevo y lo cuidase en tanto terminaba el conflicto y las cosas volvían a la normalidad. Al menos, eso creemos; era práctica común por aquel entonces. Él solo se acuerda de que le dijeron que volverían a verse apenas terminara la guerra y lo subieron a un autobús. Nunca volvió a verlos o a saber de ellos. La red de pedofilia lo tragó y lo convirtió en alguien invisible. —Tras una pausa, manifestó—: Es VIH positivo.

—Lo siento.

—Lo admiro por haber sobrevivido a ese calvario y emergido tan buena persona.

—¿Vive en el gimnasio, como lo hacían tú y Momo?

—Así que de eso hablabas con Brano. De mí —dijo con acento divertido.

—Tu historia es fascinante —admitió, también con risa en el tono.

—Tú me resultas fascinante.

—No sabes nada de mí —susurró, de pronto cohibida, más bien deprimida.

—No es necesario *saber*. Ciertas cosas se perciben, como por ejemplo que estoy frente a una persona fuera de serie.

—Me siento un bicho raro, una persona averiada.

—Yo creo que eres demasiado perfecta.

—¿Demasiado perfecta? —se extrañó y, aprovechando el semáforo en rojo, lo miró a la cara. Él no sonreía; se tomaba muy en serio la afirmación.

—Demasiado perfecta —repitió—. Demasiado hermosa, demasiado buena, demasiado generosa.

—Hice cosas que me avergüenzan.

—¿Quién no? Aun las personas que llevan una vida normal hacen cosas que las avergüenzan, imagínate nosotros que tuvimos que lidiar con situaciones extremas en

las que el dolor y el abuso eran cosa de todos los días. Diana, a ti y a mí no nos tocó vivir, nos tocó sobrevivir.

—¿Qué imaginas acerca de mí, Lazar?

Era la segunda vez que lo llamaba por su nombre, y lo que se habría juzgado una acción trivial, a ellos los conmovió.

—Sé que padeciste una de las guerras más crueles y estúpidas en el epicentro de la contienda, en el valle del Drina. Creo que fuiste objeto de abusos y de humillaciones que habrían enloquecido a otra mujer menos fuerte que tú, y sin embargo aquí estás, muy entera y equilibrada, mirándome con los ojos celestes más hermosos que he visto en mis casi cuarenta años. Solo encuentro pureza y bondad en esa mirada. No dudo de que tienes oscuridades, como las tenemos todos, pero creo que tu luz es tantas veces más potente que las sombras a las que temes, las que te avergüenzan al punto de impedir que te toquen o de prohibirte tocar. Tu fobia, Diana, y quiero que comprendas bien lo que estoy por decirte, tu fobia es un castigo que te impones y no un rechazo o asco por el otro. Es solo eso, un castigo, una penitencia. El día en que te perdones, levantarás la barrera y podrás vivir en plenitud.

Endureció el gesto para contener el llanto. Detuvo la camioneta; no conduciría en ese estado. El automóvil de atrás bocinó, por lo que dio un volantazo y se estacionó en doble fila. Aferró el volante hasta que los nudillos cobraron una tonalidad blanquecina, y fijó la vista en la calle, que pronto se tornó borrosa. Las lágrimas descendieron, y su respiración irregular se convirtió en el único sonido del habitáculo. Acabó por descansar la frente en las manos sujetas al volante.

La paradoja radicaba en dos hechos que se producían al mismo tiempo: no la avergonzaba llorar frente a él, casi un desconocido, y deseaba que la abrazara, oh, cuánto lo deseaba. Pero también, cuánto le temía.

—De los horrores que viviste —siguió hablando él—, sospecho que hubo uno que te marcó con especial brutalidad, y fue ese trauma el que te arrojó a las garras de la afenfosfobia. Cuando estés lista, podrás hablar de él. Para mí sería un honor que me eligieses para hacerlo.

¿Qué estaba sucediendo? Había viajado a Sarajevo para encontrar a un tal Lazar Kovać que podía ayudarla o no con la investigación del general, solo eso, y ahí estaba, hecha un mar de lágrimas, a punto de barbotarle sus secretos mejor custodiados. ¿De qué modo la situación se había tornado tan confusa, tan difícil de controlar? Se acordó de los tres arcanos del tarot, La Torre, El Diablo y El Loco, y se dijo que no debía sorprenderse, ellos le habían advertido que ese viaje se habría desarrollado de cualquier forma menos de acuerdo con lo esperado. No habían transcurrido veinticuatro horas desde que El Loco había ingresado en su vida y ya estaba destruyendo La Torre en la que se había encerrado para estar a salvo. Recordó vivamente lo que Juana Folicuré le había prevenido: «La Torre, en la cual has vivido encarcelada, está derrumbándose. Es hora de saltar hacia el infinito. De igual modo, si te quedases en La Torre perecerías. Perdido por perdido, mejor anímate y salta».

—Quiero que imagines que estoy abrazándote —le pidió Kovać, y su voz grave y profunda vibró dentro de la camioneta y le erizó la piel—. Quiero que imagines mis brazos en torno a ti. Te sostienen, yo te sostengo, y tú apoyas la cabeza en mí y te sientes cómoda. Entre mis brazos te sabes segura, sientes confianza, por eso vas notando cómo se te calma el ritmo del corazón. Imagínalo, Diana. Imagina que te concedes una indulgencia y que permites que te den conforto porque lo mereces. Ya no estás castigada. Es hora de volver a vivir. Permíteme abrazarte, aunque sea en tu mente. Eso bastará para hacerte sentir mejor por el simple hecho de que ya no te sentirás sola. Confía en mí.

«Perdido por perdido, mejor anímate y salta», evocó de nuevo, y, sin despegar la frente del volante, aflojó la mano derecha, la arrastró hasta la consola de los cambios de marcha y allí la dejó quieta a la espera de su destino, que no la defraudó, llegó segundos después en la forma de un contacto tan sutil como el roce de una libélula. Soltó un gimoteo, mezcla de pánico y de conmoción. Las palabras que él le dirigió la serenaron como nada.

—Diana, confía en mí. Yo puedo liberarte. Es hora de que te permitas descansar. Has estado demasiado tiempo alerta. Has cargado con ese peso durante tanto tiempo. Te admiro, no creo que puedas imaginar cuánto. Pero llegó el momento de compartir la carga. Permíteme ayudarte.

Le recorrió el dorso de la mano con lo que ella suponía era la punta del índice, y un estremecimiento la sacudió, una corriente poderosa para nada desagradable que le acentuó el erizamiento de la piel aun en sitios impensables. Kovać arrastró el índice por el dedo mayor hasta la punta, e hizo el camino inverso hasta la muñeca, y así con cada dedo, iba y venía. La Diana percibía la flojedad que se apoderaba de su cuerpo; resultaba incontrolable; luchaba por rebelarse al contacto, pero si hubiese retirado la mano habría estado mintiendo; pocas veces había experimentado esa paz, ni en los tiempos previos a la guerra.

—¿Cómo te sientes? —quiso saber él sin dejar de tocarla.

—Bien —dijo, con voz cascada—. Muy bien —añadió—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por hacerme sentir normal.

—Eres normal.

—No.

—Sí, lo eres. Tú y yo hemos tenido vidas... interesantes —resolvió—, pero pese a todo somos normales. Somos más normales porque hemos transitado por verdaderos infiernos y aquí estamos, haciéndoles frente a nuestros demonios.

—Los míos tienen forma de dragón —le confesó, y lo oyó reír entre dientes.

Se incorporó con deliberada lentitud. A un tiempo, temía y anhelaba volver a encontrar sus ojos. Y cuando por fin se atrevió a levantar los párpados, la bondad en la expresión de Kovać le arrancó un sollozo. Se cubrió la boca con la mano que él no tocaba, y las facciones frente a ella se desdibujaron.

—Eres lo más lindo que he visto en mi vida —lo escuchó afirmar.

—Tú eres el mar —pensó ella en voz alta—. Eres el mar para mí.

—Seré lo que tú desees que sea.

—Lazar... —balbuceó con acento quebrado y levantó la mano izquierda. ¿Se atrevería? ¿Vencería al dragón cuyas garras le impedían tocarle la barba como había deseado la noche anterior? Apenas apoyó la punta de los dedos, un golpe la echó hacia atrás, contra la puerta. Kovač le aferró la mano y, por más que luchó, él no se la soltó.

—Diana —la llamó sin perder el control, sin alzar la voz—. Diana, mírame. Mírame, por favor. No permitas que el dragón gane la partida. Tú puedes vencerlo. Me tienes a mí. Mírame.

Una nota de angustia en su acento la alcanzó como una flecha en el mismo sitio donde el miedo la había golpeado, y el nudo de dolor y opresión comenzó a disolverse.

—Sigue mi voz —le propuso, y ella asintió—. Y mírame fijamente. Quiero que sepas que nada he deseado tanto, y te aseguro que en esta vida he deseado, y mucho, pero nada como llegar a ti. No creo que seas consciente de lo que tu aparición significa para mí. Me sentía perdido. Aunque estoy rodeado de gente que me ama, siempre me he sentido perdido. Y solo. Ayer, cuando te vi en el bar y te vi mirarme como lo hacías, con esa emoción tan genuina, ¿cómo describir lo que me hiciste sentir?

—Fue igual para mí —se atrevió a balbucear—. Y sentí celos de tus alumnos que te conocen y que tienen tu atención.

—Pero ni ellos ni nadie me hace sentir como tú.

—¿Cómo te hago sentir?

—Vivo.

El llanto se le mezcló con la risa inspirada por la alegría más pura que solo en esa instancia apreciaba cabalmente. Lo vio llevarse su mano a los labios.

—Me haces sentir vivo —repitió él, y su aliento le acarició la piel—. Pero lo más desconcertante es que anhelo seguir viviendo solo porque tú estás aquí.

—Esto no es normal —se rebeló.

—¿Por qué? ¿Alguna vez tu vida fue normal? La mía, jamás.

La hizo reír. La risa se cortó cuando le adivinó la intención: se disponía a besarle la mano. La sujetaba firmemente, y hasta allí lo soportaba con dignidad. Sus labios eran otra cuestión.

—No dejes de mirarme. Voy a besarte.

—Lazar...

—Shhh... Concéntrate en la sensación de mi boca sobre tu piel. Concéntrate en las sensaciones que te proporciona. Tienes la piel tan suave —susurró y, sin apartar la mirada de la de ella, le pasó los labios gruesos por los nudillos—. ¿Me sientes?

—Sí —respondió—. Tus labios son suaves —añadió con voz entrecortada, un espejo de los temblores que la recorrían—. Y... mullidos —concluyó.

—¿Te gusta mi boca?

—Sí. Recuerdo que la primera vez que vi tu foto lo que más llamó mi atención no fue tu barba, sino tu boca grande, de labios gruesos.

—¿Me deseaste?

—No me permito desear.

—¿Me deseas ahora? —Ella contuvo el aliento, y él le exigió una respuesta con la mirada inexorable—. Dime, ¿me deseas ahora?

—Sí —admitió, en tanto se preguntaba de dónde tomaba el coraje.

«De él», se respondió y, con la vista fija en la de ese hombre, El Loco del tarot, se dio cuenta de que la gratitud que le inspiraba estaba convirtiéndose en algo tan inmenso que la asustó. Intentó retirar la mano, pero él se lo impidió de nuevo con delicadeza.

—No eres tú quien desea retirar la mano sino el dragón, que está obligándote. No quiere que seas feliz porque si lo eres, ya no lo necesitarás. Tócame, por favor. Tú eres la dueña de tu vida, no él. Tócame. Ahora me tienes a mí. Si el ataque de pánico llega, yo estaré a tu lado para ayudarte a superarlo. Confía en mí, Diana.

«Anímate y salta», se recordó, y levantó el brazo porque en verdad deseaba tocarlo, ella, Mariyana Huseinovic, anhelaba estirar la mano y alcanzar esa maravilla que se hallaba a pocos centímetros, ese esplendor que era Lazar Kovać, que quizás había sufrido más que ella y que por ser miles de veces más fuerte estaba convirtiéndose en su columna, su roca, su áncora. Ya no se cuestionaba cómo los sucesos habían desembocado en ese punto. Saltó. Y le tocó la barba. Se quedó mirando su mano pálida contra el pelo negro. Advirtió el estremecimiento de él, y lo vio inspirar profundamente y bajar los párpados, tan afectado como ella a causa del contacto. Se trataba de una experiencia fascinante, la de haber vencido al dragón y la de permitirse ese instante de gozo y de placer.

Kovać mantuvo los ojos cerrados solo un momento, hasta que los abrió para ella. Lo sabía, había vuelto a abrirlos para que ella no perdiese el rumbo, porque sus ojos eran como faros en la tormenta. La noche anterior había anhelado entrelazar los dedos en la masa compacta que formaba la barba y alcanzarle la piel.

—Quiero tocarte la mejilla. ¿Puedo?

—Puedes hacer lo que quieras.

Hundió los dedos en la barba, más compacta y abundante de lo que había imaginado, y se le ocurrió preguntarse si su cuerpo sería peludo. ¿Tendría el tórax cubierto de vello oscuro? El deseo se convirtió en una pulsación en el bajo vientre, más abajo aún, entre las piernas. El latido la tomó desprevenida, no recordaba haberlo experimentado con Markov. Pulsaba con tanta rapidez y pertinacia que dolía.

—Eres hermosa —expresó Kovać, y La Diana se dio cuenta de que no se había tratado de una declaración deliberada sino que estaba pensando en voz alta, y el

cumplido le pareció más sincero y doblemente halagador.

—Tú también —admitió—. Ayer, cuando te vi en el *ring* y le sonreíste a Brano, me quitaste el aliento. Tienes la sonrisa más perfecta que conozco.

El ulular de un teléfono rompió el encanto; era el de Kovać. La Diana retiró los dedos de la barba y se acomodó frente al volante.

—Hola —respondió, y habló durante pocos segundos antes de cortar—. Lo siento —dijo, y estiró la mano y le rozó el filo de la mandíbula.

La Diana cerró las manos en el volante y enseguida se relajó al notar que el pánico y el ahogo no llegaban. Él había retirado la mano, probablemente al percibir que ella se tensaba.

—Era Goga —comentó—. Quería saber por qué demorábamos.

—Vamos, entonces.

—Diana, mírame.

Se volvió y, aunque pugnó por ocultarse tras una máscara, la mirada dulce y comprensiva de él la desarmó, y le ofreció en cambio la expresión desolada que era el reflejo de su alma.

—Ey, ¿qué sucede?

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—De que esto sea lo único que pueda darte —confesó, mientras evocaba las escenas con Sergei Markov, en las que todo había marchado bien hasta la instancia en la que ella debía entregarse; entonces, los dragones la destrozaban.

—¿Quieres darme más?

—Sí.

—¿Qué quieres darme?

—Lo que una mujer normal le da al hombre que desea.

—Y yo deseo que me lo des, como a nada en este mundo —agregó—. Quiero que lo sepas y que no dudes de eso. —La miró con intensidad hasta que La Diana asintió—. Entonces, si lo deseas, ya tienes la mitad de la contienda ganada.

—¿Tú crees?

—Lo creo. Y ahora vamos a lo de Goga.

* * *

Goga vivía en el barrio de Dobrinja, junto al aeropuerto de Sarajevo. Durante la guerra, por encontrarse en el frente, había sido el sector más bombardeado de la ciudad. La Diana observaba las casas y los edificios, algunos todavía en ruinas, otros en proceso de reconstrucción, casi todos con cicatrices de morteros en sus fachadas, y se preguntaba qué historias de vidas deshechas encerrarían sus paredes.

Entraron en el departamento de Goga, y una niña saltó sobre Kovać, que la sujetó con un brazo mientras con el otro acarreaba el violonchelo. La Diana lo desembarazó del instrumento, y el hombre le agradeció con una mirada antes de responder a los besos y abrazos de la pequeña, que se contorsionaba pues la barba de su tío Laza la pinchaba. Reía a carcajadas y agitaba la cabeza, provocando que sus rizos de una tonalidad rubio ceniza le rebotasen sobre los hombros. Kovać la cargó hasta el interior de la cocina mientras le hacía preguntas acerca de la escuela y de sus amigas. La Diana entró en el pequeño y caluroso recinto, y avistó a una mujer menuda y bajita, con el cabello castaño en un corte *pixie*. Sacaba una fuente del horno. Debía de ser Gordana.

—¡Era hora! —se quejó, y al volverse La Diana le descubrió unos ojos grandes y oscuros que le resaltaban en el rostro pequeño. Le calculó unos cuarenta años bien llevados—. Si la carne se secó no será por mi culpa.

—Estará exquisita como siempre —la tranquilizó Kovać, y la besó dos veces en las mejillas—. Goga, te presento a Diana.

La mujer se acomodó el jopo y sonrió con timidez.

—Hola, Diana. Bienvenida —balbuceó, mientras restregaba el delantal de cocina con manos nerviosas; resultaba palmario que no sabía qué hacer con ellas, por lo que dedujo que su amigo le había advertido que no la tocara. Obtuvo la confirmación gracias a la niña, que seguía en brazos de Kovać y la estudiaba con recelo.

—Tío Laza me dijo esta mañana por teléfono que no te tocara.

—¡Zaína! —se escandalizó la madre, y Kovać rio y besó a la pequeña en el carrillo regordete.

—¿Por qué no puedo tocarte? ¿Te duele?

—Sí —contestó para acabar con el asunto, intención que la niña no compartía.

—¿Fuiste al doctor? Cuando a mí me duele la panza o la garganta, mami me lleva a lo del doctor.

—Iré —contestó—. Gracias por el consejo.

—Y ahora, señorita —la cortó Kovać—, ve a lavarte las manos. Estamos por comer.

La niña corrió a los interiores, y La Diana experimentó un gran alivio. Goga la contemplaba y le sonreía con incomodidad.

—Laza me dijo que has venido para reemplazar al general.

—No creo que esté a su altura, pero sí, haré lo que sea posible para ayudarlos.

—Gracias.

—Goga —dijo La Diana—, mañana, por favor, controla la cuenta bancaria de Duga Sarajevo. —Kovać, que untaba un trozo de pan, se detuvo y alzó la vista—. Me olvidé de comentártelo —se disculpó—. He conseguido el dinero para pagarle al informante.

—¡Oh! —se asombró Goga—. ¡Excelente noticia!

—¿Quién te lo dio? —quiso saber, y su seriedad la tomó por sorpresa.

—Un amigo —contestó, y lo vio asentir y devolver su atención al trozo de pan, que le extendió cuando lo hubo cubierto de *pašteta*.

—Pruébalo, es de atún. Muy bueno. La hace Goga.

—Delicioso —admitió tras un primer bocado, y recordó el de Leila.

Zaína, desde la puerta de la cocina, agitó el dedito para llamarla, y La Diana no pudo evitar sonreír. Era encantadora, con su carita redonda y los ojos tan parecidos a los de la madre. Caminó detrás de la pequeña, que la llevó a la sala, donde ya habían puesto la mesa.

—Mira —dijo Zaína, y le señaló una pared con fotografías enmarcadas—. Ese es mi papá.

—Tú te le pareces —comentó La Diana, mientras fijaba la vista en otra del padre cuando era muy joven; le pasaba el brazo sobre los hombros a un muchacho bastante más alto. Era Lazar de unos veinte años, el rostro libre de barba y el pelo corto, aunque alborotado.

—¿Cómo se llama tu papá?

—Momo.

«Momo», recordó, el chico con quien Kovać había sobrevivido en las calles.

—¿No vendrá a comer?

—Papi no vive con nosotras. Él vive en el cielo, con Dios y los ángeles.

—Oh, lo siento —barbotó, y agregó, pensando que conseguiría borrar la mirada triste de la niña—: Mi papá y mi mamá también viven en el cielo. Murieron durante la guerra.

—Papi también. Lo extraño mucho.

—Y no sabes cuánto extraño yo a los míos.

—¿Lloras?

—A veces.

La Diana rompió el contacto visual y se alejó con el único objetivo de poner distancia. Se detuvo en la puerta de la cocina y no delató su presencia. Kovać y Goga hablaban de ella.

—¿Podemos confiar, Laza? ¿Qué sabemos de esta chica?

—El general me habló de Diana en nuestro último encuentro y me mostró su fotografía. Me dijo que era de su absoluta confianza. Hasta ayer, ella tampoco sabía si podía confiar en mí.

Goga detuvo el ir y venir y se plantó frente a su amigo. Se miraron a los ojos.

—Brano me llamó para advertirme de que era hermosa —expresó la mujer—. Pero nunca imaginé que tanto. Solo he visto mujeres de su tipo en revistas de moda. Te ha obnubilado —concluyó, y a La Diana le supo a regaño.

—Su belleza es indiscutible —acordó Kovać—, y creo que es el reflejo de su alma.

La Diana sonrió, sobrecogida por el anhelo de echarse en sus brazos y besarlo. Goga acunó el rostro de su amigo y lo miró con fijeza.

—Te pasan cosas con ella, ¿verdad?

—Sí, como nunca antes, y tú sabes lo inusual que es eso.

—Lo sé, pero solo la conociste ayer, Laza. Me sorprende tu comportamiento cuando siempre eres tan cauto y prudente. ¿Qué está sucediéndote? ¿Qué es esta locura? No sabemos quién es.

—Goga, ¿te acuerdas de cuando me contaste acerca de lo que sentiste cuando viste a Momo por primera vez? —La mujer rio apenas y asintió—. Me dijiste: «Lo vi, y de pronto la vida me pareció más hermosa que nunca».

—Eres sacerdote, Laza —le recordó.

—Sabes que estoy en crisis desde hace años.

—Y sabes que nada deseo más que tu felicidad, pero ¿qué harás si ella no te corresponde? ¡Ni siquiera puedes tocarla! —masculló entre dientes y con un aire exasperado que socavó la entereza de La Diana.

—No sé qué haré, Goga. Lo que sí he comprendido es que no puedo continuar con esta mentira. Quizá Diana llegó para sacudirme y para sacarme del sitio en el que estuve escondiéndome estos años por temor a sentir de nuevo. De camino hacia aquí —prosiguió Kovać— despaché una carta a Belgrado. Para el patriarca Pavle. Allí le comunico mi decisión irrevocable de abandonar la iglesia y de dejar los hábitos.

—¡Qué! —se pasmó la anfitriona, y La Diana necesitó apoyarse contra la pared.

—La escribí anoche. No podía dormir, no podía dejar de pensar en ella. No era justo seguir así. No era sensato —agregó—. Ya lo hice. Y no sabes lo bien que me siento.

—¡Oh, Laza! —exclamó la mujer.

Se abrazaron, y La Diana se asomó para contemplarlos; una oleada de envidia la obligó a retraerse de nuevo tras la puerta.

—No importa qué será de mí ahora —lo escuchó afirmar—. Solo sé que hice lo correcto. Estaba ahogándome. Ya no cumplía con mis obligaciones. Dar misa se había convertido en un suplicio, un castigo. Me sentía un hipócrita. Hoy iré a buscar mis cosas a la Transfiguración y me instalaré en el gimnasio.

—¿Puedes? ¿Está permitido?

—No —admitió él—, pero lo haré igualmente.

El corazón de La Diana bombeaba a tal velocidad que lo sentía latir en el pecho, pero también en la garganta y en los oídos. «Pues bien», reflexionó con simulada calma, «yo también vengo a ser El Loco para él. Yo también he llegado para derribar su torre». Dos fuerzan contendían dentro de ella: una dicha que conocía desde hacía pocas horas, desde que el exsacerdote ortodoxo había entrado en su vida, y el miedo, fiel compañero de tantos años, pues temía no estar a la altura de las circunstancias y decepcionarlo; miedo de que al final acabase en la nada.

—Por supuesto que no te instalarás en ese gimnasio frío —escuchó decir a Goga—. Te instalarás aquí, que es tu casa.

Se retiró con sigilo y se sentó en el sillón junto a Zaína, que veía unos dibujos animados. Lo vio aproximarse, y la sonrisa de él bastó para devolverle la serenidad. Kovać le ofreció la mano. Se la estudió; como todo en él, era perfecta, grande, fuerte, de dedos largos y callos amarillentos. Aceptó el ofrecimiento y apoyó la suya con ligereza. Cualquier incomodidad o pánico se desvaneció al comprobar en la expresión de Kovać lo feliz que lo hacía su confianza. Él cerró la mano y apretó apenas. Se miraron en lo profundo de los ojos.

—¿No te duele si tío Laza te toca la mano? —preguntó Zaína.

—No —contestó, sin apartar la vista de Kovać—, no duele.

—¿Por qué?

—Porque Lazar es mágico.

La necesidad de él por abrazarla resultaba evidente; la sentía como una vibración que le recorría el cuerpo. Ella a su vez deseaba que la abrazase como acababa de hacerlo con Goga; él ni siquiera lo intentó. La condujo de la mano a la mesa, y La Diana se obligó a disfrutar del milagro que estaba viviendo gracias a la tenacidad de Kovać. Se exhortó a no pensar en nada excepto en ese logro inconmensurable.

Al principio, el almuerzo se desarrolló en un ambiente poco espontáneo. Con el paso de los minutos, los ánimos se distendieron. Zaína acabó dormida en los brazos de su tío Laza, y La Diana aprovechó para ponerlos al tanto de la situación. Les refirió todo, en especial acerca de Callum Duncan.

—Es mi tío abuelo, hermano de mi abuelo materno —explicó—. Él es quien prometió darme el dinero para el informante. Sin él, sin sus contactos y su poder, no habría llegado hasta aquí. Él me consiguió la entrevista con la fiscal Dretar.

—Bosa —intervino Kovać— me dijo que quien la llamó para pedirle que te recibiera fue el propio Jacques Paul Klein —aludía al alto representante de la ONU en Bosnia, autoridad instituida en los Acuerdos de Dayton—. Ahora comprendo el alcance del poder de tu tío.

—Sus contactos son innumerables —confirmó La Diana— y su nombre abre puertas. Bruce McLeod, su sobrino, colabora con él. Es un *hacker* de alto vuelo.

—Primo tuyo, imagino.

—No. Bruce es sobrino de la mujer de mi tío. Es como un hijo para Callum. Sin su ayuda, no te habría encontrado —acotó.

—Ahora —expresó Goga—, con el informante otra vez de nuestro lado, podremos avanzar. Bosa estará feliz.

—Si pudiésemos encontrar el video y los legajos que dejaron Carrie y Claus —manifestó La Diana— daríamos un salto cualitativo en la investigación.

—Por lo que nos has referido, creo que eso se perdió para siempre —se desalentó Goga.

—Bruce contrató a un investigador privado en Ámsterdam. No pierdo la esperanza de que encontremos a la hermana de Claus.

Zaína se despertó, y Lazar decidió comenzar con la clase de violonchelo. La Diana ayudó a Goga a levantar la mesa y a lavar los platos, y mientras lo hacía echaba vistazos a Zaína que, ubicada entre las rodillas de su tío Laza, intentaba sacarle un sonido armonioso al instrumento. La niña se descorazonaba, y Kovać le destinaba palabras de aliento y le depositaba besos en la mejilla.

—Es más un juego que una clase de música —admitió Goga con una mirada benévola en el par que componían su hija y su amigo—. Mi esposo murió cuando Zaína era apenas un bebé, por lo que Laza ha sido su figura paterna. Se adoran.

—Necesita un violonchelo de su tamaño —comentó La Diana.

—Sí, pero cuesta una fortuna.

Cuando terminaron, la anfitriona le sugirió:

—¿Vendrías conmigo al supermercado? Tengo que comprar víveres para los refugios.

—Me encantaría.

Kovać y Zaína las acompañarían hasta la planta baja. Propuso una carrera para ver quién llegaba primero, si La Diana y él por la escalera, o Zaína y Goga por el ascensor. Volvió a ofrecerle la mano, y La Diana la aceptó. Goga se quedó muda, la vista fija en los dedos entrelazados. «Nadie está más asombrada que yo, Goga», le habría dicho.

—Gracias —susurró, mientras bajaban por la escalera.

—¿Por qué?

—Por darte cuenta de que no habría soportado encerrarme en el ascensor.

—Durante el primer tiempo —habló él unos escalones más abajo—, después de que logré escapar de las garras de mi tutor, tampoco soportaba siquiera el más ligero roce.

—¿De veras?

—Tampoco toleraba que personas extrañas se aproximasen demasiado.

—¿Fue entonces cuando aprendiste taekwondo y boxeo?

—No, fue tiempo después. Brano me enseñó las dos disciplinas. Es normal que las víctimas de abuso y violencia se vuelquen a las artes marciales. —Le sonrió antes de decirle—: Fui superándolo con el tiempo, el temor a ser tocado. Como lo superarás tú.

—Es lo que más deseo. Lazar, quiero que sepas que poder tomarte de la mano me hace feliz. Y quiero que sepas también que... —Bajó la vista, arrepentida de lo que había estado a punto de expresar, no porque fuese mentira sino porque ¿de qué valía si no había futuro para ellos?

—¿Qué? Dime.

—Conocerte me ha hecho feliz —dijo por fin, incapaz de reprimir la alegría.

Se contemplaron en la penumbra del rellano. El peso de la mano de él en la suya se convertía con el transcurso de los minutos en una sensación familiar y

reconfortante. ¿Qué magia poseía ese hombre que se había ganado en poco tiempo lo que había estado perdido para la eternidad?

—Si no supiese que es demasiado prematuro para ti, te besaría. Te apoyaría contra esa pared y te devoraría los labios. Durante el almuerzo, no podía apartar la vista de tu boca. Sabes que es perfecta, ¿verdad? —La Diana rio y agitó la cabeza para negar—. Sí, lo es —afirmó, y dio un paso adelante.

—¡Tío Laza! ¡Diana! —los llamó Zaína desde la planta baja—. ¡Hemos ganado!

Decidieron ir en la Nissan Patrol. Kovać y Zaína las acompañaron hasta la camioneta, y La Diana no despegó la vista del espejo retrovisor hasta asegurarse de que hubiesen entrado. Verlo allí, con la niña de la mano, tan expuesto, tan vulnerable, le provocó un nudo en el estómago. No olvidaba el BMW azul del día anterior ni el Škoda blanco de esa mañana ni que la casilla de correo había desaparecido del espectro cibernético.

Goga sentía curiosidad por conocerla, y La Diana la comprendió; desconfiaba de ella, y sentía celos también. Se esmeró por responder a las preguntas y por luchar contra el sentido natural de la reserva que la volvía hosca cuando alguien intentaba entrometerse en sus asuntos.

—¿Tú vives en Londres, como el general?

—Sí, aunque por mi trabajo viajo casi de continuo.

—¿Qué trabajo?

—Soldado.

—Oh. Te confieso que pensé que eras una especie de secretaria o asistente de Raemmers.

—Zaína me mostró las fotos de su papá —cambió de tema—. Hay una muy linda de él y Lazar cuando eran jóvenes. ¿Qué edad tenían?

—Lazar, diecinueve. Momo, veintidós. Con la excusa de que estaba haciendo un curso de fotografía, se las tomé en el comedor del padre Ivo. Estaba loca por Momo y quería su retrato a como diera lugar.

—¿Lo conociste en el comedor?

—Bosa y yo colaborábamos con el padre Ivo. Tres veces por semana, servíamos las mesas y lavábamos los platos. Yo estaba enamorada de Momo, y Bosa, de Lazar. Todavía lo está —acotó—. Es una excelente persona.

La Diana guardó silencio, mortificada por unos celos insensatos y ridículos, aunque tan reales como el semáforo que tenía enfrente.

—Has cautivado a mi amigo, Diana —manifestó Goga, y La Diana percibió un sustrato agresivo en la voz, casi amenazante—. Lo conozco desde hace más de veinte años y he visto cómo las mujeres han intentado conquistarlo, aun siendo sacerdote; nada las detenía. Por cierto, ninguna tan bonita como tú, pero muchas eran realmente atractivas. Laza las veía como quien ve llover. Ninguna lo inmutaba. Llegué a pensar que era homosexual, pero no, simplemente se había cerrado a ese tipo de amor. Su vida... pues... No tienes idea lo difícil que ha sido.

—Sé que su vida ha sido más que difícil —confirmó—. Me contó acerca del abuso sexual que sufrió a manos de su tutor.

—¡Qué! ¿Te contó *eso*? —La Diana asintió—. ¿Cuándo?

—Anoche, mientras cenábamos.

—Dios bendito —escuchó murmurar a Goga—. Esto es más serio de lo que imaginaba. Pasaron diez años de amistad, y te aseguro que amistad no llega a definir el vínculo que Momo y yo teníamos con Laza, más bien éramos como hermanos para él. Como sea, necesitó diez años para atreverse a contarnos lo que le había ocurrido. ¿Y a ti te lo contó tras pocas horas de conocerse?

—A veces resulta más fácil hablar con un extraño —sugirió, aunque sabía que no era cierto; ella jamás habría revelado sus secretos a nadie.

—No —insistió Goga—, te lo contó a ti porque eres especial para él. Mucho más de lo que yo imaginaba —repitió.

La Diana volvió a guardar silencio mientras comprimía la sonrisa que pugnaba por separarle los labios.

Después de la compra, cargaron las bolsas en la camioneta y fueron a tomar un café. El interrogatorio de Goga no había terminado. La Diana aprovechó también para sacarse algunas dudas, por ejemplo, de qué modo trabajaba la ONG.

—Nuestras misiones son dos, que a veces se mezclan: luchar contra el tráfico humano y contra la pedofilia. Tenemos dos líneas telefónicas habilitadas para recibir denuncias y estamos juntando dinero para crear nuestro sitio web.

—¿Quién se ocupa de atender las líneas telefónicas?

—Dos empleadas, estudiantes de la Facultad de Psicología, alumnas de Laza.

—¿También da clases en la facultad?

—Sí.

—No sabía que se les permitiese trabajar a los sacerdotes ortodoxos.

—Como docentes, sí. Casi todo lo que Laza gana, incluso lo que le pagan por sus clases de taekwondo y boxeo, lo dona a Duga. Vive con muy poco.

—¿Y su sueldo de sacerdote?

—Los sacerdotes ortodoxos no tienen sueldo. Se mantienen con las limosnas de la feligresía. Y si eso no alcanza, que nunca alcanza, te lo aseguro, deben procurarse el sustento.

—Oh, no lo sabía.

—Y no te dije que Laza también aporta a Bubamara. ¿Te ha hablado de Bubamara?

—No, pero he leído algo en el sitio web.

—Esa fue una idea de mi Momo y de Laza y de otros amigos del gimnasio. Fundaron Klub Bubamara en el 93, en plena guerra. Como las escuelas no funcionaban, los chicos estaban el día entero encerrados en sus casas o deambulando por las calles a riesgo de ligarse una bala de los francotiradores. Iban a acabar muertos o en manos de las mafias que manejaban... que manejan la ciudad. Había

que entretenerlos y al mismo tiempo darles un objetivo. Un amigo periodista pasó el anuncio por radio y al día siguiente teníamos cincuenta niños en el gimnasio. Fue un éxito.

—Me comentó Lazar que están muy mal de fondos.

—Sí, creo que tendremos que prescindir de las dos empleadas, las dos alumnas de Laza —explicó—. Les pagamos una miseria, pero para nosotros es mucho.

—Además de las denuncias telefónicas, ¿obtienen información de algún otro modo?

—Sí, sobre todo de dos fuentes: para el tráfico humano, de los periódicos; y para la pedofilia, de Internet.

—¿De los periódicos?

—Todos los días llegan a casa más de diez periódicos, otro gran costo para la fundación —acotó—. Mi trabajo es revisar los avisos clasificados. Conozco bien qué buscar, por eso voy muy rápido.

—¿Qué buscas?

—Avisos en los que se ofrecen trabajos o becas en el extranjero. Pongo mucha atención en los puestos ofrecidos para *au pair*, *babysitter*, acompañante de ancianos, camarera. Hay agencias de turismo que trabajan para las mafias o bien pertenecen a ellas. Los avisos en los que se anuncia que conseguirán visados y pasaportes, pues esa es sin duda una artimaña de los traficantes.

—Cuando descubren un aviso sospechoso, ¿qué hacen?

—Avisamos al periódico. A muchos ya los hemos adoctrinado y se cuidan de recibir anuncios extraños. Otros, con tal de facturar aceptan cualquier cosa. Además de avisar al periódico, radicamos la denuncia en la fiscalía. Pero lo más efectivo es publicar lo que llamamos un *contra-aviso*, es decir, al día siguiente sacamos un anuncio advirtiendo de los peligros del anuncio tal o cual. Este es otro gran costo que tenemos. —Goga suspiró con aspecto cansado—. De este modo protegemos en la medida de lo posible, que es muy limitada, a las potenciales víctimas bosnias, pero a nuestro país llegan por día cientos de muchachas secuestradas en Moldavia, India, Tailandia, Ucrania, y la lista sigue. Y en el caso de estas pobrecitas, solo podemos actuar una vez que ya han sufrido la vejación, la tortura, el maltrato.

—Y para estos casos —recapituló La Diana— están las líneas telefónicas.

—Sí, las líneas telefónicas y los informantes. Richard Tomkins tenía a este soplón que, a juzgar por la información que suministraba, se encontraba en el cogollo del negocio. Pero sin dinero no quiere hablar.

—¿De qué modo las chicas traficadas se enteran de que existen Duga Sarajevo y sus líneas telefónicas?

—Pues porque vamos a los *cabarets* y a los bares y repartimos folletos.

—¡Qué! ¿Se meten en los bares de los traficantes?

—Sí. Nos hacemos pasar por clientes y les entregamos subrepticamente a las chicas los folletos. Pero en varios sitios ya nos descubrieron.

—Entonces, las mafias los conocen.

—Sí —ratificó Goga—. Y nos amenazan por teléfono, pero hasta ahora no ha pasado nada. Como no contamos con muchos recursos, es poco el daño que les causamos. Apenas si tenemos fondos para dar refugio a un puñado de chicas cuando son miles y miles las traficadas.

La Diana volvió a recordar el BMW azul y el Škoda blanco y se preguntó si en verdad la cuestión no pasaba de una simple advertencia telefónica. A juzgar por el comportamiento de los dos vehículos, estaban en compás de espera, al acecho.

—Es muy extraño, ¿no crees? Que no les hagan nada.

—Hace poco que estamos con esto del tráfico humano. Las peores amenazas las recibimos por nuestra interferencia en los blogs y sitios web de pedofilia. Ahora estoy luchando con uno, un sitio web —aclaró—, que, estoy segura, es de pornografía infantil, y la sospecha más grande me la da el hecho de que tenga una protección que ni los sistemas del Pentágono tienen. No puedo penetrar el *firewall*; es imposible.

—Bruce McLeod podría ayudarte. —Goga torció la boca y La Diana se apresuró a añadir—: Es de extrema confianza, un buen hombre. Respondo por él. —Goga se quedó mirándola en silencio—. OK, comprendo que tampoco confíes en mí. En tu lugar, yo también dudaría.

Sonó el celular de Goga, que se apresuró a atender. Era Kovać. La llamada duró menos de un minuto.

—Vamos —dijo, y soltó unos marcos sobre la mesa—. Se ha presentado una urgencia. Laza pide que regresemos.

—¿Algo grave? —se preocupó La Diana mientras trotaba junto a Goga.

—Solo dijo que Bosa lo llamó. No me dio explicaciones. Pidió que regresásemos.

* * *

A las seis y media de la tarde era noche cerrada en el invierno sarajevita. La Diana detuvo la camioneta frente al edificio de Goga, desesperada por comprobar que Kovać estuviese bien. Sin dar explicaciones, subió corriendo por las escaleras mientras Goga lo hacía por el ascensor. Llegó primero y llamó a la puerta con insistencia. Abrió el propio Kovać, y al verlo entero y sin heridas aparentes experimentó un gran alivio. Él le extendió la mano y ella la aceptó. Kovać entrelazó los dedos con los suyos, siempre atento a su reacción, a sus cambios de ánimo, al pánico que tan fácilmente se le reflejaba en los ojos. Ella conservó la calma; la familiaridad del contacto le resultaba fascinante.

—¿Estás bien?

—Sí —contestó él—. Te eché de menos.

—Yo también.

Se les unió Goga, y entraron.

—¿Qué sucedió, Laza?

—Bosa tiene a una chica supuestamente fugada de una red de tráfico atrincherada en la fiscalía. No puede sacarla de allí. Habla solo en ruso. Me pide que vaya a asistirle. No tenía con quién dejar a Zaína. Tu vecina no está en casa. Por eso les pedí que regresasen. Vamos —indicó a La Diana—. Nos está esperando.

—Las bolsas con los víveres quedaron en la camioneta —señaló Goga.

—Nosotros las llevaremos —respondió Kovać.

Bosa llamó cuando apenas habían salido del barrio de Dobrinja, y La Diana tuvo un pálpito.

—No respondas desde tu teléfono —indicó—. Llámala desde el mío —ofreció, y hurgó a ciegas en la mochila y se lo pasó con la funda antirrastreo.

—¿Por qué?

—Mi teléfono es invisible. Úsalo.

Desde ese momento y hasta que estacionaron frente a la fiscalía, Kovać habló en ruso con la muchacha. Pese a haber tomado algunas clases con Markov, no comprendía nada. Cautivada por la fluidez con la que Kovać se expresaba, meditaba acerca de su pasado como sacerdote ortodoxo y se preguntaba si en verdad había quedado atrás.

Entraron en el edificio. Kovać cortó la llamada y le devolvió el teléfono. Subieron al segundo piso, donde se encontraron con una escena peculiar: Bosa y un grupo de gente rodeaban a una jovencita —no podía tener más de veinte años— que, sentada en el suelo, se aferraba a una máquina expendedora de gaseosas y dulces y lloraba.

—¡Laza! —exclamó Bosa, y corrió hacia él.

Se abrazaron. La fiscal lo tomó de la mano y lo condujo al sitio donde se había formado el corro.

—A un lado, por favor. A un lado —ordenaba la mujer con autoridad en la voz—. Aquí llegó el psicólogo.

Los empleados observaban con difidencia al supuesto psicólogo, barbudo y pelilargo. La Diana, en cambio, estudiaba a la fiscal. La envidiaba por el vínculo que la unía a Kovać desde hacía más de veinte años y por lo fácil que le había resultado buscar el amparo de sus brazos. Goga afirmaba que esa mujer estaba enamorada de Kovać desde hacía dos décadas. No habría podido definirla de beldad, pero su figura era otra cuestión. Poco más alta que ella, su cuerpo presentaba curvas y voluptuosidades que la mujer sabía explotar con una falda tubo gris y una blusa de lycra rosa pálido que se le ceñía a los abundantes pechos. Los tacos de las botas desafiaban el equilibrio, y La Diana se preguntó cómo lograba desplazarse con tanta gracia.

Kovać se acuclilló junto a la joven y le alcanzó un pañuelo, y como la chica no lo tomaba, él mismo le limpió las lágrimas. La sujetó por la mano e intentó levantarla. La muchacha sufrió un nuevo acceso de llanto y se aferró a la máquina. Kovać se puso de pie y le habló en voz baja a la fiscal. La Diana se acercó para oír, y al hacerlo

descubrió que la joven estaba embarazada. Como era menuda, el pequeño vientre le descollaba; calculó que no podía tener más de cinco meses de gestación.

—Creo que está en *shock* —diagnosticó Kovać—. Está desvariando. Dice que si la separamos de la máquina expendedora sus dueños la encontrarán.

—¿No quiere separarse de la máquina? —se asombró Bosa Dretar—. ¿Alguna explicación lógica?

—Puede tratarse de una demencia temporaria a causa de un desbarajuste hormonal provocado por el estrés y por su estado, quizá por una mala nutrición. ¿Dónde la hallaron?

—Ahí dentro —la fiscal señaló una puerta entreabierta junto a la máquina expendedora—, en el cuarto donde se guardan los elementos de la limpieza. La encontraron dos empleadas hace un par de horas. Dormía. Lo único que pronunciaba con claridad era mi nombre.

—Creo que sé qué es lo que está sucediendo —intervino La Diana, y Kovać y la mujer se giraron hacia ella.

—Bosa, te presento a Diana Huseinovic, amiga del general Raemmers. Ella tomará su lugar. El general murió a principios de noviembre.

—Oh —atinó a balbucear la mujer, y la miró de arriba abajo con una mezcla de desprecio y curiosidad—. Conque usted es la famosa Diana.

—Creo que sé lo que está sucediendo —insistió, y respondió con una mirada desafiante a la fiscal—. Estas máquinas generan un campo magnético en torno a ellas que provocan una distorsión en las señales que emiten o reciben otros aparatos. Por ejemplo, si quisiéramos ocultar un micrófono aquí —indicó un punto en la pared próximo a la máquina—, no funcionaría. En realidad, funcionaría, solo que no captaría sonido alguno.

—¿De qué habla esta mujer, Laza?

—Dices que la muchacha —terció Kovać— se ocultó en ese cuartito porque está próximo a la máquina para cortar la señal de... ¿de qué?

—De un transmisor, tal vez. Por favor, pregúntale si lleva encima un transmisor, un microchip —aclaró.

—¿Cómo sabe esta mujer eso? —preguntó Bosa Dretar con una mezcla de perplejidad y desconfianza.

La Diana no le explicaría, porque era secreto, que lo había aprendido del peor modo en una misión en Kabul, cuando, por culpa de ocultarse tras una máquina expendedora de Coca-Cola en una estación de servicio, perdió contacto con su grupo y quedó atrapada en un fuego cruzado. Nanuk arriesgó la vida para rescatarla, y fue uno de los ingenieros electrónicos del sector de Tecnología y Armamento de L'Agence quien les explicó el fenómeno.

Cruzó una mirada con Lazar Kovać, que asintió, serio, y regresó junto a la muchacha encinta. Poco después, la ayudaba a quitarse el abrigo y la chica se despejaba la manga de la remera y le enseñaba en la cara interna del antebrazo, donde

la piel era blanquísima, una cicatriz de unos dos centímetros, una línea delgada y apenas encarnada.

—Dios bendito —masculló Bosa Dretar—. Usted tenía razón —susurró, y La Diana persistió en el mutismo.

—Tenías razón —ratificó Kovać—. Dice que la monitorean con un chip que le implantaron en el antebrazo.

—Jamás hemos visto algo tan descabellado. ¿Quién es esta criatura para que la vigilen con tanto celo?

—Lazar, ¿serías capaz de traducir lo que le diré?

—¿Qué le dirá? —intervino la fiscal—. Yo soy la autoridad aquí. Nada se hará sin mi consentimiento.

La Diana suspiró y sacó del bolsillo de la campera el llavero con la contramedida electrónica. Lo hizo oscilar delante de la nariz de la mujer.

—Este pequeño artilugio es una contramedida electrónica. Esta luz roja indica que está encendido, por lo que en este momento está emitiendo una señal que corta las frecuencias emitidas por otros aparatos, como, por ejemplo, el transmisor que la muchacha lleva en el brazo. Mi intención —se dirigió a la fiscal— era explicarle esto a la muchacha y dárselo para que se sienta segura. Mientras lo tenga con ella, no podrán rastrearla; tendrá el mismo efecto que permanecer sentada junto al campo magnético de la máquina expendedora.

—Está bien —aceptó la mujer.

La Diana se volvió hacia Kovać. Él la contemplaba con una expresión que ella no supo descifrar. Se acuclillaron los dos frente a la chica y, mientras La Diana hablaba, él traducía. Unos minutos más tarde, la jovencita cerraba la mano en torno al llavero y le permitía a Kovać que la ayudara a incorporarse.

Bosa Dretar alzó las manos para aplaudir en el gesto de quien requiere la atención del público.

—¡Se acabó el espectáculo! ¡Despejen el pasillo! ¡Vayan a sus casas! Imposible hacerlos quedar después de las seis de la tarde cuando hay exceso de trabajo, pero para meter la nariz en los asuntos que no les competen están todos dispuestos a pasar la noche aquí. ¡Vamos, fuera, buenos para nada!

La Diana reprimía la risa y volvía a admirar la voz de mando y la personalidad desprejuiciada de la fiscal. Conjeturó que a Bosa Dretar no le quedaba otra alternativa si pretendía medrar en un mundo corrupto y machista como el de la Justicia bosnia.

La muchacha sufrió un desfallecimiento a las puertas del despacho de la fiscal, por lo que Kovać la acarreó en brazos hasta un sillón. Le tomó el pulso; era normal.

—Está lánguida —diagnosticó—. Quizás hace horas que no come ni toma nada.

Le ofrecieron un vaso con agua, que la joven vació rápidamente. Le sirvieron otro mientras Bosa pedía por teléfono un café con leche y un sándwich. La chica devoró sin amilanarse ante las expresiones atónitas de la fiscal, el traductor y la chica que le había dado el llavero. Más repuesta, pidió ir al baño y La Diana la escoltó. Tras hacer

sus necesidades, aprovechó para lavarse la cara y el cuello y tomar más agua. Regresaron al despacho, y Bosa Dretar se dispuso a interrogarla. La joven no apartaba la mirada de Kovać, ni siquiera cuando la fiscal lo interrumpía para preguntar algo.

—Dice que supo de ti, de que eras una fiscal honesta, gracias a la doctora buena.

—¿A la doctora buena?

—Así ha dicho.

—¿Quién es?

—No sabe su nombre.

—O no quiere decirlo —acotó la Dretar con suspicacia.

—Ella fue quien le explicó lo de las máquinas expendedoras.

—¿Cómo hizo para llegar hasta aquí sin que la atraparan? —se pasmó la Dretar—. ¿Viajando de máquina en máquina?

En realidad, había contado con un adminículo semejante al que acababa de entregarle La Diana, solo que, como al final del viaje la pila estaba prácticamente consumida, funcionaba intermitentemente. Pocas horas más tarde de la llegada a los Tribunales, se apagó por completo.

—Pero ¿cuánto tiempo tomó el viaje de esta muchacha? —preguntó Bosa retóricamente—. Esas pilas suelen durar mucho. ¿De dónde viene?

Lo que no había previsto, continuó explicando la joven, y Kovać traduciendo, era que, habiendo alcanzado el tribunal, le informasen que la fiscal estaba de viaje y que regresaría en unos días. Divisó la máquina expendedora y vio la posibilidad de ocultarse en el cuarto de la limpieza, tras baldes y rollos de papel. Allí transcurrió el fin de semana, comiendo y bebiendo lo que obtenía de la expendedora, solo que para el domingo a la noche no le quedaban monedas y, por tanto, no había ingerido ni bebido nada desde entonces, ni siquiera agua del baño pues no se atrevía a alejarse de la máquina. Sus necesidades las hacía en un balde. Había sido el olor a orina lo que impulsó a las dos empleadas a investigar; de ese modo, la hallaron dormida sobre bolsas con recambios de toallas de papel y detrás de una pila de recipientes de cera de cinco litros.

—Santo cielo —masculló Bosa, y se llevó la mano a la frente.

—No está en condiciones de que sigas interrogándola —dictaminó Kovać—. Quiero que la vea Danilo. En su estado, es perentorio que repose y se recupere.

—Al menos —dijo la Dretar, evidentemente irritada— pregúntale cómo se llama.

Su nombre era Svetlana Shevchenko, de nacionalidad ucraniana. La fiscal firmó una orden por la cual entregaba la custodia de la testigo al apoderado de Duga Sarajevo, y los cuatro abandonaron el edificio, la joven encinta con el puño apretado en torno al llavero.

* * *

Kovać decidió que no dejarían a Svetlana en ninguno de los dos refugios porque no contaban con una cama disponible, ni siquiera con un colchón. Llevaron los víveres. La Diana y la joven aguardaron en la camioneta mientras Kovać los subía. Regresó y, después de un silencio, le pidió que lo condujese al gimnasio; él y Svetlana pasarían la noche allí. La Diana sugirió que fuesen a su departamento, lo cual Kovać aceptó de inmediato. Después se preocupó al reflexionar que tal vez violaba una norma del espionaje al ofrecer una casa-refugio del MI6 a civiles.

—¿De quién es este departamento? —se interesó Kovać apenas entraron.

—Me lo prestó un empleado del gobierno británico, amigo de mi tío abuelo.

En tanto Svetlana se duchaba, Kovać llamó a Danilo, el ginecólogo y obstetra que colaboraba con la ONG *ad honorem* y que se presentó un rato más tarde. Revisó a la muchacha y la encontró bastante bien dentro de lo que cabía. Recetó descanso y líquido con sales, pues se evidenciaban síntomas de deshidratación.

—Le han insertado un chip bajo la piel del antebrazo para monitorearla —le informó Kovać—. ¿Te atreverías a extraérselo? No quiero llevarla al hospital.

Acordaron que lo haría al día siguiente en el consultorio. Kovać acompañó a su amigo hasta la planta baja. Regresó al rato con más víveres. La Diana, que, después de una ducha, preparaba unos sándwiches en la cocina, alzó la vista y lo observó a través del pasaplatos. Le notó la cara marcada por el cansancio y la preocupación.

—Traje la bebida con sales para Svetlana —comentó mientras sacaba la compra de la bolsa.

—Se durmió. Estaba exhausta.

Se aproximó a la ventanilla que comunicaba la cocina con la sala. Se ubicó en una de las banquetas de bar, apoyó los codos sobre la mesada de madera y se cubrió el rostro. La Diana detuvo la preparación y se quedó mirándolo. Deseaba tantas cosas en ese momento, por ejemplo inclinarse para besarle la coronilla, acunarle la barba y apoyar la frente en la de él, ir a la sala y abrazarlo por detrás, como si fuesen una pareja normal. Nada se atrevía a hacer. La abrumaban la impotencia y la rabia. Pocas veces su incapacidad la había perturbado tanto como en esa instancia en que Lazar Kovać precisaba consuelo y ella, esclava de la fobia, era incapaz de brindárselo.

—Ven, comamos algo —propuso a modo de paliativo—. Mi madre decía que con el estómago lleno todo parece mejor.

Kovać rio apenas y se dirigió al baño. Volvió minutos después. Se sentó frente a ella y le sonrió sin fuerza.

—Quiero que imagines —dijo La Diana, y echó mano de la argucia que él había empleado ese mediodía— que estoy abrazándote. Cierra los ojos —le pidió, y Kovać obedeció en el acto—. Imagina que estoy sentada sobre tus rodillas, que mis brazos te rodean y que hundes el rostro en mi pecho...

—Y huelo tu perfume —aportó él sin levantar los párpados.

—Sí, mi perfume. Organza se llama. Y sí, lo compré hoy por ti, para gustarte.

—Me gustas, no sabes cuánto. Y me vuelve loco tenerte sobre mis rodillas y sentir tus brazos en torno a mí y descansar en tu pecho. Me da paz. A ti, ¿te gusta abrazarme? —quiso saber, siempre con los ojos cerrados.

—Sí —afirmó ella, y el corazón le saltó en el pecho al ver que Kovać alzaba los párpados lentamente. Sin lógica ni asidero, esperaba que algo radical y definitivo cambiara entre ellos en el instante en que sus miradas se entrelazasen.

—¿Quién eres tú —expresó Kovać— que te presentas un día y me cambias la vida?

—Yo soy el río, y tú, el mar, como dice la canción de *Miss Sarajevo*, la que cantaste ayer a la hora del almuerzo.

«¿Ayer?», se asombró. ¿En verdad no habían transcurrido semanas, meses, años? El tiempo había adquirido otra dimensión desde que Lazar Kovać había irrumpido en su vida. La sorprendió al canturrear en voz baja y muy grave la estrofa de Pavarotti.

—*Dici che il fiume trova la via al mare. E come il fiume giungerai a me oltre i confini e le terre assetate. Dici che come fiume, l'amore giungerà. L'amore...*

La melodía la acariciaba en todas partes, y ella se lo permitía, y a su paso sembraba una estela de escalofríos y erizamientos.

—¿Dices que el río encuentra el camino hacia el mar? —preguntó él, y le demostró que conocía el significado de los versos.

—Sí —contestó ella con acento emocionado y ojos turbios.

—Y como el río, ¿llegarás a mí a través de fronteras y tierras sedientas?

—Así fue como llegué a ti, te lo aseguro —afirmó La Diana mientras evocaba lo duro que había sido alcanzar Sarajevo.

—Dices que como un río, ¿también llegará el amor?

—No sé nada del amor, Lazar. Me quebraron tiempo atrás, me destruyeron, y no sé si soy capaz de amar —confesó, y bajó el rostro cuando se le cortó la voz.

Kovać le ofreció la mano a través de la mesa. La Diana la aferró sin un instante de duda, y al verlas unidas se preguntó si en verdad existía la esperanza.

—Sabes que eres capaz de amar —la contradujo él—, te sabes capaz de dar la vida por los que amas. —La Diana no consiguió refrenar el sollozo—. Sabes amar y sabes darte a ti misma con tal potencia y entrega que te da miedo. Pero no es ese miedo el que te impide volver a vivir. Hubo algo en ese pasado tenebroso por lo cual te castigas y es por eso que no te permites ser feliz.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque a mí me pasa lo mismo. Para mí, el sacerdocio encarnó el castigo. Para ti, lo es evitar que te toquen o tocar. Pero tú apareciste ayer, en el gimnasio primero, en el bar después, y solo bastó posar mis ojos sobre ti para que pusieses mi mundo de cabeza. Es como si me hubieses sacudido y despertado de una hibernación. Y ahora quiero vivir y hacerlo plenamente. No más castigos, no más penitencias, Diana.

—Yo creí que aquí solo había dragones —sollozó—, pero te encontré a ti.

—Tu mar —dijo él.

—Sí, el inmenso mar.

* * *

Al recobrar la conciencia, me encontré en una cama. Me tomó unos segundos reconocer dónde estaba. Nos habían encerrado en la habitación donde Vuk me había violado. Leila se aproximó y en silencio me ofreció un vaso con agua. Me incorporé con una pesadez en la frente y cerré los ojos para detener las paredes que giraban en torno a mí. Sentí el filo del vaso en los labios y sorbí el agua fresca.

Noté que habían enrejado la ventana. Me obligué a levantarme y caminé a los tumbos. Me aferré a los barrotes, donde calcé la frente y fijé la vista en la nada. Escuchaba que Leila se movía tras de mí y no reunía la voluntad para ir a consolarla. Quizá no me atrevía a mirarla a la cara. Si ella no hubiese intervenido, estoy segura de que habría disparado a Branka y, me temo, habría disfrutado al ver que su cuerpo se desmoronaba sin vida.

Al atardecer nos sobresaltamos cuando se abrió la puerta y entró Vuk seguido por el doctor Pasik. «Ya sabe lo que tiene que hacer», indicó y se retiró sin más. Salté de la cama y me precipité sobre el médico. «¡Tiene que sacarnos de aquí!», le supliqué. «¡Tiene que salvarnos de esas bestias!». Pasik, que abría su maletín sobre la mesa, sacudía la cabeza y susurraba: «No puedo, no puedo». Al final, cansado de mi insistencia, exclamó entre dientes: «¡No puedo, Mariyana! ¿O quieres que termine como el pobre de Zoran Gravić?». «¿Qué le sucedió?», se inquietó Leila. «Lo encontraron degollado a orillas del río». La noticia nos golpeó a las dos y retrocedimos al mismo tiempo. Leila se echó a llorar. «Lo asesinaron por ayudarlas a ustedes», remató el buen doctor. «Asesinaron a la abuela Kata también», balbuceé, desfallecida, y volví a sujetarme de un barrote. «Le pegaron un tiro en la frente y quedó allí, sola sobre el piso de granito», evoqué. «No te preocupes, Maša», se apiadó el médico. «Me hice cargo del cuerpo de Katarina y descansa en paz. La hice enterrar junto a Liam». Leila caminó hacia mí y nos abrazamos.

«Tengo que revisarte, Maša», intervino Pasik. «El comandante Vuk fue a buscarme porque dice que te desmayaste. Además tengo que extraerte sangre». «¿Sangre?», me sorprendí. «¿Para qué?». Pasik, rehuyéndome con la mirada, me explicó: «Quiere que descarte enfermedades venéreas y un posible embarazo». Aparté la vista, avergonzada por las implicancias de la declaración. «Entonces, hágale lo mismo a Leila», exigí. «Por favor», agregué. Consintió, y el procedimiento tomó media hora. Antes de que el médico se marchase y mientras recogía los instrumentos, le susurré: «Haga algo para sacarnos de aquí. Se lo imploro en nombre de la amistad que tenía con mi abuelo». «No tienes idea de cómo es la vida allí fuera incluso para nosotros. Esto es un régimen», añadió. «Pero tiene que existir algún organismo internacional al que pueda recurrir», sugerí. «La Cruz Roja o

Manos que Curan». Pasik depositó sobre la mesa unos antifebriles y se retiró sin contestar ni darme esperanza. Dejó la puerta entreabierta. Me asomé por el resquicio y lo vi hablar en voz baja con Vuk, que estaba sentado en el escritorio. El comandante escuchaba con gesto grave y asentía. El médico se fue, y Vuk volvió a interesarse en los papeles. Yo lo observaba y me debatía sobre qué actitud debía adoptar con ese psicópata. Mi prioridad era Leila, y solo pensaba en mantenerla a salvo. Si tenía que vender el alma al diablo para lograrlo, lo haría.

Mirko irrumpió en el despacho sin llamar. Venía con un libraco que apoyó, abierto, junto a su jefe, el que unas horas atrás me había incitado para que asesinase a su hermana. «Registraron el ingreso de las Huseinovic», informó Mirko con evidente mal humor. «Mira», indicó, «aquí, en la entrada del día 3 de agosto». Sin decir palabra, Vuk arrancó la hoja y le prendió fuego con el encendedor. Su acción me tomó desprevenida y no supe qué pensar. Después comprendí que, junto con esa hoja, Leila y yo habíamos desaparecido de la faz de la Tierra; comprendí también que, mientras Vuk nos tuviese encerradas ahí, nadie podría localizarnos. Solo contaba con el doctor Pasik. La cuestión era: ¿se atrevería a hablar? En mi fuero íntimo sabía que no.

Al rato Vuk entró en la recámara. Leila y yo nos pusimos de pie. En un acto maquinal, coloqué a mi hermana tras de mí, acción que le causó una sonrisa que simulaba ternura. «No puedes protegerla, Maša», dijo de buen modo y con tono cansado. «Solo yo puedo hacerlo». Nos miramos con fijeza a través del espacio de la habitación. «Pídeme lo que quieras», expresó de pronto, y no dudé en contestar: «Sáquenos de aquí y llévenos con nuestros padres a Srebrenica». Soltó una carcajada vacía. «Jamás», afirmó. «Pídeme otra cosa». «Que mi hermana siempre esté conmigo y que nadie vuelva a tocarla», solicité con decisión, lo que le provocó una mirada ceñuda. «Puedo concederte lo primero, nadie te separará de Leila, pero no lo segundo. Zver la quiere para él, ya me la pidió», dijo como si Leila fuese un objeto. «¡No! ¡No!», grité, aterrada por el destino que aguardaba a mi hermana. Corrí y me puse de rodillas frente a él. «Se lo suplico. No se la entregue. ¡Haré lo que sea! ¡Lo que me pida!», exclamé con vehemencia. «¡No tendrá una queja de mí! Pero no se la entregue a ese hombre ni a ningún otro». Bajé la vista al darme cuenta de que no cedería. Me puso el índice bajo el mentón y me obligó a mirarlo. «Me gusta tenerte de rodillas frente a mí», manifestó con la sonrisa lobuna, lo que me impulsó a ponerme de pie de un salto. «Tú no comprendes lo difícil que es comandar a la tropa», se justificó. «Todo se reduce a una cuestión, Maša: la lealtad de tu gente. Y para que se mantengan leales es preciso mantenerlos contentos. Leila es lo que mi segundo en el mando quiere, pues a Leila tendrá». «No, no, no», sollozaba en tanto retrocedía. Los brazos de Leila me contuvieron desde atrás, y cerré mis manos posesivamente sobre las de ella. «¿Por qué nos hacen esto?», pregunté en vano. «¿Por qué nos tratan como basura? ¡Somos personas! ¡Somos seres humanos, igual que ustedes!». Lo tuve sobre mí en un segundo. Me cruzó la cara de una bofetada.

Habría caído si Leila no me hubiese sostenido. «¡Jamás vuelvas a decir que unas sucias turcas son iguales a la estirpe serbia! ¡Jamás! ¿Me has oído?». Me apresuré a asentir mientras me cubría la mejilla; tenía la piel afiebrada y me latía. Se aproximó, y nosotras en un acto instintivo retrocedimos. Me arrancó de los brazos de mi hermana y me apartó la mano para acariciarme la marca roja que me había impreso. «Maša, Maša», susurró en un tono condescendiente. «¿Cuándo vas a resignarte y a entender que ahora yo soy Dios para ti y que nada puedes hacer al respecto? Vamos», me conminó, «pídeme lo que quieras. Aún no lo has hecho».

Lo miré a los ojos, primero con aire desconcertado; después, con un cabal reconocimiento del psicópata que tenía enfrente, un hombre con la suficiente sangre fría para asesinar a cinco soldados y poco después mostrar benevolencia con su prisionera turca. Las palabras de mi abuela acudieron en mi ayuda: «Si se quiere salir incólume de la guerra hay que transitarla con honor, pero también con ingenio y astucia». A continuación me dije: «Si pretendes que Leila y tú salgan vivas de esto, tendrás que ser más inteligente, menos emocional, menos sincera, tendrás que ser manipuladora y usar a este hombre para tu conveniencia».

«Estamos hambrientas», declaré. «Me gustaría que mi hermana y yo comiésemos algo». «Dalo por hecho», afirmó Vuk. «¿Qué más?», insistió. «Queremos bañarnos. Hace días que no nos damos una ducha y olemos mal». Vuk me mostró los dientes en una sonrisa expansiva antes de hundir la nariz en mi cuello. Reprimí el impulso que me exhortaba a apartarlo de mí. Me olfateó y me mordisqueó. Cerró sus manos en mi trasero y me apretó contra él. Percibí su excitación, y enseguida me relajé; no volvería a violarme en tanto Pasik no le asegurase que estaba limpia de cualquier enfermedad venérea o de la semilla de otro serbio. Recuerdo la frialdad con la que sopesé ambas contingencias; había empezado la metamorfosis irreversible en la cual moría la joven virtuosa e inocente y nacía una calculadora y mala.

Me soltó bruscamente y abandonó la habitación sin pronunciar palabra, insatisfecho y de evidente mal humor. Poco después apareció Suada con una bandeja cargada de manjares que compartimos con ella. Al terminar, se llevó los restos y los platos sucios, pero nos remarcó que a un soldado se le había asignado la tarea de controlar que no faltase ninguna pieza de la vajilla; temían que nos quedásemos con un cuchillo o un tenedor y los empleásemos como armas.

Suada regresó con toallas, jabón, champú, dentífrico y cepillos de dientes. La visión de los elementos de tocador me hizo feliz; ya no soportaba la inmundicia de mi cuerpo. «El comandante Vuk», nos informó la mujer, «las ha puesto bajo mi responsabilidad y me ha dicho que debo proveer a sus necesidades. Pero también tengo que ser su guardiana. Solo pueden abandonar esta recámara si él lo autoriza y conmigo como escolta. Si intentan escapar o cometen alguna transgresión, él asesinará a mi hija». Munira, la hija de Suada, poseía el cuerpo de una mujer de casi treinta años y la mente de una de cinco, y su madre la protegía con fiereza.

«Nada haremos para perjudicarte, querida Suada», expresó Leila, y yo asentí. «Gracias», murmuró, y nos pusimos en marcha hacia los vestuarios del gimnasio.

Cruzamos la sala donde Vuk tenía su escritorio. No había nadie. Noté, entre los libros esparcidos por el suelo, dos colchones, y también las manchas de sangre de los cinco soldados asesinados que todavía no habían limpiado con esmero. No me detuve a pensar en nada, solo me interesaba la ducha y la cantidad de veces que me lavaría los dientes y el pelo, apelmazado para entonces. Un soldado se desplazaba tras nosotras con un fusil cruzado en el pecho. Se apostó en el ingreso del vestuario de mujeres; impediría que escapásemos, pero también que alguno entrase; estábamos las tres solas.

Estudí el entorno para buscar una vía de fuga y, antes de darme cuenta de que los tragaluces estaban enrejados y de que sería imposible escapar por allí, me acordé de la promesa hecha a Suada. Me senté en una banqueta y comencé a desvestirme. Tendría que aprender a vivir minuto a minuto, a disfrutar de las pequeñas concesiones y a esperar el momento propicio para huir de ese infierno.

Volver a ponernos las ropas sucias y malolientes no resultó agradable, por lo que le indiqué a Suada que le pidiese a Vuk permiso para ir a buscar nuestras cosas al departamento de la abuela Kata. De regreso a nuestra prisión, nos cruzamos con Kosta, quien me contempló con esa mezcla de vergüenza y angustia que le volvía aún más infantiles las facciones. «Haz algo para ayudarnos», susurré de pasada, y él me contestó: «Es imposible». Los serbios que no habían abrazado la causa del nacionalismo estaban tan aterrados que no se atrevían a mover un dedo para asistir a sus hermanos musulmanes, y así fue como Karadžić, Milošević, Arkan y Vuk se salieron con la suya sin problema ni resistencia.

Al regresar al piso de arriba, Suada nos informó que dormiríamos en los colchones que había visto al salir. Daban asco, con grandes manchones de los cuales no quería saber el origen. «Intentaré conseguir un par de sábanas», dijo nuestra guardiana y se marchó. Regresó poco después con lo prometido, y Leila y yo nos dispusimos a improvisar nuestros lechos. En esa tarea estábamos cuando se abrió la puerta con estrépito. Vuk y Branka trastabillaron dentro, ella con una sonrisa ufana que era una mueca grotesca en el rostro hinchado a causa de los golpes. Estaba muy borracha; él también, aunque lo disimulaba mejor; los dos apestaban a rakija. Vuk soltó a la Torlak y caminó hacia mí con la precisión de una flecha, de pronto sobrio, la mirada clara, el gesto una mezcla de determinación y malevolencia. Me protegí tras el escritorio, y él sonrió, divertido. Me atrapó enseguida y me redujo al sujetarme las muñecas tras la espalda. Hacía conmigo lo que le placía. Con la mano libre, me aferró por la nuca y forzó su boca sobre la mía. Branka reaccionó como una gata celosa: se prendió de mi cabello y acompañó los tirones con alaridos que perforaban la quietud de la noche. Leila intentaba apartarla y abrirle las manos para que desasiera los mechones. En el silencio que solía actuar, Vuk aferró a la Torlak por el cuello con dedos tan gruesos y largos que se lo rodeó por completo.

Apretó sin misericordia. La mujer me soltó el cabello para sujetar el antebrazo del hombre que buscaba quitarle la vida. Yo observaba la escena sumida en un trance. Los ronquidos ahogados de Branka se acallaban en tanto la cara se le tornaba de un color violáceo; los ojos estaban a punto de salirse de las órbitas. Estaba asfixiándola, y yo me limitaba a observar; había caído en la misma actitud pasiva de los serbios que eran testigos de las atrocidades que se cometían con sus compatriotas musulmanes y nada hacían.

Leila se precipitó sobre Vuk. «¡Comandante! ¡Comandante!», exclamaba mientras intentaba abrirle la mano. No estábamos acostumbradas a estas escenas grotescas; en casa, nuestros padres rara vez discutían, no se alzaba la voz y se mantenía un trato cordial. Tanta violencia y desprecio no formaban parte de nuestra realidad; igualmente, yo nada hacía para evitar que la asesinase. «¡Ayúdame, Maša!», pidió Leila, y me hizo reaccionar.

«¡VUK!», exclamé con toda la potencia que fui capaz de reunir, y prolongué la palabra hasta que el hombre quitó la mirada de su víctima y la fijó en mí. «¡Suéltala!», ordené, y debió de afectarlo que lo tutease por primera vez. Me observó con una expresión aturdida, como si acabase de despertar y no comprendiese dónde se encontraba. Le apoyé la mano en el antebrazo y de inmediato noté que los músculos se le relajaban. Separó los dedos del cuello de Branka uno por uno, y la mujer se desplomó. Tosía y se sobaba la garganta.

En tanto, Vuk y yo nos contemplábamos fijamente. Advertí con miedo creciente que él iba emergiendo del estupor para caer en la rabia. Lo había desafiado, le había dado una orden, yo, una sucia balije, y, lo que era peor, él me había obedecido. Regida por mi nueva doctrina que me dictaba que solo actuase con astucia y la mente fría, bajé la mirada y le susurré: «Lo siento. No fue mi intención irrespetarlo, comandante». Proferí un grito cuando me inmovilizó con violencia por los brazos, justo debajo de las axilas, y me pegó a su cuerpo. Su aliento pestilente me azotó la cara cuando me advirtió: «No vuelvas a meterte en mis asuntos. Si he decidido quitarle la vida a alguien, lo haré. No sé qué necesitas para comprender que aquí soy Dios». «Perdón», insistí casi sin voz pues el padecimiento que me producían sus dedos clavados hasta el hueso me impedía respirar.

Trastabillé cuando me dejó ir. Lo vi marchar a la habitación. Cuando se encerró, suspiré aliviada y me dejé caer en el colchón. Leila asistía a Branka, que seguía llorando y tosiendo. Se puso de pie y, para nuestra sorpresa, la vimos dirigirse detrás de Vuk. Leila intentó frenarla, pero yo la detuve y agité la cabeza. «Déjala hacer», susurré.

La mujer entró, y el chasquido de la puerta al cerrarse tras ella se propagó en el silencio como una promesa macabra. Transcurrieron pocos segundos antes de que la pelea se desatase entre los amantes. Hubo insultos, reclamos, amenazas, golpes, gritos, llanto; después jadeos, gemidos, promesas de amor por parte de Branka y ruidosos orgasmos de Vuk. En algún momento, nos quedamos dormidas y no fuimos

testigos de la retirada de la mujer ni de la de nuestro carcelero. Los acontecimientos nos habían extenuado, por lo que dormimos hasta tarde. Me desperté renovada, sin rastros de fiebre ni del malestar que me había acompañado durante días.

Suada nos trajo el desayuno y nos informó que el comandante había ordenado a Mirko que nos proveyese de ropa. La notamos más caída que de costumbre y tras sonsacarla nos confesó que dos de las muchachas que habían sido seleccionadas por los soldados la noche anterior no habían regresado. Ella, que gozaba de gran libertad, había recorrido la escuela de arriba abajo y no las hallaba. «Temo que estén muertas. No sé cómo les diré a sus madres que no las he visto por ninguna parte», lloriqueó. «La pobrecita de Aldina solo tiene catorce años».

La noticia nos deprimió, y nos quedamos sentadas en los colchones sin hablar, la vista perdida en la nada. Leila se decidió a romper el estado abúlico en el que habíamos caído y tomó un libro del suelo. Se puso a leer y, tras un rato de absorta lectura, propuso lo que para ella era sanador: limpiar. Suada nos consiguió algunos productos, elementos y baldes con agua y nos pusimos a trabajar. Limpiamos los estantes de las bibliotecas y acomodamos los libros caídos. Recogimos el cuadro de Tito y lo escondimos pues su imagen se había convertido para los nacionalistas serbios en una figura detestable. Paramos los colchones contra la pared y limpiamos el piso, poniendo especial atención en quitar los restos de sangre; resulta increíble lo tenaz que es la sangre seca; no es fácil sacarla. Limpiamos el escritorio vacío. Intenté abrir los cajones; estaban los cuatro con llave. Nos esmeramos por dejar brillante el baño antes de dirigirnos a la habitación contigua, escenario de la batalla de los amantes y de la reconciliación. Sirviéndome de un trozo de papel, recogí dos bolsitas de látex medio transparente que, reconocí, eran profilácticos. «Pues bien, a la mujer de su etnia no tiene pensado hacerle un hijo», medité con el desapego y el cinismo que, poco a poco, se volvían parte de mí.

Como hacía mucho calor, quedamos sudadas y cansadas, por lo que le solicitamos a Suada que nos acompañase al vestuario a tomar otro baño. Debimos esperar varias horas antes de que la mujer se hiciese con el permiso del comandante, lo cual resultó en nuestro favor pues en el ínterin apareció Mirko con varias bolsas de ropa, nuestra ropa. «¿En qué estado encontraste el departamento de la abuela Kata?», quise saber. «Nos fuimos y ni siquiera echamos llave», me expliqué. «En orden», masculló sin mirarme. «¿Sacaron el cuerpo de Luks? ¿Lo enterraron?», preguntó Leila. «Sí», contestó, lacónico. «¿Dónde?», insistió. «¡Basta de preguntas!», explotó, y en ese instante le noté las ojeras y la cara de amargado. «No sé quién mierda se ocupó de Luks ni dónde lo enterraron. Se habrán ocupado los nuevos propietarios». ¿De qué hablaba ese imbécil? ¿Qué nuevos propietarios? «¿De qué estás hablando, Mirko?», lo increpé, mi recién estrenada filosofía olvidada. «¡De que la casa de tus abuelos ahora tiene nuevos dueños!», exclamó, enmascarando la vergüenza en la impaciencia y el enojo. «¿Cómo nuevos dueños? Nosotros no hemos vendido la casa», me desconcerté. «Maša», me habló con

desprecio, «pese a todo lo que te ha sucedido, ¿aún no comprendes que esto es una guerra y que nada será como antes? La casa de Katarina y de Liam fue asignada a una familia serbia que a su vez fue expulsada de los territorios en manos de los musulmanes. Agradece que me permitieron entrar y sacar sus ropas». «¡Y qué hay de las joyas de la abuela, de sus muebles, de sus cosas personales! ¡De la vajilla de porcelana!», me trastorné. Mirko, que estaba marchándose, se detuvo y, sin volverse, me aconsejó: «Pídele a Vuk que te las devuelva. Aprovecha que eres su obsesión. Al menos por el tiempo que le dure».

Lloré y chillé de impotencia. Leila, con su sabiduría innata, insistía en que eran cosas materiales, que no tenían importancia. «¡Es el hecho, Leila!», me enfadé. «¡Esos malditos četniks se creen los dueños de nuestras vidas! Nos hemos convertido en basura para ellos. ¿Qué locura es esta?», me pregunté, y en un acto maquinal elevé los ojos hacia un cielo que siempre había creído vacío; ahora buscaba la respuesta a tanta maldad. Ni siquiera se me permitía salir fuera para ver el cielo, y mis ojos se tuvieron que conformar con el cielorraso descascarado y con telarañas.

Suada y el soldado de turno nos escoltaron al vestuario de mujeres para bañarnos. Caminábamos deprisa y con la vista baja, aterradas de llamar la atención de los paramilitares o de encontrar los ojos de algún prisionero al que habían conducido a la habitación que, todos sabían, la empleaban para aplicar torturas. A los hombres los tenían en otro campo de concentración, uno al que llamaban Sladara, porque se encontraba en una fábrica de cerveza de ese nombre, ubicada en la localidad de Rasadnik, muy cerca de Rogatica. En nuestra prisión, la Veljko Vlahović, los interrogaban y torturaban, o simplemente los torturaban. Eran vecinos comunes y corrientes que nada sabían de la política ni del ejército bosnio. ¿Qué pretendían extraerles con las golpizas y las vejaciones? «No pretenden extraer nada», resolví. «Se trata de dar una lección, de que se corra la voz y los musulmanes abandonen las ciudades sin necesidad de hacer un disparo». Se trataba de la estrategia del terror.

El patio principal de la escuela era un vivac desordenado y sucio, con montañas de basura que se acumulaban y hedían en el calor sofocante de las jornadas estivales; las moscas verdes sobrevolaban, y pequeños ratones iban y venían sin ser molestados. Apuramos el paso cubriéndonos la nariz y la boca con la mano para no respirar la pestilencia ponzoñosa.

Bañadas y cambiadas, con el ánimo renovado, volvimos a nuestra prisión. Suada parloteaba en voz baja consigo misma, una costumbre en la que caía cuando algo la inquietaba. «¿Qué sucede?», quise saber. «El comandante Vuk dice que esta noche vendrá a cenar el general Mladić y que debo preparar pljeskavica, el plato favorito del general, solo que yo no tengo idea de cómo se hace la pljeskavica, y el comandante la quiere completa, con kajmak, con urnebes y somun. ¿Qué haré?», se descorazonó. «Dile que no sabes prepararlo», le propuse. «¿Con el humor que trae desde que supo que esos cinco soldados...?», enmudeció. «No me atrevo», concluyó.

La pljeskavica es la comida nacional de los serbios, una hamburguesa de carne de vaca, cerdo y cordero que se sirve al plato o en pan (somun) y que se acompaña con una ensalada de queso y pimientos picantes llamada urnebes, todo regado por la infaltable crema ácida o kajmak. «Pues Leila prepara la mejor pljeskavica del valle del Drina», comenté, y la mujer, que desarmaba la cama donde Vuk y Branka habían yacido, se detuvo para mirarnos. Leila sonrió y asintió.

Media hora más tarde, y con la venia de Zver —Vuk no estaba—, nos hallábamos en la cocina de la escuela evaluando los ingredientes que necesitaríamos para el gran banquete. ¿Y si le poníamos veneno para ratas a la mezcla de las hamburguesas? De seguro tenía que haber una caja por allí, murmuraba en tanto abría las alacenas y revisaba la despensa. «No digas estupideces, Maša», me reprendió Leila. «Yo no tendré a nadie en mi conciencia». Asentí poco convencida y volví a su lado. Entonces le noté el brillo en los ojos de azabache en tanto estudiaba el entorno. Enseguida me di cuenta de que esa cocina grande y profesional le recordaba a la del U Partizanski. Era un poco como haber vuelto a casa.

Hicimos pljeskavica para satisfacer al demonio de Mladić, pero también para que Suada llevase a escondidas un recipiente lleno de hamburguesas, que repartió entre las cinco aulas abarrotadas de mujeres y niños hambrientos. No supimos si la cena fue un éxito hasta la madrugada, cuando Vuk, muy borracho, entró en la habitación y, al despertarme, por poco me causó un infarto. Con una rodilla en el piso, me atrajo hacia él y me besó en la boca. Yo contenía el respiro para no inspirar el aliento con olor a cebolla, cigarrillo y šljivovica. «Quiero que cocines mi comida todos los días», expresó con la cadencia de un borracho, y rio vaya a saber de qué, lo que despertó a Leila. «Pero la probarás delante de mí antes de que yo la coma porque me temo, adorada Maša, que si te diese la oportunidad le pondrías veneno para ratas». Volvió a reír, como si encontrase la declaración muy divertida. Nunca supe si alguien le había referido lo que yo había murmurado en la cocina creyéndome a solas con Suada y Leila, o si Vuk, desconfiado y astuto como era, lo había deducido por su cuenta.

Me arrancó del colchón y me llevó en andas a su cama, la que había compartido con Branka la noche anterior. Por fortuna, se quedó dormido apenas apoyó la cabeza sobre la almohada. Yo me debatí entre regresar a la otra habitación o permanecer con él. Temí enfurecerlo si, al despertar, se daba cuenta de que lo había abandonado. Me quedé quieta e intenté dormir con el dragón junto a mí.

CAPÍTULO XII

*La sangre de una mujer no es igual a la sangre de un hombre.
Se sabe que la mujer es como un costal, hecha para soportar.*

Extracto del *Kanun I Lekë Dukagjinit*,
código que rige la vida en Albania

Cerró el diario y se acostó. Intentaría dormir. Bajo los párpados aparecía el rostro de Lazar Kovać, y volvía a oír su voz de bajo, y el corazón le batía, desenfrenado. «No más castigos, no más penitencias, Diana». El sueño la rehuía. Lo pensó en el sofá, con los pies colgando fuera, y la apremió la necesidad de verlo. Se puso los *jeans* y abandonó el dormitorio con sigilo. Entreabrió la puerta de la otra habitación, la que ocupaba Svetlana. Dormía, tranquila. Encendió la luz del corredor y prosiguió hacia sala. La silueta larga de Kovać se perfilaba en la penumbra de la estancia. Se acercó en puntas de pie, sobrecogida por las ganas de tocarlo y también por la irrealidad de la situación. Lazar Kovać estaba allí, no había regresado al monasterio ni se había instalado en el gimnasio. Durante la investigación en Escocia, lo había imaginado de modos diversos, sin acertar con la persona magnífica que era ese hombre. Le dio por pensar que, con él junto a ella, nada malo le sucedería. Le inspiraba una confianza plena, a ella, recelosa y suspicaz, pero ¿de dónde surgía? Era pura intuición. ¿Qué sabía del sacerdote? Mucho y nada.

Se arrodilló junto al sofá, a la altura de la cabeza de Kovać, y lo estudió de cerca. Las pestañas negrísimas formaban un arco sobre su piel que, si bien blanca, poseía un matiz apenas bronceado en consonancia con el tono caramelo de sus iris. Le habría dibujado el arco de las cejas, también muy negras, y hundido de nuevo los dedos en la barba. Se quedó mirándole la boca, su parte favorita. Apretaba las manos entre las piernas para evitar tocárselos y despertarlo. ¡Qué inefable sensación de dicha le provocaba saber que, si lo hubiese tocado, habría gozado en lugar de sufrir! Era liberador.

Permaneció estática cuando Kovać comenzó a alzar los párpados. Nada había delatado que estaba por despertar; no se había movido ni producido sonidos con la boca ni cambiado el ritmo de la respiración. Se tomó como la cosa más natural encontrarla ahí, de rodillas junto al sofá; incluso le sonrió con tranquilidad.

—Yo me habría asustado —pensó en voz alta, sin explicar el sentido de la declaración. A juzgar por la respuesta de él, la había comprendido.

—Yo también, solo que contigo todo es diferente.

—No podía dormir. Tú, en cambio, dormías serenamente.

—Suelo tener pesadillas —le confió— y despertarme gritando.

—Pues no esta noche.

—No, esta noche no. ¿En qué pensabas mientras me observabas dormir?

—En que deseaba tocarte, y en la felicidad que eso me causa, sentir que si te toco no experimentaré un ataque de pánico. —Él alzó la mano, y ella, en un acto mecánico, alejó el torso—. ¿Quieres tocarme? —preguntó con miedo mal disimulado.

—Sí.

—Mis hermanos y dos amigos pueden tocarme. ¿Por qué ellos sí y el resto del mundo no?

—Porque sabes que su amor es incondicional y que nada de lo que hagas o hayas hecho los hará dejar de amarte. Sabes que jamás te condenarán por eso que tanta culpa te genera. Y yo tampoco —añadió segundos después, y La Diana tragó para deglutir el nudo que le atenazaba la garganta—. ¿Puedo tocarte?

Asintió, y sus ojos siguieron el recorrido de la mano con el aliento atrapado en el pecho, donde el corazón se le había desbocado.

—Ya te he tocado. ¿Por qué tanto miedo?

—Cada vez que me tocas es como la primera. Y le temo a mi reacción, no me fio de mí.

—Yo sí, plenamente —dijo, y le pasó el índice por el filo de la mandíbula.

—¿Por qué? —susurró apenas, conmovida por el contacto que le había erizado la piel al punto de causarle un ligero dolor y nada de pánico.

—No lo sé. Tal vez nos conocemos de otra vida. Se supone que no debería afirmar esto, que te conozco de otra vida, siendo un sacerdote cristiano —añadió con acento ligero, y La Diana rio apenas—. Solo que ya no me siento sacerdote.

—¿De veras? —preguntó, consciente de su índice que ahora descendía por el tabique nasal.

—Me gustan tus pecas —comentó, y La Diana recordó que Vuk le había señalado lo mismo; aquel comentario le había causado revulsión; el de Kovać, un estremecimiento de placer y anticipación—. Tu nariz es perfecta, lo mismo tu boca —agregó un poco después, y se quedó mirándola—. Quiero besártela.

—No te sientes, pero *eres* un sacerdote —le recordó con ánimo juguetón, aunque también como una táctica para calmarse y reunir valor.

—Ayer, cuando fuimos al correo, hice algo que cambió mi vida para siempre.

—¿Qué? —simuló no saber.

—Le presenté mi renuncia al patriarca de Serbia. Irrevocable. Desde hace años, desde antes de que terminase la guerra, me cuestionaba si era correcto pertenecer a una Iglesia que había apoyado abiertamente a tipos como Milošević y Arkan. La vida de sacerdote me parecía una carga, como si en lugar de caminar por ella tuviese que arrastrarme bajo un peso demoledor. Solo encontraba contento en las actividades que

hacía fuera de mis obligaciones sacerdotales, pero esto me traía problemas. —Volvió a elevar la mano y le pasó el dorso de los dedos por la mejilla—. Entonces llegaste tú. Y te vi, y el corazón me dio un salto, y me sentí vivo, y temí que si entraba en la escuela cuando saliese ya no te encontraría.

—Creí que era buena en seguimientos. —La Diana sonrió y agitó la cabeza, y un mechón le colgó sobre la frente, que Kovać acomodó tras la oreja.

A cada movimiento, La Diana le prestó atención, desde el roce de los dedos sobre la frente hasta el que siguió en el pabellón de la oreja y detrás. Kovać iba dejando rastros de placer sobre su piel, nada de contrariedad o aversión. Le costaba respirar de la emoción contenida.

—No creo que puedas imaginar lo que me causó verte en el bar.

—Quiero imaginarlo. Cuéntame —pidió ella.

—Sentí un alivio tremendo al descubrir que no te había perdido. Lo más increíble es que un pensamiento tan extraño causado por alguien a quien no conocía no me provocase incomodidad ni necesidad de combatirlo; me parecía un comportamiento natural. Fue extraordinario —concluyó más para sí, y miró hacia abajo, como si le destinase al pensamiento ulterior reflexión.

—¿Te preguntabas por qué estaba siguiéndote?

—Pensé que te enviaba alguien.

—¿Quién?

—El que fue mi tutor —respondió tras un breve silencio—. Lo ha hecho antes.

A La Diana la perturbó la respuesta, y se dijo que de ese modo resolvía el misterio del lunes por la tarde, cuando Kovać la interrogó para preguntarle si la enviaba «él».

—Y pese a eso, ¿no querías perderme?

—No quería, no. Simplemente fui feliz al saber que seguías ahí. Hoy, cuando te vi alejarte con Goga, me sorprendió la desazón que me provocó. Si Zaína no hubiese estado conmigo habría echado a correr tras el auto para pedirte que no me dejaras atrás.

—Lazar... —se conmovió.

—Y tuve miedo de depender tanto de alguien. Bésame. Por favor —agregó con acento de súplica—. En esta posición, conmigo acostado, será más fácil. Tú conservarás el control en todo momento.

La Diana lo miró con fijeza y solo halló bondad y sinceridad en el alma que tan fácilmente se le reflejaba en los ojos. Se inclinó y bajó los párpados antes de que sus labios tocasen los de él y que su barba le acariciase el mentón. Había besado a Markov y lo había disfrutado; sin embargo, ese contacto sutil, apenas un roce sobre la boca de Lazar Kovać, la condujo a un nuevo plano, no solo al de la comunicación con otro ser humano y al del placer físico sino a uno en que se sentía como si hubiese vuelto a casa, como si hubiese hecho algo que, si bien era nuevo, al mismo tiempo le resultaba familiar, pero sobre todo era como estar haciendo algo de lo que se había privado durante demasiado tiempo y de lo cual ya no prescindiría si quería volver a

sentirse completa y en armonía. Ese conocimiento afloró de un sitio recóndito que no provenía de la razón, pues si se detenía a analizar lo que estaba viviendo solo habría podido considerarlo bajo una sola luz: se trataba de una locura.

Se deslizó sobre él, lo sujetó por el cuello y lo atrajo para profundizar el beso. Aunque abrió la boca y le devoró los labios, Kovać no la tocó. La Diana, que percibía su esfuerzo por mantener las manos quietas para no asustarla, lo amó por ello. ¿Lo amaba? Ella había amado a Markov, pero lo que este hombre le provocaba le daba vértigo. Ocurría demasiado aprisa, y sin embargo ahí estaba, encaramada sobre él, besándolo como si se tratase de una mujer normal, sin fobias. ¿Lo amaba?, volvió a preguntarse. ¿Lo amaba si apenas lo conocía? Después de todo, ¿qué era amar? Le habría gustado preguntárselo a Matilde. Lo que fuese que Kovać le inspirase, era fuerte y poderoso y la dominaba, ¿para qué negarlo si tenía alojada en el pecho esa opresión desde que él había cantado *Miss Sarajevo* en el bar? Lazar Kovać era su destino, lo supo en ese instante en que sus lenguas se entrelazaban como si lo hubiesen hecho infinidad de veces, como si la afenofobia jamás hubiese existido.

—Tócame —le suplicó, y él le apoyó las manos abiertas y tibias sobre la base de la espalda.

—¿Qué sientes? —quiso saber, solícito, la voz exquisitamente agitada y más grave que de costumbre.

—Felicidad —respondió, embargada de una emoción que le impedía expresarse.

Se abrazaron, y se trató de un abrazo completo, sin limitaciones ni represiones ni miedos, y siguieron besándose y explorándose y permitiéndose sentir vivamente, mientras se alimentaban de la energía del otro, de la pasión del otro, y lo hacían a través de sus bocas y de sus lenguas, que parecían conocerse desde la noche de los tiempos.

Acabaron agitados y un poco trastornados por la intensidad del momento. La Diana se incorporó apenas y no tuvo duda ni vergüenza al mirarlo a los ojos. Los de él se habían vuelto tormentosos y tan negros como su cabello, y comunicaban desconcierto y turbación, pero sobre todo fascinación. Ella le despertaba fascinación. Kovać le acunó la mejilla antes de hablarle.

—Gracias por esta entrega. Gracias por confiar en mí. No creas que para mí esto es común ni corriente. Acabo de vivir la experiencia más extraordinaria de mis casi cuarenta años.

—¿Por qué contigo es tan fácil? —La pregunta había sido retórica; él, sin embargo, le contestó:

—Quiero pensar que me dejas tocarte y besarte porque sabes que mi amor por ti es incondicional, y que nada que hayas hecho cambiará lo que siento.

—¿Amor? ¿Sabes que esto es amor?

—Sí, lo sé.

—¿Cómo?

—Porque de solo pensar en tu ausencia me asusto. Te encontré, Diana. Eres la parte de mí que me faltaba.

Recostó la mejilla en su pecho para que no viese cuánto la perturbaba su declaración. Alzó apenas las pestañas para mirarlo y se sorprendió al encontrarlo con los ojos cerrados y una sonrisa de satisfacción y contento. El simple gesto de él la hizo feliz. La sensación le explotó en el pecho y temió que acabase. ¿Cómo volvería a la vida de antes? No la toleraría después de haber experimentado algo tan inefable, único y mágico.

—¿Qué piensas? —quiso saber él.

—Que no toleraría volver a la vida de antes.

—¿Qué vida de antes?

—La vida en la cual tú no existías.

Kovać frunció el entrecejo.

—¿Por qué tendrías que volver a esa vida tan desagradable, sin mí en ella? —inquirió, y la hizo reír.

—Soy así, Lazar. Siento que lo bueno terminará tarde o temprano. Era muy feliz hasta que la guerra lo destruyó todo —explicó.

—Lo que acabas de decir no deja de tener ciertos aspectos positivos, a saber: soy algo bueno y te hago tan feliz como lo eras antes de la guerra. ¿Es así?

—Más feliz, de hecho.

—Más feliz —repitió él, disimulando malamente lo envanecido que se había vuelto con la aclaración—. Será cuestión de mantenerlo de ese modo para la felicidad de mi Diana.

«Mi Diana», repitió para sí, estremecida de gozo, y enseguida se acordó de una cuestión fundamental.

—Mi verdadero nombre no es Diana. Me lo cambié después de la guerra.

—Entiendo. Me encantaría saber cuál es tu verdadero nombre si quieres decírmelo.

—Mariyana.

—Mariyana —repitió—. Bellísimo. Y poco común.

—Es búlgaro. Lo eligió mi madre. Pero en mi familia me llamaban Maša.

—Maša —repitió él con los ojos cerrados como si saborease las sílabas—. ¿Cómo te gustaría que te llamase?

—¿A ti cómo te gustaría llamarme?

—Diana, porque ese es el nombre con el que te conocí, y debo decir que me gusta mucho. Diana —repitió—, diosa romana de la caza, de la luna y de la naturaleza.

—Por ella lo elegí —comentó, maravillada de que él hubiese establecido la relación.

—¿A quién pretendes cazar, Diana mía?

—A los dragones que me destruyeron, sobre todo a uno.

—Cázalos si eso es lo que necesitas, pero debes ser consciente de una cosa: no te destruyeron.

—Ahora me dirás: lo que no te mata te hace más fuerte.

—La frase de Nietzsche no es así.

—Ni siquiera sabía que era de Nietzsche —admitió, y pensó que la afirmación de Brano, que Kovać era culto, empezaba a demostrar su certeza.

—Nietzsche dijo: Lo que no te mata te hiere de gravedad y te deja tan apaleado que luego aceptas cualquier maltrato y te dices a ti mismo que eso te fortalece.

—Pues le han cambiado bastante el sentido.

—Se lo cambiaron radicalmente —acordó Kovać—. Sin embargo, no iba a referirme a eso. De hecho, no creo en que lo que no te mata te hace más fuerte. Sí creo en que si sobreviviste a una situación traumática es porque eras extraordinariamente fuerte *antes* de enfrentarla.

—Era una chica común y corriente —adujo La Diana—. Era la camarera y la ayudante de cocina en el restaurante de mis padres, solo eso.

—No sabías cuán fuerte eras, pero lo eras y por eso sobreviviste y todavía estás de pie, y cuerda...

—No estoy cuerda, Lazar.

—Lo estás, no tienes idea de cuánto. Que sufras una fobia no significa que hayas perdido la cordura. Es el modo al que recurre tu mente para lidiar con la culpa, ya te lo expliqué. Eras fuerte, en extremo fuerte *antes* de la guerra. La guerra solo sirvió para que sacaras a relucir tu potencia y para que luchases. Debes de haber sido amada por tus padres y debes de haber vivido en un ambiente estable y cordial —conjeturó, y ella, a ese punto, muy conmovida, solo asintió—. Gran parte de tu fortaleza viene de allí, de haberte sabido amada, pero también nace de ti, de las características de tu personalidad. Con esas nacemos —declaró.

—Tú —dijo, y le dio vergüenza que le temblase la voz— eres extremadamente fuerte.

—Lo soy —convino él, sin rastro de pedantería, y le acarició la frente—, pero al igual que tú, a causa de la culpa me castigué convirtiéndome en sacerdote, un hombre que lleva una vida célibe, que está en el mundo, pero no del todo, que prefiere no comprometerse con alguien para no sentir el vacío que causaría su ausencia y que se somete a condiciones y disciplinas muy severas. Lo más agobiante del sacerdocio es la soledad.

¿Algún día se confesarían las culpas que los atormentaban? Sin asidero, dijo:

—Ya no volverás a estar solo.

La sonrisa de él fue el premio a una declaración espontánea, nacida en su corazón, para nada meditada, pues si hubiese destinado un instante a razonarla, no la habría pronunciado, y él no le habría regalado ese gesto que le iluminaba los ojos en la penumbra de la sala.

—¿Eso quiere decir que tú estarás siempre conmigo, Diana mía?

Ella habría querido contestarle que sí, que no deseaba otra cosa, que no tenía idea de cómo organizaría su vida, su trabajo, pero que en ese momento, ahí, recostada sobre su cuerpo, con las manos de él en la espalda, tenía la certeza de que estaba donde debía estar. Sin embargo, se sentía extraña. Las dos veces que se había enamorado, primero de Mirko siendo una adolescente, después de Markov siendo una mujer, el sentimiento había nacido gradualmente. Lo que Kovać le provocaba le resultaba vertiginoso, desconocido, y la asustaba. Por eso, expresó:

—¿Es normal esto que nos pasa? ¿Es normal si apenas nos hemos conocido?

—Diana, me han sucedido tantas cosas en esta vida, e imagino que a ti también. ¿Por qué no permitimos que nos suceda una más, solo que esta, a diferencia de las otras, es hermosa? Tan hermosa que tengo miedo de que se trate de un sueño.

La Diana rio de felicidad, y lo contagió a él, y rieron mirándose a los ojos hasta que las risas languidecieron y las miradas se intensificaron. Las manos de Kovać ascendieron por su espalda y la sujetaron por la cabeza para acercarla a su boca. El beso comenzó con cautela por parte de él, hasta que ella se volvió osada. Entonces, el deseo crudo de Kovać se desató y la envolvió en un abrazo tan posesivo y fuerte que aguardó con el aliento contenido a que sobreviniese el ataque. No llegó, y así, entre la dicha, la gratitud y la excitación, se aferró a él con igual pasión.

—¿Amaste a alguien antes de mí? —se interesó Kovać, y se lo preguntó todavía jadeante y con los ojos cerrados.

—Sí. ¿Y tú?

—También. Éramos adolescentes, pero el sentimiento era muy profundo.

—¿Qué sucedió con ella? —quiso saber, y se detestó por los celos que la asaltaron.

—Mi tutor la asesinó. —Se incorporó súbitamente y lo cuestionó con la mirada—. Delante de mis ojos. Es la primera vez que le cuento esto a alguien. Ha vivido en mí por casi veinticinco años, y hoy, gracias a ti, pude sacarlo fuera.

Se contemplaron en silencio. Volvió a imaginarlo un niño abusado, un adolescente confundido y enamorado, y apretó la garganta para sofrenar el llanto. Le temblaron los labios cuando se inclinó para besarlo en la frente, y allí se demoró, y lo besó y lo olfateó hasta que sus labios se movieron hacia abajo y le acariciaron los párpados y también los pómulos, y la nariz, y a ella la emocionaba que él fuese moviendo la cabeza en un gesto de invitación para que lo tocara en la porción que había quedado sin el bautismo de su boca.

—Lazar —le susurró sobre los labios—, quiero que sepas que me siento honrada de que un hombre estupendo como tú me haya elegido para revelar un secreto tan importante.

—Algún día, amor mío, te lo contaré todo, pero esta noche no. Esta noche solo quiero ser feliz.

—Amor mío —repitió, fascinada por lo normal y al mismo tiempo extraordinario que sonaba.

La sobresaltó el timbre del despertador. Eran las siete. Se había quedado dormida sobre Kovać y, lo que era más increíble, lo había hecho sin los *kukris* ni las pistolas a mano. Se incorporó lentamente para no despertarlo y percibió la mano de él que se le ajustaba en la cintura. Alzó la vista y lo encontró despierto.

—Buen día.

—Buen día —contestó, de pronto tímida—. Lo siento, no quería despertarte.

—Tengo que empezar la jornada. Hoy me esperan muchas cosas. ¿No vas a darme un beso?

La Diana sonrió y se inclinó para besarle en los labios.

—Espero que no te hayas entumecido. Dormí encima de ti.

—No puedo concebir mejor modo de dormir, contigo encima de mí, por lo que será mejor que vaya acostumbrándome a estar entumecido.

La Diana rio y volvió a besarlo. El despertador seguía sonando en el dormitorio. Cortó el beso y corrió a apagarlo. Los *jeans* se le habían arrugado, pero no tenía otros, por lo que deberían bastar. Se cambió la ropa interior y se puso una camisa negra sobre los *kukris*. Se perfumó con Organza generosamente. Al salir de la habitación, se dio cuenta de que la puerta del baño estaba cerrada; se oía la ducha que corría. Debía de ser Kovać; la noche anterior no se había bañado. Le dieron ganas de entrar para preguntarle si necesitaba jabón o champú o toallas, solo que había de todo y muy a mano, incluso hasta cepillos de dientes nuevos. La verdad es que se trataba de una excusa; quería verlo desnudo en esa actividad tan íntima que comparten las parejas normales, como la de entrar en el baño cuando el otro lo está utilizando. Se acobardó porque no quería provocarlo para luego echarse atrás como tantas veces le había ocurrido con Sergei.

Un poco deprimida, marchó a la otra habitación para despertar a Svetlana. Abrió con cuidado y le partió el alma encontrarla sentada en el borde de la cama ya hecha, completamente vestida y con el puño cerrado en torno a la contramedida electrónica. La saludó en inglés, a lo que la chica respondió con una sonrisa crispada. Hizo el gesto de beber de una taza, y la muchacha asintió.

La Diana enseguida se reanimó con el aroma del café molido que se filtraba en la cafetera. Dispuso lo poco que tenía para ofrecer sobre el pasaplatos y le señaló a Svetlana una de las banquetas. Le sirvió un vaso con la bebida mineralizada y un sándwich de queso, que la chica devoró. Le preparó otro más y se lo entregó con un café con leche. Se la quedó mirando mientras Svetlana saciaba el hambre voraz. ¿Cuál sería su historia? ¿Por qué horrores habría pasado?

Kovać se presentó recién bañado y con el cabello mojado y suelto, y a La Diana la poseyó un deseo incontenible. Admiró la familiaridad con que se dirigía a Svetlana y el resultado que obtenía: la muchacha sonreía y se mostraba relajada. Saltaba a la

vista que Kovać se sentía a gusto entre la gente; sabía cómo tratar a las personas, a cada una en su situación y circunstancia; se adaptaba a Zaína y la hacía sentir el centro del mundo; daba clases de taekwondo y sus pequeños alumnos se convertían en héroes; en la cancha de fútbol, habían sido jugadores de la selección nacional. Era asombroso el don que poseía, la capacidad de resaltar en cada uno lo mejor de sí; no por nada los estudiantes con los que había almorzado en el bar lo veneraban. La sorprendía esa ductilidad para subir y bajar, acomodarse, transformarse, y conservar siempre la esencia. Ella debía de haber significado un reto para su habilidad. ¡Con qué paciencia y tacto la había tratado desde esa primera cena compartida! Ahora que lo meditaba, nunca se había sentido en peligro ni tensa ni en guardia, por el contrario, la necesidad de tocarlo había resultado arrolladora.

—¿Cómo tomas el café? —quiso saber con la intención de memorizarlo.

—Negro, con poca azúcar —contestó él, serio, la vista fija en la de ella—. ¿Y tú?

—Con leche y azúcar.

Se sentó del lado de la cocina, frente a él. Kovać comía con maneras impecables al tiempo que austeras y naturales; en tanto, hablaba en ruso con Svetlana. La chica acabó el desayuno, se ocupó de lavar la taza y el plato y se marchó al baño. Al sonido de la puerta que se cerraba, Kovać se puso de pie y rodeó la columna en dirección a la cocina. La Diana lo vio entrar y avanzar hacia ella, y el corazón le palpitó en la garganta. Se puso de pie y, sin pensarlo, le arrojó los brazos al cuello.

—¡Qué fácil es contigo!

Él sonrió en silencio mientras le acariciaba el rostro y se lo analizaba con ojos escrutadores.

—Gracias.

—¿Por qué? —se extrañó Kovać.

—Por ayudarme a sanar.

—Gracias por hacerme tan feliz.

No quiso contradecirlo, temía romper el ambiente perfecto, pero lo más probable era que terminase por desilusionarlo. Se miraron antes de que él se inclinara y le tocara los labios con los suyos. En esa postura, tomaba cabal dimensión de lo alto que era y de lo pequeña que la hacía sentir. Fue ella quien lo invitó a profundizar el beso porque sabía que él aguardaba el permiso; así parecía haberse establecido entre ellos. Le acunó las sienes y le mordisqueó el labio inferior antes de invadirlo con la lengua. Lo oyó inspirar, entre sorprendido y excitado, y enseguida se vio transportada a otra dimensión en la que solo ellos existían y ningún problema los abrumaba. Kovać la acorraló contra la mesada, y ni siquiera ese proceder la asustó; siguió tan abstraída como la noche anterior sobre él. Al percibir la excitación de Kovać clavada en el vientre sufrió un instante de turbación y apartó la boca. Ocultó el rostro en su pecho. Sonrió a la nada cuando la besó en la coronilla.

—¿Demasiado? —preguntó él con soltura y naturalidad.

—Un poco. Perdóname —suplicó, y alzó la vista.

—Nunca me pidas perdón por algo que no controlas. Juntos iremos superando los escollos.

—¿Lo prometes?

—Lo juro por mi vida —expresó, solemne, y La Diana permaneció extática mientras él insistía en esa acción de momentos atrás, cuando la repasaba con ojos ávidos, actitud que la habría puesto nerviosa si la mirada de él no hubiese comunicado tanta devoción—. Hoy tengo muchas cosas que hacer —anunció Kovać, y le besó la nariz—. Primero tengo que ir a buscar mis pertenencias a la Transfiguración. No será fácil con el padre Boro.

—¿Por qué?

—Porque para dejar los hábitos hay que esperar la dispensa del patriarca que te reduce al estado laical. Pero antes de concederla, se sigue un procedimiento bastante largo y burocrático en el cual como primer paso tratan de convencerte de que no abandones el sacerdocio; es común que te recluyan en otro monasterio para que recapacites. A su vez el patriarca inicia una investigación para ver cuáles fueron las causas de la crisis. En fin, un proceso largo que no tengo ganas de soportar. Me iré de la Transfiguración, está decidido.

—¿Tienes muchas cosas? ¿Quieres la camioneta?

—Tengo muchos libros, solo eso. Le pediré el auto a Brano, no te preocupes. Prefiero que ayudes a Goga. Hoy tendrá un día complicado. Hay que resolver la situación de Svetlana.

—Lo que quieras. Tú pídemelo lo que quieras.

—Mmmm, señora diosa de la caza —dijo con un ronroneo—, su ofrecimiento es más que tentador. —Le hizo cosquillas con la barba al besarla en el cuello. Más reía y se rebullía, más la provocaba con la barba.

La aparición de Svetlana puso fin a los retozos. Se abrigaron antes de salir; fuera nevaba. Como creyó que partiría hacia la Transfiguración, La Diana se sorprendió cuando Kovać le comunicó que la acompañaría a lo de Goga.

—Todavía no puedo separarme de ti —le confesó al oído.

—Yo tampoco —admitió ella.

Al aproximarse al edificio, tomaron una precaución a pedido de La Diana y, si bien los vidrios de la Nissan Patrol estaban polarizados, Kovać le indicó a Svetlana que se recostase en el asiento trasero. Dieron dos vueltas a la manzana para verificar que no hubiese automóviles ni personas sospechosas antes de que Kovać abriese el portón del garaje sacando apenas el brazo e introduciendo la llave en el control de mando. La camioneta se deslizó dentro. Descendieron del vehículo. No había nadie en el estacionamiento, y caminaron deprisa hacia el ascensor de servicio.

Apenas llegaron al departamento, Goga se arrojó al cuello de Kovać y le rodeó la cintura con las piernas. El recibimiento descolocó a La Diana, que se ocupó de cerrar después de indicarle a la confusa Svetlana que entrase.

—Solo dime una cosa —dijo él, divertido, mientras la depositaba en el suelo del vestíbulo—, ¿has estado bebiendo?

—¡No! ¡Es que hemos recibido una donación de cien mil dólares! ¡No puedo creerlo!

La Diana advirtió la transmutación en el gesto de Kovać.

—Sabes de quién es. Devuélvelo.

—No es de él. Viene de una cuenta del Banco de Escocia, de Callum Duncan.

—Es mi tío abuelo —intervino La Diana, y sujetó la mano de Kovać, acción que Goga captó enseguida—. ¿Has dicho cien mil dólares?

—Cien mil dólares —repitió con una sonrisa que le iluminaba el pequeño rostro—. El número cien y tres ceros del lado derecho. Qué belleza de cifra. Diana, tienes el mejor tío abuelo del mundo.

—Gracias, amor mío —susurró Kovać, y la besó en los labios.

Zaína entró corriendo y aterrizó en los brazos de su tío Laza, que la llevó en andas hacia los interiores después de indicarle algo a Svetlana, que caminó tras ellos. La Diana los siguió con la mirada hasta que desaparecieron en el corredor. Al volverse, se topó con la expresión sombría de Goga.

—No lo hagas sufrir, te lo suplico —le advirtió antes de marchar a la cocina.

La Diana fue tras ella y se detuvo en el ingreso. La observó preparar café.

—Goga —la llamó, y la mujer se dio vuelta con brusquedad—, no sé qué es esto que está ocurriéndome con Lazar. Pero es lo más bello que he experimentado en mi vida y lo atesoro como a nada porque, hasta conocerlo, me creía incapaz de sentirlo, sobre todo después de la guerra, que me dejó cicatrices profundas. No sé si estas cicatrices me permitirán hacerlo feliz, pero lucharé para superar mis traumas. *Quiero* hacerlo feliz. Haré lo que sea para lograrlo. Te lo prometo —añadió al mismo tiempo que caía en la cuenta de que prometía sin bases, solo movida por las ganas de estar con él.

—OK —dijo la mujer, y después añadió de mejor talante—: Gracias por la donación de tu tío abuelo. No sabes lo que significa para Duga Sarajevo. ¡El café está listo! —gritó hacia los interiores, y enseguida aparecieron Kovać con Zaína y Svetlana; los seguían dos chicas jóvenes y bonitas, las cuales, La Diana coligió, eran sus alumnas, las que atendían las líneas de la ONG.

Kovać le presentó a Mirna y a Kada. Zaína, de pie muy cerca de ellos, echaba la cabeza hacia atrás y alternaba vistazos entre La Diana y su tío.

—¿Eres la novia de tío Laza? —La pregunta la tomó desprevenida—. ¿Por eso te besó en la boca recién?

Se hizo un silencio en el que La Diana advirtió cómo se le iban coloreando las mejillas usualmente pálidas.

—Sí, cariño, ya te dije que es mi novia.

La Diana sonrió con labios tensos y asintió mientras apreciaba por el rabillo del ojo las expresiones primero atónitas luego desilusionadas de las alumnas de

Psicología. ¿Qué estarían pensando? Él, después de todo, era un sacerdote. «¿Y qué mierda te importa lo que piensen?», se increpó, y tomó asiento, dueña de una nueva certeza: la vida le había quitado demasiado; no le quitaría también a Lazar Kovać.

Por fortuna, Mirna y Kada se llevaron sus jarros con café a la habitación donde trabajaban, y Svetlana se entretuvo con Zaína, que le mostraba un álbum de figuritas y le hablaba en serbocroata sin parar.

—Ahora —habló Goga—, gracias a la donación de tu tío, podremos convocar de nuevo al informante y retomar lo que comenzó el general.

—Para convocarlo —explicó Kovać— hay que publicar un aviso clasificado en el *Oslobođenje* en el sector de la venta de automóviles. —La Diana conocía bien el periódico más importante y emblemático de Bosnia, y evocó a su padre, que lo leía los lunes, su único día libre—. ¿Recuerdas el texto, Goga? —La mujer negó con la cabeza y se dispuso a tomar nota—. Se ofrece Jaguar XJ6 modelo 84, excelente estado, color ocre, excelente estado.

—¿Dos veces excelente estado?

—Sí. Debes escribirlo tal cual, palabra por palabra. El último dato es mi número de celular.

—No —intervino La Diana—. Escribe el mío —indicó a Goga.

—¿Por qué? —se pasmó Kovać—. Ayer tampoco me permitiste contestar la llamada de Bosa desde mi teléfono.

—Sus líneas podrían estar intervenidas o vigiladas de algún modo.

—Pero tendremos que escribir mi número —insistió—. En caso contrario, el informante sospechará y me temo que no responderá al anuncio.

—Está bien —se resignó—. ¿Puedo ver sus celulares?

Los colocaron delante de ella, y La Diana repitió la operación que le había visto llevar a cabo a Bruce McLeod: quitó la tapa de la batería y verificó que no hubiese un adminículo ajeno a la estructura del teléfono, algo como un transmisor, similar a una lenteja. Por fortuna, no lo había.

—¿Siempre mantienen vigilados sus celulares?

—Sí —respondieron al unísono.

—Lazar —lo interrogó—, cuando estás en el gimnasio, ¿dónde lo dejas?

—Lo guardo en mi taquilla —admitió, y La Diana le imprimió un gesto de desconfianza a su rostro—. ¿Qué piensas? —se preocupó él.

—Toma —dijo, y extrajo su teléfono de la funda con aluminio que le había regalado McLeod y se la entregó—. Mantén el teléfono siempre aquí. Esta funda impedirá que te rastreen.

—¿No se trata de una medida extrema?

—¿Olvidas el BMW azul que te seguía dos días atrás?

—Me sigue desde hace más de dos días —le recordó Kovać.

—¿Desde cuándo?

Kovać bajó la vista y se atusó la barba en la actitud de quien está reflexionando.

—Un par de semanas diría, tal vez más. No puedo acertar con el día exacto en que lo vi por primera vez. Fueron pocas veces, pero estoy seguro de que es el mismo vehículo. Salta a la vista pues no es fácil encontrar un BMW en Sarajevo.

—Y yo vi otro automóvil sospechoso ayer, un Škoda Octavia blanco. Pasaba a muy baja velocidad frente a la puerta del gimnasio. No me gusta nada esto, Lazar. Además no te conté que la casilla de correo que empleaba el general para comunicarse contigo ha desaparecido. —Kovać frunció el entrecejo, desorientado—. El que lo hizo, en opinión de Bruce, es un hábil *hacker* pues no dejó rastro de la dirección cuando, si se borra por los medios previstos, siempre queda algo.

—Es cierto —confirmó Goga.

—La persona que borró la casilla ya sabe de ti y de tus tratos con Raemmers.

—Tal vez la borró el general antes de morir —adujo Kovać.

—El general no era un experto en informática. Si él la hubiese borrado, lo habría hecho como cualquier persona, dejando los rastros que, en este caso, brillan por su ausencia. No —confirmó—, se trató del trabajo de un experto, que deliberadamente la borró. La casilla que Raemmers utilizaba para comunicarse con Carrie Stewart también fue borrada del mismo modo casi delante de mis ojos. En un momento existía, en el siguiente ya no estaba. Por fortuna, tuve tiempo de contactarla. O debería decir, *lamentablemente*, porque la pobre terminó asesinada, al igual que Claus.

—¿No tienes otra de esas fundas? —se inquietó Goga, y La Diana le explicó que forrarían su celular con papel de aluminio.

—Es un engorro cada vez que necesitas atender o hacer una llamada —admitió—, pero mejor eso a que los traficantes sepan a cada momento dónde estás. Veré si consigo otra funda. Se la pediré a Bruce. —Sonó el teléfono de La Diana, y al comprobar de quién se trataba, masculló antes de atender—: Hablando de Roma... Hola, Bruce.

—¿Cómo va todo por allá?

—Bien —contestó—. Acabamos de recibir la generosa donación de Callum que nos permitirá avanzar con la investigación. ¿Alguna novedad?

—Te llamaba por eso. Estoy saliendo para la ciudad donde obtuviste la llave. El investigador privado cree haber localizado al objetivo.

—¿Tan pronto?

—Sí, es un excelente profesional. Me lo recomendó el contacto de la Europol. Apenas sepa algo concreto te llamaré.

—Excelente noticia —se alegró La Diana—. Tengo dos matrículas de vehículos sospechosos que, creo, han estado siguiéndonos. ¿Podrías verificar a quiénes pertenecen antes de tu viaje?

—Los registros públicos de ese país son un caos —le recordó el *hacker*—, casi nada está digitalizado. Pero lo intentaré. Si descubro algo, te llamaré en una hora. Si no, lo buscaré a mi regreso.

—Gracias —dijo, y le dictó los números—. ¿Has podido con los sistemas de seguridad de la Baywatcher?

—No he podido destinarle todo el tiempo que el asunto precisa. Pero no pierdo la fe.

—OK. Te deseo buen viaje. ¿Podría hablar con mi tío?

Se despidió de McLeod, que le entregó el teléfono a Glendale.

—¿Cómo estás?

—Bien, querida. ¿Cómo van las cosas por allá?

—Comenzarán a moverse ahora que contamos con el dinero. Muchísimas gracias por la más que generosa donación. Las autoridades de la ONG están felices. —Goga le hizo señas de que le pasase el celular—. La presidenta quiere hablar contigo. —La Diana cubrió el micrófono y susurró a Goga—: No menciones nombres ni datos comprometedores.

La mujer asintió y empuñó el teléfono.

—*Good morning, sir* —lo saludó con voz chispeante y acento duro—. *Thank you so very much...*

La Diana y Kovać se sostuvieron la mirada con infinita confianza mientras escuchaban el parloteo en inglés, incesante e increíblemente fluido, de Goga, que le explicaba a Callum Duncan cuál sería el destino del dinero donado.

—Y haremos la página web, que tanta falta nos hace, y alquilaremos una casa grande para llevar allí a todas las muchachas. Y les compraremos ropa, porque algunas están prácticamente con lo puesto, y pagaremos un montón de deudas, sobre todo la que tenemos con la empresa telefónica. Ah, y contrataremos dos líneas más y más personal. —Duncan debió de decirle algo pues, tras una pausa, Goga rompió a reír.

Kovać se puso de pie y le ofreció la mano. La Diana la aceptó y se dejó conducir fuera del departamento, frente al ascensor.

—Tengo que irme —le informó.

Le rodeó la cintura y la atrajo hacia él. A ella todavía la sorprendía la facilidad con que aceptaba sus manos, la seguridad y el placer que le provocaban. Le acunó la barba y hundió los dedos en la mata de pelo hasta acariciarle el filo de la mandíbula. La fascinó que él bajase los párpados y disfrutase del simple contacto.

—¿Qué llevas en la espalda? Son armas, ¿verdad? Las noté esta mañana en la cocina.

La Diana retrocedió dos pasos y extrajo los *kukris*. Los maniobró con destreza y se los presentó de modo tal que el mango apuntase hacia él. Kovać los estudió con una mueca extasiada antes de aceptarlos.

—Cuidado, son excesivamente filosos.

—Son *kukris*, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —se pasmó.

—Me gusta leer sobre la Segunda Guerra Mundial. Esta es el arma de los *gurkhas*.

—De hecho, son el regalo de un querido amigo nepalí. Su abuelo luchó en la Segunda Guerra Mundial.

—¿Sabes? —dijo él mientras estudiaba el arma—. La cola con la que se pega la hoja al mango se prepara con una fórmula secreta. Los artesanos nepalíes que fabrican los *kukris* la pasan de generación en generación y hacen votos para guardar el secreto.

—No lo sabía —se asombró.

—Te sientes segura con ellos, ¿verdad? —Kovać alzó las pestañas negras para encontrarle la mirada; no había condena ni juicio, solo comprensión, por eso La Diana se animó a expresar:

—Y con esto también. —Se levantó la casaca y le mostró la Browning HP 35—. Lidiamos con pesos pesados, Lazar —se justificó.

Kovać asintió antes de inclinarse y besarla fugazmente.

—No sé dónde nos llevará todo esto ni cómo terminará —expresó él—, si es que alguna vez termina. Solo espero que, sea lo que sea que nos toque vivir, tú y yo estemos juntos.

La Diana ahogó un sollozo emocionado y se colgó de su cuello. Le confesó al oído:

—Tengo tanto miedo de defraudarte, de no ser lo que esperas que sea.

—Ese es tu problema, Diana —dijo él, sin tocarla, con los cuchillos todavía en las manos—. Piensas que tienes que ser alguien distinto para agradarme, y estás tan preocupada en pensar que no lograrás ser ese alguien que no te das cuenta de que te amo así, como eres.

—Estoy dañada —afirmó.

—Me encantas dañada. Te amo más por estar dañada, porque entonces sé que puedo serte útil en algo, puedo ayudarte a que te des cuenta de lo perfecta que eres. —La Diana reía entre lágrimas aún sujeta al cuello de él, mientras Kovać le depositaba besos en toda la cara—. Amor, confía en mí.

—No tienes idea de cuánto confío en ti —contestó ella y se pasó el dorso de las manos por los pómulos mojados—. ¿Crees que a otro le habría permitido que me abrazase con mis cuchillos en las manos?

—¡Me abrazaste tú! —le recordó Kovać con simulada exasperación, y le besó la frente, y allí demoró los labios mientras depositaba besos minúsculos.

—Sí —admitió La Diana, los ojos cerrados y las sensaciones a flor de piel—. Te abracé yo, sí, pero ¿crees que le habría entregado a otro mis cuchillos?

—¿No lo habrías hecho? —la sonsacó él—. ¿Con nadie?

—Eres el primero al que se lo permito. —Kovać la contempló sin rastro de broma o de ironía, y a La Diana le gustó que comprendiese lo que estaba comunicándole—. Nunca nadie los había tocado antes de ti.

—Gracias, amor mío. Tengo que irme —anunció de nuevo—. Por la tarde daré clases, primero en Treća Gimnazija y después en la facultad.

—¿Quieres que vaya a buscarte a la escuela y te lleve a la facultad?

—No será necesario, están cerca la una de la otra. Además, como te dije, prefiero que te quedes con Goga. Tiene que ocuparse de Svetlana y de lo del aviso para el informante. Me sentiré más tranquilo si estás con ella. —Le devolvió los *kukris* luego de un último vistazo—. Sé que Brano te invitó a cenar esta noche. Están muy ansiosos por conocerte.

—Menos Jovanka. —La mueca de desconcierto de Kovač le dio risa—. Brano dice que está enamorada de ti desde que era una niña.

—De mí y de todos los novios que viene coleccionando desde que tenía catorce años. Joka es como una hermana menor. No quiero que te preocupes por eso. ¿Me pasarías a buscar por la facultad para ir a lo de Brano?

—Por supuesto. Dame la dirección. —La Diana la memorizó y dijo que la ubicaría en el mapa.

—Es en la Facultad de Filosofía —aclaró él—. Queda muy cerca de la Transfiguración. Termina a las siete. No entres en el estacionamiento. Espérame fuera. Ahora sí tengo que irme. —La besó en la punta de la nariz—. Cuídate, amor mío.

—Tú también. Por favor —añadió con tono de súplica, y le encerró la cara con las manos—. Presta atención a posibles BMW azules o Škodas Octavia blancos.

—Lo haré. Tú también.

Lo acompañó hasta la planta baja y, como no se decidía a dejarlo, caminó con él hasta la parada del tranvía a pocos metros de la entrada del edificio. Kovač trepó de un salto en el vagón, y La Diana percibió un tirón en el pecho, como si él se llevase una parte vital. Lo vio avanzar hacia el sector trasero y pegarse al vidrio. Le sostuvo la mirada, y supo que sus ojos le hablaban, le prometían que construiría un mundo sin dragones para ella.

* * *

De regreso en el departamento de Goga, se encontró con que la mujer seguía al teléfono y hablando en inglés, ya no con Callum Duncan a juzgar por el vocabulario técnico que empleaba, sino con McLeod; de hecho, se había ubicado frente a una de las computadoras y tecleaba algo que el *hacker* le dictaba. Al finalizar, Goga le entregó el teléfono y le susurró:

—Tu tío quiere hablar contigo.

Glendale le contó que seguía de cerca con su contacto en la Europol el avance de la investigación relacionada con el «muerto que camina», como Bruce apodaba a uno de los serbios que los habían atacado en Escocia, el tal Boško Gligorov, alias Debeli.

Por el momento, el muerto recientemente resucitado seguía eludiendo los esfuerzos de la policía europea y también de la internacional.

—No sería extraño que los peces gordos que protegen a Debeli —opinó La Diana— también hayan corrompido a los agentes de la Interpol en Sarajevo. Aquí todo parece estar en manos de delincuentes.

Cortó con Callum Duncan y se reunió con Goga en la cocina; tenían una larga jornada por delante.

—¿Es atractivo?

—¿Quién? —se desorientó La Diana.

—Tu primo. Bruce.

—No es mi primo, y sí, es muy atractivo.

Goga no hizo comentarios. La Diana le pidió papel de aluminio y, mientras improvisaba la funda para el celular, le sugirió organizar las actividades de la jornada.

Antes de abandonar el edificio, salió al balcón —estaban en un tercer piso— y analizó los alrededores. Goga abrigaba a su hija y le entregaba un sacón a Svetlana, que se lo cerró sobre el vientre pequeño. Condujeron a Zaína a la casa de una compañera, cuya madre se ocuparía de llevarlas a la escuela después de almorzar. A continuación, fueron a la clínica de Danilo para que practicase la intervención a Svetlana en el antebrazo. La Diana le admiró la compostura con la que marchó dentro del consultorio, y enseguida experimentó una profunda lástima por la muchacha. Svetlana salió al rato con el brazo derecho tieso y ligeramente apartado del cuerpo. Acordó devolver la contramedida electrónica a La Diana cuando esta, luego de estudiar el artilugio que acababan de extraerle, un cilindro de vidrio de un centímetro y medio de largo y unos tres milímetros de diámetro, lo destruyó con un pisotón en la sala de espera del consultorio. Con la vista clavada en el transmisor destruido, se formulaba la misma pregunta del día anterior: ¿quién era Svetlana Shevchenko para que su captor se hubiese tomado la molestia de implantarle un microchip que debía de costar bastante dinero?

A punto de guardar la contramedida electrónica en la mochila, La Diana advirtió que el led rojo titilaba. Lo hizo tres veces antes de apagarse. Pulsó el botón para encenderlo de nuevo, pero la luz permaneció sin vida. Había cumplido su cometido justo en tiempo. Hizo una nota mental para comprar una batería nueva mientras lo guardaba en el bolsillo externo de la campera.

Una obstetra del equipo de Danilo invitó a Svetlana a ingresar en su consultorio y, luego de formularle algunas preguntas en ruso que la chica respondió con monosílabos y la mirada baja, le practicó una ecografía y tacto. Diagnosticó que la joven llevaba unas veintidós semanas de gestación y que el feto presentaba buen estado de desarrollo. Por último, le extrajeron sangre y una muestra de orina; los resultados estarían en una semana.

La Diana las obligó a permanecer dentro de la clínica mientras iba a buscar la Nissan estacionada en la otra cuadra. La detuvo frente al ingreso, y las mujeres

cruzaron deprisa la vereda cubierta de nieve. Goga apretaba a Svetlana contra su cuerpo, mientras la muchacha se cubría la cabeza con el abrigo simulando tener frío. Saltaron dentro del vehículo y La Diana arrancó deprisa sobre la calle llena de sal, la que el municipio esparcía para disolver la nieve.

Fueron a una mueblería. La Diana y Svetlana esperaron en la camioneta mientras Goga compraba una cama para armar y un elástico de madera. Un empleado depositó la caja en la parte trasera y ató el elástico al techo. Al ocupar el asiento del acompañante, el rostro encendido a causa del frío, Goga miró a La Diana y le aseguró:

—Esto he podido comprarlo gracias a la donación de tu tío.

Emplearon la misma rutina para hacerse de un colchón, sábanas, toallas y efectos personales. Pasada la una de la tarde marcharon al refugio en el cual instalarían a Svetlana, un departamento ubicado en el barrio de Grvabica, prácticamente destruido durante la guerra. Como sucedía en casi toda Sarajevo, cinco años no habían bastado para borrar las heridas causadas por los morteros y los obuses serbios.

La Diana estacionó la camioneta en el garaje del edificio y ayudó a transportar la caja, el elástico, el colchón y las tantas bolsas al ascensor. Sin dar explicaciones, subió por la escalera los cuatro pisos, y cuando se encontró con Goga en el palier, esta nada comentó. La ayudó a sacar las compras en tanto la muchacha ucraniana las contemplaba desde un rincón en penumbras con las manos sobre el vientre.

Goga tocó el timbre tres veces seguidas, y se oyeron pasadores que se deslizaban y dos cerraduras que se abrían antes de que les franqueasen la entrada. La Diana vislumbró de un golpe las tres caras ansiosas que se agolparon en el reducido vestíbulo. El departamento exhaló un aroma agradable a comida, que, esperó, reconfortase a Svetlana. Ese sería su hogar durante un largo tiempo.

Entraron luego de acarrear las compras con ayuda de dos de las mujeres. Resultaba palmaria la rapidez con que metían todo dentro y cerraban con varias trabas. Las tres recibieron con afecto a Goga, en especial una a la que debió apartar para seguir avanzando hacia el interior del pequeño refugio, lo cual hizo con Svetlana en una mano y la chica tomada a su cintura, quien en un inglés mal pronunciado y susurrado le preguntaba por «Laza».

—Es heroinómana —explicó Goga cuando la muchacha se fue de la sala—. Muy común entre las víctimas de tráfico —añadió—. Son los mismos traficantes los que las vuelven adictas para mantenerlas sumisas y dependientes. Estamos tratándola con buprenorfina y naloxona, dos inhibidores de los opiáceos. Laza dice que es mejor que el tratamiento usual con metadona. Igualmente la abstinencia a veces la desequilibra al punto de volverla muy violenta. Laza es el que mejor la maneja. Se ha vuelto dependiente de él. Suele pasar mucho tiempo con ella los fines de semana —aclaró, y La Diana comprendió por qué no lo había encontrado en el gimnasio ni el sábado ni el domingo.

—¿De dónde es?

—Es gagaúza —contestó Goga—, una etnia de Moldavia muy marginada y pobre; casi todos son analfabetos. Son turcos que en el siglo XVIII escaparon de su país a causa de la guerra con Rusia. Se instalaron en el territorio de la actual Moldavia, que no los considera moldavos. Viven prácticamente aislados, sin el auxilio de la asistencia pública. Las mujeres y los niños gagaúces son de los más traficados en Europa. A Selin la recibimos con tuberculosis, sin mencionar que es VIH positivo. Aún me pregunto cómo está viva. Selin —la llamó cuando esta reapareció—, te presento a Diana, amiga mía y de Laza. Ha venido para ayudarnos. —La chica extendió la mano, y Goga se la retiró—. Diana prefiere no ser tocada —expresó en voz alta para que todas la escuchasen.

—Como le sucede a Senada —farfulló la joven gagaúza, y señaló a la cuarta muchacha, la que no había salido a recibirlas y que se mantenía apartada.

La Diana descubrió a una jovencita que no debía de tener más de quince años, atrincherada detrás de un sofá de aspecto avejentado. La observaba con ojos pequeños y oscuros cargados de desconfianza, mientras apoyaba las manos de dedos delgados, como lo era todo en su contextura, sobre un vientre abultado; debía de estar a punto de parir. Apartó la vista; le resultó intolerable observarla.

—Ven, Senada —la llamó Goga en serbocroata—. Ella es Diana.

—Hola —dijo, y se esforzó para mirarla y sonreírle.

—Senada es de Kosovo, por eso habla nuestra lengua.

Le presentó a continuación a las otras dos chicas, las que las habían ayudado con las compras. Una era de la India, Shivani, perteneciente a la etnia de los *dalits* o la casta de los «intocables», la más despreciada del país. La baja estatura y los hombros pequeños no concordaban con el rostro de expresión decidida, los ojos escrutadores e inteligentes y una seguridad tan contundente al desplazarse que nadie habría puesto en duda que era la patrona de casa. En las cuatro, parecía ser una característica el poco desarrollo físico, lo que hablaba de la mala alimentación en los lugares de origen.

Shivani se inclinó ante ella y la saludó en un buen inglés, aunque tocado por el típico acento indio, el que se produce cuando pegan la lengua al paladar. La otra chica se aproximó con una niña de la mano. La pequeña, de unos tres años, se refregaba los ojos y se quejaba; tenía el pelo alborotado y vestía pijama.

—Te presento a Brikena, del norte de Albania. Y esta belleza —dijo Goga, y alzó a la niña, con Selin aferrada a la cintura— es su hija, la princesa Oana. —La besó en el cuello hasta provocarle cosquillas—. ¿Recién te levantas, pilluela?

—No durmió en toda la noche —explicó Shivani, y Brikena, la madre, asintió—. Dolor de amígdalas —informó la india—. Se las miramos con la linterna y las tiene inflamadas. El doctor Danilo prometió venir esta tarde para revisarla.

—Mira el regalo que te he traído —dijo Goga a la niña, y sacó de la cartera una bolsa con golosinas—. Te lo manda tu amiga Zaína.

—Pero no las comerás —le advirtió la madre en perfecto serbocroata— hasta después de almorzar. La tía Shivani ha preparado una comida exquisita para ti.

Goga ayudó a Selin a sentarse en el sofá antes de detenerse detrás de Svetlana y sujetarla por los hombros. Sonrió a las demás mujeres.

—Les presento a Svetlana. Es de Ucrania. Habla ruso —dijo, y dirigió la mirada a Selin—, por lo que tú, querida Selin, que hablas un poco, le harás de intérprete.

Shivani se aproximó a Svetlana y la saludó al modo de los indios, *námaste*, dijo, que en sánscrito significa «me inclino ante ti», y para lo cual colocó las manos en actitud de plegaria bajo la barbilla y llevó el torso hacia delante.

—Bienvenida a nuestro hogar, Svetlana —dijo a continuación en inglés, y la ucraniana debió de comprender pues sonrió.

A La Diana la sonrisa le pareció hermosa y la alegró; no se había dado cuenta de la angustia que le provocaba dejar a Svetlana allí. Las demás muchachas, aun Selin, que abandonó el sofá con dificultad, la rodearon para saludarla. Senada, la que padecía afenfosfobia, sonreía y le observaba el vientre. Hablaban a porfía para determinar dónde armarían la cama cuyas partes Goga sacaba de la caja.

—Se quedan a comer, ¿verdad? —las invitó Brikena alternando vistazos entre la presidenta de Duga Sarajevo y La Diana.

Shivani intervino para asegurar que había preparado *rajma* para un batallón.

—Lamentablemente no podemos —respondió Goga, y siguió a la india hasta la cocina, donde los aromas del espeso guiso de porotos rojos se intensificaban.

La Diana entró tras ellas y apreció el orden y la limpieza, características que también descollaban en la sala.

—Qué difícil es decirle que no a tu *rajma*, querida Shivani —se lamentó Goga—. Pero lo cierto es que tenemos una jornada ajetreada y no podemos quedarnos. Solo vinimos a traer a Svetlana. En las bolsas hay sábanas y toallas y otras cosas. Confío en tu criterio para repartirlas. Mañana traeré ropa. Svetlana tiene solo lo puesto, que está muy sucio.

—Nosotras le prestaremos —se apresuró a afirmar Shivani, y a continuación le entregó un listado con provisiones y remarcó la necesidad de que trajera más dosis de las drogas para Selin.

La Diana, que fijaba la vista en la muchacha india, le descubrió una cicatriz en la frente, paralela a la ceja izquierda, y también le vio círculos oscuros en la piel olivácea del cuello, que, dedujo, eran quemaduras de cigarrillo. Dirigió la vista hacia el comedor, donde las otras seguían debatiendo acerca del asunto de la cama, y las imaginó en manos de sus captores y de los clientes. Se le aceleró la respiración y un sudor frío le cubrió el labio superior.

Se despidieron poco después. La Diana bajó los cuatro pisos corriendo, y al alcanzar el garaje se apoyó contra una columna para combatir el ataque de pánico. Había escapado del refugio; en los últimos segundos le había parecido que el espacio se cerraba en torno a ella y que el corazón le estallaba en la garganta. «Lazar», invocó

con el pensamiento, y lo imaginó sonriendo, y repitió como un mantra las mejores palabras que él le había dirigido hasta el momento, «Amor, confía en mí». El ruego expresado pocas horas atrás la había marcado especialmente, quizá por ese «amor» que Kovač pronunciaba con tanta naturalidad y que a ella la llevaba a pensar que todo era posible.

—Confío en ti —susurró, corta de aliento—. Confío en ti.

—¿Estás bien? —se preocupó Goga, y a La Diana la fastidió no haberla escuchado aproximarse.

—Sí. Bajé demasiado aprisa.

La noticia de que irían al otro refugio la alteró. Goga, ignorante del malestar de su compañera, le dio las indicaciones para llegar. Arrancó la Nissan y, cuando emergieron del garaje y vio la luz del sol, la opresión nacida en el pequeño departamento comenzó a diluirse.

—¿Están siempre ahí metidas? —inquirió—. ¿No pueden salir a ningún lado?

—Algunas se animan a salir para hacer alguna compra cerca del departamento, pero muy rara vez. Lo cierto es que no les gusta salir. Se alteran cuando escuchan ruidos. Piensan que son sus captores que vienen a buscarlas. Shivani, por ejemplo, no se atreve a volver a los juzgados pues el día en que fue a declarar, los matones de su patrón, de ese mal parido —masculló—, estaban esperándola en la puerta y le hicieron la seña de que la degollarían. Shivani, que, como habrás notado, es una chica muy sensata y equilibrada, sufrió un ataque de nervios y se negó a declarar. Se suponía que ella concurriría en calidad de testigo protegido y que por lo tanto nadie, excepto el juez, sabría que estaría allí ese día. A su vez, atestiguaría a través de una cámara de circuito cerrado y en otra habitación. Estos son algunos de los grandes avances que logró Bosa. Pero todo fue en vano, pues hay topes por todas partes, incluso el mismo juez pudo haberles advertido para que se presentasen a amenazarla.

—¿Qué sucederá ahora? —se interesó La Diana.

Goga inspiró hondo y soltó el aire ruidosamente.

—Shivani no quiere declarar. Laza está trabajando para convencerla. Pero es comprensible que se niegue. Estas pobres muchachas han visto y sufrido cosas que no me atrevo siquiera a imaginar.

—¿Qué les depara el futuro? No permanecerán para siempre encerradas en ese departamento —presumió La Diana.

—No, claro que no. Las que desean regresar a sus países serán repatriadas luego de declarar. Los gastos los costea la Oficina de Derechos Humanos de la ONU. Ellos nos dan el dinero y nosotros nos ocupamos de la compra de los pasajes y del resto de la logística para evitar sorpresas desagradables. Eso lo consiguió Richard Tomkins, y sé, porque Richard nos lo dijo, que Raemmers también presionó para que la cuestión se zanjase de ese modo. La ONU nos da el dinero para la repatriación pero solo nosotros y la fiscal conocemos los detalles del viaje de regreso de la víctima. Como

verás, Diana, a cada paso que damos tenemos que mirar hacia todos lados porque el lobo acecha como la bestia hambrienta que es.

A la palabra *vuk*, La Diana se sobresaltó. Y se acordó del lobo que la acechaba a ella.

—Dobla en la próxima a la derecha —indicó Goga antes de proseguir con el tema que, resultaba evidente, la apasionaba—. La cuestión es qué hacer con aquellas que no quieren volver a sus países.

—¿No quieren regresar con sus familias? —se asombró La Diana.

—En muchos casos fueron sus familias las que las vendieron a los traficantes.

—Oh.

—A Shivani la vendió su tío, el hermano del padre, a un prostíbulo en Bombay después de haberla violado.

—Y su padre, ¿no dijo nada?

—Estuvo de acuerdo. Su hija ya estaba manchada y nada podía hacer con ella.

—¡Cómo! —se escandalizó La Diana—. ¿No asesinó a su hermano por haber violentado a su pobre hija?

—Al contrario, la molió a golpes porque su hermano lo convenció de que era un demonio que lo había tentado.

—¡Qué le pasa a la maldita gente! —se ofuscó La Diana, y enseguida se avergonzó del exabrupto—. Discúlpame, Goga.

—No te disculpes. Yo suelo ser un poco más vehemente cuando me entero de atrocidades como esta.

—¿Qué hacen con las que no quieren regresar a sus países?

—Tratamos de conseguirles asilo en algún país que las acoja con el debido respeto y consideración. Los países escandinavos, Alemania y otros pocos tienen planes sociales para víctimas del tráfico humano. Con Laza y Bosa quisiéramos que, durante el tiempo que permanecieran en nuestros refugios, se preparasen en algún oficio y aprendiesen idiomas. Algunas ni siquiera saben leer ni escribir. Pero hay dos trabas para organizar estos cursos: la falta de dinero y la fidelidad de la gente que se ocuparía de los talleres. No nos atrevemos a meter a cualquiera en los refugios por razones de seguridad.

—La hija de Brikena nació durante el cautiverio, ¿verdad?

—Sí. Oana nació durante el cautiverio de su madre.

—¿Cómo es posible que no se la hayan quitado? —se asombró La Diana.

—Porque es la hija de un oficial belga de la SFOR. Había comprado a Brikena al dueño del burdel que frecuentaba. La tenía como esclava sexual y como empleada doméstica. El tipo tenía que regresar a Bélgica donde, por supuesto, tiene esposa e hijos, y como no quería devolverla al dueño del burdel porque la golpeaba y la violaba, le ordenó que contactase a Duga para que nos hiciésemos cargo de ella. Fuimos a buscarla a la esquina en que la abandonó con dos bolsas en una mano y Oana en la otra antes de partir hacia el aeropuerto para viajar a Bruselas.

—Imagino que lo denunciaron —presumió La Diana.

—Sí, al oficial belga y al dueño del burdel, a los dos. Los dos siguen libres. El belga gozaba de inmunidad aquí, en Bosnia, como todos los soldados y empleados de las fuerzas internacionales.

—¿Cómo? ¿Gozan de inmunidad como la de un diplomático?

—La misma. Por eso los de las mafias de tráfico tientan a muchos de ellos para que participen en este comercio porque la ley bosnia no puede tocarlos.

—¡Es inadmisibile! —se escandalizó La Diana.

—Lo es, pero así están las cosas. La inmunidad se convirtió en una impunidad rampante.

—¿Y qué pasó con el dueño del burdel? ¿Él también goza de inmunidad? —preguntó con una cuota de sarcasmo.

—Él no porque es bosnio, pero se lo procesó por proxeneta y no por secuestrador y violador, y solo necesitó pagar una multa para quedar libre.

—¡Qué!

—Frena aquí —señaló Goga—. Hemos llegado.

Dado que Goga se había olvidado de la llave del garaje, no podrían realizar la rutina del ocultamiento, por lo que La Diana le ordenó que aguardase antes de descender. Después de observar a través del espejo retrovisor, se calzó la *ushanka*, se puso los lentes para sol y bajó. Caminó hacia la esquina, atenta al entorno; fue hacia la otra, con la vista en los automóviles que circulaban. Como no vio nada sospechoso, abrió la puerta del acompañante.

—Baja —ordenó a Goga con ese acento de mando que había desarrollado durante su vida como soldado.

—Sí, mi general —se mofó la mujer, y La Diana le destinó una sonrisa apretada.

En el segundo refugio no se respiraba el mismo orden que en el anterior, aunque las cuatro chicas recibieron con igual afecto a Goga y con la misma difidencia a La Diana.

—En cada grupo —le explicó Goga en tanto entraban con las bolsas— hay una jefa. En el que acabamos de visitar es Shivani. En este es Sanit —y apuntó a una joven con claras facciones asiáticas y piel cobriza y untuosa.

—¿Cuál es el rol de las jefas?

—Su autoridad es absoluta, por eso Laza se toma mucho empeño en analizar cuál es la mejor para el cargo. Tiene que ser una persona que conjugue un sentido de la autoridad, de la justicia y de la compasión difícil de encontrar. Shivani es perfecta para el rol; cuando nos deje la echaremos de menos. A Sanit le falta un poco de autoridad. Como te decía, la jefa tiene la última palabra en cualquier conflicto o decisión, siempre y cuando no estemos Laza, Bosa o yo para dirimirlo. Además, las jefas son las únicas autorizadas a usar el celular que les proveemos. Deben llevarlo siempre con ellas y tienen la obligación de mantenerlo con carga las veinticuatro horas del día. Se usa solo en caso de extrema urgencia.

—¿No hay teléfono fijo en los refugios?

—No, por seguridad —explicó Goga—. La jefa —retomó— es la única que conoce el plan de evacuación y escape en caso de que el refugio haya sido comprometido y es la única que sabe cuál es la contraseña que pone en marcha el plan. Laza, Bosa o yo solo tenemos que llamarla y pronunciar las palabras, y ella ya sabe qué hacer; y viceversa. Todas estas cosas nos las enseñó el general Raemmers. Era un gran hombre —comentó Goga.

—Sí, lo era —acordó La Diana.

Sanit se aproximó con dos tazas de café y se sentaron a conversar en inglés. Si bien las otras tres refugiadas mantenían la vista baja, La Diana se sabía observada y analizada. Un extraño en ese recinto inviolable constituía una novedad y una amenaza. Hablaban principalmente la presidenta de Duga Sarajevo y Sanit; con el transcurso de los minutos, dos de las muchachas, Julie, de Moldavia, y Anna, de Macedonia, cobraban confianza y se atrevían a participar. La más callada era la nueva, la que había ingresado días atrás, una chica de Croacia, Nuur, que lucía como un pajarito asustado.

Empezaba un programa en la televisión, por lo que Julie, Anna y Nuur marcharon a la recámara. Las siguieron con la vista hasta que cerraron la puerta.

—¿Cómo se comporta Nuur?

—Más o menos como la has visto —contestó Sanit en un buen inglés—. Es callada, y siempre está tensa, asustada.

—¿Te ha contado algo sobre ella?

—Nada.

De camino a la Nissan, Goga le comentó que Nuur era una de las víctimas que había entrado en contacto con Duga Sarajevo gracias a los panfletos por los que ella y Kovać arriesgaban el pellejo.

—Recibimos su llamada a principios de la semana pasada. Se la notaba muy nerviosa. Aseguró que acababa de escapar de un bar en el que la obligaban a prostituirse. Nos indicó dónde estaba, y fuimos con Bosa a buscarla. Fue justo el día en que Bosa viajaba a Palermo. Por Dios —evocó Goga—, cómo corrimos. Pero por fortuna pudimos ponerla a salvo. Ha sido muy difícil hacerla hablar. Laza tuvo una sesión con ella, pero dice que está paralizada por el miedo y que necesitará tiempo para volver a confiar en alguien.

—Pobrecita —se compadeció La Diana.

A las tres y media, compartieron un almuerzo ligero con Bosa Dretar en su despacho. La Diana enseguida percibió la hostilidad mal disimulada de la fiscal y el modo en que la dejaba fuera de las conversaciones relacionadas principalmente con Svetlana. Un rato más tarde, al mostrar interés en la labor y la visión de la funcionaria judicial, La Diana consiguió que Bosa bajase la guardia. El hecho de enterarse de que su tío abuelo había donado cien mil dólares a la ONG constituyó un gran aliciente para que le destinase un trato más cordial.

—Lo difícil —afirmó la fiscal— es cambiar el modo de pensar de los jueces, los procuradores y los policías de una sociedad machista y retrógrada como esta, en la que la mayoría de nosotras somos consideradas putas. Luchamos contra una cultura en la que la mujer es un ser inferior, de descarte, al servicio del hombre. El cambio es una tarea de largo aliento, y se comienza con estrategias como la que hemos logrado imponer con el apoyo de la Oficina de Derechos Humanos, pero sobre todo de la ONG Defensores de los Derechos Humanos: dejar de lado la farsa que significa enjuiciar a los traficantes como proxenetas y no como secuestradores y violadores, y a las víctimas como prostitutas cuando en realidad son mujeres violadas y arrancadas de sus hogares. Desde que empecé a ocuparme de estos casos he invocado los artículos del Código Penal referidos a secuestro, coerción, violación, lesiones, privación ilegítima de la libertad y falsificación de documentos, pero de lo que en verdad se trata esta gesta es de hacerles comprender a las autoridades que el delito de tráfico de personas es un delito contra los derechos humanos. ¡Un delito de lesa humanidad! —se apasionó—. Eso lo pone bajo una luz completamente distinta. Sin embargo, el cambio es muy difícil —repitió, desalentada—. Las leyes necesitan ser actualizadas, modernizadas, sin mencionar que los jueces, cuando no son machistas recalcitrantes y discriminadores, son casi todos corruptos y están en la nómina de los mafiosos.

—Pero la presión de la ONU y de DDH —la animó Goga, y aludía a Defensores de los Derechos Humanos— se está haciendo notar. Y no olvides —le recordó— lo que lograste en materia de jurisdicción.

—Ah, sí —aceptó la fiscal—, ese fue un gran triunfo.

—¿De qué se trata? —preguntó La Diana.

—Mis colegas del Ministerio Público sostenían que las muchachas, para declarar contra sus captores, debían regresar a las jurisdicciones donde las habían tenido cautivas. Todas maniobras para beneficiar a los traficantes, no tengas dudas al respecto. Trasladarlas desde Sarajevo a esas localidades del interior era peligrosísimo. Algunas volvieron a caer en manos de sus secuestradores durante los largos viajes. Por esa razón, trabajamos duro con los abogados de DDH para hallar una alternativa. Hurgamos en la jurisprudencia de Bosnia y... —se detuvo—. Es muy legal y aburrido. Lo que cuenta es que conseguimos que se les tomase declaración en la ciudad en la que se ubica el refugio donde viven. Fue un día glorioso —evocó.

—¿Y qué hay de los menores? —se interesó La Diana—. ¿Cómo trabajan con las víctimas de la pedofilia?

—Si han sido secuestrados e insertados en un circuito de prostitución infantil o de pornografía —explicó Bosa—, se los devolvemos a los padres, siempre y cuando la situación familiar sea aceptable. Muchas veces fueron los padres los que los entregaron a los pedófilos a cambio de una suma de dinero. En caso de que sean sus padres los que abusan de ellos, se los quitamos y los enviamos a orfanatos públicos o

los entregamos a hogares de acogida, como es el caso de Azem. ¿Lo has conocido? —preguntó la fiscal, y La Diana asintió.

—El sueño de Laza —intervino Goga— es abrir y dirigir un refugio para menores abusados sexualmente, pero los requisitos son de una exigencia infernal —se lamentó la mujer—, sin mencionar que cuesta un dinero que no tenemos. Bueno, ahora sí —se corrigió—, gracias a tu tío.

—¿Ese es el sueño de Lazar? —se emocionó La Diana, y Goga y Bosa asintieron.

—Hay muchísimo dinero en el negocio de la pedofilia —informó la fiscal—. Y entre los depredadores sexuales forman una red internacional a través de la cual se protegen y se apañan. Si no, ¿podrías explicarme cómo un campesino pobre como rata de convento que abusaba de su hijo de siete años fue sacado hoy de la cárcel por uno de los abogados más costosos de Belgrado? ¡El tipo cobra quinientos marcos alemanes la hora!

—¡No me digas que Borenovic quedó libre! —se escandalizó Goga.

—Sí —confirmó la fiscal Dretar—. Hasta que empiece el juicio andará suelto el muy mal parido.

Goga soltó el sándwich con un gesto violento.

—*Jebati!* —insultó, y de inmediato declaró—: Tengo ganas de vomitar —se cubrió la frente antes de susurrar—: No sé cómo se lo diré a Laza. Se pondrá muy mal.

—¿Está al tanto del caso? —enseguida preguntó La Diana.

—Fue Duga Sarajevo la que denunció a Borenovic. Un vecino nos llamó y nos dijo que sospechaba que abusaba de su único hijo. Empezamos las investigaciones de rigor para descartar una denuncia por *vendetta*. Y lo atrapamos.

—¿Y el niño?

—Darko se llama —comentó Goga—. Es huérfano de madre. La fiscalía lo ubicó en un orfanato. Está ahí desde hace tres meses. Laza lo visita todos los domingos. Tendrías que ver cómo se le ilumina el rostro cuando ve al niño. Algún día debería sacarle una foto —meditó la presidenta de Duga Sarajevo.

CAPÍTULO XIII

*Estar enamorado, amigos, es encontrar
el nombre justo a la vida.
Es dar al fin con las palabras que para hacer
frente a la muerte se precisa.
Es recobrar la llave oculta que abre la cárcel
en que el alma está cautiva.*

Francisco Luis Bernárdez, poeta argentino
(1900-1978)

Faltaban minutos para las seis de la tarde, y La Diana lamentaba que no le quedase tiempo para pasar por el departamento, darse una ducha y cambiarse antes de buscar a Kovać.

Después del almuerzo tardío con Bosa Dretar, ella y Goga habían ido a comprar la naloxona y la buprenorfina para Selin y luego se habían dirigido a la oficina del *Oslobodenje* a publicar el anuncio para el informante. En tanto regresaban a lo de Goga después de haber dejado los medicamentos y otras provisiones en el primer refugio, meditaba que, desde el día siguiente, el teléfono de Kovać sonaría con frecuencia. Sabía cuál era la frase que emplearía el informante para darse a conocer: «Ese Jaguar jamás se fabricó en color ocre».

—¿Me prestarías una computadora con conexión a Internet? —solicitó a Goga mientras entraban en el garaje del edificio.

—Por supuesto.

Se toparon con Mirna y Kada en el palier del departamento; iban de salida. Intercambiaron unas palabras con Goga, y La Diana percibía los vistazos soslayados que le lanzaban. Esa mañana la habían intimidado, incluso había sentido vergüenza. A esa hora, y después de haber conocido un poco más a Kovać a través de sus amigas y de su obra, solo experimentaba dicha por que se hubiese cruzado en su camino. Se reputaba más que afortunada, una bendecida, ella, que desde hacía años se consideraba maldita. La pregunta que no hallaba respuesta era: ¿por qué una criatura tan estupenda como él se había fijado en ella? Que ella lo codiciase era entendible; formaba parte del grupo de comunes mortales que reclamaba un poco de ese mar que constituía Kovać. Solo que, por alguna razón incomprensible, el mar se había enamorado de un pobre río casi seco. ¿Qué había visto en ella que lo había impulsado a hablarle con una sinceridad absoluta pocas horas después de haberla conocido? Le

había dicho que lo hacía sentir vivo. ¿Se trataría de un impulso arrebatado? ¿Kovać lo meditaría y se daría cuenta de que se había precipitado? ¿Se arrepentiría de haber enviado la carta al patriarca Pavle?

Ensimismada en sus negros cuestionamientos, cayó en la cuenta de que las alumnas de Kovać la saludaban desde el ascensor. Las despidió con una agitación de mano y entró en el departamento detrás de Goga.

—¿Mirna y Kada tienen llaves de tu casa?

—Sí —contestó la mujer, y cuando le preguntó por qué le interesaba saber, La Diana desestimó la curiosidad, aunque le resultó una negligencia que dos muchachas tuviesen libre acceso al corazón de Duga.

Fue primero al baño, donde se lavó los dientes, se peinó y se perfumó con el Organza —por fortuna lo llevaba en la mochila—. Se miró al espejo y deseó que Kovać no le notase la cara de cansada. Después se ubicó frente a la computadora que le designó Goga para buscar lo que deseaba. Consultó la hora: seis y cuarto; no contaba con mucho tiempo. Le llevó poco ubicar el artículo que había leído aquel lunes 6 de noviembre en la antesala del despacho del general Raemmers, y le resultó fácil porque recordaba el título de memoria: «¿Adónde fueron a parar los niños huérfanos de Sarajevo?», escrito por un tal Albert Coleman. Lo imprimió, dobló la hoja y la guardó en el bolsillo externo de la mochila.

Por último, ingresó en la cuenta de Yahoo que compartía con Nanuk. Consultó la carpeta «Borrador». No había nada nuevo. Se desilusionó pese a que había presumido que la hallaría sin movimientos. Aferró el narval y pensó: «Cuídate, amigo mío». Cayó en la cuenta de que McLeod no había vuelto a llamarla por lo de las matrículas del BMW y del Škoda, y se preguntó si habría tenido éxito en Ámsterdam con Alexandra Buunk.

Se despidió de Goga a las siete menos cuarto y bajó deprisa las escaleras hasta el garaje no solo porque estaba corta de tiempo sino porque la dominaba la ansiedad. A medida que se aproximaba el reencuentro con Kovać, las pulsaciones se le desbocaban. Durante esas pocas horas de separación, desde que lo había despedido en la parada del tranvía, su admiración por él había adquirido una nueva dimensión. Lo imaginaba paciente con la heroinómana Selin, o dulce con la pobre Nuur, que estaba asustada a muerte, o paternal con el pequeño Darko. Al igual que esos desposeídos, ella también lo necesitaba, y no porque supusiese que podía ayudarla a sanar sino porque, tal como había expresado él, la hacía sentir viva, le devolvía la alegría.

De acuerdo con la indicación impartida por Kovać, detuvo la camioneta fuera del estacionamiento de la facultad, sobre una explanada de tierra, y se dispuso a esperarlo. Consultó el Breitling Emergency: tres minutos para las siete. Sacudía la pierna izquierda y tamborileaba los dedos en el volante. Se impuso conservar la mente fría. Decidió bajar de la Nissan y echar un vistazo en torno. Ahora que lo pensaba, había cometido un error en aceptar ese dislate de encontrarlo en un sitio abierto y a la vista de todos. Era noche cerrada, y el lugar estaba mal iluminado. Se

puso nerviosa. Caminó hacia la calle con el cierre de la campera abierto por si precisaba empuñar la HP 35. No avistó nada sospechoso, por lo que regresó junto a la Nissan, y, aunque helaba, prefirió aguardarlo fuera para vigilar los alrededores.

Los escrúpulos cayeron en el olvido en el instante en que lo descubrió rodeado por un grupo de muchachas en la cima de las escalinatas a las puertas del edificio. Si bien por la mañana llevaba el pelo suelto, a esa hora lo tenía recogido en el consabido rodete ubicado un poco más arriba de la nuca. Incluso con la mala luz y desde esa distancia, advertía la devoción que las jóvenes le profesaban. ¿Cómo describir el éxtasis que le oprimió el pecho cuando, pese a las alumnas, a la devoción, a todo, él alzó la vista y movió la cabeza hacia uno y otro lado para buscarla? ¿Y cómo describir la embriaguez que le sobrevino cuando sus ojos se detuvieron en ella y su sonrisa pareció iluminar la noche, tanto que las alumnas callaron y se giraron para seguir la línea visual del profesor? ¿Y cómo describir el impulso loco, loco que la llevó a ponerse en movimiento, a correr los últimos metros, para llegar a él?

Lo vio despedirse de las azoradas jóvenes, bajar los escalones a pasos veloces y caminar hacia ella con zancadas largas que tragaban el terreno. Se lanzó a sus brazos con una confianza impensable días atrás y, agitada, sonriente y feliz, lo miró directo a los ojos.

—¿Por qué yo? —quiso saber; necesitaba resolver el acertijo y acallar los recelos.

—¿No te das cuenta de que eres magnífica? —Ella, entre risas, agitó la cabeza varias veces para negar—. Tan magnífica. Mi diosa guerrera.

—Te admiro —afirmó, mientras pensaba en las muchachas y en los niños a los que se consagraba.

—Ámame —suplicó él, de pronto solemne, y debió de entrever la duda en su mirada pues le imploró—: Que no te importe que nos hayamos conocido pocos días atrás. —Le encerró la cara entre las manos heladas y volvió a rogarle—: Que no te importe nada excepto lo que nos provocamos con solo vernos.

—¿No importa que sea una locura?

—No importa, no —afirmó él y, luego de aferrarla por los brazos, se inclinó para besarla—. Nada importa ahora que te he encontrado. Nada, nada —siguió balbuceando mientras le pasaba los labios por la frente, descendía por el pómulos izquierdo y por fin le alcanzaba la boca entreabierta por la que se le escapaba el aliento que se condensaba en el aire helado.

Después se preguntaría si las alumnas habían sido testigos del beso desmesurado que habían compartido. En tanto duró, ella solo pensó en que, contra todo pronóstico, era posible conquistar la libertad, y vivió como un instante de epifanía darse cuenta de que no serían sus habilidades para la guerra las que aniquilarían a los dragones que la mantenían encadenada sino ese hombre que solo sabía dar amor, compasión y ayuda.

Unas voces y risas la devolvieron a la realidad de la insensatez que estaba cometiendo en ese campo abierto, oscuro y expuesto. Cortó el beso con delicadeza y,

mientras escudriñaba el entorno, le gustó que Kovać siguiese besándole la frente, la sien, donde sus labios cayesen en tanto ella movía la cabeza para uno y otro lado. Pasó el grupo de chicas, la fuente de voces y risas que le habían devuelto el juicio, y las siguió con una mirada avergonzada hasta que avistó algo que le mudó la expresión y la puso en alerta: un vehículo oscuro —resultaba difícil acertar con el modelo—, apostado a unos cincuenta metros, subía la ventanilla del acompañante, la que miraba en su dirección. Habría jurado que en el instante previo, el objetivo de largo rango focal de una cámara fotográfica se había deslizado dentro.

—Lazar, vamos. Es peligroso aquí —lo apremió.

—Sí, vamos.

Subieron a la Nissan, Kovać aún sonriente. Se restregaba las manos y soplaba dentro de ellas para calentarlas. ¿Por qué no llevaba guantes? La Diana se dijo que le compraría un par al día siguiente.

—Lo de Brano queda en Ilidža —informó Kovać—. Tienes que tomar por la carretera M17, por lo que nos conviene...

—¿Por qué no conduces tú? —le propuso—. Nos evitaremos las indicaciones. ¿Tienes licencia?

Kovać asintió y, mientras descendía y rodeaba el vehículo, La Diana se deslizó al sitio del acompañante, siempre atenta al entorno. Kovać desplazó el asiento hacia atrás, se abrochó el cinturón, ajustó el espejo retrovisor y puso el motor en marcha. Durante las primeras cuerdas, guardó silencio en tanto lo admiraba conducir. Nunca había prestado atención a la manera de conducir de nadie. Le observaba el perfil, y después reparaba en la mano derecha que ejecutaba los cambios sin esfuerzo, con ligereza. Le admiraba las piernas largas que se movían con buenos reflejos sobre los pedales, y luego regresaba a su rostro, a sus gestos, a las cejas apretadas que demostraban lo concentrado que iba. En un semáforo en rojo, le acarició el pómulo, y él se volvió lentamente, con los ojos cerrados, y apoyó la mejilla en la palma de su mano.

—¿Cansado?

—Fue un largo día.

—Y duro, ¿verdad?

—Y duro, sí. Solo la promesa de que te vería por la noche me dio fuerza para llegar.

—¿Cómo estuvo con el padre Boro?

—Complicado —admitió.

—No hables de eso ahora. No pensemos en nada malo.

Kovać alzó los párpados lentamente y le dirigió una sonrisa agradecida.

—No sabes lo que significó verte ahí fuera, esperándome.

—No lo sé. Dímelo.

Un bocinazo los obligó a reanudar la marcha. Unos metros después, Kovać volvió a mirarla, fugazmente, y le confió:

—Al verte pensé... En realidad, antes que pensar, primero sentí. Sentí esa alegría que solo tú me haces sentir, la que me sorprendió dos días atrás en el bar, y la que me sorprende cada vez que te miro. Después me dije: «Ahí está la mujer por la que viví todo lo que me tocó vivir, la que le da sentido a lo que me queda por vivir».

Se trataba de una gran responsabilidad. ¿Y si nunca lograban concretar su amor? Había sido incapaz con Markov. ¿Por qué lo lograría con Kovać? Una voz, sin embargo, a la que temía darle crédito, le aseguraba que sería distinto porque Kovać lo era.

—A ti, ¿cómo te fue? —preguntó él, menos solemne, y La Diana se dio cuenta de que él percibía sus miedos e intentaba distraerla.

—Te conocí un poco más a través de lo que vi y escuché hoy. —Movié apenas la cabeza para mirarla, inquisitivo—. Y te admiré, Lazar, como pocas veces he admirado a alguien. Conocí a las chicas de los dos refugios —expresó, y continuó relatándole los hechos de la jornada, desde la visita a la clínica para liberar a Svetlana del microchip hasta la contratación del aviso en el *Oslobođenje*.

Llegaron a las inmediaciones de Ilidža, una localidad en las afueras de Sarajevo, a través de una carretera a cuyos costados se acumulaba la nieve. Se trataba de un municipio que había quedado del lado de la Sarajevo musulmana. Allí vivían los Mesić, pese a su origen serbio.

—La casa de Brano está a pocas cuadras del Vrelo Bosne. —La Diana arrugó el entrecejo en actitud interrogativa—. Es un parque. Muy hermoso —añadió—, surcado por el río Bosna y con muchos saltos y pequeñas cascadas. Podríamos visitarlo mañana.

—¿No tienes que dar clase?

—No.

—Me encantaría.

Kovać asintió, visiblemente complacido, y a La Diana le dio la impresión de que trazaba planes en el mutismo que siguió. Le gustó la idea de transcurrir la jornada con él en el parque, como una pareja normal. El timbre de su celular interrumpió las reflexiones.

—Hola, Bruce —dijo, y advirtió el instante en que los labios de Kovać se le sumían en la barba y las cejas se le unían en un ceño profundo. Extendió el brazo en un acto maquinal y le acarició la sien, y él se volvió súbitamente para mirarla, y ella le sonrió apremiada por la necesidad de manifestarle que no existía otra criatura sobre la Tierra que le inspirase la entrega y la confianza que él le inspiraba.

—¿Cómo va todo por allí? —quiso saber.

—No estoy *allí* —aclaró McLeod—. Nuestro objetivo se movió hacia otra localidad. Según el investigador, se aloja en una pensión, pero como ha salido nos hemos puesto de guardia desde hace un par de horas.

—¿Estás seguro de que se trata de nuestro objetivo?

—Sí —replicó escuetamente—. No pude averiguar lo de las matrículas.

—Descuida. Creo que lo que estás por descubrir es mucho más importante.

Se despidieron momentos después, y La Diana guardó el celular en el bolsillo de la campera. Kovać persistía en el mutismo, si bien resultaba claro que no lo destinaba al trazado de planes para el paseo por el Vrelo Bosne.

—Bruce es solo un amigo —farfulló.

—Le tienes mucha confianza, puedo percibirlo —replicó él sin animosidad, aunque con una nota de tristeza.

—Sí. Me demostró ser fiable. Pero, Lazar...

Kovać detuvo la camioneta, giró el torso para mirar hacia atrás y, con dos volantazos, la estacionó junto al cordón de la vereda entre dos automóviles. La Diana quedó perpleja ante el dominio con que maniobró; ella habría precisado bastantes más movimientos para acomodar el voluminoso vehículo en ese espacio reducido.

La sorpresa continuó cuando Kovać se deshizo del cinturón y se inclinó para abrazarla, y ella, lejos de retraerse, ni siquiera movida por la costumbre, le salió al encuentro. Él la encerró con posesiva determinación, y ni aun eso la desequilibró. Siguió pegada a su cuello, inspirando el perfume de su piel. Kovać le habló al oído.

—Perdóname, amor mío. Jamás he sentido esto que siento contigo. Creo que son celos. Ni de niño los había experimentado, y me tienen confundido.

—Yo también sentí celos de tus alumnas —admitió.

—No, por favor, no los sientas.

—Tú tampoco. ¿Crees que Bruce siquiera puede rozarme? Acabaría con un ataque de pánico o él, por tierra, con la nariz rota. Lazar —dijo, y se apartó para mirarlo a los ojos—, ¿crees que es normal para mí estar entre tus brazos después de haberte conocido pocos días atrás? Esto no tiene explicación, y ya me cansé de buscársela. Me dejo llevar por esta dicha, y no quiero darle más vueltas. Pero ni por un instante pienses que esto que tengo contigo es normal o usual.

—Lo sé, lo sé —admitió él con aire compungido—, nadie mejor que yo lo sabe pues he tratado casos como el tuyo. Pero contigo todo se vuelve confuso y un poco irracional.

—Sí, comprendo. A mí me sucede lo mismo.

—Perdóname. No quiero que sientas que te asfixio o que te reclamo. No soy así. Por sobre cualquier otra cosa, quiero respetar tu libertad.

—Amor, confío en ti —le susurró, y lo sintió temblar entre sus brazos.

—Dilo de nuevo.

—Amor, confío en ti. ¿Y tú en mí?

—Sí —repitió él, y volvió a besarle la columna del cuello, que ella exponía al echar la cabeza hacia atrás—. Sí, sí, confío en ti. No creo que puedas imaginar cuánto. La confianza que te tengo es infinita.

Kovać la sujetó por la cabeza y la besó en la boca, y La Diana se exhortó a grabar en su memoria cada detalle porque quizá sería lo único que compartirían y deseaba guardarlo entre sus recuerdos más preciados. Querría evocar la sensualidad de sus

labios y cómo devoraban los de ella; anhelaría recrear la sensación de comunión que había significado recibirlo dentro de la boca, y a su vez entrar en la de él; cerraría los ojos e intentaría oír de nuevo los sonidos que habían producido al unirse, los de sus respiraciones agitadas por la excitación; procuraría volver a oler el aroma de su piel, que le resultaba único.

Un golpeteo en la ventanilla del piloto le hizo proferir un grito y a Kovać, cerrarse sobre ella como si se tratase de un caparazón.

—*Jebati!* —lo escuchó insultar, y a La Diana, con la mejilla pegada en el torso de Kovać, le dio por reír al descubrir la nariz de Azem aplastada contra la ventanilla—. ¡Casi nos matas del susto, Azem!

—¡Perdón! —exclamó el chico con alegría—. ¡Hola, Diana!

—Hola, Azem.

La Diana se estudió en el espejo de la visera. Se acomodó el cabello alborotado y, al darse cuenta de que tenía la boca hinchada y enrojecida, se la rozó apenas y se quedó congelada frente a la mirada desorientada que le devolvía el reflejo. Enseguida notó la atención de Kovać en ella, y su caricia no tardó en alcanzarla en el filo de la mandíbula.

—Eres tú —lo escuchó susurrar—, la misma que días atrás no permitía ser tocada. Ahora tu boca está llena de mis besos.

—Sí —murmuró—, me cuesta creerlo.

—Este es el principio del fin de tu fobia.

Se volvió hacia él; quería mirarlo de frente al preguntarle:

—¿Tú crees?

—Sí, lo creo.

—Temo que no seré capaz... —El índice de Kovać descendió sobre sus labios y la acalló.

—Lo prometo —repitió con firmeza para luego añadir—: Diana, ¿crees que te dejaré allí sola, entre los dragones que te encadenan? —La Diana, sin remedio, percibió que la garganta se le entumecía—. ¿Crees que les permitiré que sigan atormentándote?

—¿Cómo lo lograrás, Lazar? —preguntó con voz insegura—. Nadie ha podido ayudarme.

—Quizá porque a nadie se lo has permitido verdaderamente.

—¿Por qué?

—Porque todavía no estás dispuesta a perdonarte.

—Si mi fobia se debe a eso, entonces creo que nunca lo estaré.

—Lo estarás, sí que lo estarás.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque no lo harás por ti sino por nuestro amor. Lo harás por mí, Diana.

* * *

Descendieron de la camioneta. Azem los aguardaba con varias bolsas de supermercado que Kovać le ayudó a transportar.

—Mamá me envió a comprar gaseosa —comentó el muchacho, y La Diana estimó que se refería a la esposa de Brano—. Ya llegaron todos.

Del ventanal de los Mesić emergía una luz que bañaba la calle oscura, y la casa palpitaba con una energía que se traducía en risas y voces elevadas que la acobardaron en el portal.

—Viki y Brano tienen una familia numerosa —justificó Kovać—. Somos seis hijos en total, y tienes que sumar tres nueras, un futuro yerno y siete nietos.

La Diana alternaba vistazos entre Kovać, Azem y la casa y se imaginó rodeada de gente, sobre todo de niños.

—Lazar —murmuró, y dio un paso atrás—, no creo que...

—Amor —Kovać la aferró por la muñeca—. Diana —volvió a llamarla al percibir que ella se cerraba—, ¿confías en mí?

—Sí —masculló con poca convicción.

—Entonces, ven. Los Mesić están esperándote con ansias. Yo te protegeré —le aseguró al oído.

—¡Mamá no ve la hora de conocerte! —exclamó Azem, y La Diana le destinó una mueca lastimera—. ¡Saben que no deben tocarte! —se apresuró a aclarar, y a ella, el sostén de ese adolescente que había transitado por un infierno peor que el suyo la ayudó a rearmarse y a cobrar dominio por una simple razón: quería hacer feliz a Kovać. Lo miró y asintió. Se tomaron de las manos y entraron.

Un aluvión de niños corrió a saludar al tío Laza. No la soltó en tanto se acuclillaba para recibir besos y abrazos. Eran todos pequeños, el mayor debía de tener ocho, nueve años. Fijaba la vista en las cabecitas que pululaban en torno a Kovać y que competían por su atención; algunos, más osados, le enterraban los deditos en la barba y lo obligaban a mover la cabeza en su dirección. Admiraba la calma con que les respondía, y la ductilidad con que se amoldaba al lenguaje y a la madurez de cada uno. Una nena de rizos rubios y ojos oscuros, de no más de cinco años, guardaba silencio; permanecía abrazada al cuello de su tío y le lanzaba vistazos desconfiados a ella.

Se preguntó qué diantres hacía allí. Percibía varios pares de ojos que la horadaban y a los que evitaba fingiendo deleitarse con los párvulos. ¿Cómo la presentaría Kovać? Él, a todos los fines, seguía siendo un sacerdote. ¿Qué diría? Se trataba de una situación imposible, concluyó.

—¡Niños! —exclamó una señora de escasa estatura, regordeta, de cabello rubio entrecano y prolijamente recogido; iba cubierta por un delantal de cocina—. ¡Dejen a tío Laza por un momento! —Acompañó sus palabras con batidas de manos—. ¡Están sofocándolo! Nosotros también queremos saludarlo.

Tres mujeres se adelantaron y quitaron a los más pequeños.

—Mamá —escuchó que Kovać murmuraba cuando la mujer lo abrazó, a lo que él no correspondió pues con una mano sostenía la de ella y la otra permanecía en poder de la niña de los rizos rubios.

—Hijito —dijo la señora, y lo besó ruidosamente, y La Diana notó que solo lo besaba dos veces, y no tres como hacía la mayoría de los serbios—. Qué alegría que la hayas traído.

—Mamá, te presento a Diana.

Las manos de la mujer se dispararon hacia ella en un acto reflejo y emocionado, y La Diana no necesitó reaccionar; Kovać se colocó delante y debió de hacerle un ceño pues la mujer abrió grandes los ojos y bajó los brazos.

—¡Bienvenida, Diana! —dijo enseguida—. Bienvenida —repitió, avergonzada—. Este es tu hogar.

—Gracias, señora. Disculpe que no haya traído nada para la cena...

—¡Qué va! —desestimó la anfitriona y sacudió la mano—. Con toda la comida que he preparado. Pasa, pasa. Bueno —dijo, y miró hacia el grupo de gente que seguía de pie, observándola—, a mi esposo Brano ya lo conociste, y también a mis hijos menores, Joka y Azem. Aquel es el mayor, Robi, y ella es su esposa Ana, y aquel es el que le sigue, Sava, y...

La Diana no retenía los nombres, ni siquiera se esforzaba; se dedicaba a responder a los saludos y a las sonrisas con más sonrisas y agitaciones de manos y a sentirse idiota. Solo lo que Kovać le inspiraba, fuese esto lo que fuera, la dotaba de la determinación para no huir. De la seguidilla de nombres que no se fijaron en su memoria, solo un pensamiento surgió con claridad: eran todos serbios, no había uno de origen musulmán, a excepción de Azem. Se instó a no dudar de ellos, de su integridad. No se cuestionaría qué posición habían tomado durante la guerra ni qué opinión les habían merecido las acciones de los *četniks* cuando resultaba claro que no habían compartido las ideas ultranacionalistas de Milošević y Karadžić. Si no, ¿cómo se explicaba que hubiesen ayudado a Momo, diminutivo de Muamer, y en ese momento acogiesen como a un hijo a Azem, tan claramente bosníacos?

—Ven, querida —la invitó Viki—, acompáñame a la cocina. Quiero enseñarte qué platos he preparado para agasajarte porque debes saber que es un honor conocerte... —La mujer prosiguió la perorata que La Diana oyó a medias.

Lanzó un vistazo suplicante a Kovać, que la animó a seguir a la anfitriona. Le soltó la mano con delicadeza, acción que la desposeyó de su roca. Él se inclinó para susurrarle:

—Amor mío, aquí estoy para ti. Siempre. Pero ahora trata de aceptar el amor que Viki quiere darte.

Asintió con la mirada fija en los ojos de Kovać, que la contemplaban con paciencia y devoción. Él le tenía demasiada fe y se decepcionaría. La creía fuerte y estable cuando en realidad era débil e imprevisible. Le resultaba arduo conciliar las dos facetas de la mujer en la que se había convertido, una que se amilanaba frente a

un grupo de niños y de personas amistosas y otra que le plantaba cara a un escuadrón de terroristas armados hasta los dientes. ¿Y Lazar aseguraba que ella estaba cuerda?

Acompañó a Viki e intentó no pensar en los niños que las siguieron. Se limitó a tomarse las manos para ponerlas fuera de su alcance. En la cocina, caótica de aromas, ollas y demás utensilios, se sintió a gusto enseguida. Luego de echar un vistazo a cada plato que Viki le mostraba, le preguntó dónde podía dejar la mochila y lavarse las manos. La mujer le pidió a su nuera Ana que la acompañase a los interiores, y cuando pasaron de nuevo por la sala se percató de que Kovać, pese a encontrarse inmerso en una discusión futbolística, la siguió con la mirada hasta que desapareció en el corredor oscuro.

—¿Podría guardar mi mochila bajo llave? —le pidió a Ana—. Es que tengo algunas cosas importantes y... —Solo imaginar que uno de los pequeños se hiciese con las municiones le aceleraba el ritmo cardíaco.

—Te comprendo —dijo, y encendió la luz de una habitación abarrotada de trastos—. Con niños en la casa nunca nada está a salvo. Tú no tienes hijos, ¿verdad, Diana?

—No, no —farfulló, y embutió la mochila en un ropero y también la campera Napapijri. Se dejó la casaca para ocultar la pistolera axilar.

—Toma, quédate con la llave —indicó Ana y se la entregó—. Estamos muy contentos de haberte conocido —añadió con naturalidad, y La Diana comenzó a relajarse.

—Yo también, aunque admito que todo es muy extraño.

—¿Porque Laza es sacerdote? —La Diana asintió—. Bueno, no tendrás problema con los Mesić en ese sentido. Nunca estuvieron de acuerdo con que tomase los votos. Mi suegra Viki no podía con la ansiedad por conocerte. Creo que ya se imagina los nietos que su adorado Laza le dará.

—Oh —se asustó La Diana, y a punto de atajarse con varias excusas, al final guardó silencio. Por mucho que intentase sostener la torre en la que se había escondido, los pedazos de mampostería caían en picado y ya nada podía hacer—. Me gustaría lavarme las manos —dijo en cambio.

—¿Todo bien, amor? —Kovać se asomó por la puerta y le sonrió con ojos chispeantes; se lo notaba feliz en ese ambiente.

—Sí, todo bien. Vinimos con Ana a guardar mi mochila y mi campera.

—Laza, ¿le muestras tú el baño? Yo volveré a la cocina para echar una mano a Viki.

Se quedaron solos. La Diana lo abrazó en un impulso por recuperar la armonía que él restablecía con tan poco, solo con un beso, o un roce, o con una mirada cargada de sabiduría. Kovać le despejó la frente de unos mechones rebeldes y le estudió el rostro con avidez y mientras lo hacía, sonreía.

—Eres feliz con ellos.

—Sí. Los Mesić me devolvieron algo importante, la fe en la raza humana. Pero tú, amor mío... Tú me devolviste las ganas de vivir.

La despegó del suelo y lentamente giró con ella entre sus brazos en el recinto pequeño y atiborrado de cosas. Reía y ella sonría al verlo tan dichoso y le acunaba las mejillas barbudas. Kovać la devolvió a tierra firme.

—Gracias por haberme acompañado. Sé cuánto te costó enfrentar a tanta gente.

—Lo hice por ti, Lazar. —Él se quedó mirándola como si ella acabase de revelar un misterio. Le acarició los labios antes de preguntarle—: ¿Qué sucede? Te has puesto serio de pronto.

—Es que todavía me cuesta creer que te he encontrado.

—¿Me buscabas?

—No. No sabía que existía alguien capaz de rescatarme del infierno en el que me encontraba prisionero y al cual me había acostumbrado. Soy tan feliz —declaró, y La Diana percibió que la voz le temblaba—. Me late tan fuerte el corazón. —Le condujo la mano y se la colocó, abierta, sobre el lado izquierdo del pecho—. ¿Lo sientes? —La Diana, emocionada, solo atinó a afirmar con la cabeza—. ¿Sientes lo mismo que yo, amor mío, este estado de plenitud, como si nos hubiésemos completado? Necesito saberlo, Diana.

—Sí, sí —repitió entre besos, dichosa de contar con la capacidad para hacerlo feliz, y no temía estar mintiéndole pues en verdad percibía lo mismo que él, solo que sus dragones se mantenían al acecho y le recordaban que quizá no pudiese sostener esa felicidad, o más bien consumirla—. Lazar, tú me rescataste a mí. Llegué a Bosnia pensando en desbaratar una banda de mercaderes de humanos y en vez de eso te hallé a ti.

—¿Qué significado para ti, Diana?

—Ya te lo dije, tú eres el mar.

—¿Por qué soy el mar? ¿Cómo es el mar?

—Libre. Tú eres la libertad.

Se besaron, y quizá se trató del beso más erótico que habían compartido. Kovać la presionaba contra la pared y le clavaba la erección en el vientre y le deslizaba las manos bajo la casaca y le cubría los pechos, y nada de sus avances la asustaba, y esa certeza la volvió loca de alegría. Profundizó el beso sujetándole la cara y entrando en él con su lengua hasta sentirlo temblar de excitación. Fue ella la que comenzó la retirada cuando la respiración de Kovać se tornó afanosa y la presión de sus piernas, agresiva. Las fundas de los *kukris* se le clavaron en la espalda y le causaron incomodidad. Apartó la boca con sutileza, y Kovać le apoyó la frente sobre la sien. Sus exhalaciones le golpeaban la mejilla. Sus pechos se entrechocaban.

Percibió una presencia junto a ellos y, cuando abrió los ojos, se halló con la niña de los rizos rubios y los ojos oscuros; con la cabeza hacia atrás, la observaba con un ceño.

—Creo que tengo una rival implacable —susurró, y Kovać se echó a reír.

—¿Me buscabas, Draga?

—Dice papi que está por comenzar el partido.

—Dile que iré enseguida. —La niña abandonó la habitación, y Kovać hundió la cara en su cuello—. Tu perfume está volviéndome loco y no me ayuda en absoluto a bajar la erección con la que no podré entrar en la sala sin causar una conmoción a mi familia. —La Diana rio por lo bajo y ajustó los brazos en torno a él—. No te burles.

—No me burlo. Río de dicha. Puedo abrazarte, puedes abrazarme, me besas y el mundo desaparece. Hablas de erección y no echo a correr. ¿No te parece que es suficiente para explotar de alegría?

—Sí, amor, sí —concedió él, y le besó la coronilla—. Pero ahora dime algo que me distraiga.

—En el primer refugio al que fuimos hoy, el de la calle Zvornička, hay una muchacha como yo, que sufre afenfosfobia.

—Senada —dijo Kovać.

—Cuéntame su historia.

—Es kosovar, y cuando empezó la guerra entre la OTAN y Milošević por el control de Kosovo, Senada y su familia (su madre viuda y dos hermanitas menores) escaparon y terminaron en un campo de refugiados de la ONU en Montenegro. Esos campos de refugiados son sitios especialmente peligrosos. Para los traficantes, es un coto de caza. Unos oficiales corruptos de la ONU le prometieron a la madre que llevarían a Senada a Sarajevo para que trabajase como niñera en la casa de una familia respetable. Puedes imaginar cómo acabó todo; ella, esclava sexual, y su madre y hermanas sin conocer su paradero.

—Pobrecitas.

—La ONG Defensores de los Derechos Humanos ya contactó a la madre y le avisó que está bien y bajo nuestra tutela. La pobre mujer, que no tiene un dinar para viajar a Sarajevo, no ve la hora de reencontrarse con su hija. Pero queremos que, antes de volver con la familia, Senada tenga al bebé y declare contra sus captores y contra los que administraban el prostíbulo donde la tenían esclavizada.

—¿Por qué desarrolló la fobia?

Kovać inspiró profundo y la miró directo a los ojos con una seriedad inusual.

—Fueron especialmente crueles con ella, sobre todo porque intentaba escapar. No se resignaba a su suerte. Era una niña de trece años cuando la secuestraron. Dejó de intentarlo cuando la amenazaron con volver al campo, asesinar a la madre y esclavizar a sus hermanas. Es una artimaña común de estos malnacidos, amenazarlas con matar a sus familias.

—¿Crees que podrás ayudarla? A superar la fobia, me refiero.

—No lo sé. Es un caso difícil, sin mencionar la maternidad no deseada y las cosas brutales que padeció. Estoy estudiando técnicas nuevas para lidiar con estos traumas, como la programación neurolingüística y el *coaching* ontológico. Tengo fe en Senada.

—¡Laza, están entrando en la cancha! —exclamó Brano.

—¡Voy!

—Tú ve —lo conminó La Diana—. Yo iré a lavarme las manos.

—Voy contigo. No quiero dejarte sola. Además, yo también tengo que lavármelas.

Entraron en el baño. Kovać le quitó la casaca y le miró fugazmente la pistolera axilar con la HP 35. La Diana se remangó la camisa y se ubicó delante del lavatorio. La imagen de él apareció en el espejo, detrás de ella. Se miraron con sonrisas cómplices. Kovać la envolvió con sus brazos, le tomó las manos y comenzó a lavárselas en silencio, y mientras lo hacía se las estudiaba, dedo por dedo, uña por uña, la palma, el dorso, y cuando le trazó la línea de la vida con la punta del índice, La Diana sufrió un estremecimiento. Sus labios gruesos le rozaron el pabellón de la oreja y le erizaron la piel.

—Es importante para ti sentirte limpia, ¿verdad, amor?

—Sí, muy importante.

—Para mí también. Algún día nos bañaremos juntos y nos limpiaremos mutuamente y nos amaremos en la ducha.

La Diana dejó caer los párpados, aturdida por la escena. Un peso húmedo se le alojó entre las piernas y acabó convertido en una pulsación cuando Kovać la empujó contra el filo del lavatorio. Su expresión de boca entreabierta y ojos grandes fijos en los de ella le pareció la imagen más voluptuosa que había visto.

—Nunca creí que volvería a sentir deseo sexual —lo escuchó confesar.

—¿Cuándo fue la última vez que lo sentiste? —inquirió en un tono casual que intentaba disfrazar el asombro que la declaración le causaba.

—¡Laza! —lo llamó Viki—. Estoy por servir el *ćevapi*.

—¡Enseguida vamos! —contestó.

Se enjuagaron los dos juntos. Él la secó a ella y ella, a él. La ayudó a ponerse de nuevo la casaca antes de dirigirse al comedor.

* * *

Lazar Kovać era un fanático del fútbol y del equipo serbio el Partizan. Los Mesić, en cambio, lo eran del FK Sarajevo. El encuentro entre los dos equipos había sido un clásico en la época de la Yugoslavia de Tito y lo seguía siendo aun después del desmembramiento. Gozaba verlo sentado en el sofá enorme en forma de L, entre los hijos de Brano y Viki, vociferando órdenes a los jugadores y rebatiendo las pullas de los Mesić. De igual modo, absorto como estaba y dominado por la pasión, cada pocos segundos movía la cabeza velozmente para confirmar que ella estuviese bien, a gusto. Le guiñaba un ojo y volvía la atención a la pantalla del televisor. La Diana, ubicada en una silla en un extremo del sofá, no cesaba de observarlo.

Todos comían el *ćevapi* con la mano y gritaban con la boca llena, aun las nueras y Joka. Uno de los niños, el hijo menor de Sava, el segundo de los Mesić, se había

posicionado entre las rodillas de su tío Laza, quien, entre exclamación y exclamación, lo instaba a comer su sándwich. Draga se había ubicado en un lugar insólito, y había resultado divertido verla, toda sola, quitarse los zapatos, trepar al sofá por el brazo, caminar pegada al respaldo en el espacio que dejaban los adultos y colocarse detrás de Kovać, quien, sin echar un vistazo atrás, como si estuviese acostumbrado al extravagante comportamiento de la niña, se había deslizado hacia delante para hacerle sitio. Viki le entregó un *ćevapi* que la niña comió arrojando migas sobre los hombros del tío. Cada tanto, cuando este se volvía para observarla, Draga lo imitaba y le clavaba los ojos oscuros. La pequeña acabó el sándwich, apoyó el mentón en el hombro de Kovać y siguió el partido con admirable concentración.

—Draga es la única del Partizan —le comentó Viki, que luego de servir a todos se había sentado junto a ella—. No es necesario que te diga por qué. Su padre, Rašo —dijo, y señaló a su tercer hijo—, no está para nada feliz con la elección de mi nieta. —Rio apenas antes de comentar—: Ese es su lugar favorito cuando nos sentamos en familia a ver la televisión, detrás de su tío Laza. —La anfitriona siguió contándole anécdotas y costumbres de sus nietos en relación con Kovać que aportaban al cuadro que estaba formándose de él. En tanto, pensaba: «Con esta familia que evidentemente te adora, ¿te sentías solo, Lazar?».

—Falta mi Momo —escuchó decir a Viki.

—Sé que murió durante la guerra.

—Sí. Murió en el último ataque al Markale, mientras hacía cola para ver qué podía comprar para alimentar a su familia. Nos moríamos de hambre —recordó con amargura más que con rabia.

—Fue a fines de agosto del 95, ¿verdad?

—El 28 de agosto del 95 para mayor precisión. Lazar estaba con él.

—¿Cómo? —La Diana se envaró en la silla y devolvió el *ćevapi* al plato.

—Si no se hubiese alejado para ayudar a una de sus feligresas que acarrea un bidón con agua, mi Laza también habría muerto. —Viki se cubrió la boca con la servilleta, apretó los ojos y agitó la cabeza—. Dios bendito —susurró con la voz cargada de llanto—. Si tú supieras, Diana.

—¿Qué? Dígame, Viki.

—Después de la explosión, que fue casi a los pies de mi Momo, Lazar, cubierto de polvillo y con esquirlas clavadas en el cuerpo, regresó al sitio donde había dejado a su amigo.

Viki se tornó una figura acuosa en tanto en su mente le resultaba increíblemente fácil imaginar la escena que la mujer le describía. Apretó los puños y los dientes para dominar la emoción.

—Cuénteme, Viki —le pidió con voz forzada—. Por favor, quiero saber.

Viki se sonó la nariz en el momento en que FK Sarajevo hacía un gol, y nadie le hizo caso.

—Laza regresó al epicentro de la explosión y se encontró con que...

—¿Qué? —la instó a seguir.

—¡Con Momo completamente desmembrado! —clamó en voz baja, y volvió a cubrirse con la servilleta—. Como una máquina, en medio del delirio y del caos, buscó las partes que le faltaban y las reunió de nuevo y las puso todas juntas. Lo último que halló fue... fue... la cabeza. Hay una foto que tomó un periodista norteamericano de Laza con la cabeza de Momo. —Se le cortó la voz y la miró fijamente. De los ojos de ambas brotaban lágrimas silenciosas—. Le dieron un premio muy famoso por esa foto. Es macabra y al mismo tiempo comunica tanto amor. Es que mi Laza es capaz de dar tanto amor. El premio —dijo, y se secó las mejillas con movimientos vehementes— es muy famoso —insistió—, pero no recuerdo el nombre.

—¿Pulitzer?

—¡Ese mismo! —Se inclinó con la clara intención de hablarle en confidencia—. Tengo la foto guardada bajo llave. ¿Quieres verla?

La Diana asintió, y abandonaron el comedor. Antes de perderse en los interiores, se volvió hacia la sala y no le extrañó toparse con la mirada intensa de Kovać, a quien tranquilizó con una sonrisa. Viki la guio hasta su dormitorio y cerró la puerta.

—Mi prima que vive en Nueva York me envió la revista en la que se publicó. —La extrajo de un cajón; la guardaba en una bolsa de plástico con cierre hermético—. Está en la página treinta y tres. —Pasó las hojas deprisa y se la entregó—. Mira, Diana.

La tomó con manos temblorosas. Nada la habría preparado para la imagen que se desplegó ante sus ojos. Lazar Kovać, de perfil, con el rostro, la barba y el cabello blanquecinos a causa del polvillo, sentado en el cordón de la vereda, con las rodillas plegadas, sostenía la cabeza de Momo aferrándola por los cabellos de las sienes; lo que más conmovía era que descansaba la frente en la de su amigo y mantenía los ojos cerrados. Un surco de lágrimas se abría camino en las mejillas y en la barba blancas.

—Santo cielo —masculló La Diana, y se dejó caer en el borde de la cama. ¡Cuánto había sufrido su Lazar! «Mi Lazar», repitió.

—Ahí lo tienes a Lazar, Diana —habló la mujer, y su tono y el hecho de que no hubiese empleado el diminutivo sirvieron para que despegase la mirada de la fotografía y la dirigiese a la mujer—. Un ser único, espléndido, como dice Brano que tú lo llamaste. Yo soy una mujer sin estudios y que solo se ha dedicado a criar hijos y a llevar adelante una casa, pero no soy ciega ni tonta y sé que mi hijo ha vivido cosas que nunca nos ha referido, a su padre y a mí, y que han sido muy duras. Esos tres años que vivió en la calle con Momo y antes... Sé que no ha sido feliz. Hasta hoy. Lo conozco como nadie, Diana, y solo hoy he visto por primera vez un brillo en su mirada que parecía haberle cambiado la cara.

—No sé por qué me quiere —confesó, abrumada por la situación, por los sentimientos, por todo—. Esto sucede tan deprisa. Me tiene confundida.

—¿Pero estás feliz?

—Sí, feliz como nunca lo he sido —admitió—. Pero no soy nadie, Viki. Tengo heridas que me dejó la guerra que, temo, nunca sanarán. No sé si seré capaz de hacerlo dichoso.

—Él te hará feliz, y él será feliz solo por eso, por verte dichosa a ti, porque así es él, pura generosidad y entrega.

—Gracias por mostrarme esta foto y por hablarme de él y de lo que vio esta noche en su mirada.

—De nada. Hablaría de mis hijos el día entero. Sucede que no siempre tengo oídos dispuestos a escuchar. Ven, querida —la invitó—. Lavémonos un poco antes de volver al comedor. No quiero que Laza vea que te has emocionado. Me reclamaría. Hoy, cuando vino para dejar sus cosas, las que sacó de la Transfiguración, se lo pasó hablándome de ti, llenándome de indicaciones acerca de cómo debía tratarte. Nunca lo había visto tan obsesionado con una cuestión. Me costaba ocultar la risa mientras lo ayudaba a acomodar las cajas y las bolsas.

Después de enjuagarse los ojos, se unieron a la familia justo en el momento en que el Partizan convertía un gol. Kovać, en lugar de festejarlo, se quedó mirándola, y La Diana supo que presentía que algo había ocurrido. Caminó hacia él, apoyó los codos en el respaldo del sofá y, sorteando a Draga, le besó los labios cuando él se giró para mirarla. Los Mesić soltaron silbidos y hurras mientras Kovać la sujetaba por la nuca y profundizaba la unión de sus bocas.

—¿Por qué este regalo? —quiso saber él.

—Para festejar el gol del Partizan. Y porque eres tan tentador, Lazar.

—¿Estás bien?

—Sí, muy bien. —Lo besó con ligereza y volvió a ocupar la silla junto a Viki.

—Mira —dijo la mujer—, no puede quitarte los ojos de encima, con gol del Partizan y todo. Sabrás hacerlo feliz, Diana. —Viki se quedó contemplando a Kovać con una expresión de complacencia. Al cabo, se volvió para hablarle—. Goga dice que vives en Londres.

—Sí, aunque viajo de continuo a causa de mi trabajo.

—¿Te llevarás a mi hijo tan lejos?

—Él ni siquiera me ha preguntado dónde vivo.

—No te lo ha preguntado porque no le importa. Te seguirá adonde sea que tú vayas. Ha dejado la Iglesia por ti.

—Me dijo que hacía tiempo que estaba en crisis.

—Y así habría seguido, en una eterna crisis, si tú no hubieses aparecido. ¿Te lo llevarás a Londres?

—No sé qué será de mi vida, Viki. He conocido a Lazar tres días atrás, que parecen tres años, es cierto, pero no hemos hablado del futuro. Mi vida es muy complicada en este momento.

—Pero él está en tu futuro, ¿verdad? —insistió, y a La Diana la asombró que la injerencia de la mujer no la fastidiase; por el contrario, le inspiró un sentimiento

afectuoso porque demostraba cuánto amaba a Kovać.

—Sí —contestó, no con el fin de aplacar las ansias de Viki sino porque, al pensar en un futuro sin él, el estómago se le volvió de piedra.

—Goga sostiene que Laza está deslumbrado contigo a causa de tu belleza. No le prestes atención. Es cierto, tu belleza es inusual, pero mi hijo ha roto y sigue rompiendo corazones, y algunas de las que lo persiguieron por años eran muy bonitas además de buenas chicas, pero a él no le movían un pelo. Jamás lo vi mirar a una mujer como te mira a ti, Diana, quiero que lo sepas. Y que no te extrañe lo que digo, que las mujeres se vuelven locas por él, porque mi hijo es así como tú, de una belleza impactante. Ahora lo ves con esa barba y el pelo largo, pero...

—Aun con barba me resulta muy atractivo —la interrumpió.

—No creo que puedas imaginar lo atractivo que es sin ella. En cuanto a Goga, no la culpes por estar celosa. Desde que Momo murió, Lazar ha sido su gran apoyo. Nos tiene a nosotros y a su madre, pero con Laza tiene un vínculo especial. Teme que lo alejes de ella y de Zaína.

Como dudaba qué decir como no fuese repetir que el futuro era incierto, preguntó:

—¿Dónde nació Lazar? Porque sospecho que no es bosnio.

—Oh, no, es serbio. De Smederevo, una ciudad a unos sesenta kilómetros de Belgrado.

De allí su ligero acento belgradense. Con esto confirmaba la sospecha: Lazar Kovać pertenecía a la etnia que había pretendido aniquilar a la suya. Lo observó discutir con Robi acerca de una falta mal cobrada con el pequeño todavía entre las piernas y Draga colgada a su espalda, y se dio cuenta de que no podía importarle menos que fuese serbio. Había permanecido en Sarajevo durante el asedio, había padecido el frío, el hambre y la falta de libertad a la par de los sarajevitas, fueran estos de la etnia que fuesen. A punto de pedirle a Viki que le contase acerca de Lazar durante el sitio, calló cuando la mujer exigió silencio y que aumentasen el volumen del televisor. Estaban en el entretiem po, y el canal emitía un *flash* informativo.

—¡Permítanme oír lo del virus de Marburgo! —Se volvió hacia La Diana y le confesó—: Estoy tan preocupada con esta epidemia.

Durante su última estadía en Ruán, Laurette se había obsesionado con las noticias que advertían que en un laboratorio a pocos kilómetros de la ciudad de Washington se había detectado una población de monos originarios de Uganda infectados con el temido filovirus, similar al Ébola en cuanto al destrozo que causa en el cuerpo humano. Su tasa de mortalidad, casi del noventa por ciento, mantenía en alerta a las autoridades sanitarias de Estados Unidos y de la OMS desde que el caso había salido a la luz y varios empleados del laboratorio habían muerto. En aquella oportunidad, La Diana, concentrada en la desaparición de Yura Christiansen, en el tráfico humano y en su inminente viaje a Bosnia, no había destinado un pensamiento al brote de Marburgo, pese a que Laurette hablaba de continuo. En ese momento, al oír que el

periodista advertía que se habían detectado dos casos fuera del territorio norteamericano, uno en la ciudad de México y otro en Milán, se incorporó en la silla y prestó atención.

La imagen de Aleksandar Ilić la tomó por sorpresa. Con una sonrisa que intentaba ser cordial y que en realidad exudaba suficiencia, el poderoso empresario serbio aseguraba en una convención en Montreal que Ouroboros Global estaba lista para ofrecer un tratamiento que combatiría con éxito sin precedentes el filovirus que estaba causando estragos en las afueras de Washington y que se expandía peligrosamente hacia otros continentes. «¿Qué pedirás a cambio, maldito bastardo?», se preguntó La Diana. «¿Que te aprueben la licencia para el trigo transgénico?».

Absorta como estaba en el discurso de Ilić, La Diana después se preguntaría por qué había mirado a Kovać. Se sobresaltó. Él parecía a punto de descomponerse; la frente se le había cubierto de sudor y estaba pálido; apretaba los párpados como si padeciese un dolor inefable y clavaba los dientes en los dedos entrelazados. Lo observó apartar con delicadeza al pequeño y quitarse los brazos de Draga del cuello, abandonar el sofá y caminar hacia los interiores con pasos apresurados y la vista baja. Nadie reparó en su huida, ni siquiera Viki, que oía lo que declaraba Ilić.

Lo siguió sin dudar. Se asomó en el corredor en el instante en que Kovać cerraba la puerta de la habitación donde ella había guardado la mochila. Golpeó dos veces y abrió sin esperar la respuesta.

—¿Lazar? —lo llamó y se asomó—. ¡Lazar! —exclamó al descubrirlo en un rincón, sentado en el suelo, la espalda contra la pared y la cabeza apoyada en las rodillas. Cerró tras ella y se acuclilló junto a él—. Lazar, ¿qué sucede? No me asustes.

Alzó el rostro, y La Diana ahogó un sollozo al descubrirle los ojos inyectados. Kovać ocultó la cara en su regazo y le rodeó la cintura como si pretendiese hacerse pequeño y entrar en ella. La Diana lo cubrió con su cuerpo y lo contuvo. En tanto los instantes pasaban y ella lo sostenía en el abrazo, agradeció al dios que quisiese oírle por haber superado la fobia con ese hombre extraordinario; no haber sido capaz de consolarlo en esa circunstancia la habría destruido.

—No quería que me vieras de este modo —lo escuchó murmurar, y su aliento cálido atravesó la tela de la camisa y le causó un placentero erizamiento.

—¿Verte cómo?

—Quebrado. Quiero que siempre me veas fuerte. Quiero ser tu sostén, Diana.

—Y yo quiero ser el tuyo, Lazar. —Como única respuesta, Kovać apretó los brazos y hundió aún más el rostro en ella para acallar los clamores de un llanto que la traspasó como el filo de una espada.

La calma llegó poco después. Él se incorporó y, con los ojos cerrados, apoyó la cabeza en la pared en un gesto de agotamiento y estiró las largas piernas en el suelo, entre las bolsas y las cajas que, ahora comprendía, eran sus cosas, las que había sacado de la Transfiguración. Movida por la necesidad de consolarlo, se sentó a

horcajadas sobre sus piernas y enseguida lo vio sonreír. Sus ojos, sin embargo, seguían evitándola. Le pasó las manos por el rostro para secárselo y aprovechó para estudiarle los rasgos. Fue besándose los uno por uno, y la emocionó cuando sus manos le encerraron la cintura.

—¿Estás mejor?

Kovać levantó los párpados como si regresase de una ensoñación.

—Amor mío —susurró él con voz más rasposa y grave que de costumbre, y le colocó la mano en la mejilla izquierda—. ¡Qué suerte que estés aquí!

—¿Quieres contarme qué sucedió? No tienes que hacerlo. Solo...

—Sí, a ti quiero contarte todo. No quiero ocultarte nada. —Bajó la mirada antes de hablar—. Vi algo que removiό viejas heridas.

—¿Algo en la televisión?

—El hombre que estaba disertando por lo del Marburgo...

—¿Aleksandar Ilić?

A Kovać pareció congelársele la expresión, el respiro, la mirada, hasta que separó apenas los labios, y ella supo que le revelaría un secreto que marcaría un antes y un después.

—Aleksandar Ilić era mi tutor. —La Diana se cubrió la boca en un acto mecánico—. Él fue quien abusó de mí y de mi primer amor durante cuatro años.

—Oh, Lazar.

—Verlo ahí, haciéndole creer a la humanidad que es un hombre de bien cuando yo sé que es un monstruo, fue más de lo que pude soportar.

La Diana se puso de rodillas, apoyó el mentón en la cabeza de Kovać y lo pegó a su cuerpo. Desolada por la impotencia, se preguntaba qué decir para calmar su sufrimiento, pero nadie mejor que ella sabía que, en ese punto, las palabras resultaban fútiles y que lo único que quedaba era ofrecer un silencioso sostén. Y como si él le leyese la mente, expresó:

—No sabes cómo me ayudas a espantar los demonios. Verlo siempre remueve la herida, y el dolor es insoportable. Pero contigo es más fácil recuperar el equilibrio.

—Gracias por decírmelo. Quiero serte útil.

Los llamaron desde el comedor; el segundo tiempo estaba por empezar. Kovać le clavó el mentón en el pecho y alzó las pestañas, más negras y pesadas a causa de las lágrimas. La Diana lo miró, fascinada, incrédula de que ese hombre le perteneciera.

—No tengo ganas de quedarme —le confió—. Tengo ganas de estar a solas contigo.

—Ha sido un día muy largo para los dos —convino La Diana—. Vamos al departamento —propuso, y la sonrisa que Kovać le dirigió en esa instancia significó mucho más que alegría, que alivio, que equilibrio recuperado. Para ella significó la confirmación de una verdad que su corazón le venía susurrando desde que había conocido a Kovać tres días atrás y que su razón se había negado a aceptar: estaba locamente enamorada de ese hombre.

Viki se preocupó cuando Kovać anunció que se marcharían.

—Hace dos noches que no duermo bien —adujo, y la mujer, ceñuda, le pasó la mano por el rostro; lo escrutaba con ojos inquisidores—. Y hoy ha sido un día largo. Muy largo —insistió, y sonrió a su madre adoptiva para tranquilizarla.

—Estás pálido, hijito. Y ojeroso. Ve, querido, ve. Descansa. Espera, voy a buscar lo que me pediste.

En tanto Kovać se despedía de su familia, la mujer se evadió hacia los interiores y reapareció minutos después con un bolso y una bolsa; entregó el primero a Kovać y la segunda a La Diana; esta última contenía varios recipientes de plástico con comida.

—Hay de todo un poco —anunció Viki con actitud avergonzada—. Para que no tengas que cocinar y para que se alimenten bien. Te puse varias *tulumbas* —indicó de prisa—. Azem me dijo que probaste mis *tulumbas* en el gimnasio y que te gustaron.

—¿Las prepara usted, Viki?

La mujer asintió.

—Todo lo que se sirve en el bar lo preparo yo.

—La felicito. Sus *tulumbas* son deliciosas. Me recuerdan a las de mi madre, que para mí eran las mejores.

—Gracias, querida. Ahora vayan —la exhortó, y dirigió la mirada hacia Kovać, que se despedía de Draga; la tenía en brazos, y la niña, aferrada a su cuello, lo besaba en tanto él le prometía volver a verla pronto. La escena causó a La Diana una emoción profunda, pero sobre todo extraña, y como le sucedía desde que había conocido a Lazar Kovać, la asaltó un deseo loco e irracional, pues ¿de qué otro modo habría calificado el anhelo de darle una hija cuando a ella la sola visión de un niño la fastidiaba?

Abandonó la casa de los Mesić presa de una inquietud que enseguida se reprochó pues la distraía y le impedía prestar atención a los alrededores en tanto avanzaban por la vereda oscura y desolada. Kovać, al mantenerla pegada a él, le dificultaba el reconocimiento; sin embargo, nada dijo porque lo veía abrumado. Se ubicó al volante; él no estaba en condiciones de manejar. Guardaba silencio y miraba al frente sin pestañeos. Ella alternaba vistazos entre el espejo retrovisor y Kovać. En un semáforo en rojo, estiró el brazo y le pasó el dorso de los dedos por la mandíbula. De inmediato, él le sujetó la mano y se la besó.

—Piensa en algo que te haga feliz —le sugirió—. No te demores en las imágenes que están atormentándote.

—¿Eso haces tú, amor? —quiso saber él.

—Lo intento. Pienso en algo de mi pasado feliz.

—¿Quién es el psicólogo aquí, tú o yo? Lo que haces es una técnica llamada anclaje.

—¿De veras?

—Sí. Si te pones a ver, en la psicología hay mucho de sensatez y también de instinto de supervivencia. ¿En qué piensas, amor, cuando quieres olvidar lo malo?

La Diana sonrió con aire evocatorio antes de responder.

—En una tarde de verano, cuando yo tenía quince años y mi hermana Leila once, y fuimos a hacer unas compras para mamá en la bicicleta. Yo iba al volante y ella, sentada detrás de mí. Cuando regresamos del almacén, Leila se ubicó en la rejilla delantera pues las bolsas con las compras iban atadas en la de atrás, que era más grande. Era muy difícil conducir con el peso de ella ahí, delante. La bicicleta comenzó a oscilar, me costaba dominar la rueda. Leila empezó a hacer unas caras de miedo que me causaron risa. Mi risa le dio risa a ella, y así nos alimentábamos mutuamente las ganas de reír. Acabamos riendo como locas, tanto que perdí el control por completo. Chocamos contra un montículo de arena de una obra en construcción. Y ahí quedamos, despatarradas sobre la arena, riendo y riendo; no podíamos parar.

Quitó la mirada de la calle para observar a Kovać, que mantenía la atención fija en ella, la expresión iluminada por una sonrisa que le inundaba los ojos. Haber restaurado su alegría, al menos su equilibrio, la tomó por sorpresa porque le devolvió la paz a ella. Hacerlo feliz estaba convirtiéndose en una necesidad imperiosa que la tenía tan desconcertada como todo lo demás.

—Solo imaginarte me hace feliz —afirmó él.

—Pero no te lo he dicho todo —prosiguió con acento ligero—. La parte más divertida viene ahora, cuando te cuente que de tanto reír, pero tanto, tanto, me hice pis encima. —La carcajada de Kovać inundó el habitáculo de la camioneta, y la hizo reír a ella también—. Yo no sabía que era cierto eso de *me hice pis de la risa*. ¡Pues lo es! Yo soy la prueba viviente. Leila casi se ahogó con las carcajadas cuando se dio cuenta de mi percance.

Las risas fueron acallándose. La energía vibrante y saludable permanecía y expulsaba los restos de disgusto causados por la imagen de Aleksandar Ilić.

—Elige ahora tu imagen del pasado feliz y cuéntamela —sugirió La Diana.

—Es de un pasado muy reciente —expresó él con actitud misteriosa—. Es una imagen que nunca olvidaré. Me cambió la vida.

—¿Cuál? —se interesó La Diana.

—La tuya en el bar, el lunes pasado, lunes 18 de diciembre de 2000; nunca olvidaré la fecha —dijo más para sí, y se volvió hacia ella, que, emocionada, asintió como autómatas—. Me mirabas de un modo que... Es difícil explicar la mezcla de cosas que me hiciste sentir.

—Te hice sentir vivo —le recordó.

—Fue más que eso, en realidad. —Guardó silencio en la actitud de quien somete el argumento a una profunda deliberación—. Me hiciste sentir hombre —concluyó al cabo—. Y eso me devolvió las ganas de vivir.

«Y tú me devolviste mi esencia de mujer», le habría dicho si el nudo en la garganta no se lo hubiese impedido.

* * *

El ascensor se detuvo en el segundo piso, y ellos siguieron besándose. A La Diana la admiraba la familiaridad del roce de su barba, cómo la halagada la exigencia con que sus labios le reclamaban la boca y en especial lo delicada y femenina que la hacían sentir sus brazos en torno a ella. Se separaron al escuchar un portazo y salieron de prisa del ascensor. No obstante, apenas se hallaron dentro del departamento, él volvió a besarla.

—Perdón —le suplicó, y apoyó la frente en la de ella—. No sé qué me pasa. Nunca parece bastar.

—¿Es nuevo para ti?

—Sí.

—¿Nunca tuviste un amorío siendo sacerdote?

—No, jamás. —Se apartó para mirarla antes de expresar—: Amor, tú no comprendes porque yo no te lo he explicado, pero hacía casi veinticinco años que no sentía deseo sexual. Ninguna mujer me lo provocaba. Hasta que llegaste tú.

—¿Por qué yo, Lazar? —preguntó de nuevo, incrédula.

—Lo extraño habría sido que no me lo causaras siendo la mujer más hermosa que he visto. Pero no fue solo tu belleza lo que me sorprendió, eso lo tengo claro. Hubo algo más, no sé qué. Una energía, tal vez, que llegó a mí y, cuando me tocó, me hizo sentir... exultante. Sí, la palabra es exultante, porque era más que alegría.

—Lo mismo sentí yo, pero antes, en el gimnasio. Fue tan violento e inusual lo que me provocó verte que escapé al baño de mujeres.

—Sí —rio él por lo bajo—, de pronto habías desaparecido, y no puedes imaginar la desilusión que sentí. Y después, cuando volví a verte en la mesa simulando leer el periódico —La Diana ocultó la risa en el pecho de él—, fui feliz. Diana —dijo, de pronto serio, y le sujetó el rostro por el mentón—, sé que todo esto te resulta vertiginoso; sé que estás confundida, amor mío, lo sé, pero quiero que te des cuenta de lo afortunados que hemos sido por habernos encontrado. Éramos dos almas en pena y ahora...

—Y ahora somos felices —completó ella, y se puso en puntas de pie para besarlo.

—Sí —acordó él—, ahora somos felices.

La Diana se bañó primero en tanto Kovač hacía unas llamadas. Terminó veinte minutos más tarde y, mientras se secaba, oyó que él seguía al teléfono. Se envolvió en

una toalla y salió del baño. Kovać alzó la vista y la descubrió medio desnuda en el corredor, y su deseo fue tan palmario que le causó un efecto hipnótico, y las piernas se le tornaron pesadas. Él cortó el contacto para prestar atención a la persona con quien conversaba, y ella se escabulló al dormitorio, donde se vistió con la calza negra y una remera. Miró la cama, aún deshecha, y se preguntó si dormirían juntos. El pánico comenzó a subir como la marea. Buscó el celular en la mochila y marcó un teléfono con dedos desesperados.

—*Allô?*

—¿Mat? Soy yo. Diana. ¿Dormías?

—No, leía en la cama. Los niños duermen y Eliah está de viaje, por lo que aproveché para leer.

—¿Cuándo regresa Eliah?

—No lo sabe con certeza porque, después de Brunéi, viajará directamente a Kosovo. ¿Tú cómo estás? ¿Sigues en Bosnia?

—Sí, en Sarajevo.

—¿Estás bien?

—Demasiado bien.

—¿Cómo demasiado bien?

—Conocí a un hombre, Mat —dijo, y guardó silencio.

—¿Un hombre que te gusta como hombre?

—Sí, me encanta como hombre.

—¡Diana, qué magnífica noticia!

—Tengo miedo.

—¿De no poder tocarlo?

—No de eso. Lo he tocado. Y ha sido tan fácil hacerlo que todavía estoy preguntándome qué sucedió. Lo conocí el lunes y desde entonces todo se ha dado demasiado rápido. Estoy tan confundida. Y abrumada.

—Pero feliz —afirmó Matilde.

—Tanto que me asusta a muerte.

—Háblame de él.

—Es magnífico, estupendo. —La risa de Matilde la hizo sonreír—. Me tiene tanta paciencia. Ha fundado una ONG contra la pedofilia y el tráfico humano. Parece empeñado en salvar al mundo entero. A veces me recuerda a ti.

—¿Eso piensas de mí, que quiero salvar al mundo entero?

—Sí.

—¿Y dices que él también quiere salvarlo?

—Sí.

—Ya me gusta este hombre tuyo, querida amiga. ¿Cómo se llama?

—Lazar.

—Lazar. Qué hermoso. Y físicamente, ¿te gusta?

—Muchísimo. Nos hemos besado, Mat.

—Oh. ¿Has disfrutado?

—No sabes cuánto. Pero...

—Temes no poder hacer el amor, ¿verdad?

—Sí, le temo a eso. Me paraliza el terror.

—Te entiendo. Nadie te comprende mejor que yo.

—Mat, dime una vez más cómo hiciste para superar tu fobia.

—Confiado en Eliah. Entregándole mi problema para que lo resolviera. Yo no podía, estaba claro que no podía. Y él parecía tan dispuesto a ayudarme. Me permití bajar la guardia porque sabía que estaba con la persona indicada. Eso sí, la primera vez que lo hicimos estaba aterrada. No le temas al miedo; es normal sentirlo, Diana.

—Con Sergei también nos besamos y tuvimos cierta intimidad, pero en las ocasiones en que lo intentábamos... Hubo un día en el que estuvo a punto de... — Soltó el aire, angustiada por el recuerdo—. Sufrí el peor ataque de pánico del que tengo memoria.

—Pero Lazar es distinto, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —se asombró.

—Porque tu voz es distinta, porque te siento distinta. Más contenta, más ansiosa, más preocupada.

—Lazar está tan entusiasmado con nuestra relación. No tiene dudas, no se cuestiona que suceda tan rápidamente.

—Hombre sabio —la interrumpió Matilde, y La Diana volvió a reír—. No pierdas tiempo. No cometas el error que yo estuve a punto de cometer. A causa de mis miedos e inseguridades, casi perdí a Eliah. Solo pensarlo me altera el ritmo cardíaco. Hoy no estaría viviendo esta felicidad. Sí, siempre hay problemas y complicaciones, pero si Eliah está conmigo nada importa.

—Mat, ¿cómo sabes que estás verdaderamente enamorada de alguien?

La respuesta llegó de inmediato, sin un instante de hesitación.

—Porque si esa persona no está, nada tiene sentido. Y esto te lo digo con cierto grado de culpa porque, verás, Diana, cuando hay hijos piensas que ellos le darán el sentido, pero no es así. Amo locamente a mis tres hijos, tú lo sabes...

—Sí, lo sé.

—Pero si Eliah no estuviese conmigo, ellos no le darían sentido a la vida. Mi vida vale la pena porque Eliah existe en ella. Es muy riesgoso amar de este modo, lo sé, pero no hay remedio.

La Diana se cubrió la frente y suspiró, vencida.

—Sí, lo es, es riesgoso —acordó.

—¿Qué sientes por Lazar?

—Creo que él le da sentido a mi vida. Es loco, ¿verdad?

—¿Por qué? ¿Porque lo conociste el lunes? A mí me llevó pocas horas en un avión enamorarme de Eliah, solo que mi inseguridad y mis complejos me impidieron

aceptarlo. Por eso, vuelvo a pedirte, no pierdas tiempo entregándole el control de tu vida a la fobia.

—¿Y si no podemos hacer el amor?

—Lo intentarán hasta que puedas.

—¿Y si nunca puedo?

—Pues entonces nunca pudiste, pero si no lo intentas nunca lo sabrás.

—Pero no quiero sufrir otro ataque.

—Entonces, para evitar un ataque, ¿sí estás dispuesta a apartar a Lazar de tu vida sin haberlo intentado?

—¡No! —exclamó, y la vehemencia con que se expresó la dejó atónita; a Matilde le arrancó una carcajada.

—Veo que el ataque te inspira menos miedo que la idea de dejarlo.

—En realidad, Mat, a lo que más le temo es a lastimarlo. En este momento, mi prioridad es él.

—Ay, amiga querida, estás tan enamorada que me dan ganas de ponerme a saltar como una niña sobre la cama. —La Diana rio, dichosa—. La única cuestión clave, creo yo, es si confías en él. Porque para una como tú, que desconfía de su sombra, el secreto del éxito de esta relación radica en la confianza que le tengas.

La Diana cayó en un mutismo reflexivo. Había perdido la confianza en el género humano durante el verano del 92, en Rogatica. Recelaba de todos y de todo, y sin embargo con Lazar Kovać le había bastado esa primera cena para bajar la guardia.

—Sí —contestó al cabo—, confío en él como si lo conociese de una vida.

—Creo que todo se solucionará, entonces —concluyó Matilde.

—Gracias, Mat. No sabes lo bien que me ha hecho hablar contigo. ¿Tú cómo estás?

—Bien, llena de cosas. La inauguración de la clínica será el 10 de enero y tengo la impresión de que no llegaremos a tiempo con todo. En fin. Me harían muy feliz si tú y Lazar me acompañasen ese día. ¿Crees que podrán venir?

—Gracias por invitarlo a él también.

—Ya lo considero una parte de ti y, por tanto, de nuestra familia. ¿Vendrán?

—No sé qué será de mi vida en las próximas horas. Imagínate si puedo planificar con tanta anticipación. Pero si nada se interpone en nuestro camino, no dudes de que estaremos allí, contigo. Sé que la clínica es muy importante para ti.

Cortó la llamada poco después y salió del dormitorio. El vapor que emergía por la puerta del baño le advirtió que Kovać se había duchado; el baño, sin embargo, estaba a oscuras, lo mismo la sala. El silencio en el departamento era absoluto. Encendió la luz del corredor y caminó en busca de él. Lo encontró dormido en la habitación que la noche anterior había ocupado Svetlana. La ternura se le mezcló con la tristeza y la culpa al imaginarlo de pie frente a la puerta cerrada de su cuarto. Volvió a inclinarse junto a la cabecera para contemplarlo dormir. Lo hacía boca abajo, y un brazo le colgaba fuera de la cama; la boca se le aplastaba contra la almohada, y ella quiso

mordérsela, besársela. Bajo las mantas, le notó los hombros desnudos, y se preguntó si también lo estaría el resto del cuerpo, y aunque el anhelo por tocarlo se tornó inmanejable, se contuvo para no despertarlo. Como le había dicho a Matilde, Kovać era su prioridad ahora y, después de dos noches de mal dormir, quería que descansase.

Se debatió entre acostarse junto a él o retirarse al otro dormitorio, y le llevó pocos segundos decidirse; pasaría la noche allí, pues alejarse le resultó intolerable. Se sentó con cuidado en el borde de la cama *queen size* y, tras un momento de vacilación, se quitó las calzas. Se deslizó bajo las colchas y, pese a que lo hizo con cuidado, Kovać se despertó. Se volvió hacia su lado y, al encontrarla junto a él, sonrió con ojos entreabiertos.

—Perdóname —susurró, y no solo se lo pedía por haberlo despertado; también lo hacía por haber cerrado la puerta y por haberse refrenado tantas veces en esos días y no haberle expresado cuánto le gustaba, qué feliz la hacía.

—Amor, ¿por qué me pides perdón?

—No quería despertarte. ¿Puedo dormir aquí contigo?

—¿De veras necesitas preguntarlo? —La Diana sonrió con timidez—. Ven, quiero que durmamos abrazados. ¿Quieres que durmamos abrazados? —se preocupó.

—Sí.

Se colocaron de costado, uno frente al otro. La luz del corredor había quedado encendida y echaba un destello suave sobre sus rostros. La Diana observaba a ese hombre junto a ella y se preguntaba si lo merecía.

—Perdóname.

—¿Por qué insistes en pedirme perdón?

—Por haber cerrado la puerta del dormitorio. Creíste que no quería dormir contigo, ¿verdad? —Kovać le contestó con su mutismo—. Cerré porque...

—No importa. Ahora estás aquí conmigo —dijo, y sus manos contuvieron las de ella—. La felicidad es absoluta.

—Es absoluta gracias a ti, Lazar. —Se aproximó y pegó las piernas desnudas a las de él—. Quiero que lo sepas. —Él, muy emocionado, asintió sobre la almohada, y La Diana notó que apretaba los labios—. Solo que la empañan mis miedos —le confió—. Temo que...

—Lo sé. Sé que temes que te pida más.

—Sí —admitió—. ¡Y quiero dártelo, Lazar! Es lo que más deseo. —Él la abrazó y La Diana pegó el rostro a su barba que olía a limpio, a él—. Perdóname por estar tan quebrada. Tú mereces a una mujer perfecta...

—La tengo entre mis brazos, y lo único que necesito es que permanezca allí para siempre. —La Diana sofocó un sollozo y ajustó las manos en los hombros de él—. Por favor, Diana —le suplicó, y la besó en la coronilla—, disfrutemos de esto que compartimos, que es lo más importante que tengo, y aunque sea por un tiempo

olvidémonos de todo lo demás. —La Diana alzó la vista y asintió, y Kovać le besó la nariz—. Y ahora intenta dormir. Han sido días muy intensos.

—Sí, los más intensos de mi vida. Y los más felices —susurró un momento después, pero él ya se había dormido.

* * *

Se despertó con serenidad y sintió su presencia, no la de Kovać cuyos brazos la rodeaban desde atrás, sino la de él, la de Sergei Markov. Inmóvil, se atrevió a dirigir la mirada hacia los pies de la cama, y allí estaba, sentado con la sonrisa que le volvía las facciones más entrañables. Un amor puro e inconmensurable por ese hombre se alzó en su pecho, y los labios le temblaron en una sonrisa.

—Estoy feliz de que no estés aquí —expresó él como de costumbre antes de desvanecerse.

La Diana apretó la boca y los ojos. El cuerpo se le tornó rígido en el intento por controlar los temblores. Pasado el conato de llanto, practicó unos ejercicios respiratorios hasta que dejó de sentir el corazón en el pecho y supo que las pulsaciones le habían descendido notablemente. Con todo, el sueño la rehuía. Consultó la hora. Las seis de la mañana. Había dormido varias horas seguidas. Acarició los antebrazos de Kovać antes de apartarlos con cuidado para salir de la cama.

Se detuvo delante del sitio donde había visto a Markov. Tras un instante de duda, se sentó lentamente en el mismo lugar. Bajó los párpados e inspiró en busca de la fragancia de él, esa con la que se impregnaba para que a ella no la devorase la pesadilla con olor a *rakija*, sudor y humo. Pero nada vino a ella. Se quedó quieta, las manos relajadas sobre las rodillas y los ojos cerrados.

—Sergei, amor mío —susurró, más bien movió los labios—, soy tan feliz. Pero tengo tanto miedo. —Se le constriñó la garganta y tragó varias veces antes de suplicar —: Ayúdame, Sergei, por favor.

* * *

Al día siguiente me desperté en una cama vacía. Leila estaba allí, prendida a los barrotes. Su mirada vagaba por el desolado paisaje del patio de la escuela. A veces, dependiendo de la dirección del viento, llegaban ráfagas que recogían la fetidez e inundaban la habitación, lo cual, pese al calor, nos obligaba a cerrar la ventana. Esa mañana, por fortuna, el aire se respiraba sin problema.

Leila escuchó que me removía en la cama y se acercó deprisa. «¿Estás bien?». Asentí sin mirarla. «No me hizo nada. Se durmió apenas apoyó la cabeza en la

almohada», la tranquilicé, y no añadí que la situación duraría poco. Una vez que Pasik trajese los resultados, fuesen estos los que fueran, nuestras vidas volverían a dar un giro.

Caminé al pequeño baño y, después de orinar y lavarme las manos, me contemplé en el espejo. No me reconocí en la imagen de esa muchacha pálida, ojerosa y con gesto de amargada. Me apoyé en el lavatorio y dejé caer la cabeza entre los brazos, y por unos segundos me di el gusto de sentir pena de mí misma. Solo unos segundos. Mi hermana, a la que escuchaba armar la cama, me necesitaba entera, alerta y malvada.

Suada se presentó con el desayuno, que, como siempre, compartimos con ella. Lo acabó deprisa; tenía mucho que hacer, nos informó, pues el comandante, como llamaba a Vuk, se había enfurecido con los soldados por la mugre del patio y había ordenado que todas las mujeres se ocupasen de limpiar. Leila y yo, al avizorar una posibilidad de abandonar la recámara, nos entusiasmamos. «Ustedes no», aclaró Suada. «El comandante me dijo explícitamente que tú y Leila debían permanecer aquí». «¿Por qué?», me descorazoné. «Dice que son una tentación muy grande para los soldados». Cuestión que nos limitamos a ver a nuestras compañeras en desgracia desde los barrotes. A veces los apretaba cuando descubría que alguna trastabillaba a causa de la debilidad o de la fiebre.

Por la tarde, escuchamos ruidos en la habitación contigua; era Mirko. Había ingresado para buscar algo en los cajones del escritorio; vi que guardaba la llave en el bolsillo del pantalón camuflado. Me atreví a entrar para hablarle. «¿Qué quieres, Maša?», me cuestionó con tono impaciente mientras hurgaba entre las cosas de Vuk. «¿Puedo hacerte una pregunta?», dije con la fachada dócil tras la cual había decidido esconderme. «Puedes», contestó, todavía sin alzar la vista. «La cuestión es si estaré dispuesto a responderte». Dudé un instante y desistí; había estado a punto de preguntarle por las chicas que no habían regresado dos noches atrás; Suada seguía muy perturbada con el tema. Si ya sabía que estaban muertas, ¿para qué arriesgar que se enfureciese? En cambio, pregunté: «¿Podrías recuperar las joyas de la abuela Kata?». Eso atrajo su atención; levantó el rostro y me costó conciliar la imagen de ese joven duro y lleno de resentimiento con la del amigo del cual había acabado por enamorarme. ¿Tanto podía cambiar una persona? Sí, la guerra cuenta con ese poder, el de transformar a las personas.

«¿Para qué quieres las joyas?», inquirió, difidente. «Para tener algo de mi abuela», contesté en un susurro dócil. «Estoy segura de que no valen nada, pero para mi familia y para mí son valiosas, desde el punto de vista sentimental», aclaré. Me observó en silencio, y yo fui lo suficientemente astuta para bajar la vista y aguardar su veredicto con actitud sumisa. El veredicto no llegó; se marchó sin pronunciar palabra.

Poco después vimos a Vuk y a su comitiva que entraban en la escuela. Zver caminaba a su lado y oía con atención lo que el comandante del Drina le explicaba

con un ceño profundo. ¿Qué estaría sucediendo más allá de nuestra prisión? El ejército del presidente Izetbegović ¿estaría luchando por nosotros, los bosníacos, los de su etnia? Aunque más sensato habría sido preguntar: el presidente Izetbegović ¿tenía ejército? ¿Alguien en el mundo se preguntaría por el destino que nos había tocado en suerte? Me deprimí al convencerme de que nadie se preocupaba por los prisioneros de los četniks, y al recordar que mi madre nos había dicho en su carta que sospechaba que Izetbegović estaba decidido a sacrificar Srebrenica para ganarse la lástima de la comunidad internacional, me dije que otro tanto haría con los pobres diablos encarcelados en los campos de concentración serbios.

Los pasos de Vuk se oían desde la planta baja, ni qué decir su vozarrón de mando; parecía enojado e impaciente, lo cual no presagiaba nada bueno para mí. Con Leila nos sentamos en el suelo, bajo la ventana, las piernas recogidas y el pómulo sobre la rodilla. Nos contemplamos desde esa posición. «Perdón», susurré. «¿Por qué?», me preguntó, sorprendida, lo cual me hizo más daño. «Por haberte obligado a venir a Rogatica. Estarías en casa, con papá, con mamá y con Sanny, en lugar de estar en este lugar». «No me obligaste, Maša. Te acompañé porque quise». Sacudí la cabeza; la garganta estrangulada me impedía articular.

«¡Mariyana!», irrumpió la voz de Vuk junto con sus pasos atronadores seguidos de un portazo. «¡Mariyana!». Corrí a la habitación contigua. Lo miré, y sus ojos de hielo me recorrieron con furia. ¿Qué problemas habría tenido para llegar tan enojado? «Ojalá los nuestros hayan eliminado a todo tu ejército, maldito hijo de puta», pensé con la vista al suelo. «¡Ven aquí! ¿No escuchas que estoy llamándote?», se molestó. «¡Fuera!», les gritó a los hombres que lo habían escoltado dentro, incluido Mirko. Un mal presentimiento me obligó a ponerme en alerta. La puerta se cerró tras el último paramilitar, y yo me mantuve quieta. Me eché a temblar cuando los borceguíes aparecieron en mi campo visual y, gobernada por un comportamiento irreflexivo, caminé hacia atrás.

Me aferró por el brazo y me provocó un gemido cuando sus dedos se hundieron en mi carne. Me mordí el labio para no gritar; no quería que Leila se diese cuenta de lo que estaba ocurriendo. «¡Mírame!», me exigió en un murmullo de dientes apretados. Alcé la vista y, tras adivinar sus intenciones, bajé los párpados. «¿Qué vas a prepararme para la cena, querida Maša?», preguntó al tiempo que arrastraba la nariz por mi cara. «Lo que usted ordene, comandante», farfullé en sílabas entrecortadas, lo cual lo hizo reír. Me pegó a su cuerpo; me puse en puntas de pie y contuve el aliento. «Me fascina el tono sumiso que empleas conmigo lo mismo que cuando te vuelves una gata rabiosa. Me gustas de todas las maneras posibles. Ahora me temes, ¿verdad, Maša?». Asentí, siempre con los ojos cerrados. «¡Dímelo!», me ordenó y me clavó los dientes en el filo de la mandíbula. «Dime que me temes». «Le temo, comandante», sollocé porque el dolor se intensificaba junto con el pánico. De esa bestia podía esperar cualquier cosa. «¿Y me amas, Maša?», quiso saber. ¿Qué responder a esa pregunta? Lo detestaba con todas las fuerzas de mi ser, y cuando

había pensado en ponerle veneno para ratas a su comida, no había estado bromeando. Lo habría hecho y habría disfrutado viéndolo retorcerse en una lenta y brutal agonía. Sin embargo, me había propuesto ser astuta y seguiría adelante con mi resolución. De igual modo, con Vuk tenía que ser cauta y en especial no tomarlo por tonto; era de todo menos tonto. «No lo amo, comandante», me arriesgué a pronunciar, y alcé los párpados en el instante en que su mueca ufana se convertía en una de asombro para luego pasar a una sombría y segundos después transformarse en una sonrisa divertida que acabó en una risotada. Me abrazó y me besó en la boca como si le hubiese declarado amor eterno. «Tienes más pelotas que todos mis soldados juntos», me declaró al oído, «y no creo que tengas idea de cuánto me calientas». Me sujetó la mano y me obligó a tocarle la erección. Quedó como en trance mientras se la pasaba por el bulto. Las fricciones aumentaban, y la aspereza de la tela me quemaba la piel. Proferí un quejido, y eso lo obligó a volver en sí. Algo en mi gesto lo hizo enfurecer. Me arrojó al suelo y se bajó el cierre para exponer su miembro erecto. Me sujetó por el mentón para hablarme. «Esta vez, cuando te diga que lo tragues, lo tragas, turca de mierda». «No», supliqué, aterrorizada no tanto por ser víctima de una nueva violación sino porque temía que Leila, ignorante de lo que estaba sucediendo, se aventurase y se topase con el cuadro. No quería que me viese de ese modo, humillada, sometida, lastimada. Me daba vergüenza, pero también me preocupaba la reacción de mi hermana.

«Llegas a hacerme daño», me advirtió Vuk, «y degollaré a Leila». Esa advertencia, que en un primer momento me asustó, después me dio una seguridad que no había experimentado en mucho tiempo, desde que había comenzado la maldita guerra. De algún modo, Vuk acababa de darme la garantía que necesitaba: Leila siempre estaría ahí, conmigo, pues era el modo que tenía para controlarme. La espada de Damocles que pendía sobre la cabeza de mi hermana me convertiría en una sierva obediente. Y lo único que a mí me importaba era que esa espada jamás cayese, y eso dependía de mí; Vuk acababa de hacérmelo entender. «No le haré daño, comandante», prometí.

«Abre la boca y no te atrevas a apartar los ojos de los míos, ¿has entendido?», exigió, con el pulgar y el índice clavados en mi barbilla. El proceso fue tan humillante y asqueroso como la primera vez, solo que ahora yo contaba con un objetivo, mantener a salvo a Leila, y eso lo ponía en otra perspectiva. Parpadeaba constantemente para liberarme de las lágrimas, las que nacían del odio y de la impotencia y también las que se generaban a causa del reflejo nauseoso, pues Vuk era implacable en sus embestidas. Pero nunca aparté la vista de la de él, cargada de desprecio y de algo indescifrable y malévolo.

Al terminar, se retiró y yo me desmoroné; me quedé quieta, la frente contra el suelo, mientras controlaba las náuseas y las ganas de llorar. Escuché que se subía el cierre y que ocupaba la butaca en el escritorio. Oí que abría los cajones y que extraía papeles. Quería levantarme, pero me sentía vencida y cansada. Tan cansada.

Me tensé cuando Vuk abandonó el escritorio y caminó hacia la puerta. Vociferó hacia el corredor los nombres de Mirko y Zver. «¡Aquí, ahora!», los convocó, y eso bastó para que me pusiese de pie y me ocultase en el baño. Me enjuagué la boca varias veces y me lavé la cara y las manos con jabón. Agradecí por el agua corriente; cosas que antes daba por sentadas, en ese cautiverio adquirirían una relevancia impensable en el pasado.

Aprovechando que estaba con Zver y Mirko, salí del baño y me escabullí como un ratoncito hacia la otra habitación. Antes de que mi mano tocase el picaporte, la voz de Vuk me detuvo. «¡Turca! ¿Dónde mierda crees que vas?». Me volví con la vista al suelo, consciente de los tres pares de ojos que me horadaban. «Ordene, comandante». «Quiero blinis rellenos de carne. ¿Sabes prepararlos?». «Sí, comandante». «Serás tú la que me los sirva», indicó. «Ahora vete».

Obedecí, y al entrar en la habitación Leila me salió al encuentro con cara angustiada. Me pregunto de dónde conjuré la sonrisa que le destiné. Nos abrazamos. «Estoy bien, estoy bien», repetía. «¿Qué te ha hecho?», se preocupó. «Nada, nada. Quiere que preparemos blinis rellenos de carne y que yo se los sirva». Al rato, Suada se presentó para escoltarnos a la cocina. Los tres hombres, que seguían dirimiendo en el cuarto contiguo, se callaron cuando nos vieron pasar, y yo advertí el vistazo codicioso que Zver le lanzó a Leila. La apretujé contra mi cuerpo sabiendo que tarde o temprano caería en las garras de ese malparido. ¡Qué impotencia! Perder el control sobre la propia vida, la libertad y la dignidad, no creo que existan peores cosas. Bueno, tal vez sí existen peores cosas.

Leila era feliz en la cocina, y yo era feliz viéndola preparar la comida para esos hijos de puta. Suada se admiraba de nuestra habilidad culinaria, en especial de la de Leila, que había nacido, al igual que nuestra madre, con un talento natural que convertía hasta la más sencilla ensalada en un festín de sabores.

Fuimos apilando los blinis en una fuente mientras llenábamos dos recipientes para Suada. Yo me preguntaba cuánto nos duraría la estratagema porque estaba segura de que Vuk acabaría por darse cuenta de que destinábamos parte de la comida a las mujeres y a los niños prisioneros. Existió un instante en el que la nueva Mariyana, la que había decidido convertirse en una serpiente astuta, estuvo a punto de acabar con ese juego peligroso que podía significarnos castigos brutales. Desistí casi de inmediato al imaginar a los niños muertos de hambre, hacinados el día entero en esas aulas malolientes. Con el corazón arrebuñado en el pecho, seguí, callada, ocultando blinis en un contenedor de plástico.

Los oficiales y los soldados comían en lo que había sido el salón de actos de la escuela. Se ubicaban en largos tableros que ocupaban por completo en dos turnos. Apenas puse pie en el espacioso recinto, descubrí a Branka entre los comensales. Sentada a la derecha de Vuk, le acariciaba la oreja mientras él hablaba con un mayor del ejército regular. Cuando me vio, sus labios pintarrajeados de fucsia se separaron en una mueca burlona, que, como todavía tenía la cara hinchada por los

golpes, le afeó aún más los rasgos. Aparté la vista, asqueada, y mis ojos se toparon con los del guardia Kosta, encargado de servir šljivovica a los oficiales. Los bajó de inmediato cuando Vuk cortó el diálogo y le echó un vistazo amenazador.

Apoyé varias fuentes con blinis, que despedían un aroma invitante, a lo largo de los tablones bajo la mirada atenta del amo del Drina. Suada iba distribuyendo las jarritas con kajmak con los que se bañan. «Sírvenme», me ordenó Vuk, y cuando Branka empezó a protestar que ella lo haría, la acalló con una mirada. Le serví seis. «¿Te gustan con kajmak, Maša?», me preguntó con acento engatusador. «Sí, comandante», respondí. «Entonces, ponles mucho kajmak». Así lo hice, y cuando estaba por retirarme, me detuvo por la muñeca. Tomó uno de los blinis cargados de la crema ácida y lo arrojó al piso de madera inmunda, junto a su silla. «Arrodíllate y cómelo», me ordenó, y un murmullo se alzó entre los comensales. Lo miré, desconcertada, y no fui capaz de ocultar el odio que su expresión pedante me provocó. ¡Cómo detestaba su rostro! ¡Cómo despreciaba a ese bastardo! ¡Cómo lo desprecio aún! Se puso de pie, y me eché hacia atrás con la intención de ponerme fuera de su alcance. No lo logré. Me atrapó por los hombros y me obligó a arrodillarme. «¡Come como la perra turca que eres!», me ordenó, mientras me sujetaba por la nuca y mantenía mi cara tan cerca del blini que la nariz se me llenó de kajmak. «¡Come!», insistió. «Quiero ver si mueres envenenada», declaró. Cuando intenté tomar el rollito con las manos, me echó la cabeza hacia atrás con tanta violencia que sentí un tirón en la zona de las cervicales; grité de dolor. Se inclinó desde atrás y me habló cerca de los labios. «Sin las manos, perra. Con la boca, como los animales».

Escuchaba las risotadas de Branka por sobre las más circunspectas de los paramilitares, y también llegaban a mí los sollozos de Suada. «Por Leila, por Leila», repetí varias veces antes de atrapar el alimento entre los dientes y cortar un pedazo, que tragué casi sin masticar. Vuk reía y me pasaba la mano por la parte posterior de la cabeza y de la espalda como si lo hiciese en el lomo de un perro. Esperó a que lo acabase para levantarme del cabello. Los ojos se me llenaron de lágrimas a causa del dolor en el cuero cabelludo, también a causa de la vergüenza y de la rabia. Hubo un instante en que nuestros ojos se encontraron, y aunque tenía la vista nublada, vi, más bien sentí, su desconcierto, quizá se trataba de arrepentimiento. Mis ojos le clamaban: «¿Por qué? ¡Por qué!». Nada tenía sentido. ¿Qué grave pecado estaba pagando? ¿Qué negro pensamiento lo impulsaba a ser tan cruel? ¿Se trataría de un espectáculo para sus subalternos? Tal vez se murmuraba que el comandante nos destinaba a mi hermana y a mí un trato preferencial y, como eso lo ponía bajo una mala luz frente a los fanáticos nacionalistas, quería dejar en claro que para él no éramos más que detestables balijes. Desestimé de inmediato la hipótesis; Vuk se creía Dios y como tal no le debía explicaciones ni justificaciones a nadie. Si me había obligado a comer como a una perra era porque le daba placer.

«Sal de mi vista», masculló. «¡Ahora!». Corrí fuera, con el eco de las carcajadas de Branka, ebrias de šljivovica, tras de mí. Lloré en brazos de Suada hasta que conseguí dominarme. Me acompañó a los vestuarios para lavarme la cara. Pese a todo, cuando regresamos a la cocina, Leila se dio cuenta apenas me vio. Corrió hacia mí y me abrazó, y mientras mi hermana me consolaba, Suada le relataba lo acontecido. Lavamos los platos sin pronunciar palabra. Agotadas, nos retiramos al piso de arriba. Extendimos los colchones junto al escritorio y, antes de irse, Suada nos ayudó a poner las sábanas. Apagamos la luz y nos quedamos dormidas de inmediato.

Nos despertaron las risas de Vuk y de Branka, que en una repetición grotesca de la escena de dos noches atrás, volvían a trastabillar borrachos. Nos quedamos estáticas, con los ojos cerrados, hasta que oímos que echaban llave a la puerta que comunicaba con la habitación de al lado. Respiré, aliviada, pero no volví a conciliar el sueño. Afortunadamente, Leila se durmió poco después. Me quedé sola, los ojos muy abiertos en la oscuridad y los oídos que captaban los sonidos que producía la cópula de esos dos monstruos. A juzgar por los gritos y lamentos de ella, a él le gustaba ser violento aun con las que iban por voluntad propia a su cama. Horas más tarde, con la habitación sumida en el silencio, mis párpados comenzaron a cerrarse. Me sobresalté cuando la puerta se abrió de golpe y, gracias a la luz que se filtraba desde la recámara contigua, vi a Vuk, completamente desnudo, avanzar hacia nosotras. La rutina de la noche anterior se repitió como en una macabra pesadilla: plantó una rodilla en mi colchón y me recogió para hablarme cerca del rostro. «¿Te molesta que Branka esté aquí, en mi cama?», me susurró al oído. «Es su invitada, comandante», dije, con las pestañas bajas. «¡Dime si te molesta, Maša!», vociferó, y Leila se removió a mi lado. Le apreté la mano en un intento por pedirle que se mantuviese al margen. «Sí, comandante», admití. «¿Vuk?», la voz soñolienta de Branka no causó efecto en el jefe, no le prestó atención. En cambio, quiso saber: «Dime por qué te molesta que esté en mi cama». «Porque la detesto», respondí sacando a relucir mi verdadera índole. «Porque por su culpa mi abuela está muerta. Por eso», rematé. Me contempló con seriedad y yo me atreví a sostenerle la mirada. «Bien», decretó al cabo. «De este modo aprenderás a cumplir una orden cuando te la doy. Si la hubieses asesinado, si hubieses asesinado a la responsable de la muerte de tu abuela, ahora serías tú la señora de mi mesa y de mi cama. Pero como elegiste hacerte la santa y la pura...». Chasqueó la lengua. «No lo serás», completó. Para mi gran alivio, se marchó, y tras el portazo escuché que discutía con Branka. Acabé por dormirme, exhausta de tanta necedad y malicia.

Los días se repitieron más o menos del mismo modo. Vuk me obligaba a practicarle una felación, a veces varias. Cocinábamos sus alimentos y yo debía servírselos para lo cual me exigía que, frente a sus soldados, comiese el poco que arrojaba por tierra, y debía hacerlo sin las manos. Branka lo visitaba todas las noches y, con la constancia de un reloj suizo, cuando acababa, Vuk interrumpía mi

sueño para insultarme o decirme que me amaba, todo dependía del grado de estupor alcohólico que tuviese. No volvió a dejarme sola; me llevaba a su cama de la cual echaba de mal modo a una Branka medio dormida y aún borracha, o bien se acostaba a mi lado en el colchón que a duras penas lo contenía. De esas ocasiones, yo disfrutaba cuando Branka se marchaba por la mañana y descubría a Vuk durmiendo con sus brazos en torno a mí. Yo mantenía los ojos cerrados, pero sabía que mi enemiga estaba allí, de pie junto al colchón, observándonos con el odio que destilaba su cuerpo al igual que el vaho a perfume barato mezclado con el hedor de la bebida y del sudor. Una noche, Vuk ni siquiera se tomó la molestia de sacarla de la cama y me obligó a acostarme con ellos. No dije nada. Cuando lo escuché roncar, sentí el impulso de irme, y si a la mañana siguiente se enfurecía al no encontrarme a su lado, que así fuese, pero no iba a dormir junto a la asesina de mi abuela. El arranque murió segundos después cuando pensé en Leila. Me quedé tensa, las manos cruzadas sobre el pecho para no tocarlo. Estaba decidida a no conciliar el sueño. Debí de dormirme en algún momento. Cuando me desperté, estaba sola.

Durante los servicios de mesa, ponía atención a lo que conversaban. Añoraba enterarme de lo que sucedía en el exterior. Vivíamos aisladas, sin radio, sin televisión, sin periódicos, por lo que cada palabra relacionada con la guerra era como agua en el desierto. Días más tarde me di cuenta de que los soldados hablaban de los sucesos con actitudes forzadas, incluso con tonos de voz extraños, sin mencionar que eran apologías a la causa serbia y que todo lo que comentaban los tenía por victoriosos. Olfateé que Vuk estaba detrás de esa puesta en escena. Me lo confirmó Kosta una noche cuando me interceptó a la salida de la cocina y me dijo: «Srebrenica no ha caído. Es el comandante el que los obliga a decir todas esas mentiras para que tú las oigas y te las creas». «Gracias», dije de buen modo e incluso le sonreí, y cuánto me costó ocultar el desprecio que ese serbio tibio me inspiraba. Pero, me dije, algún día podría serme de utilidad, lo mismo Mirko, que una tarde se apareció con las joyas de la abuela en una bolsa de supermercado. «Esconde bien esto», me conminó. «Las joyas de los balijes pertenecen a la República Serbia de Bosnia. Si llegan a saber que te las di, me ajusticiarán». «No lo sabrán», me apresuré a manifestar. «De mi boca no saldrá una palabra», expresé con una seguridad que él destruyó al decirme: «¿Eso crees, inocente Maša? ¿Crees que no soltarías una palabra si Zver se ocupase de tu tortura? ¿A qué te crees que se debe su mote?». Sonrió con falsedad y agitó la cabeza. «No sé por qué hago esto por ti», dijo, y yo, que tenía ganas de matarlo, le sonreí y le contesté: «Por los viejos tiempos, amigo mío».

Supe que nuestras vidas volverían a dar un giro brutal cuando, aferrada a los barrotes de la ventana, vi entrar a Pasik en el patio de la escuela quince días después de la extracción de sangre. Traía los resultados de nuestros análisis, no me cabía duda. Apoyé la frente entre las rejas y dejé caer los párpados, harta del miedo y de la

incertidumbre. Diagnosticasen lo que diagnosticaran, esos estudios eran una condena para nosotras.

CAPÍTULO XIV

*Mejor le fuera que se le atase al cuello una piedra de molino
y se lo arrojase al mar que escandalizar
a uno de estos pequeñitos.*

Evangelio según San Lucas 17, 2

Detuvo la lapicera y alzó la cabeza. Le había parecido escuchar un sonido en la quietud del departamento. El sonido, como un lamento, se repitió. Abandonó la silla, encendió la luz del corredor y caminó hacia el dormitorio. Lazar Kovać se agitaba bajo las mantas. Los lamentos iban convirtiéndose en un llanto abierto con gritos desgarradores. Se arrojó sobre la cama y se inclinó sobre él, que agitaba la cabeza en la almohada y movía los ojos frenéticamente bajo los párpados.

—Lazar, Lazar —lo llamaba con firmeza pero en voz baja—. Lazar, despierta.

Kovać abrió los ojos de golpe y resultó evidente que seguía atrapado en la pesadilla. Miraba hacia uno y otro lado en un intento por determinar dónde se hallaba. La Diana lo besó en la boca y consiguió detener su agitación.

—Estás aquí, conmigo.

—Diana...

—Sí, aquí estoy. Estabas sufriendo una pesadilla. ¿Quieres contármela?

Kovać sacó la mano y aferró la de ella.

—Qué distinto es despertar aquí, contigo, que en la celda del monasterio. Estás fría —se extrañó—. ¿Por qué estás fuera de las mantas?

—Llevo despierta... —Consultó el reloj—. Una hora. Son las siete.

—Eso que traes en la muñeca es muy costoso. Un Breitling, ¿verdad?

La Diana lo miró con un ceño de expresión divertida.

—¿Cómo es posible que un exsacerdote conozca de estas cuestiones mundanas?

—Ilic tenía varios —declaró—. Y de otras marcas suizas también.

—¿La pesadilla era con él?

—No, pero estimo que la provocó verlo ayer en la televisión.

Si bien La Diana quería que le contase, no insistió.

—Este Breitling me lo regalaron Eliah y Matilde, mis amigos —dijo para distraerlo—. Mira —le mostró la gran corona en la base del reloj—, esto es una baliza, una especie de transmisor. En caso de emergencia, la desenroscas y, al hacerlo, el reloj emite una señal de SOS que será captada por aviones y aparatos de

comunicación en un radio de más de cien kilómetros. Alguien vendrá a salvarte. —La Diana le besó el entrecejo apretado y sonrió—. Es útil para un soldado.

—Debe de costar una fortuna.

—Sí, pero Eliah Al-Saud es un hombre muy rico y generoso. Matilde, su esposa, es mi mejor amiga. Con ella hablaba anoche por teléfono, por eso había cerrado la puerta del dormitorio y no para dejarte fuera. Quiero que lo sepas, Lazar.

—Ven, métete bajo las mantas. Tienes hasta la nariz helada. —La Diana obedeció y se pegó a su cuerpo tibio, lo que le arrancó un suspiro placentero—. ¿Mejor? —se interesó él, y ella asintió—. ¿De qué hablabas con Matilde?

—De ti, por supuesto.

Su sonrisa la cautivó; era tan hermosa que se quedó quieta contemplándola. Se incorporó sobre el codo y le acarició los labios tan gruesos, tan generosos como su Lazar. Él la observaba y, como parecía gozar del contacto, siguió acariciándolo, y le entrelazó los dedos en la barba y le acunó la mejilla.

—¿Qué le contaste a Matilde de mí?

—Que eres estupendo, maravilloso, perfecto. —Kovać rio y alzó apenas la cabeza para besarle los labios—. Y ella, que es una de las mejores personas que conozco, me dijo que estaba tan feliz por mí que se habría puesto a saltar como una niña sobre la cama.

—Me gustaría conocerla.

—Y a ella conocerte a ti. Nos invitó a la inauguración de su clínica en París, el 10 de enero. Matilde es una excelente cirujana pediátrica.

La noticia lo sorprendió a juzgar por su expresión de cejas levantadas.

—¿De veras? ¿Me invitó?

—Sí. Me dijo que si eres parte de mí, entonces eres parte de la familia.

—¿Soy parte de ti, amor?

—Sí, Lazar. —Bajó las pestañas para ocultar la duda.

—Ey —Kovać la sujetó por el mentón y la obligó a enfrentarlo—. ¿Qué sucede?

—Le dije a Matilde que ahora tú eres mi prioridad y que, por sobre todas las cosas, no quiero hacerte daño. Pero me temo que con mi fobia...

Kovać le selló los labios con un beso y lo que pretendía acallarla se transformó en un intercambio desenfrenado de pasión que el propio Kovać cortó, dejándola aturdida y anhelante.

—¿No te das cuenta —habló él— de que has empezado a vencer la fobia? Nos hemos conocido pocos días atrás y mira la intimidad que compartimos.

—Con Sergei también nos besábamos, pero cuando intentábamos ir más allá...

—¿Sergei es a quien amaste antes de mí?

—Sí. Lo intentábamos —retomó—, pero me daban ataques de pánico y él se ponía muy mal. Lo hice sufrir. Lazar... —masculló con la voz estrangulada, y ocultó la cara en su barba—. ¡Sergei murió por mi culpa! ¡Él está muerto y es por mi culpa!

—Cuéntame —le pidió al oído con serenidad.

—Sergei y yo éramos empleados de la empresa de seguridad de Eliah. Él nos había asignado como guardaespaldas de Matilde, que en aquel tiempo era su prometida. Matilde, que trabajaba para Manos Que Curan, estaba destinada en Gaza, y allí fuimos Sergei y yo para protegerla. Ella se había hecho amiga de Sabir Al-Muzara...

—¿El escritor palestino? ¿El premio Nobel de Literatura del 97?

—Sí, ese mismo. Estábamos escoltando a Matilde a casa de Al-Muzara. Sergei y yo discutimos porque las cosas no funcionaban entre nosotros. Yo me ofusqué e hice lo único que un soldado tiene prohibido hacer: deserté. No entré en lo de Al-Muzara y me alejé para buscar un poco de sosiego. Fui una egoísta. Dejé solo a Markov con Matilde. Ese día, un grupo terrorista irrumpió en la casa de Al-Muzara, mató a casi todos y secuestró a Matilde.

—Me acuerdo del caso.

—Regresé cuando los terroristas ya se habían ido. La casa estaba llena de gas lacrimógeno. Había muertos por todas partes. Hallé a Sergei en la cocina. Era evidente que había intentado huir con Matilde por la puerta de servicio. —Apretó los labios y, con ojos fijos y desesperados, contempló a Kovać.

—¿Qué? Anda, dime eso que te atormenta —la animó.

—Sergei murió en mis brazos, Lazar. Y murió por mi culpa.

Se echó a llorar con la boca abierta, que ocultó en la almohada. Kovać la cubrió con su cuerpo y le depositó besos en la cabeza. Lloró hasta quedar sin fuerzas, hasta que la fría angustia fue extinguiéndose en su pecho al calor de la energía de Kovać.

—Amor —le habló él en una voz baja y apasionada, como si le contase un secreto vital—, no sabes cuánto lamento que lleves este peso y esta culpa contigo, pero perdóname si te digo que estoy feliz de que te hayas alejado de esa casa cuando lo hiciste. Hoy, quizá, no estarías viva si hubieses permanecido allí.

—Y yo estoy feliz de que te hayas alejado del lugar donde cayó el mortero que destrozó a Momo. Viki me lo contó.

—Si supieses cuánto deseé no haberme alejado para ayudar a esa feligresa que acarrea un bidón de agua. Si supieses cuánto deseé que la muerte me hubiese alcanzado a mí en lugar de llevarse a Momo, que, pese a la guerra, pese al asedio, al hambre, a todo, era feliz con Goga y con Zaína recién nacida, a la que tanto habían deseado y que habían engendrado después de años de buscarla. Pero de solo pensar que ahora no estaría aquí, contigo, se me hiela la sangre. ¿No podrías pensar tú lo mismo, que no entraste en esa casa de modo de conservar la vida para hacerme feliz a mí, para salvarme a mí?

—¡Oh, Lazar!

Se abrazaron con un ímpetu como si la vida les fuese en ello.

—Dios te preservó para mí —susurró él con llanto en la voz.

—Pero ¿qué dices? Si *tú* eres mi salvador, no yo.

—No, tú, tú —repetía Kovać en tanto le cubría con besos delicados el rostro mojado de lágrimas que la barba secaba—. Mi dulce y valiente Diana. Mi diosa guerrera. Te admiro tanto como te amo.

—Tú haces que todo parezca fácil, Lazar —suspiró con actitud resignada.

—Todo será fácil de ahora en adelante porque nos hemos encontrado. ¿Qué hacías fuera de la cama?

—Escribía —contestó tras un momento de reflexión en el que se había debatido entre revelar u ocultarle su actividad. Pero había bastado alzar los ojos y encontrarse con los expectantes y sinceros de Kovać para decidir que a él le diría la verdad.

—¿Qué escribías?

—Mis memorias de la guerra —contestó.

—¿Por qué las escribes? —quiso saber, y lo preguntó con la mansedumbre que ella tanto amaba, sin dramatismos ni falsa despreocupación, tan distinto del doctor Carter.

Bajó la vista antes de contestar y la fijó en los dedos que le tocaban la boca; esa boca se había convertido en su objeto favorito, y se propuso invocar esa imagen, la de sus dedos empalidecidos en contraste con el color encarnado de los labios de él cuando quisiese expulsar feos recuerdos. La boca de Kovać se convertiría en su anclaje.

—Jamás he hablado con nadie acerca de lo que Leila y yo vivimos en el campo de concentración en Rogatica. Ni siquiera con mi psiquiatra. Bueno, a él le referí pocas cosas, nada relevante. Semanas atrás, Matilde me dijo que si no quería hablar de lo que habíamos vivido al menos tenía que escribirlo, pero que de algún modo debía sacarlo fuera para que no me hiciese daño.

—Me cae muy bien tu amiga Matilde, amor.

—La amarás, lo sé, y ella a ti. Cuestión que Matilde me regaló un diario para que escribiese mis memorias, para que sacase fuera los recuerdos. Me hace bien escribir —aclaró.

Kovać le besó el puente de la nariz cubierto de pecas.

—Es un ejercicio excelente. Es una actividad sanadora. —Siguió besándola mientras le susurraba—: Veo que eres muy amada. Por Matilde, por su esposo Eliah, y estoy seguro de que tus hermanos te veneran también. Pero quiero que sepas que mi amor, aunque recién nacido, es el más grande de todos.

—Tú también eres muy amado, Lazar —susurró ella, turbada por la confesión de él.

—Sí, lo soy. Por Viki, por Brano, por Ivo, por mis hermanos...

—Tus sobrinos te adoran.

—Y yo a ellos. Pero es a tu amor al que aspiro con una ansiedad que jamás había experimentado. Que tú me ames, Diana. Nunca he deseado algo en la vida con esta intensidad y convencimiento. —Le impidió replicar al apoyarle el índice y el mayor

sobre los labios—. No necesito conocerte, no necesito tiempo, no necesito *nada* para saber que eres el amor para mí.

—Solo podría darte un amor lleno de miedo y de cicatrices.

—Amaré tu amor lleno de miedo y de cicatrices —susurró él sobre su boca, y añadió antes de besarla—: Vale más para mí así, lleno de miedo y de cicatrices.

Sus labios la sorprendieron pues creyó que se trataría de un roce, de un beso suave, y en cambio le atrapó la boca de manera ardiente. Quedó bajo el peso de él, y aunque no experimentó la típica cerrazón en el pecho ni el sudor frío, apartó la boca y detestó la resignación con la cual Kovać se tendió a su lado y se cubrió la frente con la mano. Estaba muy agitado.

La sábana se había corrido, y en la penumbra de la habitación apenas iluminada por la luz del corredor, La Diana le distinguió la sombra de un tatuaje en el pectoral izquierdo, donde el pelo negro se volvía ralo. Encendió la lámpara de la mesa de noche y lo estudió de cerca. Alzó la vista y descubrió a Kovać que, con el mentón pegado al pecho, la estudiaba mientras ella observaba el tatuaje, el símbolo del infinito en tinta negra que contenía en la parte inferior de la primera elipsis el nombre Lazar y en la superior de la segunda la palabra Izia.

—Izia —leyó en voz baja.

—Ishia —la corrigió él, suavizando la pronunciación de la z hasta transformarla en un siseo.

—Ishia —repitió, y se atrevió a alzar las pestañas a riesgo de que él adivinase los celos que la dominaban—. Tu primer amor, ¿verdad?

—Sí. Izia es el diminutivo de Izabela en polaco.

—¿Era polaca?

—Sí, de Czarna Górna, un pueblo agrícola en el límite con Ucrania. De hecho, sabía hablar el ucraniano tan bien como el polaco.

—Siempre la amarás —pensó en voz alta, mientras dibujaba con la punta del índice las curvas del infinito.

—Sí. Le debo la vida, Diana. Sin ella, los cuatro años en los que fui abusado por nuestro tutor... Pues no habría sobrevivido sin Izia, sin su dulzura y su amor.

—¿Ella y tú vivían juntos? ¿Los dos eran pupilos de Ilić?

Kovać asintió. Empezaba a familiarizarse con sus gestos y sus estados de ánimo, y sabía que cuando sumía la boca entre los dientes era porque no quería hablar o porque algo lo fastidiaba. Se forzó por sonreír, mientras luchaba con la mezquindad que se apoderaba de su carácter.

—Me hace feliz saber que la tuviste a tu lado durante esos años. Si Izia te salvó, le estaré profundamente agradecida, siempre.

—Diana... —se emocionó Kovać y le pasó la mano por el rostro, y a ella le pareció que había aguardado con el alma en vilo a que aceptase a Izia como una parte de él.

A punto de pedirle que se la describiese, se interrumpió al sonido amortiguado del celular de Kovać, que lo tomó de la mesa de noche y lo sacó de la funda.

—Atento —advirtió La Diana—, recuerda que el *Oslobođenje* ya está a la venta. Podría ser alguien por el anuncio del Jaguar.

—No, es Ivo —anunció con la vista en la pantalla—. Lo atenderé en el comedor —dijo, y abandonó la cama.

Solo llevaba puestos unos bóxers blancos, y por primera vez La Diana le admiró el cuerpo de deportista del que había sospechado, las piernas velludas, delgadas y de músculos firmes, y la espalda de hombros anchos cubierta por el cabello largo y negrísimo. La asaltó un deseo que, cuando él desapareció en el corredor, la mantuvo tumbada en la cama, con la vista clavada en el cielorraso y las palpitaciones elevadas.

Se dio cuenta de que, como acababan de encender la calefacción, el ambiente aún estaba frío. Se levantó, se puso los *jeans* y tomó una manta del placard. Encontró a Kovać sentado a la mesa, sobre la cual apoyaba el codo; descansaba la frente en la mano. Lo cubrió y se marchó; no quería que creyese que se valía de triquiñuelas para oír la conversación. Pero al llegar al corredor la curiosidad la detuvo y se quedó quieta, prendada de su voz ronca y susurrada.

—El padre Boro está volviéndote loco, ¿verdad? Lo imaginé —dijo tras una pausa—. No es verdad —expresó sin alzar el tono ni alterarse—. No me desentendí de mis obligaciones. Dejé todo arreglado con el padre Stefan y con el padre Dimitris. Son buenos amigos y se harán cargo de mis servicios y de mis otras responsabilidades hasta que llegue mi reemplazo. Lo único en lo que tendrá que cubrirme el padre Boro será en la conferencia de arte sacro y cultura bizantina que iba a dar en el Museo Histórico el mes que viene. Lamentablemente ni Stefan ni Dimitris manejan el tema muy bien. Le ofrecí a Boro dar igualmente la conferencia, pero me soltó que un sacrílego como yo no podía representar a la Iglesia Ortodoxa sin desacreditarla. Igualmente, le dejé mis apuntes. —Calló de pronto y retomó la palabra segundos después—. Sí, hay una mujer involucrada. —Sobrevino un silencio que duró poco—. La amo, Ivo, ¿puedes entender lo que eso significa para mí? —Otra pausa—. Sí, es verdad, acabo de conocerla, pero la certeza que tengo no cambiará con el paso del tiempo. —Rio por lo bajo y sacudió la cabeza con aire paciente—. Te lo dijo Goga, ¿verdad? Ella cree que esto es una simple infatuación porque Diana es muy bonita, y lamento que tenga tan pobre opinión de mí. —Evidentemente el padre Ivo comentó algo que lo afectó pues se irguió en la silla y frunció el entrecejo—. No las abandonaré, ni a ella ni a Zaína, son mi familia y tú lo sabes. —Siguió una nueva pausa—. ¿Irme a vivir a Londres con Diana? Ivo, no tengo idea de qué haremos. Diana y yo no hemos hablado al respecto, pero ella es mi vida ahora y todo gira en torno a lo que ella quiere y desea. —En el siguiente mutismo se le tensaron aún más las facciones—. Es una gran mujer, ya lo juzgarás tú mismo cuando la conozcas. Ha sufrido mucho, igual que yo, y nuestras almas se reconocieron no más vernos. ¿Qué más te ha dicho el padre Boro? —preguntó deprisa, con la clara intención de finalizar

el tema de su relación con una mujer—. De seguro ya le contó al patriarca Pavle. — Se mostró muy atento mientras el padre Ivo hablaba—. Sé que me he salteado todas las reglas, y no me arrepiento. Permanecer en la Transfiguración sintiéndome como me siento lo juzgué una hipocresía, y estoy harto de fingir. ¿Estás cuidándote? ¿Qué tal resultó la crema que te envié? ¿Se curaron las escaras?

Se dio cuenta de que la conversación estaba llegando a su fin por lo que regresó al dormitorio con el corazón desbocado y una sonrisa que le duró mientras hacía la cama y ponía un poco de orden, e incluso después, en tanto se higienizaba en el baño y en su mente se repetían las palabras que él le había dicho al padre Ivo. La seguridad de Kovać acerca de ellos y del futuro la tenía perpleja, desorientada, aunque halagada y feliz. Su seguridad se presentaba como una estructura sólida que la atraía, la seducía. Ansiaba refugiarse en ella y olvidarse de todo.

Salió del baño y se lo topó en el corredor. Él la levantó en el aire y ella le rodeó el cuello con los brazos. La manta cayó a sus pies.

—¿Por qué mi amor vale más a causa de los miedos y de las cicatrices?

—Porque sé cuánto luchas contra tus demonios por mí, por nuestro amor. Y eso me hace amarte de un modo que no creí que se podía. No sabía que se podía amar a otro ser humano de este modo. Es decir, lo había leído en poemas y novelas, pero creía que era una exageración, parte del mundo de la ficción.

—¿De qué modo?

—A primera vista y de manera tan contundente, sin condiciones, sin preguntas, sin importar el pasado ni si hace dos años o dos días que te conozco. Te amo ciegamente —dijo con risa en la voz y giró con ella entre sus brazos—. Locamente. Eternamente. Sinceramente.

—Felizmente.

—Muy felizmente.

Los pies de La Diana tocaron el suelo y Kovać se apoderó de sus labios y la encerró contra la pared para profundizar el beso. Su boca abandonó la de ella y se arrastró por la mejilla provocándole escalofríos a causa de la barba. Terminó con la nariz clavada en su cuello, mientras tomaba inspiraciones del Organza con el que acababa de perfumarse.

—Tu piel es tan perfecta. Tan suave. Y este perfume... Nunca había prestado atención a los perfumes hasta que olí el tuyo.

—Me encantas, Lazar. Eres tan hermoso. —Lo obligó a mirarla—. Quiero que sepas que jamás un hombre, ni siquiera antes de la guerra cuando era una chica normal, me causó la impresión que tú me causaste la primera vez que te vi. Te deseo de un modo desmesurado, y esta es una novedad que me tiene aturdida y feliz al mismo tiempo.

—¿Te gusto con esta barba y este pelo?

—Me fascinan tu barba y tu pelo.

—Amor mío... —Se quedó mirándola como solía hacer cuando se perdía en sus cavilaciones y los ojos la recorrían con intensidad—. ¿Sabes qué es lo único que lamento? —dijo él luego de ese rato en silencio.

—¿Qué?

—No haberte conocido antes.

—Tenemos que recuperar el tiempo perdido —propuso ella, exultante, divertida—. Quiero saber todo de ti, Lazar Kovać, todo, desde tu comida favorita hasta tu sitio preferido en el mundo.

—Tú —dijo, y volvió a pegar la nariz en su cuello—. Tú eres mi lugar preferido. Donde sea que tú estés, ese es mi lugar, Diana. —Debió de advertir que se le había nublado la vista pues se inclinó y esperó a que ella bajase los párpados para besárselos, y después le barrió las lágrimas con los pulgares—. Quiero que conozcas a alguien muy especial para mí. Se trata de Darko, un niño que...

—Sí —dijo, y carraspeó para aclarar la voz—, sé quién es Darko. Bosa y Goga me hablaron de él. Es importante para ti, ¿verdad? —Kovać asintió—. No soy buena con los niños, Lazar. Mi fobia empeora cuando hay un niño cerca, pero con Darko lo intentaré. Por ti.

—Gracias, amor mío.

—¿Hoy no tienes clases?

—Hoy no. El viernes sí. Ahora tendré que aumentar mis horas cátedra —comentó, y le guiñó un ojo, lo que la hizo reír.

La Diana marchó a la cocina para preparar el desayuno mientras Kovać entraba en el baño. Sacó de la heladera los recipientes que Viki le había dado el día anterior y los destapó para descubrir qué contenían. Kovać se presentó en la sala con el pulóver que ya le conocía, el de cuello alto color marfil, unos *jeans* negros ajustados y con el pelo recogido en el clásico rodete, y La Diana lo siguió con la mirada como si se tratase de una aparición. Él se ubicó en una banqueta del otro lado del pasaplato y tamborileó los dedos sobre la madera, tan feliz y distendido que el corazón se le arrebujó en el pecho.

—Qué buen aroma a café —comentó, y se incorporó para curiosear los recipientes.

—¿Lazar? Tal vez Goga y Bosa se enojen conmigo por decirte esto.

—¿Qué? Tú puedes decirme lo que quieras.

—Ayer, mientras almorzábamos, Bosa nos contó que el padre de Darko, un tal...

—Radovan Borenovic —completó él—. ¿Qué pasa con ese hijo de puta?

—Está libre.

—*Jebati!* —masculló entre dientes—. Discúlpame.

—No te disculpes. Goga y Bosa estaban igualmente enojadas. Me contaron que fue un costoso abogado de Belgrado el que consiguió sacarlo bajo fianza.

—Se protegen entre ellos. Miserables desgraciados. No me extrañaría que hubiese sido Ilić el que costó el abogado.

—Me hablaron también de tu proyecto —comentó de prisa para alejarlo del recuerdo del magnate serbio—, del hospicio para niños abusados que te gustaría fundar. Un proyecto maravilloso.

—No es un proyecto, amor. Es apenas un sueño.

—Matilde asegura que solo basta soñar para que los sueños se cumplan.

—Cada vez me gusta más tu amiga, amor.

—¿Podrías compartirlo conmigo? Tu sueño —se explicó—. Me gustaría que fuese mío también.

Kovać extendió las manos a través del pasaplatos y La Diana se apresuró a entrelazar los dedos con los de él.

—Todo lo mío es tuyo, Diana. No tengo nada, amor. No soy nadie, pero lo poco que soy es para ti.

«Lo eres todo, Lazar», le habría confesado. «Lo eres todo para mí».

Después del desayuno y mientras Kovać hablaba por teléfono con Bosa Dretar —quería que lo recibiese para hablar de Radovan Borenovic—, La Diana extrajo de la mochila el artículo de *The London Times* que había impreso el día anterior. Se lo entregó apenas Kovać terminó la llamada. Por la velocidad con que sus ojos avanzaban sobre el texto, La Diana confirmó lo que había supuesto días atrás, que tenía un gran dominio del inglés.

—¿Es posible? —masculló, atónito.

—Ayer recordé esto que leí a principios de noviembre y lo relacioné con la historia de Azem. ¿Crees que el artículo habla de tu hermano Azem?

—Creo que sí. —La Diana soltó una exclamación cuando Kovać la despegó del suelo y la hizo dar vueltas—. Solo has traído cosas buenas a mi vida, Diana.

—¿Son esos los nombres de los padres de Azem?

—Sí, Alma y Hamid. —La depositó en el suelo y se llevó las manos a la cabeza con el artículo arrugado en la izquierda; inspiró profundamente en el acto de calmarse—. Pero no podemos decir nada antes de confirmar la cuestión. Tenemos que ser muy prudentes. Hablaré con Bosa.

—¿Cómo es posible que sus padres no hayan dado con Azem? Por lo que se desprende del artículo, Alma y Hamid recurrieron a Defensores de los Derechos Humanos.

—Eso no basta. Este país ha sido y sigue siendo un caos. Después de cinco años desde los Acuerdos de Dayton todavía tratamos de organizarnos y de darle una pátina de país civilizado a esto que no es un país sino dos, la Republika Srpska y la Federación. Una gran farsa. En medio de este desbarajuste que ya parece crónico, crear bases de datos confiables para encontrar a familiares perdidos durante la guerra ha sido el gran desafío que todavía nadie ha podido llevar a buen puerto. —Se calló de repente y la contempló con una sonrisa apacible; alzó la mano y le quitó un mechón del rostro—. Hasta que llegaste tú, Diana, amor de mi vida, y echaste luz en la oscuridad.

En lo de Bosa Dretar, la fiscal los recibió de pie detrás de su escritorio con una mueca seria.

—¿Quién es en verdad tu amiga, Lazar? —preguntó, y señaló a La Diana con el mentón—. Acaba de llamarme el propio Klein para preguntarme si la traté bien ayer. No solo me llamó él directamente para que le concediese la entrevista sino que ahora me pide que le rinda cuentas.

—Su interés no es por mí sino por mi tío abuelo, que es muy influyente. De hecho, él hizo las gestiones para que me recibieras.

—¿Te traté bien? —dijo, y elevó una ceja.

La Diana rio apenas y asintió.

—¿Podemos sentarnos? —preguntó Kovać con aire impaciente, y la fiscal extendió la mano para señalar las butacas.

No bien se pusieron a hablar del caso de Radovan Borenovic sonó el celular de La Diana. Era Bruce McLeod. Se levantó y, tras un gesto a Kovać, abandonó el despacho para tomar la llamada en el corredor de la fiscalía.

—¿Cómo va todo?

—Bien. Ya di con nuestro objetivo. Anoche, cuando entró en la pensión y lo abordamos, trató de huir. Creyó que íbamos a hacerle daño. Escapó de su ciudad con los enemigos pisándole los talones, por lo que está muerto de miedo. Lo sacaremos de aquí. Si el investigador privado supo hallarlo en este sitio, nuestros enemigos también lo harán y vendrán a buscarlo. Lo llevaré donde tú ya sabes. —La Diana conjeturó que se refería a Glendale.

—¿Cómo lo convenciste de que eres amigo y no enemigo?

—Le dije que era *tu* amigo, y le referí su visita a tu hotel aquel día. Se convenció cuando le mostré la llave. Sigue alerta y difidente porque no entiende por qué no eres tú quien lo ha abordado sino yo, un completo desconocido, pero se lo ve quebrado y cansando, y es muy joven. No sabe qué hacer. Lo metieron en un gran lío.

—¿Tiene en su poder lo que tanto buscamos?

—No. Pero ya me dijo dónde lo escondió. Me ocuparé de recuperarlo luego de haberlo puesto a salvo.

—¿Cómo fue que terminó inmiscuido en este asunto?

—El día en que su cuñada y tú se conocieron, ella la llamó y le pidió que pasase a buscar algo luego del trabajo. Así lo hizo, pasó por la casa de su hermano y se llevó lo que su cuñada le entregó después de explicarle que tenía que esconderlo. Es el paquete que hemos estado buscando —aclaró Bruce innecesariamente—. Pues bien, lo ocultó. Horas más tarde, un amigo de su hermano llamó para avisarle que él y su cuñada habían muerto. No se lo pensó dos veces y se dio a la fuga.

—Comprendo.

—Excelente juicio y sentido de la supervivencia —bromeó McLeod—. Creo que no estaría vivo si no hubiese actuado tan rápidamente.

—Sí, es lo más probable, estaría muerto. Mantenme al tanto, Bruce.

Habría deseado preguntarle otras cosas, como si Alexandra Buunk sabía qué contenía el video o si simplemente su hermano y Carrie le habían pedido que lo salvaguardara. Pero mencionar temas sensibles en teléfonos móviles, por muy prepagados que fuesen, conllevaba un riesgo que no correría. Aprovechó y llamó a Callum Duncan.

—Querida, ¿cómo estás?

—Bien, aunque las investigaciones están estancadas. Nuestra única esperanza es el informante. Esperamos que dé la cara de un momento a otro. La cuestión más importante que impide que las cosas se muevan es que el cargo que ocupaba Richard Tomkins sigue vacante, mejor dicho, está en manos de un títere de la Baywatcher. Temen que cuando se haga el nombramiento definitivo lo ocupe un inoperante o un corrupto. ¿Hay algo que puedas hacer al respecto?

—Lo intentaré.

—¿Alguna novedad sobre el muerto que camina? —preguntó, refiriéndose a Debeli.

—Nada. Mis contactos en la Europol y en la Interpol me aseguran que se ha dado curso al pedido de captura, pero hasta el momento nada. Apenas sepa algo te avisaré.

—¿Cómo está mi amiga? —preguntó, y Duncan sabía que aludía a Charlotte.

—Inmejorable. Desde que el médico le cambió las drogas, el avance es increíble. Las que le suministraban le provocaban un efecto adverso; la atontaban. En este momento, ya está instalada en mi despacho, pintando. Le ha mejorado el habla, la motricidad y comienza a despejarse la memoria. La fisioterapeuta está haciendo también un gran trabajo. Tenemos fe en que pueda abandonar definitivamente la silla de ruedas.

—Gracias. No sabes cuánto aprecio tu ayuda. En todo. Un último favor.

—El que desees.

—¿Podrías investigar a un periodista que escribe para *The London Times*? Te pasaré su nombre por la casilla de correo y también adjuntaré uno de sus artículos. Cuando lo leas, entenderás por qué te lo pido. Creo que si política o judicialmente no podemos hacer nada con la cuestión del tráfico de personas, la prensa podría sernos útil.

—Me parece una excelente idea. Esperaré tu mensaje.

Regresó al despacho, donde Bosa Dretar leía el artículo de Albert Coleman. La fiscal alzó la mirada y alternó vistazos entre La Diana y Kovać.

—¿Crees que habla de Azem Behmen?

—Sí, lo creo.

—El periodista podría haber usado nombres falsos tanto para el hijo como para los padres —argumentó Bosa.

—Sí, podría —concedió Kovać—, pero ¿cuáles son las probabilidades de que haya acertado con el nombre de los dos padres, Alma y Hamid, y del hijo?

—Sí —contestó Bosa—, sería *demasiada* casualidad.

—Ya —replicó Kovać—, demasiada. Quiero escribirle al periodista como vicepresidente de Duga Sarajevo y pedirle una entrevista telefónica.

—Lo haré yo como la fiscal que lleva adelante la investigación del caso de secuestro de Azem. —Bosa Dretar anotó la casilla de correo que figuraba en el encabezado del artículo y devolvió la hoja a Kovać—. Me pregunto dónde habrán radicado la denuncia por la desaparición de su hijo. —Dirigió la vista hacia La Diana y masculló—: Gracias. Me dijo Laza que has sido tú la que le proveyó el artículo.

—También acabo de pedirle a mi tío abuelo que investigue al periodista, a Albert Coleman. Se me ocurrió que si resulta ser un tipo confiable y profesional podríamos usarlo para iniciar una campaña de desprestigio de la ONU y de la OTAN por lo del tráfico de personas en los Balcanes. Creo que dentro de muy poco nos haremos con el video que obtuvo el novio de Carrie en Camp Comanche y también con los legajos, los que la Baywatcher habría eliminado si ella no se los hubiese robado. Con esas pruebas y una campaña de prensa bien orquestada podemos hacer que las cosas cambien. Sin el reporte de los periodistas ingleses Ed Vulliamy y Penny Marshall, el mundo jamás se habría enterado de lo que los serbios nos hacían en sus campos de concentración. Las entrevistas, los videos y las fotos que publicaron sirvieron para que muchas ONG empezasen a presionar para entrar en los campos.

Hubo un momento de silencio en el que Kovać extendió la mano bajo el escritorio y sostuvo la de La Diana.

—No es una mala idea —dijo Bosa Dretar—. Sin un escándalo de proporciones internacionales el *statu quo* se mantendrá como hasta ahora, es decir, nosotros luchando sin mayores resultados y los traficantes llenándose los bolsillos. Hay que armar un escándalo porque lo que aquí está sucediendo es escandaloso.

—Ayer por la noche —comentó Kovać—, mientras nos dirigíamos a lo de Brano por la M17, vi tres publicidades nuevas de bares y clubes. No estaban la última vez que fui a Ilidža. Las escrituras eran en inglés y tenían ilustraciones de chicas jóvenes y *sexies*.

—No lo dudes —confirmó la fiscal—, son todos recintos que se nutren del tráfico. Enviaré a alguien de confianza para que recoja la información de la M17 e iniciaré una investigación.

—Planeaba visitarlos yo también —comentó Kovać— para repartir folletos de Duga Sarajevo.

La Diana se tensó y le apretó la mano que todavía él le sostenía bajo el escritorio. Kovać le dirigió una mirada fugaz, que desvió enseguida cuando Bosa Dretar preguntó:

—¿Cuándo podré interrogar a Svetlana?

—Creo que lo mejor sería que lo consultases con Danilo.

—Y de Nuur, ¿qué puedes decirme?

—No quiere hablar. Está aterrada. Pero ahora que he abandonado la Iglesia — anunció, y Dretar no pareció asombrarse—, contaré con más tiempo para tratarla.

—¿Lo dices así, que has abandonado la Iglesia, como si me refirieses las condiciones del tiempo? —le reclamó.

—¿Y cómo debo decírtelo? —preguntó Kovać, con acento divertido.

—Bueno, no lo sé. Es que se trata de una noticia... inesperada.

La desilusión de la fiscal era tan evidente como el lápiz labial de un rojo furioso con que se había maquillado esa mañana. Tal vez, meditó La Diana, había esperado el anuncio durante años, solo que con la butaca que ella ocupaba en ese momento vacía.

* * *

Apenas salieron del edificio de la fiscalía, Kovać atendió la llamada de un interesado en el Jaguar. Lo despachó en pocos segundos diciéndole que la venta se había suspendido. La Diana verificó que Kovać devolviese el celular a la funda antirrastreo y columbró los alrededores para verificar que no hubiese vehículos ni personas sospechosas.

Recorrieron de la mano la calle comercial Ferhadija, y aunque el frío era intenso ellos no parecían notarlos. La Diana se percataba de las miradas codiciosas que las mujeres lanzaban al barbudo alto que la acompañaba, pero también de la absoluta indiferencia con que Kovać las recibía. Se acordó de la nota mental que había hecho el día anterior, y apenas vio un negocio de ropa para hombres le pidió que entrasen. Compró un par de guantes de cuero de venado azul marino, forrados con piel de nutria. Kovać se la quedó mirando cuando le entregó el paquete.

—Para ti —dijo.

—¿Para mí? Creí que los comprabas para tu hermano o para Al-Saud.

—Tú eres mi prioridad ahora, Lazar. Anda, pónelos. Hace varios grados bajo cero. No sé cómo toleras el frío en las manos.

Kovać se los puso.

—Gracias, amor mío. Son estupendos. Gracias.

De camino al Bašćaršija, La Diana hizo un alto en un locutorio y empleó una de las computadoras para enviar a Callum Duncan el nombre del periodista y el enlace con el artículo publicado en *The London Times*. Pocos metros después, entró en una farmacia y compró una crema con vitamina A, que luego, cuando se sentaron a tomar una *bosanska kafa* en el bar Miris Dunja, masajearon las manos de Kovać en tanto esperaban que les trajesen el aromático café bosnio. La Diana alzaba la vista y se topaba con la de él, y había tanto amor y gratitud en sus ojos que ella solo podía pensar en que deseaba que la contemplase con esa dulzura la vida entera.

—Eres muy maternal —lo escuchó decir—. Tienes el instinto desarrollado.

—No, en absoluto. Solo soy de este modo contigo —contestó sin mirarlo, y agradeció que el celular de él volviese a sonar.

Durante el tiempo que estuvieron en Miris Dunja, Kovać se lo pasó hablando por teléfono, y La Diana se preguntaba de qué valía la funda; para ese momento, si alguien había estado rastreándolo, ya sabía dónde encontrarlo. Lo llamaron varias feligresas que se habían enterado por el padre Boro de su renuncia. La Diana lo estudiaba mientras él les respondía con paciencia y caía en ese gesto usual, el de atusarse las puntas de la barba y del bigote. También llamaron tres interesados en el Jaguar, que recibieron la misma respuesta del primero.

Cerca del mediodía, Kovać consultó el reloj y se puso de pie.

—Vamos —dijo, y echó unos billetes sobre la mesa.

—¿Adónde?

—Quiero que conozcas a Darko. Iremos a buscarlo a la salida de la escuela. Estábamos haciendo tiempo hasta que se hiciese la hora. Será una gran sorpresa. Estoy ansioso por que lo conozcas.

La Diana marchó en silencio en tanto meditaba que Darko era para Kovać más importante de lo que había supuesto. Y a juzgar por la alegría que iluminó el rostro del pequeño al descubrirlo a la salida de la escuela, Kovać era una de sus personas favoritas. Corrió a sus brazos y rio cuando lo hizo dar vueltas en el aire, y su risa era tan pura y cristalina, tan sincera y feliz, que La Diana rio a su vez con la emoción alojada en la garganta. La felicidad de Kovać también resultaba contagiosa, y lo que había conjeturado de camino a la escuela, que ese niño era importante para él, se confirmó cuando lo vio apretarlo contra su pecho y llenarlo de besos.

—¡Me haces cosquillas con la barba! —se quejó Darko entre carcajadas, lo que propició que Kovać detuviese los arrumacos.

El niño se acunó la boca con las manos y le habló al oído. Kovać sonrió y asintió. Besó al pequeño en la frente y lo depositó en el suelo. Darko corrió hacia dos compañeros que salían de la escuela en ese momento y les anunció a gritos:

—¡Boki! ¡Mito! ¡Él es mi papá! Se llama Lazar.

La Diana recogió la mochila de Darko y se aproximó a Kovać mientras el niño seguía hablando con los compañeros.

—¿Te pidió permiso para presentarte como su papá? —Kovać asintió siempre con la vista fija en el pequeño y la sonrisa imperturbable—. Él es más que importante para ti, ¿verdad?

Kovać desvió la mirada para dirigirla hacia ella.

—En este momento estoy con las dos personas que más amo, tú y Dare. Sí, amor, él es más que importante para mí.

—¿Más que Azem, más que tus sobrinos?

—Amo a Azem como si fuese mi hermano menor. Y amo a los hijos de mis hermanos. Pero Dare es distinto. A lo largo de este tiempo, Duga Sarajevo ha ayudado a rescatar a varios niños de las garras de la pedofilia. Los he conocido y

querido a todos. Con casi todos mantengo una amistad. Pero Darko... Apenas lo vi el día en que fuimos con la policía a buscarlo a su casa se apoderó de mí una necesidad de protegerlo, de salvarlo de todo mal, de mostrarle que en el mundo hay gente que jamás le haría daño. Lo amé, Diana.

—¿Como si fuese tu hijo? —se atrevió a preguntar.

—Nunca he tenido hijos, pero creo que sí, que lo amo como un padre ama a un hijo. O al menos como debería amarlo —acotó, y una sombra le cambió el semblante al devolver su atención al pequeño—. Al menos yo nunca tuve duda del amor de mi padre. Dare, en cambio... —Se interrumpió cuando Darko corrió hacia ellos y se abrazó a sus piernas.

—Hoy no es domingo. ¿Por qué has venido?

—Porque quería presentarte a una persona muy especial para mí, y quería que ella te conociese a ti, que también eres muy especial para mí. Dare —dijo, y lo obligó a apartarse y a darse la vuelta—, ella es Diana.

—Hola, Darko. Tenía muchas ganas de conocerte.

—Hola —masculló, de pronto tímido, o quizá celoso, La Diana no habría sabido discernir, y se sintió mezquina y rota al experimentar alivio por que el pequeño no se mostrase proclive a tocarla.

En ese momento los abordó una joven que acababa de salir de la escuela y que avanzaba con cinco niños de variadas edades detrás de ella.

—Padre Lazar, ¡qué sorpresa! —exclamó.

—Hola, Giša. He venido a buscar a Dare para invitarlo a almorzar. Lo llevaré de regreso por la tarde.

—¿Usted le hará hacer los deberes?

—Sí, yo me ocuparé.

—¿Te permiten llevártelo? —se sorprendió La Diana una vez que la muchacha se hubo alejado.

—Por orden del juez, Goga y yo somos dos de las cuatro personas con autorización para retirarlo de la escuela. Las otras son Giša, que es empleada del orfanato, y la directora.

Darko, que se había alejado para despedir a Boki y a Mito, retornó y volvió a abrazarse a Kovać.

—¿Qué te gustaría comer?

—¡Ćevapi con papas fritas!

—¡Conozco el mejor lugar!

Kovać se colgó la mochila de Darko al hombro y lo tomó de la mano. Caminaron en dirección a la cuadra siguiente, donde habían estacionado la camioneta. Kovać interrogaba al pequeño acerca de cuestiones escolares, de las que estaba muy al tanto, y Darko le respondía, solícito y contento. La Diana estaba encariñándose con su vocecita y su risa, que Kovać provocaba a menudo con frases ocurrentes. El miedo y

la incomodidad iniciales iban disolviéndose y en su lugar quedaba una sensación cálida.

A Darko, la Nissan Patrol le generó un desconcierto mezclado con admiración que se delató en la mueca de ojos muy abiertos. Kovać lo ubicó en el asiento trasero y le ajustó el cinturón. El niño le echó los bracitos al cuello y lo besó y lo mantuvo pegado a él durante unos segundos en los que Kovać le habló al oído y La Diana no consiguió escuchar qué le decía. La escena le inspiró una tristeza profunda.

—¿Qué te dijo? —preguntó La Diana en inglés apenas se ubicó al volante.

—Que si podía venir a buscarlo todos los días y después llevarlo a dormir a mi casa —contestó Kovać en el mismo idioma, sin mirarla y mientras encendía el motor.

La Diana, que habría querido interrogarlo acerca de la respuesta que le había dado, calló cuando Darko preguntó, asombrado:

—¿Sabes conducir, Laza?

—¿Si sé conducir? —fingió ofenderse—. ¡Nadie conduce mejor que yo! —proclamó, y la risa del niño invadió el habitáculo—. Podría haber sido el gran campeón de Fórmula Uno.

—¿Qué es eso?

La conversación versó sobre automóviles, competencias, habilidades y promesas que implicaban un futuro en el que Kovać y Darko estarían juntos. La Diana echaba vistazos hacia la parte posterior y hacia el conductor, y llegaba a la conclusión de que en el poco tiempo que conocía a Lazar Kovać nunca lo había visto tan feliz.

El mejor lugar para comer *ćevapi* resultó ser el bar que tanto había significado para ellos. Las muchachas soltaron un grito al verlo ingresar, e incluso las que estaban tras la barra salieron para dar la bienvenida al padre Lazar. Le hablaron a coro para interrogarlo acerca de los chismes del barrio que aseguraban que había colgado los hábitos. Al descubrir a La Diana a un par de metros, las chicas le lanzaron vistazos entre poco amigables y curiosos.

—Les presento a Diana —dijo Kovać con aire divertido—, aunque ya la conocieron el lunes pasado. Y él es Darko, que ha venido por el mejor *ćevapi* de Sarajevo.

—¡Pues estás en el lugar correcto, Darko! —exclamó Admir, y los guio a la mesa de costumbre.

Kovać se ocupó de desabrigar a Darko y de acomodar la ropa en una silla; en tanto le preguntaba por otros niños, seguramente compañeros de la escuela o del orfanato. Le mostró los guantes nuevos, que el niño se probó y usó para aplaudir. Se alejaron de la mano; iban al baño, y La Diana oyó cuando Kovać le advertía que jamás fuese a un baño público sin la compañía de un adulto de confianza.

—¿Con Diana puedo ir? —preguntó Darko.

—Con ella puedes ir a cualquier parte. Diana y yo somos la misma cosa.

Al regresar, Darko se sentó frente a ella y le rehuía la mirada. Aprovechó para estudiarlo. Se dio cuenta de que le costaba apartar la vista de su rostro de facciones

delicadas, y se dijo que bien podría haber pasado por hijo de Kovać. Tenía unos ojos negros almendrados y muy expresivos, una boca rolliza y un mentón pequeño aunque bien delineado. El cabello oscuro y rizado le caía sobre una frente amplia de la cual nacía una nariz larga y delgada que con el tiempo le donaría un rasgo muy varonil.

La camarera se acercó con las bebidas, y Kovać ordenó tres *ćevapi*, dos completos y uno con papas fritas.

—Admira, por favor, cuida que el *ćevapi* de Dare esté muy bien cocido.

—Descuida, Laza —dijo, y le guiñó un ojo.

—¿Por qué debe estar muy bien cocido? —se interesó La Diana.

—Por la *Escherichia coli*, una bacteria que a los adultos no nos provoca nada y que para los niños puede ser letal. Está en la carne, sobre todo en la molida. —Con una sonrisa, añadió—: Son cosas que se aprenden cuando hay niños pequeños en la familia.

En su familia, pensó, había niños pequeños, solo que ella no conocía nada de esa sabiduría propia de las madres. Kovać y Darko comían y conversaban, y ella confirmaba lo que había notado en otras ocasiones, lo fácil que le resultaba al exsacerdote comunicarse con los demás, de la edad que fuesen. Su admiración crecía con cada minuto que transcurría junto a ese hombre.

Terminaron de comer y se pusieron a hacer los deberes, y saltó a la vista que, si bien tenía siete años, Darko casi no sabía leer ni escribir, tal vez como consecuencia del horror que le había tocado padecer. Kovać le tenía una paciencia infinita y lo calmaba con palabras susurradas y besos en la frente cuando el niño se frustraba porque no le salía una suma o no trazaba bien un número o una letra.

—¿Estás aburriéndote, amor? —se preocupó Kovać.

—En absoluto —contestó La Diana—. Me fascina observarlos —aseguró, y estiró la mano a través de la mesa, y Kovać le salió al encuentro para estrechársela.

Darko, que pintaba en silencio, detuvo la tarea y alzó apenas las pestañas para atisbar el intercambio.

—¿Por qué le das la mano, Laza?

—Porque la amo.

—¿Es tu novia?

—Yo la siento mi novia, sí —dijo con la vista fija en La Diana, que se puso colorada como una adolescente—. Oye, Dare —lo llamó de pronto Kovać con acento alegre—, ¿qué dirías si me quitase la barba y me cortase el pelo?

Darko lo contempló con un ceño y, tras unos segundos de reflexión, dijo:

—No me harías cosquillas si me besases.

Sonó el celular de Kovać, que lo atendió distraído mientras reía con la ocurrencia del pequeño. Se envaró en la silla y su semblante se tornó sombrío, y La Diana supo que acababan de susurrarle la contraseña: «Ese Jaguar jamás se fabricó en color ocre». Se puso de pie y se alejó, y cuando Darko se dispuso a seguirlo, La Diana lo distrajo al preguntarle:

—¿Quieres que después de hacer los deberes vayamos a una juguetería? Me gustaría comprarte un regalo.

—¿A mí también me vas a hacer un regalo, como los guantes de Laza?

—Sí, a ti también —dijo, sonriendo—, pero en lugar de guantes te compraré un juguete.

—¿Por qué? —quiso saber con una suspicacia que la tomó por sorpresa.

—Porque te has portado muy bien y estás completando la tarea de manera impecable.

—¿Qué quiere decir impecable?

—Sin error, sin equivocaciones, sin falla.

—Pero me equivoqué muchas veces —la contradijo, aún difidente—. Laza tuvo que borrar un montón.

—Pero te esforzaste en hacerlo de nuevo y en hacerlo bien, ¿no es así?

—Ah, bueno, entonces sí quiero que me compres un regalo.

—¿Qué te gustaría que te comprase?

—No sé.

Kovać los halló dirimiendo acerca de las distintas alternativas.

—¡Diana va a comprarme un juguete!

—¿De veras?

—Sí. Dice que es porque estoy haciendo muy bien la tarea. ¿Verdad, Diana?

—Así es.

—Terminemos rápido —solicitó el niño—. Quiero ir a la juguetería.

Intercambiaron una mirada en la que La Diana le dio a entender que sabía quién lo había llamado. Decidieron partir. Kovać se ocupó de devolver los cuadernos y los lápices a la mochila. Ella liquidó la cuenta y se marcharon tras promesas de regresar pronto. Apenas salieron a la calle, Kovać intentó devolverle el dinero por el almuerzo.

—Por favor —insistió con una mirada de súplica.

—Eres un fiasco, Lazar Kovać. Proclamas ser un hombre de avanzada cuando en verdad te rigen los viejos mandatos patriarcales.

—¿Eso crees de mí?

—Sí, eso creo de ti —contestó, y lo besó en la boca, ahí, delante de la ventana del bar y de Darko—. Eso y mucho más. Todas cosas buenas.

—Te amo —susurró él, y se echó a reír al descubrir la mirada inquisitiva y ceñuda que les lanzaba Darko.

Hallaron una modesta juguetería sobre la avenida Maršala Tita, y La Diana evocó Hamleys, la tienda en Regent Street con varios pisos repletos de juguetes, y deseó que Darko algún día la conociese. Si ese pequeño y mal surtido negocio le causaba tal regocijo, le costaba imaginar lo que le habría provocado la exuberancia de la juguetería londinense.

Compraron varios regalos porque Darko no solo pidió para él sino para sus amigos del orfanato con los que compartía la habitación. A La Diana le costaba ocultar la risa que le inspiraba la exaltación del niño, empeñado en llevar él mismo las bolsas hasta la camioneta.

—¿No tienes nada que decirle a Diana? —preguntó Kovać.

—Gracias, Diana —farfulló de pronto con timidez.

—De nada, Dare. Fue un placer.

—¿Por qué fue un placer?

—Porque me hizo feliz verte tan feliz en la juguetería.

La respuesta causó risa al pequeño, que contagió a los adultos. En el siguiente semáforo en rojo, Kovać le tomó la mano y se la besó, y mientras mantenía los labios sobre sus nudillos le dijo:

—Gracias. No sabes lo que esto significa para mí.

—Lo sé, por eso lo hice. Es hermoso verte feliz, Lazar.

Kovać disminuyó la velocidad en tanto se aproximaban al orfanato para buscar un sitio donde estacionar. Frenó de golpe en doble fila.

—*Jebati!* —insultó, con la vista fija en la entrada del hospicio—. *That's his father* —dijo en inglés para advertirle que el hombre que conversaba con Giša en la vereda era Radovan Borenovic.

Se trataba de un hombre de estatura media y fortachón, de esos acostumbrados a las tareas duras del campo, de la construcción o del puerto, con la piel curtida a causa de la exposición a los rigores del clima. La Diana echó un vistazo hacia la parte trasera y comprobó que Darko se entretenía con los muñecos de Lego.

—¿No debería ser información reservada dónde tienen al niño?

—Por supuesto que debería serlo.

—Espera, Lazar. No arranques aún.

La Diana extrajo de la mochila la cámara fotográfica digital provista por Al-Saud para que realizase la investigación solicitada por Defensores de los Derechos Humanos. Se ocupó de que el encuadre contuviese el frontispicio con el nombre del orfanato labrado en la piedra, Mariscal Tito, y las figuras de la empleada y del padre de Darko, que en ese momento extraía un sobre del interior de la chaqueta. Apretó varias veces el disparador mientras tomaba la secuencia completa de la entrega del sobre a la mujer.

—Excelente —farfulló Kovać, y se quitó el cinturón de seguridad—. Lleva la camioneta a la otra cuadra y espérame allí.

—Lazar, por favor, no te expongas.

—Haz lo que te digo, amor. —Se inclinó y le besó los labios—. Hazlo —la instó antes de descender del vehículo.

Gracias a los juguetes, Darko permanecía ajeno a la tragedia que se desarrollaba a unos metros. La Diana, incómoda porque no había tenido tiempo de echar el asiento hacia delante, se ubicó en el borde y arrancó despacio. Ajustó el espejo retrovisor,

donde vio el momento en que Borenovic advertía la presencia de Kovać y echaba a correr. No llegó muy lejos; Kovać lo derribó y comenzó a propinarle patadas y trompadas a la altura de los riñones.

Detuvo la camioneta en la esquina, a unos cincuenta metros del lugar de la pelea. No sabía qué hacer. Quería intervenir para evitar que lo asesinara y acabase en la cárcel, pero no se atrevía a dejar solo a Darko. Hizo marcha atrás a gran velocidad hasta colocarse a la altura del sitio donde tenía lugar la golpiza y clavó los frenos justo en el momento en que lo oía vociferar:

—¡Debería atarte una piedra al cuello y echarte al mar, como dicen las Escrituras, pederasta inmundo!

El niño alzó la vista y giró la cabeza hacia una y otra ventanilla; había advertido que algo sucedía. No obstante, y dado que Kovać mantenía a Borenovic tirado en la vereda, tras los automóviles estacionados, no podía darse cuenta de qué se trataba.

La Diana sonó varias veces la bocina. Kovać alzó la vista, y el padre de Darko aprovechó para empujarlo con el pie. Trastabilló hacia atrás y acabó contra el enrejado del hospicio. Borenovic se incorporó con una agilidad sorprendente y corrió hacia la esquina. Kovać hizo otro tanto, y cuando estaba por caerle encima por segunda vez, el hombre se lanzó dentro de un automóvil que lo aguardaba con la puerta del acompañante abierta. Arrancó haciendo chirriar los neumáticos y se alejó a gran velocidad.

Kovać regresó corriendo a la entrada del orfanato, donde Giša seguía paralizada, la cara una máscara de horror. La acorraló contra las rejas que rodeaban el jardín delantero del edificio.

—¡Pagarás caro esta traición, hija de puta!

Saltó dentro de la Nissan, y La Diana arrancó.

—¿Estás enojado, Laza? —preguntó Darko.

Kovać, sin volverse para no revelar lo agitado y perturbado que estaba, llevó la mano hacia atrás y le apretó la rodilla.

—Sí, cariño, estoy enojado, pero no contigo. Nunca contigo.

* * *

Después de llamar a Bosa Dretar, Kovać le indicó que se dirigiese hacia la fiscalía. Un rato más tarde, La Diana estacionaba cerca del ingreso. Kovać abrigó al niño y lo cargó dentro del edificio. Era cierto que la vereda estaba cubierta de nieve y que resultaba fácil resbalarse, pero ella sospechaba que el instinto paternal de Kovać y el amor que ese pequeño le inspiraba le impedían alejarlo de la protección que constituían sus brazos. Si bien no habían hablado durante el corto trayecto hacia los Tribunales, imaginaba cuáles eran sus intenciones.

Instalaron a Darko en el escritorio de la asistente de Bosa, una señora de unos cincuenta años, afable y sonriente, que saludó con familiaridad a Kovać y que enseguida se ocupó del niño, a quien conocía. Lo dejaron tranquilo, tomando un chocolate caliente y dibujando con rotuladores fluorescentes.

En el despacho de la fiscal Dretar, La Diana conoció a un Lazar Kovać que había entrevisto mientras lo veía moler a golpes a Borenovic y que en esa instancia desplegaba su rabia y exigía sus derechos con una fuerza que resultaba imparable, aun para la inflexible Bosa Dretar.

—¡Tienes un topo en esta fiscalía, Bosa!

—¿Y crees que no lo sé? Pero ¿qué puedo hacer? —preguntó, exasperada.

—¡Descubrirlo, eso es lo que debes hacer! Tenderle una emboscada. ¡Ni por un instante pienses que lo llevaré de nuevo a ese orfanato!

—Por supuesto que no volverá allí; el sitio está comprometido. Solo te pido que me dejes hacer mi trabajo. Tengo que moverme deprisa y dar aviso al juez. ¿Dices que Diana fotografió el momento en que la empleada recibía el sobre?

—Sí —intervino la susodicha, mientras extraía la cámara fotográfica.

—Dame el rollo para revelarlo. Lo necesito cuanto antes.

—No tiene rollo. Es una máquina digital.

—¿Qué es eso? —se pasmó la mujer, y La Diana se aproximó con cautela para enseñarle las fotos en la pantalla del aparato—. Qué atrasados estamos en este país.

—Sí —masculló Kovać, que se había apoltronado en una butaca—, *muy* atrasados.

—¿Cómo haré para mostrarle las fotos al juez?

—Puedo bajarlas al disco rígido de tu computadora y, desde allí, las imprimes o bien se las envías a su casilla.

Se pusieron manos a la obra, y en tanto La Diana se ocupaba de transferirle las fotografías y de indicarle que al pie figuraba la fecha y la hora, elementos clave para la investigación, Kovać abandonó el asiento y se paseó de un extremo al otro de la oficina.

—Quieres quedarte quieto, Laza —exigió la Dretar—, me pones nerviosa.

—Le estaba entregando dinero a Giša —masculló en la actitud de quien sigue la línea de sus pensamientos—. Ese campesino muerto de hambre estaba entregándole un sobre con dinero. ¿Quién se lo proveyó? ¿De dónde lo sacó?

—Laza, sabemos que estos pedófilos...

—Quiero que le pidas al juez que me dé la custodia de Darko —la interrumpió Kovać, y detuvo el ir y venir.

La Diana giró la cabeza para mirarlo. Le causó una fuerte impresión descubrirlo con las manos convertidas en puños a los costados del cuerpo y el mentón ligeramente elevado. De pie frente a la fiscal, la observaba con una clara actitud de desafío, y Bosa, que era una mujer alta, parecía disminuida en comparación. Sus ojos usualmente dulces habían adquirido una dureza que, lejos de asustarla, la atrajo.

—Eres un sacerdote, Laza, ¿de qué estás hablando?

—Ya no lo soy, y lo sabes.

—Para el juez seguirás siéndolo en tanto la Iglesia no emita la declaración que te reduce al estado laical.

—Entonces pídelas para Goga, y yo me haré cargo de él. —Los amigos se contendieron con la mirada—. No lo dejaré con extraños de nuevo, Bosa. Dare necesita un poco de paz. Y además de encarcelar a esa malparida de Giša, deberías suspender a la directora e intervenir el orfanato.

—¡No me digas cómo hacer mi trabajo, Lazar! —reaccionó la Dretar.

—No te lo diré, pero hazlo y hazlo bien. ¿Has terminado con las fotos? —se dirigió a La Diana.

—Sí —contestó, y le explicó brevemente a la fiscal en qué carpeta las había descargado.

—Estaremos aquí cerca —informó Kovać—, en el centro comercial, esperando tus noticias. Llámame apenas tengas novedades.

—Te llamaré cuando mi asistente termine de redactar la denuncia para que la firmes. —Kovać asintió sin hablar—. Y tendré que convocar a Goga —advirtió Bosa.

—Convócala. Haz lo que sea necesario, pero Darko se quedará con nosotros. —Estiró la mano hacia La Diana—. Vamos.

* * *

Pese a que eran las cinco de la tarde, la noche había caído en la ciudad de Sarajevo. Caminaban sin hablar por las veredas cubiertas de nieve. Kovać cargaba a Darko y miraba de continuo el entorno. La Diana hacía otro tanto, solo que ella, en lugar de buscar el rostro de Radovan Borenovic, buscaba automóviles sospechosos. En el centro comercial, se le ocurrió llevar a Darko a un negocio de ropa para niños pues juzgó inapropiadas las prendas que lo abrigaban. Le compró una campera de pluma de ganso, guantes de cuero forrados con piel de conejo, bufanda y gorra de lana haciendo juego. También adquirió varias mudas de ropa, calzoncillos, medias y un pijama; resultaba improbable que regresasen al orfanato a buscar sus cosas.

De salida del negocio, Darko, que todavía iba en brazos de Kovać, la sorprendió inclinándose hacia ella y aferrándola por el cuello para besarla. Por esa razón les temía a los niños, por su imprevisibilidad. Kovać reaccionó enseguida y lo apartó de ella, y La Diana descubrió el rostro, primero sorprendido, luego entristecido, del pequeño, y se culpó por causarle una desilusión a un inocente que tanto había sufrido. Kovać le explicaba al oído y Darko asentía con los ojos fijos en ella, que era incapaz de devolverle una sonrisa. Sentía la cara fría y los labios entumecidos. Los vio acercarse y se impuso permanecer quieta cuando el instinto le dictaba que echase a correr.

—Perdóname, Diana —susurró Darko con la vista baja—. No sabía que no podía tocarte.

—No me pidas perdón, Dare —consiguió articular—. Tú no tienes culpa de nada. El problema es mío.

—Gracias por los regalos. Los de la juguetería son los mejores, pero los de ahora también me gustan.

—Quería que estuvieses bien abrigado y que no te faltase ropa.

—¿Por qué Laza puede tocarte?

La Diana esbozó una sonrisa melancólica e inspiró profundo antes de expresar:

—No lo sé, Dare. Tú conoces a Lazar, él es distinto de los demás. Él es muy especial.

Darko se abrazó al cuello de Kovać y lo besó ruidosamente en el pómulo.

—Laza es el mejor de todos —declaró, y a La Diana la emocionó el intercambio de miradas amorosas entre esos dos, y enseguida se detestó por su incapacidad de tocar al niño que tanto significaba para Kovać, pero sobre todo la devastó saber que ella jamás recibiría una mirada como la que el niño acababa de destinarle al hombre que tan claramente habría deseado como padre.

Eligieron un bar con un pequeño salón de juegos. Ocuparon una mesa pegada al pelotero donde Darko saltaba y se sumergía entre las bolitas de colores. La Diana buscó la mano de Kovać sobre la mesa. Este se giró enseguida para mirarla.

—Perdóname —suplicó con acento quebrado—. Me tomó por sorpresa. Me quedé sin aire.

Kovać le besó la mano y le pasó la mejilla barbuda por los nudillos, una y otra vez, los ojos fijos en los de ella, y La Diana poco a poco fue relajándose y percibiendo que la tensión en el plexo solar cedía.

—Gracias por todo, amor mío —manifestó él—, por los regalos que le hiciste y por haberle dicho que no te pidiese perdón. Es importante para Dare saber que nada de lo malo que le ocurre es por su culpa. El padre empleaba la culpa para atormentarlo y manipularlo, como tan bien saben hacer esos psicópatas. Pero sobre todo, gracias por haber pensando en sacar las fotografías que sacaste. Sin ellas no sé si estaríamos en una posición tan ventajosa.

—De nada. Viajé hasta aquí, Lazar, para cumplir la promesa que le hice al general, pero también para ayudar a los que caen en manos de inescrupulosos que los esclavizan y torturan. Como te dije, ocuparme de liberarlos le daría un sentido a mi vida.

—Diana, tú llegaste a Sarajevo y le diste sentido a la mía.

—¡Laza, Laza! —exclamó Darko, y el hombre, tras un último beso en el dorso de la mano, se la soltó para acudir al llamado.

La Diana, que se había ubicado estratégicamente de espaldas a la pared, desde donde controlaba el local, paseó la mirada y, como parte de una rutina en la que caía sin remedio, ubicó las posibles salidas, analizó las actitudes de los demás clientes,

contó la cantidad de camareros —dos—, chequeó la hora del reloj colgado en la pared y determinó que la barra y la empalizada en torno a los juegos eran las mejores posiciones para parapetarse.

Junto al reloj de pared había un televisor encendido, y La Diana detuvo la vista en la pantalla; el titular del noticiero captó su atención: «Presidente de Ouroboros Global hallado sin vida en Zúrich».

—¿Podría alzar el volumen? —solicitó al camarero que en ese momento depositaba las bebidas calientes sobre la mesa.

—Enseguida —respondió el hombre, y segundos después la voz de la periodista se oyó con claridad para anunciar que el doctor en Biología Molecular y CEO del poderoso laboratorio Ouroboros Global, Bertrand Caviel, había fallecido en su mansión en las afueras de Zúrich dos días atrás.

La Diana se incorporó súbitamente al escuchar el nombre del exesposo de Yura Christiansen. Durante su entrevista con el doctor Paddington, este le había referido que Caviel había renunciado al laboratorio Peter Gray tentado por Ouroboros, solo que no había mencionado que era para ocupar el puesto más alto de la farmacéutica.

—Las autoridades —proseguía la periodista que se encontraba frente a un portón de hierro, el ingreso a la propiedad de Caviel— sostienen que se trata de suicidio. El biólogo fue hallado por su empleada doméstica en el gimnasio de la casa colgado de una cuerda que utilizaba para practicar escalamiento. Se cree que acababa de cometer el terrible acto, pues la mujer lo encontró oscilando. Sin embargo, las dudas subsisten pues algunas voces hablan de que, momentos antes de ahorcarse, el hombre había estado ejercitando en las máquinas. ¿Por qué un hombre que ha decidido quitarse la vida dedica tiempo para hacer ejercicio físico? Esta muerte llega en una coyuntura de mucha agitación en el conglomerado liderado por el magnate Aleksandar Ilić, que se encuentra a estas horas en la sede central de la Organización Mundial de la Salud en Ginebra para hablar con las autoridades acerca del tratamiento desarrollado por su laboratorio para combatir el temible virus de Marburgo.

La periodista cerró el servicio, y enseguida la conductora del noticiero anunció la comunicación con un colega en Ginebra, que esperaba para entrevistar a Ilić.

—La oficina de prensa de la Fundación Aleksandar Ilić —informó el enviado— no ha emitido una declaración por la muerte en extrañas circunstancias del doctor Caviel. Lo que sí ha informado esta mañana es que la Drug and Food Administration ha reabierto el legajo para la aprobación del trigo transgénico desarrollado por la Herkul Biotech y que tienen esperanzas de que en esta oportunidad el famoso organismo comprenda la importancia de aprobar el uso de un trigo que podría convertirse en la respuesta al hambre del mundo. Esta noticia ha provocado que hoy las acciones de la Herkul y de la Cyklon Chemical cierren con un alza del trece por ciento, que si bien no recupera la caída de las últimas semanas, muestra un panorama alentador. —Se provocó un revuelo en torno al periodista, que giró súbitamente antes

de exclamar—: ¡Ahí sale Ilić! ¡Ahí viene con sus asesores! ¡Señor Ilić, señor Ilić, para CNN! ¿Qué piensa acerca de la muerte del doctor Caviel?

—Por favor, señores —pidió uno de los hombres de traje negro que lo escoltaban —, el señor Ilić responderá algunas preguntas, pero en orden.

—¡Para CNN! —insistió el periodista—. ¿Cree que el doctor Caviel se haya suicidado?

—La pérdida del doctor Caviel —habló Ilić en su inglés culto apenas tocado por la dureza de su lengua madre— es una pérdida irreparable para Ouroboros Global pero sobre todo para el mundo. Con él muere una oportunidad cierta de que la humanidad mejore sus condiciones y calidad de vida.

—¿A qué experimentos estaba dedicándose el doctor Caviel? —preguntó una periodista con acento francés.

—Como saben, tenemos una emergencia con el virus de Marburgo en las afueras de Washington y con casos en otras ciudades. El doctor Caviel estaba ocupándose de aprestar todo para iniciar los tratamientos con los fármacos desarrollados por la Ouroboros Global cuando la OMS lo autorizase. Acabo de obtener esa autorización, pero lamentablemente no podré festejar este logro con su creador.

—¿Qué relación hay —preguntó un periodista con indiscutible acento británico— entre este ofrecimiento tan generoso a la OMS para ayudarla a combatir una amenaza tan seria como la del filovirus de Marburgo y la reapertura del trámite para aprobar el trigo Bt de su otra empresa, la Herkul Biotech?

—Ninguna, por supuesto —contestó el empresario serbio con una amplia sonrisa, y La Diana rio por lo bajo con sarcasmo.

—Sí, claro —masculló.

—El señor Ilić no responderá más preguntas —anunció el hombre de traje negro—. Recibirán un folletín de prensa en sus redacciones dentro de una hora donde se detallarán los aspectos más relevantes de la reunión con las autoridades de la OMS. Muchas gracias.

Los interrogantes de los periodistas se desataron igualmente. Ilić avanzó entre el gentío con su máscara de amabilidad y cercado por los guardaespaldas. La Diana aguzó la vista en el intento por distinguir los rostros que circundaban al serbio. Detectó al que buscaba poco después. Nanuk Christiansen se ubicaba a la derecha del anciano de setenta años, y mientras con una mano lo guiaba por el codo, con la otra le abría camino. El Maybach, el mismo de Roma, se detuvo junto al vallado que detenía a los manifestantes, quienes, con carteles y cornetas, expresaban su descontento por la visita del serbio a la sede de la Organización Mundial de la Salud.

«¿Qué haces con ese tipo, amigo mío?», se preguntó por enésima vez. ¿Habría alguna conexión entre las desapariciones de Yura y de Miki y Aleksandar Ilić? El recuerdo del tatuaje *četnik* en la nuca del hombre que había escoltado a la científica hasta el baño del aeropuerto indicaba que una mafia serbia estaba detrás del secuestro. Un profundo desánimo se apoderó de ella al evaluar lo poco que había

avanzado en la investigación heredada de Raemmers. Sí, había descubierto que la hermana y la sobrina de su mejor amigo no habían muerto el 13 de junio en el accidente aéreo, pero no tenía idea de dónde buscarlas. En cuanto al tráfico humano, ahí estaba, en Sarajevo, sin mayores logros, esperando que del encuentro con el informante surgiese algo que destrabase las pesquisas.

—¿Qué sucede, amor? —Kovać ocupó de nuevo la silla y destapó el café que La Diana había cubierto para que no se enfriase—. Pareces triste.

—Nada, nada —mintió, y agradeció que no hubiese visto a Ilić—. Pienso en un amigo a quien hace tiempo no veo.

—¿Quieres contarme?

—Claro. Su nombre es Nanuk Christiansen. Es soldado. Éramos compañeros.

Le refirió acerca de la muerte de Yura y de Miki y del modo extraño y silencioso en que su amigo se había esfumado. A punto de contarle que lo había visto desempeñarse como guardaespaldas de Ilić y que no sabía qué pensar de él, calló al sonido del timbre del celular de Kovać, que se apresuró a sacarlo de la funda para contestar.

—Era Goga —anunció—. Está en la fiscalía. Dice que nos esperan, que hay novedades.

* * *

Zaína y Darko se ubicaron en el escritorio de la asistente de Bosa Dretar mientras los cuatro adultos se encerraron en el despacho de la fiscal.

—Las fotografías fueron decisivas —declaró Bosa, y en señal de reconocimiento inclinó la cabeza hacia La Diana, que percibió cómo la mano de Kovać se cerraba en torno a la de ella—. El juez emitió enseguida el pedido de captura de Borenovic.

—Espero que ningún abogado de Belgrado lo saque bajo fianza —se enfureció Goga.

—Si lo capturan, será imposible que salga en libertad antes del proceso —declaró la fiscal—. En cuanto al orfanato, la policía fue a arrestar a la empleada, a... —recogió una hoja del escritorio y leyó—: Dragiša Eminović. Y hemos suspendido en sus funciones a la directora. Dos asistentes sociales ya deben de estar apersonándose en el lugar para intervenirlo y hacerse cargo.

—¿Qué hay de los demás empleados? —se impacientó Kovać—. Podrían estar implicados en actos semejantes.

—Laza —se fastidió la Dretar—, ¿nunca oíste hablar del principio que rige al derecho por el cual se estima que alguien es inocente hasta que se demuestra su culpabilidad? Pues bien, no podemos expulsar a todo el mundo basados en sospechas infundadas. Por otro lado, necesitamos personal que siga administrando el orfanato.

—¡A riesgo de que entreguen a los niños por dinero a pederastas como claramente habría sido el caso si no hubiésemos intervenido a tiempo!

—Laza, cálmate —pidió Goga—. Los niños te escucharán —argumentó, y le señaló la puerta que comunicaba ambas oficinas.

—Comprendo tu frustración, Laza —se ablandó Bosa Dretar, la cual, pensó La Diana, lucía más que cansada, abatida—, pero debo respetar el sistema judicial y actuar con cautela. Hay muchos ahí fuera esperando que cometa un error para pedir mi cabeza. La buena noticia —dijo, y se puso de pie— es que el juez le otorgó la custodia de Darko a Goga, por lo que el niño estará con ustedes hasta nuevo aviso.

Kovać la sorprendió sujetándole el rostro con sus manos y plantándole un beso en los labios.

—Esto te lo debo a ti, amor, por haber sacado las fotografías. Gracias.

—Admito —dijo la fiscal tras un carraspeo— que el juez no se habría movido con tanta premura sin la contundencia de esas imágenes. Y ahora —anunció, mientras se dirigía al perchero para retirar su sacón de piel— los invito a todos a cenar. Estoy famélica. Ha sido un día larguísimo y me salteé el almuerzo.

Regresaron al mismo bar en el centro comercial. Zaína y Darko, después de elegir su comida, corrieron a zambullirse en el pelotero. Mientras aguardaban los platos y aplacaban el hambre con un poco de *somun* con *pašteta* de pollo, llamaron al celular de la fiscal, que se alejó para responder. Volvió al cabo de unos minutos.

—Acaban de apresar a la empleada del orfanato. Se había escondido en casa del novio. Alega que Borenovic le estaba dando dinero para que nada le faltase a su hijo.

—¡Sí, claro! —se mofó Kovać—. ¿Y de Borenovic? ¿Qué novedades hay? —preguntó, y masculló un insulto por lo bajo cuando la fiscal negó con la cabeza.

—En tu oficina me dijiste que querías contarnos algo —le recordó Goga a Bosa—. ¿De qué se trata?

—No quería hablar en la fiscalía porque tengo la sospecha de que han plantado micrófonos, tal vez cámaras en mi despacho.

—¡Bosa! —se escandalizó Goga.

—¿De qué te sorprendes? —intervino Kovać—. Sabemos que hay un topo entre su gente. Si no, ¿de qué manera podía saber Borenovic dónde encontrar a Dare?

—Ya estoy pensando en alguna artimaña para hacerlo o hacerla caer, Laza, pero ahora quiero referirles algo muy serio. Entre ayer y hoy recibí cuatro amenazas anónimas, dos por teléfono, a mi celular —añadió con una entonación que marcaba lo grave del asunto—, y dos a mi casilla de correo *personal*, la que muy pocos conocen. Sí, lo sé —dijo con la mirada en el gesto enojado de Kovać—, el topo.

—¿Por qué te amenazan? —se turbó Goga.

—Por Svetlana.

—¡Qué! ¿Cómo saben que está bajo tu jurisdicción? Ah, sí —se respondió Goga—, el topo.

—Miren, aquí tengo las impresiones de los *e-mails*.

Los extrajo de la cartera y se los pasó. Cada uno a su turno estudió los dos mensajes, que eran exactamente iguales.

Devuélvenos a Svetlana y te dejaremos seguir jugando a la fiscal sin molestarte. Si no lo haces, te destruiremos a ti y a tus amigos de Duga Sarajevo. No tendremos piedad con ustedes.

—¿Hiciste la denuncia, Bosa? —se preocupó Goga.

—Por supuesto que la hice. Cuatro denuncias, una por cada mensaje. Los de Delitos Informáticos ya están investigando.

Goga soltó un bufido de frustración, y Kovać rio con sorna.

—Sabes que los de Delitos Informáticos —le recordó la presidenta de Duga Sarajevo— no tienen computadoras sino carromatos.

—Sin mencionar que son tan confiables como una serpiente —añadió Kovać.

—Si quieres —propuso La Diana—, puedo pasarle esta casilla de correo —señaló la dirección del remitente impresa en el mensaje— a un conocido mío, muy hábil con las computadoras, y pedirle que averigüe.

—No quiero saltearme los protocolos —se negó la fiscal.

—¡No seas necia, Bosa! —se exasperó Goga—. Aquí es tu vida la que está en juego, y a esos inoperantes y posiblemente corruptos de Delitos Informáticos tu vida no puede importarles menos. Yo hablé con Bruce, el conocido de Diana —explicó—, y doy fe de que es habilísimo. Me ayudó a derribar un *firewall* que parecía infranqueable.

—No pierdes nada con intentarlo —la animó Kovać, y La Diana advirtió la influencia que el exsacerdote poseía sobre la fiscal cuando la vio claudicar ante sus palabras.

—Está bien, dale la dirección, Diana, pero pídele que se maneje con la máxima discreción.

—Es un profesional, Bosa. No hará nada que ponga en peligro tu identidad.

—Ahora bien —retomó Goga—, ¿por qué tanto jaleo por una insignificante muchacha como Svetlana? Si me dijeren que es voluptuosa y hermosa, pero es tan pequeña, sin atributos físicos ni gran belleza.

—Tal vez llegó el momento de interrogarla, con o sin la aprobación de Danilo —decidió la fiscal—. Lo haré mañana a primera hora. Te necesitaré como traductor, Laza. Si bien estará la traductora oficial del juzgado, no me fío de ella.

—Cuenta conmigo.

—¿Se habrá tratado de la favorita de un jefe? —siguió lucubrando Goga—. Digo, por el hecho de que le implantaron un microchip.

—Mañana nos enteraremos —manifestó Bosa Dretar—. Si es que quiere hablar —se apresuró a añadir—, pues lo más factible es que no diga nada, como la otra muchacha, Nuur.

—Ahora es mi turno de referirles algo importante —anunció Kovać, y guardó silencio cuando el camarero se aproximó con los platos humeantes.

Comieron, y eran los niños los que hablaban mientras los adultos soltaban monosílabos. La Diana, que sabía a qué se referiría Kovać, no veía la hora de que los pequeños regresasen al salón de juegos. Media hora más tarde, acabaron su plato de lasaña y corrieron al pelotero.

—¿Qué ibas a decirnos, Laza? —lo animó Goga.

—Hoy me contactó el informante de Richard Tomkins.

—¡Excelente! —exclamó Bosa Dretar.

—Quiere encontrarse conmigo (y remarcó que solo conmigo) mañana por la noche, a las nueve.

—¿Dónde?

—En el Vječna Vatra.

Lazar Kovać se refería al monumento erigido en honor a los caídos durante la Segunda Guerra Mundial al que se conocía como Fuego Eterno pues lo coronaba una llama que jamás se extinguía. Solo durante los años que había durado el conflicto a principios de los noventa los sarajevitas la habían visto apagada a causa de la falta de gas. La Diana recordaba que se erigía en pleno centro, al inicio de la calle Ferhadija. Intentó evocar cómo eran los alrededores, si contaba con un sitio para esconderse y cubrir a Kovać, si se trataba de un área concurrida o solitaria; de seguro lo sería a esa hora y con varios grados bajo cero.

—Mañana iré a reconocer el terreno. Quiero decir —se explicó—, iré hasta el Vječna Vatra y estudiaré dónde puedo esconderme para protegerte.

—Diana...

—No, Lazar —se impuso—. Ni por un instante pienses que irás solo a esa cita. Podría tratarse de una emboscada. Necesitarás que...

Kovać la besó, y La Diana se olvidó de todo, de que sus amigas los observaban, de que en veinticuatro horas se expondría a una mafia despiadada, de que acababa de conocerlo y de que su vida estaba al revés; nada importaba si él le demostraba que la deseaba así, rota.

—Sí, amor —le susurró con la frente en contacto con la de ella—, vendrás conmigo. Haremos todo juntos, Diana. Desde ahora y en adelante, todo juntos.

—Sí —contestó con un suspiro.

—¿Sabes? —los interrumpió la Dretar—. El periodista de *The London Times* contestó mi *e-mail* enseguida. Se mostró muy interesado por intercambiar información. Dice que viajará a Sarajevo la semana que viene.

—¿De qué periodista estás hablando? —se interesó Goga.

—Su nombre es Albert Coleman y trabaja para un diario inglés, *The London Times*. Creemos que puede darnos información acerca de los padres de Azem.

—¡Oh! ¿De veras?

Kovać tomó la palabra para contarle acerca del artículo que La Diana había leído a principios de noviembre y que, luego de atar cabos, se lo había impreso y facilitado.

—Ya son tres cosas que te debemos, amor mío —dijo Kovać—, la donación de tu tío, el artículo de Albert Coleman y las fotografías.

—No me deben nada —contestó La Diana, y se mantuvo cerca de él, que le pasaba la nariz por la mejilla.

—Laza, ahórranos el espectáculo romántico —exigió Bosa Dretar—. Nos pones incómodas. Hasta hace tres días te veíamos dar misa y ahora te lo pasas de arrumaco en arrumaco.

—Ya ves cómo es la vida, querida amiga.

Los niños se acercaron reclamando los chocolates que Bosa les había prometido, por lo que la fiscal saldó la cuenta del bar y se encaminaron hacia un kiosco a pocos metros. La Diana observaba por el rabillo del ojo a la Dretar, que a su vez lanzaba vistazos a Kovać, inconsciente de la atención que la mujer le destinaba.

—Espero que este día que empezó tan mal —comentó Goga— termine con un poco de dulzura, aunque eso signifique engordar unos kilos.

—¿Por qué dices que empezó mal? —se interesó Kovać.

—Porque a Mirna la asaltaron de camino a casa.

—¡Cómo! —se desconcertó Kovać—. ¿Ella está bien?

—Sí —confirmó Goga—, por suerte no le hicieron nada. Dice que sucedió tan rápidamente que ni se dio cuenta. Dos tipos en una motocicleta le arrancaron la cartera y huyeron a toda velocidad.

—¿Hiciste la denuncia? —se interesó Bosa mientras pagaba las golosinas.

—Sí. Fuimos...

—No me gusta nada esto —la interrumpió La Diana—. Mirna y Kada tienen llaves de tu departamento, ¿verdad, Goga?

—Sí, pero le robaron la cartera cerca de la casa de ella. No hay manera de relacionar...

—¡Por favor, Goga! —se exasperó La Diana—. ¿Cuándo entenderás que están siendo vigilados, que conocen cada movimiento que dan, que saben todo acerca de ustedes? ¿Qué otras pruebas necesitas?

—Amor, por favor...

—¡No, Lazar! Creo que ustedes no toman conciencia de la magnitud de lo que está ocurriendo aquí. Es evidente que hemos dado con algo que ha hecho enfurecer a esos tipos, y nosotros ni siquiera nos hemos percatado de ello. Quizá se trate de Svetlana si nos guiamos por las amenazas que recibió Bosa o tal vez se trate de algo que hizo Raemmers antes de morir y que yo desconozco. Pero es claro, claro como el agua —remarcó—, que están al acecho, a la espera de que algo suceda. No me olvido del BMW que te seguía el lunes ni del Škoda blanco que vi el martes. E insisto en que sus teléfonos están intervenidos.

—El mío ha estado con la funda todo el tiempo —se justificó Kovać.

—Todo el tiempo que no lo has usado para hablar con el padre Ivo, tus feligresas y con los tantos que llamaron por el aviso. Te aseguro que si querían ubicarte, lo

lograron. —La Diana se volvió repentinamente hacia Goga, a la cual encontró pálida y con cara de preocupación—. ¿Hiciste cambiar las cerraduras?

—No, no lo hice —farfulló—. Creí que no habría modo de que relacionasen el juego de llaves de Mirna conmigo. Mirna me aseguró que en su bolso no había nada acerca de mí ni de Duga Sarajevo.

—Sí, como creo, asaltaron a Mirna porque saben que trabaja en tu casa, juzgo muy riesgoso que vuelvas a tu departamento sin haber hecho cambiar las cerraduras y haber instalado un buen sistema de alarma.

—¿Eso crees, Diana? —La voz de Goga emergió temblorosa.

—Sí, eso creo.

—Nos instalaremos en casa de mi madre...

—No —se opuso—, no en casa de tu madre. Estoy segura de que también saben dónde vive. Lo mejor será que tú y Zaína vengán conmigo a mi departamento.

—No quiero importunarte. Podemos ir a un hotel.

—Créeme, los hoteles son los sitios más inseguros que existen y si, como sospecho, estás en la mira de estos tipos, encontrarán el modo de ubicarte y será pan comido para estos profesionales entrar en tu habitación.

—¿Podemos ir primero a casa? Me gustaría preparar algunas mudas y sacar algunos efectos personales.

—Sí, pero lo haremos a mi modo —dispuso La Diana—. Bosa, creo que tú también deberías pasar la noche en mi departamento. Esas amenazas que recibiste no fueron lanzadas en vano.

—Te agradezco, Diana, pero no creo que sea necesario. Mi casa es un sitio muy seguro. Tengo rejas y alarmas por todas partes. Es más, si lo deseas, Goga, puedes instalarte conmigo. Tú y Zaína estarían muy cómodas, cada una en su habitación y con un baño para ustedes.

—Gracias, Bosa, pero no. Es mejor que vaya a un sitio que estos tipos no conozcan.

La Diana, con el recuerdo de la larga llamada del padre Ivo de esa mañana, se preguntó si era realmente así, si los traficantes en verdad no habían localizado el refugio del MI6.

—Bosa, después de cuatro amenazas, creo que deberías exigir una custodia.

—No será necesario —desestimó la fiscal.

—¿Tienes tu celular envuelto en las cuatro capas de aluminio?

—Sí —contestó Goga, y lo extrajo de la cartera y se lo extendió; el aparato le tembló en la mano.

—Bien, no lo uses para nada, no respondas las llamadas...

—Pero, Diana, si llama mi madre...

—Toma. —Le pasó su celular y le ordenó—: Llámala ahora y dile que iremos a buscarla. Ella es un eslabón débil en la cadena. Podrían usarla para extorsionarte.

—¿Cómo? ¿Mi madre también pasará la noche en tu departamento? ¿Entraremos todos?

—Eso es lo de menos. Se trata de una emergencia. Mañana organizaremos mejor las cosas. Vamos, Goga, no pierdas tiempo. Llámala y dile que prepare unas mudas.

—Pero...

—Goga, el robo de la cartera de Mirna ha cambiado radicalmente la situación. Quiero que hagas un esfuerzo por comprender que esto no es broma. Vamos, usa mi teléfono y llámala al fijo. No la llames a su celular.

—Mi madre no tiene celular.

—Mejor. Mañana compraremos un *burner*.

—¿Un qué?

—Un teléfono prepago para cada uno de ustedes. —Consultó el reloj; era aún temprano, las ocho de la noche—. Bosa, por favor, anota mi teléfono por cualquier urgencia, pero no me llames desde tu celular ni del teléfono de la fiscalía. —La mujer extrajo una libreta y anotó el número con una mueca incrédula a la cual La Diana no prestó atención—. Vamos —los instó—, pongámonos en marcha.

Los niños, ocupados en repartirse los chocolates y las golosinas, se habían mantenido ajenos a la conversación de los adultos y se quejaron cuando les anunciaron que debían partir. Kovać abrigó a Darko, mientras Goga hacía otro tanto con la pequeña Zaína. El grupo se paseó por el ascensor del centro comercial tanto como La Diana lo juzgó necesario para despistar a posibles seguidores. Salvo los niños, que encontraban muy divertido el paseo, sabía que los adultos aceptaban sus métodos pero no compartían su hipótesis. No le importaba; así eran los civiles, miopes en cuestiones de seguridad. Lo único que contaba era ponerlos a buen resguardo.

CAPÍTULO XV

*Quien tiene un porqué para vivir,
es capaz de soportar casi cualquier cómo.*

Friedrich Nietzsche, filósofo alemán
(1844-1900)

Escoltaron a Bosa Dretar hasta su casa en el municipio de Novo Sarajevo, a una cuadra del Cementerio Judío y con el monte Trebević como paisaje de fondo. Los tres automóviles —la Nissan Patrol, el viejo Dacia de Goga y el flamante Volkswagen Golf de la Dretar— formaban una caravana que avanzaba con cautela. Una vez que La Diana confirmó que la casa de la fiscal estaba despejada, le permitió ingresar. Luego fueron a buscar a la madre de Goga, la señora Lena, que se resistió a acompañarlos hasta que Kovać la convenció.

—Goga —dijo La Diana—, dejarás el automóvil en el garaje de tu madre. Creerán que estás en su casa.

Minutos después, subían a la Nissan envueltos en la oscuridad sin luna y en el silencio gélido de la primera noche de invierno.

—¿A qué se debe tanto secretismo? —se enfadó la señora Lena.

—Ya le expliqué —intervino Kovać—, hoy por la mañana le robaron la cartera a Mirna que contenía las llaves de la casa de su hija y creemos que no fue un robo casual sino que se relaciona con una investigación que estamos llevando a cabo en Duga Sarajevo.

—Siempre te dije, Gordana —apuntó la mujer—, que esa ONG te traería problemas.

—¿Qué problemas, mami? —se preocupó Zaína.

—Nada, hijita. Ningún problema —la tranquilizó mientras echaba un vistazo furibundo a la madre.

Entraron en el garaje subterráneo del edificio de Goga con medidas similares a las empleadas el día anterior cuando habían ido con Svetlana. La Diana y Kovać subieron corriendo por las escaleras mientras los demás lo hacían por el ascensor. Alcanzaron el palier del tercer piso antes que las mujeres y los niños y enseguida notaron la puerta del departamento entreabierta. Un juego de llaves colgaba de la cerradura. La Diana se llevó el índice a los labios para pedir silencio a Kovać y desenfundó la Browning HP 35.

—No permitas que bajen del ascensor —le habló al oído—. Vuelve con ellos al garaje.

—¡No! —se impuso él en voz baja—. No te dejaré sola por nada del mundo. No vuelvas a pedírmelo.

La Diana asintió y le indicó que se acercase a la puerta del ascensor para advertir a los demás que guardasen silencio. En tanto, con la vista fija en el ingreso vulnerado del departamento, extrajo su pistola Beretta 950 BS y caminó hacia atrás hasta chocar con Kovać, que se ocupaba de acallar a los recién llegados. Le pasó la pequeña pistola y sufrió un instante de desconcierto cuando Kovać la empuñó con decisión, le quitó el seguro y no solo verificó que el cargador tuviese balas sino que levantó una parte del cañón para confirmar una peculiaridad de la Beretta 950, que el primer proyectil estuviese en posición. Resultaba evidente que estaba familiarizado con las armas de fuego, y recordó esos tres años que había vivido en las calles con Momo.

Goga y Lena, con el terror esculpido en los rostros, arrinconadas en un ángulo de la pared, apretaban a los niños contra sus cuerpos y les exigían que no hablasen.

—Quédate con ellos —dijo La Diana, y Kovać sacudió la cabeza para negar con un gesto intransigente.

—Entraré contigo.

La Diana habría preferido que no la siguiese; él, después de todo, era un civil y, por mucho que hubiese subsistido en las calles de Sarajevo siendo apenas un adolescente, no tenía idea de las técnicas de que se valía un soldado de élite para irrumpir en un lugar tomado. Sin embargo, ponerse a discutir con esa versión terca de Lazar Kovać y en esas circunstancias lo consideró una insensatez. Sacó de la mochila una granada aturdidora y se dispuso a entrar.

Empujó la puerta con el pie, y los goznes chirriaron en la quietud. Las luces estaban encendidas, por lo que estimó que habían ingresado en la casa cuando ya había caído la noche, probablemente cuando vieron que Goga se marchaba a la fiscalía. Se desplazó con la espalda pegada a la pared y con pisadas que no arrancaban un sonido al parqué. Kovać la imitaba, pero, siendo más pesado, hacía crujir cada tablilla del suelo. Un par de minutos más tarde, estaba convencida de que no había nadie; igualmente, mantuvo la actitud alerta hasta haber inspeccionado cada habitación y los recovecos.

—No hay nadie —anunció y, tras asegurar el arma, la calzó en la pistolera axilar. Cuando Kovać quiso devolverle la Beretta, negó con la cabeza—. Consérvala. —La contempló en esa mano enorme y pensó que el cuadro resultaba ridículo—. Es pequeña —admitió—, aunque letal cuando se la dispara de cerca. Espero que nunca la necesites, pero dado como están las cosas, podrías...

Kovać la sujetó por la cintura y la atrajo hacia su boca para besarla. La Diana lo tomó por el cuello y descargó la tensión en esos labios y en las caricias que intercambiaron sus lenguas.

—Gracias —susurró él.

—¿Por qué?

—Por ser tan inteligente, por haberte dado cuenta de que el robo de las llaves no era casual, por habernos protegido.

—Es mi naturaleza de soldado la que me hace ser tan desconfiada.

—De soldado inteligente —insistió él, y volvió a apoderarse de su boca.

Regresaron al palier y, al presentarse con los rostros más distendidos, las mujeres y los niños supieron que nada malo acontecía. Zaína y Darko corrieron y se refugiaron en los brazos de Kovać, que los aguardaban abiertos. Les dirigió palabras de consuelo y les aseguró que no había peligro.

—Lena —le habló La Diana—, ¿podría quedarse con los niños aquí fuera? —La mujer, sumisa, asintió—. Entraremos —se dirigió a Goga y a Kovać—, pero no toquen nada.

—¡Miren, las llaves de Mirna! —exclamó Goga al verlas colgando de la cerradura—. Las reconozco por este llavero en forma de frutilla. Son las de ella.

—¡No las toques!

—Tienes razón. Disculpa.

—El hecho de que las hayan dejado allí —razonó La Diana— constituye un mensaje muy claro. Ni siquiera se preocupan por cubrir sus huellas ni sus acciones. Actúan con total impunidad y nos avisan que seguirán tras nosotros.

Entraron y recorrieron el departamento.

—Solo se han robado las computadoras —concluyó Goga— y han revuelto mucho los archivos y las carpetas.

—Goga —la apremió La Diana—, es importante que me digas si en las computadoras o entre los papeles están las direcciones de los refugios. Es obvio que están buscando a Svetlana.

—No, no —tartamudeó, y se llevó la mano a la frente con aire de agobio—. No tenemos nada de los refugios aquí, justamente como medida de seguridad.

—¿Boletas de servicios públicos? —insistió La Diana—. ¿Contratos de alquiler?

—Nada, nada. El general fue el que nos aconsejó que nos deshiciésemos de todo y que cada refugio llevase su propia administración. Las muchachas reciben las boletas, yo las recojo y las pago en el banco.

—¿Las pagas con débito automático o con tarjeta de crédito?

—Todo en efectivo. En eso también fue insistente el general.

—Bien, bien —masculló La Diana—. Creo que por el momento no tenemos de qué preocuparnos.

—¡Pero se llevaron las computadoras! ¡Malditos, malditos!

—Tenemos que hacer la denuncia si queremos cobrar el seguro —anunció Kovać—. Son unos inútiles corruptos y no harán nada para encontrar lo que nos robaron, pero tenemos que cumplir con la formalidad si queremos recuperar algo de dinero.

Goga llamó a la policía, que se presentó veinte minutos más tarde. Con la mochila hecha un arsenal y una pistola y tres cuchillos encima, La Diana se mantuvo al

margen; aguardó en el palier con Lena y los niños y dejó el asunto a Goga y a Kovać.

Sonó su celular y respondió de prisa. Era Bruce. Llamaba para avisarle que Alexandra Buunk estaba a salvo en Glendale y que él regresaría a Ámsterdam al día siguiente para hacerse del video y de los legajos. Habría resultado difícil que, con el lenguaje escueto y cifrado que empleaban, le revelase el sitio en el que se hallaban ocultos, por lo que La Diana se quedó con las ganas de saber; solo contaba que se hiciese de una vez con el botín por el cual habían dado la vida Carrie y su novio.

—¿Estás bien? Te escucho tensa.

—Estamos con una situación aquí, pero todo se encuentra bajo control. No te preocupes. Necesito con urgencia que analices una casilla de correo. Es imperativo que me digas todo lo que puedas averiguar acerca de su titular lo antes posible.

—Te escucho —accedió McLeod, y La Diana le dictó la dirección desde la cual se habían lanzado las amenazas contra Bosa Dretar.

Llegaron los del equipo de la Policía Científica y tomaron las huellas digitales en los lugares de rigor. Decidieron llevarse el llavero de Mirna para analizarlo en el laboratorio. Los niños comenzaban a lloriquear de cansancio y de ganas de ir al baño, por lo que Kovać los llevó dentro. Goga despidió a los agentes y los acompañó a la planta baja. Al regresar al tercer piso, anunció:

—Tenemos que ir a la comisaría central para hacer la denuncia y firmarla.

—¿Por qué no a la de Dobrinja? —la interrogó Lena.

—Acaban de decirme que dos días atrás se produjo una fuga de gas en nuestra comisaría, por lo que la clausuraron. Están manejando todo desde la sede central.

—Hija —habló Lena—, me ha dicho Diana que su departamento tiene solo dos habitaciones y un baño. No estaremos cómodos en él, somos demasiados.

—Tendremos que arreglarnos, mamá —contestó Goga de mal humor—. Como verás, la situación es complicada.

—¿Por qué no me llevas a lo de Bakira? Acabo de hablar con ella desde el celular de Diana y está esperándome.

Goga posó una mirada cansada e impaciente en La Diana, que asintió. Se decidió, entonces, que, luego de deponer la denuncia en la comisaría central, conducirían a la señora Lena a lo de su amiga. No bien Goga armó un bolso con ropa para ella y para Zaína, se pusieron en marcha. Iban callados y desmoralizados. Kovać, igualmente, mantenía una actitud alerta y controlaba los espejos retrovisores y el entorno.

Era tarde —pasadas las diez de la noche—, por lo que encontraron un espacio para estacionar a cuarenta y cinco grados frente a la puerta de la sede central de la Policía, usualmente abarrotado de vehículos. Como los niños se habían dormido, Lena aguardaría con ellos en la camioneta. La Diana, imposibilitada de pasar por el detector de metales, esperaría en la recepción, con un ojo en la calle y otro en el interior del recinto donde Goga y Kovać fueron guiados para realizar la diligencia. Se trataba de una habitación amplia con una veintena de escritorios, cada uno con una

computadora. Muchos, dada la hora, estaban vacíos; de todos modos, el lugar bullía de actividad, y el ruido y el ir y venir de agentes y personas eran incesantes.

La Diana vio que Goga y Kovać tomaban asiento en el escritorio de un oficial que se aprestaba a teclear la deposición en una vieja máquina de escribir, pese a contar con una decena de computadoras. Cronometraba cuatro segundos y miraba hacia la Nissan; otros cuatro, y volvía la vista hacia el interior, y así, hasta que diez minutos más tarde su expresión se congeló en el Škoda Octavia blanco que se detuvo junto a la camioneta. Una rigidez le oprimió el pecho cuando verificó que la matrícula coincidía con la que había memorizado el martes.

Dos hombres descendieron del vehículo, y La Diana deslizó la mano bajo la campera y le quitó el seguro a la HP 35. No quería iniciar una balacera a las puertas de una comisaría, nadie lo habría juzgado sensato, pero si esos hombres se acercaban a la Nissan no tendría otra alternativa que eliminarlos. Los vio pasar delante de la camioneta sin siquiera destinarle un vistazo, lo cual evidenciaba que para esos dos no existía vínculo entre el todoterreno y las autoridades de Duga Sarajevo.

Para su sorpresa, los hombres se disponían a entrar en la comisaría. ¿Serían miembros de la fuerza? Se quitó de prisa la campera blanca y la escondió bajo el asiento. Se mimetizó con la parte más oscura de la recepción, donde permaneció atenta, siempre con la mano cerrada en la empuñadura de la Browning. Los tipos pasaron de largo, sin detenerse frente a la ventanilla para anunciarse. El oficial, el mismo que había conducido dentro a Goga y a Kovać, los saludó con familiaridad.

No sabía cómo proceder. Si esos dos habían llegado hasta allí alertados por un policía corrupto y se disponían a caer encima de los responsables de la ONG que mantenía oculta a Svetlana, tendría que intervenir y eso sería un caos. ¿Y si solo se trataba de su paranoia y esos dos nada tenían que ver con la muchacha ucraniana? No, se convenció: el BMW azul avistado el lunes, posiblemente el miércoles cuando había ido por Kovać a la facultad, y el Škoda blanco estaban relacionados con la muchacha y con las amenazas a la fiscal. Pero si a Svetlana la habían descubierto el martes a última hora de la tarde en el cuartito de la limpieza de la fiscalía, ¿por qué los dos automóviles acechaban desde el lunes y el martes por la mañana? Probablemente, dedujo, al verificar su desaparición habían estimado que una de las posibilidades era que acabase bajo la protección de Duga Sarajevo.

Como fuese, allí estaban esos dos, y Goga y Kovać no tenían idea del potencial peligro que corrían. Mientras se mantuviesen sentados, ocultos en el trájín del lugar, estarían a salvo, a menos que alguien los señalase ex profeso. Como fuese, en cuanto Kovać se pusiera de pie, su metro noventa y tres —le había preguntado y él le había dado la medida exacta—, el rostro barbudo y el rodete lo volverían conspicuo.

Los hombres se detuvieron apenas superaron el cubículo de la recepción, y La Diana aprovechó para estudiarlos. Eran conocidos en la comisaría aunque, a juzgar por el modo en que saludaban, no trabajaban allí —tal vez en otra sede— o directamente no formaban parte de la fuerza; eran amigos o informantes. Un agente

de civil abandonó su escritorio y se encaminó hacia ellos. Les habló de manera amistosa y expansiva y con un vozarrón que La Diana escuchó sin problema y que llamó la atención de Kovać, que se giró en la silla para observar el intercambio.

—¡Ey, amigos! —exclamó el agente—. ¡Cuánto tiempo sin verlos!

—¿Cuándo te aparecerás por el bar? —le preguntó uno de los dos, fortachón y alto y con la cabeza cubierta por una gorra de lana.

—Quieres la revancha, ¿eh? —lo provocó el policía y, al arrancarle la gorra, le dejó a la vista la cabeza rasurada.

La Diana dio un respingo al descubrirle en la nuca el tatuaje con el símbolo *četnik* —la calavera, los fémures cruzados y la leyenda en cirílico «Por el rey y la patria, libertad o muerte»—. Las implicancias del descubrimiento eran varias, difíciles de evaluar en ese estado de agitación. Solo pensaba en sacar a Kovać y a Goga de allí incólumes. Ya casi no tenía duda de que los tipos no sabían que las autoridades de Duga Sarajevo se hallaban a escasos metros; de lo contrario habrían ingresado con otra actitud, una menos relajada y jocosa.

—¿Buscan a Vasilić? —le preguntó el agente, mientras le devolvía la gorra al tatuado.

—Sí. ¿Está? Nos dijo que se iría tarde hoy.

—El comisario se está yendo casi a medianoche todos los días. Estos hijos de puta de la IPTF no cesan de romper las pelotas.

En ese instante se abrió la puerta de una oficina por la que salió un hombre bajo, excedido en peso y con el cabello brillante a causa de la seborrea. ¿Sería el tal Vasilić?

—¡Ah, comisario! —dijo el agente—. Mire quién ha venido a visitarlo.

El hombre saludó con júbilo a los recién llegados. Abrazó a uno primero, al tatuado, a quien llamó Blago, diminutivo de Blagoje, nombre serbio, y después al otro, más joven y más bajo, a quien se dirigió con el nombre de Čedo, apócope de Čedomir, también de origen serbio.

—¡Blago! ¡Čedo! ¡Es bueno verlos, amigos!

—Goran, nos manda el *vojvoda* —anunció el tal Blago, y su gesto cambió radicalmente, lo mismo el del comisario—. Tenemos una situación y precisamos de tu ayuda.

—Adelante, adelante —los invitó Goran Vasilić a su despacho, y antes de cerrar tras ellos le advirtió al agente—: No me pases llamadas.

—Entendido, señor.

La Diana tenía que sacar a Goga y a Kovać de allí cuanto antes. No sabía con qué tiempo contaba. La reunión de esos tres podía durar una hora o diez minutos. Extrajo una libreta pequeña que llevaba en la mochila, escribió una nota y se aproximó a la ventanilla de la recepción. El policía alzó la vista del ejemplar del *Oslobođenje* y le sonrió.

—No quiero interrumpirlo ni molestarlo, agente, pero ¿sería tan amable de acercarle a mi esposo esta nota? —dijo, y lo señaló—. Sé que no pueden usarse los celulares aquí dentro por lo que no me atrevo a llamarlo. Es urgente. —Deslizó el papel al que acompañó con un billete de cincuenta marcos alemanes.

El hombre cumplió con su pedido, y en menos de un minuto Kovać leía la nota escrita en inglés. *DEBEMOS salir de aquí tan pronto como sea posible. Comportate normalmente. No levantes sospechas, pero apresúrate. D.* Le gustó que Kovać asintiera y le sonriese. El policía de la recepción ocupó de nuevo su puesto y La Diana le agradeció con una inclinación de cabeza desde su asiento.

En tanto contaba los segundos sin apartar la vista de la puerta de la oficina donde se llevaba a cabo la reunión, sopesaba las consecuencias del descubrimiento que acababa de hacer. ¿Era demasiado precipitado concluir que el hombre que había secuestrado a Yura Christiansen era el que en ese momento se reunía con el comisario general de Sarajevo solo por el hecho de presentar el mismo tatuaje, en el mismo sitio, y poseer características físicas similares? Sí, lo era. El diseño debía de ser común entre los serbios nacionalistas, incluso lo debía de ser la ubicación, la misma de Vuk y la de tantos soldados. Con una certeza sí contaba: pertenecía al grupo comandado por el tal *vojvoda*. Evocó el diálogo que había sostenido con Freddie Prescott en el bar Viennese casi una semana atrás, el viernes 15 de diciembre. El agente inglés le había asegurado que nada sabían del nuevo jefe mafioso de la región balcánica excepto que lo llamaban *vojvoda*, el mismo título que había empleado el tal Blago un momento atrás en su conversación con el comisario. «Goran, nos manda el *vojvoda*».

Por fin, vio que Kovać y Goga se levantaban y estrechaban la mano del agente que les había tomado la denuncia. La mirada de Kovać no se apartó de la de ella mientras cruzaba la comisaría. Una vez frente a frente, entrelazaron los dedos y traspusieron la puerta principal con actitud serena. Fuera, La Diana le susurró:

—Quiero que prestes atención a ese Škoda blanco. Después te explico.

Kovać asintió, y prosiguieron la marcha hasta la Nissan. Segundos más tarde, se alejaban del peligro y La Diana se distendía en el asiento del acompañante.

—¿Qué pasó, amor? —inquirió Kovać en voz baja.

—El Škoda blanco que te señalé es el mismo que vi merodeando el martes en el gimnasio. Bajaron dos tipos y entraron en la comisaría como si fuesen los dueños, sin pedir permiso, sin anunciarse. Una vez dentro, saludaron a un agente de civil como viejos amigos, y después a un tal Vasilić.

—Goran Vasilić, el comisario general —confirmó Kovać—. Hijo de puta —masculló—. Debe de ser uno de los funcionarios más corruptos de la historia de Bosnia.

—Pues Vasilić les dio un trato amistoso, pero también respetuoso, más bien obsecuente, como si les tuviese miedo. Uno de los tipos, un tal Blago, le dijo que tenían que hablar, que el *vojvoda* los enviaba.

Kovać giró repentinamente la cara y la horadó con una mirada intensa.

—¿*Vojvoda*? ¿Estás segura?

—Sí. Un agente inglés amigo de mi tío abuelo me dijo que lo único que saben acerca del jefe mafioso de los Balcanes es que lo apodan *vojvoda*, un viejo título...

—Sí, sí, sé bien qué es *vojvoda*. ¿Crees que esos dos, los del Škoda, estaban allí por nosotros?

—No. Fueron a la comisaría por otro asunto. Ni una vez miraron hacia donde estaban Goga y tú. Al entrar, pasaron con indiferencia junto a la camioneta. Si algo bueno podemos extraer de esta situación es que no han relacionado la Nissan con Duga Sarajevo y, por lo tanto, si somos precavidos podremos movernos con libertad.

Kovać se mantuvo callado mientras manejaba, y La Diana, que lo miraba fijamente, vio cómo la expresión se le endurecía. Le pasó el dorso de la mano por el pómulo y luego descendió por la barba, y él se volvió apenas para destinarle una sonrisa.

—¿Qué sucede?

—Creo que tendríamos que advertirle a Brano —sugirió Kovać—. Tal vez lo usen para obligarnos a entregarles a Svetlana.

—Lo harás desde mi celular cuando lleguemos.

—Siento que la situación se nos está yendo de las manos —expresó tras una pausa—. No tenemos a quién recurrir. Bosa representa a la Justicia, pero es tan vulnerable como nosotros. Con la policía no solo que no podemos contar, sino que debemos mantenernos lo más alejados posible; son lo mismo que la mafia del tráfico de personas.

—Podríamos ir a la oficina de los Derechos Humanos de la IPTF —propuso La Diana, y ante el bufido que lanzó Kovać, se explicó—: Sé que está en manos de un monigote, pero si le pidiese a mi tío abuelo que antes hablase con Jacques Paul Klein para que lo prevenga de que las autoridades de Duga Sarajevo irán a verlo, no le quedaría otra opción que hacer su trabajo.

—Es verdad, contamos con la influencia de tu tío —dijo, más animado.

—Y también le pediré que hable con algún conocido en la oficina de los Derechos Humanos de la ONU, y todo esto sin mencionar que iniciaremos una campaña periodística y con otras ONG. Eliah es muy amigo de la presidenta de Defensores de los Derechos Humanos, y Bosa ya está en contacto con Albert Coleman, de *The London Times*. Lazar, no nos vencerán.

Aprovechando un semáforo en rojo, Kovać la sujetó por la nuca y le devoró los labios.

—Me alegra que los niños estén dormidos —comentó la señora Lena—. No quiero que mi nieta vea estos espectáculos deplorables que tienen a un hombre de Dios como protagonista.

—Lena —dijo Lazar, la mirada divertida y fija en La Diana—, todos somos criaturas de Dios, hombres y mujeres. Si se refiere a que soy sacerdote, estoy seguro

de que su hija ya le informó que dejó los hábitos días atrás. En cuanto a su nieta, usted sabe cuánto la amo, y amándola solo puedo desearle que algún día encuentre un amor tan perfecto como el mío. O como el de sus padres —añadió.

—Espero, mamá, que por hoy cierres la boca. No tengo paciencia para tus pacaterías.

* * *

Dejaron a Lena en la casa de su amiga, y media hora más tarde llegaron al departamento del MI6. Arrastraban los pies. Goga, con Zaína en brazos, entró en la habitación que Kovać le indicó, cerró la puerta y no volvió a salir.

Pocas veces, ni siquiera en misiones en zonas desérticas o en regiones gélidas, La Diana había experimentado un cansancio como el que parecía calarle hasta los huesos mientras se inclinaba sobre el sofá de la sala para improvisar un lecho donde dormiría Darko. Colocó un almohadón dentro de la funda, lo ubicó en la cabecera y se giró para anunciar a Kovać que ya podía acostarlo. Se quedó callada, subyugada por el modo en que contemplaba al pequeño que dormía en sus brazos; había tal devoción en sus ojos, lucía tan relajado y a gusto, que acabó por emocionarse ante la grandeza del hombre que se había cruzado en su camino solo cuatro días atrás. Lo vio besarlo en la frente y mantener los labios allí, y tuvo la impresión de que rezaba, y deseó ser capaz, algún día, de amar a ese niño que, estaba segura, Kovać querría conservar para siempre.

—Lazar —lo llamó en un murmullo, y Kovać abrió los ojos y le sonrió—. Ven, recuéstalo.

Lo depositó con infinito cuidado y lo desvistió con igual premura. Le puso el pijama que La Diana había sacado de la bolsa y estirado sobre el brazo del sofá luego de quitarle las etiquetas. Por último, lo cubrió con las mantas. Se dio vuelta y, como a ciegas, la buscó para abrazarla. La Diana se aferró a él, y solo en esa instancia se percató de cuánto había esperado que la reconfortase. Seguía maravillándola experimentar esa familiaridad en el contacto con alguien que acababa de conocer. Sonrió a la nada al recordar al Loco de la tirada del tarot, el que ponía todo patas arriba. Sin duda, de su torre, la que había construido con meticulosa obstinación después de los años en Rogatica, quedaban las ruinas.

—Gracias, gracias —susurró Kovać.

—¿De qué?

—Por estar aquí. —Le sujetó el rostro y la miró directo a los ojos; los de él brillaban en la penumbra de la sala con codicia y deseo—. Eres tan perfecta que no pareces real. —Le buscó los labios y usó los de él para acariciárselos, y después, cuando se los arrastró por las mejillas, con la barba fue sembrándole un camino de

escozores y erizamientos que le involucraron aun la piel de los pezones. La sorprendió su propia excitación y profundizó el beso.

Lo interrumpieron al escuchar que se abría la puerta del dormitorio que ocupaba Goga. La vieron caminar, medio dormida, hacia el baño, y compartieron una sonrisa cómplice.

—¿Quieres el celular para llamar a Brano? Tal vez sea muy tarde —dijo, y consultó la hora.

—Brano nunca se acuesta antes de las doce.

En tanto Kovać se ocupaba de advertir a su familia de los peligros, La Diana decidió tomar un baño. Necesitaba la acción relajante y al mismo tiempo revitalizadora del agua. El chorro caliente le masajeaba la nuca mientras ella intentaba limpiar la mente de los cuestionamientos, las dudas y los problemas. A veces meditaba en la ducha, y solía caer en una profunda abstracción, como en ese momento.

Una sensación grata comenzó a recorrerla y a distenderle los músculos. Una sonrisa inconsciente le estiró los labios. Alzó los párpados con lentitud y no se sobresaltó al distinguir una figura tras la mampara empañada. Era Kovać. Estaba desnudo. Su energía la rodeaba igual que el vapor. Adivinaba el deseo y la vacilación que lo impelían a ponerse en movimiento y al mismo tiempo a quedarse donde estaba. Lo sentía como si la contienda tuviese lugar dentro de ella. La conexión resultaba inexplicable, y como la juzgó ilógica, carente de asidero racional, titubeó, y lo que había sentido y experimentado junto a ese hombre en pocos días le pareció una locura. La voz de Nanuk se infiltró en su mente atribulada y le recordó: «Diana, ¿acaso no te das cuenta de que todo lo que nos rodea es mágico?».

Apoyó la mano abierta sobre el vidrio de la mampara, y la enterneció comprobar cuánto había esperado él un gesto. Lo vio lanzarse hacia delante e imitarla, su mano grande en el mismo espacio que la de ella, del otro lado del vidrio. Aun en el vapor se perfilaba la belleza de su cuerpo. Ansiaba verlo desnudo y también rechazaba la idea. La mujer que comenzaba a renacer en ella lo deseaba; la muchacha herida y triste se aferraba a las cadenas y estaba atenta al dragón que la estudiaba para saltarle encima en cuanto propiciase un acercamiento.

—Te necesito —lo escuchó decir, y su voz vibró en el aire cargado de humedad y le provocó un cosquilleo en el estómago.

—Lazar, no estoy...

—Solo quiero estar contigo, amor —declaró a modo de promesa, y contrajo los dedos sobre el vidrio como en el acto de aferrarle la mano—. Nada sucederá que tú no desees. Pero te necesito en este momento.

La Diana evocó lo que él le había confesado el día anterior y que a ella la había afectado íntimamente: «Me hiciste sentir hombre. Y eso me devolvió las ganas de vivir». La aterró pensar que con su rechazo él perdiese la alegría apenas recuperada.

Deslizó la mampara y, con la mirada fija en sus ojos, lo invitó a entrar. Él lo hizo con una sonrisa que justificó la lucha desatada en su interior.

Se quedaron frente a frente. De modo maquinal, se había cubierto los senos con el antebrazo izquierdo y el monte de Venus con la mano derecha. Kovać, en cambio, se exponía en una actitud relajada. Transcurrían los segundos, y ellos mantenían sus posiciones, solo que la mirada de él vagaba por el cuerpo de ella con la misma intensidad y la misma abstracción en las que caía cuando le estudiaba las facciones. La suya permanecía en el sitio seguro que constituía su familiar y amado rostro; temía desviarla y descubrir su desnudez.

Como todo con él, lo que habría debido resultar perturbador se desvelaba de otra manera, una inesperada y, por sobre todo, grata. Empezó a distenderse, tanto que aflojó la mano y el antebrazo con que se cubría, y si bien no los apartó por completo, ya no los tensaba.

—¿Me permites tocarte el hombro tatuado? —pidió Kovać con un respeto que la emocionó. Consintió sin palabras, con una leve inclinación de cabeza, y sufrió un temblor que él percibió bajo la caricia de sus dedos—. Quien lo haya hecho —expresó— era muy talentoso.

—Talentosa —lo corrigió, y se avergonzó de la calidad insegura de su voz; no quería que pensase que le tenía miedo o que lo rechazaba.

—Es San Miguel Arcángel, ¿verdad? —Volvió a asentir—. Me gustaría ver la parte de atrás. ¿Me lo permites?

El pedido la paralizó. Darle la espalda la colocaría en una posición de vulnerabilidad insoportable. Solo imaginar la escena le causaba un aumento en el ritmo cardíaco y sequedad en la garganta, esa que ella conocía bien, la antecesora de la cerrazón en el plexo solar.

—No quiero que mi mirada deje de hacerte sentir hombre —barbotó en lo que parecía una contestación sin sentido.

—No uses la negación para expresar algo que anhelas —le sugirió él con una sonrisa—. Repite la frase de modo positivo.

—Quiero que mi mirada siempre te haga sentir hombre.

—¿Sí? ¿Lo deseas, amor mío?

—Lo deseo, Lazar. Y deseo también ser la única cuya mirada te haga sentir hombre.

—Lo eres. ¿Confías en mí, Diana?

—Sabes que sí, pero...

—Pero —repitió Kovać, y le cubrió los hombros con las manos y la atrajo hacia él—, mi amada Diana tiene miedo.

Asintió contra la piel de su pecho velludo y se atrevió a rodearle la cintura y amoldarse a esa anatomía que no se atrevía a estudiar. Por miedo, se reprochó, estaba perdiéndose de apreciar ese primer contacto de sus cuerpos desnudos. Kovać

descansó el mentón en su coronilla y ajustó el abrazo. La Diana suspiró al volver a experimentar la sensación de pequeñez y seguridad que tanto le agradaba.

—Esto era lo que necesitaba —lo escuchó susurrar—, que estuviésemos de este modo, cerca y en paz. Ven, movámonos bajo el chorro para que no tomes frío.

Se desplazaron juntos, ella hacia atrás, hasta que el agua caliente le golpeó la espalda. Se giró para que el chorro también lo cubriese a él. Los minutos transcurrían y el mutismo placentero se prolongaba. La Diana ganaba compostura y serenidad. No quería demorarse en reflexionar acerca de lo que estaba sucediendo; solo quería permitirse ese rato, sobre todo quería permitirse esa normalidad con un hombre que la fascinaba y que exclamaba a los cuatro vientos que la amaba locamente.

—Apenas tomé los votos —habló él de repente—, me destinaron a una iglesia en Lukavica.

La Diana, que había conocido ese barrio de Sarajevo durante la guerra —Vuk la había llevado en varias ocasiones—, sabía que en la actualidad formaba parte de los municipios que habían quedado del lado de la Republika Srpska.

—Junto al monasterio había una escuela primaria, y me nombraron maestro de primer grado. Creo que fui feliz por el hecho de que cada mañana estaba con mis pequeños alumnos. La sabiduría de los niños, que los adultos llamamos inocencia, curaba mis heridas. El desafío se presentó cuando esos pequeños de solo seis años debieron enfrentar el proceso de aprendizaje más complejo que un ser humano afronta, el de la lectoescritura. Amor, si supieras la ansiedad que me dominaba hasta que todos mis alumnos aprendían a leer y a escribir te compadecerías de mí. Cada uno lo hacía a su tiempo, y soy testigo de que se trataba de un proceso casi mágico, porque resulta difícil comprender cómo una criatura tan pequeña es capaz de dominar un código tan complicado como el del lenguaje escrito. Recuerdo que los hacía leer en voz alta todos los días, un párrafo muy corto (no más de tres renglones), y contenía el respiro mientras lo hacían, y era tan fácil ver que su atención se concentraba en descifrar las sílabas de cada palabra y no en el sentido. Día a día, los hacía leer sabiendo que si al final de la lectura les hubiese pedido que explicasen de qué trataba el párrafo no habrían sabido qué decir. Hasta que un buen día se producía el milagro, y la mirada con la que recorrían los renglones se tornaba más segura, más rápida, y las palabras surgían completas y no descuartizadas, y me daba cuenta de que comprendían lo que estaban leyendo. —La apartó con delicadeza para verla mientras le seguía hablando—: Diana, amor mío, al principio, cuando hagamos el amor, será igual que el proceso de lectoescritura. Estarás nerviosa y atenta a cada movimiento, como el niño que está atento a las sílabas y no al sentido que conforman las palabras. Nada fluirá, más bien te sentirás trabada e incómoda, como el pequeño alumno frente a un párrafo de pocos renglones que para él representa una montaña. Con paciencia, irás practicando, los dos lo haremos, los dos juntos —subrayó—, y verás que un día lo que parecía imposible se convertirá en una realidad.

—Y seremos felices.

—Ya lo soy, Diana. Inmensamente. ¿Y tú?

—Sí, Lazar, lo soy.

—¿Quieres verme desnudo? Sé que tus ojos no se apartaron de los míos ni siquiera por un instante. A mí me encantó conocer tu cuerpo. Es más hermoso de lo que imaginaba.

—Te oculté las partes interesantes —manifestó con una sonrisa tímida y ojos esquivos.

Kovać soltó una carcajada y la besó en la coronilla.

—¿Quieres mostrármelas?

Asintió y, al percibir que Kovać abría los brazos para liberarla, casi claudicó al arrebato de suplicarle que no la soltase, que el dragón que sobrevolaba caería en picado y la destrozaría. La fuerza para dar un paso hacia atrás y luego otro se la dio la necesidad de hacerlo feliz. Era tan poderoso el sentimiento que poco a poco doblegó al terror. Dejó caer los brazos al costado. Fue alzando la vista y en tanto lo hacía le admiraba las piernas largas, velludas y surcadas por músculos que hablaban de la textura de un deportista. No se atrevió a demorar la mirada en el pene y siguió el ascenso por el vientre chato y firme, y por los brazos delgados aunque fibrosos a fuerza de las prácticas de pugilismo y taekwondo. Por fin, sus hombros anchos completaban la armonía del cuerpo.

—Eres tan hermoso, tan perfecto —expresó, y la sonrisa plena de él, de dientes desvelados y ojos brillantes, la impulsó a lanzarse a sus brazos y robarle un beso sobre los labios aún estirados. Quería provocarle esa sonrisa tantas veces como fuese posible.

—Nunca imaginé que me sentiría tan halagado por resultarle atractivo a una mujer. En el pasado, lo consideraba un castigo. Pero llegaste tú... —dijo y luego guardó silencio, y se quedó mirándola del modo que a ella tanto le gustaba—. Ya sabes lo que opino de ti —expresó un momento después—. Tú eres demasiado. Demasiado perfecta, demasiado hermosa, demasiado buena.

Con cada palabra, La Diana ajustaba un poco más los brazos en torno a la cintura de Kovać, y su cuerpo desnudo se amoldaba al de él. Compartía esa intimidad de manera relajada, sin apremios, sin imponerse metas, sin sentir culpa. Kovać le transmitía paz.

—Gracias —susurró, y le besó el pecho, justo sobre el símbolo del infinito.

—¿Por qué?

—Por este momento. No sé cómo te las ingenias, pero siempre haces que me sienta normal y mujer.

Kovać la besó con ligereza en los labios antes de recordarle:

—Me dijiste que yo era tu salvador. Solo tienes que darme tu confianza, como ahora, y juntos venceremos a los dragones que tanto te asustan. ¿Puedo ver el resto del tatuaje?

La Diana alzó un poco el hombro y movió el brazo para revelarle el diseño sin necesidad de girarse por completo.

—Date vuelta para que pueda apreciarlo bien. —Se mantuvo quieta y lo miró con expresión desolada—. Dime lo que te perturba —la animó mientras le acariciaba la mejilla con el dorso de los dedos—. Dime todo, Diana. A mí no me ocultes tus miedos ni tus vergüenzas. Nada me sorprende, nada me escandaliza.

—No soporto la idea de decir algo que pueda lastimarte, pero a causa de mi fobia...

Kovać la acalló con un beso.

—Sé que no toleras quedar de espaldas. ¿Crees que esa sensación me es ajena?

—Oh, Lazar.

—Lo sé, amor mío. Es una posición en la que el sentido de la fragilidad se exagera. Pero no superarás el miedo si no lo intentas. Cierra los ojos y piensa en esa tarde en que ibas en bicicleta con Leila...

—No, ahora mi anclaje es tu boca. Mis dedos pálidos sobre tus labios rojos. Esa es la imagen mágica ahora.

—¿De veras? —Había hablado con la ilusión de un niño.

—Sí, tus labios. —Bajó los párpados y sonrió—. Guíame, Lazar. Confío en ti.

La sujetó por los hombros para indicarle que se volviese.

—¿Estás imaginando mis labios?

—Sí. Los estoy acariciando. Es inusual ver labios tan gruesos en un hombre blanco. Tan mullidos. Amo la forma que tienen. Son voluptuosos pero a la vez tan masculinos. Siempre tengo ganas de tocarlos pero me contengo.

—No lo hagas. No te contengas.

Kovać le buscó las manos y entrelazó los dedos con los de ella. La Diana dio un respingo cuando el cuerpo de él entró en contacto con su trasero. Sentía la erección en la base de la espalda, y justo cuando empezaba a resultarle difícil aferrarse al anclaje un beso de él en la columna del cuello la tranquilizó.

—Aquí estoy —lo escuchó susurrar—. Soy yo. Lazar. *Tu Lazar.*

—Mi Lazar —repitió con una entonación emocionada.

—Estamos juntos en esto, amor, y verás cómo venceremos cada escollo. ¿Cómo te sientes?

—Bien. Muy bien en realidad. Y tú, ¿cómo te sientes?

Kovać, que le pasaba los labios por el trapecio, rio por lo bajo en tanto le dibujaba círculos con los pulgares en las palmas de las manos.

—Estoy contigo, amor. ¿Cómo quieres que me sienta? Como en el paraíso —añadió, y la hizo reír—. *Hic sunt dracones* —lo escuchó leer, y su aliento cálido, al golpearle la piel húmeda, le causó una sensación más intensa que un erizamiento, un escozor que le recorrió el torso y se le alojó entre las piernas—. ¿Dónde hay dragones, amor mío?

No la sorprendió que supiese latín. La pregunta, por el contrario, la desestabilizó. ¿Qué le respondería? «La verdad», se propuso.

—Aquí, en Bosnia —contestó—, y también dentro de mí.

—Ahora comprendo el significado de este San Miguel Arcángel. Los *kukris* también adquieren un nuevo sentido a la luz de este descubrimiento. Y este dragón —dijo, y le soltó la mano derecha para delinearlo—, ¿tiene nombre?

—Sí. Pero no estoy preparada para hablar de él —manifestó de prisa, a la defensiva, y enseguida se sintió como una tonta y, sobre todo, como una ingrata. Se giró súbitamente y se pegó a él, que la circundó con los brazos—. ¡Perdóname! No fue mi intención ser tan brusca.

—¿Crees que me has ofendido? —Le acunó las mandíbulas y la obligó a mirarlo—. No, amor, no. No tienes idea lo fácil que me resulta comprender cada una de tus reacciones. No olvides que nada de lo que creo que viviste me resulta ajeno. Por el contrario, fue mi realidad durante cuatro años.

—Pero eras tan pequeño —exhaló casi sin aliento, ahogada por la tristeza y las ganas de llorar—. Yo, en cambio, tenía veinte años y...

—No te tortures. Si todo el dolor que sufrí, si los abusos que soporté me sirven hoy para ayudarte a transitar el camino de sanación, entonces tú, Diana, te conviertes en el sentido de la vida que tuve. Pero lo más importante es que eres quien le da sentido a la vida que tengo ahora.

—Los niños que ayudas con Duga Sarajevo también le dan sentido a tu dolor, y Azem y Dare, a los que tanto quieres.

—Ellos me ayudan, no voy a negarlo, pero lo que tú me das nadie me lo ha dado. Esta alegría tan plena, sin fisuras, tan perfecta. La sensación de estar completo de nuevo. Eso solo me lo das tú, Diana.

Kovać sonrió ante las muecas en las que ella caía para no llorar abiertamente. Le pasaba los pulgares por los pómulos donde las lágrimas se mezclaban con el agua de la ducha, y le depositaba besos en la nariz y en la frente, y mientras tanto reía quedamente.

—Me alegro de que mi angustia te cause gracia —simuló ofenderse.

—No es eso —declaró, y volvió a aferrarla por la cintura con fiereza—. Es que luces como una niña adorable haciendo esos pucheros.

La sorprendió al cerrarle una mano en la nuca. Y al pasarle un brazo por la parte baja de la espalda para pegarla a él lo hizo con un fervor que la obligó a ponerse en puntas de pie. Su acto fue tan repentino y comunicaba tanto deseo y apetito por ella que no tuvo tiempo de sentir nada excepto la necesidad de corresponderle. El beso no tardó en descontrolarse, y La Diana acabó contra los azulejos, cuyo contacto frío le agudizó la erección de los pezones hasta un punto doloroso. El ímpetu con que la lengua de Kovać le penetraba la boca comenzaba a semejar al vaivén de su pelvis, que la empujaba contra la pared. Percibía la dureza del pene en el vientre. Kovać le había asegurado que al principio sería como aprender a leer; estaría atenta a cada

movimiento, a cada sonido, a cada acción; también le había dicho que recurriese a su anclaje, pero por mucho que ella razonara o evocase sus labios, el dragón que la habitaba era poderoso y la maniataba con una fuerza sobrenatural. Soltó un gemido y apartó la cara para inspirar con ansiedad.

Kovać recuperó el control enseguida y le acunó el rostro.

—Shhh... Tranquila, amor, tranquila. Estás aquí, conmigo. Aquí solo estamos tú y yo. Solo tú y yo, Diana. Mírame. —Abrió de prisa los ojos—. Esto es nuestro y de nadie más. Aquí nadie entra. Nadie —subrayó con imperio.

—Nadie —repitió como autómatas, y cuando lo vio sonreír y contemplarla con tanto amor se echó a llorar, y no solo lloraba porque sintiese lástima de sí misma sino por rabia. Rabia de no contar con el poder para decapitar al dragón.

—Nada de culpas —le pidió Kovać mientras le cubría el rostro con besos—. Nada de culpas, amor de mi vida. Paso a paso, poco a poco. Entiendo que te sientas frustrada, pero quiero que aprecies lo que has logrado. Estamos desnudos. ¿Has tomado conciencia de eso? —La Diana carcajeó entre lágrimas—. ¿No es algo que, media hora atrás, te habría parecido imposible?

—Sí, imposible.

—¿No es valiente mi Diana, acaso?

—Tu Diana es una cobarde.

—Mi Diana es una diosa guerrera. No hables mal de ella. Quedas advertida.

—¿Qué me harás si hablo mal de tu Diana?

—Te aplicaré un correctivo. Te cruzaré sobre mis piernas y te daré palmadas en ese trasero perfecto que tienes hasta verlo enrojecer.

—Estoy segura de que jamás aplicaste un correctivo a nadie en tu vida.

—Con tal de ver tu trasero enrojecer, empezaría a hacerlo a los casi cuarenta años. Lo único que me detendría sería la posibilidad de hacerte sufrir.

—El único correctivo que me haría sufrir sería que me alejases de ti, aunque más no fuese por diez minutos.

La sonrisa de Kovać se desvaneció con esas palabras y se convirtió en un gesto cargado de emoción.

—No —dijo con voz estrangulada, y le cubrió la mejilla con una mano—, jamás podría aplicarte ese correctivo. Sería un suplicio para mí. —Se abrazaron y se quedaron callados durante algunos segundos—. ¿Quieres que te bañe?

—Yo a ti primero —resolvió La Diana, y él aceptó.

Kovać se sentó en el borde de la bañera y la ubicó entre sus piernas para que le lavase el cabello y la barba. La seguía con una mirada hambrienta, que ella evadía deliberadamente hasta que decidió enfrentarla. Detuvo el masaje en el cuero cabelludo y se quedó quieta admirándole los ojos, cuya tonalidad similar a la del *brandy* se había profundizado al efecto de las pestañas negras cargadas de agua.

—Pásame el jabón —le pidió, y La Diana se lo colocó sobre la mano extendida sin perder el contacto visual.

Kovać actuó del mismo modo mientras frotaba la pastilla y formaba espuma; lo hizo todo con la vista fija en la de ella. Y siguió de igual manera en tanto le lavaba el trasero y la espalda.

—¿Estás aquí conmigo? —quiso saber, y ella asintió apenas, y como empezaba a perderse en otras escenas y en otros olores, le apoyó los dedos sobre los labios y se aferró a esa imagen—. Gracias —susurró él, y su aliento le acarició la mano.

—¿Por qué?

—Por este esfuerzo que haces para complacerme. Eres tan valiente, amor.

—Hoy no lo fui cuando Dare me abrazó. Lo siento, Lazar. No sabes cuánto.

—Poco a poco —le recordó, y detuvo las manos bajo los senos—. ¿Puedo tocarlos? —A La Diana se le cortó el respiro y solo atinó a negar con una breve sacudida de cabeza—. ¿Quieres que te lave el cabello? —preguntó él sin variar ni un ápice el buen ánimo, como si la negativa anterior no hubiese tenido lugar.

—Ya lo lavé —farfulló.

La enjuagó con la ducha de mano, luego él hizo otro tanto y, aunque sonreía, La Diana sabía que lo había lastimado. Salieron. Kovać la envolvió con una toalla y comenzó a secarla. Se detuvo de pronto y la contempló con seriedad.

—No quiero que sientas culpa por haberme negado tus pechos. No quiero que sientas culpa por nada. La culpa agobia a los seres humanos y les quita la alegría de vivir. No debí pedírtelo. —Una sonrisa pícara le despuntó en las comisuras—. Es que son tan hermosos y tentadores.

Aferró los costados de la toalla para atraerla hacia él y cobijarla en ese capullo, y La Diana apoyó la mejilla sobre su pecho y le encerró la cintura con los brazos.

—Siempre me avergoncé de mis pechos —le confesó—. Me parecía que lo primero que la gente notaba de mí era que tenía pechos grandes. Mis compañeros de colegio me gastaban bromas y los hombres en la calle me gritaban groserías. Un día me los fajé, pero mamá se dio cuenta y me lo prohibió. Me dijo que podía hacerme daño. Mi cuerpo se convirtió en mi peor enemigo durante la guerra. Y lo odié. Me odiaba —acotó en un susurro.

—Y yo te amo —expresó Kovać, y la besó en la coronilla.

—Déjame secarte, Lazar.

Kovać asintió, y La Diana usó la toalla para absorberle las gotas que lo cubrían, y en tanto lo hacía iba familiarizándose con su cuerpo; se había propuesto conocerlo de memoria. Le descubrió tres cicatrices, todas del lado izquierdo, una en el brazo, otra bajo las costillas y la última en el muslo, donde el pelo había dejado de crecer. Se las secó primero con pasadas suaves, se las besó después.

—Son del día en que atacaron el Markale, ¿verdad? —susurró con los labios apoyados sobre la marca en el brazo.

—Sí. Ni siquiera me di cuenta de que estaba herido. No sentía nada. Solo quería volver a la fila donde había dejado a Momo. Pero había tanto polvillo, y tantos gritos y tanta... muerte. La gente me pedía ayuda y yo no atendía a nada, solo pensaba en

mi amigo. En mi hermano —añadió—. Le reconocí el torso por la camisa. Pocos minutos antes habíamos estado bromeando con su camisa de colores vistosos. Él decía que era una camisa «sueño de loco». Los colores vistosos me permitieron hallarlo pese a que estaba cubierto de polvo. Encontré todas sus partes. Recuerdo que me decía una y otra vez: «Goga querrá todas las partes. Tengo que encontrar todas las partes». Sin duda, desvariaba. Estaba en *shock*.

La Diana le encerró el rostro entre las manos y lo obligó a mirarla.

—Lo siento —expresó con acento emocionado—. Lo siento tanto.

Kovać le devolvió una sonrisa.

—Momo te habría amado al ver lo feliz que me haces. Él no podía comprender que no me interesasen las mujeres. Una vez me preguntó si era homosexual. Me sorprendió la pregunta. Nunca me detenía a pensar en el sexo ni en la atracción física. Simplemente, esa parte en mí estaba anulada desde...

—Desde la muerte de Izia —completó La Diana al caer en la cuenta de que él no lo diría.

—Sí, desde su muerte. Ven, salgamos. Ha sido uno de los días más largos de mi vida y estoy exhausto.

La Diana se hizo del secador de pelo y, cuando estuvieron en la cama, se ocupó de secárselo, y siguió haciéndolo por un buen rato aunque estuviese seco porque se dio cuenta de que lo disfrutaba y lo relajaba. Hizo otro tanto con el de ella y, al meterse en la cama, se encontró con que Kovać ya dormía.

* * *

La despertó el salto que dio Kovać al abandonar la cama, y le bastaron unos segundos para comprender que Darko lloraba. Ella no lo había escuchado; él, en cambio, había acudido enseguida. ¿Qué clase de mujer era que no oía el llanto de un niño en medio de la noche? Consultó la hora: las cuatro y media de la madrugada. Se levantó y encendió la luz del corredor. Avistó la figura de Kovać sentada en el sofá, apenas perfilada en la penumbra, y se dio cuenta de que acunaba a Darko y, aunque le susurraba para calmarlo, el niño parecía inconsolable. Se acordó de su madre y de la *sevdalinka* que les cantaba cuando eran pequeñas.

Colocó una silla frente a ellos y se sentó. Kovać despegó el rostro del niño y la contempló con ojos tristes. Comenzó a cantar *Vjerna Ljuba* en voz baja al principio hasta que fue ganando valor después de las primeras estrofas y consiguió atraer la atención de Darko, que apartó el rostro de la barba de Kovać y se quedó mirándola. Si bien había cesado de llorar, respiraba con dificultad y sacudía la cabeza, víctima de los espasmos. La canción terminó, y ella la recomenzó, y cuando lo hizo por tercera vez los párpados del niño se entrecerraron y la respiración se le acompañó. La Diana

fue bajando el tono y para cuando casi susurró los últimos versos Darko había vuelto a dormirse.

Kovać lo acomodó en el sofá y lo cubrió con las frazadas. La Diana devolvió la silla a la mesa. Él le extendió la mano, que ella aceptó, y caminaron juntos hasta la habitación.

—Gracias —musitó con un tinte desesperado—. No podía calmarlo.

—Debió de ser una pesadilla terrible.

—Gracias, amor mío. Lo que acabas de hacer nunca voy a olvidarlo.

—Ven, volvamos a la cama. Tienes frío.

Se acostaron, y La Diana se deleitó en ese momento en el que sus cuerpos se amoldaron bajo las mantas como si lo hubiesen hecho cientos de veces. Kovać seguía conmocionado por lo que acababan de vivir y mantenía el entrecejo fruncido.

—¿En qué piensas?

—En lo que debió de padecer Dare antes de que lo rescatásemos. La médica forense que lo revisó me dijo que estaba muy lastimado.

—Lazar —se turbó La Diana.

—Estudié Psicología para comprender qué lleva a los seres humanos a cometer perversidades, sobre todo con un niño. Y te aseguro que, después de tantos años, después de tantas teorías y ensayos que he leído al respecto, todavía no logro comprender de dónde nace ese arrebató oscuro que los lleva a destruir algo tan puro e inocente.

—Pero ahora te tiene a ti, que eres solo luz y amor.

—Como todo niño, Dare es muy *resiliente*, pero siempre vivirá en él esa sombra que lo acechará y lo desestabilizará en el momento menos pensado. Y también están los cuestionamientos, los malditos cuestionamientos. ¿Por qué yo?, ese es el peor de todos.

—Es cierto, pero insisto: ahora te tiene a ti. Quizá tú no eres consciente del don sanador que posees. Ayer, mientras yo le improvisaba una cama sobre el sofá, observé cómo lo mirabas, y pensé en lo afortunado que era Dare por haberte encontrado. En lo afortunada que soy yo por haberte encontrado. Tú nos sanarás, Lazar, a Dare y a mí.

—A mis dos amores —dijo, y la besó en la frente.

—Quieres adoptarlo, ¿verdad? —expresó en un impulso que no se detuvo a meditar.

—Hasta hace unos días era solo un sueño de imposible concreción. Hoy, después de haberme quitado a la Iglesia de encima y contigo a mi lado, siento que podría conseguirlo, y eso me hace feliz. Pero es una decisión que debemos tomar juntos. Ahora todo lo haremos juntos.

La declaración habría debido lanzarla a un torbellino de dudas y angustia; en cambio provocó que un sitio recóndito y enjaulado dentro de ella se iluminase con una luz tenue que la hizo sonreír a la nada. El rumbo que estaba tomando ese viaje a

Sarajevo superaba a cualquier tirada del tarot y adquiría visos extraños. En lugar de contestarle lo que su parte racional le dictaba, que ella regresaría a Londres, recuperaría su puesto de soldado en L'Agence y que un niño no tendría cabida en su vida, se escuchó farfullar:

—No sabría cómo ser una buena madre.

—¿Quién lo dice —la desafió Kovać—, la mujer que acaba de calmar a un niño inconsolable cantándole una melodía de cuna? ¿Esa mujer lo dice? —repitió, y le besó el cuello y después se lo acicateó con la barba, una y otra vez, para causarle cosquillas. La Diana reprimía la risa y se contorsionaba—. Dime, ¿esa mujer? —insistió Kovać, hasta que ella, sin aliento, respondió que sí, que se trataba de la misma mujer—. ¿Esa mujer maravillosa que es *mi* mujer? —volvió a preguntar él.

—Sí, tu mujer —contestó porque sabía que la respuesta lo haría feliz.

—Cuando nos conocimos me dijiste que querías ayudar a los que sufrían abusos porque eso le daría sentido a tu vida. —La Diana asintió—. ¿Qué mejor forma de ayudarlos que dándoles tu amor?

—Cuando te dije eso me imaginaba como el soldado que soy, luchando contra los malditos que los secuestran y los explotan. Pero ni por un instante me imaginé como una madre para ellos.

—La vida siempre nos sorprende, ¿no es así?

La Diana se incorporó apenas sobre el pecho de Kovać y lo adoró con la mirada antes de preguntarle:

—¿Cómo es posible que exista alguien tan bueno y perfecto como tú y alguien tan cruel y deleznable como...?

—¿Como el dragón? —completó él.

—Sí, como el dragón —admitió, y le acarició la frente y le dibujó el perfil con la punta del índice, y continuó el descenso por el bigote y después por los labios, y así por todo el rostro. La complació darse cuenta de que se había dormido.

* * *

Vuk recibió a Pasik en la habitación contigua. Por mucho que apoyase la oreja sobre la puerta no lograba oír qué decían; hablaban en murmullos. El médico se retiró, y enseguida me puse en movimiento al escuchar los pasos que se dirigían hacia la recámara. Coloqué a Leila detrás de mí y me atrincheré en la esquina más alejada del ingreso. Como todo a lo que echaba mano, se trataba de una acción fútil, y sin embargo ahí estaba yo, dispuesta a hacerle frente.

Entró y, al verme en guardia, sonrió con ironía. Sacudía la cabeza en tanto se aproximaba. «Tengo buenas noticias para las hermanitas Huseinovic», anunció. «Están limpias como el día en que nacieron por lo que podemos comenzar la fiesta. Y a mí me apetece comenzarla ahora. ¡Leila, fuera de aquí!». Mi hermana se colocó

delante de mí y, con una mano en alto, dijo: «¡Basta! ¡Mariyana ya ha tenido suficiente de sus vejaciones! ¡Es usted un monstruo!». Lo sorprendió tanto como a mí y, luego de quedársela mirando, rompió a reír. «Veo que la pequeña Huseinovic también tiene pelotas. Es un rasgo de familia», expresó.

No me quitaba los ojos de encima, y yo le devolvía una mirada con la actitud desafiante que me había propuesto camuflar. En esas circunstancias, su pedantería me resultaba insoportable, y controlar mi carácter, una tarea imposible. «Tú, engendro malnacido», le habría soltado a la cara, «jamás entenderías que no son pelotas las que tenemos sino un gran amor la una por la otra». El pensamiento me dio fuerza porque, sucediese lo que sucediera, él jamás podría apoderarse o destruir lo más importante en mí, el amor a mi familia.

«Maša», habló Vuk, siempre sonriente, «¿le dices tú a la dulce Leila que se vaya o lo hago yo? Solo que yo no le diré nada, tú sabes cómo soy, corto con las palabras. Simplemente actuaré, y tú también sabes que no me caracterizo por la paciencia». Me encontré con los ojos aterrados de mi hermana. «Anda, ve», le dije, e intenté mostrarme serena. «No», sollozó. «No voy a dejarte sola con él». La besé en la frente, la tomé de la mano y la conduje hasta la puerta. Leila lloraba con un sonido quedo que me partió el corazón. Le cerré la puerta en la cara y eché llave para evitar que entrase. A Vuk no le habría complacido una interrupción.

«Desvístete», me ordenó, desvanecida toda traza jocosa en su rostro, que de nuevo mostraba el gesto duro al que tanto le temía. Obedecí, y la resignación que le había mostrado a Leila comenzó a desvanecerse. Terminé quitándome la última prenda con manos temblorosas y ojos anegados. La pregunta que se repetía en mi mente amenazaba con destruir mi cordura. «¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?». ¿Por qué de nuevo tenía que permitir que me tomaran a la fuerza? ¿Por qué de nuevo tenía que someterme a esa degradación? ¿Con qué derecho me trataban como si fuese una basura? ¿Nos ultrajaban porque nos querían quebrar o simplemente porque estábamos disponibles y, como no éramos nada, solo simples putas turcas, daba lo mismo? No podía creer que destrozaran a otros seres humanos por algo tan nimio. Me imaginaba a esos fanáticos nacionalistas regresando a sus hogares después de haber pasado noches de orgía con las prisioneras bosníacas y comportarse como maridos y padres ejemplares.

«¡Abuela!», clamé en un grito mudo para invocar la fuerza que me permitiese atravesar de nuevo el calvario. De pronto, ni siquiera la idea de mantener a salvo a Leila resultaba suficiente para soportar a Vuk. Lo vi acercarse mientras se quitaba el cinto del pantalón camuflado, y me dio asco la sonrisa que me destinó. Algo inmanejable se descontroló en mí y me incitó a la rebelión, por lo que, cuando intentó aferrarme, le asesté golpes que, al principio, le causaron risa; después, lo fastidiaron. No obstante su enfado, continué resistiéndome, inconsciente de que en verdad no tenía idea de cómo era Vuk realmente enojado. Lo que había visto hasta ese día se demostraría como poco en comparación con lo que me esperaba.

Cuando se hartó de mi sublevación, me redujo a latigazos con la hebilla del cinto. Cada golpe asestado me rasgaba la piel y las gotas de sangre regaban el piso de granito. Mis alaridos se mezclaban con los insultos de mi atacante y con los clamores de Leila, que no se cansaba de aporrear la puerta. «¡Mariyana! ¡Mariyana!», era todo lo que gritaba, mi nombre, una y otra vez. La voz se le cortaba y enseguida retomaba de nuevo, incansable.

«¡Turca ingrata! ¡Putra turca ingrata!», rugía Vuk entre latigazo y latigazo. «Tu hermana y tú viven como reinas ¿y me lo agradeces de este modo? Tal vez debería enviarlas de nuevo con las demás balijas, para que te cojan mis hombres y comas basura». Me levantó del suelo y me arrojó sobre la cama. Me violó con una brutalidad que hablaba de un nivel de rabia que yo no le conocía, y en verdad le temí como no he vuelto a temerle a nada. Ese día, el señor del Drina me reveló su parte más oscura. Qué oscura era. O es, porque él sigue ahí, acechándome.

Me penetró por la vagina y después me causó un padecimiento indescriptible cuando lo hizo por atrás. Lastimada y ensangrentada, soporté sus ultrajes hasta que cayó extenuado junto a mí. Como un animal herido y asustado, me arrastré fuera de la cama y repté hasta la esquina —caminar habría sido imposible—, donde me cerré como un feto en el suelo. Cada herida pulsaba y me causaba un dolor insoportable. Sentía la sangre que me escurría por las piernas y también por la espalda. El padecimiento físico no bastaba para hacerme olvidar la humillación, y aunque deseaba no pensar en ellos, los rostros de mis padres se me aparecían y me hacían sentir más sucia, más denigrada.

Lo escuché que se ponía los pantalones. Me sobresalté cuando me arrojó encima la sábana con la evidente intención de cubrirme. Abrió la puerta, que rebotó contra la pared. Leila soltó un alarido al verme reducida a ese estado y corrió hacia mí. «¡Mirko!», escuché que Vuk lo llamaba y temblé de miedo ante su voz cargada de ira. Leila apartó apenas la sábana y ahogó un sollozo. Llenó un cuenco con agua y se puso a limpiarme las heridas causadas por la hebilla del cinto. No hablaba; se limitaba a limpiarme con infinito cuidado y a llorar.

Mirko se presentó en la habitación y, aunque sabía que estaba viéndome ultrajada, no me importó. «Tráeme a cualquiera de las balijas», ordenó Vuk, «a la primera que encuentres». ¿Qué nueva maldad me tenía preparada? ¿Qué suerte correría esa pobre desgraciada por culpa de mi rebelión?

La muchacha llegó. Mirko la arrastraba porque se resistía a avanzar. Lloraba y suplicaba piedad. Era tan en vano suplicar por algo que esas bestias no conocían. Lo que siguió acabó por quebrarme. A veces pienso que no quiero hablar de lo vivido en el campo de concentración porque temo que me encontraré con miradas incrédulas, pues ¿quién creará las escenas que tengo impresas en la retina si yo, que las vi, que las viví, todavía me pregunto si son posibles?

«¡Mariyana!», tronó la voz de Vuk. «¡Mírame!». Alcé la vista y lo descubrí aferrando por el cabello a la muchacha; no debía de tener más de dieciséis,

diecisiete años. Temblaba y lloraba. «Si vuelves a faltarme el respeto, esta será la suerte que correrá Leila», y con una fluidez pasmosa extrajo el cuchillo del cinto y le abrió un surco en la garganta. Aun Mirko soltó una exclamación. Nadie se lo esperaba.

Por mucho que lo hagan parecer fácil en las películas, degollar a un ser humano no lo es. Hay que atravesar tendones, músculos y la tráquea, y eso requiere fuerza, pero sobre todo precisión y destreza. A los soldados de élite se nos enseña cómo hacerlo de manera eficaz y sigilosa y nos convertimos en expertos; sabemos dónde sajar y la fuerza que tenemos que aplicar. En aquel momento no lo comprendí, pero ahora entiendo que Vuk no era un simple fanático nacionalista que conocía de armas y de dar órdenes a los gritos; ese malnacido había recibido un excelente entrenamiento, una refinada educación militar; era un profesional, una máquina de matar. Sobre todo, era frío y oscuro como un abismo.

Sostuvo a su víctima por el cabello en tanto la pobre chica se tapaba el corte y se convulsionaba. La soltó, y el cadáver se desmadejó sobre un charco de sangre. Olvidada de mis heridas, dolores y vergüenzas, oculté a Leila bajo mi cuerpo desnudo y lacerado. La sentía temblar y llorar debajo de mí. En mi campo visual entraron los pies descalzos de Vuk, y levanté la vista de inmediato para evitar provocar de nuevo su ira. «Querida Maša», dijo, complacido al descubrir mi expresión aterrada, pero en especial vencida. «¿Ha sido suficiente la demostración o tengo que pedirle a Mirko que traiga a otra?». «Ha sido suficiente, comandante», contesté, sin reconocer mi propia voz. «No volveré a faltarle el respeto, lo juro».

Tres soldados sacaron fuera el cuerpo, y enseguida apareció Suada para limpiar la sangre. La culpa me impedía mirarla; la muchacha, cuyo nombre desconocía, había muerto a causa de mi rebeldía inútil, el producto de un capricho. Me quedé allí, cubierta por la sábana y sobre Leila. Mi hermana sollozaba y llamaba a nuestra madre con voz entrecortada. Escuchaba a Suada que limpiaba el piso, las voces de Mirko y de Vuk, que conversaban en la habitación contigua, risotadas que provenían del patio, los gritos de un pobre diablo al que torturaban en la planta baja. Y me sentí nada.

Un rato más tarde se presentó Pasik. Aunque reconocí su voz, no me moví y permanecí sobre Leila en actitud protectora. «No quiero que le queden marcas en la piel. Haga lo que sea, pero que no le queden marcas», ordenó Vuk antes de salir. Suada me ajustó la sábana en torno al cuerpo, y Pasik me ayudó a regresar a la cama. Apenas si podía moverme; cualquier movimiento brusco provocaba una oleada de dolor que me erizaba de pies a cabeza. Me limpiaron las heridas de la espalda y las untaron con una pomada, y pedí que me ayudasen a trasladarme al baño para aplicármela en las partes íntimas. «Te voy a inyectar un calmante para que duermas un rato y te repongas», me advirtió el médico, y yo, que quería decirle que no, que necesitaba estar despierta para proteger a Leila, callé al tomar conciencia de que la mejor forma de mantenerla a salvo era guardar silencio.

Tiempo atrás había decidido que interpretar el rol de la sumisa y bien avenida prisionera era la mejor estrategia. Un instante de debilidad en el que había dado rienda suelta al orgullo y perdido el control sobre mis emociones me había reducido a ese despojo y le había costado la vida a una inocente. No volvería a ocurrir. Había aprendido la lección de la peor manera, pero la había aprendido. Vuk era un maestro brutal aunque eficaz.

Pasik volvió todos los días durante una semana. Sin cruzar palabra, me curaba las heridas de la espalda y se marchaba. Ni siquiera nos mirábamos a los ojos, él, sospecho, por vergüenza; yo, porque lo detestaba. Mi nueva resolución me impedía preguntarle si había denunciado los abusos en la Cruz Roja o en Manos Que Curan. No podía confiar en él. ¿Y si le iba con el cuento a Vuk para ganarse su beneplácito o confianza?

Al comandante no lo ablandó el estado calamitoso al que me había reducido. Al día siguiente del ataque volvió a reclamar sus derechos de señor del Drina y a abusar de mí. La parte más difícil era sostenerle la mirada, tal como él exigía. Se trataba de un endiablado juego de voluntades, la poderosa de él y la mía, reprimida y en ebullición; era como mantener quieto a un toro de lidia. Me violaba en silencio y con una sonrisa cargada de sorna. Continuaba exigiéndome que le preparase los alimentos. El espectáculo de arrojar un poco de comida al piso y obligarme a comerla frente a sus soldados se repetía. Solo cuando nos visitaba el carnicero Mladić u otro alto mando del ejército serbobosnio me ahorraba el escarnio.

El 2 de septiembre Zver regresó de una misión en la Krajina. Recuerdo la fecha porque esa mañana un soldado le había llevado el diario a Vuk y, en un momento en que la habitación quedó vacía, me acerqué al escritorio para leer el titular y ver la fecha. Me acuerdo de que pensé: «Hoy es el cumple de Fatima». Después de la cena, con bastante šljivovica en el estómago, Zver le habló al oído a su comandante, que soltó una risotada y asintió. «Maša», dijo Vuk a continuación, «ve a buscar a Leila». Me tembló la mano y volqué un poco de café sobre la mesa. Igualmente, fui capaz de responder con bastante aplomo: «Enseguida, comandante». Le entregué la cafetera a Kosta, que siempre me lanzaba vistazos tristes y culpables, y salí del comedor a paso tranquilo. Apenas traspuse el umbral, corrí a la cocina. Leila, que en secreto había preparado estofado sin carne de cerdo para nuestras congéneres musulmanas, estaba pasándolo de la gran olla a los recipientes de plástico con la ayuda de Suada.

Me quedé quieta en la entrada, observándola y debatiendo acerca de cómo prepararla para lo que le esperaba. Me atormentaba la idea de que Zver hiciera honor a su mote y la lastimase o la humillase con prácticas nefandas o brutales. ¡Qué angustia experimenté durante esos segundos de contemplación! Ellas me vieron y me sonrieron. Que aún fuesen capaces de sonreír siendo prisioneras de ese infierno me arrancó un sollozo. Corrieron a ver qué me sucedía. «Se trata de Zver», balbuceé. «Pide verte y el comandante ha dicho que vayas». Admiré su compostura y autocontrol. Asintió, resignada, y se quitó el delantal. La tomé de la mano y de ese

modo entramos en el comedor. Ningún soldado se atrevía a mirarnos ni hacían comentarios impropios; esas eran prerrogativas del comandante Vuk. Tres días atrás, uno al que veía por primera vez me había pellizcado el trasero mientras le servía la comida. Un silencio sepulcral se apoderó del recinto. El hombre, todavía sonriente a causa de su acción, miró en torno con una mueca que pedía explicaciones. Vuk, que lo tenía cerca, le clavó la mano a la mesa con el cuchillo, el mismo que había empleado para degollar a Maida (Suada me había dicho cómo se llamaba la pobrecita). Alzó la voz por sobre los alaridos del soldado para advertir: «Al que toque a esta balije le cortaré las pelotas. Ya lo saben», dijo, y siguió comiendo. «¡Kosta!», lo llamó después de dos bocados. «¡Llévate a este imbécil! Sus chillidos están agriándome la comida». Dos compañeros le quitaron el cuchillo, lo que recrudenció los gritos del herido, y el guardia se lo llevó. No volví a verlo.

Esculté a mi hermana hasta el lugar que ocupaba Zver, que la seguía con una mirada lujuriosa desde que la había visto ingresar en el salón. Se la sentó sobre las rodillas y la sujetó por el mentón para estudiarla. «¡Ánimo, Maša! No voy a comérmela», se burló. Yo observaba el cuchillo serrucho que descansaba al costado del plato y me debatía entre clavárselo en el cuello o quedarme quieta. Me di cuenta de que Vuk me observaba. Maldito fuese, había descubierto mi controversia. Me sonreía y alternaba vistazos entre el cuchillo y yo. Me incitaba a asesinar a su amigo, lo que bastó para enfriarme la sangre.

Zver se llevó a Leila entre hurras y vítores de la soldadesca. El hijo de puta se volvía y hacía muecas lujuriosas, y a mí me saltaban las lágrimas de impotencia y odio. Incapaz de contenerme, me moví para correr hacia mi hermana sin ningún plan, incitada por un arrebató inútil, solo para encerrarla entre mis brazos y preservarla de todo mal. Pero de nuevo Vuk había adivinado mis intenciones; me sujetó por la muñeca y me arrojó sobre sus piernas. «Quieta, Maša mía», susurró, y yo le lancé un vistazo furibundo que lo hizo carcajear, lo cual me dio la pauta de lo tomado que estaba. «Me calientas como nada en este mundo cuando me miras así». Se puso de pie de golpe y me sujetó a tiempo para que no cayese al suelo. Me colocó como un costal sobre el hombro y así me llevó al piso de arriba para violarme una vez más. Aun después de haber cerrado la puerta oía los silbidos de los soldados y los comentarios procaces. No éramos nada para ellos, solo juguetes que los divertían. No contaban nuestros sufrimientos ni las cicatrices que iban infligiéndonos en el alma y en el cuerpo.

No dormí en toda la noche y me quedé con la cara entre los barrotes de la ventana tratando de oír o ver a Leila. Al cabo de un par de horas, me dolían las manos debido al modo inconsciente en que las cerraba en torno a las rejas. Tenía el cuerpo entumecido y me ardía la garganta de contener el llanto. Leila reapareció a eso de las ocho de la mañana, con Suada por detrás. La abracé sin pronunciar palabra. Lloramos hasta que en un momento se apartó para decirme, rehuýéndome con la mirada: «Quiero darme un baño», a lo que Suada contestó que pediría la

autorización al comandante. Nos dejó solas y aproveché para revisarla y preguntarle si había sido especialmente cruel. Negó con la cabeza sin mirarme. «Dime qué te ha hecho», le pedí en voz baja. «Nada que Vuk no te haya hecho a ti. Por favor, no me obligues a hablar», suplicó, y su vergüenza y asco eran tan palmarios que parecían dos entidades. Leila nunca me refirió sus encuentros con Zver, como yo tampoco los míos con Vuk, y con esa actitud enfrentamos el destino que nos había tocado en suerte.

Los siguientes dos años transcurrieron entre abusos, trabajo duro y angustia. Lo único bueno era que Leila y yo pasábamos el día juntas, salvo las ocasiones en que Vuk debía trasladarse a otra ciudad, lo cual hacía a menudo, y me llevaba con él. Nunca volvió a dejarme sola en Rogatica; resultaba claro que no se fiaba de sus hombres. Sobrios eran de dudosa moral; ebrios eran peores que animales. Los días en que permanecía lejos de Leila se convertían en una tortura. Ahora lo veo desde otra perspectiva; esos viajes me permitieron recorrer una gran cantidad de campos de concentración y hacerme de una información que hoy en la corte de La Haya será de gran utilidad. Habría atestiguado en contra de Zver, y lo haré con cada criminal de guerra al que haya conocido. Uno de los peores fue Milan Lukić, el jefe a cargo del comando que había ocupado la ciudad de Višegrad y sus alrededores, un enclave importante del valle del Drina y que por supuesto dependía de Vuk. Lukić era obsecuente, adulador y falso. No tenía más de veinticinco años, tal vez menos. Era fornido y alto, de facciones toscas, de mandíbula fuerte y nariz de boxeador, voz atronadora y actitud arrogante. Junto con su primo, Sredoje Lukić, comandaba a las Águilas Blancas, un grupo paramilitar que respondía, como todo en el Podrinje, a mi captor. Se lo veía al volante de un Volkswagen Passat rojo que le había robado a una de sus víctimas. Entre los musulmanes de Višegrad se decía que si el automóvil rojo se detenía delante de tu casa, la muerte rondaba cerca.

Había convertido un hotel bastante lujoso de la zona, el Vilina Vlas, en su cuartel, que más bien era un centro de violaciones masivas y esclavitud sexual. Me acuerdo del escozor que me recorrió la primera vez que ingresé en el edificio. La energía que lo ocupaba me desestabilizaba; era peor que la de la escuela en Rogatica, y eso es mucho decir. Las prisioneras musulmanas que limpiaban el sitio y atendían a las Águilas Blancas deambulaban con expresiones carentes de vida. Por las noches, sus gritos desgarradores atravesaban la construcción, las paredes, las puertas, y se repetían como ecos que me perforaban los oídos. Vuk participaba de las orgías en las que, además de violar a las mujeres, se las torturaba infligiéndoles cortes con afilados cuchillos de guerra y penetrándolas por delante y por detrás con objetos como los cañones de los fusiles, botellas o lo que tuviesen a mano. A veces, Vuk me encerraba en la habitación y marchaba solo «a la fiesta». En otras ocasiones, me exigía que lo acompañase. Me maniataba en una esquina y me obligaba a mirar mientras él, los primos Lukić y otros altos mandos se ensañaban con las mujeres y las niñas. Era intolerable ver cuando abusaban de las pequeñas

que no entendían nada, y resulta indescriptible la congoja que me causaban las madres obligadas a presenciar el brutal asalto sin poder salvar a sus hijas. Mi llanto y mis súplicas inútiles causaban risa a los soldados.

En tanto Vuk se divertía con la desgraciada de turno, jamás apartaba su mirada de la mía, y si yo osaba bajar la vista o elevarla al cielorraso, me ordenaba, furioso, que lo mirase. «O mataré a esta balije», me amenazaba, y yo, que lo sabía capaz, obedecía.

En el verano del 93, en una de las ocasiones en que pernocté en el Vilina Vlas, sofocada a causa del calor y de los horrores que Vuk me había forzado a presenciar, busqué alivio en la oscuridad y frescura del balcón. El edificio no era muy alto, cinco pisos nada más; nosotros estábamos en el último. Una de las chicas violentada en la orgía de esa noche —la reconocí enseguida—, muy golpeada, con las heridas aún ensangrentadas, salió al balcón de la habitación contigua. Temblaba a causa del dolor y del shock. La vi subir a una mesa con dificultad y arrojarla al vacío. Me cubrí la boca para atrapar el alarido y me desmoroné. Hecha un ovillo, transcurrieron las horas hasta el amanecer, cuando los primeros rayos de sol me concedieron la fuerza para regresar a la habitación antes de que Vuk despertase. Nunca me atreví a asomarme para mirar su cuerpo estallado en el pavimento, ni supe quién la encontró. Aún hoy recuerdo con macabra nitidez el ruido seco que produjo al chocar con el suelo varios metros abajo. Que en paz descanse.

El otro espectáculo del cual los ciudadanos de Višegrad fueron testigos lo constituían las ejecuciones masivas sobre el puente del Drina, una construcción bellísima del siglo XVI, inmortalizado por la novela del premio Nobel de Literatura Ivo Andrić y que nos hacían leer en el colegio. A mí Vuk me obligó a presenciarlas en dos ocasiones. A Lukić le gustaba alinear a los vecinos musulmanes en el parapeto de piedra del puente y dispararles en la nuca. Los cuerpos iban cayendo como en efecto dominó y se alejaban flotando, arrastrados por la corriente. Era tal la cantidad de cadáveres que bajaba por el río que el jefe de la planta potabilizadora ubicada a unos kilómetros de Višegrad se quejó de que no daban abasto para quitarlos de los filtros.

La prensa internacional, alojada en el Holiday Inn de Sarajevo, concentraba su atención y sus filmadoras en los horrores causados por el asedio y el ataque a la capital. Pocos tuvieron la visión y el valor de recorrer el territorio para mostrar el interior de la Bosnia en guerra, donde los serbios se ensañaban con civiles indefensos e inocentes. Uno de esos pocos fue el periodista británico Ed Vulliamy, quien, junto con su equipo, se acercó a varios campos de concentración, entre ellos uno de los más crueles, el de Omarska, al noreste del país. Gracias a esa empresa corajuda, los organismos internacionales y las ONG comenzaron a preguntarse si en verdad esos sitios eran «refugios» que los serbios, tan caritativos, habían organizado para los desplazados musulmanes. Al acto de valor de Vulliamy lo supe años más

tarde porque, como dije antes, mientras estuve detenida en Rogatica nada sabía de lo que sucedía en el exterior.

En mayo del 93, durante la tercera visita al campo de concentración de Brčko, donde una serbobosnia de dieciocho años, Monika Simonović, se ocupaba de las torturas más atroces, me enteré de que la ONU había declarado a Srebrenica «safe area» —área segura— con la Resolución 819 del 16 de abril. Monika, que me detestaba porque estaba enamorada de Vuk, fue quien me dio la noticia. Yo, para ese momento completamente entrenada en mi rol de prisionera sumisa, no traicioné mi alegría siquiera con un batir de párpados. Monika, deseosa de provocarme de modo de contar con un justificativo para molerme a palos, aseguraba que Srebrenica se había convertido en una trampa mortal a la cual la ONU jamás defendería y donde buscarían refugio todos los balijes del Podrinje. «Será más fácil de esta manera», aducía la joven. «Los tendremos a todos en un solo sitio para aplastarlos como a ratas». En vistas de lo ocurrido, debo admitir que la chica, además de desalmada y sanguinaria, era inteligente y conocía de política pese a su corta edad, o tal vez sus análisis devenían de las conversaciones que sostenía con Vuk después de sus encuentros sexuales. Como fuese, me enteré de que mi ciudad estaba bajo la protección de las Naciones Unidas y tuve el único momento de felicidad durante mis tres años de cautiverio. No veía la hora de regresar a Rogatica y contárselo a Leila.

Existió un momento a principios del 94 en el que Vuk se obsesionó con que me empapase de la historia del pueblo serbio durante la Segunda Guerra Mundial. «No la versión mentirosa que nos contaba Tito», expresó, «sino lo que verdaderamente ocurrió». Me atiborraba de libros que me obligaba a leer. Después, me tomaba lección y me aplicaba dolorosos correctivos si me equivocaba en alguna fecha, nombre o relato. De este modo conocí la historia de los četniks y de su líder Draža Mihailović, que, durante el intento de ocupación nazi, defendían la casa monárquica reinante en Yugoslavia, la dinastía de los Karađorđević, y cuyo símbolo, la calavera, los fémures cruzados y la leyenda en cirílico, Vuk y gran parte de sus hombres llevaban tatuado en la nuca. Los textos eran apologías de los luchadores serbios y denostaban a los partisanos y a los croatas. Si bien los četniks se declaraban anti-Eje, yo sabía por los relatos de mis abuelos que de modo intermitente habían luchado a favor de los italianos y de los alemanes y en contra, según su conveniencia.

Con esas lecturas me enteré también de la existencia de un campo de exterminio nazi en la Croacia de los ustachás, en la localidad de Jasenovac, donde miles de serbios, judíos, gitanos y algunos musulmanes, pero sobre todo serbios, habían sido asesinados de maneras cruentas, mayormente con armas blancas, a manos de los sacerdotes franciscanos que lo administraban. La Croacia católica y pronazi, la del presidente Ante Pavelić, se puede jactar de la prerrogativa de haber albergado el campo de exterminio más extenso de la Segunda Guerra Mundial y el menos conocido, cuyas prácticas bárbaras causaban horror aun a los oficiales de la Gestapo que lo visitaban. Lo desmantelaron en abril de 1945, cuando la inminente

derrota alemana era vox populi, y se afanaron por ocultar su existencia. Los padres franciscanos que lo dirigían fueron enjuiciados y colgados con sus sotanas en el 46. Ante Pavelić, el ferviente católico y protegido del Vaticano, escapó de la Justicia y buscó refugio en el país de otro dictador pronazi, Juan Domingo Perón, donde vivió muchos años. Finalmente, se estableció en España, bajo la protección del tirano Francisco Franco.

Vuk se apasionaba al hablar de Jasenovac y proclamaba que sus abuelos maternos habían muerto allí, degollados por el franciscano conocido como «Fra Sátana». Su madre, una niña de doce años por aquel entonces, se había salvado al huir del campo y ocultarse bajo las aguas del río Sava mientras la rastreaban con perros. Respiró durante horas a través de un junco y luego nadó y caminó kilómetros hasta alcanzar las afueras de la ciudad bosnia de Banja Luka, donde unos granjeros serbios la encontraron desvanecida. Aunque semejante empresa con solo doce años habría puesto a la sombra el accionar del mejor soldado de élite, no me despertaba admiración sino desprecio; después de todo, esa mujer le había dado la vida a una criatura abominable como Vuk. Me daba cuenta de que él ansiaba que me interesase por su madre, quería que supiese cómo se llamaba, si estaba viva, si se comunicaba con ella, pero la nueva Mariyana, la que llevaba en su conciencia la muerte de Maida, abría poco la boca, mantenía la vista al suelo y se limitaba a contestar con un «sí, comandante» o «no, comandante». Vuk, que es orgulloso, jamás me confesaba que deseaba que le preguntase acerca de ella, pero su sentimiento era tan cierto y evidente como el aborrecimiento que él me inspiraba.

Fueron de las pocas oportunidades en que descubrí un rasgo de humanidad en él, cuando hablaba de su madre. No obstante, me resultaba imposible compadecerme; había aprendido la lección y no me engañaba; sabía que ese Vuk nostálgico y amoroso era un espejismo. Me limitaba a oírlo y a responder concisamente a sus preguntas y evitaba caer en la trampa de sus provocaciones, a las que echaba mano de continuo.

Cada día, al abrir los ojos, me preguntaba qué nueva desgracia acarrearía. Pocas eran las jornadas en donde nada aconteciese como no fuesen los usuales abusos y humillaciones. Si no se desataba una epidemia de disentería en la cual morían por decenas, se producían torturas y asesinatos en masa y después nos tocaba ver los camiones que, furtivamente, se alejaban por la noche repletos de cadáveres que acababan en fosas comunes. Para los soldados, las violaciones de las prisioneras eran parte de las actividades diarias, como comer, dormir y hacer guardia. A veces, cuando los četniks sufrían un revés en las negociaciones de los acuerdos de paz o cuando la OTAN los amenazaba con bombardear Belgrado o sus ubicaciones en torno a Sarajevo, descargaban su rabia en nosotras.

Las actitudes de los serbios y los procesos mentales que los llevaban a actuar del modo en que lo hacían eran y son un misterio para mí. De qué modo un ser humano puede ensañarse tanto con otro por cuestiones históricas y religiosas en las cuales ni

la víctima ni el victimario tuvieron nada que ver supera mi capacidad de comprensión y todavía me deja atónita. Y sin embargo, pese a haber visto, oído y vivido escenas que sería difícil encontrar en una novela de ficción, debo estar agradecida por la suerte que corrimos mi hermana y yo en esa guerra absurda pero sobre todo perversa. Nos alimentábamos con regularidad, contábamos con agua corriente y un colchón donde reposar. A cambio éramos las esclavas sexuales de dos sádicos, que nos utilizaban para su placer y que a veces descargaban la ira y la frustración en nuestros cuerpos. Cada vez que Leila aparecía con un ojo morado o el labio partido, refrenar el impulso de asesinar a Zver se convertía en un desafío que probó mi autocontrol en niveles que jamás he vuelto a experimentar.

Justamente, una mañana en que Pasik debió fajar a Leila porque Zver, muy borracho, le había causado fisuras en un par de costillas, me escapé de nuestro encierro aprovechando la confusión y me oculté en el recoveco bajo una escalera para llorar y desahogarme libremente. Un cambio en las luces y las sombras me hizo alzar la vista, y enseguida supe que la figura que se perfilaba contra el sol era la de Kosta. Se sentó a mi lado y guardó silencio mientras yo me reponía. «Por favor, no digas que me he escapado», le pedí. «Enseguida regreso a la recámara». «Sabes que no diré nada, lo sabes bien», expresó, y me atreví a mirarlo a los ojos. Los oscuros de él me contemplaron con una devoción que me hizo olvidar por un momento el desprecio que me inspiraba e incluso moví levemente los labios en una sonrisa. Me aferró la mano y la besó con actitud reverencial. Aunque me agradó sentirme bien tratada y respetada, arranqué la mano y me puse de pie. «No vuelvas a hacerlo», le ordené. «¿Qué pretendes? ¿Acaso te manda Vuk para probarme?». Ofendido, se incorporó de un salto y me exigió: «¡No vuelvas siquiera a insinuar eso! El comandante no tiene nada que ver», aseguró. «Quiero ayudarte a escapar». «Estás loco», le solté e hice el ademán de irme, pero él me retuvo por la muñeca y me miró con desesperación. «¿Por qué quieres ayudarme a escapar? No tiene sentido, tú lo sabes». «Porque te amo, Maša. Te amo desde la primera vez que te vi con tu abuela caminando por el centro. ¿Por qué crees que tomaba clases particulares de Literatura Inglesa con la profesora Duncan en verano? ¡Porque sabía que tú estarías de visita, la hermosísima nieta de Srebrenica!». Me quedé atónita ante la declaración, y de pronto sus rasgos aññados que el bigote no conseguía disimular me parecieron más recios y viriles. Su expresión atormentada me provocó una profunda ternura. «Lo que puedes hacer por nosotras es ir a la Cruz Roja o a Manos Que Curan o a cualquier otra ONG y denunciar la masacre que está teniendo lugar aquí», sugerí. «Eso no serviría de nada», me sorprendió él con determinación. «Tardarán meses, tal vez años en intervenir. La política y la burocracia son dos cosas endiabladas, Maša, y yo quiero liberarte cuanto antes», se obstinó. «Loco, estás loco», insistí. «Loco por ti. Haré lo que sea para liberarlas, a ti y a tu hermana». «¿Qué harías?», quise saber y me crucé de brazos con una mueca cargada de ironía. «Estoy buscando un falsificador para hacer unos documentos para ti, para Leila y

para mí que nos permitan viajar a Montenegro, donde mi hermana y mi cuñado ya me prometieron que nos recibirán». Admito que me dejó sin palabras. Lo tenía todo pensado. De pronto, la posibilidad de huir de esa cloaca no se presentaba como un delirio de enamorado. «¿Has conseguido el falsificador?», inquirí tras una pausa. «Sí, uno muy bueno, pero pide un dinero que no tengo. Estoy buscando uno más barato. No será lo mismo, pero tendrá que bastar».

En ese punto, Kosta tuvo que abandonarme porque su jefe lo llamaba a gritos. Esperé unos minutos y me escabullí al piso de arriba, a mi prisión. No obstante entrar y ver a Leila recostada en la cama con cara de dolor, me sentí más ligera, algo similar a contenta. El diálogo con Kosta había cambiado las perspectivas. Tenía que ser cauta; podía tratarse de una trampa urdida por Vuk para probar mi fidelidad. Durante esos casi dos años de convivencia había llegado a conocer el modo en que operaba su mente, y un ardid de esa índole habría sido muy propio de él.

Con el correr de los días, los encuentros fugaces y furtivos con Kosta se repitieron, y poco a poco, con discursos enardecidos y ojos colmados de pasión, fue persuadiéndome. Era sincero o el mejor actor bosnio. No resultaba fácil planificar en pocos minutos, pero eso me bastaba para estar animada.

La condición para acceder a escapar con él fue que Suada y su hija Munira viniesen con nosotros. No las dejaría atrás, no solo porque Suada se había comportado como una madre y la amábamos, sino porque sabía quién pagaría si las hermanas Huseinovic escapaban, y yo ya no habría soportado otra muerte en mi conciencia. Kosta, que al principio se negó, consintió a mi pedido y se ocupó de convencer a Suada, quien en un primer momento rechazó la propuesta y no quiso oír del tema. Bastó que tres muchachas a las cuales estaba muy aficionada desaparecieran después de una noche de orgía para que aceptase. Supongo que también ayudó que días atrás le hubiese tocado limpiar la sala de tortura luego de que Zver trozase con una sierra eléctrica el cuerpo de un pobre desgraciado.

Como apenas si le alcanzaba el dinero para nuestros documentos, le di las joyas de la abuela, las que Mirko había recuperado, para que las vendiese en el mercado negro y pagase los de Suada y Munira. Así pasábamos los días, buscando el momento para escabullirnos y planear nuestra fuga. Los obstáculos eran tantos; por ejemplo, no fue fácil obtener las fotografías de las cuatro para los documentos. Kosta, empeñado como estaba en salvarme, lo consiguió gracias a un amigo fotógrafo que le prestó una cámara y le indicó algunos trucos para que lucieran como la obra de un profesional. Posamos serias contra la pared blanca del vestuario de mujeres.

Kosta me había devuelto las ganas de vivir al proveerme un objetivo por el cual luchar y ya nada me parecía difícil de afrontar, ya no me importaba cómo tendría que pasar el tiempo hasta alcanzar la libertad. La vida, de pronto, volvía a tener sentido. No lo amaba, pero la gratitud me unía a él y también la admiración porque

había reunido el coraje para cambiar la postura de pasivo observador a activo defensor de los inocentes. En los besos que intercambiábamos, los apasionados de él, los míos, llenos de gratitud, intentaba comunicarle lo que no le decía con palabras, que era un hombre valiente.

Hasta que llegó una mañana a principios de junio de 1994, después de casi dos años de cautiverio, en la que todo cambió cuando supe que estaba embarazada. Una nueva vida latía dentro de mí y se nutría de mi sangre; un engendro nacido de la violencia, la humillación y el odio; el hijo de un ser despreciable, que jamás habría debido reproducirse y perpetuar su estirpe de odio y de maldad. Tenía que deshacerme de la criatura. Ese monstruo no debía nacer.

Me tiembla la mano. Creí que sería capaz de escribir acerca de esto. No puedo. Las memorias terminan aquí.

CAPÍTULO XVI

*¿Qué es el amor?, me preguntaba una niña. Contesté:
«Verte una vez y pensar haberte visto otra vez».*

Antonio Machado, poeta español
(1875-1939)

Lloraba sobre el cuaderno cerrado, amortiguando los clamores en la manta que le cubría los antebrazos. No quería despertar a Darko, que dormía en el sofá. En la quietud del departamento, escuchó unos sonidos provenientes de la habitación y supo que Kovać se había levantado. Permaneció como estaba, sentada a la mesa con el rostro sobre el diario en el que había volcado las memorias de la guerra, las que no concluiría. Aguardó con el cuerpo en tensión en tanto él se aproximaba. Kovać se inclinó sobre ella y la contuvo entre sus brazos. Le susurró al oído:

—¿Por qué lloras, amor mío? ¿Qué sucede?

Aunque no habría debido asombrarla —después de todo, ese hombre ya le había demostrado, a ella, toda una escéptica, que era mágico y poderoso—, la tomó por sorpresa el efecto que le provocaron el contacto de su cuerpo y el sonido de su voz: la calmaron enseguida. A ciegas, le buscó los dedos para entrelazarlos y los apretó. Él se ayudó con la nariz para despejarle el cabello del rostro y le secó la mejilla húmeda con la barba. Se la besó a continuación, varias veces, pequeños besos depositados con una lentitud y una delicadeza que le permitían apreciar la suavidad de los labios, pero sobre todo la succulencia.

—¿Quieres un vaso con agua? —le preguntó con la boca pegada a su piel, y aunque le hubiese venido bien un sorbo masculló un «no» porque no habría tolerado que él se apartase.

Se rebulló apenas y Kovać aflojó la sujeción. Se irguió lentamente y giró en la silla para hundir el rostro en el vientre de él y circundarlo con brazos posesivos. Kovać respondió cerrándose sobre ella.

—¿Cómo me escuchaste? Traté de no hacer ruido.

—Y no lo hiciste. Me desperté. Como no te encontré a mi lado, vine a buscarte.

Permanecieron de ese modo, relajados y en un mutismo cómplice. Ella alzó la vista y sus miradas se encontraron. Supo en ese instante que cualquier cosa que el destino le arrojase a la cara, si ese hombre se convertía en su compañero, ella sería capaz de enfrentarla. Hasta ese momento los días junto a él habían transcurrido de

manera vertiginosa e intensa, y no le habían dado tiempo a meditar ni a caer en la cuenta de que su vida había cambiado para siempre. Ese intercambio de miradas fue como otra epifanía similar a la experimentada la noche en que había ido a buscarlo a la facultad, cuando supo que reconquistaría la libertad si Lazar Kovać estaba a su lado. Del mismo modo, en ese amanecer del viernes 22 de diciembre, a una semana de haber llegado a Sarajevo, se dijo que quizás algún día terminaría de escribir las memorias de la guerra si él estaba allí para infundirle valor.

«Te amo», le habría susurrado porque, aunque increíble, era cierto y también para ver expandirse la sonrisa de él, que lo dotaba de esa belleza casi inverosímil.

El timbre del despertador rasgó la quietud del ambiente. Kovać realizó un gesto de circunstancia que la hizo reír antes de alejarse para apagarlo. La Diana se puso de pie y se cerró la manta en torno al cuerpo. Dio unos pasos hacia el sofá y se acucilló junto a la cabeza de Darko. Dormía con serenidad después de la pesadilla que lo había perturbado. Se quedó mirándolo. ¿Llegaría a amarlo tanto como lo amaba Kovać? ¿Deseaba amarlo? ¿Se atrevería a darle un beso aprovechando que dormía? Casi la tentaba apoyar los labios en el carrillo regordete y enrojecido. No obstante, al imaginar la escena, se inquietó. Se puso de pie y se topó con Kovać que la observaba. Caminó con premura hacia él.

—No pude besarlo —murmuró con angustia.

—Pero si supieses con qué dulzura lo mirabas —la alentó él—, con la misma que le cantaste la canción de cuna.

Se contemplaron en silencio. Kovać no sabía nada de los abismos oscuros donde habitaba el dragón. Él creía que ella era redimible y no tenía idea de que sus culpas y pecados eran atroces. Se le anegaron los ojos y se le estranguló la garganta cuando intentó reprimir el llanto.

—Estoy tan rota, Lazar —tartamudeó—. No creo que pueda ser una buena mujer para ti ni una buena madre para Darko. Si supieras lo que hice no me perdonarías.

—Yo a ti, Diana Huseinovic, no tengo nada que perdonarte. Más bien te venero y te amo por haberme devuelto la dignidad de hombre. Por hacerme tan feliz.

—No me conoces y me despreciarías si supieses quién soy. Y eso me destruiría más que cualquier otra cosa.

—Sé quién eres. Te conozco porque lo nuestro no comenzó aquí ni hace cuatro días. Lo nuestro es de otra vida, lo sé. No me importa qué hiciste en el pasado para sobrevivir. Nada de lo que me digas me sorprenderá porque yo también soy un sobreviviente, yo también sufrí abusos y humillaciones, y sé de lo que se es capaz cuando las circunstancias son tan extremas. —La abrazó en un arranque que hablaba del dolor que le causaba evocar la época en manos de su tutor—. Diana, ten confianza en mí. Confía en mí, te lo suplico. Verás que no te defraudaré.

—¡Lazar, seré yo quien te defraudará!

—Me defraudarás si no luchas por nuestro amor. Me defraudarás si te rindes sin presentar pelea. ¿Mi diosa guerrera es una cobarde?

—No —sollozó en un hilo de voz, y bajó las pestañas para evitar mirarlo.

—Entonces —dijo él, y la obligó a levantar el rostro sujetándoselo por el mentón—, ¿solo eres valiente para la guerra y no para el amor? ¿Tanto le temes al amor?

—Temo lastimarte.

—Me lastimas ahora con tu desconfianza. Me lastimas tanto, Diana.

Con un sollozo ahogado, se aferró a su cuello. Lo sujetó con ansiedad desmedida y experimentó un gran alivio cuando él la abrazó con igual ímpetu. Estaba subida a una montaña rusa en la que durante un instante sentía que tocaba el cielo y al minuto siguiente se hundía en el precipicio. Quería paz, la que estaba experimentando en ese momento solo porque Kovać la estrechaba.

—¡Perdóname, Lazar! ¡Perdóname!

—Dime por qué llorabas sobre la mesa.

—Porque, mientras escribía mis memorias, llegué a una instancia, una de las peores de mis casi tres años de cautiverio, y no pude seguir adelante. Creí que podría, pero simplemente no pude.

Agradeció que Kovać no la presionase ni insistiese con el interrogatorio. Se apartaron al sonido de un carraspeo. Goga los observaba desde el ingreso del salón.

—Perdón que interrumpa —dijo—, pero mi abstinencia de café me impide esperar.

—Buen día, Goga —saludó La Diana, y después de besar a Kovać en los labios recogió el cuaderno de la mesa y se dirigió al dormitorio para cambiarse.

* * *

Ese viernes sería una jornada ajetreada al final de la cual los esperaba un hecho decisivo: el encuentro con el informante en el monumento a los caídos en la Segunda Guerra Mundial en el centro de Sarajevo.

Se determinó que Kovać usaría el Dacia de Goga, incluso para asistir a la cita con el soplón. La Diana, Goga y los niños se quedarían con la Nissan en caso de que precisasen salir, aunque la consigna era permanecer en el departamento y evitar arriesgarse hasta tanto pudiesen evaluar la situación y determinar los pasos a seguir.

—Tengo que contratar un cerrajero y hacer cambiar las cerraduras de casa —alegó Goga—. Tendré que salir, lo siento.

—Yo me ocuparé de eso.

—¿En qué tiempo, Laza? Tienes que ir a buscar mi auto a lo de mamá, en un rato tendrás que hacer de traductor a Bosa en el interrogatorio de Svetlana y después retirar el dinero del banco para el alcahuete, y por la tarde darás clase en el Treća Gimnazija y en la facultad.

—Me haré del tiempo, Goga. Estoy acostumbrado a correr de un lado de la ciudad al otro. Tú no te preocupes. Además, conozco un cerrajero de confianza,

amigo de Brano. Ahora mismo lo llamaré para citarlo en tu casa en una hora. Le consultaré por algún buen sistema de alarma.

—Toma —dijo La Diana, y le presentó su celular—. Llámalo desde mi teléfono. —Consultó la hora—. Mientras ustedes se aprestan, iré a comprar dos *burner*. Y cuando veas a Bosa, Lazar, insístele en que adquiera uno para ella.

—Diana —la llamó Goga—, ¿puedo usar tu celular para telefonar a Mirna y a Kada? Les diré que no se presenten a trabajar hasta nuevo aviso.

—Sí, por supuesto. Úsalo todo lo que necesites.

Abandonó el departamento y se dirigió al negocio frente al Miljacka, el que le había recomendado Freddie Prescott y que ella, una semana atrás, había desechado para extremar las medidas de seguridad. En ese momento no había tiempo que perder ni exigencias en las que demorarse, sin mencionar que el negocio abría temprano.

Mientras caminaba en la mañana helada y nublada de Sarajevo meditaba que por fin, a las dos mil cien horas de ese día entrevistarían al informante que los pondría tras la huella del jefe de la banda de tráfico humano. ¿Qué harían con el dato? ¿A quién recurrirían? Todo estaba corrupto y podrido en la Bosnia de la posguerra. No le quedaría otra alternativa que molestar a Callum Duncan para que tocara a sus contactos de las altas esferas.

Se hizo de dos *burner*, compró víveres y regresó al departamento. Se topó en el vestíbulo con Kovać, que estaba listo para salir. Él le cubrió el rostro helado con los guantes puestos, los que ella le había regalado, y la besó con reverencia.

—¿Estás mejor? —susurró para que los niños no lo escuchasen.

—Sí. ¿Y tu gorra de lana, Lazar? Está helado.

—La olvidé en lo de Brano el miércoles cuando fuimos a cenar.

—Ten, lleva esta —dijo, y se quitó la *ushanka* para ponérsela.

—No es necesario, pero gracias, amor mío.

Se besaron con absoluto abandono, como si a pocos pasos Goga no regañase a Zaína porque se negaba a vestirse y Darko no llamase a Kovać para que le atase los cordones.

—Gracias por cuidarme —expresó él al cabo del beso y con la frente pegada a la de ella.

—No te espongas inútilmente. Y quiero que estés atento.

—Lo estaré.

—En un rato iré al Vječna Vatra a estudiar el terreno. Lamento no haber ido anoche para ver cómo es a esa hora.

—Un desierto. No hay nadie, en especial en las noches frías de invierno.

—Por eso eligió ese sitio el alcahuete —dedujo La Diana—, porque no hay nadie.

—No me acompañarás.

—Óyeme bien, Lazar: no existe poder en la Tierra que me haga desistir de acompañarte esta noche. Nadie sabrá que estoy ahí, pero ahí estaré para protegerte. Después de haber visitado el lugar y estudiado las inmediaciones, te llamaré. Toma

—dijo, y le entregó el *burner*, al cual ya había desembarazado de la caja en el negocio—. Este es el número telefónico. Ponlo a cargar apenas llegues a lo de Goga. Como te decía, te llamaré para que nos encontremos; quiero planear contigo lo de esta noche. ¿A qué hora entras a dar clase en el Treća Gimnazija?

—Los viernes, a las dos y media. No sé cuánto me llevará lo de Bosa y lo del cambio de las cerraduras, sin mencionar que tengo que ir al banco a buscar el dinero, pero haré lo posible para llegar a nuestro encuentro. Estaré esperando tu llamada.

—¿Tienes la pistola que te di? —Kovać asintió—. No te separes de ella, por favor. ¿El interrogatorio será en el refugio o en la fiscalía?

—Para cumplir con los formalismos, tiene que ser en la fiscalía. Iré a buscar a Svetlana y la conduciré yo mismo.

—Será el momento de mayor vulnerabilidad —manifestó La Diana— porque si ellos están tras tus pasos descubrirán dónde está el refugio y no es necesario que te diga cuáles serían las consecuencias.

—Tendré mucho cuidado. Bosa no anunció en la fiscalía acerca de este interrogatorio para no alertar al topo que tiene metido allí.

—Buena idea. Pero una vez que la chica esté en la fiscalía el topo podría llegar a saberlo y advertir a los traficantes. Estarían esperándolos a la salida. ¿Cómo harás para evadirte de la fiscalía sin que te sigan? Esto no me gusta nada, Lazar —se impacientó.

—No te preocupes —la tranquilizó Kovać—, hemos hecho esto varias veces. No somos improvisados, amor. Extremaremos las medidas dada la severidad del caso.

—Te lo suplico, Lazar, no des nada por sentado. Ve muy atento.

—Lo haré.

—Dame tu viejo celular, por favor. Quiero quitarle la batería, por las dudas.

Kovać lo sacó del estuche protector. A punto de entregárselo, se detuvo y se quedó mirando la parte posterior.

—¿Qué sucede?

—Este no es mi celular —declaró Kovać.

Una sensación fría surcó el estómago de La Diana.

—¿De qué estás hablando?

—Quiero decir, es uno exactamente igual al mío, pero no es el mío. Verás, el domingo pasado, cuando llevé a Dare al Vrelo Bosne —se refería al parque cercano a la casa de los Mesić—, me pidió el celular y se lo di. Se tropezó y cayó, y el celular voló y golpeó contra una piedra. No le sucedió nada, solo se hizo una muesca aquí —señaló la base de la parte posterior del teléfono—. ¿Ves? Este no tiene nada. Y te aseguro que la muesca era notoria, incluso se había salido la pintura.

—Te cambiaron el aparato —afirmó La Diana mientras intentaba controlar el pánico—. Mételo ya en la funda. Incluso apagado podrían estar usándolo para monitorearte. ¿Cuándo habrán hecho el cambio? Tiene que haber sido en el... —A punto de decir «gimnasio», se calló—. ¡Fue el martes por la mañana! —resolvió—.

El tipo que salió del gimnasio y subió al Škoda Octavia blanco, fue él. Estoy segura de que fue él.

—¿Qué tipo?

La Diana le relató lo que había presenciado desde la camioneta ese día mientras se disponía a descender.

—¿Viste algo inusual en tu taquilla? ¿Viste a alguien sospechoso merodeando los vestuarios?

—No, nada. Suele haber mucha gente los martes por la mañana —se justificó—. ¿Por qué cambiarme el celular en lugar de colocar un micrófono espía en el mío?

—No lo sé. Tendré que preguntarle a Bruce. Para cambiar tu celular han tenido que saber exactamente qué modelo era, para lo cual han debido de ir más de una vez al gimnasio. Dios mío, estos bastardos saben todo de ti y de Goga. Lazar —dijo de pronto—, quiero que pienses qué llamadas hiciste a partir del martes y desde dónde. Es muy importante.

—Lo sé, y te prometo que haré un listado.

—Por lo pronto —expresó La Diana—, fijaste el encuentro con el informante desde ese teléfono. Tendrás que cancelar la entrevista, Lazar. Es muy riesgoso. —En cuanto lo dijo, se sintió una idiota. ¿Cómo la cancelaría si no tenían dónde llamarlo?

—No tengo dónde ubicarlo, amor. Cuando llamó a mi celular, solo decía «número privado».

—Sí, discúlpame. Pasé por alto ese detalle. Entonces, no irás.

—Si no voy, Diana, el tipo perderá la confianza en mí y no volveré a verlo ni a oír de él. Cuando me llamó por teléfono para fijar la cita me advirtió que esta era mi última oportunidad, que estaba cansándose de mis idas y vueltas, que arriesgaba el pellejo cada vez que se encontraba conmigo. Y sin él no tenemos nada.

—Lazar, me importa bien poco la información que pueda vendernos o si se harta y no vuelve a aparecer. Tu vida estará en riesgo y yo estaré sola para protegerte. No lo haremos.

—Lo discutiremos hoy, cuando nos encontremos para almorzar. Ahora tengo que irme. No puedo seguir retrasándome.

Kovać volvió al interior del departamento, se quitó los guantes para atar los cordones de Darko y se despidió.

—Hoy te quedarás todo el día con Diana, Goga y Zaína —le explicó al niño, que lo abrazaba y escondía el rostro en su barba.

—¿No iré al colegio?

—Hoy no. Y dentro de poco comienzan las vacaciones de invierno, por lo que podremos estar juntos todo el día.

—Quiero ir contigo *ahora*.

—No puedes, cariño. Además, te aburrirías. En cambio con Zaína te divertirás.

—¿Sabes una cosa, Darko? —lo engatusó La Diana—. Aquí —dijo, y levantó la bolsa del supermercado— traigo muchas delicias para comer. ¿Quieres que te

muestra?

El niño asintió sin entusiasmo y Kovać lo depositó en el suelo.

—Ven, vamos a la cocina, allí te enseñaré las cosas ricas que te he comprado.

Darko le ofreció la mano y la dejó caer enseguida, y La Diana experimentó vergüenza, tristeza y rabia, todo al mismo tiempo.

* * *

En la intersección de dos calles céntricas, Maršala Tita y Ferhadija, se erigía el monumento a los caídos en la Segunda Guerra Mundial. La nieve se acumulaba sobre los canteros que lo embellecían. El fuego eterno seguía ardiendo.

Se trataba de un lugar demasiado abierto para un encuentro de esa índole, por lo que La Diana estimó que el informante planeaba desplazarse a uno más reservado. ¿Le exigiría a Kovać que lo siguiese en su automóvil o lo obligaría a subir a su medio de transporte? A cada momento, el encuentro le resultaba más riesgoso y peor planificado. Demasiadas variables se hallaban fuera de control, y eso la perturbaba.

El hecho de que estuviese prohibido estacionar sobre Maršala Tita constituía otra contra, sin mencionar que Ferhadija era peatonal. En tanto meditaba dónde dejar la Nissan, sonó su celular. Era Callum Duncan. El ruido de la calle dificultaba la comunicación, por lo que regresó a la camioneta que había dejado en una callejuela a pocos metros y se encerró en el habitáculo.

—Hablé con el periodista —declaró el viejo escocés—. Me contactó el director del periódico en el que trabaja, que es un gran amigo mío.

—¿Es de confiar? —se interesó La Diana.

Duncan le respondió con otra pregunta.

—¿Has oído hablar de Ed Vulliamy?

—Sí, claro.

—Pues bien, el periodista en cuestión formaba parte del equipo de Vulliamy. Está muy comprometido con la causa bosniaca, y todo lo que tenga que ver con ese país le interesa. Él está aguardando tu llamada.

—Gracias —dijo, y memorizó el teléfono que su tío abuelo le apuntó.

—¿Cómo andan las cosas allí? —se interesó el hombre.

—Hoy es el día D. Pero creo que las condiciones de seguridad no están dadas. A decir verdad, estoy preocupada.

—¡No te expongas! —se alteró Callum Duncan—. No tiene sentido.

—No lo haré. ¿Alguna novedad?

—De nuestros temas pendientes, ninguna, lo siento. Pero te llamo también porque nuestra amiga en común quiere hablar contigo. Acerca de tu jefe.

—¿Del general? —se extrañó La Diana.

—No de él sino de quien lo reemplazó. Le pedí que lo llamase P.

«¿P?», se desconcertó, y enseguida dedujo que se trataba de la inicial de Portugal, el país de origen de De Souza. La acometió un mal presentimiento mientras esperaba a la esposa de Raemmers. No le reconoció la voz; se le había aclarado el timbre, sin mencionar que su discurso era constante, sin tartamudeos ni pausas.

—Sí, estoy mucho mejor —confirmó la mujer—. El doctor Hanley me cambió las medicinas que me había recetado la doctora Duffy y me siento más despejada, tengo los pensamientos más claros. Los recuerdos vuelven a mí. Cuando me conociste no era yo misma. Ahora incluso estoy empezando a dar algunos pasos con la ayuda de un andador.

—¡Felicitaciones!

—Es todo muy alentador —admitió Charlotte—, sin mencionar que volver a pintar ha sido terapéutico. Lo mismo que la compañía de Callum. Como te decía, los recuerdos están regresando, algunos con más nitidez que otros. Pero ayer, al ver un documental de la BBC sobre la manipulación genética, recordé la última visita que me hizo la esposa de... P.

«Severina», pensó La Diana.

—¿Qué recordó? —la instó a seguir.

—Ella nos confió...

—¿Nos confió?

—A mí y a... mi esposo.

—¿Él estaba presente?

—Sí.

—¿Qué les confió?

—Que P tendrá un hijo con otra mujer.

—¿Con una amante? —La noticia la desconcertó; el general De Souza no encajaba en la figura del marido infiel; por el contrario, siempre lo había juzgado como a un esposo y padre devoto.

—No. P no tenía una amante. El hijo fue engendrado de manera artificial. Fecundado *in vitro* —aclaró.

La Diana se apretó el puente de la nariz no porque le costase seguir lo que tan bien le explicaba la señora Raemmers sino porque no comprendía qué tenía que ver el asunto con ella.

—Ajá —dijo—, lo engendraron artificialmente. ¿Para qué?

—Para crear un hermano salvador.

—¿Un qué?

En ese punto, Callum Duncan se hizo del celular.

—Soy yo. Nuestra amiga se ha cansado y me pide que continúe.

—Está bien. ¿Qué tiene que ver todo esto conmigo?

—Tiene que ver. Ya verás. Permíteme que te explique.

—Por lo pronto, me gustaría saber qué es un hermano salvador.

—A eso iba —expresó el viejo escocés—. Cuando un niño tiene problemas de salud relacionados con la genética de la sangre, como es el caso de la hija de P, se puede curar la enfermedad a partir de la creación de otro niño con la misma estructura genética. Esta nueva criatura, idéntica al niño enfermo desde el punto de vista genético, le donará las células sanas que reemplazarán a las que funcionan mal en el cuerpo del enfermo. De eso modo, se vence la enfermedad.

—Asombroso —masculló La Diana.

—Para conseguir células idénticas —prosiguió Glendale— se necesita encontrar un ser humano idéntico desde el punto de vista genético, o bien crearlo. Para esto último, se concibe una réplica del hermano enfermo, pero sano. A este embrión genéticamente exacto al niño con el problema de salud se lo llama hermano salvador, al menos esa explicación me dio el científico al que tú visitaste en Aberdeen cuando lo llamé ayer después de que nuestra amiga me comentase acerca de esto.

—Entiendo.

—Obviamente, para crear el hermano salvador se necesita partir del mismo óvulo y del mismo esperma que dio vida en primera instancia al hermano enfermo. En el caso de la hija de P era imposible pues a su esposa le habían secado los ovarios en un tratamiento de rayos contra el cáncer.

—Lo recuerdo —dijo La Diana, en tanto evocaba la conversación con Charlotte semanas atrás—. Entonces, ¿cómo se procedió en este caso?

—Buscaron a una mujer con la estructura genética lo más parecida posible a la de la hija de P o de la esposa de P. Hallaron primero a una mujer similar a la esposa de P.

—¿Quién es la mujer?

—Aquí viene lo interesante. Según nuestra amiga, cuando la esposa de P se enteró de las maniobras que estaba llevando a cabo su esposo...

—¿Quiere decir que la esposa no estaba al tanto de que P quería concebir un hermano salvador?

—No lo estaba, no. Era muy católica y desaprobaba la manipulación genética. Habían tenido grandes discusiones por esto. P siguió adelante a sus espaldas. Pero saber esto no la perturbó tanto como sospechar que la mujer que estaban utilizando para engendrar y gestar al hermano salvador no estaba haciéndolo por voluntad propia sino que era una joven víctima del tráfico humano.

—¡Qué! —La Diana se incorporó en el asiento y en un acto maquinal cerró la mano en el volante—. ¿De qué está hablando?

—Eso es lo que sospechaba la mujer de P y lo que le confesó a nuestra amiga y a su esposo.

—Tengo la mente hecha un caos. No sé qué pensar. ¿Existe la posibilidad de que nuestra amiga esté recordando mal, que esté equivocándose? Al fin y al cabo, esto ocurrió *después* de que le diese el ictus. No puedo creer que... que P haya caído tan bajo. No lo puedo creer.

—Aunque son conjeturas, la cosa cierra por todas partes. Tu jefe te dijo la noche en que fue a verte a tu departamento que sospechaba que personal de las altas esferas, tal vez de la agencia para la que tú trabajas, estuviese involucrado en este tráfico.

—¿Pero P? Me cuesta creerlo. ¿Cómo se enteró su esposa de todo esto?

—Parece ser que comenzó a desconfiar cuando P le pidió con excusas irrisorias que se realizase unos estudios y una extracción de sangre. A partir de ese momento se dedicó a seguirlo, a escuchar sus llamadas. En dos oportunidades levantó el auricular mientras P hablaba en su estudio, y aseguraba que si bien la persona (un hombre) manejaba un inglés fluido, su acento era extranjero. Y supone que era eslavo porque se mencionó a Bosnia.

—P tiene amigos y contactos en casi todos los ejércitos del mundo. Se lo pasa hablando con personas de diversos y variados acentos.

—Entiendo que te cueste aceptarlo, pero la naturaleza de la conversación lo delató. La esposa de P aseguraba que el hombre del acento eslavo se refería a la muchacha como a una de su *stock*, una que acababan de traer de Ucrania y que era *mercadería* de la buena.

—¿Podemos confiar en la memoria de nuestra amiga? —se empecinó.

—Hablé esta mañana con su médico, una eminencia en el tema, y me aseguró que el cerebro es un misterio del que poco sabemos y que sí, podría haber almacenado esa información cuando todavía estaba bajo los efectos de los anteriores medicamentos y que ahora que la mente está despejándose esos recuerdos emergen. De igual modo, las cosas que nuestra amiga nos ha referido, con los detalles que lo ha hecho y de temas que no maneja y que le son ajenos, habla de que no se inventó nada.

—Supongamos por un momento que es cierto, que la mujer de P le contó a nuestra amiga y a su esposo acerca de la manipulación genética. ¿Cuándo tuvo lugar esta conversación?

—Solo pocos días antes de la muerte de la mujer de P y de la del general.

La Diana cerró los párpados lentamente. A Severina de Souza la habían prácticamente fusilado a las puertas del hospital donde se encontraba internada su hija Inés la noche del lunes 6 de noviembre, en tanto que el general Raemmers se había suicidado la madrugada del domingo 12 de noviembre. En verdad, los tiempos eran si no reveladores, al menos sospechosos. Y si a esos datos se le agregaba que el general le había entregado a su esposa los videos y el resto de la información acerca del tráfico de personas el día antes de morir, la cuestión comenzaba a adquirir visos de complot.

—¿Mataron a la esposa de P porque había amenazado con denunciarlo?

—Nuestra amiga asegura que ella estaba dispuesta a denunciarlo, no tanto por el hecho de la manipulación genética, que es ilegal, sino por la sospecha de que esa pobre muchacha era víctima del tráfico humano.

—Si todo esto es cierto —admitió La Diana—, la situación es en extremo grave. Si se confirmase lo que nuestra amiga sostiene, P de seguro es uno de los

funcionarios corruptos de las altas esferas que está involucrado en este sórdido comercio. No sé qué hacer.

—Por lo pronto —razonó Glendale—, carecemos de pruebas para hacer una denuncia formal. El testimonio de nuestra amiga sería destruido en cualquier tribunal. Su condición la condena. Tendremos que esperar y movernos con cautela. Me decías que hoy es el día D.

—Sí, pero han sucedido cosas ayer que me hacen dudar de presentarnos a la cita.

—Insisto: no te expongas.

—No lo haré, al menos no sin tomar recaudos. Pero si dejamos pasar esta oportunidad quizá perderemos la única chance para llegar a las cabezas de esta mafia y de los funcionarios corruptos involucrados.

Se despidieron poco después. La desazón causada por la revelación de Charlotte Raemmers la había dejado paralizada, perpleja y profundamente triste. Marcó el número telefónico de Kovač y, mientras aguardaba que la atendiese, reflexionó que se había tratado de un acto reflejo en la búsqueda del equilibrio y el confort.

—Soy yo —dijo apenas Kovač respondió.

—Amor, qué alegría escucharte. Es la primera vez que hablamos por teléfono.

La Diana sonrió, enternecida por el comentario.

—Tu voz es tan magnífica por teléfono como lo es en vivo —lo halagó.

—¿Te gusta mi voz?

—Sabes que sí. Es perfecta.

—¿Cómo estás?

—Preocupada —admitió—. Estoy en el sitio donde será la entrevista. Creo que el tipo tiene planeado levantarte aquí y llevarte a otra destinación más reservada. Pero eligió este lugar porque es abierto y le permitirá descubrir cualquier emboscada. No me gusta, Lazar. ¿Dónde estás? —preguntó sin pausa.

—Saliendo del banco.

—¿Cómo te fue con Bosa?

—No obtuvimos nada sustancial durante el interrogatorio. La pobre chica está aterrada y ha dicho poco y nada. Después te contaré. ¿Cuándo nos vemos?

—¿Ahora? —propuso La Diana, y consultó el reloj; era la una y cuarto—. Te necesito.

—Y yo a ti.

—¿Dónde queda el banco?

—Estamos muy cerca. De hecho, me encuentro en la cuadra siguiente.

Kovač le dio las indicaciones y La Diana lo encontró en la puerta de la sucursal del Unicredit Bank de Maršala Tita.

—Cielo santo, cuánto te eché de menos —susurró él mientras le acunaba el rostro y le mordisqueaba los labios.

—Yo también. ¿Pudiste con todo?

—Sí. Incluso tuve tiempo para ir al orfanato y recoger las poquitas cosas de Dare.

—Y yo tuve tiempo para comprarte esto —dijo, y sacó de la mochila un gorro de cuero negro forrado y orlado con lana de cordero—. ¿Te gusta?

Kovać, sonriendo como si no tuviesen problemas ni preocupaciones, se lo puso antes de aferrarla por la cintura y besarla.

—Gracias, amor mío. Me encanta.

Tenían poco tiempo para almorzar por lo que decidieron ir al bar frente a la escuela. La Diana hizo un esfuerzo por separarse de Kovać y regresar a la camioneta. Lo siguió; él se desplazaba en el Dacia de Goga. Después de perder valiosos minutos saludando a las amigas del bar, que le preguntaron por su vida de laico, ocuparon una mesa y ordenaron sándwiches, lo más rápido del menú, y agua mineral. La Diana, que habría necesitado contarle lo de De Souza para aliviar la inquietud, prefirió concentrarse en la cuestión inminente: la entrevista.

—Si, como sospecho —manifestó—, te dice que el intercambio tendrá lugar en otro sitio y que tienes que ir con él, por nada del mundo aceptes subir a su automóvil. Le dices que el intercambio tendrá lugar allí mismo o en ningún otro lugar. Si insiste, te vas.

—¿Dónde estarás tú?

—Desde temprano me instalaré a pocos metros del Vječna Vatra, y allí me quedaré. No iré con la Nissan. Pienso alquilar otra camioneta, una negra, que se camufle mejor en la noche.

—¿Crees que los traficantes saben que nos movemos en la Nissan?

—El miércoles, cuando fui a buscarte a la facultad, me pareció ver el BMW, incluso tuve la impresión de que sacaban fotografías. Y ese día estábamos con la Nissan.

—Pero los dos que entraron anoche en la comisaría pasaron al lado y no le prestaron atención.

—Lo sé, pero no quiero arriesgarme.

—Comprendo.

—Apenas la haya alquilado, te enviaré un SMS especificando el modelo y la matrícula y te diré dónde la estacionaré. Recién estuve viendo que podría dejarla en una calle lateral, la Kulovića.

—OK, la Kulovića, la conozco.

—Lazar, si veo que te dispones a subir al vehículo del informante, intervendré. No permitiré que subas porque estoy segura de que será una trampa.

—¿Temes que me lleve con sus jefes, con los cabecillas del tráfico?

—Así es. Si sus jefes descubrieron al soplón, lo usarán para tendernos una trampa. Por alguna razón que no llego a comprender, están desesperados por recuperar a Svetlana. Era eso lo que aguardaban para proceder y atacar; era ese el motivo por el cual estaban al acecho. Esperaban que la muchacha se pusiese en contacto con Duga Sarajevo o con Bosa. Cuando obtuvieron la confirmación, de seguro gracias al topo de la fiscalía, comenzaron las amenazas a Bosa, el asalto

callejero a Mirna, el robo en casa de Goga. En fin, resulta obvio que sabían que la chica recurriría a ustedes, por eso estaban al acecho como los depredadores que son. La pregunta que cabe es cómo supieron que Svetlana recurriría a ustedes.

—Quizás encontraron entre sus cosas el folleto que solemos repartir en los bares —dedujo Kovać.

—¿Por qué lo supones?

—Porque una de las pocas cosas que Svetlana se atrevió a confesar fue que ella había sabido de nosotros gracias al folleto. Dice que se lo entregó la doctora buena.

—Habló de ella el martes por la tarde, cuando la hallamos, ¿lo recuerdas?

—Sí —ratificó Kovać—. Se le ilumina el rostro cuando la menciona. Y ahora me acuerdo de que dos muchachas que tuvimos tiempo atrás en el refugio de la calle Zvornička también hablaron de una médica que las había tratado muy bien. Según dijeron, les había extraído sangre y dado unas vitaminas de manera furtiva, y les recomendó que sus captores no las descubriesen. No solo les extrajo sangre a ellas sino a todas las muchachas secuestradas. Y a todas les repartió vitaminas en secreto.

—Qué insólito. ¿La extracción de sangre también fue de manera secreta?

—No —contestó Kovać—, al menos creo recordar que solo se referían al tema de las vitaminas.

—Estas muchachas que tuvieron contacto con la doctora buena, ¿habían pertenecido las dos al mismo *cabaret* o burdel?

—Eso es lo más interesante —expresó Kovać—. Se conocieron en el refugio. Habían estado en *cabarets* distintos, que ni siquiera pertenecían al mismo dueño. Uno estaba ubicado en Brčko y el otro en Foča.

—Uno en una punta de Bosnia y el otro, en la otra.

—Así es. Distintas ciudades, distintos *cabarets*, distintos dueños, pero la misma *doctora buena*.

—¿La describieron físicamente?

—Sí, y las dos coincidieron con las descripciones. Menuda, bajita, rubia, ojos verdes, delicada.

—Qué misterio. ¿Siguen en contacto con estas muchachas?

—No. Después de declarar las expatriamos. Volvieron con sus familias.

—De las muchachas que Duga protege ahora, ¿alguna tuvo contacto con la doctora buena aparte de Svetlana?

—Debo admitir que nunca las hemos interrogado al respecto. El tema de la doctora buena surgió con estas dos chicas y desde entonces ninguna ha vuelto a mencionarla. Y a nosotros no se nos ocurrió sacar el tema.

—Lo haremos mañana mismo, si te parece. Creo que tenemos una aliada en la red de tráfico, una doctora que trabaja para los traficantes.

—Es algo muy extraño —manifestó Kovać—. No me refiero al hecho de que una doctora trabaje para los traficantes. Sabemos que sobornan a cualquiera, pero sí el

hecho de que le pidan a la doctora que les haga controles de sangre. ¿Para qué? ¿Por qué?

—¿Para confirmar la ausencia de enfermedades venéreas? —sugirió La Diana.

La risa de Kovać estaba cargada de sarcasmo.

—¿Crees que a esos malnacidos les importa algo de las enfermedades venéreas? Estas muchachas son como condones: una vez usadas, las tiran. Hay miles de recambio. Este tráfico es tan lucrativo justamente porque la materia prima, es decir, las mujeres y las niñas, prácticamente no precisan mantenimiento y las revenden una y otra vez hasta destruirlas. Las tienen hacinadas en sótanos, les dan de comer poco y mal, sin mencionar que las obligan a pagar por todo, por la comida, que es una bazofia, por las ropas, que son trapos, y por el alojamiento, como si viviesen en un hotel y no en un sótano inmundo.

—¿Cómo las obligan a pagar si ellas no reciben un salario?

—A muchas, para que no armen escándalo, les prometen que las liberarán cuando hayan terminado de pagar la deuda con trabajo.

—¿Qué deuda?

—La que generó el viaje por el cual llegaron a Bosnia.

—¡Es inconcebible! —se enfureció La Diana.

—Se trata de una servidumbre por deuda. Y la deuda, por supuesto, cada vez es más abultada. Por cada cosa, esos malditos la incrementan. Como te decía, la aumentan por el alojamiento, por la comida, por las míseras ropas que les dan. Ni qué hablar de las multas que les ponen por mal comportamiento. A una de las muchachas que tuvimos tiempo atrás, una niña en realidad, le pusieron una multa por haberse negado a tener sexo sin condón con un cliente. Y no terminó allí. También le arrancaron un molar con una tenaza.

La Diana devolvió el sándwich al plato; se le había esfumado el apetito.

—Discúlpame, amor —se mortificó Kovać—, no debí mencionarlo mientras comemos. Ha sido una desconsideración de mi parte.

—No te preocupes. ¿Le pidieron a Svetlana que describiese físicamente a la doctora buena?

—Sí. Y ahora que lo pienso nos dio una descripción similar a la que nos suministraron las otras dos chicas. Lamento no haberme acordado de esto durante el interrogatorio.

—Lo importante es que lo has recordado ahora —lo alentó La Diana—. Se lo comentaremos a Bosa mañana mismo. ¿Svetlana les dijo qué día escapó?

—Dice que escapó el lunes 20 de noviembre, por la madrugada.

—Y nosotros la hallamos... —La Diana hizo cuentas mentales—. El martes 19 de diciembre. Casi un mes desde su huida. Pero ¿dónde la tenían? ¿Por qué le tomó tanto tiempo llegar a Sarajevo?

—Dice que no sabe dónde la tenían.

—¿Crees que miente?

—Es lo más probable. Como te comentaba, está aterrada y prácticamente no ha dicho nada de utilidad. Solo piensa en transcurrir estos meses en nuestro refugio hasta que nazca su hijo, y después regresará a su país.

—¿Con el bebé?

—No, sin él.

—Oh.

—Para hacerla hablar, Bosa la presionó con el hecho de que sus secuestradores están buscándola sin pausa. La pobre rompió a llorar desconsoladamente. En ese punto, Bosa dio por terminado el interrogatorio sin haber obtenido nada, ni un nombre, ni siquiera un sobrenombre, ni un sitio. Solo pudimos saber que, después de un viaje de locos desde Ucrania, la vendieron en un remate en Arizona Market. — Ante la mueca de ignorancia de La Diana, Kovać prometió—: Ya te hablaré de Arizona Market, pero volvamos al tema del encuentro de hoy; solo nos quedan pocos minutos.

—Sí, claro. El tipo —retomó La Diana— te pedirá que le entregues el dinero antes de hablar. Lleva los veinte mil marcos separados en dos mitades y guárdalos en bolsillos internos diferentes. Cuando te presione por el dinero, le dices que le darás la mitad y que cuando termine de hablar, si juzgas que lo que te informó es de valor, le entregarás el resto.

—Muy bien, así lo haré.

—¿Dónde piensas llevar la Beretta?

—Donde la tengo ahora, sujeta al cinto, en la parte baja de la espalda.

—Es pequeña, por lo que entrará perfectamente en uno de los bolsillos donde pondrás el dinero. Colócala detrás del fajo para que, en caso de que exija cachearte, no la sienta. Tocaré el dinero y se quedará tranquilo. Si por alguna razón te amenaza, le dices que le entregarás el resto de los marcos fingiendo querer calmarlo. En lugar de eso, sacas el arma. Tienes que estar a pocos metros para que el disparo sea letal, a lo sumo dos, dos y medio. Pero si sacas la Beretta, será para disparar. Si no estás dispuesto a hacerlo, es mejor que no la saques.

—Si tengo que disparar, amor, lo haré. Y no me temblará el pulso.

La Diana se quedó mirándolo, mientras la curiosidad por saber acerca de esos tres años de su vida en los que las armas habían sido parte de ella aumentaba. La surcó una corriente de excitación y deseó a Lazar Kovać como nunca había deseado a otro hombre.

* * *

Se decidió por una camioneta cuatro por cuatro Chevrolet Blazer negra con cinco puertas. Habría preferido un automóvil más pequeño, menos conspicuo, pero la condición impuesta al alquilar el vehículo, que todos los vidrios, aun el parabrisas,

fuesen polarizados, le había limitado la oferta. Apenas salió de la oficina de Rent-a-Car, le envió un mensaje a Kovać con el modelo de la todoterreno, el número de la matrícula y con la confirmación de que la estacionaría en la calle Kulovića, casi en la esquina con Maršala Tita.

Regresó al sitio donde tendría lugar el encuentro con el soplón y estacionó en el lugar que le había indicado a Kovać en el mensaje, sobre la calle Kulovića. Caminó hacia la llama eterna y descubrió que a pocos metros del monumento, sobre Ferhadija, se abría un pasaje, una especie de galería con negocios que desembocaba en la Kulovića. Después de recorrerla y estudiarla, resolvió que la entrada al pasaje ofrecía la mejor posición para controlar el intercambio, incluso había un bar donde podría comprar un café para cobrar ánimo hasta las nueve de la noche.

Eran las cinco de la tarde; le quedaban cuatro horas por delante que las transcurriría simulando ser una turista. Hacer guardia bajo condiciones climáticas extremas, con ganas de orinar, hambre y sed formaba parte de las habilidades de un soldado de élite, porque como decía el general De Souza... Se le interrumpió la línea de pensamiento al evocar el nombre de su comandante. La revelación de Charlotte implicaba consecuencias a las que les temía. Se acordó de la última vez que había visto a su jefe, cuando él le había comunicado que la suspendería por dos meses. En realidad, lo que recordó fue el encendedor de oro y esmalte azul con el logotipo de la Baywatcher. Sí, era cierto, las piezas encajaban, solo que ella no se resignaba; *tenía* que existir una explicación. De Souza, el gran amigo del general Raemmers, no podía estar implicado en esos delitos aberrantes.

Para evitar perder el tiempo en lucubraciones que no la llevarían a ninguna parte, decidió aprovechar las horas de vigilancia y llamar por teléfono a Albert Coleman, el periodista de *The London Times*. Era una línea directa, y respondió el propio Coleman.

—Mi nombre es Diana Huseinovic. Entiendo que esperaba mi llamada.

—Así es. No la escucho bien. Hay mucho ruido.

—Aguarde un momento —dijo antes de entrar en la galería y buscar refugio en el bar prácticamente vacío—. ¿Me escucha mejor?

—Sí.

—Gracias por atenderme, señor Coleman.

—Huseinovic. Es un apellido musulmán, ¿verdad?

—Sí, aunque jamás practiqué la religión de mis ancestros.

—¿Se encontraba en Bosnia durante la guerra?

—Sí —contestó, y guardó un silencio elocuente.

—¿Quiere hablar de lo ocurrido durante esos años de conflicto?

—No. Quiero hablarle de lo que está ocurriendo en mi país desde el final de la guerra, desde que miles y miles de soldados y funcionarios de la comunidad internacional invadieron Bosnia para dar cumplimiento a los Acuerdos de Dayton.

—¿Qué sucede con ellos?

—Digamos que algunos de sus apremios físicos han dado lugar a un incremento de los servicios de prostitución, solo que las mujeres, en muchos casos niñas, que prestan el servicio no lo hacen voluntariamente sino que son víctimas del tráfico humano. Y se sospecha que personal de la ONU y de la OTAN no solo se sirven de estas mujeres y niñas secuestradas sino que participan activamente en el tráfico por un lucro económico aprovechando la inmunidad que poseen.

Del otro lado, la línea enmudeció.

—¿Tiene pruebas de esto? —quiso saber Coleman segundos después—. Es decir, de que personal de los organismos internacionales participan en el tráfico.

—Estoy a punto de conseguirlas. La persona que las tenía y que trabajaba para la IPTF...

—¿La Police Task Force de la ONU? ¿La que tiene el rol de policía?

—Exacto. Esta persona fue primero expulsada de la fuerza y luego asesinada.

—¿Asesinada?

—Sí, en un confuso episodio en el cual también murió su pareja. Cabe aclarar que su pareja era empleado de la SFOR, el ejército de la OTAN en suelo bosnio, y que también fue despedido poco antes de morir.

—Suenan interesantes —concedió el periodista inglés—. ¿Y qué hay con las pruebas?

—Antes de morir, estas personas quisieron entregármelas, pero les resultó imposible y las escondieron. Estoy a punto de dar con ellas. Debo confesar que no sé qué contienen, pero estimo que es un material importante.

—Tanto como para asesinar a dos personas —apuntó Coleman.

—No solo han muerto dos personas. Han muerto más. Y ahora, la fiscal Bosa Dretar está recibiendo amenazas por...

—¿Conoce a la fiscal Dretar? —la interrumpió Coleman—. Ayer hablé con ella.

—La conozco, sí. Estoy ayudándola en la investigación. Pertenezco a una ONG —mintió—, a Duga Sarajevo.

—Sí, la fiscal la mencionó. Traté de investigarla, pero no tiene página web.

—Por falta de fondos —aclaró La Diana—, pero pronto la tendrá. Su trabajo es encomiable, no solo porque no recibe donaciones del gobierno ni de la ONU sino porque sus miembros arriesgamos el pellejo en medio de una realidad en la que no se puede confiar en nadie, sobre todo en la policía y en el sistema judicial.

—Ya veo.

—¿Le interesa escribir esta nota?

—Si cuento con las pruebas, sí.

—Las tendrá —afirmó La Diana sin mayor asidero—. Además, hay otro dato interesante. Creemos que el cabecilla de la red de tráfico, un personaje elusivo y del que poco se sabe, es un criminal de guerra, uno que ni siquiera figura en las listas del tribunal de La Haya.

—Y si no figura en los listados, ¿cómo sabe usted de la existencia de este criminal de guerra?

—Porque fue quien me mantuvo cautiva durante tres años. Era el señor del Drina, lo llamaban Vuk y cometió atrocidades.

—Entiendo —contestó el hombre con humildad—. Lo siento —acotó, a lo cual La Diana no respondió—. Sí, señorita Huseinovic, me interesa la investigación que me propone. Pero necesitamos las pruebas —recalcó.

Acordaron que se mantendrían en contacto. Coleman le pasó su número de celular, y ella hizo otro tanto. Cortó la comunicación y se sintió bien; al menos, estaba haciendo algo concreto.

Bruce McLeod la llamó media hora más tarde, y La Diana reprimió un grito triunfal cuando el escocés le informó que tenía el video y los legajos en su poder; los había hallado en una de las taquillas de la escuela primaria donde trabajaba una amiga de Alexandra Buunk; la chica estaba de licencia por maternidad.

—¿Tú dónde estás ahora? —se interesó La Diana.

—Ya de regreso.

—¿Has visto el contenido del video?

—Sí. Aparecen dos tipos de cuarenta, cuarenta y cinco años, aunque no puedo confirmar el dato de la edad porque la filmación es casera y el lugar está en penumbras.

—Ajá —lo alentó La Diana—. Dos tipos de cuarenta, cuarenta y cinco. Y ¿qué más?

—Y dos jovencitas, *muy* jovencitas, con las que están en una orgía en las que las muchachas no participan de muy buen grado, eso se ve claramente.

—Aunque el video es casero y la habitación está en penumbras, ¿se distinguen los rostros de los tipos?

—Sí.

—¿Cómo me gustaría ver las caras de esos bastardos!

—No me atrevo a enviártelo por *courrier*; es demasiado riesgoso.

—¿Has hecho una copia?

—Elemental, Watson —contestó McLeod—. No solo que la hice sino que está en un sitio seguro.

—Gracias. Necesito saber cuanto antes quiénes son esos dos.

—¿Quieres que viaje adonde te encuentras?

—En lugar de venir aquí, ¿estarías dispuesto a viajar a Londres?

—Sí, claro. En el Augusta llegaré en una hora.

—Perfecto. Te llamaré en un rato.

La Diana hurgó en su mochila hasta dar con la libreta en la que anotaba ciertos números telefónicos clave, entre ellos el de Nigel Taylor, que además de ser dueño de la Spider International, una de las empresas militares privadas más importantes del mercado, era un exsoldado de L'Agence.

—¡Diana, qué sorpresa! —la saludó el inglés.

—Nigel, lamento molestarte, pero Elisha está en la otra punta del planeta y necesito ayuda urgente.

—No hay problema. Dime en qué puedo serte útil.

—El pedido es extraño, pero muy importante.

—Soy todo oídos.

—¿Podrías recibir mañana a un amigo mío?

—Sí. Tendría que consultar con mi secretaria cómo está mi agenda, pero creo sí.

—No te llevará más de unos minutos. Este amigo te hará ver un video en el que aparecen dos hombres. Si los reconoces, quiero que le reveles sus identidades.

—¿Por qué piensas que yo podría reconocerlos?

—Si los reconoces, lo comprenderás. Es muy importante.

Nigel Taylor la hizo esperar unos minutos mientras consultaba con Jenny, su secretaria, la posibilidad de recibir a McLeod al día siguiente. Acordaron la cita para las once y media.

—Gracias, Nigel. No sabes cuánto lo aprecio.

—Cualquier cosa por los amigos —contestó el inglés, y se despidió.

La Diana llamó enseguida a McLeod y, aunque no era seguro, se resignó a pasarle la dirección de la Spider International por teléfono.

—Te recibirá mañana a las once y media en su oficina de Canary Wharf, en el piso cuarenta y cuatro.

—¿Por qué estimas que Taylor podrá reconocer a los tipos?

—Porque él hacía mi trabajo tiempo atrás, sin mencionar que conoce a casi toda la plana mayor.

—¿Y si se tratase de agentes nuevos, los que ingresaron cuando Taylor ya no estaba?

—Un paso a la vez. Quizá la suerte nos asista y Taylor pueda reconocerlos. Si no, buscaremos otra solución. Tal vez ni siquiera sean miembros del organismo, pero tenemos que ir tachando posibilidades. ¿Qué me dices de los legajos?

—No he tenido tiempo de estudiarlos con detenimiento, pero creo que es material candente. Nuestro amigo está leyéndolos. Supongo que nos brindará un informe mañana.

—Excelente. Gracias. Gracias de verdad. Sin ti y sin nuestro amigo en común no habría podido hacer nada.

—Estamos para servirte —contestó McLeod en su habitual disposición jocosa—. ¿Cómo va todo por allá?

—Las cosas están complicándose. Temo que nos siguen y nos rastrean. Hay un asunto delicado que quiero comentarte y que necesito que me expliques. Hoy mi amigo se dio cuenta de que su teléfono fue suplantado por otro igual. Creemos que el cambio lo hicieron el martes por la mañana. ¿Qué puedes decirme al respecto?

—Tendría que ver el celular, pero estoy casi seguro de que se trata de una nueva tecnología llamada «celular interceptor». Instalan un *software* en el chip que permite a los que monitorean la actividad de una persona escuchar sus conversaciones telefónicas, leer los SMS y ubicar geográficamente el aparato. Se trata de un *software* endiabrado que no se detecta con una inspección física del teléfono, y solo un especialista sabría cómo descubrirlo. No tengo confirmación de esto, pero se dice que hay versiones más avanzadas que permiten incluso oír los sonidos ambientales.

—Mierda —masculló La Diana.

—Para hacerlo —continuó Bruce—, primero debieron copiar la información contenida en el chip del celular de tu amigo pues de lo contrario él habría sospechado inmediatamente si se hubiese dado cuenta de que, por ejemplo, le faltaba el directorio de teléfonos.

—Pero ¿por qué no instalarlo en el mismo aparato de la persona? ¿Por qué suplantarlo por otro?

—Porque la preparación requiere tiempo y pericia. No es como abrir la tapa de la batería e insertar un microchip; nada que ver. ¿Crees que tu amigo haya dado información sensible con el celular interceptor?

—Sí. Por lo pronto lo usó en el refugio que estoy ocupando y también para fijar la cita con el informante.

—No vayan a la cita y cambia de refugio —propuso McLeod—. Vete a un hotel. Ahora.

—No presentarnos a la cita podría equivaler a no volver a tener contacto con el soplón. En cuanto a cambiar de refugio, hablaré con el enlace que me consiguió este a ver qué puede hacer.

—Confío en tu pericia, Diana —manifestó el escocés—. Te vi hacer frente a cuatro tipos cuando nos emboscaron y vencerlos como si fuesen niños, pero igualmente toma todas las medidas de seguridad; no dejes nada al azar.

—Sé que abuso de ti, pero me urge conocer los nombres de los propietarios de las matrículas que te pasé. ¿Las tienes aún?

—Sí, las tengo. Ahora que he terminado con mi misión me pondré con ese tema.

—Si descubres algo, llámame hoy antes de las dos mil cien...

—¿Antes de qué?

—Disculpa. La fuerza de la costumbre. Te hablé en jerga militar. Quiero decir que me hables hasta las nueve de la noche, para ti las ocho. Pero después, no. Espera hasta mañana.

—OK.

La Diana y Bruce McLeod se despidieron, y ella no perdió tiempo y llamó a Freddie Prescott.

—El refugio ha sido comprometido —anunció tras los saludos y preguntas de rigor—. Los del tráfico humano saben que estoy ahí.

—¿Cómo lo supieron? —indagó el agente en un tono poco amigable.

—Una persona de mi confianza empleó un celular para hacer una llamada desde allí y hoy descubrí que el celular de esta persona fue suplantado por un interceptor.

—¿Te refieres a un celular interceptor?

—Sí —ratificó La Diana, y escuchó el silbido que emitió Prescott.

—Nuestros traficantes cuentan con tecnología de punta, ¿eh?

—Así parece.

—¿Puedo saber qué persona que no seas tú estuvo en un refugio del MI6?

—Prefiero no dar nombres.

—Comprendo —aceptó el agente inglés.

—Lamento haber violado la seguridad del refugio, pero era preciso poner a esta persona a buen resguardo. Están persiguiéndolo.

—¿Crees que hayan implantado micrófonos?

—Estimo que no, pero no me atrevo a confirmarlo. Cada vez que salí del departamento coloqué un testigo en la única puerta de acceso y en la contraventana del balcón. Una cinta adhesiva a dos centímetros del suelo, y siempre las hallé en su sitio.

—Buena medida —concedió Prescott—, pero si, como creo, estamos frente a profesionales, no podemos fiarnos. Como sea —dijo, y soltó un suspiro—, haré unas llamadas y trataré de ubicarte en otro sitio.

—Gracias.

—No me lo agradezcas a mí sino al viejo escocés. Le debo la vida, entre otras cosas. Me rescató de una cárcel en Camboya durante la Guerra Fría en la que el MI6 me habría dejado pudrir si nuestro amigo no hubiese intervenido.

Veintiséis minutos más tarde, el inglés volvió a llamarla y le indicó la dirección de un nuevo refugio en un edificio que se hallaba cerca del Vječna Vatra, en la calle Mula Mustafe Bašeskije, la continuación de Maršala Tita.

—¿Podemos vernos ahora para entregarte las llaves?

—Es imposible. Estoy de guardia, no puedo moverme. Y no sería bueno que usted viniese hasta aquí.

—Entiendo. Entonces, las dejaré en el buzón del departamento que está dentro de la recepción, en la planta baja. No creo que tengas problemas para abrir la puerta principal del edificio ni la del buzón. Afirman que eres una experta con las ganzúas.

—Me defiendo, sí —admitió La Diana, e intentó disimular la sorpresa que le había causado el comentario. No tenía idea de que Prescott hubiese estado averiguando acerca de ella y de sus talentos.

—¿Te repito la dirección?

—No es necesario, gracias.

—Mañana muy temprano parto hacia Londres —informó el agente— y estaré de regreso en una semana. Lamentablemente no tengo a nadie de confianza para dejarte como enlace.

—No se preocupe. Creo que no volveré a molestarlo.

—No es molestia. Lo importante es que no pases la noche en el refugio que fue comprometido. Deja todo como está. Enviaré a alguien para que limpie el lugar. Tú solo piensa en sacar tus cosas e irte.

—Gracias otra vez.

Se quedó más tranquila al saber que contaban con un sitio seguro donde pasar la noche. Llamó a Goga, que estaba al borde de un ataque de nervios después de haber pasado el día encerrada con los dos niños.

—Óyeme bien, Goga —le habló La Diana con severidad para que se concentrase—, y no repitas en voz alta nada de lo que te diré. ¿Has comprendido?

—Sí —replicó con timbre asustado.

—Tienes que irte de allí. Ese departamento ya no es seguro; ha sido comprometido. Quiero que vayas por un par de horas a la casa de la amiga de tu mamá. Lazar y yo iremos a buscarlos más tarde, apenas terminemos con el tema que ya sabes.

—Pero ¿por qué? ¿Qué ha sucedido?

—Lo más probable es que los traficantes sepan que estamos ahí.

—Pero...

—Goga —la detuvo La Diana—, no quiero oír quejas ni peros. Hazlo y basta. No tengo tiempo de convencerte ahora.

—OK, OK, mi general. No sabía que podías ser tan mandona.

—Estos tipos no bromean, y creo que tuviste una muestra anoche al llegar a tu casa, ¿verdad?

—Sí, sí, disculpa, es que estoy cansada y nerviosa y todo parece que se derrumba en torno a mí. Quiero volver a mi casa y no puedo. ¿Podré volver algún día?

—Claro que podrás. Solo tienes que tener un poco de paciencia. Lo importante ahora es que salgas cuanto antes del departamento. Hazlo con precaución. No tomes un taxi de la calle; llama a una empresa de confianza. ¿Tienes una?

—Sí, sí, de confianza —repitió, aturdida—. Sí, tengo una.

—Pero no hagas la llamada desde el departamento. Podría haber micrófonos. Hazla dentro de la recepción del edificio.

—Así lo haré.

—Y, por favor, recoge las cosas de Lazar y las mías. Mi macuto...

—¿Tu qué?

—Una mochila grande y negra; la hallarás en mi recámara. Recógela junto con las cosas de Lazar. Su bolso está...

—Sé dónde está. No te preocupes. Me ocuparé de todo. Sobreviví al sitio de Sarajevo y a la muerte del amor de mi vida. Sobreviviré a esto también.

* * *

A las nueve menos tres minutos, La Diana enmudeció el celular y deslizó la mano bajo la chaqueta de neopreno negro para quitar el seguro de la HP 35 mientras, desde la entrada de la galería, columbraba el entorno solitario y cubierto de nieve. Cada tanto pasaba un automóvil, que ella estudiaba con atención. En las cuatro horas de guardia no había avistado al BMW azul ni al Škoda blanco, lo cual no significaba que no estuviesen cerca. Tal vez seguían la operación desde la ventana de alguno de los edificios circundantes.

A las nueve, el corazón le saltó en el pecho al avistar el Dacia que se detenía sobre Maršala Tita, a metros del monumento, y encendía las balizas dada la prohibición para estacionar. Al distinguir a Kovać dentro del vehículo, una emoción indescriptible le aceleró las pulsaciones, y el miedo a perderlo en esa riesgosa y mal planeada reunión le causó un peso en el estómago. La tensión aumentó cuando a las nueve y siete minutos un viejo Fiat Panda turquesa estacionó detrás del Dacia. El conductor dejó pasar unos segundos antes de descender y caminar hacia el punto del encuentro. Se detuvo a dos metros de la llama eterna, donde encendió un cigarrillo que fumó con actitud nerviosa. No se quedaba quieto, ya fuese por el frío o por los nervios. Echaba vistazos a los cuatro flancos. Kovać abandonó el vehículo y caminó con pasos seguros. El informante arrojó el cigarrillo y fijó la vista en el hombre que avanzaba en su dirección.

Kovać se ubicó junto al soplón, de espaldas al monumento. Sin mirarse, intercambiaron unas palabras, probablemente la contraseña. El hombre se puso en movimiento y encaró hacia el Panda. «¡Lo sabía!», se inquietó La Diana. El informante quería irse de allí; no solo era un sitio expuesto sino que estaba iluminado. Invitó a Kovać a subir con un ademán de mano. Este agitó la cabeza para negar y señaló su automóvil. El hombre aceptó y caminó en dirección al Dacia. ¿Realizarían el intercambio dentro del vehículo o planeaban trasladarse a un lugar menos expuesto? Se obligó a calmarse para evaluar la conveniencia de permitir que el informante se fuese con Kovać. Le había advertido que si la cuestión no se resolvía en el monumento, ella intervendría antes de que pusiesen el vehículo en marcha. Si no lo hacía, tendría que correr hasta la Kulovića, trepar a la camioneta y... Detuvo las cavilaciones; ya no necesitaba profundizar el análisis: el informante se desplomó antes de alcanzar el Dacia y quedó tendido en la nieve.

La Diana abandonó su escondite y corrió hacia Kovać, quien se precipitaba para auxiliar al soplón. De cuclillas junto al hombre, se inclinó en el ademán de querer escuchar lo que el informante le susurraba, sin darse cuenta de que dos desconocidos se acercaban por detrás; acababan de emerger de uno de los edificios, tal como La Diana había conjeturado.

—¡Ey! —los llamó para distraerlos, y cuando uno de ellos se giró para verla, la sorprendida fue ella: se trataba de Boško Gligorov, más conocido como Debeli, uno de los cuatro que la habían atacado en el bosque de Glendale, el que la Europol y la

Interpol daban por muerto. De hecho, el otro, el que se abalanzaba sobre Kovać, era al que le había pateado los testículos. Una pelea se desató entre ellos.

Debeli también se asombró de encontrarla allí y susurró su nombre con los ojos bien abiertos. La Diana lo apuntó con la HP 35. Fue girándose y caminando hacia atrás con el fin de quedar de espaldas a Maršala Tita, para tener en la mira el edificio de donde habían salido las alimañas.

—Dile a tu matón que se detenga o lo filetearé con mis cuchillos. Los dos saben que puedo hacerlo.

Sin un compañero que le cuidase la retaguardia, no la sorprendió sentir el cañón de un arma en la nuca. Claramente, tenían refuerzos del otro lado de la avenida.

—Suelta la pistola y ponte de rodillas —le ordenó una voz de hombre, y ella obedeció lentamente.

La HP 35 quedó suspendida en la nieve. Debeli se apresuró a levantarla y a calzársela en la parte delantera de la cintura, bajo la campera abultada por el vientre. Se aproximó con una sonrisa satisfecha.

—Vuk estará feliz de verte. Ha esperado tanto este momento. ¿Quién iba a decirnos que mataríamos dos pájaros de un tiro?

La Diana luchó por evitar que ese nombre la desestabilizara. Un poco más allá, Kovać empleaba las técnicas de taekwondo para mantener a raya al otro delincuente, pero se detuvo cuando el tipo, al conseguir apartarse un par de metros, empuñó una pistola y lo apuntó.

—Ponte de rodillas junto a ella.

Sin apartar la vista de Kovać, La Diana analizaba las alternativas mientras evocaba lo que había afirmado Eliah Al-Saud tiempo atrás. «No existe la situación de la que no puedas salir», le había dicho. Tenía uno detrás, casi encima, que le apoyaba la punta del cañón en la parte posterior de la cabeza. Frente a ella estaba Debeli, que la observaba y le sonreía con sarcasmo. El tercero empujaba a Kovać para que se colocase a su lado. ¿Habría más delincuentes escondidos, listos para actuar? «Altamente probable», resolvió.

—Padre Lazar —habló Debeli, siempre con la mueca socarrona—, nadie puede culparlo por colgar los hábitos. Conque este era el bocadito que parecía querer comerse el otro día a las puertas de la facultad. No la veíamos bien —añadió, y acarició la mejilla de La Diana, que, al echar la cabeza hacia atrás, entró en contacto con las piernas del que la encañonaba. «Está cerca, más de lo que yo creía», confirmó.

—Basta de estupideces —se fastidió el que se hallaba a espaldas de La Diana—. ¿No se dan cuenta de que estamos en pleno centro de Sarajevo, expuestos como estatuas en un parque? El *vojvoda* nos matará si tiene que llamar a Vasilić para resolver un problema con la policía.

—Padre Lazar —intervino Debeli, la sonrisa y la sorna desaparecidas—, díganos dónde tiene a Svetlana y lo dejaremos ir con vida.

Kovać guardó silencio y observó con ojos desafiantes al delincuente, que de manera inesperada le asestó una trompada en el rostro que lo arrojó sobre la nieve. La Diana se lanzó sobre él, desesperada por verificar que estuviese bien.

—¡Déjeme! ¡No me toque! —exclamó cuando Debeli la obligó a colocarse de rodillas de nuevo.

Kovać hundió las manos en la nieve y se incorporó. La Diana vio que un reguero oscuro y brillante le brotaba por la comisura y le mojaba la barba. Apretó los dientes, enfurecida. Le haría pagar caro a Debeli por haberlo lastimado.

—Vamos de nuevo —dijo el panzón y se ubicó otra vez frente a La Diana—. A ver si al padre Lazar se le refresca la memoria. ¿Dónde está Svetlana? Hable o el golpe lo recibirá su amiguita.

—¿Para qué quieren a Svetlana? —lo increpó Kovać—. ¿Por qué es tan importante? ¿Por qué tantas molestias por una pobre chica traficada?

—Aquí las preguntas las hacemos...

No acabó la frase. La Diana se impulsó hacia arriba con un vigor deliberado; usó la coronilla para golpear en el mentón al que tenía detrás y con el talón de la mano derecha apuntado hacia arriba arrasó con la nariz de Debeli, que se cubrió el rostro y comenzó a emitir bramidos ahogados por la sangre que le brotaba entre los dedos. El tercero, a quien Kovać, aprovechando el efecto sorpresa, había neutralizado al barrerle los pies del suelo con una patada, acabó con los *kukris* apoyados en ambas mejillas; temblaba y suplicaba.

—¡Lazar, quítale mi pistola al gordo! La tiene en la parte delantera, en la cintura.

Antes de actuar, Kovać asestó un puñete al que había caído tras La Diana pues comenzaba a removerse y a gemir, e hizo otro tanto en el vientre de Debeli, que acabó tendido sobre la nieve, la cual enseguida se manchó con la sangre que perdía por la nariz. Le quitó la HP 35 sin problema.

—¡Vamos! —exclamó La Diana—. ¡Ahí llegan refuerzos!

Dos tipos más, que de seguro habían visto la pelea desde su ubicación en el edificio, salieron con las armas en alto.

—¡No disparen! ¡No disparen! —ordenó Debeli, a medias incorporado y con una voz extraña, desfallecida y ahogada.

La Diana y Kovać corrieron al Dacia y se subieron con los refuerzos que les pisaban los talones. Uno alcanzó a reventar el vidrio trasero de un culatazo. El vehículo arrancó y aceleró a gran velocidad.

—Nos siguen en el Panda del informante —dijo Kovać con la vista en el espejo retrovisor.

—Tengo la camioneta en la calle Kulovića.

—Primero los perderemos —expresó con una resolución y un gesto que la sorprendieron.

Las cejas negras y gruesas se le habían unido en un ceño; afinaba los labios hasta desaparecerlos dentro de la barba y ponía las marchas con violencia. Se sintió

segura con él; había tomado el mando y lo hacía sin dudas, con una intrepidez que lo ponía bajo una nueva luz. Esa parte salvaje del exsacerdote la excitaba como nada.

—Amor —lo oyó decir—, abróchate el cinturón.

—Antes te lo pondré a ti.

—No te preocupes por mí.

—Pásamelo y lo abrocharé —insistió con acento inflexible.

Kovać obedeció y usó rápidamente la mano derecha para estirar el cinturón que La Diana se ocupó de insertar en el pestillo. Kovać continuó conduciendo a más de noventa kilómetros por hora por una Maršala Tita humedecida y resbaladiza debido a la escarcha. La Diana se sujetaba a la manija sobre la puerta e intentaba contrarrestar las violentas oscilaciones cada vez que Kovać esquivaba un automóvil. Se daba vuelta continuamente para controlar a qué distancia los seguía el Fiat Panda.

La admiraba el mando que Kovać poseía sobre el vehículo. Daba la impresión de que dominaba la técnica de conducción evasiva como un verdadero profesional, como si lo hubiese hecho cientos de veces. En ocasiones anteriores había observado que sujetaba el volante con las manos a los costados, a las tres y a las nueve, sin envolverlo con los pulgares para evitar que se rompiesen en caso de choque, colocándolos cerca de los dedos índices.

—¡El BMW! —exclamó después de confirmar que el automóvil azul que acababa de aparecer por una de las calles perpendiculares al bulevar Meše Selimovića era el mismo que los asediaba desde el lunes.

Una cosa era ser perseguidos por un Fiat Panda, un automóvil con prestaciones similares al Dacia, y otra por uno de la categoría del BMW. La Diana supo que tenían pocas probabilidades de salir airosos. Kovać giró bruscamente a la derecha y tomó por una calle angosta, perteneciente a un barrio residencial. En la siguiente cuadra, volvió a doblar hacia la derecha y enseguida se dio cuenta de que era una calle que terminaba en un *cul-de-sac*; no tenía salida. Clavó los frenos.

—*Jebati!* —insultó entre dientes.

La Diana se volvió sobre el asiento y descubrió al BMW y al Panda detenidos en la esquina. Kovać, con la mirada fija en el espejo retrovisor, parecía evaluar las alternativas. La Diana guardaba silencio, no tanto para no molestarlo sino porque confiaba ciegamente en él. De todo lo que había vivido con ese hombre en pocos días, esa sensación, la de la confianza, era la que más la desconcertaba. Que ella, maniática del control, estuviese dispuesta a cedérselo en una situación crítica como esa hablaba de la influencia inconmensurable de Kovać sobre su mente y su carácter.

El Dacia arrancó de forma brusca en reversa. El BMW y el Panda se mantuvieron casi al final de la cuadra obstruyendo por completo la salida. Kovać había cambiado la posición de las manos; ahora la izquierda estaba sobre el volante a las cuatro y la derecha iba apoyada en la parte trasera del asiento del acompañante. Con el torso vuelto para mirar hacia atrás, aceleraba a setenta kilómetros por hora, y después de recorrer unos treinta metros hizo algo que Nanuk había intentado enseñarle sin

demasiado éxito, la técnica de punta-taco, por la cual mientras el pie izquierdo pisa el embrague, con el taco del derecho se acelera al tiempo que con la punta del mismo pie se frena, todo esto combinado con un giro súbito y brusco de volante hacia la izquierda y de casi trescientos sesenta grados. Esa maniobra hábilmente realizada por Kovać propició que el automóvil se colocase de frente de manera limpia y sin detenerse y prosiguiese la marcha.

El próximo escollo, los dos automóviles que taponaban la calle, lo resolvió subiéndose a la vereda, demasiado angosta por lo que arrolló tachos de basura y una bicicleta y rayó el lado derecho con la pared de una propiedad y el izquierdo, con dos canteros de piedra. Esquivaron al BMW, que, al igual que el Fiat Panda, hacía marcha atrás para proseguir con la persecución.

Volvieron al bulevar, lo cruzaron sorteando apenas a una camioneta Ford cuyo conductor los bocinó e insultó, y tomaron por la arteria que los conducía de nuevo al centro de la ciudad. La Diana no veía el Panda, pero el BMW seguía detrás de ellos. De modo sorpresivo, lo que le arrancó una exclamación, Kovać dobló a la izquierda en una calle oscura que bordeaba el parque Veliki, uno de los pulmones más importantes de Sarajevo, ubicado a pocas cuadras del Vječna Vatra. A continuación hizo algo impensable: entró en el parque, un espacio exclusivo para peatones y ciclistas.

—No hay tiempo de borrar las huellas en la nieve de la vereda —habló Kovać.

—¿Nos habrán visto entrar aquí? —se preguntó La Diana, y la voz le emergió temblorosa a causa de las sacudidas del Dacia sobre los senderos de tierra y de grava.

—Creo que no. Les llevamos ventaja y la calle es una boca de lobo.

La Diana se volvía de continuo pero la oscuridad del parque le hacía difícil la observación. Para peor, Kovać había apagado las luces y se guiaba por su conocimiento del lugar y por la iluminación débil que, cada tanto, arrojaban unos faroles.

Aunque habría deseado preguntarle cuál era el plan, se abstuvo; resultaba claro que sabía lo que hacía. La confirmación llegó cuando enfiló hacia un puente de piedra que cruzaba una laguna y, en lugar de atravesarlo, descendió por la barranca y escondió el vehículo debajo, a escasos metros del agua.

Guardaron silencio. Kovać aún sujetaba el volante, la vista fija en el espejo retrovisor que solo le devolvía una oscuridad profunda. La Diana, aferrada a la manija sobre la puerta, tensa en su asiento, lo miraba a él.

—¿Dónde aprendiste a conducir de este modo? —susurró al cabo.

Kovać se volvió hacia ella y le sonrió antes de contestar.

—De mis años como delincuente. Momo me enseñó.

—Y tú aprendiste muy bien.

—Era necesario. Robábamos automóviles y se los vendíamos a un desguazador. Y más de una vez salvamos el pellejo gracias a nuestras dotes al volante.

Kovać se quitó el cinturón de seguridad y se movió con rapidez para abrazarla. La apretó con desmesura.

—¿Estás bien, amor mío?

—Sí, bien —replicó ella, y a ciegas le buscó el hilo de sangre seca en la barba—. ¿Qué te hizo esa bestia?

—Nada. No te preocupes.

—¿Te duele? Voy por un poco de nieve para...

—No, no. Ven aquí. No te vayas. —Volvió a encerrarla en un abrazo implacable—. Después de lo que acabamos de vivir necesito tenerte así, entre mis brazos. —Le besó la sien, y La Diana se apretujó contra su pecho—. Qué valiente eres, amor mío. Dejaste fuera de combate a dos tipos con un solo movimiento. ¿Eso les enseñan a los soldados?

—Es una técnica de krav magá. No soy un soldado común, Lazar. Soy un soldado de élite. Trabajo para la OTAN en una agencia secreta. No puedo hablar mucho al respecto porque firmé un *non disclosure agreement*, pero quería que lo supieses.

—¿Y cuál es la diferencia entre un soldado raso y uno de élite?

—El entrenamiento, que es varias veces más severo y exigente, y el tipo de trabajo que hacemos. A nosotros, los de élite, generalmente nos envían en misión secreta detrás de las líneas enemigas.

—Dios bendito, Diana —se desconcertó Kovać y le acunó la cara—. Eres más especial de lo que imaginaba. —La besó en los labios.

—Me hiciste sentir segura, Lazar. Eso, para una como yo, no sabes lo que significa.

—¿Una como tú?

—Obsesiva por controlar el mundo a mi alrededor. Dejé todo en tus manos, te puse a cargo de la situación y me sentí segura. —Tras un silencio, declaró en voz baja—: Es la primera vez que siento esta seguridad desde la guerra —lo que propició que él riera de felicidad.

—Te amo —dijo, y le atrapó la boca entre sus labios gruesos—. Te amo —repitió.

En la casi completa oscuridad en que se hallaban, La Diana supo que la expresión sonriente de él había cobrado sobriedad. Las respiraciones se aquietaron. Se tocaron los rostros con una intensidad apremiante antes de devorarse mutuamente en un beso que a cada segundo les exigía más. La Diana saboreaba el gusto metálico de la sangre en la boca de Kovać, y lo juzgó el acto más íntimo que habían compartido, más aún que la ducha de la noche anterior. «Su sangre en mi boca», pensó.

Sin apartarse, a ciegas, Kovać la liberó del cinturón de seguridad y con un movimiento ágil, todo a un mismo tiempo, hizo retroceder el asiento del conductor y la colocó a horcajadas sobre él. La Diana enseguida percibió el bulto duro contra el neopreno de sus calzas y experimentó una oleada de excitación que la obligó a mecer la pelvis de modo instintivo, lo que arrancó gemidos a Kovać. Con voz torturada y afanosa, él le suplicó:

—No te detengas. Por favor, sigue moviéndote de ese modo.

Kovać volvió a atraparle la boca y a penetrarla con una lengua impaciente y agresiva al tiempo que la sujetaba por las caderas para guiarla en ese vaivén que buscaba el goce. El desahogo llegó segundos después. Él emitió un clamor oscuro y grave dentro de su boca. La recorrió una electricidad que ella asoció con la alegría exultante que la colmaba. Le siguió una especie de parálisis en la que Kovać echó el cuello hacia atrás y sus dedos se le clavaron en la carne sin medir el ímpetu. Después soltó una exhalación que dio origen a unos gemidos roncós como los estertores finales de una agonía, los que fueron enmudeciendo en tanto los movimientos espasmódicos de la pelvis se aquietaban. La Diana apenas lo distinguía en la penumbra y sin embargo fijaba la vista en la oscuridad con fascinación, sin pestañeos, sin respirar. Habría deseado estudiarle cada una de las reacciones, los gestos y los movimientos. Haberle procurado placer aunque fuese de ese modo la tenía desconcertada, pero sobre todo hechizada.

—Qué feliz me hace que después de veinticinco años haya vuelto a sentir esto y que sea contigo.

Habría querido preguntarle si había sido mejor con Izia, pero calló, avergonzada por la mezquindad que encerraba su curiosidad. Después de todo, lo que ella acababa de darle era un remedo del acto real, que su primer amor le había concedido libremente y sin traumas. Kovać mantenía la cabeza echada sobre el respaldo y los ojos cerrados, mientras respiraba de modo agitado. Incapaz de refrenar el impulso, La Diana le sujetó la cara por las mandíbulas y fue depositándole pequeños besos ciegos. Cuando llegó a los labios, a los que halló estirados en una sonrisa, sonrió a su vez.

—Gracias por haberme concedido este honor, el de ser la primera después de tanto tiempo.

—La primera y la última.

—¿Te gustó? —quiso saber, intimidada y con culpa, y Kovać la abrazó entre risas.

—Sé cómo funciona tu cabeza, amor. Sé lo que estás pensando, lo que estás recriminándote, y quiero que dejes de hacerlo en este instante. No hay palabras para describir lo feliz que estoy por haber compartido lo que acabamos de compartir.

—¿Quieres limpiarte? Tengo pañuelos de papel tisú en la mochila.

—No, quiero sentirlo ahí para recordar lo que hemos compartido esta noche.

Se quedaron en silencio, abrazados y serenos pese a la funesta situación en la que se hallaban.

—¿Crees que los hemos perdido?

—Sí —contestó Kovać—, igualmente esperaremos unos minutos. ¿Tienes frío? —dijo, y la arrebujaó un poco más contra el calor de su cuerpo—. Por el vidrio roto se filtra el aire helado —señaló.

—No, estoy bien.

—Pobre desgraciado. El soplón, me refiero.

—No lo compadezcas —dijo La Diana—. Era uno de ellos y estaba dispuesto a ayudarnos solo porque íbamos a darle dinero. ¿Alcanzó a decirte algo?

—Sí. Antes de perder la conciencia o morir, no podría saber cuál, susurró algo. Dijo: «A pocos kilómetros de Arizona Market».

—El sitio donde vendieron en remate a Svetlana —recordó La Diana.

—Ya. Es un mercado ubicado en Brčko, la única provincia de Bosnia que no pertenece a la Republika Srpska ni a la Federación de Bosnia-Herzegovina. Según lo dispuesto en los Acuerdos de Dayton, ese pequeño territorio está en manos de la ONU hasta que se resuelvan las diferencias entre ambos bandos acerca de quién deberá poseerlo. Ya han pasado cinco años desde el final de la guerra, y la situación de Brčko no parece ni cerca de alcanzar una solución. La cuestión es que la ONU fundó allí un mercado llamado Arizona Market, un sitio donde las tres etnias pueden vender y comprar libremente, sin prejuicios ni conflictos. Como todo lo creado por el ser humano, tiene su parte buena y su parte mala. La mala es que también se comercian drogas, artículos robados y, sobre todo, seres humanos. Hemos sabido de remates en los cuales ofrecen a las chicas como si fuesen ganado.

—O sea que lo que alcanzó a decirte el soplón no es un dato novedoso para ti.

—En absoluto. Siempre hemos sabido de la corrupción rampante en Arizona Market y hemos apelado a las autoridades, sin éxito, como imaginarás. Volviendo al fiasco de esta noche, supieron de la reunión gracias a mi teléfono, ¿verdad?

—Es lo más probable —admitió La Diana—. Hablé con Bruce y me explicó que se trata de una tecnología muy nueva, de punta. Lo llaman celular interceptor. Prácticamente ellos controlan tu teléfono: las llamadas que entran, las que salen, escuchan las conversaciones y leen tus mensajes. Cuando lo sacas de la funda, también saben dónde te encuentras porque recuperan la señal del GPS.

—Santo cielo, hemos estado tan expuestos sin saberlo. Tú lo sospechaste desde un principio, amor. Por eso sabían tanto de mí. Sabían que había dejado el sacerdocio. Lo supieron por la llamada del padre Ivo. ¡Conocen la ubicación de tu departamento! —se alteró de pronto.

—Tranquilo. Tengo todo bajo control. Mientras hacía guardia en el Vječna Vatra llamé a Goga y le pedí que se refugiase en la casa de la amiga de su madre. Iremos a buscarla y nos trasladaremos a otro sitio, uno cerca de aquí.

—Gracias, amor mío. ¿Qué habríamos hecho sin ti?

El timbre del *burner* de Kovać irrumpió en el silencio oscuro y cargado de tensión. Era Goga. Quería saber cuándo pasarían a recogerla. La amiga de su madre estaba a punto de echarlos a la calle.

—En media hora estaremos allí —aseguró Kovać antes de cortar.

—¿Lo tienes contigo? Al celular que te suplantaron —se explicó La Diana, y Kovać lo extrajo del interior del sobretodo—. Será mejor que nos deshagamos de él.

Le quitó la funda, abrió la puerta cuidándose de no hacer ruido y lo arrojó a la laguna.

—Vamos a buscar tu camioneta y luego iremos por Goga y los niños —propuso Kovać, y arrancó el motor del Dacia.

* * *

Kovać entró con Darko de la mano en el nuevo departamento asignado por Prescott, ubicado en un tercer piso. La Diana, Goga y Zaína iban por detrás. Lo recorrieron y descubrieron que era bastante más grande que el anterior y que tenía dos entradas, la principal y la de servicio en la cocina. También contaba con dos baños completos, por lo que en uno se ducharon Goga y Zaína, mientras que en el otro Kovać llenó la bañera y, sentado en el borde, bañó a Darko. La Diana, que no quería avergonzar al niño con su presencia, los espiaba por el resquicio de la puerta, incapaz de alejarse demasiado de Kovać, y también atraída por la escena que componían esos dos. La tenía hechizada la manera en que dialogaban y la evidente comodidad que experimentaban en la compañía del otro.

—¿Ya no volveré al orfanato? —quiso saber Darko, de pie sobre la tapa del inodoro, mientras Kovać lo secaba.

—¿Quieres regresar?

—No —respondió enseguida—. Quiero estar siempre contigo. ¿Puedes ser tú mi papá?

Kovać lo abrazó, y a La Diana se le tensó la garganta.

—Sí, es lo que más deseo, ser tu padre. —Lo apartó un poco y le acunó la carita entre las manos grandes—. Voy a luchar para que nuestro sueño se vuelva realidad, cariño. Te lo prometo.

—¿Y Diana será mi mamá?

—¿Te gustaría?

—Ella no quiere que la toque —adujo el pequeño.

—No, Dare. Diana *quiere* que tú la toques, solo que no puede. Es un problema que tiene, pero, como ella ya te explicó, no es contigo sino con todos.

—Tú puedes tocarla.

—Y tú también podrás tocarla algún día, te lo prometo. ¿Te gustaría que fuese tu mamá?

—Sí —contestó con la misma seguridad que había empleado para expresar su negativa a regresar al orfanato, y La Diana sonrió.

—Y ahora —escuchó decir a Kovać con acento alegre—, ¿qué me dirías si te confesase que estoy a punto de quitarme la barba y de cortarme el cabello? ¿Qué me dirías, eh?

—Ya te dije que está bien —le recordó el niño—. Me haces cosquillas cuando me das besos.

—Espérame aquí. —Lo obligó a sentarse sobre la tapa del inodoro—. Enseguida vuelvo.

Abrió la puerta y se detuvo en seco al toparse con La Diana. Se miraron sin que mediaran palabras antes de fundirse en un abrazo.

—¿Has decidido cortarte el pelo y quitarte la barba?

—Es tiempo. Además, les dificultaré las cosas a los traficantes. No les será fácil reconocerme. Quiero hacerlo frente a Dare para que no se impresione cuando me vea tan cambiado.

—Yo era la peluquera oficial de mi padre y de Sanny. ¿Quieres hacer uso de mis servicios?

—Siempre —dijo, y la besó en los labios—. Viki puso en mi bolso la máquina y unas tijeras. Iré por ellas.

La Diana entró en el baño y se encontró con Darko que, sentado en la tapa del inodoro y envuelto en la toalla, bamboleaba las piernas que no tocaban el suelo.

—Iré a buscarte el pijama —dijo, y le guiñó un ojo.

Cuando regresó, Kovać le secaba la cabeza con un secador de pelo que había hallado en el mueble bajo el lavatorio. La Diana le entregó las prendas y salió para buscar una silla.

Durante el corte, el niño permaneció sentado sobre la tapa del inodoro y Kovać se ubicó en la silla que La Diana colocó en medio de la reducida estancia. Comenzó por el cabello. Primero cortó tiras de pelo que caían en torno, y cuando La Diana empleó una para simular un largo y lacio bigote, el niño y el hombre se echaron a reír. Luego, de acuerdo con las instrucciones de Kovać, le pasó la máquina dejándole pocos milímetros de cabello, lo que fue revelando un cráneo perfecto. Ella giraba en torno a él, y él la seguía con ojos chispeantes en tanto sus manos la tocaban en cada oportunidad en que se le ponía delante.

—Laza, cuéntame un cuento.

—No podré ahora que Diana me cortará la barba. Tendré que estarme quieto.

—Yo te contaré un cuento. Se llama *Jérôme y la familia de gorilas blancos*.

De los cuentos que Matilde había escrito en honor de su hijo mayor, ese era su preferido. Captó la atención del niño y también la de Kovać, que se mantuvo inmutable mientras ella relataba y lo rasuraba. Al terminar, se dio vuelta para observar a Darko, que le devolvió una expresión adorable, de ojos muy abiertos y labios apenas separados. El impulso de recogerlo entre sus brazos y besarlo murió enseguida.

—Qué bellísima historia —susurró Kovać.

—Pero un niño como yo no puede trepar a las palmeras —comentó Darko, difidente.

—Oh, pero sí que puede. Yo misma he visto a Jérôme trepar a una palmera. Es un espectáculo.

—¿Jérôme existe? —se sorprendió Kovać.

—Es el hijo mayor de Matilde y Eliah.

—¿En serio puede trepar a las palmeras? —se asombró Darko.

—Sí. Se crio en la selva y allí aprendió. Te caerá muy bien cuando lo conozcas.

—¿Lo conoceré?

—Espero que sí porque es un niño maravilloso. Me encantaría que fuesen amigos.

Él es solo un poco mayor que tú.

Con un ánimo ligero y distendido, limpió los restos de espuma de las mejillas de Kovać. No se había preparado para el resultado. Quedó estupefacta ante la belleza escandalosa de ese hombre. Habituada a los hombres guapos, lo de Kovać le resultó excesivo. Él la seguía con una mirada anhelante y una media sonrisa mientras aguardaba el veredicto. Ella solo fue capaz de tocarle los labios, su parte favorita, ahora completamente al descubierto, y de seguir el trazo de la mandíbula, cuadrada y varonil, y el mentón que le daba firmeza a las facciones.

—Eres demasiado hermoso. Demasiado —subrayó—. Dare —dijo de pronto—, recoge la barba de Lazar. Se la pegaremos de nuevo. No quiero que las mujeres lo vean sin ella. ¡Querrán quitármelo!

Kovać rompió a reír, y sus masculinas risotadas se mezclaron con las cristalinas de Darko, y La Diana pensó que estaba disfrutando de uno de los mejores momentos de su vida en uno de los períodos más complejos y extraños. Esa mujer alegre, divertida y ocurrente le resultaba tan ajena a ella como a esos dos. Acabó sobre las rodillas de Kovać, que la sofocó en un abrazo y le hizo cosquillas en tanto le mordisqueaba el cuello. Se tensó al percibir que los bracitos del niño la rodeaban por detrás. Intentó escabullirse. Kovać apretó la sujeción con un vigor que ella jamás habría logrado someter y le habló con firmeza sin alzar el tono. El matiz grave y profundo de su voz operó como una luz en la oscuridad, la guio fuera de la caverna en la que caía cuando el ataque de pánico la asaltaba. Dejó de rebullirse. La respiración afanosa, sin embargo, continuó. Evitar el ahogo estaba volviéndose difícil.

—Tranquila, amor, tranquila. Mírame. Diana, mírame. Fija tu mirada en la mía.

Obedeció, y de nuevo la perfección del rostro de Kovać surtió el efecto de un conjuro. Reparó en sus cejas bien delineadas y negrísimas, que ahora, sin la presencia contundente de la barba, se destacaban y realizaban el color caramelo de los ojos.

—Inspira, amor —le indicó, y aflojó los brazos en torno a ella—. Vamos, toma una inspiración profunda. No apartes tus ojos de mí, por favor, no lo hagas. Qué bellos ojos tienes, amor mío. Son de un celeste único.

«Son como los de mi abuelo Liam», habría querido explicarle. Se limitó a concentrar la mirada en la de él en tanto las manitas de Darko seguían quemándole la piel.

—Tú quieres superar tu fobia, ¿verdad? —La Diana apenas asintió—. Aquí estoy para ayudarte. Déjame ayudarte. —La Diana volvió a asentir—. No lo haces por ti, Diana —manifestó Kovać en un inglés de excelente pronunciación y fluidez—, lo

haces por él, para evitar que sienta tu rechazo porque te importa su felicidad. Te importa, ¿verdad? Porque por mucho que el dragón te domine, no puede ni nunca podrá acceder a tu esencia más profunda, esa que te convierte en una mujer excepcional, cuyos sentimientos son puros y buenos.

—No —balbuceó casi sin aliento.

—Sí, sí, sí —repitió él mientras la besaba en los labios—. Eres perfecta.

A punto de enojarse, sofocada por el pánico y la necesidad de gritarle que era mala y que no merecía nada de nada, Darko, que no se había percatado de su lucha y le depositaba besos en la espalda, dijo:

—¿Ves, Diana? Ya puedo tocarte. —Y lo afirmó con una ilusión y una inocencia que la desarmaron.

Se mordió el labio para reprimir el sollozo. La sonrisa de Kovać, la que se había profundizado con la declaración del niño, se nubló frente a ella.

—Tranquila, amor mío, tranquila. No te castigues, Diana. Permítete este momento. Te amo y te admiro por conquistar tu miedo. Te admiro, amor, no sabes cuánto.

Con una inspiración ahogada, se puso a llorar, y lo hizo como pocas veces se lo había concedido, no porque se tratase de un llanto ruidoso, lo cual era, sino porque le permitía a otro que la consolase. Y no le importó que fuesen casi las doce de la noche ni que Darko estuviese allí y la oyese. Lloró por la jovencita despreocupada y feliz que había sido y que nunca volvería a ser; lloró por la pérdida de sus amados padres y de su adorada abuela; lloró por los tres años de cautiverio que la habían convertido en un ser que despreciaba; lloró por su cuerpo ultrajado; lloró por Leila; lloró por la sed de venganza que la consumía; pero sobre todo lloró por ese dolor impronunciado que llevaba alojado en el pecho, tan cerca del corazón, y por la culpa que la agobiaba.

Kovać la consolaba, y el afán de sus brazos la mantenía entera. También sentía los de Darko, y podía imaginarlo apoyando la mejilla en su espalda. Debía agradecer por el amor que esos dos le brindaban a manos llenas. Como si le leyese la mente, Kovać le susurró:

—Te amamos tanto, amor mío. ¿Lo sientes? —Apenas movió la cabeza sobre el hombro de él para afirmar—. Mi Diana adorada —susurró, y le besó la frente—. ¿Estás mejor? —Asintió en silencio—. Gracias.

—¿Por qué? —preguntó con el acento deformado por el llanto.

—Por concederme el honor de tenerte así, entre mis brazos. Por permitirme ser parte de tu dolor y dejarme entrar en tu vida. Me haces sentir importante.

—Porque lo eres.

—¿Yo también soy importante? —quiso saber Darko, y La Diana y Kovać, después de compartir una mirada cómplice, rieron.

—Tú eres el más importante de los tres.

—Así es —ratificó La Diana—, el más importante —y al darse cuenta de que el niño se apartaba experimentó alivio y pérdida. Se cuestionó si podría volver a

soportar que la tocara. Kovać, que no apartaba su mirada de ella, le respondió como si hubiese formulado la pregunta en voz alta.

—Poco a poco, amor. Paso a paso.

Goga llamó a la puerta y la entreabrió sin aguardar la autorización. Al descubrir la metamorfosis de Kovać, ahogó una exclamación y se quedó observándolo con una mirada apreciativa.

—Me habría gustado que Momo volviese a verte así. La tengo a Bosa en la línea —agregó de prisa—. Quiere hablar contigo.

Kovać recibió el celular, y La Diana acercó el oído para seguir la conversación.

—¿Dónde estás? Escucho mucho ruido.

—En una boda. Por eso no podían comunicarse conmigo. Apagué el teléfono durante la ceremonia. Goga me contó lo del informante. No podría haber salido peor.

—¿Compraste el celular prepago?

—No tuve tiempo.

—¡Bosa! —se enojó Kovać—. Ve, pide prestado un celular y llámame de nuevo. No seguiremos hablando por esta línea. —Y cortó sin aguardar la respuesta.

Goga se retiró con Darko de la mano; se ocuparía de ponerlo a dormir. La Diana y Kovać se quedaron en silencio, mirándose fijamente, los gestos serios pero no severos.

—¿De veras piensas que otras mujeres tratarán de apartarme de tu lado?

—Sí, de veras lo pienso. Y no te hagas el inocente. Sabes que siempre tendrás mujeres revoloteándote en torno. Te acosaban cuando eras un sacerdote, mira si no lo harán ahora que eres un hombre libre.

La Diana le pasó las manos por el rostro suave, recién afeitado, como el ciego que descubre las facciones con el tacto. Kovać bajó los párpados lentamente, entregado a sus caricias.

—Pero resulta ser que no soy libre. Soy de mi Diana. Aunque admito que me gusta que te pongas celosa.

—No es un sentimiento con el que esté familiarizada, pero contigo todo es diferente, Lazar, y sí, sentiré unos celos terribles.

—Y yo seré feliz viéndote celarme. ¿Nos damos una ducha juntos como anoche? —le sugirió mientras le mordisqueaba el labio inferior.

El timbre del celular volvió a irrumpir en la escena.

—¿Hablas desde otro teléfono? —exigió saber Kovać.

—Sí —contestó la fiscal con un bufido—. Dime, cómo fueron las cosas.

—Mañana te las relataré en persona. Solo puedo decirte que estamos todos en peligro, en especial tú. Aun los Mesić lo están —afirmó Kovać—. Pero sobre todo tú. No quiero que pases la noche sola en tu casa. Llámanos cuando haya terminado la fiesta e iremos hasta allí a buscarte. A la hora que sea.

—No es necesario, Laza. Estás...

—¡Bosa! Creo que no dimensionas el peligro de la situación. Pusieron un topo en tu fiscalía, entraron en la casa de Goga y a mí me sustituyeron el teléfono por otro con un *software* que les transmitía todo lo que decía y escribía a través de mi celular.

—¿Qué? —se pasmó la Dretar.

—Como lo oyes. Sin darnos cuenta, hemos golpeado el avispero, y ahora las avispas están enfurecidas.

—Svetlana —concluyó la mujer.

—Ya. Eso es lo que buscan.

«Y a mí», meditó La Diana. «Me buscan a mí», y se preguntó cuándo se lo confesaría a Kovać. Resultaba evidente que él no había oído a Debeli mencionar a Vuk. Confesárselo implicaba revelar otras cosas que la avergonzaban.

Acordaron que la fiscal los llamaría cuando terminasen los festejos por la boda y que irían a buscarla al salón que se hallaba en el barrio de Otoka, que Kovać conocía bien pues allí se erigía el estadio del club de fútbol FK Sarajevo, al cual había concurrido en incontables ocasiones con los Mesić.

Antes de cortar, la fiscal le comentó:

—Hoy me llamó Klein —hablaba de la autoridad máxima de la ONU en Bosnia—. ¿Sabes qué quería? Quería pedirme consejo.

—¿A ti? ¿Para qué?

—Quería un listado con los nombres de las personas más capacitadas para ocupar el cargo de Richard Tomkins.

«Querido Callum», pensó La Diana, y cuando Kovać la miró, sonrieron.

—Esto sí que es bueno.

—Ya lo creo —concedió la fiscal—. Tal vez las cosas empiecen a cambiar.

Kovać finalizó la llamada al tiempo que Goga entraba para recuperar su teléfono y saber qué habían organizado con Bosa Dretar.

—Laza, quiero que me cuentes con detalles lo que sucedió con el soplón, pero lo haremos mañana —propuso la mujer, mientras recibía el celular—. Ahora las neuronas no me hacen sinapsis del sueño que tengo. Buenas noches.

—Nosotros estaremos atentos a la llamada de Bosa —le recordó Kovać—. Saldremos a buscarla en plena madrugada.

Goga asintió con los ojos entrecerrados y se marchó.

—¿Nos damos esa ducha juntos? Yo te desvestiré.

La obligó a ponerse de pie y se colocó de rodillas delante de ella para quitarle los borceguíes, las medias y las calzas. Cuando le apoyó la frente sobre el monte de Venus aún cubierto por la bombacha y le cerró las manos en las nalgas, La Diana se dio cuenta de que, al aferrarse a su cabeza e inhalar profundamente, en absoluto la impulsaba el miedo sino la excitación. Se puso de rodillas a su vez, y él la contempló con interrogación en la mirada.

—Ayer quisiste tocarme los pechos. No estaba lista. Creo que ahora lo estoy.

—No quiero que lo hagas para complacerme.

—Todo lo que hago es para complacerte, Lazar. Es de donde tomo la fuerza para superar la fobia. Recién, cuando permití que Darko me abrazase, comprendí que lo hacía por él, sí, para que no se sintiese rechazado, pero lo que en verdad me permitió superar el ataque de pánico fue pensar que te haría feliz a ti.

—A mí me hace feliz porque sé cuánto deseas superar la fobia, porque sé que a ti te hace feliz conquistarla. —Bajó la vista y le acarició los senos a través de la camiseta y del corpiño—. Dios bendito, eres tan perfecta.

La Diana apenas si escuchó las palabras de él. La reacción de su cuerpo al contacto de esas manos la había prácticamente transportado a otra dimensión. Lo más fascinante lo constituía el hecho de que no la ahogaban los olores nauseabundos, ni la ensordecían los aullidos de los soldados, ni sentía la carne de Vuk profanar la de ella. Kovać era el ánclora que la mantenía en esa realidad de amor y pasión.

—No permitas que vaya allí, Lazar —pensó en voz alta—. No me dejes ir allí.

—No, no —respondió él, solícito, mientras le depositaba besos en el rostro y seguía masajeándole los pechos—. No te permitiré ir allí. Estarás a mi lado, siempre, para que pueda amarte y venerarte como te mereces. Amor de mi vida, amor mío.

Kovać le rozó los pezones con pasadas suaves de los pulgares, y La Diana sufrió un desfallecimiento. Se aferró a sus hombros y echó la cabeza hacia atrás mientras de su garganta brotaban sonidos estrangulados que no se sabía capaz de articular.

—Por favor, levanta los brazos —pidió Kovać, y ella obedeció sin hesitar.

Le quitó la camiseta y a continuación la desembarazó del corpiño. Sus pechos desbordaron frente a él, que se quedó mirándolos con una codicia que la sedujo cuando había pensado que la repulsaría. Existía una contradicción entre los sentimientos que él le hacía experimentar y lo que se suponía que debía sentir como consecuencia de la fobia. La situación la tenía fascinada, confundida y con los latidos muy elevados. Contuvo el respiro en un acto maquinal mientras siguió con miedo las manos de él que se aproximaban a sus senos ahora desnudos, con el cuidado que habría empleado para atrapar un ave. Su piel tibia en contacto con la de ella le causó una oleada de alivio y una ráfaga de placer, una combinación explosiva que la hizo gemir. Kovać siguió masajeándole los pechos mientras la estudiaba con avidez y ojos atentos.

—¿Puedo chuparlos? —preguntó mientras le acicateaba los pezones, y aunque no emitió sonido su gesto debió de resultar elocuente pues Kovać sonrió con una mueca triste y apartó las manos.

—Perdón.

—Shhh —la acalló él, y le selló los labios con un beso que enseguida la hizo olvidar del fracaso—. ¿Sientes nuestras pieles tocarse? ¿Lo sientes, amor?

Murmuró que sí y, por pura necesidad, apretó los brazos en torno a él. Sí, era muy fácil caer en la tentación de depender de ese hombre.

—Vamos a bañarnos antes de que Bosa nos llame.

Kovać se puso de pie y La Diana descubrió que estaba muy excitado. Lo observó mientras se deshacía del calzoncillo y también mientras entraba en la bañera, y en tanto alzaba y flexionaba las piernas largas, espléndidas, le estudió detalles como los músculos que se le marcaban bajo la piel, y también le miró los pies de uñas bien cortas, y por último fijó la vista en la erección y en los testículos que caían sobre una mata de pelo espeso y negro. Kovać le extendió la mano y ella se apresuró a quitarse la bombacha antes de aceptarla. De nuevo frente a frente bajo la ducha, se contemplaron con un anhelo que le provocó cosquilleos en zonas que antes habían permanecido inertes.

—¿Puedo tocarte?

—Donde tú quieras, amor. Soy todo tuyo.

Quizás él no esperaba que le aferrase la erección; tal vez por eso se sacudió como si hubiese sufrido un golpe. La miró con ojos anhelantes y expresó tantas palabras que no pronunció y que ella igualmente comprendió.

—¿Te gusta? —Kovać asintió, tenso, silencioso—. Quiero volver a provocarte lo que te provoqué hoy en el auto, pero esta vez quiero verte gozar. Enséñame cómo quieres que lo haga.

Sin romper el mutismo, Kovać le cubrió la mano con la suya y comenzó un movimiento ascendente y descendente que fue adquiriendo velocidad y mayor opresión. Su mirada no la abandonaba, y ella no se apartaba de la de él. La conexión era poderosa e inefable, e inverosímil, aunque tan real como ellos dos compartiendo ese baño.

Kovać apartó la mano, y La Diana prosiguió con el masaje, que detuvo sin intención cuando él comenzó a hacer otro tanto con sus pechos.

—No te detengas, amor.

—¿Estoy haciéndolo bien? —quiso saber segundos después.

No obtuvo respuesta. La expresión de Kovać se crispó, los labios se le separaron ligeramente y la respiración se le volvió afanosa e irregular. Pero fue su mirada lo que le causó una honda impresión. Había desesperación en sus ojos, como si una tragedia se desarrollase delante de él.

—Aquí estoy, Lazar —dijo, guiada por el instinto—. Mírame. No me dejes —le suplicó, y eso pareció devolverlo a la realidad de la bañera.

Le devoró la boca con acuciante ardor. La violencia del orgasmo la tomó por sorpresa y emitió una exclamación cuando él se cerró sobre ella y agitó la pelvis con una rapidez desconcertante. Apretada como la tenía, ella ya nada hacía excepto mantener la mano cerrada sobre su pene y dejar que él buscara el alivio, el cual parecía no acabar. Lo fascinante de la experiencia no le impedía meditar en lo extraordinario que resultaba que ella, una mujer hasta cinco días atrás completamente rota, hubiese comenzado a sanar a manos del Loco.

No le habría molestado quedarse horas en esa posición, con su miembro saciado entre los dedos y el abrazo intemperante de él en torno al cuerpo. No la habría

cansado oír sus inhalaciones agitadas que le golpeaban la piel del hombro, menos que menos los jadeos roncós que producía mientras eyaculaba; se trataba de un sonido que se propuso volver a escuchar, una y otra vez; ya no había marcha atrás. Y quería ser ella la que se lo provocase.

—Lo eres todo para mí, Diana. Todo. No me dejes, amor. No me dejes.

—No, no.

—Sé que te preguntas cómo seguirá esto, pero hallaremos la forma, lo verás.

—Sí, la hallaremos —respondió con sincera disposición, más allá de que sabía que no sería fácil conciliar sus vidas ni sus mundos. Por otro lado se preguntaba cuál era su mundo. ¿La soledad de Londres, el departamento silencioso de Stanhope Gardens y L'Agence, de la cual probablemente la despedirían? Su torre se caía a pedazos y ella, inexplicablemente, seguía mirando hacia atrás, como si entre las ruinas quedase algo de valor, un destello de felicidad.

—La felicidad eres tú —declaró, siguiendo la línea de sus reflexiones—. Tú, Lazar.

—Y tú, la mía —dijo, emocionado, y la besó bajo el chorro de agua caliente.

Se bañaron mutuamente, y si bien Kovać le permitió que le higienizase las partes íntimas, ella se negó a que él hiciese otro tanto con las suyas. Volvió a pedirle que le permitiese ver el tatuaje de San Miguel Arcángel, y cuando se cansó de estudiarlo, la abrazó por detrás y le habló al oído.

—¿Sabes, amor? Yo también tengo mis dragones, como tú los llamas. Hace un momento, mientras me masturbabas y estaba a punto de correrme, las imágenes del pasado me cegaron y si no hubiese sido por ti, por tu voz que me rescató, creo que me hubiese perdido en esos recuerdos que anhelo olvidar.

La Diana ajustó las manos en sus antebrazos y giró la cara para besarle el filo de la mandíbula.

—Gracias, amor mío.

—De nada —susurró ella mientras le acariciaba el mentón con los labios—. Haría cualquier cosa por verte feliz.

Kovać le buscó la boca y volvieron a besarse, incansables en la necesidad de sentirse, de tocarse, de explorar una intimidad que afianzaba un vínculo que acababa de nacer pero que parecía viejo como la humanidad.

—¿Tienes hambre? —quiso saber La Diana cuando notó que se le habían arrugado las yemas de los dedos.

—Ahora que lo preguntas, sí. Con esto del informante no cenamos.

—No prometo nada. No tuve tiempo de comprar víveres y este departamento estaba cerrado y vacío. Pero antes de salir de la ducha —La Diana giró en el abrazo de Kovać y lo enfrentó mientras le encerraba el rostro limpio de barba entre las manos— quiero contarte que hoy se cumple una semana desde que llegué a Sarajevo. Y quiero agradecerte por todo lo que me has hecho sentir y vivir en estos cinco días que hemos compartido. Nunca fui tan feliz, Lazar. Y aunque he llorado, sé que es

parte del proceso de sanación. Quiero pensar que estoy sanando, que tú me ayudarás y que podré hacerte feliz.

—*Estás sanando, amor. ¿No lo ves? Cuando llegaste a Sarajevo, ¿habrías imaginado esta escena, la de compartir la ducha con un hombre desnudo?*

—No, claro que no.

—*Estás sanando, Diana. Eres tan fuerte, tan endemoniadamente fuerte y poderosa. Pero tú no lo notas, es parte de tu naturaleza y lo das por descontado, no lo adviertes. Pero a mí me tienes admirado, amor mío.*

—*Soy fuerte porque tú me das la fuerza. También quiero que sepas que eres el hombre más hermoso que he visto en mis veintinueve años, y te aseguro que conozco a varios que arrancan suspiros, pero ninguno como tú.*

—*¿De alguno debería preocuparme?*

La Diana rio por lo bajo y volvió a agitar la cabeza para negar.

—*Justamente, rodeada de hombres guapos, jamás ninguno me atrajo como lo haces tú. Aun oculto tras la barba, me sedujiste como nadie desde el momento en que te descubrí en el *ring* practicando boxeo con Brano.*

Kovać le estudió el rostro con la actitud en la que solía caer, esa concentrada y codiciosa que le cortaba el respiro. Cuando le habló, empleó una voz más oscura y grave de lo usual, y en un instante su cuerpo respondió con voluntad propia.

—*Increpaba a Dios, a veces lo odiaba y le preguntaba por qué me había hecho padecer lo que padecí. Pero ahora estás tú, y el rencor que le tenía comenzó a disolverse y solo va quedando un sentimiento de gratitud por este regalo que me hizo, por haberme devuelto todo lo que me quitó solo con haberte puesto en mi vida. Así de inmensa eres, Diana. Por eso te dije que lo eras todo para mí.*

CAPÍTULO XVII

Solo en los que confías pueden traicionarte.

Extracto del libro *The Sword of Truth*,
de Terry Goodkind, escritor norteamericano
(1948)

Lo observaba dormir. Kovać se había recostado en el sofá y colocado la cabeza sobre sus piernas mientras aguardaban la llamada de Bosa Dretar. No había tardado en caer en un profundo sueño. La Diana le estudiaba las facciones en reposo. Le resultaba imposible apartar la vista de una belleza tan inexorable. Se lo imaginó de niño; debía de haber sido angelical, mucho más bonito que Darko e igual de vulnerable en manos del pedófilo Ilić. Se contenía de acariciarlo para no despertarlo; necesitaba esas horas de sueño.

Cerró los ojos para descansar la vista, y los pensamientos tomaron un derrotero que la inquietó: ahora que el informante había muerto, no quedaba mucho por hacer. El general Raemmers había planeado viajar a Sarajevo para encontrarse con el soplón y lo habían asesinado antes de lograrlo. Ella seguía con vida, solo que el informante yacía muerto cerca de la llama eterna. Los caminos se truncaban, y desbaratar a la mafia del tráfico humano en Bosnia, con la policía y el sistema gubernamental en contra, se volvía improbable. ¿Emprendería el regreso a Londres? La sola idea le causó una opresión en el pecho. Evocó el diálogo que había sostenido con Matilde pocos días atrás. Le había preguntado: «Mat, ¿cómo sabes que estás verdaderamente enamorada de alguien?». Su amiga le había contestado sin demora, sin vacilación: «Porque si esa persona no está, nada tiene sentido».

Levantó los párpados y volvió a concentrarse en Kovać. Y supo que no podría dejarlo. Regresar a su vida de antes le resultaba no solo insensato sino ridículo además que de imposible consecución, y no le importaba que se hubiesen conocido pocos días atrás. Lo que sentía era fuerte y verdadero. Él le había asegurado que hallarían el modo de ajustar sus vidas y sus trabajos, y ella anhelaba confiar en que lo lograrían.

Había un tema al que deliberadamente rehuía: Vuk y la confirmación de lo que sospechaba desde hacía tiempo, que él era el *vojvoda*, el elusivo *capomafia* que nadie podía o, más bien, nadie *quería* tocar; el protegido de las grandes potencias. Ya no era

el señor del Drina; ahora lo llamaban el señor de los Balcanes. Y la buscaba a ella. El terror se le alojó en el estómago.

El timbre del celular irrumpió en el mutismo del departamento, y La Diana consultó la hora: las cuatro y treinta y cinco de la madrugada. Atendió mientras Kovać se incorporaba. No bien escuchó el quejido del otro lado de la línea, se puso en alerta.

—¿Bosa? ¿Bosa? ¿Eres tú?

Kovać le quitó el aparato, y La Diana pegó el oído para escuchar.

—¿Bosa? Soy yo, Lazar. ¡Bosa!

—El refugio —masculló con esfuerzo; resultaba claro que le costaba articular—. Evacuar... el... re... fu... gio.

—¡Dónde estás! —se desesperó Kovać—. ¡Dime dónde estás!

Goga apareció con cara de dormida y ojos achinados y los interrogó con un gesto.

—¡Bosa! ¡Dime ahora mismo dónde estás!

—En ca... sa.

—Goga —dijo Kovać, mientras cortaba la llamada—, comunícate con los del servicio de urgencias y envía una ambulancia a la casa de Bosa. ¡Ahora, muévete!

La Diana admiró la sangre fría con que Kovać se desempeñaba pese a lo trágico de la situación. Lo vio marcar de memoria un teléfono.

—Vamos, responde. Vamos —mascullaba—. ¡Shivani! —exclamó cuando la joven india atendió la llamada—. Sí, soy yo. ¡Alerta roja! ¡Repito, alerta roja! —Cortó sin aguardar respuesta y marcó de prisa otro teléfono, que sonó varias veces antes de que respondieran—. ¡Sanit! ¡Aquí Lazar! ¡Alerta roja! ¡Repito, alerta roja!

Goga volvió a la sala vestida y buscó a Kovać con la mirada para que le dijese qué hacer; se la notaba perdida y angustiada.

—¿Llamaste también a la policía?

—No —contestó la mujer.

—Hazlo. Remarca que se trata de la fiscal Dretar. Diles que ha sufrido un ataque en su domicilio. Quédate aquí con los niños. Diana y yo iremos a recoger a las muchachas.

—¿Qué está sucediendo, Laza? —lloriqueó Goga.

—Ahora, no, Goga. Después hablaremos.

* * *

Fueron primero al refugio de la calle Zvornička en el barrio de Grbavica pues allí vivía Svetlana. Kovać conducía en la madrugada oscura y gélida de ese sábado 23 de diciembre a gran velocidad por las calles resbaladizas. La Diana iba atenta al entorno. Por fortuna, la camioneta Chevrolet Blazer negra era desconocida para los traficantes. A dos cuadras del refugio, sugirió:

—Lazar, apaga las luces.

Disminuyeron la velocidad mientras se aproximaban al edificio. La cuadra se presentaba silente y vacía. Traspusieron el portón, y los neumáticos crujieron en el suelo de concreto del estacionamiento subterráneo.

—Están en el sótano —anunció Kovać—. Quédate al volante y con el motor en marcha. Iré a buscarlas.

La Diana columbraba las inmediaciones mal iluminadas del amplio garaje mientras echaba vistazos a la figura de Kovać que se alejaba hacia una puerta de hierro amarilla. Lo vio llamar tres veces con deliberadas pausas entre cada golpe. Las muchachas salieron, y hubo un momento de estupor y miedo cuando lo vieron sin barba. Kovać les exigió silencio con el índice sobre el labio. Se desplazaron en fila detrás de él, y La Diana fue recordando sus nombres y sus lugares de origen. Encabezaba la fila Shivani, la muchacha india, jefa del refugio. Llevaba de la mano a Selin, la gagaúza heroinómana y VIH positivo. Svetlana iba por detrás con la pequeña Oana, la hija de Brikena, la joven de Albania, que las seguía de cerca. Cerraba la fila Senada, la kosovar, a punto de parir y con su misma fobia. Las seis caminaban sin hablar, a paso rápido y con muecas angustiadas, y La Diana sintió una profunda compasión por ellas. Conocía como la palma de su mano el terror que experimentaban, la sensación de vulnerabilidad y la creencia de que su vida acabaría en cualquier momento.

Abrió desde el interior la quinta puerta, una clara invitación para que algunas ocuparan el espacioso baúl. Las demás subieron por las puertas laterales y se acomodaron en los asientos. Abandonó el sitio del piloto para cedérselo a Kovać.

—Saldré a la calle para verificar que esté despejado —le comunicó—. Perderemos un par de minutos pero valdrá la pena. A pesar de que los traficantes no conocen esta camioneta, si la ven salir a esta hora, sospecharán.

Corrió rampa arriba y salió a la calle por una puerta lateral de rejas. La zona seguía tan silenciosa como diez minutos atrás. Habría llamado por teléfono a Kovać, pero la cobertura en el garaje subterráneo era inexistente. Regresó deprisa y subió a la camioneta.

—Despejado. Puedes salir.

El segundo refugio quedaba cerca, del otro lado del Miljacka, en el barrio de Marijin Dvor, en las inmediaciones de la Universidad de Sarajevo. Antes de llegar, sin que se lo indicase, Kovać apagó las luces. Al cruzar la bocacalle, se dieron cuenta de que había un automóvil detenido frente al edificio con el motor en marcha; era el BMW azul.

—¡Son ellos! —exclamó La Diana.

—Seguiré de largo —decidió Kovać, y dobló a la derecha en la siguiente esquina; estacionó a veinte metros—. Quédate con las muchachas —le ordenó mientras se quitaba el cinturón de seguridad—. Iré a buscar a las otras.

—¡No! —se empecinó La Diana, y se volvió hacia el asiento trasero—. ¡Todas al suelo! ¡Vamos, agáchense! No se muevan, no hablen. Volveremos en unos minutos.

Corrieron hasta la esquina, donde se detuvieron para analizar qué ocurría con los del BMW. La Diana se calzó el monocular de visión nocturna.

—En el automóvil solo está el conductor —susurró—. Avancemos ocultándonos en los jardines delanteros de las casas —propuso.

La Diana con su equipo de neopreno negro y Kovać con su sobretodo azul marino se fundían en la oscuridad. El ronroneo del motor del BMW disimulaba el crujido del calzado sobre la nieve. La Diana no apartaba la vista del tipo al volante. El hombre mantenía el rostro girado hacia la derecha, la vista fija en la entrada del edificio. Se aproximaba la instancia en que quedarían expuestos durante algunos segundos, cuando se deslizasen hacia el portón del garaje. Kovać pasó primero y La Diana lo cubrió, siempre con el monocular apuntando al conductor del automóvil. Caminó hacia atrás en tanto oía el chirrido de la llave que le indicaba que Kovać estaba abriendo el acceso de servicio.

Se trataba de un garaje similar al del primer refugio, con una rampa que descendía para dar acceso a una superficie amplia, surcada por columnas de hormigón armado. Con un rápido vistazo, La Diana ubicó tres puertas: la del ascensor, la que conducía a las escaleras y la de la sala de máquinas, que se hallaba encajonada en un desnivel y hacia la cual se dirigió Kovać. Bajó los pocos escalones corriendo. Ella lo cubría con la HP 35 empuñada mientras se preguntaba qué reacción tendrían los traficantes al encontrar el departamento vacío. ¿Lo hallarían vacío?, se angustió. ¿Las muchachas habrían contado con tiempo suficiente para escapar?

La dinámica se repitió: Kovać llamó tres veces, la puerta se abrió y de nuevo las muchachas se asustaron al descubrir a un hombre que no conocían. Bastó que les hablase para que identificaran su voz.

—¡Silencio! —les ordenó entre dientes—. Están en el edificio. No abran la boca.

La Diana alternaba vistazos entre la puerta del ascensor, la de las escaleras y la del ingreso al estacionamiento. Detrás de ella, oía los pasos presurosos de las jóvenes que subían los escalones del desnivel y enfilaban hacia la salida del garaje. Se imaginó que Sanit, la tailandesa jefa del refugio, encabezaría la marcha; la seguiría Julie, de Moldavia, o quizás Anna, la macedonia, y por último Nuur, la chica croata que hacía pocos días formaba parte del grupo y que prácticamente no hablaba.

Se abrieron las dos puertas al mismo tiempo, la del ascensor y la que conducía a las escaleras, y La Diana supo que no se trataba de vecinos del edificio sino de los traficantes.

—¡Alto o disparamos! —amenazó uno con un AK-47 pegada al pecho.

—¡Corran! —ordenó La Diana, mientras arrancaba una de las granadas aturdidoras que llevaba sujeta en la cintura y la arrojaba en dirección a los hombres, que eran tres. El estallido de luz y el estruendo los dejarían fuera de combate al menos durante dos minutos. Apartó la cara para proteger las retinas, y sin mirar atrás

alcanzó al grupo que subía por la rampa. No permitiría que saliesen sin protección porque no tenía duda de que el conductor los aguardaba en la vereda. La complació que Kovać empuñase la Beretta.

—Lazar, cubre la retaguardia. Yo me ocuparé de despejar la salida.

Como había previsto, apenas asomó la cabeza le cayó encima una ráfaga de proyectiles, que provocaron chispas al acabar incrustados en la mampostería de la fachada. Contaba con preciosos segundos para deshacerse del conductor, pues ya podía oír que los otros tres se recuperaban en el garaje. La pequeña pistola de Kovać no detendría por mucho tiempo a los AK-47. Inspiró profundo, fijó la vista a través del monocular, hizo blanco y disparó. El delincuente se tambaleó antes de caer.

—¡Corran! ¡Corran! —ordenó—. ¡Hacia la derecha! ¡Corran hasta la esquina y doblen a la derecha! ¡Ve con las muchachas! —ordenó a Kovać—. ¡Guíalas a la camioneta! ¡Yo los contendré!

Dos de los tres traficantes subían por la rampa con sus fusiles en las manos. La Diana vació la HP 35 antes de correr tras el grupo, y mientras lo hacía reemplazaba el cargador vacío por otro con trece proyectiles. Se encontró con que las muchachas no terminaban de subir a la Chevrolet, por lo que regresó sobre sus pasos para controlar si la seguían. El escándalo provocado por la granada y los disparos había despertado a los vecinos, que encendían las luces y se asomaban por las ventanas. Alguno llamaría a la policía, y el sitio se convertiría en un pandemónium. Tenían que huir cuanto antes.

Los traficantes detuvieron la corrida cuando La Diana, bien ubicada en la esquina tras el grueso tronco de un castaño, volvió a irrumpir en la noche con una ráfaga de seis disparos. Los neumáticos de la Chevrolet chirriaron cuando Kovać, con la puerta del acompañante completamente abierta, hizo marcha atrás y clavó los frenos a la altura del sitio donde se encontraba La Diana.

—¡Vamos! —lo escuchó gritar—. ¡Vamos, sube!

Saltó dentro, y la camioneta arrancó antes de que pudiese cerrar. Sin ella y su pistola para disuadirlos, los traficantes avanzaron hacia la esquina.

—¡Las cabezas abajo! ¡Agáchense! —vociferó al oír las descargas de los AK-47, las cuales se perdieron cuando Kovać giró al final de la cuadra a altísima velocidad y sin bajar el cambio de marcha.

De nuevo la impresionaron sus dotes de piloto, pues con un vehículo como ese, con un centro de gravedad alto y por tanto inestable, una maniobra de esa índole en manos de otro menos avezado habría significado que volcasen y diesen varios tumbos. Le echó un vistazo al velocímetro; iban a más de cien kilómetros por hora. Nada dijo; solo meditó que llevaban a nueve mujeres y a una niña hacinadas en la parte trasera sin cinturones de seguridad. Unas cuadras más tarde y con la vista en el espejo retrovisor, declaró:

—Los hemos perdido, Lazar. Baja la velocidad.

Minutos después accedían al garaje del edificio donde se hallaba el refugio del MI6. Estaban a salvo.

* * *

Entraron en el departamento, y Goga, al ver a las chicas, soltó una exclamación y abrazó a la primera que tuvo al alcance, que resultó ser Nuur, y después siguió con cada una a excepción de Senada. Las jóvenes le devolvían el saludo con muecas asustadas y manos temblorosas.

—Goga, ocúpate de ponerlas cómodas —indicó Kovać, mientras aferraba a La Diana por la muñeca y la arrastraba a una de las habitaciones.

Cerró la puerta y, en la oscuridad, la ciñó en un abrazo y le devoró la boca.

—Amor —susurró sobre sus labios, y volvió a besarla como si nunca le bastase.

La Diana, todavía acelerada, le respondió con igual fervor aferrándole el pelo cortísimo de la nuca.

—¿Estás bien? —quiso saber cuando él interrumpió el beso.

—Sí. Un poco conmocionado y, admito, tembloroso. He vivido mucho, Diana, y los años de asedio durante la guerra no fueron fáciles, pero lo de recién... Nunca había pasado por nada igual. Cuando los vi aparecer en el garaje creí que todo estaba perdido. Solo que había olvidado que contaba con mi diosa guerrera. —Se apartó para contemplarla—. Amor, qué espectáculo eres en acción.

—Es mi trabajo, Lazar. Estoy acostumbrada, aunque te confieso que ocuparme de esos malnacidos con diez civiles a cargo, de los cuales uno era una niña, me puso nerviosa. Y los nervios son imperdonables en un soldado de élite. De hecho, nos entrenan para que jamás perdamos la calma.

—¿Qué fue eso que arrojaste? Me ensordeció.

—Y a esos hijos de puta los cegó también. Es una granada aturdidora. No es letal, pero deja fuera de juego al enemigo por unos minutos. Es muy útil en misiones de rescate de rehenes. Pero Lazar, ¿qué haremos ahora?

—Te confieso que no lo sé. Solo quiero saber qué fue de Bosa. Después pensaremos en la mejor estrategia para solucionar este embrollo.

Intentaron comunicarse con la fiscal, pero no contestaba el teléfono. Goga propuso llamar a los hospitales, y tuvieron suerte en el segundo, el Hospital General Doctor Abdulah Nakaš, en el barrio de Koševo.

—Quiero ir con ustedes —pidió Goga.

—No —se impuso Kovać, que sostenía en brazos a Darko; se había despertado a causa del tumultuoso arribo de las muchachas—. Quédate y ocúpate de los niños.

—No tengo nada para alimentar a tanta gente —se quejó la mujer.

—Hay infusiones en la alacena —indicó La Diana.

—De regreso compraremos víveres —prometió Kovać, y se despidió del niño con un largo beso en la frente—. Pórtate bien, cariño, y ayuda a Goga en todo lo que necesite. ¿Me lo prometes?

—Quiero ir contigo —sollozó Darko, y se aferró a su cuello.

—Adonde vamos no podemos llevarte. No es sitio para un niño. Volveremos enseguida.

Mientras conducía, La Diana miraba de soslayo a Kovać y lo notaba apesadumbrado. Al igual que ella, no avizoraba una salida fácil del lío en el que se encontraban. ¿A quién recurrirían cuando las autoridades respondían a los traficantes, mejor dicho a Vuk, el *vojvoda*? Consultó la hora, las siete de la mañana, las seis en el meridiano de Greenwich. Hizo lo único que se le ocurrió: llamó a Callum Duncan.

—Edward —saludó cuando la atendió el mayordomo—, ¿te he despertado?

—En absoluto, señorita. ¿Quiere hablar con *His Lordship*?

—¿Está despierto?

—No, pero tengo órdenes de pasarle sus llamadas cualquiera sea la hora. —La Diana sonrió—. Ahora mismo la comunico.

—Gracias, Edward.

Solo pocos minutos después, el noble escocés respondió con voz adormilada.

—Disculpa que te haya despertado.

—No digas tonterías. Si lo has hecho es porque estás en un aprieto.

—Así es. —Le relató lo sucedido, desde el fiasco con el informante hasta el rescate de las muchachas traficadas—. No sabemos a quién recurrir —admitió—. Todos estamos en peligro, aun los familiares de mis amigos. Nos persiguen sin tregua.

—Mantén el teléfono encendido y cerca de ti. Haré que el primer ministro llame a Klein.

—¿Que Tony Blair llame a Klein? —se pasmó La Diana.

—Sí —contestó Glendale—. Me tomará un par de horas, a lo sumo tres. Apenas tenga novedades, te llamaré. ¿Crees que puedan resistir?

—Sí. En tanto, ¿qué opinas de que llame a Defensores de los Derechos Humanos y a Albert Coleman? Creo que si no involucramos a la prensa y a una ONG de peso aquí nadie moverá un dedo para salvar a estas pobres chicas.

—Hazlo —contestó Callum Duncan y, tras un saludo expeditivo, cortó la llamada, y aunque La Diana habría querido preguntarle si había descubierto algo interesante en los legajos de Carrie Stewart, se abstuvo; la prioridad era la seguridad de las muchachas y la de ellos.

—¿Tony Blair? —dijo Kovać.

—Callum dice que lo hará llamar a Klein para que detenga la cacería. —Estiró la mano y le acarició el filo de la mandíbula—. Verás que saldremos de este lío.

—No lo dudo si estás conmigo.

—*Estoy contigo.*

—¿Estarás siempre? —inquirió, y le lanzó un vistazo suplicante.

—Sí, siempre.

* * *

Estacionaron a dos cuadras del hospital. Antes de descender de la camioneta, se cubrieron con las capuchas de los abrigos y se calzaron anteojos oscuros aunque apenas comenzase a despuntar el sol. Resultaba probable que los traficantes ya supiesen que Bosa estaba internada en el Abdulah Nakaš y que hubiesen apostado un guardia en las inmediaciones. En la recepción, les informaron que la fiscal Bosiljka Dretar se encontraba en la unidad de cuidados intensivos del sexto piso. Las puertas del ascensor se abrieron, y La Diana avistó a varios uniformados; contó seis.

—No es garantía de nada —masculló Kovać—. Más bien lo contrario. Es riesgoso.

—Tienes razón —concedió La Diana—, pero el hecho de que estén vigilando el sector habla de que se trata de un caso grave. El ataque a un procurador de la nación en un país democrático no es broma.

—Democrático —se mofó Kovać.

Se anunciaron en el mostrador, y a La Diana no la sorprendió el gesto bobalición de la empleada luego de alzar la vista y encontrarse con la perfección asombrosa de Kovać.

—Las visitas están prohibidas —aseguró la muchacha—. Lo siento —añadió, y se le colorearon las nutridas mejillas.

—¿Sería tan amable —preguntó Kovać y empleó la sonrisa como un arma de seducción— de avisarle a la fiscal que Lazar Kovać está aquí? Solo quiero que sepa que estoy.

—Aguarde un momento, por favor. Si no está descansando, le daré su mensaje.

—Gracias, señorita... Maia —dijo, tras apuntar la vista al generoso busto de la empleada donde lucía una placa con el nombre—. Es usted muy gentil.

Cinco minutos más tarde, Maia los conducía dentro del cubículo después de que Kovać se hubiese identificado con uno de los policías de guardia. Afortunadamente el documento era viejo con una fotografía de la época en la que no usaba barba.

En una reacción maquinal, Kovać apretó la mano de La Diana al descubrir el estado al que habían reducido a su amiga. Sin duda, la habían torturado para extraerle la información. Se aproximó a la cabecera de la cama ortopédica y observó los aparatos que la rodeaban. Bosa entreabrió el ojo izquierdo —el derecho estaba sumido en la hinchazón— y preguntó con voz cascada y ronca:

—¿Quién es usted?

—Bosa, soy yo, Lazar. Me he quitado la barba y me he cortado el pelo.

—Qué rápido haces todo desde que esa mujer entró en tu vida.

—Esa mujer acaba de salvarnos el pellejo, a mí y a nuestras muchachas. Está aquí, conmigo. Ha venido a verte.

—Hola, Bosa —saludó La Diana.

—Hola.

—¿Cómo te sientes?

—Me dieron un calmante muy fuerte un cuarto de hora atrás. Está haciendo efecto, gracias a Dios, porque me dolían hasta las orejas, literalmente hablando. Laza, ¿dices que las muchachas están bien?

—Sí, quédate tranquila. Están a salvo.

—Bendito sea Dios.

—¿Qué sucedió, Bosa? ¿Tienes ganas de contarme?

—Estaban esperándome en casa. Entré y me los topé en la sala.

—¡Te dije que nos llamasen! —se enfadó Kovać—. Estábamos listos para ir a buscarte a la boda.

—Quería ir a casa a buscar una muda, Lazar.

—¡Santo cielo! —masculló el exsacerdote—. ¡Qué terca eres!

—Me sacaron las ubicaciones de los refugios a golpes, y no pude decirles mentiras porque me advirtieron que uno de ellos permanecería conmigo mientras los demás iban a comprobar si la información era cierta. En lo único que les menté fue en decirles que Svetlana se encontraba en el refugio de Marijin Dvor. Pensé que serviría de algo —añadió con acento desanimado.

—¿Cómo pudiste advertirnos?

—Todavía me pregunto cómo hice para aflojar las cuerdas con las que me habían maniatado. Cuestión que lo hice. El tipo que dejaron de guardia se había pegado a la ventana y miraba hacia la calle; me creía inconsciente. Me arrastré hasta la cocina, tomé el inalámbrico y huí por la puerta trasera. No podía alejarme mucho debido al poco alcance del aparato, por lo que me oculté dentro del ligustro, como cuando era niña. Desde allí te llamé. Calculo que transcurrieron a lo sumo veinte minutos desde que los traficantes salieron para los refugios. Gracias al cielo llegaste a tiempo.

—¿Y el tipo que quedó de guardia?

—No lo sé. Creo que nunca se dio cuenta de que me escapé. Estimo que habrá huido al escuchar las sirenas de la ambulancia y de la policía.

—Fuiste muy audaz —la elogió Kovać, y se inclinó para besarle un costado de la frente; del otro lado tenía una venda.

Sonó el celular de La Diana y esta se disculpó para atender la llamada fuera del cubículo. Como había pensado que se trataba de Callum Duncan, se sorprendió cuando se dio cuenta de que era Albert Coleman.

—Es muy temprano allá —comentó La Diana.

—Así es. Apenas las siete. Pero la redacción de un periódico nunca duerme y acaban de avisarme que llegó un cable de Sarajevo, del *Oslobođenje* —aclaró—. ¿Es cierto que la fiscal Dretar fue brutalmente atacada?

—Sí, es cierto. En este momento estoy a pocos metros de ella. Está internada en el Hospital Abdulah Nakaš. Unos traficantes de personas la emboscaron en su propia casa y la torturaron para sacarle información.

—¿Qué información?

—La ubicación de los refugios de Duga Sarajevo. Están buscando a una de las muchachas que la fiscalía puso bajo la protección de Duga. Las rescatamos de milagro.

—¿Dónde están las chicas ahora?

—En un sitio seguro.

—Veo que ya no precisaré de esas pruebas para escribir la nota por lo del tráfico humano. El ataque a la fiscal Dretar es prueba suficiente para mí.

—Y estoy en posición de confirmarle que el criminal de guerra de quien le hablé, el señor del Drina al que todos llamaban Vuk durante el conflicto, es el misterioso jefe de la mafia en los Balcanes, solo que ahora lo llaman *vojvoda*.

—¿*Vojvoda* ha dicho?

—Sí, *vojvoda*. —Mientras se lo deletreaba, La Diana escuchaba el rasgueo de la lapicera del periodista—. Es un antiguo título nobiliario de los Balcanes que se les otorgaba a los señores feudales, sobre todo a los señores de la guerra, a los dueños de ejércitos. De todos modos —retomó La Diana—, las pruebas de las que le hablé ayer ya están en poder de unos amigos. Necesito realizar unas confirmaciones antes de entregárselas.

—Estaré esperando con ansias esas pruebas. ¿Entre ellas está la confirmación de la que habla, de que el criminal de guerra es el actual jefe de las mafias balcánicas?

—No —admitió con un sentimiento de rabia e impotencia.

—Como comprenderá —discurrió el periodista inglés—, necesito evidencia para conectar al criminal de guerra del pasado con el jefe del tráfico humano de hoy. En caso contrario, se me acusará de fabulador. Pero iremos poco a poco. Con lo sucedido a la fiscal Dretar tenemos material valioso para empezar, incluso para maniobrar con algunas especulaciones. Mi vuelo para Sarajevo parte en unas horas.

—¡Oh! —se asombró La Diana.

—¿Cree que pueda entrevistar a la fiscal?

—Si me llama en diez minutos le tendré una respuesta. No le prometo nada, señor Coleman. La han reducido a un estado calamitoso y no sé si los médicos aprobarán que la entreviste. Solo déjeme intentarlo.

Bosa Dretar enseguida aceptó recibir al periodista de *The London Times* y añadió:

—Si no hacemos un escándalo en la prensa acabaremos todos muertos.

* * *

Al salir del hospital se toparon con la guardia de periodistas y camiones de televisión apostados en el ingreso. La Diana vio logotipos de estaciones y radios locales, pero también avistó corresponsales con micrófonos de CNN y de Euronews. La noticia de la fiscal torturada se expandía como el fuego en un campo seco y producía lo que tanto necesitaban: revuelo internacional. Antes de que se subiesen a la camioneta, le llamó la atención un Audi negro que se detuvo a la entrada del hospital y del cual descendieron dos hombres trajeados y con lentes oscuros, claramente guardaespaldas. Unos segundos después, reconoció al expresidente de Bosnia y Herzegovina, Alija Izetbegović, que bajó asistido por uno de los hombres de traje y en compañía de su reemplazante, un tal Halid Genjac, que contaba poco y nada, opacado por la autoridad de Jacques Paul Klein. Sin duda, concurrían para visitar a la funcionaria agredida. Los periodistas, al identificarlos, corrieron hacia ellos y los abrumaron con micrófonos y preguntas. La Diana caminó las dos cuadras hasta la camioneta en silencio, mientras intentaba sofocar el odio que Izetbegović le inspiraba. En julio del 95 había abandonado y sacrificado Srebrenica y, junto con ella, a sus padres, para obtener lo que tanto deseaba: que los aviones de la OTAN bombardeasen las posiciones del ejército de Mladić en torno a Sarajevo. ¡Malditos fuesen todos ellos!

En el trayecto de vuelta, compraron abundantes provisiones que Kovać pagó con una pequeña parte de lo que había destinado para el informante y que no había podido entregarle. Mientras él llenaba el chango con leche, pan, fruta, huevos, fiambres, infusiones, azúcar, barras de cereales y otras vituallas, La Diana se mantenía en guardia con la mano bajo la chaqueta aferrada a la empuñadura de la HP 35.

Al llegar, se encontraron con la situación bastante organizada y tranquila gracias a la intervención de Shivani. Las muchachas sorbían café en la sala y guardaban silencio. La joven india se hizo cargo de las bolsas y, junto con Svetlana y Brikena, marchó a la cocina.

—Saca de las bolsas lo que necesites y lo que deba ir a la heladera —le indicó Kovać—, pero deja el resto en ellas. No sabemos si permaneceremos en este sitio por mucho tiempo.

La Diana les echó un vistazo y se dio cuenta de que algunas llevaban puestos los pijamas y los camiones bajo los abrigos; otras ni siquiera se habían protegido los pies con medias antes de calzarse. Urgía conseguirles ropas adecuadas para un clima extremo como el de Sarajevo en invierno. En tanto cavilaba si era conveniente que ella y Kovać regresasen a los refugios, sonó su celular. Era Callum Duncan.

—¿Novedades? —preguntó La Diana.

—Tony Blair prometió llamar a Klein. Está indignado con la situación. Y sabe que si se descubriese que funcionarios ingleses están involucrados en este tráfico infame sería un escándalo para su gobierno. Pero sucede que no podemos dar con Klein. Parece ser que quedó varado en el aeropuerto de Viena por mal tiempo.

—¿No responde el celular?

—No. Pero seguiremos insistiendo. Toda la ONU en Sarajevo está al tanto del asunto, y la jefa de la Oficina de los Derechos Humanos en Bosnia, Madeleine Reardon, quiere ponerse en contacto con las autoridades de Duga para ofrecerles su apoyo. Parece una mujer expeditiva y, sobre todo, sincera en su intención de colaborar.

—Discúlpame, pero después de todo lo que hemos vivido en los últimos días no confiamos en nadie. Tal vez esta señora... ¿Cómo has dicho que se llama?

—Madeleine Reardon.

—Tal vez la señora Reardon sea una persona honesta y con buenas intenciones, pero la situación es crítica y hay vidas en juego. Aquí no se bromea. Lo que necesitamos es la intervención de la más alta autoridad. No podemos arriesgarnos con funcionarios de medio pelo que, por muy buenas intenciones que tuviesen, serían devorados por la burocracia que los traficantes saben explotar muy bien.

—Tienes razón, querida. Hablaré de nuevo con la doctora Reardon y le diré que, hasta que Klein no intervenga, nadie hablará con nadie.

—Gracias. ¿Qué sabes de nuestro amigo en común?

—Salió para Londres hace un momento. Se reunirá con tu amigo a las once y media. ¿Necesitas que llame yo a Defensores de los Derechos Humanos?

—No, pero gracias igualmente. Tengo el teléfono de la presidenta. Estoy esperando que se hagan las diez para llamarla.

En la cocina se encontró con Kovać calentando un poco de leche para Darko, que se había sentado a la mesa y engullía pan con manteca. Le sonrió al verla y le mostró una encía en la que le faltaban algunos dientes. Tuvo el impulso de acariciarle el carrillo y se contuvo.

—¿Cómo has dormido? —le preguntó en cambio.

—Bien —fue la simple respuesta antes de seguir dando mordiscos a la tajada.

—¿Quieres que te prepare otro?

—Sí.

Se lavó las manos para untarle la manteca en otra feta de pan, y mientras lo hacía observaba a Kovać, que vertía la leche en una taza y la azucaraba. Estaban los tres solos y se le ocurrió pensar que parecían una familia normal. ¿Soportaría esa realidad doméstica tan distinta de la vida que había llevado en los últimos años? Antes de que los resquemores la inquietasen, buscó el solaz que significaba el abrazo de Kovać. Le encantaba desconcertarlo con esas muestras espontáneas de afecto; él parecía conformarse con tan poco; le sonreía y la abrazaba con tanto afán que la hacía sentir lo único, lo más importante.

—Quiero que te eches a dormir unas horas —le susurró sobre los labios.

—Si duermes conmigo, lo haré —condicionó él.

Hubo un momento de risas cuando una Zaína recién levantada, con las marcas de la almohada aún en las mejillas, se sobresaltó al encontrarse con un extraño en la cocina. Se escondió detrás de la madre.

—Soy yo, cariño. Tío Laza. Me he quitado la barba y me he cortado el pelo.

—Es para no hacernos cosquillas cuando nos dé besos —le explicó Darko con la boca llena.

La Diana preparó huevos revueltos con panceta, que Kovać devoró sin respiro; estaba famélico. Ella comió un poco para reponer el vigor, lo mismo Goga y los niños, y Shivani repartió el resto entre las muchachas. El cansancio los asaltó enseguida después de la nutritiva ingesta. Se lavaron los dientes, se echaron en una cama y se cubrieron con un edredón. Se pusieron de costado. Kovać le pegó el torso a la espalda y la circundó con los brazos. Se durmió enseguida. Ella, aunque exhausta, no lograba conciliar el sueño. Consultó la hora: las diez y diez. Apartó las manos de Kovać con suavidad y se levantó. Buscó un sitio tranquilo —difícil en un departamento que albergaba a quince personas— para hablar con Dorianne Jorowsky, la flamante presidenta de Defensores de los Derechos Humanos. Al final, decidió hacer la llamada desde la calle. La atendió una asistente.

—Dígale, por favor, que llamo de parte de Eliah Al-Saud. —La Jorowsky estuvo al teléfono en pocos segundos—. Mi nombre es Diana Huseinovic. Eliah...

—Sé quién eres —la interrumpió la mujer de buen modo—. El general Raemmers me habló de ti, y sé que Eliah te envió a Bosnia para recoger material por lo del tráfico de personas.

—Justamente por eso estoy llamándola —dijo, y le relató al detalle lo vivido en los últimos días, desde la aparición de Svetlana con un microchip insertado bajo la piel hasta el ataque a la fiscal Dretar y la irrupción en los refugios de Duga Sarajevo.

—Ya me enteré de lo de la fiscal —confirmó la mujer—. Repiten la noticia de continuo en los informativos. Estoy planeando viajar al final del día o mañana a primera hora. Nuestro representante en Sarajevo ya está en contacto con las autoridades.

—Confiar en las autoridades es un error. Están todos corrompidos por los traficantes, aun los funcionarios de la comunidad internacional. Sobre todo ellos están corrompidos. La inmunidad de la que gozan los coloca en una posición que los traficantes han sabido aprovechar. Por lo pronto, nosotros estamos encerrados en un sitio seguro, pero no podemos permanecer aquí por mucho tiempo. Hay tres niños y una chica a punto de parir. Y la verdad es que no sabemos qué hacer ni a quién recurrir. No confiamos en nadie, y con la fiscal Dretar fuera de juego nos hemos quedado sin alternativas. Por eso me atreví a molestarla.

—No es molestia. Para eso estamos, para gritar muy fuerte cuando nadie quiere oír.

La presidenta de la ONG prometió ponerse en contacto en las próximas horas.

* * *

Regresó al departamento con la capucha sobre la cabeza y echando vistazos furtivos. La alegró que, pese al murmullo constante de las mujeres y de los niños, Kovač continuase profundamente dormido. Ella también intentaría descansar. Volvió a acomodarse bajo la manta y cerca de la tibieza que emanaba el cuerpo de Kovač, y en esa oportunidad se durmió.

La despertó el timbre del teléfono. Los indicadores luminosos del Breitling fulguraron en la oscuridad de la habitación: las doce y treinta y cinco. Había dormido poco más de una hora y media. Dedujo que se trataba de Bruce McLeod.

—Soy Nigel.

Enseguida se puso en alerta y se bajó de la cama. Kovač se estiró y se dio vuelta para seguir durmiendo. La Diana se alejó hacia una esquina para no perturbarlo.

—¿Has visto el video? —preguntó con miedo.

—Sí. No tengo buenas noticias.

Se le hizo un nudo en la garganta y la boca se le tornó pastosa.

—Dime —pronunció con dificultad.

—Se ve claramente que se trata de Charlie y de Tango.

La Diana se cubrió los ojos y se apretó los párpados. Se le aceleró la respiración en tanto una oleada de frío y luego de calor le surcó el estómago y le causó una náusea. Charlie y Tango eran los nombres de guerra de Piersanti Righi y de Alberto de Souza, de su querido amigo y de su admirado y respetado comandante.

—No —alcanzó a articular.

—Lo siento, Diana. Este ha sido un duro golpe para mí también. Conociéndolos, creo que estaban muy borrachos, tal vez bajo los efectos de alguna droga. También resulta claro que las chicas no participaban voluntariamente. Eso, o son excelentes actrices.

—¿Estás seguro de que son ellos?

—Sí, completamente seguro. Lo siento. Te paso con tu amigo.

—Gracias.

—Al fin sabemos quiénes son —fue lo primero que dijo Bruce.

—Aún me cuesta creerlo —expresó—. ¿Qué haremos?

—Esto me excede —declaró el *hacker* escocés—. Tendré que consultar con nuestro viejo amigo. Quédate atenta al teléfono.

—Lo haré. Un último favor.

—El que sea —respondió Bruce.

—Antes de irte de esa ciudad, hazle llegar una copia del video al periodista del que estuvo haciendo averiguaciones nuestro viejo amigo días atrás. ¿Sabes de quién te hablo?

—Lo recuerdo vagamente. Pero no te preocupes, lo llamaré y le pediré sus señas para hacérselo llegar.

—Es imperativo que lo hagas cuanto antes pues está por emprender un viaje en unas horas.

—Dalo por hecho.

—Gracias. Por todo.

Finalizó la llamada y dejó caer los párpados. Apretó el filo del celular contra los labios hasta causarse dolor. No aceptaba que Righi y De Souza estuviesen involucrados en un tráfico aberrante como el de seres humanos. Sacudía la cabeza ligeramente y continuaba apretando los ojos en el intento por eliminar las imágenes y los datos que se disparaban en su mente. Lo cierto era que todo cerraba; no podía negar la realidad. Los continuos viajes de Charlie a Bosnia para entrenar a los de la SFOR en técnicas de contraterrorismo cuando no era el experto sino el israelí Guior Blum; el encendedor costoso de la Baywatcher en poder de De Souza; la revelación que su esposa Severina le había hecho al matrimonio Raemmers acerca de la muchacha embarazada pocos días antes de que la asesinasen. La evidencia se acumulaba.

Era plausible pensar que De Souza hubiese mandado matar a Raemmers. El general se había aproximado a la verdad. Pero ¿cuál era la verdad exactamente? ¿Qué rol tenían esos dos en los negocios sucios de Vuk? ¿Sabían que Vuk estaba tras ella! Después de la huida de Zver, el antiguo señor del Drina debió de haberse enterado en poco tiempo de que trabajaba para el mismo ejército de élite que De Souza y Righi. La surcó un escalofrío al darse cuenta de qué cerca había estado de que su propio compañero y su comandante le tendiesen una trampa y la entregasen a su antiguo violador y torturador. Podía considerarse afortunada. Los tiempos habían jugado a su favor. La huida de Zver había tenido lugar el lunes 20 de noviembre, en el momento en que ella era suspendida en sus funciones en la oficina que había sido del general Raemmers y que en la actualidad ocupaba el traidor De Souza. De hecho, habían visto juntos la noticia. ¿Qué actuación la de De Souza! Mostrarse furioso y llamar al jefe de la KMar para ordenarle que lo encontrasen cuando probablemente había sido él quien había instruido al comando para liberarlo. ¡Maldito hijo de puta!

¿Cuántos días habían transcurrido antes de que Zver le revelase a Vuk la asombrosa noticia, que Mariyana Huseinovic era un soldado de élite bajo las órdenes del corrupto De Souza? Calculó que pocos; quizás al día siguiente ya lo sabía, pues Zver había escapado el lunes 20 de noviembre y el asalto en los bosques de Glendale había ocurrido el sábado 25. Claro, su comandante sabía que cabía la posibilidad de encontrarla allí. ¿En realidad, sabían *exactamente* que se encontraba en Escocia! Ella misma se lo había confiado a Righi cuando este la llamó para advertirle del robo en su departamento. La comunicación había tenido lugar por la mañana, y a ella y a Bruce los habían emboscado por la tarde. Se habían movido con rapidez. No contaban con que los cuatro serbios regresarían con las manos vacías y llenos de heridas y magulladuras. Ahora que analizaba la cuestión desde esa perspectiva, no tenía duda de que Righi había sido «el ladrón» que había irrumpido en el departamento para buscar indicios de su localización ya que ella les había complicado el rastreo al usar la envoltura de aluminio en torno al celular provisto por L'Agence.

Poco después abandonó Escocia para refugiarse en Ruán. Ahora comprendía la obsesión de Righi por verla, por estar con ella. Afortunadamente su sentido de la preservación y su desconfianza, mezclados con el hecho de que quería pasar un tiempo sola, la habían prevenido de revelarles dónde se hallaba. Cuando lo llamó desde el teléfono público de Ruán, la comunicación había durado lo suficiente para establecer su ubicación; sin embargo, no lo hizo, probablemente porque, sorprendido, no había conectado el rastreador o bien no contaba con la tecnología. De nuevo, había eludido el peligro por poco.

¿Cómo se explicaba el mensaje anónimo para advertirle que la buscaban? «Tu cabeza tiene precio. Escapa. No confíes en nadie». Lo había recibido el 24 de noviembre, un día antes de la emboscada en Glendale. ¿Quién se lo había enviado? ¿Habría sido el propio Righi, que si bien era parte de la red de tráfico pretendía ponerla a salvo de Vuk? ¿El general De Souza, tal vez? ¿O existía un tercer componente de L'Agence inmiscuido en el negocio y que deseaba protegerla? McLeod había descubierto que el mensaje provenía de un celular con base en Rumania y que pertenecía a una enfermera del hospital en el que Daen van Groen convalecía. Johnny Milford y Peter Hersey lo acompañaban. A menos que existiese otra justificación, alguno de esos tres intentaba preservarla del mal.

Las sienes le latían, y tenía las pulsaciones muy elevadas. Debía calmarse; perder el control solo la llevaría a cometer errores de juicio. Aunque la claridad de los hechos por el momento la encandilase, era mejor que estar a oscuras.

¿Por qué un hombre como De Souza había aceptado participar de un comercio nefando? Él, que era un padre amoroso, ¿no pensaba en el destino de esas pobres chicas secuestradas, violadas y torturadas? ¿Lo haría solo por dinero? ¿Y Righi? La moral de Charlie era lábil, pero igualmente jamás lo habría creído capaz de rebajarse a traficar con pobres mujeres indefensas.

¿Charlie había advertido a Zver de la misión en Tiráspol! Por eso habían estado esperándolos. Y la culpa había sido de ella. Ahora recordaba que Raemmers había ordenado la irrupción en la refinería de droga sin participar a De Souza, aprovechando que el portugués acompañaba a su hija en el Hospital Saint Thomas, y sin la presencia de Righi, que se hallaba en los Balcanes. Charlie y ella se habían cruzado en el aeropuerto de Estrasburgo, y, en medio de una charla trivial, le había comentado acerca del trabajo que realizarían en la ciudad moldava. Righi había tenido tiempo de advertir a los traficantes para que los aguardasen armados hasta los dientes. Su indiscreción casi le había costado la vida a Daen van Groen, sin hablar de que había puesto en riesgo el éxito del trabajo.

Dio un respingo y enseguida se distendió: las manos que le rodeaban la cintura por detrás eran las de Kovač, que le besó la columna del cuello y le susurró:

—¿Qué ocurre, amor mío? ¿Por qué estás aquí sola y pensativa? —Le acarició las piernas desnudas—. Estás helada. Ven, vuelve a la cama.

La Diana no se lo permitió. Giró en su abrazo y le echó las manos al cuello para buscar el confort de su cercanía.

—He recibido malas noticias.

—¿Tus hermanos? —se preocupó Kovać.

—No se trata de ellos.

—Ven, volvamos a la cama. Estás tomando frío.

Se acomodaron bajo las mantas y, de costado, uno frente al otro, se contemplaron en la penumbra de la habitación.

—Lamento haberte despertado.

—No fuiste tú. Fue un mal sueño. Anda, dime qué sucede.

—¿Recuerdas el video que el novio de Carrie consiguió en Camp Comanche?

—Sí.

—Pues acabo de enterarme de que en él se muestra a dos funcionarios de la OTAN. Yo los conozco. Son un compañero de armas y mi comandante.

—Lo siento, amor. ¿Les tenías afecto?

—Sí. Los admiraba también. Son excelentes soldados. Aprendí mucho de ellos. ¡No puedo creerlo, Lazar!

—Cuando traicionan nuestra confianza, los sentimientos son tantos. Estupor, también incredulidad, hasta negación, después vienen el rencor y la furia, pero al final queda una tristeza muy grande.

—Yo estoy en la etapa de la furia porque ahora sé quién asesinó a Raemmers. Fueron ellos, Righi y De Souza. Tenían todos los medios para hacerlo, conocían sus movimientos, dónde vivía, sus costumbres, todo. Le tendieron una trampa. Estoy segura de que lo asesinaron en el polígono donde practicamos puntería. Sí, lo asesinaron en ese sitio. Por eso las cámaras del circuito cerrado habían sufrido un desperfecto ese domingo. Lo dejaron disparar unas cuantas veces para que las huellas digitales se le impregnasen de pólvora y luego lo asesinaron con su propia arma. Lo sacaron furtivamente de allí y lo condujeron a su departamento en Belgrave.

—Raemmers se había aproximado a la verdad y lo eliminaron —comentó Kovać—. Pero ¿qué fue lo que supo? ¿De qué se enteró que justificase su asesinato?

—No te conté una revelación que me hizo la mujer de Raemmers ayer —expresó, y le resumió lo que le había dicho Charlotte.

—Es muy probable que se trate de eso —acordó Kovać—. La otra pregunta que me viene a la mente es por qué habrá empezado a circular ese video. Sin duda, los mafiosos lo filmaron sin que esos dos lo supiesen. Un as en la manga que se guardaron como medio para extorsionarlos en caso de ser necesario. Tal vez Righi y De Souza querían salirse del giro, y esta fue una forma de hacerles cambiar de parecer, poner en circulación el video.

—Tal vez —susurró, deprimida, temerosa de analizar las consecuencias de semejante descubrimiento.

Los sobresaltó el timbre del celular de La Diana. Era Callum Duncan.

—Sé que acabas de recibir una mala noticia.

—Sí. No sé qué hacer —confesó.

—Tú no debes hacer nada. Deja eso en mis manos. Cuando nuestra amiga me reveló el otro día lo que le había confesado la esposa de P, hice algunas llamadas y consulté a una vieja amistad de la Scotland Yard, la misma a la que le pasé nuestras investigaciones por lo del accidente aéreo.

—¿Qué fue lo que le consultaste?

—Cuando nuestra amiga nos contó lo que nos contó, la noticia de la muerte de la mujer de P en un casual asalto callejero tomó un nuevo cariz desde mi punto de vista.

—La eliminaron para hacerla callar, ¿verdad?

—Sí. Mi amigo de la Scotland Yard no se mostró sorprendido. Verás, pocas semanas antes de la muerte de su mujer, P había contratado un seguro de vida a su nombre. Como imaginarás, la aseguradora sospechó de su muerte y se puso a investigar. Había cosas que no estaban claras. De la autopsia que le hicieron a la mujer de P surgió que, claramente, había muerto a causa del disparo, pero que tenía el cuerpo cubierto por moretones y golpes infligidos pocos días antes y que nada tenían que ver con el asalto.

—¿De Souza la golpeaba?

—Eso supusieron. Nada claro ni contundente surgía de las pesquisas hasta que pocos días atrás un niño encontró un celular a orillas del Serpentine, en High Park. Su madre consignó el aparato en una delegación de la policía y, pese a estar muy estropeado por el agua, la tarjeta estaba intacta. Al analizarla, descubrieron que había pertenecido a uno de los dos que asaltaron y asesinaron a la mujer de P. Entre los números a los que había llamado estaba el del celular personal de P. La llamada era de dos días antes del asesinato.

—Qué extraño —masculló La Diana—. Me resulta inverosímil que P le haya dado su teléfono para que lo llamase. Él conoce bien cómo funcionan estas cosas. No es idiota.

—Cómo el malviviente se hizo del número del celular personal de P nunca lo sabremos. Lo que cuenta es que tal vez por esta razón, después de que esos dos le hicieron el servicio, los eliminó o mandó eliminar y arrojó el celular al lago de High Park.

—Quizá.

—La cuestión es —prosiguió el noble escocés— que P ya está en la mira de las autoridades. Estoy por hacer llegar una copia del video a la Scotland Yard. Esta prueba solo agravará su situación ya comprometida a causa de la muerte de su mujer.

—Entiendo.

—Nuestro periodista amigo también recibirá de un momento a otro la copia. Los hemos atacado por todos los flancos, querida.

—Ahora solo falta que Blair contacte a Klein —recordó La Diana.

—Sí —afirmó Glendale—, pero tal vez la prensa sea más eficaz que los políticos.

—¿Has descubierto algo en los legajos?

—Son seis, de los cuales cinco se refieren a funcionarios de la IPTF y uno involucra a un comisario de la policía de la ciudad en la que te encuentras.

—Imagino a quién te refieres —dijo, mientras pensaba en Goran Vasilić, el que había recibido a los conductores del Škoda blanco.

—Te haré llegar estos legajos por una vía segura.

—Gracias. Por último, quería contarte que el muerto que camina...

—¿Qué hay con él?

—Era uno de los que se presentó anoche mientras entrábamos en contacto con el informante.

El silencio en la línea reveló la perplejidad que dominaba al viejo escocés.

—Te habrás sorprendido —dedujo Glendale tras esa pausa.

—Sí.

—Las implicancias del descubrimiento pueden ser muchas. Tendré que analizarlas en serenidad. Por ahora, concentrémonos en el asunto que tenemos entre manos y que es urgente. Mantente alerta y con el teléfono siempre encendido y a mano. Querida, cuídate, por favor.

—Así lo haré.

La Diana cortó la llamada. Alzó la vista y la fijó en la ansiosa de Kovać.

—¿Cómo es posible que me haya equivocado tanto con Righi y De Souza?

—Hay personas muy hábiles en la estrategia del ocultamiento. Esos dos lo son para haberte embaucado a ti, que eres tan desconfiada.

—Pues contigo no he sido desconfiada ni un instante. Todavía me sorprendo de mí misma.

—¿Y? ¿Qué piensas? ¿Que podría llegar a engañarte? —la provocó con las palabras pero también con mordiscos en el labio inferior.

—No, Lazar. Confío en ti ciegamente. Pero si llegases a traicionarme, me romperías el corazón, y creo que ya no podría recuperarme.

—Antes de causarte la más ligera pena, preferiría morir.

La Diana le cubrió la boca con la mano y negó varias veces con la cabeza.

—No vuelvas a hablar de la muerte. Ni siquiera vuelvas a insinuar lo que acabas de decir, porque si eso sucediese sería la tortura más dolorosa que podrías infligirme.

—No voy a dejarte, amor mío —susurró Kovać—. Voy a estar siempre a tu lado, hasta que ya no te sirva.

La Diana le destinó una sonrisa temblorosa, y mientras le acariciaba los labios luchaba por pronunciar las palabras que se repetían en su mente: «Te amo. Te amo». Le resultó imposible.

Abandonaron la cama, se vistieron, La Diana con su conjunto de calzas y chaqueta de neopreno, y fueron a la cocina para comer y tomar algo.

—Tengo que avisarle a Eliah —dijo de pronto La Diana—. Es preciso que lo sepa. Righi y De Souza son sus amigos. Podrían sonsacarle dónde estoy. No, no —se

contradijo y agitó la cabeza—. Eliah no les diría nada. Es más desconfiado que yo, y sabe cómo están las cosas, sabe que en L'Agence hay un topo. No dirá nada.

—Llámalo igualmente —propuso Kovać.

—No, está en alta mar. Tendría que llamarlo a un teléfono satelital, y son poco seguros.

* * *

—No sé qué haremos esta noche —manifestó Goga mientras entraba en la cocina—. No hay colchones ni sábanas para todas.

—Podríamos ir a comprar —sugirió La Diana.

—Prefiero que no volvamos a salir —replicó Kovać—, al menos hasta que tengamos más garantías.

—Algunas de las muchachas están en camión y no tienen calzado apropiado —interpuso Goga—. Estoy de acuerdo con Diana, Laza. Tendremos que salir.

Sopesaron los pros y los contras de abandonar el departamento y al final decidieron que irían La Diana y Kovać para aprovisionarse de lo necesario. Goga tomó lápiz y papel, y los tres se dirigieron a la sala donde se hallaban las nueve mujeres y los tres niños y apuntaron lo que precisaban para los próximos días. La Diana las observaba; estaban calladas y deprimidas, sentadas frente al televisor encendido que nadie miraba. Bebían café y comían galletas; algunas jugaban a las cartas con un mazo que habían encontrado en un mueble del comedor.

Sonó la música que anunciaba el inicio del primer noticiero de la tarde, y todos, excepto los niños que siguieron jugando en el suelo, dirigieron la mirada hacia la pantalla. Kovać la apuntó con el control remoto y alzó el volumen. Como habían previsto, la noticia central era el ataque sufrido por la doctora Bosiljka Dretar, fiscal de la Oficina de Procuradores de Bosnia y Herzegovina, conocida por su lucha contra el crimen organizado y el tráfico humano. Un grupo de malvivientes la había asaltado y torturado en su domicilio para sustraerle información acerca de los refugios que albergaban a las víctimas rescatadas del nefando comercio. No se contaba con información certera acerca del paradero de las muchachas, que se hallaban bajo la responsabilidad de Duga Sarajevo, la organización no gubernamental dedicada a la lucha contra la pedofilia y el tráfico y la esclavitud humanos.

Un murmullo recorrió la sala cuando las jóvenes oyeron las referencias a ellas y a la ONG que las protegía. Se miraban las unas a las otras; se tomaban de las manos y reprimían las lágrimas.

—Silencio —pidió Goga cuando en la pantalla apareció un envejecido y cansado presidente Izetbegović a la salida del hospital.

Los micrófonos lo apuntaron, y una lluvia de preguntas le cayó encima.

—Lo sucedido a la fiscal Dretar —habló Izetbegović— ha enmudecido a toda Bosnia. Estamos perplejos frente al atropello que ha sufrido esta mujer que ha demostrado su valentía al enfrentarse a criminales que comercian con seres humanos y los convierten en mercancía. El presidente Genjac y yo acabamos de estar con ella. La han desfigurado a golpes, tiene varias costillas rotas y los riñones muy dañados. Los médicos, sin embargo, son optimistas.

—¡Señor presidente! ¡Señor presidente! —El periodista se dirigía a Halid Genjac—. ¿Qué medida tomará el gobierno?

—El fiscal y el juez de turno ya están trabajando en el domicilio de la doctora Dretar para recoger evidencia que los conduzca a los animales que cometieron este crimen, en primer lugar contra un ser humano, pero también contra el sistema judicial y contra las instituciones de la democracia. Este crimen no quedará impune. El gobierno se pone a disposición del señor juez y del señor procurador y promete prestar su colaboración para llevar adelante la gestión.

—¿Qué hay de las muchachas traficadas? ¿Dónde están? ¿Están a salvo?

—Sí, están a salvo —aseguró Genjac—, pero hasta que esos malvivientes no sean detenidos no podrán vivir en paz.

Se cortó la imagen, y el programa volvió al estudio. Como todas estaban inmersas en discusiones y comentarios, no prestaron atención a la siguiente noticia, la de la epidemia del virus de Marburgo. La Diana advirtió que Kovać se aproximaba al televisor para oír. Se detuvo a su lado y entrelazó los dedos con los de él, que se los apretó ligeramente en señal de reconocimiento, la vista fija en la pantalla. Habían aparecido nuevos casos en sitios tan dispares como una ciudad de Francia y otra de Bangladesh, y las poblaciones empezaban a exigir respuestas y a perder la paciencia. Se mostraban imágenes de personas que transitaban por las calles con barbijo, pese a la advertencia de que no servían de nada. La Organización Mundial de la Salud todavía no la consideraba una epidemia y aseguraba que estaba haciendo lo posible para contener la proliferación del devastador filovirus. A continuación se detallaban algunas medidas para evitar el contagio. Y aunque la institución se esforzaba por apaciguar los ánimos, relatos detallados de la agonía causada por el Marburgo, que provocaba hemorragias internas que borbotaban por sitios tan inusuales como los pezones y los ojos, no ayudaban a conservar la calma. La imagen de Aleksandar Ilić no tardó en aparecer. De nuevo se hallaba a las puertas del conocido edificio de la Organización Mundial de la Salud ubicado en las afueras de Ginebra. Como siempre, delante tenía a los periodistas; detrás, a los guardaespaldas, entre los que no se hallaba Nanuk. El magnate serbio aseguraba que la reunión que acababa de tener con el presidente del Consejo Ejecutivo y con el director general de la institución había resultado un éxito, y que en breve se pondrían a disposición de los equipos médicos de la OMS las drogas y las medicinas para el tratamiento del Marburgo.

En tanto meditaba que Ilić últimamente se lo había pasado viajando —el miércoles estaba en Montreal y ese sábado se hallaba en Ginebra—, escuchó que

Kovać mascullaba:

—¿Qué estás buscando, hijo de puta?

—Que le aprueben la licencia para comercializar el trigo transgénico. —Kovać giró el rostro para mirarla—. Va a negociar la aprobación a cambio de su supuesto tratamiento contra el Marburgo, estoy segura. Fue un durísimo golpe para sus empresas que Estados Unidos le prohibiese vender el trigo Bt en su territorio. Las acciones se desplomaron un dieciocho por ciento. —Ante tal despliegue informativo, las cejas de Kovać se dispararon para comunicar su asombro—. Me he interesado en él porque no tengo duda de que estuvo involucrado en la guerra y creo que financia y protege a los criminales de guerra serbios.

—No me extrañaría. Y ahora se presenta como el salvador de la humanidad. ¿Crees que sea cierto que posee una cura contra ese virus?

Le habría contestado: «Si, como sospecho, tiene a Yura Christiansen en su poder, sí, lo creo». En cambio respondió:

—No lo sé. Lo que me temo es que fue él quien esparció el filovirus. Fue él quien metió esos monos infectados en el laboratorio de Washington, en el corazón de Estados Unidos.

—Eso tampoco me extrañaría —admitió Kovać, y le dio la espalda al televisor con una mueca de desprecio que, La Diana intuyó, ocultaba la profunda perturbación en que lo sumía la imagen de su extutor—. Será mejor que nos alistemos —dijo con voz sombría—. Tenemos varias cosas que comprar.

* * *

La Diana aguardaba a Kovać en el vestíbulo del departamento mientras este se despedía de Darko y de Zaína, que le rogaban que los llevase de paseo; estaban aburridos y cansados del encierro.

La sobresaltó una voz que ella conocía bien, la de Sergei Markov. ¿En verdad la había escuchado o estaba en su cabeza? Había sido como un ligero viento que le había acariciado la oreja al decir simplemente «Diana, Diana», y como tuvo la impresión de que provenía del suelo, bajó la vista. Así fue cómo, a través del resquicio que la puerta principal formaba con el suelo, advirtió sombras que se movían del otro lado. Se aproximó y observó por la mirilla. Cuatro hombres se hallaban en el palier. Reconoció a tres de ellos: a Blago y a Čedo, los que habían visitado a Goran Vasilić en la comisaría, y a Debeli, que ostentaba una gran venda en la nariz, como las que se llevan luego de una rinoplastia.

Sofocó la oleada de pánico que amenazó con paralizarla delante de la puerta. Una tormenta de preguntas se desató en su mente. ¿Por qué estaban allí? ¿Cómo los habían localizado? ¿Los habían seguido desde el hospital sin que se diesen cuenta? No había tiempo para los interrogantes. Tenía que actuar y deprisa. Habría apostado

cualquier cosa a que se disponían a reventar la cerradura con un explosivo silencioso. Encajó el respaldo de una silla bajo el picaporte y la paró en dos patas.

Regresó al comedor y, al pasar junto a Kovać, le apretó el brazo para llamar su atención.

—Los traficantes están fuera, a punto de entrar —le susurró al oído—. Urge darnos prisa. Tenemos que huir por la salida trasera.

Acto seguido, alzó un poco el volumen del televisor, y mientras iba obligando a las muchachas a que abandonasen el sofá y los sillones, les pedía silencio con el índice sobre los labios. Las guio a la cocina, donde Kovać observaba por la mirilla de la puerta de servicio para corroborar que estuviese despejado.

—Están a punto de irrumpir —susurró La Diana, mientras se calzaba el macuto a la espalda—. Están en el palier. Quiero que salgan todos por la puerta de servicio y que bajen por la escalera hasta el garaje. No usen el ascensor. Yo los seguiré.

—No —se opuso Kovać—, vendrás con nosotros.

—Sí, iré, pero me quedaré en la retaguardia por si irrumpen antes de que hayamos terminado la evacuación.

—Me quedaré contigo —dijo, y empuñó la pequeña Beretta.

—No, Lazar. Tienes que encabezar la marcha. Probablemente otro grupo nos espera en el garaje del edificio. No sabemos cuántos son.

—Está bien —claudicó, y se dirigió a Julie y a Anna para indicarles en susurros —: Junten todos los abrigos y bajen de inmediato al estacionamiento.

Brikena llevaba en brazos a su hija Oana; Goga tenía a Zaína; y Kovać le confió a Shivani la custodia de Darko. La Diana apreció que la joven india mantuviese la suficiente sangre fría para tomar las bolsas con los víveres y repartirlos entre varias de las chicas.

La explosión silenciosa se produjo minutos más tarde. Uno de los traficantes acabó de abrir la puerta con un puntapié que hizo crujir la silla. La Diana apartó el rostro y arrojó una granada aturdidora. Disparó a ciegas tres veces a la nube de humo, incapaz de saber si había acertado al blanco. Cruzó a la carrera el comedor, entró en la cocina y salió por la puerta de servicio, a la que echó llave para complicarles la persecución. Bajó devorándose los escalones, desesperada por alcanzar el subsuelo pues desde el primer piso escuchaba los disparos de la Beretta en poder de Kovać y los de un arma de calibre superior. Como había previsto, estaban aguardándolos en el estacionamiento.

Kovać empleó su octavo proyectil, el último, en el momento en que La Diana se le unía al frente del grupo que se preservaba en el último rellano. Identificó el sitio desde donde disparaban, una columna cerca del portón de ingreso. Dedujo que se trataba de uno solo, a lo sumo dos. Aguardó a que el tipo se diese cuenta de que Kovać se había quedado sin municiones. Cuando, confiado, se asomó, ella le disparó y le perforó el pecho a la altura del corazón. Salió apuntando con la HP 35 y la espalda contra la pared. Le bastaron unos segundos para confirmar que no había

nadie más. Se aproximó al hombre caído y, al verlo rebullirse, lo liquidó con un balazo en la frente.

—¡Vamos! ¡Deprisa! ¡Vamos!

Kovać ponía en marcha la Chevrolet Blazer, en tanto las mujeres y los niños subían por las dos puertas traseras y por la quinta que correspondía a la amplia caja. La Diana saltó dentro y cerró.

—Si te encuentras con un automóvil cruzado a la salida, embístelo. No te detengas. ¡Muchachas! ¡Los cinturones de seguridad para los niños! ¡Vamos! ¡Los cinturones de seguridad para los niños! ¡Las demás, con las cabezas pegadas a las piernas! ¡Sosténgase con fuerza!

El portón estaba entreabierto; podían verlo desde la base de la rampa. A juzgar por la mancha negra en la pared, también habían empleado explosivo silencioso para franquearlo. Un balazo impactó en la columna junto a la camioneta, y las muchachas rompieron en alaridos. Debeli, Čedo y Blago habían sorteado la puerta de servicio y seguido sus pasos hasta el estacionamiento.

—¡Mantengan las cabezas bajas! —exclamó La Diana en tanto asomaba el torso por la ventanilla y disparaba—. ¡Arranca, Lazar! ¡A toda velocidad!

El portón terminó de abrirse cuando la Chevrolet lo empujó con la trompa. Se encontraron con el Škoda blanco estacionado frente al edificio; no obstruía la salida de la cochera. La Diana avistó a un hombre dentro del vehículo, en el asiento del conductor; los observó partir con mirada impávida. El tipo dirigió la atención a sus compañeros, que subían por la rampa agitando los brazos y vociferando que pusiese el motor en marcha. La Diana se asomó y, antes de que Kovać doblase en la esquina, les soltó una ráfaga de proyectiles. Desafortunadamente no alcanzó a ninguno.

CAPÍTULO XVIII

Las brutalidades asociadas con la esclavitud sexual son perversas, violentas y absolutamente destructivas. Látigos, quemaduras de cigarrillos, huesos rotos, hambruna; los esclavos sufren todas estas torturas, pero los esclavos sexuales sufren además incontables violaciones, diez, quince, veinte o más veces por día.

Siddharth Kara, escritor, activista y experto en esclavitud moderna

—¡Cómo mierda hicieron para saber dónde estábamos! —prorrumpió Kovać mientras conducía a más de noventa kilómetros por hora.

—Pensé que nos habían seguido desde el hospital sin que lo notásemos —manifestó La Diana—, pero la actitud del conductor del Škoda, que nos vio salir del garaje y se quedó tranquilo, me dio la pauta de que no conocía la Chevrolet Blazer.

—Tal vez él no, pero los demás sí.

—Lo dudo.

La Diana se volvió hacia la parte posterior para confirmar que todos estuviesen bien. Su mirada se cruzó con las aterrorizadas de las mujeres. Salvo Goga y Brikena, que se sentaban con los niños en la parte trasera, las demás iban apretadas en la caja de la camioneta. Soportaban con estoicismo la incomodidad y el pánico. Meditó que esas pobres debían de haber padecido condiciones tantas veces más humillantes, dolorosas e indignas durante sus cautiverios. Se acordó del grupo al que habían rescatado del sótano del laboratorio en Tiráspol, y la embargó un sentimiento de compasión y admiración.

Los ojos redondos y oscuros de Darko la seguían con ansiedad. Sintió orgullo del pequeño, que no lloraba, a diferencia de Zaína y de Oana, que parecían inconsolables. Movida por un impulso irracional, extendió la mano izquierda hacia él, que se la aferró de inmediato. Ella a su vez buscó fuerza al tocar la pierna de Kovać con la derecha. La repulsión y el espanto le treparon por el pecho y le quemaron la garganta. Con los niños era siempre muy difícil. Desesperada, puso en práctica las técnicas respiratorias, los anclajes, la lógica, todo el arsenal de recursos para evitar el ataque de pánico. Al final, lo que le permitió sofocarlo fue centrar la mirada, que comenzaba a nublársele, en la de Darko. Imaginó los horrores que había soportado con tan corta edad, y se dio cuenta de que, al igual que ella, que Kovać y que esas jóvenes, era un sobreviviente. Se sintió aunada al pequeño.

—Todo estará bien, cariño —masculló con voz rara, casi sin aliento.

—¿Nos van a matar esos hombres malos?

—No. Lazar y yo los protegeremos.

Le sonrió mientras retiraba la mano. Antes de volverse hacia delante, se percató de que su corto diálogo con Darko había calmado a Zaína y a Oana, que la contemplaban con ojos húmedos y narices enrojecidas. Goga le dibujó un «gracias» con los labios, y La Diana lo aceptó con un ligero movimiento de cabeza.

—Creo que los perdimos —declaró Kovać con la vista en el espejo retrovisor—. Estoy dándole vueltas al asunto. ¿Cómo fue que dieron con el departamento? No tiene explicación.

—Ahora solo cuenta poner distancia entre ellos y nosotros. Lazar, creo que el único sitio en donde estaremos seguros será la base militar norteamericana en Kosovo donde Eliah tiene estacionado a un grupo de soldados a quienes conozco muy bien. Camp Bondsteel se llama. Está a poco más de cuarenta kilómetros al sur de Pristina. Ellos nos protegerán. —Kovać giró apenas el rostro para lanzarle una mirada entre inquisitiva e incrédula—. Lo sé, es un viaje riesgoso.

—Diana, no es posible entrar en Kosovo sin permisos especiales. Y en cuanto a que es un viaje riesgoso, creo que estás subestimándolo. Transitar por las rutas de ese endemoniado lugar sería suicida, con los albaneses y los serbios matándose entre sí como perros rabiosos.

—Intentaré que vayan a buscarnos en helicóptero al confín con Montenegro, en el parque nacional Sutjeska. Allí dejé escondida una radio. —Sacó el mapa y consultó la distancia—. Son unos cien kilómetros hacia el sur. Teniendo en cuenta el mal tiempo y la nevada, en tres, cuatro horas estaremos allí. ¿Qué opinas?

—Si consigues que vayan a buscarnos al Sutjeska, sí, estoy de acuerdo.

La Diana extrajo el celular del macuto y llamó a Callum Duncan.

—La situación se ha deteriorado y estamos escapando por nuestras vidas. Los traficantes descubrieron el refugio del MI6, y estamos vivos de milagro.

—*Shit!* —La Diana lo escuchaba insultar por primera vez—. ¿Cómo lo descubrieron? —se enfadó Glendale—. Fuiste muy prudente.

—No lo sabemos.

—Es imperativo que lo descubras. Hasta tanto no lo sepas, estarán en grave peligro. ¿Cómo puedo ayudarlos? —preguntó, y La Diana reconoció el sustrato de pánico que le alteraba la voz.

—En este momento solo confío en mis antiguos compañeros de la Mercure.

—Comprendo.

—Están estacionados en Camp Bondsteel, la base...

—Sé de qué estás hablando —la interrumpió el escocés.

—Bien. Por contrato, los hombres de la Mercure no pueden abandonar el territorio de Kosovo, ni por aire ni por tierra. Necesito que consigas una autorización para que Zlatan Tarkovich...

—¿Cómo? Deletréalo.

La Diana lo hizo y prosiguió:

—Quiero que le extiendan una autorización para que vaya a buscarnos en helicóptero al parque nacional Sutjeska —volvió a deletrear para que Glendale tomase nota—. Se encuentra en Bosnia, en el límite con Montenegro. La situación es de la mayor gravedad, pero no admitiré a nadie excepto a Tarkovich. No confío en nadie, Callum.

—Entendido. Mantente pendiente del teléfono.

Finalizó la llamada y marcó el número de Albert Coleman.

—Recibí el video —le confirmó el hombre.

—¿Lo vio?

—Sí —dijo y enseguida añadió—: Estoy en Heathrow, a punto de embarcar para Sarajevo.

—Aquí las cosas dieron un vuelco inesperado y dramático. Estamos huyendo con las víctimas de tráfico humano pues los traficantes volvieron a descubrir el refugio donde las teníamos escondidas.

—¡Qué! —se pasmó el hombre—. ¿Otra vez?

—Otra vez, sí, solo que ahora no sabemos quién nos delató. Escapamos de milagro.

—¿Adónde se encuentran en este momento?

—Estamos huyendo de Sarajevo. Somos doce adultos y tres niños. La situación es dramática. Las muchachas van hacinadas, sin cinturones de seguridad, y el camino es peligroso porque nieva fuertemente. Necesito que envíe un cable a las principales cadenas internacionales y les haga llegar esta información. Si no movilizamos a la prensa, aquí nadie hará nada para salvar a estas chicas.

—Si la llamase en un rato, ¿estaría dispuesta a salir al aire por teléfono?

—Creo que sería mejor que entrevistase a alguna de las autoridades de Duga Sarajevo. Yo soy solo una colaboradora. Ellos están aquí conmigo.

—Manténgase pegada al teléfono —le recomendó Albert Coleman y cortó.

La Diana les explicó la situación.

—Habla tú, Laza —lo instó Goga—. Siempre has sido bueno dando tus conferencias y clases. Yo me pongo nerviosa y tartamudeo normalmente, imagínate en el estado en el que me encuentro y encima en inglés.

—Está bien —aceptó Kovać, sombrío, y La Diana le pasó la mano por la mejilla oscurecida por la barba incipiente.

Él, sin apartar la mirada del parabrisas, le besó la palma enguantada con el mitón. El celular sonó quince minutos más tarde mientras La Diana consultaba el mapa para confirmar que Kovać hubiese tomado la ruta correcta hacia el Sutjeska. Como creyó que se trataba de Callum Duncan o de Albert Coleman, se retrepó en el asiento al oír una voz de mujer.

—¿Diana Huseinovic?

—¿Quién habla? —contestó de mal modo, y comenzó a tomar el tiempo con el Breitling.

—Soy Madeleine Reardon, la directora de la Oficina de Derechos Humanos de la IPTF.

—¿Cómo supo mi teléfono?

—Me lo dio su tío abuelo.

—Oh.

—Sé que están en serios aprietos.

—Si a huir por nuestras vidas lo llama serios aprietos, sí, estamos en serios aprietos.

—¿Dónde están?

—No pretenderá que le dé esa información cuando lo más probable es que su línea esté intervenida. Tengo que cortar —anunció, con la vista en el reloj—. No puedo arriesgar a que intercepten su llamada. Si quiere ayudarnos, póngase en contacto con el periodista de *The London Times*, el señor Albert Coleman. —Cortó.

—¿Quién era? —se interesó Kovać que, desde que habían abandonado la ciudad, hablaba raramente y siempre para responder con monosílabos a las preguntas de Darko y de Zaína.

—Madeleine Reardon, la directora...

—¡Madeleine Reardon! —exclamó Goga en la parte trasera—. Un peso pesado de los derechos humanos. Laza, es la directora de la Oficina de Derechos Humanos de la IPTF.

—¡Mira qué interesante! —dijo el exsacerdote con un sarcasmo que La Diana no le conocía—. ¿Estamos salvados, entonces?

—No —admitió Goga—, pero es positivo que ella esté al tanto. Podrá ejercer presión para que Klein autorice a que el amigo de Diana vaya a buscarnos en helicóptero.

—Tengo que detenerme en la próxima estación de servicio —anunció Kovać—. Estamos sin gasolina.

—Y somos varias las que necesitamos ir al baño —anunció Goga.

—Y todas necesitamos estirar las piernas —comentó Julie.

La Diana hurgó en el macuto y sacó tres pares de medias de algodón y se los entregó a Goga.

—Vi que algunas están sin medias. Que se las pongan antes de bajar.

Eran casi las cinco de la tarde, y la noche se cernía sobre ellos. Obligado por el clima, Kovać conducía a baja velocidad. Los neumáticos no llevaban las cadenas de rigor que habrían facilitado la adherencia al asfalto cubierto de nieve; una cosa eran las calles de Sarajevo, sobre las cuales el municipio esparcía sal y el tráfico permanente las despejaba, y otra, los desolados caminos sinuosos de montaña que penetraban la geografía boscosa y elevada típica de Bosnia. Habían recorrido treinta kilómetros en más de una hora. Las condiciones del tiempo no parecían mejorar en

tanto se dirigían hacia el sur. Se aproximaban a la ciudad de Foča, que había cobrado una triste celebridad durante la guerra por las matanzas de miles y miles de bosníacos y por las violaciones en masa. La evitaron y continuaron por la ruta hasta dar con la primera estación de servicio, un complejo bastante moderno y bien equipado.

—Aprovechemos que este parece ser un lugar decente y comamos algo —sugirió Goga.

—No —se opuso La Diana—. Un grupo como el nuestro llamaría la atención. No olvides que estamos en territorio de la Republika Srpska. El jefe de la mafia debe de tener ojos y oídos en cada rincón de este sitio. Permítanme dar un vistazo y analizar las condiciones. En tanto el empleado carga gasolina, quiero que hagan silencio y no se dejen ver.

Bajaron juntos, ella y Kovać. La Diana se encaminó al bar, mientras Kovać le indicaba al empleado que llenase el tanque. Se trataba de un típico parador de camioneros. Los parroquianos se volvieron hacia el ingreso al sonido de la campanilla. Le provocó una terrible impresión descubrir los retratos de Milošević y Karadžić entronizados en el bar, como antiguamente había sucedido con el de Tito. Esos dos rostros tan detestados la desconcertaron por una milésima de segundo. Se repuso enseguida y se acercó a la barra. El hombre y la mujer que secaban vasos la observaron en silencio y con desconfianza. Les habló en inglés, para despistarlos. Les pidió autorización para utilizar el baño y les indicó que le preparasen una docena y media de sándwiches para llevar.

—Tres sobrinos adolescentes —mintió con una sonrisa cómplice—. Comen como lobos.

Sacó un billete de cincuenta marcos alemanes, que obró milagros en las expresiones adustas de la pareja.

—Quédense con el vuelto.

Hizo sus necesidades y estudió el baño y las posibles salidas de emergencia. En tanto esperaba a que la mujer terminase de preparar los sándwiches y los envolviese, se sentó en una banqueta al final de la barra, de modo que la espalda le quedase contra la pared, y se dedicó a escuchar las conversaciones de los camioneros. Algunos, convencidos de que solo hablaba inglés, se referían a ella con descaro y vulgaridad. Otro le comentaba a un compañero que no seguiría hacia el sur porque se avecinaba una tormenta de nieve. Se alojaría en un motel de Foča y reiniciaría el viaje al día siguiente si las condiciones meteorológicas mejoraban.

Salió con la bolsa de sándwiches y aprovechó una máquina expendedora de bebidas para hacerse de varias botellitas de agua mineral. Recorrió la estación de servicio y descubrió una construcción de lata a unos metros del taller mecánico; era un baño sucio y hediondo que debería bastar. Ubicó la camioneta; Kovać la había estacionado estratégicamente en el sitio menos iluminado. Aceleró los pasos. Se detuvo de golpe al avistar a una de las muchachas, Nuur, que se escabullía hacia el

límite de la propiedad y se introducía entre la maleza y los arbustos; no había podido esperar para hacer sus necesidades.

—Hay un baño aquí a la vuelta —anunció—. Está sucio y huele mal, pero tendremos que conformarnos. Entrar en ese bar, aunque lo hagamos de dos en dos, sería lo mismo que llamar por teléfono a los traficantes y decirles dónde nos encontramos. Goga, tú y Brikena irán primero con los niños. Es por allí. —Les indicó el recorrido y las conminó a no pasar delante de las ventanas del parador—. Seguirán Selin y Shivani —prosiguió, y así fue armando las parejas.

Kovać, que estudiaba el aceite del motor, bajó el capó y se acercó.

—Subamos —propuso La Diana—. Está muy frío.

Una vez dentro, Kovać le comentó:

—Shivani acaba de decirme que, en medio de la huida, se olvidó las drogas de Selin en el departamento.

—*Fuck* —masculló La Diana.

—Ya está mostrando las primeras señales de la abstinencia.

—¿Está en riesgo de vida?

—Lo está porque es VIH positivo. Se vuelve incontrolable y sufre espasmos violentos, dolores y calambres.

—Dejemos por un momento el tema de Selin —propuso La Diana—. Tenemos algo más urgente que resolver. No podemos seguir hacia el sur. Acabo de escuchar a un camionero asegurar que se aproxima una tormenta de nieve. Creo que tendremos que buscar un motel y pasar la noche aquí. Es riesgoso, lo sé, pero continuar hacia Montenegro en medio de una tormenta de nieve es suicida.

—Sí, lo es. ¿Tienes el mapa?

La Diana lo sacó del macuto y Kovać lo abrió sobre el volante.

—¿Qué buscas?

—Un monasterio donde refugiarnos. Está lleno, no solo ortodoxos sino también católicos. Aquí —dijo, y señaló un punto al este de Foča—. Aquí se encuentra el monasterio de Čajniče. Un gran amigo mío vive allí.

—¿Seguirá siendo tu amigo ahora que has abandonado la Iglesia de manera tan intempestiva y... poco ortodoxa?

—Sí, amor —aseguró Kovać con la primera sonrisa en varias horas—. Sigue siendo mi amigo. De hecho, fue a uno de los primeros que llamé para contarle y me apoyó. Su nombre es Nikolaj.

La Diana estudió el mapa y calculó la distancia.

—Está a unos cincuenta kilómetros hacia el este. Nos alejamos bastante de nuestra ruta.

—Pero es un lugar seguro, donde no levantaremos sospechas. Ahora mismo llamaré a Nikolaj; no quiero tomarlo por sorpresa. Le diré que... —consultó el reloj —... en dos horas estaremos allí.

—OK —acordó La Diana—. Ve al baño antes de partir.

Las últimas muchachas subieron a la camioneta. La Diana las contó; estaban todas. Goga y Brikena ya les ajustaban los cinturones de seguridad a los niños. Detuvo la mirada en Selin y comprobó que lucía mal; una capa de sudor le cubría la frente pese a que hacía varios grados bajo cero. Le entregó a Shivani la bolsa con los sándwiches y las botellitas y le indicó que los repartiese.

—Deja uno para Lazar —le pidió, y la muchacha, preocupada por Selin, solo asintió con ojos caídos.

Kovać subió y se quitó los guantes antes de ajustarse el cinturón de seguridad. La Diana respondió el celular. Rogó que se tratase de Callum Duncan con novedades. No, era Albert Coleman.

—En unos minutos los pondremos al aire —informó el periodista inglés.

—Hablará con Lazar Kovać, vicepresidente de la ONG Duga Sarajevo.

—Me llamó Madeleine Reardon —comentó Coleman—, la jefa de la Oficina de Derechos Humanos en Sarajevo.

—¿Qué le dijo?

—Que están haciendo lo posible para enviarles ayuda y sacarlos de Bosnia.

La Diana sonrió con sarcasmo.

—Así que están haciendo lo posible. Pues no está resultando suficiente. ¿Por qué medios saldrá esta noticia?

—En un *flash* informativo de la BBC, que se repetirá en el noticiero de hoy a las siete.

La Diana se quedó callada. Había creído que se trataría de una entrevista para alguna radio de poca monta. No había imaginado que saldrían en el noticiero más visto de Europa. Se despidió de Coleman y le pasó el teléfono a Kovać. Lo contempló con embeleso mientras el exsacerdote hablaba en un inglés culto y fluido para expresar conceptos que delataban su dominio sobre el tema del tráfico humano. Después de explicar escuetamente y sin revelar demasiado el lío en el que se hallaban metidos, se dedicó a atacar al actual sistema legal que pretendía luchar contra el crimen sin las herramientas adecuadas.

—Las leyes que combaten el tráfico se concentran en el movimiento ilegal de las personas, pero el tráfico humano no tiene que ver *solo* con el traslado y transporte de seres humanos sino con la esclavitud. ¿Por qué las leyes no definen este delito como lo que es, una forma de esclavitud moderna? ¿Por qué llamamos esclavitud a lo que les ocurrió a los africanos entre los siglos XVI y XIX y no llamamos esclavitud a lo que les sucede hoy a millones de personas, en especial niños y mujeres? Este inadecuado marco legal lleva a que no podamos hablar de abolicionismo. Porque la práctica de sexo a cambio de dinero debe ser abolida —declaró—. Las esclavas que han pasado por los refugios de Duga Sarajevo son de las pocas que han podido escapar. Ninguna persona normal podría imaginar los horrores y vejaciones a las que son sometidas. Aun escapando, sus vidas seguirán siendo difíciles. Muchas han sido infectadas con VIH; muchas fueron convertidas en adictas a la droga y al alcohol por sus captores

para mantenerlas en un letargo sumiso; en algunos casos no pueden regresar con sus familias porque fueron las que las vendieron a la red de tráfico. Sin una ONG como Duga Sarajevo o Defensores de los Derechos Humanos, no tendrían futuro.

Después de una pregunta de Coleman, Kovać describió la situación crítica en los Balcanes desatada como consecuencia de la llegada de los miles de soldados y funcionarios de la ONU y de la OTAN para dar cumplimiento a los Acuerdos de Dayton.

—El problema en Bosnia es que la mafia del tráfico de personas ha corrompido cada ángulo, cada parcela, cada rincón del gobierno, local e internacional —declaró.

—Su afirmación es muy grave, señor Kovać.

—Yo hablo de cosas que conozco —replicó con una firme serenidad que causó una honda admiración en La Diana—. El jueves pasado, mientras me hallaba en la comisaría del centro de Sarajevo presentando una denuncia porque habían entrado a robar en las oficinas de nuestra ONG, me tocó ver con mis propios ojos al comisario general, el señor Goran Vasilić, recibir con muestras de aspaviento y de afabilidad a dos de los criminales que hoy están persiguiéndonos para matarnos y arrebatarnos a las pocas muchachas que hemos podido rescatar de su red infame. —Se produjo un elocuente silencio del otro lado de la línea—. ¿Sorprendido?

—Sí —admitió Coleman.

—Duga Sarajevo y otras ONG no solo luchan contra los delincuentes sino contra el sistema que, se supone, debería proteger a los ciudadanos honestos como nosotros.

—¿Qué necesitan en este momento tan crítico? —quiso saber el periodista.

—Que nos permitan poner a salvo a nuestras muchachas y a nuestras familias fuera de Bosnia. Hasta tanto no ocurra un cambio drástico en la dirigencia del país, no podremos permanecer en él. Aquí hay demasiados peligros.

«*Hic sunt dracones*», pensó La Diana, y repetirse la frase que llevaba tatuada en la espalda la sacó del arrobamiento en el que había caído mientras Kovać daba la entrevista. Se incorporó en el asiento y miró por el espejo retrovisor de su puerta. Tres vehículos, dos de ellos muy conocidos —el Škoda y el BMW—, ingresaban lentamente en el estacionamiento del parador. La Diana estimó que aún no los habían descubierto y se dio ánimos al pensar que existía la posibilidad de que no los viesen en ese sector mal iluminado.

—¡Lazar! —exclamó—. ¡Están aquí! ¡Nos han encontrado!

Kovać soltó el teléfono, que recogió La Diana, y puso en marcha el motor.

—Espera, no arranques. No nos han visto aún. —Al periodista le dijo—: Lo siento, señor Coleman, pero tenemos que cortar. Los traficantes han descubierto nuestra ubicación de nuevo. —Finalizó la llamada antes de que el inglés se sobrepusiese al asombro.

—¡Cómo mierda nos han descubierto!

Dentro de la camioneta cundía el pánico.

—¡Silencio! ¡Silencio! —ordenó La Diana en murmullos frenéticos—. Agachen las cabezas. Todos con las cabezas abajo.

—Tengo miedo —lloriqueó Zaína, y nadie le contestó.

—¡Arranca! —exclamó La Diana cuando se dio cuenta de que los habían identificado.

Los neumáticos giraron en falso antes de que la Chevrolet Blazer hiciese marcha atrás. De nuevo, con un giro en reversa magistralmente ejecutado, colocó al vehículo con la punta hacia la ruta sin detener la marcha. Kovać aceleró a fondo. La Diana se dio cuenta de que había enfilado en sentido contrario a Čajniče. Se aferró a la manija sobre la puerta y nada dijo. Los automóviles, el Škoda, el BMW y un Mercedes Benz negro, los perseguían uno detrás del otro en ese camino ondulante, angosto, sin guardarraíl y flanqueado por precipicios sumidos en la oscuridad.

La Diana estimó que Kovać se aprestaba a realizar una maniobra pues estaba disminuyendo la marcha. El BMW, el primero de la fila, se les acercaba. Le observó el perfil y no se atrevió a cuestionarlo. Se preguntó de qué maniobra se trataría en un espacio tan reducido y desventajoso. Se sobresaltó cuando Kovać exclamó:

—¡Sujétense! ¡Todos sujétense!

Cruzó la mano izquierda para aferrar el volante por la parte contraria; con la derecha sujetó el freno de mano. La Diana supo que se aprestaba a realizar un giro en U, y tuvo miedo. Acabarían dando tumbos y tragados por el abismo que se abría al costado de la ruta. Ella había conseguido dominar la técnica después de mucho practicar con Nanuk, salvo que lo habían hecho en un amplio estacionamiento abandonado, en un día soleado de verano y sobre el asfalto seco. En una ruta angosta, a alta velocidad y con nieve, no tenía duda de que acabarían mal. Tras ese análisis ominoso, no le tuvo miedo a la muerte. Moriría intentando salvar a esas pobres víctimas de la esclavitud sexual, pero sobre todo, junto a un hombre que valía su peso en oro, un ser cabal, íntegro y bondadoso que le había devuelto su esencia de mujer. Moriría sabiendo lo que era el amor a primera vista, ella, que había estado convencida de poseer un corazón de hielo; a ella se le concedía la gracia de ser uno de los pocos en vivir algo que la mayoría aseguraba que no existía; ella misma había desdeñado el concepto. Hubo un instante de nostalgia por sus hermanos, que tanto la amaban y que tanto sufrirían con su desaparición. Sin embargo, lo que la entristeció hasta nublarle la vista fue sentir ese peso que acarreaba desde hacía tantos años y que, por mucho que intentase olvidar, le dolía como una esquirla clavada en las costillas. Cerró los ojos y conjuró el rostro de Markov. Le suplicó: «Sergei, ayúdanos».

Con la mano izquierda en la parte derecha del volante, Kovać realizó un giro de casi ciento ochenta grados, al tiempo que, en una coordinación que requería gran dominio, accionó el freno de mano para quitarlo enseguida. La camioneta giró sobre sí misma y patinó unos metros peligrosamente hacia el precipicio. Alaridos de terror explotaron dentro del habitáculo. La Diana estaba paralizada y solo mantenía la vista fija en Kovać, que luchaba con el volante y los pedales sin alterar el gesto. Nunca

supo cómo hizo para controlar la camioneta y que, en lugar de seguir derrapando, se detuviese para arrancar en sentido contrario.

Podía imaginar la sorpresa de los traficantes; la maniobra había durado como máximo cinco, seis segundos. No atinaron a reaccionar. La Chevrolet les pasó al lado y en sentido contrario a cien kilómetros por hora con las ruedas derechas del vehículo que giraban a centímetros del borde del abismo. Ganaron un tiempo precioso mientras sus perseguidores disminuían la velocidad para girar en el angosto espacio.

Kovać se dedicó a conducir sin articular sonido, su atención repartida entre el camino oscuro que zigzagueaba delante de él y el espejo retrovisor. Un mutismo tenso se había apoderado del interior del vehículo, y aun los niños callaban. La Diana no quería cantar victoria, pero creía que los habían perdido. Detrás de ellos, no aparecían las temidas luces de los faros del BMW ni del Škoda ni del Mercedes Benz. A su paso, la ruta iba desapareciendo en una negrura insondable.

—¿Queda un sándwich para mí? —preguntó Kovać más tarde, y La Diana rompió a reír—. Tengo hambre —se justificó con ojos chispeantes.

Shivani, que le había guardado uno, se lo pasó a Brikena y esta a La Diana, que lo desenvolvió. Como conducía a alta velocidad, sujetar el volante con una mano y con la otra el sándwich habría sido insensato. La Diana cortó un trozo con su cuchillo Ka-Bar y se lo acercó a la boca. Se miraron fugazmente antes de que él lo engullera. Siguió alimentándolo en silencio, empeñada en dar con una respuesta: ¿de qué modo los habían encontrado *de nuevo*? Como bien había señalado Callum Duncan, hasta que no descubriese de qué se valían para acertar con su ubicación una y otra vez no estarían a salvo. Estudió el mapa y calculó que llegarían a Čajniče en menos de una hora.

Se dio cuenta de que Kovać disminuía la velocidad y se incorporaba sobre el volante para observar con atención el camino.

—¿Qué sucede?

—Estoy buscando un guardarraíl... ¡Ahí está! Perfecto.

Kovać dirigió la camioneta hacia la orilla del otro carril, para lo cual necesitó cruzar el camino en sentido contrario. Actuaba como si su intención fuese embestir el guardarraíl, solo que el guardarraíl en esa porción estaba destrozado, evidentemente como resultado del impacto de un coche de gran envergadura. Las bandas de metal estaban interrumpidas y abiertas hacia el barranco. Kovać frenó de golpe delante de la abertura y luego giró el torso hacia la derecha para hacer reversa; se cuidaba de surcar por las mismas huellas que la Chevrolet había dibujado sobre la nieve al cruzar el camino. De nuevo en su carril, dobló hacia la banquina derecha y se adentró en el bosque.

—¿Qué haces? —se escandalizó Goga.

—Una simulación —contestó, y detuvo la camioneta—. Amor, acompáñame.

Bajaron. La Diana ya había comprendido el ardid: hacerles creer a los traficantes que se habían desbarrancado. Solo al amanecer y con la complicidad del sol, que les

iluminaría el fondo del despeñadero, comprobarían que se había tratado de un engaño.

—Quiero borrar estas huellas —dijo, e indicó las que delataban que habían penetrado en el bosque por el lado derecho del camino.

La Diana extrajo del macuto una pequeña bolsa negra la cual contenía las partes de una pala de trinchera, que armó en tres pasos.

—Sin duda, eres una mujer de recursos —concedió Kovać.

—Y tú, el hombre más ingenioso. Y un conductor extraordinario. Imagino que conoces este camino alternativo que tomaremos, ¿verdad?

—Viví un par de años en el monasterio de Čajniče antes de la guerra, y conozco esta zona muy bien. El atajo es de tierra y lleno de pozos, pero valdrá la pena si conseguimos despistar a esos hijos de puta.

—Sospecho que sabías de antemano que encontrarías el guardarraíl roto.

—El año pasado se desbarrancó un camión con acoplado. —En tanto le explicaba, la ayudaba a cubrir los surcos delatores peinando la nieve con una rama de pino negro que abundaba en la zona—. Contaba con que la ineficiencia de nuestro querido país se demostrase cierta una vez más y que a ningún funcionario del municipio de Foča se le hubiese ocurrido arreglar uno de los pocos guardarraíles de estos caminos de montaña.

La Diana alzó la vista para evaluar el trabajo.

—¿Crees que con linternas puedan iluminar el fondo del barranco y comprobar que no hay nada allí?

—A menos que tengan reflectores de estadio de fútbol, lo dudo. En esta zona, el cañadón está a casi cien metros de altura.

—¡Cien metros!

—Creo que los engañaremos —afirmó Kovać sin reparar en su expresión azorada, y arrojó la rama de pino entre la maleza—. Por fortuna cesó de nevar, por lo que las huellas no se borrarán. Vamos. No perdamos más tiempo. Deben de estar a poca distancia.

Regresaron a la camioneta. La Diana comprobó con alivio que los niños se habían dormido. Miró hacia la parte posterior y descubrió a Shivani, que contenía a una Selin temblorosa y sudada. La instaba a beber de la botellita de agua mineral; la chica apartaba la boca de mal modo.

Se pusieron en marcha y se adentraron por un sendero por el que no podían transitar a más de treinta kilómetros por hora. Saltaban y se sacudían debido a lo accidentado del terreno. La Diana retomó sus cavilaciones acerca de la manera en que los cazadores acertaban invariablemente con su ubicación. Aunque le costase admitirlo, había un topo entre ellos.

—¿Dónde tienes el celular? —preguntó a Kovać.

—Aquí, en el bolsillo derecho del saco.

La Diana lo sustrajo y, cuando Kovać la inquirió con la mirada, ella le imprimió un gesto a su expresión que decía: «Después te explico».

—Shivani, Sanit, pásenme sus celulares, por favor. Goga, tú también.

Lo hicieron sin cuestionamientos, agotadas, tensas y deprimidas. La Diana apagó los cinco celulares, el suyo incluido. Se suponía que estaban limpios de adminículos y transmisores. Encendió la radio de la camioneta. Buscó en el dial de la amplitud modulada hasta detener el marcador en una estación que chirriaba y se encontraba fuera de frecuencia. Un momento después, oyó un pitido suave, más bien como un golpe seco. Se trataba de un truco que le había enseñado un ingeniero electrónico de la SAS durante su entrenamiento en Pontrilas y que se empleaba para detectar transmisores y microchips. La señal emitida por el artilugio espía se evidenciaba al interactuar con el micrófono y la bobina eléctrica de la radio. El sonido se repitió tres veces antes de que ella apagase la radio diez minutos después. Sin duda, dentro de la camioneta había un transmisor. La implicancia más desdichada la constituía haber simulado el despeño para nada; los traficantes conocían su ubicación exacta; en realidad, y dependiendo de la tecnología con que contasen, sabían que se hallaban en un radio de entre doscientos y trescientos metros en torno a la señal. Recordó con amargura la contramedida electrónica que Bruce McLeod le había dado y cuya batería milagrosamente se había terminado minutos después de que a Svetlana le extrajesen el microchip del antebrazo. Se recriminó no haberla cambiado. En ese atolladero, les habría resultado de gran utilidad.

Empleó su linterna en forma de lapicera con luz halógena para revisar cada uno de los cinco celulares. Les quitó las baterías, estudió el interior y buscó la presencia de un chip de rastreo satelital. No encontró nada. Resultaba improbable que esos celulares hubiesen sido reemplazados por un teléfono interceptor. Los de las muchachas jamás habían salido de los refugios y los de ellos eran nuevos, *burners* recién comprados que no habían perdido de vista. Pero si ellos no tenían el transmisor, ¿dónde estaba? Una imagen le cruzó la mente y el corazón le dio un salto en el pecho. Estaba casi segura de haber encontrado la respuesta.

A punto de revelar el descubrimiento a Kovać, calló al ver que emergían del bosque y salían a un camino asfaltado. Se detuvieron frente a un amplio terreno elevado sobre el cual se destacaban dos edificaciones: una casa grande, sencilla y de una planta, con techo a dos aguas, y una iglesia típicamente rusa, cuyo campanario terminaba en una cúpula acibollada de cobre que se había vuelto verde cardenillo a causa del proceso de oxidación. Los perfiles de las construcciones, iluminadas con lámparas de tonalidad naranja, se recortaban en el firmamento negro como la tinta.

Salieron a recibirlos dos sacerdotes ortodoxos de largas barbas, cubiertos hasta los pies por los vestidos negros llamados *ranson* y con las cabezas tocadas por el sombrero cilíndrico de nombre *kamelaukion*.

—Bienvenidos al Monasterio de la Dormición de la Virgen —dijo el más anciano, y a La Diana le gustaron su sonrisa franca y el modo en que abrió los brazos para

acogerlos.

Los religiosos enseguida se sorprendieron al descubrir la cara limpia y el pelo cortísimo de su antiguo compañero en la fe.

—¡Nikolaj! —exclamó Kovać, sinceramente contento, y lo abrazó y lo besó tres veces a la usanza serbia. Hizo otro tanto con Petar, el más joven.

—No has perdido tiempo —comentó Nikolaj—. Has descubierto tu rostro aun antes de que Pavle te conceda la autorización para abandonar la Iglesia.

—Lo hice para despistar a los que nos siguen —adujo, y el otro asintió de pronto serio—. ¿Dónde puedo estacionar la camioneta?

—Como sabes —intervino Petar—, aquí no tenemos garaje. Podrías esconderla en el granero del viejo Ljuba. Lo hemos llamado un momento atrás y le hemos advertido. Cuando le dijimos que era para ti, aceptó enseguida. Sabes cuánto te quiere.

—Creo que tendré que rechazar la generosidad del buen Ljuba —manifestó Kovać—. Su granja no queda demasiado lejos, pero siuviésemos que huir de prisa necesitaríamos la camioneta a mano. Mejor le busquemos un sitio aquí. Lo único que pretendo es que no quede tan expuesta y que no se vea desde la calle. La estacionaré detrás de la casa.

—Vamos, vamos —conminó Nikolaj al resto—. Está helando y ustedes lucen cansados. He dispuesto todo en la sacristía. Acabamos de encender la salamandra y hemos llevado varias colchonetas, las que usamos en los campamentos con los niños del catecismo.

Siguieron a los sacerdotes como un grupo de refugiados sin patria ni destino. Las muchachas caminaban por el terreno nevado arrastrando los pies. Como Selin buscó apoyo en Kovać, Darko, profundamente dormido, pasó a los brazos de Shivani. La Diana sintió rabia e impotencia por no haber podido acogerlo. Sí, había tolerado su abrazo y lo había tocado en la camioneta. Cargarlo durante un trecho era otra cuestión; estaba segura de que no lo habría tolerado.

El interior de la sacristía aún no se caldeaba, pese al fuego que rugía dentro de la estufa de hierro. Había varios colchones parados y apoyados contra la pared y una pila de mantas sobre una mesa. La Diana vio que Nikolaj le susurraba al sacerdote más joven, que asentía antes de evadirse por la salida. Regresó más tarde con ropas, que dejó junto a la pila de mantas.

—He notado que algunas solo llevan un camisón bajo los abrigos —apuntó el hombre, y Kovać sonrió con expresión cansada.

Recién en esa instancia, La Diana cayó en la cuenta de lo agotado que lucía. Las ojeras le acentuaban la palidez y la expresión crispada. Había sido una semana de locos, y las consecuencias afloraban.

—Las prendas no son gran cosa —comentó Nikolaj—, simples donaciones de nuestros feligreses, pero las ayudarán a protegerse del frío.

—Siempre estás en todo —comentó Kovać, y volvió a abrazar a su amigo—. Gracias, Nikolaj. Te deberemos la vida.

—No nos agradezcas. Sabes cuánto te queremos. Ivo está desesperado por verte.

—Enseguida iré. Dispondré un poco las cosas aquí e iré a verlo a la casa.

—Tú conoces esta sacristía tanto como yo. Sabes dónde están el baño y la cocina. Haz uso de todo lo que necesites. Petar dejó un poco de comida sobre el anafe.

—Gracias, hermano. ¿Podrías revisar a algunas de las muchachas? Una está con síndrome de abstinencia de heroína y es VIH positivo. Otras dos están embarazadas.

—Iré por mi maletín —respondió Nikolaj y se retiró, seguido por Petar.

Kovać, sin mirarla, sin pronunciar palabra, se evadió por una puerta. Tras dudar, La Diana lo siguió. Golpeó levemente y entró sin aguardar la respuesta. Era el baño. Kovać se había apoyado en el borde del lavatorio e inclinaba la cabeza entre los brazos estirados. Lo circundó de costado y le apoyó la mejilla en el hombro.

—¿Te sientes bien? —susurró.

—Exhausto —respondió él—. Y preocupado. —Se incorporó y la abrazó.

—Lazar, tengo que decirte algo. —Se apartó, y él enseguida le sujetó el rostro con las manos y le destinó una mirada cansada—. Es algo importante. Hay un topo entre nosotros. Y sospecho de Nuur. Ella llegó hace poco, el día en que Bosa partía para Italia, más o menos cuando Svetlana llegó a la fiscalía. No ha querido hablar. En la estación de servicio la vi escabullirse entre los matorrales. Creí que iba a orinar, pero ahora pienso que estaba advirtiendo a los traficantes.

—¿Los traficantes están usándola para ubicar a Svetlana?

—Sí. Por esas cosas del azar, Svetlana terminó en el otro refugio, por lo que Nuur no pudo saber dónde se hallaba hasta que las juntamos en el departamento del MI6.

Kovać asintió con seriedad.

—Entonces —dedujo—, de nada sirve el ardid del barranco. Ellos saben que estamos aquí. —La Diana asintió—. Es perentorio que le quitemos el celular o el transmisor o lo que sea que tenga antes de que pueda darles la precisa ubicación.

Salieron del baño y convocaron a Goga. Le explicaron rápidamente los hechos.

—Nuur —la llamó Kovać, y la muchacha, que ayudaba a disponer los colchones sobre el piso de piedra, alzó la vista y se quedó mirándolo.

Supo que la habían descubierto. Los ojos se le colmaron de lágrimas e hizo el intento de huir. Kovać la atrapó antes de que llegase a la puerta.

—Está bien, está bien —la calmó, mientras la chica se contorsionaba para escapar—. No vamos a hacerte daño.

—¡Tienen a mi hermana! ¡Me dijeron que la asesinarían si no los ayudaba!

La confesión de Nuur alcanzó a La Diana como un gancho en el estómago. ¡Qué no habría hecho ella por mantener con vida a Leila durante los años de cautiverio en Rogatica! Habría vendido el alma al diablo.

—Te entendemos, Nuur —dijo Goga—. Y no te culpamos, pero danos el celular o el transmisor o lo que sea que te hayan dado para comunicarte con ellos. ¡Deprisa! O

estarán sobre nosotros en poco tiempo.

—¿Y qué le sucederá a mi hermana?

Nadie respondió. Las muchachas se habían agrupado como una ostra que se cierra para protegerse, y desde un rincón observaban a Goga, que cacheaba a Nuur mientras Kovać la mantenía quieta. Le encontró el celular bajo una liga en la pierna derecha. Se lo pasó a La Diana, que levantó la tapa de la batería y enseguida descubrió el pequeño transmisor del tamaño de una lenteja. Lo sacó y lo destruyó con el taco del borceguí.

—Goga —ordenó a continuación—, llévala al baño y desvéstela por completo. Busca una marca similar a la que tenía Svetlana en el antebrazo. Tal vez le insertaron un microchip como a ella.

—No —dijo Nuur con acento vencido—, a mí no me insertaron un microchip. Solo me dieron el celular.

—Revísala igualmente —se empecinó La Diana.

La mujer y la joven se evadieron hacia el baño. Un mutismo cayó sobre el resto del grupo. La Diana y Kovać se contemplaron con fijeza.

—¿Qué haremos?

—No lo sé —admitió él—. Ya saben que estamos aquí.

—No exactamente aquí porque ella no tuvo tiempo de llamarlos, pero sí saben que estamos en el radio de unas cuadas; así funcionan los transmisores de rastreo satelital. Le pediremos que los llame y que les diga que estamos en un motel de la ciudad.

—Buena idea.

Goga y Nuur regresaron a la sacristía. Goga miró a Kovać y negó con la cabeza.

—Nuur —intervino La Diana—, necesitamos que nos hagas un favor. Queremos que los llames y les digas que estamos en un motel en la ciudad. No sabes el nombre de la calle. Solo diles que es un motel de mala muerte.

—No —se negó la muchacha—, si les miento asesinarán a mi hermana.

—Y si vienen aquí nos asesinarán a todos, incluidos los tres niños. ¿Quieres acarrear en tu conciencia con la muerte de catorce personas? —Nuur agitó la cabeza mientras se mordía el labio para no llorar—. No les permitas que sigan manipulándote como si fueses un juguete que no vale nada.

—¿Y mi hermana?

—Oye, Nuur —intervino Kovać—, no voy a mentirte y decirte que a tu hermana no le sucederá nada malo porque lo cierto es que no lo sé. Podrían asesinarla, pero siendo los hombres de negocios que son, creo que juzgarán un despilfarro deshacerse de una chica solo para vengarse de ti, aunque no estoy en posición de asegurártelo.

—Ellos no tienen problema de asesinarnos si con eso dan un escarmiento que sirve para aterrorizar a las demás.

—Es cierto —admitió Kovać—. Si nos dices en qué burdel o *cabaret* la tienen, ahora mismo haré una llamada e intentaré que la rescaten. Pero no te obligaremos a

nada. Si quieres hacer la llamada para despistarlos, hazlo. Si no quieres hacerlo, entenderemos tu posición.

—¿Y si les enviamos un SMS? —propuso Goga.

—No valdrá de nada —respondió Nuur—. Me exigieron que los llamase para asegurarse de que fuese yo la que les daba la información. —La chica bajó la vista y lloró en silencio, y Kovać la envolvió en un abrazo.

—No te guardamos rencor, Nuur, quiero que lo sepas. Todos aquí comprendemos por lo que estás pasando.

—Gracias —masculló la joven croata—. Haré la llamada —resolvió un momento después.

La Diana la condujo a la cocina y cerró la puerta. La adoctrinó acerca de qué decir y pegó el oído al celular para escuchar la conversación. Atendió Debeli; la voz le surgía agitada y gangosa a causa de la venda en la nariz.

—¡Perdimos la señal! —se quejó el traficante—. ¿Qué ha sucedido?

—No lo sé —mintió Nuur, imperturbable—. El celular funciona bien.

—¡Maldita tecnología! ¡Dime dónde se encuentran!

—Estamos en una ciudad llamada...

—Čajniče, eso lo sabemos.

—Sí, ahí. En un motel.

—¿En qué calle?

—No lo sé.

—¡Perra inútil!

—Estaba muy oscuro y no se veían los carteles con los nombres de las calles. ¿Qué puedo hacer?

—Dame el nombre del motel.

—No tiene nombre. Solo vi un cartel con luces de neón verdes que anunciaba que había vacantes. Es un motel de mala muerte no muy lejos de la ruta.

—¿Es todo lo que puedes decirme, perra estúpida?

—Es todo.

Debeli cortó la comunicación, y La Diana la miró a los ojos y asintió para expresar su agradecimiento.

* * *

Al salir de la cocina con Nuur, La Diana se topó con un anciano en silla de ruedas. La larga barba blanca denunciaba su condición de pope ortodoxo. Kovać empujó la silla hasta ella.

—Fui a la casa a visitar al padre Ivo —le explicó—. Como quería conocerte, lo traje hasta aquí.

—¿El hermano de Brano Mesić? —se asombró, mientras apreciaba la semejanza.

—El mismo —dijo el sacerdote, y extendió la mano, que retiró de inmediato—. Lo siento. Ha sido la costumbre.

—No se preocupe. Es un placer conocerlo. Lazar me ha hablado mucho de usted.

—Y él a mí de ti —aseguró, y se la quedó mirando con una sonrisa y una mirada que delataban la fascinación que ella le despertaba, aunque también la curiosidad—. Ahora comprendo tantas cosas. Eres una joven de una belleza remarcable.

—Te lo dije, Ivo —intervino Goga—. Nuestro espiritual y filosófico Laza se reveló un frívolo y cayó como un chorlito ante el primer rostro hermoso que le pasó enfrente.

Kovać soltó un bufido, elevó los ojos al cielo y se escabulló a la cocina.

—No seas tan dura con él, Goga —terció Ivo—. Aquella muchacha, la maestra —aclaró—, esa que lo acosaba en la primera parroquia a la cual lo asignaron, la de Lukavica, era muy bonita.

—No tienes criterio, Ivo, al menos no en materia femenina. Aquella no era ni la mitad de bonita que Diana.

—No le hagas caso, querida —pidió el sacerdote, y su sonrisa volvió a conquistarla—. Está celosa.

—¿Yo, celosa? ¿Qué dices?

—Siempre has sido posesiva con las personas a las que amas, querida Goga. Ya hemos hablado al respecto. Pero si Diana hace feliz a nuestro Laza...

—¡Apenas la conoce, Ivo!

—Pero ¿lo ves feliz?

Goga alternó vistazos entre el pope y La Diana, que, lejos de enojarse, se divertía, sin mencionar que, extrañamente, se sentía halagada.

—Sí, lo veo feliz como nunca lo había visto, y eso que ha sido una de las semanas más difíciles de nuestras vidas.

—Ya ves.

Nikolaj regresó con un maletín de médico en la mano y caminó directo al sector de los colchones, donde se acomodaban las jóvenes para dormir. Se puso de cuclillas junto a Selin y, mientras oía las explicaciones de Shivani, le tomó la presión y le estudió el reflejo de las pupilas.

—Mi hermano Nikolaj es médico —explicó Ivo—. En parte por eso vivo en su monasterio. Desde que la hemiplejía me dejó casi fuera de juego, me trasladaron aquí.

—¿Está contento en este sitio? —preguntó La Diana.

—Sí. Mis hermanos Nikolaj y Petar me cuidan como lo habría hecho mi familia, solo que echo de menos a mi hermano, a mi cuñada y a mis sobrinos.

—Comprendo.

Kovać salió de la cocina con una bandeja en la cual llevaba una jarra humeante, varias tazas y un plato con galletas de avena. Había preparado té. Le entregó la bandeja a Svetlana para que se ocupase de servir.

—Sírvele primero a Nuur —ordenó, y pasando una mirada de expresión seria sobre las muchachas, les advirtió en inglés primero, luego en serbocroata—: No toleraré represalias en su contra. Nuur solo está protegiendo a su hermana.

La Diana se volvió hacia Ivo cuando lo oyó murmurar:

—Ese que está ahí es Darko, ¿verdad?

—Sí, es Darko.

—Por favor, querida, acércame a él.

Hizo girar la silla de ruedas y la aproximó al colchón donde dormía el niño. El sacerdote se quedó mirándolo. La Diana se aunó a la contemplación. Descansaba de costado, la mejilla derecha aplastada contra la almohada, la boquita pequeña y pulposa entreabierta; las pestañas negrísimas y pobladas le formaban una medialuna sobre la piel clara del rostro.

—Es adorable —murmuró el anciano—. Mira con qué paz duerme. Ni siquiera lo perturba el bullicio que estamos haciendo —comentó.

La sorprendió una emoción que había experimentado solo una vez y que ella había creído perdida para siempre. El sentimiento alcanzó un ápice cuando el padre Ivo se inclinó con dificultad, cubrió la cabeza de Darko con la mano y murmuró una bendición.

—Mi muchacho adora a este pequeño —declaró—. Y cuando Lazar ama a alguien es capaz de dar la vida por esa persona.

La Diana, conmovida, se limitó a asentir. Un momento después, exhaló un «gracias», que provocó que el padre Ivo apartase la mirada de Darko y la concentrase en ella.

—¿Por qué me agradeces?

—Por bendecir a Dare. Por no rechazarme.

—¿Cómo podría rechazarte?

—Creí que me culparía por el hecho de que Lazar haya abandonado el sacerdocio de un día para el otro.

—No lo ha hecho de un día para el otro, Diana. No te achagues esa culpa; no es tal. ¿Sabes desde cuándo venimos hablando del tema? Desde antes de que terminase la guerra. Tú solo le brindaste el coraje para afrontar un cambio que, sin tu ayuda, no habría realizado jamás, me temo.

—Entonces, ¿está de acuerdo con que haya dejado la Iglesia?

—Sí, pero quiero que él acepte la verdadera razón por la cual ha dejado los hábitos. Él sostiene que abandona la Iglesia por el rol que tuvo durante la guerra. Yo siempre le digo: «Tú quieres irte porque en primer lugar nunca debiste entrar. No es tu sitio». ¿Crees, Diana, que yo estoy de acuerdo con lo que hizo Pavle durante la guerra? No, claro que no, pero mi sacerdocio no tiene que ver con las acciones de los hombres. Mi sacerdocio es un servicio a Dios.

—Comprendo —dijo, y se volvió hacia el padre Nikolaj, que inyectaba algo en la vena radial de Selin.

—¿Amas a mi muchacho tanto como él a ti, Diana?

—Sí —contestó de prisa, y se dio cuenta de que lo había hecho para no defraudar al sacerdote, por lo que repitió «sí» con más aplomo y en un acto de deliberada conciencia—. Es cierto lo que dice Goga, que recién nos conocemos, pero...

—No te justifiques conmigo, querida. Soy viejo y he vivido mucho, y estoy en posición de afirmar que cosas extrañas suceden en el mundo. Al menos esta es hermosa.

—Gracias, padre.

* * *

La sacristía enmudeció después de que los tres sacerdotes se marcharon y de que las muchachas se quedaron dormidas. Goga, Kovać y La Diana sorbían café sentados en el suelo de la cocina, las espaldas contra la pared entibiecida gracias a la salamandra que ardía del otro lado.

—Dormiré cuatro horas y proseguiremos —decidió Kovać.

—Qué buen escondite habría sido este —se lamentó Goga— si no fuese porque esos malditos están rondando ahí fuera.

—Por ahora los hemos despistado con la llamada de Nuur —aseguró La Diana—, pero es cierto que no contamos con más de cuatro horas. ¿Te dijo en qué burdel tienen a la hermana?

—No —contestó Kovać—. Asegura que se llevaron a su hermana del burdel donde trabajaban y que no sabe dónde la tienen. Su situación es desesperada.

—Igual que la nuestra —se lamentó Goga—. ¿Has intentado sonsacarle a Svetlana por qué la buscan con tanto ahínco?

—Como bien sabrás —le recordó Kovać—, no he tenido muchas oportunidades en las últimas cuarenta y ocho horas. Tengo la impresión de que me he pasado la semana escapando, huyendo, sorteando trampas...

—Encontrando novia, dejando los hábitos, quitándote la barba —enumeró la mujer con acento divertido.

—Qué semana —murmuró él y, con un suspiro, apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos.

—Lazar, ¿por qué no te recuestas e intentas dormir? —ofreció La Diana—. Yo me quedaré de guardia. Goga y yo lo haremos. Es imperativo que tú descanses.

Kovać alzó los párpados lentamente y giró la cabeza hacia La Diana sin despegarla de la pared. Le sonrió.

—No ha sido el mejor cortejo, ¿eh, amor? —La Diana hizo un ceño—. Me refiero a que si fuésemos una pareja normal debería haberte comprado flores, bombones, te debería haber invitado a cenar...

—Me invitaste a cenar.

—Pagaste tú —le recordó.

—¿Crees que me importa tener un cortejo tradicional?

—¿No? ¿No lo deseas?

—No, Lazar, no lo deseo. No soy una persona normal, por lo tanto estoy acostumbrada a que me sucedan cosas extrañas.

—¿Y yo soy una cosa extraña en tu vida?

—Tú eres lo mejor de mi vida —declaró en un arrebato, pero enseguida supo que era lo más sincero que había expresado en mucho tiempo.

—Sobro, ¿no? —dijo Goga y se puso de pie—. Comenzaré con la guardia. Hasta luego —se despidió y cerró la puerta de la cocina al marcharse.

Kovać y La Diana no habían apartado la mirada el uno del otro.

—Dímelo de nuevo. Que soy lo mejor de tu vida.

—¿Tanto dudas de mí que necesitas de las palabras?

—Las palabras son dulces. Nos comunicamos con las palabras. Sí, las necesito, pero no porque dude de ti sino porque soy vanidoso y quiero oírte expresar en voz alta todas las cosas bellas que te inspiro.

La Diana sonrió movida por la ternura y le besó los labios con delicadeza.

—No soy buena para estas cosas. Me gustaría que pudieses entrar en mi cabeza y en mi corazón. Ahí leerías todo lo que me inspiras y te aseguro que saldrías henchido de orgullo. Te admiro como hombre, como persona, como amigo, como padre, como hijo. ¿Sabes qué es lo que más me asombra de mi vínculo contigo? Que me haces bajar la guardia. No sé cómo lo consigues, Lazar. Me haces sentir segura.

—Cuando todo esto termine, quiero que le des una oportunidad a nuestro amor. No quiero que me dejes.

—No lo haré. Ya te lo prometí.

—Sé que a veces lo piensas, lo sé. Es que necesito que me des la posibilidad de demostrarte cuánto te amo y te deseo. Quiero cortejarte, quiero que tengamos un tiempo de paz para conocernos profundamente, para disfrutar de nuestra compañía. Tu compañía es lo que más añoro, Diana. En estos días, las horas que he estado sin ti han transcurrido con una lentitud exasperante.

A La Diana, el gesto de Kovać la hizo reír. Volvió a inclinarse sobre su rostro. Cuando el roce de bocas estaba transformándose en un beso que exigía más a cada momento, los sobresaltó el timbre del celular de La Diana. Era Callum Duncan.

—¿Cómo están? —preguntó el escocés.

—Hemos sufrido algunos contratiempos pero por ahora estamos en un sitio seguro. Tendremos que desplazarnos en unas horas porque están pisándonos los talones.

—Te escucho mal, lejos y entrecortado —se lamentó Glendale.

—Yo también —dijo La Diana.

—Aquí se ha armado gran revuelo con la entrevista que tu amigo barbudo concedió a la BBC. La han repetido en todos los canales del mundo, y la cuestión de

los Balcanes ha vuelto a instalarse en el candelero.

—¿Crees que servirá de algo?

—No lo creo, estoy seguro de ello. Klein y Tony Blair ya han hablado. Tu amigo de la Mercure tiene autorización para ir a recogerlos adonde tú le indiques, solo que las condiciones climáticas son nefastas.

—Lo sé —lo interrumpió La Diana—. Hemos tenido que desviar nuestro camino por esa razón.

—Una tormenta de proporciones inusuales se proyecta sobre toda la región, y en Camp Bondsteel están prohibidos los despegues y los aterrizajes. Lo siento, querida. Tendrán que aguantar un poco más. Yo actuaré de contacto entre ustedes y ellos, y les avisaré cuando se reabra el aeropuerto de Camp Bondsteel. ¿Descubrieron de qué modo esos delincuentes los ubican siempre?

—Sí, y ya lo neutralizamos. ¿Alguna novedad de P?

—El video ya está en manos de mi amigo de la Scotland Yard. Lo recibió hace dos horas. El juez está por cursar el pedido de captura por lo del asesinato de su mujer.

—Oh.

—Probablemente mañana recibiré noticias al respecto. Te mantendré informada. Ahora me despido. Descansa un poco, si puedes.

—Gracias por todo.

—Ni lo menciones.

Le refirió la conversación con Callum Duncan en tanto improvisaban una cama con mantas y almohadones. Se acostaron bajo un par de frazadas y se miraron en la penumbra de la cocina.

—Cuando todo esto acabe —prometió Kovać—, te llevaré a un hotel cinco estrellas. —La Diana se cubrió la boca para sofocar la risa—. De veras, yo cumplo mis promesas. Nunca he dormido en un sitio tan incómodo. Tengo clavada una de las piedras del suelo en la cadera. —La risa de La Diana se profundizó—. Me alegro de que mis propuestas románticas te causen tanta gracia.

—No es eso, amor, sino que, como soldado, he dormido en sitios mucho más incómodos que este. Te sorprenderías de saberlo.

—Mi diosa guerrera. Mi diosa invencible. Dios debe de amarme mucho para haberte enviado a mi vida.

—Claro que te ama. ¿Cómo no podría? ¿Quién no te amaría, Lazar?

—Solo me importa que *tú* me ames, que me ames como yo a ti, locamente.

—Locamente. Eternamente. Sinceramente —evocó ella.

—Felizmente —repitió él.

—Muy felizmente. Ahora intenta dormir.

—Cántame la canción que le cantaste a Dare.

—Es una *sevdalinka*. *Vjerna Ljuba* se llama. Nos la cantaba mi madre, a Leila y a mí.

—Cántamela.

Kovać no tardó en dormirse. Abandonó el improvisado lecho, lo tapó bien y se unió a Goga en la guardia. Aunque no hablaban, compartían con comodidad el silencio mientras columbraban el exterior apacible y blanco. Había recommenzado a nevar.

Dirigió la mirada hacia el sector donde dormían las muchachas y descubrió que una de ellas se levantaba. Se trataba de Nuur. Entró en el baño y cuando salió se sentó a su lado y se quedó callada, mirando hacia fuera.

—Por mi culpa mi hermana y yo terminamos cautivas de los traficantes —susurró unos minutos después, y una vez más su confidencia causó una honda impresión a La Diana—. Mi novio me engañó. Me dijo que viajaríamos a Sarajevo porque había conseguido un trabajo en la ONU, y que le sería muy fácil conseguir uno para Nadia y para mí. Nuestros padres no estaban de acuerdo, pero lo cierto es que en nuestro pueblo, aun después de cinco años, las secuelas de la guerra se sienten todavía. No hay trabajo, y casi todos emigran. Mi novio, ese malnacido, convenció a mis padres.

—¿Tu novio era de tu pueblo? —se interesó Goga.

—No, de un pueblo vecino. Nos conocimos en una discoteca. Maldita sea esa noche —masculó.

—Es una práctica común —comentó Goga a La Diana—, la del novio enamorado que luego entrega a la novia a los traficantes.

—Cuestión que ese malnacido convenció a mis padres, y hacia Sarajevo partimos. Viajamos en autobús, y cuando llegamos a la estación, en el andén se nos acercaron tres hombres a los que Arso, mi novio, saludó con familiaridad. Le pregunté quiénes eran, y me contestó que como él tenía que ir a completar un trámite para su ingreso en la ONU, sus amigos nos llevarían al departamento donde nos alojaríamos hasta alquilar uno para nosotros. ¡Qué idiota fui! Aunque todo me resultaba extraño, no dudé de él. Lo amaba y confiaba ciegamente. Lo demás pueden imaginarlo. Nos llevaron a Nadia y a mí a un departamento en las afueras de la ciudad, donde uno de ellos nos comunicó que, desde ese momento, trabajaríamos para él. Nos rebelamos, tratamos de escapar. Nos molieron a golpes, nos violaron, nos torturaron con sus cuchillos, pero lo que terminó por quebrarnos fue que nos dijeron que conocían a nuestra familia, que sabían todo de ellos, y que los matarían si no nos portábamos bien. Esto fue hace casi dos años. La única cosa buena es que mi hermana y yo hemos permanecido juntas. Bueno, hasta ahora —se descorazonó.

La Diana había apartado la mirada y simulaba concentrarla en el exterior. Nada veía; las lágrimas le enturbiaban la visión. Antiguas memorias se removían en su interior y le causaban un dolor insoportable.

—¿Supiste qué fue de tu novio? —se interesó Goga.

—No. Estimo que estará en Croacia, buscando a su próxima víctima.

—Tienes que darnos su nombre y el lugar donde las tenían, a ti y a tu hermana. Ahora contamos con el apoyo suficiente para detenerlos.

—Lo haré.

CAPÍTULO XIX

*Si alguno lleva a la cautividad, irá a la cautividad;
si alguno mata a espada, a espada morirá.
Aquí está la paciencia y la fe de los santos.*

Apocalipsis 13,10

Diana, amor mío, despierta.

Lo hizo con un sobresalto creyendo que se hallaba en el departamento de Stanhope Gardens y que se encontraría con Sergei Markov a los pies de la cama, pues había sido su voz la que la había sacudido del sueño.

Descubrió con espanto que eran las seis y media de la mañana. Ella y Goga se habían quedado dormidas; comprensible en un civil; imperdonable en el caso de una profesional. A punto de ir a la cocina para llamar a Kovać, se acercó a la ventana y advirtió que tres automóviles se aproximaban por la calle a baja velocidad. Habían atado cabos y deducido dónde se escondían. El soldado de élite que la habitaba enseguida tomó el control. Cerró las cortinas y, con murmullos y sacudidas, despertó a todos al tiempo que les arrojaba encima los abrigos y les ordenaba guardar silencio.

Nikolaj y Petar entraron por una puerta lateral, seguidos por un Ivo que se desplazaba con dificultad asistido por un andador. Sus expresiones alteradas le demostraron que sospechaban que esos automóviles no presagiaban nada bueno. La Diana les confirmó sus temores con un asentimiento. Bastaría que llegasen a la esquina, desde donde verían la Chevrolet Blazer, para saber que habían dado con sus presas.

—¡Vamos, deprisa, deprisa! —los urgían los sacerdotes—. Están aquí, deprisa. Tienen que huir. Vamos, abríguense que fuera hace varios grados bajo cero.

La Diana aprovechó que Nikolaj y Petar ayudaban a las muchachas y a los niños a vestirse y se pegó a la ventana para vigilar con la HP 35 empuñada. Los automóviles se detuvieron en la esquina. Uno de los traficantes descendió del Mercedes Benz con un lanzamisiles RPG-7, y La Diana supo que se disponía a destruir la camioneta. Abrió una brecha en la ventana y disparó. El criminal se desmoronó en la nieve.

—¡A tierra! ¡A tierra! —ordenó cuando una balacera se descargó sobre la fachada de la iglesia.

Se abstraigo de los gritos y de los llantos que se desataron dentro de la sacristía y calculó las posibilidades: ella con su HP 35 y Kovać con su pequeña Beretta no

contendrían el ataque, sin mencionar que era imperativo cuidar las municiones. Si intentaba siquiera asomarse por la ventana, la liquidarían. No solo les disparaban con fusiles AK-47 sino que lanzaban granadas. Se habían cansado de jugar a las escondidas; acabarían con la diversión empleando artillería pesada. La explosión que causó el misil al impactar contra la camioneta los estremeció. Un griterío inundó la estancia.

—Tenemos que huir. Irrumpirán de un momento a otro. Padre Nikolaj, ¿qué otra salida tenemos?

—¡Por la cripta! ¡Vamos, deprisa! ¡Deprisa!

El padre Nikolaj y Petar abrían la marcha seguidos por Kovać, con un Darko temeroso en brazos. Pegado a ellos se desplazaba Ivo con el andador. Goga, que cargaba a Zaína, caminaba por detrás. A continuación venían Brikena y Oana, que, como lloraba y se quejaba, la madre le tapó la boca; el silencio era una cuestión de vida o muerte. Anna y Julie ayudaban a Senada a trasladarse pues le resultaba difícil caminar deprisa con el vientre abultado. La muchacha, que también padecía afenfosfobia, nada decía y les permitía que la tocasen, pero La Diana percibía en su propia piel la incomodidad que la perturbaba y el esfuerzo que hacía por dominar el ataque de pánico. Tras ellas se desplazaban Shivani y Sanit, que prácticamente arrastraban a Selin, todavía medio atontada a causa del calmante que le había inyectado el padre Nikolaj la noche anterior. Svetlana y Nuur eran las últimas antes de La Diana, que cerraba la procesión con la pistola en una mano y una granada aturdidora en la otra.

Cruzaron la nave de la iglesia y se dirigieron al ábside donde había un iconostasio de una belleza artística que les habría quitado el aliento si hubiesen tenido tiempo para detenerse y admirarlo. Entre las decenas de crípticos y pequeñas columnas se hallaba la pintura de un San Miguel Arcángel. Esto fue lo primero que sorprendió a La Diana, encontrarse en esas instancias con el poderoso jefe de las milicias celestiales, que clavaba su lanza en el dragón. Después la asombró que ese ícono, uno más entre tantos, ocultase la puerta que tal vez se convertiría en su única salvación. Nikolaj insertó una llave enorme y negra, de aspecto medieval, en el ojo del dragón y luego abrió con el tirador dorado disimulado entre las garras de la pata delantera de la bestia. Un hueco negro, que exhaló un aire frío, húmedo y con olor a moho, se abrió frente a ellos. Petar encendió una luz, y La Diana apreció la escalera de piedra que se hundía en las entrañas de la iglesia.

Primero descendió Kovać con Darko. Lo siguieron las mujeres y las niñas. Por último, los sacerdotes ayudaron a Ivo a bajar las escaleras. La Diana cerró la puerta con la llave que le había entregado Nikolaj y se alegró al ver que era de hierro. Igualmente, reflexionó, si los traficantes llegaban a descubrir el ingreso a la cripta, la derribarían con el RPG-7, y de nada valdría que fuese de un metal tan resistente.

—Como toda construcción del Medioevo —informó el padre Nikolaj—, esta cripta posee un pasadizo secreto que conduce hacia el exterior. Nuestros hermanos lo

usaban en la época de la invasión de los turcos y también durante la Segunda Guerra Mundial. Y a nosotros nos sirvió para ayudar a escapar a muchos musulmanes durante el último conflicto —añadió.

—Es por aquí —indicó Petar.

Los guiaron por la cripta mal iluminada. La Diana encendió su linterna halógena para estudiar dónde ponía los pies. Se trataba de un piso irregular de laja cubierto de moho y ennegrecido por el transcurso de los siglos. Se detuvieron frente a un muro de piedra caliza. Nikolaj introdujo la mano en un orificio que parecía una anfractuosidad natural de la roca y accionó un mecanismo que separó en bloque dos cubos del muro, solo que no eran cubos sino láminas de piedra adosadas a una placa de madera. La puerta secreta acabó de abrirse y el sonido de las bisagras herrumbradas se repitió como un quejido lúgubre en el recinto penumbroso. Otra escalera se presentaba ante ellos. Petar y Nikolaj sacaron linternas de los bolsillos de sus *ransones* y se las entregaron, una a Goga y otra a Kovać.

—Ustedes bajen primero con Ivo.

—No, Lazar. Vayan ustedes. Nikolaj, Petar y yo nos quedaremos en la cripta hasta que pase el peligro.

—¡No estarán a salvo! ¡Tienen que venir con nosotros!

—Laza tiene razón, Ivo —intervino Goga—. Si los encuentran los matarán.

—Petar llamó a la policía antes de que fuésemos a despertarlos. De seguro ya habrán llegado.

—La policía no es una garantía —se empecinó Kovać—. Vamos. Yo los metí en este lío y no permitiré que les hagan daño por mi culpa.

—Lazar, hijo —terció Ivo—, se retrasarán por mi culpa, que me muevo tan lentamente. Nosotros estaremos bien. Ve. Pon a salvo a estas pobres chicas.

Se miraron en lo profundo de los ojos antes de fundirse en un abrazo. Kovać inclinó la cabeza e Ivo se la cubrió con la mano abierta; cerró los ojos y murmuró una bendición en griego, tal vez la misma que había rezado la noche anterior mientras tocaba a Darko.

—Desciendan por las escaleras y sigan el curso del pasadizo, siempre derecho —señaló Nikolaj—. Serán unos mil metros, tal vez un poco más. No tomen por las aberturas laterales. Solo conducen a osarios sin salida. El pasadizo, en cambio, los llevará a una puerta que se encuentra en el bosque. Por fortuna, esa parte del bosque nunca fue minada por el ejército. Caminen con confianza. Si enfilan hacia el este, derecho, siempre derecho, llegarán a la propiedad del viejo Ljuba. Tú la conoces bien, Laza —le recordó Nikolaj—. Toma —dijo, y le entregó una llave—. Con esta abres la última puerta.

Se despidieron de nuevo con abrazos. La Diana, que cerraba la marcha, pasó junto a los sacerdotes y les agradeció en susurros.

—Ve con Dios, hija mía —expresó Ivo, y el acento gangoso lo traicionó.

—Gracias, padre. Recen por nosotros.

—Lo haremos, no tengas duda de ello —manifestó Petar.

Casi a la mitad del descenso, La Diana escuchó, como un augurio infausto, la estridencia del cancel que volvía a cerrarse y la del mecanismo que lo trababa. La suerte estaba echada; solo podían seguir hacia delante.

* * *

En su vida como soldado, La Diana había emprendido caminatas por las geografías y los climas más hostiles, siempre en compañía de su escuadrón, a veces como parte del entrenamiento y en la mayoría de los casos como la forma para acceder tras las líneas enemigas en una misión de alto riesgo. En aquellas circunstancias se había sentido fuerte, no solo porque se sabía preparada, sino porque contaba con el apoyo y la pericia de sus colegas que caminaban delante y detrás de ella, sobre todo con la de Nanuk Christiansen, cabeza del grupo.

En ese momento, la agobiaba la responsabilidad de ser la única en esa fila humana con habilidades para contrarrestar a los traficantes, aunque incapaz de hacerlo sola y con el armamento inadecuado con el que contaba. La presencia del tercer automóvil —el Mercedes Benz— y el uso de un RPG-7 hablaban a las claras de que sus cazadores se habían hartado de fallar y se disponían a apostar fuerte.

No obstante, debía admitir que, si bien no marchaba con sus compañeros de L'Agence, el grupo que le había tocado en suerte estaba comportándose muy bien en tanto avanzaba por el pasadizo angosto, lúgubre y de techo bajo —tanto que Kovać tenía que agachar la cabeza—. Las jóvenes se desplazaban sin quejarse, y ni siquiera Senada o Selin emitían una palabra para lamentarse.

Los indicadores luminosos del Breitling le permitieron saber que eran las siete y cuarto. Calculó que, cuando llegasen al final del recorrido, probablemente ya habría despuntado el sol. En caso contrario, tendrían que esperar a que amaneciese.

Poco a poco la lobreguez del pasadizo, apenas herida por las linternas, fue cediendo a una claridad tenue. Sin duda, estaban aproximándose al final. Pocos minutos después, el grupo delante de ella se frenó. Avanzó pidiendo permiso hasta alcanzar el tramo de una escalera corta —no más de diez peldaños— en cuya cima se hallaba Kovać con Darko pegado a las piernas. Subió deprisa y se detuvo ante un cancel de rejas que la vegetación del bosque ocultaba.

—Hola, Diana —la saludó el niño.

La contemplaba con ojos desmesurados y una mueca ansiosa, como si buscara la confirmación de que todo estaría bien. Le sonrió e hizo algo que descolocó al niño tanto como al hombre, lo llamó *moje blago*, tesoro mío, como había oído que Leila llamaba a Daisy, y se besó la punta del índice y la apoyó en la frente del pequeño. Darko, emocionado, se arrojó a ella y le rodeó la cintura. «Impredecibles», se recordó, mientras buscaba apoyo en la reja. Kovać se movió para quitárselo de

encima, pero ella lo detuvo con un gesto de la mano. Inspiró profundo para contrarrestar el ingreso superficial de aire y dijo:

—Dare, ahora permíteme hablar con Lazar. Tenemos que salir de aquí.

Se apartó con premura, y La Diana disimuló la perturbación guiñándole un ojo. Se volvió hacia Kovać que le destinó una sonrisa, inverosímil en esas circunstancias. En un acto impulsivo lo besó en la boca.

—¿No puedes abrir? —lo interrogó.

—No lo he intentado aún. Estaba tratando de estudiar el exterior a través de la vegetación. Quería comprobar si se veía u oía algo. Todo parece silencioso y solitario.

—Abramos, entonces. Saldré primero y me cercioraré de que no haya nadie. Ten empuñada la pistola y la llave lista. Si te lo ordeno, cierras con llave y se esconden en el pasadizo.

—No cerraré con llave contigo fuera, Diana. No vuelvas a pedírmelo.

Se midieron en una lucha de voluntades, hasta que La Diana asintió. Extrajo el Ka-Bar y cortó apenas los zarcillos y las ramas que le permitirían entreabrir el cancel lo suficiente para deslizarse fuera; no quería quitar la enredadera por completo pues servía para ocultarlos.

Emergió con la HP 35 gatillada y lista para disparar. Como había señalado el padre Nikolaj, el recorrido terminaba en el bosque. Se había aprovechado la cueva que formaba un barranco para ocultar la abertura del túnel secreto, sin mencionar que la naturaleza se había ocupado de camuflarla con raíces adventicias y enredaderas. Ese pasadizo, una obra de la ingeniería del Medioevo, todavía se sostenía en pie y los había conducido fuera del alcance de sus depredadores.

Tras confirmar la soledad del paraje, los hizo emerger uno por uno. La nieve se había acumulado sobre el terreno. Helaba, y el cielo encapotado presagiaba que las condiciones climáticas no mejorarían. Calculó que hacía varios grados bajo cero. Paseó la mirada por cada miembro del grupo y les estudió las prendas que los cubrían, y decidió que ninguno estaba en condiciones de afrontar un largo viaje a pie. Se alegró de haber comprado las ropas de abrigo para Kovać y Darko; estaban aprovechándolas. Por su parte, recuperó del macuto la *ushanka* de Markov y se la colocó con las orejeras hacia arriba para evitar que la aislasen por completo.

—Silencio —susurró, y lo repitió una vez más cruzándose el índice sobre los labios—: Silencio.

En el aire límpido y puro del bosque, los sonidos y los aromas se trasladaban más rápidamente y con mayor nitidez; se había tratado de la primera enseñanza de Nanuk la vez que habían ido de caza a los bosques de Montenegro. Si los traficantes habían contratado un baquiano de la zona, los hallarían en un abrir y cerrar de ojos, meditó.

Empuñó la brújula magnética y se preparó para guiar al grupo hacia el este. Encabezaría la hilera y, como no emplearía el GPS por temor a que detectasen la señal del satélite, echó mano de una de las técnicas más básicas de la navegación para

mantener una línea recta; al cabo de tres kilómetros de recorrido, desviarse aunque solo fuese cuatro grados del curso establecido habría significado terminar hasta doscientos cincuenta metros más lejos de la granja del viejo Ljuba. Y ellos no podían darse ese lujo.

Cortó dos ramas delgadas pero firmes de un abeto con uno de los *kukris* y les peló la corteza con el Ka-Bar. Le entregó una a Kovać y le explicó al oído.

—Clavaremos estos palos en línea recta hacia el este con veinte metros de distancia. Tú permanecerás en la retaguardia. Cuando te lo indique, comenzarás la marcha con el palo en la mano. Cuando pases a mi lado, caminarás veinte metros y clavarás la rama y me esperarás. A mi vez, yo pasaré a tu lado con mi palo en la mano, caminaré veinte metros y lo clavaré, señal para que tú te pongas en movimiento. Lo llamamos salto de rana. Es para avanzar en línea recta y no desviarnos hacia los costados.

La Diana sabía cuántos pasos necesitaba para completar el trecho —cuarenta y tres—, por lo que calcularon los de Kovać, que resultaron ser veintiséis. Darko, que se negaba a separarse de «su papá», como había comenzado a llamarlo, iría trepado a su espalda. Juntos, La Diana y Kovać organizaron la hilera y dieron algunas indicaciones susurradas, como que respirasen siempre por la nariz, que no se desviasen ni un centímetro de la huella que ellos iban dejando y que llevasen las manos bajo las axilas las que no contaban con guantes; las que sí, debían mover los dedos continuamente para evitar la congelación. Senada aseguraba que podía caminar sola, mientras que Shivani se ocuparía de Selin, que comenzaba a mostrar de nuevo los signos de la abstinencia. Antes de emprender la caminata, La Diana besó en los labios a Kovać.

—Todo saldrá bien, amor mío —susurró él, y la miró de un modo que a La Diana la asustó pues había algo de melancolía en su expresión, como si se tratase de una despedida.

* * *

Caminaron durante media hora empleando el sistema del salto de rana, al cabo de la cual La Diana decidió detener la marcha para recuperar la energía. Las muchachas y los niños mostraban signos de debilidad ya que no habían desayunado. Sus cuerpos temblaban y sus dientes castañeteaban en el intento por producir calor.

Shivani, que había acarreado una de las bolsas con provisiones, repartió fetas de pan y trozos de queso. La Diana aportó unas barras energéticas que cargaba en el macuto. Aunque les habría venido bien una infusión caliente, no podían perder tiempo ni correr el riesgo de encender un fuego por lo que dieron sorbos medidos a las pocas botellas de agua mineral que les quedaban. La Diana se tomó unos minutos para revisar las manos de todos, en especial las de Anna y Nuur, que no llevaban

guantes. Les ordenó que se frotasen los dedos y les advirtió que si sentían agujetas le avisaran. Les indicó que siguiesen caminando con las manos calzadas en las axilas aunque les dificultase el progreso. En cuanto a los pies, quería saber si sentían entumecimiento. A las que iban con calzado inapropiado —Julie, Sanit y Senada tenían zapatillas de lona— las obligó a ponerse otro par de medias que sacó de su macuto, pero les indicó que no ajustaran los cordones para impedir que cortasen la circulación.

Consultó la brújula y determinó nuevamente el rumbo hacia el este. Reiniciaron el recorrido después de esos minutos de descanso con los cuales no contaban pero que habían resultado imprescindibles para que el grupo recobrase el ánimo. Llegaron a los límites de la granja de Ljuba casi media hora más tarde. Se trataba de una propiedad en las afueras de Čajniče, más o menos solitaria y aislada como la iglesia. La Diana aprovechó los pinos negros y los abetos que la rodeaban para aventurarse y analizar la situación. Todo lucía tranquilo, y no se avistaban vehículos extraños, tan solo una camioneta vieja y un tractor apostados fuera de un granero.

Les indicó que emergiesen del bosque en absoluto silencio. En tanto ella permanecía alerta, Kovać las guio hasta la casa. Un par de perros de tamaño mediano los recibieron con ladridos. Se abrió la puerta que daba a la galería y un hombre alto, delgado, aunque panzón, y canoso se presentó con un rifle cruzado en el pecho. La Diana lo vio aguzar la vista ante el espectáculo que componía esa hilera de personas en estado lastimoso. No reconoció a Kovać que, además de la falta de barba y con el pelo al ras, acarreaba a un niño en la espalda.

—Querido y viejo amigo Ljuba, soy el padre Lazar —lo saludó Kovać desde una distancia prudente, y luego de un instante de asombro en el que alzó los párpados, el granjero avanzó con una sonrisa que no le iba a sus facciones endurecidas y cuarteadas.

Se abrazaron en silencio.

—Sin la barba luces como un muchachito. Pasen, pasen —los invitó, y el calor acogedor que los envolvió al entrar provocó un suspiro generalizado.

Las jóvenes y los niños se aproximaron al fuego del hogar y extendieron las manos hacia los troncos incandescentes. Se trataba de una estancia de grandes dimensiones, limpia y prolija y de escaso mobiliario, solo una mesa, seis sillas, un sofá frente a la estufa a leña y dos sillones de tapicería baqueteada.

—Ljuba, te presento a Diana, mi mujer.

—Sí, lo sabía. Ivo me contó que colgaste los hábitos. No me sorprendí —admitió el granjero—. Mucho gusto, señorita.

La Diana extendió la mano antes de que Kovać interviniese y le dio un apretón rápido. La sola idea de rehusar el cordial saludo a causa de su fobia le proporcionó el coraje para superarla aunque fuese por un instante.

—Sé que están en aprietos.

—Es un asunto de vida o muerte —explicó Kovać—. Unos traficantes de mujeres quieren arrebatarnos a las muchachas que protegemos en nuestra fundación, Duga Sarajevo.

—Malditos sean esos cobardes, explotadores de mujeres —masculló el hombre en tanto se dirigía con paso lento a la cocina, un sector sin divisorio, parte de la gran habitación en la que se encontraban—. Ivo me llamó anoche para decirme que quizá necesitasen mi ayuda —comentó, y levantó la cafetera de la hornalla—. Como mi camioneta está rota, anoche mismo envié a Jakov a caballo a lo de mi hermano para que se vuelva con la de él. No está mucho mejor que la mía, pero al menos funciona.

—¿Cómo está Jakov?

El granjero apartó la mirada de las tazas que disponía en una bandeja y la elevó hacia el exsacerdote.

—Bien, tranquilo. Gracias a ti, padre Lazar. Bueno, ya no debería llamarte padre, ¿verdad?

—Llámame como gustes. Ese café huele bien, Ljuba. ¿Cuándo crees que llegará Jakov?

—Ya debería estar de regreso. Lo único que se me ocurre es que la camioneta de mi hermano también tenga un problema mecánico.

—¿Te han llamado de la Dormición de la Virgen? —se interesó Kovać, y La Diana le notó la ansiedad en la voz; temía por la vida de los sacerdotes.

—Me llamaron anoche, como te comentaba.

—¿Y esta mañana?

—No, esta mañana no. ¿Quieres llamarlos? Ahí tienes el teléfono.

Kovać lo intentó, en vano; llamaba y llamaba y nadie respondía.

—Estarán todavía escondidos en la cripta —sugirió La Diana, y le acarició la mano que aún descansaba en el auricular.

—Así lo espero, amor.

Tomaron café —los niños, leche tibia con miel— y comieron huevos revueltos y albóndigas de cordero. La Diana lo hacía sentada en el brazo de uno de los sillones junto a la ventana, mientras escrutaba el ingreso a la granja. La vista se le adormecía a causa de la ingesta y del invariable panorama blanco. Se sobresaltó cuando una mancha negra y lejana mancilló el paisaje, seguida por otra y una tercera que se avizoraba malamente; por supuesto, era el Škoda blanco.

—¡Están aquí! —anunció, y los demás se pusieron de pie de un salto—. ¡Conserven la calma! ¡Vamos, deprisa, abríguense!

En esa hora que habían pasado en lo de Ljuba, el viejo granjero había provisto de guantes a Anna y a Nuur y de botas viejas a Julie, Sanit y Senada.

La Diana calculó que, dada la distancia y la baja velocidad a la que avanzaban debido a la gran cantidad de nieve, contaban con unos diez minutos para huir. Pero ¿dónde? ¿Con qué medio de transporte?

—Ljuba —lo llamó La Diana—, es imperativo que haga desaparecer todo rastro de nuestra presencia. Esconda las tazas sucias y los platos. Que no los vean.

—Lo haré —prometió el hombre—. Salgan por atrás y ocúltense en el granero. Yo los distraeré —prometió, mientras verificaba que su rifle estuviese cargado.

—Los perros ladrarán y delatarán nuestra fuga —apuntó La Diana.

—Los he encerrado en la habitación de Jakov. Pueden salir tranquilos.

Huyeron por la parte posterior. Una vez fuera, La Diana razonó:

—Sería una imprudencia ir al granero. Es el primer sitio que revisarán. Tenemos que regresar al bosque.

Sin embargo, hacerlo por el sector del que habían emergido una hora atrás habría sido lo mismo que entregarse; los habrían avistado fácilmente desde los automóviles; componían un grupo demasiado colorido y conspicuo en ese escenario blanco e imperturbable. Solo les quedaba huir hacia los confines traseros de la propiedad, donde fuese que eso los llevase. Corrieron varios metros hasta alcanzar un alambrado de púas que los detuvo en seco, no por la barrera que constituía el alambrado en sí sino por los carteles de chapa roja y letras negras que se repetían en cada poste alternadamente; uno decía *Pazi-Mine* —Atención-Mina— y el otro rezaba *Zabranjen prolaz* —Prohibido pasar—. Bosnia, se recordó La Diana, era el país más densamente poblado de minas antipersonales del mundo.

—¿Qué haremos? —preguntó Nuur, una de las pocas del grupo que sabía leer el serbocroata.

La Diana alzó la mano para pedir silencio. Por un lado, oía los gritos de los traficantes acarreados por el aire límpido; como había deducido, estaban buscándolos en el granero, posiblemente también dentro de la casa. No les llevaría mucho tiempo descubrir las huellas en la nieve. Cerró los ojos y se concentró en el otro sonido que provenía del bosque minado, ese paraje amenazador y que, no obstante, era la única salida con la que contaban. Descubrió las pequeñas marcas a unos metros del alambrado y a continuación identificó el origen del ruido: lo producía una piara de jabalíes y jabatos. Tal vez, pensó, contaban con una oportunidad para huir.

Nanuk le había explicado que el jabalí es uno de los animales con el olfato más refinado de la naturaleza, y que del mismo modo que son capaces de detectar las trufas, su debilidad, a veces enterradas a más de un metro bajo tierra, también olfatean la pólvora de las minas y saben que deben evitarlas. «Un jabalí», le había explicado el inuk, «*jamás* volaría por el aire a causa de una mina antipersona». Si seguían las huellas de esos cerdos salvajes y el sonido de sus guaños y gruñidos, pondrían una distancia entre ellos y los cazadores que estos no se atreverían a sortear.

—Entraremos —decidió.

—Pero... —dijo Kovać

—¿Ves esos pequeños orificios en la nieve? —lo interrumpió La Diana—. Allá, a un metro y medio más o menos, en línea recta.

—Sí.

—Son huellas de jabalí. Ellos nos guiarán fuera del camino de las minas. Olfatean la pólvora y la evitan. Si seguimos su trayecto no nos ocurrirá nada.

Kovać repitió en susurros las indicaciones de La Diana en ruso y en inglés.

—Recuerden bien: sus vidas dependerán de que pisen en el mismo sitio que pise Diana. Un centímetro al costado y entonces podrían volar por el aire. Quiero que vayan casi pegadas a la persona que tengan delante. Vamos. No hay tiempo que perder.

Kovać se hizo de una rama de pino y borró las huellas desde el alambre de púas y un par de metros dentro de la propiedad de Ljuba. No sabía si los despistaría, pero tenía que intentarlo. La Diana, con el monocular calzado, avistaba hacia la granja y los veía moverse entre las edificaciones. En breve se darían cuenta de que el grupo había huido hacia el sur.

—¡Vamos, Lazar! —lo conminó, mientras con el monocular los veía reunidos a un costado del granero mientras debatían; contó siete—. Debemos perdernos en el bosque. *Ahora.*

Enfocó una vez más hacia la granja con la intención de identificar los rostros, pero le resultaba difícil distinguir las facciones, en especial debido a la resolana que se reflejaba en la nieve; solo identificaba a Debeli gracias a la venda en la nariz.

Cruzó el alambre en primer lugar. El metro y medio hasta las primeras huellas de jabalí se convertiría en el más riesgoso. Lo recorrería sola, tanteando con su porra telescópica como les habían enseñado en el entrenamiento. Los sorteó en menos de tres minutos e hizo señas para que la siguieran. En tanto Kovać apartaba dos alambres de púas, las muchachas y los niños iban sorteándolo y emprendían la marcha concentradas en poner los pies en los huecos que La Diana había impreso.

Se escuchaban las voces de los traficantes que, de lejanas e indistintas, iban adquirieron preponderancia y nitidez. Urgía alejarse hacia la parte más densamente arbolada. La Diana se dijo que no debían internarse demasiado pues tenían que regresar por el mismo camino y no podían permitir que las huellas desaparecieran. Resolvió que avanzarían medio kilómetro hacia el corazón del bosque.

Kovać, que se había propuesto borrar al menos las huellas de los primeros metros, lo hizo con una rama y Darko sujeto a la espalda. La Diana contenía el respiro en tanto el hombre se arriesgaba al caminar hacia atrás mientras alisaba la superficie hasta devolverle la semblanza del aspecto llano original. Acabada la temeraria empresa, La Diana y Kovać intercambiaron una mirada. Él asintió, y La Diana reinició el avance.

Guiados por las marcas de las pezuñas y el constante gruñido de los jabalíes, que se hallaban más adelante, fueron internándose en la espesura. La Diana se volvía cada tanto y constataba con alivio que ya no se veía el límite del alambrado sino una maraña de árboles y vegetación. Las muchachas cumplían las indicaciones y caminaban muy pegadas, práctica prohibida entre los soldados, que debían

desplazarse con una distancia de cinco metros entre cada hombre para evitar dañar a sus compañeros en caso de pisar una mina.

Avistó un tronco caído de un diámetro inverosímil —dos metros, estimó— y más de diez de altura y lo juzgó un sitio ideal para esconderse. Siguieron las huellas de los jabalíes que lo habían sorteado y se ubicaron detrás de él. Caminar por la nieve lo había agotado, sin mencionar la tensión con que habían enfrentado la travesía. Sudaban, lo que podía causar deshidratación, tan factible en climas fríos como cálidos. Les indicó al oído que se abriesen un poco los tapados y las camperas y que se quitasen las bufandas y los guantes, pero no las gorras, pues la cabeza es por donde más fácilmente se pierde el calor corporal. Había que lograr un balance entre la aireación y la preservación de la temperatura.

Les quedaban cuatro botellitas de agua mineral. Empleó tres para disolver polvo electrolítico. Calculó que cuatro tragos por persona bastarían para preservar el equilibrio mineral del cuerpo. Las botellitas se vaciaron, y ella las devolvió a la bolsa; no podían dejar basura que los delatase.

Extrajo del macuto tres mantas isotérmicas, delgadas como el papel, de un lado plateadas, del otro doradas, y las extendió una junto a la otra sobre la nieve, con la cara plateada, la que insuflaba calor, hacia arriba. Las colocó pegadas al tronco, que serviría de respaldo en el improvisado asiento sobre la nieve. Muchas, sobre todo Selin y Senada, se desmoronaron, agobiadas de cansancio.

—Júntense, apretújense —las instó La Diana en susurros, mientras Kovać la asistía como traductor—. Es preciso para evitar caer en la hipotermia. Y muevan todo el tiempo los dedos de los pies y los de las manos. Todo el tiempo —remarcó.

Kovać, con Darko en los brazos, y La Diana se acomodaron después de comprobar que hubiese sitio para todos. Lo hicieron en el extremo, los dos muy juntos. Apoyaron las cabezas de costado contra el tronco y se limitaron a mirarse.

—¿A quién se le ocurriría minar un bosque? —se preguntó Julie, y Goga la mandó callar con una frase severa.

Más tarde, se dijo La Diana, le explicaría que el ejército serbobosnio, consciente de que los musulmanes huían de sus ciudades y se ocultaban en los bosques, los habían tachonado de minas.

Oana comenzó a lloriquear. Brikena, exhausta, sin fuerza en los brazos, no la cargaba, y nadie se ofrecía. Al final, la fiel Shivani le pasó a Anna la bolsa con los pocos comestibles que les quedaban y la ubicó sobre sus piernas; la pequeña se calmó enseguida. Selin, malhumorada y muy pálida, juntó nieve y se la pasó por la cara. Kovać le indicó a La Diana con un gesto que la dejase hacer. Zaína se había dormido aferrada a la cintura de su madre, que apoyaba la espalda contra el tronco y contemplaba hacia la nada con una expresión vacía. Darko dormía en brazos de Kovać, y ella se preguntaba de dónde conjuraba el vigor para sostenerlo. ¿Por qué, en lugar de odiarse debido a la incapacidad de aliviarlo del peso del niño, no intentaba cargarlo? ¿Qué clase de persona era que le permitía a un trauma ser más poderoso

que el amor que ese hombre le inspiraba? Se movió, insegura, y extendió los brazos en el claro ademán de hacerse del pequeño. Kovać alzó las cejas, asombrado. Le susurró al oído:

—Dámelo un momento. Quiero que descanses un poco.

—¿De veras quieres hacerlo?

—Será más fácil ahora que está dormido —admitió—. Solo un momento hasta que recuperes la fuerza en los brazos.

—Cuando lo sostengas, cierra los ojos e imagínate con él en la bicicleta, riéndote como lo hacías con Leila. Imagínate que es él con quien caes en el montículo de arena.

La Diana no tuvo tiempo de meditar las palabras. Selin soltó un alarido y se contorsionó en posición fetal. Kovać le entregó al niño sin ceremonias y se arrodilló junto a la joven. Le tapó la boca al tiempo que se cerraba sobre ella, le hablaba al oído y la mecía. Urgía acallarla. La Diana, por su parte, sostenía en brazos a Darko, que seguía dormido pese al pasaje abrupto. Lo miraba, entre horrorizada y maravillada, y se convencía: «Yo puedo. Por Lazar, yo puedo. Yo puedo». No obstante, la piel le quemaba, el pecho y la garganta se le cerraban y el pánico la arrollaba. Cerró los ojos e imaginó la escena de aquella tarde de verano. La asombró lo rápido que substituyó a Leila por el niño y lo eficaz que resultó el anclaje para calmarla. No se atrevía a abrir los ojos y perder la conexión con las escenas, ni siquiera cuando Darko despertó y la llamó; no solo eso, le tocó el mentón con el índice. Reunió coraje y alzó lentamente los párpados, y mantuvo la vista hacia delante durante unos segundos antes de atreverse a bajarla y fijarla en los ojos oscuros y enormes del niño.

La asaltó tal emoción que se mordió el labio para sofrenar el llanto. La entrega y la confianza con que el pequeño la miraba y el triunfo que significaba cargarlo en su regazo estaban resultando más intensos de lo que había calculado. ¿Podría algún día sostener a Daisy del mismo modo? No, con Daisy era distinto, y ella lo sabía. Darko era un apéndice de Lazar Kovać, y por esa razón resultaba más fácil.

—¿Has descansado, cariño? ¿Estarías dispuesto a regresar?

—¿Los hombres malos ya se fueron?

—Creo que sí, pero solo lo comprobaremos una vez que volvamos a la granja.

Miró la pantalla del celular. No había señal. Consultó el Breitling. Hacía cuatro horas y cuarenta minutos que habían abandonado la casa de Ljuba. Habían tenido suerte y hasta el momento las huellas se mantenían frescas, pero pronto caería la noche y no hallarían el camino de regreso. Desde hacía un buen rato, muchas temblaban de manera incontrolable y eso comenzaba a preocuparla. Se puso de pie y depositó a Darko en el piso, pero lo sostuvo de la mano. Goga la contempló, asombrada, y ella se limitó a encoger los hombros.

—Tenemos que regresar —anunció en susurros.

Las muchachas comenzaron a ponerse de pie con dificultad. Muchas se quejaban de miembros entumecidos y trastabillaban. Shivani recogió y dobló las mantas isotérmicas, y La Diana las guardó en el macuto antes de encabezar la procesión de regreso. En la última parte, Anna llevó en brazos a Darko pues Selin se descompuso y se desvaneció, y Kovać debió cargarla cruzándosela sobre los hombros.

Alcanzaron el alambrado. La Diana lo atravesaría sola. Extendió una manta isotérmica junto a Kovać sobre la cual depositó a Selin aún inconsciente. Le entregó el macuto.

—Necesitaré ir ligera —se explicó, y Kovać se limitó a asentir con expresión indescifrable—. Si no regreso...

—Ni lo menciones —le reprochó antes de aferrarla por la cintura y sellarle los labios con un beso enojado—. No te atrevas a dejarme solo en este mundo.

—Volveré —prometió.

Intercambió una última mirada con Kovać antes de ponerse en movimiento. Comenzaba a anochecer, pero la penumbra no bastaba para camuflarla. Zigzagueando y prácticamente reptando, se aproximó a la casa sombría. La abatió avistar el BMW de guardia fuera de la propiedad y cerca de la tranquera principal. Debido a las ventanillas polarizadas, no podía saber cuántos eran los ocupantes. Al Škoda y al Mercedes Benz no se los veía por ninguna parte; debían de estar buscándolos en otros sectores de la ciudad. ¿O estarían de guardia en la iglesia?

Aprovechando las macetas alineadas en el borde de la galería, se arrastró con los codos hasta la contraventana por la cual se proyectaba la luz del interior y se asomó para ver quiénes se hallaban en la casa. Había dos personas comiendo, encorvadas y en silencio, en la única mesa de la habitación. Uno era el viejo Ljuba. ¿El otro sería su hijo Jakov o uno de los traficantes, que lo tenía amenazado?

Guiada por el instinto, golpeó el cristal de la ventana dos veces. Las cabezas se dispararon hacia arriba y clavaron la mirada en su dirección. Asomó un poco más la cara para que la viesan. La reconocieron. A una orden de Ljuba, el muchacho —para ese momento no tenía duda de que se trataba de su hijo dado el parecido— se puso de pie y se evadió hacia la cocina. El granjero dibujó un círculo con el brazo para indicarle que encontrase a Jakov en la parte trasera. Antes de volver a reptar por la galería, vio que Ljuba se hacía del rifle y que se apostaba en otra ventana para tener a tiro el BMW.

Encontró a Jakov en el granero. El muchacho lucía increíblemente tranquilo para una situación tan comprometida. Sin pronunciar palabra, le entregó las llaves de una vieja Ford F100 con cúpula en la caja que parecía ocupar todo el espacio.

—Tiene el tanque lleno —susurró.

—¿Cómo haremos para sacarla sin que se den cuenta los del BMW?

—¿Dónde están los demás? Papá me dijo que eran quince.

—Del otro lado del alambrado.

—¡Qué! ¿Y las minas?

—No hay peligro —lo cortó La Diana—. ¿Cómo haremos para sacarla? —insistió.

—Podemos empujarla hasta el camino que bordea el alambrado...

—¡Ey! ¡Pero mira a quién hemos encontrado aquí!

La Diana y Jakov se volvieron súbitamente: bajo el dintel del portón, dos de los traficantes los observaban con sonrisas sobradoras. A uno lo conocía del asalto en el bosque de Glendale; el otro era Blago, el amigo del comisario Vasilić.

—Atención, Sasha —advirtió Blago mientras marcaba un número en su celular—, el *vojvoda* la quiere sin un rasguño. Pero ten cuidado, es una perra turca muy peligrosa.

—No tienes que decírmelo a mí —replicó el tal Sasha mientras se aproximaba empuñando una pistola.

—¡Mierda! —insultó Blago—. Casi no hay señal en este puto lugar —se quejó, y elevó el aparato para mejorar la conexión.

—Sin hacer movimientos raros —le advirtió Sasha a La Diana— o tu amigo terminará con una bala entre las cejas, coloca la pistola en el suelo y patéala en mi dirección. Luego, haz otro tanto con el par de cuchillos que llevas a la espalda.

—No los tengo conmigo —mintió.

—¡Perra! ¡Sé que los tienes! Mantén las manos siempre delante y hacia abajo, nada de alzar los brazos para extraer tus malditos cuchillos. Ahora la pistola. ¡Deprisa!

Sin apartar la mirada del delincuente, La Diana se acuclilló hasta depositar la HP 35 en el suelo. Al levantarse, extrajo subrepticamente la porra telescópica que llevaba simulada en la caña del borceguí. La desplegó con un golpe seco para convertirla en el látigo que le arrebató a Sasha la pistola, la cual voló antes de caer sobre un montículo de heno, y luego hizo lo mismo con el teléfono de Blago, que aterrizó a varios metros.

—¡Maldita! —exclamó Blago, y desenfundó el arma.

La Diana saltó hacia atrás en una cabriola digna de un acróbata. Cayó con elegancia sobre sus pies y delante de Jakov para protegerlo.

—¡No dispires, Blago! O el *vojvoda* te comerá las pelotas.

—Lo haré si mi vida depende de ello —amenazó con la pistola hacia La Diana—. Cachéala.

—¿Yo? —se acobardó Sasha.

—La tengo en la mira. Si llegase a tocarte la bajaría de un balazo y luego a su amigo. ¡Hazlo! Pero antes dame tu celular para pedir refuerzos.

—Me quedé sin batería.

—¡Qué imbécil eres, Sasha!

—¡Igualmente no hay señal!

—¡Cachéala de una vez!

El hombre se aproximó con la cautela de quien se enfrenta a un leopardo. La Diana extendía los brazos y los echaba hacia atrás para proteger a Jakov. Movi6 la vista hacia el ingreso del granero y simul6 un gesto de asombro. Los delincuentes cayeron en la trampa y se giraron para ver de qu6 se trataba, segundos que ella aprovech6 para desenvainar los *kukris*. Con una velocidad incre6ible y los brazos extendidos en cruz, un cuchillo en cada mano, los cerr6 delante de ella. Los filos surcaron el aire con un zumbido letal antes de alcanzar a Sasha en la garganta y abrirle un surco tan profundo que casi le seccion6 la cabeza del tronco. El hombre cay6 de rodillas para desmoronarse sin vida un momento despu6s.

—¡Hija de puta! —exclam6 Blago, y la apunt6 con la pistola para dispararle.

—¡Baje el arma! —amenaz6 Ljuba desde el ingreso—. ¡He dicho que baje el arma o disparar6!

Blago, la mirada inyectada de rabia y miedo, dej6 caer la pistola. La Diana avanz6 hacia el traficante y se detuvo frente a 6l. Le sostuvo la mirada. Quería interrogarlo, pero sabía que no contaba con tiempo. El resto no debía de estar muy lejos.

—¿Por qu6 buscan a Svetlana?

—¡Púdrete, perra!

El hombre no alcanz6 a darse cuenta de que los filos de los *kukris* le habían dibujado un surco similar al de Sasha por el cual se le esfumaba la vida. Baj6 la vista, incr6dulo, y solt6 un grito al ver la sangre que le manchaba la chaqueta gris. En un acto instintivo, se cubri6 el cuello con las manos.

—¡Maldita perra! —exclam6, entre escupidas de sangre.

Cay6 muerto segundos despu6s.

—¡Deprisa! —inst6 La Diana a Jakov, que seguía estaqueado, los ojos como platos—. ¡Abre el port6n de par en par! —le orden6, mientras recuperaba su HP 35 y se hacía de la pistola caída sobre el almiar, una estupenda Heckler & Koch P7. Tambi6n se apoder6 de la de Blago, una Glock 17. Cache6 los cuerpos hasta dar con los cargadores de repuesto y se los quit6.

—¡Debes irte! —exclam6 el granjero—. Hay dos m6s en el autom6vil.

No había tiempo para empujar fuera la F100. Subi6 a la camioneta y prob6 la ignici6n. Una, dos veces; arranc6 a la tercera.

—¡Suban! —les orden6 a Ljuba y a Jakov—. ¡No los dejar6 aqu6! Los matar6n. ¡Vamos!

Treparon a la caja. La Diana hizo marcha atr6s y sali6 del granero. Dando tumbos y saltos, alcanzaron la zona del alambrado en pocos minutos. El BMW ya mostraba el morro en la lejanía.

La Diana salt6 fuera del veh6culo sin apagar el motor y ayud6 a Kova6 a separar el alambre de púas por el que se deslizaban los ni6os y las muchachas. Jakov y Ljuba los asistían para subir a la parte posterior. Por 6ltimo, Kova6 y Darko ocuparon la cabina de conducci6n. La Diana ya se había ubicado del lado del acompa6ante.

Kovać aferró el volante y pisó el acelerador a fondo. El vehículo salió despedido y sobrevivió a causa de la nieve. Escaparon a toda velocidad.

* * *

La Diana abrió la ventanilla corrediza que comunicaba el habitáculo con la caja de la F100 y se dirigió a Ljuba.

—Indíquenos por dónde nos conviene escapar.

Urgía salir de ese camino de tierra plagado de baches y hondonadas que la nieve no conseguía suavizar. Iban a los saltos, dando coletazos, y las muchachas se sacudían en la parte trasera. La Diana temía que se adelantase el parto de Senada o que le provocara una pérdida a Svetlana.

El BMW los seguía a unos ciento cincuenta metros y, por más que Kovać exigiese el motor al máximo, no tardaría en alcanzarlos. Además no transcurriría mucho antes de que el Škoda y el Mercedes-Benz se le uniesen.

Ljuba les dio unas indicaciones que los guiaron hasta una ruta, la cual, comprobó La Diana en el mapa, desembocaba en la carretera que los pondría de nuevo rumbo hacia el sur, hacia el parque Sutjeska en el límite con Montenegro.

El BMW no les perdía el rastro y ganaba metro tras metro con el paso de los segundos.

—¿Qué haces? —se preocupó Kovać cuando La Diana se deslizó por la ventanilla y aterrizó del otro lado, en la caja.

—Me ocuparé del BMW —dijo, y gateó sobre las colchonetas que cubrían la chapa sorteando piernas y manos—. ¡Todos abajo! ¡A nadie se le ocurra levantar la cabeza hasta que yo se los permita! Lazar, cuando te lo diga, ve disminuyendo la velocidad para que el BMW se acerque.

—¡OK!

Descorrió unos centímetros la ventana de acrílico trasera para abrir una brecha; el material se había enturbiado y rayado con los años. «¡Qué fácil sería con un fusil!», se lamentó. Habría dado en el blanco aun desde esa distancia. En cambio, la HP 35 los obligaba a un acto riesgoso: aproximarse al enemigo.

—¡Lazar! —lo llamó sobre el rumoroso motor de la F100—. ¡Lentamente, para que no se den cuenta de la maniobra, ve disminuyendo la velocidad! Lentamente. Lentamente —repetía para sí, mientras la distancia se acortaba.

Cuando los tuvo a poco más de cincuenta metros, disparó. La bala impactó en el parabrisas, del lado del conductor. El automóvil comenzó a oscilar antes de morder el borde de la ruta y hacer trompos.

—¡Acelera! ¡Los hemos perdido!

La Diana volvió a la parte delantera y durante media hora condujeron en silencio. Solo se oían los quejidos de Selin; ni siquiera los niños abrían la boca. Estaban

cansados, hambrientos, sedientos y desmoralizados. La cacería no tenía fin.

Darko, como lo más natural, acomodó la cabeza sobre las piernas de La Diana y se quedó dormido. Kovać le lanzaba vistazos furtivos en tanto ella, de modo inconsciente, le clavaba los dedos en la pierna. Con los ojos cerrados, inspiraba intentando someter las ganas de sacárselo de encima. Lo había sostenido en el bosque, ¿por qué se le presentaba como algo intolerable?

—¿Adónde se escondieron cuando abandonaron mi casa?

La Diana se sobresaltó cuando Ljuba, asomado a la ventanilla comunicante, les formuló la pregunta.

—Nos escondimos en el bosque —respondió Kovać.

—¿Del otro lado del alambre? —se asombró.

—Sí.

—Es un milagro que hayan regresado todos y enteros.

—A Diana se le ocurrió seguir a una piara de jabalíes.

—¿De veras, señorita? —La Diana forzó una sonrisa y asintió—. ¡Qué mujer tan extraordinaria es usted! Si la hubieses visto, padre Lazar, cómo liquidó a esos dos malnacidos en el granero.

—¿Cómo supieron que estábamos en tu granja? —se preguntó Kovać.

—Lo habrán deducido —infirió Ljuba—. Junto con la Dormición de la Virgen, es la única propiedad en varios kilómetros.

—¿Qué les hicieron a ustedes? Me quedé muy preocupado.

—Entraron a punta de pistola y los buscaron hasta debajo de las camas y dentro de los armarios. Después me obligaron a que los llevase al granero. Lo revisaron también de arriba abajo. Me cocinaron a preguntas. Me hicieron ir hasta el fin de mi propiedad, donde está el alambrado. Vieron sus huellas, pero yo les mentí diciéndoles que por allí pasaba mucha gente que vive del otro lado del Janjina —se refería al río que cruza la ciudad— y que usa mi terreno como atajo. Cuando vieron los carteles que alertaban de las minas se convencieron de que no habían huido por allí. Hasta para mí era un misterio dónde se habían esfumado, pues estaba seguro de que los habrían hallado en el granero.

—¿Qué clase de preguntas te hicieron, Ljuba?

—Querían que les indicase si existía un atajo para llegar a la iglesia de la Dormición. Les señalé hacia el oeste y les dije que por el bosque. Un grupo se fue a buscarlos para ese lado, pero el BMW se quedó de guardia fuera de mi granja, por si ustedes se aparecían. Cuando Jakov llegó con la camioneta de mi hermano lo detuvieron en la tranquera, lo obligaron a bajarse y la revisaron. Lo dejaron pasar. Y así estuvo todo hasta que se presentó la señorita Diana.

—¿Pudiste comunicarte con la Dormición?

—Un rato antes de que llegase la señorita me llamó el padre Petar. Estaban bien los tres, me dijo.

—Gracias a Dios —suspiró Kovać.

—Y me preguntó por ustedes. Se quedó muy mal cuando no pude darle información.

—Lo siento, Ljuba —dijo Kovać—. Siento mucho haberte metido en este lío.

—¡Qué dices, padre Lazar!

—Y apenas acabemos con este embrollo te devolveré la camioneta de tu hermano.

—Usted sabe que le debo mucho más que una camioneta.

Kovać no hizo comentarios y siguió conduciendo en un abstraído silencio. La Diana lo observaba y, en tanto le estudiaba los rasgos, su energía la iba impregnando y calmando.

—¿Qué deuda tiene contigo Ljuba? —quiso saber apenas el hombre volvió a ocupar su sitio en la caja del vehículo.

—Rescaté a su hijo de un giro de droga en Sarajevo. Lo tuve conmigo en el convento hasta que superó la abstinencia y después lo puse a trabajar en el gimnasio mientras lo obligaba a asistir a un grupo de terapia para el tratamiento de adicciones. Cuando supe que estaba listo, le pregunté si quería volver a la granja de su padre. Me dijo que sí y lo acompañé hasta aquí.

La Diana le acarició la mejilla, movida por la admiración que ese hombre no cesaba de inspirarle.

—Eres su salvador.

—No —dijo, sin visos de falsa humildad—. Jakov *quería* salvarse. Él mérito es de él. Uno puede ayudar a las víctimas de adicciones, pero la intervención es limitada. Sin la voluntad del sujeto, poco se logra.

—Pero sin tu ayuda —se empecinó La Diana— no habría encontrado esa voluntad para salvarse. Sé de lo que hablo.

Kovać le lanzó un vistazo fugaz y le sonrió antes de regresar la vista al frente. Fruncía el entrecejo y apretaba los músculos de las mandíbulas, que se le movían y remarcaban bajo la piel con barba. Le resultaba tan atractivo en esa postura que se quedó mirándolo, olvidada de que Darko descansaba sobre sus piernas.

—Te voy a pedir, padre Lazar —dijo Ljuba, y volvió a sobresaltarla—, que nos dejes en el próximo pueblo, en Vitkovići. Nos esconderemos por unos días en casa de mi cuñado, el hermano de mi difunta esposa.

—¿No prefieren venir con nosotros?

—Ahí estaremos bien —afirmó el hombre, y Kovać asintió.

Sonó el celular de La Diana, que se apresuró a responder. Era Callum Duncan. La comunicación era de pésima calidad, peor aún que en la iglesia de la Dormición de la Virgen, donde le había costado oírlo. No comprendía nada pues las palabras se entrecortaban. Un momento después, la línea enmudeció. La Diana lo llamó. Su tío abuelo atendió de inmediato, aunque con el mismo resultado.

—Aquí no tenemos celulares porque no hay cobertura —le advirtió el granjero—. Demasiadas montañas para las antenas tan bajas que instalaron.

La noticia la preocupó. Como no querían entrar en Vitkovići, se detuvieron en la primera estación de servicio que avistaron en la ruta, en las afueras de la ciudad. Ljuba y Jakov entraron en el parador para usar el teléfono público y compraron botellas de agua mineral y comida. Luego de que La Diana ubicase un baño, las muchachas siguieron la misma rutina empleada en Foča y fueron de dos en dos. Kovać y Darko regresaron después de haberse higienizado y hecho sus necesidades, y La Diana notó que, aunque el niño le hablaba animadamente, el hombre le contestaba con monosílabos.

—¿Cómo haremos sin celular? —se preguntó Kovać—. ¿Cómo haremos para acordar el punto exacto donde tu amigo irá a buscarnos con el helicóptero?

—Como te comenté, tengo escondida una radio en un refugio de montaña en el bosque del Sutjeska. Hablaré con Zlatan directamente desde allí. Es un inconveniente, lo sé, pero no tenemos otra opción. No me atrevo a entrar en ese restaurante y pedir el teléfono para hablar con Callum. Sería muy riesgoso, además de inútil en este momento, con la prohibición para despegar y aterrizar en el aeropuerto de Camp Bondsteel.

—Lo sé. Nos arreglaremos con la radio, entonces. ¿Recuerdas dónde está el refugio?

—Tengo las coordenadas en mi GPS. Lo encontraremos. No quiero que te preocupes por eso —dijo.

—Amor —susurró él, y se inclinó para besarla—. ¿Qué sucedió en el granero? —la interrogó con la frente apoyada en la de ella—. No quise preguntar cuando Ljuba habló de que liquidaste a dos tipos, pero se me heló la sangre. ¿Cómo explicarte lo que viví durante el tiempo que estuviste lejos de mí? La idea de que algo te sucediese y no regresases a mí...

—Shhh —lo serenó La Diana con los ojos cerrados y las manos sobre su cara fría y áspera a causa de la barba incipiente—. Nada ni nadie me habría impedido llegar a ti. A ti y a Dare. Saldremos de esta, Lazar. Te lo prometo.

—Y seremos felices los tres.

—Sí, Lazar.

Ljuba los interrumpió al golpetear la ventanilla.

—Padre, acaba de llegar mi cuñado. Aquí nos despedimos.

Hubo abrazos y promesas de reencuentros. La Diana volvió a aceptar la mano del granjero y también la del hijo, un sacrificio que sobrellevó con gusto; después de todo, estaban vivos gracias a esos dos.

* * *

Había caído la noche, y la temperatura descendía de modo alarmante. Se había levantado un viento fuerte y gélido, heraldo de la tormenta de nieve pronosticada para

toda la región. Aún se encontraban en la estación de servicio a las afueras de Vitkovići. Habían cargado combustible y, mientras comían los *ćevapi* que Ljuba les había comprado, debatían qué plan seguir.

—Creo que deberíamos dormir aunque sea unas horas —sugirió Goga—. Selin está muy mal. Y Senada ha comenzado con fuertes puntadas en la base de la espalda. Además, tú, Laza, no puedes seguir conduciendo sin descansar.

—Registrarnos en un motel sería muy riesgoso —opinó La Diana.

—Podríamos dormir aquí, en la camioneta —propuso Kovać—. La calefacción funcionará con el motor encendido.

—El motor se congelará —advirtió Goga—. Si lo dejas regulando, se congelará —repitió.

—Lazar dormirá —declaró La Diana—, y yo, cada tanto, lo aceleraré para aumentarle la temperatura y evitar el congelamiento.

Estacionaron la camioneta bajo un cobertizo; era mejor que dejarla al raso, y contaba con la ventaja de que se trataba de un sitio oscuro y apartado del resto de las instalaciones. La Diana se ubicó en el sitio del conductor con el pie sobre el acelerador. Darko encontró divertido dormir en la parte trasera con Zaína y Oana. Las muchachas se recostaron como pudieron, encimadas para darse calor, y Goga las cubrió con las mantas isotérmicas. Kovać se extendió en el asiento delantero y flexionó las rodillas, pues era demasiado largo. Apoyó la cabeza sobre las piernas de La Diana, con la cara hacia su vientre. Le acarició el rostro, y le dibujó el contorno del pabellón de la oreja y el perfil de la nariz, y le rozó apenas la barba que le crecía en el costado del cuello, y mientras lo hacía le cantaba *Vjerna Ljuba*. Kovać se durmió enseguida.

Goga, del lado de la caja y sentada junto a la ventanilla comunicante, se ocupaba de calmar a una Selin cada vez más dolorida, sudada y quejumbrosa; la obligaba a beber agua con electrolitos y la acariciaba para darle confort. La Diana aceleraba cada quince minutos; era consciente de que si se dormía y el motor se apagaba los encontrarían a todos muertos por congelamiento. A veces ni los lamentos de Selin servían para despabilarla; los párpados le pesaban y un sopor incontrolable la dominaba. Entonces apoyaba las manos sobre el vidrio helado de la ventanilla y se las pasaba por el rostro. Le resultaron las horas más largas de su vida.

Despertó a Kovać pasadas las seis de la mañana; le había permitido dormir un poco más de lo previsto. Afuera había comenzado a nevar y el cielo era una cúpula negra. Fueron todos al baño siguiendo la rutina, y cuando Kovać regresó se dirigió al parador para comprar el desayuno. Consiguió unos bollos y pan tibio y dos termos, uno con café y otro con leche azucarada para los niños. Repartió vasos de papel y las bebidas calientes. A Selin la ayudaron a incorporarse entre Goga y Shivani y la alimentaron en la boca con mucha dificultad; respiraba agitadamente, se mostraba irritable e impaciente y se quejaba de dolores musculares en los brazos y en las piernas; le costaba erguir la cabeza y abrir los ojos.

—No me animo a seguir adelante sin que un médico vea a Selin —manifestó Kovać.

—¿Cuánto puede durar el período de abstinencia?

—Unos cuantos días. No me preocuparía si no fuese porque es VIH positivo. Los riesgos de que sufra un daño permanente o una falla cardíaca son mayores.

—Busquemos un hospital —propuso La Diana.

Kovać bebió el último sorbo de café y puso en marcha la F100. El indicador de combustible les advirtió que estaban con el tanque casi vacío, lo cual era lógico dado el consumo a lo largo de la noche para mantener calefaccionado el habitáculo. Arrancó y se dirigió al sector de los surtidores. En tanto el empleado cargaba el tanque, Kovać lo interrogaba acerca del hospital o la clínica más cercanos. La Diana estudiaba el mapa y respondía a las preguntas de Darko sentado a su lado.

—¿Qué es eso que está allá? —quiso saber el niño, y cuando alzó la cabeza para ver de qué se trataba se le cortó el respiro: un Škoda Octavia blanco con los vidrios polarizados salía de la ruta e ingresaba lentamente en la estación de servicio. Poco después confirmó la sospecha: la matrícula era la que temía. No los habían visto, no aún. Se dirigían hacia el estacionamiento junto al parador.

—¡Todas abajo! *Get down!* —dijo en inglés para las que no comprendían el serbocroata, mientras ponía a Darko en el piso de la camioneta, entre sus piernas.

Kovać, ajeno al peligro que los acechaba, continuaba hablando con el empleado, que extendía el brazo para indicarle la dirección. ¿Lo reconocerían sin barba y con el cabello corto? ¿Reconocerían la F100 como la del hijo del granjero? Estaban tan expuestos bajo los potentes focos que iluminaban la estación de servicio. La situación resultaba desesperante.

—¡Lazar! —lo llamó en un susurro fervoroso—. ¡Lazar! —Kovać asomó la cara por la ventanilla y La Diana le señaló el automóvil.

—*Jebati!* —insultó—. Tengo que irme —informó al empleado.

—Pero el tanque no está lleno. Recién va por la mitad.

—No importa, no importa —dijo, mientras sacaba varios billetes y se los entregaba—. Quédate con el cambio.

Era tarde. Debeli, que acababa de descender por la puerta del acompañante, los observaba con intensidad. La Diana lo vio exclamar y subir de prisa al automóvil. Kovać puso primera, y la F100 se propulsó hacia delante después de que los neumáticos chirriaron en el pavimento.

—¿Ves el Mercedes? —preguntó, con la mirada fija en el espejo retrovisor.

—No —dijo La Diana—. Deben de haberse separado para buscarnos.

Darko lloraba a los pies de La Diana. Lo tomó en brazos y lo ubicó junto a ella para colocarle el cinturón de seguridad. Ya ni reparaba en que lo tocaba mientras definía los pasos a seguir. Probó el celular. Seguía sin señal. Podía imaginar la desesperación de Callum Duncan. Lamentó no haber usado el teléfono público del parador para llamar a su tío abuelo aunque fuese para tranquilizarlo.

El único plan válido, se dijo, era alcanzar el refugio en la montaña y llamar a Zlatan Tarkovich por radio. Controló las pistolas, la HP 35 y las dos que les había robado a los traficantes. A punto de deslizarse por la ventanilla comunicante, Darko la detuvo.

—No te vayas, Diana —le suplicó—. Tengo miedo.

—No me iré, *moje blago* —dijo, y le besó la frente—. Siempre estaré contigo, solo que ahora debo ir un rato a la parte trasera. Tú quédate con Lazar.

En la caja de la F100 los quejidos de Selin se confundían con los lamentos de Senada.

—Han comenzado las contracciones —le informó Goga.

—¡Qué!

—No podemos tener peor suerte —reconoció la mujer.

Las muchachas se habían arrinconado en un sector para protegerse de los puntapiés que lanzaba Selin; eran comunes durante la abstinencia los espasmos musculares. Les ordenó que mantuviesen las cabezas bajas. Deslizó apenas la ventanilla trasera para estudiar la situación. El viento arreciaba, y la nieve se batía con violencia. De un lado tenían el bosque y del otro el abismo. A duras penas avistaba el Škoda unos metros detrás. Disparó cinco veces.

—¡Sí! —exclamó al ver que el automóvil se salía de la ruta y se incrustaba en el guardarraíl—. Anna, Julie —las convocó—, quiero que se queden junto a la ventanilla mirando por este resquicio. Si llegan a advertir que un vehículo está detrás de nosotros, me avisan de inmediato. ¿Comprendido?

—Sí, Diana —contestaron al unísono.

Regresó a la parte delantera y admiró más que nunca a Kovać, que mantenía el control sobre la vieja camioneta en medio de una tormenta que habría acobardado al conductor más experto.

—Puedes bajar la velocidad. Chocaron contra el guardarraíl.

—¿Desbarrancaron?

—No, creo que no, pero no puedo asegurarlo. La visión es casi nula. Además del viento y de la nieve, la camioneta atomiza el agua de la ruta y forma una estela densa.

Kovać condujo en silencio, atento al endiablado camino que serpenteaba en su ascenso por la montaña. El viento rugía y golpeaba la F100, que se sacudía y resonaba. La Diana también mantenía la vista al frente para advertir cualquier peligro. La manita de Darko se cerraba sobre la de ella y, en medio del dramatismo, la sensación de haber franqueado una nueva barrera en su lucha con la fobia la hacía feliz.

Habían dejado atrás la ciudad de Foča hacía una hora. La ruta estaba desolada, lo cual evidenciaba que nadie se aventuraba en esas condiciones climáticas. El paraje presentaba un aspecto sombrío. El viento agitaba los copos de nieve y formaba remolinos blancos que dificultaban la visión, por lo que iban casi a paso de hombre.

—¿Cuál es el próximo pueblo? —preguntó Kovać, y La Diana se dijo que nunca lo había visto tan nervioso.

—Tjentište. Con tiempo normal ya hubiésemos llegado. Está a solo treinta kilómetros de Foča. Con la velocidad que llevamos, creo que tenemos para una hora más.

—Tjentište —repitió Kovać—. Eso significa que estamos por llegar al parque nacional Sutjeska.

—Sí —afirmó La Diana.

—No nos queda otra que entrar en la ciudad. Necesitamos un hospital con urgencia. Selin y Senada no resistirán mucho más.

La camioneta corcoveó y se sacudió hacia atrás y hacia delante, varias veces.

—*Jebati!* —exclamó Kovać—. Creí que a esta velocidad y faltando tan poco lo lograríamos.

—Nos quedamos sin gasolina, ¿verdad?

—Sí. No terminé de cargar el tanque en Vitkovići. Y el consumo de esta camioneta vieja es infernal.

—¿Qué sucede? —Goga se asomó por la ventanilla mientras Kovać empleaba los últimos arrestos del vehículo para cruzarlo a la banquina de enfrente y apostararlo a la orilla del bosque—. ¿Nos quedamos sin gasolina? —preguntó, incrédula, y cuando La Diana asintió se echó a llorar—. ¡Moriremos! ¡Moriremos congelados!

—¡Goga! —la amonestó La Diana—. Lo que menos necesitamos es un ataque de nervios. Debemos mantener la calma.

—¿Cómo puedes pedirme eso cuando sé que no sobreviviremos?

—Escúchame bien. He pasado el último invierno entrenándome con el ejército noruego cerca del círculo polar ártico. Sé bien cómo sobrevivir en un clima helado, pero necesito que mantengas la calma. Ahora vuelve con las muchachas y ocúpate de que se abriguen lo más que puedan. Toma —dijo, y a medida que sacaba del macuto las ropas que se había comprado para coquetearle a Kovać, las arrojaba por la ventanilla comunicante—, repártelas y que se las pongan bajo los abrigos. Las que no tienen gorras, que se envuelvan la cabeza con una camisa o una camiseta o con lo que sea, incluso con una bolsa.

—Gracias —masculló Kovać—. No tenía fuerza para lidiar con ella.

—Vamos, Lazar —lo instó La Diana—. Abrígate y ocúpate de abrigar a Dare. Yo encenderé el GPS para determinar dónde está el refugio de montaña. Allí pasaremos la tormenta.

—¿Vamos a morir, papá? —preguntó Darko mientras Kovać le ajustaba la bufanda.

—No, cariño. Viviremos una aventura que nunca olvidarás y que podrás contarles a tus amigos cuando regresemos a Sarajevo, y todos te admirarán por lo valiente que eres.

—Estamos a seis kilómetros del refugio —anunció La Diana—, hacia el sur. Lo lograremos —dijo.

Por mucho que hubiese fanfarroneado con Goga, sabía que tenían todo en contra. Una caminata de seis kilómetros en medio de una tormenta gélida y con menos de diez grados bajo cero sin el equipamiento adecuado se habría juzgado una acción temeraria e insensata; con dos jóvenes prácticamente incapacitadas para trasladarse era un suicidio, y eso sin tener en consideración que había tres niños.

Una vez que la caja de la pick-up quedó vacía, eligió dos de las colchonetas que cubrían el piso de metal. Las traspasó con el Ka-Bar en dos puntos en uno de los extremos. Tomó la cuerda que había enrollado en el doble fondo del macuto y cortó cuatro pedazos que enhebró en cada uno de los cortes realizados en las colchonetas y los ató. Sin necesidad de explicaciones, Kovać había comprendido su intención y la ayudaba. Recostaron a Senada en una de las improvisadas camillas y en la otra, a Selin. Las cubrieron con las mantas isotérmicas, la cara plateada en contacto con el cuerpo. Luego las ataron como si de un embutido se tratase, cuidando de no ajustar demasiado para evitar que se les cortara la circulación. La Diana se quitó la *ushanka* de Markov y le pidió a Goga que se la enfundase a Senada. A Selin le habían atado varias prendas de lana a modo de turbante.

—¿Y tú? —se preocupó Kovać al verla con la cabeza al descubierto, y enseguida se sacó la gorra que ella le había regalado e intentó dársela.

—No te preocupes, me cubriré con la capucha de la campera. Tú encabezarás la fila e irás con el peso extra de Dare. Tienes que estar cubierto, y esa gorra es lo mejor para un frío como este. Arrastraré a Selin —prosiguió para no darle tiempo a replicar — y tú, a Senada. Con el resto de la cuerda, nos ataremos entre todos para evitar perder a alguno.

—¿Qué haremos con los niños?

—Tendrán que cargarlos. Los ataré.

—¿Te alcanzará la cuerda? —se preocupó Kovać.

—Temo que no. Había pensado cortar los cinturones de seguridad de la camioneta.

Para la pequeña Oana diseñó un artilugio que había visto en el Congo. Allí las mujeres cargaban a sus niños pequeños dentro de mantas, como si se tratase de un bulto. Con el cuchillo, le quitó el forro a una de las colchonetas que quedaban y, colocando encima a Oana, replicó el método congoleño. Cortó la tercera manta isotérmica en tres partes y le ordenó en inglés a la madre de la niña que la envolviese con uno de los pedazos.

—Pon el lado plateado contra su cuerpo —le indicó.

Cumplida la orden, La Diana anudó el forro y lo cargó a la espalda de Shivani — Brikena aseguró que sería incapaz de transportarla—. Para evitar que la atadura la acogotase, le calzó la tela en los hombros. Oana quedó envuelta por completo pero con espacio para respirar.

—Cada tanto, controla que la niña esté bien —indicó La Diana, y la muchacha india asintió.

No tenían tiempo. De seguro los traficantes del Škoda habían dado aviso por radio a sus cómplices y de un momento a otro pasarían por allí.

—Amor —vociferó Kovać, pues el viento embravecido los ensordecía—, mira lo que hallé en la camioneta. Una cuerda de cañamazo. Tiene varios metros.

—¡Perfecto! —se animó La Diana—. Ayúdame, Lazar.

—Primero tenemos que ocuparnos de la camioneta —expresó Kovać—. Hay que desbarrancarla. Dejarla aquí nos delatará.

—Estoy de acuerdo —contestó La Diana.

Kovać le quitó el freno de mano y puso el cambio de marchas en punto muerto. Tenían que cruzar la ruta. Empujaron el vehículo; Kovać lo hacía desde la parte delantera, con la mitad del torso dentro del habitáculo para guiar el volante; La Diana, Goga y algunas de las muchachas lo empujaban por detrás. Minutos después, lo observaban dar trompos y desaparecer en la oscuridad del precipicio. No precisaron borrar las huellas de los neumáticos; el viento y la nieve se encargarían.

—¡Vamos! —las urgió La Diana—. ¡No hay tiempo que perder!

Tenían que adentrarse en el bosque cuanto antes. Confió en que no estuviese minado pues, aunque la visión era parcial, no se vislumbraban carteles que advirtiesen del peligro. Se dispuso a atar la fila de gente con el resto de su cuerda y la de cañamazo que Kovać había encontrado. Cortaron en tantos trozos de un metro como adultos había en el grupo. La Diana ató cada uno de los pedazos a la soga principal con un nudo Prusik, o nudo de fricción, que permitiría el deslizamiento. Les costaba trabajar; tenían los dedos entumecidos. Se los restregaban y les echaban el aliento y proseguían.

—Ahora —indicó a Kovać—, ataremos los extremos a la cintura de cada una de las muchachas con un nudo pescador. El nudo pescador se hace de esta manera. —Se lo enseñó, y él lo aprendió enseguida.

En quince minutos, todos estaban unidos al mismo hilo conductor. La Diana ató a Darko a la espalda de Kovać y lo envolvió con uno de los pedazos de la manta isotérmica, calzando los bordes entre su cuerpito y el de Kovać. Hizo otro tanto con Zaína: la ató a su madre y la cubrió con la última pieza de la manta. Habían perdido un tiempo precioso preparando la caravana; sin embargo, no lo lamentaba, en especial al comprobar que las condiciones empeoraban y que la oscuridad se cernía sobre ellos. Kovać se colocó las cuerdas atadas a la camilla de Senada a modo de las tiras de una mochila y emprendió el avance. La Diana cerraba la hilera con la colchoneta que cargaba a Selin por detrás.

El viento se había convertido en un vendaval, con ráfagas que los empujaban, dificultándoles la marcha y reduciendo la visibilidad. El aire helado les castigaba la parte expuesta del rostro como filos que les infligían cortes. Se les entumecían los labios y no sentían las narices. Poco trecho bastó para que algunas trastabillasen y

cayesen, fuese por la acción del viento o por debilidad. Las otras las ayudaban a ponerse de pie. Los remolinos de nieve que se alzaban en torno a ellos los envolvían como mantas heladas. El paisaje se volvía penumbroso a medida que el sol se escondía tras las nubes oscuras. Pronto necesitarían linternas que les otorgarían una luminosidad limitada, lo cual, en un paraje de montaña tan escabroso como ese, constituía un riesgo adicional.

Podía sentir en sus músculos el esfuerzo de Kovać, que arrastraba a Senada, cargaba a Darko en la espalda y les abría el camino en medio de la tormenta. Pensaba en Shivani, tan menuda y con la pequeña Oana auestas; y en Goga, con Zaína, y se desalentaba pensando que nunca lo lograrían. Tras media hora, habían avanzado pocos metros. ¿Cómo cubrirían una distancia de seis kilómetros? Morirían de hipotermia a menos que hallasen dónde guarecerse. Si ella, con su traje de neopreno, campera especialmente diseñada para fríos extremos y borceguíes, iba agarrotada, ¿qué podía esperarse de las muchachas, los niños y de Kovać con abrigos inadecuados? A esa altura, habrían perdido la sensibilidad en las manos y en los pies, y la congelación de los dedos se presentaba como una posibilidad tangible.

Un tirón brusco la impulsó hacia la derecha, y si sus reflejos no hubiesen respondido impulsándola a aferrarse al tronco de un árbol, la habría arrastrado hacia lo desconocido. Enseguida supo que alguien había caído en un barrancón o tal vez en un precipicio. Intentó individualizar la figura de Kovać. Lo cierto era que solo le importaba él, comprobar que estuviese a salvo, y su mezquindad la avergonzó.

Impulsada por la adrenalina, actuó con rapidez y sin reparar en los dolores físicos ni en el entumecimiento. Se quitó las cuerdas de la colchoneta y deshizo el nudo pescador que la unía a la soga madre, la cual ató al árbol para mantenerla tensa. Corrió hacia donde debía de hallarse Kovać. La desesperaba no individualizarlo tras los remolinos de nieve. Las piernas y las manos le temblaban a causa del esfuerzo, y trastabillaba. Apenas lo avistó aferrado a la rama baja de un pino negro sintió un alivio que le renovó la fuerza.

—¡Anna y Shivani están colgando! —exclamó Kovać—. ¡Tenemos que subirlas! Es un precipicio.

«¡Shivani con la pequeña Oana en la espalda!», se horrorizó La Diana. Las otras jóvenes se mantenían en pie gracias a que se habían sujetado a arbustos y a árboles, pero no aguantarían demasiado. Anna y Shivani, en su desesperación, se sacudían y tiraban de la cuerda, haciendo peligrar la estabilidad de las demás. Se arrepintió de sus decisiones y se reprochó no haber regresado a Sarajevo una vez descubierta la traición de Nuur; habría sido fácil hallar un escondite en la ciudad en lugar de exponerse a esa loca carrera.

—¡No puedo jalarlas sin un punto de apoyo! —vociferó Kovać.

La Diana lo liberó de las cuerdas que sujetaban la colchoneta con Senada y después le quitó de la espalda a Darko, a quien ató al árbol con la cuerda que

previamente lo había unido a Kovać. El niño lloraba desconsoladamente, pero no tenía tiempo para calmarlo.

—Yo me colocaré tras este tronco y sostendré la cuerda mientras las subes.

—¡No soportarás mi peso y el de ellas!

—Lo haré.

—Atemos la cuerda al tronco del árbol —propuso él.

—Es muy grueso y la cuerda está demasiado tensa para maniobrarla. Además no tenemos tiempo. No te dejaré caer —prometió La Diana.

—No es eso lo que me preocupa, sino que te hagas daño.

—Saldremos de esta incólumes —dijo sin asidero, pues le había calado hondo en los entrenamientos para L'Agence que la moral de un soldado de élite nunca desfallecía.

Se sostuvieron la mirada unas milésimas de segundo antes de actuar. La Diana sujetó la cuerda y se envolvió la parte baja de la espalda con ella. Colocó un pie en la base del pino, el otro lo elevó un metro y lo apoyó sobre el tronco. Kovać, gracias al nudo Prusik, se deslizó a lo largo de la soga hasta aproximarse al borde del barranco.

—¡Ahora! —gritó La Diana, y percibió el tirón causado por el peso de Kovać cuando se dejó ir.

Le siguieron los sacudones como latigazos que producía cada uno de los jalones mientras tiraba de la cuerda para subir a las dos muchachas y a la niña. La Diana admiró su fuerza; se trataba de una tarea titánica, y ella, por muy bien preparada físicamente que estuviese, jamás habría podido rescatarlas.

Primero apareció la cabeza de Shivani y su rostro distorsionado por el llanto y la angustia. Julie, aferrada con una mano a un arbusto, le ofreció la otra, y la muchacha india se la tomó con desesperación. La Diana se vio obligada a aumentar la fuerza cuando Kovać se inclinó para ayudarla a emerger, demasiado cerca del borde. La tomó por el brazo, debajo de la axila, y Shivani soltó un alarido que se escuchó aun entre los bramidos de la tormenta; debía de estar lastimada, quebrada tal vez, dedujo. Kovać la sujetó por el otro brazo, el que Julie sostenía sin mayor utilidad, y la arrastró lejos de la orilla. La muchacha acabó boca abajo en la nieve, con Oana sobre ella. Incluso hasta La Diana llegaba el llanto de la pequeña, lo cual le arrancó un sollozo de felicidad; estaba viva. Brikena se arrastró hasta su hija y apartó la tela para calmarla. Después siguió el ascenso de Anna, que acabó agotada junto a Shivani.

—¡Aléjense del borde! —ordenó Kovać, y las compelió a moverse lejos del precipicio.

Corrió hacia La Diana y cayó de rodillas frente a ella, devastado física y emocionalmente. Se cerró sobre él y lo apretó como si de eso dependiese su vida. Los dos temblaban a causa del esfuerzo sobrehumano al que acababan de someterse. Los músculos de las piernas y de los brazos se les sacudían con espasmos incontrolables.

—¡Creí que habías caído tú! —le confesó Kovać, y cuando alzó la vista, a La Diana la sobrecogió la crudeza con que la miraba—. ¡Creí que te había perdido!

—No me perderás —le susurró al oído.

—¡Papá! —El alarido desgarrador de Darko los obligó a ponerse en movimiento.

Kovać lo desató del pino negro que los había preservado de la caída, y el niño se abrazó al que ya consideraba su padre y lloró con el rostro escondido en su cuello. La Diana se dedicó a estudiar los daños. Anna aseguraba estar bien. A Shivani se le había dislocado el hombro izquierdo.

—Sé cómo colocártelo de nuevo, pero no quiero hacerlo aquí. Primero tenemos que llegar al refugio. ¿Crees que puedas aguantar?

—Sí, aguantaré —prometió Shivani con los dientes apretados, y La Diana, que imaginaba el padecimiento que sufría, la admiró como a pocas personas.

Descubrieron que a Senada se le había roto la fuente y que las contracciones se sucedían con frecuencia. La Diana regresó al árbol que había impedido que la devorase el vacío y se encontró con que Selin estaba inconsciente. En pocos minutos, si no conseguía hacerla entrar en calor, la hipotermia se la llevaría.

Vencida, alzó los ojos al cielo proceloso, oscuro y amenazador, y dijo: «Ayúdanos».

—Diana.

Volvió la cabeza hacia atrás, hacia el sitio desde donde provenía la voz de Markov con una claridad inverosímil, como si en lugar de hallarse ensordecida por los rugidos del viento se encontrase en un paraje silencioso y apacible. Lo buscó con ojos desesperados y no avistó su silueta sino la de un refugio de montaña a pocos metros. Se echó a llorar con la frente apoyada en el tronco. Aunque se instaba a calmarse, le resultaba imposible. Sintió el peso de unas manos en los hombros, y no se inquietó; las reconoció enseguida, eran las de Kovać. Él le habló al oído con pasión.

—No llores, amor. Aquí estoy. Saldremos de esta, Diana. No quiero morir ahora que te he encontrado, ahora que sé lo que es ser feliz. Quiero ser feliz a tu lado. No desfallezcas, te lo suplico.

Se giró y, al sonreírle, se le abrieron pequeñas grietas en los labios resecos.

—Mira, Lazar. —Alzó la mano temblorosa y le costó estirar el índice para señalarle el refugio.

—¡Gracias, Dios mío! —exclamó el exsacerdote—. Estamos salvados.

La Diana, en cambio, pensó:

«Gracias, Sergei. Gracias, amor mío».

CAPÍTULO XX

Lo que niegas te somete. Lo que aceptas te transforma.

Carl Gustav Jung, psiquiatra y psicólogo suizo
(1875-1961)

Animados por la aparición del refugio treparon el barranco, que si bien era poco empinado en esas circunstancias semejaba la escalada de una montaña. Una vez frente a la construcción de madera, La Diana les ordenó que aguardasen; les permitiría entrar luego de constatar que no hubiese una trampa. Como los bosníacos huían a los bosques durante la guerra, los serbios convertían los refugios en trampas mortales al conectar el picaporte con el seguro de una granada, la cual se accionaba con el simple hecho de abrir la puerta. Muchos ocultaban todavía el fatídico secreto. Para descartar esa posibilidad, iluminó el interior con la linterna desde la única ventana, cuyos vidrios sucios le dificultaron la inspección. Optó por entornar apenas el ingreso y tantear con su cachiporra telescópica. Por fin se convenció de la inocuidad del lugar.

Entraron trastabillando y soltando lamentos y exclamaciones de alivio. Cerraron la puerta medio destartada y ataron los dos cordeles que la aseguraban. El viento la agitaba sin misericordia, y la placa de madera traqueteaba y aumentaba el bullicio. Urgía encender un fuego. Temblaban de frío, a excepción de Selin, aún inconsciente.

—Ayúdenme a sacar a Selin y a Senada de las colchonetas —escuchó decir a Kovać—. Están empapadas.

Hallaron unas mantas raídas y sucias y las extendieron sobre los tablones del suelo. Con la asistencia de las muchachas en mejores condiciones —Julie, Anna, Nuur, Sanit y Svetlana—, las recostaron sobre el improvisado lecho. La Diana le pidió a Kovać que colocase a Selin en la llamada posición de recuperación, de costado, con la cara ligeramente hacia abajo para que, en caso de vómito, no se ahogase.

Se ocuparía de calentar el ambiente helado. Halló un sol de noche y lo encendió. La luz tenue que inundó el recinto le reveló un hornillo de vagabundo, esos que se construyen con una lata de aceite de cinco litros a la cual se le realizan orificios en la parte superior y se le abre una portezuela en la base. Para iniciar el fuego, se ayudó con las pastillas de encendido que transportaba en el macuto, las cuales, gracias a la mezcla compacta de viruta, resina y parafina, ardían rápidamente. Las colocó dentro

del hornillo y las encendió con los fósforos que salvaguardaba de la humedad y del agua aislándolos dentro de un profiláctico anudado. También echó varios tampones cuyo interior de algodón mantuvo el fuego avivado mientras buscaba leña. La encontró apilada en un rincón; no era mucha y serviría para alimentar las llamas durante pocas horas.

Kovać halló otro hornillo en el cual inició una fogata con dos pastillas de encendido. Lo ubicó entre Selin y Senada. Se congregaron en torno a las fuentes de calor. En silencio, agotados, extendían las manos temblorosas y las restregaban.

En el exterior, el viento se abatía, implacable, sobre la cabaña. Dentro, se oían los castañeteos de dientes y los quejidos de Senada, cuyas contracciones se repetían cada diez minutos. Darko se acurrucaba en el regazo de Kovać y contemplaba con la mirada perdida las llamas que lamían el exterior de los tachos. Oana dormitaba en brazos de Brikena, en tanto Zaína lloriqueaba sobre el seno de su madre. La Diana se sintió orgullosa de Darko, de la compostura que demostraba, y un sentimiento profundo le anidó en el pecho.

Se ocupó de Shivani, quien no se había quejado una vez por el hombro dislocado. Svetlana, callada y con ojos huidizos, la ayudó a descubrir el brazo izquierdo. Kovać se aproximó, solícito.

—¿Qué puedo hacer?

—Recuéstala sobre una de las colchonetas.

—Están empapadas a causa de la nieve —adujo Kovać.

—Cúbrela con los pedazos de mantas isotérmicas que usamos con los niños. — Una vez que la muchacha yacía en el suelo, le indicó—: Prepárale algo duro para que muerda. El dolor será intenso. Y sostenla para que no se sacuda y me dificulte los movimientos.

La Diana se tomó unos minutos para analizar la lesión. El hombro lucía caído, más bajo que el derecho, y se había formado la típica depresión en el músculo deltoides. Con lentitud, alejó el brazo izquierdo del torso, formando un ángulo de noventa grados. Luego, jaló de la muñeca con suavidad aunque con una firme insistencia de modo que la cabeza del húmero pasase bajo el omóplato y regresase a su sitio. Shivani mordía el pedazo de madera que Kovać le había puesto entre los dientes y gemía. Las lágrimas le resbalaban por las sienas.

—Listo —anunció La Diana—. Ahora te inyectaré morfina para el dolor y para que descanses. Has sido la más valiente de todos nosotros, Shivani.

La muchacha movió apenas la cabeza para observarla con ojos anegados. Le sonrió, y los labios le temblaron en una mueca cargada de angustia.

—Gracias —balbuceó—. Gracias por luchar por nosotras y por salvarnos de nuestros torturadores.

La Diana, muy afectada, se limitó a asentir. Se hizo de la caja con las monodosis de morfina o *syrettes* y le inyectó una en la parte baja del vientre.

—Enseguida te sentirás mejor y adormilada —la previno.

—Gracias, Diana.

Se alejó para componerse. Necesitaba ocuparse de Selin y de Senada, pero precisaba de unos segundos para restablecer el equilibrio. Los brazos de Kovać la rodearon por detrás, y se permitió descansar la cabeza en su hombro y cerrar los ojos, que le ardieron bajo los párpados. Después de la noche en vela para mantener el motor encendido, el cansancio comenzaba a erosionarle la determinación.

—Estoy tan orgulloso de ti —lo oyó decir—. No tuviste problema en tocarla.

—Hay situaciones —explicó—, una urgencia, por ejemplo, o cuando estoy en una lucha cuerpo a cuerpo, en las que puedo tocar al otro sin problema. Nunca comprendí por qué.

—Porque o bien estás defendiéndote o bien estás ayudando a alguien que te necesita, y en ambos casos te exoneras del castigo que te impusiste.

—¿De veras crees que mi fobia es un castigo? —preguntó, escéptica.

—No tengo duda —respondió Kovać, categórico.

—¿Castigo de qué?

—Creo que tú lo sabes pero tienes pánico de admitirlo. —La obligó a volverse y le acarició la mejilla—. Poco a poco, amor mío. Paso a paso. ¿Dónde aprendiste a hacer eso? Me refiero a colocar un hombro dislocado y a inyectar morfina.

—Hice cursos de emergencias médicas como parte de mi entrenamiento. Ahora quiero ver a Selin y después a Senada.

Con Selin, no había mucho por hacer salvo mantenerle el calor corporal. En cuanto a Senada, había dilatado escasos centímetros, y podían transcurrir horas antes de que alcanzase el diámetro adecuado para el nacimiento. En los cursos de paramédicos le habían enseñado cómo asistir a una parturienta, solo que se había tratado de una muñeca, lo mismo el neonato. Le temía a ese proceso más que a cualquiera de las situaciones por las que había atravesado durante esos tres días de fuga; les temía a su reacción y a los recuerdos, los que luchaba por mantener enterrados.

Con el agua que quedaba en las botellitas, preparó sopas y café instantáneos que halló en un estante del refugio, junto con cacharros y tazas. Un club de montañeses o de cazadores lo mantenía medianamente surtido. Les dio a los niños las últimas barras energéticas y extrajo del macuto una bolsa de dormir de polietileno. La extendió sobre la colchoneta y le pidió a Kovać y a Goga que acomodasen a Darko, a Zaína y a Oana dentro.

—¿No se helarán dentro de esa bolsa? —se preocupó Goga.

—No lo notas —le explicó La Diana— porque es muy delgada, pero está forrada con dos frazadas isotérmicas. Estarán bien —aseguró.

Los niños encontraron fascinante la experiencia de pasar la noche en una bolsa y entraron sin quejarse. Se quedaron dormidos pocos minutos después.

—¿Por qué no intentas descansar? —le sugirió Kovać—. Pasaste la noche en vela y hoy te has exigido como nunca. Debes de estar exhausta.

—Quiero permanecer atenta a Senada. Las contracciones son cada vez más frecuentes.

—Goga y yo nos quedaremos de guardia. Tú intenta dormir. —La contempló con una mezcla de melancolía y firmeza—. Te lo suplico, Diana, quiero que descanses. Estás muy pálida.

Asintió, y Kovać extendió su sobretodo en el suelo para que se recostase. Con el macuto como almohada, se acomodó sobre el abrigo, que de poco servía para aislarla del suelo duro y frío. No obstante, enseguida cayó en un sueño profundo.

* * *

—Amor, amor mío.

Con los ojos aún cerrados, sonrió al reconocer la voz de Kovać y sus labios que le acariciaban la sien. Se dio cuenta de que el viento había mermado y que la cabaña y la puerta no se sacudían. La tormenta, que habría podido liquidarlos la noche anterior, había mantenido a raya a los traficantes, que se lanzarían a buscarlos apenas amaneciese. Un grito de Senada le recordó que estaba a punto de parir.

—¿Ya es tiempo?

—Goga dice que sí —contestó Kovać—. ¿Te sientes con ánimo para asistirle?

«No», habría respondido. Aunque se sentía descansada, le costaba incorporarse para enfrentar el parto de Senada. Se irguió y miró en torno. Los niños aún dormían, y Selin no había recobrado la conciencia, lo cual la preocupó.

—Toma —Kovać le aproximó una taza de latón—. Te prepararé café.

—¿Dónde obtuviste el agua?

—Derretí nieve.

La Diana torció la boca en una mueca de reprobación. Durante el entrenamiento con el ejército noruego en el círculo polar ártico les habían enseñado que derretir nieve era un proceso al que debía echarse mano en última instancia, pues requería un alto consumo de calorías con un escaso resultado; de diez partes de nieve se obtenía una de agua. Nada dijo, pues necesitaban el líquido vital y, con la tormenta que les impedía salir a investigar los alrededores, encontrar un río o un arroyo habría sido imposible.

Aceptó agradecida el café. La boca le sabía mal después de tantos días sin lavarse los dientes, y lo amargo de la bebida le aplacaría el feo gusto al menos por un rato. Ansiaba higienizarse.

Se miraron mientras sorbía el café. ¿Kovać estaría descubriendo en su rostro las huellas de la extenuación como ella las descubría en el de él? Su belleza, no obstante, seguía pareciéndole arrebatadora.

—Eres el hombre más hermoso que conozco —pensó en voz alta, y él sonrió y le besó la mano—. Gracias por el café —dijo, y le devolvió la taza vacía y se puso de

pie.

Se aproximó al círculo que se congregaba en torno a Senada y, mientras se quitaba la campera y los guantes, les indicó que se alejasen y le permitiesen trabajar.

—Goga, quédate conmigo. Lazar, por favor, alcánzame el macuto.

Kovać lo depositó a su lado, y La Diana extrajo una pequeña caja de lata blanca con una cruz roja impresa en la parte superior.

—Goga, extiende las manos. Te verteré un poco de desinfectante. Refriégalas durante dos minutos.

—Yo tomaré el tiempo —ofreció Kovać.

La Diana hizo otro tanto y luego desinfectó una tijera. Otro alarido de Senada pareció sacudir las paredes de la cabaña.

—¡Qué dolor! —exclamó en medio de una contracción—. ¡Quiero que salga!

Goga le despejó las piernas que ya tenía elevadas y flexionadas, y La Diana, ayudándose con la linterna, estudió la dilatación. Le tocó la barriga abultada y halló la protuberancia, clara señal que evidenciaba el comienzo de la segunda fase del parto, la llamada etapa de pujar.

—Empujarás cuando sientas la necesidad. Cuando sobrevenga una nueva contracción, jadea rápidamente por la boca —le indicó.

La Diana fue dirigiendo el parto y dándole indicaciones a la joven con actitud profesional y desapegada. Sin embargo, al avistar la coronilla de pelo renegrido del bebé perdió la compostura. Sabía que tenía que insertar los dedos entre la vagina y el neonato y guiarlo fuera, pero no se atrevía. Se le aceleró la respiración, y los dedos extendidos hacia la entrepierna de Senada le temblaron.

—Amor. —La voz de Kovać la rescató del trance—. ¿Te sientes bien? ¿Puedes hacerlo?

—Sí, sí —masculló, y se dispuso a tocar a la criatura.

Hundió el índice y el mayor para buscarle el cuello y se dio cuenta de que tenía el cordón enroscado. Durante el entrenamiento les habían asegurado que se trataba de una complicación que se presentaba con más frecuencia de lo que se creía y que se solucionaba aferrando el cordón y pasándolo por la cabeza o por el hombro del bebé con movimientos delicados. Lo hizo, lo deslizó por la cabecita que apenas asomaba cuidando de no ajustarlo en torno al cuello. Minutos más tarde, la cabeza emergió por completo. Descubrió que una membrana —la de la bolsa, conjeturó— le cubría el rostro y la rompió de inmediato para que no le impidiese respirar. La asustó el color azul grisáceo de la piel y la carita hinchada. El muñeco con el que había practicado no se semejaba a la realidad ni un poco. Con la cabecita en la palma de la mano izquierda, introdujo los dedos de la derecha para insertarlos en la axila y de allí jalar hacia arriba, hacia el vientre de la madre. Primero apareció un hombro, luego el otro, y enseguida el cuerpo de Senada despidió el resto del bebé. Era una niña. La Diana la colgó de cabeza y se cercioró de que tuviese la boca abierta para que expulsara líquido y coágulos. En cuanto profirió el primer chillido, se la entregó a Goga

intentando ocultar la repulsión que le causaba, no porque estuviese cubierta de una película blancuzca y viscosa además de sangre y despojos, sino porque su fobia acababa de asestarle un zarpazo, el más doloroso hasta ese momento.

—¡Es una niña! —se emocionó Goga—. ¡Una niña hermosa!

Goga envolvió a la pequeña en una camisa oscura, que La Diana reconoció como una de las que había comprado a principios de la semana, y la depositó sobre el pecho de la madre, que apartó la cara y, llorando, pidió que se la quitasen de encima.

—¡No la quiero! —sollozó sin aliento, exhausta y desmoralizada—. No la quiero.

La reacción de la parturienta congeló el respiro de La Diana y se quedó mirando la escena como si delante de ella, en lugar de hallarse una madre recién parida, hubiese un monstruo.

—¿Amor? —Kovać, de rodillas junto a ella, volvió a guiarla fuera del túnel oscuro y frío en el que la sumía la situación—. Diana, ¿qué pasa? ¿Por qué respiras así?

¿Cómo respiraba? Cayó en la cuenta de que estaba a punto de sufrir un ataque de pánico; el plexo solar se le hundía irremediablemente y le comprimía los pulmones. Se giró hacia él y le dirigió una mirada desesperada.

—Por favor, Lazar —jadeó en un hilo de voz—. Por favor, no me dejes ir a ese sitio.

—Aquí estoy, amor mío —le aferró las manos—. No te dejes ir a ninguna parte. Respira profundo por la nariz y exhala por la boca. Inspira, Diana. Inspira profundamente y exhala con lentitud hasta sentir que se te desinfla el estómago. Eso es, así, muy bien.

Minutos después, tras superar lo peor del trauma, se recostó sobre Kovać, débil y mareada. Él le apoyó la mejilla en la cabeza y la contuvo en un abrazo.

—Está expulsando la placenta —anunció Goga—. ¿Qué hago?

La Diana se irguió con apatía. Temía volverse hacia Senada y también la aterraba ver a la criatura. Pero ella era una profesional y no podía abandonar a la pobre chica. Con la vista empecinada en las piernas de la paciente, paseó la linterna sobre la placenta hasta verificar que estuviese completa. El cordón ya no latía, y la tonalidad azulada se había convertido en una blancuzca, lo que indicaba que la sangre había entrado en el cuerpo de la niña. Era el momento de cortarlo.

—Lazar, en ese bolsillo de la mochila hay tanza. Corta con esta tijera dos pedazos de unos diez centímetros y esterilízalos con ese líquido.

—Enseguida.

—Goga, recuesta a la niña aquí, cerca del fuego para que no se enfríe. —Le indicó un nido que Kovać había improvisado con ropa—. Busca en la caja de primeros auxilios un esparadrapo y un trozo de gasa y apróntalos.

—Sí, Diana.

Empleó un pedazo de tanza para atar el cordón umbilical a quince centímetros de la barriga del bebé y otro, a veinte. Se preocupó por ajustar bien el primer nudo para

evitar que la niña perdiese sangre. Goga le entregó la tijera desinfectada y seccionó el cordón entre ambos nudos. Cubrió con la gasa el pedazo que había quedado adherido a la niña y lo pegó a su barriga con el esparadrapo. Cuidando de no mirarle la carita, fijó la vista en la venda hasta constatar que no se teñía de rojo. Poco después se convenció de que había hecho un buen nudo y de que la pequeña no sangraría por el cordón.

La recién nacida comenzó a llorar, y La Diana oyó que Goga instaba a Senada a colocársela sobre el pecho para que se calmase. La joven se negaba y mantenía el rostro apartado.

—Iré a tirar la placenta —anunció con voz sombría.

—Iré contigo —ofreció Kovać.

—Mejor prepárale un poco de sopa a Senada y que la tome. Tiene que recuperar el vigor.

No se atrevió a mirarlo mientras recogía la placenta con la pala de trinchera y la metía dentro de una bolsa. Se sentía culpable por haber rechazado su compañía. Se abrigó antes de abandonar el refugio. Le dio la bienvenida al frío gélido que le golpeó la cara. Aún no amanecía y, como el cielo estaba cargado de nubes, la oscuridad reinaba fuera de la cabaña. Por fortuna, del viento embravecido quedaba una ventisca soportable que agitaba los gruesos copos. Se aventuró fuera con la linterna, y sus borceguíes se hundieron en medio metro de nieve. Era perentorio que enterrase la placenta para no atraer a los lobos y a otros depredadores. Nanuk le había explicado que los lobos no atacaban a los seres humanos; igualmente, no tenía ganas de salir y toparse con una jauría hambrienta.

Apartó la nieve hasta dar con la tierra dura como una piedra. A medida que asestaba golpes para partirla, las imágenes de lo que acababa de vivir se mezclaban con otras que durante más de cinco años se había empeñado en olvidar. El llanto de la recién nacida, que ni la ventisca ni los golpes de pala acallaban, amenazaban con enloquecerla. Aceleró los golpes y empezó a contarlos con actitud desquiciada. La tierra se partía al rigor de sus paladas. ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro! Soltó la pala, apretó los párpados y se cubrió los oídos en un acto instintivo por cerrarse a las escenas en las que el llanto de otra recién nacida la atormentaba.

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó, y cayó de rodillas y rompió a llorar con unos alaridos que sofocaba tapándose la boca para que no desgarrasen la quietud del bosque.

La destrozaba el dolor que había reprimido durante tanto tiempo y que ahora hacía erupción dentro de ella. La doblegaba por completo, con rabia, con sevicia, como si se tomara revancha por haberse visto obligado a permanecer en la sombra, desdeñado, despreciado.

Una fuerza muy superior a la de ella la contuvo, y luchó por zafarse. No quería que la consolaran, no lo merecía. Ese padecimiento era el justo castigo por su gran culpa, la más grande de todas, la que la había convertido en un monstruo, en una desnaturalizada.

—¡Diana! —Reaccionó a la voz profunda, grave y autoritaria de Kovać y se quedó quieta y tensa, la espalda pegada al pecho de él—. Diana, amor mío. —La besó en la sien, y a ella los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No te merezco, Lazar.

—Te mereces todo, amor mío. Todo.

—¡No, no, no! —Intentó rebullirse, en vano, pues él la sujetaba con un vigor infranqueable.

—Tranquila. Ven. Estamos empapándonos en la nieve.

La condujo prácticamente en andas hasta los tablones de la entrada del refugio protegidos por un saledizo. La ubicó entre sus piernas, los brazos bien cerrados en torno a ella, y le besó la mejilla helada.

—Diana, amor de mi vida, quiero que me hables de lo que está mortificándote. Creo saber de qué se trata, pero quiero que tú me lo digas.

—No... —gimoteó sin arrestos, y recommenzó a llorar, un llanto silencioso, un llanto cargado de pena y arrepentimiento.

—Sí, amor mío, sí. Cuéntamelo. Nada de lo que me digas me hará amarte o admirarte menos.

—Sí, me odiarás, me despreciarás tanto como yo me odio y me desprecio.

—¿Tan poco confías en mí?

—Confío en ti como en nadie, Lazar.

—Entonces, háblame de tu bebé.

La garganta se le convulsionó y soltó un gemido angustioso y prolongado que incluso a ella misma desestabilizó. Kovać se echó a llorar mientras la apretujaba contra su pecho y le besaba el perfil.

—No, amor mío —repetía con voz quebrada—. No sufras. Permíteme ayudarte con esta carga. No importa cuán pesada sea, la llevaremos juntos. Te amo. Te amo como jamás he amado a nadie, y tu dolor está destruyéndome.

La Diana giró en el abrazo de Kovać y se aferró a su cuello. Lloró amargamente con la cara pegada a su piel. Los dos lloraban. Y se apretujaban como si temiesen morir en caso de ser separados.

—Mi bebé, Lazar —alcanzó a decir entre espasmos y ahogos.

—Sí, tu bebé, amor mío. Cuéntame.

—Mi niñita. Mi hijita.

—Háblame de ella.

—No la quise, Lazar. No la quise porque era la hija del monstruo que me tenía cautiva en Rogatica.

—Está bien, amor, está bien.

—¡Ella no tenía culpa de nada! ¡Leila me lo decía! ¡Leila la amaba! ¡Leila la amaba!

—La amaba por las dos, amor. Leila sabía que tú estabas demasiado quebrada para amarla. Por eso la amó por las dos.

—¡Soy un monstruo peor que él! ¡Soy peor que él! ¡Mi bebé! ¡Quiero a mi bebita y jamás podré tenerla!

—¿Te la quitaron?

—¡No! ¡No!

—Tranquila, amor, tranquila. —Kovać le acunó el rostro y le besó los labios resquebrajados y empapados de lágrimas—. La abandonaste, es eso, ¿verdad? Diana, mírame, amor mío. Confía en mí. Dilo en voz alta. Atrévete a enfrentar al dragón más nocivo que te habita, la culpa. Aquí estoy yo para sostenerte y ayudarte. Dilo, Diana. Dilo en voz alta.

Alzó lentamente las pestañas movida por un fatalismo al tiempo liberador. Se dijo que de ese modo debían de sentirse los condenados a muerte cuando, hartos de esperar, van camino al cadalso y no ven la hora de acabar con todo.

—La noche en que el comando entró en el campo de concentración de Rogatica y nos liberó, le permití que nos sacase de allí sabiendo que mi hija quedaba atrás. Lo hice a propósito, Lazar. No la quería.

—¿Y Leila?

—Leila —repitió con una sonrisa entre melancólica y sarcástica—. Leila ya había comenzado su regresión a la infancia. Leila ya no era Leila, estaba en estado de *shock*, y mientras nos sacaban de ese pozo infernal ni siquiera se acordó de que su sobrina seguía allí, de que nos íbamos sin ella. Y mi pequeña quedó atrás. La perdí para siempre. Sé que no volveré a verla, y el dolor y la culpa no me dejan vivir. ¿Me odias? ¿Me desprecias? —preguntó llorando.

—¿Cómo crees que sería capaz de odiarte o despreciarte? Lo único que me inspiras es amor, un amor infinito y profundo. Y desconcertante —añadió—. Y me inspiras también admiración. No eres capaz de comprender cuánto te admiro, Diana.

—No te merezco. Fui un monstruo.

—Fuiste lo que pudiste ser en condiciones que no me atrevo siquiera a imaginar. ¿Sabes cuántos casos he visto como el tuyo desde que terminó la guerra? Cientos. Mujeres mutiladas emocionalmente a causa de una maternidad no deseada, producto de la violencia más nefanda y de la humillación. Algunas conservaron a los hijos y sienten por ellos un amor mezclado con odio que las atormenta. Otras los regalaron o los abandonaron, y eso las atormenta igualmente. A muchas se los arrebataron. Son tantas las mujeres como tú, amor mío. Las violaciones por parte de los serbios fueron en masa y nacieron cientos de niños como consecuencia de esos actos aberrantes. No sientas culpa, Diana. Lo que experimentabas por tu hija era normal. Eres un ser humano, uno extremadamente fuerte, pero un ser humano al fin. Perdónate, amor mío. Concédete el perdón.

Cayeron en un silencio. La Diana se dio cuenta de que Kovać no se había puesto los guantes, por lo que le cubrió las manos frías y reseca con las suyas.

—Yo la quería, Lazar —susurró con acento inaudible.

—¿Cómo, amor?

—Yo quería a mi bebé.

—Pero no te permitías admitir tu amor por ella, ¿verdad?

La Diana asintió con la vista al suelo.

—Lo hacía para lastimarlo a él, al padre, porque él la adoraba. Quería lastimarlo tanto como él me había lastimado a mí, pero no me daba cuenta de que estaba cavando mi propia fosa. Estoy muerta desde entonces, Lazar.

—Estás viva, Diana. Y Dios nos ha concedido la bendición de encontrarnos para ayudarnos a sanar. Juntos seremos felices y nos curaremos las heridas mutuamente. Solo verte me da alegría, me devuelve las ganas de vivir.

La Diana sollozaba quedamente y negaba con la cabeza.

—No te merezco.

—Una vez te negaste a amar a tu hija y ahora te arrepientes. ¿Te negarás también a amarme y a entregarte a nuestro amor porque quieres perpetuar un castigo que no te corresponde? ¿Cuánto tardarás en arrepentirte, Diana?

El llanto arreció, y volvió a buscar el refugio de su abrazo.

—¡Te amo, Lazar! ¡Te amo tanto!

—Gracias, gracias —repetía él con llanto en la voz—. Gracias por devolverme la vida.

—¡No podré dejarte jamás! Aunque no merezca esta felicidad, no podré dejarte.

—No te permitiré que me dejes. No podrás hacerlo. Si lo haces, moriré de pena y será justo que te remuerda la conciencia.

La Diana rio entre lágrimas. Se miraron a los ojos. Las sonrisas fueron languideciendo en tanto sus expresiones cobraban sobriedad.

—Solo tú y Leila saben que tuve una hija durante el cautiverio. Esto no se lo he contado a nadie. Quiero que lo sepas para que entiendas lo especial y único que eres para mí.

Él solo asintió, conmovido. La mirada se le intensificó, y La Diana supo que volvería a abismarla a otro sitio oscuro y tenebroso de su corazón.

—Dilo —la exhortó.

—¿Qué?

—Sabes qué.

—No.

—¿No sabes de qué hablo o no quieres decirlo?

—No quiero decirlo.

—Pues lo diré yo.

—¡No! —La Diana le cubrió la boca.

—Lo diré —habló él bajo los dedos de ella—. ¿A qué le temes si estoy contigo? ¿Acaso no sabes que te sostendré y te acompañaré todo el camino que nos toque recorrer?

—Tengo miedo, Lazar —admitió con acento quebrado y respiración afanosa—. Tengo miedo de terminar destrozada.

—¿Prefieres vivir con la duda, entonces?

—Estoy confundida.

—No lo estás. Sabes bien lo que deseas. Dilo. Di que quieres ir a buscarla. Di en voz alta que regresaste a Bosnia no porque el general te hubiese encargado que te ocupases de su investigación. Di la verdad. Di que llegaste aquí porque aquí se te quedó el corazón cuando dejaste atrás a tu hija. —La Diana lloraba abiertamente y le cubría la boca con las dos manos para acallararlo. Kovać apartaba la cara y seguía hablando y se imponía con su voz de bajo—. Di que volviste para hallar el pedazo de ti misma que dejaste en esta tierra. ¡Dilo!

Volvieron a ella las palabras que N'Yanda le había dirigido semanas atrás. «En su tierra se dejó el corazón. Allí perdió una parte y se vino incompleta para acá, por eso no tiene paz. Tiene que volver a la tierra del dragón; él la está esperando. Tiene que volver allí y reencontrarse con la parte de sí misma que le arrebataron».

—¡Sí, sí, sí! —exclamó, y con cada afirmación le asestó un golpe en el pecho, que Kovać recibió sin quejarse, sin mudar la expresión—. Sí, sí, sí —repitió, desfallecida, la frente apoyada en el hombro de él—. Quiero encontrar a mi hija. ¡La quiero, Lazar! ¡La quiero conmigo!

—Entonces la buscaremos.

—Nunca la encontraremos. Tal vez esté muerta.

—¿Qué te dice tu corazón de madre? ¿Que ha muerto?

—No tengo corazón de madre.

—Tienes el corazón de madre más grande que conozco. Y porque es grande y está colmado de amor, es por eso que te castigas con la afenfosfobia, porque si le negaste tu amor y tus caricias a tu hija, entonces no se los darás a nadie. Ese es el castigo del que te he hablado desde que supe que padecías la fobia. Y como tu trauma está relacionado con la maternidad, es más difícil soportar el contacto con los niños. En especial no puedes tocar a Daisy porque es la hija de Leila y te recuerda a tu pequeña.

La Diana lloraba sin consuelo, y aunque intentaba calmarse para hablar, le resultaba imposible. Kovać le sostenía el rostro para detener los espasmos y le barría los pómulos con los pulgares.

—¿Qué quieres decirme? Vamos, respira hondo y cálmate.

La Diana fijó la vista nublada en los ojos atentos y amorosos de él y luchó por componerse.

—Cuando Leila sostiene en brazos a Daisy —balbuceó— es como volver a Rogatica y verla cuidar a mi niña. No se apartaba de su lado. La cuidó con tanto amor y esmero.

—Porque era la hija de su adorada hermana. Era su sobrina. Y porque sabía que su madre estaba triste y quebrada y no tenía fuerzas para ocuparse de ella. Para eso están los seres queridos, amor, para socorrerse, para ayudarse, como ahora te ayudaré yo a buscar a tu hija.

—No la encontraremos y será peor.

—Nada será peor que no intentarlo, Diana. Nada —subrayó.

—Tengo miedo —volvió a decir.

—Lo sé. Yo también.

—¿Tú?

—¿Crees que será fácil para mí verte sufrir durante este proceso? ¿Crees que no pienso que podría perderte en el camino y de ese modo perderme a mí mismo? Pero te amo demasiado para no alentarte a hacer lo único que te sanará verdaderamente. Diana, tienes que enfrentar al último y más poderoso de los dragones que te atormentan, el que te impide buscar a tu hija.

—No me perderás. Sea lo que sea que suceda, siempre estaré contigo.

Kovać no le contestó y la contempló fija y seriamente.

—Di el nombre de tu hija.

La Diana se impulsó hacia atrás en el ademán de escapar mientras le lanzaba un vistazo entre desesperado y rabioso. Kovać ajustó el abrazo, implacable, y volvió a intimarla:

—Di el nombre de tu hija. Dilo, Diana. Será el primer paso para recuperarla, decir su nombre.

—No puedo, Lazar.

—Tú lo puedes todo, amor. Resulta que no quieres.

—¡Quiero!

—Entonces, hazlo.

Se quedó mirándolo con la boca entreabierta y los ojos fijos en los de él. En su mente repetía una y otra vez el nombre que no había pronunciado ni siquiera durante los meses que había vivido con la niña.

—Nunca dije su nombre.

—Dilo ahora. Dímelo a mí, que tanto te amo y que tanto la amo a ella solo por ser la hija del amor de mi vida.

La Diana emitió un sollozo y lo besó en los labios.

—Larysa —pronunció al fin, y le surgió como una exhalación después de haber contenido el aire.

—Larysa —repitió Kovać con una expresión tan ufana que La Diana sonrió pese a tratarse de uno de los momentos más difíciles de su vida—. Larysa —volvió a decir él—. Qué hermoso nombre.

* * *

Kovać acabó de enterrar la placenta y tornaron al refugio. Goga sostenía y mecía a la recién nacida que lloraba a todo pulmón.

—Está famélica —explicó con cara de desconsuelo—, pero Senada se niega a amamantarla.

La Diana descubrió que los niños estaban despiertos, todavía dentro de la bolsa que los aislaba del frío. Le resultaron adorables con las cabecitas asomadas y muy juntas mientras observaban al bebé con ojos cargados de admiración y curiosidad.

—Colócala dentro de la bolsa, junto con los niños —ordenó Kovać.

—¿Has perdido el juicio, Lazar?

—¡Sí, mami! ¡Quiero cargarla! —aseguró Zaína, y La Diana observó la sonrisa expectante de Darko.

—Tú estás cansada y hecha un manojo de nervios —apuntó Kovać—. La criatura lo percibe y eso la inquieta más que el hambre. Colócala entre los niños de modo que se calme y entre en calor. En tanto, yo hablaré con Senada.

—Iré a buscar agua y leña —anunció La Diana, y Kovać le lanzó una mirada reprobatoria.

—No irás sola.

—Lazar, el fuego está consumiéndose y no tenemos leña, y ya no hay agua. Es imperativo que vaya.

—Me ocuparé de Senada e iré contigo —decidió.

—No podemos esperar. Tenemos que aprovechar que el viento ha amainado. Las nubes negras que se aproximan desde el sur no anuncian nada bueno.

—Te acompañaré —ofreció Anna, y se puso de pie.

La Diana y Kovać se contemplaron en silencio durante unos segundos.

—Si dentro de una hora no están de regreso, saldré a buscarlas.

—Dos horas —negoció La Diana, y él negó con terquedad.

—Una hora. Y basta —añadió cuando intuyó que seguiría regateando.

Programó la alarma del Breitling y grabó en la brújula digital las coordenadas de la cabaña. Si bien era riesgoso, pues los traficantes podían interceptar la señal del satélite, aventurarse en el bosque sin esa guía estaba fuera de discusión; habría sido como ingresar en un laberinto. En tanto, Anna había encontrado dos bidones en un rincón de la cabaña y los olfateaba para comprobar si podían emplearlos en el transporte del agua.

La Diana se enfundó la *ushanka* y los guantes y verificó que su compañera hiciese otro tanto. Le entregó a Kovać la Heckler & Koch y la Glock. Ya no la sorprendió que él supiese cómo quitarles el seguro y chequear los cargadores.

—Te dejo la última granada aturdidora que nos queda.

Kovać la sujetó por el rostro y la miró con severidad a los ojos.

—Vuelve a mí —le suplicó.

—No tienes opción —intentó bromear ella, y salió sin echar un vistazo atrás.

Después de lo que acababa de vivir, agradecía alejarse por un rato y concentrarse en cuestiones básicas y no en el terremoto que había significado revelarles a Kovać el secreto que jamás imaginó sacar a la luz. Le indicó a Anna que caminase detrás de ella y que pisase su huella si no quería acabar mutilada o muerta a causa de una mina. Extrajo el celular para verificar si había señal y constató que seguían aislados. Inició

la marcha; sabía qué camino tomar pues había identificado un curso de agua en el mapa a escasa distancia del refugio. Sirviéndose de su cachiporra telescópica, hurgaba el terreno bajo la nieve e intentaba detectar la presencia de una mina antipersona. Si bien se trataba de una técnica rudimentaria y poco confiable, era con lo único que contaba.

—Yo también tuve una hija —confesó Anna tras unos minutos de trayecto—. Senada no quiere a su bebé pero yo sí quería a la mía.

Aunque habría debido ordenarle que guardase silencio, que hasta el vapor que exhalaban sus bocas podía delatarlas, continuó caminando sin esbozar sonido. Se recordó que era imperativo estar alerta con el fin de identificar cualquier amenaza, la de los traficantes o la presencia de minas o animales salvajes, por lo que iniciar una conversación no habría sido juicioso. No obstante, preguntó:

—¿Durante el cautiverio?

—Sí. A los clientes les permitían hacerlo sin preservativos y a nosotras, por supuesto, no nos daban pastillas anticonceptivas. Quedé embarazada enseguida. Y no fui la única. Casi todas las chicas del *cabaret* tuvieron hijos. Una, que hacía mucho que estaba cautiva, tuvo dos veces. Nos los quitaban —agregó luego de un silencio y con evidente tristeza—. Yo quería a mi bebé y le supliqué a mi patrón que me permitiese quedarme con ella, pero me la quitó igual. Me dijo: «El *vojvoda* paga bien por los niños y te ayudará a reducir la deuda que tienes conmigo». A mí no me importaba reducir la maldita deuda. Ya sabía que era pura mentira, que esa deuda jamás se extinguiría. Yo quería a mi bebé —dijo, y le falló la voz.

La Diana siguió avanzando, decidida a no permitir que el relato la trastornase. Solo contaba sobrevivir y, sin leña ni agua, resultaría imposible.

—Lo único bueno fue que una doctora vino a visitarme durante el embarazo. Era amable y dulce y nos trataba muy bien.

Se volvió hacia la muchacha, mientras evocaba a la «doctora buena» que Svetlana le había mencionado a Bosa Dretar.

—¿Cómo era? Físicamente, me refiero.

—Muy hermosa. Pequeña, delicada, rubia, ojos verdes y mirada bondadosa. Era difícil acertar con su edad.

La descripción coincidía con la suministrada por la joven ucraniana.

—Nos daba vitaminas y a mí me ayudó en el parto. Unos meses antes de que yo escapase nos sacó muestras de sangre a todas.

La Diana se acordó del comentario de Kovać acerca de las dos jóvenes del refugio de la calle Zvornička que habían referido algo similar, que una doctora gentil les había extraído sangre y dado vitaminas; lo interesante del caso lo constituía que las chicas habían trabajado en distintos *cabarets* y que se habían conocido en el refugio de Duga Sarajevo, lo que ponía de manifiesto que la «doctora buena» se ocupaba no de un *cabaret* o de un burdel sino de toda la red.

—¿Para qué les extrajo sangre?

—Cuando se lo pregunté, me sonrió y me dijo que cuanto menos supiese mejor sería. Fue ella la que me dio el folleto con los datos de Duga Sarajevo cuando le conté que uno de los clientes acabaría por matarme. Era muy violento, y más violento se ponía a causa de la heroína. Estaba obsesionado conmigo —añadió, y a La Diana la confesión la mantuvo callada durante algunos metros; ella sabía bien de psicópatas y obsesiones.

—¿Conociste al *vojvoda* del que te habló tu patrón?

—No, jamás —contestó Anna—. Ninguna lo conocía. Cada tanto venían sus hombres a cobrar el canon y nos usaban gratis. Eran los peores —masculló entre dientes—. El que estaba obsesionado conmigo era en realidad uno de los hombres del *vojvoda*, por eso le temía tanto. Se llama Blago.

—¿Blago? ¿Corpulento, alto y pelado, con un tatuaje en la nuca de una calavera y dos huesos cruzados?

—¡Sí, ese demonio!

—Baja la voz —ordenó La Diana.

—Disculpa. Sí, es ese.

—Ya no debes preocuparte por él. Lo degollé en la granja de Ljuba.

La chica se detuvo de golpe. Apretó los ojos y se mordió el labio. La Diana se volvió sobre sus pasos.

—Sufrió bastante, si te sirve de consuelo.

—Gracias —masculló un momento después.

—Fue un placer.

—De veras, Diana —dijo, y alzó la vista para mirarla a los ojos—. Gracias por todo lo que estás haciendo por nosotras. ¿Por qué lo haces? ¿Por el padre Lazar? Quiero decir... Sé que él dejó la Iglesia por ti...

—Sé qué quieres decir, Anna. Lo hago por Lazar, sí, pero también por ustedes, porque conozco el padecimiento que han sufrido. ¿Le hablaste de la doctora a la fiscal Dretar?

—No —admitió la joven—. No quería perjudicarla.

—Comprendo. Ahora no perdamos tiempo. Tenemos que regresar antes de las diez.

Hallaron el arroyo de aguas cristalinas identificado en el mapa y que corría bajo una delgada capa de hielo. La Diana la quebró con un ligero golpe del mango de uno de los *kukris*, con el que también cortó las ramas bajas de unos abetos; cargadas de resina, arderían rápidamente. A Anna la dejó a la orilla del arroyo con unos metros de tanza a la cual ató en uno de los extremos un trozo de madera que serviría para sujetarla y en el otro, un anzuelo, al cual le insertó una escama de piña para que simulase un insecto. Le indicó que no proyectase su sombra sobre el arroyo y que se mantuviese sigilosa. Había tantos *hucho huchos* o salmones del Danubio que en quince minutos Anna se hizo de tres ejemplares medianos. La muchacha reprimía los gritos de satisfacción y sonreía sin parar. La Diana los limpió sobre una piedra con el

Ka-Bar y lo hizo a una velocidad y con una maestría que admiró a la joven. Les cortó la cabeza, luego la cola, y los abrió en canal por la parte inferior por donde extrajo las entrañas y vísceras, cuidando de no romperlas.

—Conservaremos la cabeza y la cola para usarlas como carnada más tarde. Ayúdame a recoger piñas —indicó a Anna, que quiso saber para qué servían—. Son ideales para encender el fuego, pero primero les quitaremos las semillas; piñones se llaman —aclaró—. Son nutritivos y muy sabrosos.

La Diana aprovechó para higienizarse y se lavó los dientes con el dentífrico inodoro que les proveían en L'Agence. Le enseñó a Anna cómo hacerlo astillando el extremo de una pequeña rama para emplearla como cepillo, tal como había aprendido de unos árabes en Mosul durante una misión con La Dos. Regresaron al refugio de mejor ánimo, con comida, leña y agua. Al ingresar y cruzar una mirada con Kovać, La Diana supo que algo malo había acontecido. No tenía que ver con Senada y su bebé, pues la pequeña mamaba con fruición del seno de la madre, que la contemplaba con dulzura. El cuadro la golpeó. Kovać la abrazó y la besó en la frente.

—Gracias a Dios que regresaste. Estaba a punto de salir a buscarte.

Consultó el reloj y lo interrogó con una expresión confusa.

—Acaba de cumplirse la hora.

—Lo sé, pero no soportaba que estuvieses allí fuera sola.

—¿Qué sucedió? Te noto preocupado.

—Selin tuvo una convulsión. Acabo de tomarle el pulso. Es débil; no más de treinta por minuto. Dudo de que sobreviva sin asistencia médica.

Se quedó mirándolo, incapaz de digerir la idea de que una de las muchachas pereciese en esa loca fuga.

—Iré a la cabaña donde escondí la radio y llamaré a Zlatan para que venga a recogernos con el helicóptero. Aprovecharé ahora que la tormenta ha mermado y que todavía cuento con unas horas de luz.

—No irás sola, no —se empecinó Kovać, a lo que siguió una discusión en la que La Diana le conoció un costado terco que se demostró infranqueable. Acabó cediendo y admitiendo que la acompañase.

—Goga —dijo, mientras extraía del macuto un aparato de color verde militar, parecido a un *walkie-talkie*—, toma. —Le extendió el adminículo.

—¿Qué es esto?

—Un TACBE, que quiere decir *tactical beacon*, faro táctico. Si Lazar y yo no hemos regresado para las ocho de la noche, quiero que jales de este cordel. El TACBE comenzará a emitir una señal de SOS que será escuchada por cualquier radio, militar o civil, en un territorio muy extenso. Vendrán a buscarlas en pocas horas. Pero no lo actives si hay tormenta. La señal se pierde cuando la ionósfera está inestable.

—¿Y ustedes? ¿Qué será de ustedes? —se angustió Goga.

—No te preocupes por nosotros. Sabremos cuidarnos.

—Sí —concedió—, ya debería saber que tú sabes cuidarte.

—Si oprimes este botón podrás hablar con quien venga a rescatarlas. Aprietas para hablar, sueltas para oír. ¿Has comprendido las indicaciones? —Goga volvió a asentir—. Repítelas.

La Diana no le diría que cualquiera que estuviese en el espectro radioeléctrico escucharía su pedido de auxilio y determinaría la ubicación del refugio, por lo que era factible que los traficantes diesen con ellas. Un riesgo similar correrían si, al cocinar el pescado, sus perseguidores oliesen el aroma intenso que soltaba. Rastreadores de la talla de sus amigos Siboniso Kamongo o el indio navajo Atsa Adakai las habrían hallado con mucha menos evidencia.

—Lo más importante, Goga, es que los dos fuegos se mantengan encendidos. No permitas que se apaguen. Cuida los fósforos con tu vida. Ahí tienes leña para varias horas. Y mantén la ventana abierta para oxigenar el ambiente. Toma, otra dosis de morfina para Shivani. Me viste inyectársela, por lo que sabes cómo hacerlo. —Goga asintió, con el gesto cada vez más entristecido—. Solo inyéctasela si se queja de intensos dolores. Y oblígala a comer y a beber agua. No se alejen demasiado si salen a hacer sus necesidades. Y siempre, óyeme bien, Goga, *siempre* echen cenizas sobre las heces o el pis.

—¿Por qué? —preguntó entre escandalizada y avergonzada.

—Porque un buen rastreador lo olfatearía y sabría que son de humano. Echa estas pastillas en los bidones antes de beber el agua o de preparar infusiones. Dos por bidón —le indicó mientras se las extendía—. Déjalas actuar durante cuarenta minutos. ¿Tu reloj funciona bien?

—Sí. ¿Qué haré si a Selin le da otra convulsión?

—No harás nada —intervino Kovać—, solo limitarte a sostenerla para que no se golpee la cabeza. Evita que se muerda la lengua colocándole algo duro entre los dientes. Me viste hacerlo recién. —Kovać chasqueó la lengua al ver las lágrimas que caían por las mejillas pálidas de su amiga y la abrazó—. Todo saldrá bien.

—¿Qué será de nosotras sin ustedes?

Kovać la apartó con delicadeza antes de decirle:

—Entiéndeme, no puedo dejarla marchar sola. Es un trayecto muy largo.

—¿Y si los traficantes descubren este refugio?

—No tienen idea de dónde hallarnos —alegó Kovać—. Y contamos con que no se aventurarán hasta que pase la amenaza de tormenta. —Goga suspiró y asintió con aire resignado—. Sé fuerte por mí y por los niños.

—No nos abandones.

—Jamás.

Darko se echó a llorar y a Kovać le resultó imposible calmarlo. La Diana se acuclilló frente al pequeño y lo sostuvo por los hombros con una familiaridad y seguridad que ya no la sorprendían. Algo estaba desanudándose dentro de ella; el proceso que se había iniciado a principios de esa semana en el gimnasio de Brano Mesić no tenía marcha atrás.

—Dare, *moje blago* —dijo, y el niño reaccionó al «tesoro mío»; alzó la vista y le clavó los ojos mojados—. Lazar y yo iremos a pedir ayuda a unos amigos que vendrán a buscarnos en helicóptero.

—Quiero ir con ustedes.

—Necesito que te quedes aquí con las muchachas. Eres el jefe del grupo ahora.

—Soy pequeño —la contradijo.

—Sí, pero eres el pequeño más valiente y fuerte que conozco.

—¿Como Jérôme?

—Sí, tanto como él. Cuando regrese, te contaré una historia acerca de Jérôme y verás que él y tú se parecen y han vivido aventuras similares. —Se besó el índice y lo apoyó en la frente del niño tal como había hecho antes de emerger del pasadizo del monasterio. Darko la imitó—. *Moje blago*, quédate tranquilo porque volveremos por ti y por las muchachas.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

El niño le echó los brazos al cuello, y La Diana se instó a gozar de la muestra de afecto en lugar de padecerla. Kovać los abrazó a su vez y los mantuvo pegados mientras les susurraba palabras de amor.

Salieron muy afectados, por lo que La Diana se tomó unos segundos para recobrar la compostura. Habría sido poco juicioso incursionar en un territorio desconocido, posiblemente minado, en ese estado de emotividad. Al cabo, consultó el GPS.

—¿Por qué funciona ese aparato —se interesó Kovać— y no el celular?

—Porque el GPS funciona como lo haría un teléfono satelital, es decir, se conecta directamente con el satélite. El celular, en cambio, se comunica a la torre de la empresa prestadora y desde allí al satélite. Ven, es por aquí, hacia el este —indicó.

Emprendieron la marcha en fila india. Tenían unos cinco kilómetros por delante.

* * *

Hallaron el refugio a primeras horas de la tarde con la tormenta que se avecinaba desde el sur. Igualmente, calculaban que contarían con el tiempo para desandar el camino y regresar antes de las ocho. Entraron y se tomaron unos minutos para reponerse. Prácticamente no sentían los pies ni las manos y un entumecimiento general les entorpecía los movimientos y los sumía en el sopor, primer síntoma de la hipotermia.

—Come —ordenó La Diana, y le acercó dos caramelos a la boca.

—¿Qué son?

—Caramelos mentolados con una elevada concentración de azúcar. Una fuente rápida de energía. Mis compañeros y yo las llamamos pastillas K porque te permiten

continuar un kilómetro más. Bebe —le indicó, y le acercó el borde de la cantimplora con agua que había recogido del arroyo y que había curado con una pastilla potabilizadora.

—Sabe raro —se quejó Kovać.

—Lo sé. Es a causa del producto para potabilizarla, pero al menos estás seguro de que no te enfermará.

Más repuesto, Kovać se ocupó de encender un fuego. La Diana levantó los tablones bajo los cuales había escondido el maletín que contenía la radio y lo encontró en la misma posición que lo había dejado; incluso el testigo —un pequeño trozo de cinta adhesiva— se hallaba intacto. Extendió la antena antes de encender la radio, una Raytheon de última tecnología.

—¿Pueden detectar la señal mientras la usas? —quiso saber Kovać.

—Podrían, pero no con esta joya —contestó La Diana—. Tiene un sistema de integridad de datos y cambios de frecuencia que le haría muy difícil al enemigo triangular nuestra posición. No hablaré sino que transmitiré datos que Zlatan sabrá descifrar, y mientras lo haga la frecuencia cambiará ciento once veces por minuto.

Kovać alzó las cejas en un gesto que expresaba su asombro y prosiguió avivando el fuego. Después de media hora de intentarlo, cuando La Diana comenzaba a perder la esperanza de comunicarse con Zlatan Tarkovich, el mensaje llegó en la forma de largos y agudos pitidos que, gracias al decodificador, se convirtieron en frases que aparecían escritas en la pequeña pantalla del adminículo. Se asistió con la linterna para leerlos pues había oscurecido repentinamente, y las llamas no alcanzaban para iluminar el refugio. «En plena tormenta de nieve. Apenas abran el aeropuerto me dirigiré al punto establecido. Pronóstico: mañana aproximadamente al mediodía. Cambio y fuera». La Diana, además de informarle que el grupo estaba constituido por doce adultos, tres niños y un neonato, le había pasado las coordenadas de una planicie libre de árboles que había descubierto cerca del arroyo donde esa mañana habían pescado con Anna. No les costaría trasladarse hasta allí, aun con Senada recién parida y Selin inconsciente. El problema lo constituía justamente Selin, que probablemente no superaría la noche.

Iniciaron el regreso a las cuatro de la tarde, pese al riesgo que implicaba cruzar el bosque con la noche encima. Se trasladaban con determinación ahora que conocían el camino, movidos por el anhelo de reunirse con el grupo. Llevaban con ellos el maletín de la radio y unas conservas halladas en el refugio.

El viento, cargado de nieve, había incrementado la velocidad en varios nudos, lo que les dificultaba el avance y los obligaba a disminuir la marcha. La temperatura descendía minuto a minuto, y La Diana supo que Kovać no lo lograría con el sobretodo y los *jeans* como únicos abrigos. Hacía más frío que la noche anterior, y si ella, bien equipada, percibía cómo se le congelaban las extremidades, no quería imaginar lo que estaría padeciendo él, sin quejarse, sin inmutarse.

Tras unos veinte minutos de penosa caminata, decidió que volverían al refugio. Kovać asintió con dificultad, los labios morados y un incesante castañeteo de dientes. Lo obligó a apoyarse en ella y lo condujo a la cabaña. Entraron tambaleando y extenuados. Lo ayudó a recostarse sobre una frazada que extendió en el suelo y lo cubrió con su campera blanca sobre la que echó otra manta. Le quitó el gorro y le encasquetó la *ushanka*, más efectiva para ahuyentar el frío. En tanto se afanaba por encender el fuego de nuevo, mantenía un ojo atento en él.

—¡Lazar! —lo llamaba cuando se daba cuenta de que la hipotermia lo seducía para que se rindiese al letargo—. ¡No te duermas! ¡Mantente despierto! ¡Lazar, di mi nombre! ¡Vamos, dilo!

—Di-Di-a-na.

—¡Otra vez!

—Di-Dia-na.

Las llamas cobraron vigor y ascendieron. Se lanzó sobre él para darle suaves golpeteos en las mejillas. Kovać entreabrió los ojos y sonrió apenas estirando los labios resecos, lastimados y trémulos. Le quitó las zapatillas y los *jeans* helados y lo envolvió con la frazada. Se deshizo de las calzas de neopreno y se bajó el cierre de la chaqueta antes de meterse bajo la campera blanca y acostarse junto a él. Lo abrazó para transmitirle calor tal como le habían enseñado durante el entrenamiento en el círculo polar ártico. Lo envolvía con las extremidades tibias y lo percibía temblar.

—Ahora te sentirás mejor —lo animaba—. El fuego pronto entibiará la cabaña. Pon las manos bajo mis axilas, se te calentarán rápidamente. —Lo ayudó pues seguía entorpecido—. ¿Mejor?

—Sí. Gracias.

—De nada, amor mío.

Transcurrieron más de un cuarto de hora en silencio, contemplándose. La Diana, con el índice y el mayor sobre la carótida de Kovać, le controlaba las pulsaciones y lo observaba con creciente expectativa a medida que los signos de recuperación se evidenciaban claramente.

—¿Qué habría sido de nosotros sin ti? —susurró él.

—Tú los habrías puesto a salvo, no tengo duda —afirmó La Diana—. La necesidad es la madre del ingenio.

—Tus recursos parecen infinitos y de tu macuto sacas los elementos más extraños y útiles, sin mencionar los *kukris* que llevas a la espalda —añadió.

—¿Y cuántas veces nos salvaste *tú* gracias a tus habilidades como conductor?

Kovać se quedó mirándola con expresión serena.

—¿En qué piensas?

—Estoy preguntándome por qué pude soportar el frío de anoche y no el de recién.

—Porque la temperatura es inferior a la de anoche, sin mencionar que estás mal alimentado y cansado. Anoche no dormiste ni media hora y esta mañana recorriste

más de cinco kilómetros sin nada en el estómago. Estás extenuado, Lazar. Porque eres tan fuerte y sano no sucumbiste a la hipotermia.

—Y tú, ¿por qué no sufriste el frío como yo?

—Mi traje de neopreno me aísla de la baja temperatura y esta campera está especialmente diseñada para soportar decenas de grados bajo cero. ¿Ves la marca, Napapijri? —La pronunció «napapiiri»—. Significa círculo polar ártico en finlandés.

—¿Es cierto que pasaste el último invierno entrenando con el ejército noruego o lo dijiste para tranquilizar a Goga?

—Es cierto, pero las cosas más útiles que aprendí para sobrevivir al frío extremo me las enseñó mi amigo Nanuk, de la etnia inuit. —Kovać unió las cejas en una mueca interrogativa—. Es esquimal. Pero a ellos no les gusta ser llamados de ese modo; es despectivo.

—Nanuk es soldado como tú, ¿verdad?

—Sí, uno de los mejores. Era el jefe de mi escuadra. ¿Recuerdas que te mencioné que renunció tiempo atrás después de la muerte de su hermana y de su sobrina? —Kovać asintió—. No solo renunció. También desapareció. No he vuelto a saber de él.

—¿Lo echas de menos?

—Sí. Era uno de mis mejores amigos.

—¿Le permitías que te tocara?

—No, pero igualmente confiaba en él como en pocas personas.

—¿Cómo murieron su hermana y su sobrina?

—En un accidente aéreo en junio de este año.

—¿El que cayó cerca de una ciudad belga?

—Ese. Nanuk no volvió a ser el mismo desde entonces. Poco después renunció y se alejó de todos.

—Lo siento.

—Me gustaría preparar algo para comer y beber —propuso La Diana—. Una infusión te vendrá bien. Además calentaré las conservas que encontramos.

—Suenan como un banquete para mí.

Se enfundó de nuevo las calzas y recogió cenizas en la pala de trinchera antes de salir a orinar. Aprovechó para juntar leña. Regresó desanimada.

—La tormenta de anoche es nada en comparación con la que se avecina. Creo que tendremos que pasar la noche aquí.

—Solo me preocupan la salud de Selin y las reacciones de Goga y de Dare cuando vean que no regresamos. Lo único bueno —manifestó a continuación— es que la tormenta los mantendrá a salvo de los traficantes.

La Diana asintió con gesto afligido y se dispuso a hervir agua para preparar el té instantáneo que ella y sus compañeros de L'Agence acostumbraban llevar en cada misión.

—Ese macuto tuyo es una caja de Pandora —bromeó de nuevo Kovać al verla sacar la pequeña lata con el polvo, y La Diana rio con desgano y sin alzar la vista.

—El macuto de un soldado es su mejor compañero —susurró.

—Amor —dijo él, y extendió la mano para acariciarle la mejilla—, saldremos de esta.

—Lo sé.

—¿Qué sucede entonces?

—Me pregunto si no me equivoqué al decidir viajar a Camp Bondsteel. Cuando descubrimos en el monasterio que Nuur era el topo, debimos regresar a Sarajevo y ocultarnos en algún sitio. Ya no había nadie que nos delatase. Ahora estamos metidos en este lío, atrapados en una tormenta de nieve en el medio de la nada, por mi error de juicio.

—Diana —Kovać se incorporó y la obligó a acercarse y a ubicarse entre sus piernas—. ¿Acaso no recuerdas que esos hijos de puta nos descubrieron en el monasterio, que hicieron volar la camioneta y que nos vimos obligados a huir a través del pasadizo?

—Eso también fue por mi culpa, porque me quedé dormida.

—Diana, Diana —susurró él con acento amoroso y paciente—, nos has salvado la vida tantas veces, ¿es que eso no cuenta para ti? Y no te quedaste dormida. *Todos* nos quedamos dormidos. Estábamos extenuados, ¿cómo no íbamos a quedarnos dormidos?

—Pero...

—Te propongo que no malgastemos la energía en culpas ridículas. Las fuerzas que nos quedan quiero que las usemos para superar esta prueba difícil que Dios nos ha puesto.

—Tu dios no me simpatiza en lo más mínimo —declaró, y apretó la boca con aire de niña encaprichada. Kovać se la aprisionó entre los dientes y luego se la succionó.

—A mí a veces tampoco —admitió él, y siguió besándola hasta que la sintió ceder entre sus brazos.

Bebieron el té y comieron unos raviolos de lata que en otras circunstancias les habrían resultado intragables.

—¿En qué piensas?

—En una taza de café bien negro y bien caliente —contestó Kovać, y La Diana rio.

—¿No te gusta mi té instantáneo?

—Dadas las circunstancias, me encanta.

—Eres un serbio raro, Lazar Kovać. En estos días que hemos compartido no te he visto fumar ni beber *šljivovica*, ni siquiera en casa de Brano, donde se bebía bastante.

—Fumaba; no sabes cuánto.

—¿De veras? ¿Siendo tan deportista?

—Momo me pegó el vicio cuando lo conocí a los quince años. Pero la guerra me lo quitó. O comía o fumaba. El dinero no alcanzaba para las dos cosas, y la elección fue fácil. Ya ves, como dice el refrán, no hay mal que por bien no venga.

—¿Y tomas? —insistió La Diana, y Kovać agitó la cabeza sin mirarla—. ¿Por qué? Es extraño. Es parte de la cultura en los Balcanes.

—Mi padre solía beber y ponerse violento.

—¿Te golpeaba?

—No, pero gritaba y rompía cosas. Bastante seguido se enredaba en peleas en el bar del pueblo. Desde chico aprendí a detestar ese líquido que lo convertía en un monstruo. Yo amaba a mi padre, lo admiraba, pero cuando bebía le temía y lo detestaba. Y a causa de ese mal hábito y de que era sabido que se ponía agresivo cuando estaba borracho lo acusaron del asesinato de mi madre.

La Diana ahogó una exclamación y se cubrió la boca. Abandonó la lata de la cual comía los ravioles y gateó hacia él.

—Lo siento, amor mío. Lo siento tanto.

Kovać inspiró profundamente y exhaló el aire en un largo suspiro.

—Mi padre fue a la cárcel acusado de la muerte de mi madre e Ilić se convirtió en nuestro tutor, mío y de mi hermano.

—¿Tu hermano? ¿Mayor o menor que tú?

—Mayor. Siete años mayor que yo.

—¿Por qué Ilić se hizo cargo de ustedes? ¿Son parientes?

—No. Ilić era el empleador de mi padre. Mi padre era el jardinero y el casero de la mansión familiar de Ilić, como lo habían sido mi abuelo y mi bisabuelo antes que él. Y no —dijo—, no abusó de mi hermano. Igualmente, no habría podido. Ni querido. Tenía casi dieciocho años, y a él le gustan los niños. Además, mi hermano era muy fuerte y robusto. Lo convirtió en su perro guardián, en su hombre de confianza. Mi hermano lo veneraba.

—¿No le pediste ayuda cuando Ilić comenzó a abusar de ti?

—Casi no lo veía. A Izia y a mí, ese hijo de puta nos mantenía aislados en un ala de la mansión. Pero en una oportunidad logré escapar y lo busqué y lo encontré. Cuando le dije lo que Ilić nos hacía a Izia y a mí me golpeó, me llamó mentiroso y él mismo me llevó de una oreja de nuevo a mi prisión.

—Maldito —farfulló La Diana—. Traicionar de ese modo a la propia sangre.

—En realidad, somos medio hermanos. Compartimos el padre. Su madre se fugó cuando mi hermano tenía cinco años. Mi padre y él eran la misma cosa, muy unidos y dependientes. Cuando mi padre se casó con mi madre, mi hermano la odió con la potencia con la que solo él sabe odiar, y por supuesto me odió a mí también. Como se rumoreaba que mi padre había matado a su primera mujer y enterrado el cuerpo en un lugar secreto, eso pesó cuando lo procesaron por la muerte de mi madre. Lo cierto es que la primera mujer se escapó con un empleado de Ilić y nunca más se supo de ellos.

—Oh, Lazar. Qué historia terrible. Cuánto dolor, amor mío.

La Diana lo sujetó por las mejillas y le sonrió con labios inseguros.

—Sí —admitió Kovać con acento y expresión cansados—, tanto dolor. Pero ahora te tengo a ti y nada de lo anterior cuenta.

—¿Sabes si tu padre sigue en prisión?

—Cuando escapé de la mansión de Ilić no volví a saber de ellos, ni de mi hermano ni de mi padre. Mientras vivía bajo la tutela de Ilić, él me contaba lo que los abogados le decían, que estaba bien en la cárcel y que siempre preguntaba por mi hermano y por mí. Le rogaba a Ilić que me permitiese ir a visitarlo. Lo extrañaba muchísimo. Pero ese hijo de puta jamás me autorizó. Con el tiempo, me resentí con mi padre. Me había abandonado y puesto en manos de ese depravado. Y me convencí de que era cierto que había asesinado a mi madre.

—¿En verdad crees que lo hizo?

—No. Pero es una idea recurrente que aún me causa pesadillas. Mi padre amaba a mi madre, de eso estoy seguro, pero la bebida... ¡Ah, la maldita bebida! Transforma a hombres normales en bestias.

—Y habiendo sufrido tanto, ¿te convertiste en el más perfecto de los hombres? ¿Por qué un ser extraordinario como tú se fijó en alguien tan ordinario como yo?

—Eres extraordinaria a mis ojos, no importa lo que tú digas. Eres extraordinaria —repitió—. Llegaste tú, amor de mi vida, un día llegaste de manera inesperada y sorpresiva, y fue como salir del infierno para pasar al paraíso, sin escalas. Eso eres para mí, Diana, el paraíso.

—¿Aun en este refugio a punto de derrumbarse te sientes en el paraíso?

—Sí, aun en este refugio me siento en el paraíso porque aquí estás tú.

* * *

Despertó serenamente y descubrió el rostro de Kovać a su lado. Se sostenía la cabeza con la mano y la observaba con una expresión relajada sobre la cual danzaban las sombras proyectadas por las llamas del fuego. Se contemplaron en el silencio ensordecido a causa del viento y de los golpes de las ramas que azotaban el techo y las paredes del refugio. La Diana solo prestaba atención a los ojos de él concentrados en ella. Se había producido un cambio y ya no la miraba con mansedumbre sino con exigencia y un deseo que inspiró en su cuerpo una reacción insospechada en esas circunstancias y con los problemas que los acuciaban. Al mismo tiempo, se sentía relajada, segura e increíblemente cómoda pese a hallarse en el suelo frío. Todo era una paradoja desde que Kovać se había apoderado de su corazón, de su alma. De ella.

Lo aferró por la nuca y ejerció una ligera presión para darle a entender que añoraba besarle los labios, esos labios gruesos que se sorprendió de imaginar prendidos a sus pechos. La imagen la dominó, y profundizó el intercambio al tiempo que lo atraía para indicarle que se le colocase encima. Kovać se apartó suavemente y volvió a contemplarla con actitud concentrada, más sobrio, algo incrédulo también. Le sostuvo la mirada, incapaz de expresar en voz alta lo que deseaba por temor a que la necesidad que le bullía entre las piernas se revelase un espejismo y acabara por

desilusionarlo; solo que la necesidad resultaba incontenible, y el instinto, al cual había aprendido a respetar, le susurraba que había llegado el momento de romper una nueva cadena.

Kovać se inclinó y le habló al oído.

—¿Qué quieres, amor mío?

Ocultó el rostro en su cuello para murmurar la respuesta:

—Que me toques entre las piernas.

Lo sostuvo de ese modo implacable mientras él extendía la mano y le acariciaba las rodillas desnudas. Un escozor la recorrió y terminó por acentuarle la pulsación en la entrepierna. Subyugada por un impulso, se aferraba a él con intemperancia y contenía el respiro en tanto los dedos de Kovać ascendían con lentitud. Apretó la cara contra su cuello y conjuró la imagen de esa mano grande y fuerte sobre el muslo erizado. Ahogó un grito y ciñó aún más los brazos cuando él empleó los dedos para hacer a un lado la bombacha y deslizarlos hasta tocarle por primera vez la carne resbaladiza y caliente.

—¡Lazar! —exclamó en un susurro apenas audible en el fragor de las ráfagas.

—Bésame —exigió él y, sin aguardar la autorización, se apoderó de sus labios entreabiertos y le penetró la boca en tanto le manoseaba la vulva.

Ella le clavaba los dedos en los hombros y no respondía al beso. Le parecía que lo tenía por todo el cuerpo. Se entregaba a su incontinencia, se embriagaba de imágenes y de sensaciones, un poco aturdida porque le resultaba inverosímil que ella, la mujer rota que había llegado a Sarajevo poco más de diez días atrás, fuese la que se mecía y se contorsionaba con las caricias escandalosas de un hombre sin experimentar la urgencia de quitárselo de encima.

Kovać cortó el beso, y La Diana se atrevió a alzar los párpados. La interrogaba con una expresión decidida, y ella no supo de qué se trataba hasta que se dio cuenta de su intención: penetrarla con el dedo. La columna se le arqueó en respuesta a la intrusión. Echó la cabeza hacia atrás y gimió cuando se dio cuenta de que en esa segunda penetración había insertado dos dedos. Los labios de Kovać se le posaron en la parte tensa del cuello, donde la sangre pulsaba con el mismo frenesí que la molestia en la vulva, y se sujetó a él con ánimo desesperado. El mayor y el índice entraban y salían en una lenta cadencia, igual que la del pulgar que le acariciaba el clítoris. Los movimientos fueron abandonando el talante medido para convertirse en los masajes rápidos y exigentes que ella necesitaba para satisfacer el inefable fuego que ardía con mayor intensidad segundo a segundo, hasta que explotó en su interior y la obligó a tensarse y a jadear y a emitir cortos gemidos que nacían de un placer indescriptible que le cortaba la respiración y le volvía de piedra los músculos. Acabó riendo y llorando, anonadada ante la idea de que era ella quien acababa de experimentar por primera vez el amor y el placer juntos.

Kovać no le dio tiempo a reponerse. La obligó a flexionar las rodillas y a levantar las piernas antes de hundirle la cara en el sitio que aún palpitaba con los vestigios del

goce.

—¡No! —se opuso, e intentó cerrar las piernas—. Hace días que no me higienizo. Kovać se asomó, sonriente, entre sus muslos.

—Diana, amor, no podría importarme menos —declaró, y volvió a hundirse en la parte secreta de su cuerpo.

Y todo volvió a comenzar, solo que en lugar de los dedos él usó la lengua y la boca, y La Diana cerraba los ojos para imaginar esos labios mullidos que le succionaban la parte más íntima. La sensación resultaba abrumadora y la convertía en una criatura irreconocible, lujuriosa, exigente, que se aferraba a la cabeza de su amante para apretarle la cara contra la vagina. «Mi amante», pensó. Durante tantos años se había creído expulsada del mundo del amor y del placer que los jadeos y los gemidos del segundo orgasmo se confundieron con el llanto de dicha. Kovać se ubicó sobre ella y la besó por todo el rostro con labios empapados de sus propios jugos, y a La Diana le resultó la escena más íntima que habían compartido, aún más que esos dos orgasmos. Reía y lloraba mientras él seguía recorriéndole el rostro con la boca.

—Gracias, amor, gracias por este regalo tan magnífico.

—El regalo me lo has dado tú, Lazar. Soy de nuevo mujer gracias a ti.

—Y yo soy de nuevo hombre gracias a ti, lo sabes porque te lo he dicho. Ser capaz de darte placer me hace sentir poderoso.

La Diana le sujetó el rostro por las mandíbulas y lo obligó a mirarla.

—Quiero que lo intentemos.

—¿Te sientes preparada? Puedo esperar. Te esperaré la vida entera si es necesario. Pero no lo hagas solo para satisfacerme.

—Por supuesto que lo haré para satisfacerte. Saber que lo deseas es en parte lo que facilita las cosas. Porque lo deseas, ¿verdad? —Kovać hizo un gesto en el que elevó los ojos al cielo y soltó un bufido exasperado que la hizo reír—. Lo que he logrado hasta ahora, que es un mundo para mí, Lazar, lo he logrado porque se trata de ti. Sé que solo contigo podré compartir esta intimidad. Entonces creo que sí, que estoy preparada para entregarme al único hombre que me ha hecho sentir lo que siento ahora. No imaginas la confianza que te tengo. Eres sólido, constante y sensato, además de bueno y noble, sin mencionar que eres el hombre más hermoso que conozco y que me excito solo con mirarte la boca.

Kovać bajó el rostro para ocultar la risa vanidosa que le despertó el último comentario.

—Te amo, Lazar. Te amo, te amo, te amo.

—¡Diana! —exclamó él en un hilo de voz, torturado por la emoción y ese sentimiento desmesurado que le había cambiado la vida en veinticuatro horas.

La besó locamente. Ella respondió con igual devoción, hasta que Kovać se incorporó para quitarse los *boxers*, apurado e impaciente, e hizo otro tanto con ella. Se quedó de rodillas aprisionándole las piernas, y mientras se acariciaba el miembro

erecto la observaba con una expresión seria que solo conseguía avivarle el deseo que ni dos orgasmos habían saciado.

—Ven —lo llamó, y estiró la mano.

—Quizá sería mejor que yo estuviese abajo y tú arriba. Te sentirás más segura, más en dominio. —Se inclinó sin cargarla con el peso y, luego de besarla con delicadeza reverencial, manifestó—: Sé cuánto necesitas estar en control, y lo comprendo.

—Gracias por pensar en mí.

La Diana se puso de pie y Kovać, que seguía de rodillas, la sujetó por la cintura y la atrajo hacia él para hundirle el rostro entre los senos. La Diana se quitó la camiseta, que cayó con descuido junto al fuego. Resultaba increíble, casi mágico, que no sintiesen frío. Por cierto, el fuego había caldeado el ambiente; no obstante, el viento gélido se colaba por los tantos resquicios de la cabaña, solo que ellos no lo notaban.

—¿Qué deseas? —quiso saber Kovać. Temerosa de expresar su anhelo, se quedó mirándolo con aire desesperado—. ¿Quieres que te quite el corpiño? —Asintió, y él la complació con movimientos prudentes, los ojos siempre fijos en los de ella, atentos a su reacción—. Haré todo lentamente, y cuando desees que me detenga solo tienes que decirlo.

Kovać se los cubrió con las manos, y a La Diana la conmovió el contraste entre su piel blanquísima y suave y la aspereza enrojecida de las manos de él. Las movía como había prometido, lentamente, y nunca apartaba la mirada de la de ella. Le provocó un desfallecimiento y necesitó apoyar las manos en sus hombros cuando le acicateó los pezones con los pulgares, igual que había hecho días atrás. Una y otra vez, La Diana observaba cómo las puntas erectas iban y venían bajo el estímulo de ese dedo que ya le resultaba tan familiar. Una emoción se le alojó en el plexo solar, opuesta al pánico que solía cerrárselo y asfixiarla, y no tenía que ver con la sensualidad del momento sino con la cabal comprensión de que estaba a punto de hacer lo que creyó que jamás lograría.

Se sujetó un pecho y con el pezón dibujó el contorno de la boca de Kovać.

—¿Quieres que lo chupe?

Asintió llena de dudas; estaba a punto de someterse a una dura prueba, porque ella le había negado sus senos llenos de leche a Larysa, pero no se los negaría a Lazar Kovać, su amor y redentor. Quería comenzar a enmendar los errores del pasado. Observó con fascinación cómo su boca engullía el pezón derecho. Sabía que él no apartaba los ojos de ella; ella, en cambio, no apartaba la mirada de la imagen que componían esos labios gruesos y sensuales prendidos a su seno. Kovać inició una succión medida, y La Diana apretó las manos en sus hombros en busca de equilibrio. Cuando su lengua le envolvió el pezón y sus pasadas fueron cada vez más exigentes, las rodillas le fallaron y cayó delante de él.

Kovać sonreía, dichoso, mientras se recostaba en la frazada y la guiaba para que se ubicase a horcajadas sobre su miembro erecto.

—Iremos despacio —le advirtió—. Si comienzas a sentir pánico, quiero que cierres los ojos e imagines la tarde feliz con Leila. No importa cuánto tiempo te lleve recuperar el control. Yo estaré aquí, esperándote.

—Tú eres mi anclaje, Lazar. Tú me bastarás. Tú eres lo único que necesito.

La excitó que Kovać se sujetase el pene y, al tiempo que la empujaba hacia abajo con suavidad, lo guiase entre sus piernas. Solo cortó un instante la conexión con los ojos de él para apreciar el espectáculo que significaba esa parte suya tan cerca de la de ella. Le hundió las uñas en los muslos cuando él usó el glande para acariciarle el clítoris y la vulva. Con cada pasada, sus rodillas cedían y la aproximaban al instante en que lo tendría dentro. La inminencia del acto la abrumaba. Kovać colocó su miembro en el ingreso de la vagina y, con una ligera presión, volvió a empujarla hacia él.

—Amor, déjame entrar —suplicó con un acento torturado que la afectó íntimamente.

Cerró los ojos y se llenó de él, y fue como arrojarse desde la terraza de un rascacielos con los brazos extendidos y la certeza de que aprendería a volar. Y flotó, y fue feliz. La felicidad era completa y perfecta porque acababa de obtener la libertad. Y era dichosa. Y mujer. La mujer del hombre que existía solo para hacer el bien. Y voló, voló y voló, y de pronto alzó los párpados y se encontró con que Kovać se había incorporado y estaban sentados uno frente al otro, ella con los pies cruzados en la parte baja de la espalda de él, él con las manos ajustadas en sus glúteos desde donde la guiaba para que agitase la pelvis y obtuviese placer.

—Lazar —necesitó susurrar, apabullada por la inmensidad de lo que estaban compartiendo.

Le sujetó el rostro entre las manos y así se quedó, mirándolo, maravillada, embriagada de gratitud pues jamás habría imaginado que a ella, la rota Mariyana Huseinovic, se le habría concedido la gracia de acceder al paraíso de la mano de una criatura tan perfecta como Lazar Kovać, que justamente por haber sufrido más que ella comprendía el dolor y la humillación y la había guiado hacia la luz. Y ahora la luz era tanta, y tan brillante y cálida, que lo de antes se desvanecía en las sombras.

—¿Te hago feliz? Dímelo —necesitó preguntarle pues la desalentaba lo poco que ella le daba en comparación con lo que él hacía por ella.

—No creo que puedas llegar a imaginarlo —afirmó él con timbre jadeante—. Gracias por confiar en mí, amor de mi vida. Gracias por elegirme a mí.

El rostro de Kovać se desdibujó frente a ella. Se abrazó a su cuello y se ocultó en su hombro. Y pronto se olvidó de todo cuando los embistes de él se volvieron agresivos y exigentes y necesitó refregarse porque la presión allí abajo de nuevo se convertía en el centro de su cuerpo. El tercer orgasmo la acometió con una fuerza devastadora, potenciada por las crudas emociones que la dominaban durante ese primer acto de amor. Sin embargo, nada la había preparado para el retrato que compuso Kovać en el momento en que la colmaba con su semen y gozaba enterrado

en su carne; fue más, mucho más de lo que hubiese imaginado. Ese deleite y ese gozo compartidos encarnaban la experiencia más inefable y acabada de la que tenía memoria.

Los estertores de su orgasmo le inundaron los oídos y amortiguaron los bramidos de la tormenta. Esos roncros gemidos de placer estaban convirtiéndose en su adicción. Querría volver a provocárselos porque nada, ni las armas ni los *kukris* ni su dominio de las artes marciales, la hacía sentir tan poderosa; solo su Lazar y su amor inexplicable e infinito lo conseguían.

Se echó a llorar desconsoladamente. Kovać, todavía agitado y un poco desconcertado por lo que estaba ocurriendo entre él y la mujer de su vida, se limitó a cobijarla en un abrazo protector. No necesitaba preguntar. La comprendía.

* * *

La despertó el frío que la raída frazada y la campera Napapijri no bastaban para combatir. Las llamas languidecían y se convertían en brasas incandescentes. Asustada, se volvió hacia Kovać y lo tocó; estaba tibio y su pulso era normal. Comenzó a rebullirse, y ella se inclinó sobre su boca y se la besó.

—El mejor despertar —murmuró él, y abrió los ojos—. Hola.

—Hola. ¿Dormiste bien? —quiso saber mientras arrojaba leña a las llamas moribundas, que cobraban vida en medio de chispazos y crujidos.

—Como si lo hubiese hecho en una cama mullida.

—Estabas extenuado.

—Pero sobre todo, feliz y saciado.

La Diana escondió la vista y sonrió al tiempo que las mejillas se le coloreaban. Kovać le calzó la mano al costado del cuello y la atrajo hacia su boca.

—Y el amor de mi vida, ¿cómo amaneció?

—Feliz —admitió—. Feliz, Lazar. Pese a las circunstancias en las que nos hallamos, me siento tan feliz. Y te lo debo a ti, amor mío. Gracias.

—Soy yo el agradecido porque si tú no hubieses decidido luchar por esto que tenemos, nada de lo que compartimos anoche habría sido posible. Valoro y atesoro cada paso que has dado para vencer tu fobia y para llegar a mí.

—Para llegar al mar —murmuró, y se acurrucó contra su pecho, y Kovać la acercó hasta que sus narices frías se tocaron.

—Te amo, Diana. Y quiero que sepas que tu entrega de anoche me sanó a mí también.

—Me dijiste que la última vez que habías sentido deseo sexual era cuando tenías quince años.

—Sí. Y nunca más volví a experimentarlo.

—Lo experimentabas con Izia, ¿verdad?

—Sí, con Izia.

—¿Hacían el amor?

—Sí. Y cuando ella murió fue como si esa parte de mí hubiese muerto también. Ninguna mujer fue capaz de repetir en mí el deseo que ella había despertado cuando éramos adolescentes. Hasta que llegaste tú y pusiste mi vida patas arriba.

—Y tú la mía.

—Y le agradezco a Dios que te enviase para salvarme.

—Y yo te agradezco a ti, Lazar, amor de mi vida.

—¿Crees en verdad que soy el amor de tu vida?

—Sí, lo eres.

—¿Quieres que sea tu compañero para el resto de tu vida?

La Diana frunció el entrecejo y tomó un poco de distancia para observarlo.

—No sé cómo seguir adelante sin ti, Diana. ¿Y tú?

—Yo tampoco —admitió—. Ayer, cuando regresamos porque el frío te habría liquidado, mientras encendía el fuego y veía que te dormías, supe que me habría vuelto loca si te hubiese perdido. No sé de qué habría sido capaz si...

Kovać le cubrió los labios con los de él para enmudecerla.

—Saldremos de esta —le recordó—. No sería justo haber sobrevivido a Ilić y a la guerra para que ahora, que he encontrado la felicidad, todo termine en este bosque. No lo permitiré, Diana. No sabes lo terco que puedo ser.

—Creo que voy comprendiéndolo —declaró con talante bromista.

—¿Quieres ser mi esposa?

La pregunta era la consecuencia natural de lo compartido y de lo que se habían jurado y dicho; no obstante, la tomó por sorpresa. Sobre todo, la halagó, la colmó de dicha. Nunca le habían propuesto matrimonio.

—Sí —contestó, resuelta, segura, decidida, y la sonrisa de Kovać pareció iluminar el entorno—. Sí, amor mío. Gracias por pedírmelo.

Kovać la abrazaba y le bañaba el rostro y el cuello con besos; en tanto, repetía:

—Gracias a ti por aceptarme. No sabes lo feliz que me haces. Nos casaremos apenas haya arreglado mis asuntos con la Iglesia. Estimo que en un par de meses todo estará listo. No puedo esperar, Diana.

—Y seremos una familia con Dare.

—Y con Larysa —añadió él, y La Diana recibió la declaración como un golpe en el estómago.

—No —gimoteó.

—Sí.

—No la hallaremos nunca.

—Del mismo modo en que nos hallamos el uno al otro, hallaremos a nuestra Larysa, porque sin ella no estamos completos. Quiero que te convenzas de eso.

La Diana ahogó un sollozo.

—¿Y si no la hallamos?

—Nunca dejaremos de buscarla. La encontraremos. Así como soy terco, soy perseverante.

La Diana se echó a llorar.

—Dios me castigará por haberla abandonado y nunca me la devolverá.

—¿Deseas recuperarla? —Asintió contra el pecho de él—. ¿Cuánto deseas hallarla?

—Es lo que más deseo en esta vida además de hacerte feliz.

—Entonces la hallaremos porque la misericordia de Dios es infinita y tu corazón de madre, inmenso.

Lloró en los brazos del hombre que la había sanado, y en tanto se desahogaba pensó que no cometería el mismo error, pues así como había sido escéptica respecto a la capacidad de Kovać para cortar las cadenas que la aprisionaban, en ese instante decidió creer en lo que él creía, que Larysa algún día sería parte de sus vidas. No se detendría a meditar en que la probabilidad de hallarla era baja, ni en que, si la encontraban, la pequeña podía haber sido legalmente adoptada por otra familia. No permitiría que nada de eso arruinase el ímpetu con que se lanzarían en su búsqueda.

—Tenemos que volver —apuntó Kovać—. Está amaneciendo y lo peor de la tormenta ha pasado.

Prepararon té y calentaron otra lata de ravioles. Salieron por turnos a orinar y arrojaron cenizas para neutralizar el olor. Comidos y descansados, se alistaron para iniciar el recorrido de cinco kilómetros. Reemprendieron la marcha en un clima gélido pero sin viento y con el cielo límpido y cerúleo; ni una nube lo mancillaba. Kovać caminaba pocos pasos detrás de La Diana, que repartía su atención entre el GPS y el entorno.

Se detuvo de golpe cuando una ráfaga de viento arrastró un aroma que desentonaba con el del bosque. Olor a cigarrillo, dedujo. Se volvió hacia Kovać y le pidió silencio con el índice sobre los labios. Le indicó un arbusto cubierto de nieve tras el cual se acuclillaron.

—Creo que alguien se aproxima —le explicó al oído.

—Tal vez sea un cazador —sugirió Kovać, y La Diana negó con la cabeza, pues resultaba improbable que un cazador fumara, consciente de que el peculiar aroma habría alertado a la presa.

Se mantuvieron atentos, los sentidos aguzados, los cuerpos en tensión, hasta que los alcanzaron las primeras voces, al principio un murmullo lejano e irreconocible que, con el transcurrir de los minutos, se tornó claro e identificable. La Diana se asomó por encima del arbusto y se agachó rápidamente. Kovać la interrogó con la mirada.

—Son ellos —susurró, y no le informó que además de Debeli, Čedo y otros dos traficantes, formaban parte del grupo el general De Souza, Piersanti Righi y el indio navajo Atsa Adakai, el mejor rastreador que conocía después de Sibi Kamongo. Con él en el grupo, sería cuestión de poco tiempo antes de que los hallasen solo por seguir

la estela del olor a humo o el aroma del pescado asado o por el indicio de una rama quebrada. Probablemente, se dijo, habían triangulado la señal del TACBE.

—No volveré a repetirlo, Debeli —se oyó la voz de un hombre, que La Diana reconoció enseguida: era Atsa Adakai—. Apaga el cigarrillo. El aroma del tabaco me confunde sin mencionar que Diana lo olerá y sabrá que estamos cerca.

—¡Maldita! —masculló Debeli en serbocroata, para después añadir en inglés—: Esa Huseinovic es una gata rabiosa. ¡Ya liquidó a varios de mis hombres! Y mire, general, ¡mire cómo me dejó la nariz! Y no me haga que le muestre el tajo que me hizo en el brazo con esos cuchillos del demonio que tiene. Ustedes la entrenaron y la convirtieron en esa máquina letal, pues ustedes tendrán que atraparla. No seguiré arriesgando el pellejo ni el de mis hombres por esa... chiflada. Si quiere a Svetlana, general, tendrá que atrapar primero a la Huseinovic. Eso sí, sin tocarle un pelo. Sabe bien que el *vojvoda* la quiere para él y que le hará tragar las pelotas si la lastima.

«Si quiere a Svetlana, general». ¿Qué tenía que ver De Souza con la muchacha embarazada? Lo comprendió enseguida. Svetlana llevaba en el vientre el hermano salvador de la enfermiza Inés de Souza. Todo encajaba. Siendo parte de la red de tráfico del *vojvoda*, había podido elegir a la que cumpliese con los requisitos genéticos para diseñar el niño que ayudaría a su hija. ¡Maldito puerco bastardo! Se mordió el puño. Alzó la vista y se topó con la expresión alterada y preocupada de Kovać.

—¿Qué es esa historia de que el *vojvoda* te quiere para él?

No contó con tiempo para asegurarle que le explicaría después. Los sorprendieron por detrás y les calzaron las pistolas a la altura de los riñones.

—Diana, no emitas un sonido —le ordenó una voz que ella conocía como la propia.

Se dio vuelta y se topó con dos hombres ocultos tras pasamontañas negros.

—¿Nanuk? —susurró.

El hombre se descubrió la cabeza y le reveló el rostro tan familiar y querido. Su primer impulso fue arrojársele al cuello y abrazarlo; el arranque murió de inmediato, y no a causa de la fobia. Se mantuvo quieta al meditar que quizá Nanuk formaba parte de la red de tráfico. La posibilidad la devastó. Movi6 la vista hacia el otro hombre que en ese momento se quitaba el pasamontaña. Era Daen van Groen.

—Sé que estás confundida —manifestó Nanuk—, pero no es momento para hablar. Los tenemos sobre nosotros. Es imperativo alejarnos. —La Diana se quedó mirándolo con actitud recelosa—. Diana, confía en mí. Estamos aquí para sacarte de este lío.

Asintió, demasiado perpleja para discutir o embarcarse en un interrogatorio. Dirigió la vista hacia Kovać y lo encontró alternando vistazos poco amigables entre Nanuk y Van Groen. Entrelazó los dedos con los de él y le sonrió para tranquilizarlo.

—Son amigos, amor —le aseguró en serbocroata—. Nos ayudarán.

Volvió a mirar a sus compañeros y se dio cuenta de que los dos fijaban la vista en las manos unidas. El grupo compuesto por los traficantes y los militares de L'Agence pasó a pocos metros del arbusto y siguió con rumbo hacia el suroeste.

—Instalamos una radio a varios kilómetros de aquí para despistarlos —informó Nanuk—. Han hecho una triangulación y están siguiendo el rastro de la señal. Vamos.

Avanzaron uno detrás del otro con las cabezas agachadas y los torsos casi paralelos al terreno buscando camuflarse con la vegetación. Faltando poco para el refugio, a La Diana la asaltaron de nuevo los resquemores. ¿Y si era una trampa? ¿Y si Nanuk y Van Groen en verdad pertenecían al grupo de traficantes y estaban engatusándola? «¿Qué te dicta el instinto?», la habría interrogado el general Raemmers. Tras responderse, siguió adelante, aunque las dudas persistieron.

No bien entraron en la cabaña, Darko se puso de pie de un salto y con un alarido que se convirtió en llanto corrió hacia Kovać, que cayó con una rodilla por tierra y lo envolvió en sus brazos. La Diana, olvidada de todo, se arrodilló junto a ellos y los abrazó a su vez.

—¡No vuelvas a irte nunca más! —le ordenó Darko entre espasmos y sollozos.

Kovać se limitaba a susurrar «no» una y otra vez y a besarlo en la coronilla. Al notar que el niño se calmaba, La Diana se puso de pie y se quitó los guantes para secarse las lágrimas con las manos. Se detuvo ante las expresiones azoradas de Nanuk y Van Groen.

—¿Quiénes son estos? —se preocupó Goga.

—Son amigos —explicó La Diana y le preguntó—: ¿Enviaste la señal con el TACBE?

—No. Me dijiste que si había tormenta no lo hiciese. Me disponía a hacerlo ahora, solo que...

—Está bien. Es mejor que no lo hayas hecho.

Con un ademán de cabeza, invitó a sus compañeros de L'Agence a alejarse hacia un rincón para conversar. Se les unió Kovać con Darko pegado a la pierna. Hablarían en inglés, por lo que el niño no comprendería nada en caso de que mencionasen cuestiones inapropiadas.

—¿Qué hacen aquí? —los increpó La Diana con los brazos cruzados en el pecho, y como percibió la reluctancia de sus compañeros a hablar frente a Kovać, aclaró—: Les presento a Lazar Kovać. Todo lo que tengan que decirme, él deberá escucharlo. Lazar, ellos son Nanuk Christiansen y Daen van Groen, amigos y compañeros de trabajo.

Se dieron la mano con actitud recelosa.

—¿Qué hacen aquí? —insistió La Diana después de los saludos.

—Vinimos a ayudarte —respondió Nanuk.

—¿Cómo me encontraron?

—Gracias al transmisor que Raemmers me pidió que colocase en tu dije, el del narval.

—¡Qué!

—Baja la voz, Diana —ordenó Nanuk—. Esos tipos están cerca.

—Explícame lo del narval.

—El general quería saber dónde te encontrabas a cada momento.

—¿No confiaba en mí?

—Confiaba en ti más que en mí, más que en nadie. Te adoraba como a una hija, y lo sabes. Lo hizo para protegerte, porque desde hacía un tiempo sospechaba que había elementos corruptos en L'Agence y temía por tu seguridad.

—¿Cómo sabías que estaba metida en esta mierda?

—Daen me avisó que te están dando caza.

La Diana movió la vista hacia Van Groen y lo interrogó sin palabras.

—Lo supe cuando los hombres del *vojvoda* nos llamaron para pedirnos que te rastreásemos y te prendiésemos. Días atrás se enteraron de que tienes a la muchacha, la tal Svetlana, a quien también estamos buscando.

Entrecerró los ojos y lo miró con fijeza. Sus labios fueron separándose a medida que la verdad calaba en su entendimiento.

—Eres uno de ellos. —Van Groen se limitó a sostenerle la mirada—. Eres uno de esos hijos de puta, maldito bastardo.

—Diana —intervino Nanuk, pero ella no habría entendido razones.

Se abalanzó sobre Van Groen, que cayó pesadamente e hizo retumbar los tablones del piso. Le descargó varios golpes en el rostro y lamentó haberse quitado los mitones, pues en ese caso lo habría golpeado con la manopla de plomo insertada entre el cuero y el forro. Se vio sustraída por una fuerza muy superior a la de ella, y aunque sacudió los brazos y agitó los pies en el aire, no logró zafarse.

—Tranquila, amor. Tranquila.

La voz de Kovač poseía un influjo que la serenaba y quedó laxa contra su pecho.

—Debí dejar que te desangrases en Tiráspol —masculló sin aliento—. Maldito gusano.

—Sí, habría sido lo mejor —admitió el holandés, al tiempo que se incorporaba con la ayuda de Nanuk, que le entregó un pañuelo para que se limpiase la sangre que le brotaba de la nariz.

Descubrió a las jóvenes congregadas en una esquina de la cabaña. La observaban con expresiones afligidas. Percibió el calor de unas manitas en la cintura y descubrió que Darko la abrazaba.

—Discúlpame, Dare. No debí hacer lo que hice.

—Está bien —susurró el niño.

—Urge salir de aquí —intervino Nanuk—. Tenemos una camioneta escondida cerca de la ruta.

—Un helicóptero vendrá a buscarnos al mediodía desde Camp Bondsteel —informó La Diana—. Creo que será menos arriesgado que la camioneta. Además... —Se volvió hacia Goga y se dirigió a ella en inglés—. ¿Cómo está Selin?

—Sigue igual. Anoche recuperó la conciencia durante media hora y conseguí que comiese un poco de pescado y bebiese agua. Pero no ha vuelto a despertar desde entonces.

—Nanuk, tenemos una recién parida y una heroinómana en grave estado. Trasladar a todo este grupo por el bosque sería suicida.

—Sí —acordó mientras estudiaba a las mujeres y a los niños—. Tienes razón, lo mejor será esperar el helicóptero. ¿Dónde será la LZ? —quiso saber, y aludía a la *landing zone*, o zona de aterrizaje.

—En un claro a un kilómetro aproximadamente.

Eran casi las diez de la mañana. Se organizaron las guardias para escudriñar los alrededores. Estaban bien armados, pues a las pistolas de La Diana y de Kovać se le sumaban el fusil Heckler & Koch G36 de Nanuk y el Diemaco de Van Groen.

Se decidió que Van Groen y Nanuk comenzarían con la vigilancia. La Diana, Kovać y Goga se dedicarían a preparar al grupo para la huida. Acomodaron a Selin en la colchoneta, seca para entonces, y la ataron firmemente bajo la manta isotérmica. Senada aseguró que podría trasladarse por sus medios, y en tanto Shivani con su brazo en cabestrillo le enseñaba a Brikena cómo improvisar un portabebé, La Diana hizo otro tanto con Senada empleando una de las mantas que había en el refugio.

—Me alegro de que hayas decidido amamantar a tu pequeña. Yo abandoné a la mía y la culpa no me deja vivir.

—El padre Lazar me convenció, pero aún no sé si me la quedaré —admitió la muchacha con profunda tristeza en la voz.

—¡No la abandones! —la instó con una vehemencia que alarmó a la madre adolescente—. Nosotros te ayudaremos a criarla, haremos lo que sea necesario, pero no te separes de ella. Si lo haces, será como haberte arrancado un pedazo de corazón y nunca volverás a vivir normalmente. Créeme.

—¿Ustedes me ayudarán? —lloriqueó Senada mientras acariciaba la cara de la recién nacida, lo único que asomaba de entre las prendas en que la habían envuelto.

—Sí, lo haremos, como lo hemos hecho hasta ahora. Te lo prometo. ¿Cómo la llamarás?

—Como tú, Diana, porque la ayudaste a nacer y eres la mujer más valiente que conozco.

Se le colmaron los ojos de lágrimas. Asintió en silencio.

* * *

Se sentó en el suelo junto a Van Groen, que le lanzó un vistazo antes de continuar con la vigilancia del exterior.

—¿Cómo está tu pierna? —preguntó en señal conciliadora.

—En perfecto estado.

La Diana asintió antes de exigir:

—Cuéntame todo.

—¿Qué quieres saber? —preguntó sin mirarla y con voz indiferente.

—Quiero saber cómo fue que Tango se involucró con esas mierdas —puntualizó, y debido a la fuerza de la costumbre, llamó a De Souza por el nombre por el que era conocido en L'Agence.

—No fue Tango, Diana. Fue Charlie. Por lo que sé, uno de los socios del *vojvoda*, Flavio Gabrielli, un tipo muy conocido en el mundo del tráfico, del tráfico que sea —aclaró—, metió a Charlie en esto.

—Gabrielli traficó con niños durante la guerra, el muy hijo de puta —señaló La Diana, pues estaba acordándose del artículo de Albert Coleman.

—Ya, ese mismo. Gabrielli y Charlie son amigos desde los tiempos de la escuela primaria. Luego sus caminos se bifurcaron: Charlie ingresó en el ejército italiano y Gabrielli empezó como pequeño despachante de cocaína. Es un hombre ambicioso y ladino. No es de extrañar que en poco tiempo haya copado el manejo de la droga en el norte de Italia. Y junto con la droga llegaron el tráfico de armas y el de personas. Él pone las manos en cualquier negocio que rinda ganancias de manera rápida y en grandes cantidades. Volvieron a encontrarse con Charlie hace unos años y retomaron la amistad, una amistad que para Charlie ha sido más que redituable.

—¿Y Tango?

Van Groen se volvió con lentitud deliberada y le destinó una mirada entre burlona y seria.

—¿Tanto te cuesta creer que es un corrupto? Es un ser humano después de todo.

—Dicen que mandó matar a su mujer.

—No él, sino el *vojvoda*. Por supuesto, Tango lo sabía y no se opuso. Sospecho que esto es más grande de lo que parece, Diana, y creo que el tráfico humano es solo la punta del iceberg.

—Cuéntame —insistió—. ¿Por qué Tango entró en el tráfico humano?

—Por dinero, Diana, ¿por qué mierda va a ser? Por la misma putísima razón por la que entramos todos.

—¿Quiénes son todos?

—Además de Charlie, Tango y yo, están involucrados Diné —Van Groen hablaba de Atsa Adakai— y Raoul Kaiser.

—¿El responsable del sector informático de L'Agence?

Van Groen asintió, y La Diana soltó un bufido al tiempo que comprendía por qué el jefe de Janice se había enfadado cuando la subalterna se atrevió a hacer preguntas acerca del funcionamiento del sistema de circuito cerrado durante el domingo en que Raemmers había muerto.

—¿Quién mató al general?

—Charlie, con la ayuda de Diné.

Bajó lentamente los párpados y se mordió el labio para atrapar el rugido de impotencia, dolor y rabia que le bullía en el pecho y le calentaba los ojos de lágrimas. Su querido general traicionado y asesinado por la gente que él mismo había reclutado y adiestrado.

—¿Por qué lo mataron? —exigió saber.

—No conozco los detalles, pero sé que estaba rozando la verdad. Creo que sospechaba de Tango.

—¿Cómo lo hicieron?

—Fue un golpe maestro por parte de Charlie asesinarlo el día del aniversario de la muerte de la nieta, sin mencionar que lo acorralaron en el polígono, cuando tenía las manos llenas de restos de pólvora.

—¡Lo sabía! Malditos, malditos sean. ¿Y qué puedes decirme de las muertes de Carrie Stewart y de su novio?

—Entiendo que de ese asunto se ocupó Debeli, pero fue Kaiser el que le dijo dónde encontrarla.

—¿Cómo lo supo?

—Gracias a la computadora personal del general. Cuando Charlie y Diné fueron a dejar el cuerpo a su departamento en Belgravia, Kaiser los acompañó y se hizo de la computadora de Raemmers. Logró descubrir una casilla de correo que usaba para contactarse con la Stewart. Hackeó la dirección de la chica y, gracias al IP, supo dónde se hallaba. En Ámsterdam. Como su pareja había sido un ex empleado de la Baywatcher que vivía en esa ciudad, no fue difícil establecer la conexión y hallarla. Los eliminaron, sí, pero no dieron con lo que buscaban, unos legajos comprometedores, según entiendo.

La Diana permaneció callada mientras repasaba los pocos datos que había acumulado durante la investigación; no deseaba que nada se le escapase. Lamentó no tener frente a ella el afiche que había diseñado con la información recolectada.

—¿Qué relación hay entre Tango y la Baywatcher?

—Presta servicios como asesor. Claro que —se apresuró a aclarar Van Groen— ser asesor de una empresa militar y funcionario de la OTAN está prohibido. Son dos actividades que se excluyen mutuamente. Pero el dinero que le paga la Baywatcher es tentador, y él aduce que los costos a causa de la enfermedad de su hija no paran de subir.

—¿Sabes cómo se convirtió en asesor de la Baywatcher?

—No tengo idea. Pero no es de extrañar que las autoridades de la empresa lo hayan contactado siendo él el peso pesado que es... que era —se corrigió— dentro de la OTAN.

—Ya —concedió—. ¿Por qué llenaron de micrófonos mi departamento? Yo no soy nadie.

Van Groen soltó una risita irónica.

—Eras la favorita del general, eras a quien más quería además de Arrow —afirmó, empleando el nombre de guerra de Nanuk—. Todos sabíamos que, con Arrow desaparecido, tú te convertirías en su confidente y mano derecha, como realmente sucedió. Tango ordenó a Kaiser que colocase los micrófonos por si a Raemmers se le ocurría confiarse contigo en tu casa, lo cual nunca sucedió.

—El general era diez veces más inteligente y ladino que Tango.

—Pero acabó asesinado. Si te sirve de consuelo —retomó Van Groen—, la carrera de Tango está acababa, lo mismo la nuestra. Hace dos días se dio a conocer en la prensa un video en el cual aparecen Tango y Charlie con dos chicas. Claramente dos menores —añadió.

—¿Dos víctimas del tráfico? —simuló no saber. Van Groen contestó que sí—. Y, ¿qué sucedió?

—Fue un terremoto, como imaginarás. No solo se trata de dos menores sino que resulta obvio que no participan voluntariamente de la fiesta.

—¿Cómo fue que se expusieron de ese modo? ¿Cómo cayeron tan fácilmente en la trampa? Ni que fuesen aficionados. ¿No sospechaban que se trataba de una celada?

—Estaban borrachos y drogados. No sabían lo que hacían. Yo me encontraba con ellos, pero por suerte caí inconsciente después de varias líneas de cocaína y de unos cuantos vasos de esa bebida de los serbios, esa con nombre impronunciable. Debeli los engatusó. Tenía todo preparado. Con ese video, el *vojvoda* los tenía agarrados de las pelotas.

—Me dices que el video llegó a la prensa —lo instó a continuar.

—Sí. Todo empezó hace un par de días cuando un reportero de *The London Times* publicó un artículo que ocupó la primera plana denunciando el tráfico de personas en Bosnia e involucrando a autoridades de la OTAN. Ese mismo día, el video se mostró en los noticieros de todo el mundo. Tú has estado aislada y escapando por tu vida, pero en las últimas cuarenta y ocho horas, allá fuera se ha desatado una tormenta de proporciones inimaginables. El video no solo llegó a manos de la prensa sino que una copia terminó en las oficinas de la Scotland Yard.

—¿Y?

—Se emitieron órdenes de arresto para Tango y Charlie. La cúpula de la OTAN intervino L'Agence y ahora todos estamos siendo investigados. Por supuesto, Tango y Charlie huyeron y entraron en la clandestinidad. Supongo que le pedirán protección al *vojvoda*.

—¿Cómo fue que el video comenzó a circular?

—Según entiendo, por orden del *vojvoda*. Charlie amenazó con abrirse y armar su propio negocio de tráfico si no le daban un porcentaje más alto. El *vojvoda* le advirtió de la existencia del video, pero ya conoces a Charlie: es un kamikaze que se cree más listo que todos. Siguió adelante con su pequeño motín y el *vojvoda* cumplió con su palabra. Ahora no le quedará otra alternativa que volver al seno de la organización y

avenirse a lo que disponga el jefe. Están quemados. A menos que se hagan una cirugía que les cambie los rostros, él y Tango están quemados —remarcó.

—¿Quién es el *vojvoda*?

—No lo sé, jamás lo he visto. Diné y yo somos peones y nos cuentan poco y nada. Es mejor así.

—¿Fuiste tú el que les avisó que invadiríamos el laboratorio en Tiráspol?

—No, fue Charlie porque *tú* se lo dijiste en el aeropuerto de Estrasburgo.

—Sí, lo imaginé —se desanimó.

—Como te comentaba —prosiguió el holandés—, Diné y yo somos simples peones. No teníamos idea de que ese laboratorio pertenecía al *vojvoda* ni que lo regenteaba su mano derecha.

—¿Saben que estás traicionándolos? ¿Saben que estás ayudándome?

—No, por eso me cubro con el pasamontañas.

—¿Y buscaste a Arrow porque supusiste que él conocería mi paradero?

—Ustedes eran carne y uña, siempre estaban juntos. Me dije que él sabría dónde hallarte. Por cierto, hiciste un excelente trabajo cuando desapareciste. Debeli y sus hombres se volvieron locos buscándote.

—Me encontraron en Escocia —le recordó La Diana.

—Pero después de eso te ocultaste bien. Mientras estabas en Escocia, Charlie intentó embaucarte una vez con lo del robo de tu departamento; quería atraerte a Londres. Después, cuando desapareciste por completo, hizo de todo para ubicarte. Una vez lo llamaste, pero no consiguió rastrear la llamada. Cortaste antes de que pusiese en funcionamiento el aparato de rastreo. Y resultó que el general te tenía monitoreada. Pero el sistema, uno viejo que ya está en desuso, pertenece a L'Agence y, como imaginarás, no podíamos pedirle a Kaiser que te ubicara. Nanuk sabía que Janice te debía un favor y que estaba muy agradecida contigo. La contactamos y fue ella quien te encontró.

—Espero que no le traiga problemas.

—Borró todo, aun el *software*. Ahora lo tiene Nanuk.

—¿Cómo diste con él?

—¿No recuerdas que estábamos juntos la tarde en que lo vimos por televisión en Bucarest?

—Sí, pero no recuerdo que tuviese pegado en la frente un cartel con su domicilio y teléfono, ¿o sí?

Van Groen bajó el rostro para ocultar una sonrisa.

—Seguí el rastro de su jefe, el magnate Ilić, así fue cómo lo ubiqué. Con toda esa mierda de la epidemia del virus de Marburgo, está a diario en los medios, y sabía que se encontraba en Ginebra reunido con las autoridades de la OMS. Fui a buscarlo allí.

—¿Tanta molestia solo para ayudarme? —preguntó, incrédula.

—Me salvaste la vida, Diana. Por si no lo recuerdas, en Tiráspol me salvaste la vida, a mí, a quien odias y culpas por lo que les sucedió a tus padres y a tu gente.

Nunca lo olvidaré. Además estoy harto de esta vida de mierda y me doy asco por no haber hecho nada en Srebrenica. Salvándote a ti, en cierto modo me salvo a mí mismo.

—Entonces, ¿fuiste tú el que me envió el mensaje al celular de L'Agence para advertirme que me perseguían?

—Sí, fui yo. No sé por qué razón pero el *vojvoda* le puso talla a tu cabeza y movilizó a todos sus hombres, Diné y yo incluidos, en una búsqueda implacable. — Van Groen la miró fijamente antes de preguntarle—: ¿Quién es el *vojvoda*, Diana?

—No lo sé —mintió.

—¿Por qué crees que te persigue?

—Será porque sabe que Raemmers me pidió que prosiguiese con la investigación del tráfico humano en los Balcanes.

—Pero los tiempos no cuadran —señaló el holandés—. A tu cabeza se le puso precio después de que Zver consiguió escapar...

—Ayudado por De Souza, ¿verdad?

—Sí, él y Charlie organizaron la fuga.

—Malditos —insultó La Diana mientras recordaba la farsa que había interpretado De Souza aquel día en su oficina mientras Euronews informaba que un criminal de guerra se les había escapado a las autoridades holandesas.

—Te decía que los tiempos no cuadran —retomó Van Groen—. El *vojvoda* te busca desde la huida de Zver, es decir, desde antes que tú te embarcases en esta investigación. Cuando se enteró gracias a Zver de que trabajabas para L'Agence, convocó a Charlie y a Tango, y ellos a nosotros, para que te condujésemos a él. No — insistió—, el *vojvoda* no quiere dar contigo por tu investigación sino por otra cosa. Además, no busca eliminarte. Ha dicho que le cortará los testículos a quien te haga daño.

«Y lo sé muy capaz de hacerlo llegado el caso», meditó La Diana.

—No tengo idea de por qué me busca —replicó con sinceridad, pues en verdad no sabía por qué Vuk, después de tantos años, quería verla como no fuese para cobrarse lo que le había hecho—. ¿Y Nanuk se fio de ti, así nada más? ¿No sospechó de tu interés?

—Por supuesto que sospechó. Y lo cierto es que no tenía cómo ganarme su confianza como no fuese contándole la verdad. Se convenció cuando le dije que tú eras una de las que estaba guiando al grupo de víctimas del tráfico humano que huía de Bosnia y del cual todo el mundo estaba hablando.

—¿Todo el mundo estaba hablando? —se pasmó.

—Diana, salvo tu nombre, que no se ha mencionado para nada, creo que no hay persona que no conozca las desventuras que están viviendo las autoridades de Duga Sarajevo. El mundo entero está a la espera de que ustedes aparezcan con vida. Se hacen las especulaciones más locas acerca de cuál fue su destino. La fiscal... — chasqueó los dedos en el ademán de ayudarse a recordar.

—¿Bosa Dretar?

—Esa misma. Pues la fiscal Dretar, con el rostro desfigurado y aún en una cama de hospital, dio una conferencia de prensa que ha hecho que Bosnia arda en llamas. Se desató un escándalo que ha sacudido los cimientos de la misma ONU y de la OTAN.

—Diana.

Se giró y se enfrentó a Nanuk. Aún no había hablado con él. Temía acabar peleada, y en esas circunstancias habría sido poco recomendable. Lo cierto era que la ayuda de su amigo y de Van Groen les había llegado del cielo, pues con los traficantes y los agentes de L'Agence tan cerca, ella y Kovać no habrían resistido mucho tiempo.

—¿Qué?

—Es hora de que nos movilicemos. De acuerdo con las coordenadas que me diste, el lugar del encuentro está casi a un kilómetro. Con tantos civiles y una de las muchachas inconsciente, tardaremos el doble de lo usual.

Se puso de pie. En tanto se preparaba y controlaba el cargador de la HP 35, Nanuk volvió a aproximarse y le preguntó:

—Lazar Kovać es serbio, ¿verdad? —La Diana asintió, la mirada fija en la pistola—. ¿Quién es él para ti, Diana? ¿Es un conocido o amigo de Srebrenica? Me parece que él cree tener ciertos derechos sobre ti porque recién, cuando quise apartarte de Foxtrot para evitar que lo matases, me lo impidió para hacerlo él. ¿Quién es? —volvió a inquirir.

—Es mi futuro esposo —declaró, y como Nanuk se quedó mudo, mirándola con expresión confusa, añadió—: Es el hombre con quien me casaré si logramos salir con vida de esta mierda.

—Nunca me hablaste de él.

—Nunca te hablé de él porque lo conocí... Hoy es miércoles 27, ¿verdad? —Nanuk se lo confirmó—. Pues lo conocí hace nueve días en Sarajevo.

—*Are you fucking kidding me?*

—No, ¿por qué bromearía con un asunto tan serio? Estoy diciéndote la verdad.

—Pero si ni siquiera soportas que tus amigos te rochemos casualmente. ¿Cómo es que este hombre, al que conociste poco más de una semana atrás, puede tocarte y va a convertirte en su esposa? ¡No tiene sentido, Diana!

—Ah, Nanuk —dijo, y le sonrió con fingida candidez—, deberías ver cuántas cosas no tienen sentido, como por ejemplo que tu mejor amigo, a quien le habrías confiado la vida, desaparezca sin dejar rastro y se niegue a responder tus llamadas o a contestar tus mensajes.

—Diana...

Alzó la mano para acallararlo.

—Ahora no, Nanuk. Necesitamos estar concentrados en lo que nos espera, y una conversación contigo me desestabilizaría. Pero ten por seguro que tú y yo hablaremos

y aclararemos hasta la última cuestión.

CAPÍTULO XXI

*Arcángel San Miguel, defiéndenos en la lucha.
Sé nuestro amparo contra la maldad
y las asechanzas del enemigo.*

Extracto de la oración a San Miguel Arcángel,
de León XIII, sumo pontífice católico
(1810-1903)

La Diana terminó de ajustar las correas que sujetaban a Darko a la espalda de Kovać y lo besó en el carrillo.

—¿Estás cómodo, *moje blago*?

—Sí. Tú estarás cerca de nosotros todo el tiempo, ¿verdad, Diana?

—Sí, justo detrás de ustedes. No te preocupes. Volarás en helicóptero y verás qué divertido es.

—Tengo miedo —lloriqueó el niño, y La Diana volvió a besarle la mejilla.

—Lazar y yo te protegeremos siempre, *moje blago*. Nada te sucederá. Quiero que estés tranquilo.

Kovać se dio vuelta y la miró con seriedad antes de inclinarse y robarle un beso que quizá pretendía ser un simple roce de labios, pero que acabó por convertirse en un acto apasionado cuando La Diana lo sujetó por la nuca y lo penetró con la lengua.

—No veo la hora de que esto acabe —susurró Kovać— porque ya no puedo esperar para comenzar mi vida contigo. La mejor parte de mi vida.

—En pocas horas la comenzaremos, amor mío. Todo saldrá bien —aseguró ella porque quería impregnarse de su optimismo natural.

Van Groen y Nanuk ayudaban a las muchachas a prepararse: a Brikena, que transportaría a Oana; a Senada, que haría otro tanto con la pequeña Diana; a Goga, que llevaría a Zaína a la espalda, y por último a Julie, que se había ofrecido para arrastrar la colchoneta con Selin. Habían decidido que formarían una fila encabezada por Nanuk, flanqueada por Van Groen y con La Diana en la retaguardia.

—¿Tu futuro esposo sabe disparar? —le había preguntado Nanuk unos minutos antes al enterarse de que Kovać estaba armado.

—Sí.

—¿Estás segura? En los medios de prensa se dice que es un sacerdote, no un gánster.

—No creas todo lo que dice la prensa, querido amigo.

Antes de abandonar la cabaña, Van Groen y Nanuk emplearon unos minutos para hacer un reconocimiento de los alrededores, al cabo del cual le informaron a La Diana, a través del *walkie-talkie* que acababan de entregarle, que estaba despejado. Svetlana, Selin y las mujeres con niños iban en el centro de la hilera por ser más vulnerables, bien custodiadas por el holandés, quien, lo mismo que Nanuk, portaba el fusil en posición de ataque: calzado en el hombro, sin seguro, el índice derecho en el gatillo y el cañón apuntando hacia delante.

Se trataba de una misión de alto riesgo en la cual la presencia de tantos civiles la habría convertido en un desafío para cualquier escuadra de élite. Les habían indicado a las muchachas que caminasen en el más absoluto silencio, que pisasen las huellas que imprimía la persona que iba delante de ellos y que estuviesen atentas a las señas previamente acordadas que haría Nanuk.

Se desplazaban por el bosque, entre los árboles y los arbustos, con exasperante lentitud por lo dificultoso que resultaba caminar con más de cincuenta centímetros de nieve, sin mencionar el tiempo que insumían las precauciones para detectar las minas antipersonales. A cada paso, La Diana se preguntaba si no saltarían por el aire, y aunque se recordaba que el parque nacional Sutjeska había sido desminado por los zapadores de la OTAN no se fiaba, y solo descansaba en la habilidad de su amigo inuk para identificar los indicios.

El sol resplandecía después del temporal. No obstante, en el sombrío paisaje boscoso, donde los rayos no penetraban debido a la espesura que formaban los pinos negros y los abetos, el frío era de varios grados bajo cero, y La Diana, desde la retaguardia, observaba cómo comenzaba a minar la voluntad de las muchachas mal dormidas y mal alimentadas. Consultó el GPS y comprobó con alivio que les quedaban pocos metros hasta alcanzar el claro cerca del arroyo.

Nanuk elevó la mano derecha con el índice y el mayor extendidos, gesto convenido que significaba «detenerse», y el grupo frenó el avance. La Diana no se atrevió a dejar sin cobertura la retaguardia y esperó con paciencia a que Daen van Groen se aproximase.

—Nanuk asegura que avistó a alguien que avanza desde el suroeste —susurró—. Podría tratarse de cazadores o turistas. —La Diana torció la boca en una mueca que expresaba su disenso—. Nos esconderemos hasta que pase el peligro.

Rápidamente el grupo actuó como lo estipulado en esa circunstancia: se agruparon detrás de La Diana y de Kovać, quien, con Darko a cuestas, ayudó a Julie a arrastrar la colchoneta con Selin. Se ocultaron tras un montículo de nieve que, probablemente, escondía una roca de grandes dimensiones. La Diana, en cuclillas, se cruzó el índice sobre la boca y le pidió a Darko, que le lanzaba vistazos implorantes, que guardase silencio. Se besó el dedo y se lo apoyó en la frente, lo que pareció tranquilizar al pequeño.

Los minutos se sucedían, y el frío y las posiciones incómodas inquietaban al grupo. La Diana escuchó el mensaje en código morse que les transmitió Nanuk

empleando el botón intercomunicador del *walkie-talkie*. «Son ellos», confirmó. La Diana se cubrió con la capucha blanca de la Napapijri y se asomó para escudriñar la lejanía con el monocular antirreflejo. Activó el telémetro incorporado, el cual calculó que el enemigo se encontraba a una distancia de cien metros hacia el sur, justo la dirección que ellos debían tomar para llegar al claro.

La banda conformada por traficantes y soldados de élite avanzaba entre los árboles; aparecía y desaparecía en la vegetación. Iban callados y atentos. La Diana consultó la hora: faltaban diez minutos para las doce del mediodía. El tiempo les jugaba en contra; si el helicóptero llegaba y sus persecutores seguían allí, estarían perdidos. Se interponían entre ellos y el punto donde aterrizaría Zlatan Tarkovich. A las once y cincuenta y cinco, Nanuk les envió otro mensaje en código morse. «A mi posición. Formaremos un muro entre el enemigo y los civiles». Adoptaba la voz de mando sin necesidad de aclaraciones previas, tal como había sido cuando se desempeñaba como jefe de La Dos. La Diana le entregó su *walkie-talkie* a Kovać y le explicó el plan al oído.

—Si te doy la orden por radio, no dudes un instante y corre con las muchachas hasta el claro. Es en aquella dirección. Que Julie se deshaga de las correas. Nosotros nos ocuparemos de Selin. Corre en línea recta y hallarás el claro sin problema. Anna lo conoce.

—¿Y tú? Estás loca si piensas que te dejaré atrás.

—Estaremos con Nanuk y Daen cuidándoles las espaldas. Correré detrás de ti apenas escuche el helicóptero. No te perderé de vista, amor, te lo prometo. —Kovać se la quedó mirando con suspicacia—. Lazar, no tenemos otra opción. Por favor, ten confianza en mí.

—No subiré al helicóptero sin ti, Diana. Estás advertida. —Kovać la sujetó por la nuca y la besó con agresividad. Se despidieron con una larga mirada.

La Diana y Van Groen alcanzaron a Nanuk minutos más tarde. No hablaron; estando en la vanguardia, demasiado cerca del enemigo, el vapor que expelerían sus bocas los delataría. Se mantuvieron silenciosos y alertas, los binoculares apuntados hacia el grupo que los perseguía. Por fortuna se retiraban. Si Tarkovich se demorase tan solo unos quince minutos lograrían escapar sin problemas.

El llanto de la pequeña Diana rasgó la quietud del bosque y, en ese ambiente de aire puro y liviano de montaña, el sonido se propagó entre los árboles con nitidez. Los traficantes se detuvieron en seco y volvieron las miradas hacia atrás. La Diana sabía lo que tenía que hacer.

—Lazar —ordenó a través del *walkie-talkie* de Nanuk—, con las cabezas agachadas, corran hacia la zona de encuentro. Cambio.

—Entendido. Cambio y fuera.

Nanuk y Van Groen abrieron fuego para detener a los traficantes, que se guarecieron tras los árboles y respondieron con sus pistolas y fusiles. La Diana se limitaba a observar a través del monocular; disparar con la pistola habría sido un

derroche de municiones pues la probabilidad de acertar a esa distancia de casi cien metros era muy baja. Formaban un escudo entre el grupo que los atacaba y el que se evadía a sus espaldas. Enfocaba de continuo el adminículo hacia delante y hacia atrás para vigilar a unos y a otros. La aterrorizaba la idea de que se abriese una brecha por la cual los traficantes se escurriesen y llegasen a las muchachas y a Kovać.

—Foxtrot —dijo—, a tus diez, alguien se aproxima.

Van Groen movió la mira hacia la izquierda y disparó. El hombre, probablemente uno de la banda de Debeli, cayó de boca sobre la nieve.

—Arrow, se han desplegado y están avanzando en una única línea frontal —informó La Diana—. El que corresponde a mis doce tiene un RPG-7. Uno está abriéndose a mis nueve. Iré a interceptarlo antes de que alcance el objetivo.

—Roger that —contestó Nanuk para darle su aprobación, y siguió disparando.

Se deslizó hacia la izquierda. Cada tanto se detenía y estudiaba el entorno. El maldito al que pretendía neutralizar se movía con agilidad entre los árboles y se mimetizaba con el ambiente nevado.

Comenzó como un zumbido y poco después el estruendo de los rotores de más de un helicóptero ahogó el estrépito de los disparos. La Diana había localizado al que se aproximaba al grupo, que estaba a punto de irrumpir en el claro. Se dispuso a interceptarlo. Protegida tras un pino negro, iba a disparar cuando percibió una presión en la parte posterior de la cabeza.

—Ciao, bella.

Reconoció la voz de Piersanti Righi, y aunque la conmocionó saberlo detrás de ella, mantuvo la calma y siguió con la vista fija en el blanco; si le permitía llegar al punto de encuentro, todo estaría perdido.

—Baja el arma —le indicó el italiano, y como La Diana no obedecía, se enojó—. ¡Baja el arma, maldita sea!

Acompañó la orden con un rodillazo en la base de la espalda, que la dobló hacia delante. Se quedó con la frente en el tronco, mientras inspiraba y espiraba con el fin de soportar el dolor.

—¡Diana, arroja el arma y levanta las manos! ¡Quiero verlas! ¡No me hagas repetir la orden!

La Diana despegó la frente del pino, alzó la vista e identificó al blanco que casi llegaba al claro. Levantó el arma y disparó con tanta velocidad que Righi no atinó a nada. El hombre cayó con un quejido y su cuerpo se hundió en la nieve.

—Porca troia! —insultó el italiano, y le golpeó la cabeza con la culata de la pistola.

Se desmoronó boca abajo, y la pistola se le escapó del puño. Percibía el latido feroz en la cabeza y, aunque la vista se le nubló y tuvo náuseas, no perdió la conciencia. Se mantuvo quieta, la cara contra la nieve, que por ser ligera y desmenuzable le permitía respirar. Aguardó a que Righi se inclinase sobre ella. No lo hizo; en cambio le calzó el borceguí bajo la cintura para levantarla y darla vuelta. La

Diana le clavó el Ka-Bar en el muslo derecho. El italiano soltó una exclamación y disparó. Ella rodó sobre la nieve y evitó la bala por escasos centímetros. Se puso de pie de un salto e hizo fuego con su Beretta antes que Righi; lo alcanzó en el brazo derecho. Le disparó una segunda vez en el torso. Confiada de que lo había neutralizado, recuperó la HP 35 y le descerrajó un tiro en la mano que todavía sostenía la pistola; se la destrozó. Extendido sobre la nieve, el exsoldado de L'Agence se observaba el daño y bramaba con alaridos agudos.

Se detuvo junto al hombre tembloroso al que había querido sinceramente. Se miraron. La Diana elevó la HP 35 y le apuntó a la cabeza.

—Y esta bala, hijo de puta, es por el general Raemmers. —Apretó el gatillo, y el proyectil dibujó un orificio negro y humeante en la frente de Righi por el que, segundos después, brotó un hilo de sangre. El italiano quedó tendido con los ojos muy abiertos y la boca en una mueca que pretendía suplicar por piedad.

Corrió hacia el claro, donde un helicóptero ya había aterrizado mientras otros dos sobrevolaban a poca altura con el objetivo de vigilar la zona. Sintió una mezcla de alivio y alegría. Los reconoció, los tres con el logotipo de la Mercure: el Black Hawk, el Mil Mi-25 y el Apache. El Black Hawk, con capacidad para transportar a más de una decena de pasajeros, acababa de aposentar sus patines en la nieve, y los tres *door gunners* o tiradores de puerta extendían las manos para ayudar a subir a los niños primero. No se sorprendió al ver que Julie cargaba a Darko en tanto Kovać transportaba a la inconsciente Selin cruzada sobre los hombros. El tiroteo continuaba, y si bien la presencia de los helicópteros de guerra les impedía a los traficantes emerger a cielo abierto, descargaban su artillería desde las posiciones cercanas al claro.

La Diana se ocultó tras un tronco y abrió fuego. Minutos después, se le sumaron Nanuk y Van Groen.

—Lazar tiene a Selin —les advirtió sin detener los disparos.

—Lo sé —dijo Nanuk, mientras recargaba su fusil—. Nos advirtió por radio. Hemos ganado un tiempo precioso gracias a eso.

La Diana avistó a uno de los de Debeli que se colocaba un RPG-7 sobre el hombro y apuntaba al Black Hawk, donde la carga de pasajeros estaba casi completada.

—Nanuk, RPG-7 a tus once.

El inuk no necesitó más aclaraciones. Ubicó el blanco y disparó. El hombre cayó en el instante en que el misil salía propulsado. Explotó a unos veinte metros del Black Hawk, y causó pánico entre las muchachas.

—¡Vamos! —ordenó Nanuk, y se pusieron de pie para movilizarse hacia el punto de encuentro.

Retrocedían mientras disparaban. Se trataba del momento más vulnerable para los tres soldados de élite, y lo sabían. La Diana alternaba vistazos entre el enemigo y el Black Hawk. Lazar Kovać, fiel a su advertencia, se mantenía junto a la puerta lateral

del helicóptero y no subía por mucho que los *door gunners* se lo pidiesen. Sacudía la cabeza con actitud obstinada y mantenía la mirada en dirección al bosque esperando que ella emergiese. Experimentó una mezcla de exasperación y profundo amor por él.

En uno de los vistazos hacia atrás advirtió movimientos entre unos abetos a sus ocho, a treinta metros del Black Hawk aproximadamente. La nieve que cubría las ramas más bajas se desmoronó para dar paso a una figura que habría deseado no volver a ver: allí, después de más de cinco años, estaba Vuk. Lo notó cambiado a causa de la cicatriz que le surcaba el lado izquierdo del rostro, pero sin duda era él. Mirko Torlak emergió un instante después. Uno junto al otro fijaban la atención en Kovać, quien, desde su ubicación, no advertía el peligro. A La Diana se le cortó el aliento cuando Vuk elevó una pistola de grueso calibre y la apuntó en dirección del hombre que se había convertido en el sentido de la vida, el aire que respiraba, el anclaje con la cordura.

—¡NOOOOOO! —exclamó, y sobresaltó a Nanuk y a Van Groen.

Echó a correr, y en tanto lo hacía, impotente porque la nieve le disminuía la velocidad, iba descargando la HP 35 en dirección al maldito que pretendía arrebatarse todo una vez más. Vuk desvió la vista hacia La Diana y, luego de destinarle una sonrisa, volvió a fijarla en Kovać. Aun en esas milésimas de segundo de confusión y horror, La Diana fue consciente de la mirada que intercambiaron los dos, el hombre que la había quebrado y el hombre que la había sanado, y supo que nada podría hacer para detener lo que acontecería frente a ella y que la destrozaría para siempre.

Lo que siguió se desarrolló en un ambiente irreal, con visos oníricos y cadencia extraña, como la que adopta el cuerpo bajo el agua, como la de una película en cámara lenta. La Diana sabía que corría y corría, sabía que gritaba el nombre de su amado y en tanto lo hacía seguía apretando el gatillo de una pistola a la que se le habían acabado las balas y que ella no atinaba a recargar.

Al disparo de Vuk le siguió una balacera de los *door gunners*, que habían individualizado al enemigo; también abrieron fuego desde el Apache y desde el Mil Mi-25. Todo fue en vano. Kovać cayó, primero de rodillas para luego desplomarse boca abajo. Desde ese momento, a La Diana nada le importó, ni las balas amigas ni las enemigas; solo contaba llegar a Kovać. Se arrojó a su lado y fue apenas consciente de que Nanuk y Van Groen le guardaban las espaldas y obligaban a Vuk y a Mirko a retraerse en el bosque con una lluvia de proyectiles.

—¡Ayúdenme a subirlo! —ordenó, y los *door gunners* cargaron el cuerpo inerte en el Black Hawk.

La Diana saltó dentro, seguida por sus compañeros. Un instante después, Zlatan Tarkovich despegaba. A unos cincuenta metros del suelo, se vio obligado a realizar una maniobra brusca para esquivar otro misil. La Diana se cerró sobre el cuerpo de Kovać para evitar que, al rodar, se golpease, y recibió el impacto del fuselaje en la espalda, donde se le incrustaron los mangos de los *kukris* y le causaron un dolor que la hizo temblar.

Por fin, el Black Hawk, escoltado por los otros helicópteros, cobró altura y se alejó hacia el sur, hacia Camp Bondsteel.

* * *

—¡Lazar! ¡Lazar! ¡Amor! —La Diana lo llamaba en tanto iba despojándolo del sobretodo y le cortaba las prendas con el Ka-Bar. Urgía descubrir la herida para detener la hemorragia; era la regla fundamental que le habían enseñado durante los cursos de primeros auxilios, pues sin sangre no hay vida, les había repetido el instructor.

Ensordecida por sus propios gritos y por los rotores del Black Hawk, aun así escuchaba los alaridos desesperados de Darko, quien, inmovilizado en el *jump seat* gracias a un cinturón de seguridad, no podía llegar a Kovać.

—Diana, hazte a un lado.

Giró y se encontró con un excompañero de la Mercure, Martin Guerin, o Doc, dadas sus habilidades como paramédico. Soltó un sollozo, entre aliviado y angustiado. El paramédico acabó de rasgar las prendas y ubicó enseguida la herida ocasionada por la bala, en el costado izquierdo, bajo las costillas. Abrió el maletín, extrajo una abultada compresa de gasa y se la pasó a La Diana.

—Aprieta con todas tus fuerzas —le indicó, tras lo cual despejó el antebrazo de Kovać y le buscó la vena.

La Diana temía que, debido a la profusa hemorragia, las venas hubiesen colapsado y se dificultase la búsqueda. Guerin, sin embargo, lo canalizó enseguida.

—¡Doc, otra compresa! —vociferó al comprobar que la anterior se saturaba.

—¡Más presión, Diana! —ordenó el paramédico—. Aprieta como si la vida se te fuera en ello.

«La vida se me va en ello, querido Doc», habría dicho, mientras, sin quitar la compresa ensopada, colocaba la nueva encima. De rodillas, apretó con ambos brazos estirados descargando sobre el costado de Kovać el peso y el vigor de su cuerpo. Volvió apenas la cara para observar el rostro del hombre al que amaba. Aun en la penumbra de la cabina, alarmaba la tonalidad cenicienta de su piel y la blancura enfermiza de sus labios resquebrajados.

—¡Las pulsaciones están bajando demasiado aprisa! —informó Doc—. ¡Entró en paro! —exclamó a continuación—. ¡Atrás! ¡Atrás! —ordenó y, con un ademán de mano, la obligó a apartarse para aplicar el desfibrilador.

—¡Lazaaaaar! —exclamó una y otra vez, mientras golpeaba con los puños el suelo de la cabina—. ¡No me dejes, Lazar! ¡No me dejes! ¡Yo tampoco puedo seguir sin ti! ¡Yo tampoco! ¡Yo tampoco! —La doblegaron la impotencia y la angustia y cayó hacia delante, la frente pegada al suelo, a escasos centímetros del cuerpo de su amado, que seguía sacudiéndose a causa de las descargas eléctricas.

—¡Lo tengo! —anunció Doc—. ¡Lo tengo!

La Diana se lanzó sobre Kovać y continuó ejerciendo presión sobre la herida. No le quitaba los ojos de encima y le decía con la mente: «Gracias, amor mío. Gracias, amor de mi vida. Gracias por luchar por tu vida, que es la mía y la de Darko». Pocos minutos después, con las manos y los brazos entumecidos, comprobó que la sangre comenzaba a coagular. Doc aplicó otra compresa sobre las anteriores y, con la ayuda de La Diana, fajó la herida. Lo ataron a unos cinturones especiales sujetos al fuselaje.

—Está estabilizado —la tranquilizó Martin Guerin—. Descansa un momento.

—¿Cómo son las pulsaciones?

—Cincuenta y cinco por minuto.

—¿Sobrevivirá? —se atrevió a preguntar.

—No lo sé. Me preocupa la presión arterial. Es muy baja.

La Diana, con la desesperación alojada en la garganta, se limitó a asentir. Se retiró un momento y solo para ir hasta Darko, que lloraba y se contorsionaba para escapar a los intentos de Goga por calmarlo.

—¿Cómo está Lazar? —se desesperó la mujer, el rostro demacrado y los ojos inyectados y húmedos como testigos de los días de tormento.

—Estabilizado.

Goga emitió un gemido y se echó a llorar. Aunque era imprudente, La Diana desabrochó el cinturón de seguridad que sujetaba a Darko y lo tomó entre sus brazos. La ansiedad con que el niño se aferró a ella le confirió una sensación poderosa; el sentimiento resultaba tan extraño y ajeno como perfecto y vivificante. Lo apretó contra su pecho y lo besó una y otra vez y mientras lo hacía, se preguntaba cómo había podido experimentar repulsión en el pasado si la sensación era extraordinaria.

Lo condujo hasta Kovać, y los dos se arrodillaron junto a él. La Diana colocó la pequeña mano de Darko en la inerte de Kovać y las apretó entre las de ellas.

—¿Mi papá se va a morir?

—Está muy delicado, pero es muy fuerte y estoy segura de que se recuperará pronto.

—No quiero que se muera —dijo con voz llorosa y ojos brillantes.

—Yo tampoco, *moje blago*.

Las pestañas de Kovać se agitaron antes de que sus párpados ascendieran lentamente. La Diana podía imaginar el esfuerzo que implicaba el simple gesto. Kovać la buscó con la mirada y le sonrió al verla. Se inclinó y le besó los labios.

—Gracias, gracias, gracias —repetía, mientras el niño, entre su cuerpo y el pecho de Kovać, lloraba amargamente aferrado a los hombros del que había elegido como padre—. Gracias por quedarte con nosotros, amor mío. Lazar, amor de mi vida, quédate con nosotros.

—Los amo —susurró Kovać al oído de La Diana antes de que los ojos se le pusieran en blanco y perdiese la conciencia de nuevo.

* * *

Los aguardaban varias ambulancias en la pista de aterrizaje de Camp Bondsteel. Dos paramédicos subieron al Black Hawk y colocaron a Kovać sobre una camilla, y mientras trabajaban escuchaban el reporte de Martin Guerin. La Diana bajó con ellos y trepó en el vehículo que los conduciría al hospital militar de la base norteamericana. Darko se quedaría al cuidado de Goga, y La Diana se esforzó por olvidar su carita desfigurada por el llanto mientras la veía alejarse junto a la camilla.

Lo que duró el trayecto, sostuvo la mano de Kovać. Dos paramédicos lo asistían con diligencia y profesionalismo, mientras un tercero se comunicaba por radio con el hospital para alertar de la llegada de un herido de bala, con orificio de entrada en el décimo espacio intercostal y la línea axilar anterior, con posible daño hepático. A continuación les dictó las constantes vitales, y La Diana se dio cuenta de que las pulsaciones habían descendido y que la temperatura del cuerpo era muy baja.

Los aguardaban dos enfermeros que se hicieron cargo de la camilla, con la cual traspusieron varias puertas vaivén del moderno hospital. La Diana las cruzaba detrás de ellos, hasta que uno le indicó que no podía ingresar en la zona de los quirófanos.

—El cirujano la buscará cuando haya terminado la intervención —le informó, y le señaló la sala de espera.

Se quedó de pie, mirando el ir y venir de las hojas vaivén hasta que se detuvieron, e incluso después siguió con la vista fija en la nada. Por fuera, mantenía una postura estática; por dentro, la actividad era incesante. La aturdían imágenes, pensamientos, insultos, palabras de amor, dolor, rabia, pero sobre todo la dominaba el miedo, no a Vuk ni al contacto humano; eso había quedado atrás. El miedo era uno y mucho más poderoso que los que la habían doblegado hasta entonces: terror de perder a Lazar Kovać.

—A él no puedes quitármelo —susurró, y dejó caer los párpados—. Ya me has quitado demasiado. Ten piedad de mí.

Dio un respingo cuando una enfermera pasó junto a ella y casi la rozó. Se llevó la mano izquierda al omóplato derecho y la apoyó sobre el tatuaje de San Miguel Arcángel para obtener la fuerza que le permitiría ponerse en movimiento. Buscó un baño, donde se lavó y se adecentó un poco. Evitó demorarse en la imagen que le devolvía el espejo. Regresó a la sala de espera y, aunque había una máquina expendedora de café cuyas fichas se vendían en la recepción, no experimentó deseo por una infusión ni siquiera después de haber transcurrido tres días comiendo y bebiendo malamente. Le habría resultado imposible con la garganta cerrada.

Se quitó el macuto y se desplomó en el sillón. Cerró los ojos y enseguida los abrió, atormentada por la sonrisa que Vuk le había destinado antes de disparar a Kovać.

—Ya no te tengo miedo, bastardo —masculló, y hurgó entre sus cosas con gestos impacientes y coléricos hasta dar con el cuaderno que Matilde le había regalado tiempo atrás. Terminaría de contar la historia.

* * *

Cuando me di cuenta de que estaba embarazada, me propuse causarme un aborto. Me golpeaba el vientre con ferocidad, a lo que desistí cuando Vuk me interrogó al notar los moretones. Me subía al escritorio y saltaba tan alto como podía a riesgo de golpear la cabeza con el techo. Caía pesadamente y volvía a repetir la operación. Me detenía al oír que alguien se aproximaba. Lo hacía tantas veces como podía, sin resultados. Suada, a quien le tocaba pedirle las toallas femeninas a Vuk cada mes para Leila y para mí —las traficaba en el mercado negro a precio de oro—, me preguntó una mañana: «¿No te ha bajado aún?». «No», le contesté sin mirarla, y la mujer me sujetó por el antebrazo y me obligó a volverme. «Maša, ¿qué sucede? Hace días que te noto extraña». «Nada», mentí, y la mujer entrecerró los ojos para abrirlos súbitamente. «¡Alá todopoderoso!», exclamó. «Estás em...». La acallé cubriéndole la boca. No quería que lo pronunciase en voz alta, no quería que nadie lo supiese. «¿El comandante está enterado? No, claro que no», se contestó. «Si lo supiese, andaría pavoneándose y gritándolo a los cuatro vientos. Claro que no lo sabe», repitió. «Tienes que decírselo, Maša». Me negué con una sacudida de cabeza. «Lo haces tú o lo haré yo. Si sabe que estoy ocultándole algo tan importante, es capaz de lastimar a Munira». Prometí que lo haría esa noche, pero falté a mi promesa. Él lo supo al día siguiente cuando, al descubrirme vomitando de rodillas frente al inodoro, lo dedujo por sí solo. El rostro se le iluminó en una sonrisa que enseguida se le esfumó. «Esos magullones que te descubrí en el vientre», inquirió, «no eran a causa de pellizcos que te diste para calmar el dolor de ovarios, ¿verdad?». Como yo, presa del pánico, no atinaba a contestar, me aferré por el cuello y me arrinconé contra la pared del baño. «¡Respóndeme, turca maldita!». Imprimió más presión a mi garganta, tanto como para cortarme el flujo de aire. «No», grazné, y me soltó enseguida. «¡No!», grité. «¡No era para calmar el dolor de ovarios! Lo hice para deshacerme de este engendro. Y volveré a intentarlo en la primera oportunidad que se me presente».

Me sujetó por ambas muñecas, me arrastró a la habitación, donde Leila limpiaba el piso, y con gran cuidado me obligó a recostarme en la cama, a la cual me ató empleando los lazos con precinto que siempre llevaba encima y que utilizaba para maniatar a los prisioneros. Me ató no solo las manos sino los pies. Quedé como estaqueada sobre el colchón. Me lanzó una mirada cargada de amenazas antes de irse.

Leila quiso desasirme, pero resultó imposible; sin un cuchillo o una tijera, esas malditas correas parecían de hierro. «¿Qué has hecho para que te ate?», me interrogó en tanto trataba de aflojar la sujeción; estaba cortándome la sangre. «Intenté abortar el engendro que llevo en el vientre», contesté, y Leila detuvo las manos y me miró. «¿Estás embarazada?», preguntó, incrédula, como si no fuese la consecuencia natural después de dos años como esclava sexual de esa bestia. Creo que Leila se puso contenta en el mismo instante en que supo que tendría un sobrino. Amó al bebé incondicionalmente solo porque era mío, de su hermana mayor.

Horas más tarde, Suada convenció al comandante de que me soltara. Vuk le permitió que cortase las correas con un alicate. Mi fiel amiga me ayudó a sentarme y me obligó a hacerlo despacio para que no me marease. Me sobé las marcas; las agujetas me atormentaban las manos y los pies. Vuk me tomó brutalmente por el mentón para que lo mirase. «Si llegas a perder a mi hijo, aunque sea de manera natural, igualmente me lo cobraré con Leila. Tú me quitas lo que es mío; yo te quito lo que es tuyo». Me soltó con un jalón brusco y así me quedé hasta que se fue, con la cara vuelta hacia el costado, los ojos cerrados y los labios apretados para no escupirlo ni insultarlo.

El embarazo trajo cambios a mi vida, algunos buenos, como que Vuk se cuidaba de golpearme o de violarme con brutalidad y ya no me obligaba a limpiar ni a lavar, y aunque debía seguir sirviendo las comidas y ayudando a Leila a cocinarlas, el espectáculo de probar el bocado que Vuk arrojaba al suelo acabó el mismo día en que supo que sería padre. Llamó la atención de todos que se lanzase a devorar la comida sin el consabido ritual. Solo Zver se atrevió a preguntar, a lo que Vuk, con la cabeza inclinada sobre el plato, dijo simplemente: «Eso ya se acabó».

Lo hacía ir a Pasik todas las semanas. El médico me tomaba la presión y la temperatura, me controlaba las pulsaciones y otras constantes vitales, me daba consejos y se marchaba. En una ocasión, a través la puerta, escuché que le decía a Vuk que para el parto necesitaría una comadrona, pues él era médico clínico y no obstetra. La mención del parto cuando ni siquiera se me notaba el vientre me sumió en una gran depresión. El niño nacería y sería real. Un día saldría de mí y se convertiría en algo que Vuk y yo compartiríamos, una criatura que él me había obligado a engendrar y que nos uniría para siempre, aun después de la guerra. Odié al feto que se alimentaba de mí para crecer. Dejé de comer. La huelga de hambre duró dos días. Vuk se enteró de que las bandejas que me traía Suada volvían intactas a la cocina e irrumpió furioso en la recámara donde Leila me leía una novela que habíamos encontrado entre los ejemplares de la biblioteca de la escuela. Detrás de él venía Suada, con expresión compungida, una mejilla inflamada y ojos llorosos — después supe que la había abofeteado—; acarreaba una bandeja con comida.

«Mariyana», me llamó, y cuando empleaba mi nombre completo sabía que no me convenía provocarlo. «Come hasta la última migaja», me advirtió. «Si no lo haces, Leila y Suada pagarán por tu capricho». Desde ese día, me ordenó que me sentase a

su lado durante las comidas, fuese en Rogatica o en el sitio en que nos encontrásemos, y nadie se atrevió a quejarse de que una balije partiese el pan con ellos. Yo me apresuraba a vaciar el plato para retirarme a descansar, lo cual implicaba la mejor excusa para huir, más allá de que fuese cierto porque el embarazo había traído aparejados varios cambios físicos, uno de ellos el constante agotamiento; en una ocasión me dormí de pie en la cocina mientras ayudaba a Leila a preparar borscht.

Kosta, quien desde la noticia de que le daría un hijo al comandante se mantenía alejado y me rehuía con la mirada, me interceptó a finales de mi quinto mes de embarazo en la despensa de la cocina. Nos miramos a los ojos. «Te amo», susurró con el aliento agitado y voz temblorosa. «Pero tengo miedo», admitió. «Si te llevo, me llevaré también a su hijo, y sé que nos perseguirá hasta el fin del mundo para encontrarlo, no habrá lugar donde esconderse, y cuando lo haga, nos asesinará». «Entonces, ¿qué propones?», quise saber. «No propongo nada, Maša. Este hijo lo ha cambiado todo», declaró con actitud resignada. «¡Me importa un rábano este hijo! ¡No lo quiero! ¡No lo quiero!», me enfurecí, y Kosta dio un paso atrás, espantado. Incluso ofuscada por la rabia, me daba cuenta de la sensatez de las palabras de Kosta. Si me llevaba al hijo de Vuk, no volvería a vivir en paz, obligada a mirar sobre mi hombro a cada instante. «Este es el nuevo plan», me planté con resolución. «Seguirás adelante con la falsificación de los documentos y prepararás todo para la fuga. Luego de que nazca el hijo de Vuk, huiremos en la primera oportunidad que se nos presente». «¿Y el niño?», quiso saber, y yo, con sangre fría, respondí: «No es mi problema».

El vientre comenzó a abultarse, por lo que Vuk solía traerme prendas maternas a las que les habría prendido fuego si no hubiese sido por el hecho de que habría quedado prácticamente desnuda. Las camisas, las remeras y los vestidos no me cerraban; los pantalones y las faldas no me subían por las caderas, que se habían ensanchado; aun los zapatos me apretaban, como si calzase dos números más. Vuk me obligaba a desvestirme y a probarme la ropa frente a él. Le gustaba estudiarme el vientre y escuchar los ruidos del feto. La única vez que lo vi soltar carcajadas de sincera alegría fue cuando sentía al niño moverse dentro de mí. Sus manos me abarcaban el vientre y allí las dejaba hasta que los puntapiés cesaban. Yo, como muerta, desviaba la mirada hacia el costado y la fijaba en un punto indefinido; no formaba parte de esa escena.

«Mariyana», dijo una noche después de haber abusado de mí. «¿Qué clase de nombre es ese? Me gusta», se apresuró a aclarar, «solo que no lo reconozco como turco ni como serbio». «Es búlgaro», contesté. «¿Tienes familiares en Bulgaria?», se asombró. «¿O acaso tu familia viene de la Vojvodina, que está llena de búlgaros?». «No. Simplemente a mi madre le gustaba», expliqué. «¿Qué nombre le pondremos a nuestro hijo?», preguntó, y yo apreté los ojos en la oscuridad. Cuando decía «nuestro hijo» o propiciaba ese tipo de diálogos como el que hubiese sostenido una pareja

normal, lo habría asesinado con mis propias manos. «Si es varón le pondremos mi nombre, Dragoslav. Si es niña, la llamaremos como mi madre, Larysa», decidió, y me atrajo hacia su cuerpo para preguntarme: «¿Qué opinas? ¿Te gustan?». Susurré que sí y me volví en el claro gesto de indicarle que deseaba dormir.

Las contracciones leves comenzaron a fines de enero, se intensificaron el 1.º de febrero y mi hija nació el 3 a las dos y media de la madrugada; era el año 1995. Pasik y una partera me ayudaron a traerla al mundo, y ahora que rememoro el padecimiento que significó parirla me pregunto cómo lo logré. Vuk presenció el parto. Se mantuvo a un lado, los brazos cruzados sobre el pecho y la vista fija en mí. Suada y Leila me tomaban de las manos y me alentaban a pujar cuando la partera lo indicaba. Larysa nació y enseguida se echó a llorar con una potencia que hizo carcajear a Vuk. La partera la colocó sobre mi pecho, y yo, extenuada, solo atiné a apartar el rostro; no deseaba verla. Percibí que me la quitaban, y aunque el instinto me impulsó a retenerla, me contuve. Sabía que, rechazando a su hija, lastimaría a Vuk. Se trataba de una venganza estúpida, inmadura, patética, que al final me destrozaría, pero yo era demasiado joven y estaba herida y confundida para razonar o, mejor dicho, para sentir normalmente, como habría sentido una madre que acaba de parir un hijo. Yo no era normal, no me había tocado un destino normal, y por tanto actuaba de modo desnaturalizado.

Apenas limpiaron y prepararon a la niña, Vuk se apoderó de ella. Los observaba y, aun en mi estado de apatía, resultaba imposible no admirar la estampa que componían la minúscula recién nacida en brazos del gigante que, no tenía duda, la habría protegido con su vida, pese a ser mitad turca, la etnia a la que tanto despreciaba.

Como rey del mercado negro, Vuk había provisto a su hija de todo. No le faltaron la cuna repleta de adornos, ropa, productos para higienizarla, incluso colonia y pañales descartables; elementos que desde hacía años habían desaparecido de los mercados bosnios, el señor del Drina solo debía chasquear los dedos para conseguirlos. Y hasta se hizo de un extractor de leche materna cuando me negué a amamantarla. Se me echó encima cuando le dije que ese engendro jamás volvería a alimentarse de mí, y si no hubiese sido por Pasik, que intervino, creo que me habría asesinado a pocas horas de haber parido a su hija. Nunca lo había visto tan enfurecido, pero, sobre todo, tan fuera de sí.

«Es muy típico en las primíparas», intentó convencerlo el médico. «Suelen sufrir lo que se llama depresión posparto. Es debido a la revolución hormonal provocada por la gestación del niño. Cuando las cosas se acomodan, Maša volverá a ser la de siempre, pero no la presione ni la ataque; es el peor modo de tratar este tipo de depresión». Fue la primera vez que Pasik intercedió por mí. Incluso le recordó que durante cuarenta días estaban prohibidas las relaciones sexuales. Sospecho que saciaba su lujuria en Branka Torlak, pues muy seguido volvía de madrugada y, al acostarse a mi lado, despedía su perfume.

Leila se apoderó de Larysa y la cuidó y la amó como debí haber hecho yo, su madre. Leila la alimentaba con la leche que bombeaba de mis pechos. Se trataba de una operación humillante y dolorosa, pero a la que me sometía si con eso mantenía la ira de Vuk a raya. Desde el nacimiento de la niña, prácticamente no me hablaba ni me miraba, y yo, que me había convertido en un zombi, no lo notaba. Me pasaba horas sentada junto a la ventana, mirando a la nada a través de las rejas. Transcurrían días sin que me bañase hasta que Suada o Leila me metían en la ducha y me higienizaban. Me daban de comer en la boca las tres comidas diarias. Estaba vacía; nada me animaba, nada me enojaba, menos que menos me alegraba.

Solo en dos ocasiones me sacudí de encima el estupor. La primera fue cuando personal de Manos Que Curan visitó el «campo de refugiados» donde nos tenían prisioneras. Desde hacía días incluso yo, en mi estado abúlico, notaba irritable y nervioso a Vuk; lo oía vociferar órdenes y enojarse si veía algo fuera de sitio. Se encerraba en su despacho con Mirko y con Zver y hablaban en voz baja y con expresiones preocupadas. Hubo mucho movimiento de prisioneros esa semana, y de pronto llegaron colchones, ropa de abrigo, comida y medicamentos. Pasik trabajó de continuo asistiendo a los enfermos y curando las heridas causadas durante las torturas y las palizas. «Algo está por ocurrir», me susurró Suada una mañana mientras me daba en la boca un yogur. «Creo que está por venir la Cruz Roja o alguna autoridad de la ONU, pues el comandante está transformando este hueco del horror en algo bastante decente».

A principios de marzo, me encontraba junto a la ventana cuando vi a la comitiva de Manos Que Curan ingresar en el patio de la escuela, que lucía impecable y por el cual se paseaban por primera vez las prisioneras que hasta el día anterior habían permanecido hacinadas en las aulas. La reconocí enseguida entre los profesionales de guardapolvos blancos con el logotipo de la ONG; se trataba de Coralie Picard, la enfermera que nos había entregado la carta de nuestra madre aquel lejano 31 de julio de 1992, casi tres años atrás. Me puse de pie súbitamente y coloqué la cara entre las rejas para seguirla con la mirada en tanto se adentraba en las instalaciones. Un nuevo espíritu se alzó en mí. Me aventuré en el despacho de Vuk, donde, en un descuido, habían dejado papel y una lapicera sobre el escritorio. Me hice de ellos para escribir un mensaje. «Coralie, soy Mariyana Huseinovic, la hija de Eszter, la mujer que limpiaba la casa de MQC en Srebrenica. Mi hermana Leila y yo estamos prisioneras en este infierno desde agosto del 92, pero nuestros nombres fueron eliminados de los registros. ¡Te lo suplico, ayúdanos a salir de aquí!». Enrollé el papel, lo coloqué dentro de una de las mamaderas de Larysa y la cerré. Aguardé pegada a la ventana con el temor de que el grupo abandonase la escuela por otra de las puertas. Los esperé con las manos aferradas a los barrotes y la frente que presionaba la reja donde me imprimiría una marca cuyo dolor no percibía. Esperé y esperé hasta que escuché la voz de Vuk, amigable y simpática, que, como un guía de turismo, encabezaba el grupo de la ONG y les enseñaba lo bien que mantenían el

sitio y lo bien que trataban a las «refugiadas». Ubiqué a Coralie, que iba rezagada y que conversaba con Pasik. Se detuvieron en medio del patio; los demás se alejaron hacia la salida. Era mi oportunidad. Si la desperdiciaba, nunca volvería a presentarse otra. El riesgo era enorme, pero mi resolución era aún mayor. Arrojé la mamadera a los pies del médico y de la enfermera, que enseguida alzaron la vista y me ubicaron en la ventana. Coralie se hizo sombra y me observó. ¿Me reconocería? Quizá tres años en esas condiciones me habían transformado las facciones. Pasik levantó la mamadera, la estudió, me miró y luego se la entregó a la enfermera antes de instarla a continuar. Esa fue la segunda y última vez que recibí ayuda del médico amigo de mi abuelo.

Al otro día, Pasik se presentó para la revisión semanal de Larysa a la que Vuk lo obligaba, y el único reconocimiento de lo que había acontecido el día anterior fue una mirada elocuente; el médico jamás mencionó mi acto. Durante las semanas siguientes viví sumida en la excitación, segura de que en cualquier momento Coralie y su grupo se presentarían para sacarnos de allí. ¡Qué ilusa! El tiempo transcurría, implacable, y cada día que terminaba sin noticias de la enfermera francesa aniquilaba un poco más mis esperanzas. Volví a refugiarme en la apatía y en la depresión.

Solo Leila conseguía arrancarme algunas palabras. Ella se lo pasaba conmigo o con mi hija, a quien adoraba y se dedicaba en cuerpo y alma, lo que le había valido el respeto de Vuk y otros beneficios, como dormir en el despacho al lado de la cuna, pues era ella quien la alimentaba de noche. Sabía por Suada que Zver estaba de un humor de perros desde que lo habían privado de su esclava sexual. También la habían exonerado de la dura tarea de cocinar dos veces por día; eran otras prisioneras las que se ocupaban de la elaboración de los alimentos. Por supuesto, todos lo lamentaban, pues ¿quién compite con el talento culinario de mi hermana?

Leila estaba enamorada de mi hija, y mientras la cambiaba o la bañaba o la alimentaba, la llenaba de besos y arrumacos, le hablaba de continuo o le cantaba la sevdalinka Vjerna Ljuba. Le pidió a Vuk que le consiguiese cinta de gro e hilo para bordar, y durante días se dedicó a hacerle una pulserita con un hermoso Larysa bordado en ella. Vuk aprobó el adorno con una sonrisa reprimida, y días más tarde la recompensó con un par de zapatos nuevos; los viejos tenían agujeros por todas partes.

La segunda vez que emergí del sopor en el que había caído después del nacimiento de mi hija fue, justamente, por ella. Como de costumbre, me encontraba junto a la ventana, absorta en la nada. Oía pero no escuchaba. Veía pero no miraba. Hasta que el sonido punzante del llanto de Larysa penetró en mi letargo y me hizo volver la cabeza hacia la puerta que comunicaba la habitación con el despacho. La niña rara vez lloraba, pues su tía o Suada le estaban encima para calmarla a la primera queja. Volví los ojos hacia el exterior en la esperanza de que pronto la cambiasen o la alimentasen o lo que fuese necesario para acallarla. Sus chillidos me

irritaban. Los minutos pasaban y nadie acudía. El llanto se había convertido en un alarido.

Me incorporé con dificultad, en la actitud de una vieja a la que le duelen los huesos, y caminé arrastrando los pies hasta la otra habitación, hasta la cuna de la niña. Me asomé con miedo, con movimientos tentativos, como si en lugar de un bebé de tres meses temiese encontrar una serpiente. Era la primera vez que la veía de cerca y con detenimiento, y aunque tenía la carita roja y arrugada por el llanto, me pareció muy bonita con su mata de pelo negro y los puñitos cerrados a los costados del rostro; los sacudía con rabia. Me sobrecogió el deseo por sostenerla; quería calmarla, no porque me molestasen sus chillidos sino porque no soportaba verla sufrir. Extendí los brazos hacia ella en el instante en que se abrió la puerta. Vuk irrumpió hecho una furia.

«¡No te atrevas a ponerle la mano encima!», me increpó. «Hazte a un lado», dijo, y me empujó para alzarla. La niña se calmó enseguida, y yo me quedé perpleja mirándolos, la bebida delicada entre los brazos gruesos y toscos del hombre que la sostenía con una habilidad y pericia que yo no habría demostrado. «¿Qué ibas a hacerle, turca infame?». A punto de responderle que nada, que jamás habría osado lastimarla, me di cuenta de que no podía pronunciar las palabras, como si me hubiese quedado muda. Me contemplaba con desprecio en tanto sacudía delicadamente a Larysa y aguardaba una respuesta.

Leila entró de prisa y con la mamadera. «¡Disculpe, comandante! Estaba entibiándole la leche», se justificó mientras se la quitaba de los brazos. La niña se prendió a la tetina y succionó tan rápidamente que se ahogó. Leila se la colocó sobre el pecho y le dio palmadas en la espalda. Durante esos instantes en que Larysa tosía y escupía leche, percibí una opresión en el pecho, como si una morsa me comprimiese el plexo solar privándome del aire y causándome un dolor intenso. Ahora comprendo que es lo mismo que experimento, o más bien que experimentaba, cada vez que alguien me tocaba, lo que yo llamaba «ataque de pánico». Acabo de descubrir la raíz.

«Leila, no vuelvas a dejarla sola», advirtió Vuk. «Tu hermana estuvo a punto de sofocarla». Leila alzó la vista y la fijó en la mía, sin reproche ni asombro. Debió de advertir mi desconcierto y mis intentos fallidos por negar la aseveración de Vuk. Agitó apenas la cabeza para darme a entender que no le creía. «No volverá a suceder, comandante», prometió con acento sumiso. «Haré que instalen un anafe aquí para que calientes la leche. Y ya encargué una pequeña heladera. No tendrás que abandonar esta habitación por nada. Lo que necesites para mi hija, ya sabes, Leila, solo tienes que pedírmelo». «Sí, comandante». «¿Hablaste con Pasik por el tema de las vacunas?», se interesó Vuk, y me acuerdo de que me pregunté: «¿Las vacunas? ¿Qué vacunas?», completamente ignorante de los temas de mi hija. Me retiré de nuevo a mi refugio, a la silla junto a la ventana, y no me resultó difícil volver a ocultarme tras el muro de indiferencia que había levantado. Nada tenía

sentido, ni siquiera los planes que habíamos trazado con Kosta para escapar después de que pariese a la niña. Leila no abandonaría a Larysa, y yo, sin mi hermana, no me iría.

Supé que la cuarentena había finalizado porque una noche Vuk me obligó a tener sexo de nuevo. Me resistí y luché, incrédula de que el calvario se reiniciase. No me daba cuenta, ofuscada como estaba, de que Vuk no me golpeaba ni me insultaba. Me sujetó por las muñecas, me obligó a cruzar los brazos delante del cuerpo y, con un giro súbito, me colocó de espaldas contra su pecho. Me inmovilizó como si estuviese dentro de una camisa de fuerza. Incluyó el rostro para hablarme al oído. «Tranquila, Maša, o se te irá la leche, y eso no puede suceder, ¿verdad que no, Maša? Porque si se te secasen las tetas y ya no le fueses de utilidad a mi hija, entonces te despacharía a otra prisión y me quedaría con Leila, que ha demostrado ser mil veces mejor que tú». Aterrada de que me separase de mi hermana, asentí. Poco a poco, Vuk fue aflojando las manos y liberándome. Me entregué con sumisión, y cuando me pidió que no desviase la mirada, obedecí y la fijé en la de él, pero debió de hallar algo en mis ojos que lo perturbó, pues por primera vez los apartó. Desde ese día, el sexo entre nosotros se repitió con la misma asiduidad del pasado, solo que Vuk me poseía desde atrás. Incluso yo, atontada como estaba, me daba cuenta de que lo hacía porque no soportaba mirarme a la cara.

A principios de julio, en un día de calor extremo, Kosta se precipitó dentro de mi habitación y se acercó deprisa a la ventana, donde yo permanecía quieta y silenciosa como desde hacía cinco meses. Me había olvidado de él. A veces lo veía cruzar el patio de la escuela y, si iba solo, se detenía y alzaba la vista para encontrar la mía. Yo lo miraba como a todo, con ojos sin luz, sin alma. Me hacía señas que yo no me molestaba en interpretar. Al final, exasperado, seguía su camino.

Esa tarde entró corriendo, me aferró por los hombros y me sacudió levemente. «Maša, no tengo mucho tiempo», me advirtió con acento nervioso. «Te pido que me prestes atención. Ya tengo casi todos los documentos falsos. El tuyo y el de Leila están listos. El de Suada y el de Munira me los entregarán pasado mañana. Huiremos en dos días. Lo he planeado todo minuciosamente. Quiero que estés preparada para cuando venga a buscarte. Yo alertaré a Suada y a Leila». Me besó en los labios y se marchó. Me quedé mirando la salida con expresión estólida. Escuché la voz de Mirko que, imperiosa, preguntaba: «¿Qué haces tú aquí, Kosta? ¿Quién te permitió entrar?». «Llamé y nadie contestaba, capitán. Y como la puerta estaba sin llave, entré para dejar ese sobre en el escritorio del comandante Vuk. Ya me retiraba». Mirko abrió la puerta de mi habitación sin pedir permiso ni golpear. Yo había regresado a mi posición usual y no me volví hacia él.

Al día siguiente, Leila me peinaba el cabello todavía húmedo después del lavado cuando Vuk irrumpió en la habitación seguido por Mirko. Zver y otros de sus hombres de confianza entraron segundos después. Arrastraban a Kosta, que suplicaba y plantaba los pies para detener el avance. Vuk recogió a Larysa, que

dormía en la cama rodeada de almohadas y almohadones, y se la entregó a Suada, que se marchó con la niña. Leila, como una leona celosa, se puso de pie para ir detrás de su sobrina, pero Zver se interpuso y la empujó. Cayó al suelo con un golpe seco que le arrancó un quejido, lo que resultó suficiente para hacerme reaccionar. Corrí hacia ella con la intención de levantarla. Vuk me lo impidió. Me sujetó por el brazo desnudo y enflaquecido y me clavó los dedos hasta el hueso. «Putá», me escupió a la cara. «¿Conque me has puesto los cuernos con este imberbe?». «No», respondí con una seguridad que lo hizo dudar, pues aguzó la vista y se me quedó mirando. «¡Y qué mierda significa esto!», vociferó, y agitó frente a mí unos cuadernillos. «¡Qué mierda significa esto, turca infame!». «¿Qué es eso?», pregunté, sinceramente desorientada. «¡Ja!», se burló. «La señorita no está al tanto de que su amante ha confeccionado documentos falsos para ella y para su hermana». «¡Ella no sabe nada, comandante!», trató de protegerme Kosta, y solo consiguió caer medio inconsciente a causa de un golpe que le propinó Zver.

«¿Ibas a escaparte con tu amante? ¿Era ese el plan?», me increpó. «No», insistí. «¿Niegas acaso que ese traidor es tu amante, el padre de tu hija?». «Yo no tengo amante y usted es el bastardo hijo de puta que me hizo una hija. ¡Y por eso la detesto!», reaccioné, y el ímpetu y el vigor que se me habían escurrido entre las piernas la madrugada en que parí a Larysa regresaron a mí con fuerza redoblada. Le asesté trompadas en el pecho y en el rostro, le lancé arañazos, lo pateé, y a Vuk le costó doblegarme. Completamente descontrolada, gritaba, sacudía los brazos y lo golpeaba. Al final, acabé sometida, como siempre. «¿Por qué Kosta tiene esos documentos falsos con las fotografías de ustedes dos?», me interrogó al oído. «¡Dímelo, Mariyana, o lo asesinaré!». Como advirtió que movía la cara para mirar a Kosta, me detuvo aferrándome por la mandíbula. «¡Responde o lo mato!». «Le pedí que me ayudase a escapar», admití, y caí de espaldas después de recibir un empujón. Lo vi extraer el cuchillo de hoja enorme al que siempre le sacaba filo con una piedra de amolar. «¡Bájale los pantalones!», ordenó Vuk a Zver, y los tres, Leila, Kosta y yo, proferimos alaridos aterradores. Me arrastré y me colgué de su brazo, el que empuñaba el arma blanca. «¡No pensaba hacerlo! ¡Vuk, escúchame!», le rogué, y caí naturalmente en el tuteo. «¡No iba a escapar! ¡No pensaba hacerlo! ¡Por la niña! ¡No quería dejarla!». Solo conseguí que me echase un vistazo despreciativo y que se deshiciese de mí con una sacudida de brazo que me arrojó de nuevo al suelo.

Caminó con lentitud deliberada hacia su víctima. Los gritos y súplicas de Kosta sobrepasaban los míos y los de Leila. Los ojos inyectados parecían salirse de las órbitas; su rostro había adoptado una tonalidad rojo azulada y las venas y los tendones del cuello se le remarcaban como cuerdas. De nuevo intenté detenerlo. Me colgué de su brazo y clavé los talones en el suelo para frenarlo. Me aferró por el cuello con la izquierda, apretó hasta cortarme el aire y me soltó para que cayese como una muñeca de trapo.

Aunque atontada, la vista enturbiada y un dolor insoportable en la garganta, entendí claramente lo que preguntó a continuación: «¿Cuántas veces les advertí que si ponían los ojos en mi mujer les cortarían las pelotas? ¡Cuántas, Kosta!», le exigió cerca de la cara. «¡Muchas veces, señor! ¡Muchas veces! ¡Pero yo jamás la toqué, jamás le puse un dedo encima!», mintió, pues si bien no habíamos tenido relaciones sexuales, nos habíamos besado.

«¡Lo hizo por dinero, Vuk!», intervine como último recurso. «¡Le di las joyas de mi abuela que Mirko recuperó! ¡Se las di para que me ayudase! ¡Lo juro, lo juro!». Se volvió hacia mí. Me retraje asustada por su expresión colmada de odio. «Mariyana, vuelves a abrir la boca y, después de cortarle las bolas a este traidor, te cortaré la lengua a ti». Pronunciadas esas palabras, castró al pobre Kosta. Le seccionó los testículos con deliberada lentitud. Leila comenzó a hacer arcadas y vomitó en el suelo. Yo no atinaba a reaccionar; mantenía la vista fija en la macabra escena, intrigada por el tono raro que habían adoptado los alaridos de Kosta, que en un momento se cortaron, cuando se quedó sin aire y se desmayó.

Lo ataron a una silla, mi silla, la que me había sostenido durante esos meses de depresión. Sangraba profusamente entre las piernas. Lo espabilaron con un baldazo de agua. Cuando Kosta recuperó la conciencia y se dio cuenta de lo que le habían hecho, lloró amargamente. «¡Máteme, comandante! ¡Máteme, se lo suplico!», comenzó a balbucear acometido por la debilidad. Zver extrajo un revólver, lo apuntó en la sien y disparó. El chasquido seco se propagó en el silencio de la habitación. No había salido la bala. Se turnaron para jugar a la ruleta rusa. Cada vez que hacían girar el tambor y probaban suerte, yo me estremecía.

Desde mi posición en el piso, observaba el cuadro con furia creciente. La sentía subir y subir, como leche que hierve. Después de tres años de torturas físicas y psicológicas y de la violación reiterada de mi cuerpo, percibí que me desbordaba la ira y ni siquiera pensar en salvaguardar a Leila me detuvo. Me puse de pie de un salto, evité con agilidad el manoteo de Vuk y le arrebaté el revólver al soldado de turno. Gatillé tantas veces como fue necesario hasta dar con la bala que ingresó por la sien de Kosta y que le quitó la vida, a él, al único serbio que había demostrado compasión por mí. Su cabeza rebotó hacia el costado antes de caer hacia delante. Sentí paz, paz por él, porque había cesado de sufrir, y paz por mí, porque sabía que Vuk acabaría conmigo.

Sin embargo, al escuchar las risotadas burlonas del hombre que me había destruido, esa paz se transformó en un odio tan visceral como no he vuelto a experimentar. Esa disposición tan pura para odiar solo Vuk es capaz de inspirármela. Caminé hacia él, que me observaba avanzar entre las últimas risotadas con una expresión divertida y al mismo tiempo curiosa. Me detuve tan cerca que nuestros cuerpos se rozaron. Le destiné una mirada suplicante, que lo desconcertó. Lo quería distraído para lo que tenía pensado hacer.

Le arrebaté el cuchillo del cinto, el que acababa de emplear para castrar a Kosta, y le clavé la punta en el pómulo izquierdo y lo arrastré hacia abajo con rapidez, hasta el cuello, aplicando una fuerza que le dibujó un surco profundo. Tambaleó hacia atrás, los ojos desorbitados e incrédulos fijos en mí. Se sujetó la garganta de manera instintiva donde le había infligido el daño más grave. De seguro debo de haberle seccionado alguna de las tantas venas de la zona pues la sangre, que manaba profusamente, me salpicó.

En una acción de la cual no tengo memoria, sus hombres me despojaron del arma y me redujeron en el suelo. Zver actuó de manera rápida e inteligente, y creo que fue lo que lo salvó. Corrió al baño, se hizo de una toalla grande y se la ajustó en torno al cuello para restañar la herida. Lo cargaron entre varios, y mientras lo arrastraban fuera le deseé la muerte.

La habitación quedó sumida en un silencio antinatural. Había sangre por todos lados, la de Kosta y la de Vuk. Eché un vistazo al cadáver de mi amigo antes de cerrarme sobre Leila, quien, hecha un ovillo, se mecía en el suelo e intentaba canturrear nuestra sevdalinka entre castañeteos de dientes. Me uní a su balanceo. No me preguntaba por el futuro ni por nuestros destinos. Lo único que inundaba mi mente eran las imágenes de Vuk castrando a Kosta; aún me ensordecían sus gritos extraños.

No sé cuánto tiempo transcurrimos de ese modo. Ya entrada la noche, un grupo de soldados irrumpió en la habitación a la cual tenían prohibido el acceso y, ya fuese para vengar lo que le había hecho al señor del Drina o para cobrarse las que este les hubiese hecho, se nos arrojaron encima y nos violaron.

Así fue como nos halló Eliah Al-Saud y su grupo de soldados de élite de L'Agence, siendo víctimas por enésima vez de la brutalidad de los serbios. Murieron todos esa noche. Y mientras Eliah Al-Saud se quitaba el casco y me explicaba en un rudimentario serbocroata que nos sacarían de allí, que éramos libres, yo pensaba en mi hija que se hallaba en algún sitio de esa escuela de los horrores. Y en un acto consciente, decidí partir sin ella, dejarla atrás, y cuando lo hice, fuera de mis cabales, aturdida y en estado de shock, aunque también movida por el odio y la venganza, no sospechaba que, junto con ella, quedaba lo mejor de mí. No he vuelto a vivir desde aquel día. He pagado el precio de su abandono con un sufrimiento lacerante que he acarreado en mi cuerpo y en mi alma durante estos años. Solo después de conocer a mi amado Lazar, el dolor ha remitido un poco, pero sé que no desaparecerá hasta tanto no haya dado con mi pequeña Larysa. Lo que temo es que, sin Lazar Kovać a mi lado, emprender su búsqueda será imposible, pues ¿de dónde obtendré el valor para hacerlo? ¿Quién será la voz de mi conciencia, el que me guíe en la oscuridad? Más allá de esto, sin Lazar Kovać nada tendrá sentido, ni recuperar a mi hija ni la vida misma.

* * *

Se había quedado dormida con el cuaderno sobre las piernas. Se despertó sobresaltada y le tomó unos segundos orientarse y recordar qué hacía allí. La angustia le causó un ardor en el pecho y le arrancó un sollozo que acabaron enseguida, el dolor y el conato de llanto, pues la invadió una sensación de profunda paz. Entonces supo que si alzaba la vista lo descubriría allí, de pie, en la sala de espera del hospital de Camp Bondsteel. Porque Sergei Markov, su adorado Sergei, había sido una presencia constante durante los días de fuga, un ángel custodio que los había salvado en más de una oportunidad, y lo seguía siendo en esa instancia en que el hombre al que amaba se jugaba la vida en un quirófano.

Lo tenía frente a ella, bajo el marco de la puerta de la sala de espera. Era la primera vez que lo observaba a la luz de día. Despedía un fulgor que dificultaba distinguirlo el contorno pero que no enceguecía. Su rostro, sin embargo, se apreciaba con impactante nitidez, tal como ella lo recordaba. Le sonreía. Esperó con el alma en vilo a que le dijese lo de siempre, «estoy feliz de que no estés aquí». Los segundos transcurrían y Sergei se empecinaba en el mutismo y en la sonrisa. ¿Le sonreía con alegría o con melancolía? ¿Por qué guardaba silencio? ¿Porque temía decirle «Lazar ya está conmigo»? Ella tampoco se animaba a preguntárselo.

La visión fue esfumándose y tras ella apareció un médico que claramente acababa de salir del quirófano; aún llevaba el mono verde, el barbijo, el gorro, incluso las botas descartables. Él no podía saberlo, pero estaba por comunicarle algo que le cambiaría la vida, pues ya fuese que hubiese perdido a Lazar Kovać o no, la vida como la había concebido hasta nueve días atrás no volvería a ser *jamás* como antes. El amor de ese hombre magnífico, que quizá solo había pasado junto a ella para rozarla y luego marcharse, la había convertido en esa nueva mujer, más fuerte y al mismo tiempo más humana, libre de cadenas y que había vencido a casi todos los dragones que la sometían. Solo quedaba uno.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

AGRADECIMIENTOS

A mi querida lectora serbia Emina Ristović, que siempre respondió a mis consultas acerca de la gramática del serbocroata y cualquier duda que me surgiera.

A la expolicía Kathryn Bolkovac, autora del libro The whistleblower, por demostrar un coraje en la lucha contra el tráfico humano fuera de serie. Kathryn, has sido inspiradora.

A la profesora Edina Bećirević, autora del libro Genocide on the Drina river, por su compromiso con la paz y por su lucha por demostrar que lo que tuvo lugar en Bosnia y Herzegovina entre los años 1992 y 1995 no fue sino un genocidio.

Al periodista inglés Ed Vulliamy, por haber tenido el valor de denunciar al mundo, junto con su colega Penny Marshall, los abusos que cometían los serbios en los campos de prisioneros y por haber escrito el estupendo libro The War is Dead. Long Live the War, que tanto me ayudó en la investigación para la historia de La Diana.





FLORENCIA BONELLI. Nació el 5 de mayo de 1971 en la ciudad de Córdoba, Argentina. Estudió Ciencias Económicas y se graduó como contadora pública, profesión que abandonó después de leer *El Árabe* de Edith Hull, libro que la impulsó a dedicarse profesionalmente a la escritura, en 1999.

Inició su exitosa carrera de escritora en 1999. Con títulos como *Bodas de odio*, *Indias blancas*, *El cuarto arcano* y *Me llaman Artemio Furia*, se convirtió en la referente actual de la novela histórico-romántica de Argentina. Obras como *Marlene*, *Lo que dicen tus ojos*, la trilogía *Caballo de fuego* (*París*, *Congo* y *Gaza*) y la *Trilogía del perdón* (*Jasy*, *Almanegra* y *La tierra sin mal*) la han situado como una de las autoras más populares y reconocidas del ámbito de la lengua castellana. *Nacidas* es su última serie, integrada por *Nacida bajo el signo del Toro*, *Nacida bajo el sol de Acuario* y *Nacida bajo el fuego de Aries*. Sus libros se han traducido a varios idiomas y han conseguido una buena acogida de lectores en todo el mundo.